This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

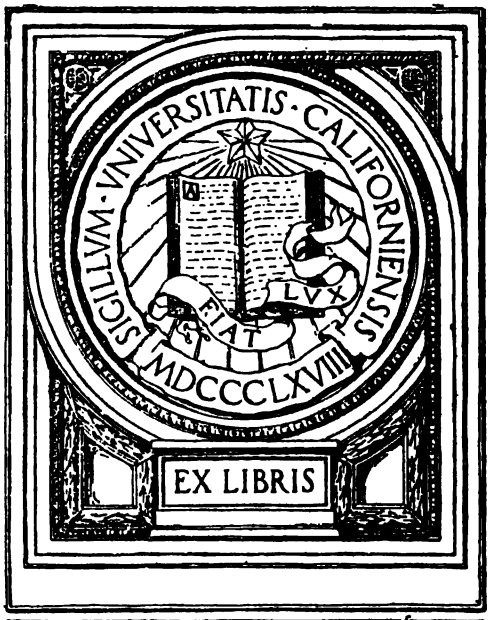
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

GIFT OF
HORACE W. CARPENTIER



BIBLIOTECA

HISTÓRICA FILIPINA

CRÓNICA

DE LA

PROVINCIA DE SAN GREGORIO MAGNO

DE

RELIGIOSOS DESCALZOS DE N. S. P. SAN FRANCISCO

EN LAS

Islas Filipinas, China, Japón, etc.

ESCRITA POR EL PADRE

FRAY FRANCISCO DE SANTA INÉS

Lector de Sagrada Teología y Cronista de la misma Provincia

EN

1676

TOMO II.

MANILA

TIPO-LITOGRAFÍA DE CHOFRÉ Y COMP.

Escolta num. 33

1892

BIBLIOTECA

HISTÓRICA FILIPINA

HISTORIAS, CRÓNICAS, ANALES, MEMORIAS, RELACIONES, CARTAS, PAPELES SUELTOS Y DEMÁS DOCUMENTOS HISTÓRICOS, TODOS INÉDITOS Y DESCONOCIDOS, SOBRE LA CONQUISTA MILITAR, CIVILIZACIÓN CRISTIANA, GOBIERNO Y ADMINISTRACIÓN DE ESTE ARCHIPIÉLAGO, ESCOGIDOS EN LOS ARCHIVOS DE SUS CONVENTOS RELIGIOSOS Y ESTABLECIMIENTOS OFICIALES DEL ESTADO Y DE LOS PUEBLOS.

MONUMENTO NACIONAL

ELEVADO Á LAS GLORIAS ESPAÑOLAS

POR

LA INICIATIVA Y BAJO LA PROTECCIÓN

DEL

EXCELENTÍSIMO É ILUSTRÍSIMO SEÑOR

D. JOSÉ GUTIÉRREZ DE LA VEGA,

EX-CONSEJERO DE ESTADO

Y DIRECTOR GENERAL DE ADMINISTRACIÓN CIVIL DE LAS ISLAS FILIPINAS

Volumen III de la Biblioteca

BIBLIOTECA

HISTÓRICA FILIPINA

CRÓNICA

DE LA

PROVINCIA DE SAN GREGORIO MAGNO

DE

RELIGIOSOS DESCALZOS DE N. S. P. SAN FRANCISCO

EN LAS

Islas Filipinas, China, Japón, etc.

ESCRITA POR EL PADRE

FRAY FRANCISCO DE SANTA INÉS

Lector de Sagrada Teología y Cronista de la misma Provincia

EN

1676

TOMO II.

MANILA

TIPO-LITOGRAFÍA DE CHOFRÉ Y COMP.

Escolta num. 33

1892

UNIV. OF CALIFORNIA

DS668
A2S3
v.2

carpenter

LIBRO SEGUNDO.

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO XVIII.

DE COMO FUERON MÁS RELIGIOSOS AL JAPÓN Y SE COLOCÓ EL SANTÍSIMO SACRAMENTO EN LA NUEVA IGLESIA DE MEACO, Y DE ALGUNOS MILAGROS Y FAVORES QUE HIZO NUESTRO SEÑOR CON SU REAL PRESENCIA ASÍ Á LOS NUEVOS CRISTIANOS JAPONES COMO Á LOS RELIGIOSOS MORADORES DE AQUEL CONVENTO.

CUANDO llegó á Manila de vuelta del Japón el capitán Pedro González Carbajal, que había ido en compañía del Santo Fr. Pedro Bautista y sus compañeros, era ya entrado el año de noventa y cuatro, y, muerto el gobernador Gómez Pérez, gobernaba su hijo D. Luis (*), caballero de la Orden de Alcántara, mozo; pero cuerdo y virtuoso, que se había criado en servicio de nuestro Rey, cuyo paje era cuando su padre vino por gobernador á esta tierra. Á este, pues, devoto caballero, supuesto el buen suceso de las cosas tocantes al Japón, inspiró Su Divina Majes- [illegible] y puso en su alma un gran deseo de continuar las embajadas y [illegible]rada en aquel Reino, que su padre había comenzado.

*) En Diciembre del año anterior, de noventa y tres, había tomado posesión del [illegible]ierno, del cual le había hecho entrega el gobernador interino D. Pedro de Rojas [illegible]ta del Colector).

Poco después tuvo carta del Santo Comisario Fr. Pedro Bautista, en que le decía como había comenzado á edificar iglesia y convento, y que era grande la necesidad que tenía de algunos compañeros que le ayudasen en tan santa obra. Por lo cual le rogaba, que si había de continuar con la embajada del Japón, con el que la hubiese de enviar, enviase algunos religiosos de Nuestra Orden; que además de ser de mucha importancia para el servicio de Dios y de aquella cristiandad, lo era también para el de esta república de Manila y de nuestro católico Rey. Porque la paz y comercio que con aquel Reino tanto se deseaba, y que por su embajada estaba ya asentada, con ninguna cosa se podría conservar y continuar mejor que con su asistencia en aquel Reino por la mucha cabida que tenían con el Rey y los buenos ojos con que los miraba, remitiéndose en esta al informe que el dicho capitán Pedro González ya le habría hecho, como testigo ocular.

Con las buenas nuevas precedentes y este nuevo aviso, acudió luego el Gobernador al provincial Fr. Pablo de Jesús, y rogóle que le diese algunos religiosos para enviar al Japón con embajada y presente para el Emperador. Muchos religiosos había que lo deseaban, pero eran todos necesarios para cumplir con lo de Filipinas, que estaba á su cargo, y aun no eran bastantes; y así, el Provincial se excusó por entonces con algunas razones, todas muy justificadas. No obstante, desconsolaron mucho al Gobernador por ver malogrado su deseo de no poder enviar religiosos de San Francisco con aquella embajada, ya fuese por su mucha devoción con Nuestra Sagrada Religión, ya por imitar en todo á su padre, que como buen hijo, pretendía acreditar sus aciertos, continuando con lo que él dejaba comenzado, que todo era muy acertado.

En fin, fuese por esto ó por aquello, lo cierto es que él mostró gran deseo de que esto se continuase por los religiosos de San Francisco, suplicándoselo repetidas veces al Provincial; el cual, viendo las repetidas instancias del Gobernador, andaba ya deliberando sobre de quien hechar mano para la empresa (aunque con harto quebranto de su corazón por ver la falta tan grande que hacían en Filipinas, más de la que pudiesen hacer en el Japón). Pero Dios Nuestro Señor, que ordenaba aquella entrada para mayor gloria suya, proveyó en el tiempo de la mayor necesidad de cuarenta y seis religiosos que llegaron de España, y en tan buena ocasión, que mejor no se podría imaginar. Venía con ellos el comisario de visita, el santo Fr. Luis Maldonado, el cual, como muy aficionado á la misión del Japón, tanto que en acabando con su oficio, determinaba ir allá (como lo hubiera hecho, á no le haber atajado Su Divina Majestad los pasos con la

muerte), nombró al instante, junto con el Provincial, cuatro de sus compañeros de la misma barcada para esta embajada y misión, que fueron: Fr. Agustín Rodríguez, Fr. Marcelo de Rivadeneira (*) Fr. Andrés de San Antonio y Fr. Jerónimo de Jesús ó de Castro, todos religiosos muy doctos y santos.

El Gobernador dispuso un presente para el Emperador en señal de amistad y continuación de la paz, algunos gatos mansos de algalia, dos lebreles muy grandes, dos búfalos mansos, macho y hembra, un novillo recién venido de Castilla, un vestido castellano y algunos tibores ó cántaros vidriados, finos, de los muy estimados en el Japón (**), con otras cosillas semejantes, de poco precio entre nosotros y entre ellos de mucha estima.

Dióles cartas é instrucciones, y á su tiempo les despachó. Embarcáronse en un navío de Japones mercaderes que estaba de partida, y á últimos de Agosto del año de mil quinientos noventa y cuatro, se hicieron á la vela con mucha alegría y contento, que no duró mucho por los recios temporales que les sobrevinieron y otros muchos trabajos con que Nuestro Señor fué servido de regalarlos en el viaje. El más sensible y que más pena les dió fué la muerte de Fray Andrés de San Antonio, muy aventajado sujeto en virtud y letras y en otras muy buenas prendas que hacían más sensible la falta de su compañía, y la que les podría hacer en aquella su misión si Dios fuese servido que llegasen con bien al Japón.

Pero Dios, que con su providencia admirable mezcla lo dulce con lo amargo, y tras la tormenta envía la bonanza, al mismo tiempo que este religioso espiraba y á ellos se les cubría de luto el corazón y de dolor y pena, les consoló Su Majestad con la conversión de tres gentiles japones, que, viendo la resignación y conformidad con Dios del que moría, la alegría de su alma y consuelo espiritual entre los horrores de la muerte, y la religiosa vida de los que quedaban, su ejemplo, virtud y santidad, pidieron que les enseñasen las cosas de la Religión cristiana y los misterios de nuestra Santa Fe. Lo cual ellos hicieron con notable consuelo de sus almas, valiéndose para esto de algunos japones cristianos que iban en el navío y entendían la lengua castellana. Catequizáronlos por espacio de quince días y satisfacieron á sus dudas; y los religiosos, satisfechos de su buen deseo y sana intención, los bautizaron con la solemnidad que

---

(* Autor de la *Historia de las Islas del Archipielago y Reinos de la Gran China Tartaria, Cochinchina, Malaca, Sian, Camboxa y Japón y de lo sucedido en ellos á los Religiosos Descalzos de la Orden del Seraphico Padre San Francisco, de la Provincia de San Gregorio de las Filipinas (En Barcelona, en la Imprenta de Gabriel Graells y Giraldo Dotil, Año M. D C L).* (Nota del Colector).

(** Estimábanlos por ser muy buenos para conservar el te. (Nota del Colector).

ellos pudieron y el lugar permitía. Y desde entonces fué Nuestro Señor servido de darles viento favorable, con el cual llegaron á donde tanto deseaban, para poner manos á la obra y ayudar á los religiosos que allá estaban, creyendo que con iguales ansias los estarían esperando.

En fin, pasados cerca de cuarenta días de navegación, llegaron á Firando, puerto del Japón, donde fueron bien recibidos y hospedados, así de cristianos como de gentiles, que todos andaban á porfía por llevárselos á su casa. Ellos escogieron la que el año antes había sido posada del santo Fray Pedro Bautista y demás religiosos que estaban ya en Meaco. Estando en esta casa, les visitó el gobernador de la Ciudad, que aunque gentil, tenía mucha devoción con el hábito de N. S. P. S. Francisco, y además de esto por razón del oficio de embajadores que llevaban; y por respecto del Emperador, para quien era la embajada, les hizo muchas honras y envió presentes á su usanza.

Y una señora japona, cristiana de corazón y de obras, mujer de un idólatra, señor de aquella Ciudad, envió dos criadas suyas de secreto, que los visitasen de su parte, ya que por ser su marido tal, no les podía ver. Enviábales unas piezas de seda, varios pescados y frutas de la tierra, y pedía que la diesen algunas reliquias y medallas y un cordón de N. P. S. Francisco, porque estaba en días de parir. Dieron las criadas el recaudo y presente con mucha honestidad y cortesía al uso del Japón: ellos agradecieron el regalo y la enviaron unos cuantos cordones benditos y algunas cuentas de perdones que habían traído de España, prometiendo de encomendarla muy de veras á Nuestro Señor. Las piezas de seda se las volvieron, diciendo que las guardase para cuando volviesen allí á fundar iglesia, que por entonces no las habían menester. La buena señora recibió esta respuesta, cordones y cuentas, postrada en tierra y con grandes muestras de devoción, y el día siguiente volvió á enviar un vestido suyo para que le echasen la bendición, ya que ella no podía ir á recibirla.

Con estos consuelos espirituales con que Su Divina Majestad les regalaba, así en el camino como en la entrada de aquel Reino, crecía más en ellos el deseo de verse con sus hermanos y llegar á parte donde pudiesen hacer algún acierto para hacerse capaces en la lengua y en lo demás que fuese necesario para la conversión de las almas. Y así, habiendo descansado allí cuatro ó cinco días, no cabales, se pusieron luego en camino para la ciudad de Nangoya, donde el año antes había estado el Emperador, y el Santo Fr. Pedro Bautista dando su embajada; y aunque los cristianos y algunos

gentiles, y en especial el Gobernador, quisieran que se detuviesen allí algunos días, su prisa no dió lugar, remitiéndolo para otra ocasión, en que fuesen más despacio. El mismo Gobernador les dió embarcaciones para sí, y en que llevasen el presente del gobernador de Filipinas, y todo el avío necesario para el camino; y embarcándose la vuelta de Meaco, donde estaba el Santo Comisario y sus compañeros, llegaron allá el primer día de Octubre del dicho año de mil quinientos noventa y cuatro.

Fué grande la alegría y consuelo que los unos y otros recibieron en verse, de que eran buen índice las tiernas lágrimas que derramaban y amorosos abrazos que se daban y las muchas gracias que rendían á Nuestro Señor, como de quien habían recibido aquel favor, que cada cual por su parte no sabía como ponderarle. Pasó luego con ellos el Santo Fr. Pedro á la ciudad de Fuximi, legua y media de allí, donde estaba Taycosama, á darle el presente y carta que traían del gobernador de Manila.

Sabida por el Emperador su llegada, mandó á Guenifoín, gobernador de Meaco, que los aposentase en su casa, donde les entretuvo ocho días, mientras que acababa un cuarto (*) de grande ostentación, que hacía dentro de su palacio; el cual decía que era para recibirlos en él. Algunos de los contrarios á las cosas de Filipinas bien quisieran que no le hablaran, y dieron traza con un privado suyo como viese el presente que traían, y así excusase el verlos.

Hasta aquí no habían tenido azar alguno que les diese cuidado más que los trabajos del mar y tierra; antes los recibían como anuncio del buen logro de sus intentos, que como tan arduos y tan del servicio de Dios y de las almas, era preciso que fuesen examinados y probados con trabajos, que esa es su corriente ordinaria. Pero verse ya tan cerca del fin á que venían, y tan lejos de los buenos medios que traían trazados, verdaderamente, á no ser tan grande la confianza que tenían en Dios, se vieran desconsolados. Muchas veces intentaron la vista del Emperador, que sabían les era propicio, y quisieran darle la carta y embajada en propia mano, y por este medio acabar de dar asiento á la obra que tenían comenzada y á todo lo demás que se ofreciese en adelante; pero otras tantas veces eran despedidos, y les cerraban las puertas los criados y privados del Emperador y los demás que estaban sobornados.

Mas como no bastan las trazas humanas contra las órdenes de Dios, Él lo dispuso de suerte que el mismo Emperador de su propio motivo, en contradicción de todos los que estorbaban, les mandó

*) Una casa dice el P. Rivadeneira. (Nota del Colector).

llamar y recibió como á embajadores, en una sala por extremo rica y curiosa, en un trono algo alto, sentado como mujer, acompañado de algunos grandes y señores del Reino; y habiéndole hecho los religiosos el acatamiento debido, conforme el uso del Japón, le dieron su embajada y carta del Gobernador. Hablóles pocas palabras y por tercera persona, que sirvió de intérprete, por ser esto grandeza en aquel Reino, dándoles la bienvenida y las gracias del presente.

Mandó traducir la carta, y entretanto que les mostrasen la fortaleza y el palacio, gloriándose él sumamente de su grandeza y hermosura; y después de haberlo visto todo muy despacio, les dijo que les parecía, y que si se hacían tan ricos edificios en España y con tanta brevedad. La repuesta fué loárselos mucho, porque ciertamente lo merecían, que aunque no igualan á la fortaleza de los edificios de la Europa en la hermosura, aseo y adorno, les hacen mucha ventaja, y en especial aquéllos que eran una de las grandes maravillas del Japón, porque ni antes, ni después, no se ha visto otra cosa semejante.

Mientras que parlaban y trataban de esto, les dió una colación de bien poca sustancia (*), pero de mucha estima entre ellos, y fué uno de los grandes favores que les pudo hacer, que todo consistía en haber sido tocada con su propia mano. Luego les subió á lo alto de un corredor, á modo de azotea, de la casa que nuevamente había edificado, desde el cual se descubría un precioso y ameno campo con variedad de arboledas, que eran recién plantadas, y muchos ríos que le cruzaban, y les dijo: "Todo esto he hecho para mi recreo "y para manifestar mi grandeza, y que vea el mundo cómo puedo vencer "imposibles. Apenas podía llegar aquí un barco, por falta de agua, "y ahora pueden entrar cuantos quisieren, sin que uno á otro se "embaracen; porque hice sacar á un río caudaloso de su madre, y le "he hecho dividir por todos estos valles en tantos ríos, como de aquí "veis, que cada uno es muy sondable y tiene bastante agua, no sólo "para el riego de las arboledas, sino también para que los barcos "puedan navegarle". Y añadió con su acostumbrada arrogancia: "Y si "como yo mandé que se hiciese en ocho días hubiera mandado que se hi-"ciera en uno, todos me hubieran obedecido." Todo era muy posible, porque como traía cuarenta mil hombres en la obra, podía traer cien mil, que para eso y mucho más tenía poder; aunque todo caía sobre los pobres que, tras molidos y cansados, andaban muertos de hambre y muy mal pagados.

Ocupados en ver todas estas grandezas, trajeron la carta del Go-

(*) Te, servido en vaso de oro. (Nota del Colector).

bernador de Filipinas, traducida en lengua japona, que lo que contenía en suma era darle cuenta de la desgraciada muerte de su padre, Gómez Pérez; y cómo enviaba aquel presente, no por reconocimiento, sino en señal de amistad: suplicábale con mucho encarecimiento el buen tratamiento de los PP. de la Compañía, y dábale muchas gracias por el favor que hacía á los PP. Descalzos, y otras cosas en relación de la cristiandad, persuadiéndole que él también la acreditase con hacerse cristiano. De esto último parece que no gustó nada, porque ni entonces habló palabra, ni respondió á la carta en todo aquel año; pero, no obstante, les despidió con muestras de amor, diciendo al Santo Fr. Pedro, que á los Padres recién venidos los llevase á su casa nueva y les regalase. Así lo hizo, dando gracias á Nuestro Señor por ver tan propicio aquel tirano.

En el tiempo que estuvieron en Fuximi con la segunda embajada, cayó la fiesta de N. S. P. S. Francisco, que era el día señalado para la dedicación de la iglesia nueva, y previniendo el Santo Fr. Pedro Bautista la detención, ordenó al venerable Padre Fray Bartolomé Ruiz, que quedaba por presidente del convento, que aunque ellos no viniesen para ese día, dijese la primera Misa con la solemnidad posible, como se hizo, y ya referimos en el capítulo XIV, hallándose con él el Santo Gonzalo García y el Santo Fr. Francisco de la Parrilla. Y volviendo el Santo Comisario y sus compañeros víspera de la octava, por satisfacer á su devoción, el día siguiente volvieron á celebrar la fiesta con nueva solemnidad y concurso de gente, que de diferentes partes habían venido. Muy contento estaba el Santo Comisario de ver ya acabado su convento, y que Dios le había consolado con darle más compañeros y moradores que le habitasen y ayudasen en la conversión de las almas.

Llegó la fiesta de todos los Santos, y así los religiosos como los cristianos le rogaron que por su espiritual consuelo pusiese y colocase en la custodia el Santísimo Sacramento. Había en aquella ocasión mucha seguridad de parte de Taycosama, como consta, así por lo que hemos dicho y se puede colegir de los favores y beneficios que les hacía, como por la cláusula de una carta que el Santo Comisario escribió á Manila en que dice lo mismo, que es como se sigue: "Entre tanto que el Emperador vive, estamos con mucha seguridad, "por habérsenos dado por padre, y nos ha dado de comer como "pobres, licencia y tierra para hacer convento é iglesia, donde "ya celebramos los oficios divinos, como en España, entonando "las Misas y otras devociones en voz alta, y tañendo campana "sin que nadie nos haya hecho contradicción; antes hemos te-"nido muy particulares favores del mismo Emperador: ¡quiera Nues-

"tro Señor darle larga vida y firmeza en la buena voluntad que nos "tiene y á las cosas de la Religión cristiana! etc."

Entre los cristianos de la parte del Meaco había mucha conformidad; venían muchos todos los días á oir Misa y nunca faltaba quien frecuentase aquel santo templo y tuviese oración en él, con tanto fervor y espíritu, que le ponían en los que no le tenían y animaban á los que andaban medrosos y acorbadados, tanto que solía decir el Santo Fr. Pedro Bautista á sus compañeros: "Paréceme, 'herma-"nos, que estos nuevos cristianos nos animan con su fervor á que "les ayudemos á su salvación y publiquemos el nombre del Señor "sin respeto á los temores que algunos tienen de indignar al Cam-"buco. Y, por lo menos, mientras él no nos mandare otra cosa no "será razón acobardarnos; y cuando lo mandare, veremos lo que con-"viene hacer para gloria de Dios y bien de estas almas."

Con esta seguridad y confianza en la Divina Majestad se resolvió el Santo Prelado á poner el Santísimo Sacramento, y fué el primero que hubo en las iglesias del Japón; y con haberlo hecho con tanto acuerdo y dado salida con razones muy claras á los inconvenientes que proponían los que eran de parecer contrario, no faltó quien sobre esto le dió harto en que merecer, como se dirá en su propio lugar. Pero por lo que sucedió después, se puedo echar de ver que fué acuerdo del Cielo, así para el consuelo espiritual de aquellos soldados de Cristo, que con la presencia real y verdadera de Su Capitán, se animaban á la pelea, como para confirmar á los nuevos cristianos en la fe y devoción, que desde aquel día se vió en ellos conocidamente mucho más fervorosa de la que antes tenían á este inefable misterio de Cristo Señor Nuestro Sacramentado; y desde entonces comenzó Su Divina Majestad á corresponder á su devoción, obrando algunas maravillas que fueron de mucho consuelo para toda aquella cristiandad.

Un devoto cristiano, llamado Francisco, confesó con grande admiración que había visto un niño muy hermoso dentro de la misma Hostia, yendo acompañando en la procesión que se hacía por la iglesia al Santísimo Sacramento. Cosme Joya testifica haberla visto bañada en sangre. Una mujer, llamada María, á que el demonio había persuadido muchas veces que no estaba Cristo Nuestro Señor en la Hostia consagrada, vió, estando oyendo Misa, cuando el sacerdote alzaba la Hostia, que estaba en ella un hermosísimo niño, con que quedó libre de aquella tentación y más confirmada en la Fe. Otra, llamada Isabel, que andaba grandemente afligida con una vehemente desesperación, por haber muchos años que estaba leprosa, vió encima del altar un niño con una Cruz acuestas, con que su alma quedó muy

consolada y de allí adelante con mucha paciencia para llevar su enfermedad y trabajo.

También se oyó una dulce música y cantos de Ángeles en este día, argumento grande de que Nuestro Señor fué servido que el tiempo que duró la paz gozasen aquellos santos religiosos y los devotos cristianos que allí se juntaron de semejantes favores, con su divina presencia, para que cuando se ofreciese la guerra, estuviesen muy animados para salir á la batalla y ofrecer sus vidas por defender su Ley.

El día de la Pascua de Natividad de Nuestro Señor del dicho año de noventa y cuatro, que fué la más alegre y más devota y aun más dichosa que el Santo Comisario y sus compañeros hastá allí habían tenido, cantó la *Misa del gallo* el Santo Prelado y los demás la oficiaron; y viendo Nuestro Señor la falta que había de buenas voces, quiso que Ángeles y música del Cielo les ayudasen, y que con las voces de todos se formase el coro. Y á donde se oyó y percibió más claramente, fué al alzar la hostia del Cuerpo Sacramentado de Cristo Nuestro Señor, que cantando los religiosos, como es costumbre, motetes y villancicos al Niño recién nacido, se oían otras muchas voces delgadas y muy sonoras, como de niños que cantaban dulcemente á vueltas con ellos; y para que se advirtiese más en ello, quiso Dios que María, mujer de Cosme Joya, muy antigua cristiana y sierva suya, no las oyese, porque diciéndola otra cristiana compañera suya: "María, hermana, ¿no oyes las voces de los Ángeles?" Y respondiendo ella que no, se fué á una devota imagen de N. S. P. San Francisco que estaba en un colateral, y diciéndole con mucha devoción estas simples y sencilas palabras: *Francisco, Francisco, óigalas yo,* al punto oyó como los Ángeles acompañaban y mezclaban sus voces con las de los religiosos y les ayudaban en aquellas divinas alabanzas.

Este milagro de oir voces de Ángeles en las iglesias que nuestros religiosos fundaron en aquel Reino, aconteció otras muchas veces, y en particular en la de Meaco: lo afirman muchos en relaciones que se hicieron de los prodigios que allí vieron, certificando y jurando que en algunas festividades oían voces angélicas como de niños, que con gran suavidad y destreza ayudaban á cantar á los religiosos. Y en las festividades que sucedía esto siempre como cosa fija, yendo ya todos con este cuidado para notar la maravilla, era en la Pascua de Natividad y en la del Santísimo Sracramento; porque en los cuatro años que estuvieron en Japón celebraron tres veces estas dos fiestas, y en todas se oía esta música de angélicas voces, testificadoras de aquellos santos misterios que se celebraban, y poderosas para confirmar á los nuevos cristianos en la Fe y convertir á muchos gentiles, como de hecho sucedía con sólo ver y oir estos prodigios, porque estas seña-

les y obras milagrosas no las ordena Dios las más de las veces para los fieles que ya están firmes en la Fe, sino para los infieles ó recién convertidos, para que con ellas se ratifiquen más en la Fe que han recibido, y sus soberanos misterios se les hagan más creibles.

CAPÍTULO XIX.

DE LA MUCHA PERFECCIÓN Y CONCIERTO DE VIDA CON QUE VIVÍAN EL SANTO FR. PEDRO BAUTISTA Y SUS COMPAÑEROS DENTRO DEL CONVENTO DE MEACO, Y DE LOS EJERCICIOS EN QUE SE OCUPABAN ALGUNOS DEVOTOS CRISTIANOS ANTIGUOS Y OTROS DE LOS RECIÉN CONVERTIDOS.

ACABADA ya la Iglesia y vivienda del convento de la ciudad de Meaco, Corte del Imperio del Japón, comenzó el Santo Fr. Pedro Bautista con sus compañeros á entablar los ejercicios monásticos, así comunes en Nuestra Sagrada Religión, como particulares de nuestra Descalcez, y á practicarlos con notable puntualidad y rigor; porque como se consideraban en medio de reinos tan extraños, poblados de gentiles, hombres capaces y de buen entendimiento y de suyo curiosos y amigos de saber, llevando por delante la luz de la razón para enterarse y hacerse capaces de ella, ya por lo que ven, ya por lo que les dicen, ya por el ejemplo que les dan, notando con particularidad las circunstancias de cada cosa, que si, según razón, les cuadra, al instante se dan por convencidos, les pareció que mientras estaban capaces en la lengua para enseñarles la Ley de Dios con la luz de la doctrina, era conveniente echar mano del ejemplo, ejercitando con perfección los preceptos y leyes de nuestra Regla, que como cortada á la medida del Evangelio, se anticiparían con obras á lo que después les hubiesen de decir y enseñar con palabras. Y así, aunque pocos, que no pasaban de siete, acudían con mucha puntualidad al coro, sin que por accidente alguno se faltase á las horas señaladas del oficio divino, así de día, como á las maitines de media noche, oración y contemplación y la disciplina de todos los días. Esto era en cuanto á lo común, que en lo particular cada uno procuraba aventajarse al otro, añadiendo á las horas de oración, disciplinas, ayunos, vigilias y otras penosas penitencias de la Comunidad, lo que á cada

uno Dios le inspiraba, que era mucho y de grande edificación: y como materia bien dispuesta para todo lo bueno, y aun para todo lo mejor, no había resistencia para que Dios se sirviese de ellos en lo que era de su gusto; antes el mover Él sus ánimos y reducirlo ellos á ejecución todo era uno, sin que en esto hubiese más dilación.

Bien que para el seguro de no errar en materias tan delicadas como son las de espíritu, porque ni todo es bueno ni á todo se ha de dar crédito, tenían en su Santo prelado y comisario Fr. Pedro Bautista el registro de todas sus acciones, así interiores como exteriores, poniéndose ellos en sus manos, para que las dirigiese y encaminase como tan diestro maestro que era en la dirección y consuelo espiritual de las almas. Hacíalo el Santo Prelado con aquella prudencia del Cielo de que era dotado, atemperándose en parte con el fervoroso espíritu de sus súbditos, dando riendas á las mortificaciones de las pasiones y afectos interiores, para que por este camino sujetasen el hombre animal y exterior al interior y racional, y hiciesen necesidad del amar á Dios con voluntad contra la necesidad de la inclinación perversa á lo malo, viciada desde su principio por la culpa original; y en parte les estrechaba á reglas, conforme á las fuerzas de cada uno, poniéndoles tasa y moderación en algunas penitencias, que por ser notablemente rigurosas, se podía temer dañasen á la salud.

Pero con todo eso, no permitía que en ninguna manera se aflojase en el rigor de nuestro instituto y vida religiosa, y así, prevenía mil cautelas y reparos para aquello que por experiencia sabía había sido ocasión de que en otras partes y tiempos se hubiese abierto algún resquicio á la relajación y para todo lo que prudentemente se pudiese temer que lo fuese en adelante, si Su Divina Majestad fuese servido que allí echase raíces la cristiandad, y Nuestra Sagrada Religión fuese en aumento.

Por lo cual, todas sus pláticas y conversaciones eran unos vivísimos recuerdos de la perfección del estado del fraile menor, y de la obligación que tenían de guardarle exactísimamente ya que Su Divina Majestad y N. S. P. S. Francisco les habían tomado por instrumentos para que en aquellos reinos le plantasen y aprovechasen con él á sus habitadores. Traía de ordinario en la boca estas palabras: "Hermanos, hermanos, miren que somos los primeros en este Imperio ó Nuevo mundo y tenemos obligación de ser ejemplo y dechado de perfección á los venideros." Lo que con palabras decía este Santo Prelado á sus súbditos, eso mismo les persuadía con obras y ejemplos, y aun mucho más de lo que les decía; porque no sólo era el primero en los ejercicios de oración y contemplación, en las vigilias, ayunos, disciplinas y en los demás ejercicios humildes de

convento, sino que también algunas veces, por aliviar á sus súbditos, hacía á solas y por sí lo que ellos tenían de oficio. Ya se ve que con tal Prelado, que enseñaba más con obras que con palabras no es menester mucho para conocer cual sería la vida de los súbditos y el concierto del convento; y teniendo delante un tan claro espejo en que ellos se miraban como en quien reconocían resplandecía todo lo bueno, no podían dejar de salir muy perfectos.

Era de admirar la unión y conformidad con que vivían, la abundancia de paz de que gozaban, el sosiego de espíritu que poseían y el fuego de amor de Dios y del prójimo en que se abrasaban con gemidos amorosos que penetraban los cielos. Lloraban la perdición de tantos gentiles como había en aquel Imperio, y deseaban ya la hora dichosa de salir á predicar y darles á conocer el nombre de Cristo. En estas ánsias ¿cuántas veces pedirían al cielo fervor, espíritu, sabiduría y prudencia y aun fortaleza para vencer á la bárbara crueldad de los tiranos, para deshacer las tinieblas de las falsas doctrinas de los gentiles, para inflamar sus corazones é ilustrar sus potencias? ¿Cuántas veces se les afligiría el espíritu en la dilación, pareciéndoles los instantes siglos? Pero de creer es que también con suma conformidad se pondrían en las manos de Dios, sin desear otra cosa más de lo que Él fuese servido, ofreciéndole para esto sus fuerzas, alma y vida, y diciendo: "Nada queremos en la tierra sino á Tí sólo, Señor, y lo que fuere de tu gusto. Tú sólo eres nuestras riquezas y el objeto de nuestros deseos. Á Tí sólo amamos, y por Tí y en Tí, á nuestros prójimos; que aunque con amor recíproco, muy desigual en todo al que Vuestra Majestad nos tiene."

Aunque las virtudes que estos santos religiosos aquí practicaban era en lo interior del convento y en el retiro de sus celdas, y las principales en el de su corazón, su buen olor las hacía salir afuera, haciendo notorio en toda la Ciudad su modo de vivir; que como preciosísimo ungüento y de subidísimo precio que derramado no puede dejar de difundir su fragante olor á todas partes, así las virtudes de estos santos religiosos no se podían esconder, ni del cristiano más retirado, ni del gentil más estragado, porque por todas partes corrían las noticias, y aun para todos eran agradables; aunque no en todos causaban un mismo efecto, antes sí muy desiguales.

Cuando algunos gentiles oían que los frailes se sustentaban con legumbres, y que era rara la vez que comían pescado y nunca carne; y que, cuando les sabía bien la comida, la echaban agua ó ceniza para desazonarla ó volverla amarga; y que andaban descalzos, el pie por

tierra, aunque hubiese nieve; y que se levantaban á maitines á media noche, condoliéndose y lastimándose decían: *¡Que con tan áspera vida se vayan estos al infierno!* Lo mismo decían otros cuando estando ellos en sus pasatiempos, deleites y vicios, oían tocar la campana á maitines, y en especial las noches de invierno, que por el mucho frío que hacía, era más la compasión que les tenían, y así decían, que si por esto hubieran de recibir algún premio en la otra vida, no hacían mucho, que por sí lo hacían; pero infierno acá é infierno allá, es gran locura. Puntualmente era esto lo mismo que decían aquellos santos religiosos oyendo decir algunas penitencias riguerosas que hacen los bonzos, que después las vieron, y los trabajos que padecen los miserables gentiles en unas romerías que hacen todos los años á visitar los templos de sus dioses; que respecto de lo que ellos allí padecen en servicio del demonio, es nada lo que el más fervoroso cristiano y religioso más penitente puede hacer en servicio del verdadero Dios, de quien tiene cierto y verdadero conocimiento.

Mas presto fué disponiendo Su Divina Majestad el que se manifestase cuál era engaño y cuál no, cuál yerro y cuál acierto; porque trayendo á muchos de éstos al conocimiento de la verdad, con ella distinguían y discernían entre lo bueno y lo malo, entre lo verdadero y la falso, y hallaban por su cuenta, que hasta allí ellos eran los engañados, y los que de un infierno pasaban á otro infierno, y que los religiosos y demás verdaderos cristianos eran los acertados que seguían el camino de la luz y de la verdad, y los que en esta vida y en la otra tenían descanso, pasando de una gloria á otra gloria: porque aunque en esta vida padezcan tribulaciones y se aflijan con penitencias, en ellas mismas gozan de un gozo espiritual y de un deleite tan grande, que es sobre los deleites y gozos de la naturaleza, sin que haya alguno que por grande que sea les iguale.

En los cristianos al principio causaba algún género de temor y horror la penitente y áspera vida de los religiosos, porque juzgaban que á todos habían de llevar por aquel camino, y así, algunos no se atrevían á hablar ni comunicar con ellos, y decían: Nosotros no nos atrevemos con tanta penitencia ni habemos de poder sufrir tanto rigor; hasta aquí nos han dicho que la Ley de Cristo es muy suave y ligera, y si para ser buenos cristianos hemos de hacer otro tanto de lo que hacen los Padres, eso es muy pesado y no hay fuerzas para tanto.

Mas el Santo mártir León que tenía experiencia del amoroso trato de los religiosos, su caridad y llaneza religiosa, les desengañaba y decía: "No, hijos, no penséis que los Padres son ásperos y desabridos por las

"penitencias que hacen; antes cuanto son más rigurosos consigo, tanto son más tratables y amorosos para con nosotros, como yo lo he experimentado; pero como ahora no saben la lengua, no nos pueden ellos hablar ni tratar con la llaneza que quisieran. ¿No veis al Padre Fr. Gonzalo que está todo el día entre los niños, enseñándoles la doctrina, como si fuera otro niño, y al Padre Fr. Pedro y á los demás Padres que dan de comer á los pobres, quitándoselo ellos de la boca, y les curan sus llagas, y les lavan los pies y se los besan, y aun les cortan las uñas con sus propias manos? Tened paciencia un poco, que ya van aprendiendo la lengua; y el Padre Fr. Pedro y el Padre Fr. Marcelo están muy adelante. Luego yo estoy cierto no os habéis de hartar de hablarlos ni de tratarlos; porque yo nunca tal creyera, que la Ley de Cristo hiciera gente tan santa como lo son estos benditos Padres. Tened cuidado con esto que os digo, que después que los tratéis, se os ha de hacer tan fácil eso que ahora os parece que es muy cuesta arriba, que no habéis de entender en otra cosa; y muchas veces habéis de querer acompañar á estos Padres en sus santos ejercicios y no os han de dejar ellos por excusar publicidad y nota y porque no enferméis; y vosotros lo habéis de sentir mucho, como el que os priven de una cosa en que teníades mucho deleite y consuelo. Yo hablo por lo que me sucede, que como me han señalado para que les ayude á catequizar y sirva de dóxico (*), me he valido de esto para introducirme en lo interior del convento y acompañarles en sus devotos ejercicios, fregando las escudillas y cavando en la huerta, y aun rezando y cantando y haciendo la disciplina con ellos; y digo que estoy tan lejos de cansarme ni enfadarme, que antes no hago más que decir: *¿Cómo estos santos Padres no vinieron muchos años antes?* Y si alguna vez me viene al pensamiento el que por ventura no estarán mucho en el Japón, me da tanta pesadumbre y se me aflige el corazón de tal manera, que ruego á Dios que nunca tal quiera ni permita, y que antes yo muera que tal vea."

Semejantes razones á estas hallo escritas que decían otros fervorosos cristianos cuando ponían en plática el estilo de vida de estos Santos Religiosos, y así de unos en otros se iba extendiendo la buena fama, no sólo por la ciudad de Meaco, sino también por otras ciudades y reinos, á la cual venían muchos cristianos y gentiles y veían por sus propios ojos lo que de muy lejos habían oído en sus propias tierras.

Al principio se les predicaba los domingos y fiestas, como ya hemos licho; pero el modo que se tenía en ello era de esta manera: el Santo

(*) Catequista.

mártir León tenía muy buenas prendas para predicador: famoso metal de voz, fervoroso espíritu y grande persuasiva en el decir. Además de esto, era hombre de mucha capacidad, muy prudente y de muy cabal juicio, de grande autoridad entre los japones, y que les conocía muy bien el genio y natural (al fin como de su propia Nación), y sobre todo muy constante y firme en la Fe que había recibido, cuyos misterios los entendía tan bien como cualquiera otro predicador nacido y criado en medio de la cristiandad. Luego que le conocieron nuestros religiosos y él trabó amistad con ellos, le examinaron, y en todo lo que hemos dicho le hallaron muy cabal, salvo en algunos misterios intrincados de nuestra Santa Fe, que nunca se los habían enseñado ni él había hallado libros por donde estudiarlos; en los cuales le instruyó el venerable Padre Fr. Marcelo de Rivadeneira, lector jubilado de la Santa provincia de Santiago, que como tan conocido en letras, así humanas como divinas, se los supo explicar con gran claridad, sirviendo de intérprete el Santo Fr. Gonzalo, y de allí á poco por sí, porque fué el primero que aprendió la lengua, á los tres ó cuatro meses de su llegada al Japón. El Santo mártir León los aprendió presto, y otras cosas que necesitaba saber para ejercer acertadamente el oficio de predicador, que es para lo que los religiosos determinaron servirse de él, luego que le conocieron.

Había otros no menos aventajados que también merecieron alcanzar la corona de martirio en compañía de sus maestros los religiosos. A éstos admitían en su compañía para que se ocupasen en los ejercicios de humildad, oración, mortificación y penitencia, como si fueran religiosos, para que cuando predicasen, no desdijesen en nada de la predicación, estilo y modo de los mismos religiosos, cuando ellos estuviesen aptos para predicar. Instruídos, pues, en el estilo religioso, les daban lo que habían de predicar y persuadir á los gentiles, y cómo habían de consolar y animar á los cristianos; el modo que habían de tener en catequizar á los recién convertidos, sirviendo para todo de intérprete el Santo Fr. Gonzalo. Ellos lo escribían en sus caracteres, y lo consideraban, rumiaban y cogían de memoria; y un domingo uno, y otro otro, ó la fiesta que se seguía, lo predicaban, y algunas veces lo volvían á repetir á petición de los cristianos para entenderlo bien y hacerse capaces de lo que les predicaban.

Y era mucho el gusto y devoción con que oían al Santo mártir León, que en cogiéndole fuera del convento, le llevaban los cristianos á sus casas para que les predicase y les dijese cosas de devoción. Esto se continuó hasta que los religiosos aprendieron la lengua y pudieron predicar en ella, y entonces no sólo los domingos y fiestas, sino todos los días, porque era ya tanta la gente, que no cabía en

la iglesia; y les pareció que para que algunos oyesen un sermón á lo menos en la semana, no había otro mejor medio que predicar todos los días y aun con todo esto no bastó, y se hubieron de hacer cuatro aposentos muy capaces, donde también les predicaban, y para todos había gente, unas veces más y otras menos, conforme á la solemnidad y fiesta que se celebraba, que si era muy solemne, también se llenaban y aun sobraba gente.

Los dóxicos hacían también su oficio por la ciudad y pueblos de alrededor, consolando y animando á los cristianos y dando á conocer á los gentiles el nombre de Cristo; y les decían el bien que les había traído Dios á sus tierras con haberles traído frailes de San Francisco, que eran muy humildes y despreciadores de las cosas del mundo, y el poco recelo que tenían de los que les podían matar el cuerpo; y que por eso Dios les favorecía, que al paso que no tenían á otro más que á Él, disponía como tuviesen cabida con el tirano, y fuesen favorecidos de los mismos que antes perseguían á los cristianos y padres.

Con estas y otras cosas que ellos mismos veían y experimentaban en aquellos santos religiosos, crecía cada día más y más la devoción de los miserables y amedrentados cristianos en la persecución pasada; perdían el temor los que no osaban decir aun á los dóxicos: *Vosotros somos cristianos.* Daclarábanse los que andaban encubiertos, y todos frecuentaban la iglesia, oían las Misas y asistían á las vísperas que se cantaban, y algunos se levantaban á media noche y se estaban en el patio, orando con grandes gemidos y golpes de pechos, mientras los religiosos decían maitines. En oyendo la disciplina, también se azotaban, sin que para estorbárselo bastase el decirles los religiosos que ellos eran casados y no estaban obligados á tanto, ni menos el cerrarles las puertas del patio y aun despedirles por dos y tres veces de él: hubo vez que su fervor les dió atrevimiento á saltar las cercas para entrar á gozar de lo que tanto deseaban.

El primer domingo de cada mes se hacía por el claustro procesión del cordón con mucha devoción y concurso de gente; y los más le traían consigo y se hacían cofrades, y andando el tiempo, eran tantos los que venían solamente á esto, que ponía admiración, porque de cuantas partes había cristianos en el Japón, venían ó enviaban á bendecir cordones, y tantos, que algunas veces estaban costales llenos de ellos en la iglesia. En cada cordón estaba escrito el nombre de su dueño. Bendecíalos el Santo Comisario, y los asentaba por cofrades para que ganasen las indulgencias; aunque por entonces no se fundó cofradía en forma ni con todas las circunstancias que pide, por parecer que no convenía.

En las demás procesiones del año y ceremonias santas de que usa Nuestra Madre Iglesia, era también mucho el concurso de gente y la devoción con que asistían á ellas. Algunos días antes los prevenían los religiosos, y les daban á entender las significaciones que tenían y misterios que representaban, y la atención y reverencia, y aun las consideraciones en que se habían de ocupor mientras durasen, para que no sólo en lo exterior, sino también en lo interior, celebrasen aquellos misterios. Lo que con particularidad celebraban los religiosos, y á imitación suya los cristianos japones, eran los de la Pasión y muerte de Cristo Nuestro Redentor, representándolos muy al vivo, con dolor, contrición, amargura de corazón, lágrimas, suspiros y algunas penitencias y mortificaciones exteriores, explicando en sí mismos, en cuanto les era posible, lo que en semejantes días padeció por nosotros Nuestro Señor: cuál se habría el cuerpo á azotes, cuál cargaba con la Cruz y se ponía una corona de espinas y se la apretaba de manera que se bañaba el rostro en sangre, cuál hacía que le fuesen tirando de una soga al cuello, publicando él por sí mismo los defectos y culpas en que se hallaba reo, y otros semejantes que se hacían y repetían por toda la Semana Santa allá en lo interior de la casa, unas veces en el refectorio, otras por los claustros y demás partes del convento.

Y aunque esto no lo hacían los religiosos porque saliese afuera, sino para corresponder en obras á los vivísimos sentimientos que tenían, y de que eran muy regalados en aquellos días de la muerte y Pasión de Cristo Nuestro Redentor (y cuanto más por dársela á entender así mejor á los dóxicos y demás japones de lo interior del convento, de quien se servían para la promulgación del Evangelio); pero no dejaba de entenderse y divulgarse por los cristianos, que siempre andaban preguntando é informándose de quien les podía dar razón en que se ejercitaban los Padres para hacer ellos otro tanto en sus casas; y como supieron esto, que para ellos era de mucha edificación, quisieran hallarse presentes y aun acompañarles en tan viva representación de los misterios de la sagrada Pasión y muerte de Nuestro Redentor, con quien tenían mucha devoción y tiernísimo afecto, por haber sido esto lo principal en que les instruyeron desde el principio los religiosos, para que desde luego con el conocimiento cogiesen amor á los instrumentos y medios de nuestra redención.

No les pareció conveniente á los religiosos abrir las puertas para esto, antes pusieron nuevo recato y los despidieron con buenas palabras, prometiéndoles que no les privarían de aquello que era común en la Iglesia de Dios, y ella tenía dispuesto para celebrar con la veneración debida los misterios de aquellos días. Pero no fué po-

sible acabarlo con todos, y en especial con algunos caballeros, unos criados de Taycosama y otros de Cabucondono, sobrino del Emperador; por algunas buenas obras que los religiosos habían recibido de ellos, y esperaban recibir en adelante en bien de aquella cristiandad, en razón de que los cristianos pudiesen andar con más libertad de la que andaban, pues para todo tenían mano. Estos, pues, estaban todos aquellos días en el convento y acompañaban á los religiosos en sus santos ejercicios, más ó menos, según el espíritu de cada uno, ó según les permitían los religiosos, que todo era muy conforme á su calidad y estado, lo cual causaba notable admiración en los religiosos y la devoción con que lo hacían.

Señalábase entre todos el devoto Cosme Joya, caballero muy calificado, criado de Cabucondono, que por haber visto en una ocasión la Hostia Consagrada, bañada en sangre, como ya queda referido en el capítulo antecedente, y saber cómo en el Sacramento del Altar se renueva la memoria de la Pasión, acostumbraba en semejantes días hacer disciplinas rigurosas y otras penitencias muy penosas para renovarla en sí, en el modo que le fuese posible, y agradecer á Su Divina Majestad tan singular beneficio. Para todos los demás cristianos se hacían en público las ceremonias que en semejantes días usa Nuestra Madre Iglesia, y las que loablemente se acostumbran en Nuestra Sagrada Religión.

Comenzábase con la solemnísima procesión del Domingo de Ramos, la cual daba la vuelta al patio, comenzando y acabando en la iglesia. Demostraban en ella bien su devoción los cristianos con la que tenían con los ramos benditos, llevándolos á su casa y haciendo cruces de ellos, como de ordinario se hace en la cristiandad. Hacían además otras demostraciones que salían de ellos mismos, sólo con haber oído lo que en el Evangelio se dice que hicieron los hebreos á la entrada de Cristo Nuestro Señor en Jerusalén, cuyo misterio se representa en aquella procesión. Estaban los religiosos como absortos de aquel prodigio, sin saber que hacerse, sino derramar muchas lágrimas y rendir á Dios las gracias. Quitábanse los japones las vestiduras y echábanlas á los pies del Santo Comisario, que era el que hacía los oficios de aquel día, y en especial las mujeres, que no se contentaban ellas si dos ó tres veces no pisaba y pasaba por sus mantos. Cantábase luego la pasión con gravedad y pausa y diferencia de voces, y lo mismo se hacía en los demás días que la hay; hacíase el *monumento;* encerrábase y desencerrábase el Santísimo Sacramento á quien venían á velar los cristianos; cantábanse las tinieblas, y después de ellas se hacía la disciplina, á que asistían también las mujeres, en lugar apartado; y en todas estas ocasiones había sermones

ó pláticas, y al remate de ellas, actos de contrición, con que todo era suspiros y sollozos, compunción y lágrimas. El Jueves Santo se predicaba el sermón del Mandato, á que precedía el lavatorio de los pies, el cual hizo siempre el Santo Comisario, sino una vez que á ese tiempo se halló en Nangasaqui, harto perseguido y afligido de los gentiles, por lo cual, no tuvo oportunidad para hacer tan devota y tierna ceremonia, que para él lo era tanto, que siempre que se veía ocupado en ella, parecía que se le derretían las entrañas y que se le abrasaba el corazón con el fuego del amor divino, de que eran buen índice lo encendido de su rostro y los excesos mentales que entonces padecía, de manera que conociéndolo los religiosos y muchos cristianos, que con atención le miraban, les causaba notable confusión al ponerse en sus manos para que les lavase los pies, juzgándose indignos de hallarse en su presencia; y como si vieran á Cristo delante, le veneraban y reverenciaban.

El Jueves Santo en la noche, por corresponder á la mucha devoción que tenían algunos cristianos de renovar en sí los dolores que padeció Jesucristo Nuestro Bien en su Pasión, les daban permiso para que hiciesen disciplina de sangre, ordenando para esto una muy devota procesión, con los pasos é insignias de la Pasión, la cual no salía de la iglesia y claustro, andando solamente alrededor, de suerte que no se viese en la calle, porque había de ser muy sonada en el Reino si se llegase á tener noticia de ella, por ser ceremonia que nunca se había usado en el Japón, ni aun la habían oído nombrar, con haber estado en algunas partes muy asentada la cristiandad, y por entonces convenía que no lo fuese, por no dar que decir á los gentiles y ellos tuviesen ocasión de malmeter á los religiosos con el Emperador, como muchas veces lo habían pretendido, diciendo que los sacerdotes de los cristianos tiraban á apocar las fuerzas de los japones, mandándoles cosas en que poco á poco las fuesen perdiendo con ayunos y disciplinas, para que no fuesen de provecho para la guerra, y luego, en viniendo los castillas (los cuales decían que enviaban por delante á los sacerdotes y religiosos para que hiciesen gente), se pudiesen levantar con el Imperio, y otras cosas que decían en orden á esto, todo para desacreditar á los ministros del Evangelio y hacerlos odiosos con el Rey y demás señores del Reino. Los religiosos, porque en esto no tropezasen sus malditas lenguas, procuraban que fuese con todo recato; y así, no se admitían en estas procesiones de sangre del Jueves Santo, sino es á aquellos de quienes se tenía entera satisfacción y que se conocía que les salía muy de corazón; y en medio de eso eran muchos, porque por la mayor parte, cuantos se habían bautizado y tenían mediano conocimiento de la fuerza y santidad de nuestra

Santa Fe, eran fervorosos y devotos y se les asentaba muy bien cualquier cosa.

En estas procesiones se azotaban también los religiosos y regaban la tierra en sangre, como en prendas de la mucha que habían de derramar después, puestos en la cruz, donde con más abundancia la regaron y fecundaron, para que brotasen, en lugar de cardos y espinas, de vicios, errores é idolatrías de la ciega gentilidad, renuevos de la Fe católica, adornados de muchas flores de virtudes de fragante y suave olor y muy fructíferas para la Iglesia de Dios, como por experiencia se ha visto en el crecido número de mártires que ha tenido aquella cristiandad, que por mi cuenta pasan de seis mil.

Dando, pues, fin á los ejercicios santos y devotos con que criaban á los cristianos recién convertidos, y con los que instruían de nuevo á los antiguos aquellos apostólicos varones, advierto, que con andar tan cansados y tan desangrados con penitencias tan penosas, no por eso dejaban el ejercicio ordinario de catequizar, predicar y bautizar, particularmente en tales días, que no se desocupa iglesia y convento de gente. Junto con esto curaban los enfermos, daban de comer á los pobres; y después de las procesiones dichas de sangre, cuando ellos necesitaban de que los curasen y regalasen, gastaban parte de la noche en curar á los demás penitentes, y con un amor y ternura como lo pudiera hacer una madre con sus propios hijos. Algunas veces, compadecidos los cristianos de su inmenso trabajo, los rogaban que no se cansasen y despidiesen á la gente; pero rara vez se lo permitía su corazón tierno, confiando siempre en Su Divina Majestad que les había de dar fuerzas para todo.

Una vez había capitaneado la procesión el Santo Fr. Francisco de la Parrila, yéndole azotando un japón, á persuasión suya, con unos fuertes ramales por representar al vivo lo que con Cristo Señor Nuestro hicieron los sayones; y habiendo quedado tal, que era compasión el verle, porque sobre haber derramado mucha sangre, todas las espaldas habían quedado hechas una llaga, de alto abajo, no fué posible acabar con él que se dejase curar. Hízolo él con los demás, y asistió á todos los ejercicios de aquella noche y día como si no tuviera nada. Lo mismo sucedía á los demás en su tanto, sin que por esto se faltase á la asistencia continua del coro, oración y contemplación y demás ocupaciones monásticas, como si fuesen incansables ó no fuesen de carne humana.

CAPÍTULO XX.

DE ALGUNOS EJEMPLOS NOTABLES QUE SUCEDIERON POR ESTE TIEMPO EN QUE SE MUESTRA BIEN LA CONSTANCIA Y FORTALEZA GRANDE QUE TENÍAN EN LA FE ALGUNOS CRISTIANOS JAPONES DE LOS RECIÉN CONVERTIDOS, Y DE LA PERFECCIÓN CON QUE GUARDABAN LA LEY DE DIOS.

POR las cosas maravillosas que se veían en algunos cristianos, en razón de conservar la Fe que habían recibido y guardar la Ley á que se habían obligado, se conoce bien la luz sobrenatural tan grande de que eran asistidos, y la eficacia y buenos efectos de la doctrina con que eran instruídos de sus maestros los religiosos; y para que se manifieste uno y otro y Nuestro Señor sea alabado en sus siervos, pondré aquí algunos ejemplos sucedidos en este tiempo en que comenzaron á promulgar el Evangelio en el Japón, reservando para otra parte otros, y dejando los más; porque, ciertamente, si se hubieran de contar todos, era necesario multiplicar muchos tomos, y más si se hubieran de ponderar y escribir con las circunstancias que ellos pedían.

Y sea la primera maravilla, que era casi común en todos los cristianos, después que vieron frailes de San Francisco en el Japón, aquella osadía santa con que andaban y poco recelo que tenían de mostrarse cristianos en palabras y obras, ni en traer insignias por donde podían ser conocidos por tales, ni de aparecer delante del tirano ni de los gentiles que conocidamente eran enemigos capitales de los cristianos y Padres, repitiendo muchas veces: "Lo que más "pueden hacer de nosotros nuestros enemigos, es el quitarnos ó la "hacienda ó la honra ó la vida; y aunque ello fuera así, cuanto más "que no lo es, porque por una vida mortal alcanzamos una eterna, "y por las riquezas temporales las celestiales, era nada para obli-

"garnos á dejar una Ley tan santa, tan pura y tan perfecta: una Fe "tan cierta, que primero faltará el cielo y la tierra que haya falta "en lo que en ella se promete."

Muchísimas veces los oían decir esto los religiosos, con no pequeña admiración suya, sabiendo cuan amedrentados andaban antes con la persecución pasada: los más constantes, escondidos y retirados, sin osar mostrar la más mínima acción de cristianos; y los que no lo eran tanto, con facilidad la negaban y retrocedían en la Fe, y en todo se portaban como gentiles, que apenas se les veía rastro de que hubiesen sido bautizados. Pero después que vieron el desprecio grande que tenían nuestros religiosos de las cosas del mundo, sus haberes y riquezas, y cuan poco caso hacían de toda su honra, y poco cuidado que ponían en conservar la vida, y otras cosas admirables que veían en ellos, su pobreza, penitencia, humildad, caridad, paciencia, etc., hicieron tan alto concepto de nuestra Santa Ley y de lo que enseña la Religión cristiana, que les pareció, que ley que suaviza y hace fáciles cosas tan dificultosas y agrias á la naturaleza humana, no era justo que por ninguna cosa de este mundo se dejase; aunque costase la hacienda, la honra y la vida; ni menos el recatarse de guardar tal ley, andando ocultos y disimulados, porque decían que no era razón que ellos ocultasen lo que era justo que todos tuviesen y entendiesen, que era lo mejor del mundo. Y si les decían los religiosos que se recatasen, ya que no fuese por sí, por el daño que podían hacer á otros que no tenían tanto conocimiento de la pureza y santidad de nuestra Ley, respondían, que la culpa no sería suya, sino de ellos; pues bastaba la noticia que había en todo el Japón, para que todos tuviesen perfecto conocimiento de cuan santa y perfecta era y cuan engañosas y falsas las demás sectas; y que mayor culpa sería si por miedo de perder la vida ú otra cosa temporal, dejaban la Ley de los cristianos, pues por menos que eso era muy ordinario el quitarse ellos las vidas, sabiendo que con ellas perdían cuanto tenían, y sin esperar otro fruto que irse al infierno. Estas cosas y otras semejantes decían los cristianos, así en presencia de los religiosos como fuera de ella, en que mostraban bien su constancia y amor grande que tenían á la Fe que habían recibido, de lo cual daban los religiosos muchas gracias á Dios. Y aun los mismos cristianos admiraban en sí tan extraña mudanza, que conocidamente era obra de Dios y singular favor que les hacía por medio de aquellos santos religiosos, que, como evangelizadores de la paz y del consuelo espiritual de las almas, había sido grande e que habían dado á aquella cristiandad y los cristianos recibido con su entrada en aquel Reino. En esta constancia y fortaleza del cielo qu

mostraban todos, se señalaban algunos en particular, por habérseles ofrecido ocasión para ello, como se verá en los siguientes ejemplos:

En una fiesta solemne bautizó el hermano Fr. Marcelo de Rivadeneira á un criado del Rey. Púsole por nombre Esteban, y contándole el martirio de este glorioso Protomártir, agradeció que le pusiesen su nombre, y dijo con mucho fervor que no rehusaría de confesar en presencia del Rey que era cristiano, y que aun lo mostraría trayendo un *Agnus Dei* y el rosario al cuello. Y como lo prometió, así lo cumplió; porque ofreciéndose algunas funciones públicas, en que conforme al estilo del Japón se hacían algunas ceremonias gentílicas y no sin grave ofensa de Nuestro Señor, él, por excusarlas y no hacer cosa en que desdijese de verdadero cristiano, se excusaba, buscando siempre algún pretexto, y cuando no le había, prevaleciendo en su corazón el amor y temor de Dios á todos los temores y respetos humanos, claramente decía, que no había más razón para no hacer aquellas ceremonias que ser cristiano. Por lo cual estuvo muchas veces á peligro de perder la vida, y de todas le libró Nuestro Señor, dándose por servido de su buena determinación, y con ella permaneció todos los días de su vida y murió como muy buen cristiano.

Otro criado del Rey, bautizado asimismo por nuestros religiosos, mostró también cuan constante estaba en lo que ellos le habían instruído para haberle de dar el Bautismo. Porque como le viese un grande idólatra en cierta ocasión con el rosario al cuello, estando ambos en la presencia del Rey, le dijo algunas palabras ásperas, mostrándole la bajeza grande que en su opinión era el ser cristiano, y de aquí pasó á loar y celebrar mucho las sectas de sus ídolos Amida y Jaca; que no había más dioses, y que éstos eran los verdaderos, para lo cual daba muchas razones, fundadas todas en sus engaños y falsedades; pero muy bien recibidas del rey y de algunos señores del reino, que se hallaban delante, alabando mucho la agudeza del idólatra y su gran sabiduría, de lo cual estaba él muy ufano y tomaba nuevo atrevimiento para baldonar á los cristianos, porque adoraban por Dios á un crucificado.

Oyendo ésto, sintió el cristiano un nuevo fervor para hablar delante del Rey y responder al gentil, que así le afrentaba, y dijo que su Dios había criado cielos y tierra, y dado ser á los hombres y á todas las cosas criadas, haciéndolas de nada, y que por su voluntad vivían todos los vivientes y se conservaban; que si fué crucificado y muerto, fué de su propia voluntad y por la salvación de los hombres; y si murió, también resucitó y subió á los cielos; que por no conocerle él é ignorar esta verdad hablaba tan ignorantemente. Preguntóle que

quien había hecho cielos y tierra, y criado el primer hombre. Respondió el gentil muy satisfecho que Amida era el señor de todo y el que daba salvación á los hombres. Replicó el cristiano: "Si Amida es hombre como nosotros y lo confiesan todos y está muerto, y su cuerpo resuelto en tierra, ¿cómo puede ser señor del cielo y dar salvación á los hombres?" Quedó confuso el gentil, y los que antes le habían aplaudido de docto, se rieron de él; aunque como ciegos, no vieron la luz que les ponía por delante.

No fué menos ejemplar el celo de la Religión cristiana que tuvieron dos niños y una niña, naturales de Meaco, nietos de una matrona muy rica y honrada, bautizada por los Padres de la Compañía y muy antigua cristiana en aquella Ciudad, la cual era muy bienhechora de nuestros religiosos, con quienes comunicaba muy familiarmente las cosas de su alma. Tuvo esta señora un hijo muy buen cristiano, el cual murió al principio de la persecución del año de 1587, y dejó aquellos tres niños en su poder, y ella los crió con mucho cuidado en toda virtud, como persona al fin tan ejemplar y santa. La madre de estos niños, como quedó moza, se tornó á casar con un gentil, siendo ella cristiana, á persuasión de sus parientes; aunque con harta repugnancia de la suegra, que hizo cuanto le fué posible por estorbarlo. Con la comunicación y trato de los gentiles se fué olvidando la recién casada de la Ley de Dios y de las obligaciones que tenía de vivir conforme á ella, porque más parecía gentil que cristiana. Dió esto grande pena á la suegra y á los hijos, de manera que nunca quisieron verla.

De allí á poco murió la abuela, quedando la niña de diez y seis años y los niños de doce y catorce; y pareciéndola á la madre que faltándoles la abuela, gustarían sus hijos de verla, les envió un día cierto presente delante, diciendo, que luego iría á verlos; mas los niños, sin aguardar un punto, se salieron luego de casa, y la niña se encerró en lo más secreto de ella, y cuando llegó su madre, no halló quien la recibiese, y se hubo de volver muy corrida á su casa. Y aunque después, según dicen, les envió diferentes recados y puso muchos intercesores, nunca se pudo acabar con ellos que la viesen ni pusiesen los pies en su casa, diciendo, que pues ella había dejado á Dios, y á ellos también, siendo pequeños, no era justo que la tuviesen ni conociesen por buena madre. De lo cual quedaron todos los cristianos muy edificados, y unos á otros se animaban con semejantes ejemplos, y en especial con este, que fué muy sonado por todo el Meaco, viendo que el amor de Dios Nuestro Señor y de su Ley, tenía más fuerza en el corazón de aquellos niños que el amor natural de la madre, por la buena enseñanza que habían tenido en la compañía de su abue-

la, y el fervor grande que veían en muchos cristianos, después que comenzaron á predicar nuestros religiosos.

Muy semejante al que acabamos de referir es el ejemplo de otro niño de catorce años y el de un mozo de diez y ocho, que por hacerse cristianos, dejaron padres y madres y se salieron de sus casas. El muchacho de catorce años había dado á entender que quería ser cristiano, y su padre, que era gentil, por amedrentarle, le azotó, haciéndole muchas amenazas si pasaba adelante con aquel que él llamaba disparate. Ofrecióse de allí á poco el ir á visitar á un bonzo, y queriéndole llevar el padre consigo, dijo que, aunque le matara, no había de ir; que él no había de visitar sino á los sacerdotes del verdadero Dios. Dióle entonces muchos golpes y azotes, y le echó de casa, diciendo que le desheredaba y desconocía por hijo. Aflijido el muchacho se fué al Santo Comisario y le contó todo lo que le había pasado, y él con mucho amor le consoló y recibió por hijo, y habiéndole instruído en la Fe, le bautizó, y fué tan buen cristiano, que de allí adelante no quiso salir del convento; en el cual se ejercitaba en obras muy virtuosas, sirviendo á los pobres y á los religiosos, tan olvidado de sus padres, como si no los tuviera.

Poco antes del martirio, fué enviado del Santo Comisario á Nangasaqui para consuelo y alivio de los tres religiosos que había en aquel puerto, que eran: Fr. Agustín Rodríguez, Fr. Bartolomé Ruiz y Fray Marcelo de Rivadeneira, que estaban allí por orden suya, ocupados en la promulgación del Evangelio; y cuando supo que los padres de Meaco y todos los sirvientes del convento estaban presos, porque eran cristianos y predicaban la Ley de Dios, fué grandísimo el sentimiento que tuvo de no estar allí, que por ser uno de los de dentro de casa, forzosamente le prendieran á él. Y si los padres de Nangasaqui le hubieran dado licencia, se hubiera ido á Meaco á meterse entre los que estaban condenados á muerte. Con el mismo intento, estuvo aguardando en Nangasaqui, creyendo siempre que los soldados y guardas le habían de admitir entre aquellos santos religiosos por ser él también tanto como cualquiera de los comprendidos en sentencia.

Mas no quiso Nuestro Señor, por sus altísimos juicios, cumplirle sus fervorosos deseos, porque antes que llegasen á Nangasaqui los que habían de ser crucificados, le prendieron á él y á los religiosos con quienes estaba, no para crucificarlos sino para desterrarlos á Filipinas, como lo hicieron en un navío de portugueses que se hallaba á la sazón allí. Aquí en estas Islas vivió y murió con grande ejemplo, crucificada siempre el alma porque en aquella ocasión no le hubiesen crucificado el cuerpo: ¡también como esto se le asentó la doctrina y fervoroso deseo al martirio, en que al principio le impusieron nuestros religiosos!.

El otro mozo llamado Jacobo, sin dar parte á nadie, se hizo cristiano, y teniendo noticia el padre, dió aviso á un señor de los poderosos del Reino, á quien servía el hijo, diciéndole, que si le daba licencia, él le quitaría la vida. Respondió el señor que descuidase, que si su hijo no dejaba de ser cristiano, él por sí mismo le cortaría la cabeza. Mandó á algunos amigos y compañeros de Jacobo le persuadiesen á que apostatase de la Fe que había recibido, que no le iba menos, si lo hacía, que quedar honrado y rico para todos los días de su vida; y al contrario, si porfiaba en ser cristiano, que, después de haberle dado muchos tormentos, le cortarían la cabeza y se pondría en parte donde todos hiciesen mofa y escarnio de él.

Habían comenzado ya los falsos amigos á hacer su oficio conforme á la voluntad de su amo, y habiéndoles despedido algunas veces, se fué al Santo Comisario á darle parte de la determinación en que estaba, que antes perdería mil vidas que tuviera, que dejar la Fe y Ley de los cristianos que con tanto amor había recibido. El Santo Comisario le aconsejó que se huyese de palacio y pusiese en cobro, que aquel era gran señor y podía hacer mucho mal á los demás cristianos y á todos los Padres, malmetiéndolos con el Emperador; que podría ser que, estando fuera de su presencia y servicio, no se le diese mucho que él fuese ó dejase de ser cristiano. Hízolo así Jacobo, y al instante se desnudó de los vestidos ricos y galanos de que usaba en palacio, y se vistió de lo más desechado y vil de que usan los pobres, y se cortó el cabello, que en los mozos de aquella tierra no es pequeño sacrificio, porque tan estimable es en ellos, como lo pueda ser en las más aseadas mujeres.

Y para asegurarse bien, según el consejo del Santo Comisario, se huyó de Meaco para Nangasagui, y desde el camino envió los vestidos á su amo, diciendo que ni le quería servir, ni estimaba en nada sus favores, siendo como era en detrimento de su alma; que si le hubiera dejado vivir en la Ley de los cristianos, puesto que había libertad para que cada uno viviese en la que quisiese, según estaba ya de costumbre en el Japón, que le sirviera con mucho gusto y con nuevo cuidado; pero ya que no quiso, que se iba á donde Dios le ayudase para vivir y morir en su gracia. Llegó á Nangasaqui, y hallando allí embarcación para Filipinas, se vino á estas Islas, donde perseveró muy constante en la Fe, vivió y murió con grande ejemplo.

Otros dos mozos nobles, de edad de diez y siete años, habiéndose hecho cristianos, y sabiéndolo sus deudos, que eran gentiles, se valieron de cuantos medios pudieron para hacerlos faltar en la Fe; mas no aprovechando nada con ellos, los echaron los padres de casa, y los

parientes no los quisieron reconocer por tales, y se hubieron de ir desterrados á otros reinos algún tiempo, hasta que movidos los padres y parientes del amor natural, los enviaron á llamar, prometiéndoles que no les sería impedimento para que viviesen de allí en adelante como cristianos. Mas ellos no lo quisieron hacer hasta que se aseguraron bien de la promesa y palabra que les habían dado.

Otros muchos casos pudiera referir en que se veía la contradicción que los gentiles hacían á los nuevamente convertidos, y la luz grande con que los asistía Su Divina Majestad, y el mucho fervor que recibían con el trato y comunicación de los religiosos para no faltar en la Fe. Porque, como tiernos en ella, pretendía el demonio derribarlos y obligarlos á que volviesen atrás en lo comenzado, con cuantos medios se pueden imaginar. Hacía que los mismos padres persiguiesen á los hijos, los señores á los criados, los compañeros y amigos á sus iguales, diciéndoles que adoraban á un crucificado, y que los predicadores de aquella ley eran pobres, y curaban á los leprosos, que vivían vida áspera, descalzos y hambrientos, juzgando todos por vileza é infamia, y como haciendo burla de ellos les decían que fuesen á adorar á los que por sus maldades estaban crucificados por los caminos. Veíase aquí lo que en tiempo de San Pablo, cuando era tenido por necedad y locura el misterio de la Cruz.

Llegaba la persecución hasta ponerles en cárceles y azotarles y hacerles otros tormentos con peligro de la vida; mas con la fortaleza y constancia que recibían con el buen ejemplo de los religiosos y con el que se daban unos á otros, quedaban muy gozosos, después de haber padecido tanto como habían padecido, y se ofrecían de nuevo á otros mayores tormentos: indicio claro del gusto que tenían en padecer por Cristo cuya Fe defendían.

Pasaba aun más adelante la persecución, valiéndose el demonio no sólo de medios que les pudiesen aflijir, sino de otros que, por lo que tenían de atractivos de la parte más viciada de la naturaleza, eran más eficaces para derribar al que no estuviese muy constante en el amor y temor de Dios. Persuadía á los padres, parientes y amos de los cristianos que los echasen mujeres hermosas y halagüeñas, para que los provocasen á pecar, y perdiesen la vestidura de gracia que habían recibido en el Bautismo, pareciéndoles que llevados una vez del vicio y de las malas costumbres, que aprenderían con el trato y comunicación de semejantes mujeres, presto y con facilidad retrocederían en la Fe.

Así lo hicieron sus padres ó, por mejor decir, sus perseguidores con un cristiano de no mucha edad, que habiéndole puesto con ardid y maña en ocasión, con una mujer moza y hermosa, como si hu-

biera sucedido acaso, le comenzaron, mediante ella, á combatir y á querer rendir su casto pecho. Comenzó la mujer disimulada, disfrazando su lascivo deseo y depravado intento con palabras halagüeñas y aun con alguna apariencia de buenas. Entendió luego el cauteloso y recatado mancebo la tentación, resistióla con valor y cordura; y porque al principio lo había hecho blandamente, sin mostrar aspereza en lo exterior, por entender que otro ninguno sabía aquello más que los dos, y no quisiera que se hiciese público y notorio, por lo que podía perder aquella mujer, entendió ella que no estaba tan constante como todo eso, y así pasó adelante con la solicitación, con acciones las más indecentes al recato y más ofensivas á la vista que pudo imaginar la disolución. Venció este apretado lance huyendo de aquel lugar con la velocidad que huyera de una serpiente venenosa; volvió diversas veces la disoluta mujer á solicitarle como de nuevo, y siempre el casto mancebo, asistido de la gracia, venció. Una vez que ella le dijo, como llorando, que si hacía su voluntad le daba palabra de hacerse luego al instante cristiana, la respondió: "No lo tengo de dejar de ser yo porque tú lo seas; y si tú tuvieras voluntad de serlo, no te valieras de semejantes medios, que son totalmente opuestos á la Ley y profesión del verdadero cristiano." Con estas y otras semejantes razones despidió de sí á la mala mujer y venció la tentación, y con las continuas amonestaciones de los religiosos, á quienes él daba parte de todo lo que le pasaba, andaba prevenido y sobre aviso para vencer todas las tentaciones, temiendo muchísimo el dejarse llevar de tales vicios, que destruyen la gracia y ponen á peligro de perder la Fe, que es lo que sus padres y parientes pretendían y el demonio solicitaba.

Lo mismo sucedió á otros mozos, en diferentes ocasiones, y algunas honestas doncellas, que con la ayuda de la gracia vencían semejantes tentaciones, y se venían luego á nuestro convento á confesar y á dar cuenta á los religiosos, para que ellos les encomendasen á Dios y les instruyesen en lo que habían de hacer, ó cómo se habían de portar en tales lances; y ellos lo hacían con notable amor y cariño, y les animaban á la pelea con el premio que promete Su Divina Majestad á los que con valor y esfuerzo pelearen é hicieren cara al enemigo.

Regocijábanse en espíritu viendo los gloriosos triunfos que conseguían aquellos sus hijos, engendrados en Cristo con dolores y trabajos, y á quien ellos habían traído á la luz clarísima de la Fe, mediante el Bautismo y predicación del Evangelio; y como frutos de su trabajo los recibían por premio de él, dando infinitas gracias á Nuestro Señor de que les hubiese llevado á aquella tierra para consuelo de aquella cristiandad y bien de tantas almas que antes andaban tan perdidas.

y de otras que estaban en peligro de eso por la contradicción de los gentiles. Admirábanse de la osadía santa con que vencían todo vano temor, y la libertad evangélica que se les infundía desde el instante que recibían el Bautismo; que apenas les habían instruído en la Ley que habían de guardar, cuando ya se hacían predicadores de ella, y se mostraban tan fervorosos y desengañados, que desengañaban á los demás infieles de sus idolatrías y errores. Algunos iban á disputar de la falsedad de las sectas con los que antes habían sido sus maestros en ellas, y les arguían y convencían y mostraban el camino cierto de la salvación. Y los que antes hacían burla de lo que veían hacer á los religiosos, después de bautizados, lo hacían ellos y lo quisieran hacer con igual perfección.

Finalmente, de cuanto veían los religiosos en estos nuevos cristianos, tomaban ocasión de engrandecer y admirar la poderosa virtud de Dios y la eficacia de su gracia, que de tal modo les trocaba de gentiles viciosos y obstinados en cristianos devotos, fervorosos y constantes, cuya vida podía ser ya ejemplo de los religiosos más virtuosos y ejemplares.

CAPÍTULO XXI.

DE COMO LOS RELIGIOSOS DE N. S. P. S. FRANCISCO FUNDARON DOS HOSPITALES EN EL JAPÓN, JUNTO DE SU IGLESIA Y CONVENTO DE LA CIUDAD DE MEACO; Y DE LAS OBRAS DE CARIDAD EN QUE SE EJERCITABAN Y EJEMPLO QUE DABAN.

EN cumplimiento de lo que Cristo Nuestro Señor mandó á sus discípulos cuando los envió por el mundo á predicar su Evangèlio, de que curasen los enfermos que hallasen en las ciudades, hermanando la vida apostólica de la cura de las almas con la de la hospitalidad y cura de los cuerpos, determinó el Santo Fr. Pedro Bautista fundar algunos hospitales en aquella insigne ciudad de Meaco, para la cura de los leprosos y de otros muchos enfermos que había en ella, creyendo que sería obra muy del servicio de Su Divina Majestad, y tan agradable cuanto nueva en aquella ciudad, que semejante cosa á ésta no se había visto jamás.

Comenzóse la obra, á un lado del convento, con algunas limosnas que habían enviado al Santo Comisario desde Manila, y en breve se acabó y pobló de camas y enfermos, que ya no cabían más. Pero como la caridad del Santo Prelado y demás religiosos era tan extendida y deseasen que se comunicase á muchos, pareciéndoles que aquel solo hospital era poco capaz para los muchos pobres que había, procuraron hacer otro (*) á la otra parte del convento, ayudando con sus limosnas algunos devotos cristianos, y en especial los portugueses del puerto de Nangasaqui.

(*) Esto mismo nos viene á decir el P. Rivadeneira, testigo ocular de estas fundaciones. Equivocadamente, pues, dice el P. San Antonio que los dos hospitales se hicieron al mismo tiempo, y que el segundo se fundó para recoger en el á los niños "y cuidar de su crianza y educación en la Fe católica". (Nota del Colector).

Estos dos hospitales se dedicaron el uno á la gloriosa Santa Ana, á imitación del primero que se fundó en Filipinas, cuyo fundador fué el Santo Fr. Juan Clemente, como ya queda dicho atrás (la cual fundación fué uno de los principales instrumentos de la conversión de muchos gentiles de estas Islas, como lo fué también aquélla del Japón). Dióse el cargo de este hospital del Japón al santo mártir León y él le recibió con notable gusto y consuelo de su alma, y se fué á vivir á él con su mujer y familia, aplicando para el sustento de los pobres un poquillo de renta que tenían.

El otro se dedicó al glorioso S. José, del cual se hizo hospitalero el santo mártir Paulo y otros devotos cristianos que estaban avecindados junto al convento, familiares de los frailes. Á todos premió Su Divina Majestad el servicio que hacían á los leprosos y demás enfermos con una tan ilustre corona, como lo fué la del martirio, en compañía de sus maestros los religiosos. Con la buena voluntad y gusto que estos devotos y fervorosos cristianos se habían encargado de los hospitales, con la misma acudían á la asistencia y regalo de los pobres enfermos que se recogían en ellos, porque pospuesta la vergüenza que el pedir limosna suele causar, la pedían ellos para los pobres con mucha solicitud, desvelo y cuidado; y con el mismo la empleaban en su servicio. Juntábanse en estos hospitales más de ciento treinta leprosos, sin otros muchos enfermos de varias enfermedades, y á todos milagrosamente los proveía Dios de sustento, medicinas y otras cosas necesarias para su cura y regalo; el cual nunca les faltó, y no sin particular providencia de Dios, por ser en una tierra tan falta de caridad, que aun el nombre no lo sabían. Pero Él dispuso, como movidos de una compasión natural ó, por mejor decir, del impulso del divino espíritu, nunca faltase quien les hiciese bien y diese limosna, fuesen cristianos ó gentiles, que todos daban con larga mano.

En todos hacía grande fuerza y causaba mucha edificación el ejercicio de los religiosos en estos hospitales; porque con un amor y ternura, como si fueran sus propias madres, andaban entre las camas de los enfermos; y llenos de un espíritu del cielo, curaban á los leprosos y llagados, lavándoles con lavatorios de raíces y yerbas olorosas, que para esto buscaban, las llagas y postemas asquerosas. Luego se las limpiaban, echándoles fuera la materia y mal humor. Sobre esto se las besaban muchas veces en reverencia de las llagas de Nuestro Señor Jesucristo, que, por curar la lepra de nuestras almas, quiso en este mundo parecer leproso. Lavábanles también los pies y cortaban las uñas, y hacían con ellos otras obras de caridad en que resplandecía bien el fuego de amor divino que en sus almas

ardía, poderoso para encenderle en el corazón más frío y helado que el mismo hielo.

Y así se vió por experiencia, que con ser la Nación japona notablemente melindrosa y enemiga de llagados y leprosos, viendo á los religiosos, á quienes tenían por padres y maestros, ejercitarse en aquellas obras de tanta humildad y caridad, se animaban á hacer lo mismo; y aun las mujeres, que en comparación de los hombres suelen ser extremadas en hacer melindres y espavientos y tener asco, se avergonzaban de que ellas también no lo hiciesen, como lo hacían los religiosos y otros cristianos. Al principio lo rehusaban, pero vinieron de tal manera á perder el miedo, que engolosinadas del merecimiento de tan santa obra, sentían grande consuelo espiritual en ejercitarla.

Y aunque unos y otros padecieron grandes contradicciones sobre ejercitar obra tan santa; mas no por eso los perfectos imitadores de Cristo dejaron de proseguir con sus santos y piadosos ejercicios que con tanto fervor y ejemplo de todos habían comenzado, creyendo que esto sería abrir más ancha puerta para que muchos infieles, dejada la idolatría, viniesen á conocer la verdad. Porque, considerada la bárbara crueldad que entre ellos se usa, que á los propios hijos, viéndolos llagados ó leprosos, los matan los padres, y á los padres, los hijos, y la mujer, al marido, y él, á ella, y los señores, á los esclavos, especialmente si es gente pobre que ni tienen con que curarlos ni con que sustentarlos, y los más piadosos por no verlos morir los echan de sus casas á que se mueran por los campos, plazas y calles, se persuadieron los religiosos, por ser infinitos los que hay de los así desechados por todos los pueblos y ciudades, que á la voz de la nueva fundación de los hospitales y caridad que en ellos se hacía, vendrían muchos á ser curados los cuerpos, y por aquel medio los curaría Dios el alma, y ellos cogerían mucho fruto para las trajes del cielo.

Y como lo pensaron, así sucedió; porque apenas se desocupaba un cuarto ó sala de enfermos, cuando ya había otros tantos que estaban esperando, y otros que de nuevo iban viniendo de diferentes ciudades y reinos, que muchas veces no había donde curarlos, porque ni un rincón había que estuviese desocupado. Mas Dios lo proveía por otro camino, ofreciéndose algunos devotos cristianos á curarlos por sí ó sus criados: con que para todos había el remedio ó medicina que pedían para sus cuerpos y la salud y consuelo que necesitaban para sus almas. El Santo Comisario y sus compañeros recogían en los hospitales los que hallaban más llegados y desamparados del favor humano, y con ayuda de los familiares del convento los curaban y regalaban. En

este ejercicio, como decía N. S. P. San Francisco, hay gran dulcedumbre del cuerpo y del alma, y por esto mismo el Santo Prelado escogía algunas veces para sí los más llagados y podridos, y otras bebía el agua con que los había lavado, de que hubo muchos testigos que lo vieron y juraron en las informaciones que se hicieron para la canonización de estos Santos Mártires.

Y verdaderamente que quien no alcanzare con fe viva lo que es estar Cristo Nuestro Bien lavando los pies de sus discípulos, y el ejercitar otros actos de humildad semejantes desde que puso los pies en el mundo, á quien venía á enseñar la nueva Ley de gracia y desterrar sus idolatrías y falsedades, no entenderá la perfección grande que es imitarle en estos heróicos actos de pobreza, humildad y menosprecio del mundo, y cuan importantes son para plantar la pureza de nuestra Santa Fe y desarraigar los vicios. Así lo dijo en cierta ocasión el Santo Prelado, que estando lavando á un leproso, puso sobre las llagas de él por algún espacio de tiempo su boca, y viéndolo uno de sus compañeros, le dijo, que bastaba lavarlas y besarlas por el buen ejemplo y mortificación. Respondió el Santo: "Hermano "mío, esto es necesario para enseñar á estos nuevos cristianos el "camino de la humildad, y desarraigar la soberbia de los gentiles. "De la manera que los sabios y prudentes médicos curan las enfer-"medades un contrario con otro contrario, las que proceden de frío con "cosas calientes, y con frías las que proceden de calor, Cristo Nuestro "Señor, sapientísimo Médico de las almas, viniendo al mundo á "medicinar las llagas de los pecados, curó la soberbia con humildad, "y los demás vicios con las virtudes contrarias; y á sus discípulos "los sagrados Apóstoles les enseñó esta misma doctrina, y ellos la "practicaron en el mundo; y pues nosotros predicamos el mismo Evan-"gelio, no nos será lícito variar el modo de predicarle."

Por lo cual, aconsejaba muchas veces á sus compañeros, que al que quisiese bautizarse, lo primero que le habían de dar á conocer era á Dios hecho Hombre, no rico, sino pobre, enseñando humildad y pobreza; así como esa fué la primera lección que Él dió al mundo, para que por ahí viniesen en conocimiento aquellos gentiles de lo que eran ó en que consistían las riquezas del cielo. "De esta ma-"nera, decía, predicaban desnudamente la Cruz de Cristo, su humil-"dad y pobreza, teniendo por honra lo que es deshonra en los ojos "del mundo; y no sólo con palabras daban testimonio de esto, sino "también con las obras, viviendo como crucificados con Cristo en su "vida, trato y conversación; pobres, humildes y despreciados; ha-"ciendo cebo, para pescar las almas, de la divina palabra, predi-"cada con sinceridad y espíritu, por ser poderosa para contrastar

"los corazones y hacer grandes maravillas con pobreza, humildad, "hambre, descalcez: y con la muerte de Cruz que padeció, como "malhechor, Nuestro Redentor y Maestro de las almas, desterró el "tiránico señorío que el demonio tenía en el mundo; y no será razón "buscar nosotros otros medios para desterrarle del Japón y librar á "sus naturales de la miserable esclavitud que padecen.

"Este mismo estilo de convertir almas guardó San Pedro en Roma, "cabeza del mundo, y San Pablo, predicador de las gentiles, en las "muchas provincias que convirtió á la Fe; y esto mismo guardaron "los demás Apóstoles y varones apostólicos que florecieron en la "Iglesia; y en estos últimos tiempos le han guardado los primeros "que la plantaron en Nueva España, en el Perú y en Filipinas, cuyos "nombres piadosamente creemos están escritos en los cielos, y sus "hechos eternizados en la memoria de los hombres é impresos en "muchos libros que sirven hoy de poner ánimo y fervor á los que "se ocupan en la misma conquista, movidos con su ejemplo y fiados "en el auxilio divino y palabra que les tiene dada Su Majestad "de que no les ha de faltar, si, como verdaderos discípulos suyos, "dan con su vida y ejemplo testimonio de la Fe y verdad evangé-"lica que predican."

Con estos empleos que de continuo traía en la memoria, y con las continuas amonestaciones que el Santo Prelado hacía á sus súbditos, procuraban todos mostrarse muy primeros en la virtud y guarda del Santo Evangelio, cifrado en su Regla, en la pobreza, humildad, rigor y penitencia, sin hacer caso del que dirán y de lo que muchos decían, sabiendo que este era el medio más eficaz para predicar el Santo Evangelio; porque como los fundamentos de nuestra Fe están puestos en la humildad y Cruz. los discípulos verdaderos de Cristo, pobre, humilde y crucificado, no estiman el decir de las gentes, porque saben que por aquel camino dan mejor á conocer á Jesucristo, Hijo de Dios verdadero, Salvador del mundo, que con riquezas, autoridad y pompa secular, medios muy desproporcionados de aquellos mismos que predican ó deben predicar á fuer de católicos.

Y así, con estos mismos ejemplos y doctrinas que oían de su Santo Prelado, respondían á todas las objeciones y contradicciones que les hacían, así los gentiles, como otros que no lo eran, los cuales, fundados en su prudencia, que tenían, decían que no era aquel buen estilo para predicar á los gentiles, ni semejantes medios proporcionados para la promulgación del Evangelio, á lo menos en aquella tierra, que por ser los japones notablemente soberbios, y estar ellos entendidos que no hay otra Nación mejor en el mundo, ni más política ni más opulenta y rica, dirían que pasaban de España al

Japón á matar el hambre y á tener buena vida; lo cual no podría ser sin grande menoscabo de su autoridad y crédito y de la veneración que era necesaria que tuviesen á los ministros del Evangelio los que se hubiesen de convertir, porque faltando ésta, ni harían caso de lo que les dijesen, ni menos darían crédito á lo que les predicasen, y los ya convertidos se volverían antes, creyendo que habían sido engañados en haberse hecho cristianos á persuasión de una gente vil y baja, y otros inconvenientes y razones semejantes que proponían los que eran de este parecer y discurrían según las reglas que su espíritu de prudencia les dictaba. Aunque oían esto aquellos varones verdaderamente apostólicos, no hacían mucho caso de ello, respondiendo con los ejemplares que hemos dicho de la práctica que guardaron los Apóstoles y otros Santos Religiosos de su mismo espíritu; y que además de tener ellos experiencia de lo contrario, no se les daría nada que hubiese algunos gentiles tan ciegos á la luz de la razón, que tuviesen por necedad ser ellos pobres con Cristo pobre, porque esta es la sabiduría de Dios.

Bien poco más les decían algunos gentiles: unos que eran sucios y asquerosos; que lavaban los pies de los leprosos, y les curaban las llagas, y que por esto no eran visitados de los señores y gente principal; que los religiosos no hacían caso de ellos sino de la gente común, vil y baja, con lo que bien se echaba de ver quiénes eran ellos, tan viles como aquellos con quienes comunicaban y conversaban: otros daban en decir, mofando de los religiosos, que comían carne humana, y que mataban aquellos leprosos para sustentarse, y lo que les sobraba, hecho polvos, lo enviaban á su tierra, y otros mil disparates y desatinos; á que también hacía bien poco caso el Santo Comisario, y mucho menos que de lo precedente, cuanto las objeciones eran más descabelladas, probando con palabras y obras lo contrario, y aprobando lo que sus frailes y los devotos cristianos hacían con los leprosos. Y como él era el primero en esto, y el que se esmeraba con particular cuidado, lavando, como hemos dicho, los más podridos y llagados, siendo el Prelado mayor de aquellos padres, y que había sido tan honrado del Rey, recibido y agasajado por embajador de otro más poderoso rey, por más que se mofasen los gentiles, no podían menos de confundirse, como de hecho sucedía, y los cristianos se edificaban, considerando el amor que tenía á los pobres, que más que á sí les quería, respetándolos, como si en cada uno de ellos viera al mismo Cristo.

Y lo que comúnmente sucedía, que como entre estos gentiles que se mofaban de los frailes, había algunos que tenían la razón más clara, considerando estas obras de caridad, decían: "Pues si hombres

como éstos de tan buen juicio, al parecer, y entendimiento, hacen estas cosas sin ningún interés de la tierra, alguna cosa grande debe haber encerrada en esto." Y llevados del deseo de saberlo, iban á ver y á oir á los que estaban catequizando; y entresacaba Dios de estos los que tenía predestimados para su gloria.

De esta manera iban estos Santos religiosos dando á conocer cada día más el nombre de Cristo, haciéndose ellos también, de camino, conocidos; y á donde quiera que podían, se mostraban ministros de Dios y enseñaban el camino de la salvación. A los ricos visitaban poco, ó porque ellos no se dejaban ver, ó porque tenían mucho que hacer con los pobres, que, como eran la hez del mundo, ponían mucho cuidado en que recibiesen la Fe y se bautizasen, en cumplimiento de la profecía de Isaías, que el mismo Cristo declaró en el Templo, dicendo, como su Eterno Padre le había enviado al mundo para evangelizar á los pobres, curar los enfermos y redimir los cautivos. Porque es cosa de Dios amparar á los desamparados de todo favor humano, pues cuando les falta hombre, Su Majestad es para ellos Hombre y Dios; y no queriendo los ricos y poderosos, por sus particulares respetos, siendo llamados, venir al convite celestial de la doctrina evangélica, escogía á los pobres leprosos, mancos y cojos, de que había tanta cantidad, y los traía al soberano convite, donde gustando de la verdad de Nuestra Santa Fe y abominando de los ídolos y sectas de los gentiles, recibían el Santo Bautismo: y aquellos solícitos hortelanos del plantel de aquella iglesia, como á plantas tiernas en la Fe, los iban regando con la doctrina del cielo, que era la que ellos predicaban, porque no se marchitase y perdiese el verdor de la gracia que habían recibido en el Bautismo.

Por lo cual, solía decir el Santo Comisario á sus compañeros: "Hermanos, demos muchas gracias á Nuestro Señor que nos trajo al Japón para remedio de los muchos pobres que hay en todos sus reinos. El Emperador ha declarado que no se le da nada que éstos se bautizen y hagan cristianos; y pues el Rey del Cielo, Cristo Nuestro Señor, los encomendó tanto en su Evangelio y N. S. P. S. Francisco en su Regla, no queramos otro tesoro, ni se nos de nada de los señores y ricos, pues los Padres de la Compañía, aunque perseguidos, acuden con tanto cuidado á su remedio."

No obstante, había algunos ricos y poderosos que gustaban de verlos, y les preguntaban algunas cosas particulares que deseaban saber de nuestra Europa. Entre estas les daban los religiosos noticia de su estado y profesión, y de las cosas del cielo y verdadera salvación. Espantábanse mucho de la vida tan penitente y áspera que hacían, y de verlos tan desasidos de las cosas temporales, y que sólo por enseñar

la salvación á los japones hubiesen venido de tan lejas tierras. Decíanles algunos dichos, que por ser tan en crédito de la vida que hacían estos gloriosos mártires, los pondremos adelante, haciendo de ellos capítulo particular.

CAPÍTULO XXII.

DE COMO POR MEDIO DE LAS OBRAS Y EJERCICIOS DE LOS RELIGIOSOS EN LOS HOSPITALES SE CONVERTÍAN MUCHOS GENTILES, Y DE LOS MUCHOS QUE MORÍAN CON INDICIOS MUY VEHEMENTES DE SU SALVACIÓN.

COSAS muy notables y de edificación sucedían cada día en estos hospitales por ser ellos el medio principal que tomó Dios para la conversión del Japón, como se veía por la experiencia, que muchos gentiles y bonzos de los más sabios en su ley venían á oir las pláticas y sermones, y no bastando las razones y argumentos fuertes que en ellos se les proponía para rendirlos, en entrando en los hospitales, enmudecían, y la fuerza de las obras que allí veían, los rendía y obligaba á confesar que había salvación, y que la Ley de los cristianos era la mejor.

Es lenguaje común de los japones que se ha de buscar salvación, y á esto enderezan los bonzos sus penitencias y todas sus ceremonias y ofrendas que hacen á los ídolos, y á esta voz de que los padres predicaban el camino de la salvación, acudían muchos á la iglesia á oir sermón; el cual, comúnmente oían con gusto; pero algunos, muy satisfechos de sus sectas, proponían sus falsedades y engaños, para dar á entender el valor que tenían, probándolas con razones, unas falsas, así como era lo que defendían, y otras de bien poca sustancia. La más fuerte entre ellos, para no dejar ninguna de sus sectas, mientras por otra parte no los convencían los entendimientos, era el decir que en todo caso se debía seguir lo que sus antepasados siguieron por tantos siglos, sino venían en conocimiento de la verdad que se les predicaba y enseñaba, como muchas veces sucedía por las razones del catecismo. Para justificarse ellos en sus errores, remitíanse á esta razón de que no era justo dejar con tanta veleidad lo que con

tan gran tesón y por tanto tiempo guardaron sus antepasados. Otros había que desengañados de los engaños, falsedades y mentiras que había en sus sectas, obrando así Dios, y casi sin entenderlo ellos, sólo con la luz que recibían en el catecismo, y más con la sobrenatural de que eran asistidos, echaban de ver la pureza de Nuestra Santa Fe, y con gusto y muchas veras pedían el Santo Bautismo; los cuales, después de bautizados, decían, que mirando los embustes y engaños de los gentiles y cotejándolos con las verdades de la Ley evangélica, salían como de unas profundas tinieblas á una muy agradable y clarísima luz, y daban gracias á Dios por tan singular merced, y agradecían á los religiosos el que de tan lejos hubiesen venido, sin pretender otro interés más que enseñarles el camino de la salvación.

Pero la urgente y total razón de convencerse los bonzos, sin que hubiese algunos de los muchos que acudían á la voz de que los religiosos predicaban el camino de la salvación, era el ver y considerar el amor y caridad con que recogían á los pobres más desvalidos y miserables, la humildad con que se portaban con ellos y la puntualidad con que les curaban: acciones todas muy conformes á la ley de la razón natural, cuanto contrarias á lo que sus sectas enseñan, que todo es arrogancia, soberbia y vanidad, las cuales hacen á los hombres viciosos y crueles, que ni tienen amor unos con otros: ni el padre con el hijo, ni el hermano con el hermano; ni entre ellos hay amistad verdadera, como ellos mismos lo confesaban, diciendo que sus leyes y sectas no servían más que de dar libertades y licencias á la estragada naturaleza para hacer aún lo que no hacían las bestias, siguiendo todo lo malo y olvidándose de todo lo bueno.

Y con este conocimiento, con facilidad se olvidaban de sus errores y abrazaban de corazón la verdad evangélica, como lo hizo un famoso bonzo, poco después que se fundaron los hospitales, y á su imitación otros muchos, cuya conversión fué de mucha importancia en aquel tiempo, y se esperaba lo fuese en adelante, por la mano y autoridad que tenía con los caballeros y señores de la Corte. Y para que mejor se entienda de cuanta importancia era, advertiremos el cargo ó dignidad que tenía.

Por leyes y privilegios antiguos, tienen ellos entre sí su cierto modo de gobierno ó república, y en ella sus grados y dignidades, á las cuales suben por sus exámenes y suficiencia de letras. De estos había uno en Meaco de grande reputación, porque su oficio era examinar á los demás, y dar los grados conforme á la suficiencia que hallaba en ellos, y los tales, así graduados, quedaban honrados y estimados entre los señores del Japón, como lo sería en nuestra España un hombre graduado en letras. El mayor grado de estos es de mucha

estima, porque, fuera de la honra que con él se alcanza, el que llega á esta dignidad, que no son muchos, tiene grande mano y entrada con los señores del Japón, y le obedecen otros como discípulos suyos; y al que ha de ser superior de todos, forzosamente le han de elegir de los que han llegado á esta dignidad.

De ella escogió Dios Nuestro Señor para sí uno de los que tenían mayor autoridad en aquella Ciudad. Era este hombre de gran capacidad, raro entendimiento y de muy cabal prudencia, como se conocía en los reparos que hacía y circunstancias que advertía sobre la nueva ley que oía predicar á los Padres, y las dificultades que proponía á las razones y pláticas del catecismo, hasta que su buena suerte le llevó á que con atención reparase en la caridad ardiente y humildad profunda en que se ejercitaban aquellos santos religiosos en la cura y regalo de los pobres enfermos, llagados y leprosos, que ni halló dificultad que proponer, argumento que arguir, ni cosa ninguna que decir sobre la ley, que tales cosas enseñaba y aconsejaba, sino seguirla y abrazarla á cerrados ojos; porque querer poner dificultad sobre aquello que veía, sugún él decía después, dando muchas gracias á Nuestro Señor, era no querer ver la luz, teniéndola delante, ni querer conocer el camino de la salvación estando en medio de él.

Con lo cual se bautizó con universal contento de todos los religiosos y cristianos que tuvieron noticia de ello, y con no menos consuelo y alegría espiritual del recién convertido; el cual decía confesando lo que acabamos de decir, que la cosa que más le había convencido á recibir la Ley de Dios, había sido, primero, el benificio de la Redención, por medio de la humildad, pobreza, desprecio del mundo, muerte y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo; y así, cuando tomaba su Santísimo Nombre en la boca, hacía siempre una profundísima reverencia, nacida del reconocimiento interior que tenía á Nuestro Señor por esta misericordia y particular beneficio; y lo otro el haberle visto tan expresado y representado tan al vivo en aquellos Santos religiosos: en su humildad, pobreza, rigor y penitencia, que aunque lo que veía en ellos era lo mismo que lo que le habían dicho y persuadido acerca de la santidad y pureza de la Ley de Cristo, pero quizás no diera crédito á las razones, si por sus propios ojos no hubiera visto el bien que trae consigo, y la grande perfección que es ser un verdadero imitador de Cristo, pobre, humilde y crucificado, como lo había visto en aquellos Santos religiosos.

Y así, confiriendo las sectas del Japón con la doctrina del Evangelio, decía, que cuanto enseñaban sus sectas, venía á parar todo en arrogancia, presunción y soberbia, y en hacer á los hombres viciosos y libres para todo lo malo; pero que las grandezas de Jesucristo, res-

plandecían en obras de grande humildad, paciencia y caridad; y todo lo que enseñaba, se remataba en despreciar las cosas del mundo y hacer á los hombres mansos, pacíficos y muy virtuosos, trayendo por ejemplar á los maestros y predicadores del Evangelio, y á los demás cristianos que se ejercitaban en obras de caridad, que para un hombre tan nuevo en la Fe, no era de poco consuelo y admiración, ver la grande estimación y aprecio que Nuestro Señor le había dado de su santa Ley.

Y si de sólo ver y oir las obras de caridad y humildad que los religiosos ejercitaban en los hospitales recibían los gentiles esta sobrenatural luz y conocimiento grande de nuestra santa Ley, ¿cuál sería la que recibirían los pobres y leprosos que en sí mismos las experimentaban?; ¿Cómo no estimarían y cogerían amor á una Ley que lo que aconsejaba y mandaba practicar era en bien de sus cuerpos y almas?; ¿Cómo no la tendrían por piadosa si con ellos era tan faborable?; ¿cómo no por pura y santa si los purificaba los cuerpos y santificaba el alma? Así lo conocían ellos y así lo publicaban. Hacían varias relaciones y enviaban á diferentes reinos y provincias, como dando testimonio, no sólo de lo que vieron, sino de los beneficios que recibieron, así para la salud de sus cuerpos como para la salvación de sus almas, para que todo el mundo tuviese noticia de la misericordia grande que había hecho Dios á sus tierras en haberles llevado á ellos los religiosos de San Francisco.

En una relación que uno de ellos hizo en nombre de todos los pobres, dice las siguientes palabras: "El segundo año que los frailes "Descalzos de San Francisco vinieron al Japón, viendo por las calles "y plazas y por las puertas de los templos de los ídolos arrojados "á nosotros los pobres llegados y leprosos, hombres y niños, unos "que estaban muriéndose sin remedio alguno de las almas ni de los "cuerpos, otros sin tener á donde nos albergar, sino que á las aguas, "nieves y heladas, nos estábamos, tuvieron lástima de nosotros y mi-"sericordia y compasión; y por sólo remediarnos, han hecho dos hos-"pitales de limosnas, con sus apartamientos, y nos administran lo ne-"cesario para el cuerpo, curándonos, levantándonos y vistiéndonos, y "enterrando los que mueren; y también nos administran las cosas del "alma, enseñándonos la doctrina cristiana y bautizándonos, y no nos "quieren soltar de sus manos hasta que nos meten en el cielo. Por "lo cual pedimos misericordia, y con lágrimas suplicamos que se mul-"tipliquen estos Padres en Japón para nuestro remedio; porque antes "que ellos vinieran no había entre los pobres ni padre para hijo, "ni hijo para padre, sino que cuando alguno está enfermo de larga "enfermedad, le cortan por medio ó le echan en el río ó en la calle "para que se muera." Hasta aquí la relación, en que muestran bien

los pobres los beneficios que recibieron con la entrada de San Pedro Bautista y sus compañeros en aquel Reino.

De estos testimonios pudiera traer muchos, los cuales dejo por ser poco lo que añaden, aunque es mucho lo que dicen del fervor y encendida caridad con que los religiosos trataban de aquel ministerio sin faltar á la salud de las almas; pero ya de esto hemos dicho bastante, y diremos también adelante en los siguientes capítulos. También pudiera traer otros muchos testimonios en que se explica bien el desamparo grande que padecieron los pobres con la muerte de aquellos santos religiosos y la mucha falta que les hicieron. Pero también referiremos de uno, cuyas palabras son bien notables.

Escribe una carta el devoto Cosme Joya, caballero de los más calificados que en su servicio tenía Cabucondono, el sobrino del Emperador, al Provincial de esta Provincia, que á la sazón era el venerable Padre Fr. Juan de Garrobillas, dándole cuenta de lo que le había sucedido á él y á su mujer al tiempo de la prisión del Santo Fr. Pedro Bautista y sus compañeros; y hablando del desamparo que padecían los pobres con su muerte, dice estas palabras: "Cada vez que "veo á los pobres, se me hace pedazos el corazón: ellos lloran y no "hay quien les remedie, y yo lloro también, porque no los puedo re-"mediar. Porque como ya sabrá V. R., me han quitado todo cuanto "tenía, sin dejarme cosa ninguna de mis mayorazgos y haciendas, sólo "porque amparé á mi querido y amado Padre Fr. Pedro y á los de-"más religiosos, que ya gozan de Dios, y porque al Padre Fr. Jeró-"nimo le escondí, como él dicho P. Fr. Pedro me lo encargó al abra-"zarme y despedirme de él al salir de Meaco, cuando iban á ser "crucificados, que el alma y el corazón que me pidiera en aquella "ocasión le diera yo, para que con él fuesen crucificados, ya que el "tirano no quiso que con mi cuerpo le acompañase en la cruz. Y así, "Padre mío, el no poder remediar á estos pobres, es lo que me da "más pena. Andan por las calles dando voces al cielo, y arrojándose "en el suelo de haber perdido á sus Padres, y dicen á los gentiles:" Ya que nos quitasteis el consuelo de nuestras almas, ¿por qué no nos quitáis la vida del cuerpo? Mejor nos fuera morir en su compañía, que su presencia sola nos consolara, que no andarnos muriendo de hambre por vuestras puertas, llenos de dolores y llagas, sin haber quién tenga lástima de nosotros.

"Mi mujer, en oyendo estas cosas, es tanto lo que lo siente, que "se desgreña los cabellos y se cae en el suelo como muerta; y yo "tampoco lo puedo sufrir: me meto en lo más oscuro y retirado de un "aposento, y allí lloro á solas; aunque muchas veces me hallo luego con-"solado, considerando que mi querido Padre Fr. Pedro es ya dichosísimo

"mártir, y que está ya en el Cielo, donde tendrá compasión de nues-
"tras almas; y que por sus merecimientos y de los demás benditos
"Padres y japones, que son también mártires, nos perdonará Nues-
"tro Señor nuestros pecados y tendrá misericordia de sus pobres,
"para que todos sean buenos cristianos." Hasta aquí este fervoroso caballero de Cristo, cuyas palabras, como se ha visto, son bien notables. De la misma calidad son todas las demás de la carta, que se pondrán adelante en la relación del martirio de estos santos mártires. Las que aquí se han referido bien muestran los grandes bienes que recibían de los religiosos los pobres llagados y leprosos por medio de los hospitales y de las obras de caridad y humildad que en ellos ejercitaban, pues con tales extremos y demostraciones de dolor y sentimiento explicaban el que ellos tenían el haberlos perdido.

No era menor cosecha la que cogían estos fervorosos sembradores del Evangelio para las trajes del cielo con los pobres que morían en los hospitales; porque como eran tantos los que en ellos se curaban, aunque eran muchos los que sanaban, eran también muchos los que morían, y todos, por la misericordia de Dios, cristianos con grandes indicios de su salvación. Pondré aquí las formales palabras de una carta que el santo Fr. Pedro Bautista escribió desde Meaco á Filipinas á Fr. Francisco de Montilla á medio año poco más de la fundación de los hospitales, las cuales son como se siguen: "La conversión de los gentiles va muy adelante: doscientos treinta pobres han muerto en nuestros hospitales de Meaco, todos cristianos, y con una fe, que es para loar al Señor. Yo creo que en todo cuanto tenemos en nuestra Provincia de Filipinas, tanto por tanto, no hay cosa de mayor provecho espiritual que los pobres de estos hospitales. Verdaderamente es así, que estoy tan consolado, que no lo puedo encarecer etc." Hasta aquí el Santo Fr. Pedro Bautista.

De lo cual se puede conocer el fruto grande que cogieron estos santos religiosos para el cielo de la fundación de los hospitales y obras de caridad que en ellos ejercitaban; pues, aunque no fuese de los que por medio de ellas se convirtieron, como hemos dicho, de todos estados y personas, era mucho el que cogían de solos los pobres que en ellos morían, siendo como eran cristianos, y dejando como dejaban tan buenas señales é indicios de su salvación, como consta por las palabras del Santo Comisario, y como se puede colegir de la vida que hacían y ejercicios en que se ocupaban desde que entraron en los hospitales hasta que murieron, que todos eran muy perfectos y santos, que no se pudiera pedir más á cualquier buen cristiano, para el seguro de su alma.

Y porque tales cosas suelen ser de edificación y pueden servir de ejemplares para semejantes ocasiones, pondré aquí los ejercicios en que se ocupaban los pobres enfermos de los hospitales, mientras la salud y fuerzas les daban lugar, y las prevenciones cristianas con que se aparejaban para morir, por donde se puede conocer los vehementes indicios que dejaban de su salvación. Y para que mejor se entienda, hemos de suponer que, aunque eran innumerables los enfermos que acudían de todas partes á ser curados en los hospitales, y los más gentiles, no todos se convertían luego que llegaban y se ponían en manos de los religiosos para que les curasen, como lo hacían con todos los demás; antes había algunos tan obstinados en sus sectas (no obstante de ser tan crueles para con ellos mismos), que viniendo ansiosos de la salud corporal, en llegando á tratarles de la salud del alma, no estimaban en nada las medicinas y regalos que los administraban en beneficio del cuerpo; y cuanto veían y oían en los hospitales, y aun la caridad y amor que les mostraban los religiosos y los demás pobres y el gusto con que de todos eran recibidos, todo parecía que les enfadaba y que les olía acedo, de suerte que á pocos días se conocía cuan avinagrada traían el alma, ó por mejor decir, cuan poseída del demonio que, como cruel tirano, no se contenta con tiranizar el alma de los que son suyos, sino también el cuerpo, afligiéndoles con desabrimientos, así interiores como exteriores, para que todo les sirva de dolor y pena, y en cosa ninguna hallen consuelo.

Sucedía esto en particular con unos que siguen cierta secta, que es otra tal ó muy semejantes á la de Mahoma; porque para convencerlos no hay razón, ni para rendirlos hay ruegos, ni cosa ninguna que sea poderosa para moverlos, sino el solo poderoso Dios: ¡tanta como ésta es la rebeldía y obstinación de su corazón! Veíase aquí que postrándose los religiosos á sus pies, regándoseles con lágrimas, diciéndoles mil ternuras, que movieran á un bronce, y proponiéndoles tantas conveniencias, así para el cuerpo como para el alma (que allí tenían seguro lo necesario para comer y vestir y pasar la vida sin trabajo siendo servidos de gente honrada, piadosa y caritativa; que bautizándose podían salvar sus almas, yendo á gozar de Dios al Paraíso celestial, donde, aunque eran leprosos en esta vida, pobres y miserables y de los más desechados de este mundo, serían ricos, estarían contentos, vivirían alegres, robustos y fuertes, y más hermosos y resplandecientes que el sol, luna y estrellas), nada de esto era bastante, ni menos lo que los demás pobres les decían y suplicaban, que algunas veces era el padre al hijo, y el hermano al hermano, el amigo al amigo, diciendo mil bienes de la Ley de Dios, y echando

mil bendiciones á los religiosos que habían fundado aquellos hospitales, mediante los cuales habían recibido tantos beneficios, así para el cuerpo como para el alma.

Y como éstos á pocos días se descontentaban de la posada con sólo oir rezar á los demás pobres y las pláticas cotidianas que les hacían los religiosos, y otros ejercicios cristianos en que allí todos se ocupaban, y con las persuasiones y ruegos de unos y con los buenos consejos de otros para que se hiciesen cristianos, acababan de todo punto de descontentarse, y desamparaban el puesto y se iban á morir á otra parte, á donde no hallaban remedio ni para el cuerpo ni para el alma. Y ninguno se quejó de que los religiosos le echasen, ni el que se hubiese salido por el mal tratamiento que le hubiesen hecho los sirvientes. Ellos en la realidad no tenían porque quejarse, porque, aunque el cuidado que se tenía con todos era mucho, con los tales era doblado, pretendiendo por esto justificar la causa de Dios en todo, y que no tuviesen excusa á su obstinación: y, por otra parte, por ver si aquella fineza tan singular que con ellos hacía, les obligaba, esperando en Su Divina Majestad, que como tan piadoso con sus criaturas, que á ninguna niega los auxilios bastantes para salvarse, podía ser que ayudándose éstas un poco, obligados de semejantes finezas, que en sí mismos y en bien de sus cuerpos experimentaban, Él les asistiese con más eficaz gracia, para que conociesen sus errores y engaños, y se bautizasen.

Vez hubo que sucedió así, aunque no fueron muchas; porque en dando que no habían de ser cristianos, ninguna cosa les obligaba y se iban, sin dar más razón que porque no querían ser cristianos; que, con achaque de que les querían curar el cuerpo, los Padres les querían engañar, obligándolos á que dejasen á sus dioses; que eran ricos y nobles, y que no querían adorar á un hombre á quien, por revolvedor del pueblo, habían crucificado. ¡Para que se vea cuánto puede el engaño en los que no son del rebaño de Cristo; que aunque más silvos les daba, no había remedio de conocerle ni de entrar por la puerta del redil de la Iglesia, siendo su doctrina y pasto tan saludable y regalado!

Los demás que venían al hospital, aunque casi todos eran gentiles, luego se les veía señales de que habían de ser cristianos. Porque al primer beneficio que les hacían, que era darles alguna cosita de refresco luego que entraban, de que eran muy proveídos los religiosos y enfermeros, se mostraban muy agradecidos, y más cuando les quitaban la ropa sucia y asquerosa que traían y les ponían otra limpia y aseada, y, sobre todo, cuando veían á los religiosos postrados á sus pies para lavárselos. Entonces cruzaban las manos y levantaban

los ojos al cielo, mostrándose indignos de recibir tal beneficio de personas de tanta autoridad y dignidad, que actualmente eran favorecidos del Emperador y habían sido embajadores del Rey de España.

Y por el contrario de lo que á los otros había sucedido, á nada de cuanto veían y oían en el hospital, hacían mal rostro: caíales muy en gusto el oir rezar, y pedían que luego les enseñasen la doctrina para hacerlo ellos también; las pláticas del catecismo las oían con grande atención, y hacían sus réplicas y proponían sus dificultades y algunas dudas que se les ofrecían, y, satisfechos con las respuestas que se les daban, pedían ser bautizados. Era cosa admirable el amor que cogían desde luego á la Ley de Dios, que apenas la habían recibido por el Bautismo, cuando ya ellos persuadían á los que de nuevo iban viniendo á que se hiciesen cristianos y la abrazasen, diciéndoles que aquella era verdadera ley, en la cual había camino seguro y cierto para la salvación, muy al contrario de lo de sus sectas que todo era engaño, pues adoraban á dioses falsos y hombres perversos, que mal podían dar salvación, si estaban en los infiernos; y otras razones semejantes que Dios les inspiraba y ellos aprendían de los demás cristianos y oían decir á los religiosos. Éstos estaban notablemente consolados y daban á Dios infinitas gracias de que tan en breve tiempo hubiese trocado aquellos pobres, que de ciegos gentiles les hubiese hecho tan fervorosos cristianos, y de unos miserables leprosos, evangelistas y predicadores de su Santa Ley.

Todos estos quedaban en los hospitales con mucha alegría y contento, y eran muy puntuales á todos los ejercicios de piedad y devoción. Tres veces al día hacían decir la doctrina y oraciones del catecismo: por la mañana, al medio día y á la noche. A esta hora rezaban también el Rosario de Nuestra Señora y su Letanía; y á cosa de las ocho, se cantaba la Salve; y después de ella, iban echando agua bendita por todas las camas. Al pasar por cada una de ellas, el pobre que estaba en ella se hincaba de rodillas y decía EL ALABADO, con mucha devoción y reverencia, y luego rezaba en alta voz un PATER NOSTER y una AVE MARÍA por las Ánimas del Purgatorio.

Para esto se fundó desde el principio una escuela de niños, dentro de los hospitales, donde se enseñaba á leer y escribir y la Doctrina cristiana; y ellos, á las horas referidas, la enseñaban á los pobres, hallándose presente siempre uno ó dos religiosos, para que unos y otros estuviesen con mucha devoción y reverencia. En casi todos era muy común el confesar muy á menudo, y los que pasaban de un año de conversión, pedían también con muchas ansias el que les diesen la comunión; porque á otro ninguno se le daba antes,

así porque este era el estilo que guardaban los Padres de la Compañía, como también porque les pareció que así convenía. Y aun después de cumplido el año, no todas las veces que ellos lo pedían se les daba, sino en las Pascuas y otras fiestas principales, más ó menos, según era el fervor y devoción y la capacidad del que había de comulgar.

Los que podían andar por su pie iban á la Iglesia los más de los días á oir Misa, y se ponían en cierto lugar que para esto les tenían señalado, para que estuviesen apartados de los demás cristianos, á los cuales, por razón de su enfermedad, les podrían causar algún asco y quitar la devoción de venir á oir Misa. Mas como era tanto el fervor de todos los cristianos, no hubo ningún reparo en esto, antes á imitación de los religiosos, los acariciaban y daban limosna los que podían, y les aconsejaban que perseverasen en la Fe y que fuesen agradecidos á Dios; pues, cuando sus padres y parientes les aborrecían y echaban de sus casas, Él los recogía en la suya y los ponía en manos de los religiosos que los querían como á hijos de su alma.

Los que ya andaban convalecientes y tenían fuerzas para andar y aun trabajar dentro y fuera de casa, se empleaban en el servicio de los más necesitados: unos en remendarles la ropa; otros en lavársela; otros limpiaban los vasos y hacían las camas, y todos tenían sus tiempos y horas señaladas, y un religioso que les asistiese; el cual iba siempre por delante en todo lo que tocaban á los de su parte ó cuadrilla. Había también otros señalados para que fuesen al campo á buscar raíces y yerbas medicinales; y los más robustos, que ya estaban del todo sanos, salían con los hospitaleros por las calles y plazas á recorger á los moribundos y desechados por viejos y de ningún provecho. De ellos son muchos, los que hay: unos arrojados por los arroyos y charcos; otros á los perros, y algunos de ellos ya echos pedazos. Porque en viéndoles los gentiles, si tienen alguna espada ó catana que sea nueva, la prueban en ellos para saber si corta bien ó no; y también suelen decir que con esto se hacen valientes.

Cuando alguno de estos moribundos venía al hospital, sin habla y privado de todos los sentidos, hacían todos particular oración por él, á que acudían también los religiosos, aunque estuviesen en la ocupación más precisa; y todos juntos pedían á Su Divina Majestad, con fervientes lágrimas, que restituyese á aquel gentil los sentidos, para que le pudiesen catequizar y bautizar, y él muriese en su Santa Fe y se fuese á gozar de su Gloria. Dios, cuya misericordia es infinita, les oía muchísimas veces, y se veían en muy breve tiempo muchos y maravillosos efectos de su particular providencia y singular protección sobre aquellos miserables, que estando ya para espirar y sin ningu-

nas esperanzas de remedio, así para el cuerpo como para el alma, entonces disponía, como dando fin á los trabajos de esta vida, fuesen á gozar de una gloria eterna, por medio de la solicitud y cuidado de aquellos santos religiosos. ¡Bendita sea su gran bondad y misericordia que así se compadece de sus criaturas!

Los demás que morían era con cuantas prevenciones buenas puede desear un cristiano; porque después de haber recibido todos los Sacramentos con mucha devoción y ternura, repetían muchas veces el de la Confesión, como lo podía hacer el religioso más ansioso del aumento de la gracia, que en él se recibe. Pedían á los religiosos y á todos los pobres que los encomendasen á Dios, y así lo hacían, en particular cuando ya estaban agonizantes; para lo cual se hacía una señal, y todos los que podían, se juntaban y pedían á Nuestro Señor, con muchas veras, que librase á aquel alma de las asechanzas y lazos del demonio, y le asistiese con su paternal amparo y divina gracia. En sabiendo que era muerto, se ponían todos á rezar por él cierto número de Pater noster y Ave Marías, las cuales pronunciaban en alta voz, acompañándoles los que podían salir de la cama, y todos lo hacían con mucha puntualidad, atención y reverencia, considerando que, en muriendo, habían de hacer por ellos otro tanto, y podría ser que no les valiese nada y se aplicase á otro, por haber sido descuidados.

La fe, resignación y devoción de los que morían, era para loar á Nuestro Señor: todo era hacer actos de contrición y otros muy fervorosos de amor, y hasta que se les quitaba el habla, no dejaban de invocar los dulcísimos nombres de Jesús y María; y es cosa bien particular y en que daban bien á entender el deseo que tenían de su salvación que, siendo tan compasivos los religiosos, en razón de aliviarlos del mucho trabajo que tenían, no permitiendo muchas veces el que ellos les hiciesen algunas curas, porque fuesen á descansar, en viéndose cerca de la muerte, no les querían perdonar el trabajo que podían tener en asistirlos y ayudarlos á bien morir. Solían decir con mucha gracia: "Padres míos, si ahora me desamparan y me pierdo, "¿qué han hecho con cuanto hasta aquí han trabajado por mí? Traba-"jen ahora esto poco, que con esto aprovecharán el trabajo de todo "el año; y les damos palabra, en yendo al Cielo, de pagárselo muy bien."

Así parece que fué, pues no hay duda que ayudarían mucho las raciones de tantas almas, que, mediante su solicitud y desvelo, según iadosamente se cree, estaban en el Cielo, para que consiguiesen tan ;lorioso triunfo, como consiguieron, por medio del martirio. Los religiosos sistian con mucho cuidado, hallándose por lo menos uno á la cabecera

del que moría, consolándole y animándole; y hasta que espiraba en sus manos, no le desamparaba. Enterrábanlos en un lugar que tenían señalado para esto junto los hospitales, yendo acompañando al cuerpo un sacerdote con su sobrepelliz y estola, con algunas candelas encendidas; aunque siempre que había algún recelo de que lo viesen los gentiles, que no sentían bien de las ceremonias eclesiásticas, se hacía con más recato y cautela.

CAPÍTULO XXIII.

DE COMO LO RELIGIOSOS DE N. S. P. S. FRANCISCO FUNDARON CONVENTO EN EL PUERTO Y CIUDAD DE NANGASAQUI, Y DE LAS MUCHAS CONTRADICCIONES QUE PADECIERON.

SENTADAS ya y más quietas las cosas de los hospitales de la ciudad de Meaco con tanta aprobación de católicos y gentiles, no contentándose el Santo comisario Fr. Pedro Bautista con el servicio que en aquella Ciudad y Corte del Emperador Taycosama hacía á la Divina Majestad, deseaba, para mayor gloria de su santo nombre y más universal provecho de las almas de aquellos reinos, edificar más conventos y hospitales, donde predicar la palabra de Dios y curar los leprosos (*). Habían divulgado por todo el Japón la nueva de la fundación del convento, escuela y hospitales en la Corte del Emperador y gran ciudad de Meaco, el favor que el mismo Emperador hacía al Santo Fr. Pedro y á sus compañeros, y el fruto grande que ellos hacían también en aquella nueva cristiandad, de que todos los cristianos se alegraron mucho; y más que todos, los de la ciudad y puerto de Nangasaqui, donde algunos castellanos y muchos portugueses habitaban y tenían su comercio y contratación, y los Padres de la Compañía su principal residencia. Los cristianos japones que allí había, eran muchos, de todos estados, solteros y casados, y todos vasallos y tributantes de Taycosama, el cual ponía allí un gobernador ó capitán idólatra que les gobernaba.

(*) Por lo que en este capítulo dice Sta. Inés, pudiera creerse que San Pedro Bautista no fué á Nangasaqui hasta después de terminadas las obras de los hospitales de Meaco. esto sería un error: Ntro. Sto. fué á Nangasaqui primero, y desde allí dió orden al presidente de San Francisco de Meaco para que pusiere calor en la obra del hospital que había ordenado que se hiciese. Véase la historia de Rivadeneira, lib. 4.°, cap. 12. (Nota del Colector).

Los más devotos de N. S. P. S. Francisco y aficionados á sus frailes escribieron al Santo Comisario, rogándole que bajase á fundar convento é iglesia en aquel puerto, y se ofrecían á ayudarle con sus limosnas y personas. Si mucho lo deseaban ellos, no lo deseaba menos el Santo Prelado por el consuelo de aquellos fieles de que la mayor parte de la Ciudad estaba poblada, y por la conversión de los infieles que en ella había. Era también de mucha importancia para la conservación de los religiosos en el Japón y correspondencia de las embajadas de Filipinas, por ser el puerto más principal, donde todos acudían, y de donde se proveían de algunas cosas que no se hallaban en Meaco.

Tratólo con sus súbditos y compañeros, y todos fueron de parecer que él mismo fuese á esta fundación, supuesto que era llamado de japones y portugueses, y se ofrecían á ayudarle en ella; que con la autoridad de su persona y oficio de comisario y embajador, podía mejor oponerse á las dificultades, que no serían pequeñas las que se ofreciesen. Con esta resolución, sin sacar licencia particular del Emperador, sino con la general que antes le había dado de que pudiese vivir él y sus frailes en cualquiera parte de su Imperio donde ellos gustasen, como ya queda dicho en su propio lugar, dejando los demás en Meaco, que administrasen los Santos Sacramentos, escogió por compañero á Fr. Jerónimo de Jesús y partió para la ciudad y puerto de Nangasaqui (*).

Llegaron con buen tiempo, y fuéronse derechos al colegio y casa de los Padres de la Compañía, con intento de verse con el Padre Viceprovincial, que estaba allí á la sazón, y tratar algunas cosas que eran necesarias para dar asiento á la paz y concordia que él y sus compañeros deseaban, y que con todas sus fuerzas procuraban; porque en ningún tiempo se pudiese decir que, siendo estas dos Religiones las únicas del Japón en aquel tiempo, no hubiesen sido unas en la caridad y amor que se debían tener. Habiéndolos recibido en su casa los Padres de la Compañía con su acostumbrada caridad, y habiendo descansado algunos días, trató con el Padre Viceprovincial, llamado Pedro Gómez, y con el Padre Calderón y otros, que le eran muy aficionados, de los puntos que se habían de asentar para la perfecta unión y paz, tan importante para el crédito de las dos Religiones y para el aumento de aquella cristiandad.

Y por cuanto había entendido que se había originado alguna discordia ó emulación, ó que se podía originar en adelante, de que

(*) "En el mismo año de noventa y cuatro, en diez y ocho de Diciembre, se vino á esta Ciudad de Nangasaqui el P. Comisario Fr. Pedro Bautista, y trajo consigo al P. Fr. Jerónimo." Don Bernardino de Avila, *Historia Eclesiástica del Japón*, Cap. 15. (Nota del Colector).

predicasen los religiosos de San Francisco con la publicidad con que predicaban en ocasión que ellos, siendo ministros antiguos, andaban encubiertos y desterrados, les advirtió cómo tenían licencia del Rey, que aunque no en escrito, bastaba su palabra regia; la cual había confirmado diversas veces, sintiendo bien de su modo de vivir, y diciendo que no tenía recelo de ellos, ni de la gente que bautizasen. Esto, mirado á la prudencia de un juicio claro y desinteresado, y con la lisura que la verdad de las cosas piden, y de que se deben preciar los ministros del Evangelio, le parecía que era bastante para que ellos no dejasen la predicación, de la manera que habían comenzado; y que pues para alcanzar dicha licencia habían sido pocas ó ningunas las diligencias humanas que habían intervenido (y que aunque las hubiera, de la calidad que estaban las cosas de la cristiandad cuando ellos entraron en aquel Reino, bien sabían que, por grandes que fuesen, no eran bastantes para mejorarlas), de creer era, que alcanzar tal licencia, era obra de Dios; y más el haberla comenzado á poner en ejecución de la manera que habían comenzado, en medio de la Corte y á vista del tirano y de los más principales gentiles del Reino. Por lo cual le suplicaba que, como Prelado que era de todos los religiosos de la Compañía que andaban repartidos por lo de Meaco y otras partes, les mandase que dejasen de advertir, notar y de poner en plática, así con los gentiles como con los cristianos, su modo de predicar tan público y estilo de vida. Porque, aunque creía que nacía de amor y caridad fundados en el conocimiento que tenían del tirano y experiencia de la tierra, no obstante, les hacían muchísimo daño; porque por una parte amedrentaban á los cristianos, y por otra excitaban y aun incitaban á los gentiles á sentir y decir de ellos lo que podría ser que no les pasase por su imaginación; y más si por ese camino pretendían congraciarse con ellos, haciendo alarde de su recato, como lo hacían, que forzosamente se habían de seguir de allí sentir mal, aquellos con quien lo platicaban, de la poca cautela que, á su parecer, tenían los religiosos de San Francisco.

Y que en cuanto á la experiencia, ya podían tener alguna en más de dos años que habían estado en aquella tierra y hablado diversas veces con Taycosama; que para quien había estado algunos en otras conversiones y había sido cinco años Prelado mayor en ellas, aunque necesitase de más experiencia para aquélla, no tanta que ya no se pudiese decir que tenía alguna, y que bien sabían que no muchos años antes, había arribado allí un religioso de su Religión. Él había estado también de paso en China y otros reinos circunvecinos, y en todos muy poco tiempo, que no pasó de cuatro á cinco meses en

cada uno de ellos, y volviendo á España, escribió diversos tratados, dando instrucciones para todas estas conversiones, y aun puso mucho calor con el Rey y Sumo Pontífice en que se estuviese á los arbitrios que él allí daba, para que todos se gobernasen por su dictamen y parecer: y que pues aquel Padre no había necesitado de tanto tiempo, no sólo para ser ministro de estas conversiones, sino para ser maestro de ellas, no sería mucho que en dos años que ellos habían estado en aquel Reino, y más de doce en otros, supiesen ya cómo y de la manera que habían de predicar, catequizar y bautizar.

Todas estas palabras dijo este santo y discreto Prelado, no á fin de ofender y lastimar, como pensaran algunos, sino para que se pusiese remedio en los inconvenientes que se podían seguir de no hacerlo. La respuesta fué, que todos tiraban á atajar daños; y reduciéndolo á consulta, la determinación debió de ser, según se vió después, y parece por sus historias y otros escritos de particulares, lo contrario de lo que el Santo suplicaba; porque ni entonces debieron de creer, ni hasta ahora han creído, que ni de palabra, ni en escrito, hubiese sacado licencia del Emperador. Así lo hablan, y así lo escriben. En virtud de lo cual, dicen tantas cosas, encadenando unas con otras, y tan contrarias á la relación que el mismo Santo hizo y á sus cartas originales, y aun á las informaciones juradas que se hicieron para su canonización, que cotejadas unas relaciones con otras, siendo acerca de unos mismos sucesos, en cosa ninguna convienen de las que son en crédito y honra de estos Santos Mártires, su predicación y entrada en el Japón. Pero al juicio del prudente lector se queda si San Pedro Bautista diría más ó menos de lo que fuese, ó lo que en la realidad no era; y si también querían jurar falso los testigos que por autoridad del Ordinario fueron examinados en las informaciones que se hicieron para su canonización, siendo una materia tan grave y de las de importancia que hay en la Iglesia de Dios. Últimamente, juzgará si es razón que se presuma que los declararía la Iglesia por verdaderos mártires, si su entrada, predicación y muerte en aquel Reino, fuese en gran menoscabo de aquella cristiandad y para mayor aflicción suya, como no falta quien lo diga, metiendo en la lista de las persecuciones que padeció aquella cristiandad en aquellos tiempos, su entrada, estado y predicación, y contando por cada religioso que iba de nuevo, ó iglesia que se edificaba, hospital que se fundaba, otra persecución más y nueva aflicción para aquella cristiandad (1), siendo así que, bien informada la Silla Apostólica de los trabajos y persecuciones que padecía aquella

(1) Guzmán, *De los Reinos de Japón*, lib. 12, cap. 15, fol. 511 y 513; y lib. 13, cap. 3, fol. 583, y cap. 19, fol. 632.

cristiandad, cuando nuestros religiosos entraron en ella, se admiró sobremanera de que, estando en aquel estado, pudiesen estos Santos Mártires fundar en medio de la Corte del tirano y á su vista un convento y dos hospitales, en que á campana tañida se hiciesen los oficios divinos, predicasen y enseñasen el Evangelio, curasen á los pobres llagados y leprosos por tanto tiempo, que fueron casi cuatro años, sin que en ese tiempo les dijese el Emperador palabra, ni las contradicciones que padecieron de los gentiles fuesen poderosas para estorbárselo. Y atribuyendo á cosa milagrosa de asistencia particular del Cielo y virtud superior, muy sobre todas fuerzas humanas, pone en el rótulo que expidió para la averiguación de su martirio, en uno de los interrogatorios, el que se pregunte y averigüe esto, como que averiguado, junto con su muerte, bastaba para canonizarles, y los prodigios que antes y después le sucedieron, su entrada, estado y predicación en aquel Reino.

También dejo al juicio del prudente y discreto lector, si cabe en una imaginación bien concertada, pensar que la Iglesia de Dios había de aprobar, canonizar y dar nombre de martirio á una muerte que tuvo por causa una acción imprudente ó poco cuerda, pues hay también quien lo diga, aun después de declarados por verdaderos mártires, y expedido Breve para que se rece de ellos. Porque aunque el que lo dice, no lo dice expresamente, pero infiérese á media consecuencia. Dice, que aunque la predicación de estos Santos Mártires era bien recibida de la gente vulgar y pobre, no de la noble y cuerda, poniendo por causa el haber sido con publicidad y nota. Veamos sus formales palabras. "El dicho Padre (habla de San Pedro Bautista) y sus compañeros, con permiso de quedar en Meaco y tener casa propia, hicieron convento é iglesia de propósito allí y en Osaca, y pretendieron hacer otra tercera en Nangasaqui y hospitales, y celebraban y predicaban públicamente, lo cual, aunque era bien recibido del común de los cristianos, pero no de los principales y cuerdos, que como sabían era contra la voluntad del Emperador, temían el fin que ello tuvo y les avisaban." Hasta aquí el autor (1). No me detengo ahora en hacer reparo del modo que los avisaban y los avisos que les daban, que en el capítulo cuarto del libro tercero se verán; ni en el fin que tuvo el no hacer caso de semejantes avisos, que ya se ha visto cuan glorioso fué para los Mártires, y cómo ni ellos le podían

(1) *Hist. de la Comp en Filip.* lib. 3, cap. 6, pág. 356 (*).

(*) Esta Historia debe ser la obra del P. Colín titulada: *Labor Evangélica y Ministerios Apostólicos de los obreros de la Compañía de Jesús en las Islas Filipinas.* En ella se encuentran escritas las mismas formales palabras que arriba copia nuestro cronista, y en el mismo libro, capítulo y página que cita. (Nota del Colector).

desear mejor, y de cuanto útil fué para toda aquella cristiandad, como se dirá en el capítulo XIX del libro citado; ni en la otra circunstancia de si era ó no era contra la voluntad del Emperador, que de esto ya hemos dicho bastante; sólo reparo en aquellos *principales cuerdos*, que de tales los califica el autor.

A buena cuenta y respecto de lo dicho, aunque la predicación de San Pedro Bautista en la substancia era buena (que es lo que les doy de gracia), á lo menos en el modo, nada prudente, y mucho menos cuerda. Explícome más: lo que no acreditan los cuerdos, es lo que hacen los locos (séase en la substancia ó en el modo, que esto poco importa para que sus acciones queden graduadas de locuras), ó lo que hacen otros que, aunque no lo sean siempre, tal vez obran de manera ó con tales circunstancias, que ni es conforme á razón ni á prudencia, y, por tanto, es cierto que nadie los llamará ni tendrá por discretos. Luego si la predicación de estos Santos Mártires en los reinos del Japón no fué bien recibida, ni menos aplaudida de los prudentes y cuerdos, es porque tuvo algo de aquello que de ninguna manera arrastran ni acreditan los cuerdos. Pues ahora repárese en lo que se sigue. Es constante que Nuestra Madre la Iglesia ha declarado su muerte por verdadero martirio, porque fué por la predicación de la Ley de Dios y nombre de Cristo. Luego si esta predicación no fué cual había de ser, según los cuerdos, síguese que Nuestra Madre la Iglesia aprueba, canoniza y nombra con nombre de martirio una muerte que tuvo por causa una acción que en las circunstancias ó en el modo era nada prudente y cuerda; antes sí una manifiesta locura. ¿Cabe esto en un imaginación bien concertada?; ¿puédese tomar en la boca?; ¿ésta es prudencia, es cordura? Júzguelo quien quisiere, que aunque por ser estos Santos Mártires de mi Religión y Provincia pudiera callar, ya porque no me juzgaran apasionado, ya porque si pretendía imitarlos, en ninguna cosa lo podía hacer mejor que con callar y sufrir, pues éstas y semejantes cosas padecieron y sufrieron con invencible paciencia y no menor disimulo; pero, como verdadero católico, me es fuerza arrimar á la Iglesia, defendiendo, aprobando, calificando y justificando lo que ella una vez defiende, aprueba, califica y justifica. Justifica, califica y aprueba su muerte por verdadero martirio, porque fué por la predicación de la Ley evengélica y nombre de Cristo; luego, á fuer de católico, he de suponer y confesar que esta predicación fué justa, acertada, prudente y cual había de ser según Dios, y Cristo manda, y la Iglesia pide, para que sea verdadera causa para el martirio. No fué imprudentemente hecha, ni fuera de razón, ni mal recibida á los que según Dios son prudentes y cuerdos. Y aquellos cuerdos que no la reci-

bieron bien, ni menos aplaudieron, no debían de ser del número de los prudentes que loan los Santos, acredita la Iglesia y califica el Evangelio, pues en todo y por todo se oponen á su prudencia, que es la santa, la perfecta, la cierta y la verdadera.

Porque no es dudable que las obras virtuosas, en faltándolas la prudencia (que es la que echan de menos en las acciones que notan y censuran los cuerdos), dejan de ser virtud y pasan á vicio, ó por mejor decir, nunca llegan á ser virtud, sino que con la misma imprudencia traen el ser vicio. La prudencia y discreción es la que da el punto á cada cosa y la sazona, de tal manera, que con ella la justicia no puede dejar de ser justicia; templanza, la que es templanza, fortaleza, la que es fortaleza; caridad, la que es caridad; celo, el que es celo, y, en fin, siempre es virtud, lo que es virtud. Pero, en faltando la prudencia y discreción, la justicia pasa á crueldad, la templanza, á flogedad; la fortaleza, á tiranía; la caridad, á prodigalidad; el amor, á aborrecimiento y odio; el celo, á indiscreción, y, últimamente, lo que parecía virtud, es vicio manifiesto.

En esto hemos de convenir todos; mas no todos tenemos licencia para graduar lo que es vicio ó virtud, sino que ello sea tan constante y claro, que á todas luces el vicio aparezca vicio, y la virtud, virtud. Pero en las cosas dudosas, tantas veces nos ponemos á peligro de errar, cuantas nos entrometiéremos á juzgar; y aunque es tolerable, antes que la Iglesia haya dado su parecer y declarado su juicio, el juzgar por bueno absolutamente lo que en sí es dudoso ó malo, y por virtud, lo que se puede dudar si es vicio; pero juzgar por malo absolutamente lo que es dudoso ó bueno, y por vicio, lo que se puede dudar si es virtud, y ésto después que Nuestra Madre la Iglesia la ha declarado y aprobado por tal, desvarío grandísimo es. Y no sólo en querer dar nuestro parecer expresamente contrario al que ella ha dado, que eso ya fuera herejía, y más en cosas tan graves como lo es la de la canonización y beatificación de los mártires y de otros santos, sino también en lo que de mil leguas pueda oler á eso. Bien mirado, no son muchas las que hay de llamar un autor y calificar de cuerdos á los que no llevan bien la predicación de los Santos Mártires, que Nuestra Madre la Iglesia aprueba y califica por tales; y no por otras causas que por haber muerto por la predicacion. Al decir que la dicha aprobación no fué muy acertada y cuerda, no digo que lo diga, ni que lo suponga, que de un católico no se debe presumir tal; pero infiérese de las palabras citadas. Porque siendo aquéllos cuerdos, no llevando bien la predicación de los Santos Mártires, no lo pueden ser éstos en su predicación. Y si ésta fué imprudente, no pudo ser

virtuosa, sino viciosa. Y siendo ésta tal, no puede ser acertado calificar por martirio la muerte que se originó de ella y fué su causa total. Ya digo que ningún católico querrá decir tal cosa, porque, si esto fuera así, siendo Nuestra Madre la Iglesia cual es, tan prudente y cuerda en lo que aconseja, tan circunspecta en lo que ordena, tan justa en lo que manda, tan cierta en lo que determina, tan infalible en lo que decreta, no les declarara por mártires, sino por malhechores, como á personas, al fin, que habían hecho mucho daño aquella cristiandad. Menos concediera rezo y que aclamasen sus triunfos y venerasen su martirio; antes mandara lo contrario, y podría decir que, si murieron, no fué por que predicaron la Ley de Dios, sino por la imprudencia con que la predicaron. Y en este caso, es cierto que semejante predicación no sería verdadera causa del martirio, porque las que lo son, han de ser muy justificadas, cuales son las que señalan los Santos y entre ellos San Agustín: "Pro lege, veritates; pro œqualitate, pro justitia: ideo sanctus & ideo martir" (1). Y la Iglesia no tiene á las imprudencias por causas justas, ni para que lo sean, del verdadero martirio. Pues sino hay otra más principal que sea causa del que padecieron estos Santos Mártires que su predicación, como lo expresó el mismo tirano y diremos adelante, y la que pone Nuestra Madre la Iglesia para aprobarles y canonizarles, ¿porqué no ha de ser justa? Y si justa, ¿porqué no prudente?; ¿porqué no bien recibida de los prudentes y cuerdos? No quiero pasar de aquí, porque si hubiera de dar satisfacción y responder á las muchas cosas que están impresas, nada loables para estos y otros Santos Mártires de esta santa Provincia, toda la historia se me fuera en eso é hiciera muy largo volumen, más de lo que yo quisiera. Y aunque no fuera trabajo excusado, como no lo es volver por la honra de los santos y siervos de Dios, así como lo han hecho los Santos en semejantes ocasiones; pero paréceme que con sólo proponer sus virtudes sencillamente, queda desacreditado cuanto puede ser en descrédito de su honor. Y aunque ello no fuera así, no era menester más para conseguir el intento, que referir en común y por mayor cuanto se ha dicho en contrario; que para respuesta de semejantes engaños, no hay otra mejor que sacarlos á plaza y al juicio, no de la pasión, sino de una mediana razón; que, aunque ella no quiera juzgar, ellos serán jueces de sí mismos, y sin impelerlos nadie, se darán por convencidos.

Volviendo al punto principal, á que el Santo Comisario había

(1) *De Civitate Dei.*

bajado al puerto y ciudad de Nangasaqui, que era la fundación del convento, para lo cual había sido llamado de los mismos cristianos japones y de algunos portugueses que residían allí, lo que resultó fué, que viendo que en lo demás que había propuesto no había convenio, porque, si mucho se ventilaba, nada se determinaba en favor, dijo el Santo Fr. Pedro al Padre Pedro Gómez, Viceprovincial, y á los demás Padres que se hallaban con él: "Padres míos, yo vengo aquí llamado de algunas personas de esta Ciudad, para que funde convento en ella, y cuando no me llamaran, la necesidad me obligaba á hacerlo". Y dándoles todas las causas y razones que había para ello, concluyó con pedirles su bendición y licencia. La respuesta fué proponerle las razones que dichos Padres tenían para no intentar él tal cosa, ni permitirla ellos por entonces, hasta que las cosas estuviesen más asentadas y más seguros del ánimo del tirano; y también hasta que con más seguridad de conciencia pudiesen estar y fundar en aquella tierra. Porque, sino lo sabía, advirtiese que entre ellos había algunos Padres graves y muy doctos que dudaban de ello, y la que los letrados de Manila habían tomado sobre la entrada de otra Religión en el Japón, atento que no les constaba que el Breve de Gregorio XIII estuviese revocado; y que uno de los de este parecer era el señor Obispo D. Pedro Martínez, que al presente estaba en Macán, ciudad de Portugueses en la China, esperando que pasase la persecución del tirano para poder visitar sus ovejas. Este señor Obispo les había escrito, decían, una carta (de que hicieron demostración) en que decía muchas cosas acerca de su asistencia y entrada en el Japón; que la tenía por muy errada, si se había hecho sin Letras apostólicas y Cédulas reales, y así, que, para salir de la duda, mostrase si tenía algo de esto, en virtud de lo cual se tomaría la resolución que pareciese convenir. Hízolo el Santo Comisario con mucha humildad, mostrando todos los recaudos que le dieron cuando le señalaron por embajador, para que sin escrúpulo de conciencia lo pudiese hacer, como ya se dijo; y por vía de comedimiento, vistos por el Padre Viceprovincial, le respondieron que usasen en buena hora de ellos hasta que el Señor Obispo viniese, que ya presto vendría.

Con esto se despidió el Santo Comisario con su compañero: trató con los devotos de la fundación de su convento, y buscando sitio, les pareció más conveniente una ermita de la vocación de San Lázaro, que tenía junto á sí algunos aposentos en que recogían algunos pobres, muy apropósito todo para su intento de curar enfermos. Alcanzada licencia del Gobernador, que era gentil, y de los portugueses, á cuya costa se había edificado la dicha ermita, tomaron la posesión

y asentaron en ella. Dentro hicieron unas celdillas de tablas y otras oficinas necesarias para su vivienda religiosa. Aquí predicaron el Santo Fr. Pedro y su compañero toda una cuaresma á los portugueses, con grande aceptación suya y concurso de los nuevos cristianos, que acudían á oir Misa y sermón. Ejercitábanse en confesar con mucho aprovechamiento de aquellas almas y en otros santos ejercicios. Decían á sus horas el oficio divino. A primera noche leían una breve lección de la sagrada Pasión de Cristo Nuestro Señor, y acabada, hacían una larga disciplina, y muchos de los portugueses y japones cristianos se azotaban juntamente con ellos. Hacíanles largas limosnas, tomaban muy estrechamente lo necesario; todo lo demás, y el tiempo que les sobraba, gastaban con los pobres enfermos y leprosos, en las mismas obras de caridad y humildad que en los hospitales de Meaco. A la fama de los religiosos de San Francisco acudían los japones cristianos de los comarcanos lugares con gran devoción, espantados de ver su vida y modo de proceder; andábanse tras de ellos á donde quiera que iban, y en su ermita no les dejaban. Animaban á los perezosos á la virtud; esforzaban á los flacos á la perseverancia en la Fe, y á los gentiles se la enseñaban y predicaban; y apartándoles de la adoración de los ídolos, los aficionaban á la del verdadero Dios. Explicábanles los Artículos de la Fe, los Mandamientos de la Ley de Dios, los Sacramentos de la Confesión y Comunión. Á unos confesaban, á otros bautizaban, y todos salían de su presencia muy edificados y consolados. Un religioso de la Compañía, muy aficionado de la humildad, desprecio del mundo, é incansable celo del Santo Fr. Pedro Bautista, viendo la universal conmoción que causaba con su doctrina y ejemplo, así en cristianos como en gentiles, dijo: "Verdaderamente que Dios tenía guardada esta pobre iglesia para los pobres hijos del Patriarca de los pobres, San Francisco, y para que en ella nos ayudasen á dar testimonio de la Fe de Cristo á esta gran gentilidad."

Ya habría cosa de tres meses que los benditos religiosos se ocupaban en estos santos ejercicios, cuando el demonio, rabioso y atormentado de envidia, no pudiendo sufrir que el reino de Cristo creciese tanto en aquellos reinos, y que tantos de los que él tenía por esclavos le negasen la obediencia y se levantasen contra él; temiendo por este camino algún menoscabo de su imperio, levantó contra los religiosos una tormenta mayor que cuantas hasta allí habían padecido. Para esto lanzó la ponzoña de su pecho en algunos en quien le pareció que asentaría mejor. Fuéronse al Gobernador gentil, y tales cosas le dijeron, que le movieron de sus primeros intentos, y mandó que luego se saliesen de aquella iglesia. Respondió el Santo Comisa-

rio, que ya sabría como Taycosama le había dado licencia para que viviese en cualquiera parte de todo el Japón, en virtud de la cual había fundado casa é iglesia dentro de su misma Corte y venía á fundar allí; y que, por parecerle parte acomodada, se había recogido en aquel hospital, según que le había sido pedido licencia antes de entrar. Por lo cual, que si le hechaba, se había de quejar de él en Meaco á Taycosama ó á su Gobernador.

Algo se sosegó, pero no del todo. Debíale de atizar el demonio á quien él obedecía más que al Emperador. Volvió otro día y pidióle las chapas y licencias que tenían: como cuando se las concedieron no sabían la costumbre de la tierra, no las pidieron por escrito, entendiendo siempre que no eran menester más letras ni licencias que la palabra del Rey. Porque si él no gustaba que estuviesen en su Reino, fácilmente las revocaría, como lo hizo, condenándolos á muerte; que aunque no sus letras, á lo menos su palabra regía, olvidándose de la que les tenía dada, y dejándose llevar de su tiranía. Como no había chapas ni licencias ni escrito, vióse atajado el Santo Comisario, y dijo: "Señor, yo no tengo escritura ninguna, ni me curé de sacarla, porque me fié, y me fío de la palabra del Rey y de mi Dios que es testigo de esta verdad. También lo son muchos caballeros y capitanes japones que residen en el Meaco y se hallaron presentes." Perseveró el idólatra en su intento, y dió sus letras para que fuesen echados de allí. Ejecutóse al punto con sumo rigor, y sin resistencia alguna de su parte, se salieron; aunque con mucho dolor y sentimiento de los portugueses y japones cristianos.

Fuera ya del hospital los religiosos, los mismos cristianos que los habían llamado, para que viniesen allí á fundar, dieron traza como comprar dentro de la Ciudad una casa pequeña de un cristiano japón, donde más disimuladamente pudiesen entretenerse hasta que hubiese oportunidad para la fundación. Hicieron en ella un oratorio donde decían Misa y rezaban el oficio divino, y con el recato posible daban á conocer el nombre de Cristo á los gentiles y predicaban á los cristianos, que aun hasta allí no dejaban de los buscar y seguir. No se le escondía esto al gobernador principal de aquella tierra, llamado Tarazava, por cuyo orden (á lo que se entiende) fueron echados del hospital; pero no se daba por entendido mientras los malos informes que había tenido no pasasen adelante, considerando que su modo de vivir era muy conforme á la virtud, y nada en detrimento de los vecinos de aquella Ciudad ni de los demás que estaban debajo de su jurisdición. La razón y justicia, ella misma se muestra clara á los ojos ajenos de pasión, bien así como se esconde á los que la tienen y no la buscan; por lo que, ella es daño que tiene al mundo en el extremo de su miseria.

Allí les hacían limosna y daban cada día lo que habían menester; pero como el demonio no sólo pretendía hecharlos del hospital, sino de aquella tierra y del mundo, si pudiera, de tal manera lo barajó, que les dió bien en que merecer y harto que sufrir todo el tiempo que allí estuvieron. Últimamente, trastornado el juicio segunda vez del gobernador Tarazava con las cosas que los émulos de los religiosos le dijeron, mandó que dentro de tanto tiempo saliesen de aquella Ciudad, y que en parte ninguna, dentro del territorio de su jurisdición, fundasen casa ni iglesia, ni viviesen de asiento.

Alzó luego el santo Fray Pedro sus manos al cielo, haciendo gracias á Dios por esta fuerza. Fuése á la oración, que era el refugio que tenía en estas tribulaciones, y habiendo perseverado en ella cuatro horas y derramado muchas lágrimas, salió muy alegre y dijo á su compañero Fray Jerónimo: "Hermano, yo estoy muy seguro en conciencia en esta tierra y lo están todos nuestros hermanos, y este lugar le ha de dar Dios á Nuestra Orden; pero ahora demos lugar á la ira y emulación del demonio, que á su tiempo el Señor ordenará las cosas como más convenga para gloria suya, provecho nuestro y bien de estas almas." Parece que le daba á entender el espíritu lo que había de pasar por él y sus compañeros en Nangasaqui, y sin duda se cree que tuvo en su alma grandes señales, no digo revelación (aunque no era en él cosa nueva), de que le había de hacer Dios merced de darle la corona del martirio en aquel lugar, porque muchas veces le oyeron decir: "Sangre ha de costar deshacer tanta idolatría, soberbia y ambición como hay en Japón." Y ciertamente que es así, que en ninguna parte del mundo debe tener el demonio más devotos que en aquellos reinos, pues tantos errores y abominaciones les tiene enseñados, sin ser poderosas para borrarlos tanta sangre derramada de mártires, que apenas hay pueblo ni ciudad que no esté regada con ella. Y cada día parece que crece la persecución contra los cristianos y la idolatría en los gentiles, si Dios por su bondad no les abre los ojos y desengaña por la intercesión de aquellos mismos que ellos martirizaron.

Constándole al gobernador Tarazava por otros mejores informes de los que antes había tenido, cómo el Santo Fr. Pedro Bautista y sus compañeros habían venido por embajadores del Rey de España y sido bien recibidos del Emperador, y que actualmente eran de él muy favorecidos, permitiéndoles tener iglesia y convento dentro de su misma Corte y dos hospitales, se reparó en lo que había mandado, como que había sido mucho rigor ó poca atención la que había tenido con aquellos Padres en mandarles salir de todo lo que cogía su jurisdición, recelándose por otra parte no hiciese esto eco allá en Meaco, y el Rey no lo recibiese bien, y por ahí viniese á caer en

su desgracia, que es lo que él más podía temer. Y estando ya el Santo Comisario para volverse á Meaco, le envió un recado diciendo, que por haber prohibido Taycosama años antes que en ninguna parte de su Imperio se fundasen iglesias de nuevo, y mandado derribar las que estaban fundadas, no les había permitido él que allí fundasen ni en otra parte de su gobierno; pero que si querían estar allí mientras él volvía de la Corte (para la cual estaba ya de partida), que se estuviesen enhorabuena, porque él se informaría allá de lo que había de hacer. Y si el Emperador daba permiso para que estuviesen en su Corte, él lo haría también en todo lo que tocaba á su jurisdición.

Érale ya fuerza al Santo Comisario volver al Meaco por despachar á un religioso que había llegado allí, llamado Fr. Juan Pobre ó de Zamora, enviado del comisario de Filipinas, el santo Fr. Luis Maldonado, que como pretendía ir él á Japón, en acabando con su visita, deseaba saber antes en que estado estaba aquella conversión y de lo que necesitaba para socorrerla en su tiempo. Para ello enviaba á este religioso, como otro Jacob á su amado y querido hijo José, para que viese como les iba á sus hermanos y el fruto que hacían en aquella cristiandad. Y para que mejor lo pudiese hacer, le pareció al Santo Comisario que era conveniente que el dicho religioso pasase á Meaco, para que viese por sus propios ojos y experimentase de todo lo que hubiesen de enviar relación á los Prelados de Filipinas, no embargante el que había de ir firmada del mismo Comisario y sus compañeros.

Estando con esta determinación, respondió el Santo Comisario al gobernador Tarazava, estimando en mucho el favor que le hacía, y avisándole cómo también estaba él de partida para Meaco á cierto negocio que se le había ofrecido, que pedía prisa; y supuesto que ya la fundación no la tenía, por haberse ofrecido aquello, que informándose él en Meaco del favor que les hacía el Emperador, en virtud del cual les había de dar licencia para fundar en Nangasaqui, según le había dicho, entonces enviaría religiosos ó volvería él. Dióle á entender cómo necesitaban mucho tener allí alguna casa, y que además de que ellos se lo agradecerían siempre y se reconocerían deudores á tan gran favor, que podría ser que el Emperador se lo agradeciese más largamente, dándose por muy servido de ello, como sucedió con el Gobernador de Meaco, que, por haberles favorecido para la fundación del convento é iglesia que en su Corte fundaron, se lo agradeció mucho.

Con esto partió el Santo Comisario para la ciudad de Meaco (*)

(*) Á fines del año de 1594, habiendo residido cerca de un año en la ciudad de Nangasaqui. (Nota del Colector).

dejando asegurada aquella casa que le habían comprado los cristianos, por lo que sucediese. Cuando llegó á Meaco el Gobernador Tarazava, se fué á ver con él, y ambos con el gobernador de Meaco, y todos tres confirieron el negocio, y se resolvió en favor del Santo Comisario, más bien de lo que él podía desear. Porque queriendo Tarazava pasar á Fuximi á dar cuenta al Emperador, y saber si gustaba de ello, le dijo Guenifoín (que así se llamaba el Gobernador de Meaco), que no importaba nada; que caso que hubiese algo, se podía decir que aquella casa de Nangasaqui la habían fundado los Padres para irse á curar allí los que tuviesen enfermedad, por no tener mejor comodidad en otra parte. Como Tarazava vió á Guenifoín tan en favor de los Padres, no hubo menester más, y así dió licencia al Santo Comisario en escrito, para que cuando quisiese, enviase los religiosos que le pareciese, como lo hizo y diremos adelante en el capítulo XXV; los cuales tomaron la posesión por segunda vez de la casa en que antes estaban dentro de Nangasaqui, dedicándola á N. S. P. S. Francisco.

CAPÍTULO XXIV.

DE LA FUNDACIÓN DEL CONVENTO DE BELÉN EN LA CIUDAD DE OSACA Y DE LAS CONTRADICCIONES QUE HUBO PARA HABER DE FUNDARLE, Y DE DOS NOTABLES MARAVILLAS CON QUE ACREDITÓ N. S. LA FUNDACIÓN DE AQUELLA SANTA CASA Y LA SANTIDAD DE LOS FUNDADORES.

OMO el bienaventurado San Pedro Bautista era tan celoso de la salvación de las almas, no entendía ni pensaba en otra cosa, sino en el aumento de aquella nueva cristiandad, y más viendo que, aunque los ministros eran pocos, de tal manera se ocupaban todos en este ministerio, que hacía cada uno por cuatro. Aprovechándose, pues, de tan buenos ministros y del favor que les hacía el Rey, determinó fundar otro convento en Osaca, ciudad muy populosa, ocho leguas de Meaco, donde había algunos cristianos encubiertos y mezclados con los gentiles, y con bien poco remedio de doctrina para poderse conservar en la Fe que habían recibido. Porque aunque tenían allí los Padres de la Compañía una casa particular, era disimulada, y á título de hospedería de solos tres ó cuatro que andaban encubiertos y de secreto, y con el ayuda de algunos hermanos ó servidores japones, acudían á las necesidades espirituales de los cristianos que había en cuatro ciudades, que están allí casi juntas: Meaco, Fuximi, Osaca, Sacay y Garto. Hacían lo que podían los pocos que eran y con harto celo; y hicieran más, si les dieran libertad y el temor de no enojar al tirano no les detuviera.

Bien se le presentaban al Santo Comisario las contradicciones que ı aquella fundación se le habían de ofrecer, aunque no fuese más ue por la experiencia de lo que había sucedido en la fundación paada de Nangasaqui; pero como no temía los peligros ni trabajos, ntes los amaba por la salvación de las almas, determinó llevar

adelante su intento. Declaróse con el devoto caballero y fervoroso cristiano Cosme Joya, el cual, con una poca de limosna que con Fr. Juan Pobre había envíado el gobernador de Filipinas, D. Luis Dasmariñas, y otra que él puso de su casa se fué á Osaca; y secretamente compró una casa pequeña de un idólatra, y la acomodó como pudo al uso religioso.

Envió luego el Santo Comisario dos religiosos: Fr. Marcelo de Ribadeneira y Fr. Gonzalo García y el hospitalero León, que era el continuo compañero de los religiosos para semejantes negocios. Fuéronse á parar en casa de un devoto cristiano llamado Juan, que Fray Marcelo había bautizado por medio del cual supieron á donde era la casa que Cosme Joya tenía concertada, la cual era tan pobre y estrecha, que desde el mismo instante que entraron intentaron de llamar la *Belén*, por ser un retrato en su humildad y pobreza del dichosísimo portal en que Nuestro Señor Jesucristo nació.

Apenas habían comenzado á disponerla en forma de iglesia, cuando comenzaron las contradicciones de los gentiles, valiéndose para esto del Gobernador de la Ciudad, que era asímismo gentil. Por tener licencia en escrito del Emperador, les pareció á los religiosos que no habían de negociar nada con él, y así determinaron salir de la Ciudad é irse á la de Sacay que estaba cerca, y que León el hospitalero se quedase disponiendo la iglesia y casa como mejor pudiese, que como era Japón, no viendo los gentiles á los religiosos, no entenderían para que era aquello, ni que intentaba con aderezar aquella casa.

Y para facilitarlo más, y que aquello fuese más en secreto, dispuso Nuestro Señor que, en viendo á los religiosos, su comunicación y trato, en el breve tiempo que allí estuvieron, los dueños de la casa y la demás gente que la habitaba todos se hiciesen cristianos. Con lo cual, cada uno por su parte procuraba ayudar al devoto hospitalero en lo que podía, para que la dicha casa é iglesia se acabase de componer presto; y aun hicieron diligencias de que se agregase á ella un solar pequeño que estaba allí cerca, para que fuese más capaz la iglesia y convento. Pero los gentiles que tenían bastantes indicios para lo que era, trataron de estorbarlo, como lo estorbaron, haciendo que no se efectuase el concierto. Mas por otra parte lo remedió Nuestro Señor, según que ellos necesitaban, ofreciendo otro devoto cristiano un corral que él compró en cuatrocientos reales, y era bastante para lo que les faltaba de terrazgo para la vivienda de los religiosos, y para que la iglesia fuese un poco más grande; aunque después de eso quedó bien pequeña, por ser todo muy estrecho y limitado.

Mientras en Osaca se andaba trazando esto, en Sacay andaban Fr. Marcelo y el Santo Fr. Gonzalo consolando á los cristianos que, por ser pocos y estar entre gentiles, andaban muy desconsolados y afligidos, y en cosa ninguna osaban manifestarse cristianos por temor del tirano. Y aunque algunas veces iba allí un Padre de la Compañía á decir Misa en casa de un Japón llamado Diego, cristiano antiguo y conocido por tal de los gentiles; pero era tan de mañana y con tal recato, que aunque los cristianos quisieran venir á oir la Misa y consolarse con el Padre, ni todos podían, ni todos se atrevían, ni el dicho Padre consolarlos como él quisiera; y cuantas veces lo hacía, era con harto recelo de no ser conocido.

Como los cristianos de Sacay estaban de esta suerte, y nuestros religiosos, en virtud de la licencia que tenían del Emperador para vivir en cualquiera parte de su Imperio, andaban más descubiertos, y las noticias que ya había de la fundación del convento, iglesia y hospitales de Meaco, luego que les vieron, fueron de ellos bien recibidos; y ellos mismos dispusieron que los Padres se hospedasen en casa de un cristiano llamado Cosme, que por ser mayordomo de un hospital en que recogían algunos enfermos y leprosos, todos cristianos, podría disponer como allí dijesen Misa, confesasen y consolasen á los cristianos, sin ser sentidos de los gentiles. Los pobres que se recogían en este hospital era por orden del Gobernador, que era cristiano y patrón de él, y á su costa y de otros cristianos se sustentaban y curaban. Pidióle licencia Cosme el mayordomo para que los religiosos dijesen Misa y confesasen á los cristianos que quisiesen. El Gobernador le respondió que, para hacerlo bien, había de ser de suerte que nadie entendiese que él había dado licencia, sino que aquello se había hecho sin entenderlo ni verlo él.

No hubo menester más el mayordomo que saber no lo repugnaba el Gobernador. Así se lo dijo á los religiosos, y ellos también fueron de parecer que no se hiciesen más diligencias, que con aquello que había dicho bastaba. Con esto, luego tomaron por vivienda el hospital, y en él señalaron un lugar decente donde todos los días decían Misa, predicaban y confesaban, no solamente á los pobres, sino también á algunos cristianos, que, aunque con el recato posible, frecuentaban muy á menudo el hospital y se ejercitaban en los mismos actos de humildad y caridad en que se ejercitaban los religiosos con los pobres, lavándoles los pies y curándoles sus llagas, y haciendo con ellos todo lo demás que se hacía con los de Meaco. Y aunque de esto tenían alguna noticia, no lo creían hasta que lo vieron por sus propios ojos; y según eran los extremos que hacían de admiración y asombro, de que veían como los religiosos lavaban y curaban la lepra de

los pobres, y á los más podridos y asquerosos con mayor cuidado. bien se echaba de ver que era para ellos cosa muy nueva y nunca vista en aquella tierra.

El bendito Fr. Gonzalo consolaba con exhortaciones muy devotas á los enfermos, dándoles á entender el merecimiento grande que estaba escondido en sufrir con paciencia los males que envía Nuestro Señor á sus criaturas. Lo mismo hacía por su parte Fr. Marcelo, que era el que predicaba á los demás cristianos que allí concurrían, exhortándoles á que fuesen constantes en la Fe y que no temiesen á los que podían matar el cuerpo; que esta vida mortal era de muy poca monta en comparación de la eterna, por la cual habían de perder mil vidas que tuvieran, hacienda, honra y cuanto hay en el mundo, antes que perderla; y que todo era nada respecto de lo que vale la bienaventuranza que en ella promete Cristo á los que guardaren su Ley y perseveraren en la Fe.

Y aunque fué poco el tiempo que allí estuvieron, el fruto que hicieron en unos y otros fué muy grande; porque además de haberse confesado todos con verdadero dolor de sus pecados, de que eran buen índice los sentimientos y lágrimas en que prorrumpían, nacidas de lo íntimo de su corazón, quedaron muy animados y consolados. Decían luego que si allí estuvieran de asiento los Padres, no se les diera nada el que todos les conociesen por cristianos, ni que por ello les baldonasen los gentiles; ni menos tuvieran temor al tirano ni á sus ministros, porque á vista de los Padres, todo se les hiciera fácil, y su presencia sola les consolara; pero que á su falta, les era fuerza andar con recato, que como frágiles, podría ser que flaquearan y faltaran en la Fe, en no teniendo con quien se consolar.

En los pobres y enfermos del hospital se vió también muy presto la mejora, porque estando antes algunos de ellos casi impacientes con los dolores que padecían, y otras necesidades en que no eran socorridos y según su enfermedad pedía, después que trataron con los religiosos, mostraron tener mucha conformidad y resignación, dejándose en las manos de Dios, para que dispusiese de ellos lo que fuese su Santísima Voluntad; y que si aquello convenía para la salvación de sus almas, que no rehusaban el padecer; antes esperaban que, mediante aquellos dolores y molestias, les había de perdonar sus pecados en esta vida, y darles en la otra muchos grados de gloria.

Así lo mostraron dos que murieron mientras estuvieron allí los religiosos y á quien asistieron, ayudándoles á bien morir, que no hacían otra cosa sino ofrecer á Nuestro Señor cuanto hasta allí habían padecido en la enfermedad, diciendo, que si era su voluntad el que padeciesen más, que lo recibirían con mucho gusto. La conclusión era

dejarse en las manos de Dios, invocándole muchas veces y los dulcísimos nombres de Jesús y María: así acabaron los dos.

Y estando ya en Osaca Fr. Marcelo, le envió otro pobre de los de Sacay los vestidos y trastecillos que tenía, diciéndole cómo ya él no tenía esperanzas de la vida del cuerpo, y que así no necesitaba de cosa ninguna de la tierra; que lo que le pedía era, que ya que no había sido tan dichoso que mereciese tenerle á su cabeza al partir de esta vida, que le encomendase á Nuestro Señor, que él lo haría también de que estuviese en el Cielo; y que aunque sabía que aquello que le enviaba lo había de repartir entre otros pobres, pero que él lo hacía como en prendas del amor que le tenía y agradecimiento de lo bien que lo había hecho con su alma. Luego que supo Fray Marcelo que había muerto, repartió los vestidos, que algunos estaban nuevos, y demás alhajas entre los cristianos pobres, con encargo de que encomendasen á Dios al difunto. Él lo hizo también muy alegre en el Señor de que en el tiempo que estuvieron detenidos en Sacay, le hubiesen hecho algún servicio.

Estando, pues, ocupados en estas obras de caridad, tuvieron aviso del Santo mártir León, de como ya estaba compuesta la casa é iglesia de Osaca, en la manera que se había podido, y que cuando quisiesen se podían venir á ella; pero que fuese sin ruido. Hiciéronlo así, y luego compusieron un altar y pusieron sobre él un niño Jesús de bulto (*), el cual tenía la Cruz en una mano y en otra los clavos, y todo él era de mucha devoción. Y por ser la iglesia y casa tan pobre y estrecha, le llamaron el convento de Belén, conforme á la intención que tenían desde la primera vez que entraron en ella, que como dicho es, era una viva representación del portal en que Cristo Nuestro Redentor nació, cuando apareció pobre entre los hombres.

Divulgóse luego entre los cristianos la venida de los religiosos y la iglesia que habían fundado, y casi todos acudían á ella á oir Misa y confesarse. Á vueltas de ellos, venían también algunos gentiles á ver aquella nueva iglesia. El Santo mártir León, que por ser japón era de todos conocido y bien oído, les declaraba la Ley de Dios y Doctrina. Muchos se convertían y pedían el Bautismo. Á los cristianos predicaba y confesaba Fr. Marcelo, y no era menor el fruto que hacía.

Estando en este estado esta nueva fundación, fué á Meaco el Santo Fr. Gonzalo á dar cuenta al Santo Fr. Pedro Bautista del aumento

(*) "Por no nos dejar estar en Zacay, nos fué forzoso volver á la ciudad de Usaca, donde el bienaventurado Mártir León tenía comprada una casa estrecha y pobre, donde se puso luego con la limpieza posible un altar para decir Misa, y la venian oir algunos pocos cristianos" Rivadeneira, *Historia de las Islas del archipielago etc.* L. 4, cap. 33. (Nota del Colector).

de la cristiandad de Osaca y del fruto que se esperaba hacer en adelante, de lo cual, envidioso el demonio, procuró estorbarlo, valiéndose de los bonzos, sus ministros, que echaron el resto para echar por tierra aquella pobre iglesia. Veían el fervor grande con que aquellos santos religiosos se daban prisa á plantar en aquel reino el estandarte de la Cruz y levantar iglesias, que, si con tiempo no se atajaba, había de ser su total ruina. Considerábanlos por una parte pobres, penitentes, desnudos y desinteresados de todo lo que en esta vida se puede desear, sin temor ninguno de los trabajos ni aun de la muerte, y por otra, favorecidos del Rey y, por su respeto, de todos respetados. Y así, procuraban por todos los caminos posibles descomponerlos con él y con sus gobernadores, fundándolo allá en sus razones de estado: que no eran de provecho para el Reino, pues no trataban, ni eran mercaderes, ni lo podían ser; que venían pobres y hambrientos á satisfacer su necesidad y pobreza al Japón; que eran hombres mañosos, astutos y sagaces para engañar y llevar tras sí la gente pobre y vulgar; que tenían correspondencia con los españoles de Luzón, sus enemigos, y otras semejantes razones, que aunque ellos conocían que eran falsas y sin fundamento, valíanse de ellas, porque podría ser que tuviesen algún efecto en cuanto á lo que pretendían, que era echarlos del Reino y, si posible fuese, del mundo. Mas Dios, que se servía de ellos, disponía como, aunque llegasen á oídos del Emperador y de sus gobernadores, no hiciesen caso de ellas, ni de que levantasen iglesias y hiciesen muchos cristianos.

Ya que por aquí no pudieron los bonzos salir y con lo que pretendían, que era echar por tierra esta pequeña iglesia, echaron por otro camino, valiéndose de una mujer muy principal, casada con un tono, que tenía su casa en aquel mismo barrio. Tomó ella el negocio muy á su cargo, y pudo tanto con el Gobernador, que mandó que dentro de cierto tiempo se saliesen de allí los religiosos y fuesen á fundar á otra parte. Sabiendo esto el devoto cristiano Juan, que había dado de limosna aquel pequeño corral que dijimos, para que se acabase de efectuar la fundación, se fué al Gobernador y le dijo, cómo aquella casa que allí habían fundado los Padres era para que fuese paso para Nangasaqui, que como eran embajadores del Rey de España, les era forzoso el parar allí muchas veces al traer y llevar las embajadas, y que no dudaba que se daría por muy servido de ellos el Emperador, y por ser para personas á quien él estimaba tanto. El Gobernador respondió, que fuesen en buena hora, y que estuviesen allí el tiempo que quisiesen; pero que se hiciese como que él no lo sabía.

Mas como viesen los bonzos que eran muchos los gentiles que

iban á oir la Ley de los cristianos y que se bautizaban, lo cual no podía ser sin gran menoscabo de sus feligreses y mucha pérdida de sus limosnas, no se descuidaban un punto en su diabólica pretensión, no perdonando diligencia que les pareciese conveniente, para que ó los religiosos de aburridos se fuesen, ó, por mala gente y perniciosa para la república, les echasen de allí. Y así, iban con dañada intención á ver que hacían, y para desacreditarlos salían delante de los gentiles, haciendo burla, y dando veces, decían: "¿De dónde ha salido ahora este nuevo Dios? Ley del demonio es esta de los cristianos." Y para esto traían de propósito hombres, mujeres y niños que les ayudasen á vocear, con que lo metían todo á voces sin querer oir razones. El demonio también, por su parte, les atizaba, procurando por este medio que el niño Jesús no fuese allí adorado: con que por todos caminos se podía temer el que no había de cesar la contradicción hasta que los religiosos saliesen de aquella ciudad.

Acabáronlo de rematar con volver otra vez á incitar á la mujer del tono, diciéndola que no se había hecho caso de lo que ella había rogado al Gobernador; antes, quizás, que porque ella había metido mano, lo habían hecho al contrario. Con lo cual se irritó sobremanera, y hecha un basilisco, se quejó al Gobernador del poco caso que se había hecho de lo que ella le había pedido en razón de que echasen de allí aquellos frailes. El Gobernador se excusó con que ya lo había mandado, y que si todavía se estaban, era ignorándolo él; pero que lo volvería á mandar y con más rigor.

No sólo pretendía la diabólica mujer el que los religiosos saliesen de aquella Ciudad, sino que también se echase por tierra la iglesia, y que todos los cristianos que se habían bautizado en ella dejasen la Fe y se volviesen á la adoración de sus ídolos; y que supuesto que Juan el cristiano había tenido la culpa de todo, pagase por todos, no faltando mucho para cortarle la cabeza á instancias de esta perversa mujer. Y para que todo lo demás se ejecutase según ella pedía, dió el Gobernador de término un mes, dentro del cual bajó del Meaco el Santo Comisario, trayendo por compañero á Fr. Gonzalo, que le había ido á avisar del estado en que estaba aquella fundación.

Como el Santo Comisario halló la contradicción tan viva, mandó á Fr. Gonzalo que fuese á visitar al tono, marido de aquella mujer que era el origen de toda la persecución, y con las razones que le dijo el Santo Fr. Gonzalo, se ablandó él, y al mismo tiempo la braveza de su mujer; é informados él y ella de la Ley que enseñaban los religiosos y vida que profesaban, se les aficionaron, trocando en amor y cariño el aborrecimiento y odio que contra ellos tenían. Dijéronles

que se estuviesen en la casa, que ellos lo allanarían con el Gobernador y harían que suspendiese la ejecución, como de hecho lo hicieron.

Fué luego el Santo Comisario á verlos y darles por esto las gracias; hiciéronle particular honra, y le ofrecieron de su casa todo lo que hubiesen menester, y diéronle para su sustento una buena limosna de arroz. Dió también licencia este señor gentil para que sus criados cristianos, que por miedo no osaban ir á la iglesia, fuesen y pudiesen comunicar con los religiosos; y los que eran gentiles también, si quisiesen, se pudiesen bautizar. ¡De tal manera serenó Dios aquella tempestad, que por medio de los bonzos iba el demonio levantando, que los mayores enemigos de los religiosos les fueron después particulares devotos y bienhechores! Oían algunos sermones del catecismo, y se esperaba con el favor de Dios que se bautizarían. Con esto quedó asentada aquella nueva iglesia, á donde el niño Jesús era adorado y servido de sus siervos, los religiosos, y de muchos devotos cristianos.

Y porque esta santa casa había sido desde el principio en su pobreza, humildad y estrechez un remedo de aquel dichosísimo portal de Belén, quiso también Nuestro Señor que participase algo de aquellas soberanas riquezas que con su presencia le comunicó; esto es: aquellas luces y resplandores que por medio de la estrella despertaron á los magos en sus propias tierras de las densas tenieblas de la gentilidad, y aquellas voces angélicas que anunciaron á los pastores el bien que les había venido á la tierra, para que así unos como otros, viniesen á conocer y adorar al verdadero Dios, que Niño y recién nacido se manifestaba en aquel portal. Á este modo parece que quiso Nuestro Señor acreditar la fundación de esta santa casa de Belén, en la ciudad de Osaca adonde también estaba colocado el Niño Jesús, acreditando de camino la santidad de sus fundadores, según parece por dos bien notables maravillas que sucedieron.

La primera fué, que estando los religiosos en oración con algunos devotos japones, á la hora de completas ó al ponerse el sol, el primer día que se había dicho Misa en aquella iglesia, fué tanta la claridad que rodeó todo el convento, que los que venían del campo para sus casas entendían que se abrasaba la Ciudad, y los que estaban en ella, y en especial los que vivían en el barrio de los religiosos y estaban trabajando en la calle, no cesaron del trabajo en más de tres cuartos de hora, después que ya era de noche, entendiendo que aun era de día.

La otra maravilla fué de esta manera: vivía no lejos del convento un gentil á quien los religiosos y otros cristianos japones habían persuadido que se bautistase, que por haberles hecho algunas obras de

caridad y ver en él buena inclinación y un natural dócil deseaban sobremanera el que se hiciese cristiano, pues en cosa ninguna se podía él aprovechar mejor de su buen natural, ni los religiosos agradecerle y pagarle las obras de caridad que les había hecho. Rogábanselo repetidas veces, mas á todas se hacía sordo, y aun parece que lo sentía, hasta que Nuestro Señor fué servido de despertarle y sacarle de su ceguedad y traerle á su conocimiento, usando de su gran piedad é infinito poder. Y fué, que desde su casa, á deshoras de la noche, oyó, como de encima de la iglesia, una música celestial de voces angélicas, y estándolas oyendo, llegaron dos hombres de grande estatura que con aspecto horrible le riñeron, porque no se hacía cristiano. Con lo cual, en amaneciendo, se fué á la iglesia á adorar al Niño Dios, y contó á los religiosos lo que le había sucedido y á otros cristianos, entre quienes se hizo muy notorio este prodigio y el que queda arriba referido. Del cual testificaron. también algunos gentiles que después se convirtieron movidos de aquella maravilla, así como lo hizo este gentil á quien los religiosos habían persuadido que se bautisase; y todos fueron desde allí adelante muy buenos cristianos y muy devotos del Niño Jesús, y frecuentaban con mucha devoción su santa casa. Por lo cual daban muchas gracias á Nuestro Señor los religiosos, que á la semejanza de aquel dichosísimo portal de Belén, la había querido honrar con rayos de luces y voces angélicas, para que se despertasen los gentiles y les alumbrasen en las tinieblas de su gentilidad, y le fuesen á adorar, como lo hacían muchos de diferentes ciudades y reinos, con deseo de hacerse cristianos y servir con todas fuerzas al Niño de aquella humilde casa de Belén, de la ciudad de Osaca.

CAPÍTULO XXV.

DE COMO FUERON AL JAPÓN LOS DICHOSÍSIMOS MÁRTIRES FR. MARTÍN DE LA ASCENSIÓN Ó DE AGUIRRE Y FR. FRANCISCO BLANCO, Y DE COMO EL SANTO COMISARIO REPARTIÓ Á TODOS LOS RELIGIOSOS EN LOS TRES CONVENTOS QUE YA TENÍAN EDIFICADOS, Y DE LA MUCHA PERFECCIÓN CON QUE VIVÍAN EN ELLOS.

AUNQUE según el estilo que llevamos y buen orden que piden las cosas, pedía que se hiciese primero relación de algunos sucesos pertenecientes á lo de Filipinas antes de la ida de estos Santos Mártires al Japón, por tener con ellos alguna dependencia ó conexión, pero porque no son muy necesarios para su inteligencia, y, por otra parte, haber llegado estos Santos Mártires al Japón á tan buen tiempo, que con ellos pudieron quedar proveídos de religiosos los tres conventos cuyas fundaciones hemos referido en los capítulos antecedentes, me ha parecido anticiparla y ponerla aquí, para que ni el lector tenga que cansarse en ir á buscar á otra parte lo que deseare saber de lo que falta de estas fundaciones, ni yo necesidad de hacer más mención para haberlas de concluir.

Envió á pedir diversas veces á Filipinas el Santo Fr. Pedro Bautista religiosos que le ayudasen en la conversión del Japón. Repetía siempre en sus cartas: *Messis quidem multa, operarii autem pauci, (que era mucha la mies y pocos los obreros);* y que el no fundar más conventos era por no tener religiosos. Determinó el Provincial, que al presente era Fr. Juan de Garrobillas (de cuya elección haremos adelante mención), de enviarle otros cuatro religiosos, sobre los ocho que allá entendía que tenía (que aun no se sabía en Filipinas la muerte de Fray Andrés de San Antonio que, como ya dijimos, fué en el mar yendo para Japón), con los cuales se cumplía el número de doce, para que

como otros doce Apóstoles predicasen el Evangelio en todos aquellos reinos.

Mas porque al tiempo de la partida los Japones mercaderes con quien tenían concertado el viaje se desviaron entre sí, y los más no quisieron partir aquel año, volvió el Provincial á repartir en sus ministerios á los religiosos que estaban señalados, excepto el Santo Fray Martín de la Ascensión, que era uno de ellos, que se quedó en Manila adonde antes estaba leyendo Teología. Pero luego, disponiéndolo así Nuestro Señor, se ofreció una muy buena ocasión de un barco que iba á la ligera y tan de prisa, que el Provincial no tuvo lugar de volver á llamar á los religiosos que estaban señalados, por estar algo distantes, salvo á uno que no lo estaba tanto, al cual encargó que viniese á toda prisa. Y en el *inter*, señaló al Santo Fr. Francisco Blanco por compañero del Santo Fr. Martín de la Ascensión, por si el otro no vieniese. Y aunque el enviado á llamar se dió mucha prisa á venir, y el Santo Fr. Francisco Blanco le estaba aguardando con bien pocas esperanzas de ir al Japón en aquella ocasión, Su Divina Majestad lo dispuso de suerte que, cuando el otro llegó, ya los dos eran partidos para Japón, con ciertas esperanzas ó prendas de la corona del martirio que allí les tenía preparado Nuestro Señor. Porque según consta del testimonio que dió Fr. Jerónimo de Jesús, que fué el que confesó al santo mártir Fr. Martín de la Ascensión estando ya preso y condenado á la muerte de cruz que después padeció, haciendo lista en el convento de San Bernardino de Madrid, le fué como revelado el que había de ser uno de los fundadores de la iglesia del Japón, sintiendo en su alma un habla que le aseguraba de esto; y según las circunstancias que habían precedido (las cuales se referirán en la relación de su vida), ni él ni nadie ponía en ello dificultad. Casi lo mismo sucedió al Santo Fr. Francisco Blanco, que era actual discípulo en Teología del Santo Fr. Martín y muy parecido en la pureza de cuerpo y alma a su maestro.

Con estas buenas esperanzas salieron los dos para el Japón, y llegaron el año de mil quinientos noventa y cinco (*), al tiempo que se estaba fundando el convento de Belén de Osaca, lo cual fué para el Santo Comisario y los demás religiosos de tanto contento, que no es ponderable. Habiánse dado tan buena maña estos dos santos religiosos á estudiar la lengua en el discurso de la navegación, que cuando llegaron al Japón, ya podían administrar. Del Santo Fr. Martín se decía que la bebía, y del Santo Fr. Francisco Blanco, que había nacido con ella; y parecía que era así, porque á los seis

(*) Nuestro San Agustín prueba que no llegaron en 1595, sino en 1596. Véase la *Ibidem* part. 3, lib. 1.°, cap. 25. (Nota del Colector).

meses uno, y otro á los tres, confesaban, predicaban y hablaban con los japones como si hablaran en la lengua nativa, que no causó poca admiración en cuantos tuvieron noticia de ello, y en especial en los Padres de la Compañía, que tenían larga experiencia de cuanto estudio y desvelo, y aun años, era menester para llegar á entender á los japones, cuánto más hablar con ellos y predicarlos con el desembarazo que lo hacían estos santos religiosos á pocos meses de su entrada en aquel Reino. Como Nuestro Señor sabía que no habían de estar mucho tiempo en el Japón con vida, porque la habían de dar por la predicación de su Santo Nombre, no quiso que en aprender la lengua gastasen mucho tiempo, porque no perdiesen ninguno y le aprovechasen en aquel Reino, haciendo tanto en tres años, como otros pudieran hacer en seis. Y no fuera poco el que en este tiempo hicieran otro tanto de lo que hicieron estos Santos Mártires, porque según lo que ellos trabajaron por la predicación del Evangelio, y las almas que convirtieron, y el crédito que grangearon para Nuestra Santa Fe en aquellos reinos, no parece que fueron solos años los que en esto gastaron, sino siglos enteros.

Viéndose, pues, el Santo Comisario con tres conventos y ocho compañeros, y táles cuales hemos dicho, y con esperanzas de que le vendrían otros dos muy presto, trató de repartirlos en ellos, para que por todas partes sonase la predicación del Evangelio, y ellos la anunciasen con aquel celo, fervor y espíritu que habían visto en Meaco. En Nangasaqui puso los más viejos y enfermos que fueron: Fr. Bartolomé Ruiz y Fr. Marcelo de Ribadeneira (por ser aquel convento más bien proveído de limosnas) y por prelado á Fr. Jerónimo de Jesús, portugues, que por eso fué muy bien recibido y amado de todos los de aquel puerto. Cuando bajó de Meaco con sus dos súbditos, traía la licencia y despachos necesarios del gobernador Tarazava, para que en llegando á Nangasaqui, le volviesen á entregar la casa que los cristianos japones habían comprado pocos meses antes para el Santo Comisario, cuando bajó allí á fundar y fué expelido del hospital por los malos informes que de él hicieron, según referimos en el capítulo vigésimo tercio. Llegado al puerto, sin dificultad alguna se la entregaron, con la cual, y otro pedazo de solar que le compraron sus paisanos los portugueses, dispuso en breve tiempo iglesia y convento y le aseó lo mejor que pudo; aunque la iglesia no como él quisiera, por no ser bastantemente capaz para la administración de los cristianos y conversión de los gentiles, que era el principal intento con que allí se había fundado. Mas luego fueron cayendo algunos limosnas, con las cuales,

y otras que le fueron de aquí de Manila, la comenzó á fabricar de nuevo, y la hubiera acabado, si el Señor Obispo del Japón, ya que no les fué propicio, no les hubiera sido contrario; y como tras de esta vino la persecución de Taycosama, cesó de todo punto la obra por algunos años, hasta que las cosas del Japón mejoraron de estado, como se dirá adelante.

En el convento de Osaca puso por presidente al Santo Fr. Martín de la Ascensión, y por su compañero al Santo Fr. Francisco de la Parrilla, y algunas veces iba á ayudarlos el Santo Comisario y su compañero el Santo Fr. Gonzalo García, según que les daba lugar su ocupación y ministro de la ciudud de Meaco, á donde el Santo Comisario estuvo siempre de asiento y el Santo Fr. Francisco Blanco y el Santo Fr. Gonzalo García, y por algún tiempo Fr. Agustín Rodríguez, que era muy querido y estimado de todos los cristianos y de algunos gentiles principales, y para todos los religiosos muy amable por sus aventajadísimas prendas de virtud y letras. Con los religiosos repartió también el Santo Comisario á los japones que había de más aprobación, los cuales les ayudaban en los hospitales y en la lección del catecismo y en todos los ejercicios monástico de lo interior del convento.

Vivían todos en estos pobres conventos con gran pobreza y con suma perfección y pureza. Eran muy rigurosos en todo género de penitencias: en vigilias, diciplinas y ayunos; porque además de la abstinencia que ellos hacían, la misma necesidad los estrechaba, y también porque, como los bonzos les andaban siempre á la mira y los gentiles enemigos de los cristianos los oprimían, y ellos veían cada día la muerte al ojo, íbanse aparejando y disponiendo para el último martirio con martirios y asperezas ordinarias; pero de tan extraordinario rigor, que ponían admiración á los criados y muy ejercitados en ellas.

El bendito Fr. Juan Pobre de quien arriba hicimos mención, en una corta relación que hizo, vuelto ya á Filipinas, de lo que en el Japón vió por sus ojos, dice así:" Ví, como otro San Climaco, cosas "que ni el ojo del negligente vió, ni el oído del descuidado oyó, ni "aun en el corazón del perezoso cupieron. Porque ví hombres de mu-"chas letras rendir toda su sabiduría á los pies de unos simples "leprosos, lavándoselos, curándoles sus llagas y besándoselas, lo cual "tuve en más que si los viera hacer milagros. Ví obras maravillosas "con muy pocas palabras, poderosas para inclinar á misericordia al "Omnipotente y Todopoderoso Dios. Ví, finalmente, en aquellos sus "siervos renovada la pobreza, humildad y simplecidad de nuestro glo-"rioso Padre San Francisco y de sus compañeros; y para que en todo "le imitasen, la iglesia principal tenía el mismo nombre que la de

"Asís, de Santa María de los Ángeles de Porciúncula, puesta como "centinela y atalaya dentro de aquella gran ciudad de Meaco, que "está en medio de los reinos del Japón, como Jerusalén en medio "del mundo, rodeada de dos mil templos de ídolos y más de veinte "mil bonzos, para confusión de todos ellos y de los mismos demonios." Hasta aquí la relación de Fr. Juan Pobre (*).

Del concierto de vida religiosa, así interior, como exterior, que tenían estos santos religiosos, ya hemos dicho algo, tratando de la fundación del convento de Meaco. Diremos ahora con más individuación lo que era común en todos tres conventos. Tenían repartido el tiempo en esta manera: á media noche tañían á maitines y los decían con más ó menos solemnidad, según era la fiesta; aunque siempre con mucha pausa, gravedad y devoción. Después de ellos hacían la disciplina y tenían muy larga oración, sin que en esto hubiese dispensación. En amaneciendo decían todas las horas y una Misa. Lo demás del tiempo hasta comer lo gastaban en los hospitales y cura de los leprosos, confesar, catequizar, bautizar y aprender la lengua los que no la sabían. La otra mitad del día hacían lo mismo: decían vísperas á las dos y se ocupaban en los mismos ejercicios hasta las ocho ó las nueve, que se iban cada cual á su celda á descansar para levantarse á maitines y volver á la misma tarea.

Del sustento ordinario tenían muy poca solicitud y cuidado. Era su comida al uso de los pobres de la tierra: rábanos, nabos, batatas y otras yerbas, que nunca faltan, del invierno y verano, y su arroz, que es el manjar ordinario en todos estos archipiélagos, como el pan en nuestra España. De todo esto tenían lo bastante, y de lo demás necesario para el uso de la vida humana, era poco ó nada lo que les faltaba, ya porque se contentaban con poco como pobres evangélicos y seguidores de la pobreza, ya porque Dios, con su gran providencia, tenía cuidado de que nada les faltase, administrándoles casi milagrosamente, por medio de los pobres cristianos y de algunos gentiles, que movidos de piedad, hacían también limosna.

Pero el mayor milagro y que á todos ponía admiración y espanto era el que nunca les faltase para tanta cantidad de leprosos como curaban en los hospitales, que de ordinario pasaban de ciento y algunas veces llegaban á docientos, y otras más, conforme á los que iban viniendo, porque, como dicho es, á ninguno se despedía; y esto sin entrar en cuenta los sirvientes, que unas veces eran veinte y otras treinta, según el número de los enfermos. De suerte que, hecho el cómputo de unos

(*) Algo más larga es, según San Antonio, el cual incluye dentro de ella todo lo que dice Santa Inés en el párrafo siguiente, desde la palabra *tenían* de la línea 4.a hasta la conclusión del mismo párrafo. (Nota del Colector).

y otros, y rebajado el número de los que unas veces eran de más, y recrecido con éste el que otras veces era de menos, se halló por buena cuenta que, desde el día que estos santos religiosos comenzaron á curar los leprosos en los reinos del Japón hasta el día que los prendieron para ser crucificados, que fueron tres años bien cumplidos, habían dado de comer todos los días, un día con otro, y proveído de todo lo necesario para la cura, regalo y limpieza, á más de doscientas personas, entre sanas y enfermas, sin tener renta ni hacienda donde salir, ni aun limosna fija, ni cosa ninguna de esta vida, sino sola la Providencia Divina, que como tan pródiga y liberal con sus criaturas, les socorría con todo lo que habían menester. Y era esto tanto más abundantemente, cuanto eran más espaciosos y dilatados los senos de la caridad de aquellos santos r eligiosos, de manera que así como ellos no excluían á nadie, fiados de la Divina Providencia, de la misma suerte Ella no hubo cosa que hubiesen menester para sustento, cura, limpieza y regalo de los enfermos, que no les concediese; y algunas veces tan abundantemente, que excedía el sustento y regalo á la necesidad. Los gentiles se confundían con tales prodigios; los cristianos no sabían como ponderarlos, y todos admirados decían: "Si estos no tienen rentas ni toman dineros, ¿quién los sustenta á ellos y á tantos pobres?; ¿quién les da que comer?; de á dónde "vienen tantas medicinas como gastan en los hospitales?" No tenían entero conocimiento de la Suma Providencia de Dios, ni de la promesa que había hecho á nuestro Padre San Francisco: *si tus frailes guardaren lo que me prometieron Yo los sustentaré entre moros é infieles.* Y así, cuando los enviaba por el mundo, les decía: "Id, hijos y hermanos míos, con la bendición de Dios Todopoderoso; id pobres, simples, humildes y descalzos sin arrimo de báculo ni alforja, que si vuestra confianza es en los Cielos, de allá os vendrá todo el socorro."

Con esto respondían el Santo Comisario y sus religiosos á los cristianos y gentiles, en quien causaba tanta admiración el que ellos se pudiesen sustentar á sí y á sus pobres; y cuando venían á saber que los religiosos de ricos se hacían pobres por amor de Dios desde el mismo instante que profesaban el estado de frailes menores, y no sólo pobres, sino que despreciaban las riquezas, no les podían creer que hubiese pobres voluntarios, y tan sumamente pobres, que de ninguna manera quisiesen ser ricos, como veían y experimentaban en quellos santos religiosos, teniendo ellos, como tenían, toda su mira y onfianza en las riquezas. Y así decían, que sino lo vieran, de ninguna, ianera lo creyeran, y mayormente aquel prodigio de sustentar, como istentaban, tanta cantidad de pobres, que aun viéndole, no lo creían.

Entró un día en el hospital un gentil noble y principal, á lo que parecía,

y estando presente á ver labar y curar los leprosos y el regalo y limpieza con que les daban de comer, de tal manera se movió, que públicamente dijo á los leprosos y llagados, que tuviesen en mucho aquellas obras de tanta caridad y amor que los religiosos hacían con ellos: "Mirad que seáis agradecidos, pues ni hay padre ni madre que tal haga con sus propios hijos. Cortarlos y matarlos, eso sí; mas regalarlos y curarlos, como éstos lo hacen con vosotros, nunca tal se ha visto en el Japón." Estas y otras palabras de edificación les dijo, y al cabo sacó un bolsón y fué dando limosna á cada uno, la cual dada, salió del hospital, haciendo espantos de lo que había visto, y repitiendo muchas veces: *no es creible, no es creible.*

De lo cual se infiere, que cuando no hubieran sido de otro provecho estos santos religiosos en el Japón sino para dar testimonio de la vida apostólica y pobreza evangélica, habían sido y fueran siempre de grande importancia. Porque, como ya hemos dicho en otras partes, de esta experiencia, algunos que les veían menospreciar el oro, la plata, y las riquezas, vinieron á dar en que había salvación y otra vida, que era eterna: y por este medio eran sin número los pobres que se convertían, y les era de gran consuelo, para pasar sus trabajos y pobrezas, saber que tenemos un Dios tan bueno que tiene siervos acá en el mundo que desprecian las riquezas y cuanto hay en él, mediante lo cual, alcanzan las riquezas celestiales; y en esta vida y en la otra son los más amigos suyos. Y los ricos se confundían con semejantes ejemplos y venían en conocimiento de su engaño, que entendían que no había más Dios que las riquezas. Todos, finalmente, con las obras de humildad y caridad que los religiosos hacían en los hospitales, caían en la cuenta de cuan santa, perfecta y caritativa era nuestra santa Ley, y decían mil bendiciones de ella.

Y aunque en algunos todas estas cosas causaban encontrados afectos y efectos, teniéndolo por cosa sucia y asquerosa, y cuando entraban en los hospitales, llevados de la caridad, se tapaban las narices por el mal olor, y haciendo melindres, decían que no se había de permitir tal cosa; pero los mismos pobres cristianos les reprehendían, y como haciendo burla de ellos, decían: "Tapa, tapa, que peor hedor es el del infierno á donde habéis de ir para siempre, sino os hacéis cristianos." Por aquí solían algunas veces abrir los ojos y caían de su engaño y se bautizaban. Pero lo común era hacer muy buen concepto de nuestra santa Ley, vistos los ejemplos de humildad, pobreza, desprecio de las cosas del mundo, caridad, mortificación y penitencia, los cuales eran muy ordinarios en estos santos religiosos, de que ya hemos referido algunos casos en capítulo aparte. Para dar fin á esto, diré sólo uno, que es como se sigue:

En una ocasión dos mujeres japonas y al parecer nobles, llevadas de la curiosidad, entraron en el hospital á ver que hacían los frailes con los pobres, y cómo los trataban, y viéndolo con mucha atención, tocadas allá interiormente, dijeron: "Verdaderamente la Ley de los cris-"tianos es la mejor de todas; algún premio esperan en la otra vida, "pues en esta hacen tales obras con los leprosos que nosotros tanto "aborrecemos." Y sin decir más palabra, llenas de admiración y asombro, se tornaron á sus casas.

CAPÍTULO XXVI.

DE LO QUE SENTÍA EL REY Y LOS GRANDES DEL REINO Y ALGUNOS BONZOS DE LA VIDA PENITENTE DEL SANTO FR. PEDRO BAUTISTA Y SUS COMPAÑEROS, Y DE ALGUNOS EFECTOS PARTICULARES QUE CAUSABA EN ELLOS.

ESDE el primer día que San Pedro Bautista y sus compañeros entraron en aquella gran ciudad de Meaco y Corte del emperador Taicosama, como antorchas resplandecientes ó clarines sonoras de la predicación evangélica, desde la cumbre de un alto monte ó encumbrada torre, á todas partes esparcían su luz y resonaba el eco de su sonora voz, sin que hubiese parte, por más retirada que fuese, que se escondiese del calor de sus virtudes y ejemplo, y que no se oyese su doctrina y predicación. Era entonces Meaco el centro de la monarquía del Japón (*), á donde concurrían todos de diferentes reinos y provincias, como los ríos al mar, y lo que hallaban que en ella era más válido y andaba más en plática, eso llevaban que contar, de que volvían á sus propias tierras, que lo común era decir bien. Porque, aunque en la Corte oían de todo, los cristianos sólo reparaban en lo que decían los cristianos, y los gentiles en lo que sentía el Rey y algunos privados del Reino, y por ahí se regulaban; y como lo ordinario era sentir bien de su modo y proceder, ponderando unos su pobreza, otros su penitencia, otros su agradable trato y conversación, y el bien que hacían á los pobres, esto mismo ponderaba cada uno en su tierra, y se hacía lenguas de lo que en la Corte había oído alabar. De aquí nacía el

(*) Actualmente Meaco (Kioto), capital del Oeste del Imperio (Tokio, lo es del Este), es el centro del comercio interior de la Isla de Niffon, así como también de la industria y cultura japonesa. Véase la Geografía de F. S. Casado (1891), pág. 454. (Nota del Colector).

desearlos en todas partes, y el enviarlos á llamar para que fundasen conventos, como el mismo San Pedro Bautista lo dice en una carta que escribió al Provincial de esta Provincia, enviándole á pedir más religiosos, y que por no tener los que había menester, no había ya fundado más conventos, como se lo habían pedido los cristianos de diferentes ciudades.

De donde se puede conocer que la publicidad de su predicación y modo de vivir no era tanto porque públicamente predicaban y vivían, pues no en todas partes vivieron y predicaron, sino que apostólicamente vivían y predicaban, con el desinterés, fervor y espíritu que Cristo manda, de donde inseparablemente se sigue la honra, estimación y el lucimiento; aunque más se quiera ocultar. Así lo siente San Bernardo sobre las palabras que dijo Cristo del Bautista Juan, diciendo que no se encendía el Bautista para lucir, sino que si lucía, era porque ardía (1). Predicando con el desinterés y claridad con que predicaba San Juan y viviendo con el rigor y penitencia con que vivía, se arguye que no lo hacía por lucir ni por ostentación de su doctrina; y siendo tal su predicación y vida, que aun desde el desierto y cueva más retirada había de ser sonada su predicación pública y manifiesta á todo el mundo su virtud.

En alguna manera se puede decir esto del Bautista de que vamos hablando y sus compañeros. Así, pretender condenar su publicidad, como algunos lo pretendieron, era lo mismo que condenar su virtud; y aconsejarles el recato y cautela, lo mismo que mitigasen el ardor y fuego de amor divino en que se abrasaban; lo cual no estaba en su mano, habiendo de predicar á Cristo como Él manda, é imitando como imitaban á los Apóstoles en su vida y predicación. Pero si quisieran faltar á esto, presto dejaran de arder y de lucir; presto comenzarán á temer: anduvieran escondidos y amedrentados, y totalmente cesaran de la predicación evangélica con las circunstancias que había de ser; porque una hacha muerta y apagada ¿cómo ha de lucir?.

Por lo dicho, pues, se puede conocer el principio y origen de ser tan pública la predicación y modo de vivir de estos santos varones, verdaderamente apostólicos é hijos perfectos de N. S. P. San Francisco, que no sólo era pública en la ciudad de Meaco y las ciudades circunvecinas, sino en los reinos más remotos del Imperio. No sólo inflamaban los corazones de los cristianos con el calor de su doctrina y ejemplo, y los ilustraban sus entendimientos, sino también á los gentiles; y lo que es más, aun á los más obstinados

(1) D. Bern.. Serm. de Joanne Bapt.

y ciegos de aquella gentilidad, como lo era el Rey y algunos grandes del Reino; y comúnmente á los bonzos (que son los que engañan á todos) causando en ellos bien particulares efectos las noticias solas que tenían de su modo de vivir. Para prueba de esto referiremos algunos dichos que decían y casos que sucedían, que es á lo principal á que se endereza este capítulo.

El emperador Taicosama, como hombre capacísimo, de buen entendimiento, hacía misterio de cuanto veía y oía de los religiosos; y aunque no todas veces le agradaba, no era porque le pareciese mal, sino porque cuando reparaba en ello y se ponía á considerar lo que hombres tan capaces hacían (que por tales tenía á los religiosos), tras la consideración, le estimulaba el gusano remordedor de la mala conciencia, que le desazonaba harto. Y para haber de aquietarse y hallar paz en medio de sus pecados, no hallaba otro mejor remedio que decir mal de la Ley de Dios y del modo de vivir los religiosos, por ver si por aquí podía hacerse sordo ó insensible á las voces y remordimientos interiores de la conciencia.

Sucedía esto más de ordinario (según contaban á los religiosos algunos aficionados que tenían en palacio) después que una noche de invierno, en que hacía mucho frío, oyendo desde palacio tocar la campana, fué de secreto á oir cantar los maitines á los religiosos, de lo cual volvió entonces muy edificado y contento. Pero de allí adelante, siempre que se acordaba de ellos y oía decir la penitencia que hacían, entraba la desazón y descontento, sin ser poderosos los quitapesares que para semejantes ocasiones suelen aplicar los bonzos, con sus meditaciones y consideraciones diabólicas, para quitarle el remordimiento interior de su mala conciencia. Y algunas veces estuvo tan movido, que se le saltaban las lágrimas de los ojos, y dijo por dos veces lo que ya nosotros hemos dicho una: "Verdaderamente debe ser verdad lo que estos publican, que hay "otra vida, porque no es posible que gente tan blanca y de tanto "entendimiento quieran pasar tantos trabajos y tan aspera vida, con "tanto desprecio de las cosas del mundo, sino tuviesen firme espe-"ranza de que sus trabajos se han de trocar en descanso en esa "otra vida que esperan."

Muchas de estas eran las aldabadas y toques que Dios daba á las puertas del alma de Taicosama, y no hay duda que sería para justificar Dios su causa. Primeramente, porque aquel miserable hombre no se perdiese, que como es tan bueno y misericordioso, primero atiende á nuestra salvación que á su reputación. Pero como el demonio conjeturaba el daño que se le había de seguir de su conversión, hacía cuanto podía y sabía para divertirle de tal pensa-

miento, ayudándose de los bonzos que le enbaucaban y trastornaban el juicio con su color de celo de la honra de sus dioses.

Volvíale otra vez á inquietar la conciencia con un vuelco y otro revuelco, y cuando á él le parecía que estaba más quieto, intempestivamente se hallaba como sobresaltado y acusado de la propia conciencia. Y por el conocimiento que ya tenía de la Ley de Dios, de la cual muchas veces había oído hablar á los Padres de la Compañía, con quien antes que comenzase á reinar trabó estrecha amistad, y por lo que oía decir del rigor y penitencia con que vivían aquellos santos religiosos, y por el desprecio de la gloria mundana que él había visto en ellos, confesaba públicamente, que, después de esta vida, había premio para los buenos y castigo para los malos; y que estaba cierto que aquellos bonzos (llamando así á los religiosos) predicaban el camino de la salvación.

Y una vez, movido de este pensamiento, envió á decir al Santo Comisario con Fungen, criado suyo, que le encomendasen á Dios, y que lo decía de corazón. Otra vez, públicamente, tratando de la vida de aquellos santos religiosos, dijo él mismo que tenía aquellos sacerdotes por buenos bonzos, y por cosa cierta que la Ley de los cristianos era buena, sino fuera por aquel sexto mandamiento que no se podía guardar. Blasfemia, al fin, como salida de la sucia boca de un hombre tan bestial, que usaba de más de ochocientas mujeres, y dicha entre idólatras japones, que no contentándose con el uso común, se dan con menos vergüenza y mayor disolución al abominable pecado nefando, mayormente los bonzos, gente sobremanera viciosa, á quien el demonio tiene por sombra y rebozo de esta maldad y de las demás que usan en sus ritos y ceremonias.

Otras veces discurría por otro camino, volviendo por la honra de sus dioses, como sucedió en una ocasión que, hablando en buena conversación con algunos caballeros gentiles, dijeron por lisonjearle, que muy bien había hecho su Alteza en haber mandado echar á los Padres de la Compañía del Japón, porque la Ley que predicaban, era muy mala. Respondióles Taicosama: "Vosotros me decís "eso porque los eché del Japón; mas, sí, os sé decir, que no lo "hice por parecerme ellos mal, ni tener su Ley por mala, sino por ser "contraria á los camis y fotoques del Japón; y que aunque para "otras partes sea buena, no lo es para estos reinos". Y como vieron los gentiles la estima que hacía de la Ley de los cristianos, no se atrevieron á pasar adelante con la plática que habían comenzado.

De suerte que si reparamos en lo que este miserable hombre dijo en diferentes ocasiones, hablando de Nuestra Santa Ley y modo de vivir de los religiosos, hallaremos que siempre sentía bien; y

aun cuando sacrílegamente la baldonaba, y afeaba el modo de vivir de los religiosos, como dicho es, no era porque le pareciese mal, sino porque él no podía hallar paz en medio de sus maldades á vista de una tan Santa Ley y perfecta como era la que predicaban los verdaderos ministros del Evangelio. Ni más teniendo por delante el rigor y aspereza con que se trataban y pobreza con que vivían, que, por lo que ya él había visto en ellos, se le representaba muy al vivo.

Lo mismo sucedía á otros príncipes y señores del Reino. El gobernador de Meaco, gran privado del Rey, cuando le hablaban de los religiosos, decía que eran hombres santos y de mucho provecho, y que era honra de aquel Reino que hubiese gente de tanta piedad en él; y solía decir en viendo á estos Padres de San Francisco; "Siento acá dentro en el corazón un no sé qué que me dice que hay salvación y otra vida, pues ellos, sin otro interés más que por sola la virtud, sin querer otra cosa de esta vida, hacen tanta penitencia." Y viendo que siempre que iban á su casa le trataban de Dios y de su salvación, y que lo mismo hacían con sus hijos y criados, les dijo una vez: "Ora, Padres, ¿qué les va en que nos salvemos, ó no nos salvemos?" Respondióle el Santo Comisario, que Dios y su santa Ley les mandaba que amasen al prójimo como á sí mismos, y que como querían para sí salvación, la deseaban para todos. Oída esta breve respuesta, dijo que creía que había otra vida, y que él buscaría la salvación; pero no la buscó, sino que se quedó en su ceguedad gentílica. Buscáronla, sí, algunos de su casa y dos hijos suyos que se bautizaron, y después, en la persecución que sucedió, mostraron mucho fervor y deseo al martirio, como diremos adelante en el libro tercero, tratando de la persecución y martirio del Santo Fr. Pedro Bautista y sus compañeros.

Con quien desde el principio tuvieron siempre mucha amistad los religiosos fué con el sobrino del Emperador llamando Cabucondono, porque desde que les vió y comunicó la primera vez, se les aficionó mucho, y ellos procuraron, mientras vivió, corresponder á la buena voluntad que tenía y buenas obras que les hacía, visitándole muy á menudo, y tratándole de lo que le importaba para su salvación. Tenían los religiosos muy en la memoria aquella gruesa limosna de arroz de que ya hicimos mención que les dió para acabar la obra del convento de Meaco, y por esta causa la ponían muchas veces en plática, estando hablando con él, como mostrando su agradecimiento. Juntamente le daban á entender las esperanzas que tenían de su conversión, pues por el bien que entonces les

hizo, había sido causa de que convirtiesen muchos, como lo habían hecho mediante la fundación del convento y de los hospitales á que él también ayudó. Cuando le decían ésto, solía responder que estaba muy lejos de eso; pero que le encomendasen á Dios.

Otras veces, yéndole á visitar Fr. Marcelo de Rivadeneira, con quien tenía particular amistad por haberle dicho que era hombre muy docto en las ciencias de los cristianos, le decía; "Dígame, Padre, ¿cómo sabe que hay Dios?" Á lo cual respondía con razones breves y claras, haciendo demostración de como que hay Dios, y ése único, y falsa la multiplicidad de sus dioses; y cuando le parecía que era necesario alargar razones y adelantar el discurso por algunas réplicas que él solía hacer y los bonzos que le asistían, le pedía licencia para que el Santo Fr. Gonzalo le sirviese de intérprete, que por poseer excelentemente la lengua japona y estar bien en la propiedad de sus vocablos, daba más peso á sus palabras y razones; con las cuales ni le dejaba que replicar, ni excusa para que no conociese la verdad que tan clara se le proponía. Así lo conocía él, mas no por eso dejaba de buscar excusaciones á sus maldades y pecados; y una vez dijo: "Todo esto me parece verdad, y que es bueno; pero para haberlo de hacer creer, es necesario volver de arriba abajo á todo el Japón." Y no decía mal, porque para haber de dejar la ley del demonio, que tan introducida está en todos aquellos reinos y que les permitía tantas abominaciones, y abrazar la de Cristo y guardarla como la habían de guardar, mucha mudanza había de haber, y tanta, que pareciera otro el Japón. Y á eso parece que tiraba él, considerando que si se hacía cristiano, á fuer de tal, no había de usar más que de una mujer, ni quitar la hacienda á sus vasallos, ni derramar sangre humana. y para él fuera mucha violencia, pues aun con cien mujeres no tenía bastante, ni con toda la hacienda de sus vasallos, ni con hacer al año infinitas crueldades.

Tenía este Príncipe en lo natural muy buenas prendas, pero todas las afeaba y manchaba con sus vicios, y en especial con una crueldad nunca vista, de que se dejaba llevar notablemente; porque su mayor recreación y más ordinaria era derramar sangre humana. Por lo cual, á todos los hombres que estaban condenados á muerte, y aun á otros que no lo estaban, gustaba mucho de matarlos él por su mano. Unas veces ponialos por blanco de sus flechas ó escopeta, y otras partíalos con su espada por las coyunturas, como quien parte una ave asada. Para esto tenía hecho un cadalso, junto á sus palacios, todo cercado, el cual estaba por debajo lleno de una arena gruesa, para que se recogiese allí la sangre que corría de los muer-

tos, y á sus tiempos la hacía mudar. Este fué uno de los cargos que le hizo su tío, y porque le mandó matar: y aunque, según se decía, no tanto había sido por eso, cuanto por haberse querido levantar con el Reino (*); pero debemos presumir que por éste y otros delitos y vicios, de que miserablemente se dejaba llevar, lo tendría bien merecido, y que serían la causa principal porqué Dios justísimamente le quitó la vida, por medio de Taicosama, y le privó de la monarquía del Japón, y aun le borró de la memoria de los hombres. Porque no sólo no se contentó Taicosama con haber muerto á su sobrino, criados y amigos (salvo algunos pocos, y entre ellos el buen caballero Cosme Joya con su mujer y hijos por milagro de N. S. P. S. Francisco, como se dirá en el capítulo vigésimo octavo), sino que también mandó echar por tierra los palacios y fortaleza que había edificado dentro de Meaco, con todas las casas que tenían los caballeros y señores, para que de ninguna manera quedase señal ni memoria de él en el mundo. Y por lo mismo mandó matar á sus mujeres, señalando treinta y una de ellas, por ser las más prin-

(*) Quiso en efecto hacerlo, y he aquí lo que acerca de esta revuelta dice D. Bernardino de Avila que estaba entonces en el Japón:

"El año de noventa y cinco, en Junio, hubo en Japón una revuelta, que á no la remediar con tanta prevención Thayco Sama, durará mucho, y aun costara harto. Ya se ha dicho como Thayco tenía un sobrino, al cual, por no tener hijo, y por serlo él de una su hermana, había adoptado, y tenía ya con tanto estado, como si verdaderamente fuera príncipe heredero. Á éste había hecho unos palacios en la Ciudad de Fuxime, mucho más aventajados que los suyos, muy grandes, y con tantos jardines, y cosas de recreación, que fuera de ellos, todo era tristeza. Tenían cuatro puertas principales y á cada una se venía por una calle muy ancha, llana y de igual casería; y todas las casas muy hermosas, ricas y vistosas y de gente honrada, rica y principal. Mandó venir de todos los reinos del Japón muchas y hermosas doncellas, y entre todos los más altos señores, le hizo escoger las más hermosas hijas que quiso, y á cada una dar cincuenta de estas doncellas, para le servir en su cámara solamente. Hízole caballerizas, limpias, ricas y grandes de tanto aparato, que podían ser morada de hombres nobles, cuanto más de caballos; de los cuales se las hinchió de los más hermosos que pudo hallar, y finalmente no hubo cosa en que le pareciese que le podía honrar, dar gusto, y engrandecer, que no se la buscase y diese. Llamábanle Tocuambaco, nombre de grande majestad, y tan venerado, como el mismo Thayco Sama.

"Este parece ser que por su soberbia, crueldad y otras causas, y juntamente por envidia, no era bien quisto de muchos de los grandes del Reino, y besaban muchos de ellos manos que holgaban ver (como dicen) cortadas. Pues como le naciese á Thayco Sama, como dicho es, el año de noventa y dos un hijo, diéronle á entender al mancebo algunos de sus enemigos interiores que Thayco no le había de dejar el Reino cuando muriese, por tener ya hijo, y así, que lo bueno era con tiempo hacerse señor del. Esto le dijeron en gran secreto algunos de los más poderosos, y cada uno de por sí, dándole á entender, que le favorecerían, habiéndo en que: todo á fin de que ambos, tío y sobrino, se destruyesen, y alguno de ellos en la revuelta hacerse Señor de la Thenca. El incauto mancebo, juntando súbitamente más de veinte mil hombres, quiso dar sobre el tío el cual estaba avisado, y juntó más de ochenta mil hombres de guerra. Avisado el Tocuambaco, envió á pedir favor á los que se le habían prometido, y á todos los halló fríos. Quiso Thayco ir sobre él y dijéronle, que si allá iba, que había de ser causa de destruir la ciudad; que se sosegase, que su sobrino no había de hacer más de lo que él quisiese, y con esto se quietó. Fueron al sobrino y dijéronle, que qué hacía; que se recogiese á su palacio y despidiese aquella gente, y no indignase á su tío que le quería mu-

cipales y de las nobles del Reino, dejando á las demás que no lo eran tanto, las cuales pasaban de ciento. Y para que este castigo fuese más afrentoso, mandó que se hiciese públicamente, y en lugar donde se acostumbraban justiciar los malhechores, que, junto la crueldad con la ignominia, fué uno de los más lastimosos espectáculos que se vieron en Meaco.

Porque como todas aquellas mujeres eran tan nobles, ricas y principales y de poca edad, eran tantas las lágrimas de la gente, por donde pasaban, que no parecía, sino que eran hijas ó hermanas de cada uno, según era de grande el sentimiento que todos mostraban, condenando la crueldad de aquel tirano, y echándole mil maldiciones. En fin, á todas las degollaron, y primero á dos niños y una niña, hijos de Cabucondono; y para acrecentarles más su pena y dolor, antes de degollar á cada uno, le mostraban la cabeza del mismo Cabucondono, y así acabaron todas.

Este fué el triste fin y tragedia de aquel grande príncipe Cabucondono, á los treinta y dos años de su edad, aunque bien malograda y peor aprovechada; pues habiéndole Nuestro Señor avisado tantas

---

cho, y le pesaba de verle inquieto. Hizo lo que le dijeron y recogióse á su palacio, y dando cuenta de ello á Thayco Sama, envióle á decir, que se cortase el cabello: él sacó el guaquizaxi, y cortóselo. Luego le vino otro recado en que le mandaba se recogiese á la Coya (que es un monte, que cae en el Reino de Quinocuniu, habitado de bonzos, como ya se dijo arriba), lo que él hizo luego sin consentir fuese con él gente más que nueve mancebos, criados suyos, muy honrados, que no le quisieron dejar.

Como él se recogió á la Coya, y cortó el cabello, todo quedó pacífico, y Thayco Sama le envió á decir allí, que pues tan mal agradecido había sido á lo mucho que por el había hecho, que se cortase luego la barriga. Oyó el recado del Tio con mucho ánimo, y pidiendo el Zacantzuqui, luego que trajeron el vino, tomó la taza en la mano, y habló con los criados, despidiéndose de ellos; mas todos le dijeron, que antes que él muriese, se habían de cortar todos delante del. Tomó entonces la taza y bebiendo un trago de vino, dióla al uno de ellos, el cual tomándola, bebió, y escurriéndola muy bien (según su usanza) la puso sobre la cabeza y la dió al paje, que servía; y desviándose un poco, desnudó el quimóu por el brazo derecho, y sacando el guaquizaxi, se cortó la barriga; y luego Tocuambaco, dando el sacantzuqui á los demás, uno á uno se cortaron, hasta el octavo. Quedaba un niño de doce años, muy más noble que todos los otros, al cual dijo: "Vos, quiero que quedéis vivo, para que me cortéis á mí la cabeza, y se la llevéis á mi tío." Y con esto, dándole de beber, se cortó la bariga el dicho Tocuambaco, y cayó de bruzas aún vivo. El muchacho que lo vió, envistió con él; y sacándole la catana (con que él había cortado á muchos), le cortó la cabeza, y luego se cortó á sí. A este espectáculo había estado presente el hidalgo que trajo el recado y el bonzo mayor de la casa, y acabado, el bonzo se cortó, y el hidalgo tomó la cabeza del Tocuambaco, y fué á dar cuenta á Thayco de lo pasado; el cual mandó luego secrestar la hacienda del sobrino, que tenia un gran tesoro, y á catorce mujeres, de las que el más quería, hizo prender, y puestas en un carro, fueron llevadas por las calles de Meaco, y delante la cabeza del sobrino; la cual iban parando á cierto trecho, y vuelto el rostro al carro, se levantaba una de aquellas mujeres, y haciale cuatro reverencias á su modo, y luego era degollada; y de esta manera lo fueron todas catorce. Las casas, jardines, y todo cuanto en el circuito de ellas había, con todas cuatro calles, fueron desbaratadas y echadas por el suelo, de modo que no quedó señal de nada. Pusieron la cabeza á una puerta de la Ciudad con una tabla, donde decía la causa de la muerte, donde estuvo hasta que el tiempo la consumió. No hubo quien hablase ni quien dijese bien ni mal sobre la justicia, más de que todos quedaron escarmentados, y él más temido, que hasta allí. (*Historia Eclesiastica del Japón*, cap. 15. (Nota del Colector).

veces por medio de nuestros religiosos, y dádole á conocer la certeza, pureza y santidad de la Religión cristiana, nunca trató de recibirla, ni menos de dejar sus idolatrías y vicios; aunque la conciencia le estimulaba y Dios le llamaba, y, según parece, hasta el último instante de la vida, siempre se hizo sordo. Porque estando él mismo para cruzarse y cortarse por en medio del cuerpo, según usan los japones, y el caballero que había llevado la sentencia y el orden de Taicosama para que se ejecutase con la espada en la mano para cortarle juntamente la cabeza, y considerando los engaños y tiranías que había usado con él su tío. y por otra parte lo que había oído decir á los religiosos de la inconstancia de los bienes de este mundo, que, por ser de tal calidad, no se había de hacer caso de ellos, sino de los eternos, los cuales no se hallan sino en la Ley de los cristianos. como dando un suspiro, dijo: "¡Ah, que aquellos pobres frailes son los que enseñan la verdadera salvación!" Con lo cual dió á entender (según afirmaron algunos japones que se hallaron presentes, respecto de otras palabras que habían precedido), como que si todos fueran como ellos, ni hubiera engaños, ni hubiera tiranías, como tenía su tío, ni sintieran perder la honra ni la hacienda ni aun la vida ni cosa de esta vida, como él lo sentía. ¡Para que que se vea la ceguera de este miserable hombre, que haciendo tan gran concepto de nuestra santa Ley, como lo es el pensar que por ser tan santa, perfecta y cierta, en ella ni con ella podían caber maldades, ni había razón para temer los males que ofenden al cuerpo, no obstante, no trató de valerse de ella para la salvación de su alma, adorando al verdadero Dios, y pidiéndole perdón de sus pecados, á quien conocía en la santidad y pureza de su santa Ley, sino que miserablemente murió, y dió de su ánima en manos de quien al instante y sin dilación alguna se la llevase á los infiernos!

Allí experimentaría lo que una vez por donaire y gracia dijo, y aun como haciendo burla de los religiosos, y fué, que viendo la ansiosa solicitud con que procuraban la conversión y salvación de las almas, les dijo, que no se matasen ni desvelasen tanto en procurar la salvación de los gentiles; antes que para bien servían de hacer lo contrario; que pues si todos se iban al infierno, como ellos decían, en no bautizándose, con eso habría más lugar para sí, y los cristianos en el cielo vivirían más desahogados. Habló como quien no sabía lo que se decía, ni lo que esperaba en la otra vida. Presto vería su engaño, y si era excusado el trabajo de los religiosos en solicitar la conversión y salvación de su alma.

Para persuadir á los bonzos y demás gentiles las cosas de la Fe era medio eficacísimo la vida ordinaria de aquellos santos religiosos, porque en todo se conformaban con la doctrina que predicaban, bien

así como San Juan Bautista, que, sin hacer milagros, con sola su vida, dió testimonio de Cristo, y fué de mucha importancia para darle á conocer. Respecto de los oyentes venía á ser una misma la predicación, porque si San Juan Bautista predicaba á los fariseos, que eran la misma hipocresía, de quien dijo Cristo que todo se les iba en decir y hablar sin hacer cosa de las que decían y hablaban, en los bonzos, á quien predicaban San Pedro Bautista y sus compañeros, se juntó toda la hipocresía de los fariseos, porque de todo lo que dicen, es nada lo que hacen; y mientras se muestran más virtuosos para con los hombres, en sí son más viciosos, y los que hacen las mayores abominaciones. Y como veían que estos santos religiosos regulaban las obras con las palabras, la doctrina con el ejemplo, y la predicación con la vida, admirábanse sobremanera, y se movían á preguntar y saber qué ley era la que predicaban y el Dios que adoraban.

Acostumbraban los benditos religiosos, en tiempo de mucho frío y calor, ir por las calles y templos, por tener ya experiencia que viéndoles los bonzos y gentiles así descalzos y con vestidos tan ásperos, les hacían las preguntas que hemos dicho y otras semejantes: ¿quiénes eran? y la razón porque andaban así y hacían tan gran penitencia. Llevaban consigo, siempre que salían, algún japón de los que servían de catequizar á los gentiles: á éste remitían que respondiese, si era en parte que ellos no se podían detener; el cual les decía brevemente que aquéllos eran religiosos cristianos, que predicaban la Ley de Dios y verdadera salvación, y viendo que mostraban gana de saber, les decía que la salvación era de mucha importancia; que fuesen á la iglesia que de nuevo se había hecho, y allí se la enseñarían, y por este medio llevaba Dios á muchos. Otras veces no tenían más que decir los religiosos: "Mirad que vais errados, y vuestro camino es el de la perdición;" y como todos los tenían por hombres de buena capacidad, daban mucho peso á sus palabras y estaban con mucho cuidado hasta saber porqué dirían aquello los Padres. De esta suerte iban atrayendo algunos que no les pasaba por la imaginación, no sólo hacerse cristianos, pero ni aun ir á la iglesia.

Es buena prueba de ésto lo que sucedió una vez al santo mártir Fr. Francisco de la Parrilla, el cual yendo á entrar en un templo de ídolos en que estaba mucha gente aguardando sermón, y viendo que todos se habían alterado con su vista y que le mandaban echar de allí, él se detuvo y no quiso pasar adelante; y al volverse, vió á uno como que iba á toda prisa á entrar en el templo, como cuidadoso de que no se hubiese acabado el sermón, y compadeciéndose de su engaño le dijo: "No te des tanta prisa, que ahí no has de hallar salvación sino camino para el infierno." ¡Cosa maravillosa!, que con solas

estas palabras, dichas así sencillamente, el mozo se detuvo como suspenso, y recobrándose un poco, preguntó que cuál era ó á dónde estaba el camino de la salvación. Vente conmigo, dijo el santo Fr. Francisco, y sin más réplicas se fué con él hasta el convento, donde oyó sermón aquel día; en el cual, y otros muchos que oyó después, halló el camino de la salvación, de la cual estaba muy lejos con los sermones de los bonzos, como él comfesó después y el Santo Fr. Francisco dijo.

Y sucedió otra cosa bien particular para haberse de hacer cristiano: fué, que estándole catequizando, halló que estaba amancebado, y diciéndole el ministro que con aquel impidimiento no le podía bautizar ni él recibir la gracia que se concede en aquel Sacramento á los que bien dispuestos le reciben, respondió, que el echar la manceba de casa era lo menos que él podía hacer á trueque de hacerse cristiano; pero porque era mucho el amor que se tenían, y en algún tiempo no fuese ocasión de tropiezo, que haría todo lo posible antes de bautizarse para que ella se bautizase también, dándola para esto palabra de casamiento, que, por ser muy inferior en la calidad, sería obligarla más. Como lo prometió, así lo cumplió, y ella correspondió muy obligada y sumamente agradecida á Nuestro Señor, que por aquel camino la hubiese traído á su santo conocimiento. Instruídos bien en la Fe, se bautizaron y casaron, y de allí adelante vivieron muy cristianamente, como verdaderos casados. Estos y semejantes efectos causaba en los gentiles la vida áspera y penitente de los verdaderos predicadores del Evangelio.

Adonde más ganancia de almas sacaban era en los templos, que por estar más apartados del bullicio de la gente, tenían más lugar de predicar á los gentiles. Llegabánseles muchos, viendo la novedad del hábito, su modestia y compostura, y en especial los bonzos, con grandes espantos y afectos de admiración, y los religiosos que andaban mirando la traza y curiosidad de los templos y la multitud de ídolos que había en ellos, con afectos y palabras mansas, mostraban hacer burla de que aquellos palos y piedras fuesen adorados. Preguntaban ellos: *¿pues á quién habemos de adorar?* De aquí tomaban ocasión para declararles cuál era el verdadero Dios á quien habían de adorar, y la falsedad de aquellos ídolos. Convidábanles que fuesen á su iglesia, que más despacio les enseñarían el camino cierto de la salvación que deseaban. Iban muchos, y oyendo los sermones del catecismo, proponían las dudas que se les ofrecían, que las más son del sol, luna y estrellas y de los movimientos de los cielos; y otros más agudos preguntaban: *¿qué cosa es Dios?; "¿cómo crió el mundo, cielos y tierra? Y el primer hombre ¿cómo pecó?; y ¿cómo no le perdonó sin que Cristo muriese por*

él?;" y otras semejantes, á que siendo satisfechos, fácilmente dejaban algunos sus idolatrías y recibían el Santo Bautismo.

Con todo eso había algunos tan aferrados á sus sectas, que ninguna razón les satisfacía, ni menos les convencía; y lo que por la mayor parte sucedía con los tales, era el no querer oir ni darse por entendidos en lo que se les proponía; ya por no verse obligados á responder en lo que no tenía respuesta, ya porque su maldita soberbia les hacía persuadir que no había otros hombres más doctos que ellos, y que no era razón ponerse á disputar con gente tan inferior en letras, que ese era el concepto que hacían algunos de los ministros del Evangelio.

Así parece que sucedío en una ocasión en que estaban parlando con el Santo Fr. Gonzalo unos bonzos que gustaban notablemente de oirle hablar por poseer tan bien la lengua japona, hallándose presente Fr. Marcelo de Rivadeneira, el cual reparando en uno de ellos que parecía más agudo y entendido, le preguntó, mirando á un grande naranjo que estaba en el patio, que quién había hecho aquel árbol; porque aunque aquel era plantado, el primer naranjo de aquella especie no, ni se había hecho á sí mismo ni hombre alguno tenía poder para hacerlo. Todos se quedaron suspensos con la pregunta, y con particular acuerdo, con señas que se hicieron, devirtieron la plática á preguntar cosas de Europa, como que lo que se contenía en la pregunta era cosa de muy poca monta; y, según lo que oyeron á otro en otra ocasión, no es de maravillar el que de esto no hubiesen hecho caso, y tuviesen por cosa de poca importancia saber quién había hecho el primer árbol de aquella especie, ni aun quién había sido el autor de lo criado, por donde podían venir en conocimiento de lo que les importaba para la salvación de su alma, teniendo aún esto, como tienen, por cosa de poca importancia, como lo manifiesta este caso.

Había un bonzo que por una disputa de sus disparatadas sectas en que salió vencedor, había quedado con gran fama de letrado, y por eso siempre que predicaba, tenía gran concurso de oyentes, más que ningún predicador de cuantos había en Meaco de los aquella secta. Estaba éste una vez predicando y oyeron los religiosos que tratando de la salvación, la explicó con una donosa y disparatada comparación, diciendo, que así como en una noche oscura el que va rondando por la calle, viendo un bulto, tiene temor y se sobresalta; pero que venciéndole con ánimo, llega y ve lo que es, y hallando que es algún ramo á montón de cañas, se sosiega y aquieta, de esta manera, dijo el bonzo, es el negocio de la salvación: en sólo oirle y ponernos á considerar en él nos atemoriza y espanta, y venido á saber lo que es, tanto como nonada, más es ruido que otra cosa. Los que ya son

muertos, ni hablan, ni nos dicen cosa de ésto, y es porque ya saben lo que es, y así no tienen miedo, ni les da cuidado. Nosotros que no lo sabemos, nos espantamos y atemorizamos, y nos quebramos las cabezas sobre lo que bien mirado no hay porque hacer caso. Habían mandado los religiosos á dos dóxicos que fuesen á oir el sermón y les diesen razón de lo que predicaba aquel bonzo tan letrado, por si ellos no pudiesen oirle, y al oir tantos disparates como decía, no pudiendo contenerse, dieron en soltar la risa, como haciendo burla; y advirtiendo en ello el bonzo, concluyó el sermón con decir que en cada secta había su salvación; que él proponía la que tenía por más verdadera.

Por demasiado letrado quería desvanecer este bonzo lo que es común entre ellos de que hay salvación, y que se debe buscar como cosa de mucha importancia, como ya hemos dicho en otras partes. Su fin era aquietar las conciencias de sus feligreses, y este es el intento de todos los bonzos; y para jamás lo acaban de conseguir, por más que se desvelan en inventar nuevos disparates. Porque como los japones son hombres de buen entendimiento, la misma razón natural les dice cómo hay otra vida, y en ella premio para la buenos y castigo para los malos, y quisieran huir de éste y buscar aquél; y como andan tan fuera del verdadero camino, andan inquietos y desazonados, estimulados de su propia conciencia, y de aquí nace andar tan varios los bonzos acerca del punto de la salvación, inventando cada día nuevos modos de explicarle, no para dársele á conocer según él es, sino para engañarlos mejor y hacerlos insensibles á los remordimientos interiores, y que no sientan su daño y perdición, para ganar por aquí opinión y crédito; porque el que mejor les supiese aquietar ó engañar en su miserable modo de vivir, ese será más estimado de ellos.

Esto pretendieron unos bonzos mientras estuvieron allí nuestros religiosos, que con licencia del dairi (que es la suprema dignidad de Japón) fundaron una nueva secta, apartándose á un lugar solitario, á donde iban á comunicar los gentiles, á quien aconsejaban (remedando á los ministros evangélicos) que no pecasen en algunos preceptos que ellos les señalaban, muy conformes á la ley natural. Pero la lástima era que ellos no las guardaban, y en especial pecados nefandos, que se los tragaban como agua.

Teniendo noticia el Santo Fr. Pedro Bautista de esta diabólica congregación, envió como por delante á un cristiano llamado Francisco, para que les dijese que si trataban vivir según razón y como Dios manda, que mirasen que faltaban en tales y tales cosas; que aunque en una fuesen muy perfectos, no importaba nada, no cumpliendo con las demás, para irse al infierno y todos los demás que los siguiesen.

De la respuesta que dieron al cristiano se concibieron algunas esperanzas de que, siendo instruídos, conocerían su engaño. Para esto volvió á enviar el Santo Fr. Pedro al mismo cristiano y á dos de sus religiosos, que eran los Santos Fr. Gonzalo García y Fr. Francisco de la Parrilla, los cuales, aunque fueron bien recibidos y agasajados de los bonzos, al ponerles el camino verdadero de la salvación y quererles disuadir de sus abominaciones y pecados, no hicieron mucho caso, y á todo lo que les decían, procuraban divertir la plática. Con esto conocieron los religiosos que en la nueva secta que habían inventado no pretendían salvarse ni enseñar á sus feligreses el camino de la verdadera salvación, sino es engañarlos y hacerse entre ellos más estimados.

Otra vez en la ciudad de Osaca, yendo Fr. Marcelo y el Santo Fr. Francisco de la Parrilla con el Santo mártir León á ver un templo de ídolos, que era recién edificado, salieron casi, todos los bonzos á verlos, por ser la primera vez que veían frailes de San Francisco en aquella Ciudad, y después de haber mirado la traza y disposición del templo, el principal de los bonzos los llevó á su aposento con grandes muestras de cariño, y en entrando, les mandó que se sentasen junto á él, á su modo, que es como el de las mujeres, y estando parlando, les tocaba el manto y hábito, y extrañando la aspereza del vestido, hacía notables demostraciones de asombro y admiración. En gran rato no hizo otra cosa sino tocar la ropa y admirarse, y en el discurso de la plática hacía lo mismo de cuando en cuando, hasta que el Santo Fr. Francisco le preguntó que á quién adoraban en aquella varela ó templo. Él respondió, haciendo una gran reverencia, que al gran fotoque Amida, sobre lo cual tomóle la mano Fr. Marcelo, y le dió á entender con brevedad su engaño, y de una razón en otra vinieron á tan buen punto, que el Santo Fr. Francisco no pudiendo contenerse, llevado del celo de la honra de Dios, le dijo con grande fervor y espíritu: *Dígame, ¿para qué adoran á un hombre que es ya tizón de infierno?* A lo cual no mostró el bonzo sentimimiento alguno, antes haciendo para tras cierto movimiento con todo el brazo, dió á entender como que no se le daba nada, y dijo á Fr. Francisco que tampoco tuviese pasadumbre por aquello; y le convidó con el *tcha* (que es una bebida de las más regaladas que ellos usan), como acá solemos decir, para que templase la cólera, sin querer responder á derechas á cuanto se le proponía para la salvación de su alma.

Y como vieron que allí no se ganaba nada, se fueron y despidieron amigablemente, agradeciéndole la buena voluntad que les había mostrado, y entonces los dijo el Santo mártir Léon: "Padres, excusada cosa es decir cosas tocantes á la salvación á estos bonzos, porque

como ellos se tienen por discretos y sabios y piensan que nosotros vamos muy errados, no hacen caso de lo que los decimos, como lo han visto VV. P. P.: con éstos no hay más que callar y obrar." Decíalo, porque las palabras las barajaban fácilmente y las obras no, sino que se sacasen los ojos. Con el conocimiento que el Santo mártir León tenía de ellos, sabía que no había otro más eficaz remedio para desengañarlos que una vida bien concertada; y así lo experimentaron los religiosos, pues por ser tal la suya, vinieron algunos bonzos en conocimiento de la verdad y se bautizaron, de que ya se han contado algunos casos

CAPÍTULO XXVII.

DE LA MUCHA DEVOCIÓN QUE TENÍAN LOS JAPONES CON NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO Y SU RELIGIÓN.

NOTORIA es la gran devoción y cordialísimo afecto que hay en toda la cristiandad á Nuestro Padre San Francisco, de donde nace el que todos tienen á su Religión y á cada uno de sus hijos. No tuvo otro patrimonio que dejarnos en esta vida, ni nos le pudo merecer mejor, que sin duda se le concedió Nuestro Señor como en retorno de la perfecta renunciación que hizo de cuanto hay en el mundo, y sus hijos profesan, que á nuestro modo de entender fué como si le dijera: "Francisco, porque tú y tus hijos profesáis no tener cosa en este mundo, Yo quiero que tengáis lo más precioso y acendrado de él, que son las voluntades y corazones de todos". Y en esto parece que se funda aquella promesa que le hizo Nuestro Señor, que de un solo pan que hubiese en el mundo, sería la mitad de su Religión. Porque, aunque en tal caso la necesidad sería mucha, y todos le habrían menester, como el vivir, con todo eso, no le habían de escasear ni negarles la parte que les tocaba, ni menos habría dificultad en cumplirse la promesa, aun en lo natural; porque sino la hay para darles el corazón, que es lo acendrado del alma, ¿cómo la había de haber para concederles el pan, que sólo es necesario para el vivir? En faltando el amor, aun lo excusado y superfluo hace falta y se niega; pero si le hay, aun lo preciso sobra, y ninguna cosa hace falta de lo que se da.

Por lo dicho se puede conocer cuan grande sería el afecto y devoción que los japones tendrían á Nuestro Padre San Francisco y á su Religión, pues por donde la comenzaron á conocer fué por su

pobreza suma y desprecio grande de las cosas del mundo que profesa; porque, si de aquí nace el amor y cariño, no es mucho que en ellos, fuese muy fino, y que aun antes de verla y conocerla, con solas estas noticias, la deseasen en sus tierras y la enviasen á llamar, como lo hicieron, con finas muestras de su cordial amor. Para prueba de esto, pondremos aquí una cláusula de una carta, que ya esta puesta en otra parte, en que también dicen los japones (que son los que la escriben) quién fué el que les dió noticia de Nuestra Sagrada Religión. La cláusula es como sigue:

"Decimos los cristianos de Amanguchi, que somos trece ó catorce mil, á quien en tiempos pasados bautizó el P. Francisco Javier de la Compañía de Jesús... Por haber sabido que en la de Manila y Filipinas hay muchos frailes, acordamos de enviarlos á pedir, y que sean de los Franciscos; porque según lo que acá entendemos de ellos, si viniesen al Japón, se convertirían inumerables gentes, viendo el estado tan perfecto y su modo de vivir tan semejante al de los Apóstoles, según que muchas veces lo oimos predicar á nuestro buen Padre Javier. Y no ha sido sola esta vez la que hemos enviado por ellos, y, sin nosotros, muchos los piden, y diversas veces han enviado por ellos.

Bien se muestra aquí la devoción que tenían los japones á Nuestra Sagrada Religión, aun antes de verla y la razón porqué. Pues ¿que sería cuando lo viesen tan conforme en su práctica de vida con lo que habían oído decir al glorioso P. San Francisco Javier? ¿Qué de que viesen aquellos admirables ejemplos del desprecio de la gloria mundana, de profunda humildad y suma pobreza, que les dió San Pedro Bautista y sus compañeros desde el primer día que pusieron los pies en el Japón? Verdaderamente que aunque más lo queramos encarecer, no hemos de ponderar bastantemente su devoción con las noticias que hacía dado San Francisco Javier. Desearon muchísimas veces ver la efigie de N. S. P. S. Francisco, y de hecho la vieron; pero, como ellos decían, no habían visto más que la pintura, hasta que le vieron retratado al vivo en sus hijos, y entonces creyeron aquel portento de la gracia de ser él en la tierra perfecta imagen de Cristo en las señales de las llagas y en la imitación de la vida.

No había otra cosa que más gusto les diese que oir su vida y virtudes, las cuales veneraban y reverenciaban en sus hijos, como perfectos imitadores de su Padre. De aquí nacía aquella grande estima que todos hacían de sus palabras, y cuanto en ellos veían, venerándolos como si en cada religioso vieran un San Francisco. Por virtuosos y devotos que fuesen, con verdadera humildad, se tenían por indignos de ponerse en su presencia; porque, junta una virtud con

otra, les parecía que la suya era muy inferior y aun defectuosa. Pero no por eso se retiraban de hablarlos y comunicarlos, antes el exceso y ventaja que en ellos reconocían, era un vehemente atractivo para no apartarse de su compañía, deseando imitarlos, y á su imitación, hacerse más perfectos. No es ponderación nada de esto, porque había japones, así hombres como mujeres, tan virtuoso y perfectos, que si admiraban y agraduaban de grande la virtud de los religiosos, bien así como quien bien la conocía, no lo hacían menos los religiosos con ellos, que, según ponderan en sus cartas, nunca creyeran en gente recién convertida ver ni oir virtud tan sólida y maciza.

Pero hablando comúnmente, todos los japones, por la mayor parte, eran devotos y notablemente afectos á los religiosos; porque aunque no todos graduaban igualmente su virtud, que es la que con más fuerza les podía obligar, pero el exterior era tal, que cada cual les procuraba hacer lugar, y ellos le tenían en sus corazones. Llevados de este cordial afecto, iban á visitarlos muchas veces, y les ofrecían limosna de lo que tenían y los religiosos necesitaban, y les rogaban que fuesen á sus casas. Ellos lo hacían, particularmente cuando estaban enfermos, ó se les ofrecía algún negocio grave y de caridad, en el cual les consultaban, y pedían consejo como á sus maestros y padres espirituales.

Cuando entraban en cualquiera casa de estas, era cosa de admiración las demostraciones de alegría y devoción que había en ella. Desde el mayor al menor se ponía de rodillas, al entrar los religiosos por la puerta, para besarlos la mano y el hábito, y luego se les estaban mirando sin hartarse de verlos, y les convidaban con los mayores regalos que tenían y ellos usan en semejantes visitas. Al despedirse todos los moradores de la casa se volvían á poner de rodillas para que les echasen la bendición, y si había algún enfermo, pedía que le dijesen los Evangelios; y hasta que salían la puerta fuera, no dejaban de besarlos el hábito, y de encargarlos con muchas súplicas el que no dejasen de volver lo más presto que pudiesen.

Los niños eran los que más los regocijaban, y los que las más de las veces hacían llorar á los religiosos, viendo en su tierna edad un amor y devoción tan grande. Comúnmente ellos eran los primeros que salían á recibir á los religiosos, y los que daban aviso á toda la casa de que ellos venían; porque si desde la calle ó de otra cualquiera parte donde estaban jugando, por ventura los divisaban, al instante dejaban sus juegos pueriles é iban á dar cuenta á su padre ó la madre, y luego volvían á encontrarse con ellos, y hasta que los metían en casa, no los dejaban. Y si había muchos en la casa, de ordinario á la entrada ó salida de los religiosos había pleitos entre ellos, ó sobre quién les

vió primero, ó sobre quién besó más veces el hábito; y algunas véces hacían jueces á los religiosos, y no todas veces podían componerlos, porque como cada uno quería exceder al otro en su tierno afecto, era preciso que alguno quedase llorando. Aunque en sí son estas parvuleces, no se escriben por lo que son, sino por el argumento que se hace de lo que es y ha sido siempre esta Nación: ahora escribimos competencias de niños, en otra ocasión escribiremos de su constancia y fortaleza en la Fe, que ha excedido á la de muchos varones, de que se contarán muchos casos en el discurso de esta historia; y si ésto es argumento en su fervor, no lo son menos aquéllas de su devoción, que es de la que tratamos en este capítulo.

Cuando los religiosos iban por los caminos, salían los cristianos á recibirlos una ó dos leguas antes que llegasen á los pueblos, y otras veces más ó menos, conforme á las noticias que de ello tenían, ó el tiempo les permitía. Y si estaban trabajando en el campo y les veían pasar, aunque estuviesen lejos, les iban á besar el hábito y tomar la bendición, y luego se ofrecían á irlos acompañando hasta el pueblo ó ciudad á donde iban á parar. En teniendo noticia de su venida, los cristianos de los pueblos circunvecinos venían también á visitarlos y les traían algunas frutas y pescado y de lo demás que ellos comen, y, con una emulación santa, envidiaban la dicha de aquel pueblo donde estaban, y más la del cristiano que los hospedaba, en tener tales huéspedes en su casa. Y lo mismo sucedía con todos los cristianos de aquel pueblo, los cuales se avisaban unos á otros y les llevaban los hijos para que les tomasen la bendición, y cada uno contribuía con lo que podía para que los Padres fuesen bien regalados y no les faltase lo necesario mientras estuviesen allí. En fin, cuanto se puede decir y ponderar en esta materia, tanto hallaron y experimetaron los religiosos entre los japones, así cristianos como gentiles, así ricos como pobres, así caballeros como plebeyos, y finalmente, en todos de cualquier estado ó condición que fuesen.

Porque aunque había algunos señores cristianos que por miedo del tirano ó por perder sus estados y haciendas y los oficios que tenían en palacio no podían todas veces como ellos quisieran mostrar su afecto y devoción, ni se atrevían visitar á los religiosos, ni comunicar con ellos, pero cuando se veían á solas y sin testigos, salía como de represa el cordial afecto que les tenían, besándoles muchas veces el hábito y, si los religiosos les dieran permiso, también les besaran los pies, como lo daban á entender en las lágrimas con que lo pedían y la mucha humildad con que se postraban ante ellos, pidiéndoles su bendición. Dábanles las gracias por su ejemplar modo de vivir, como que él era eficacísimo medio para el aumento y con-

servación de aquella cristiandad, que, al fin, "Padres, decían algunos, eso es poner por obra lo que vuestras Paternidades y otros Padres predican". Otros había notablemente fervorosos y devotos de los religiosos, que pospuesto el temor que todos tenían del tirano, no se les daba nada el que se entendiese que ellos favorecían á los cristianos, y especialmente á los Padres, y que los hospedaban y agasajaban.

Entre éstos se señalaron el capitán D. Justo y su venerable padre llamado Darío, en quien se veían la fe y caridad de un Abrahán, juntas con una profunda humildad, que mostraba bien en la constancia con que vencía la osadía del tirano, y en el amor con que amparaba y defendía á los cristianos, siendo su padre y protector, y en la reverencia que tenía á los ministros del Evangelio, la cual era en tanto grado, que cuando iban nuestros religiosos á su casa, acariciándoles más que si fuera su propio padre, no se atrevía á sentar á la mesa á comer con ellos; y aunque se lo rogaron muchísimas veces, no fué posible acabarlo con él. Y lo que es admirable, él propio les servía á la mesa, estando en pie, como si fuera su esclavo, que á no estar aquellos santos religiosos tan fundados en humildad (la cual, por grandes que fuesen los agasajos y honras que les hiciesen, no les permitía salir del centro de la nada, ni que necesitasen de otra para su corrección), sin duda que les confundieran tan notables ejemplos de humildad como veían en aquel venerable viejo. Pero moviánse á loar á N. S., viendo tan humilde á la nobleza más calificada, y hecha niña, por humildad, la senectud más anciana y venerable.

Era este buen viejo de los señores más principales y poderosos del Reino, y porque siendo requirido del Emperador que dejase la Ley de los cristianos y se volviese á la antigua idolatría, no le quiso obedecer, le quitó sus estados y el título de señor y grande del Reino, y lo mismo hizo con D. Justo su hijo, que era señor de más de ochenta mil vasallos, dejándolos en suma pobreza (considerada su nobleza y calidad); pero muy consolados en padecer por Cristo y por la perfecta guarda de su santa Ley. Por esto parece que tenían particular consuelo en comunicar con los religiosos, procurando imitarlos en el poco aprecio que hacían de los bienes de este mundo, y en la alegría grande que mostraban cuando estaban más necesitados y pobres. Con pobres se consolaban y animaban, con aquella firme esperanza que tenían en Dios de que por aquella mengua que por su amor padecían en esta vida de los bienes temporales, les había de enriquecer en la otra con muy crecido aumento de los celestiales. Sobre esto tenían largas pláticas, de donde resultaba

el quedar unos y otros más fervorosos y devotos, y todos muy edificados de los religiosos.

Tenía también notable consuelo el devoto Darío en que dijesen Misa en su casa, para lo cual tenía preparado un oratorio muy decente, en el cual convocaba á todos los cristianos que podía, para que todos participasen del bien que Dios le había traído á su casa. Correspondían los religiosos muy prontos á su devoción, y á la de todos los cristianos que allí se juntaban, en especial de noche, por ser la hora más acomodada, predicándoles ó leyéndoles la vida de un Santo por un *Flos Sanctorum* que había traducido en lengua japona, y después de esto hacían todos la disciplina, rezaban el rosario ó corona de Nuestra Señora y otros ejercicios devotos en que solían gastar hasta media noche. Muchos no se querían ir á sus casas hasta que los religiosos hubiesen acabado de rezar maitines, que lo hacían siempre aquella hora, aunque fuesen gentiles los amos de la casa en que estaban hospedades.

El D. Justo tenía cerca de Meaco unas casas de campo, que era lo más tenue de sus estados en tiempos pasados, y ya no tenía otra cosa de más importancia para poder pasar la vida decentemente, á que tenía dado orden que en pasando algún religioso de San Francisco, le hiciesen todo agasajo y regalo, así como él hacía cuando se hallaba allí, que no era inferior al que de su padre recibían los religiosos cuando iban á su casa, según ya hemos contado. Otros señores habían dado el mismo orden en los pueblos de sus estados por donde era ordinario el pasar los religiosos cuando iban ó venían de Sacay y Osaca para Meaco.

En la ciudad de Sacay había otro señor principal llamado D. Agustín, el cual recogía también á los religiosos en su casa, al modo de los hermanos que Nuestra Sagrada Religión suele tener en España, donde hacían los mismos ejercicios que en casa del venerable Darío, y adonde acudían los cristianos á oír Misa y sermón, y á todo lo demás que era de edificación y devoción. Sucedió que una vez, siendo requirido de otro señor principal gentil, nada amigo suyo, que echase de allí á los religiosos, ó que no permitiese que en su casa dijesen Misa, que, donde no, se había de quejar de él ante el Emparador, respondió, que hiciese lo que quisiese, que él no temía el daño que por aquel camino le pudiese venir; que él era cristiano y se preciaba de cristiano, y, en cuanto pudiese, había de favorecer á los cristianos y en especial aquellos Padres; que por ser sumamente pobres, los recogía en su casa, y que si decían Misa, no era contra la voluntad del Emperador, ni menos el que bautizasen y hiciesen cristianos á los pobres; que á él le constaba cómo el Emperador había

dicho que no se le daba nada. Enojóse con esto más el gentil, y recelándose los religiosos que por la enemistad que había entre los dos no dijese algo al Emperador, fuera de toda verdad, como ellos lo suelen hacer, porque esto y mucho más les permiten sus diabólicas leyes, se convinieron con el D. Agustín en dejar su casa é irse á otra parte; y aunque él estaba siempre en hacer rostro á la maliciosa intención del gentil, á persuasión de los religiosos, hubo de convenir en lo que él sentía harta dificultad por ser muy de corazón su devoción.

Tuvo noticia de esto un fervoroso cristiano, y antes que los religiosos saliesen de casa de D. Agustín, les fué á ofrecer la suya y cuanto hubiese en ella á su servicio. Y diciéndole los religiosos que ya estaban de partida para el pueblo que estaba de allí cerca, no fué posible convenir en ello, sino que habían de ir á su casa y estar en ella algunos días; que él sabía que algunos cristianos deseaban oir Misa y confesarse, que ya había mucho tiempo que no lo hacían. Con esto se despidieron de D. Agustín, y dijeron al cristiano que los guiase para su casa. No es creible el contento que él recibió de que vió la determinación de los religiosos, y así lo manifestaba, yendo por aquellas calles tan ufano con sus huéspedes, que iba como haciendo burla de los gentiles que de una cera y otra salían á mirarle; y decía: "Digánselo al Emperador, que no se me da nada de todas sus crueldades; que lo que yo deseo es ofrecer mi vida y la de mi mujer y hijos por la Fe de Nuestro Señor Jesucristo y por los frailes de San Francisco".

La osadía santa de este fervoroso cristiano desterró el miedo que algunos cristianos tenían al Emperador y á sus ministros, y de allí adelante andaban con más libertad de espíritu; y mientras allí estuvieron los religiosos, acudían de día y de noche á oir Misa y confesarse y hacer la disciplina y rezar el rosario y á otros ejercicios cristianos, con mucha devoción y consuelo de sus almas. Tuviéronle también muy grande los religiosos en haberse reconciliado con la Iglesia algunos cristianos que en la persecución pasada habían apostatado, confesándose con dolor, compunción y lágrimas, y haciendo penitencia de su pecado. Uno en particular, que era de los más principales y había veinte años que se había bautizado cuando faltó á la Fe, fué tan pública la satisfacción que hizo, que quedaron los cristianos mucho más edificados que habían sido antes escandalizados. Hizo también que toda su familla se convirtiese, y que los que no eran cristianos, se bautizasen, como lo hicieron, y también los criados del cristiano que los tenía en casa, que aunque más él se lo había rogado, no había sido posible hasta que vieron y oyeron predicar á los religiosos, que luego sin dificultad alguna se bautizaron.

En esto gastaron el tiempo los religiosos mientras estuvieron en aquella casa, y cuando ellos entendieron que no estarían en ella más que un día y cuando más dos por corresponder á la devoción de aquel cristiano, fué tanto lo que hubo que hacer en confortar y consolar á los cristianos, catequizar y bautizar á los gentiles, que se estuvieron más de ocho días; y se hubieran estado más, si otras necesidades más precisas de sus prójimos no les hubieran sacado de allí, que, según eran las que los cristianos padecían en aquel tiempo, aunque fueran doscientos los ministros, si hubieran de acudir á todas con la puntualidad que ellas pedían, tuvieran bien que hacer, y aun no sé si habían de poder.

También es buena prueba de la mucha devoción que los cristianos tenían con los religiosos, la estima que hacían de cualquiera cosa que les daban; y aunque se la diese otro, como ellos supiesen que por algún tiempo había estado á su uso, aunque no fuese más que un pedacito de hábito, lo guardaban como por reliquia, y al recibirle en sus manos, mil veces lo besaban, y otras tantas la ponían sobre su cabeza; y había algunos tan extremados en esto, que aunque no fuese más que con hilo ó pedacito de los que se deshilaban de las fimbrias de los hábitos de los religiosos, quedaban muy consolados. ¡Pues, que si les daban alguna cuenta de perdón, medalla ó rosario, que no sabían á donde guardarlo, estimándolo en más que si les hubieran dado un rico tesoro.! Los que más se señalaban en esto, como en todo, eran el venerable Darío y su hijo D. Justo, de quien ya hicimos mención, y el caballero de Cristo, Cosme Joya, y el hermano Diego de Sacay, que de allí venía á visitar á los religiosos á Meaco, y otros que con particularidad eran devotos, los cuales, en entrando en el convento, todo cuanto hallaban á mal recado del uso de los religiosos y en especial platos ó escudillas, se las llevaban á su casa para servirse de ellos, no obstante de ser de palo, de las que usan los pobres del Japón; y ellos les enviaban también las más preciosas que tenían, ó les mandaban comprar cien platos ó escudillas por una de las que por devoción habían llevado. Enviábanles también algunas festividades la comida de sus casas, platos, escudillas, jarros y lo demás que era necesario para el servicio del refectorio, y por muchos ruegos alcanzaban de ellos el que aquel día usasen de aquella loza, y en volviéndola á sus casas, no usaban de otra hasta que aquella se acabase, teniendo en ello particular gusto y consuelo, por saber que en aquellos platos y escudillas habían comido los religiosos.

Otras veces se concertaban el D. Justo y Cosme Joya de ir á comer con los religiosos en el refectorio, para lo cual nunca les prevenían, porque no les diesen otra cosa más que de lo que ellos comían; y

hubo vez que estuvieron aguardando que acabasen los religiosos, por comer sus sobras; porque para ellos no había plato más regalado que el que en alguna manera había servido á los religiosos ó sido tocado de sus manos. Conócese ésto en que cuando comían con ellos, al levantar de las mesas, iban recogiendo cuanto había sobrado y se lo llevaban á sus casas; y como por reliquia, lo iban repartiendo entre sus mujeres é hijos, y por tal lo recibían y comían ellos; y por pobre y mal sazonada que fuese la comida, era para ellos muy rica y regalada.

Otros muchos casos pudiera traer de edificación, en que se manifiesta la devoción grande que comúnmente tenían los japones á N. S. P. S. Francisco y su Religión, que ciertamente era para loar á Nuestro Señor el que en tierras tan remotas y en cristianos tan nuevos les obligase hacer tales demostraciones, que aun en lo más acendrado de la cristiandad y más finos devotos fueran dignas de loa y aun admiración. Muy bien se lo pagó Nuestro Señor, á que sin duda ayudaría mucho N. P. S. Francisco, en aquel cristiano celo en que siempre les conservó, siendo los padres y protectores de aquella cristiandad, y los que con palabras y obras la favorecieron, hasta que finalmente fueron desterrados por la Fe, y algunos de ellos á estas Islas, donde vivieron y murieron honrados y venerados de toda esta cristiandad, dejando en ella mucha loa de su fervoroso celo, constante Fe y grande santidad.

El buen Darío murió en Meaco á los dos años de la entrada en aquella Ciudad de nuestros religiosos, los cuales le asistieron con notable amor y cariño todo el tiempo que duró la enfermedad, y con no pequeño consuelo del enfermo en hallarse en aquella ocasión acompañado de religiosos de San Francisco de quien él había sido tan devoto y por él otros muchos. Los cuales le decían, y en especial su hijo D. Justo, que también le asistía, que aquel era beneficio que Nuestro Señor le hacía por los méritos de N. S. P. S. Francisco, porque hasta allí él era el único á quien fuera de los hospitales habían ayudado á bien morir religiosos de San Francisco. Después lo hicieron con otros que eran también muy devotos, pero muy pocas veces, porque era mucho el peligro á que se ponían, por no tener licencia sino para con los pobres, los cuales, aunque estuviesen en sus casas, en apretándoles la enfermedad, pedían que les llevasen al hospital, donde eran asistidos de los religiosos hasta que morían.

Para remate de este capítulo referiré lo que era común en todo el Japón acerca de la devoción de N. S. P. S. Francisco y sus hijos, aun en las partes y reinos á donde nunca estuvieron ni los vieron, y era, el que todos, por la mayor parte, traían el cordón de N. S. P. San

Francisco, y las mujeres traían también el escapulario de Santa Clara, y de cien leguas y más los enviaban á bendecir; y eran tantos los que todos los días se bendicían, que algunos veces se llevaban dos y tres costales de ellos, y luego se repartían conforme al sobrescrito que traían, que era el nombre de su dueño y del reino ó ciudad donde era.

CAPÍTULO XXVIII.

DE ALGUNOS PARTICULARES BENEFICIOS QUE NUESTRO SEÑOR HIZO Á ALGUNOS DEVOTOS JAPONES POR LOS MÉRITOS DE N. S. P. S. FRANCISCO.

DICHO se está que siendo tan grande la devoción que los japones tenían á N. S. P. S. Francisco, y su Religión, no podían menos de experimentar su acostumbrada protección é intercesión (de que el mundo con larga experiencia se ve tan favorecido) siempre que le invocasen en su favor y ayuda. Así lo entendían ellos, y en esta suposición le invocaban muy á menudo, teniendo por cierto su auxilio y socorro maravilloso en las necesidades que se les ofrecían y peligros en que se veían, como de hecho sucedía con patentes prodigios y milagros en bien de sus cuerpos y almás. Referiremos de unos y otros algunos casos, dejando otros menos notables ó no tan averiguados.

Y sea el primero que queriendo un gentil principal degollar á un criado suyo, cristiano y muy devoto de N. S. P. S. Francisco, por cierto delito que falsamente le imputaban, y teniéndole encerrado en un aposento para ejecutar el castigo, el afligido cristiano se acordó entonces de su devoto, y, cierto de su inocencia, le pidió su auxilio y ayuda con grande confianza, la cual experimentó luego; aunque por entonces no supo él cómo ó de qué manera había sucedido. Porque estando su amo en su cuarto solo y algo pensativo sobre el delito que él entendía había cometido su criado, entró un traile, y con notable imperio le mandó que no matase á su criado, que le soltase, diciéndole como estaba inocente en aquel delito que falsamente le imponían. El gentil sintió en el mandato superior fuerza á que de ninguna manera pudo resistir, y sin averiguar si

aquello era así, conforme le habían dicho, mandó soltar al criado y que le dijesen que ya quedaba perdonado, sin decirle más por entonces.

Pasados algunos días, se declaró la verdad de que el criado estaba inocente y no tenía culpa en lo que le imputaban, y llamándole aparte, le preguntó que desde cuando tenía amistad con los frailes de San Francisco. Él respondió, que desde que les vió la primera vez; y que desde entonces había hablado algunas veces con ellos, y en especial con Fr. Gonzalo, con quien se entendía mejor, por hablar bien la lengua japona; pero que con todos tenía devoción por ser frailes de S. Francisco. Contóle entonces el amo lo que había pasado, y entendiendo él que su conocido Fr. Gonzalo era el que le había librado de tan manifiesto peligro, le fué á dar las gracias por tan singular beneficio. Informóse muy bien Fr. Gonzalo de todas las circunstancias del caso y entendió ser milagro de N. S. P. S. Francisco, y así se lo dió á entender al cristiano; y para afirmarle más en ello, le dijo, cómo ni conocía á su amo ni sabía á su casa, ni á la hora que sucedió podía él hallarse allí, y otras circunstancias por donde él pudiese conocer que él no había sido su bienhechor, sino N. P. S. Francisco á quien invocó en el peligro y de quien era devoto; y así, que á él era á quien debía dar las gracias y no á otro. Y por otras circunstancias que después le dijo su amo, las cuales se comprobaron todas, conoció ser así, reconociéndose de allí adelante nuevamente obligado á N. S. P. S. Francisco, y siéndole cada día más afecto y devoto.

No fué menos maravilloso otro caso que sucedió con el caballero de Cristo Cosme Joya, el cual le tenía él muy en la memoria, y como tan devoto de N. Padre, persuadía á todos el que lo fuesen también y á su Religión, contando las muchas mercedes y beneficios que le había hecho Nuestro Señor por esto, y en especial en esta ocasión que diremos ahora, en que le libró de la muerte, estando en peligro manifiesto de ella, y fué de esta manera: En el capítulo veinte y seis dijimos como el emperador Taicosama, como tan cruel y tirano, no contento con mandar matar á su sobrino Cabucondono, mandó también matar á sus mujeres, hijos y criados, y aun á todos los que dentro de su palacio tenían oficios. Era su secretario el devoto Cosme Joya y uno de los principales caballeros y amigos suyos que tenía en su servicio, y viendo que á todos iban quitándoles las haciendas y con ellas la vida, aguardaba cada día la muerte, con bien pocas esperanzas de escapar de las manos del tirano, particularmente después que prendieron y cortaron la cabeza á un pariente suyo que tenía menos dependencia con Cabucondono, y

menos cuentas que dar de su hacienda, entendiendo que así como aquél no había escapado, menos se escaparía él, mayormente siendo cristiano y tan dentro del palacio de Cabucondono, que era su secretario y amigo, y teniendo muchas cuentas que dar; porque él era casi archivo de todos los papeles de sus rentas, estados y mayorazgos, y de los dineros que otros podían tener á su cargo. En fin, tantas eran las circunstancias que apretaban, que, conocida la crueldad del tirano y las que ya iba ejecutando, desterrando y quitando las haciendas á unos, y á otros la vida, lo que menos podía esperar, ya que no le quitasen la vida, el que le quitasen la hacienda y le desterrasen del Reino, donde en muchos años no pudiese ver á su mujer y hijos, en que no fuera menor el dolor y sentimiento, que el que le podía ocasionar el riguroso golpe de la muerte.

Creciendo, pues, el temor con las circunstancias que hemos dicho, acordó de encomendarse muy de veras á N. S. P. S. Francisco, implorando su auxilio en aquella necesidad y aprieto, encargándoselo también á los religiosos, para lo cual iba él al convento y les daba cuenta del trabajoso estado en que estaban las cosas. Luego se iba á la iglesia, y delante de un colateral en que estaba N. S. P. San Francisco, se postraba con corazón humilde y confiado, y le decía: "Ahora es tiempo, Padre mío San Francisco, ahora es tiempo de que me socorráis, pues soy tan siervo vuestro y de vuestros hijos; y ya que no sea por mí, hacedlo por ellos, que también os lo ruegan.

En fin, pasáronse algunos días con estos temores y recelos, confiado siempre en la intercesión de N. S. P. S. Francisco y en las oraciones de sus hijos los religiosos. Y sin saber cómo, andando los ministros del Rey muy solícitos y cuidadosos buscando á los criados de Cabucondono su sobrino para matarlos y pedirles cuenta de la hacienda que tenían á su cargo, para jamás buscaron á Cosme Joya ni se acordaron de él, habiendo de ser el primero, á lo que se entendía, con quien encontrasen, por ser el más conocido y saber que tenía cantidad de dineros á su cargo, y los papeles de los que podían tener otros. Pasándose aquel riguroso golpe y cruel mandato del Rey, cuando ya entendían que no había memorias en el mundo de Cabucondono, muy pacíficamente le pidieron los dineros y papeles que tenía en su poder, y él los entregó al instante, como si los entregara á su amo, y no hubiera sucedido cosa alguna.

Asegurado ya del peligro, levantó las manos al Cielo, dando muchas gracias á Nuestro Señor y á su devoto S Francisco, mediante el cual, entendía, había sido libre de aquella aflicción y aprieto, y, por tanto, se le mostraba de allí adelante, nuevamente agradecido, y á sus hijos los religiosos, á quien también dió parte al instante

de lo que había pasado, yendo él en persona al convento y quedándose en él por algunos días, los cuales gastó en novenas y otros ejercicios devotos, no sabiendo cómo explicar su alegría y contento, ni cómo agradecer el beneficio que Nuestro Señor le había hecho.

Otro fervoroso cristiano, habiéndose ofrecido á trabajar de limosna en la obra del convento de Nuestra Señora de los Ángeles de Meaco por el mucho afecto y devoción que tenía á N. S. P. S. Francisco y á sus religiosos, estando trabajando, sin saber cómo, cayó de lo más alto de la obra; y con haber dado entre piedras y maderas, cuando todos entendieron que se había estrellado y hecho una tortilla, se levantó sano, bueno y sin lesión alguna, por los méritos de N. S. P. San Francisco, á quien se encomendó en su aprieto, y por cuya devoción trabajaba en aquella obra.

Una mujer llamada María, viéndose fatigada de un celoso pensamiento, imaginando que su marido no le guardaba lealtad, encomendándose muy de veras á N. S. P. S. Francisco, de quien también su marido era muy devoto, una noche, estando llorando su desconsuelo, se le apareció en forma de una venerable persona que, como consolándola y volviendo por su marido, la dijo, que no tuviese celos de él, porque era muy buen cristiano y muy honesto, y que más bien que ella pensaba le guardaba lealtad. Con esto se aquietó y, arrepentida, pidió perdón á su marido de aquel mal pensamiento; aunque deliberadamente no sabía que le hubiese de todo punto admitido; y entendiendo ambos que por medio de su devoto San Francisco habían recibido este aviso, le daban muchas gracias y hacían gran caridad á sus hijos los religiosos.

Había en Meaco una vieja gentil de más de ochenta años, los cuales, todos, miserablemente había gastado en la adoración de sus dioses, y era tan celosa de su honra, que porque una sobrina suya se había apartado de ellos y convertido al verdadero Dios, haciéndose cristiana, la reñía y aporreaba todas las noches y días, y la amenazaba que la había de echar de casa. La sobrina, grandemente desconsolada, acudió á su devoto San Francisco, que la remediase en aquella aflicción, porque no sabía que medio se tomar para quitar á su tía aquel enojo, y que la dejase de reñir y maltratar. Hallóle muy bueno en Nuestro Señor por su devoción y cordial afecto á N. S. P. S. Francisco y mediante su intercesión; porque apareciéndosele una noche á la tía, la mandó que se bautizase y dejase la falsa adoración de sus dioses; y ella lo hizo, contando á los religiosos lo que le había sucedido, con lo cual cesaron los enojos entre tía y sobrina, y ambas fueron de allí adelante muy agradecidas á N. S. P. San Fran-

cisco por la merced que á una y otra, y á cada una por su parte les había hecho.

Aconteció muchas veces que un mozuelo japón, infiel, á quien enviaba su madre los más de los días con la provisión y algunos regalos para los bonzos de cierto monasterio con quien ella tenía mucha devoción y no muy buena, movido de caridad y de un piadoso afecto, se lo llevaba á los religiosos, diciendo que ellos eran pobres y tendrían más necesidad que los bonzos, que eran ricos. Pagáranselo muy bien los religiosos con catequizarle é instruirle en los misterios de la Fe, y Dios también en traerle á su santo conocimiento, y no sin particular intercesión de N. S. P. S. Francisco, que á un mismo tiempo le libró, casi milagrosamente, de la muerte de alma y cuerpo. Porque descubriéndose la caridad que hacía á los religiosos á costa de los bonzos, éstos lo tuvieron á grande afrenta, como el que se hiciese menos caso de ellos que de otros cualesquiera sacerdotes, mayormente de aquellos extranjeros, que, en su estimación, eran gente vil y baja; y la madre del mozuelo, notablemente corrida en haber caído en falta con los bonzos por la caridad de su hijo, y en que la hubiese cortado el hilo de su devoción, se indignó contra él: con que afrentados unos, corridos otros y todos indignados, se conjuraron en quitarle la vida. Mas Dios le libró de este peligro, y le sacó del otro mayor en que estaba de su gentilidad y de la condenación eterna, trayéndole á su santo conocimiento, como hemos dicho, por la devoción que tenía á N. S. P. S. Francisco, y las obras de caridad que había hecho á sus hijos.

También podemos traer por milagro de N. S. P. S. Francisco la conversión admirable y dichosísimo martirio de San Ventura, natural de Meaco, el cual, cuando pequeño, recibió el Bautismo y después apostató y volvió á la idolatría y se hizo bonzo; y cuando más olvidado de Dios y de su Ley, porque no se olvidó de N. S. P. San Francisco, con quien siempre tuvo particular devoción, ni de sus hijos, á quien, siendo aun bonzo, hizo muchas obras de caridad, le tocó Nuestro Señor y le volvió al redil de su Iglesia, y él se quedó con nuestros religiosos, en cuya compañía dió testimonio de la Fe con un tan glorioso martirio como fué el que padeció, y hoy día venera la Iglesia. ¡Secretos incomprensibles del Altísimo y misericordia grande suya, pocas veces vista! Primero infiel, condenado según la presente justicia á las penas del infierno, y Nuestro Señor, dejando otros muchos, le sacó de las tenieblas de la gentilidad y le trajo al gremio de su Iglesia, y en tiempo, ¡oh miseria humana!, que debiera ser más agradecido, fué más ingrato, negando la Fe que había recibido. Y entonces, ¡oh, infinita misericordia de Dios!, cuando

parece que le había de olvidar, como merecía tan grave ofensa, se compadeció de él, usando de los raudales de su infinita bondad, sin hacer caso de su ingratitud (vicio que tanto le dá en rostro, que suele castigar rigurosísimamente á quien llamado le deja), y le volvió á sacar del paganismo y le puso en el número de tan esclarecidos mártires.

Pondérese, como es razón, la infinita bondad de Dios, á quien se deben atribuir semejantes maravillas, como efectos de su admirable providencia y particular protección sobre sus criaturas. Pero también es razón que se pondere la fuerza de la intercesión de N. S. P. San Francisco, y lo que obliga á Nuestro Señor la devoción de este Santo y la que los fieles tienen á su Religión, como se ha visto en los casos que hemos referido y en otros muchos de que están llenas las historias; y en el discurso de ésta, se traerán otros no menos maravillosos. dando ahora aquí lugar á los religiosos que por este tiempo murieron con opinión de santidad.

CAPÍTULO XXIX.

DE LOS SIERVOS DE DIOS FR. PEDRO FERRER Y FR. ESTEBAN SOLÍS.

HACER tránsito de la milicia del siglo á la malicia espiritual, que es la de la Religión, á muchos y muchas veces sucede; pero muy pocas preciarse los tales de sus armas, hacer rostro al enemigo y conseguir iguales victorias en una y otra parte. Porque, aunque al principio todos truecan la malla por el saco, la espada por la disciplina, y el estandarte por la Cruz de Cristo, y la enemistad que era contra los hombres, contra sí mismo, teniéndose á sí solos por enemigos y á todos por amigos, con el tiempo, si la vocación no es buena, el saco cansa, la disciplina fatiga, la cruz muele y el amor propio es el que vence. De manera que con razón se puede decir de ellos que ya ni son soldados de Cristo ni del rey ni de la Religión, y para cosa de esta vida, de ningún provecho. No así los siervos de Dios Fr. Pedro Ferrer y Fr. Esteban Solís, ambos famosos alféreces del siglo y soldados valerosos del alférez Francisco en la Religión; porque aunque mudaron de milicia, no la dejaron, antes la mejoraron con el estado y profesión, como veremos discurriendo por la vida de cada uno en particular.

El siervo de Dios Fr. Pedro Ferrer fué natural de Valladolid, en Castilla la Vieja, hijo de padres nobles y ricos, con cuya educación salió aplicado á las virtudes, y en breve tiempo aprendió las primeras letras y la latinidad. Siendo aún mancebo, pasó á las Indias con un cuñado suyo llamado D. Gabriel de Luján, que iba por gobernador de Cartagena; y como es propio y apetito de mozos el desear ver

nuevas tierras, con cartas de favor que le dió para el virrey de la Nueva España, pasó á Méjico. El virrey, aficionado de sus buenas partes, le ocupó en varios empleos de mucha estima. Quiso enriquecerle en breve tiempo, y para este efecto le envió á estas Islas con cantidad de plata, para que hiciese un buen empleo, dándole juntamente cartas de favor; y para que viniese más graduado, le dió una bandera de una de las compañías que á la sazón pasaban á la conquista de estas Islas.

En llegando á Filipinas, se halló mejor con la milicia que con la mercancía, y cada día se fué aficionando más á ella, llevado de un cristiano celo de la honra de su Dios y de su Rey; y deseando, en cuanto fuese de su parte, extender su monarquía é Imperio por todos estos reinos y provincias circunvecinas, plantando en ellas su bandera y estandarte real, y juntamente la Cruz de Cristo, así luego se deshizo del dinero que traía para la mercancía, y le empleó en aderezos militares, y salió con su compañía y las de otros, conforme al orden del Gobernador y demás cabos, por todas las provincias de este Archipiélago para apaciguar unas y conquistar otras, como se hizo, con grande aumento de la Fe y crédito de las armas reales (*).

Mostró en este ejercicio grande osadía y ánimo, arrojándose intrépido á los peligros y haciendo cara á infinitos enemigos, con valor y esfuerzo, sin mostrar flaqueza en los trabajos, ni cansancio en las fatigas, que en tierras tan calurosas y desacomodadas para el bullicio de las armas, son muchas las que se padecen, mayormente quien no tiene experiencia de la tierra, su espesura y fragosidad; que por no haberla prevenido con cordura y portádose con cautela, han sido muchos los que han perecido. Vióse en muchos peligros de estos este brioso soldado, de los cuales le libró Nuestro Señor, y de otros lances bien apretados, que sin duda eran ya ardides del demonio, recelándose quizás de la cruda guerra que le había de hacer si asentaba bandera en la milicia de Cristo, de que era buen pronóstico el celo y valor con que peleaba por la exaltación y propagación de la Fe, aun con las armas materiales y en la milicia del mundo.

Apaciguadas, pues, las Islas, le llamó Nuestro Señor á la Religión de los frailes menores, á donde, desnudo de los aderezos militares, se vistiese de las insignias del verdadero soldado de Cristo, cuales son las de nuestro santo hábito, y se alistase debajo de su bandera para otra y más dificultosa guerra, cual es la conquista espiritual de las almas. Así lo hizo, pidiendo nuestro santo hábito, que luego se le dieron, por ser ya muy notoria su virtud y fervoroso celo, y á su

(*) Fué á la conquista de Camarines. (Nota del Colector).

tiempo la profesión; y él la hizo, con notable consuelo de su alma, en manos del Santo Fr. Vicente Valero, Guardián del converto de Nuestra Señora de los Ángeles de la ciudad de Manila.

Hallándose ya profeso, tomó muy á pecho el ejercicio de las virtudes, en las cuales aprovechó de manera, que la Provincia, viéndole tan aventajado, y que según su institud no le había llamado Dios sólo para sí, sino para aprovechar también á otros, trató luego de emplearle en el ministerio y conversión de las almas; para lo cual, ordenado ya de Sacerdote, le instituyó confesor y le envió á la provincia de Camarines, donde ya se había comenzado á predicar el Santo Evangelio.

En entretando en esta provincia, fué tan grande el fervor con que dió principio á su predicación evangélica, que ni quedaba ídolo que no destruyese, ni abuso que no borrase, ni idolatría que no desterrase; afeando sobremanera la falsa adoración del demonio, sus superticiones y engaños, de lo cual él, irritado, hizo cuanto pudo para echarle de allí y, si posible fuese, del mundo; porque con el tiempo iba viendo que aquel fraile había de ser su total ruina, que no en valde se había recelado de él aun viviendo en el siglo. Valióse de algunos infieles en quien halló disposición buena para sembrar en sus corazones el odio é indignación que contra él tenía, y en especial en los principales de un pueblo de aquella provincia, los cuales le cobraron tal aborrecimiento porque les había destruído sus ídolos y figuras del demonio, que muchísimas veces intentaron quitarle la vida.

Mas siempre le libró Nuestro Señor con patentes milagros, y particularmente en una ocasión que á los idólatras les pareció que era muy buena para vengar su agravio y ejecutar su cólera. Porque teniendo noticia que una vez estaba solo en el convento, entraron en él, á deshoras de la noche, con intentos de matarle y hacerle pedazos, habiendo primero empuyado toda la redondez de la casa por donde no podía pasar persona humana sin enclavarse, para que, si por ventura se les escapase de las manos, no se les huyese por los pies. Y habiendo llegado á su celda, y viendo que tenía la puerta y ventana abiertas (que en todo tiempo dormía así el siervo de Dios), entendieron que no estaba en ella y que estaría en el coro, que era su habitación más ordinaria, y con prisa partieron allá.

Con el ruido despertó el que estaba bien descuidado de aquella bárbara y diabólica pretensión, y siendo avisado interiormente con particular moción de lo que podía ser, con instrumento que le administró la necesidad ó su Ángel, que por mandado de Dios le guardaba, se dejó caer de la ventana abajo; y no sólo no se hizo mal, sino que

estando embarazado el camino para poderse huir con la infinidad de púas de que estaba sembrado, ni le ofendieron, ni él las sintió.

Los idólatras dieron vuelta á toda la casa sin dejar rincón que no registrasen, examinando también de cuando en cuando el empuyado, porque por su cuenta, ó allí le habían de hallar enclavado, caso que se quisiese huir, ó en algún rincón metido; porque de cierto sabían que, cuando ellos entraron, él estaba dentro del convento. Finalmente, cansados y desatinados ya de buscarle, prorrumpieron en blasfemias contra Dios y su Santa Ley, que al siervo de Dios, que de fuera les estaba oyendo, le causaba notable horror. ¡Que ciegos! ¡Cuando Su Divina Majestad estaba haciendo prodigios, por donde podían conocerle y detestar de la falsa adoración de sus dioses ó de sus demonios, que si no es para engañar, no tienen poder, y aun ésto tampoco pudieran sin la permisión del verdadero Dios, entonces es cuando más le desconocen y se vuelven contra Él!

No paró aquí su sacrílega osadía y rabia, porque andando buscando al siervo de Dios Fr. Pedro, vieron en la iglesia un Santo Cristo grande de bulto, el cual estaba colocado en el altar mayor, y, desconfiados ya de poder hallar al que con tantas ansias buscaban, trataron de vengar y ejecutar en Nuestro Señor lo que traían trazado de hacer en su siervo Fr. Pedro, y como lo trataron (¡oh sacrílega crueldad!), así lo ejecutaron, haciendo cuartos al Santo Cristo, y los colgaron por las barandillas de la iglesia. ¡Oh Soberano Señor y Redentor de mi alma! ¡Qué de cosas sufrís de los hombres, tántas veces renovada la impía crueldad de los judíos, y todavía no se os ha acabado la paciencia! Llegada la mañana, volvió Fr. Pedro á su convento, con harto cuidado de lo que había sucedido. Vió el empuyado que estaba al rededor del convento y las maravillas que con él había hecho Nuestro Señor para haber de librarle de las manos de sus enemigos, y viéndose notablemente obligado con tantos prodigios y maravillas, partió de carrera á la iglesia para dar allí lugar á los tiernos suspiros y desfogar el corazón del incendio de amor en que se abrasaba por Aquél que había sido su defensor, porque de otra manera, no sabía cómo pagar ni agredecer tantos beneficios.

Si de esta suerte iba ya al entrar de la iglesia, ¿qué sería de que viese aquella fineza de Nuestro Señor, que permitió que los idólatras le hiciesen pedazos y descuartizasen porque no le descuartizasen á él? Así lo entendió él, considerando primero la benignidad y misericordia de Nuestro Señor; pero como junto de ella se veía la impía y sacrílega crueldad de aquellos bárbaros, no pudo menos de reparar en el espectáculo, y tras la consideración de él, perder el sentido y las fuerzas, combatido de varios y encontrados afectos, ya de amor

en la fineza para con él, ya de dolor en la ofensa y agravio que se había hecho á Nuestro Señor, ya de indignación contra la malicia de los malhechores. De suerte que en su profunda consideración, cada una de estas circunstancias y afectos tenía bastante fuerza para derribarle, aunque fuera de bronce ó duro hierro. Al cabo de un rato volvió en sí: las lágrimas hallaron su corriente, los suspiros, puerta abierta en el corazón, sola la lengua no halló palabras para la ponderación. Y hecho un mar de lágrimas, con las cuales regaba la tierra y enternecía las piedras, y dando grandes sollozos y suspiros, que subían hasta el cielo, de lo íntimo del corazón, fué recogiendo el Santo Cristo y uniéndole pieza por pieza, con grande reverencia y veneración, puesto sobre uno de los altares de la iglesia.

Vinieron luego algunos cristianos á oir Misa, y de que vieron el espectáculo, hicieron también notables demostraciones de dolor y sentimiento, é indignados contra los malhechores, dieron parte al Alcalde Mayor de aquella Provincia; el cual hizo todas las diligencias posibles para haberlos á las manos, y todos cuantos tuvieron noticia del caso. Pero por mucho que se cansaron, en mucho tiempo, no los pudieron hallar, ni tampoco tenían esperanzas; porque la huída al monte, que es su refugio ordinario, les es á ellos muy fácil, á donde ejércitos enteros no les podrán entrar ni menos sacar. Pero Dios Nuestro Señor, que no quería que tan enorme pecado aun en esta vida quedase sin castigo, dispuso como él mismo les trajese al suplicio y pusiese en manos de la justicia. Porque luego que supieron que el siervo de Dios Fr. Pedro había sido mudado á otro partido, se volvieron á su pueblo muy alegres y contentos, como que, en no estando allí aquel Padre, ellos podrían vivir más. El suceso les declaró su engaño, y les hizo persuadir que lo que hasta allí había pretendido el siervo de Dios Fr. Pedro era librar á sus almas de la muerte y condenación eterna, y si por ventura estuviera allí, en la ocasión que los prendieron, podría ser que les librase de la muerte del cuerpo y no murieran en una horca, como murieron, á vista de inumerable gente y de sus parientes y deudos.

Este y otros bien apretados lances sucedieron al siervo de Dios Fr. Pedro por el celo tan ardiente que tenía de la mayor gloria y honra de Nuestro Señor, y porque el demonio no le dejaba un punto de perseguir con pesares y disgustos, que se los daba grandes, cuando con sus diabólicas astucias concurría al malogro de sus buenos deseos, y de lo que emprendía en servicio de Dios y del prójimo, que, como era éste su mayor desvelo y en que ponía su mayor cuidado, no podía dejar de sentir el que aquellos de quienes se valía el demonio atrasasen en un día y detruyesen lo que él en años

había edificado y tenía tan adelante. Derramaba el demonio su veneno en algunos cristianos, que no pudiendo sufrir la corrección de su licenciosa vida, la cual hallaban en la libertad de espíritu con que el siervo de Dios predicaba, comenzaron á calumniar y censurar todas sus acciones y á malmeterle con cristianos y gentiles, que es lo que el demonio pretendía para que, ó su doctrina desacreditada no fuese de ningún provecho, ó, de enfadado, la dejase y se retirase del ministerio.

Mas como experimentado en la moderación de los afectos, aunque sentía lo que hacían sus émulos, por lo que era ofensa de Dios y por el daño de sus ánimas, pero no dejaba que el dolor íntimo saliese al semblante, antes lo mostraba muy apacible y risueño, haciéndose desentendido en las ocasiones de mayor enfado; y al paso que estudiaban en darle pesares, él buscaba modos de darles gusto y mostrarles especial agrado por si podía ganarlos con el amor y la benignidad, ó á lo menos convencerlos y confundirlos con la tolerancia y sufrimiento. Y aunque no todas veces, algunas lo conseguía; porque como era tal la paz y tranquilidad de ánimo que mostraba en medio de los fuertes lances que tenía para perderla, los atentos y desapasionados lo tenían por cosa más que humana, y los émulos, maravillados, se confundían.

Algunos había tan ciegos para la graduación de las virtudes, que teniéndolas delante, no las veían, y otros de tan dañada vista, que aun en la acción más perfecta, hallaba en que tropezar su malicia. Padeció en este punto sensibílisimas mortificaciones; porque como el demonio pretendía estorbar el fruto que iba haciendo á fuerza de la doctrina y ejemplo, ponía grandísimo cuidado en desvanecer éste y desacreditar aquélla, levantando cada día nuevos embustes y engaños, falsedades y mentiras, que á no haber sido tan constante su fervor y celo, tan grande su tolerancia y tan extremado su sufrimiento, ó se hubiera aburrido y dejado el ministerio de la conversión de las almas, ó se hubiera desmandado con el sentimiento, que es lo que el demonio quisiera y sus émulos pretendían para dar color á sus falsedades y mentiras. Mas, al fin, su celo le libró, y sufriendo y callando con perseverancia, venció. Porque aunque tal vez padezca eclipses la virtud, y por verla escondida, se atrevan algunos á ella, que no lo hicieran si la vieran manifiesta, mas como su resplandor y hermosura es substancia que no está expuesta á mudanza en esta ó en aquella ocasión, no deja de traslucirse y por ahí viene á vencer. Así lo dijo Séneca (1): *Vincit malos pertinax bonitas* (ríndese la

(1) *De Bene.*

malicia á la bondad constante). Son muy flacos los fundamentos en que están la malicia y la mentira; todos son apariencias y engaños, que con el tiempo se desvanecen y faltan. La virtud, al contrario, es sublime; su fábrica, con trabazón y armonía, fúndase en la misma verdad y en el ser que tienen las cosas, dando á cada una lo que la pertenece según justicia y verdad, y por más que adelgacen, nunca quiebran.

Quiso la emulación censurar en el siervo de Dios de imprudente su celo, su caridad de indiscreta, y aun á todas sus virtudes por no muy buenas. Nada consiguió la malicia contra su virtud, sí mucho crédito. Porque la misma oposición que tiraba á apagarla, la hizo lucir más, sobresaliendo por instantes en obras muy perfectas. No es dudable que lo eran las obras de caridad que ejercitaba con aquellos mismos que pretendían ofenderle, y si lo eran también las que ejercitaba con todos sus prójimos, particularmente con los pobres y enfermos, ellas lo dirán, sólo con referirlas.

Comúnmente tenía cerca de su convento una casa señalada para curar en ella los pobres, lo cual él hacía con sus propias manos, aplicándoles las medicinas, lavándoles los pies, las llagas ó apostemas, con tanto amor y reverencia, como si tuviera delante á Nuestro Señor Jesucristo. Y cuando no tenía medicinas que aplicar á las llagas y apostemas, aplicaba su boca y se las lamía y chupaba hasta que les sacaba la materia, con no pequeña admiración y confusión de cuantos le veían. Este ejercicio práctico comenzó desde que comenzó á ser ministro de la conversión, y le continuó hasta que murió.

Tuvo mejor ocasión de ejercitarle después que le mudaron los prelados á lo de Manila, yendo muy frecuentemente á los hospitales que administraban nuestros religiosos, en que había gran número de pobres; y aunque allí no era por necesidad el aplicar la boca á las llagas de los enfermos, por haber muchas medicinas y buenos cirujanos, hacíalo por la gran dulcedumbre de cuerpo y alma (como dice N. S. P. S. Francisco) que en ello sentía. Así se lo dijo á un religioso que parece hacía expavientos y no sentía bien de semejantes acciones, juzgándolas por indecencias á la dignidad sacerdotal (colores de que se viste la flaqueza humana); y conociéndolo el siervo de Dios le respondió, que si le tenía asco, era por no haber gustado de la dulzura que consigo traía aquel ejercicio; que de verdad le decía, que con la consideración de que aquel pobre que tenía delante representaba muy al vivo á Cristo, pobre y llagado, tan lejos estaba de causarse asco, que antes no había para él mayor regalo. Y "*hermano mío,* (añadió), *¿en qué mejor parte puede poner la boca el sacerdote que en la llaga del costado de Cristo ó en las demás de su santo*

cuerpo?" Enmudeció el melindroso y todos los que lo oyeron quedaron muy edificados de su respuesta, en que daba bien á entender la consideración con que hacía acciones tan ejemplares y cuán viva y eficaz era, pues lo que en sí era tan penoso y de tan extraña mortificación, lo trocaba de manera que lo reducía á cosa de gusto y regalo.

Aun más fué lo que sucedió en otra ocasión estando por Guardían del convento de Santa Ana de Sapa, cerca de Manila, que después de haber sacado más de media escudilla de materia y podre de una hedionda y maliciosa apostema de un pobre enfermo, aplicó la boca como solía, estando presente otro religioso que también le ayudaba á curar, el cual, aunque hasta allí no había dicho palabra ni tenido asco, pero de que le vió chupar la llaga, fué tan grande el que le dió, que le rogó como por amor Dios que no hiciese aquello, que le provocaba á vómito. *¡Jesús, hermano* (le respondió), y *qué mal enseñado que tiene á su estómago!* Y diciendo y haciendo, cogió la escudilla que tenía allí al lado y se la hechó á pechos y bebió toda la materia y podre que en ella había, la cual, cuando salió del pobre, olía que apestaba. El religioso, aunque no lo pudo sufrir, admirado, dió muchas gracias á Dios por las mortificaciones y penitencias que por su amor hacen sus siervos, y en especial por aquella que no sabía cómo ponderarla.

Demás de este heróico ejercicio, con otros muchos de penalidad castigaba su carne, porque en nada repugnase el espíritu: hacía muchas y penosas penitencias de ayunos continuos, disciplinas rigurosas y ásperos cilicios, que en otro que no tuviera su espíritu, fueran notadas de exceso. Llevaba con una fortaleza invencible sus indisposiciones y achaques, sin quejarse ni dar muestras del más mínimo desabrimiento; y en la última enfermedad, que fué bien penosa y larga, de unas cámaras que le duraron año y medio, ya no atendía á lo mucho que él padecía, sino á lo que podían padecer sus hermanos, y en especial los enfermeros que le asistían con tan penoso y molesto mal. Y así, con lágrimas en los ojos, les pedía continuamente que por amor de Dios le perdonasen el trabajo que les daba en su enfermedad. Fué también esta una sensibilísima mortificación; porque verse obligado á dar molestia y enfado por lo penoso de la enfermedad, quien no tenía más gusto que aliviar á todos: á los enfermeros ayudándoles en su aflicción; á los pobres y enfermos socorriéndoles en sus necesidades, consolándoles en sus aflicciones y administrándoles cuanto necesitaban para su cura y regalo, no hay duda que le sería muy penoso, y que tendría muy bien en qué ejercitar la paciencia. Mas todo lo llevó con suma resignación, sin tener otro querer que la Voluntad Divina, y esto fué su particular estudio,

así en lo próspero como en lo adverso, todo el tiempo que vivió, y por donde llegó á alcanzar la perfección en grado muy excelente.

Llegado ya el deseado término de coger el fruto de sus mortificaciones y penitencias, le llevó Dios para sí, en nuestro convento de Manila. año de mil quinientos noventa y uno. Y por si tenía algo que purgar, ordenó el Señor que muriese el día primero de Agosto, en que se comienza á ganar el Jubileo de la Porciúncula, á tiempo que pudo hacer la diligencia, habiéndolo él deseado sumamente y rogado á algunos religiosos pidiesen á Nuestro Señor tuviese por bien de concedérsele. Á quien en particular se lo rogó fué á un santo lego, portero de dicho convento, llamado Fr. Diego de Santa María, para lo cual le llamó aquel mismo día así que hubo tocado á la *pelde,* y le dijo: "Hermano Fr. Diego, ya ve que aquí yo no soy de provecho, que no sirvo sino de enfadar á todos con mi enfermedad. Pida á Nuestro Señor que hoy ó mañana me lleve, habiendo primero ganado el Jubileo. Y si por la diligencia que yo hiciere no fuere digno de ganarle, hágale también V. C. por mi, que Nuestro Señor le oirá mejor."

Cuando dijo esto no se le conocía en lo exterior ninguna mudanza en la enfermedad, sino que parecía que estaba en el mismo estado en que había estado por espacio de año y medio; aunque no se supo de cierto si él la había sentido y no la quiso manifestar. El portero le dió palabra de hacer lo que le suplicaba, y con esa intención confesaron y comulgaron ambos aquella mañana; y luego se conoció que había oído Dios sus oraciones, porque desde entonces fué creciendo la enfermedad tan á prisa, que algunos entendieron que no llegaría á vísperas, por lo cual le dieron antes la Extremaunción. Mas él estaba siempre en que había de hacer por sí la diligencia del Jubileo, como la hizo; porque luego que tocaron á vísperas, le llevaron en brazos á una tribuna que sale á la iglesia y corresponde á la enfermería, y en ella se estuvo un gran rato muy confiado en Nuestro Señor que le había de hacer favor de concederle tan sosolemne Jubileo, puesto que cuanto antes le había sucedido, había sido como premisas de ello. Volviéronle á llevar á su cama, y en ella volvió como de nuevo á dar muchas gracias á Nuestro Señor por aquel beneficio. A cosa de las cinco de la tarde, estándole encomendando el alma, expiró con no pocas muestras de que sin pasar por las penas del purgatorio se iba derecho á gozar de Dios.

Fué muy parecido á este santo religioso el siervo de Dios Fr. Esteban de Solís, de quien hemos de historiar ahora, así en los empleos de la vida secular, como en los de la vida religiosa. Pasó á estas Islas fiado en las vanas esperanzas del mundo; y asegurábalas en el favor

del doctor Francisco de Sande, que pasaba por gobernador y era su deudo muy cercano, y ambos naturales de Cáceres, en Extremadura. Y porque desde luego comenzase á tener algún logro en sus esperanzas, antes de llegar á Filipinas, le hizo alférez de una de sus compañías, y llegado, le dió otros cargos honoríficos, los cuales él ejercitó con reputación y crédito. Fué á la conquista de la provincia de Camarines (*) y en ella él y su pariente el Gobernador pretendieron dejar como eternizada su memoria; porque después de conquistada, pusieron por nombre al principal pueblo y cabecera de aquella provincia, que se llamaba Naga, la ciudad de la Nueva Cáceres, que hoy es obispal por llamarse así el lugar en que había nacido.

Comenzaba ya el trato de Manila que poco antes se había asentado con los reinos de China, y haciendo á dos manos, como hombre al fin que no venía á buscar sino bienes caducos y perecederos, el caudal que con la milicia ganaba, le empleaba y aumentaba por medio de las negociaciones y trato de la mercancía. Estando metido en esto, ordenó la Divina Misericordia atraerle á más importante negocio que fué el de la salvación de su alma, no permitiendo que el caudal y aventajado talento que le había dado le sepultase en la tierra, sino que mediante los virtuosos empleos, grangease logros para el Cielo.

Para este fin y para pasarle de un vuelo desde las ambiciones humanas á los celestiales deseos; desde la vana estimación del polvo, al desprecio evangélico; y desde la mísera libertad del mundo, á la feliz esclavitud de la Religión, le llamó á la de N. S. P. S. Francisco. Lo cual fué desde el mismo punto que él vió á sus hijos en esta tierra y primeros fundadores de Nuestra Sagrada Religión en estos grandes Archipiélagos; porque aunque cuando llegaron no estaba él en Filipinas, que había ido con su pariente el Gobernador á la conquista de los reinos de Burney, Joló y Mindanao; pero luego que vino vió la suma pobreza y desprecio grande de los bienes perecederos de aquellos santos fundadores, varones verdaderos apostólicos, como acusado en sus vanas esperanzas y ansiosa sulicitud para los bienes de este mundo, sintió en su alma el divino llamamiento, y luego le puso por obra, tomando nuestro santo hábito en el convento de Nuestra Señora de los Ángeles de la Ciudad de Manila.

Viéndose ya en la Religión, pobre, desnudo y descalzo, así como para los intereses del mundo y bienes perecederos había aplicado cuidadosamente la industria, de la misma suerte puso después su ansia y anhelo en el trato y grangería de las virtudes y en empleos

(*) Mandaba la expedición el capitán Don Pedro de Chaves. (Nota del Colector).

de la divina gracia, con la cual enriqueció muy presto su alma y acaudaló muchos bienes celestiales.

Su principal estudio, después que entró en la Religión, fué en el de la santa humildad, virtud que no sólo es basa de las demás en el edificio espiritual, sino también índice de otras muchas en el que la tiene. Mucho se mortifica quien mucho se humilla: bien ora el que bien se conoce: nada apetece quien á sí se aborrece: mal puede tener voluntad propia quien sabe que es nada lo que tiene, ni puede despreciar á otros quien en nada estima y ningún aprecio hace de lo que de suyo tiene, y finalmente, de conocerse el hombre nace el conocer lo que tiene ó lo que no tiene y el origen de cada cosa. Conoce que de sí no tiene nada bueno y que de Dios le viene todo lo que tiene, y, como en principio y fuente de todo, busca en Él lo que le falta, por medio de las virtudes, en que están retratadas sus divinas perfecciones. Bien así como lo hacía el siervo de Dios Fr. Esteban, que confuso en el conocimiento de su miseria, no sólo se desarraigaba de las malas inclinaciones y vicios y quedaba desnudo de todos los afectos y propiedades de tierra, sino que de ella, por medio de la oración y contemplación, dirigía su vuelo al Cielo, y aspiraba con afectivas ansias á unirse por conformidad con aquel Sumo Bien para no tener otro querer que el suyo ni otra cosa á quien amar; y por transformación, hacerse en toda á Él muy semejante, dejando las propiedades y malas inclinaciones de la culpa y vistiéndose, por gracia, de las del nuevo Adán, Cristo.

Y así, por ser tal, la humildad de este siervo de Dios, que en su estimación se tenía por la cosa más abominable y fea del mundo, no había virtud que con ansiosa solicitud no procurase en grado muy excelente hasta hacerse en ella muy perfecto; y como cada día se reconocía mas falto y necesitado de todo lo bueno, por mucho que adquiriese, no cesaba el anhelo y ansia; y creciendo como crecía en todas las virtudes, su humildad no le dejaba que las viese ni que entendiese de sí que había en él cosa que loar. Y para que se entienda cuan profundas raíces había echado en su alma este tan exelente virtud, baste decir que ni en palabras ni acciones se prometía de sí ningún acierto, antes no había que sacarle de que era un jumento y que tenía mal entendimiento; y así lo decía, no con palabras solas, sino con un verdadero sentimiento.

Y á esta causa, siempre que acababa de hacer alguna obra, ó de las que tenía de oficio, ó que otros le encomendaban, pedía por amor de Dios que le perdonasen los muchos yerros y faltas que en ella había cometido. Y por lo mismo, cuando le mandaron que se ordenase y le instituyeron confesor, lo rehusó cuanto pudo, diciendo que no era

para ello, ni para cosa buena de esta vida. En fin, en todo sentía tan bajísimamente de su obrar, que después de haber estado largos ratos ocupado en obras de caridad y de otras virtudes muy gratas á los hojos de Dios y á los de los hombres, decía: "Al fin, lo que de "aquí hemos sacado, es no haber perdido tiempo; pero ne sé yo que "tan bien lo hemos aprovechado; porque si por una parte hemos ga- "nado algo, por otra se habrá perdido con las faltas que Dios sabe "que habremos cometido."

Quien tan poca satisfacción y tan mal concepto tenía de sí, fácil le sería el juzgarse por el más despreciado de todos. Bien lo daba á entender en la sumisión y encogimiento con que se portaba no sólo con los mayores, sino también con los menores, como si fuese siervo y esclavo de cada uno de los religiosos. De aquí nacía también la veneración y aprecio grande que hacía de ellos, que cuando les hablaba, era de rodillas, puestos los ojos en tierra con grandísima reverencia; y solía decir que á él no le parecían hombres, sino Ángeles, y que como á tales les respetaba. Con quien más bien se entendía era con los pobres y necesitados, que como son los desechados del mundo y de quienes menos caso hace, y él en su estimación otro tal, no había para él mejer rato de conversación que el que con ellos tenía, pareciéndole que iguales con iguales podrían mejor consolarse, como lo hacían, con las esperanzas de las felicidades eternas y riquezas celestiales. Juntaba á esto el siervo de Dios otras consideraciones ó palabras devotas, en orden al consuelo de los pobres en sus necesidades y trabajos, mayormente estando de asistencia como estuvo en los hospitales, que de día y de noche no cesaba de estas sus pláticas, dejando á todos muy consolados.

Esto mismo hacía universalmente con todos sus prójimos siempre que veía oportunidad y hallaba coyuntura: unas veces exhortábales á la virtud y que dejasen los vicios; otras á que tuviesen paciencia en sus trabajos y mucha conformidad con la voluntad de Dios. Sobre lo cual decía cosas altísimas y de mucha edificación y consolación; porque como sus razones rebosaban de la abundacia esperitual de su corazón, no sólo animaban y consolaban á los que las oían, sino que causaba en ellos una virtuosa envidia y santa emulación, deseando merecer la amistad de aquel mismo Señor que á él tanto le ilustraba y favorecía.

Á esta superior caridad del bien espiritual de las almas acompañaba el siervo de Dios la otra benigna y piadosa que mira á las necesidades del cuerpo, compadeciéndose mucho de cualquier aflicción y trabajo, y acudiendo á su alivio y socorro con cuanto alcanzaban sus fuerzas. Vióse esto bien en un poco de tiempo que fué enfermero en el convento de Manila, y en el que estuvo en los hospitales de

los naturales, sirviendo y curando igualmente así á los religiosos como á los indios, y como N. S. P. S. Francisco manda; esto es: *como él quisiera que le sirviesen y curasen;* no por ceremonia ó exterior cumplimiento, sino con afecto y ternura de padre ó hermano, mostrando en las obras el serlo.

Quien tan fino era en el amor del prójimo, no podía dejar de serlo en el amor de Dios que es en quien se funda toda verdadera amistad. Amábale como á padre, y celaba como verdadero hijo su mayor gloria y honra: sentía mucho sus ausencias, no porque entendiese que Dios se apartase de él, sino porque él entendía que no asistía como debía á Su Divina presencia con la consideración. Por lo cual andaba con mucho cuidado en no divertirse á cosa criada, ni menos al trato de las criaturas, más de lo que fuese preciso para poder cumplir con lo que estaba á su obligación, y eso era con tanto recato, que no había de emprender cosa sin poner primero los ojos en Dios como en su divino blanco. Y si, por ventura, por la flaqueza humana los apartaba, faltando á la actual consideración, se reprendía notablemente diciendo que era indigno de hallarse en la presencia de Dios, así como lo están todas las cosas, pues él no le quería tener presente. Y como andaba con este cuidado, Dios, que ve muy bien lo poco que pueden nuestras flacas fuerzas sin la asistencia de su divina gracia, le hacía singulares favores, comunicándosele con un modo tan alto, que aunque él entendía bien la benignidad del Señor en manifestársele como se le manifestaba, no todas veces la entendían los que gobernaban, con ser varones doctos, santos y bien experimentados. Parecía en alguna manera que se contrapesaban igualmente en el fiel y peso de su consideración el altísimo conocimiento que tenía de Dios y el profundo que de sí mismo tenía, de manera que así como con éste parecía que tocaba y comprendía su nada, con aquél parecía que veía y tocaba el inapelable é incomprensible ser de Dios; y cuanto más profundaba en el uno, tanto más se elevaba en el otro, á la manera de dos balanzas puestas en fiel, que al bajar de la una, se sigue el subir de la otra. Así en este santo religioso, al cargar de la consideración en su vileza y bajeza y conocimiento de su nada, se seguía el conocimiento de Dios, y cuanto más profundaba en aquél, tanto más se elevaba en éste; y siendo como fué el conocimiento que tuvo de sí mismo tan profundo, según queda dicho arriba, no es de maravillar que el que tuviese de Dios fuese tan altísimo.

Viéndole los prelados tan cabal en el amor de Dios y del prójimo, le enviaron á la conversión de la provincia de Camarines, y sin duda sería para que así como él se había hallado en ella á su conquista,

y por medio de las armas materiales sujetado al Rey de España, la acabase de rendir y sujetar por medio de las espirituales al yugo suave de la Ley de Cristo. Hízolo así este valeroso soldado de la milicia de Cristo en compañía del siervo de Dios Fr. Pedro Ferrer, de quien arriba hicimos mención, siendo también compañero en sus trabajos y persecuciones, que fueron muchas las que ambos padecieron en aquella conversión.

Para desvanecer un grande error que tenían algunos gentiles acerca de la inmortalidad del alma, se concertaron los dos de subir á un volcán altísimo, llevando allá á los incrédulos, los cuales decían que no había cielo ni infierno, y que sus padres y antepasados eran echados en aquel volcán, en que estaban como depositados hasta cierto número de años, después de los cuales habían de volver trasformados ya en otras cosas muy diferentes de las que entonces había en la tierra. Movíanse á esto, por haber visto bajar de aquel monte en algunas ocasiones varias figuras de medios hombres y medios animales de diferentes especies, y algunos bien horribles y espantosos; y aunque otras aparecían sólo en figuras de hombres y mujeres, pero tan negros y feos, que parecían demonios, y se puede creer que lo eran; pues con aquellas ilusiones y engaños les hacían persuadir qûe aquellos eran sus antepasados, y que el estar así era porque se iban demudando; que no había de aparecer de aquella forma en teniendo la que habían de tener en pasando al tiempo señalado, porque, según ellos decían, había de ser muy agradable y hermosa. Pues para que viesen que allí no había nada y que aquellos eran engaños del demonio, para que no creyesen en los misterios de la Fe; aunque la subida era inaccesible y peligrosa, determinaron estos siervos de Dios registrar y ver cuanto había en el circuito del volcán y subir hasta la cima de él.

Fué primero el siervo de Dios Fr. Pedro Ferrer en compañía de algunos indios que daban en aquel error, los cuales, luego que vieron que el cansancio era grande y la subida muy dificultosa, le desampararon, aun antes de la mitad del camino (*). El siervo de Dios, aunque se vió solo, prosiguió; pero como no había testigos, no consiguió el fin que pretendía, que era desengañar aquellos mi-

(*) No dicen esto ni Rivadeneira ni Llave. Véanse sus testimonios: "En esta provincia de Camarines hay un volcán, en una altísima y agria sierra. Determinóse el Padre Fr. Pedro Ferrer descubrir á la cumbre del, aunque antes otro religioso lo intentó, pero no allegó á ver lo que el P. Fr. Pedro Ferrer, á esplorar lo que allá había; y aunque llevó consigo una docena de indios, solos dos le siguieron. Halló á la boca del volcán cantidad de azufre." Llave, *Crónica primitiva de la provincia de San Gregorio*, trienio 5, cap. 14. "Emprendió (Fr. Pedro Ferrer) con particular ánimo y fortaleza la subida de aquel volcán, llevando consigo á los indios más incredulos... Aunque llevó provisión

serables y quitarles aquel error que tan pernicioso era para sus almas. Pero no por eso dejó de ser muy provechosa para la tierra su subida, porque en el camino descubrió gran cantidad de azufre. que de que lo supieran los españoles, lo estimaron muchísimo para la fábrica de la pólvora, por haber mucha falta de ella y no tener con qué fabricarla, y sin ella, ni en ningún tiempo, y menos entonces, se podía conservar la Tierra.

Emprendió después la misma subida el siervo de Dios Fr. Esteban de Solís, llevando en su compañía aquellos mismos que habían desamparado á su compañero Fr. Pedro Ferrer, habiéndose ofrecido ellos, porque al parecer estaban como corridos de lo que habían hecho y querían enmendar con el ánimo y valor que á la sazón mostraban la cobardía y miedo que entonces habían tenido. Prevínose con la comida y sustento necesario para seis días que á él le parecía que podían tardar en la subida y bajada; y yendo ya caminando por el monte arriba, en llegando á lo más penoso de él, los más se cansaron y se fueron, quedando algunos; y al día siguiente, todos, salvo uno que perseveró con el siervo de Dios Fr. Esteban, y juntos llegaron hasta casi la cima del volcán. Y aunque pretendieron pasar más adelante, no pudieron, impedidos de tres bocas por donde salía mucho fuego.

Estando aquí, dijo el siervo de Dio al indio: "Ved como aquí no hay nada de lo que vosotros decís; llama á quien quisieres á ver si hay quien te responda. ¿No ves que todo es un engaño del demonio para llevaros al infierno á donde eternamente os abraséis en eternas llamas, mucho más voraces que las de este volcán?" Persuadióse el indio á ser verdad todo lo que el Padre le decía; y aunque único, fué bastante para desengañar á todos los que habían sido engañados con él y estaban en aquel error. Porque apenas hubo bajado, cuando se bautizó, y con él otros cien indios del mismo pueblo de Albay, que así se llama también el volcán por ser el pueblo más inmediato. Y divulgándose lo que había sucedido en la subida del monte y la conversión del indio que subió y la de los ciento de su pueblo, cuantos había que estaban en aquel error, fueron viniendo á informarse bien de lo que había pasado, y, siendo desengañados, se bautizaron: con que de todo punto quedó desterrado aquel engaño, de tal manera, que hasta hoy no se ha vuelto á tomar en la boca, como si tal caso no hubiera habido en el mundo.

para tres ó cuatro días, que entendia tardar en la subida y bajada, todos los indios al primer día desmayaron, y al segundo se volvieron, salvo uno que perseveró con este Padre hasta llegar casi á la cima del volcán, y no pudo pasar más adelante, impedido de tres bocas, por donde salía mucho fuego." Rivadeneira, *Historia de las Islas del Archipiélago* &c. lib. 2.o, cap. 20. (Nota del Colector).

Por este caso se puede conocer el celo tan fervoroso de aquellos santos religiosos y primeros predicadores del Evangelio en estas partes acerca de la conversión de las almas y propagación de la Fe, pues, para haber de allanar las dificultades que se les ofrecian y el demonio ponía, emprendían cosas tan arduas y dificultosas y aun costosas. Fuélo ésta tanto para el siervo de Dios Fr. Esteban de. Solís, que podemos decir que no le costó menos que la vida, porque fué tan grande la oposición de temples que experimentó en lo alto del volcán, que por una parte se moría de frío y por otra se abrasaba de calor: éste brotaba del volcán, penetrando hasta la superficie el intensísimo que debía de haber en el interior, aquél de lo sutil y delgado del viento, que por ser en parte tan alta (*), no fuera mucho fuese el de la región frígida, y como quiera, él era insufrible. No lo era menos el calor, particularmente cuando pasaba por alguna parte abrigada donde no corría algún viento, que como si estuviera en una calera ú horno, así se abrasaba; con esto venía á ser luego más sensible el frío; porque como le cogía caluroso, le penetraba de parte á parte, más reciamente que si fuera con una saeta. Así bajó el siervo de Dios, traspasado y de tal manera destemplado el cuerpo, que de allí adelantó no levantó cabeza.

Púsose muy flaco, descolorido y macilento, de manera que los que le alcanzaron dicen que era una viva representación de la muerte, porque ya no le había quedado más que la piel sola sobre los huesos; pero, junto con esto, dicen que no por eso dejó de hacer penitencia, antes mostró tener nuevo afecto á ella, como lo mostraba bien en las rigurosas disciplinas y cilicios con que maceraba su quebrantado cuerpo. Y poco antes de morir, que por ventura entonces debió de tener nuevas y superiores luces de los intereses de la penitencia y cuan importante era para salir bien de aquel paso, á dos religiosos que le estaban asistiendo, con verdadero sentimiento de su corazón y alma, les dijo: "Hermanos, por amor de Dios hagan penitencia, que de verdad les digo que, si el Señor me concediera un año más de vida, hiciera tanta como San Juan Bautista."

Esto dijo quien por la mucha que había hecho había llegado á estar tan postrado en vida y puesto ya en términos de muerte; pues ¿en qué piensa el que la reserva para aquella hora? Si los que aceleran la muerte con penitencias, aun no quisieran que llegara hasta haber hecho más, ¿cómo la recibirán los que no se han acordado de la

(*) El volcán de Albay fué medido por D. Antonio Sigüenza; tiene desde el cráter á su base, que está próximamente al nivel del mar, 560 varas y dos pies. Véanse las *Memorias históricas y estadísticas de Filipinas* por Diaz Arenas, cuaderno 6.o. (Nota del Colector).

penitencia hasta que la sienten llamar á la puerta? No temiendo el justo acabar la vida, teme el que se le acabe la penitencia, pues, ¿cómo no tememos nosotros viendo que sin comenzar la penitencia se acaba la vida? Oídas las palabras del siervo de Dios Fr. Esteban, junto con el conocimiento que tenían de él los religiosos á quien se las dijo, entendieron cuán grande era el afecto que tenían á esta virtud, pues acabándosele la vida, no quisiera que se la acabaran los efectos de ella. Explicóse luego más hablando con Nuestro Señor y diciendo: "Viva ó muera yo, padezca siempre por vuestro amor." Con estas ansias y afectos tiernos espiró en nuestro convento de Manila á donde le habían traído á curar, y en él fué enterrado su cuerpo con mucha solemnidad y devoción y gran concurso de pueblo, año de mil quinientos noventa y dos.

CAPÍTULO XXX.

VIDAS DE LOS SIERVOS DE DIOS FR. FRANCISCO RAMOS Y FR. JERÓNIMO DE BURGOS.

EL siervo de Dios Fr. Francisco Ramos, profeso en la provincia de Valencia, fué celosísimo predicador del Santo Evangelio. Predicóle casi en toda España, corriendo de unas partes en otras, como misionero apostólico que era, llevado del celo ardiente de la salvación de las almas. Su doctrina, según se dice en los manuscritos de los que le alcanzaron, era llana y clara como N. P. S. Francisco manda, anunciando con vehemencia grande de espíritu, muerte, juicio, gloria, infierno y eternidad; y como la acompañaba con el ejemplo, era grande el provecho que hacía en los oyentes, desterrando de ellos los vicios y plantando las virtudes, como lo daban bien á entender la mudanza de vida que había en las ciudades y pueblos donde sonaba la predicación.

Habíale dado Dios tal discreción para el buen logro de ella y tal acierto para la acción de lo que había de decir en la ocasión, que siempre que predicaba, parecía estar leyendo el corazón de cada uno de los oyentes; y así les aplicaba con proporción la medicina más conveniente, por ocultas y varias que fuesen las dolencias, con un mismo sermón. El religioso distraído se recogía, el mozo divertido dejaba la ocasión y se abalanzaba al camino estrecho de la perfección, el profano moderaba los gastos superfluos y los convertía en limosnas y otras obras pías, y, finalmente, todos, siempre que le oían, sentían la persuasión más eficaz para seguir las virtudes y apartarse de los vicios: claro indicio de que sus palabras eran de casta de fuego, que todo lo abrasa sin excepción.

Deseando acudir al remedio de los necesitados de doctrina, determinó pasar á Nueva España y de allí á Filipinas. Para este efecto pidió licencia á sus prelados, los cuales, viendo el fruto que hacía en España con sus predicaciones, y pareciéndoles que aquél era cierto y el que podía hacer en estas partes dudoso, se la negaron; pero como la vocación era de Dios, Él mismo allanó esta dificultad y otras bien grandes, y no permitió que á su siervo Fr. Francisco Ramos nadie le estorbase sus buenos deseos y propósitos; aunque también no faltó quien por eso le diese bien en que merecer todo el tiempo que se detuvo en su Provincia después ya de alistado para ésta, que también es muy ordinario, tanto como lo primero. Y aunque sé que son trazas del demonio para amedrentrar aquellos de quienes se recela que le han de hacer cruda guerra acá, ignoro los secretos juicios de Dios en la permisión. Podrá ser que sea para afinar más el celo de los que Él llama con la contradicción y oposición.

Además de los comunes, tuvo este siervo de Dios otro estorbo bien particular y fué que, teniendo noticias el pueblo donde era morador de como se venía á Filipinas, trató de impedir su venida y de hecho puso por ejecución su determinación, cercando el convento para no dejarle salir de él, por el grande aprecio que hacían de su gran santidad y virtud; mas presto allanó esta dificultad con su gran prudencia y descreción, y venidos los despachos, se embarcó para Nueva España y de allí á Filipinas, viniendo por Prelado de diez y siete religiosos enviados de los Prelados de Méjico, á cuyo cargo estaba ya la promoción de estas conversiones.

Luego que entró en ellas, comenzó á predicar este apostólico varón con su acostumbrado celo, así á gentiles como á los recién convertidos, discurriendo de una parte á otra, según que la necesidad de sus prójimos lo pedía, y sin permitirle su encendida caridad dar descanso á su cuerpo. Ella también le hizo arrojarse intrépido á algunos peligros de la salud y vida, atravesando ríos grandes y pantanos muy penosos para acudir á tiempo con el remedio que sus prójimos necesitaban. Había también algunos parajes malsanos en los cuales no todos los ministros asistían de buena gana, y porque las almas que allí había no se perdiesen y en ningún tiempo careciesen de doctrina, pedía á los Prelados que le señalasen á alguno de aquellos para su asistencia; y si se le concedían, le admitía con mucho gusto, como tan proporcionado á su espíritu; porque para él lo era aquél que se padecía más y había más que hacer en bien de las almas.

Fué generalmente amado de todos, así religiosos como seglares, por su apacible condición, que así como en la pureza era un Ángel, parecía en su trato y conversación. Por este camino redujo á mu-

chos á penitencia y convirtió infinitos gentiles á Dios; porque la apacibilidad con que trataba á todos, convidaba á oir con gusto y afecto su doctrina y predicación, y á dar la estimación debida á su ejemplo y virtud. Obligaba también á los gentiles la compasión y ternura con que se dolía de cualquier trabajo que les sudiese y necesidad que padeciesen; y si, por ventura, no les podía remediar lo sentía aun más que si él lo padeciera; con lo cual y su grande ejemplo tenía consoladísimos á todos, y á los cristianos edificadísimos, sin haber quien no le reverenciase por santo.

En el uso pobre de vestuario y celda tenía lo que permite la pobreza más estrecha. Cualquiera alhaja que no fuese inevitable y precisa la tenía por viciosa y molesta, y á veces se estrechaba de manera en esto, que no se contentaba sino llegaba á padecer necesidades en lo muy preciso, negando el socorro á la naturaleza, y experimentando muchas veces al día algunos de los efectos de la más perfecta pobreza; y así, cuando iba mudado de una parte á otra ó andaba discurriendo por los partidos que le eran señalados, no llevaba consigo más del saco con que se cubria, el Breviario y la Biblia, que habiendo de andar caminos largos, despoblados y ásperos, como eran los que de ordinario andaba, era preciso que padeciese muchas necesidades. Mas como verdadero pobre evangélico á todo se exponía, sacrificándose desde luego á Nuestro Señor, fiado de su providencia y llevado del amor que tenía á la pobreza, que es la que lo alentaba y por quien no temía arriesgarse. Cumplióla en fin, con mucha perfección, y así obró en las demás obligaciones. Señalóse grandemente en la virtud de la castidad. Afirmó su confesor, habiéndole confesado generalmente poco antes de morir, no haber hallado en él pecado mortal ni acto alguno contra la virginal pureza en casi sesenta años que eran los que tenía de edad cuando murió. Cosa por cierto digna de admirar, haber pasado la carrera de tan larga edad, en que hay tantos encuentros y peligros, sin lastimar ni manchar el delicado candor de la virginidad. Pero si consideramos la diligencia que ponía en conservar la pureza del cuerpo y alma, presupuesta la divina gracia, sin la cual es poco ó nada lo que las diligencias humanas pueden, no nos maravillaremos que hubiese conservado intacta la flor de la virginidad; aunque sean tantos los cierzos que la combaten y pretenden marchitar.

Su primera diligencia fué el ser cuidadoso custodio de los sentidos y su fiscal riguroso. Conocía que la ocasión de metérsenos los daños, es de no estar las puertas cerradas en la ocasión, y así usaba de ellos según la necesidad, siguiendo la naturaleza en lo preciso; pero no sin registro de la razón. En la vista en especial fué siempre muy

recatado, cerrando cuanto le era posible los ojos con quien parece que tenía hecho pacto como el Santo Job para que no viesen cosa que no fuese muy del servicio de Dios. Tal vez era preciso usar de ellos, habiendo de tratar y comunicar con sus prójimos, mayormente después que entró en estas conversiones, que como los naturales son sobremanera cortos y tímidos, la demasiada circunspección los amedrenta mucho y no osan manifestar sus dolencias ocultas; y puede suceder que, por aprovecharse á sí el ministro, deje de aprochar á quien por razón de su oficio tiene obligación, y por no condenarse á sí, condene á los demás, lo cual será incurrir en lo mismo que huye, pues en tal caso, igualmente está obligado á salvarse á sí y á salvar á los demás que están á su cargo. Por esto, pues, le era preciso á este predicador evangélico y celoso ministro de la salvación de las almas, usar tal vez del sentido de la vista; pero era de tal manera que aunque abría los ojos, no los desprendía de Dios en quien siempre los traía fijos; y por eso, aunque más se divertiese al trato y comunicación de las criaturas, nunca se apartaba del Criador.

Con estos cuidados hacía y guardaba entre su alma y sentidos una admirable armonía y consonancia celestial, como instrumento bien templado para Dios. Manifestóse bien en la última enfermedad, en la cual, embriagado en el amor divino, decía tan altas cosas y con tan dulces palabras é íntimos sentimientos, cantando de cuando en cuando algunos salmos y cánticos, que todos los que le oían, admirados de la suave violencia con que le arrebataba el afecto, quedaban enternecidos y con conocimiento claro de la sonora armonía de su cuerpo, alma, potencias y sentidos; y poco antes de espirar, estando presente la comunidad de Manila, á donde le habían traído á curar, rogó á los religiosos que le ayudasen á loar y bendecir á Dios entonando el *Te Deum laudamus* con suave voz y muy pausada, y así le prosiguió hasta el tercer verso, en que espiró blandamente, regalado con la suavidad y dulzura de la música y abrasado con el amor divino, como filomena derretida á los ardores del sol á quien liberal franquea el corazón, con prevenida música al tiempo de morir.

Del siervo de Dios Fr. Jerónimo de Burgos no se tiene noticia alguna antes que pasase á estas partes en cuanto á sus ocupaciones y empleos, así en el estado secular como religioso. Sábese que profesó en los Conventuales y que de allí á algunos años, deseando ajustarse á la perfecta guarda del Evangelio, cifrado en Nuestra Regla, se pasó á la nueva Reforma de la Provincia de San José que comenzaba á florecer en aquel tiempo. Vivió en ella poco más de dos años con mucha aprobación de vida, y entendiendo, como verdadero discípulo de N. Seráfico P. S. Francisco, que no había sido llamado

á la escuela apostólica para aprovecharse á sí solamente, sino también á otros, con los religiosos de la misión que llamaron del Pendón, se embarcó para Filipinas, donde llegó con algunos de ellos el año de 1582, habiéndose detenido dos años en la Nueva España por orden del comisario Fr. Miguel de Talavera, que le necesitaba mucho para la fundación de la Custodia de San Diego de Méjico y su promoción. Para la cual era de mucha importancia la asistencia del siervo de Dios Fr. Jerónimo de Burgos, como tan aventajado sujeto en virtud y letras. Y así, con razón podemos llamar á este santo religioso uno de los principales fundadores de aquella Santa Provincia que tanto resplandece en aquel nuevo mundo.

Venía con aquella ocasión nombrado en segundo lugar por Comisario de visita de esta Santa Provincia, que entonces era Custodia, y por no haber llegado á Filipinas el que venía en primer lugar, hubo de ejercer el oficio conforme á la instrucción de la Provincia de San José, á cuyo gobierno estaba sujeta la de Filipinas. Acabada aquí la visita, pasó á las casas de Macán y Malaca y erigió aquellos dos conventos en una como Custodia. Después, pasando á España, nogoció con el Rey y Sumo Pontífice algunas cosas de mucha importancia para la conservación y aumento de estas dos Custodias, especialmente la erección de Provincia de ésta de San Gregorio, y la subordinación de aquélla á la Provincia de Santo Tomé, para quitar todo lo que pudiese ser ocasión de que las conversiones de estos grandes Archipiélagos no fuesen adelante, cuyo promovedor fué mientras vivió. Así lo entendió el Católico Rey Felipe II; por lo cual le hizo su embajador para el Rey de China (*) enviándole instrucciones y cartas para la embajada, la cual, aunque no tuvo efecto por la razón que dijimos en el capítulo XXII del libro I, que fué la muerte del gobernador de estas Islas, á cuya dirección y despacho venía remitida; pero ya el año antes había estado en aquel Reino, no como embajador del Rey de España, sino del Rey del Cielo, Cristo Nuestro Redentor, que es el oficio que dice San Pablo que hacen todos los predicadores del Evangelio. Por esto mismo fué preso, encarcelado, cargado de cadenas y grillos, y padeció grandes trabajos, penalidades y fatigas de hambre, sed y cansancio y otras infinitas molestias; las cuales se continuaron en los largos viajes y peregrinaciones que comprendió en las dos veces que vino desde España á Filipinas, China, Cochinchina, Siam, Macán y Malaca, dando vuelta casi dos veces al mundo, hasta que vol-

(*) El nombramiento está firmado en Santarén á 5 de Junio de 1581. (Nota del Colector).

viendo otra vez á Madrid, fué Nuestro Señor servido de llevársele para sí, á donde recibiría sin duda con grande colmo el premio de sus muchos trabajos.

Estos son en suma los empleos que este santo religioso tuvo después que pasó á esta partes, los cuales he referido así por mayor por no cansar al lector con lo que ya está advertido en otras partes como en sus propios lugares. Pero de ello se puede inferir el incansanble celo de este varón apostólico, su osadía fervorosa, su gran prudencia y discreción, su constancia y perseverancia en el padecer. Lo que más se manifiesta aquí, es cuan singularmente fué favorecido de Dios y asistido de su divina gracia, porque sin ella parecía imposible haber emprendido tanto como emprendió en servicio de Dios y del prójimo, como es andar más de veinte mil leguas por mar y por tierra, entre gentiles y moros, y arrojarse á todos sus peligros sin que la tribulación le detuviese, ni la persecución le amedrentase, ni los grillos ni cadenas aprisionasen su espíritu, ni el trabajo ni el cansancio entibiasen su celo, como de hecho sucedió, pues ninguna cosa fué bastante para hacerle retroceder en lo que impelido del amor de Dios y del prójimo pretendió y solicitó. Y así, como tan constante é incansable, salía con cuanto quería y pretendía, que no era más de lo que á él le parecía que era del gusto de Dios, allanando con su prudencia y discreción las dificultades que se ofrecían, y dando el mejor medio y remedio que era necesario en la ocasión en cualquier materia y de cualquiera personas que habían tenido con él alguna comunicación. Era muy estimado su parecer, de mucho peso sus palabras, muy verdaderas sus razones, y en fin, de todo cuanto proponía y decía, se hacía mucho aprecio por el buen concepto que todos tenían de su gran talento y capacidad.

Es buena prueba de esto el aprecio grande que hicieron de él los Prelados generales de Nuestra Orden y en especial el Reverendísimo Fr. Francisco Gonzaga, el cual se valió de él en algunas ocasiones para negocios de mucha importancia, y algunos bien arduos é intrincados, que tocaban al crédito de algunos religiosos, y los señores del Real Consejo de Indias en cierta consulta tocante á lo de Filipinas y China en que se ofrecían graves dificultades, por las cuales en muchos días no habían tomado resulución, ni parece que la tomaran á no haber acordado dejarla en manos del Padre Fr. Jerónimo de Burgos, de cuyo buen expediente tenían larga experiencia. Él, con su acostumbrada eficacia y discreción, deshizo los inconvenientes y propuso las muchas razones que había de conveniencia, las cuales fueron de tanto peso para aquellos señores, que todos hubieron de estar á su parecer.

Daba alma á todos con su ejemplar y virtuoso modo de vivir, el cual era tal, que, aunque sus prendas en lo natural no fuesen tan cabales y tan aventajadas para hacerse lugar en cualquiera parte, su virtud era bastante para que todos le venerasen é hiciesen mucho aprecio de él. Veían en él un retrato de N. S. P. S. Francisco en la pobreza suma, en la caridad ardiente, en la oración continua y en otras muchas virtudes, y como tal le estimaban y reverenciaban todos, y decían algunos no haber visto sujeto más adecuado en todo genero de virtud y letras.

La virtud de la humildad, fundamento de las demás, fué en él muy admirable. No se le vió afecto ni efecto que no fuese de verdadero humilde, y cuando parece que podía haber alguna ocasión para engreirse, que aunque no justificada, pero bastante para los que no están bien fundados en esta virtud, recibiendo alguna complacencia vana con las honras y favores humanos, en él era tan al contrario, que antes se humillaba más, conociendo su nada y teniendo por engañados á los que le honraban y hacían alguna estimación de él. No miraba en sí cosa alguna que no fuese de vilipendio, y esto mismo quería que todos entendiesen; y así decía, que si así fuera, todos le menospreciarían más que él mismo se podía menospreciar, con menospreciarse como se menospreciaba, que se tenía por el más desechado del mando y el más vil de las criaturas.

Síguese á la verdadera humildad la perfecta pobreza, porque parece que quien tan en poco se estima, menos estimará lo que está fuera de sí y el mundo aprecia. No era lo más de este siervo de Dios no apreciar lo que el mundo aprecia ni estimar lo que él estima, como son las riquezas y bienes perecederos (que eso para quien tiene ojos para ver que son ahogos á la vida, tropiezos á la conciencia, y perdición para el alma que inmoderadamente usa de ellos y los apetece, no es mucho que los tenga por lo que son y que como á tales los desprecie y aborrezca); lo grande de este siervo de Dios es no apreciar ni querer por superfluo aun lo que el mundo no apreciara por vil y bajo. Dícese que ninguna cosa de las que tenía á su uso, por pobre que fuese, quería que fuese doblada, salvo los paños menores, que solía tener dos pares para mudarse, y no todas las veces. Mucho se nos dice en esto á los que sabemos que no sólo son necesarias algunas cosas para la limpieza y decencia religiosas, sino que también el que sean á lo menos dobladas, y aun las juzgan algunos por muy precisas, tanto como tenerlas sencillas. Mas este santo religioso era tan extremado en lo que tocaba al estrecho uso de las cosas, y en especial en las de vestuario y celda, que lo preciso tenía por superfluo, y por excusado, lo muy necesario, no per-

mitiendo que en su poder hubiese alguna cosa que pudiese decir que tenía compañera, y aun si se buscara en otro, podría ser que no se hallara, porque la pobreza de las cosas de que él usaba, al parecer de muchos, no tenía semejantes.

Con la suma probreza vivía muy contento, sin ansias de adquirir cosa alguna de este mundo; y no es de maravillar, porque las poseía todas por la desapropiación de ellas mismas y sin cuidado de conservarlas, por no depender de falibles tratos, sino de la Providencia Divina y empeño de su fiel palabra. Así lo experimentó repetidas veces, especialmente en sus largos viajes y navegaciones, á donde cuanto menos se valía de su providencia, no previniéndose con cosa alguna fiado en la Divina, tanto más abundantemente le socorría Nuestro Señor con todo lo necesario á la vida humana, ya por tierra, ya por mar, ya entre gentiles, ya entre moros; porque así como él con mucha exactitud cumplía con el consejo del Evangelio, de la misma suerte el Autor de él, Cristo Nuestro Redentor, acudía con mucha puntualidad al desempeño de su palabra y con la liberalidad que acostumbra.

Vióse en muchos aprietos de hambre, sed y cansancio, que le parecía que ya no faltaba más que espirar, y entonces acudía Nuestro Señor por medio de los gentiles, aun más de lo que pedía la necesidad. Así le sucedió estando en la cárcel de Cantón, ciudad de la gran China, que viéndose ya en términos de morir de hambre y sed, le proveyó Nuestro Señor por medio de un chino, que compadeciéndose de su necesidad y la de sus compañeros, les dió de comer; y de allí adelante hizo lo mismo, dándoles siempre lo necesario para poder pasar mientras allí estuvieron, hasta que Nuestro Señor fué servido de sacarlos de aquella prisión y traerlos á tierra de los cristianos, donde el siervo de Dios Fr. Jerónimo publicaba estas y otras maravillas de la Divina Providencia, de que él tenía mucha experiencia después que pasó á estas Islas y corrió por todos los archipiélagos y reinos circunvecinos.

No fué menos admirable el alto grado de oración, ó, por mejor decir, de contemplación (de que conocidamente tenía especialísimo don) á que levantó sus potencias Nuestro Señor en medio de tantas ocupaciones y perigrinaciones, que á otro que no estuviera tan bien fundado como él en los ejercicios de esta tan celestial virtud, fueran bastantes para divertirle y estragarle el espíritu. Levantóle Nuestro Señor á aquel altísimo conocimiento de sus misterios, perfecciones y atributos, que es medio entre la Fe y la visión beata, no tan claro como el de ésta, pero más que el de aquélla. Y aunque semejante conocimiento no se consigue sin particular favor

del Señor, que le concede á quien quiere, ó mediante especies intelectuales. ó una sobrenatural luz que infunde en el alma; pero el que es tan dichoso que le ha llegado á alcanzar, conoce ya á Dios con conocimiento más claro del que antes tenía de Él mediante la Fe, como le sucedía al Santo Fr. Gil (1) que después de cierta visión en que con alto modo se le comunicó Nuestro Señor, ya no decía *Credo in unum Deum*, sino *Cognosco unum Deum*. Á este modo, pués, le sucedía algunas veces al siervo de Dios Fr. Jerónimo de Burgos, varón grandemente contemplativo, que al llegar á contemplar las perfecciones de Dios, sus atributos, misterios y grandezas, era de Él tan favorecido, que se las manifestaba de manera que pudiese decir no sólo que las creía, sino que las veía.

De aquí se siguieron grandísimos bienes. El principal la unión íntima y trasformación en Su Divina Majestad, quedando ambos una misma cosa por conformidad. Buenas muestras dió de ello en las muchas enfermedades y achaques que tuvo á lo último de la vida, originados de la variedad de temples é inclemencias de tiempo, que fueron muchas las que padeció en el trascurso de sus navegaciones y peregrinaciones; pero siempre con mucha resignación y conformidad con la Voluntad Divina, como quien no tenía otro querer más que el suyo. De la misma suerte llevó los dolores que de ella se siguieron, que aunque fueron prolijos y agudos, nunca dió muestras del menor sentimiento, antes con alegría y paz admirable daba gracias á Nuestro Señor porque así le daba en que padecer, teniéndolo por singular favor suyo, pues le era ocasión de enriquecer el alma con muchos méritos como son los que trae consigo el padecer con verdadera resignación. Crecieron más con la última enfermedad, llevándolá también con gran júbilo y alegría espiritual, por ver que mientras más ella apretaba, se iba acercando más á la patria celestial, por quien había suspirado siempre, viviendo en este valle de lágrimas. Pidió los Sacramentos humilde y fervoroso, y así los recibió. Y habiéndole encomendado el alma, la entregó en manos de su Criador, en Madrid (**).

(1) *Crón. Ordin.* cap. 1.º etc. 11. (*)

(*) Véanse también Wadingo, tom 4, año de 1262, y Cornejo, *Crónica Seráfica*, part 1.ª, lib. 6, cap. 9.

(**) En el convento de San Gil, año de 1593. (Nota del Colector).

CAPÍTULO XXXI.

VIDA DEL SIERVO DE DIOS FR. PEDRO DE ESPERANZA, DEFINIDOR ACTUAL.

dar lugar la historia á especulaciones, ó permitírnoslas la brevedad con que vamos, muchos motivos nos ofrecían aquí, aunque no fuera más que para ocurrir á los reparos que se podían hacer acerca de la vida de este santo religioso, por haber sido en alguna manera particular respecto de los más que han pasado á estas partes cuyas vidas han sido memorables, y sino particular, pues ha habido de todo como ya diremos, á lo menos contraria al parecer, y muy otra á los intentos con que salió de su Provincia y vino á estas conversiones, que era la predicación del Evangelio y promulgación de Nuestra Santa Fe en todas sus provincias y reinos. Pero ya que no sea con la extensión y latitud que ello pedía, por no cansar, todavía diremos alguna cosa para satisfacción de los que hicieren reparo, y enseñanza quizás de los que pasan á estas partes con celo de la conversión de las almas y crédito del siervo de Dios Fr. Pedro de Esperanza, cuya vida es nuestro principal asunto en este capítulo.

Para lo cual es muy mucho de notar la altísima y suave providencia con que Nuestro Dios y Señor ha acudido á estas nuevas tierras desde el principio de su conversión, enviándolas en todos tiempos obreros tales, que aunque diferentes en el cultivar, conforme á la gracia que da á cada uno, pero igualmente celosos y poderosos para arrancar sus malezas y vicios y plantar en ellas la santidad y pureza de su Santa Ley. A unos envía que, llevados de este afecto ó fervoroso celo de la conversión de los gentiles, surcan espa-

ciosos mares, corren dilatadas tierras, penetran espesos montes é inaccesibles sierras, y hasta encontrar con lo que desvelados buscan, no hay remedio de quietarse ni descansar un punto, ni parece que es posible, porque su descanso, quietud y reposo, consiste en ver que muchos gentiles, dejando la idolatría profana y falsa adoración de sus dioses, se convierten, reconocen y adoran al verdadero Dios. De esto ha habido muchos en esta Santa Provincia, como se ha visto y verá en el discurso de esta historia, á los cuales ha concedido Nuestro Señor la conversión de muchas almas, correspondiendo á sus fervorosos deseos, más ó menos, conforme á Él le place y conviene, según sus altísimos é incomprensibles juicios.

Á otros envía no de inferior espíritu, fervor y celo; aunque, sí muy diferentes en la inclinación, genio ó natural aplicación. De donde nace la diferencia de los medios en orden á correspender á su vocación y buen acierto del ministerio á que son enviados. Y aunque los medios de que éstos comúnmente se valen son en todo tan diferentes y casi opuestos á los de los otros, por lo que luego veremos, se conocerá que no son desproporcionados para la conversión, que son la oración continua, el trato familiar con Dios, el sosiego del alma, quietud de espíritu, el recogimiento así interior como exterior, la mortificación en potencias y sentidos y otros ejercicios heróicos de virtud y perfección. Porque haciéndoseles muy pesado el tratar con criaturas tan bárbaras y tan alejadas de Dios y de su santo conocimiento, como son los gentiles idólatras, tomando por medio tratar su negocio con el Criador, pidiéndole con ruegos, suplicándole con oraciones, moviéndole con lágrimas, obligándole con virtudes, para que como dueño que es de las voluntades y corazones de todos, los traiga á su santo conocimiento. Estos son los caminos que éstos andan para buscar almas, los pasos que dan, las dificultades que emprenden, los montes que penetran, que es el monte santo é inaccesible de la perfección y el camino estrecho de la virtud. Por este camino pretenden predicar á los gentiles, mover sus corazones, rendir sus entendimientos y convencerlos, y, últimamente, atraerlos al conocimiento de Dios y de su Santa Ley.

También ha habido muchos de éstos en esta Santa Provincia, y entre todos el más señalado es el siervo de Dios Fr. Pedro de Esperanza, profeso en la Provincia de Castilla, que aunque pasó á estas partes movido de un caritativo impulso del provecho espiritual de sus prójimos y conversión de los gentiles, en viendo cuán obstinados estaban en sus idolatrías, cuán arraigados en sus vicios cuán codiciosos de los bienes temporales y cuán olvidados de los celestiales, consideró atento y cuerdo la dificultad de la empresa, el celo

que era menester para emprenderla, el desahogo de espíritu para no embarazarse entre tanta confusión de diligencias y medios humanos que es necesario poner para conseguir el fin, la igualdad de ánimo y sosiego de espíritu entre tanta diversidad de acasos y variedad de sucesos, la perseverancia tan constante para no desfallacer, y otras muchas cosas que se mezclan en estas conversiones tan dificultosísimas, como lo puede ser el contarlas aquí que es casi imposible.

Y pareciéndole que semejantes medios eran por una parte sobre sus fuerzas, y por otra nada inclinado á ellos, antes opuestísimo, viéndose obligado á corresponder á la vocación y llamamiento divino, determinó aplicarse con todas veras al ejercicio de las virtudes, al trato familiar con Dios por medio de la oración y contemplación, y valerse de estos medios para la conversión de los gentiles, como más proporcionados á su genio é inclinación. La cual, le inducía más el encogimiento que al desahogo, más al retiro que á la publicidad, más al rincón de su celda que á la capaz y anchurosa morada de todo un imperio ó reino, más á alabar á Dios en un coro con sus hermanos y comunicar con ellos lo más importante para su alma que á disputar con los gentiles de sus barbaridades é idolatrías, más á conversar con Dios que tratar con los que de ninguna manera le conocían, y últimamente, conocido su genio, tuvo por mejor habérselo con Dios á solas que con los hombres, como que le sería más fácil mover á la Clemencia Divina á piedad y misericordia para con los gentiles que rendir su rudeza y obstinación, moverlos y traerlos á su santo conocimiento; pareciéndole que si con medios divinos no lograba el fin de su vocación, ¿qué esperanza tendría en los medios humanos que podía poner, siendo como eran contra su inclinación? Con esto, pues, se despidió este santo religioso de las peregrinaciones del cuerpo y de la comunicación y trato de los gentiles y se dedicó al retiro de cuerpo y alma, al recogimiento de todas sus potencias y sentidos, á la oración continua y contemplación y al ejercicio de todas las virtudes.

Y luego mostró cuán acertada había sido su determinación y cuán pronta y perfecta su ejecucion, pues se perfeccionó tanto en la virtud, que como ungüento preciosísimo se difundía de todas partes su buen olor. Atraídos de él venían muchos, así cristianos como gentiles, y como en pos de su fragancia iban en su seguimiento hasta que le encontraban: los cristianos con deseo de tomarle por padre espiritual para el gobierno de sus almas y reformación de sus costumbres; los gentiles con intento de bautizarse, poniéndose en sus manos para que les instruyese y catequizase, como admirados de

las maravillas que habían oído decir de él y de su mucha virtud y santidad.

Porque, según escriben los de su tiempo, parece que tenía hecho concierto Nuestro Señor, y Él dádole la palabra, como si le dijera: Postula á me et dabo tibi gentes (1), que siempre que le invocase y llegase á tocar á las puertas de Su Divina Misericordia, pidiéndole por algún alma, que Él la llamaría, despertaría y tocaría en el corazón, y se la enviaría ansiosa de su salvación para que él la instruyese y encaminase en lo que había de hacer para salvarse, y aun para seguir el camino de la perfección.

Residía de ordinario este santo religioso en el convento de nuestro Padre San Francisco del Monte, lugar muy quieto y acomodado para la oración y contemplación, así por haber en él muchos y buenos maestros de ella, como por ser solitario y quieto. Y aquí fué á donde se recogió y aplicó con toda resolución al ejercicio de las virtudes, tomando muy á pechos, juntamente por medio de éstas y de todos los demás ejercicios de oración y contemplación, la conversión de las almas y aprovechamiento espiritual de sus prójimos. Y de tal manera lo consiguió, que de la ciudad de Manila iban muchas personas, así eclesiásticas como seculares, á comunicarle casi todos los días: unos desengañados de la vanidad del mundo, sus haberes y riquezas á fin de que les instruyese en el camino de la virtud, en cuyo seguimiento pretendían alcanzar y asegurar los bienes eternos y riquezas celestiales; otros con deseo de oir sus amonestaciones y consejos para salir de la dura prisión de sus vicios, rompiendo las cadenas de la sensualidad, gula y ambición, y gozar de la verdadera libertad en la esclavitud dichosa de la Religión y observancia de los preceptos divinos y consejos evangélicos.

Y no sólo era el concurso de los que iban de Manila, que de otras partes acudían también, así cristianos como gentiles: unos por curiosidad á ver el santo que tan celebrado era por toda la tierra; otros tocados de Dios, deseando solamente salvar sus almas. ¡Á cuántos y cuántas veces que habiendo oído la predicación del santo Evangelio en sus propios pueblos y tierras de diferentes provincias y reinos, ya de los ministros que andaban por toda esta tierra de Filipinas, ya de los que andaban por China, Japón, Siam y Cochinchina; y habiéndose hecho sordos y no querido conocer al verdadero Dios que les predicaban, en viniendo de la ciudad de Manila (como suelen venir de los dichos reinos), les tocaba Dios el corazón por medio de las oraciones de su siervo, y hacía que les hiciesen cristianos! ¡Á cuántos que

(1) Ps. 2, 8.

cansados ya los ministros de predicarles y desconfiados de poder ablandar y rendir la obstinación y dureza de su corazón, en pidiendo por ellos este santo religioso, Su Divina Majestad les ablandaba y derretía en lágrimas y se los enviaba para que él les catequizase y bautizase! !Qué de veces á los que se hallaban combatidos de fuertes tentaciones y ya á pique de caer y perder la gracia, y á otros que estaban notablemente afligidos y atribulados sin saber que medio tomarse, les inspiraba Nuestro Señor que fuese á consultar á su siervo como asegurándoles que habían de hallar en él el consuelo que necesitaban para su aflicción y el remedio más importante para vencer su flaqueza, desterrar su negligencia y sujetar sus pasiones! Pudiera traer muchos casos en particular para más prueba de lo que en común hemos dicho; pero por cuanto no añaden nuevas circunstancias, mayormente siendo todos muy notorios habrémoslos de pasar en silencio.

A todos estos, pues, y á otros muchos se los enviaba Nuestro Señor para que viesen por sus ojos los efectos de su oración quieta y forvorosa y grande recogimiento, así interior como exterior, puesto que por más servirle y aprovechar más á sus prójimos, sin desaprovecharse á sí, le había escogido. Aquí, pues, en este convento de San Francisco del Monte le comunicó muchos dones y gracias. Fué como principal la de hablar altísimamente de las cosas celestiales, que sin duda se la concedió Nuestro Señor para que con sus palabras encendiese en el deseo de ellas y en el fuego de amor divino á aquellos que Él le enviaba ya tocados de su infinita misericordia. Encaréncelo sobremanera los originales de la Provincia, diciendo que manifiestamente se conocía hablar por su boca el Espíritu Santo y haberle puesto como luciente antorcha en esta Iglesia y nueva cristiandad para desterrar, con su luz las tinieblas de todo error y enseñar el camino del Cielo, ó como fuente para que con sus corrientes fertilizase las estériles plantas é hiciese brotar los pastos de la vida. Y no es de maravillar que como él se apacentaba de ellos y sabía de su gran dulzura, respecto de la cual los deleites y regalos del mundo eran acíbar, nadie más bien que él podía inducir á los hombres á que se apacentasen de ellos y gustasen de su dulzura, trocándola por los acibarados gustos de esta trabajosa vida. Exhortábales con tan vivas razones y con tal espíritu y eficacia á apartar los afectos de las cosas caducas y ponerlos en las eternas, ponderando con sentimiento y fervor la hermosura de las virtudes, el horror de los vicios, el amor divino sediento del bien de los hombres, los apetitos ciegos arrastrando la razón y obscureciendo la imagen de Dios que Él imprime en las almas, y otros varios motivos, que los

corazones más helados y empedermidos se compungían y engendraban eficaces deseos de servir á Dios y mejorar las vidas.

Algunas veces era tan intenso el afecto con que quería inducir á las criaturas al amor del Criador y detestación de los vicios y culpas, que por la grande fuerza y abundancia con que le estimulaba la caridad, le embarazaba la lengua y no podía pronunciar palabra; é inflamado en una divina embriaguez, se quedaba como fuera de sí, derramando gran copia de lágrimas, con que movía á ellas y causaba grandes mociones en los ánimos y voluntades de los que le veían. Otras veces, ponderando la ingratitud de los hombres para con su Dios, celoso, se excandecía, y casi no lo pudiendo sufrir, se iba corriendo á la espesura del monte y arboledas, y allí daba voces mezcladas de compasivos y afectuosos sollozos, pidiendo perdón y enmienda para el ingrato y desconocido mundo. Allí formaba un tribunal en que intervenían la Justicia y Misericordia divina: á Ésta apelaba de Aquélla, tomando sobre sí la satisfacción en la manera que le era posible; porque después de haber bañado en sangre la tierra por las recias disciplinas que se daba, y regádola con lágrimas y con suspiros y sollozos enterneciendo los elementos todos, se ponía en cruz, y de esta forma, no cesando de correr la sangre ni las lágrimas, ni de clamar al cielo, estaba grandes ratos, hecho espectáculo á Dios, al mundo, á los Ángeles y á los hombres para moverle á compasión de éstos, y que los perdonase sus ingratitudes y pecados y trajese á su santo conocimiento.

Repetía muchas veces este ejercicio, y siempre con tan vivos ímpetus, como si cada vez fuera nuevo. Este era el camino más ordinario de pedir á Su Divina Majestad por la conversión de los gentiles para ir á una con los ministros que discurrían por toda la tierra, conquistando almas con la espada de la divina palabra y haciendo guerra á todo el infierno, ayudándoles con la oración, puesto los brazos en cruz, como otro Moisés en el monte, sin la cual ni las armas de Josué tenían fuerza, ni la espada de los ministros evangélicos pudiera cortar con eficacia, ni ellos triunfar de la bárbara gentilidad y de sus falsedades y engaños.

No obstante de haberse dedicado este santo religioso al retiro interior de sus potencias y sentidos y trato familiar con Dios en el dicho convento de San Francisco del Monte, apartándose totalmente de la comunicación de las criaturas, salvo de aquellas que allí le iban á buscar, y que conocidamente eran llamadas de Dios, para que él cuidase del remedio de sus almas y les administrase el mejor, como lo hacía con paternal amor y entrañas muy tiernas, con todo eso, impelido de la obediencia, le fué preciso salir fuera á consolar

á los afligidos, animar á los flacos, despertar á los negligentes y remediar todas las necesidades del alma; y no á una parte sola ni á dos, sino á muchas, mandándoselo así los prelados, porque además de pedirle muchas personas de la ciudad de Manila de autoridad, dignidad, virtud y letras, como lo eran el arcediano D. Francisco Gómez de Arellano, el gobernador Don Luis Dasmariñas, el licenciado D. Fernando de los Ríos, coronel, y el maestro Juan de León y otros, y también los pueblos enteros de la comarca, juzgaron acertadamente ser muy importantes sus salidas para el bien espiritual de las almas. Así, le enviaban á ciertos tiempos del año por algunos pueblos del alrededor de Manila y á los que están en la Laguna de Bay, y de cuando en cuando á nuestro convento de Manila, para que allí le comunicasen los que le deseaban; y en todas partes sacaba gran ganancia espiritual para sí y sus prójimos.

Tenía mucha parte en esto la maravillosa discreción con que penetraba los naturales y condiciones, y la disposición y estado en que estaban; y así, se atemperaba á todos con mucha gracia, diciendo á cada uno lo que según su condición, estado y disposición le importaba. Con los indios era muy poco lo que por sí hablaba, por no saber su lengua. Hablábales por intérprete, y les solía hacer algunas pláticas, las cuales eran tan provechosas para los oyentes, como si inmediatamente salieran de su boca y no se valiera de otra lengua que de la propia, siendo así que de ordinario las palabras así dichas, en pasando por otros arcaduces, pierden el calor, la eficacia y fuerza, y aun la gracia que recibieron en la fuente del espíritu donde tenían su origen y principio. Porque aunque los intérpretes estén muy bien en la propiedad de los vocablos y en la elegancia de las lenguas de aquellos á quien interpretan; pero como pocas veces están vestidos de los mismos afectos, que son los que dan la fuerza y eficacia á las palabras, no es fácil que al pronunciarlas las conserven en la que tenían, ni que ellas consigan el efecto que pretendían, de que hay larga experiencia, después que se descubrieron estas conversiones, así en estas Islas como en todos los reinos á ellas circunvecinos. Fuego parecía que despedían algunos ministros envuelto en las palabras y razones que al principio, cuando no sabían la lengua, proponían á los gentiles, y, sin duda, si de ellos fueran entendidas, eran bastantes para obligarles á dejar sus idolatrías y engaños, rendir sus corazones rebeldes y obstinados, ablandar su dureza y calentar su tibieza. Pero en siendo administradas por lengua ajena, de tal suerte perdían la gracia, que era casi cosa imposible querer conseguir con ellas el efecto que se ordenaban; así como lo es querer calentar un frío con otro frío, y ablandar ó aserrar un mármol con una sierra de palo.

Mas el siervo de Dios Fr. Pedro de Esperanza, así como en otras cosas salía de las reglas comunes, obrando algunas maravillosas conversiones por medios extraordinarios que al juicio de los hombres parecían algunas veces desproporcionados, también quiso Nuestro Señor que saliese en éste, moviendo igualmente á los oyentes con las palabras y razones que eran pronunciadas por sí, que por intérprete. Debía de ser porque como era tan intenso el fuego del amor divino con que salían caldeadas, aunque al pronunciarlas el intérprete se templasen y perdiesen algo de su rigor y fuerza, siempre las quedaba lo bastante para calentar al corazón más helado y enternecer al más obstinado. Ó podemos decir que con el mismo valor, fervor y celo de las palabras con que instruía al intérprete en lo que había de decir á los oyentes le encendía, enfervorizaba y disponía de manera, que como si estuviera vestido del mismo celo y de sus mismos afectos, así predicaba, corregía y amonestaba, y mediante él cogía el siervo de Dios Fr. Pedro muy abundante fruto. Así sucedía casi siempre que por sí ó por otro predicaba.

Era el afecto más común de su santa doctrina causar en todos un amor grande á las cosas invisibles y celestiales, y un desprecio sumo de las terrenales, porque como su ejemplo y doctrina andaban á una, y veían el poco aprecio que hacía de las cosas de esta vida, viviendo de ellas tan olvidado, como si no fuera de este mundo, y que, por otra parte, nunca se le caía de la boca la consideración y ponderación de los bienes eternos, suspirando y gimiendo por ellos, engendraba en aquellos que le comunicaban los mismos afectos, deseando, en cuanto les fuese posible, hacerse á él muy semejantes. Por esta causa era tan deseado de todos, y cuando le tenían en su compañía, no quisieran que se les apartara un punto, haciendo extremos de sentimiento cuando el siervo de Dios les dejaba y se volvía á su amado retiro.

Los indios, aunque no penetraban tanto el fondo de su virtud, empero, por aquella agradable hermosura y sonora armonía que de ella misma sale á lo exterior como prenda inseparable de aquel en quien está, con una suave violencia eran obligados de ella, enterneciéndose todos en sólo verle, y acompañándole los pueblos enteros por los caminos, y haciéndole mil obsequios todo el tiempo que le tenían consigo. Remunerábaselo él muy bien, instruyéndoles en algunos ejercicios de piedad y devoción, los cuales hacía él luego poner por obra; y no era menester más para que ya quedasen asentados, como si toda su vida se hubieran criado con ellos los indios.

Estaban antiguamente muchos pueblos á la admininistración de un solo ministro, por la falta que había de ellos; y aun cerca de Manila, que era por donde andaba este santo religioso, sucedió esto por algún tiempo, estando algunos años casi todos los pueblos de alrededor á la administración del de Santa Ana de Sapa, dos leguas de Manila, el cual era la cabecera de todos (*), y lo fué hasta que los demás se pusieron en forma y se pudieron gobernar por sí mismos y hubo para todos bastantes ministros; y así, aunque por la mayor parte los que entonces había eran muy celosos y fervorosos, acudiendo con puntualidad á las obligaciones del ministerio; pero como eran pocos y los pueblos muchos, no podían acudir como quisieran á los ejercicios de piedad y devoción, ni osaban comenzarlos por no trabajar en valde, sino es que allí hubiesen de estar por algún tiempo asistentes. Porque por experiencia sabían que, en no hallándose allí el ministro y no yendo él por delante, luego se les olvidaba ó se cansaban de los ejercicios devotos en que les habían instruído, y esto después de haberles costado mucho sudor y trabajo solamente para haber de comenzarlos.

Para este movió Dios Nuestro Señor á los prelados á que le impeliesen á su siervo Fr. Pedro, mandándole que saliese de cuando en cuando de su retiro, y que instruyese á los indios en lo que él le inspirase; y como era tan grande el amor que todos le tenían, con facilidad se les imprimía cuanto les enseñaba y decía, y aun en ausencia suya lo cumplían muy perfectamente, como era rezar el rosario todos los días, hacer la disciplina los viernes, y otras mortificaciones penosas y de mucha edificación y ejemplo, lo cual, aunque no tan enteramente, se conserva hoy, á lo menos en la cuaresma, sin ser poderosos los tiempos ni el descuido y flaqueza humana para borrarlo. En esto se conoce cuán hondas raíces echaron desde el

(*) "El origen de los naturales de este pueblo viene de un régulo llamado Lacantagcan, y su mujer llamada Bouan, señores de los territorios de Namayan, que era su principal residencia, de Meycatmon, Calatondongan, Dongos, Dibag, Pinacauasan, Yamagtogon hasta Meysapan, cuyos territorios, según se colige de algunos antiguos manuscritos, debían ser los ocupados hay por los pueblos de Pasay, Malate, Dilao, Pandacan, Quiapo, Sampaloc, S. Miguel, San Juan del Monte, Taytay, San Felipe ó Mandaloyon y San Pedro Macati, con todos sus términos respectivos. . . . . .

"El primer nombre cristiano que se halla en el árbol genealógico de esta gran familia es un tal Martín en esta forma: Martín, hijo de Calamayin: Calamayin hijo de Laboy: Laboy, hijo de Palaba y Palaba hijo primogénito del Régulo Lacantagcan y su mujer Bouan. El dicho Lacantagcan, además de cinco hijos habidos de su legitima mujer Bouan, tuvo uno bastardo con una esclava de casta bornea, llamado Pasay, el cual fué origen del pueblo conocido con el mismo nombre, por haber fijado allí su residencia como propietario del terreno, legado por su padre." Huerta, *Estado geográfico, estadístico, histórico religioso de la Santa y Apostólica Provincia de San Gregorio Magno de Religiosos menores descalzos, de la regular y más estrecha observancia de N. S. P. S. Francisco en las islas Filipinas;* pag. 53 y 54. (Nota del Colector).

principio en estos nuevos cristianos, á diligencias de la doctrina y ejemplo de este gran ministro, ejercicios de tanta piedad y devoción.

En los españoles aun eran más provechosas y eficaces sus saludables palabras y obras virtuosas, porque cuanto más se aventajaban en el entender, tanto más les obligaba, aun en cosas muy arduas y grandes, cuales son los ejercicios de oración, contemplación, mortificación y penitencia. Sacó en estos ejercicios muchos y famosos discípulos, así dentro como fuera de la Religión, en las dos veces que fué Maestro de novicios, como ya diremos. Y en las muchas que le comunicaron los vecinos de Manila, así hombres como mujeres, no pocos salieron de su escuela resueltos á dejar el mundo y entrar en Religión, y todos, ya que no fuese por obra, á lo menos en el afecto, que según eran las obras de virtud y perfección á que les inducía y ellos ejercitaban, sólo el hábito les faltaba para ser religiosos. Evidentemente se conoció que las personas que estrechamente trataron con él se señalaron en virtud y piedad, como fueron las que arriba nombramos y otros muchos siervos de Dios, religiosos de Nuestra Orden y de otras, y asimismo seculares que vivieron y murieron con grande opinión de santidad en la ciudad de Manila.

Muchas mujeres deseaban también retirarse del mundo, y ya que no fuese entrando en Religión, por no haber entonces convento de Monjas, á lo menos haciendo de sus casas convento, dejando vanidades y conversaciones superfluas, y frecuentando los ejercicios de oración y comunicación con Dios. Ayudólas mucho este siervo de Dios en sus buenos deseos, con conocidas mejoras de sus almas y familias y de toda la república. La cual, á persuasión suya, puso en práctica la fundación de algún convento ó cosa tal, que sirviese de recogimiento para mujeres. Ventilada la materia, pareció por entonces que, mientras se fundaba convento de Monjas, se fundasen colegios en que se recogiesen algunas honestas doncellas huérfanas y otras mujeres de buenas costumbres con beneplácito de sus maridos, en ausencias suyas largas y viajes peligrosos, que en Manila son muy ordinarios en servicio del Rey y de la República.

Informado el católico Rey Felipe II, dió orden como luego se pusiesen en ejecución, mandándoselo al gobernador Gómez Pérez Dasmariñas, el cual, luego que llegó á Filipinas, dió principio á la obra en unas casas que dió para esto el capitán Luis Vibanco, factor de la Real Hacienda, donde estuvo algún tiempo el colegio de las niñas, que así se llamaban entonces, hasta que se les fabricó casa é iglesia propia con título de Santa Potenciana virgen, Patrona de la Ciudad,

á cuyas expensas se hizo (*), ayudando también con sus limosnas, á persuasión del siervo de Dios Fr. Pedro, algunas personas particulares, señaladamente el arcediano Don Francisco Gómez de Arellano, su hijo de confesión, que mandó labrar á su costa parte de la casa y hacer el retablo del altar mayor. Y lo que es más, con su ejemplo y doctrina, á imitación de su padre y maestro el Santo Fr. Pedro, promovía lo espiritual de las almas y le comenzó desde que se comenzó el colegio, y no lo dejó hasta que murió.

Habíalo hecho así el siervo de Dios Fr. Pedro, acudiendo muy frecuentemente para el ministerio de las confesiones y pláticas, y no con pequeño consuelo suyo por el fruto espiritual que de ello sacaba. Este fué de manera que, algunas de las doncellas más provectas, junto con la Rectora, deseando convertir aquel recogimiento en convento de monjas muy observantes, vivían como si ya lo fueran, rezando en el coro á sus horas el oficio de Nuestra Señora y á media noche los maitines, y quedándose después algunas en oración mental, disciplina y otros ejercicios de monjes. Y aunque el fundarse el convento no tuvo efecto en muchos años, gozó Manila desde luego los frutos de este colegio en la honestidad y recogimiento de las doncellas que salían de él para tomar estado, siendo como eran pretendidas de los vecinos por la buena relación de su virtud. Otras se solían quedar sin tomar más estado que el que tenían, contentas sólo con los frutos de la virginidad. Solían también entrarse en este recogimiento algunas mujeres casadas por el tiempo que duraba la ausencia de sus maridos, conforme á la intención con que se había fundado desde el principio según hemos dicho. Aunque para niñas hay ya otro colegio que sustenta la Hermandad de la Misericordia (**), para éste y otros fines es el de Santa Potenciana de grande importancia para la república, y obra muy digna de continuarse y promoverse, como lo hizo, en cuanto le fué posible y mientras vivió, el siervo de Dios Fr. Pedro, su primer promovedor, en la forma que hemos dicho.

Este y otros servicios hizo este varón apostólico á Nuestro Señor y á la república de Manila y á toda la tierra, movido del celo de la honra de Dios y del bien de sus prójimos, mostrando juntamente la fuerza de su virtud y santidad, que tales efectos causaba en los que le comunicaban, y la gracia que Dios Nuestro Señor le había dado para mover y enfervorizar las almas en el camino de la virtud y perfección.

(*) Ha sido suprimido, encontrándose "adscritas á la Real Casa (de la Misericordia), veinticuatro pensionistas del Estado que pertenecieron á este colegio y que por Superior decreto de 10 de Junio de 1865 quedaron sujetas á las prescripciones del reglamento de Sta. Isabel." *Guía oficial de Filipinas*, pag. 276, año de 1884. (Nota del Colector).

(**) El Colegio de Sta. Isabel. (Nota del Colector).

Mostróla en especial en el ministerio de Maestro de novicios en las dos veces que lo fué: la primera, en Nuestro Convento de Manila, y la segunda, en el de San Francisco del Monte, siendo actualmente Definidor, sacando en una y otra parte muy aventajados religiosos, que pudieran muy bien ser maestros de la perfección. De algunos habemos hecho mención en lo que hasta aquí está escrito, y otros tenemos en lo adelante, religiosos todos muy ejemplares y dignos de toda loa y veneración, discípulos, al fin, de un tan gran maestro. Él no sólo les acompañaba en sus nuevos fervores, sino que les excedía en muchas cosas de rigor y penitencia por estimularlos con el ejemplo, no dedignándose, por ser definidor, de abatirse á los ejercicios más humildes del convento, antes adelantándose á todos. Él era el primero que cogía la escoba ó estropajo para fregar y barrer, y el que por sus propias manos hacía las camas de los enfermos y limpiaba los vasos y acudía á los demás oficios que el mundo tiene por despreciables; aunque en la casa de Dios no lo son; antes se tienen por muy preciosos, y tanto más, cuanto el mundo los juzga por más viles.

La humildad y oración eran los fundamentos en que establecía y aseguraba el espiritual edificio de sus novicios: con el uno los arraigaba en la tierra de su propia bajeza; con el otro los dirigía al Cielo é inclinaba á aspirar á él con afectivas ansias como á su dulce centro. Persuadíales la mortificación de los sentidos y sumisión del ánimo, no sólo con palabras, sino con obras (como acostumbraba siempre que persuadía algo á sus prójimos en bien de sus almas). Las que él hacía delante de sus novicios eran tales, que el más tibio se enfervorizaba, y venían á hacérsele fáciles y ligeras las que antes tenía por muy dificultosas y pesadas. Acostumbraba este santo varón mandar á sus novicios que uno por uno le fuesen pisando la boca, escupiesen el rostro, abofeteasen, azotasen en las espaldas; y postrándose, mandaba á algunos de ellos que le reprendiese sus muchas faltas é imperfecciones. Otras veces lo hacía él así mismo, y tan agriamente, como quien también se conocía, ponderando defectos muy leves, y faltas casi inevitables, tanto que los novicios no sólo quedaban instruídos en no disimular ni ocultar las suyas, sino que ponían grandísimo cuidado en evitarlas en adelante, pegándoles juntamente un muy encendido deseo de padecer injurias y oprobios y de ejercitar la paciencia y de sujetar los bríos de la juventud y macerar la carne con la penitencia.

Fué esta virtud fiel compañera del siervo de Dios Fr. Pedro, porque además de ser perfecto amador de ella, como que su amistad es medio para tenerla con Dios, necesitóla mucho para preservar á su

alma de la corrupción de la fea sensualidad por haber sido muy combatido de ella, siendo instrumento el demonio, por permisión de Dios, para más real prueba de la fidelidad de su siervo. Padeció muchos y fuertes combates del enemigo contra la virtud cándida de la castidad, así en la vejez como en la mocedad. Nada consiguió su contrario. Él, sí, muchas victorias, y tantas, cuantas fueron las peleas y contiendas. Bien que siendo ya de madura edad, se afligía sobremanera, viendo que ni lo helado de la ancianidad, ni lo postrado de su cansado cuerpo con tantos años y con el peso y rigor de tanta penitencia con que siempre le trató, ni lo acibarado de tan sensibles mortificaciones y asperezas con que actualmente se ejercitaba, como eran el ayuno continuo, las disciplinas y cilicios de todos los días, ni el haber conseguido tantas victorias como había conseguido, era bastante para poner freno á la osadía sucia del enemigo infernal que pretendía derrocarle con representaciones feas y aborrecibles; y con tanta vehemencia cada vez, como si aquella fuera la última y única contra quien asestaba toda su furia, recelándose no flaquease en el fin, cansado ya de pelear, ó perdiese el seso que tan delicado es en la edad decrépita, mayormente cuando es acosado de algún deleite, representado con viveza en la imaginación que se deja llevar de él con grandísima facilidad; y el *fomes* de la concupisencia, que está entrañado entre los huesos, se enciende más á prisa, como paja vieja ó yesca seca, la cual en comenzando á arder, es muy dificultosa de apagar. Mucho mitiga las ardores la ancianidad, pero no los destierra de todo punto, que tienen hondas raíces en la tierra viciada de la naturaleza, y menos que ésta no deje de ser, no pueden faltar aquéllos. Enflaquece, sí, mucho las fuerzas del espíritu; hace mudable y fácil el juicio, y como quiera que queden, los vicios son poderosos para derribarle y hacerle perder el seso, no tanto por sí, cuanto por la debilidad y flaqueza del sujeto, que está más apto para caer que para tenerse y resistir.

Así lo conocía el siervo de Dios Fr. Pedro, y como tal se recelaba y prevenía, aunque por la poca satisfación que tenía de sí y el grande temor que tenía de ofender á Dios, siempre que en esta materia se veía combatido y tentado, se afligía, de manera que muchas veces prorrumpía en grandes sollozos y afectuosas palabras, pidiendo á Nuestro Señor su ayuda y socorro. Otras veces daba grandes voces, volviéndose contra el demonio, como á tentador de las almas, y lleno de un furor santo le reprendía y afeaba su sucia intención, diciéndole mil oprobios, con que parece que se desahogaba y vengaba de él. Y aunque siempre procuraba reprimirse de manera que no saliese afuera ni lo entendiesen los religiosos, particularmente estando

en algún acto de Comunidad, por no inquietar, no todas veces podía, como se vió en una ocasión, estando en el coro, que habiendo batallado largo rato sobre esto, y no debiendo de poder reprimirse, ó quizás entendiendo que el no vencerse en esto sería ocasión de mejor vencer al demonio, se desató en oprobios contra él, repitiendo muchas veces: "Apártate, demonio; afuera, bestia infernal," y otras palabras semejantes que daban bien á entender cuanto era el sentimiento que tenía y dolor grande que recibía aun con sola una leve imaginación contra la virtud cándida de la castidad, ó en otra cualquiera materia que fuese ofensa de Dios.

La virtud de la humildad fué tan admirable en este santo religioso, cuanto en él era ya menos reparable. Digo esto, porque según consta de los de su tiempo, ya no era cosa de reparo el que se abatiese á los ejercicios más humildes del convento, aun siendo Prelado y Definidor. Porque la inclinación tan notable que tenía á todo lo que era humildad, hacía entender á los que le veían de afuera que para él no era ya materia en que tuviese necesidad de vencerse ni de violentar el natural. De aquí nacía el no reparar ya en los heróicos actos de humildad que muchas veces ejercía al día y repetía, y la causa quizás de no dejárnoslos notados con toda individuación. Aunque bien mirado, antes por eso mismo se debía hacer mejor; porque nunca la virtud es más digna de reparo y loa y aun de admiración, que cuando es más continuada y repetida, y por haberse convertido como en natural, más fácil de ejercitar; porque este es el fin que pretende, y nunca está más adelante que cuando le llega á conseguir Y si la virtud que vence, quedándola aun todavía que vencer, es digna de loa, ¿porqué la ha de desmerecer la que totalmente venció? No obstante, refieren como efectos de su profunda humildad un deseo y afecto grande que tenía siempre de ser despreciado de todos y andar debajo de sus pies; y llevado de este afecto, se echaba á los de los pobres para besárselos, á donde quiera que los encontraba, sin poderse reprimir. También iba todos los días á la portería, aun siendo prelado, y los daba de comer, y comía con ellos. Era tan grande el consuelo que en esto tenía, que aun cuando estaba enfermo, bajaba arrimado á un báculo, y parecía que entonces se hallaba más aliviado de la enfermedad.

En otras muchas virtudes floreció este santo religioso, que sólo refieren por mayor los originales de la Provincia, por las cuales y las que quedan referidas le llama el Martirologio Franciscano varón admirable y excelente. Y verdaderamente lo fué, como se puede conocer por lo que hemos dicho, como por haber sido tan celador de la perfecta guarda de la pobreza y Regla de N. S. P. S. Francisco,

que para jamás se le notó cosa en que desdijese á la Religión más genuina de ser su verdadero hijo.

Lleno, en fin, de días y merecimientos, fué Nuestro Señor servido de llevársele para sí, avisándole primero de su muerte en la manera siguiente: Vivía en el convento de San Francisco del Monte, siendo, como ya hemos dicho, actual definidor y maestro de novicios, y para desfogar el corazón de los ímpetus amorosos del fuego del amor divino en que muy frecuentemente se abrasaba, prorrumpiendo en fervorosos sollozos y suspiros y en altas voces de alabanzas divinas, salía muy ordinario á lo retirado del monte, entre unas grandes arboledas, no lejos del convento, y á orillas de un río que por allí pasa, en medio del cual había una piedra ó peña grande cercada toda de agua. Sobre ella se solía poner por estar más libre de sabandijas, que le inquietasen en la oración ó le ofendiesen, que en esta tierra, y en especial á donde hay abundancia de yerbas y espesura de arboledas, son muchas las que se crían y algunas bien ponzoñozas.

Estando, pues, aquí una tarde en oración y casi enajenado de los sentidos, llegó un hermoso mancebo (que según parece fué el Ángel de su guarda) como á recordarle, diciéndole: "Huye, que aunque has de morir presto, no quiere Dios que mueras ahogado." Era esto á últimos de Julio, que es el tiempo de las grandes aguas en esta tierra, y era mucha la que había llovido aquel día en las sierras y montes que están más arriba del convento; y él, recordando á la voz del Ángel (á quien con una muy ligera vista vió, aunque bastante para conocer que era del Cielo) y poniéndose á pensar sobre lo que le había dicho, oyó un grande ruido como de muchas aguas, por donde entendió que era avenida, y que la advertencia del Ángel era que huyese de ella para no ser ahogado. Hízolo así, corriendo á toda prisa por coger un montecillo ó cerro que está allí cerca, y al llegar á la cima y alto de él, llegó el agua á la peña donde antes estaba, y en muy breve rato la sobrepujó más de diez brazas en alto, tanto que no se veían las palmas y árboles que estaban allí cerca con ser algunos bien grandes.

Estúvose allí toda aquella tarde hasta que se aplacó la furia de la avenida, dando gracias á Nuestro Señor en el ínterin de que le hubiese librado de tan manifiesto peligro; pero no sin nuevos cuidados del lo otro que le había dicho el Angel de que había de morir presto. Así se anduvo por espacio de ocho días hasta que le dió una calentura, con la cual se acabó de confirmar que era poco el tiempo que le restaba de vida. Mandóle el Guardián, que era el venerable Padre Fr. Agustín de Tordecillas, que se fuese á curar á la

enfermería de nuestro convento de Manila, y aunque sabía que su enfermedad no tenía cura, por hacer la obediencia, de que se preciaba mucho, se puso en camino, que es poco más de una legua, despidiéndose primero de todos los religiosos con ternura y lágrimas, y en particular de sus novicios, dándoles muy saludables consejos, como quien tanto les amaba y se despedía de ellos para no verlos más en esta vida.

Cuando llegó al convento, iba ya muy fatigado de la enfermedad, la cual fué por instantes creciendo, de manera que todos conocieron que era mortal. Recibió los Santos Sacramentos con grande reverencia y devoción, y á los seis de Agosto del año de mil quinientos noventa y cuatro murió en la dicha enfermería de Manila, hallándose presente la Comunidad y algunos seglares, hijos suyos de confesión, los cuales se entraron sin ser vistos de los religiosos; y por diligencias que hicieron para echarlos fuera, no pudieron hasta que le vieron espirar, llavándose por reliquias algunos trastecillos que tenía de devoción, como eran cuentas y medallas, el rosario y una crucecilla que traía al cuello, y todo lo demás que pudieron coger que hubiese estado á su uso, por el mucho amor y reverencia que tenían á su padre espiritual, encareciendo con lágrimas y suspiros su mucha virtud y santidad.

Capítulo XXXII.

VIDAS DE LOS SIERVOS DE DIOS FR. FRANCISCO DE LA TRINIDAD, CONFESOR Y DE FR. JUAN LORENZO, RELIGIOSO LEGO.

FUÉ el siervo de Dios Fr. Francisco de la Trinidad de los primeros que tomaron el hábito en los conventos de los Descalzos de la Nueva España que fundaron hijos de esta Provincia para proveerla de ministros de los religiosos que allí fuesen profesando. Y este parece que fué el intento de tomar allí el hábito el siervo de Dios Fr. Francisco, pues apenas hubo profesado, cuando se alistó y determinó venir á estas conversiones, como lo hizo, año de mil quinientos ochenta y tres, en compañía de otros religiosos de su mismo espíritu y del Santo Fr. Pedro Bautista, que venía por Prelado de todos, como ya queda advertido en su propio lugar en los sucesos que se refieren del dicho año.

El celo ardiente de la conversión de las almas que tuvo este santo religioso en estas partes le hizo discurrir por todas ellas, predicando con doctrina y ejemplo, sin permitirle perder tiempo ni tomar el preciso para dar descanso á su cuerpo. Porque ni de día ni de noche paraba como fuese necesario para sacar á los indios gentiles de sus rancherías, y siempre en vela para instruir y enseñar á los que ya tenía convertidos, y hacerlos buenos cristianos, y aun para defenderlos de las ordinarias vejaciones y agravios que padecen de los ministros de justicia y de los encomenderos y sus cobradores, y de otros que tienen algún poder y mando. Mostraba en esto tal valor, que, en ofreciéndose la ocasión, no reparaba en poner á riesgo su vida, como amoroso padre y celoso pastor, por defender á sus tiernos hijos y queridas ovejas. Y así, cuando algún español les hacía

algún agravio en las personas ó haciendas ó en la honra, lastimándoles de palabra ó de obra ó llevándoles algún tributo no debido, revestido de celo, se oponía á su sinrazón, reprendiéndole asperísimamente y amenazándole con el castigo del Cielo sino se enmendaba ó satisfacía las injurias y agravios que hubiese hecho á los indios.

Y como su vida era tan inculpable que ni les daba ocasión ni asidero para dar color, no sólo á sus sinrazones pero ni aun á sus quejas, podíalo hacer con libertad y aun con más seguridad. Y así se veía que aunque muchas veces querían quejarse, poniendo tacha en su justificado celo y libertad evangélica, nunca se atreveían, por no hallar camino por donde enderezar su malicia. Por lo cual, aunque amado de los buenos, era muy temido de los malos, y de ninguno más que del peor. Esto fué causa de que muchísimos indios se viniesen fugitivos de otras partes á la que él estaba, como los polluelos huyen del milano á recogerse debajo de las alas y protección de la madre. Porque ya sabían todos que más bien que si fuera padre y madre de cada uno les defendía y amparaba.

Y por el mismo caso era muy eficaz en ellos su doctrina y predicación, y aun la corrección en los que la necesitaban, creyendo que quien tan bien les defendía en sus personas y haciendas y los libraba de los males del cuerpo, no haría ni les diría cosa que no fuese para mayor bien de sus almas. Y era así: porque á esto se enderezaban sus continuas amonestaciones y pláticas, los muchos pasos que daba, los trabajos grandes que padecía, la mucha penitencia que hacía y el grande ejemplo que les daba, como que ésta era la más eficaz persuasiva para darles á conocer la santidad y perfección de la Religión cristiana, mediante la cual podían salvar sus almas.

Para proceder en esto con toda rectitud, puso mucho estudio en ajustarse con puntualidad á las leyes de verdadero fraile menor, guardando con gran perfección su Regla evangélica, como lo hizo mientras vivió; y otras muchas cosas que sólo son de supererogación: andando siempre descalzo de pie y pierna y con un simple hábito, pobre y remendado, y durmiendo en el duro suelo. En caminos largos y despoblados jamás se prevenía con comida, fiado en la Providencia divina, como verdadero predicador evangélico. Y lo que es más, con ser los soles de esta tierra tan fuertes, que aun los mismos naturales no los pueden llevar y sufrir sin cubrir la cabeza, él nunca lo hizo, aunque fuese al rigor de la siesta.

Y para darles á conocer más enteramente á Cristo crucificado hacía que le azotasen fuertemente con unos cordeles anudados, que le hacían presto saltar la sangre, y tanta, que de ordinario quedaba bañada la tierra, y todo él ensangrentado y llagado como un Cristo.

Y así como estaba, predicaba á los circunstantes con tanto fervor y espíritu, que no había á quien no moviese y edificase. Proponíales las finezas de un Dios que de semejante manera quiso ser puesto de los hombres por salvarlos, su clemencia y piedad en cargar sobre sí los males que ellos merecían por sus pecados, la gravedad de la culpa que acarreó tantos daños y lo mucho que era menester para borrarla, pues tanto le costó al mismo Hijo de Dios, hasta ser muerto y crucificado. Y de aquí pasaba á explicarles los bienes de la Ley de gracia que habían recibido, y les exhortaba á la guarda de ella, atendiendo cada cual á su estado y á las obligaciones especiales de él. Exhortábales también á dar gracias á Dios por sus misericordias, á amarle por sus beneficios, temerle por sus justos castigos, hacer aprecio de la divina gracia como única puerta del Cielo, y aborrecer los vicios, verdugos que han de ser crueles y acusadores de sus mismos dueños; y otros razones y consideraciones vivísimas, que como salían de un corazón herido del amor de Dios y del prójimo, donde también tenía su origen lo llagado de su cuerpo penetraban los corazones de los oyentes, de que daba buen testimonio la gran copia de lágrimas que derramaban siempre que veían renovado tan devoto espectáculo.

Y para moverlos también á la devoción, veneración é imitación de los Santos, les contaba sus vidas, virtudes y milagros, y cómo siendo hombres como ellos, por haberse sabido aprovechar de los favores divinos, habían llegado á estado de tanta perfección y santidad, que por ella merecían ser honrados y venerados de todo el mundo. Y en las festividades de los más principales, y que la Iglesia celebra con más solemnidad, les hacía representar sus virtudes con la propiedad posible, para que unos y otros, por aquellas exterioridades, entendiesen y conociesen la práctica de ellas: componíales para esto algunos papeles en su idioma, en forma de coloquio, y él mismo les ensayaba, instruía y enseñaba cómo y de qué manera lo habían de hacer y decir.

Y aunque esto parece que era enseñarlos á ser comediantes, tomado el nombre en la común acepción; pero considerando lo que son estas tierras y naciones, que en todo son muy diferentes de las de nuestra Europa, no hay aquellos daños que comúnmente se entienden debajo de este nombre de comedias y comediantes, antes sí muchos provechos y bienes que con más propiedad se explicarán, llamando á las tales representaciones no comedias, sino trazas é invenciones del apostólico celo de los primeros ministros del Evangelio, que fueron los que los impusieron en esto, para que por ellos viniesen en conocimiento de los misterios de la vida,

muerte y Pasión de Cristo Nuestro Redentor (como aun todavía se acostumbra en la Nueva España), y tuviesen noticia de los Santos, de sus virtudes y milagros, como de hecho sucede y se experimenta. Y además de esto, en alguna manera se hacen republicanos (*), aprenden cortesía y policía, unos por lo que ven, otros por el estudio que ponen para semejantes ocasiones, que también les aprovecha para otras, y como á todos les agrada y parece bien, en ello mismo corrigen sus barbaridades, que eran muchas las que tenían, y cortesía, ninguna de las que en rigor se deben llamar cortesías; aunque á su modo sí tenían, como ya dijimos en la descripción de las Islas. Y así, en lo mucho que he leido y revuelto tocante á estas tierras y Nuevo mundo, ninguno he hallado que haya puesto en ello dolo; muchos sí que lo han loado, mayormente no habiendo fundamento para recelarse de algún daño considerable de los que se suelen seguir ó mezclar con las tales representaciones, y que con dolor de muchos se experimentan en nuestra España y en otras parte de las cristiandad.

Conociendo, pues, esto el siervo de Dios Fr. Francisco, les instruyó al principio en estas devotas y loables representaciones de las vidas de los Santos, así del Testamento Nuevo como del Viejo, y de algunos sucesos de la Escritura y misterios de ella, que ya han pasado á comedias en forma, que hacen en las fiestas de sus Titulares y Patrones con singular regocijo de los pueblos y con no pequeño de los ministros en verlos una vez en el año alegres y contentos, siendo como son de suyo tristes y melancólicos (**), y andando como andan casi siempre aflijidos y oprimidos, ya con tributos y *bandalas*, ya con otras vejaciones y agravios. Y aunque no fuera más que por esto, parece que era loable, particularmente no habiendo como no le ha habido exceso en más de ochenta años que están en uso, ni llegado aun á tener asomos de relajación ó vicio ó cosa tal que sea en daño de las almas ni de los cuerpo. Ni para temerse en adelante, tampoco hay fundamento, que no dejara de haberse descubierto en tanto tiempo; y cuando en algún tiempo le haya, fácil es el remedio, que no está más en que el ministro quiera ó no quiera; porque tanta repugnancia suelen hallar en ello los de los papeles como en otra cualquiera cosa buena, por aquel poco de trabajo que les ha de

---

(*) Entiéndase, sociables, tan necesario á los naturales de este país, aun en nuestros días, en que muchos de los pueblos están muy diseminados, viviendo los indios en casas aisladas unas de otras, de suerte que tienen poco roce y sociedad aun entre sí. (Nota del Colector).

(**) Pocas veces se les ve en ese estado de tristeza y melancolía que dice Sta. Inés. (Nota del Colector).

costar el estudio: ¡tanta como ésta es su pereza! (*). Además de las representaciones dichas con que el siervo de Dios Fr. Francisco daba á conocer á sus cristianos las virtudes de los Santos, hacía él otras en sí mismo, y tanto más eficaces para lo que pretendía, cuanto eran más vivas con la práctica de las virtudes, no aparentes, sino reales y verdaderas. Con su humildad profunda y pronta obediencia les daba á entender la que ellos habían de tener á los ministros de Dios, en cuyo lugar están, y á sus preceptos divinos; y con las demás virtudes de penitencia, abstinencia, castidad, las que habían de tener si querían imitar á los Santos que en semejantes virtudes sobresalieron y se esmeraron mucho. Hacía grande impresión en los indios el rigor y aspereza con que trataba su cuerpo, abriéndole á azotes todos los días y rasgándole con cilicios, y el poco sustento que le daba, pasándose algunos días sin comer, y cuando comía, eran legumbres y tal vez un poco pescado, sin probar jamás la carne. No causaba en ellos menos admiración su honestidad y religiosa modestia, la cual era tal, que, sino á lo muy preciso, nunca levantó los ojos, teniendo por liviandad muy grande la vagueación de la vista. Y ponerse de propósito á mirar un animal fuese el que fuese, si era macho ó hembra, nunca se pudo acabar con él, temiendo ensuciar la vista en darla facultad para semejante registro. Esto que á algunos les parecía impertinencia le fué á él tan importante para la perfecta guarda de la preciosa é inestimable virtud de la castidad, que (según se supo de cierto) después que había andado con tan particulares y cuidadosos recatos no sólo había sentido tentación grande contra la dicha virtud, pero ni aun aquellos primeros movimientos que aun á los más virtuosos y perfectos suelen molestar, ya fuese por estar desnudo de toda especie de las que los suelen excitar, ya por singular favor de Nuestro Señor que le quiso exceptuar de esa pensión común, así como él se singularizó, huyendo de lo que de muy lejos pudiese manchar la virtud de la castidad.

Con todas estas virtudes, pues, que por ser tan heróicas y excelentes no podían dejar de ser conocidas del más bozal y rústico indio, obligaba á todos á ser buenos cristianos y á corresponder á las obligaciones de tales, dejando vicios y pecados y los convites profanos y holguras destempladas que usaban en su gentilidnd. Estas mismas virtudes le hacían también muy grato para con Dios y para con los hombres, así religiosos como seglares, venerándole y estimándole todos como á varón santo.

(*) No la tienen para estudiar los papeles de las comedias, porque los aprenden á fuerza de ensayos; y sino los saben, el apuntador se cuida de vocearlos. (Nota de Colector).

Y certificáronse más en el buen concepto que de él tenían después que se hicieron notorias unas palabras que dijo poco antes de morir, que aunque él las refirió sólo por dar gracias á Nuestro Señor, obligado de los muchos beneficios que había recibido de su liberal mano, fueron de mucha edificación para cuantos tuvieron noticia de ellas. Y fué que estándole asistiendo á su muerte dos religiosos ministros de otros partidos, á los cuales él había avisado luego que se sintío enfermo desde un pueblo de la provincia de Camarines, llamado del mismo nombre (*), de cuyo convento era Guardián, oyeron que, hablando con Dios á solas, teniendo Nuestra Santa Regla en la mano, le decía: "¿Qué os podré yo dar, Señor, por tantos beneficios como me habéis hecho, especialmente que siendo yo tan vil criatura os hayáis dignado de asistirme con vuestra divina gracia, dándome fuerzas para guardar á la letra esta Santa Regla sin haberla quebrantado en cosa ninguna después que la profesé, habiéndome visto en tantos peligros y trabajos? ¡Bendito seáis por todo por siempre jamás, amén!" Repetía muchas veces esto con ternura y lágrimas, y entrando los religiosos que le estaban escuchando, le preguntaron que con quien hablaba. "Con Dios, hermanos (les respondió), dándole gracias porque milagrosamente me ha librado de muchos peligros de cuerpo y alma; y ya que no le puedo corresponder con obras, hágolo con palabras." Entonces les exhortó á la perseverancia en el ministerio de de la conversión de las almas, diciéndoles que, si fielmente hacían la obra del Señor, serían de Él muy bien pagados, no sólo en la otra vida, sino también en esta, con premios adelantados como él lo había experimentado, aun con ser siervo inútil y descuidado.

De allí á poco murió, dejando á los religiosos no menos edificados de su santa vida, que envidiosos de su dichosa muerte, creyendo que mediante ella se había ido á gozar de la vida eterna, según que se lo habían prometido cuando profesó Nuestra Santa Regla, que si la guardaba mientras viviese, conforme se había obligado á ella, se le prometía la vida eterna en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y habiéndola guardado con la perfección que la guardó, como se puede creer por haberlo dicho él mismo que lo sabría mejor que ninguno, y en una hora que es hora de decir verdades, y no á los hombres, sino hablando con Dios que sabía muy bien ser verdad y, por tanto, dado permiso á sus labios, ó Él mismo se los abrió, porque no parecía conveniente que se quedase en el silencio lo que era tan importante á la edificación; y siendo como ès tan fiel en sus promesas y en las que en su nombre se hacen, ya

(*) Camalig, que en castellano significa, camarín. (Nota del Colector).

no era materia de duda el que morir á esta vida mortal su siervo Fr. Francisco é ir á gozar de la eterna era todo uno. Así lo entendían y creían los religiosos que se hallaron presentes y cuantos tuvieron noticias de la perfección con que había guardado Nuestra Santa Regla, puesto que bien averiguado, dicen algunos santos y doctores que no es menester más para que un Fraile Menor sea canonizado, no sólo como confesor, sino como incruento mártir. Fué el dichoso tránsito de este santo religioso el de mil quinientos noventa y cuatro (*) en el dicho convento del pueblo de Camarines (**), y en él está enterrado su cuerpo.

Por el mismo tiempo pasó al Señor en el convento de Manila el siervo de Dios Fr. Juan Lorenzo, religioso lego, hijo profeso de esta santa Provincia. Fué natural del Condado, hijo de padres labradores, los cuales habiendo muerto, pasó á Nueva España de edad de treinta años. Hizo su habitación en las minas de Tlascala, y luego pasó á fundidor de moneda en las casas de Méjico, á donde con su industria y oficio acaudaló en breve tiempo buena cantidad de plata. Corría ya la fama del grueso trato y grandes ganancias de las mercaderías que venían de China á Filipinas, y codicioso de aumentar el caudal con algún buen empleo, pasó á ellas, año de mil quinientos ochenta y dos. Presto mudo de designios, illustrado con luz del Cielo, con la cual conoció el riesgo que hay en las riquezas al conseguirlas, y mayor al poseerlas y gozarlas, siendo como de ordinario son las tiranas de la razón. Pidió nuestro santo hábito en el dicho convento de Manila, y aunque al principio hubo alguna dificultad por pasar ya de cuarenta años; pero, vistas las ansias con que le pretendía, que indicaban bien de ser su vocación de Dios, se le dieron, y á su tiempo la profesión, que fué á veinticinco de Abril, año de mil quinientos ochenta y cuatro.

No es creible el gozo que recibió de que se vió en el gremio de los hijos de N. P. S. Francisco, y con su pobreza suma, sumamente rico. Daba infinitas gracias á Nuestro Señor por tan singular beneficio: levantaba las manos al cielo como quien ya no hacía caso de las cosas de la tierra; y para olvidarse totalmente de ésta y no acordarse sino de aquél, tomó como particular estudio el ejercicio de la santa oración, virtud que es madre fecunda de las demás. Ninguna ocupación le quitó las horas diputadas (que eran muchas

(*) Día primero de Agosto. (Nota del Colector).

(**) El pueblo se llama Camalig, como antes dijimos. El nombre de Camarines le levan ahora dos provincias del Vícol, es á saber: Camarines Sur, que es á la que pertenece el pueblo de Camalig, y cuya capital es Nueva Cáceres; y Camarines Norte, cuya cabecera es Daet. (Nota del Colector).

entre día y noche) en tan santo ejercicio. Y fué tanto lo que se adelantó en él, que siendo aún nuevo en la Religión, podía ya ser maestro de maestros en el ejercicio de la oración, según los excesos mentales que muy continuamente padecía en ella, y el altísimo conocimiento que le comunicaba Nuestro Señor de sus perfecciones y misterios, que en sólo oirle hablar de ellos, arrebataba el deseo de los oyentes con una suave violencia tras del Sumo Bien, á quien con superiores luces conocían en aquellos misterios y finezas de la manera que los explicaba y daba á entender el siervo de Dios Fray Juan.

Donde parece que á sí mismo se excedía, era cuando pensaba ó hablaba del inefable Sacramento del Altar. Las más de las veces no hablaba palabras para explicar lo que sentía y entendía; explicábase con afectos y sentimientos, los cuales eran á veces tan vehementes, que de lo interior del alma salían á lo exterior del cuerpo, impeliéndole á varios movimientos, ya saltando, ya bailando, y ya dando palmadas y otros movimientos y ademanes, sin que en estos se pudiese ir á la mano. Así sucedió bajando un día á comulgar con los demás coristas y legos, que apenas había comulgado, cuando sumamente encendido y enfervorizado con las cercanías de Cristo Sacramentado, prorrumpió en afectuosos sentimientos y encendidos suspiros; y pasando adelante con la profunda consideración de aquel misterio, aun antes de apartarse del lugar en que se había puesto de rodillas para comulgar, comenzó hacer estraños movimientos con el cuerpo, sin poderle detener los que se hallaban presentes; antes al quererle levantar en pie, prosiguió con nueva fuerza, añadiendo otros movimientos de pies y manos como si en forma bailara; y al cabo de un pequeño rato, pasando, como dicen, de un extremo á otro extremo, se quedó inmovible y arrobado, los ojos fijos en el cielo, sin pestañear, por grande espacio de tiempo, hasta que volvió del rapto, estando todos los que se hallaban presentes maravillados y asombrados, y dando gracias á Nuestro Señor por los efectos maravillosos que obra en las almas de sus siervos.

Después de estos arrobos le quedaba tan impreso lo que allí Dios le daba á entender, que tampoco estaba en su mano el no pensar en otra cosa, y rara vez sucedía que no fuese con abundancia de lágrimas de las cuales tuvo especialísimo don. Era también notablemente afectuoso y compasivo, y así, cuando pensaba en los misterios de la Pasión de Cristo Nuestro Redentor, lloraba tiernísimamente, con unos sentimientos de compasión y dolor de ver padecer tan acerbos tormentos á su Dios y Señor. Mezclaba con estos sentimientos afectos de amor y gradecimiento, inflamando su espíritu en el amor

que Nuestro Señor tiene al hombre, y deseando él ser tan agradable á sus divinos ojos, que en alguna manera pudiese agradecer y corresponder á tanto amor.

Con la continuación llegó á tan dichoso estado de oración, que tenía siempre presencia de Dios, sin que las ocupaciones exteriores le embarazasen para este empleo. Es gracia ésta sobrenatural y muy especial, que la alcanzan pocos, y la pierden muchos por no disponerse para ella. Pensamos algunas veces que no podremos acudir bien á lo exterior sin apartarnos de lo interior, y debíamos de pensar lo contrario, esto es, que sin la ocupación interior de potencias y alma, no tenemos que esperar acierto en las ocupaciones exteriores, ni nuestros sentidos pueden ir bien regulados en divirtiéndose para las criaturas, sin pasar por el peso y medida de la consideración y ejercicio continuo de la presencia de Dios.

Desde muy al principio entendió esto el siervo de Dios Fr. Juan, pues, aun siendo novicio, de tal manera se ocupaba en los oficios de su profesión, como son los de la huerta y cocina y otros de humildad, que nunca faltaba al de la oración, teniéndola en lo mismo que traía entre manos, y de cuando en cuando levantando los ojos al cielo, que los que de fuera le veían decían que siempre andaba endiosado. Y no por esto faltaba á la puntualidad de sus oficios ni que se pudiese decir que le traían alcanzado, antes le quedaba tiempo para hacer los que estaban á cargo de otros y todos los del convento, como se vió en el de San Francisco del Monte, en el cual vivió algunos años y alcanzó como especial favor el que tuviese todos los oficios, por no haber otro religioso lego más que él, porque decía que sentía mucho ver ocupados á los sacerdotes en los oficios de la casa, teniendo ellos tanto que hacer con su Misa, coro y estudio; y que aunque no fuera esto, ¿porqué había de hacer otro lo que él podía y debía hacer? Y lo que es más admirable que trayendo, como dicen, todo el peso de la casa, haciendo todos los oficios de ella, para jamás faltó á acto de Comunidad, así en el coro como fuera de él.

De haber sido tan excelente en la virtud de la oración se siguió el ser tan general en todas las demás, que apenas hay virtud en que no le loen y especifiquen los originales de la Provincia, diciendo que fué varón muy penitente, abstinente, caritativo, humilde, devoto, piadoso, muy honesto, de grande recogimiento y por extremo callado, finalmente, en todas las virtudes tan adecuado y perfecto, que onde quiera que asistía, le tenían todos por ejemplo y dechado de antidad, en quien como en claro espejo se miraban y componían ara ser perfectos religiosos. Individúan algunas cosas de su peni-

tencia y abstinencia diciendo que fué tan observante de ésta, que su comer parecía cosa de ceremonia, porque hacía que comía, y toda la comida la dejaba, y él mismo se la daba á los pobres. Ayunaba todas las cuaresmas de N. P. S. Francisco y casi venía á ser á pan y agua, por que nunca pedía ni él se prevenía con otra comida más de la que daban á la Comunidad; y como no todas veces eran de cosas de ayuno, le era fuerza el dejarlas y pasarse con lo que en la servilleta le ponían.

De su penitencia se dice que fué en extremo grande, trayendo continuamente el cuerpo quebrantado con disciplinas y cilicios: éstos eran penosísimos que le rasgaban las carnes; aquéllas, muy continuadas. Eran tres al día: á prima noche, después de maitines y al rigor de la siesta, cuando todos los religiosos estaban en sus celdas recogidos. Y porque de ninguno fuese sentido, se metía en una cueva ó entierro que había en San Francisco del Monte, debajo del altar mayor de aquel convento (*). Mas como en Comunidad poco se esconde, alcanzaron á saberlo algunos religiosos, y á título de caridad y discreción pidieron al Guardián que modificase semejantes rigores. Éralo el venerable Padre Fr. Agustín de Tordesillas de quien en muchas partes habemos hecho mención, uno de los primeros fundadores de Nuestra Religión en esta tierra, varón asimismo santo, prudente y experimentado, y no fué de parecer convénir en lo que le pedían, haciendo juicio que era Dios el que le impelía, y que por eso le daba fuerzas y espíritu para ello, y no fuera razón querer poner límite á Dios, ni impedir á su siervo el mérito y la corona. Porque aunque no la perdía obedeciendo, á él le sería tomada estrecha cuenta delante del tribunal divino, que por razón del oficio de prelado estaba obligado á fomentar á sus súbditos en la virtud y ayudar á Dios en sus obras. Y bien considerado, no es materia para dispensar en ella fácilmente, como lo suelen hacer algunos, que de puro mansos y piadosos, ó por demasiado discretos, no sólo mitigan los fervores de espíritu de sus súbditos, queriendo poner límite en aquello mismo á que Dios les impele, sino que también echan á perder la observancia religiosa, dando ocasión con su blandura á la relajación. No se niega la discreción, pero adviértese sea discreción, no facilidad de ánimo ó piedad cruel; que se mida y pese el espíritu y las fuerzas de lo naturaleza y aun las de la gracia. Asistido de ésta, pasó el siervo de Dios Fr. Juan su carrera sin detenerse en ella, no aflojando ur punto en la penitencia y rigor y en el ejercio de las demás vir tudes.

(*) Todavía subsiste, aun cuando no en su forma antigua (Nota del Colector).

Volviéronle á Manila por ser necesario para la enfermería y cura de los enfermos; mas Dios Nuestro Señor que tenía determinado otra cosa, aunque le dejó llegar á donde le mandaba la obediencia, pero no el que se emplease en lo que le mandaban, por haberle quitado al instante la salud y las fuerzas y aun la vida, que parece que no le había llevado á la enfermería á otra cosa sino para que muriese en ella. Al primer día le dió la calentura, y en los demás se fué continuando y creciendo por instantes. Desahucióle el médico por la tarde, no dándole de término más que hasta las cuatro de la mañana por haber aquella hora mudanza de luna. Mandáronle velar aquella noche á tres religiosos, y como si no tuviera mal alguno, con un semblante alegre y risueño, conversaba y hablaba con ellos cosas de Dios, de su gran bondad y misericordia y de las finezas que hacía con sus criaturas. En esto tocaron á maitines y dijo: "Déjenme, hermanos, que quiero rezar lo que tengo de obligación". Cogió sus cuentas y rezó sus maitines en voz clara y devota con mucha pausa. Acabados, preguntó á uno de los religiosos la hora que era, y respondiéndole, dijo el enfermo: "Pues quiero rezar la corona á la Virgen Santísima, que ella ha de ser mi intercesora delante de su Hijo preciosísimo y la que me ha de librar de las asechanzas del enemigo y cargos que me puede poner en la hora de mi muerte de mi mala vida pasada". Rezó el rosario y otras devociones, y luego tornó á preguntar la hora que era, y respondiéndole que cerca de las tres, dijo: "Pues si he de morir á las cuatro, bueno será acabar de rezar las horas que me faltan, que con eso tendré menos deudas de que dar cuenta á Nuestro Señor." Púsose á rezarlas con la misma devoción y pausa que los maitines, pero reconociendo que se le iban acabando las fuerzas, aceleró algo el rezo por tenerle ya acabado cuando llegase la muerte.

Y porque aun todavía se sentía con algunas fuerzas, después de haber rezado las horas y pasádose las cuatro, pidió á los religiosos que le ayudasen á poner de rodillas sobre la cama, que ya él por sí no podía; que pues Nuestro Señor le daba tiempo, no era razón el perderle, que quería tener un poco de oración para que aquel día no se pasase sin tan santo ejercio. Puesto de rodillas, se recogió un rato á Dios, al cabo del cual pronunció con afecto y ternura estas palabras: "Suplícoos, Señor, que pues trajisteis esta ovejuela perdida y descarriada á vuestro rebaño, habiéndola librado de tantos peligros y borrascas como hay en el proceloso mar de este mundo, no permitáis que en el puerto se pierda." Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando le faltó el aliento, y de-

jándose caer sobre la cama en que estaba de rodillas y pronunciado Jesús María, con una apacible y mansa boqueada dió su espíritu al Criador en manos de los tres religiosos que le estaban velando. (*).

(*) Murió el año de 1594. (Nota del Colector).

CAPÍTULO XXXIII.

ELECCIÓN DEL SEGUNDO PROVINCIAL FR. JUAN DE GARROVILLAS Y DE ALGUNAS COSAS TOCANTES Á SU GOBIERNO Y MUERTE DE FR. FRANCISCO DE LA CONCEPCIÓN, DEFINIDOR ACTUAL, EN LA MAR DEL SUR.

HABIENDO visitado la Provincia el venerable Padre Fray Luis Maldonado, lector jubilado, hijo de la provincia de Santiago, con mucha edificación, ejemplo y consuelo de los religiosos, como ya dijimos en el capítulo tercero convocó á Capítulo provincial para quince de Setiembre de mil quinientos noventa y cuatro en el convento de Nuestra Señora de los Angeles de la ciudad de Manila. Halláronse en este Capítulo diez y siete vocales, que eran de los religiosos más graves y venerables que había en la Provincia, á los cuales hizo una plática la noche antes el dicho Comisario, llena de erudición y espíritu, tocante á la nueva elección que se pretendía, cargando la mano sobre que el que hubiesen de elegir fuese tal, que no sólo se contentase con conservar la Provincia en la observancia religiosa, rigor y perfección en que estaba, sino que aspirase á extenderla por los amplísimos imperios de China y Japón y demás reinos circunvecinos, favoreciendo y promoviendo las conversiones que había en ellos, enviándolas ministros y lo demás que necesitasen para su conservación y aumento, diciendo que, además de ser tan en bien de las almas y de tanta gloria para Nuestro Señor, ésta era la primera obligación de esta santa Provincia por ser este su principal y particular instituto, y otras razones y motivos en orden á esto.

El celo fervoroso que este apóstolico varón tenía de la conversión de las almas le obligaba á promover este empleo en cualquiera ocasión

que se ofreciese y en cuanto fuese de su parte, así con obras como con palabras, como lo manifestó bien en el discurso de la Visita, animando y consolando á todos los religiosos que estaban ocupados en la conversión, y al tiempo del Capítulo, mucho más, temiéndose que si el prelado no era celoso y cual convenía para este ministerio, podía atrasar y aun deshacer en un día cuanto los súbditos hubiesen con su trabajo adelantado y edificado en un año.

Finalmente, llegado el día señalado, que era el siguiente, y habiendo precedido las diligencias que se acostumbran de sermón y Misa, absolución de censuras y habilitación de los capitulares (según lo disponen las Constituciones generales de la Orden y particulares de la Provincia), entraron en votos, y reconocidos por el presidente y escrutadores, se hallaron divididos en dos partes iguales Repitieron los escrutinios y siempre salían de la misma forma, lo cual visto por el presidente, mandó que se dejase la elección hasta la tarde, por ser ya hora de comer y parecerle que sino se comunicaban primero, no se habían de concertar.

Acabadas vísperas, tornaron á la elección, habiéndose ya comunicado con licencia del presidente del Capítulo, y, dejando á los dos que igualmente se contrapesaban, sacaron al primer escrutinio por Ministro Provincial á Fr. Juan de Garrovillas, natural del mismo pueblo en Extremadura, persona en quien concurrían muchas y muy buenas prendas de nobleza, religión, letras y santidad, y otras no menos importantes para ejercer dignamente el oficio. Porque, sobre lo dicho, era religioso experimentado y práctico, así en la conversión y predicación del Evangelio á los gentiles, como en lo que toca á lo monástico y disciplina religiosa, habiendo sido ya prelado en España en su Provincia, la de San José, y en ésta Definidor y Comisario Provincial en la de Camarines, y Ministro muchos años en aquella conversión, y, últimamente, religioso muy celoso y de resolución en negocios arduos y graves, que eran muchos los que entonces se ofrecían, á causa de no estar aun bien asentadas las cosas de la tierra, en cuanto á la conversión de los infieles y administración de los recién convertidos.

Concluído, pues, el Capítulo y vueltos los capitulares á sus conventos, trató el Provincial de recogerse por algunos días en el de San Francisco del Monte, por ser lugar muy quieto y acomodado para los ejercicios de oración y contemplación, pareciéndole que sin nuevas prevenciones ó instrucciones aprendidas en la escuela de la oración, n podía acudir con la solicitud, desvelo, prudencia y acierto que er menester para el buen gobierno de su Provincia: ¡documento admira ble para sus sucesores y para todos los demás que ocupan semejante oficios! Esto es lo mismo que decirlos, que para haber de goberna

á otros, es menester primero consultarlo con Dios y poner nuevos cuidados en gobernarse á sí.

Antes de poner en ejecución su determinación, sucedió un caso verdaderamente ejemplar, así para súbditos como para prelados, y es como se sigue: Á pocos días de la celebración del Capítulo envió obediencia á dos religiosos que estaban en la Laguna de Bay, diez ó doce leguas poco más de Manila, para que se viniesen por moradores del dicho convento de San Francisco del Monte á causa de tener intento, en comenzando á componer la Provincia y partidos de las conversiones, sacar de aquel convento otros dos religiosos para el ministerio de ellas. Recibidas las letras, los de la Laguna se pusieron luego en camino, y viniendo el día siguiente por el río de Manila, que sale de la misma Laguna, al emparejar con el estero ó río que es camino para San Francisco del Monte, acordaron los religiosos de llegar hasta Manila á tomar la bendición al nuevo Prelado, que pues estaban tan cerca y la detención no era más que de medio día cuando mucho, parecería grosería el no hacerlo: ¡tan descuidados como esto iban de lo que les podía suceder!

Llegaron, pues, y el Provincial que era severo y notablemente celoso de que sus religiosos no anduviesen vagueando, así que los vió y fué informado á lo que venían, pareciéndole liviandad ó teniéndolo por excusado, estando ya él para ir al mismo convento, les recibió acedo y áspero, dándoles una tan recia reprensión, que á todos les pareció exceso. Detúvoles en esto gran rato, postrados, ponderando mucho su desobediencia en no se haber ido vía recta á su convento como él se lo había mandado, que es lo que de ordinario se suele espresar en las patentes y obediencias que son para este efecto. Acabada la reprensión, les mandó con nuevo mandato que se volviesen á embarcar y no durmiesen en parte ninguna, sino es en su convento, que dista de Manila poco más de una lengua por tierra, y por agua, dos; y ese es el arrodeo que pudieron hacer en venir á tomar la bendición del Provincial que con tanto rigor y aspereza les había tratado. Despidiéronse, en fin, de él no poco desconsolados, y, á lo que parece, con razón, así por no ser lo que ellos habían hecho contra el estilo de la Provincia ni en perjuicio de la Religión, como por la buena intención con que lo habían hecho.

Salieron, pues, de Manila como al poner del sol; y aunque el camino era breve, habiéndole de andar de noche, como era preciso, tenía mucha dificultad, que no era menos que exponerse á peligro de la vida por haber á lo último, dentro del mismo estero por donde suben y pasan las embarcaciones á San Francisco del Monte,

unas pozas grandes, como de agua rebalsada, las cuales están hirviendo de caimanes que han muerto muchas personas, que pasaban por allí ó andaban pescando, particularmente de noche que es cuando estos animales tienen más osodía y ánimo. No obstante de prevenir este riesgo, los religiosos se resolvieron de cumplir la obediencia, fiados en Nuestro Señor que por los méritos de ella les había de librar de aquel peligro. Así fué, pues llegaron á su convento libres y sanos y sin sentir cosa alguna en todo el camino; pero no sin admiración suya y del Guardián y demás religiosos, por ser aquel paso tan peligroso cual hemos dicho. Y aunque ahora no lo es tanto, con todo eso, no es muy seguro, que no ha muchos días (contando desde que esto se escribe) que allí se halló hecho pedazos un hombre en las garras de los caimanes; y no mucho antes mataron cuatro en menos de ocho meses, y apenas hay año que no suceda algo de esto. Antiguamente sucedía muy frecuentemente, hasta que entraron los españoles en la tierra y comenzaron con buenas embarcaciones á trajinar estos ríos y esteros, que con el ruido y continuación de los que van y vienen, y haberles acosado algunas veces, se han ido retirando y huyendo al mar, dejando más seguros los ríos para poderlos navegar y comunicarse toda tierra por ellos, como se hace, con no pequeña conveniencia para el trasiego de las mercancías y para la abundancia de la provisión y regalo, y mucho descanso de los que caminan, que á no ser así, aunque todos anduviesen á caballo, fuera grandísimo el trabajo.

Esto, pues, que hemos contado de estos religiosos en haber sido libres de aquel peligro, y, á lo que se entiende, por los méritos de su obediencia, aunque ya algunos no lo habían dejado de notar, y asimismo el rigor del prelado, pero ninguno se había atrevido á hablar en ello, y así se estuvo en silencio hasta allí á dos ó tres días, que cayendo en la cuenta quizás el Provincial de lo menos discreto de su celo, conoció y confesó su yerro, hizo penitencia y pidió perdón de él delante de la Comunidad del mismo convento de San Francisco del Monte donde estaban los dos dichos religiosos, que si bien hubo ocasión para ello, no por eso pierde su humildad; antes es muy digna de imitar, pues lo que Su Divina Majestad hizo con él y para su escarmiento, él mismo lo hizo notario para escarmiento de los demás, y aun para darles ejemplo de humildad, como lo hizo, conociendo en ello mismo lo indiscreto de su celo en el caso presente.

Fué, pues, el caso que de allí á tres días se puso en camino el Provincial para ir al mismo convento, y en su compañía otro religioso llamado Fr. Diego de Santa María, y al llegar con la embar-

cación al paso peligroso, yendo los dos rezando vísperas de San Lino, Papa, cuya fiesta era el día siguiente, salió un fiero caimán debajo de la embarcación, y abalanzándose á ella, metió una mano dentro, dejando otra en el borde, y no pudiendo alcanzar al Provincial, á quien parece que tiraba la garra por haberse retirado con presteza atrás, arrancó un tablón bien fuerte del mismo borde y con ella se fué al fondo. Todos se quedaron asustados y como muertos, y mucho más los indios que bogaban, los cuales, así que vieron el caimán, soltaron los remos, y la embarcación se paró, con lo cual la bestia tuvo lugar de repetir las embestidas, llevándose de la segunda otro tablón de otro costado, tirando siempre al Provincial, como que con él sólo tenía la tema, hasta que animándose unos y otros con gritos y golpes que dieron en el agua, y, sobre todo, con la buena maña que se dieron á los remos, le pudieron ahuyentar de sí y ellos escapar de él. No quería Dios Nuestro Señor castigar matando, sino asustando, para que hiciese más impresión la corrección; y este sólo parece que era el fin, pues ninguna cosa se le ofreció por entonces al Provincial, ni en medio de la aflicción, ni después, sino que aquello era por la severa reprensión que había dado á aquellos religiosos y su enviada á tales horas por allí, creyendo no haber sido tan prudente y discreto su celo como convenía, por lo cual le había enviado Nuestro Señor aquel recuerdo. Con este mismo conocimiento llegó al convento, y, compungido, contó el suceso; y el día siguiente, en hacimiento de gracias, cantó él mismo la Misa de San Lino, Papa, con mucha solemnidad y devoción. Después en el refectorio, delante de la Comunidad, hizo la penintencia y dijo su culpa, como ya queda dicho.

Semejantes casos refieren las historias de prelados que experimentaron la corrección en lo mismo que fué ocasión para exasperar y desconsolar á sus súbditos. Algunos refiere Casiano á diferentes intentos, y en la *Colación segunda*, cap. 13, después de haber contado uno en que también sucedió lo mismo, aunque en diferente materia, pone por conclusión (lo que también es bueno para este y para otros semejantes) ser disposición divina, para que aprendan los prelados á compadecerse de sus súbditos y no exasperarles con severa reprensión, no menos mandarlos cosa fuera de razón. Y añade: *Disce itaque tuis exemplis laborantibus compati et periclitantes nequaquam perniciosa desperatione terrere nec durissimis sermonibus asperare sed potius leni, blandaque consolatione reficere.* Instruído con este escarmiento tan á los principios de su gobierno, no es de maravillar que fuese después nuestro Provincial tan apacible y discreto en lo restante de su provincialato.

Mientras estuvo en el convento de San Francisco del Monte dándose muy de veras á los ejercicios de oración, contemplación y penitencia, pidiendo á Nuestro Señor ciencia y prudencia y su divina luz para ejercer dignamente su oficio, compuso un tratado docto y devoto, recogiendo en él los documentos que le parecieron más importantes para instrucción de los ministros que se empleaban en la conversión de los gentiles y administración de los recién convertidos, de suerte que pudiesen hacer mucho provecho en sus ministros, sin tropiezos ni encuentros de jurisdiciones, ni de otros desabrimientos que solía haber con los ministros de justicia y encomenderos ó sus cobradores con harta inquietud y turbación de la paz de cuerpo y alma entre unos y otros.

Y porque tenía alguna parte en esto una limosna que señala su Majestad todos los años para el sustento de los ministros, dándola de la manera que la daban los encomenderos y ministros de justicia (por cuya cuenta hasta hoy corre), que era en especie (*), de los frutos de la tierra, que las más de las veces no se podía aprovechar, por ser lo que daban de lo peor, que luego se podría y perdía, ordenó el Provincial que no se recibiese sino en dinero, haciéndose entrega de ello el síndico, como se acostumbra en Nuestra Sagrada Religión, que se emplea y gasta con intervención de los síndicos á quienes compete como á mayordomos del Papa, instituídos por los Sumos Pontífices, Inocencio IV, Martino IV y V y otros cuatro ó cinco Sumos Pontífices, como consta por las exposiciones que hicieron sobre Nuestra Regla y por sus letras Apostólicas de que se hace mención en los monumentos de la Orden. Y así, por evitar en esta parte las disensiones que de aquí se podían originar, y porque no fuesen los ministros defraudados de la limosna que la piedad generosa de nuestro católico Rey les daba, todos los años, atento á la poca posibilidad de los indios, que no pueden acudir con lo que los ministros y sus iglesias han menester, y no ser nada en detrimento de nuestra profesión y Regla, puso el Provincial todo el calor posible en que se diese dicha limosna en la manera que había ordenado. Y en breve lo efectuó y consiguió, á lo menos como los mismos alcaldes mayores y encomenderos lo cobran de los indios tributantes, parte en arroz y parte en dinero; y hasta el día de hoy se observa por cédula especial de su Majestad.

Á ocasión de esto, ordenó que hubiese en la Provincia libros de cuentas de recibo y gasto, así de las limosnas que ofrecían los indios

(*) Los encomenderos cobraban los tributos en especie, por eso daban también en especie la limosna que el Rey señalaba á los Ministros religiosos (Nota del Colector).

para sus iglesias, como de la que da el Rey para el sustento de los ministros; y que ésta la gastasen rata por cantidad, y con proporción al tiempo que residiesen en aquel partido; porque gastada con esta moderación, se juzgaba ser la bastante para poder pasar un ministro, y era ocasión de que por esta parte no hubiese algún exceso. Y, también, porque si fuese necesario mudar alguno, no fuese defraudado el que en su lugar viniese, hallando ya gastado lo que era necesario para su sustento, y que en realidad de verdad á él se le debía, pues el Rey no da la limosna de aquel año sino al ministro ó ministros que otro tanto asistieren y administraren á los indios de aquel partido. Esto y otras cosas que ordenó este Provincial las más de ellas se han continuado hasta ahora, mandándolas de nuevo sus sucesores, y haciendo algunas de ellas constituciones, porque todas son muy importantes para el buen gobierno de la Provincia.

Procuró en su tiempo que los conventos de Comunidad estuviesen bien abastecidos de religiosos, para que el oficio divino y demás actos de Comunidad se ejerciesen con más solemnidad, religión y decencia. No por eso atrasó las conversiones, antes las aumentó, así dentro de Filipinas como fuera, en especial la del Japón y las de otros reinos circunvecinos. Pero dispúsolo de suerte, con su gran discreción y prudencia, que ningún religioso, por anciano, enfermo y achacoso que fuese, estuviese ocioso, y que todos trabajasen mucho. Envió al Japón á los dichosísimos mártires San Martín de la Ascensión y San Francisco Blanco, como ya queda advertido en el capítulo XXV, que por no cortar el hilo á los sucesos del Japón que allí se iban contando y en los antecedentes capítulos, se anticipó la narración de su viaje y entrada en aquellos reinos.

Y para la promoción de todas estas conversiones envió á España al venerable Padre Fr. Francisco de Montilla, que había sido electo Custodio en el mismo Capítulo, dándole instrucciones y papeles auténticos que presentase al Sumo Pontífice y al católico Rey y Prelados generales de la Orden, para que proveyesen de remedio á las necesidades que allí se representaban, particularmente para la conversión del Japón, que era la que más padecía con contradicciones é inquietudes á causa de haber entrado en ellas S. Pedro Bautista y sus compañeros, y, por consiguiente, esta conversión era la que por entonces necesitaba de mayor remedio. Á todo lo cual acudió el Provincial con grandísimo desvelo, sin perdonar diligencia que pareciese conveniente. Y por hacer de una vía dos mandados, instituyó Comisario Visitador al dicho Fr. Francisco de Montilla, para que mientras estuviese en Nueva España, por donde había de pasar para ir á Madrid y Roma, visitase la custodia de San Diego, que está fundada en aquel Reino,

por ser hija de esta Provincia, y estar entonces sujeta á su gobierno. De todo lo cual haremos relación adelante, contando cada cosa en el tiempo que sucedió.

La más notable de las que sucedieron muy al principio de su gobierno fué la muerte de Fr. Francisco de la Concepción, Definidor actual y hijo profeso de la Provincia de Castilla, la cual fué de esta manera: Habían intentado varias veces los pilotos, á instancias de los Gobernadores de Filipinas, buscar nueva carrera para la navegación que hay de ellas á Nueva España, porque la común que llevan las naos que van allá todos los años es larga, de seis y ocho meses, y muy peligrosa por las grandes tormentas que padecen; aunque á la venida para acá no hay nada de esto, antes es muy apacible, tanto como cualquiera. En este tiempo en que vamos se pusieron para esto mayores cuidados: ofreció su navío el capitán D. Pedro Sarmiento, singular bienhechor, y, por tanto, pidió al Provincial uno ó dos religiosos para que fuesen en su compañía y le ayudasen en aquella empresa que tan importante era para la república y toda la tierra si salía bien de ella. El Provincial, por tener bien ocupados á sus religiosos y haberlos todos menester, se excusó al principio con buenas razones; más, al fin, porfiando el devoto Caballero, le hubo de dar uno de sus Definidores, que fué el Padre Fr. Francisco de la Concepción, religioso de virtud y letras y con quien el dicho D. Pedro tenía particular amistad; y así por esto como por ser necesario que fuese persona de autoridad y prendas, para que metiese mano en las ocasiones que se ofreciesen, le envió el Provincial. No hay duda que en una empresa tan dudosa y peligrosa sería bien menester por los muchos y varios pareceres que en semejantes ocasiones suele haber, y si no hay quien los reduzca á unión, más destruyen que aprovechan, como se experimenta casi todos los días con pérdidas de naos y haciendas, y aun de repúblicas enteras. Aprestada, pues, la nao de lo necesario, se hicieron á la vela, y á pocos días se engolfaron en el anchuroso mar del Sur. Y como era empresa de buscar camino á donde no le hay, y si le hay, tan dificultoso, que el mismo Salomón puso dificultad en él, confesándola en el que lleva la nao por el mar; y ser necesaria la experiencia para poder hablar de tormentas, haciendo relación á los que habían de ir por aquella carrera donde las habían de encontrar, para que se previniesen, y porqué paraje habían de echar, para que los huyesen y los bajos también; para lo cual era necesario sondear el mar, tantear la furia de sus olas, lo recio de los vientos, lo destemplado de los climas y otras cosas que necesitaban de experiencia para poder dar entera noticia de la nueva carrera que

iban á buscar; dicho se está cual les podría ir y el trabajo que les podría costar, pues no iban á exponerse á los peligros en contingencia, sino á buscarlos y á experimentarlos, si es que habían de acertar; porque de otra manera mal podrían informar para que huyesen de ellos los que por allí habían de navegar. En el mar nunca faltan riesgos y peligros, y por eso no está la destreza del piloto en no topar acaso con ellos, sino el no topar, porque los supo huir, escarmentando quizás de haberse visto alguna vez en ellos. Esta es ciencia y experiencia que le puede aprovechar en todas las ocasiones que el tiempo le diere lugar. Lo demás es ventura, que para una vez es buena, pero para siempre, mayormente cuando el piloto se fía en ella, no lo tengo por cosa segura.

Habiendo, pues, andado algunos días en su demanda, corriendo de una parte en otra, impensadamente, y cuando más descuidados estaban, se hallaron entre tan terribles tormentas y borrascas, que ya no trataban de buscar camino para que se asegurasen otros, sino para asegurar sus vidas, que corrían harto riesgo y peligro. Dejáronse llevar de las tormentas, porque, según eran, era imposible ponerlas la proa ni hacer resistencia á su furia, y ellas los llevaron á las costas de Nueva España, donde la nao se hizo pedazos, y la mayor parte de la gente quedó ahogada. Antes de esto, sucedió que al varar la nao en tierra, se aprovecharon algunos de las tablas y cañas que pudieron haber para salvar sus vidas. El capitán D. Pedro y sus camaradas se acogieron al batel ó lancha, y rogaron á Fr. Francisco que se fuese con ellos; pero porque todavía quedaban cerca de cien personas en la nao en peligro manifiesto, sin haber modo para librarse, les respondió: "No permita Dios que yo tal haga hasta que toda esta gente quede confesada, que primero he de hacer lo posible por salvar sus ánimas, que yo intente salvar mi vida."

Viéndole resuelto en esto, le dejaron, y los de la nao conociendo el peligro en que quedaban, trataron de confesarse, como lo hicieron con compunción y lágrimas. Y cada vez que la nao daba algún grande golpe, entendiendo que se hacía pedazos, repetían todos á grandes voces el acto de contrición pidiendo perdón de sus culpas y pecados, á lo cual les ayudaba el religioso y les consolaba en cuanto podía, hasta que abriéndose la nao de popa á proa, todos se anegaron y sepultaron en las aguas, y con ellos el que por salvar sus ánimas no había querido librar la vida. Y aunque los más volvieron sobre las aguas y algunos se libraron á nado, particularmente los que tuvieron industria para coger la vuelta á la resaca, que es tan furiosa como un fuerte raudal, el religioso no fué visto más, quedando sin duda al primer golpe ahogado, quizás por ex-

cusarle Nuestro Señor de angustias y penas, que no era razón que las padeciese quien tan caritativo y fino había andado con sus prójimos (*).

(*) En 1595 ocurrió este desgraciado suceso. (Nota del Colector).

CAPÍTULO XXXIV.

DE COMO SE EXTIRPÓ DE LAS PROVINCIAS TAGALAS LA IDOLATRÍA Y MINISTROS DE ELLA POR FR. DIEGO DEL VILLAR, RELIGIOSO DE NUESTRA ORDEN, Y CONTRADICCIONES QUE TUVO.

VERDADERAMENTE que las obras de Dios y sus trazas son admirables, que no hay entendimiento humano que las pueda apear ni comprender como lo veremos, tomando como tomó un bien desproporcionado instrumento á los ojos humanos (cual fué un ministro nuevo y poco experimentado, que apenas sabía la lengua tagala, llamado Fr. Diego del Villar) para extirpar y arrancar de raíz las idolatrías y supersticiones de esta gentilidad en que tanto habían trabajado los ministros antiguos y ancianos, hasta entender que ya no había memoria de ellos en el mundo, y que de todo punto quedaban borradas. Mas la verdad del caso mostró lo contrario, que las habían, sí, cortado; pero no arrancado, dejando la raíz, que por donde quiera que hallaba lugar, volvía á brotar, y como mala yerba, se daba toda prisa á crecer.

Sucedió que el provincial Fr. Juan de Garrobillas, al segundo año de su gobierno, por muerte de un ministro grave y antiguo llamado Fr. Francisco de Trujillo, siendo actual Guardián de un pueblo que se dice Lumbang, que entonces era cabecera de otros que están alrededor, puso en su lugar otro religioso llamado Fr. Diego del Villar, que era actual predicador del convento de Manila y había sólo ·os años poco más que estaba en las Islas; y por haberle ocupado ·s prelados en la predicación de los españoles y en otros cargos entro de Manila, no había tenido tiempo de aprender la lengua ɜ los naturales, ni él tampoco se había dado mucho á ella hasta ue fuese tiempo para salir á la conversión, que es adonde se

aprende con más facilidad y se estudia con mayor gusto. Y porque el Provincial no había aun visitado toda la Provincia, no quiso remover á los ministros hasta que la acabase de visitar, y viese el provecho que cada uno hacía en su partido, y la falta que podría hacer si de allí le quitaba, para lo cual se daba toda prisa, echando mano en el ínterin del dicho religioso, que por entonces podía suplir.

¡Son trazas del Altísimo! que á no ser este religioso tan nuevo en la tierra y tan corto en la lengua, quizás no se hubiera descubierto tan perniciosa cizaña, que ahogaba el trigo de la palabra evangélica; y, por consiguiente, andando tan disimulada como andaba, de ninguna manera se hubiera arrancado. Y fué que sabiendo los indios que el Padre no entendía bien la lengua, tomaron atrevimiento en una ocasión á descomedirse en palabras unos con otros delante de él, particularmente los parientes de un difunto á quien estaba enterrando el mismo religioso, que sentidos de una mujer que se hallaba allí presente, se volvieron contra ella diciéndola mil pesares, como que ella tenía la culpa de aquella muerte, y que sino, ¿cómo les había engañado? Que les volviese la plata que le habían dado, y otras palabras semejantes con que ellos se entendían; pero bastantes para descubrirse la cizaña, como de hecho sucedió después, que por entonces el religioso no entendió palabra.

La mujer con quien se trabó la riña era sacerdotisa, aunque disimulada. Tenían los tagalos muchas de estas en su gentilidad, á las cuales llamaban *catalonan*, y se valían de ellas para los sacrificios que cada uno ofrecía por su intención ó necesidad. Había también hombres que tenían el mismo oficio, y, así de hombres como mujeres, había unos que lo eran por herencia y parentesco; otros por maña que se daban para ser enseñados y substituídos en el oficio de los sacerdotes ó sacerdotisas de fama, grangeando su voluntad. Á otros engañaba el demonio (y era lo común) con sus acostumbrados embustes, y hacía pacto con ellos de asistirles y hablarles en sus ídolos ó anitos diciéndoles el suceso y fin de la necesidad, y si la enfermedad era de muerte ó de vida. Por lo cual, les daban su cierta paga, y si la profecía no salía verdadera, perdían alguna parte, y en la estimación más, no haciendo caso de ellas de allí adelante, según que más largamente dijimos en la descripción de las Islas, y cómo se gobernaban por el demonio que es padre de mentiras. Echábanlas á cada paso, como la sucedió á esta miserable mujer, que, después de haber hecho los sacrificios y ceremonias que acostumbraba por peligro de muerte, caso de enfermedad, anunció que era de vida la que tenía aquel enfermo; y era el que de allí á dos días llevaron á enterrar. De lo cual se sintieron muchísimo los parientes,

y más por la paga que la habían dado, que por ser buenas las nuevas, había excedido á la ordinaria; y como entonces la vieron al entrar con el difunto en la iglesia, hallándose ella allí acaso (que claro está que no sería por devoción, siendo tan mala cristiana), avivaron el grito y el sentimiento, y se trabó la contienda y riña en la manera que hemos dicho.

El religioso los mandó callar una y dos veces, mostrando sentimiento de que en la iglesia estuviesen con tan poca reverencia. Acabado el entierro, se entró como enfadado en el convento, y tras de él un fiscal y otro indio ladino que sabía algo la lengua castellana; y no teniendo con quien mostrar su sentimiento, se volvió contra éste como reprendiéndole: "Vosotros sois cristianos?; ¿Es posible que táles cosas han de pasar en la Iglesia?" El indio que vió al Padre enojado y hablar de aquella manera, juzgó (permitiéndolo así Dios) que había entendido toda la plática y sobre qué había sido el pleito y riña, y que aun á él le había también culpado. Y por hacerse afuera dijo: "Padre, yo estaba ignorante de aquello, aunque sé que aquella es una maldita catalonan que años pasados dió palabra de dejar sus embustes al Padre Fr. Juan de Plasencia y al Padre Fray Juan de Oliver, habiéndola primero predicado y aun castigado; y con todo eso, no tiene traza de enmendarse ni aun de escarmentar.

El religioso que oyó esto, procuró informarse con toda individuación del caso, y, bien informado, disimuló, hasta averiguar si con esta catalonan ó sacerdotisa había otras y sacerdotes también. Y hallando haber mucha de esta canalla, así de hombres como de mujeres, y no sólo en aquel pueblo, sino también en otros de alrededor, tomó tan á pechos salir al reparo, que aunque previno que lo había con todo el infierno, y con otros de la tierra que se lo habían de contradecir, y la gran dificultad que el hecho tenía, se determinó á hacer las diligencias posibles, aunque fuese necesario arriesgar la vida. Primeramente dió aviso al Provincial, haciéndole despacho á la provincia de Camarines donde andaba visitando, y de las diligencias que prevenía mientras él venía, haciéndole para esto larga relación del suceso precedente y de la nueva averiguación que tenía hecha. Esta fué haber sacado á luz cuantas mujeres y hombres había en aquel pueblo y otros de tan maldito oficio, descubrir muchos ritos que todavía usaban é infinidad de *lichas* ó *larauàne*s, que eran las imágenes y figuras de los ·los, que parecía no tenían número. Los más principales eran hasta ·ca de doscientos, y algunos estaban cubiertos de oro; otros de plata ıortillo y sembrados de diamantes y otras piedras preciosas, con gastes y diferentes labores de filigrana, y casi todos eran de mucho lor y precio, y, sobre todo, de grande estimación entre los mismos sa-

cerdotes y sacerdotisas, que los estimaban y guardaban más que las niñas de los ojos. Con los ídolos sacó y hizo juntar todos los instrumentos de que usaban en sus sacrificios, que eran muchos, y teniendo ya toda esta máquina de ídolos y figuras é instrumentos dentro de un aposento del convento, determinó aguardar al Provincial, ó saber lo que disponía. Pero presto mudó de parecer, visto lo que había sucedido aquella primera noche, y fué, que dentro del aposento donde estaban los ídolos, como si allí hubiera una herrería de demonios, así eran los golpes, confusión y grita, que parecía que las paredes del convento se demolían y todas las maderas se desencajaban, tanto, que así el religioso como los sacristanes y sirvientes, tuvieron por bien salirse fuera, y andar toda la noche en vela alrededor del patio, temiendo no se les cayese la casa á cuestas.

Con esto, el día siguiente, luego en amaneciendo, mandó hacer una grande hoguera en el mismo patio, y que se hallasen presentes todos los sacerdotes y sacerdotisas, como lo hicieron, viniendo desde la cárcel donde estaban por mandato del alcalde mayor de aquella provincia cometido al gobernadorcillo del dicho pueblo, y á vista de todos y de innumerable gente, se hizo el sacrificio de echar en el fuego toda aquella mala ralea de dioses, y hasta que fueron consumidos, no se quitó de allí el religioso. Y por si acaso había quedado algo en que no se había podido cebar el fuego, hechó en el río todas las cenizas. Tanto uno como otro fué de mucho sentimiento para aquella gente ruin, la cual se deshacía en lágrimas viendo tratar así á sus dioses. Y para que esto se las quedase más en la memoria, y sirviese de general escarmiento, el mismo gobernadorcillo, ó por complacer al Padre, ó porque él se lo dijo, como cosa que era del servicio de Dios, mandó azotar, conforme al estilo que ellos tienen, á la sacerdotisa con quien los parientes del difunto tuvieron la riña, mediante la cual se descubrió toda la hilaza, y después á dos de los demás, mujer y hombre, que venían á ser los más principales en aquel maldito oficio, á la manera de Obispos, que como á tales los veneraban y reverenciaban ellos. Luego les cortaron á todos el cabello, y los pusieron ciertas insignias por donde fuesen conocidos por lo que eran. Y, últimamente, para más confusión suya y escarmiento de todos, fueron públicos y manifiestos sus delitos, hechicerías, idolatrías y engaños, con que se dió fin al sacrificio.

De creer es que le sería muy grato á Nuestro Señor cuanto en este trabajó este religioso, no obstante de haber sentido tan variamente los hombres. El mejor modo de conocerlo es ver cuan desagradable le fué al demonio, que rabioso de que se le hubiese hecho tal desacato en sus figuras é imágenes y aun en sus ministros, no quedó pie-

dra que no moviese para desacreditar el hecho y al autor de él. Para esto se valió de los mismos sacerdotes y sacerdotisas que habían tenido papel en el acto referido, los cuales, todos, más sentidos y enojados, que arrepentidos y enmendados, fueron á dar sus quejas al gobernador de Manila y Ordinario. Y para que fuesen más bien oídos, tomaron por medio algunos españoles, cuyos ídolos eran algunas de las sacerdotisas, y más en particular el oro que llevaban por delante para obligarles, como llave que es de imposibles, y el ídolo más querido de la codicia, y, sobre todos, poderoso para derribar y trastornar el juicio.

Diéronles cuenta de los castigos y afrentas y deshonras que les había hecho el Padre Guardián; pero no de la causa tan justificada que hubo para ello ni del orden del alcalde mayor, mediante el cual se había puesto en ejecución el hecho, añadiendo otras cosas bien infames, cuanto ajenas de toda verdad, y concluyendo que se les pagase el oro y plata, y aun las hechuras de las filigranas, y cuanto había de precio en sus imágenes y figuras de los ídolos. Y siendo tales las quejas que, hablando con católicos, aunque no fuesen buenos cristianos, parece que en sí mismas quedaban desvanecidas, no fué así en aquellos á quien se quejaron estos ministros malditos del demonio, sino que ciegos ya con la codicia, ya con la torpeza, que ambos vicios mediaban igualmente para hacer el mal tercio que pretendían á la Fe de Dios y á toda la cristiandad de estas Islas y á la justicia, razón y verdad, informaron tan mal al Gobernador, así de todas las Islas como al del Obispado de Manila, que en breve tiempo se hicieron varias consultas sobre la materia, y se inquietó la Ciudad, como si se hubiera revuelto el mundo.

Cada cual sentía como quería, reprendiendo todos su osadía, ánimo y modo, mayormente siendo ministro nuevo y de poca ó ninguna experiencia. Sobre lo cual cargaban tanto la mano, que las de dentro como fuera de la Religión le escribieron cartas muy pesadas, que en otro que no tuviera su espíritu y celo, hiciera harto en llevarlo con paciencia, particularmente sabiendo él que cuanto allí se escribían, era atento por no estar bien enterados del suceso. Al mismo tiempo se despacharon también varios órdenes de parte del gobierno, así eclesiástico como secular: unos eran en favor de aquella gente ruin, mientras se hacía información jurídica, y otros, en descrédito del ministro; porque todos se persuadían que, de que menos, había do exceso.

En llegando á este caso, le pareció al religioso, antes que el demonio inquietase más los ánimos y dispusiese de peor de tal materia, dar alguna satisfacción al Gobernador, aun, que no fuese más que

con una carta sencilla, haciéndole relación lisa y llana de todo el suceso, para que en virtud de él obrase con más acuerdo, como lo esperaba de su virtud, discreción y prudencia, y de la de todos de su consejo.

Era Gobernador al presente D. Luis Dasmariñas, mozo, pero muy cuerdo, y tan virtuoso, que mientras vivió, fué el ejemplo de estas Islas, como ponderan bien los historiadores de ellas. Así que leyó en la carta cosa de ídolos y sacerdotisas, celoso de la gloria y honra que se debe á Dios, se enojó grandemente contra los malos informantes, y despachó á toda prisa á una dignidad de la catedral y á otra persona de cuenta y desapasionada y aun de su satisfacción, que hiciesen averiguación de todo, como la hicieron con toda legalidad y justicia. Y hallando ser verdad cuanto el Padre Guardián había escrito, no sólo dieron por bueno lo hecho, sino que pretendían que se les diese nuevos y mayores castigos á los delincuentes, enviándoles á Manila para que fuese más pública y notoria la ignominia y afrenta.

En esto llegó el Provincial de visitar la provincia de Camarines, y se puso por medio, rogando á los comisarios ó jueces que se contentasen con lo hecho, que al fin era aquella gente recién convertida y flaca, y no era justo que todo se llevase á fuego; que bastaba lo sucedido para horror, espanto y escarmiento de todas las Islas, y que lo que restaba era conquistar sus voluntades moviéndolas á compunción y lágrimas con verdadero conocimiento de sus culpas y pecados y firme propósito de la enmienda, y otras razones semejantes. Por ellas desistieron los Comisarios del intento y determinación con que estaban: volviéronse luego á Manila, y, con su informe y confesión de los delincuentes en que se declaraban reos y culpados y que el celo del Padre había sido bueno, se acabó de apaciguar todo el nublado. La confesión y conocimiento de las culpas fué después, precediendo á ella lo siguiente.

Venía presto un día de fiesta, en el cual, conforme á la costumbre antigua, habían de acudir á la iglesia todos los indios, así á la doctrina como á la Misa, fuese de grado ó de fuerza. Para este día ordenó el Provincial á Fr. Miguel de Talavera (que le había traído consigo para Guardián de aquel convento, y era uno de los ministros más antiguos de la provincia y famoso en la lengua) que predicase y afease la gravedad del pecado de la idolatría, particularmente en los que ya habían recibido la Fe y bautizádose. Así lo hizo, ponderando mucho en el caso presente el haber dejado el verdadero Dios y á su santa Ley, á la cual se habían obligado y profesado en el Bautismo confesando que era la más justa y santa,

y que ella sola era la que enseñaba el camino de la salvación y prometía la vida eterna; y que con todo eso quisiesen más servir y adorar al demonio sabiendo que no tiene otro premio que dar á los suyos sino el infierno, á donde iban todos los que usaban de supersticiones, idolatrías y engaños; y otras muchas razones semejantes con que llenó el sermón, predicándole con mucho fervor y espíritu y moción de los oyentes.

Apenas estos se habían removido, al acabar del sermón, y el predicador bajado del púlpito, cuando el Provincial y su compañero Fr. Diego de Santa María, y el mismo Fr. Diego del Villar, desnudos de la cintura para arriba y cubiertos de ceniza, entraron por la puerta de la iglesia, tirándoles de sendas sogas el cuello, y abriéndose ellos las espaldas á azotes. Este espectáculo, junto con lo que había dicho el predicador, fué una de las correcciones más provechosas, persuasivas y eficaces que en la ocasión pudieron aplicar para conseguir lo que pretendían, pues además de deshacerse todo el auditorio en lágrimas, muy provechosas para cualquiera ánima, los delincuentes cayeron en la cuenta de la fealdad de sus culpas, y á grandes voces pedían perdón de ellas con verdadero conocimiento y contrición de ellas y sentimiento grande de su corazón. Y una de las sacerdotisas, que venía á ser como la principal de todas, y por esto la más castigada, como dijimos arriba, poniéndose sobre un banco de la iglesia, por sí y por todas las de su oficio, y como en nombre de todas, dijo y confesó muchas más y mayores culpas acerca de sus idolatrías y engaños de las que hasta allí se habían descubierto, detestando y pidiendo perdón de ellas con verdadero dolor y arrepentimiento; y allí, *incontinenti*, ofrecieron algunos bejuquillos ó cadenillas de oro que algunos traían al cuello, para que el Padre Provincial las volviese á sus dueños, obligándose y dando palabra de restituir, en pudiendo, cuanto les hubiesen dado y ganado con su mal oficio, cosa que admiró grandemente á los religiosos por ser este el punto más dificultoso que hay en todas estas naciones, que aun todavía tienen mucho que hacer en él los ministros. Sienten mucho ver en otro lo que ellos una vez llaman suyo, y así, para haberlos de hacer restituir, es menester Dios y ayuda. No se puede negar que fué muy grande la que el Provincial y sus compañeros tuvieron en esta ocasión, pues causaron tan notables efectos en gente tan interesada y rebelde.

Luego se divulgó todo este suceso, así como queda referido, por todas las Islas, dió en ellas tan grande estampido (aunque en bien de la cristiandad), que cuantos sacerdotes y sacerdotisas había de esta diabólica idolatría, trataron de mudar de oficio y de vida;

y algunos, así hombres como mujeres, temiendo el castigo, se huyeron á los montes, á que ayudó mucho los nuevos cuidados que pusieron de allí adelante los ministros, como despertando y abriendo los ojos con este suceso para examinar y averiguar con mucha solicitud lo que había en sus partidos y salir al remedio con toda presteza, como lo hicieron, quedando arrancada desde entonces esta mala yerba que tan solapadamente ahogaba la semilla del Evangelio.

Aquí advierte el autor de los manuscritos, que fué de aquellos tiempos y vivió después muchos años, que en todos ellos no oyó, ni sabe que hubiese quedado rastro de estas catalonas, particularmente en lo tagalo (que es lo más granado de las Islas), salvo de tal ó tal bruja ó hechicera, que, como él mismo dice, es semilla de que aun la cristiandad más acendrada perfectamente no se limpia. Y la razón más particular que da de haberse extinguido tanto esta mala semilla es (presupuesto el continuo riego y cultivo de los ministro) el que, antes de este suceso, era el oficio de catalonan de mucha estimación entre estas naciones, y así andaba de ordinario entre la gente más granada y rica, y cada día se hacía más por lo mucho que ganaban con él; y aunque de todos los demás eran tenidos por gente haragana y mal trabajadora, que vivía de sudor ajeno, al fin, en la ocasión, harto los reverenciaban y estimaban; y mucho más si con el oficio se juntaba la nobleza y poder. Pero después de aquel castigo y afrenta (que por pretender vengarse de ella el demonio, con la oposición que hizo, vino á ser más sonada, volviéndosele todo contra sí), cayó tanto el oficio de las catalonas, que de allí adelante se tuvo por vil y bajo, y cuantos se hallaban que habían sido de él, y aun sus descendientes, eran tenidos en el mismo aprecio y baja estimación y como cosa de afrenta, como vemos que sucede ahora con las brujas y hechiceras, que las aborrecen de muerte.

Por lo cual, uno y otro oficio están muy extinguidos; aunque no de todo punto el de las brujas, quizás por correr aquí la miseria que corre en todo el mundo, que aun los que se precian de muy católicos se aprovechan, y por eso, aunque con ignominia, pasan, teniendo por mayor el de la pobreza. El de catalonas fuera ya ignominia sin provecho, que al fin, aunque malos cristianos, se precian de católicos y no esperan nada de los dioses y sacrificios de las catalonas, y así no las buscan ni las dan sus dineros. Por consiguiente, nadie hay que se precie de tal oficio, que afrenta sin interés, y aun el más barbaro la aborrece.

Dice más el autor de los manuscritos: que desde aquel tiempo fueron grandes las persecuciones y trabajos que padeció el dicho

Fr. Diego del Villar, y que conocidamente eran trazas del demonio por la rabia infernal que contra él tenía por haberle despojado del imperio y mando que tenía en estas Islas; pero, añade, que en treinta años que le conoció y trató familiarmente, nunca vió muestras en él de inquietud é impaciencia; antes sí de que su conformidad era grande y muy resignada en cuanto le sucedía prospero y adverso, añadiendo con el padecer nuevos lauros á su paciencia, y á su enemigo nuevos tormentos con la serenidad de ánimo y alegre rostro que mostraba, el cual conservó siempre y en todas las ocasiones, y más, cuando el demonio andaba más rabioso. Y se puede creer así, porque nunca goza de más paz el alma del justo, que cuando su modo de obrar es tal, que con él da guerra á todo el infierno; porque como la amistad de Dios y la del demonio nunca pueden estar juntas, el no tenerla con el demonio, es argumento de que se tiene con Dios. Esta es la verdadera amistad y paz, y la que se debe desear, y, por consiguiente, cuanto ésta fuere mayor, tanto será mayor la guerra contra el demonio, y la que padecerá el infierno todo.

CAPÍTULO XXXV.

DEL VIAJE Y SUCESOS DE FR. JUAN DE CONTRERAS, RELIGIOSO DE NUESTRA ORDEN, EN COMPAÑÍA DE LOS QUE FUERON Á LA PACIFICACIÓN Y POBLACIÓN DE LAS ISLAS DE SALOMÓN: TRATA DE SU LLEGADA Á FILIPINAS, INCORPORACIÓN Y OCUPACIONES EN ESTA PROVINCIA Y SU DICHOSA MUERTE.

HABIENDO descubierto el adelantado Álvaro de Mendaña, de Neyra las islas de Salomón, como ya dijimos al principio de esta historia (*), pretendió muchas veces salir á su conquista y población pidiendo gente y embarcaciones al Rey y lo demás que era necesario para su avío, lo cual no tuvo efecto en muchos años por las dificultades que se ofrecían hasta el año de mil quinientos noventa y cinco, en que, con facultad que le dieron para ello, juntó cuatro embarcaciones, dos navíos grandes *Capitana y Almiranta*, una fragata y una galeota, y en ellas cuatrocientas personas entre soldados y marineros. Aprestada esta pequeña armada, salió del Callao de Lima, en el Perú, por el mes de Abril del dicho año de noventa y cinco, con su mujer Doña Isabel Barreto y tres cuñadas. En su compañía el iba Padre Fr. Juan de Contreras, de la Santa Provincia de Los doce Apóstoles de Lima con quien toda la casa y familia del Adelantado tenían mucha devoción, y por lo mismo, rogaron á sus prelados que se le concediese para su consuelo en tan larga navegación, y así lo hicieron, y él lo acepto con mucho gusto por la ganancia espiritual que esperaba sacar de almas en aquella nueva conversión.

(*) Lib. I, cap. 2, pág. 98.

Yendo, pues, en su demanda, descubrieron otras Islas (*) en que no se detuvieron; y no acertando con las de su descubrimiento (habiéndose descaminado la *Almiranta* y desaparecido la fragata y galeota, muerto el Adelantado y otros muchos, y padecido los que quedaron infinitas nececidades y trabajos), la viuda, Doña Isabel Barreto, mandó navegar la vuelta de Filipinas, donde llegó en su capitana, que ya no había quedado otra nao, y Fr. Juan de Contreras. El cual pidió ser luego incorporado en esta Provincia, precediendo la licencia de los prelados de la suya y el tiempo acostumbrado, conforme á los Estatutos y Constituciones generales de Nuestra Orden y particulares de esta nuestra Provincia.

Aprendió la lengua tagala, y administró algunos años con singular provecho y edificación de las almas y consuelo grande de la suya y de todos los religiosos sus contemporáneos, que le veneraban por santo; y con la misma opinión murió en nuestro convento de Manila; aunque en las tablas de difuntos ni en otros originales y manuscritos de la Provincia no se dice qué año. Por lo cual me he anticipado á tratar de sus virtudes y apostólico celo en este capítulo y tiempo en que vamos, porque habiendo de referirlas fuera de su propio tiempo por no saber el año de su muerte, me pareció más conveniente que fuese aquí, junto á la relación que hizo Pedro Fernández de Quirós, piloto mayor de este viaje, que aunque no toma en la boca al religioso, quizás por no ser necesario para su intento, pretendiendo sólo dar razón de lo que tocaba al descubrimiento, como piloto que era, y con los términos de su facultad, no embargante, de ella se puede colegir mucho en cuanto á los trabajos y penalidades que este santo religioso padeció; y además de esto es necesaria para la inteligencia de algunas cosas en particular que de él hallo escritas sucedidas en este viaje. La relación era dirigida al Doctor Antonio de Morga á la sazón Teniente General por su Majestad en estas islas Filipinas, y es como se sigue:

RELACIÓN DEL VIAJE
DEL ADELANTADO ÁLVARO DE MENDANA DE NEYRA
AL DESCUBRIMIENTO DE LAS ISLAS DE SALOMÓN.

"Viernes, nueve días del mes de Abril de mil quinientos noventa y cinco, el Adelantado Álvaro de Mendaña se hizo á la vela con su

(*) En el segundo viaje de Mendaña "emprendido treinta años más tarde para conducir una colonia que el gobierno español quería implantar en las islas descubiertas en 1567, Mendaña y su primer piloto Fernández de Quirós vieron una parte de las islas Marquesas, y reconocieron las islas de Santa Cruz al Este del archipiélago de Salomón." *Geografía Universal*, cap. 35 del lib. 1.º

armada para ir á pacificar y poblar las islas occidentales del mar del Sur del puerto del Callao de Lima, que está en latitud meridional en doce grados y medio, la vuelta de los valles de Trujillo y santa Susana (*). Recogiendo gente y bastimentos, pasó á Paita á donde hizo el aguada y lista de cuatrocientas personas, poco más ó menos con sus cuatro bajeles, dos grandes y dos pequeños. Salió de este dicho Puerto (que tiene de altura de la dicha parte cinco grados), la vuelta del Oessudueste en demanda de las Islas de su descubrimiento, llevando por maestro de campo á Pedro Merino Manrique, y por Almirante á su cuñado Lope de Vega, y por piloto mayor á Pedro Fernández de Quirós; y por este rumbo navegó hasta altura de nueve grados y medio, del cual punto se navegó por el Oeste, cuarta del Sudueste, á catorce grados; de los cuales se mudó derrota al Oeste, cuarta del Norueste; y habiéndonos por este rumbo hallado en altura de diez grados largos, viernes, veinte y uno del mes de Julio, tuvimos vista de una isla, á quien el General puso por nombre la *Magdalena* (**): y de un puerto de ella salieron como setenta canoas, en que venían de tres en tres, en otras más y menos, otros á nado otros sobre palos, más de cuatrocientos indios, blancos y de muy gentil disposición, grandes, fornidos y membrudos y tan bien tallados, que nos hacían mucha ventaja á nosotros; lindos dientes, ojos y boca, manos y pies; lindísimos cabellos sueltos, y muchos de ellos muy rubios; y entre ellos, bellísimos muchachos, todos desnudos y sin cubrir parte alguna; y todos, los cuerpos, piernas y brazos, manos y algunos los rostros, traían labrados al modo de estos bisayas, que cierto, para gente bárbara, desnuda y de tan poca razón, había de verlos de que alabar mucho á Dios que los crió. Y no parezca encarecimiento, que es así: los cuales nos llamaban que fuésemos á su Puerto; y los llamaron de nuestra capitana, y entraron en ella obra de cuarenta de ellos, que parecíamos hombres menos de marca junto á ellos; y entre ellos vino uno que se entendió ser más alto que el más alto hombre de nuestra armada un palmo, con haber en nuestra armada hombres de más de marca; y allí les dió el General á algunos de ellos camisas y otras cosas, las cuales ellos recibieron con mucho contento. Bailaban á su uso, y llamando á los demás, se enfadó el General de sus demasías, porque eran grandes ladrones. Mandó que se disparase un verso para amedrentarlos, que como

(*) No sabemos donde está *Sta Susana*; *Santa* (sin mas nombre propio al pie) se halla al S. S. E. de Trujillo. A ella á Santa, se refiere sin duda la *relación*. (Nota del Colector).

(**) Pertenece Magdaleda *(Fatou-Hiva)* al grupo de las *Marquesa ó Mendaña* y es, como todo el grupo, posesión francesa (Nota del Colector).

de ellos fué oído, se echaron á nado, y se pusieron todos en armas; y tañendo un caracol, tiraron algunas pedradas; y amenazando con lanzas, que no tenían otras armas, de la nao los arcabucearon y mataron á cinco ó seis, y se quedaron. Nuestra armada andando, descubrimos otras tres Islas. Esta Isla tendrá de box seis leguas; pasámosla por la parte del Sur; de ella es alta, tajada á la mar, montuosa por las quebradas, que en ellas habítan los indios. Pareció haber en ella mucha gente, porque por las peñas y playas la vimos, y así fuimos en demanda de las otras tres Islas. La primera, á quien se puso por nombre *San Pedro*, estará de la Magdalena diez leguas, y se corre con ella al Norte, cuarta del Norueste; terná de box tres leguas; es Isla de buena vista y de mucha arboleda, y buenos campos; no supimos si estaba poblada, porque no llegamos á ella. Al Sueste de ésta, como cinco leguas, está otra á quien el General puso por nombre *la Dominica*; es de muy buena vista y pareció ser muy poblada; terná como quince leguas de box; y al Sur de ésta y á cosa de poco más de una legua está otra Isla que tendrá de box ocho leguas, á la cual se puso por nombre *Santa Cristina*; y por la canal que hace entre la una y otra pasó nuestra armada, porque todo lo que de estas Islas vimos es muy limpio. Y en Santa Cristina, á la parte del Oeste, se halló un buen puerto, en el cual surgió la armada. No me parecieron de rostro estos indios como los primeros; pero fueron vistas muy lindas mujeres, tan hermosas como las de Lima, que lo son mucho; aunque no tan albas. Lo que fué visto de comer en aqueste puerto fué puercos y gallinas, cañas dulces, plátanos muy buenos, cocos, una fruta que nace en grandes árboles; es tan grande cada una de ellas como grandes piñas; es muy buena comida. Comióse mucha de ella: verde, asada y cocida; y madura, cierto que es dulce; y tan buena fruta, á mi ver, que no sé yo otra cosa que le haga ventaja: apenas hay en ella que desechar, sino es poca cáscara. Otra fruta como castañas en el sabor, pero mucho mayor que seis castañas juntas: comióse de ellas muchas, asadas y cocidas. Y unas nueces de cáscara muy dura, son muy aceitosas: muchas se comieron. Sospechan algunos qne les dió cámaras.

"También vimos calabazas de Castilla sembradas. Hay un lindo chorrillo junto á la playa, de muy linda agua; sale de un cerro, altor de dos hombres; tendrá de gordor cuatro ó cinco dedos juntos, y luego, junto á sí, un arroyo de agua; y se aderezaron los bajeles. Los indios se fueron al monte y á los cerros, en los cuales se hicieron fuertes, y procuraron hacer daño con galgas y pedradas; pero nunca hicieron ninguna, que el Maestro de Campo les tenía cogidos los pasos con cuerpos de guardia. Viendo los indios de esta Isla

un negro nuestro, hicieron señas para la parte del Sur diciendo que allí había como ellos, y que ellos iban allá á pelear y que los otros tenían flechas, y que en unas grandes canoas que estos tienen iban; y como no había lengua ni mucha curiosidad en saberse lo demás, se quedó así; pero á mi parecer, indios tan engolfados, no es posible, sino que hay cordillera; porque las embarcaciones suyas y su uso de los demás, no muestra que estos hayan venido allí de largo camino.

"Este puerto está en altura de nueve grados y medio, en el cual el Adelantado mandó enarbolar tres cruces; y sábado, cinco de Agosto, zarpar anclas, y dar las velas en demanda al Oeste, cuarta del Sudueste; y navegamos con los vientos Lestes y Lessuestes, á una y otra cuarta, la del Sudueste y Norueste, obra de cuatrocientas leguas; y Domingo, veinte de Agosto, tuvimos vista de cuatro Islas bajas, playas de arena, llenas de muchísimas palmas y arboledas; y por la parte del Sueste hasta el Norte, un grande bajío de arena. Tendrán todas cuatro de box doce leguas. No supimos si estaban pobladas, porque no llegamos á ellas, que pareció ser este año de cortos. Digo esto con rabia. Están en altura de diez grados y tres cuartos: púsosele por nombre de San Bernardo, por descubrirse en su día. De aquí empezamos á hallar vientos Suestes, que nunca más nos faltaron, que son los que parece reinan, con los cuales fuimos (á las dichas cuartas) navegando, sin nunca subir de once ni bajar de diez grados, hasta mártes, veinte y nueve de Agosto, que descubrimos una isleta redonda, que de box tendría una legua, toda cercada de arrecifes, que se procuró saltar en ella, y no se halló donde, para que la *Almiranta* tomase leña y agua de que ya iba muy falta: púsosele por nombre la *Solitaria*; está en diez grados y dos tercios. Estará de Lima mil quinientas treinta y cinco leguas. Y de aquí fuímos navegando con la orden dicha, con la variedad de juicios que se echaban, diciendo unos que no sabíamos á donde íbamos, y cosas que no dejaban de causar pena. Y fué Dios servido que víspera de nuestra Señora de Setiembre, á media noche, tuvimos vista de una Isla (*) que tendrá de box de noventa á cien leguas, y se corre casi Lesueste Oesnorueste, que de Lima están mil ochocientas leguas, toda ella llenísima de arboleda hasta los más altos cerros, que sino era lo desmontado para sembrar los indios, de todo lo demás no se veía palmo de tierra. Tomóse puerto en ella de la parte del Norte de ella, en altura de diez

(*) Perteneciente al archipiélago de *Sta. Cruz*, llamado también de *La Perouse* y *Reina Carlota*. (Nota del Colector).

grados al norte; del cual puerto, como siete leguas, está un volcán de un muy bien hecho cerro, por el cual sale mucho fuego, por lo más alto de él y otras partes. Es cerro alto (*), y tendrá de box tres leguas, y es tajado á la mar y todo pelado, y sin parte á donde poder saltar en él; truena muchas veces dentro en él reciamente. Á el Nordeste de este volcán hay algunas isletas pequeñas y pobladas y con una grande cantidad de bajos; á las cuales isletas hay siete ó ocho leguas, y los bajos corren como al Norueste; y dijo quien lo fué á ver (que eran muchos) que al rededor de la isla grande había algunas islas pequeñas. Todas ellas y la grande (cuando se boxeó) hallaron pobladas; y á una vista de esta isla grande, al Sueste de ella, se vido otra isla no muy grande. Por aquí debe de ir la trabazón. Tomado puerto en la isla grande de *Santa Cruz* (**), que así se le puso el nombre, mandó el Adelantado al capitán D. Lorenzo, hermano de su mujer (en la fragata), que fuese á buscar la nao *Almiranta*, que la noche que vimos la isla se despareció, de que yo no tengo buenas sospechas; la cual fué buscada esta y otras dos veces y no se halló, sino los bajos que hemos dicho. Lo que en esta bahía y puerto fué visto de comer: puercos, gallinas, plátanos, cañas dulces, unas dos ó tres castas de raíces como camotes, que comen cocidas y asadas, y hacen del vizcocho, buyos, dos castas de almendras buenas y otros piñones de dos castas, palomas torcaces, tórtolas, patos, garzas pardas y blancas, golondrinas, muchos bledos, calabazas de Castilla, la fruta que dicho tengo en las primeras islas y las castañas y nueces. Hay albahaca de grandísimo olor. Hay flores coloradas que en aqueste puerto tienen en los huertos, y otras dos castas de otra suerte, también coloradas. Hay otra fruta en árboles grandes, como camuesas, de buen olor y sabor. Hay gran cantidad de jengibre que nace por ahí sin que lo siembren. Hay gran cantidad de yerba chiquelete, de que hacen el añil. Hay árboles de pepita. Hay muchísima sagia, muchos cocos. Vídose piedra mármol, conchas de perlas, caracoles grandes, como los que vienen aquí de la China. Hay un grandísimo manantial, y otros cinco ó seis ríos, no muy grandes, de agua: aquí, junto al manantial, se pobló. Los indios se procuraron defender, y como el arcabuz juega de lejos, viendo el daño, no se defendían mucho; antes daban de lo que tenían. En esto de ir por de comer hubo algunas cosas de no muy buen tratamiento á los indios, porque mataron al indio más nuestro amigo y señor de aquella isla, llamado Malope, y otros dos ó tres estando también

(*) Ochocientos metros sobre una base de 1,200 de diámetro. (Nota del Colector).
(**) Llamada también *Egmont*, *Andany* ó *Nilendy* y *Nitendi*. (Nota del Colector).

de paz. No se vido de toda la isla más que obra de tres leguas al rededor del campo. La gente de esta isla son negros; tienen sus canoas pequeñas de un palo en que andan rededor de sus pueblos, y unas canoas muy grandes de que van de mar en fuera. Domingo, ocho de Octubre, mandó el Adelantado matar á puñaladas al Maestro de campo; y mataron á Tomás de Ampuero de la propia suerte, y degollaron al alférez Juan de Buitrago; y quiso hacer matar á otros dos amigos del Maestro de campo, y porque se lo rogamos, los dejó. La causa fué pública, porque se le querían ir de la tierra y desampararla, y otras razones que debió de haber, que yo no las sé. Lo que yo vide mucha soltura y desvergüenza, y hartas inconsideraciones. Á diez y ocho de Octubre, habiendo á diez y siete un eclipse total de Luna, murió el Adelantando; á dos de Noviembre D. Lorenzo, su cuñado, que había quedado por Capitán general; y antes, siete ú ocho días, el clérigo Antonio de Serpa; y á ocho de Noviembre el vicario Juan de Espinosa. Y hubo grandes enfermedades en nuestra gente: como había poco regalo, falta de botica y médico, se murió mucha de ella; y pidieron á la gobernadora Doña Isabel Barreto que los sacase de la tierra. Viniéronse unos y otros á embarcar, y, á la misericordia de Dios, salimos de este puerto, sábado, diez y ocho del dicho mes, la vía del Oeste, cuarta del Sudueste en demanda de la isla de *San Cristobal*, ó, por mejor decir, á buscarla, por ver si se hallaba ó la *Almiranía*, que así lo mandó la Gobernadora. Y fuimos dos días, y no vimos nada; y á petición de toda la gente, que daban voces que los llevamos á perder, mandóme hiciese el camino de esta ciudad de Manila, de un puerto de diez grados y medio; del cual, gobernando al Nornorueste, por huir de hallar islas en el camino por el mal aparejo que había para andar entre ellas, la gente muy enferma que se murieron (navegando) algunas cincuenta personas poco más ó menos, vinimos por nuestra derrota, faltos de bastimentos, navegando, y de la parte del Sur cinco grados; otros tantos de la parte del Norte. Hallamos muchos contrastes y calmas; y puestos en altura de seis grados largos, de la parte del Norte, vimos una isla que pareció tenía veinte y cinco leguas de box, mucha arbolada y muy poblada de gente, como la *de los Ladrones*, que los vimos en canoas que nos salieron. Es desde el Sueste, por el Norte, hasta el Sudueste, cercada de grandes arrecifes; tiene al Oeste de sí (como cuatro leguas) unas isletas bajas: no hallamos á donde surgir, aunque se procuró; porque la galeota y fragata, que con nuestra nao salieron, se despareció días había. De aquí vinimos por la dicha derrota hasta altura de trece grados y tres cuartos: yendo días que por esta altura navegamos al Oeste, tuvimos vista

de la *Serpana* y *Guan* (*) en *los Ladrones*; y pasamos por entre las dos y no surgimos, por no tener cabo con que echar y recoger el batel. Este día fueron tres del mes de Enero de mil quinientos y noventa y seis años, y á catorce del dicho mes, vimos el cabo del Espíritu Santo, y á quince surgimos en la bahía de Cobos; y llegamos á ella tales, que sola la bondad de Dios nos pudo traer, que fuerzas humanas ni aviamiento, no era para poder llegar al diezmo del caminio. Aquí llegamos tan desaparejados, la gente tan flaca, que era la mayor lástima que se podía ver, con solas nueve ó diez botijas de agua. En aquesta bahía de Cobos se reformó todo lo mejor que pudo ser la gente y navío, y martes, dos de Febrero, salimos del dicho puerto y bahía. Á diez del mes surgimos en aqueste puerto de Cavite etc.

"Demás de los deseos que de servir á Vmd. tengo, lo que me mueve á dejar á Vmd. esta breve relación es que porque dé de ella razón (si acaso Dios dispusiese de mi persona, ó haya otra cualquiera ocasión, que yo, ó la que llevo, faltemos), haya luz de ella, que podría ser negocio de mucho servicio á Dios y al Rey nuestro señor. Sea Vmd. servido de recibir la larga voluntad que de servir á Vmd. me queda, que si Dios me vuelve á este puerto, habrá lugar para poderlo mostrar mejor; y juntamente me perdone Vmd. el ser corto, que el tiempo tiene la culpa, por serlo para conmigo. El secreto suplico á Vmd., porque no sabe el hombre los sucesos del tiempo; que mirándolo bien, es justo que las primeras Islas estén ocultas hasta que su Majestad sea informado y mande lo que fuere más de su servicio, que por estar en paraje que toman el medio del Perú, Nueva España y esta tierra, podrían los Ingleses, sabiéndolo, poblarlas y hacer mucho mal á este mar. Y Vmd. me tenga por cierto servidor de Vmd., á quien Dios Nuestro Señor guarde muchos años, con muchos contentamientos y aumento de estado, etc. De Vmd. criado, Pedro Fernández de Quirós (**)."

De esta relación se puede conocer cuan grandes serían los trabajos y penalidades que padecería en este viaje el siervo de Dios Fray Juan de Contreras, como de hecho padeció, no sólo de las

(*) *Saipan* y *Guan*. Ésta llamada también *Guoján*, *Guahan*, *Gohuan* y *San Julián*, tiene unos 125 kilómetros de circunferencia: En ella se encuentra Agaña, capital de las islas *Marianas (de los Ladrones)* y lugar donde reside el Gobernador de la Colonia (Nota del Colector).

(**) En Febrero de 1597 entró en Manila la *Capitana* mandada por Quirós. Morga facilitó á Doña Isabel Barreto, y á los que quisieron volverse á Lima los auxilios que necesitaban; mas muchos se quedaron en las Islas, y Doña Isabel se casó en Manila con Don Fernando de Castro, regresando después á España en su navío *San Jerónimo*. (Nota del Colector).

que fueron comunes en todos de hambre, sed y cansancio y demás descomodidades, de que no le tocaría pequeña parte, sino también de otras interiores y espirituales que le afligirían harto el alma, á causa de los sucesos tan desastrados que sucedieron en el viaje originados de la poca unión y conformidad de cuantos iban en la armada, siendo él de ordinario el blanco de todo, sufriendo muchos baldones y desaires por serle preciso, obligado de la caridad, meter la mano, apaciguando á unos, corrigiendo á otros, y á todos dándoles el consejo más importante para sus almas y cuerpos, y aun el más acertado para el buen suceso de lo que deseaban y buscaban. Y como en tales ocasiones no todos suelen llevar ni se ajustan con facilidad á la razón, era fuerza que se le volviesen algunos contra sí, y las más de las veces le costase caro. Pero aunque en orden á esto no tuviese enteramente efecto su corrección y santas amonestaciones, tendríale sin duda en que no sucediesen más daños de los que sucedieron, atajándoles con sus discretos palabras y eficaces razones con que continuamente predicaba á unos y otros, y en que se salvasen las almas de los que en el discurso del viaje murieron hasta llegar á Filipinas, como piadosamente se puede creer, así de las prevenciones cristianas de los que morían, como de la caridad y puntualidad con que el siervo de Dios les asistía, que aun estando enfermo, como lo estaban casi todos, y tanto como cualquiera. no se quitaba de la cabecera del moribundo, consolándole y animándole con palabras amorosas y tiernas, llenas del fuego de amor y caridad, en que su piadoso corazón se abrasaba; lo cual les obligaba á hacer muchos actos de contrición y á morir muy resignados.

Y aunque no hubiera conseguido nada de esto, no era poco los muchos méritos que granjeó para su alma, y los muchos lauros con que coronó su paciencia, sufriendo con increible constancia los trabajos que hemos dicho, particularmente los desaires, que fueron muchos los que padeció. y grandes los pesares que le dieron, sin atender á sus venerables canas, religiosa persona, ni menos á su mucha virtud y santidad: al fin, como gente arriesgada, inquieta, desazonada, poco conforme y de más solturas que cordura. Bien lo reconoció el Adelantado; pero casi no lo podía remediar por ser la gente tal, que aun los castigos que hizo, fueron bien necesarios para tener él un poco de seguridad.

No obstante, tuvo también con el siervo de Dios un encuentro bien pesado, por haberle querido ir á la mano en una acción que, según él mismo confesó después, convencido por las razones, había sido inconsiderada, que fué de la muerte de los cinco ó seis indios que él mandó arcabucear á vista de la isla de Magdalena; porque

aunque parece que dieron alguna ocasión comenzando á tirar pedradas á los de la nao, y amenazando con las lanzas; pero ni de unas ni con otras podían ofender por la distancia. Y así dijo el religioso pretendiendo estorbar el que los disparasen: ¿"Qué importa que amenacen ni tiren lanzas si ninguna puede llegar acá? Ellos lo hacen porque en su vida han visto españoles, ni conocen sus armas de fuego, que si ellos supieran que ofenden de lejos, no se atrevieran á hacer lo que hacen." Con todo eso les tiraron, y mataron á los que hemos dicho, pasándoles de parte á parte, que fué lo mismo que atravesarle á él el alma.

Había estado este santo religioso grande rato hablando con ellos mientras estuvieron en la nao, dándoles á entender por señas cómo había Dios, cielo é infierno, de lo cual estaban ellos bien ignorantes; pero daban nuestras de oirlo con afecto, y como que les agradaba; y así, rogaban al religioso y á todos los de la nao que se fuesen á su puerto para comunicarlos más despacio. Hubiéralo hecho el religioso, si le hubieran dado permiso para ello, y aun quedádose con ellos, por haber reconocido que era gente de capacidad y abrazarían con facilidad la Fe de Cristo; mas, al fin, ya que esto no tuvo efecto, y en alguna manera era materia de sentimiento, pero no tanto como ver que el primer día que aquellos miserables indios habían tenido algún conocimiento de Dios y de su Santa Ley, hubiesen experimentado tan malos efectos de los mismos que la profesaban y se preciaban de cristianos.

No fué menor su sentimiento con la muerte de los cuatro ó cinco indios que en la isla de Santa Cruz mataron algunos soldados habiéndoles prometido antes buena amistad, en virtud de la cual acudían á toda la armada con la provisión y sustento que podían de los frutos de la tierra, unas veces dado, otras vendido; y quizás por esto les debió de costar tan caro, que porque tal vez no fué á gusto de los soldados, se lo pagaron á puñaladas.

Ya el siervo de Dios, como él mismo confiesa, viendo tales sinrazones, parece que no podía tener paciencia, y así, enojado, con celo santo les reprendía sus demasías, amenazándoles con el castigo del cielo en el malogro de sus intentos y otros muchos trabajos, como fueron los que en breve padecieron. Bien podría ser que los anunciase teniendo profecía de ellos; pero cierto que no era menester. Habiendo precedido tantas sinrazones y demasías, ¿qué sucesos pueden ser buenos ni tener buenos fines, teniendo tan malos medios? Ni tampoco es de maravillar el que este siervo de Dios se enojase tanto en ver padecer á sus prójimos, y que maten otros sin justicia y sin razón, siendo él tan compasivo, que aun de los males que padecían, casi inevitables,

de necesidades y enfermedades, tenía tanto dolor, y aun más que si él mismo las padeciera.

Así lo experimentaron los mismos que en esta materia le dieron hartos pesares, en las enfermedades que padecieron y de que murieron algunos, acudiéndoles con un amor y ternura admirable. Fué esto mucho más después que murieron los dos capellanes de la armada, cargando sobre él todo el peso de la cura y asistencia de los enfermos, que fueron muchos, como lo dice la relación de arriba. A todos confesaba, y administraba los demás Sacramentos, y les daba de comer con sus propias manos, quitándoselo á veces de su boca, estando tan necesitado como cualquiera, así por andar enfermo, como por el mucho trabajo de día y de noche, que apenas tenía lugar para tomar un breve rato de descanso.

Estos fueron los intereses que consiguió este santo religioso en este tan descaminado viaje: enriquecer su ánima de merecimientos con el ejercicio de la caridad y de la paciencia, virtudes en que con especialidad fué probado y aprobado. Por esto quizás se valió de él Nuestro Señor para otros mayores empleos, como fueron los de la conversión de las islas Filipinas, en que le ocupó algunos años, y él correspondió como siervo fiel, haciéndole muchos servicios, y tanto más agradables á Su Majestad, cuanto era de mayor provecho para estas cristiandades.

No había visto este santo religioso á los Descalzos hasta que entró en Manila, por no haberlos en el Perú y ser él natural de aquel Reino, de donde no había salido hasta esta vez que vino á arribar á Filipinas; pero tenía ya muchas noticias de su observancia religiosa y de la perfección con que se ajustaban al rigor de la letra de su profesión y Regla; mas, como él ponderaba después, no era tanto lo que el había oído de los Descalzos como fué lo que él vió y experimentó en los religiosos de esta santa Provincia, repitiendo muchas veces lo que dijo la Reina de Sabá del sapientísimo rey Salomón, hablando de su majestad, riqueza, sabiduría y grandeza. Y así, tuvo á grande suerte la arribada á esta tierra, ocasionada del haberse derrotado de la demanda á que iban; y que lo que para los otros había sido desgracia, para él sólo fué dicha grande, felicidad suma; pues los montes de oro y plata que cada uno de los navegantes fingía y se prometía que había de hallar en las islas de Salomón, sólo él los halló en estas y en esta santa Provincia, no fingidos, sino verdaderos. Halló mucho santos religiosos, montes en la santidad; y montes de oro y plata e la pureza de cuerpo y alma y en lo encendido de su caridad, acr solada con el fuego de la mortificación y penitencia, y con el del mar tirio, que algunos después padecieron en defensa de la Fe.

Por lo cual, sin detención alguna se desnudó del hábito que traía y se vistió de otro estrecho, aspero, pobre y remendado, y ese único, trayendo de allí adelante el tosco sayal á raíz de las carnes, siendo antes tan delicado en esta materia, que aun el delgado de la Observancia no le podía traer sin muchísimo trabajo. Venció este punto desde luego, y con el tiempo se le hizo tan fácil, que, como cosa de poco momento, no estaba contento si el vestido más inmediato no era de rallos ó cerdas, que de esta manera eran los cilicios que de ordinario usaba. Lo más ponderable fué el haberse descalzado de todo punto, el pie por tierra, estando ya muy cerca de sesenta años y no haberlo hecho en su vida; y particularmente en esta tierra que por ser tan húmeda y cálida, es una de las grandes penitencias que puede hacer un religioso en cuanto miran á quebrantar la salud y las fuerzas y á postrar el sujeto; y así, son pocos los que lo hacen y que vivan bien sanos. Conservóse así este santo religioso hasta que murió, no obstante de haber sido su principal ocupación en la conversión de los naturales, para la cual le era preciso correr los montes, andar por pedregales y caminos ásperos, como son todos los que hay para haber de atravesar hasta la Contracosta de la Isla de Luzón, que fué el partido que le señalaron para la administración y conversión.

Antes de salir á ella, notaba con gran cuidado la ejemplar y apostólica vida de los religiosos que se ocupaban en el mismo ministerio en las veces que iban y venían de Manila, donde él era morador; su humildad profunda, pobreza suma y desprecio grande de las cosas de este siglo, y otras muchas virtudes en que sobresalían aquellos santos religiosos, primeros predicadores del Evangelio en estas partes; y á imitación suya, procuraba hacerse muy aventajado en todo género de virtud, sin lo cual le parecía que no podía ejercer dignamente el mismo oficio, ni tener parte en los altísimos merecimientos de tan santos varones, sino entraba también á la parte de su predicación, anunciando el Reino de Dios con aquel celo, fervor, espíritu y ejemplo con que ellos le anunciaban. Y así, con el estudio y cuidado que en esto puso, se adelantó en las virtudes y ejercicio de ellas en los dos años, poco más, que estuvo en Manila antes de salir á la conversión, que cuando salió á ella, le veneraban todos como á oráculo de santidad.

No se le ocultaba esto aun al más bárbaro gentil ni á otros malos cristianos, que, obligados de superior fuerza, venían á buscarle y consultarle en los negocios de su alma y salvación; á que el acudía con presteza, dando á cada uno el consejo y remedio que necesitaban, sin perdonar diligencia que fuese necesario hacer, ni todos

los trabajos y fatigas que para ello fuese necesario padecer. Amaba tiernamente á sus prójimos, particularmente á aquellos que él había reengendrado en Cristo por medio del Bautismo, que, como padre amoroso con sus hijos, miraba por su salud espiritual y aumentos corporales. No es mucho, pues, que los trabajos y penalidades no entibiasen su caridad, y ni menos se compadeciese con ella dilación en lo que fuese necesario á su bien y provecho, así espiritual como corporal.

Donde manifestaba más este amor y caridad era en las reprensiones y correcciones que solía él dar ó mandar dar á los culpados, y mucho más si era necesario algún castigo, que con ser uno y otro bien suave y blando, en llegando á este caso, á él se le bañaban los ojos en lágrimas y el corazón parecía que se le hacía pedazos de dolor y pena; y á esta causa, antes de llegar el suceso, le andaba temiendo días antes, buscando razones y excusas como librar al reo; pero como no todas veces podía, estimulado de la propia conciencia, era mucho lo que en este punto padecía, que á no tener experiencia de ser necesario el castigo para mantener á algunos en la Fe, y haber visto la práctica tan loable de los primeros fundadores, que hacían y enseñaban lo mismo, no podía él vencerse ni mortificarse, porque para él era punto muy sensible. Así lo conocían los mismos indios, aunque no por eso todos se enmendaban; pero fué mucha parte para que unos á otros se fuesen llamando, y viniesen otros muchos de los fugitivos á la fama del cordial amor con que trataba á los recién convertidos; los cuales todos se bautizaban, y en cuanto podía, les amonestaba y obligaba á que fuesen buenos cristianos, más con obras que con palabras, y, como hemos dicho, más con amor que con rigor, porque éste no se compadecía con sus piadosas entrañas.

Andando en este empleo de la conversión se le renovó un mal antiguo de unos dolores que solía padecer en las piernas: llegaron á tal estado que de ellos se siguió una enfermedad grave y prolija, la cual llevó con paciencia amorosa, y resignada en la Divina Voluntad. Fué muy devoto de la Pasión de Cristo Nuestro Bien, y en esta enfermedad fué á donde lo mostró más, trayéndola á la memoria muy frecuentemente para consolarse con ella, como lo hacía, cotejando sus dolores con los de Cristo, angustias con angustias, tormentos con tormentos; y no sólo le eran llevaderos los que él padecía, sino que parecía que se olvidaba de ellos y pasaba á sentir los de Cristo. Así lo mostraba en algunas ocasiones, hablando y estrechándose con un Crucifijo que de ordinario tenía sobre su cama, que eran tantos los suspiros que daba y las lágrimas que derramaba de lo íntimo de su corazón, que enternecía á cuantos le oían, dando

muchas gracias á Nuestro Señor que así le diese á sentir los dolores de su muerte y Pasión, y aun las finezas que mediante ella hizo por nuestro amor. Finalmente, rendido el cuerpo con los dolores de la enfermedad, y más con los afectivos de la Pasión de Cristo, perdió el aliento y se entregó á la muerte, en nuestro convento de Manila, según que ya queda dicho arriba al principio del capítulo.

CAPÍTULO XXXVI.

DE LA FUNDACIÓN DE LA HERMANDAD DE LA SANTA MISERICORDIA DE LA CIUDAD DE MANILA, Y VIDA EJEMPLAR Y DICHOSA MUERTE DEL PADRE JUAN FERNÁNDEZ DE LEÓN, CLÉRIGO PRESBÍTERO, SU PRIMERO Y PRINCIPAL FUNDADOR.

PARA haber de tratar de la fundación de la Hermandad de la Santa Misericordia, obra de las más lucidas é importantes de esta república de Manila, es necesario tomar la corriente más arriba, y por ahí se conocerá también la razón principal que nos mueve á referirla aquí como uno de los efectos ó arbitrios más provechosos del apostólico celo de esta santa Provincia en bien de esta tierra. Pasó á ella, año de mil quinientos noventa y uno, un clérigo, sacerdote, llamado Juan Fernández de León, insigne teólogo y gran predicador; y así por esto como por su virtud y ejemplar vida, muy conocido en Nueva España y en todas estas Islas. Era natural de la villa de Gibraleón, señorío de los duques de Béjar, título y cámara de los herederos de aquella gran casa en Castilla, y siendo de diez y seis años poco más, deseando aplicarse á los estudios, de que ya tenía algunos rudimentos, se fué á la ciudad de Salamanca donde en breve tiempo se perfeccionó en las primeras letras de la latinidad, y de ahí pasó á las artes y teología en que dicen se graduó; aunque no consta de cierto: sí que se ordenó de sacerdote y que salió gran teólogo é insigne predicador con aceptación de aquella Universidad.

Ni tampoco nos consta el intento de haber pasado á Nueva España: lo que se sabe, haberle llamado Nuestro Señor en ella de la vida común clerical á mayor perfección y recogimiento, en compañía de otro sacerdote llamado el cura Losada, también muy conocido en Méjico y gran siervo de Dios. Fué notable en aquella Ciudad y aun

en todo el Reino el ejemplo que dieron un día que, dejando sus casas con todas sus alhajas y menaje (dicen valdría sólo lo que tocaba al padre Juan Fernández de León, de quien hablamos, poco más de treinta mil pesos), se salieron á despoblado á hacer vida particular y solitaria, de la cual, á cabo de tiempo, con inspiración del cielo, salió el Padre León para Filipinas con deseo de juntar á su vida retirada y contemplativa la activa, en socorro del prójimo, en las nuevas cristiandades de estas Islas y demás reinos circunvecinos (*).

No le hizo mudar de vida ni de intentos la nueva mudanza de tierra, antes desde que entró en ella, sentía en su afecto una como nueva y amorosa fuerza que le impelía á torcer totalmente el rostro al vano rumor del siglo y le retiraba á honestos, píos y devotos divertimientos. Eran para él los más gustosos comunicar con los religiosos, frecuentar los templos y visitar los santuarios que había de más devoción en la tierra. Llevóle mucho el afecto uno que está fuera de los muros de Manila, que es una ermita dedicada á nuestra Señora de Guía imagen de mucha devoción, y asimismo el de nuestro convento de San Francisco del Monte, una legua poco más de Manila, por ser lugar muy quieto y acomodado para los ejercicios de oración y contemplación. Aquí tomó por maestros de su espíritu á los religiosos de él, en particular á Fr. Pedro de Esperanza, maestro de novicios de dicho convento y religioso de mucha perfección, como se puede ver en lo que queda dicho en la relación de su vida.

Estos dos santuarios, pues, eran los más frecuentados de este santo varón, entre los cuales solía repartir el tiempo, conforme á la devoción que sentía, un mes en uno y otro en otro, ó más, si la necesidad lo pedía. No nacía esto de liviandad ó inquietud de espíritu, sino de la facultad que le había dado para ello su maestro, por conocer que todo era muy importante para las mejoras del discípulo. Sentía en él un entrañable y cordial afecto á servir á María Santísima en aquella ermita, gastando en ella el tiempo en continua oración y contemplación, y como discreto maestro, seguía el impulso del discípulo, atemperándose á su devoción, no faltando por esto á la dirección que le debía dar. No pierde nada ésta por obrar con suavidad: conduce, sí, más presto al término de la perfección que es el fin que pretende y á que se endereza, lo cual no hará cuando obra con violencia; y si lo hiciere, será tarde y, por ventura, nunca. Aquí en esta ermita su ejercicio más ordinario era el de la oración, en que le comunicaba Nuestro Señor altísimo conocimiento de sus atributos y per-

(*) Llegó á Filipinas el año 1591. (Nota del Colector).

fecciones, y como varón prudente, no quería que ninguna de estas cosas pasase sin el registro y examen de su padre espiritual: y esta era la causa de ir y venir á San Francisco del Monte y de estar en él algunos días y semanas, más ó menos, conforme á la licencia que le daba su padre espiritual, porque sin su voluntad no haría nada.

En una ocasión de estas, aun no cumplido un año de entrada en esta tierra, fué resuelto de pedir nuestro santo hábito, pareciéndole que con el arrimo de los demás religiosos que se ocupaban en el ministerio de las almas, podría él mejor poner por obra los intentos con que había venido á esta tierra, mayormente siendo nuestro instituto tal, que á sus profesores les conduce derechamente, como á su blanco, al término de la perfección, que es por la que anhelaba este santo varón, y de la que por empleo ninguno se quisiera apartar. No obstante, dejó al examen de su padre y maestro la resolución, el cual le dijo que siguiese la inspiración ó moción interna, regla general en esta materia cuando se suponen bastantes luces en el sujeto para discernir entre lo bueno y lo malo y conocer lo mejor. Estas suponía el siervo de Dios Fr. Pedro de Esperanza en su resignado discípulo por la experiencia y conocimiento que tenía de él, y así no quiso entrometerse á gobernar sus inspiraciones, sino dejarlas á la dirección de Dios, como á su principal autor.

No hallando voluntad determinada en su maestro, volvió otra vez á consultar su determinación, y por más que hizo, nunca se pudo poner en términos de indiferencia para deliberar mejor, sino que siempre se halló no sólo más inclinado, sino totalmente resuelto á ser fraile Francisco; y en fin, sin aguardar más, pidió nuestro santo hábito al venerable padre Fr. Agustín de Tordesillas, Guardián que era del mismo convento de San Francisco del Monte, el cual, teniendo ya noticia de la rara virtud del nuevo pretendiente, no obstante de ser ya de edad anciana, se le concedió considerando que en él no era mudanza de vida (aunque tan rígida la de nuestro estado), sino de hábito, que no hace al monje, ni que tengamos más ó menos años de Religión: aquellos solos tendrá quien hubieren vivido como religioso, y siendo de tal la vida de este pretendiente muchos años antes, le contaba entrado en la Religión. Y ya que no le concedamos tanto (que al fin las mejoras de la religión, á mi entender, no tienen comparación), pero de aquí se puede inferir cómo se portaría entrado en ella, donde hay tantos estímulos para la virtud. No tenemos que ponderar la de este venerable novicio, sino decir que á pocos días de hábito se alzó con el nombre de varón espiritual, amigo singular de Dios, y especialmente favorecido de Él entre mu-

chos que con especialidad lo eran con aprobación de muchos años y aun milagros.

Ya se ve cuáles estarían los religiosos con tal novicio, qué alegres y gozosos, y en especial su maestro que sabía mejor que todos el tesoro que Dios tenía en el alma del devoto novicio; el cual, hablando de él, solía decir: "Su vida es tal, que se ha anticipado á nuestras esperanzas, dando logro, aun antes de esperar, á cuanto podíamos esperar de él: es aun más de lo que cabía en nuestro deseo," y otras razones semejantes en que daba á entender que sino es con ponderaciones é hipérboles, no se podía explicar. No era nada amigo de ellos este santo varón, pero parecíale que cuanto dijese en esta materia, era muy proporcionado á la virtud y santidad del sujeto. Con tan aventajados créditos iba pasando el venerable novicio el año que comúnmente se dice de aprobación, aunque para él no lo era, que ya estaba bien conocida y aprobada su virtud; con más razón se dirá el primer año que comenzaba á ser columna de la Religión, y así me persuado que, si para con los santos hubiera dispensación, como lo hay para los moribundos, con el hábito, le hubieran dado la profesión. Caminando, pues, con la calificación y aprobación dicha, cuando parecía que los religiosos estaban más gozosos con el novicio y él más contento con el nuevo estado, el Señor, cuyos juicios son inescrutables, le dió tal enfermedad, aun no bien cumplidos dos meses de noviciado, que totalmente le cortó los pasos para poder pasar adelante. Había muchos años que era lisiado de un pie, que según parece venía á ser como encogimiento de nervios, que con el abrigo y calor del calzado tenían algún remedio; y al fin, aunque con dolores, pasaba y disimulada, de manera que nadie entendía que fuese cojo, porque en rigor él no lo parecía. Bien previno él este achaque antes de tomar el hábito, pero parecióle que todo se cifraría en padecer y disimular un poco más de lo que hasta allí había padecido y disimulado, que sería ésto muy fácil y aquéllo muy gustoso, sin prevenir que, aunque siempre podría padecer con gusto, se podía dar caso en que de ninguna manera se pudiese disimular, como le sucedió aquí, que como se descalzó totalmente, el pie por tierra, como es costumbre en nuestra Descalcez, y andaba como los demás novicios, ya en lengua, ya sobre las frías losas ó ladrillos, se le encogieron de tal manera las cuerdas de todo el pie y oprimieron los nervios, que no sólo no podía andar sin cojear, sino que de ninguna manera, poco ni mucho, podía andar.

Vióse obligado á hecharse en una cama y á admitir las medicinas de unturas, baños y otras semejantes, todo para él cosa bien extraña; porque después de su primera vocación, con la penitencia y rigor

curaba todos sus achaques y enfermedades; mas al fin de pasar adelante su noviciado, hallando en las medicinas remedio, sufría aquella mortificación, teniendo por mayor el que sino sanaba le quitasen el hábito. Duró la cura más de seis meses, pero sin mejora ni esperanza de ella: declararon los cirujanos que si alguna podía haber, era con el abrigo del calzado, usando de allí adelante de medias y zapatos. Fué este punto muy sensible para los religiosos, cuanto repugnante al instituto de nuestra Descalcez, viendo que proponían como por condición que sino se faltaba á éste, no se podría conservar el novicio, lo cual ha sido siempre muy agrio de llevar, ni para jamás se ha tratado de tal dispensación; particularmente en aquellos dorados tiempos, cuando vivían los primeros fundadores de esta santa Provincia, que celaban tanto esto en sí y en otros, que aconsejándoles los médicos y rogándoselo encarecidamente, como ellos lo suelen hacer, y á veces más por cariño y devoción que por necesidad, dándales por remedio de los achaques y enfermedades que les consultaban el que usasen de algún calzado, de escarpines siquiera de sayal ó de otra materia, junto con las sandalias, les respondían: "Más queremos ver arropadas nuestras piernas y pies con tierra de la sepultura, que de otra cualquiera materia, siendo religiosos Descalzos." Caso se podría dar en que estuviesen obligados á hacerlo, prevaleciendo el precepto de la ley natural en favor de la vida, al positivo de Nuestra Santa Regla de andar descalzos cuando su observancia conocidamente, aun con un género de evidencia, fuese contra ella; mas decíanlo para las ocasiones que no fuesen tan precisas como todo eso, aunque fuesen bastantemente justificadas, por no dejar puerta ni aun el más mínimo resquicio á la relajación, conociendo quizás la condición de los tibios y flojos, que aprenden de lo que vieron ú oyeron de los antiguos, cuando es en favor de su tibieza; y eso mismo hacen sin examinar las causas que tuvieron para ello, ni cómo lo hicieron, que si esto hicieran, y las cotejaran con las que ellos tienen de presente ó el modo con que lo hacen, hallarían que lo mismo que en los antiguos y fundadores fué honesto y decente y aun virtuoso, en ellos es indecencia, vicio, relajación y grandísima flojedad y tibieza, por la mucha diferencia que hay de circunstancias y causas, que, porque no les está bien, no examinan. Por lo que entonces pasaba, pues, se puede colegir cuan agriamente llevarían los religiosos el remedio que aplicaban los cirujanos para que de la salud del novicio hubiese alguna esperanza; y aun después de esto, decían que había de ser muy á la larga, consolidándose las junturas y nervios muy despacio, y con la misma pausa desencogiéndose las cuerdas. Lo que en la realidad pasaba era que él no

se podía menear de una parte á otra, sino con dos muletas, y la enfermedad se ponía cada día más terca, que en un sujeto de anciana edad no sería mucho que ya la juzgasen por incurable. Con lo cual le dieron á entender la imposibilidad de poder pasar adelante con el noviciado, y él lo conoció así y se persuadió que había de ser cada día más, por ver que la enfermedad iba por instantes creciendo, y él imposibilitándose para seguir y servir á la Comunidad.

Antes de esto, le previno su maestro, como consultando su voluntad y saber con qué determinación estaba y qué sentía de lo que le había sucedido, á lo cual respondió: "Padre mío de mi alma, ¿qué quiere que le diga en lo que manifiestamente es disposición de Dios y juicios incomprensibles de su infinita sabiduría? Por los religiosos de esta santa Comunidad no me parece que ha faltado, porque me consta de su buen afecto y voluntad, ni menos por mí, que eso bien lo sabe mi Dios; pues ¿qué he de decir, sino que es disposición soberana de su divina Voluntad, quizás por no ser yo digno de tan santa compañía, ó porque mi Dios se quiere servir de mí en otro empleo por ventura más grato á sus divinos ojos, que lo dudo mucho, por ser yo tan vil criatura y nada de provecho para cosa buena? Y si en alguna parte le podía yo servir y El agradarse de mí, ¿dónde mejor que en la Religión, particularmente en ésta que su instituto y perfección es cortado al talle y medida del Evangelio? Lo que le sé decir á V. R. es que mi voluntad está constante en no querer ni desear otra cosa de lo que quisiere mi Dios: en Él pongo mis esperanzas, cifro mis deseos y á Él se enderezan mis intentos; porque, aunque yo ame lo bueno y pretenda lo mejor, puede ser que muchas veces me engañe por no saber cuál es uno y otro; y dejándome en su voluntad y conformándome en todo con ella, amaré lo que debo amar, y pretenderé lo que debo pretender, que es lo que Él quiere y gusta en que más le sirva; pues lo que por este medio se quiere, desea y pretende es siempre lo mejor y lo que es más agradable á sus divinos ojos". Habló como varón espiritual, docto y santo, y como lo sentía; lo cual dió á entender cuando le dieron las nuevas de que no podía proseguir con el hábito, diciendo cosas tan altas en orden á lo que hemos dicho, que los religiosos se quedaban admirados, persuadiéndose desde aquel mismo punto, que, pues por aquel medio (en que no había intervenido disposición humana) le había estorbado Nuestro Señor sus intentos, para alguna cosa grande le tenía guardado, que quizás no hiciera si fuera religioso.

Y fué así: porque de la Religión le sacó Nuestro Señor para fundador de la hermandad de la Santa Misericordia, así como sacó á un

San Francisco de Paula del noviciado de Nuestra Sagrada Religión para fundador y patriarca de otra bien insigne; y podría ser que sino hubiera sucedido así ó con tales circunstancias ó medios, que ni la sagrada Religión de los Mínimos ni la hermandad de la Santa Misericordia de Manila se hubieran fundado, y, por consiguiente, ni la república de Manila hubiera experimentado de ésta la utilidad y edificación de sus caritativos y devotos ejercicios que continuamente experimenta, ni con aquélla recibido la Iglesia de Dios el lustre que ha recibido y recibe con los hijos santos que ha habido en ella y continuamente hay, ilustrándola con doctrina y ejemplo.

Porque hemos de suponer que cuando Dios determina los fines, también los medios, como cuando determina que se funde una Religión ú otra cualquiera obra pía, determina también el modo de fundarla, y de tal suerte, que mudado el medio, se frustra su decreto y no tiene el efecto que predeterminó, porque los decretos condicionales penden de la condición. También debemos presumir, y aun firmenente creer, que los medios ó modos que Dios una vez determina son los más proporcionados para aquel fin á que les ordena, no por sí, sino presupuesta la Voluntad Divina que los da la disposición ó proporción que necesitan y que no tienen otros, puesto que sino es con éstos, no tienen efecto su decreto. Y aunque podía valerse de otros medios, en caso hecho no se mira sino es á los que escogió y decretó, y esos se deben tener por los mejores, aunque á nosotros no nos lo parezcan; porque el saber que ésta fué la Voluntad de Dios, es la mayor razón para entenderlo así. De lo cual se infiere, que aunque Nuestro Señor podía fundar la sagrada Religión de los Mínimos en su Iglesia y la hermandad de la Santa Misericordia en Manila sin haber tomado por instrumentos para la fundación de ésta á nuestro devoto presbítero ni á San Francisco de Paula para la fundación de aquélla, y caso que les hubiese tomado y escogido para esto podía no haberles llevado primero al noviciado de Nuestra Sagrada Religión, porque es cierto que sin haber precedido nada de esto podía haber hecho lo que hizo, pues no tenía con ello necesaria conexión; pero ya que lo dispuso así, podemos presumir que todo conducía para que tuviese más cumplidamente efecto lo que Él tenía determinado y dispuesto, mayormente siendo la entrada de una Religión obra tan virtuosa y santa, que rara vez sucede sin particular acuerdo del Cielo, y teniendo tanta proporción con la fundación de otra ó de alguna obra pía y devota. Esta razón ha movido algunos á decir que el haber llevado Nuestro Señor á San Francisco de Paula á Nuestra Religión, antes de fundar la suya, fué para que en ella viese cómo la había de fundar, y la fundase según lo que había visto en la nues-

tra como en ejemplar. Y de ahí infieren que del nombre de la nuestra, que se dice de los Menores, tomó el de la suya llamándola de los Mínimos, y así en lo demás. Y en nuestro caso tenemos tanto fundamento para inferir lo mismo, que así como á Moisés retiró y llevó al monte para darle allí la instrucción de lo que había de hacer para la fábrica del tabernáculo, de la misma suerte retiró y llevó á nuestro buen presbítero Juan Fernández al convento de San Francisco del Monte, para que en él formase la idea para la fábrica y obra de la cual tenía determinado que él fuese su fundador. Este parece fué el intento de Dios, y así lo cumplió el devoto Presbítero, quedándosele muy impreso cuanto vió en San Francisco del Monte, y al tiempo determinado lo puso por obra, como se verá prosiguiendo con la relación de su vida.

Salió, pues, de San Francisco del Monte tan enfermo como hemos dicho, y para que se prosiguiese la cura con la asistencia y cuidado que necesitaba, pidió ser llevado al hospital de los Naturales, que entonces estaba dentro de la ciudad de Manila, muy cerca de nuestro convento, cuyo fundador y enfermero mayor era el santo Fr. Juan Clemente con quien él tenía mucha devoción y con sus medicinas. El santo Fr. Juan le hizo cama en su misma celda, para que estuviese con la decencia que pedía su dignidad y persona, y por espacio de tres meses largos le estuvo curando con notable amor y caridad é igual cuidado, y al cabo de ellos, sintiendo alguna mejora en el pie, no obstante de ser mucho lo que cojeaba, se fué á su antigua morada de Nuestra Señora de Guía, donde mediante su intercesión acabó de sanar, no perfectamente, porque siempre quedó cojo, pero con bastantes fuerzas para poder ir y venir á la Ciudad por su pie una ó dos veces en la semana.

Vuelto otra vez á su amado retiro, prosiguió como de nuevo con sus acostumbrados ejercicios de oración, mortificación y penitencia: gastaba largos ratos en pedir á Nuestro Señor y á su Madre Santísima que le diesen luz, gracia y acierto para que él hiciese lo que fuese de su mayor servicio; sentía notable afecto á las obras de caridad con los pobres y necesitados, y á todas las que fuesen en socorro de las necesidades de la república. Movido de este afecto se venía algunas veces al hospital de los Naturales á ayudar á su devoto Padre Fr. Juan Clemente, acompañándole en todos los ejercicios de caridad y piedad que él ejercitaba con los enfermos. También pedía limosna para ellos y para otros muchos que le iban á buscar á su ermita, y á todos socorría con liberalidad y largueza, porque la hallaba en los republicanos á quien el pedía limosna. Y vez hubo que llegó á tener cantidad de limosnas juntas, las cuales entregaba conforme iban

cayendo al capitán Juan Ezquerra, vecino de Manila, persona de conocida cristiandad y nobleza, como á síndico que era de nuestro convento, portándose en esto y aun en todo lo demás como si todavía fuera religioso de San Francisco. Y como tal mostraba no tener propiedad ni dominio alguno en dichas limosnas, como en efecto no tenía; pero valíase de la facultad que á nuestros religiosos concede el Sumo Pontífice Martino V. por la bula que comienza: "*Pervigilis more etc.*" para que conforme á su disposición expendan y gasten los síndicos lo que les fuere ofrecido por los bienhechores.

Lo mismo sucedía aquí, gastando y expendiendo el capitán Juan Ezquerra lo que ofrecían á nuestro Presbítero, conforme á la orden y disposición que él tenía dada, la cual era, que á los que trajesen su firma, se les fuese dando la cantidad que el papel rezase. Con el buen despacho que aquí hallaban y liberalidad con que el Padre Juan Fernández les socorría, pasando la palabra de unos á otros, creció tanto el número de los pobres y entre elios algunos enfermos, y muchos de verguenza y honra, que en breve tiempo se expendió a cantidad de limosnas que tenía juntas; mas como no cesaba de pedir ni de exhortar á los hombres ricos, con quien él tenía conocimiento, á que le ayudasen con lo que pudiesen de sus haciendas para el socorro de los pobres, nunca faltaba lo bastante para remediar la necesidad de cada uno.

Para los enfermos no tenía tanta comodidad, porque aunque quisiera enviarlos al hospital de Fr. Juan Clemente y acudirles con sus limosnas, como lo hacía con algunos de los que allí había, pero sabía que no cabían, por estar tan lleno de enfermos, que no había aposento ni rincón que estuviese vacío. Pensó una buena traza y fué, hacer un camarín ó colgadizo un poco más abajo, aseándole lo mejor que pudo, para que allí se recogiesen los que no cupiesen en el hospital y que se reputasen por suyos, haciendo concierto con el bendito Fr. Juan Clemente de que le había de dar las medicinas que hubiese menester y acudir de cuando en cuando á la vista de los enfermos como cirujano que era, y que él se ofrecía á acudir con todo lo demás que tocaba á la asistencia, administración, sustento y provisión de camas, ropa-blanca, y de todo cuanto fuese necesario.

Con esto se llenó presto de enfermos el nuevo hospital, y el bendito Fr. Juan Clemente acudía conforme á lo concertado, que no era pequeño trabajo sobre el excesivo que tenía con los pobres enfermos que estaban á su cargo, y el devoto Presbítero asimismo con lo demás que los enfermos habían menester. No faltaron algunas personas virtuosas que le ayudaron en ocupación tan ejemplar, y en alguna manera compadecidos del cansancio y trabajos del nuevo

enfermero; porque la cojera del pie le traía á mal traer. Señalábase entre todos el virtuoso Juan Ezquerra, el cual le ayudaba también á pedir las limosnas y las expendía en la forma que hemos dicho, parte con los pobres enfermos, y parte con los sanos, particularmente vergonzantes de viudas recogidas y doncellas huérfanas y algunos soldados pobres y otras personas que estaban imposibilitadas para ganar de comer por sus manos.

Corriendo la cosa prósperamente con esta forma y aprobación de ambos brazos eclesiástico y secular, y creciendo cada día las limosnas y aquellos entre quien se repartían, se movió plática en orden á perpetuar esta obra de tanto servicio de Dios y bien común; y pareciendo que el mejor medio sería fundar una hermandad de la Misericordia á imitación de la de Lisboa, India y Maluco, invención cristiana y pía de la muy católica Reina Doña Leonor, mujer del Rey Don Juan el segundo en Portugal, á persuasión de nuestros religiosos (entre quien se había movido la plática), dió parte de ello el virtuoso Juan Ezquerra al gobernador Don Luis Dasmariñas de quien sabían no le podían hacer mayor lisonja que proponerle semejantes arbitrios. Aprobó la traza, y por su orden se comunicó á los Prelados y otros religiosos graves de las demás Religiones, á los cuales todos les pareció bien, y se ofrecían en cuanto estuviese de su parte á promover la obra.

Ya los nuestros se habían ofrecido á la administración del hospital, antes que el intento se declarase: porque la primer cosa que asentó el devoto Presbítero fué que el hospital que él había comenzado se había de proseguir, y que los religiosos de San Francisco le habían de administrar, pidiendo palabra de esto á Fr. Agustín de Tordesillas, su Guardián en San Francisco del Monte en el tiempo que fué religioso, y al presente Guardián de nuestro convento de Manila y su confesor y padre espiritual por muerte del que fué su maestro en el noviciado, el siervo de Dios Fr. Pedro de Esperanza; y que como requisito de mucho importancia le habían de asegurar primero de aquello, antes que se diese parte á nadie de la dicha fundación. Concedido, en la primera junta que se hizo para el efecto, propuso esto, y todos convinieron en ello: conque desde entonces quedó á cargo de nuestros religiosos la administración del hospital de la Santa Misericordia, prosiguiéndose su fundación en el mismo sitio en que le había comenzado la piedad y caridad de nuestro devoto Presbítero; al principio, como hemos dicho, como perteneciente al de los Naturales, por estar tan cerca y cuidar de él en parte el santo Fr. Juan Clemente. Mudóse después el de los Naturales fuera de los muros, y el de la Misericor-

dia se quedó donde antes estaba, con que cesó de todo punto la dependencia, cuidando de él, de allí adelante, los hermanos de la Misericordia, como de cosa suya; aunque la administración quedó por nuestra y se continuó por muchos años (*).

Vencido este punto, sólo restaba el dar la forma de vida y ejercicios que habían de observar los hermanos. Para esto proveyó Dios Nuestro Señor de personas prácticas y versadas en los ejercicios de esta Santa hermandad en Lisboa, India y Maluco, que fueron dos religiosos portugueses: el uno de la Compañía de Jesús, llamado el Padre Antonio Pereira, y otro de nuestra Orden, que se decía Fr. Marcos de Lisboa, que después fué Vicario Provincial de esta santa Provincia; los cuales, juntos con otra persona secular, cuyo nombre era Don Cristóbal Giral, muy noticiosa asimismo y práctica en los ejercicios de las susodichas Hermandades, hicieron algunos apuntamientos y ordenanzas de las que se les pudieron por entonces ocurrir, y sirvieron cosa de dos años, hasta el de noventa y ocho en que tuvieron papeles é instrucciones de la India, con los cuales se perfeccionaron los que ya había y se suplieron los que faltaban; y por comisión que dieron para ello á Fr. Juan Bautista, religioso de nuestra Orden y de mucha veneración en esta tierra, fueron examinados y aprobados los apuntamientos que antes y después se hicieron de las ordenanzas, y esas son por los que hasta hoy se gobiernan los hermanos.

Hechos aquellos primeros apuntamientos y mostrádoselos al gobernador, á quien parecieron bien, se juntaron (**) por orden suya en el colegio de la Compañía de Jesús el padre Fr. Cristóbal de Salvatierra de la Orden de Nuestro Padre Santo Domingo y Gobernador del Arzobispado, el devoto presbítero Juan Fernández de León, el primer promovedor de obra tan pía, los Padres Antonio Sedeño y Raimundo de Prado de la misma Compañía, Fr. Agustín de Tordesillas, Guardían de nuestro convento, Fr. Alonso Muñoz, lector de teología, Fr. Marcos de Lisboa, Fr. Juan Bautista y otras muchas personas graves, eclesiásticas y seculares, para fundar é instruir, como lo hicieron, la hermandad de la Santa Misericordia, conforme á la de Lisboa. Y entrando á la elección de hermano mayor,

(*) En 1656 se hicieron cargo de este Hospital los religiosos Hospitalarios de San Juan de Dios según escritura del 13 de Mayo del mismo año. En 1866, habiendo sido suprimida en esta Capital por decreto del Gobierno general de estas Islas dicha orden Hospitalaria, se creó una Junta Inspectora, á la cual se encargó la dirección y administracción del establecimiento. Es en la actualidad Presidente de ella N. P. Provincial. Las Hermanas de la Caridad cuidan de los enfermos y del servicio interior del dicho establecimiento. (Nota del Colector).

(**) El día 16 de Abril de 1594. (Nota del Colector).

fué nombrado el mismo gobernador Don Luis Pérez Dasmariñas, tan pío y cuidadoso, que, no obstante las muchas ocupaciones del gobierno de toda la tierra, acudía con mucha puntualidad á todas las juntas de la Mesa dos veces cada semana (*). Continuáronse estas juntas en el mismo colegio de la Compañía por algún tiempo, hasta que, creciendo el número de los hermanos, para gobernarse mejor en casa propia, se pasaron á tenerlas en la iglesia de Santa Potenciana en el ínterin que se fabricaba la de su nombre, que dentro de pocos años comenzaron á sacar de cimientos, y acabaron en la calle principal de la ciudad de Manila.

Es tan notorio el provecho de esta Santa Hermandad en Filipinas y la edificación de sus ejercicios, que con razón es celebrada y aplaudida de todos los que tienen noticia de ella, especialmente de aquellos que tienen experiencia de sus buenas obras en el socorro de las necesidades propias de personas ó haciendas, que son pocos los que no los hayan experimentado que no echen mil bendiciones, y engrandecen á sus fundadores y á cuantos fueron parte en promoverla como á varones singularmente píos y dignos de toda loa. Su instituto es el de la caridad, en cuanto mira al socorro del prójimo; y así, abraza y se extiende á todo lo que debajo de este nombre se entiende: mantener pobres vergonzantes, sustentar niñas huérfanas y criarlas en recogimiento, honestidad y cristiandad en un colegio que tienen para eso con asistencia de capellán, y casarlas á su tiempo, y darlas el dote, y también lo que han menester, si quieren ser religiosas; curar los pobres, así hombres como mujeres, en el hospital que también tienen; enterrar los muertos, y, últimamente, remediar á todas las necesidades, así en común como en particular, más ó menos, conforme á la posibilidad de las rentas ó mandas que les hacen para ese efecto.

Otras muhas cosas tiene graves y de consideración en cuanto á las haciendas que en su poder entran para la distribución, donación ó repartimiento entre los deudos, hijos ó acreedores de aquellos que las dejan, ya por albaceazgo, ó en confianza; porque el crédito es grande, y siempre le ha procurado conservar, obrando con toda puntualidad y justificación; de cuyos buenos efectos tiene larga experiencia esta tierra y muchas partes de España á donde han sido enviadas las haciendas ó herencias que quedaron en su

(*) El P. Colín en su *Labor evangélica* dice que la hermandad de la Misericordia de Manila se fundó el año de 1596. En esto se equivoca el P. Colín. Si la hermandad de la Misericordia se instituyó en 1596 no pudo ser, como afirma Colín, durante el gobierno de Don Luis P. Dasmariñas, sino que fué en tiempo de Morga; el cual llegó á Filipinas por Junio del 95, y gobernaba las Islas en 1596. (Nota del Colector).

poder á los hijos y herederos de algunos que han muerto aquí, ó han sido llamados para hacerles la entrega de ellas, todo por orden y mano de esta Santa Hermandad, estando muchas veces los interesados bien distantes y más descuidados de lo que les habían dejado y ellos heredado.

Y en fin, la obra salió tal, que mientras vivió su fundador, con ser tan grande y encendida su caridad, en ella vió logrados sus deseos, como que con obra tan pía y tan caritativa no tenía ya más que pedir ni que desear. Y que esta obra fuese un vivo traslado y perfecta copia de la idea que formó en el noviciado de nuestro convento de San Francisco del Monte, á vista del ejemplar que allí tuvo mientras fué novicio, parece que no tiene duda; porque el maestro que allí tuvo fué el siervo de Dios Fr. Pedro de Esperanza, de quien contamos en su vida que, estando en aquel convento, se ejercitaba casi en los mismos ejercicios de caridad.

Fundada ya la hermandad, el siervo de Dios Juan Fernández de León, puso mucho calor en que se prosiguiese con la obra del hospital, como se hizo, y él la vió acabada con notable consuelo de su alma. Y cuando parece que se hallaba más alegre y contento de ver todos sus buenos intentos logrados, fué Nuestro Señor servido enviarle un trabajo espiritual é interior, que, fuera de perder su gracia, parece que no podía haber otro de mayor aflicción en un alma que le desea servir y amar. Era en materia de escrúpulos, que no es dudable que los suele Nuestro Señor enviar para probar y purificar más á sus siervos, ó para otros fines ordenados á nuestro bien, que nosotros no entendemos ni alcanzamos. Á lo que parece, nacieron en este santo varón del mucho temor que tenía á Dios: algo debió de haber de inmoderación, que es adonde tienen su origen semejantes escrúpulos, porque en no siendo así, antes el temor de Dios asegura; porque del amor que dice posesión, nace el temor de perder lo que posee, y en esto está la seguridad, no en el descuido y vana confianza. Veíase lleno de unas densísimas tinieblas, con obscuridad en potencias y sentidos, sin poder hacer juicio acertado, á su parecer, para discernir lo malo de lo bueno, ni ésto de lo mejor, á que ayudaba mucho la sugestiva del demonio que le hacía creer que era pecado lo que ni aun asomos tenía de eso, de donde le nacía una tristeza tan grande y una melancolía tan profunda, que su mayor consuelo era la soledad, llorar y dar voces, clamando al cielo con suspiros y sollozos, como quien ya se juzgaba indigno de sus divinos influjos.

Esto fué la causa de sacarle de con los pobres del hospital, entre quien tenía determinado vivir y les deseaba servir hasta morir, y llevarle á un cuarto alto de las casas del Maestre Escuela, que entonces

era Don Francisco Gómez de Arellano, natural de Constantina, sacerdote ejemplar y amigo de los tales, persuadiéndose todos, que con su conversación y compañía, perdería los escrúpulos, y le dejaría la tentación. Hizo cuanto pudo en esto, como buen amigo, pretendiendo persuadirle primero que aquellos eran escrúpulos, y que estaba escrupuloso, para poder después aplicarle el remedio que pedía su enfermedad: ninguna diligencia bastó para que él se persuadiese que estaba achacoso en materia de escrúpulos. Y así, aunque oía con gusto sus razones, era poco lo que aprovechaban, porque la obscuridad y confusión de las potencias, que ocasionaban la enfermedad, esas mismas le privaban de la luz para conocerla, y para que como enfermo se dejase curar.

Trabajaron en esto otros hombres doctos y espirituales; mas nunca pudieron, hasta que Nuestro Señor fué servido de poner término al desconsuelo y aflicción de su siervo por medio, no de letrados, sino de un simple y humilde lego de Nuestro Padre San Francisco, llamado Fr. Andrés de la Cruz, religioso muy espiritual y singularmente favorecido de Dios, como lo daban bien á entender los arrobos y excesos mentales que continuamente padecía, de los cuales haremos especial mención en la relación de su vida. Éste, pues, en una ocasión que iba acompañando al Guardián Fr. Agustín de Tordesillas (que, como padre espiritual del Padre Juan Fernández de León, y como á quien le tocaba más de cerca el remedio de su enfermedad espiritual, iba muchas veces á verle y á consolarle, solicitando por todos los medios posibles su salud), habiendo visto que nada aprovechaba de cuanto Fr. Agustín decía, le comenzó á decir algunas palabras (habiendo primero pedido licencia á su Guardián), y fueron tan eficaces, que así que las oyó el enfermo, se comenzó á alegrar y á consolar; y como quien despierta de un profundo sueño, que se anda resobando sin saber lo que le ha sucedido ni lo que de presente le sucede, así el siervo de Dios Juan Fernández, con las nuevas luces que había recibido con lo que el bendito lego le dijo, y admirado de sí mismo, cuán otro estaba de lo que estaba antes, no se atrevía á deliberar si había sido sueño ó delirio. De tal suerte huyeron las tinieblas, cesó la tentación y fué asistido de soberana luz, que el entendimiento quedó claro, la voluntad fervorosa, la razón señora, y todo él muy consolado y confiado en la infinita bondad y misericordia de Dios.

Volvió como de antes á su trato familiar y comunicación continua, mediante la oración y contemplación, y á los demás ejercicios de mortificación y penitencia. La cual era tal, que aun siendo ya casi de setenta años, se pasaba los más de los días con sólo pan y agua, y

esto con mucha moderación. Algunas veces juntaba con el pan algunas yerbas ó legumbres, pero de tarde en tarde, sin pasar jamás de ahí. La caridad, que antes le había dado alientos para solicitar con desvelo y cuidado el remedio de tantas necesidades así espirituales como corporales hasta haber conseguido lo que consiguió, después de la tentación, quedó más fina y acrisolada, como el oro con el fuego; y, últimamente, ella fué la que le hizo salir de la Ciudad, movido del celo de las almas, y le llevó ó Mariveles, pueblo aislado en la boca de la bahía de la ciudad de Manila, que no tenía ministro ni quien lo apeteciese (*), por ventura por ser tan mal sano como después acá se ha experimentado y él experimento, que le costó no menos que la vida, habiendo estado en él poco más de un año. Fué su muerte el de mil seiscientos y uno, y cinco después de éste de noventa y seis en que se acabó de fundar la hermandad de la Santa Misericordia, que es lo que nos ha obligado á referir aquí la historia de su vida y muerte. Hubo algunos indicios y señales de habérsela revelado Nuestro Señor, y de haber usado con él antes de morir de algunos prodigios y maravillas, proveyéndole con especial providencia suya de sacerdote que le administrase los Santos Sacramentos y le enterrase con la decencia y veneración debida. Esto refieren así por mayor los originales de la Provincia: un historiador de estas Islas toca con más individuación las circunstancias del caso, que por ser de edificación, me ha parecido ponerle todo ó la letra, como él le refiere (1).

"Fué el caso que, navegando á la Nueva Segovia (donde entonces era Beneficiado, y asistía con el Obispo D. Fr. Miguel de Benavides) el Licenciado D. Luis de Herrera Sandoval, después Provisor y Prebendado en Manila, yendo á doblar la punta de Bolinao, le cargó tanto temporal por la proa, que tuvo necesidad de arribar al abrigo de las sierras de Bataán, y surgir junto á Mariveles. Y aunque después de sosegado algo el tiempo probó á doblar la punta dos ó tres veces, nunca pudo, forzado del viento á volverse al mismo abrigo y surgidero, hasta que la última, acabando de dar fondo, llegó á bordo una barquilla con unos indios, que le dijeron le llemaba el Padre Juan Fernández de León, para que le confesase, que se quería morir. No podía el dicho Padre saber humanamente que estuviese allí tal sacerdote, y así, extrañando mucho el Licenciado D. Luis de Herrera Sandoval el recaudo, subió al Pueblo de Mariveles, y halló al Padre

(*) Mariveles tiene actualmente cura y gobernadorcillo; pertenece á la Provincia de Bataán, y está situado en la costa Sur de la misma provincia á la izquierda de la bahía de Manila. Antiguamente fué residencia del corregidor que tenía á su cargo la Jurisdicción (Gobierno) de Mariveles. (Nota del Colector).

(1) Colín *Hist. de la Comp.* lib. 3, cap. 5, pág. 350, n. 29.

León en pie, y acabando de rezar maitines, y los brazos abiertos, le dijo: Sea Vmd. bien venido, que le ha traído Dios para confesarme, porque si Vmd. no viniera, muriera yo esta noche sin confesión. Había dicho Misa aquel mismo día, y anticipádose aquella tarde á rezar los maitines, que cuando bueno, decía siempre á media noche. Confesóse y recibió el santo óleo que se le dió el sacerdote, sin ver en él particular señal de enfermedad, por la instancia con que lo pidió, diciendo que había de morir aquella misma noche, como murió á cosa de las doce. Conoció el sacerdote había sido traza del Señor su arribada á aquel paraje; y habiendo compuesto el cuerpo con los ornamentos sacerdotales, y dádole la mañana siguiente sepultura, se volvió á Manila á contar lo que le había pasado. Dieron todos gracias á Nuestro Señor, y á los ocho meses de su muerte dió orden la hermandad de la Santa Misericordia, agradecida al tal Padre y fundador, que se trasladase su cuerpo á Manila. Fué hallado entero y sano, y como tal, estuvo algunas días descubierto en la Capilla del Hospital Real de esta Ciudad hasta que con solemne acompañamiento y concurso del pueblo fué colocado en la Iglesia Catedral de esta Ciudad, en lo alto de las gradas del Altar mayor, al lado del Evangelio." Hasta aquí el autor citado en la narración sucesiva de la muerte de nuestro venerable Presbítero, y un poco más adelante concluye con lo que también me ha parecido dar fin á este capítulo: "Es la muerte la que califica la vida y abona los méritos de cada uno. Y pues la del Padre Juan Fernández de León fué prevenida de tan claras prendas y singulares providencias del cielo, con razón le veneró Manila, y debemos aclamar todos por señalado ornamento del estado clerical y su verdadero dechado en estas Islas."

CAPÍTULO XXXVII.

DE ALGUNAS CONTRADICCIONES QUE PADECIERON EL SANTO COMISARIO FR. PEDRO BAUTISTA Y SUS COMPAÑEROS EN LOS REINOS DEL JAPÓN, Y DE COMO EL REY Y ALGUNOS DE SUS GOBERNADORES LES DEFENDÍAN.

EN muchos capítulos de este *segundo libro* habemos hecho mención de los sucesos más particulares de los reinos del Japón en cuanto á la cristiandad y sus ministros, y en especial de nuestros religiosos, contando desde su entrada, que fué el año de noventa y tres, hasta el noventa y seis en que ahora vamos. Hemos tratado de su vida apostólica, predicación fervorosa, celo incansable y de algunos de sus trabajos y peregrinaciones y de el aumento de aquella cristiandad, conversiones maravillosas, ejemplos notables, de la grande fortaleza y constancia de algunos cristianos y de otras cosas que ceden en crédito de la predicación, doctrina y ejemplo del Santo Fr. Pedro Bautista y sus compañeros, dichosísimos mártires y predicadores apostólicos de aquel grande imperio; y aunque de paso hemos tratado de algunas contradicciones, así de los gentiles como de los que no lo eran, todavía me ha parecido referir otras más particulares y juntarlas en este y el siguiente capítulo como disposición para entrar en la historia devota y gustosa de su triunfo glorioso y dichosísimo martirio, mediante la muerte de cruz, que con increible constancia y fortaleza padecieron por la predicación del Evangelio.

La primera persecución que tuvieron los Santos Mártires, aun antes de dar principio á su predicación, fué sobre la fábrica de la iglesia y convento en la ciudad de Meaco; no porque los gentiles y bonzos que fueron los instrumentos que tomó el demonio para esta persecución pretendiesen por entonces, aunque bien quisieran, el que no

tuviesen casa y templo, porque en esto no podían ellos hablar, sabiendo que tenían licencia del Emperador, sino porque la hechura y fábrica de iglesia y aun del convento era muy diferente de los conventos y templos que hasta allí había habido en el Japón; sobre lo cual decían que ¿porqué se había de permitir que en Japón hubiese diferencia de edificios, así en las casas como en los templos, y que para esto se les diese licencia á los extranjeros, no siéndoles permitido ni concedido á los naturales del Reino?; que se seguiría de aquí que otros los querían imitar, y sino se atajaba luego este daño, con el tiempo se variaría el buen orden que tenían en sus fábricas, y sería todo una confusión muy contraria á la hermosura y aseo de los pueblos y ciudades, y aun el buen gobierno de todo el Reino.

Y á la verdad: no era esto lo que más cuidado les daba, ni eran tan fuertes sus razones que no hallasen salida para ellas los religiosos, mostrándoles á ojos vistas que no todos los templos y casas eran trazados ni cortados á un nivel, como sucede en España y en otro cualquiera parte del mundo, que hay su más y su menos, conforme al gusto ó devoción del que manda hacer la casa ó templo; y aunque es verdad que en mucho se parecían, y eran todos, por la mayor parte, de una manera, pero en esto ó en aquello se diferenciaban, sin que de esta diferencia se hubiese seguido la confusión que ellos decían, ni faltado por esto el buen gobierno del Reino. Lo que se seguía era la variedad, que dice mucho con la hermosura, ó es causa de ella, como los mismos religiosos les decían, mostrándoles la variedad de torres y capiteles que tenían en sus templos, que hermoseaban mucho á la Ciudad y á la vista la hacían muy agradable, aun de muy lejos; y aunque su convento no tenía torres ni capiteles, mas por ser de hechura y traza nunca vista y estar en lugar alto y eminente, campeaba mucho y agradaba aun á los que le miraban no con muy buenos ojos.

Y conociendo esto los religiosos, solían decir en respuesta de sus frívolas razones: "Antes para que esta ciudad estuviera más hermosa, se habían de fabricar muchos templos de cristianos, repartidos por barrios, así como lo están las varelas (que son los templos de los bonzos), que para juntos unos con otros, fuese mayor la variedad, y, por consiguiente, su hermosura más agradable." Nada les agradaba á los bonzos estas respuestas, echándolo á cosa de burla ó de chanza; y no era así, que lo decían de todo corazón y como lo sentían, no sólo acerca de la hermosura de que hablaban, sino de otra mas alta y superior que imprime en las repúblicas la Religión cristiana, su observancia y la de la Ley divina, y aun la de los preceptos humanos que son conformes á ella, sin la cual, otra cual-

quiera material, no vale nada. Mas como los bonzos no entendían nada de esto, y si lo entendían, lo aborrecían de muerte por no ser conforme á sus abominaciones y pecados (aun lo que bien mirado era en favor de lo que ellos pretendían) lo tenían por cosa de burla ó de afrenta, y como que de ella no se hacía caso.

Bien lo conocían los religiosos, pero apenas había otro medio de evadirse de sus molestas importunaciones; porque no bastaba el decirles que el Emperador les había dado licencia para que edificasen la iglesia y convento á su modo, y viviesen en él según sus costumbres, ritos y ceremonias. Y era así; porque habiéndoles mandado dar al principio una varela ó templo de bonzos, el que ellos quisiesen ó sino que más gustasen, los religiosos escogieron el sitio que les pareció más conveniente, y ese les dieron y en él edificaron de nuevo, no queriendo ofrecer su sacrificio al verdadero Dios en lugares contaminosos, como ya dijimos tratando de la fundación de esta iglesia y convento; que pues en la religión, culto y adoración eran muy diferentes de los bonzos, no era mucho, decían los religiosos, que lo fuesen también en los templos y conventos, que era lo menos, particularmente teniendo licencia para uno y otro del mismo Emperador, como era notorio en todo su Reino. Pero como el cuidado que les daba á los bonzos esta nueva traza de obra nacía de un recelo y aprensión grande que hicieron después que la vieron de que el vulgo y la plebe, como novelera, había de desamparar sus templos é irse al que nuevamente se había edificado, llevados de la curiosidad y novedad, y que con la maña ó sagacidad y embustes (que ellos suponían en los religiosos) habían de ser engañados, haciéndose cristianos y dejando de ser sus feligreses, lo cual no ser podía sin gran menoscabo de sus estipendios y rentas, no se aquietaban ni sosegaban un punto hasta ver iglesia y convento por tierra, haciendo para ello cuanto pudiesen.

Y de ahí nacía el andar incitando á unos y á otros, proponiéndoles los incontinentes que hemos dicho, y otros de menos fundamento. Por donde comenzaron fué por las barandillas ó reja de la iglesia, que era al modo de las que de ordinario hay en nuestros conventos, que dividen la capilla del cuerpo de la iglesia, diciendo que aquello no se permitía en el Japón, sino en los palacios de los reyes; que se lo dirían á Taicosama, sino las quitaban, dando á entender que lo hacían los religiosos por querer competir con su grandeza. La misma verdad les ofuscaba, la misma luz les cegaba; viendo, no veían, y entendiendo, no entendían. Veíanlos andar descalzos, con hábitos pobres y viles y con sumo desprecio de la gloria mundana, y fingían tales quimeras y disparates, que á veces

ellos mismos eran jueces de sí mismos, y aunque no querían, eran veedores de sus mismos engaños; pero no por eso se enmendaban. Quitaron la reja los religiosos por no dejar asidero á la calumnia y no ser cosa de mucha importancia para el ministerio de su predicación evangélica y ejercicio de la conversión de las almas; más luego que lo supo Taicosama y fué informado de que aquello era muy común y ordinario en los templos de los cristianos, y que no lo hacían por ostentación, la mandó volver á poner, y así lo hicieron: con que de allí adelante nadie les dijo palabra en esta materia.

Más fué sin comparación lo que les dió á merecer una ficción que les levantaron, la cual anduvo muy válida entre cristianos y otros, que á ser ello verdad, aunque no había razón para imputárselo á culpa á los religiosos, tenían la ellos en mostrar sentimiento y pena de que con intervención suya hubiese sucedido tal desgracia, no tanto por la pesadumbre que recibiría con ella aquella nueva cristiandad, y la ocasión que ellos darían para que algunos se confirmasen en el concepto que les tenían de menos discretos, como por la indecencia é irreverencia que se haría á Nuestro Señor. Corrió la voz de que los gentiles habían robado al Santísimo Sacramento de la custodia ó sagrario del Altar mayor donde estaba colocado. Fué el caso que, desde el primer día que se hizo esta colocación, aunque fué con todo acuerdo y consulta de hombres doctos (que no lo eran pocos todos los religiosos que había allí de Nuestra Sagrada Religión, como se verá en sus vidas, tratando de cada uno en particular), y con examen riguroso de todas las circunstancias que ocurrían, y con prevenciones de sucesos, riesgos y peligros en lo futuro, y aun con aprobación de milagros, como fueron los que Nuestro Señor obró en la procesión de Él aquel día de la colocación, como ya queda advertido en su propio lugar, con todo eso, fué muy censurada la acción y los autores de ella de los que en poco ó nada aprobaban las inventivas ó trazas de su apostólico celo, porque no le tenían por tal, antes sí por menos discreto y considerado de lo que convenía.

Todas las razones que había para estorbarlo se reducían é incluían en el temor ó recelo de que no robasen los gentiles á Nuestro Señor é hiciesen con Él alguna indecencia. Á la verdad: como esto hubiese tenido menos que mediano fundamento, era bastante para que ellos no hicieran tal cosa; porque celaban tanto como cualquiera la honra que se debe á Dios Nuestro Señor, y por cosa ninguna de este mundo le pusieran en contingencias de que padeciese de los ciegos y obstinados gentiles alguna indecencia. Pero había por en-

tonces mucha seguridad de parte de Taicosama, y á su voluntad andaban todos los demás gentiles y no se atrevían á hacer más de lo que él quería y que era de su gusto; porque, aunque chiquito de cuerpo, era terrible, y tenía á todo el Japón en un puño; y como veían todos que mostraba buena voluntad á los religiosos, ninguno se atrevía á mostrársela mala por entonces; aunque había muchos que no se la tenían buena. Y así, aunque los mordían como perros rabiosos en algunos ocasiones, siempre era de secreto, más ó menos, conforme estaba de temple el Emperador, porque andaban con el tiempo; y en asomando el nublado de la tribulación, metían la lanza hasta el recatón; y los primeros eran Fungen y Faranda, criados del Emperador, que porque los religiosos no les daban presentes, ni ofrecían dones, como ellos esperaban, no se descuidaban, en viendo la suya. Mas ni de éstos ni de otros semejantes había que tener recelo mientras el Emperador vivía ó mudaba la buena voluntad que mostraba á los religiosos; y si había algún fundamento para recelarse de ellos y de otros gentiles en orden á esto, no le había menos para decir Misa, porque si quisieran, también pudieran hurtar de allí el Santísimo Sacramento, y aun con más facilidad que de la custodia. De lo cual nadie se recelaba, ni por eso se dejaba de decir Misa, que si alguno ó algunos no la decían, no era porque no les quitasen de entre las manos á Nuestro Señor, sino porque á ellos mismos no los prendiesen y quitasen las vidas.

Con estas y semejantes razones procuraba el Santo Fr. Pedro Bautista desvanecer este vano temor, que era causa de hartas inquietudes entre los mismos cristianos, que, á imitación de sus maestros, unos decían que convenía, y otros que no; y cuanto unos crecían en la Fe, devoción y fervor con la presencia de Cristo Redentor Sacramentado, tanto otros se entibiaban y aflojaban aun en los ejercicios obligatorios de cristianos: efectos ordinarios del miedo.

Pues sucedió que el mismo Taicosama, á lo que parece, como uno de los arbitrios de su sagacidad y astucia, mandó que se echase voz de que era muerto. No es de aquí el averiguar el intento que tuvo para eso; pero baste decir que se hizo también el papel, que muchos lo creyeron, y en especial el Santo Comisario y sus religiosos, que vivían con ese cuidado; porque en virtud de la amistad del Emperador, obraban con algún desahogo en cuanto á su predicación y promulgación del Evangelio, aprovechándose de la ocasión, mientras durase, por convenir entonces así, que si hubiese alguna mudanza, la misma necesidad les diría lo que habían de hacer: palabras con que unos á otros se solían animar y consolar, porque ninguno aflo-

jase en la predicación del Evangelio, ni en el modo que hasta allí habían tenido en predicarle.

Creyendo, pues, el Santo Comisario que el Emperador era muerto, trató luego de consumir el Santísimo Sacramento; pero los cristianos que tuvieron noticia, salieron á estorbarlo, proponiendo el consuelo espiritual de sus almas de que les privaba, y que ellos se ofrecían á poner cincuenta ó cien hombres de guardia de ellos mismos, ó más, conforme más gustase el Padre Comisario, ó por lo menos que se aguardase hasta que la misma necesidad ó peligro manifiesto obligase á ello. No le pareció al Santo Comisario el que era conveniente aguardar á tanto, ni menos el que se pusiesen centinelas ó guardias, por no dar ocasión á los gentiles de que entendiesen que se prevenían con gente para su defensa; y finalmente, aunque con grande sentimiento y dolor de los cristianos, consumió el Santísimo Sacramento un día, de mañana, á la sunción de la Misa. Esto sucedió de la manera que hemos dicho, como consta de los originales de los mismos que se hallaron presentes. Y lo que admira es, que sin saber cómo ni cuándo ni con qué fundamento, se comenzó á publicar que los gentiles le habían robado y hecho en Él mil indecencias.

Presumióse que daría alguna ocasión el mismo sentimiento de los cristianos que lo pretendieron estorbar, y de otros muchos que sentían notable consuelo con la presencia Sacramental de Nuestro Señor, que no pudiendo reprimir el sentimiento que habían recibido con su ausencia, ó no teniendo otro modo con que explicarle, se decían unos y otros: "¿Qué hemos de hacer ahora que nos han quitado á Nuestro Señor?" Y como no explicaban más, ni decían como habían sido del sentir contrario de que Nuestro Señor estuviese de asistencia en medio de tanta gentilidad por el temor que hemos dicho de que no le hurtasen, y esto de quitado se puede también entender por hurto, no hubieron menester más para juzgar que era así. Y no es de maravillar, que los efectos suelen tener mucho imperio en el juicio del hombre, y allá va adonde van los afectos; y á veces no sólo inclinan, sino que arrebatan, y sino hay moderación, le harán andar al retortero y cometer muchos yerros: unas veces juzgando por bueno lo que es malo, otras creyendo ser verdad lo que es mentira, como sucedió aquí, según parece, á los que inmoderadamente y sin fundamento temían y recelaban, que se persuadieron ser verdad lo que aun asomos no tenía de ello.

En fin, fuese este el fundamento de la ficción ú otra cualquiera, ella se divulgó, de manera que corrió por todo el Japón, á que se añadían ya tantas cosas, que aun algunos de los cristianos que se hallaron en la iglesia al tiempo de consumir la *Hostia*, se persuadieron que

aquello sólo había sido apariencia para disimular el hurto. Otros lo dudaban y casi todos vacilaban; porque no faltaba quien decía que él le había visto hurtar, y quien afirmaba que había oído decir á los gentiles algunas cosas que daban á entender lo mismo; y á este tenor otras muchas mentiras y ficciones, que no había que tomarlas tino.

Descubrióse presto la verdad, ya por volver ella por sí misma, ó porque, como luz, no puede sufrir ocultar sus rayos, asomándose por los requicios cuando más oprimida. Halláronse algunos japones principales, fuera de los que servían al Altar, que por estar cerca de él, vieron por sus propios ojos sacar á Nuestro Señor del vaso en que estaba reservado y consumirle, y de su propio motivo, porque la falsedad no se divulgase más de lo que se había divulgado, hicieron deposición, jurando y protestando ser falsedad y engaño cuanto se había publicado, y que se obligaban á reconvencer públicamente á cuantos quisiesen defenderlo; aunque fuese necesario hacer para ello averiguación jurídica, y otras razones semejantes, con que cesó el escándalo; y como humo que con la misma prisa que sube para arriba y se descuella hasta las nubes, se deshace, así se deshizo la mentira, con la misma facilidad con que se forjó y levantó.

No tenían tanto de molestas y sensibles las contradicciones de los gentiles por lo que en sí eran, sino por lo que tenían de continuación ó importunación, que apenas los dejaban sosegar un instante, particularmente desde que determinaron fundar los hospitales, que desde el mismo punto, el demonio, que nunca duerme, comenzó á inquietar los corazones de todos; y así, comenzar ellos y las contradicciones de los gentiles, fué todo uno, para que obra tan santa y acepta á Dios, y tan en bien de las almas, no pasase adelante. Señalábanse siempre Fungen y Faranda, que con sus vanos temores, ó, por mejor decir, por no ver delante de sus ojos á los testigos de sus embustes, hablaban mal de su predicación y de las obras de caridad que ejercitaban en los hospitales; y si veían ocasión, se lo decían al Emperador: y en una que les pareció buena, echaron cuanta ponzoña tenían en su corazón contra los santos religiosos y su modo de vida, diciendo que eran sucios, asquerosos, que lavaban los pies de los leprosos, que por una parte era cosa indecente á la autoridad del Rey por haber hecho con él oficio de embajadores, y que por otra era contra sus leyes, pues mediante aquellas obras, se convertían muchos á su ley y se hacían cristianos, lo cual él tenía prohibido años atrás; y lo que es más, que los habían avisado, y que no querían hacer caso, antes parecía que hacían burla. Á lo cual respondió blandamente: *Mirad que no harán.* El que hiciesen cristianos bien lo sabía él, aunque disimulaba y se hacía del sordo, y aun, como en otra parte advertimos, se puede decir que lo

quería; pues estando el convento en parte que de su palacio se oía la señal que hacían para los oficios divinos, pasaba con ello y se informaba de los ejercicios de los religiosos; y aunque algunas veces sentía mal de su ley, otras muchas decía bien y le contentaba; y apretado un día de algunos otros principales de su corte, que le decían que mirase que aquellos frailes hacían muchos cristianos y se convertían muchos á su ley, respondió con semblante sereno que los dejasen, que la salvación era libre para todos; y como le viesen de aquel temple, no pasaron adelante con su plática.

En otra ocasión se juntaron una caterva de bonzos ¡ya son de buen gobierno y celo de la honra de sus dioses! y se fueron al gobernador de Meaco y le dijeron: "Señor, ya sabes que el Emperador ha mandado so pena de la vida que no se predique en su Reino la secta de los cristianos, ni la reciba ninguno; y en confirmación de esta su voluntad, les mandó derribar las iglesias y casas que tenían, y á los que la predicaban que saliesen de todos sus reinos; pues, ¿cómo consientes que contra este su mandato prediquen la misma ley estos hombres que vinieron de Luzón en tanto descrédito de nuestros dioses y del mismo Emperador?. Y si no lo haces, nos quejaremos de tí, echándote la culpa de todo." Habiéndoles oído, como sabía el pecho del Rey y la voluntad que tenía á los religiosos, y la permisión que les había dado de predicar y curar á los enfermos pobres, de lo cual no le pesaba á él, por tenerlos por buena gente, respondió á los bonzos con apacibilidad: "Andad, no se os dé nada de que estos prediquen su ley á los pobres y desechados; pues de eso, ni á vosotros ni al Rey puede venir ningún daño; y pues vuestras sectas son tantas, tan diferentes y aun contrarias, ¿qué se os da que haya ésta más, aunque sea extranjera?" Fuéronse remordiendo con rabia y enojo, amenazando á aquellos luzones.

Acudieron luego á los señores y privados del Rey que sabían eran contrarios á los de Luzón, echaron leña en el fuego que ardía en su pecho, y tantas cosas les dijeron, hablando mal de la hospitalidad y cura de los leprosos, que irritados, mandaron á sus criados que los fuesen á echar del hospital á empujones y á coces. Fueron allá con ese intento, y teniendo noticia el Santo Comisario, celosamente enojado, salió á defender sus pobres, no temiendo al riesgo á que se ponía, como la gallina amorosa y arriesgada que por librar á sus hijuelos ıce rostro á las uñas del milano: díjoles con semblante sereno y rande: "¿Qué es lo que ustedes mandan? Por ventura, ¿será mejor que stos pobres anden por esas calles apestando, sin haber quien les medie ni se acuerde de ellos, ó que estén recogidos en estos hositales, limpios, bien servidos y curados, y sin dar pesadumbré á

nadie con sus enfermedades? ¿Pierde algo el reino del Japón por esto? ¿No es honra suya y conveniencia grande que sus pobres anden socorridos y sus enfermos servidos y curados sin que le cueste desvelo ni trabajo? Vuélvanse con Dios, y sírvanse de no hacer mal á ningún pobre, que me quejaré de ello al Emperador, que él lo sabe y calla, y puede ser que no lleve bien el que vosotros ni vuestros amos ni persona alguna se meta en lo que él no se mete; que si él lo quisiera hacer, ya lo pudiera haber hecho, pues sabe muy bien como predicamos y curamos á los pobres." Vencidos del miedo del tirano ó de la fuerza ó eficacia que Dios puso en las palabras del Santo Comisario, se volvieron, sin ejecutar lo que sus amos les habían mandado.

Todo esto sentían mucho los privados, y no es de maravillar, que al fin, como gentiles, el celo y osadía del Santo Fr. Pedro y sus compañeros en semejantes ocasiones era para ellos materia de mucho agravio, que se rozaba con el descrédito de sus dignidades y personas. Mas, ¿qué prudencia lo pudiera evitar, habiéndose de ajustar ellos por una parte con la perfección que se ajustaban á los preceptos evangélicos y leyes de la caridad, y siendo por otra los intentos y pretensiones de los gentiles tan descabellados y fuera de razón? Si trataran de convenir con ellos, vencidos de humano temor, cierto es que no los aborrecieran tanto ni hubiera entre unos y otros ocasión de enojos más ó menos, conforme se atemperaban á sus pretensiones; pero, ¿qué tal anduvieran el celo y caridad que deben tener los ministros envangélicos? Es de tal calidad ésta, que si sufre invenciones, trazas, cautetas y aun esperas, no tibiezas que se oponen con ella y no tiene logro con sus intentos; y más se logra arriesgando por ella la vida, que reservándola por obrar con cautela; porque en ésto, aun obrando mucho, queda todavía que hacer; y en aquéllo, se hace todo de una vez, y cuanto hay que hacer, particularmente en casos irremediables y casi imposibles, en la forma que acabamos de decir que eran los que de ordinario sucedian en aquel tiempo, que por experiencia se sabía que la caridad más cautelosa y tracista, no era bastante para dar corte en orden á remediarlos y componerlos: si algunas esperanzas había, era obrando con la caridad fervorosa y nada remisa, ya confundiendo á los gentiles con el mismo valor y osadía que nace de ella, ya obligando á Nuestro Señor á que con su acostumbrada misericordia metiese la mano, allanando aquellos imposibles y defendiendo á sus ministros.

Y no hay duda que más bien se la suele dar á los fervorosos que á los cautelosos; porque lo que éstos fieran de si, se lo deja

Dios en sus manos, y, al fin, como obra de hombres, presto se desbarata, de que hay largas experiencias; y cuanto aquéllos desconfiaron de sí y fiaron de Dios, tanto les favorece Nuestro Señor; y todas sus cosas toma á su cuenta, y como obra suya, tiene un género de permanencia, que aunque es combatida, perseguida y aun derribada, no tan de todo punto que no queden algunas señales é indicios, como se ve hoy en los reinos del Japón, que aunque ha tantos años que están desiertos de Ministros, no lo está de cristianos, que según buenas noticias son muchísimos los que hay; y á buena cuenta, la sangre derramada de estos Santos Mártires y de otros muchos que les sucedieron y que continuamente hay, hemos de decir que es la que los pruduce, y que Dios es el que los conserva como obra suya; y lo es con especialidad, cuando se mezcla con semejantes medios, por lo que tienen más de divinos que de humanos.

De los divinos fiaba más San Pedro que de cuantos podía inventar su prudencia y sabiduría (que no era poca, y había ya larga experiencia de sus aciertos en materia de conversiones), y, como él dice de sí, parece que no estaba en su mano el hacer otra cosa; porque las ilustraciones é inspiraciones, mediante las cuales manifiesta Dios su voluntad á sus criaturas, eran fuertes y poderosas, de suerte que poniéndose algunas veces como suspenso é indeciso sobre qué haría acerca de ciertos puntos en que discordaban unos predicadores con otros de las dos Religiones que entonces había en el Japón, y cuando parece que totalmente se inclinaba á convenir por evitar cuanto fuese de su parte las inquietudes que de no hacer se podían seguir, y en especial aquella tan perniciosa cisma que tanto reprende San Pablo *Ego sum Pauli, ego sum Cepæ*, lo cual comenzaba ya á cundir por todo el Japón entre unos y otros cristianos tanto como en otra cualquiera parte donde por algún tiempo ha habido cristiandad, entonces, pues, sentía con viveza, como si al oído le dijeran: *Obedire oportet Deo magis quam hominibus*; y otras veces como si le reprendieran: "¿Se ha de creer más á lo que los hombres dicen que á lo que Dios inspira y revela?" Con que por no ser desobediente á Dios, pasaba por lo que los hombres decían en contra de su celo y predicación, y aun sin reparar en ello, creyendo solamente que él estaba obligado á predicar cómo y de la manera que Dios le inspiraba, y que los demás tendrían muy bien mirado lo que hacían y decían, justificando en todo su celo, que con especialidad en esto fué sumamente modesto y recatado.

CAPÍTULO XXXVIII.

DE OTRAS CONTRADICCIONES QUE SE LES RECRECIERON Á NUESTROS RELIGIOSOS CON LA NUEVA LLEGADA AL JAPÓN Y MANDATOS DEL SEÑOR OBISPO D. PEDRO MARTÍNEZ.

HABÍAN deseado sumamente los Santos Mártires y sus compañeros la llegada al Japón de su primer Obispo el Sr. D. Pedro Martínez por las buenas nuevas que les habían dado de su acertado, discreto, prudente celo y agradable trato, mediante el cual se prometían sería de grandísimo consuelo, así para toda aquella cristiandad como para los ministros de ella; y aunque no fuese más que con su presencia sola, se alegrarían y gozarían todos, como las ovejas con la presencia y compañía de su buen pastor. En especial los Santos Mártires esperaban de su Señoría la dirección más acertada, el consuelo más saludable, el mejor arrimo, y para decirlo en una palabra, cuanto podían desear para el buen logro de sus intentos en orden al aumento de aquella cristiandad. Porque quien fielmente sirve y hace con diligencia de su Señor (que por tal tenían á su Señoría y ellos por sus esclavos y criados; y como tales obraban administrando, apacentando y aumentando con grandes logros á fuerza de su doctrina y ejemplo el rebaño de sus ovejas), no es mucho que espere de su amo, además del agradecimiento (de que no cuidaban los Santos Mártires), cuanto conduce para mejor y más acertadamente servirle, y en él á Dios, que es lo que solamente ellos pretendían y deseaban. Y estaban tan seguros de esto, que como cosa indubitable se hablaba en la materia, y no veían ya los instantes de que el Señor Obispo llegase, teniendo por sin duda que con él llegaba el logro de sus esperanzas. Pero el demonio, continuo perseguidor de estos santos religiosos, por la cruda guerra que le hacían

con su predicación apostólica y vida evangélica (permitiéndolo así Nuestro Señor, para mayor prueba de su paciencia), lo dispuso de suerte que todo les salió al contrario, no porque en eso el Señor Obispo tuviese culpa, según parece, sino por los malos informes que le habían dado contra los religiosos los que eran contrarios á lo de Filipinas, en virtud de los cuales obró lo que él después no quisiera haber obrado, ó, por lo menos, lo que él mismo deshizo con la calificación y testimonio que dió de su martirio.

Y porque en materias graves y de competencias es bien que callen barbas y hablen cartas, y que se proceda con toda justificación y verdad para el fin que aquí se pretende, que es el que sirvan de instrucción y de ejemplar para semejantes casos, y se entienda también las muchas maneras y modos, y por cuan diferentes caminos fueron estos Santos Mártires contradecidos, pondré á la letra una carta que envió San Pedro Bautista en forma de patente á los religiosos que estaban en Nangasaqui, haciendo relación de lo mismo que ellos le habían avisado y otras personas dicho é informado acerca de lo que había pasado con la venida del Señor Obispo, y de lo que había ordenado en el primer acto público ó junta que mandó hacer su Señoría contra nuestros religiosos, proponiéndoles juntamente los fundamentos que tenían para su defensa y, últimamente, mandándoles que aquello mismo que le habían escrito y lo demás que supiesen ser verdad lo declarasen en forma jurídica; y para mayor mérito se lo mandaba por santa obediencia, para que sus dichos y demás papeles auténticos se enviasen á Manila y de allí á tribunal competente, y en él se representase su justicia en la mejor forma de derecho; y que fuese á toda prisa, porque en la dilación había mucho riesgo y peligro para toda aquella nueva cristiandad.

La carta ó patente es como se sigue: "FR. PEDRO BAUTISTA, Comisario de los religiosos Descalzos de Nuestro Padre San Francisco en los reinos de Japón. Á nuestros carísimos hermanos Fr. Jerónimo de Jesús, presidente de San Francisco de Nangasaqui, Fr. Bartolomé Ruiz y Fr. Marcelo de Rivadeneira, moradores de dicho nuestro convento de San Francisco de Nangasaqui, salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo. Por cuanto con la venida del Sr. Obispo á estos reinos del Japón ha resultado el hacérsenos algunos agravios manifiestos, con notable escándalo de fieles é infieles; conviene á saber: que por ıtar mal informado su Señoría y no querer admitir nuestra justi-ıa, el domingo infraoctavo de Nuestra Señora de Septiembre, como ɔy informado, no sin gran dolor y sentimiento de corazón, por car-as de VV. CC. y de otras personas que se hallaron presentes y vinieron de Nangasaqui, donde el Sr. Obispo reside, el dicho día en

la iglesia de los Padres de la Compañía, juntos los portugueses y japones por mandado del Sr. Obispo, S. S.ª en una plática que les hizo, entre otras cosas que dijo, ordenó y mandó, fueron estas:

"Primeramente, publicó una excomunión *in scriptis*, añadiendo de pena cien taes de plata á cualquiera persona que trajese frailes de San Francisco ó de otra cualquiera Religión á Japón, por virtud del Breve de Gregorio XIII que tienen los Padres de la Compañía para que ninguna Religión venga á predicar al Japón; el cual Breve, como consta por los recaudos con que yo primeramente con otros tres religiosos entré en este reino del Japón, los cuales de nuevo presentó, firmados de siete teólogos de grande opinión en la ciudad de Manila, donde sobre este caso se hizo junta por el Ordinario, Gobernador y república de Manila, en que se determinó estar revocado el dicho Breve de Gregorio XIII., concedido en favor de los Padres de la Compañía, por otro de Sixto V., por el cual, instituyendo la Provincia de San Gregorio de Filipinas, da licencia á los religiosos de dicha Provincia para que puedan venir á predicar y fundar conventos en todos los reinos de estas partes, sacando solamente á Malaca, Cochinchina y Siam, según que en el mismo Breve se expresa, como por él constará.

"Ytem: el mismo Breve de la Compañía está revocado por otro de Paulo III., confirmado por el mismo Sumo Pontífice Sixto V., por el cual los religiosos de San Francisco pueden predicar en todos los reinos é islas de todas las cuatro partes del mundo; y por virtud de este Breve, consultados en la ciudad de Méjico de la Nueva España los letrados teólogos de mayor suposición que había en ella (cuyos pareceres juntamente con los dichos Breves presento de nuevo), declararon poder los religiosos de San Francisco, no obstante el Breve que tiene la Compañía, venir á predicar á Japón, como por ellos también constará.

"Lo que también movió al Señor Obispo á poner dicha descomunión, según soy informado, fué en cumplimiento de una provisión de su Majestad por la cual manda que no haya comercio de Manila para Malaca ni Macán, ni por vía de religiosos. Lo cual es más en favor nuestro que en contra, porque es visto no prohibir su Majestad que los religiosos de Manila pasen á Japón, pues en dicha provisión real no se hace mención del Japón.

"Lo segundo que en dicha plática ordenó el Señor Obispo (bien que no puso descomunión, aunque dijo que podía) fué vedar á todas sus ovejas, así portugueses como japones, que no fuesen á oir Misa ni sermón ni Sacramentarse á la casa de los frailes de San Francisco, sino á la casa de la Compañía. Cuán escandaloso sea esto en una nueva cristiandad, ello mismo se deja entender, y el agravio que se la

hace, estando tan necesitada como está, y á nosotros también, y á todos los fieles que hay en este Reino, así naturales como extranjeros; pues por concesiones de muchos Sumos Pontífices pueden cualesquiera fieles oir Misa, sermón y Sacramentarse en los conventos de Nuestra Religión, sin que puedan ser impedidos de los Obispos, y cumplir, aunque sea día de fiesta, con el precepto de la Iglesia, salvo la comunión de Pascua que pertenece á la parroquia, según costumbre.

"Lo tercero, mandó su Señoría que no nos diesen ayuda ni limosna para edificar convento é iglesia en forma, según teníamos de intento; y una campana que nos traían de Macán en limosna, mandó también que no nos la diesen, diciendo con un género de desprecio que, aunque teníamos convento en Meaco, Osaca y Nangasaqui, era todo de poca monta; y, además, que no los podíamos hacer sin su licencia, como lo manda el Concilio Tridentino.

"Por lo que queda dicho del Breve del Sixto V de la erección é institución de la Provincia de San Gregorio constará el que podemos fundar iglesias y conventos sin su licencia, y es manifiesto agravio el que nos hace y á toda esta cristiandad el querer que no pasen adelante las fundaciones, solamente porque las que hasta aquí se han hecho ha sido sin su licencia.

"Cuánto más que, S. S.ª cuando las dichas tres iglesias se hicieron, no estaba en el Japón, sino en China, y sin esperanzas de que viniese á Japón; y habiendo yo venido por embajador al rey de Japón, enviado por Gómez Pérez Dasmariñas, gobernador de Manila, que entonces era, en virtud de lo cual, y por hacerme favor el dicho Rey, me dió licencia, como es notorio en Japón, para edificar casas y vivir en su Reino conforme al instituto de Nuestra Orden; y siendo este mi principal intento, fuera mucho deservicio de Dios Nuestro Señor no estimar el favor que me hacía, y valerme de la licencia que me daba, aunque no me la diera el Señor Obispo, levantando la bandera de la Fe y edificando conventos é iglesias como se han edificado: una en medio de su Corte donde se dice públicamente Misa, se predica y cantan los divinos oficios, como es costumbre en Nuestra Religión. Y es de creer que fué obra del Señor para mayor gloria suya, pues en tiempo que por mandado del mismo Rey estaban derribadas las iglesias de la Compañía, y ellos andaban escondidos, á nosotros no nos ha puesto entredicho ninguno, andando al descubierto, antes dado licencia (aunque no en escrito), en virtud de lo cual se ha fundado el dicho convento de Meaco, dos hospitales, otro convento pequeño en Osaca y Nangasaqui; y en otras partes se hubieran edificado más, sino hubiera falta de religiosos y de limosnas para hacerlos; porque en muchas partes nos desean los cristianos y nos llaman

y tienen harta necesidad; y así, es grande el agravio que nos hace el Señor Obispo y á los cristianos de este Reino en mandar no nos den limosnas ni ayuda para edificar iglesias y conventos, lo cual también no es posible que deje de sonar mal, y más en tierra de tan tierna cristiandad, que forzosamente los cristianos se han de escandalizar y sospechar divisiones entre cristianos en cosas de la Fe, por ver este mandato y haber dicho S. S.ª que los recaudos con que los religiosos de San Francisco vinieron á Japón no son buenos; y como á los japones les tengamos instruídos y enseñados en la reverencia que han de tener al Señor Obispo, por ser el primero que viene á estas partes, y en la veneración y temor con que han de obedecer á sus mandatos, como si inmediatamente fueran de Dios, vistas las sobredichas cosas que en nuestro agravio dijo y mandó el Señor Obispo, no es dudable que los japones, como gente curiosa y de buen entendimiento, juzgarán que los letrados que examinaron los dichos nuestros Breves y firmaron nuestros recaudos, y los prelados que nos enviaron no obedecen, ni nosotros obedecemos al Papa; y por consiguiente, los Sacramentos que hemos administrado ha sido en mal estado, y podrá ser que como ignorantes en estas cosas, pongan falta en ellos. Lo cual, cuán grave ofensa sea del Señor y agravio nuestro, vese claramente.

"Por tanto, VV. CC. que se hallaron presentes á esta sazón en Nangasaqui, donde esto sucedió, y sobre este artículo comunicaron al Señor Obispo diversas veces, es necesario que digan lo que en esto le oyeron, y si es verdad lo sobredicho, y lo que sienten de ello los cristianos así portugueses como japones; y sea con toda brevedad. Y porque nadie pueda dudar de la verdad de sus dichos, les mando, en virtud del Espíritu Santo y por precepto de santa obediencia y so pena de excomunión *latæ sententiæ,* digan la verdad en lo sobredicho y demás que supieren, y lo firmen de sus nombres junto con esta patente; lo cual bastará por ahora mientras hubiere juez competente para que jurídicamente tome acerca de lo sobredicho los dichos de los oyentes del Señor Obispo en la sobredicha plática, para poder recurrir á cualquier tribunal si fuere necesario, y estos daños no se atajan, presentando esta mi patente y los dichos de VV. CC. en la manera que os tengo mandado. Fecha en Meaco á 4 de Octubre de 1596 años.--Fr. Pedro Bautista, Comisario".

Recibidas que fueron estas letras del Santo Comisario por los religiosos que estaban en Nangasaqui, en cumplimiento del precepto que les imponía en ellas, declararon lo que sabían, y lo firmaron junto con la misma patente, según que también les mandaba. Y para que todo conste, pondré aquí sus dichos y declaraciones, dejando algunas

cosas que no hacen al caso de la historia, ni para la verdadera inteligencia del suceso ó del fin que el Santo Comisario pretende por su patente; los cuales son como se sigue:

"DIGO YO FR. JERÓNIMO DE JESÚS, que obedeciendo al mandato de mi superior, arriba impuesto, diré la verdad en todo lo que aquí refiriere, y de la manera que ha sucedido.

"Primeramente digo: Que después de haber salido á recibir al Señor Obispo é ídole á dar lo bienvenida, conforme á la obligación que tenía por estar por presidente en este convento de Nangasaqui, y sabiendo ya de los portugueses que el dicho Señor Obispo venía muy determinado de examinar nuestros recaudos y hacer lo que después hizo, yéndole á visitar le llevé los Breves para que los viese, y los pareceres de los teólogos que los dieron por buenos, para que libremente y sin escrúpulo de conciencia, y justa contradicción de los que nos quisiesen impedir, pudiésemos predicar y administrar los Santos Sacramentos en estos reinos; y diciéndole que el año pasado, cuando S. S.ª envió su autoridad al Padre Viceprovincial, á quien nuestro hermano Fr. Pedro Bautista, Comisario (yendo yo en su compañía), los presentó, dicho Padre los aprobó; porque aunque en público dijo que usásemos de ellos en buen hora hasta que viniese el Señor Obispo, después nos dijo que en conciencia no sentía que hubiese que decir contra ellos, y que sería un género de temeridad querer ir contra el torrente de tantos hombres doctos, y más en cosa tan pía y santa, á todo lo cual no respondió ni se quiso dar por entendido el dicho Señor Obispo, hasta que volviendo otro día con el hermano Fr. Bartolomé Ruiz, instando por la respuesta, nos habló con aspereza, diciendo que no eran los Breves á propósito, y que estábamos en mala conciencia en haber venido á Japón, y que no éramos necesarios y otras cosas semejantes.

"Y entendiendo yo que aquello era sólo apariencia y que no le salía de corazón, le dije como en amistad que, después de todo esto, suplicaba á S. S.ª que cuando pudiese, encomendase á los portugueses nos hiciesen limosna para ensanchar un poco la casa y convento, que estamos muy estrechos y desacomodados. Á lo cual respondió notablemente enojado, de suerte que entendí que en lo que había dicho (aunque en manifiesto agravio nuestro) no hablaba de burlas, y después lo manifestó el hecho más claro, que ¿cómo había de hacer él tal cosa, que qué dirían de él en Portugal? De donde se colije, cuán de lejos venía mal informado S. Señoría de nuestros despachos y de nuestra entrada, y la razón porqué; es á saber: por haber venido por la vía de Manila y no por la vía de

Portugal. Y dijo más S. S.ª: que el Breve de Paulo III decía que pudiésemos predicar en las tierras donde no se había predicado el Evangelio, y que en Japón ya estaba predicado. 'De cuarenta partes del Japón, respondí, no son cristianos la una, y la predicación del Evangelio ha llegado á muy pocas partes, como lo hemos visto por nuestros ojos. Además, que el Breve de Sixto V no pone esta circunstancia, y ya que no pudiéramos por aquél podíamos por éste. Cuánto más, que aun entendiendo uno y otro á la letra, podíamos en virtud de ellos estar en Japón, porque en muchas partes apenas han oído el nombre de Cristo, ni apenas han visto á los ministros del Evangelios'.

"Mas por ninguna de estas cosas dejó el Señor Obispo de hacer lo que hizo, que es todo lo contenido en la patente de nuestro hermano Comisario, lo cual declaro ser verdad, esto es, que me mandó en dicho día, domingo infraoctavo de Nuestra Señora de Septiembre, que ningún cristiano viniese á oir nuestras Misas y sermones, ni á Sacramentarse, sino que fuesen á los Padres de la Compañía cuya iglesia señalaba por parroquia; y que no nos diesen limosna ni ayudasen para componer iglesia y convento; y les mandó, asimismo, pena de descomunión y los cien taes de plata arriba referidos á los que trajesen religiosos á Japón: y para informarme de todo con mayor certeza fuí personalmente en compañía del hermano Fr. Marcelo de Rivadeneira á preguntar al Sr. Obispo acerca de lo que había dicho y su intento, y lo volvió á repetir en la manera que había dicho y añadió, que de ninguna manera quería que nos entrometiésemos con sus ovejas, así portugueses como japones, que así lo había mandado y volvía á mandar, y que aquella era su voluntad. Y diciéndole que con qué conciencia ó qué razón había para mandar aquello, estando aquella cristiandad en extrema necesidad, respondió, que él la daría al Papa á quien reconocía por superior solamente, y al Rey que le daba el sustento y renta.

"Acerca de lo que sienten los cristianos y gentiles en razón de lo que ha mandado el Señor Obispo, fáltanme palabras para encarecerlo: sólo digo, que á ninguno le ha parecido bien, y todos, juzgando los dichos mandatos por injustos, que son agravios manifiestos los que el Señor Obispo nos hace. De este Convento de Nangasaqui á 20 de Octubre de 1596.—Fr. Jerónimo de Jesús.—Fr. Pedro Bautista, Comisario."

"DIGO YO FR. BARTOLOMÉ RUIZ, que obedeciendo al mandato de mi prelado arriba puesto, diré lo que supiere, así de vista como de lo que he oído decir á los portugueses.

"Primeramente, yendo yo á hablar al Señor Obispo con el hermano

Fr. Jerónimo de Jesús, después de habernos dicho que como amigo nos rogaba nos tornásemos á Manila, que en Japón no éramos necesarios, porque los japones no entendían nuestra pobreza y humildad, ni la apreciaban, y que nuestros Breves y recaudos no eran buenos ni bastantes, porque el de la Compañía estaba en su fuerza y vigor, le respondí, que me espantaba de S. S.ª, que, siendo tan capaz, dijese tales cosas; que cómo si fuéramos niños nos mandaba volver á Manila con caricias y halagos, sabiendo el grande bien que por la venida de los frailes Descalzos de San Francisco y por su pobreza y humildad había venido á los perseguidos cristianos de Japón, y aun á los Padres de la Compañía, que no habiendo podido levantar cabeza con tantos presentes y dádivas como le habían traído cuando el Padre visitador fué á ver al Combaco, rey de Japón, á la sombra de los frailes Descalzos lo habían hecho, por ver que nadie les estorbaba hacer cristianos, y que el Rey les había dado licencia para fundar conventos á su modo; y después de esto mandar S. S.ª que nos fuésemos de Japón, ya se ve que no sería conforme á razón. Que entendiese S. S.ª que sino es dando las vidas, no lo habíamos de hacer; que lo que S. S.ª había de hacer era ayudarnos, pues le veníamos á ayudar á llevar la carga tan pesada de su obispado, dando pasto á sus ovejas, sin que por ello pretendiésemos llevar paga ninguna, ni más estipendio que el que aguardábamos de Dios. El Señor Obispo respondió entonces en mi presencia (cosa que admiró mucho), conviene á saber, que ¿qué dirían de él si nos favorecía?; que á vueltas de eso se entrarían luego los Dominicos y Agustinos en Japón, y que perderían mucho en la mercancía los portugueses y le echarían á él la culpa de todo.

"Lo segundo, digo: Que oí quejarse á los portugueses y japones del mandato injusto de S. S.ª, que nadie viniese á nuestra casa á oir Misa ni sermón ni á Sacramentarse, y que mandase con excomunión no trajesen religiosos de Manila á Japón, viendo la necesidad que hay de ministros en este Reino, y perecer tantas almas sin poder hallar un Padre por ser tan pocos y el Reino tan grande; y mucho más me espanté de oir decir que no nos diesen limosnas ni ayuda para hacer convento é iglesia, lo cual ha sido una cosa que grandemente ha escandalizado á todos los cristianos, no sabiendo juzgar ni entender el misterio de esto; aunque todos dicen ser pasión y pesar grande que tienen algunos que en esto son interesados de ver que hayamos venido á Japón, que ellos tanto han procurado estorbar, porque no viésemos ni viesen los japones cuán diferente era el modo de vivir de los unos al de los otros; pues el uno era todo ir por grandeza, y el otro por bajeza; el uno por

tratos y mercancías, y el otro por pobreza; el uno por trazas y máquinas de guerra y artillería, y el otro por invenciones de caridad, buscando yerbas y medicinas para curar los pobres de los hospitales; y me dijeron muchas veces, así portugues como japones, que esto era lo que entendían en esta materia. Y á esto se parece lo que nos dijo un japón noble al entrar en Meaco, cuando viendo al Rey gentil los favores que había mandado hacer y que él hizo á los pobres frailes Descalzos, habiendo desterrado y desechado poco antes á los demás ministros que estaban en su reino: *Esto es lo del rey que no pudo entrar con la Cruz de Cristo, porque por ir ricamente vestido, no imitaba á Cristo, y entró descalzo y con pobre avío: así ha sucedido ahora en Japón.* Esto es lo que he oído y me han dicho, y por ser verdad, lo firmo de mi nombre, fecha ut supra.—Fr. Bartolomé Ruiz.—Fr. Pedro Bautista, Comisario."

"DIGO YO FR. MARCELO DE RIVADENEIRA, que acerca de lo que arriba se pregunta y me es mandado, diré lo que supiere y he oído, por haber ido muchas veces á visitar al Señor Obispo en compañía del hermano Fr. Jerónimo de Jesús, Presidente de este convento de Nangasaqui.

"Lo primero digo: Que á diversos portugueses he oído las tres cosas arriba dichas que dijo el Señor Obispo y mandó, conviene á saber: que no traigan religiosos de Manila, y que no vengan á oir Misa á nuestra casa ni sermón ni á Sacramentarse en ella, ni nos den limosna ni ayuda para hacer nuestra casa ni iglesia, y estorbar nos den una pequeña campana que nos han traído de limosna. Y acerca de esta materia he oído á los portugueses varias razones, por las cuales juzgan ser injusto el mandato del Señor Obispo y fundado en pasión; y, deseando saber lo que sentían los japones, se lo pregunté, y me dijeron que los cristianos estaban confusos, y los gentiles se reían, diciendo que teníamos los cristianos dos dioses, y que había división entre nosotros, y otras cosas que redundan en grande agravio de la Fe.

"Por lo cual, sabiendo yo esto y, por la experiencia que tengo después que trato con los japones, que sino se atajaban luego estos escándalos y sinrazones, pasarían mucho más adelante con grave detrimento de toda la cristiandad y de todos los ministros de ella y aun del mismo Señor Obispo, le dije con humildad y con la veneración debida: que mirase S. S.ª que estábamos en tierra de gentiles y á vista de príncipes y reyes tiranos; que semejantes mandatos, por ser de extranjeros, aunque sean más justificados, los tienen por exorbitantes; que hasta ahora ellos no conocían la jurisdicción que tiene la Iglesia, ni tampoco han permitido ni menos

dado licencia para que tengan ninguna sus ministros, y entrar desde luego fulminando excomuniones y mandando cosas en que los mismos naturales padecen violencia, como si la cristiandad estuviera tan asentada como en nuestra España, podría ser que irritase el Emperador y demás reyes tiranos y gentiles, diciéndole que quién le mandaba venir á mandar á sus tierras, ni hacer contradicción á los que ellos gustaban que estuviesen en ellas; que ya había sucedido algo de esto, y que á fuer de católicos y religiosos, y por la obligación que teníamos de mirar por el bien de esta cristiandad, hicimos que, por medio del mismo que dió á entender al Emperador las contradicciones que nos hacían otros ministros, porque no estuviésemos en Japón, volviese á desvanecerlo, como cosa de poca monta, como lo desvaneció sin volver á hablar sobre ello el Emperador, y nosotros nos holgamos de ello; porque creíamos que, á no haber sucedido así, era traza de que se valía el demonio para destruirnos á todos y á toda esta cristiandad de una vez, y quizás para siempre.

"Y pareciéndole que en ninguna ocasión era más nocivo el silencio que en ésta, le dije, que si lo hacía por escrúpulo, no tenía de qué tenerle, porque siendo tantos los teólogos y tan doctos los que teníamos en nuestro favor, por más que hubiese por la parte contraria, siempre quedaba esta controversia en opinión; y así, que no era justo dar desde luego por malos nuestros despachos hasta que se determinase la verdad, y con seguridad de conciencia dejarnos usar de ellos en buen hora, puesto que la determinación estaba remitida á Su Santidad y al Rey nuestro señor, la cual aguardábamos el año que viene, y los Padres la esperan también por su parte.

"En lo que toca á la provisión última de S. M., que dicen es fecha el año de 1594, á petición del Padre Gil de Mata, que por haber venido desde Manila por embajador á este Reino el Padre Fr. Juan Cobos de la Orden de N. P. Sto. Domingo, varón de grande opinión de letras y santidad, recelándose los Padres de la Compañía que, no obstante el Breve de Gregorio XIII que tienen, habían de venir los Padres Dominicos ó otra Religión á Japón, enviaron los dichos Padres (como es pública voz y fama) al dicho Padre Gil de Mata á la presencia del Rey nuestro señor y después á Roma; y así, el año que llegó á Madrid, envió la sobredicha provisión impetrándola de S. M.; la cual, como dicen los portugueses que la han leído y otros que han oído hablar de ella, no dice palabra del Japón, ni por donde se entienda prohibir S. Majestad la venida á Japón sino en lo que toca á Malaca y Macán, según se contiene en la patente de nuestro hermano Comisario, por juzgar nuestro gran

Monarca que no era conveniente cerrar la puerta al Evangelio. Y habiendo propuesto esto varias veces á S. S.ª y otras razones concernientes, así en materia de privilegios como en otras materias morales, de que yo ya podría saber algo, sobre haber leído más de doce años Teología escolástica y alguno de ellos juntamente Teología moral en nuestro convento de San Francisco de Salamanca, de mi Provincia, la de Santiago, y haber comunicado todo ese tiempo con los hombres más doctos de aquella Universidad, con todo eso, no hizo caso, ni se convenció con sabiduría y razones, ni se movió á cosa ninguna de lo que le suplicábamos, habiéndoselo pedido con humildad y rendimiento, ni con proponerle lo que podía resultar en descrédito y desdoro de su dignidad y persona; pues obrando con exceso como había obrado, hacía que tuviésemos justicia en lo que pedíamos, aunque antes no la tuviéramos.

"Y que la pérdida de los intereses temporales, propios ó ajenos ó de los de su Nación, de que se temía el Señor Obispo y todos los que le habían metido en aquello, por haber entrado en Japón los religiosos de San Francisco, no justificaba lo que S. S.ª hiciese, que manifiestamente era en detrimento de las almas y escándalo de toda aquella cristiandad; pues de ahí se seguiría el tenernos los japones por inobedientes al Papa, y que habíamos administrado con mala conciencia los Santos Sacramentos. Y para juzgar esto tienen tanto fundamento, que cualquiera que tuviere mediana experiencia de ellos, se ha de persuadir que aun menos era bastante para que lo creyesen así; porque por haberlos dicho al principio, y en especial á algunos principales, que los cuatro primeros religiosos que entraron de Nuestra Orden en Japón estaban descomulgados, no querían comunicar con ellos, como con gente descomulgada, y fué preciso enseñar á los tales los recaudos que traían, con que por algunos días se aquietaron. Luego dieron también en decir que no tenían que darlos limosnas para hacer iglesias y conventos, porque según buena razón, no habían de estar mucho tiempo en Japón; y todo lo creían, y se les angustiaba el alma de que hubiesen de gozar por tan poco tiempo á los Padres Descalzos.

"Y viendo que aun todavía no se iban, luego volvían con otra: que era gente vil y baja, ni tenían cortesía ni policía, y que su vida era de pobretones; que olían mal y andaban llenos de mugre, y que no tenían aderezos de salas ni recibimientos para recibir á los señores y gente principal, y otras cosas semejantes, las cuales se les asentaron tanto á algunos ricos y principales, que, aunque cristianos, no nos visitaban ni comunicaban, como haciendo asco de nosotros, sino los pobres y enfermos leprosos, hasta que algunos, reparando en lo mismo que les en-

señaban de Nuestra Santa Fe, y considerando á Jesucristo Nuestro Señor nacido en un establo y en un pesebre pobre, y vivir en este mundo pobre y morir pobre, y nacer de Madre pobre, sin tener casa ni lugar, ni menos aderezos de salas mientras vivió, se nos juntaron á fuer de católicos, y decían que en nosotros veían obrar lo que á otros oían predicar; pero antes de esto, se retiraban: ni aun querían oir Misa en nuestra casa de Meaco. Pues si esto ha pasado hasta aquí, prevaleciendo en ellos los malos informes contra aquello mismo que vieron, esto es, el haber venido aquellos religiosos por embajadores de la república de Manila, en nombre del Rey de España, para el Rey de Japón, que por aquí podrían conocer que no eran tan viles como se los pintaban; pero con todo eso, sólo por haberlo oído á quien tenían respeto y veneración, lo creían, ¿cuánto más será ahora con estos injustos mandatos de S. Señoría? Cuya autoridad y dignidad, antes que viniese, así los Padres de la Compañía como nosotros, teníamos publicada con grande encarecimiento, para que cuando viniese, fuese estimado y reverenciado de los cristianos por ser el primero que venía á estas partes; y porque, aunque no lo fuera, teníamos obligación á ello, dando la veneración debida á nuestros Prelados y Ordinarios, solicitándolo en los demás, en cuanto fuese de nuestra parte; y, porque también esperábamos que con su venida se aquietarían los cristianos, todos tendríamos paz y la cristiandad iría más en aumento; pero todo ha salido al contrario.

"Item: diciendo S. S.ª que nos tornásemos á Manila, porque los japones como tiernos en la Fe no conocían la pobreza de la Orden de San Francisco, le dije que hacía agravio á los japones, pues, siendo hombres de entendimiento y buena capacidad y cristianos, la habían de conocer por fuerza, si conocían á Cristo pobre, como lo fué al vivir, al nacer y al morir; y que ¿cómo se hubieran salvado, según piadosamente se podía creer, tanto número de leprosos y de otros enfermos de diferentes enfermedades que hemos bautizado y se han muerto en los hospitales de Meaco, los cuales, hasta que nosotros vinimos á la dicha ciudad de Meaco, no habían tenido remedio con haber número muy grande de ellos? Y ¿cómo se hubieran bautizado otros muchos hombres pobres, que se han bautizado con nosotros, los cuales, por no haber quien se dignase de tratar con ellos, no tenían pensamiento de bautizarse; y los que querían no se atrevían á llegar á los que habían de hacerlo, viéndose de tan baja esfera, y por reconocerse tan viles, conforme á la costumbre del Reino, como que ellos eran indignos de comunicar con personas de tanta autoridad? Á lo cual respondió el Señor Obispo, que no nos diese cuidado, que él le tendría en adelante, según que tenía obligación, y proveería

de remedio; y diciéndole yo que mientras lo hiciese, nos dejase usar de nuestros Breves y privilegios, creyendo que en ese tiempo vendría la resolución de Roma y Madrid, no por eso hizo caso, como de todo lo demás que he dicho. Y por ser verdad, lo firmo de mi nombre, fecha ut supra.—Fr. Marcelo de Rivadeneira.—Fr. Pedro Bautista, Comisario.

Habiendo hecho cada uno su declaración, y firmádola consecutivamente en la misma patente del Santo Comisario, según él lo ordenaba, se la enviaron; el cual, reconociendo las firmas, para más seguridad, volvió á firmar y rubricar al fin de ellas; y con otros papeles y relaciones sobre la materia, la despachó para Filipinas aquel mismo año al Provincial que entonces era de esta Provincia de San Gregorio nuestro hermano Fr. Juan de Garrovillas; el cual, entendiendo por los dichos papeles en cuán trabajoso estado estaba lo del Japón, dió orden con el gobernador (que era ya Don Francisco Tello de Guzmán, caballero del Orden de Santiago) como se tornase hacer segunda junta de letrados, como se hizo. En ella, vistas las resoluciones que de allá vinieron y la patente referida y las razones de contradicción, determinaron lo que ya habían determinado; aunque con nueva fuerza en sus dichos y razones é informes, como lastimados del trabajo que padecía aquella cristiandad y los religiosos de San Francisco, y que si con brevedad no se atajaban aquellos daños, la cristiandad quedaría destruída en aquellas partes por la cisma que se temía entre unos y otros cristianos. Y en suma decían, que los religiosos estaban con buena conciencia en el Japón mientras Su Santidad y el Rey de España no ordenaban y mandaban otra cosa.

Presentóse también en esta junta el parecer que dos años antes habían enviado de Méjico todos los catedráticos y hombres doctos de la Universidad (que también había ido y vuelto del Japón), los cuales firmaron y procuraron con muchas razones lo mismo, no obstante el Breve de Gregorio XIII.; y que si otro se sacase, podían suplicar de él á Su Santidad, y hasta saber que estuviese suficientemente informado, no desamparar los conventos que estaban fundados; y que el Provincial estaba obligado, pues le constaba la necesidad en que estaban aquellas almas, á enviar, siempre que pudiese, más religiosos que ayudasen con aquella obra á los que allá estaban y tratar de su defensa, como ellos y la misma necesidad lo pedía.

Con esta resolución en que convinieron así los teólogos de Méjico como los de Filipinas, visto que convenía hacer relación de todo lo sucedido á Su Santidad y á la Majestad de nuestro católico Rey, sin la cual diligencia no había esperanzas de ningún remedio, se resolvió el Provincial en hacer junta de los Padres y Definidores de esta Pro-

vincia y encargar de nuevo este negocio al custodio Fr. Francisco de Montilla, religioso de mucha virtud y prudencia, que tenía mucha noticia de las cosas de la China, Japón y Filipinas por haber estado diez y seis años cumplidos en estas partes y al presente en Nueva España, enviado de esta Provincia para la Visita de aquélla de San Diego de Méjico. Y para que de allí pasase á España para estas mismas diligencias y otras de importancia, y para todo, pretendían enviarle nuevos despachos y papeles, como lo hicieron, y él los recibió en Nueva España, de donde salió para España y Roma el año de 1596 en prosecución de su viaje.

De lo que en esta demanda padeció y trabajó y contradicciones que tuvo, y lo que hizo en prosecución de ella Fr. Juan Pobre, religioso también de esta Provincia, hasta alcanzar la revocación del dicho Breve de Gregorio XIII con el de Clemente VIII., y la revocación de ir por la India con el de Paulo V., se hará adelante relación en sus propios tiempos y lugares, que será con la ayuda de Dios al principio de la *segunda parte* de estas crónicas, dando aquí ahora el lugar que le toca á la última persecución que padecieron San Pedro Bautista y sus compañeros en el imperio del Japón y su dichoso martirio de muerte de cruz, de el cual se tratará por todo el libro siguiente.

LIBRO TERCERO.

DE LA ÚLTIMA PERSECUCIÓN Y DICHOSO MARTIRIO DE MUERTE DE CRUZ QUE PADECIERON EN EL IMPERIO DEL JAPÓN SAN PEDRO BAUTISTA Y CINCO DE SUS COMPAÑEROS RELIGIOSOS CON OTROS TRES HERMANOS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS Y DIEZ Y SIETE CRISTIANOS JAPONES, LOS MÁS COADJUTORES Y FAMILIARES SUYOS EN LA PREDICACIÓN Y PROMULGACIÓN DEL EVANGELIO, POR CUYA CAUSA FUERON TODOS CRUCIFICADOS Y MARTIRIZADOS.

CAPÍTULO I.

DE ALGUNAS SEÑALES QUE PRECEDIERON Á ESTA PERSECUCIÓN Y MARTIRIO.

NUESTRA Madre la Iglesia cuanto tiene de amorosa y regalada para con sus hijos los fieles, tanto se goza de sus triunfos y martirios, y en todos tiempos le es suave y dulce su memoria; y por ello da gracias á su eterno Esposo, bañados los ojos en lágrimas y el corazón en dulzura, levantando las manos al cielo y diciendo con San Pablo: *Deo autem gratias, qui semper triumphat nos in Christo Jesu* (*) Y á esta causa, nunca ha faltado en la Iglesia Católica quien con cuidado haya hecho memoria de las muertes que padecieron los Mártires, señalando el día en

(*) 2 Cor. II. 14.

que murieron, quién los martirizó, y cuáles fueron sus tormentos por no privarla del consuelo que recibe con la memoria de los triunfos de sus hijos; la cual se le imprime y refresca con la lectura de las historias.

San Clemente, Pontífice Romano, nombró en Roma siete notarios que tuviesen este cuidado, porque eran tantos los que daban la vida por Cristo en aquella Ciudad, que eran menester muchas personas y ojos para que viesen el martirio de tantos y tan valerosos Mártires como peleaban por Cristo, y así les escribiesen y notasen. Y como después creció el número de los Mártires, fué necesario que el Papa Fabiano doblase el número de los notarios, para que no se perdiese punto en negocio de tanta importancia.

Este tan buen ejemplo que dieron los Pontífices Romanos, se extendió después por todas las iglesias repartidas por el mundo; y con haberse hecho diligencias harto exquisitas, es muy pequeño el número de los Mártires que conocemos y sabemos, respecto de los innumerables de que no se tiene noticia, sino es en el libro de la vida, á donde jamás se borrará su memoria y lo que padecieron por Cristo; porque allí aun hasta los pelos de su cabeza estarán con su cuenta y razón, sin que les falte uno. Pero entre tantas pérdidas, los Sumos Pontífices Romanos que tomaron cuidado al principio de nombrar notarios que escribiesen las vidas, victorias y triunfos de los Santos Mártires, le tuvieron también de recoger las memorias que estaban esparcidas por el mundo; y juntándolas con las de Roma, hicieron una breve suma para que no se perdiese de todo punto su fama y nombre. Colígese esto de la *Epístola* 29 del lib. 6 del registro de San Gregorio en que escribe á Eugenio, Patriarca de Alejandría, y le dice, cómo en Roma había un volumen con el nombre de todos los Mártires de quien se tenía noticia que padecieron por Cristo, y que en él no sólo estaba escrito el nombre del Santo, más el lugar adonde había padecido, con qué tormentos, y qué tirano le había quitado la vida.

Quién haya sido el primero que recogió estos trabajos, no se sabe clara y distintamente; pero quien en esto cabó é hizo mucho, sabemos que fué San Jerónimo (*), varón verdaderamente insigne, á quien la Iglesia debe infinito por haber sacado de las tinieblas del olvido los nombres de tan ilustres sujetos como conocemos hoy día por respecto suyo. Después de él, el segundo á quien también se debe mucho es el venerable Beda, que, con su estudio, cuidado y

(*) Antes de San Jerónimo, Eusebio de Cesarea, *Padre de la historia eclesiástica*, se dedicó á compilar las *Actas de los Santos Mártires*. (Nota del Colector).

desvelo, pudo tanto, que hizo un Martirologio, añadiendo las noticias que él pudo alcanzar á las que dejó escritas San Jerónimo. Después tomó la mano Usuardo, é hinchó los vacíos que los dos habían dejado. Conociendo con humildad el grave peso que echaba sobre sus hombros, da á entender que no se atreviera á entrar en argumento tan dificultoso, á no habérselo mandado el Emperador Carlo Magno. Últimamente, el eminentísimo cardenal César Baronio, que después de diligentísimo desvelo, sumo cuidado, continuo estudio, y haber vencido con la ayuda del Cielo casi imposibles, ó como él dice: *Ad multiplices per magnas ac pene inexplicabiles dificultates penitus superandas*, sacó á luz aquellos sus *Annales eclesiásticos*, no sólo verídica y doctamente escritos, sino tan exactamente dispuestos y de tanta aceptación para la cristiandad, que en breve tiempo se tradujeron en diferentes idiomas y lenguas, especialmente en la italiana, alemana y polaca; ponderando todos lo erudito y docto del autor, y lo mucho que en esta tan excelente obra le debe nuestra Madre la Iglesia. No lo deja ella de conocer; así pues, la juzgó, no sólo útil para desvanecer y confutar las mentiras de los herejes, con la verdad y fidelidad de lo que en ella trata, investigando con grandísima solicitud y cuidado las tradicciones apostólicas hasta llegar á encontrar con la fuente y manantiales purísimos de donde dimanaron, sino también para la noticia individual de los sucesos, de su antigüedad, pues los refiere todos por sus años y con todas circunstancias; y los varones ilustres y esclarecidos Mártires que en todos tiempos y edades florecieron en letras y santidad, ó confirmaron la Fe con su constancia y fortaleza, dando la vida por ella. Trabajos fueron estos que no dudo estarán ya muy premiados de Dios en el Cielo, y que premiará también á los que trabajaron en la misma ocupación. Lo cual, además del provecho espiritual de las almas, edificación de los fieles, y la gloria que se les puede seguir á estos Santos Mártires y á su madre la Religión, y á esta Provincia en particular, nos ha obligado á tomar este nuevo trabajo, añadiendo á las noticias que ya están impresas, otras que hasta hoy se conservan en los originales y archivos de nuestro convento de Manila. Y si alguno le pareciere que en esto que aquí se ha dicho nos hemos detenido mucho, advierta que no es introducción sólo para este martirio de que hemos de tratar por todo este libro, sino para el de otros casi treinta religiosos y más de doscientos japoneses, entre hombres, niños y mujeres, unos familiares y coadjutores de los mismos religiosos, y otros de la Orden Tercera de N. P. San Francisco, de cuyos ilustres martirios trataremos en los libros siguientes de la *segunda* y *tercera parte*, como pertenecientes todos á

esta Santa Provincia. Y aunque ya hemos tratado de otro martirio, que fué el del siervo de Dios Fr. Francisco de Santa María, protomártir de esta Provincia, al principio de esta *primera parte*, pero no fué tan ilustre como éste; y por eso, desde aquí, se prepara el ánimo con nuevo gusto para tratar de los demás que le sucedieron, como si desde ahora pusiéramos mano á la obra y cogiéramos de nuevo la pluma; con lo cual quedará advertido el lector de lo que nos resta y queda que hacer en esta materia.

Lo principal á que se endereza este capítulo es á tratar de algunas señales que precedieron al martirio de San Pedro Bautista y sus compañeros, que, como tan excelente y aventajado, quiso Dios Nuestro Señor que le precediesen grandes prodigios y maravillas. Tales fueron las que sucedieron en el reino del Japón y sus confines en el año de mil y quinientos noventa y seis, desde el mes de Julio hasta el de Septiembre, que echando juicios sobre esto como sobre los cometas que de ordinario amenazan con extraordinarios acaecimientos (*), podemos decir que todo lo sucedido fué pronóstico de caso tan nuevo y extraordinario como fué el de este glorioso martirio. Hubo señales en el cielo, en la tierra y en la mar, tan patentes á todos, tan claras y manifiestas, que no hay necesidad de argumentos para probarlas. Y aunque algunos de estos prodigios suelen ser naturales, pero por haber sido en la víspera de este santo martirio, no carecen de misterio; pues menores señales que estas suelen dar que escudriñar y que discurrir á los atentos á semejantes sucesos, y que temer á los temerosos de Dios, que entienden ser enviadas por su mano, ó para que los hombres se enmienden y conviertan á Él, ó para que la Iglesia, que siempre es coronada de persecuciones y martirios, se disponga mejor para recibirlos, y los golpes que su Esposo la permite; y juntamente advierta, que no la desampara quien la avisa y da á entender que es tiempo de prevenirse.

Tomando, pues, la carrera un poco más atrás, digo que fué señaladísimo aquello que sucedió en el mes de Julio del año de mil quinientos noventa y seis, día de la gloriosa Magdalena, que en Meaco, donde los santos religiosos predicaban, y en otras ciudades vecinas á ésta, donde también había sonado su predicación, se vió caer todo el día ceniza (**) y tierra colorada como sangre (***), como si lluviera ó

(*) Se creía antiguamente que los cometas eran precursores de grandes calamidades: hoy la ciencia ha demostrado que son inofensivos. (Nota del Colector).

(**) "En Miaco llovió tierra como ceniza (como yo ví)." Rivadeneira, *Historia etc.* lib. 4, cap. 35. (Nota del Colector).

(***) Sometida esta *tierra colorada como sangre* al examen del microscopio, hállase que se compone de infusorios y organismos. Véase la *Geografía Universal*, lib. 4, cap. 3.° y 4.° (Nota del Colector).

nevara, y en tanta cantidad, que cubrió los tejados, las calles y campos, y de melancolía y tristeza los corazones de las gentes, causando en todos notable admiración; y en nosotros que ahora lo consideramos con más atención, nos es materia de bendecir al Señor que por este tan extraño acaecimiento quiso pronosticar y (como si dijésemos) figurar el martirio de estos santos religiosos, que vestidos de color de ceniza, que es el hábito de su Religión, derramararán su sangre por la confesión de la Fe y predicación del Evangelio.

Y son tan extraordinarios los prodigios que tras de este se siguen, que aunque los hallo escritos en los originales y archivos de esta Provincia y en la historia que compuso del archipiélago Fr. Marcelo de Rivadeneira, religioso de esta misma Provincia, de cuya puntualidad y verdad tengo mucha satisfacción, con todo eso, no me atreviera á ponerlos aquí á no convenir en la relación de ellos otros historiadores graves, así dentro como fuera de Nuestra Sagrada Religión, que algunos los vieron con sus propios ojos y los oyeron á testigos de vista, por cuyas relaciones se han gobernado los demás, antes quitando que añadiendo; y es bien que se haga así en semejantes casos, que por lo que tienen de extraordinarios, no necesitan de ponderaciones, antes se suelen hacer menos creibles al contarlos, cuanto más pone uno de su casa, aunque no sea más que por huir de ajeno lenguaje.

Á los treinta de Agosto del dicho año, á las ocho de la noche, hubo un temblor de tierra pequeño, que no fué más que aviso para lo que sucedió luego á los cuatro de Septiembre. Y fué, que después de media noche, vino de repente (como de ordinario suele suceder) un tan terrible temblor de tierra, que al primer golpe derribaba las casas y no daba lugar á la gente para que pudiese salir de ellas, sino que luego quedaban allí sepultados y muertos, especialmente en los templos ó varelas de los ídolos, que, como edificios más altos y suntuosos, hacía en ellos el temblor más sentimiento y fuerza, con que fueron muchos los que cayeron y dieron por tierra. Entre los que cayeron de más nombre fué el nuevo templo de Daybut, que el Emperador había edificado con muchas columnas de piedra grandísima, grandeza y curiosidad. Era el mayor que había en el Reino: y los ídolos Daybut y Tocoto cayeron también y se hicieron pedazos; y sabido por el Emperador, dijo que Daybut no era buen Dios, pues no se había podido librar á sí ni á su casa.

Cayó, asimismo, otro templo muy suntuoso, junto á los palacios del Dayri, con todos sus ídolos, y de ochenta personas que moraban en él, solas dos escaparon. Vino por tierra también otro del bonzo de Osaca con muchos palacios y casas que estaban alrededor, y el templo y monasterio de *Tiso*, grande y de muy suntuoso edificio, que está

á la entrada de Meaco y había setecientos años que estaba edificado con unas gruesas y fuertes murallas que le cercaban, la mejor obra de la Ciudad. Otro templo, llamado *Janzu*, donde había mil y doscientos ídolos de piedra, dorados todos, cayeron; y unos y otros se quebraron las cabezas, brazos y piernas, y se hizo tal estrago, que parecía que todas las furias del infierno habían andado tras de ellos. Causó esta ruina gran tristeza en los gentiles, por ser el mayor y de más recreación para todos. Cayeron también los siete templos de Atango y Tarombo situados en lo alto de la Ciudad, que eran los más ricos y fuertes que había en el Japón, y otros veinte monasterios, y en todos murió grande infinidad de gente. Arruináronsele también al bárbaro Emperador sus casas y palacios reales, con mucha pérdida de hacienda y mujeres que allí le mató la ruina, y otras muchas de señores y particulares personas.

En la Ciudad de Osaca cayeron los mejores y más suntuosos edificios que Taicosama, para muestra de su soberbia y grandeza, había hecho en aquella Ciudad. La Torre de la Luna, hecha con grande artificio y hermosura y una fortaleza que había labrado para su recreación, llena de muchas riquezas, con una torre muy alta y fuerte que entonces se acababa de hacer con sus murallas de piedras que le cercaban, vino por tierra. Cayeron también dos templos y monasterios de bonzos de muy soberbio edificio, y otro muy suntuoso á donde se juntaban á invocar el nombre de Amida; y muchos ídolos que en ellos había, se hicieron pedazos. Finalmente, las obras de suntuosidad y precio, así del Emperador como de otros grandes señores, con la mayor parte de las casas de la Ciudad, cayeron y se arruinaron, lo cual causó en todos tanta tristeza y temor, que andaban como fuera de sí.

Á los cinco de Septiembre, á las once de la noche, vino otro temblor de tierra tan terrible y con tan espantoso ruido, que parecía que debajo de tierra andaban ejércitos de demonios, con unos truenos como de gruesa artillería, de manera que los hombres andaban por los campos atónitos y espantados, llorando sus hijos y mujeres que se quedaban soterrados debajo de las ruinas, y algunos vivos, dando voces, sin poder ser socorridos. Con este temblor se acabaron de caer todos los edificios de la Ciudad, que con los precedentes habían quedado sentidos.

Toda la batería de esta tormenta parecía que iba enderezada contra la ciudad de Fuximi, donde Taicosama, aun más que en Osaca, se había esmerado en hacer muy ricos, soberbios y suntuosos edificios. Allí los temblores y terremotos fueron más terribles é impetuosos, y mayores las ruinas. Cayó el Alcázar Real con muchas salas y galerías

chapadas de oro con varias pinturas, y murieron más de setenta de sus mujeres, y algunas muy nobles. Y el mismo Emperador, que á la sazón estaba en la cama, se vió en grande aprieto, y se escapó huyendo desnudo con su hijo en los brazos á una casita baja que quedó sola en pie. Y á la mañana, con algunos señores de su Corte, se retiró á un monte, donde luego dió orden de hacer una casa. Quedó el desventurado atónito y espantado con grande melancolía y tristeza, que no había quien le osase mirar á la cara; y no por eso se movió á conocer la poderosa mano de Dios que le daba aquellos golpes y aldabadas para despertar de aquel profundo sueño de la infidelidad en que estaba. Los gobernadores y gente principal que escaparon con vida, se salieron á unas tiendas que hacían de cañas, cubiertas con unos delgados tapetes. Otros tres palacios y casas reales dieron en tierra, y murió un gran señor, muy privado del Emperador, sus hijos y mujer, y todos los que estaban dentro. Finalmente, todas las casas grandes de príncipes y señores que residían en aquella Corte, acabaron; y muchos gentiles, las vidas; y no los pudiendo enterrar, los hechaban en un río, y parte en un valle, que se llenó, de manera, que parecía un grande monte. Pasaron de veinte mil, sin los muchos que se quedaron debajo de las ruinas de los templos y monasterios de bonzos, que eran muchos y muy ricos: no quedó ninguno, ni nada de lo mucho bueno que en aquella Ciudad había. Hubo villas y ciudades pequeñas y barrios muy grandes en que no quedaba casa que no se arruinase y diese por tierra.

Además de esto, en la ciudad de Meaco, Fuximi, Osaca y Sacay hubo un diluvio general, en el cual murió tan gran número de gente, que parece cosa increible; porque de sola la ciudad de Sacay, con ser la más pequeña y la gente la más contada, se dice haber faltado más de treinta mil personas; y fueron tan grandes las inundaciones del mar, que en el reino de Bungo entró el agua dos leguas la tierra adentro, y anegó tres ó cuatro pueblos, dejándolos del todo cubiertos; y en el de Fingo, junto á Jambi, llovió por un breve espacio unas recias saetas, que hacían pedazos y rajaban como unos rayos todo lo que topaban (*).

Y con ser estas plagas tan comunes y generales, que unas eran en todo el Japón, y otras en reinos enteros, no quiso Dios que tocasen

(*) "Se vieron muchas peñas por las sierras partidas y hendidas de alto abajo: y si esto no me lo certificara un Religioso de mucha autoridad, verdad y santa vida, no lo creyera, aunque me lo dijeran millares de Japones; mas el P. Fr. Jerónimo de Jesús, del Orden de San Francisco, me certificó haberlo visto en muchas partes; y que por muchos lugares se habían mudado los caminos, por no se poder pasar las cavas, que el terremoto había hecho". Don Bernardino de Avila, *Historia del Japón*, cap. 16. (Nota del Colector).

á los cristianos y sus ministros, ni aun á sus conventos y casas, dando á entender que todo aquel rigor no se enderezaba sino contra los gentiles protervos y obstinados en la falsa adoración de sus dioses: sin duda para que abriesen los ojos y conociesen su engaño, y á Él le adorasen y reverenciasen como á su Dios y Señor. Quedaron, pues, libres y sin lesión alguna los conventos y casas de los Padres de la Compañía y de nuestros religiosos (*), y en ellas se favorecían muchas personas, y aun los gentiles enviaban sus hijos para asegurarlos de la tormenta de los temblores y ruinas, que como eran de noche, era tanto el ruido, que parecía que se arruinaba toda la máquina del mundo. Y á la mañana, andando algunos cristianos á buscarlos que habían muerto de nuestra Ley, no hallaron ninguno muerto ni herido, antes veían en pie todas sus casas sin daño ninguno.

Y para que más se manifestase la singular protección de Dios acerca de los cristianos, no sólo les libraba milagrosamente, sino con prodigios y maravillas tan manifiestas, que aun el más bárbaro las podía conocer y entender; porque había algunos barrios en que no había sino cual y cual cristiano, y todos los demás eran gentiles, y arruinándose todas las casas de éstos, sólo quedaban en pie las de aquéllos, que á veces no pasaban de dos en todo el barrio, y estos muy apartados; y al contrario, en otras partes que no había sino cual y cual gentil, y todas las demás casas eran de cristianos, éstas quedaban en pie, y aquéllas se arruinaban. De manera que si los bárbaros gentiles quisieran abrir los ojos al desengaño, con facilidad podían conocer que el que libraba á los cristianos era el que á ellos les castigaba, y, por consiguiente, que Él era el verdadero Dios, y no los que ellos adoraban, pues no podían librarlos.

Á quince de Agosto apareció un cometa con unas crines ó ramales muy largos, de aspecto furioso, y cercado por todas partes de unos vapores tan gruesos, que no se podía discernir su propio color, aunque estaba muy bajo, y duró por espacio de quince días. Unos cristianos que le vieron daban veces diciendo: *uza, uza,* que en su lengua quiere decir: *triste cosa, triste cosa*; y lo fué harto para todos, así cristianos como gentiles. Otros muchos prodigios semejantes á los referidos precedieron á este glorioso martirio, que por no cansar, se omiten. Pero no es justo pasar en silencio los de las cruces que

(*) "En este suceso se vió una no pequeña maravilla, y fué, que habiendo caído tantos palacios, templos y casas fuertes, quedase en pie la Iglesia de S. Francisco, dormitorio de los Padres y hospitales de los pobres, sin recibir daño notable". Don Bernardino, cap. 16. (Nota del Colector).

(**) Acerca de este hecho verdaderamente extraordinario de arruinarse las casas de los gentiles y no las de los cristianos, nada escriben ni Rivadeneira ni Don Bernardino de Ávila á pesar de vivir en el Japón por aquel entonces. (Nota del Colector).

aparecieron, que, como la persecución de estos Santos Mártires fué de cruz, dando la vida en ellas, quiso Dios Nuestro Señor que con cruces fuese pronosticada, para que se preparasen á llevarla con resignación y paciencia. Diremos, pues, de algunas que en diversos tiempos aparecieron, para que con repetidos avisos se significase la importancia del aparejo y la grandeza de la persecución.

El primer aparecimiento de la cruz fué en el partido de Arima, en esta manera: Estando durmiendo una noche el señor de Arima, llamado Arimandono, soñó que en su tierra había de suceder una cosa prodigiosa, y consultando este sueño con un Padre de la Compañía, por su consejo se confesó y comulgó para recibir la merced que Nuestro Señor le quería hacer, que no tardó mucho. Y fué que un cristiano de Obama, tres leguas de Arima, llamado León, que envió á un hijo suyo, por nombre Miguel, á hacer un poco de leña para gastar en casa la fiesta de Navidad del año ochenta y nueve, y saliendo el mozo al campo, encontró con un árbol muy viejo y casi del todo seco, el cual en lengua del Japón llaman *tara*, por de fuera espinoso y dentro muy blanco y hermoso, que parece podía ser símbolo de la Cruz de Cristo, áspera; mas de grande gloria para los que la llevan. Y para más semejanza, era tenido este árbol de los gentiles en mucha estima, porque decían tener grande virtud contra los demonios, y así le acostumbraban llevar á su casa el primer día de su año nuevo, pareciéndoles que con esto quedaban seguros del demonio por todo aquel año.

El árbol sería de dos brazas de alto y seis ó siete palmos de grueso. Comenzó el mozo á cortarlo, y costóle harto trabajo derribarle, tanto que era ya casi de noche cuando le derribó, habiendo comenzado bien temprano, que aun en esto quiso mostrar Nuestro Señor lo penoso y pesado de la cruz de esta persecución. Volvió Miguel por la mañana, comenzó á dar golpes en el tronco para hendirle, y á los primeros, siendo tan grueso y largo, y habiéndole costado como le costó para derribarle, se dividió en dos partes iguales, y en cada una de ellas una Cruz muy bien hecha y proporcionada, de más de palmo de largo, y tan continuada con el mismo leño, que ninguna señal ni rastro tenía de división; y lo que es más, cada una de ellas tan lisa y pulida, que con ningún artificio se podía hacer tal. Su color entre rojo y negro, siendo todo lo demás del madero muy blanco, como lo es de su naturaleza. Viendo Miguel la Cruz, quedó muy espantado; tomó luego los pedazos del tronco, vase á su casa, y estándolo contando á su padre, entraron otros dos cristianos que le venían á dar las buenas Pascuas; y al instante que vieron la Cruz, se arrodillaron y la adoraron. El día siguiente

dieron cuenta de esto al Padre que vino de Arima á decir Misa en aquel lugar de Obama, y él la dió á Arimandono; y desde allí la llevaron á la iglesia de Arima.

Esto sucedió seis meses después del sueño de Arimandono, y luego que tuvo noticia del caso y vió y adoró la Santa Cruz, dijo: "Este es el beneficio que quería Dios hacer á mis tierras y estados". Y, á la verdad, así fué, pues además de los muchos milagros con que confirmó Nuestro Señor la invención de aquella Santa Cruz, como cosa milagrosa, en favor de los vasallos de Arimandono, á él le prosperó en veintidos años que después vivió, creciendo siempre su estado en reputación y letras, y todos sus vasallos convertidos á nuestra santa Fe; pero como después fué parte (llevado de la codicia, como diremos más ex profeso en su propio lugar) para que su hijo se casase con la biznieta del Emperador, siéndolo ya *in facie Ecclesiæ* y tener hijos en una buena señora, fué declinando, de manera que vino él á perder la vida, y el hijo el estado: todo lo cual fué muy conforme á la promesa que dicen le fué hecha en el mismo sueño, que después de haberle dicho que buscase la señal de Jesús que estaba en su estado, no hecha por hombre ni criatura humana, le dijeron que si vivía bien, con ella sería defendido y ayudado, y sino, se perdería, como sucedió.

Casi en este mismo tiempo que, conforme á lo que los japones decían, serían tres ó cuatro años antes que nuestros religiosos fuesen al Japón, en otro lugar, Imadumo, de la comarca de Core, estado de Emurandono, apareció otra milagrosa Cruz dentro de otro árbol llamado *caqui*, el cual estaba en las heredades de un cristiano que se decía Fabián; y habiéndose secado, determinó de cortarle, como lo hizo, y al hacerle rajas se descubrió la Santa Cruz, de hechura bien proporcionada, cuya astilla ó travesaño de los brazos tenía casi un palmo de ancho, y lo largo correspondía en buena proporción, atravesado el título, y todo lo demás estaba perfectísimamente acomodado.

Y lo que pone más admiración es, que aparecían muchas cruces en los vestidos de los japones, los cuales, como algunos de ellos dijeron después á los religiosos (*), juzgaban ser señal de la persecución que luego tuvieron, cuando Taicosama mandó derribar las iglesias y desterrar á los PP. de la Compañía del Japón. Pero, según

(*) "Y lo que pone gran admiración es que aparecian muchas cruces en los vestidos de muchos Japones, las cuales, como algunos de ellos nos dijeron después á los Frailes, juzgaban ser señal de la persecución que luego tuvieron, cuando Taicosama mandó derribar las iglesias, y desterrar los Padres de la Compañía de Japón." Rivadeneira, *Historia de las islas del Archipiélago* etc., lib. 4.°, cap. 36. (Nota del Colector).

lo que después sucedió, todas estas cruces podemos entender que fueron pronóstico de la persecución y muerte de aquel bien ordenado ejército de valerosos soldados de la Cruz, que en ella y por ella murieron crucificados.

La señal de la Cruz que más evidentemente pronosticó la muerte de estos Santos Mártires fué la que vieron todos los del galeón *San Felipe*, cuando andaba en lo recio de sus borrascas, que no les causó pequeño temor sobre el que ellos llevaban. Vieron, pues, en el cielo, hacia la parte del Japón, una Cruz de la misma forma que tenían las cruces en que fueron crucificados los Santos Mártires; duró como un cuarto de hora en un color blanco y resplandeciente, y luego se mudó en un color de sangre por espacio de otro cuarto de hora, y luego se cubrió con una nube negra. Permitió el Señor que los que en aquel navío iban como señalados para testigos del martirio de estos Santos lo fuesen también de este portento, para que viéndolos después en las cruces, conociesen que su arribada no había sido de fortunas del mar, sino de providencia del Altísimo Dios.

El más admirable prodigio de todos los que en este martirio acaecieron, y que por ser tan señalado he guardado para el último, es que una imagen de nuestro glorioso Padre San Francisco que estaba en el convento de Porciúncula de la ciudad de Meaco (donde estaban los Santos Mártires cuando los prendieron), sudó sangre: indicio claro y manifiesto pronóstico, de la que su Sagrada Religión había de derramar en aquella Iglesia del Japón por la exaltación de la Fe y publicación del Evangelio. Y este es el prodigio en que más claramente parece que quiso Nuestro Señor dar á entender que la conquista de aquellas almas había de ser de Frailes Menores, pues ellos las ganaron con sangre; y que á fuego y sangre se había de llevar, como los más de estos prodigios y otros que pondremos adelante lo demuestran, y que aunque sea con el sudor del glorioso alférez de Cristo en sus religiosos, ha de prevalecer y quedar fijo y perpetuo el estandarte imperial de la Cruz en aquellos extendidos reinos del Japón, y desterrado el demonio de allí, que tan encastillado está, así como él quiso desterrar á sus frailes; pero salióle mal la traza, que por echarlos á Luzón, dió con ellos en el Cielo, donde le harán más guerra con su intercesión, que le hicieran en la tierra con su predicación.

Pero dejando al secreto de la Divina Providencia lo que por estos tan extraños acaecimientos pretendía, y las causas de permitir esta persecución y muerte de estos Santos Mártires, pues son ocultos, y al juicio de los hombres reservados, digamos las que tuvo el Emperador para crucificarlos, pues son manifiestas, y la injusticia de ellas manifestará claramente su pretensión y crueldad, pues quiso hermanar la

sed insaciable de su codicia, y aun un poco de razón de estado, con el odio de nuestra santa Fe. Pero antes de esto, es fuerza tratar del viaje y arribada al Japón, del galeón *San Felipe*, que fué en que se fundó la razón de estado, y la leña en que se prendió el fuego de la codicia del tirano.

CAPÍTULO II.

VIAJE Y ARRIBADA AL JAPÓN DEL GALEÓN SAN FELIPE QUE IBA Á LA CARRERA DE NUEVA ESPAÑA.

UANDO todos estos prodigios, señales del cielo y terremotos de la tierra pasaban en los reinos del Japón, según que hemos contado en el capítulo antecedente, quiso Dios Nuestro Señor que en la mar sucediesen otros no menores de unas muy furiosas y crueles tormentas que combatían al galeón *San Felipe*, las cuales le obligaron arribar al Japón, donde se perdió; y no sin particular providencia del Cielo, pues por este medio y otros no buenos que se juntaron con ocasión de este, vino Dios á sacar un fin tan honroso para un siervo suyo que allí iba, escogido para mártir, y para los demás que ya tenía en aquel Reino. Partió, pues, este navió (*) del puerto de Cavite, dos leguas poco más de Manila, á los 12 de Julio de 1576 (**), cargado y sobrecargado de ropa y mercaderías y de algunos españoles, marineros, soldados y mercaderes, y entre ellos iban cinco (***) religiosos: dos del Orden de San Agustín, uno de Santo Domingo, que servía de capellán de la nao, y dos nuestros, Fr. Felipe de Jesús ó de las Casas, que fué uno de los Mártires, y Fr. Juan Pobre, que poco antes había venido al Japón, y le enviaba la obediencia á España.

(*) Era el galeón *San Felipe* uno de los mejores navíos de la carrera de Nueva España (Nota del Colector).

(**) Esta misma fecha señalan Colín y San Antonio; mas el Sr. Govantes (*Compendio Histórico*, pag. 93) afirma que no salió hasta el 25 del mismo mes y año. (Nota del Colector).

(***) Siete eran los Religiosos que, según escribe el P. Rivadeneira, iban en el *San Felipe*, siendo cuatro de ellos de la Orden de S. Agustín. (Nota del Colector).

Fueron caminando con la pausa ordinaria, rehaciéndose de bastimentos y aguada en el varadero y en Ticao, hasta el día de la gloriosa Santa Ana, 26 del mismo mes, que desembocaron por Cápul y San Bernardino con una famosa colla de vendavales. Aquel mismo día, á prima noche, vieron una cometa por la popa, que no puso poco temor á los mareantes, que ya parece que les decía el corazón el suceso de su desgracia. Era de aspecto triste y color algo turbado y, como decían los pilotos, amenazaban sus rayos extendidos hacia la gran Tartaria y *Suria* (*), aunque más en particular al Japón; y de aquí comenzaron algunos á pronosticar de su triste aspecto el mal suceso de su navegación y los trabajos que habían de padecer.

Engolfáronse, pues, los tristes mareantes, y habiendo navegado cosa de dos meses con los contrastes ordinarios de brisas y vendavales y de otros vientos encontrados, se hallaron en treinta y cuatro grados de altura hacia la parte del Japón, donde suelen ser de ordinario grandes las tormentas desde mediado de Septiembre hasta fin de Octubre y parte del Noviembre. Y un día en la tarde, que se contaron diez y ocho de Septiembre, les entró un viento Sueste fresco y más recio que nunca, que les comenzó á poner en cuidado, y cada instante más, porque el viento iba creciendo, y los celajes y turbia postura del sol amenazaban una gran tormenta; y al cerrar de la noche, se les puso delante del navío una espantosa y formidable ballena, como presagio del mal que les amenazaba. Dió algunas vueltas por debajo del navío, y les fué siguiendo grande rato hasta que la tiraron dos pelotazos, con que desapareció. Los vientos se comenzaron á mostrar tan contrarios, que parecían mensajeros de la ira de Dios, y los pilotos afirmaron no haber visto jamás tal furia de vientos ni de mar. Calaron masteleros, aferraron velas, sola la del trinquete quedó, porque ninguna otra les podía servir, y esa muy baja, lo que bastaba solamente para que gobernase la nao. Pero nada de esto bastó, porque cargó con tanta furia el viento, que rompió escotas y contraescotas, y la vela la hizo pedazos, y últimamente, se llevó á cercén el trinquete hasta la trinca, cosa que parece imposible. Luego, en faltando esta vela, se atravesó la nao y no pudo gobernar, quedando como batidero del tiempo, metida en el agua hasta la escotilla, las olas tan altas, que casi le sumergían, de tal manera, que perdidas las esperanzas de la vida, aguardaban por instantes la muerte.

Pasó este golpe y vinieron otros mayores, y tras ellos una muy rui-

(*) Debe ser Rusia y no Suria. Quizá se escribió Suria, queriendo escribirse Rusia. (Nota del Colector).

dosa confusión de voces y de golpes: unos al cortar los árboles, otros al alijar, otros al dar á la bomba; y las olas que no cesaban, unas veces subiendo hasta las nuves, como dicen, y otras bajando hasta el abismo, que todo causaba asombro y horror, que ni unos á otros se entendían, ni cada uno sabía que se hacer ni que se decir. Cortaron, en fin, los árboles, y al cortar al mayor, sucedió una cosa bien particular, y fué que, á cuatro hachazos no bien dados, el propio viento le arrancó y le llevó en alto un buen trecho con jarcias, entena con velas, y de camino dos marineros, que un poco que se detuvieran los que le comenzaron á cortar, aun aquellos cuatro golpes no hubieran dado, porque ya el viento se le hubiera llevado: tal era su furia. Pero á donde se conoce más es, que si habían de alijar, no era menester más que sacar las cajas y fardos al combés, que el viento las arrebataba y lanzaba en el agua, como pudiera arrebatar una pluma. Un golpe de mar vino tan furioso, que se llevó el corredor, y pasando de popa á proa, arrancó la bitácora ó caja de aguja de marear y se la llevó por encima del combés, y juntamente el fogón. Y lo que fué peor é hizo peor daño fué que rompió las hembras del timón, y por ellas entraba mucha agua sin entenderse por donde; y á esta causa estaba la mayor parte de la gente y demás fuerza dando á la bomba. En esto vino otro golpe tan furioso, que de la gente que estaba asida al bimbalete sacando agua, se llevó catorce hombres; y á otro golpe volvió siete de ellos, ahogándose los demás. El agua era tanta, que sobrecubierta se ahogó un marinero, y tantos los balances y golpes de mar y de las cajas, que todos estaban heridos y maltratados. Á Fray Juan Pobre le encontró otro golpe de mar, y á otras cuantas personas que estaban con él, y se los llevó rodando por todo el navío; y tuvieron á gran dicha y misericordia de Dios que no les hubiese sacado fuera y echado al mar, porque del alcázar y castillete de proa se llevó muchas cajas de marineros, con estar bien amarradas y no vacías.

Cansados ya de intentar remedios humanos, sólo esperaban el del Cielo, y en tan manifiesto peligro, no haciendo caso de las vidas, atendían á salvar las almas, pidiendo á voces y con lágrimas á Dios misericordia. Unos hacían votos; otros rezaban salmos y letanías, y otros ejercicios piadosos, según que cada uno podía y sabía: y todos acudían á los religiosos que les oyesen de penitencia. Pero la confusión y vocería era tan grande, que no era posible entenderse, ni en todo el navío había parte segura, ni era tiempo de sentarse; porque cuando menos se recataban, venía un balance y les daba con alguna caja ó tablón, que aun en pie, era imposible tenerse, y de echarse no era tiempo: sólo le había de poder levantar el espíritu al Señor y pe-

dirle misericordia. De esta manera se pasó la noche y vino la mañana, bien deseada de la afligida gente, y halláronse pocos que no estuviesen ó heridos de tantos golpes, ó medio ciegos del viento y agua salada, y de que menos tan molidos y cansados, que no se podían tener en pie; porque ninguno se había escapado de trabajar, especialmente Fr. Juan Pobre, que sino confesaba, porque no era sacerdote, pero como hombre brioso y de valeroso corazón acudía á todo lo demás sin descansar un punto. Descubrió á esta razón un sueño que antes de la tormenta había soñado, diciendo: "Yo soñé que estábamos condenados á muerte todos los que aquí vamos, excepto los pobrecillos grumetes y esclavos, que ví quedar ricos y los ricos pobres; y no por decirlo doy crédito á sueños ni soy profeta, sino el mayor pecador del mundo." Tuviéronlo todos por más que sueño, visto lo que por ellos había pasado, y que el dicho Fr. Juan tres días antes había salido al combés de la nao, y después de haber dicho la doctrina en público, como tenía de costumbre cada noche, hizo una breve plática en que dijo que Dios estaba muy indignado; que cada uno procurase con muchas veras aplacarle por contrición y penitencia sin poner en ello dilación, porque cuanto mayor fuese ésta, sería más acelerada la muerte; y dicho esto, se despojó y azotó cruelmente allí en público, que en secreto cada noche lo hacía.

Viéndose, pues, en medio de aquel hinchado mar, sin árboles, sin timón (*) y sin velas, con sólo el casco, y ese bien quebrantado, cuando menos se pensaron, proveyó la divina bondad que amainase el viento y que hubiese quedado un mastelero de gavia mayor, del cual y de las tablas de los camarotes se hizo un modo de timón como pala grande, con el cual, mar en bonanza, gobernaron, y estando alterada, le subían arriba hasta que amainase. Con este, pues, y unas velas viejas que habían quedado, comenzaron á caminar la vuelta del Japón, donde el general y piloto fueron de parecer arribasen; porque habiendo pesadò aquel día el sol, hallaron que la tierra más cercana era la dicha del Japón, y hacer viaje á Nueva España ya no podían, ni tampoco volver á Filipinas. Fueron también de este parecer los religiosos que allí iban, confiados en el favor que Taicosama hacía á los religiosos de S. Francisco que allá estaban y habían ido por embajadores. ¿Quién les dijera á los del galeón *San Felipe*, en medio de aquel conflicto, los terremotos y prodigios que en aquella sazón pasaban en las tierras de Meaco y aun en todo el Japón, para que se consolaran, viendo que ni en la mar ni en la tierra hay lugar

(*) El *San Felipe* "perdió el timón hallándose á 1,800 millas de Filipinas y á 450 del Japón, por lo que tuvo que arribar á las costas de este país". Montero Vidal, *Historia general de Filipinas*, cap. 10 (Nota del Colector).

seguro cuando Dios quiere manifestar su poder? ¿Qué dieran de albricias en aquella ocasión á quien les asegurara que no habían de morir ahogados, sino que los llevaba Dios por fuerza para que fuesen testigos del glorioso martirio que habían de padecer seis valerosos españoles, sus naturales, y que uno de ellos iba en su compañía? No hay duda que dieran muchas más de las que pudieran, mayormente asegurándoles la vida, que en tales lances no tiene precio, y es sobre toda estimación el que de ella se tiene.

Aprestaron el navío lo mejor que pudieron y pusieron la proa hacia al Japón. Yendo ya de arribada y en demanda de aquella tierra, y cuando parecía que ya la fortuna les era propicia, Dios, cuyos juicios son incomprensibles, les envió otra recia tormenta, á los veinticinco de Septiembre, ocho días justos después de la pasaba. Duró esta segunda treinta y seis horas, y como iba el galeón tan sentido, fué necesario hacer nuevo alijamiento, de manera que en dos veces echaron al agua más de cuatrocientos fardos, y entre ellos algunas cajas. Pero ¿qué aprovechaba todo contra la furia de los vientos y del mar, que parece que se habían hecho á una para tormento de esta miserable y afligida gente? Siempre caminaban con miedo y recelo de que se había de abrir el navío, que tan mal parado iba como esto con las borrascas y tormentas pasadas. Ni con esto se acabó la siniestra fortuna que les iba siguiendo, porque á pocos días después de la fiesta de Nuestro Padre San Francisco les dió otra no menor y mucho más larga que duró más de tres días, en que ya no buscaban sino un pedazo de tabla para arrojarse al agua, fiando de ella la vida, pues de otra manera no era posible escaparla. Andaban alrededor del galeón gran número de tiburones y otros peces grandes, destrozando fardos y cajones, buscando que comer, de que se espantaron sobremanera, por ser el número excesivo y ellos tan grandes, que de cualquiera manera, ahogados ó despedazados, veían los pobres navegantes la muerte muy cercana.

En esta tribulación vieron todos en el cielo la Cruz que dijimos en el capítulo antecedente (*), mudando colores, de blanco en vermejo, y resolviéndose en una nube tenebrosa y obscura, que á todos puso grandísimo temor y espanto, pareciéndoles que el cielo les mostraba su fin con aquella tan clara señal.

(*) "Otros, que al salir de la Isla de Luzón en las Filipinas, habían visto la cometa que apareció en Japón, y una cruz blanca en el Cielo, que estaba sobre el mismo Reino, como los testigos de vista me dijeron, con grandísimo temor venían por verse en Japón, pronosticándoles el corazón las miserias y trabajos que en aquel Reino habían de padecer". Rivadeneira, *Historia de las islas del Archipiélago* lib. 4, cap. 36. (Nota del Colector).

Quiso Dios que abonanzase el tiempo, y aunque quedó la mar alterada, pudieron reparar algo el daño que habían recibido, dando tortores á la nao, que es lo mismo que amarrarla, ciñéndola con cables ó maromas, porque de todo punto no se abra. Esta diligencia era entonces bien necesaria para pasar lo que los faltaba de tormenta, porque muy presto les sobresaltó otra á la vista del Japón, que aunque no fué tan recia, les puso en grande aprieto. Arrebatóles el segundo timón que habían hecho, quedando la nao sin gobernalle, sujeta á la disposición de los vientos y furia del mar, y todos sin alguna esperanza de vida. Empero el Padre de las misericordias les socorrió milagrosamente se puede decir, porque sin tener el navío con qué gobernarse, los vientos le llevaban prósperamente derecho al Japón, donde iban alegres y contentos, esperando hallar allí algún socorro. Viendo la gente y el mismo piloto que aquello era manifiesto milagro (que como de tal se tomó testimonio), dijo á los marineros que podían echarse á dormir, porque llevaban mejor piloto que los gobernaba, que era Dios del Cielo; que él nunca había visto ni oído decir de navío que sin timón y con tan corta vela como ellos iban pudiese navegar é ir para adelante cosa ninguna.

De esta manera navegaron diez horas en que pudieron descansar y dormir, y al cabo de ellas descubrieron la costa del Japón, casi á la cabeza del Meaco; y aunque parece que respiraron un poco, pero el Señor que quería purgar á los suyos, y que se ensayasen en el mar para las fortunas de la tierra, fué servido de que llegando á la costa para tomar puerto donde pudiesen, no les dejase el viento, que se mudó por tierra, y les fué forzoso costear con él hasta otra punta. Sobrevino la noche y el viento calmó, y como las corrientes en aquella costa son grandes, halláronse á la mañana más de diez leguas, la mar adentro, entre cuatro islas, que les dió no pequeño cuidado, temiendo dar en alguna de ellas y hacerse pedazos; que como no tenían timón, no eran señores de poner la proa á donde necesitaban, ni de gobernar la nao y guiarla, sino á donde las corrientes y viento querían, andando de una parte en otra, que algunas veces parecía iban ya á varar y perderse en las dichas islas.

En tres días que tardaron en llegar de vuelta al paraje en que antes estaban, ya Chosugami, rey de aquella provincia de Xicocú, tenía noticia de su arribada, y había mandado á sus vasallos que con las *funeas* ó barcos que pudiesen, saliesen y remolcasen la nao hasta meterla dentro del puerto. Remolcáronla, y llegaron tan cerca de tierra, que dieron fondo, hasta otro día que, enviando el Rey más funeas,

zarparon, y á vela y remolque fueron la vuelta de la isla de Tosa, en el reino de Urando. Salióles á recibir el rey Chosugami en una funea y su hijo en otra algunas leguas del puerto, y envióles un secretario suyo con un presente de una vaca y un poco de vino y palabra de seguro, así de su parte como del Emperador, que no se les haría agravio en todo su Reino. Quisieron en hacimiento de gracias enviarle un presente, y él dijo que no convenía por entonces; que hasta que Taycosama supiese de su venida y diese chapa ó provisión para descargar la ropa y aderezar el navío, él no se atrevería á tomar cosa alguna.

Con esto acometieron la barra (*), habiéndoles asegurado que, aunque la entrada del puerto era baja, era suficiente para entrar el navío; pero luego se conoció el engaño, que tocó en la arena y quedó encallado. Comenzó la gente á echarse á las barcas para salir á tierra y tratar de alijar su ropa, comunicándolo con el Rey, que antes había dicho que no la había de dar sin orden de Taycosama. Favorecióles en esto, viendo que el navío había varado, y mandó sacar fardos y cajas y toda la demás ropa, porque no se perdiese. Con lo cual fueron á todo prisa alijando, y una noche de las siguientes, habiendo sacado ya toda la ropa, sin mar ni viento, y sin dar golpe ni balance, se abrió por la quilla, despidiendo las bombas, y se llenó de agua hasta los pañoles de popa y proa, acabando en el puerto y en bonanza, el que en el golfo y alta mar había resistido á la tormenta.

Conociendo el general Don Matías Landecho y los demás navegantes la flaqueza de su navío y el peligro que habían corrido, no cesaban de dar gracias á Dios que de tantos les había librado, y dado lugar á que saltasen en tierra. Cumpliéronse puntualmente, á la hora que se perdió el galeón, unas palabras que ocho días antes Fr. Juan Pobre había dicho á un marinero, que por irle á la mano que no azotase tanto á un muchacho, se le descompuso con alguna cólera, y el humilde religioso le dijo: "Calla, hermano, paciencia, que de aquí á ocho días me lo diréis con lágrimas." Y fué así, porque yendo el marinero á tomar el timbalete de la bomba, que venía por verga mayor después de la tormenta, se le cayó de las manos sobre la cabeza del bendito fraile, y le derribó en la cubierta, sin habla ni sentido. Levantáronle con muchas lágrimas de todos, que le juzgaban por muerto, y volviendo de allí á poco en sí, muy contento preguntó, porque lloraban y le tenían asido. Díjoselo el marinero, conociendo su culpa; y con lágrimas, puesto de rodillas, le pidió perdón y besó el hábito. Fué grande el contento que todos recibieron de verle

(*) Obligados políticamente por el Tono ó Señor de Tosa, y remolcado el *San Felipe* por los barcos del mismo Tono. (Nota del Colector).

sin lesión alguna y en su acuerdo, y mayor la admiración, viendo lo que de él se decía de que aquel suceso días antes le hubiese prevenido; y entonces les dijo: "Verdaderamente, señores, no sé que por mí haya pasado tal cosa; pero así debe ser, pues tantos lo dicen, y la gloria sea á Dios que por los méritos de N. P. S. Francisco y vuestras oraciones me libró de semejante peligro." Guardábale Nuestro Señor para consuelo de aquella gente afligida.

CAPÍTULO III.

DE LO SUCEDIDO EN EL JAPÓN Á LOS DEL GALEÓN SAN FELIPE.

DE noche era cuando los quebrantados navegantes, después de tantas fortunas del mar, tomaron tierra en el puerto de Urando, besándola mil veces, y otras tantas dando gracias á Nuestro Señor, por haberles dejado poner los pies en ella. Envióles el Rey que cenasen arroz y agua (comida ordinaria de aquella tierra), y con esto pasaron como pudieron, bien fatigados del frío y con harto recelo de los japones, que les hicieron guarda y velaron toda la noche. Otro día, que fueron 20 de Octubre, los mandó el Rey alojar por camaradas, dando licencia que cada uno llevase su ropa para beneficiarla si estaba mojada, y la demás, cuyos dueños no iban allí, se depositase en un almacén para que allí se beneficiase y pusiese por orden, enviando juntamente á decir al general D. Matías que ordenase un curioso presente para el Emperador Taycosama, y otros para los *jacomines* ó gobernadores de Meaco, porque esta era la puerta para hablarle y hacer su negocio. Respondió el general que lo haría, y, por asegurar la hacienda y negociar á uso de la tierra, juntó un razonable presente (*) de diversas piezas de seda y joyas curiosas (valor de más de siete mil pesos), y señaló á Fr. Juan Pobre, que sabía ya la tierra, con su compañero y al P. Fr. Juan Tamayo, del Or-

*) "En fin, el general despachó un presente, que valia veinte mil ducados á Tayco, con l n Antonio Malaver y Cristóbal de Mercado, los cuales llegaron á Meaco á tiempo (estaba nombrado Uyemondonoxo (uno de los cuatro Gobernadores del Reino, y al- (le de la fortoleza de Fuximel para ir á entregarse de la hacienda de la Nao." Don rnardino de Ávila, *Historia eclesiastica del Japon*, cap. 16. (Nota del Colector).

den de San Agustín, y á D. Antonio Malaver, sargento mayor, y al alférez Cristóbal de Mercado, españoles, que lo llevasen.

Llegaron á Osaca donde estaba el Emperador (*), y fueron á hospedarse al convento de nuestros Descalzos, donde hallaron con algunos de sus compañeros y el santo comisario Fr. Pedro Bautista, á quien iba dirigido el presente, para que él, como embajador y experto ya en aquel Reino, guiase las cosas como le pareciese más convenir á su buen despacho y más servicio de la Majestad católica. No se puede decir el sentimiento y dolor que el santo y piadoso Padre recibió con los trabajos y desgracias de los españoles, que no había día que no derramase muchas lágrimas de compasión, consolando á los presentes con palabras y á los ausentes con cartas, asegurándoles el buen suceso, fiado en la buena voluntad que el Emperador le mostraba y de la chapa que tenía en prendas de su palabra; y que si no lo hacía muy bien con ellos, faltaría á su palabra é iría contra los asientos de paces que tenía hecho con Manila. "Yo (decía) tengo sus letras testimoniales en que asegura que pueden venir los españoles á su Reino, y pone grandes penas á quien los hiciere agravios." Y en orden á esto les decía otras cosas, por donde concebían grandes esperanzas los afligidos españoles de su buen despacho.

El señor del puerto que vió la mucha hacienda que el navío traía, olvidado del seguro que él mismo había dado, envió un correo delante para ganar la gracia de Taycosama, persuadiéndole á que se entregase de aquella hacienda. Supieron como el Emperador estaba de partida para Fuxime; fuéronse todos allá, y allí se aposentaron en casa del rey de Tosa, Chosugami, porque él lo tenía así mandado y dádoles orden que negociasen por medio de Maxita y Xibunojo, gobernadores de la parte superior de Meaco. Mucho quisiera el Santo Comisario acudir primero á Guenifoín, que era el gobernador á cuyo cargo estaban los negocios de Luzón; pero no estuvo en su mano, y por ventura no sucediera tan mal al navío por este camino; aunque también se cree que no hubiera más, por más que digan los que en esto hablan: pues por experiencia podían saber ellos mismos que el no haber conseguido cuanto habían pretendido en otras ocasiones no era por falta de medios y diligencias, que hartas se habían hecho y buenas, sino que esto de negociar con gentiles, cuya amistad, justicia y correspondencia no se funda en verdadero amor y temor de Dios ni en leyes de razón, no po-

(*) Había ido allí Taikosama fugitivo de las grandes ruinas que los terremotos hicieron en los palacios de Fuximi. (Nota del Colector).

que los medios sean los más propios ni las diligencias las más adecuadas, facilitan el negocio y consiguen el fin. Porque ¿qué hace la proporción del medio con el fin, ni el de la diligencia con el negocio, en los que ni tienen lealtad con su palabra, y no se gobiernan por justicia ni razón, y de ninguna manera conocen á Dios? Y porque no parezca que es pedir mucho, no quiero más ni les pido más que guardasen lealtad con su palabra. Con esta sola, el Santo Comisario y los españoles hubieran negociado bien, y el Emperador y el Gobernador de Tosa y los demás gobernadores que anduvieron en ello hubieran cumplido con su obligación, precisamente en razón de gentiles, que ya digo que no se les ha de pedir más; pero si el Emperador falta el primero á su palabra y tras él todos los demás, ¿qué medio se podía luego buscar que se pudiese decir que era el más acertado medio? ¿Fuera más fiel Guenifoín que el Emperador? No es fácil de ajustar, por más que digan (vuelvo á decir) los que en esto hablan, que es propiamente hablar de la cosa después que ya no tiene remedio. Y no es argumento el que Guenifoín hiciese del enojado y dijese lo que dijo, vendiendo el negocio que no hiciera, y dando por perdido (por no haberle dado parte primero) el que también él perdiera, que esto es tan ordinario en las cortes donde prevalece con singularidad el engaño y la mentira, que hay hombres que presumen de dioses, como que *per ipsos facta sunt omnia, et sine ipsis factum est nihil.*

Pero no obstante eso, no se descuidó San Pedro Bautista de dar aviso con tiempo á sus ministros, diciéndoles la causa porque no iban á su señor Guenifoín, y que después le llevarían un presente; porque como ya llevaban encaminado el negocio por el rey de Tosa, habiéndose ofrecido él á ello desde el mismo puerto, y aun estorbádoles que se valiesen de otro medio, escribiendo para esto á los gobernadores Maxita y Xibunojo, no se atrevieron á mudar el orden, porque éstos no se enojasen y el rey Chosugami se diese por ofendido, y así se turbase el negocio, dando por asentado que la excusa y aviso que habían dado á Guenifoín, era bastante para que no se diese por sentido, antes esperaban de él que les favoreciese y ayudase, como lo hizo; aunque no tanto como podía y debía. Permitiólo Dios Nuestro Señor así, porque el no tener acierto este negocio por ninguno de estos caminos, era el que había tomado Nuestro Señor para honrar á sus siervos.

Llevaron, pues, un buen presente al gobernador Xibunojo, y diéronle noticia del acaecimiento de la nao y lo que pretendían del Emperador, para que lo alcanzase, dejándole memorial para todo. El Xibunojo les vendió palabras y dió buenas esperanzas, diciendo que se holgasen que había sido en tiempo de Taycosama; hablóle por su parte,

pero él sabe cómo, y en qué, y lo que podía interesar. La ocasión era grande, y ¡líbrenos Dios de que se atraviese interés, que no hay amistad ni lealtad que valga! Y á lo menos, si él no mintió, la respuesta fué que el Emperador mostraba mucho gusto de su venida y sentimiento de su desgracia, y que serían bien despachados y con brevedad. Fíanse de esta palabra, y á la verdad fué lo mismo que asegurarse de todo mal suceso; nada dudan, nada temen, nada recelan, el negocio tienen por despachado, y todo lo dan por hecho; sólo del tiempo tenían queja, porque se les hacía largo cada momento que tardaba el aviso de Xibunojo para llevar el presente á Taycosama, que ya con este cuidado el Santo Embajador y los españoles le tenían puesto en orden y con el mejor concierto y curiosidad que supieron, juntamente con lo demás que se había de dar. Estando ya para llevarle, conforme á la palabra que les había dado de aceptarle y hacer todo lo que pedían, volvió Xibunojo con otra segunda respuesta muy diferente de la primera. Dijo que había hecho muy mal el General de la nao en no haber ido en persona á dar cuenta de ella y de su arribada; á lo cual le respondieron que no podía por haberle mandado el rey Chosugami que no la desamparase.

Hablóles más claro, diciendo que el Emperador había vuelto la hoja y ya no quería recibir el presente, sino que cerrado y sellado en sus cajas, como venía, se quedase allí, y ellos se volviesen á Urando donde la nao se había perdido y estaban los demás compañeros; haciéndole saber (sino es que fuese ficción ó diligencia suya), cómo había mandato expreso del Emperador, y no podía dejar de cumplirse, que luego saliese un *jaconí*, (capitán) con el gobernador y los soldados necesarios para su guarda, y fuesen á Urando á informarse por menudo de todo su viaje y de otras cosas que no se podían decir por entonces; que de su parte sentía en el alma que no fuesen despachados á gusto, y que no se espantasen de lo que con ellos hacía, porque entendía que el Emperador había tenido alguna siniestra relación de su trato; y quizás el Rey de Urando había enviado en sus cartas la trama para que ellos dos tejiesen la tela en que muchos se enredaron; y como pareció después, el mismo Xibunojo era el que iba despachado á hacer la información, ó, por decirlo cierto, á alzarse con la hacienda del galeón.

Palabras fueron estas con que los cuitados españoles comenzaron á temer las tempestades de tierra más que las que habían padecido en el mar, y así, desconfiados de remedio y consuelo humano, se acogieron sólo á Dios, encomendándole sus cosas, y esperando de su mano el que les quisiese enviar. Receláronse, pues, de lo que oyeron decir al Gobernador, y de mandarlos ir con tanta resolución; y

también no les dió muy buena espina aquellas palabras preñadas de que el orden que llevaba el que iba á la pesquisa de la nao era de algunas otras cosas que por entonces no se podían decir, creyendo que llevaba orden de que los crucificasen á todos, que esta es la muerte ordinaria de aquel Reino; y en realidad de verdad le llevaba condicionalmente, si le pareciese convenir. Con esta sospecha rehusaron los españoles, amos y criados, cada cual por su parte, de ir á llevar la nueva á sus compañeros, hasta que Fr. Juan Pobre, viendo ser necesario avisar antes que llegase el Gobernador, se puso en camino con un japón cristiano por guía, que se ofreció á dar aviso ó morir; y murieran sin duda, si los cogieran, por haberlos mandado el jaconí, so pena de la vida, que nadie fuese á Urando, ni diese aviso á los que allá estaban hasta pasados tantos días; y bien se colige que su intento era cogerlos descuidados.

Viendo cual mal encaminado iba este negocio por mano de Xibunojo, acudió el Santo Comisario con los españoles al gobernador Guenifoín, poniéndose en sus manos, y rogándole se doliese de aquella pobre gente, y se sirviese de hablar á Taycosama, y le mostrase aquella chapa de seguro que le había dado. Mostróse muy sentido de que estando á su cargo las cosas de Manila, se hubiese querido valer de Xibunojo, como no haciendo caso de él; y aunque la disculpa era bastante, como cada uno, con esta negra ambición, quiere ser cabeza y hacer del que puede, poco ó nada le satisfizo: y así le respondió que, si ellos hubieran acudido á él con tiempo, no hubiera llegado el negocio al punto en que estaba, que él le hallaba poco remedio. No obstante, aunque tibia y flojamente, habló al Emperador y le mostró la chapa ó provisión que al Santo Fr. Pedro, como embajador, había dado, poniéndole delante su honra, que no fué poco atreverse á esto. Pero como el negocio, estaba estragado, y mucho más el corazón del tirano, en que había ya hecho presa la codicia, ni ésta ni otras diligencias aprovecharon, ni daban esperanzas que pudiesen aprovechar. El, rey tirano, codicioso, y enemigo mortal de nuestra santa Fe: los consejeros, maliciosos é importunos; algunos de ánimos malsanos; otros envidiosos, y todos codiciosos: andando el negocio entre ellos, ¿qué se podía esperar? Cuando se vino á entender la trama secreta, ya estaba hecho el daño, y el mismo podían hacer al descubierto; porque siendo la defensa poca ó ninguna, ¿quién les podía [illegible]r á la mano? Mas, al fin, como hijos de las tinieblas, no es de maravillar que aborreciesen la luz y claridad.

De todo estaban muy descuidados los de la nao, ni había quien se atreviese á llevarles nueva de lo que pasaba, porque se recelaban (como dijimos) que iba orden para crucificarlos á todos. Prosiguió

Fr. Juan Fobre su camino, que nada de esto se temía, antes lo deseaba, y la caridad que también le animaba, le puso alas para llegar en muy poco tiempo á dar la triste nueva del Gobernador, y el intento con que iba; lo cual supo de camino, pasando por el convento de Belén de Osaca, donde el Santo Fr. Martín de la Ascensión estaba, y con suma tristeza le dijo haber sabido aquel día por cosa muy cierta cómo Xibunojo, uno de los gobernadores de Meaco, iba á Urando á tomar toda la hacienda del galeón. Dióse mucha prisa á navegar en un pequeño barco en que iba, por no ser conocido ni visto, y, aunque con mucho trabajo y peligro, llegó primero que el Gobernador.

Recibiéronle con mucho contento, pensando que les llevaba libertad; pero presto se convirtió en tristeza. Turbáronse con la nueva, sin saber ni poder dar corte en negocio de tanto riesgo; porque defenderse con armas, era imposible, que aunque había algunos arcabuces, no había pólvora; y aunque la hubiera, no había navío en que poderse escapar; y así, con la paciencia y miedo que se puede entender, esperaban la muerte con la venida del Gobernador, que no tardó mucho. Luego como llegó, fué á ver á los atemorizados españoles y la hacienda, que ya la tenían enjuta y bien acondicionada; mandó abrir el almacén donde estaba, admirado de ver, que sólo un navío pudiese traer tanta cantidad de ropa y hacienda; se informó de cuantas haciendas (digo personas) eran por todos, qué armas llevaban, dónde iban, y la causa de su arribada al Japón, y muy por menudo otras preguntas, de cuyas respuestas, por haberse portado en ellas con menos cautela de la que debieran, se aprovechó él muy bien y todos los demás gentiles para hacerles el tiro que después les hicieron.

Fuese con esto sin hacer ni decir más, y pasados tres días, estando los españoles durmiendo en el mayor silencio de la noche, rodeados de japones, que siempre les hicieron guarda, se oyó un confuso ruido de voces y estruendo de tablas, maderos y picos, que iban cavando; y despertando, tuvieron por cosa cierta que, aunque todavía era de noche, era ya llegado su día. Malvistiéronse, aunque á obscuras, cada uno como acertó, apercibiendo las armas y guardando la puerta, porque ya que hubiesen de morir, no fuese de valde. Halláronse á la mañana cercados de un palenque de tablas y de japones armados con lanzas y catanas, y en medio del cercado una casilla á modo de tribunal: con que se acabaron de persuadir que era cierta su muerte. Tras esta confusión llegó orden del Gobernador para que todos saliesen de las casas sin armas, ni otra alguna cosa más de lo que tenían vestido, y entregasen las

llaves de las cajas, porque las quería visitar. Echáronlos fuera, haciendo primero diligente escrutinio de lo que llevaban, desenvolviéndoles toda la ropa y vestidos con demasiada libertad, sin guardar leyes de razón ni de amistad. Fué grande la desenvoltura y desvergüenza con que este Gobernador les trató, haciéndoles grandes amenazas, y tan libres, que á unos esclavos no se debieran hacer. Sufríanlo con harta paciencia para ser españoles: debían de estar muy quebrantados con tantos golpes de mar.

Dieron con ellos en unas casas que tenían de propósito desocupadas en un arenal, donde pasaron tanta necesidad por el mucho frío y poco reparo, que era cosa de lástima. Vióse que el cercado de tablas que junto al almacén habían hecho era para registrar la hacienda, porque en saliendo ellos, entró el Gobernador y se puso en la casilla ó tribunal, y luego en la plaza que estaba delante. Comenzaron á sacar fardos y cajas, deslíar y hacer apartados: á una parte lo bueno, lo no tal á otra; cada cosa en su género, y tornar á encajonar, escribiendo lo que llevaba cada una de las cajas y fardos que se hacían.

Estaba presente el general Don Matías que había quedado allí con el escribano, y visto que sólo servía de testigo de su mal, y de quebrantarle el corazón tan grande pérdida, se hubo de salir é irse á donde sus compañeros estaban, y no tan bien tratado como fuera razón. Iban algunos de los criados y chusma de la nao á la estacada á ver lo que pasaba, y por entre las verjas ó tablas les echaban los japones, como á la rebatiña, algunas cosas que para ellos eran de poco provecho: sombreros, camisas y medias: con que pareció más que sueño lo que Fr. Juan Pobre había soñado de que los pobrecillos y esclavos habían quedado ricos, y los ricos pobres; porque hubo allí algunos que no habiendo metido en la nao ni aun camisa que se poner, ni menos mudar, tenían ya que prestar á quien llevaba seis y ocho mil pesos de empleo.

Lo que más á todos enternecía era ver las Imágenes, Cruces y Crucifijos, que en el navío llevaban para su consuelo, arrojados por tierra, entre los pies de aquellos bárbaros, sin poderlo remediar. Sólo Fray Juan pudo tomar un Cristo que le arrojó un gentil. Acabada de asentar y sellar toda la ropa buena y razonable, juntó el avariento Gobernador alguna vieja y mojada, y hecha líos, mandó que la diesen á los miserables y la repartiesen entre todos para sustentarse. Después que se hubo apoderado de todo, no contento con haber hecho un despojo del mejor empleo que ha salido de Filipinas, que, según se dice, pasaba de millón y medio, envió á notificarles con un secretario que todos entregasen cuanto oro y plata tenían, hasta cantidad

de medio real, so pena que hallándose en cualquiera de ellos, ó enterrado en las casas (que las habían de hacer cavar un estado en hondo y dos leguas alrededor), habían de morir todos. Púsoles en tanto aprieto con esto, que viendo la resolución con que se ejecutaba todo lo que mandaba, los pobres que no tenían oro ni plata, servían de fiscales ó pesquisadores de los que algo tenían, porque no era razón, decían, que por lo poco que algunos tenían se pusiese á peligro la vida de tantos, ni ellos muriesen por lo que no debían: que si no lo daban todo, habían de decirlo al Gobernador. Con lo cual quedaron todos iguales en la pobreza, y chicos y grandes, parejos en la necesidad, que fué grande; y fuera mayor, sino acudieran los Padres de la Compañía, con su acostumbrada caridad, y otros piadosos y afectos á favorecerlos.

Con esto se concluyó el miserable despojo, y embarcado en sus funeas para llevarlo á Meaco por orden que tenía de Taicosama, se fué el Gobernador, y luego á dos días, que antes no les dieron licencia, se partieron el general Don Matías y algunos españoles, y en su compañía el Padre Fr. Diego de Guevara, agustino, y después meritísimo Obispo de Camarines (*), y Fr. Juan Pobre, para informar al Emperador mejor de lo que estaba informado, y saber la causa de tantos agravios. Fueron tan recios los vientos (que hasta en esto les fué la fortuna contraria), que tardaron casi treinta días, siendo jornada de muchos menos, en llegar á Osaca, donde estaba ya Chosugami, rey de Urando, que parecía favorecerlos ¡sabe Dios á que fin!; pero los efectos manifestaron lo contrario. Fuéronse á su casa, y allí los tuvieron en un aposento de la caballeriza; y estaban tan lejos de poder negociar bien, que cada día iban de mal en peor. Quisieron hablarle y no pudieron, por ser ya de noche; pero envióles á decir con un secretario que tuviesen paciencia y descansasen hasta que viniese el Emperador, que sería dentro de cuatro días; que él haría lo que pudiese por ellos, que entendía sería todo menester, porque iba el negocio de tan mala data, que estaban á pique de ser crucificados. Porque según él tenía noticia, habían dicho al Emperador (y sería él por ventura) que los castillas eran ladrones que andaban tomando reinos extraños; que así lo debían ser ellos; que iban con aquella nao á sondar sus puertos y tomarle su Reino; que para ello habían enviado delante á los religiosos, con voz de embajadores y so color de predicar su ley, á marcar la tierra y hacer cristianos de quien se ayudasen después para alzarse con todo,

(*) Fué el sexto de los que gobernaron en la Diócesis de Nueva Cáceres. (Nota del Colector).

como lo habían hecho en Nueva España, Perú y Filipinas; que así, como piratas, merecían ser castigados.

¿Qué consuelo podían esperar los miserables, que después de haberles robado las haciendas les amenazaban con quitarles las vidas? Desde aquí escribió Fr. Juan Pobre un papel al Santo Fr. Martín de la Ascensión, que estaba en la misma Ciudad en su convento de Belén, diciéndole de la manera que estaban, y que los viniese á ver. "No puedo ir como me pide (le respondió el Santo), porque estoy preso, con diez hombres de guardia; y nuestros hermanos lo están en Meaco con más de cincuenta". ¡Dios sabe lo que con esta respuesta sintió el buen Fr. Juan y la envidia que les tenía, que sabía padecían por la verdad y justicia! Escribió luego al Santo Comisario, el cual le respondió mandándole que, pues venía en compañía de los españoles, no los desamparase en su trabajo, estando de secreto, porque no le prendiesen, que tiempo le vendría en que Dios le cumpliese sus deseos.

Estando allí, supo de un portugues, que venía de Nangasaqui, cómo traía en su barco un religioso de San Francisco, escondido, por haber sabido en el camino que los demás religiosos sus compañeros estaban presos. Era este religioso Fr. Jerónimo de Jesús, Presidente del convento de Nangasaqui, y mudábale el Santo Comisario á la ciudad de Meaco de donde había sacado á Fr. Agustín Rodríguez, que por estar enfermo, le había enviado al mismo Nangasaqui, nombrándole en lugar de Fr. Jerónimo por Presidente, y había allí comodidad de curarse; y esta fué la causa de no haber padecido ninguno de los dos martirio: el uno por no haber llegado, que fué Fr. Jerónimo; el otro por haber salido, que fué Fr. Agustín; porque de cualquiera á quien alcanzara en Meaco la sentencia del Emperador hubieran echado mano y crucificado, como crucificaron á todos los demás.

Vióse Fr. Jerónimo con Fr. Juan Pobre (¡Dios sabe el consuelo espiritual que en verse los dos recibieron!), y después de haberse dado el uno al otro cuenta de su llegada allí, avisaron al Santo Comisario para que les ordenase lo que habían de hacer: á Fr. Jerónimo mandó se estuviese escondido para socorro de los cristianos, que decían habían de matar á muchos, como más largamente diremos adelante haciendo especial capítulo de este orden del Santo Comisario; á Fr. Juan Pobre le decía que no dejase la compañía del General y demás españoles hasta volver á Manila. Á lo cual replicó Fr. Juan una y dos veces, y al fin hubo de hacer la obediencia, anteponiéndola al martirio y sacrificio que con grandes ansias deseaba hacer de sí mismo, muriendo con sus hermanos en defensa de la Fe.

Estando en esta casa del señor de Urando como en prisión

aguardando el último trance, cada uno se iba disponiendo lo mejor que podía para morir. Llegó el día del Santísimo Nacimiento de Cristo Nuestro Redentor, y deseosos de confesar en día tan santo, suplicaron al señor gentil, en cuya casa estaban, les diese licencia para ir al convento de San Francisco, donde ya estaba preso el Santo Fr. Martín de la Ascensión, y se la alcanzase del guarda mayor, para que se les dejase ver y consolarse con él. Concedióselo, aunque no sobre su palabra; porque á ida y vuelta siempre fueron con guarda, que no les daba pequeña pesadumbre en verse llevar de aquella manera por las calles. Estuvieron allí la noche de Navidad y todo el día siguiente, celebrando en la chozuela pobre de aquel Belén del Japón el santo misterio que Nuestro Redentor había obrado en el humilde portalejo del otro Belén de Judea. Grande fué el contento que recibió el Santo preso de verlos, y no menor el de los afligidos españoles, y en particular el alférez Pedro Cotelo, con quien tenía antes conocimiento y particular amistad, que no se hartaba de verle y besarle el hábito; y diciéndole el Santo Religioso, con la sinceridad columbina que tenía, *¿qué hace de besarme el hábito sucio y remendado?*, no sólo no le dejaba, sino que con mayor devoción y vehemencia se le tornaba á besar otra y muchas veces, afirmando de sí, que le compelía á hacerlo una maravillosa y extraordinaria fragancia que á su parecer salía de aquel hábito pobre y remendado: indicio claro de la pureza virginal de que había dotado el Señor á su dueño para acompañarla con el santo martirio y premiarle juntamente la de predicador con estas dos laureolas que para sus más regalados y que más trabajaron tiene Su Majestad en el cielo.

Festejaron los españoles aquel santo día como mejor pudieron y el tiempo les daba lugar, asistiendo á los divinos oficios, confesando y comulgando; y consolados en el Señor, y con la compañía de su siervo, se despidieron de él, llevándose consigo á Fr. Juan Pobre, que así se lo mandó el rey de Urando; porque aunque se había mandado poner en prisión á los religiosos, no se entendía con él, sino con los que estaban predicando en el Japón, cosa que el bendito fraile sentía en el alma, por ver que le quitaban de las manos la corona que él deseaba sobremanera.

No quiso Dios Nuestro Señor que les faltase este consuelo de celebrar las Pascuas á los que estaban en Urando, ofreciéndoles ocasión para ello, que no lo tuvieron por pequeño favor en medio de sus trabajos. Porque el devoto Padre Fr. Martín de León, religioso de N. P. Santo Domingo, capellán de la nao, les persuadió que, pues se veían tan desamparados de los hombres, acudiesen á Dios, confesando, comulgando y celebrando sus misterios, particularmente el

de su Sacro Nacimiento que es de mucho regalo para las almas que con devoción le celebran; y ellos lo hicieron, ansiosos ya del consuelo espiritual, cuanto necesitados del corporal; que no sé que se tiene esto de padecer trabajos, que retira el alma á ejercicios devotos que antes le daban en rostro, por ventura desconfiada y desengañada de poder hallar en los ejercicios mundanos el consuelo y descanso que engañada buscaba.

Compuso el Padre Fr. Martín un altar, lo mejor que pudo y con la decencia posible, en un pedazo de capilla que había quedado en pie de un templo antiguo de bonzos, llevados de aquel devoto, pío y loable afecto, de que á donde el demonio había sido adorado de los ciegos gentiles lo fuese el verdadero Dios de sus fieles, en cuyo nombre tomaban posesión de aquel templo, y se entendiese que para siempre quedaba despojado de él el demonio para mayor afrenta y confusión suya. Dijeron Misa muchos días los dos religiosos que habían quedado, y el día de Navidad, con la mayor solemnidad que pudieron y concurso de cristianos, así españoles como japones, que concurrían de muchas leguas á comunicar con ellos y demás compañeros, dando gracias á Dios que estuviesen con tanta conformidad y alegría espiritual, habiéndoles hecho tantos agravios.

Los que estaban en Osaca en casa de Chosugami estuvieron algunos días esperando por horas hablar al Emperador; pero no fué posible, porque estaba, según el mismo Chosugami les decía, muy enojado con la información de los religiosos, de que á ellos les cabía tanta parte, y del todo resuelto de no volverles la hacienda; que se contentasen con las vidas; y como si él guardara fidelidad ó palabra, les despachó con darles una cédula ó chapa, para que otros cualesquier navíos que quisiesen venir de Manila seguramente pudiesen tomar puerto en el Japón. Dióles asimismo otra chapa para que á todos los que estaban en Urando, excepto los negros y esclavos que quería para sí, y un muchacho español para paje, se les diese embarcación y comida hasta Nangasaqui, y allí doscientos fardos de arroz para su gasto y matalotaje desde el Japón á Manila, mandando que ningún navío saliese del puerto sin llevar de ellos los que pudiese.

Con este despacho, y del robo alguna ropa manchada y de poco precio que les había dejado, y treinta taes de plata que el mismo Rey les dió para el camino y otros diez un Padre de la Compañía, salieron de Osaca á juntarse con sus compañeros en Nangasaqui, ó esperarlos allí donde se habían de embarcar para Luzón.

No tardaron muchos días en llegar los de Urando, y lo primero que vieron al entrar del puerto fueron los veintiseis crucificados

por Cristo Nuestro Redentor y predicación de su Evangelio, y entre ellos á uno que había venido en su misma nao, que era Fray Felipe de Jesús, cuya vista les enterneció sobremanera, y no veían ya los instantes de saltar en tierra por ver más de cerca tan maravilloso espectáculo; con el cual, olvidados de los trabajos pasados y peligros de muerte en que se vieron, solamente deseaban enriquecerse de sus reliquias, ya que estaban pobrísimos de sus haciendas. Y así, en saltando en tierra, fueron todos á visitar los cuerpos de los Santos Mártires, á adorarlos y reverenciarlos como á tales, y con grande devoción y lágrimas se encomendaban en su intercesión, particularmente en la de San Felipe de Jesús, que como compañero que había sido de sus peligros y trabajos y había visto la necesidad en que quedaban, esperaban que con especialidad se acordaría de ellos ante la presencia divina, de quien creían estaba gozando y todos los demás de aquella devota escuadra de soldados de Jesucristo.

Hasta aquí es la historia del galeón *San Felipe*, la cual se ha referido por ser tan necesaria para la inteligencia de las causas que hubo para este glorioso martirio, como veremos en el capítulo siguiente, y para que entienda el piadoso lector y otro cualquiera que bien lo considerare, no ir fuera de camino pensar haber sido misterioso el viaje que hizo; y aunque ha sido largo el discurso para la brevedad de la historia que se va escribiendo, corto empero y escaso para las varias fortunas que padecieron los que en ella venían, que por mar y por tierra estuvieron tantas veces sin esperanzas de vida, que si todas se hubieran de contar como ellas fueron, y todo lo que les sucedió, fuera hacer un volumen larguísimo, y una recopilación de varias calamidades que parece se habían hecho á una para tormento de estos afligidos españoles. Tiempo es ya que lleguemos á la celestial aventura por donde alcanzaron el martirio los apostólicos varones: seis religiosos Descalzos de Nuestra Sagrada Religión, tres dichosos hermanos de la Compañía de Jesús, y unos pocos japones de los muchos que habían juntado al rebaño de la Iglesia Católica. Diráse con la mayor individuación y claridad que se pudiere en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV.

DE LAS CAUSAS QUE HUBO PARA ESTA PERSECUCIÓN Y MARTIRIO.

SI miramos á la sentencia que pronunció el emperador Taycosama contra estos Santos Mártires y en virtud de la cual fueron crucificados, una sola hallaremos que fué la causa de su martirio; conviene á saber: por haber predicado la Ley de los cristianos, porque ésta sola expresó Taycosama en su sentencia, y de ninguna otra hizo mención. Y si miramos también á lo que nuestra madre la Iglesia tiene ya determinado de ellos, tampoco hallaremos más; porque en haberlos declarado y canonizado (aunque no solemnemente) (*) por verdaderos Mártires, se nos dice haber sido su muerte por la confesión de la Fe, predicación y promulgación del Evangelio; que además de expresarse así en el Breve de su beatificación, en la ocasión presente no había otra causa que pudiese calificar su muerte por verdadero martirio; y esto sólo bastaba para no revolver ya más circunstancias, ni volver á tomar más esta materia en la boca en orden á sacar de escrúpulo á los que en ella (no sé si con buen celo) al principio tanto escrupulearon. Pero porque aun todavía cotejado esto que acabamos de decir con lo que en diferentes partes de esta historia hemos repetido, puede quedar algún escrúpulo ó dificultad, recurriremos á todos los principios y causas principales, próximas y remotas, haciendo relación de ellas, sin lo cual no podemos dar razón, ni satisfacer al

(*) El día ocho de Junio de 1862 Ntro. Smo. P. Pío IX, con pompa inusitada, los canonizó solemnemente. (Nota del Colector).

que la tuviere. Y para que vayamos con más claridad, pondráse primero el escrúpulo ó dificultad.

Dirá, pues, alguno: si Taycosama condenó á muerte á San Pedro Bautista y sus compañeros, porque predicaban la Ley de los cristianos que los años pasados tenía prohibido rigurosamente, ¿cómo se puede compadecer el que él les hubiese dado licencia para predicar y hacer cristianos, ni menos favorecido ni mostrado amor, como en muchas partes de esta historia se ha dicho? Porque si él mismo les dispensó en una ley ó prohibición que tenía puesta á los demás, no dijera que los crucificaba porque habían ido contra su prohibición; pues ya ésta no tenía fuerza para con ellos. Puesta la dispensación, tan grave dificultad les ha parecido á algunos ésta, que por mejor tienen en no suponerla que resolverla: de ninguna manera quieren conceder, ni aun por la imaginación les debe de pasar, el que San Pedro Bautista hubiese alcanzado licencia de Taycosama, ni de palabra ni en escrito, para fundar iglesia y convento en la ciudad de Meaco ni en otra cualquiera parte del Japón, ni menos para predicar y hacer cristianos; y como en alguna manera les hace esto al caso para poder siquiera cohonestar su pretensión de haberle querido echar del Japón y á los demás religiosos sus compañeros, aunque no venga al propósito, no se descuidan en escribirlo; y algunas veces á cada paso, por lo que sucediere, valga lo que valiere, y la verdad quédese en su punto.

Véase para respuesta de esto el capítulo veinte y tres y treinta y ocho del segundo libro, que allí se hallará cómo el haber dicho hasta aquí que el emperador Taycosama favorecía á los religiosos de N. P. San Francisco y les había dado licencia para predicar y hacer cristianos, no es por otros papeles ó instrumentos ni testimonios que los que el Santo de su misma letra nos dejó escritos, tocando con mucha individuación las cosas que con Taycosama le sucedieron, en orden á esta licencia, unas veces hablando en persona con él y otras enviándole recados el mismo Emperador: al principio cuando no tenían casa, consolándole que no tuviese pena, que ya tenía mandado que le diesen para sí y sus frailes la varela que quisiesen, ó el sitio que más gustasen, para vivir conforme á su instituto y profesión; y después, teniendo ya iglesia y convento, les envió otro recado con Fungen, su criado, que le encomendasen á Dios; y otras muchas cosas que en público y en secreto dijo hablando de los religiosos, todas en abono de su modo de vivir y predicación, y de la caridad que hacían con los pobres. Todo esto lo oía y sabía el Santo Comisario, y en virtud de esto obraba, mirando por una parte á la buena voluntad que el Emperador mos-

traba, por otra la necesidad de aquella cristiandad, y por otra á lo que su espíritu y celo le dictaba; y al peso y medida de cada una de estas tres cosas, era su estilo y modo de predicación.

Y así lo da á entender en todas sus cartas (que algunas cláusulas hemos puesto sueltas) escribiendo á sus religiosos, é instruyéndoles en lo que habían de hacer y el modo con que se habían de portar. Y querer imaginar que todas estas cosas eran imaginaciones de San Pedro Bautista y sin especie de verdad, no sé yo en qué juicio cabe. No digo yo que haya quien lo imagine; pero digo que en sólo haberlo dicho él, basta para que se tenga por verdad, y para que la duda puesta arriba no tenga algún fundamento, y no sea buena evasión negar la suposición.

Mejor salida da otro historiador grave, que lo reduce á la natural inconstancia de los señores y reyes japones; y porque todas hacen á mi intento, pondré sus formales palabras. Trata como fueron desterrados los religiosos de N. P. Sto. Domingo del reino de Saxuma y dice: "Es el reino de Japón tan sujeto á mudanzas y novedades. cuanto han experimentado cuantos en él han vivido, y saben cuantos han leído lo que los historiadores de él han escrito; pues en ningún estado hay firmeza alguna, pasando de unos á otros los reinos y el imperio, sin más firmeza ni más estabilidad de la que pudiere cada uno defender por las armas, sin que valgan (por grandes que sean) otras obligaciones ó buenos respetos; y aunque esta plaga ha sido muy general en todos los infieles, ha tenido siempre conocidas ventajas en Japón, por particular clima de aquel suelo é inclinación natural de los que en él nacen; y así, no hay que buscar muchas causas, porqué el rey de Saxuma, habiendo enviado por religiosos de Sto. Domingo á Manila, y sabiendo que iban á hacer cristianos, por haberle dicho con palabras y con obras desde el principio que era esta sola su pretensión y no otra, y habiéndola él y los suyos alabado, ahora (sin haber nueva causa) eche con violencia de su reino á los que hasta entonces había hecho tan extraordinarios favores". "Basta para esto (prosigue el mismo autor) el natural inconstante de esta gente, y con este presupuesto de venir cuantos van ó fueren á esta conversión, pues así ha pasado entre ellos mismos y entre sus Reyes, que cuantos ahora lo son, ó casi todos, son intrusos por violencia, y no de muchos siglos acá; y mucho más se ve esto en los ministros del Evangelio, á los cuales, llamándolos hoy con grandes ofertas y comedimientos, mañana con poca ó ninguna causa los destierran y derriban las iglesias que con licencia suya se habían edificado.

"Así fué echado de este reino de Saxuma San Francisco Javier,

que comenzó en él su predicación santa y frutos evangélicos; y habiéndose ido á tierra de Ramaguzu, también fué de ella expelido y se fué al reino de Firando donde hizo algún mayor asiento. Por los años del Señor de mil quinientos cincuenta y cinco, tenían ya por opinión los infieles japones que donde entraba la Fe, se destruía luego el reino; y luego el año siguiente se destruyó la ciudad de Amanguchi con una gran persecución que hubo. Y el año mil y quinientos cincuenta y seis hubo otra muy rigurosa en Meaco, Corte del imperio; y donde estaba el P. Cosme de Torres la hubo tal, que le obligó á salirse de allí y pasarse al reino de Bungo; y en Firando se derribaron las iglesias que en aquel reino había: y Nobunanga, Emperador, tuvo presos á los PP. Organtino y su compañero, y no los soltó hasta que el nobilísimo y catolicísimo Don Justo, como gran cristiano, por rescatar á estos Padres, dió al Emperador la fortaleza llamada Taycosama, por cuya codicia los tenía en prisiones."

Prueba, últimamente, su dictamen el mismo historiador con lo que sucedió á estos Santos Mártires, de quien vamos hablando, con Taycosama, Emperador, y dice: "Y habiéndoles recibido con grande amor, les hizo particulares dádivas y les dió licencia para edificar iglesias, y luego, sin más causa que su natural inconstancia y poca firmeza, trocando el amor en odio, los mandó crucificar por predicadores del Evangelio, habiéndoles él mismo dado poco antes licencia para que le predicasen." (1)

Acerca de las razones y fundamentos en que estriba este dictamen, no me meto; pero advierto que cualquiera que leyere con atención en las historias que tratan de esto los sucesos de altos y bajos de la monarquía del Japón, de sus reyes y señores gentiles, y del estado de la cristiandad después que entró en aquel grande Imperio, hallará ser verdad todo lo que allí cuenta el historiador citado, que las más de sus palabras las he referido á la letra. Acerca de los japones cristianos me persuado que todos sentirán lo contrario, porque su constancia y fortaleza es de las más aprobadas y experimentadas que habido en cristiandad alguna de las de este nuevo mundo; y aun el mismo autor dice ser muy parecida á la de la primitiva Iglesia, y como tal la celebran otros grandes historiadores; porque, ciertamente, ha admirado su constancia al mundo, vencido á la crueldad de los gentiles, y confundido á todo el infierno, burlándose por instantes de sus diabólicas y crueles invenciones de tormentos y afrentas, que s lo el demonio las inventara; y ninguna otra cristiandad que no tuvi ra la constancia y fortaleza que la del Japón las sufriera y padecie a,

(1) *Historia de la Provincia del Rosario*, lib. I. cap. 68, pag. 358.

como aun hasta hoy padece con un tesón admirable, por mantener y conservar la Fe de Cristo.

Y si, como el mismo autor dice, la inconstancia ó veleidad de los gentiles nace de ser particular clima de aquel suelo é inclinación natural de los que en él nacen, es mucho más de admirar la fuerza y eficacia de la divina gracia acerca de los cristianos, pues no sólo ha vencido los afectos é inclinaciones desordenadas, que son comunes en todos y todos necesitan de vencer para mantener con constancia y fortaleza la Fe en medio de las tribulaciones y persecuciones, sino también ésta que es propia y particular de los japones; y así por esto, como por ser de tal calidad, que es de las más opuestas que podían tener para conservarse en la Fe, el haberla conservado como muchos la han conservado hasta dar la vida por ella, ciertamente es uno de los grandes milagros de la eficacia y fuerza de la divina gracia.

Siguiendo, pues, el dictamen de este autor que acabamos de referir, con facilidad se resolvía la dificultad arriba puesta; pero como quiera que, aunque uno sea muy inconstante y mudable, no se mueve ni muda por sí mismo, sino por alguna cosa extraña que le impele y fuerce más ó menos, conforme á la constancia ó inconstancia del sujeto, fuerza ó vehemencia de los motivos que tiene, pondremos los que Taycosama tuvo, que considerada su calidad y la condición del sujeto, no nos maravillaremos el que trocase con facilidad el amor en odio, y se olvidase de su palabra dada, y crucificase á los que él tenía por Santos.

Tres motivos hallo yo que fueron los que principalmente le mudaron y movieron: el primero fué un afecto desordenado de la codicia; el segundo un poco de razón de estado, y el tercero, y el que con más fuerza obró, fué un notable aborrecimiento á nuestra santa Fe; porque reforzado éste con los dos precedentes, y éstos con aquél, le vinieron todos á sacar de tino, obligándole á mandar lo que mandó, y hacer lo que hizo (*). Y si bien se advierte, otros tantos motivos fueron los que le movieron al inicuo Herodes para mandar degollar al otro Bautista, que por dejarse llevar de un afecto desordenado que, aunque no de codicia, no menos vehemente, que fué acerca de la mujer de su hermano, y de un poco de razón de estado de no quebrantar su palabra regia, á que se llegó como por remate de todo el odio mortal que le tenía la Herodías, vino á trocar el amor en odio, mandando matar á quien él mismo, como advierte el Evangelista (1), temía

(*) Taycosama se *incautó* de las riquezas del galeón *San Felipe* sin mandar quitar la vida á los tripulantes del dicho galeón, y evitó que los españoles *conquistasen el Japón* echándolos de allí. Pudo haber hecho lo mismo con los Santos Mártires religiosos, sin cometer la injusticia de quitarles la vida. (Nota del Colector).

(1) Marc. VI. 20.

y reverenciaba como á varón justo y santo. Y aunque hubo todos estos motivos que hemos dicho, ninguna duda que el principal que ocasionó su muerte fué por haber predicado tan lisa y llanamente la verdad, y reprendido los vicios; porque aunque á Herodes no le desagradaba, antes, como dice el mismo Evangelista (1), le oía y hacía muchas cosas de las que le decía; pero no la maldita Herodías, que ninguna cosa hacía, y todo lo que predicaba San Juan le daba en rostro; y de ahí vino á tomar con él la tema, y no se aquietó hasta que obligó hacer al Rey lo que quizás él no lo hiciera; y al fin, si lo hizo, fué con notable pesadumbre, como también lo advierte el Evangelio (2). Pues casi lo mismo sucedió en nuestro caso con bien poca diferencia, que para poderme explicar he traído este ejemplo, y no le soltaré de la mano hasta decir todo lo que pasó acerca de esta materia.

Acaeció, pues, que avisado Taycosama de la gran suma de riqueza que llevaba el galeón *San Felipe*, como se hallaba apretado con la ruina y pérdida que había tenido de sus palacios, deseó quedarse con todo, y para dar algún color á esta ruindad y vileza, comenzó á echar sus trazas, y hallólas muy buenas en cuantos eran enemigos mortales de la Fe, de Dios y de los religiosos que habían ido por la vía de Filipinas, que como bárbaros y ciegos gentiles no habían podido tragar la libertad evangélica con que predicaban, la vida apostólica que vivían, la suma pobreza con que se portaban, y el ejemplo tan notable que daban del desprecio de la gloria mundana; porque como todo esto era una tácita reprensión de sus gentilidades, liviandades y vicios, no lo podían arrostrar, y estaban contra ellos que reventaban.

El principal de ellos era el médico Jacuín, de quien ya habemos hecho mención, tan estomagado y tan mal acomplexionado, que no parecía sino que tenía las entrañas llenas de veneno y ponzoña; porque en hallando ocasión, vomitaba tanto contra la Ley de los cristianos, que á ellos daba bien en que merecer, y á los gentiles todos les inficionaba.

Por él se levantó la persecución del año de ochenta y siete (*), que

(1) Marc. VI. 20.
(2) Marc. VI. 20
(*) Del 1589, según escribe Don Bernardino de Ávila con estas formales palabras: "Y en el mismo año (1589), día del Apóstol Santiago, desterró Tayco Sama, por público edicto á los Padres de la Compañía de Jesús, cuyo Viceprovincial era el Padre Gaspar Coello, y les mandó salir de sus Reinos, mandando que nadie los admitiese, amparase ni ocultase en sus tierras, pena de vida, y perdimiento de tierras y bienes; y envió al Capitán de la Nao de China, que era Domingo Montero, que los llevase todos consigo en su Nao; y mandó que de allí adelante nadie fuese osado á predicar en sus tierras, ni enseñar la Ley de los cristianos, pena de vida. La causa que le movió á Tayco á de-

puso en tanto peligro toda aquella cristiandad; y en la persecución de que ahora vamos hablando, tuvo tanta parte como cualquiera, y aun como el que más de los que fueron ocasión para levantarla. Después de éste tenían lugar Fungen y Faranda, que hicieron propísimamente el papel de Judas, y en especial Faranda, que fué el que pidió los religiosos en Manila, el que los llevó al Japón, el que los alabó delante del Emperador, y á quien el mismo Emperador mandó que cuidase de ellos, proveyéndolos de arroz y de lo demás que necesitasen á expensas de su real haber; y él lo hizo como Judas, que no sólo se contentó con el diezmo de todos los días que él les iba quitando, sino que por sus malos informes se lo vinieron á quitar todo, dejando á los religiosos y sus pobres casi en extrema necesidad; y últimamente, él fué el que con más propiedad y más á cara descubierta los vendió; pero no quedó sin castigo, que sino fué ahorcado como Judas, fué crucificado como mal ladrón, como se dirá en la segunda parte.

Tras estos se siguen aquellos cuerdos que dijimos que eran los príncipes y señores gentiles, que siempre habían estado mal con la pobreza evangélica de los religiosos; porque ella era causa de que no les viesen entrar por sus puertas con algún presente, teniéndoles por esto, y porque no se metían en razones de estado ni en dictámenes políticos ni en trazas ó máquinas de guerra, por gente inútil y de ningún provecho en el Reino; y luego ver por otra parte la libertad con que predicaban contra sus dioses, y el poco recato y cautela con que se portaban, no lo podían llevar en paciencia. Todavía ni unos ni otros se atrevían hablar al descubierto, porque Fungen y Faranda sabían muy bien que el Emperador los favorecía y les mandaba que cuidasen de ellos, y esto mismo sabían los señores y grandes del Reino; porque no se descuidaban de preguntar á Fungen y Faranda de lo que decía y sentía el Emperador de los religiosos, por si era llegada la suya para poder vomitar la ponzoña que contra ellos tenían represada. Callaban, pues, y disimulaban con no pequeña violencia; aunque por otra parte, considerando la inconstancia del Emperador y la facilidad en mudarse (en ellos tan nativa), temían el que á revueltas de los religiosos no les viniese á ellos algún ramalazo, echándoles quizás la culpa de lo que es cierto que no tenían ninguna, que su voluntad bien conocida era, pues más los quisieran ver desterrados del mundo, que verlos hacer lo que hacían en sus tierras.

---

errar los Padres fué falsas relaciones que le dieron contra ellos y contra los cristianos os malditos y nefandos bonzos de los gentiles; que de envidia de ver las honras que les hacía, les pareció que si permanecían en aquel favor, que se podía Tayco convertir á nuestra Fe, y ellos perderse." *Historia eclesiástica del Japón*, cap. 14. (Nota del Colector).

Y así, movidos de este temor vano y de una caridad fingida, les avisaban y aconsejaban; y ninguna de estas cosas hacían sin morderlos primero, ya afeándoles su modo de vida y predicación, ya tratándoles de gente asquerosa y sucia, y que todo su trato era con los leprosos; y con tal rabia les solían decir esto, que daban bien á entender el enojo que tenían con ellos, que si no hincaban bien el diente hasta despedazarlos y quitarles la vida, no era porque les faltase voluntad, sino porque no sabían cómo lo llevaría Taycosama. Después de esto les daban algunas instrucciones, diciéndoles cómo se habían de portar para ser bien queridos de todos, y el modo que habían de tener para hacer de su Ley á los que quisiesen. Estimábanlas los religiosos con el mejor modo que podían; pero por ellas conocían que táles eran los que las instrucciones les daban. Registrábanlas y examinábanlas, no al peso y medida rigurosa de la perfección evangélica y vida apostólica en cuya guarda sumamente se esmeraban, sino al peso y medida de una vida ordinaria; y con todo esto hallaban que cualquiera que se gobernase por ellas, no sólo no había de aparecer cristiano ni menos religioso (que tal vez se puede hacer para granjear al que ni es religioso ni cristiano, como hacía San Pablo), sino que con las apariencias de gentil, obrando lo que en ellas se contenía, tenía cuanto había menester para que en la realidad lo fuese. Y ya se ve que en este caso el mejor medio que podía tomar un verdadero discípulo de Cristo era el no le hacer de cuanto los gentiles decían, ni de los consejos de su caridad endiablada. En efecto: así lo hacían los religiosos, no se dando por entendidos ni pasándoles por el pensamiento poner por obra lo que estos señores cuerdos (que de táles, digo, hay autor que los califica) les aconsejaban é instruían. Y éstos, por el poco caso que de ellos se hacía, se encendían más en rabia contra los religiosos, y cada día más; y, como dejo dicho arriba, ya había llegado á tanto, que no lo podían llevar en paciencia y estaban que reventaban, como la Herodías con San Juan Bautista.

Pues como toda esta canalla estaba de tan buen temple para hacer cualquiera infamia, y vieron que Taycosama estaba tan preso de la codicia, que parecía que tenía jurado (como otro Herodes) de hacer cuanto fuese en favor de su desordenado afecto, aunque fuese contra á aquellos que él tenía por Santos y en cuyas oraciones se encomendaba, hallaron puerta abierta para purgarse de aquel mal humor que tenían recogido, y con él podridas las entrañas de tenerle tanto tiempo represado, diciendo de los religiosos cual más pudiese hasta que el Emperador, ó los desterrase del Japón, ó del mundo, que es lo que más deseaban.

Lo primero que dijeron de ellos (que fué como tantear vado para ver si podían salir con su depravado intento) que eran los que con más vivas diligencias andaban solicitando el que la hacienda del galeón se volviese á los españoles, solamente porque eran de su ley, y que parecía estaban ya muy sentidos de que luego al instante no se les hubiese dado ó vuelto, como dando á entender que si Taycosama (que todavía no se había declarado) se quisiese quedar con la hacienda, sustentaba y favorecía gente en su Reino que le iría á la mano. Estas y otras razones semejantes dijo el mal médico Jacuín, que sirvieron de leña al fuego de la codicia del tirano; y aunque no decía mentira en decir que los religiosos hacían vivas diligencias para que se volviese á sus dueños; pero de la manera que él lo pintaba é inficionaba, á fuer de médico, irritara aun al más desinteresado, cuanto más al que andaba echando mil trazas, y aun alma, para haber aquella hacienda á las manos.

No había mucho que Jacuín había comenzado su ruin oficio y dicho lo que queda referido al Emperador, cuando entró Guenifoín, gobernador, que hacía, aunque tibiamente, las partes de los españoles de Luzón, y trayéndole á la memoria las amistades capituladas con Filipinas y la chapa que en prendas de su palabra real había dado al Santo Embajador, aunque por entonces enmudeció, hallándose como atajado, pero como luego entendió que estos eran efectos de las diligencias de los religiosos, y venía bien con lo que le había dicho el mal médico Jacuín, comenzó á enfadarse de ellos, diciendo que después que estaban en su Reino, no le habían sido de algún provecho, ni por su respeto le había tenido, y que después de haberles dado casa y sustentádoles en su tierra, le eran tampoco agradecidos, que ahora que le había venido á las manos aquel navío que por justo derecho y leyes del Reino era suyo, se le querían quitar y dársele á aquellos que decían ser de su ley; mayormente habiendo pasado por su tierra tantas veces cargados de riquezas y tomado en ellas agua y otras cosas que tenían necesidad, y nunca habían tenido comedimiento de visitarle ni enviarle un presente. "No me quejo yo (decía el tirano) de ellos, tanto como de Faranda Quiemón que me los trajo, y de Fungen que me los alabó, y ambos me dijeron ser buenos hombres y mis amigos, y que por su respeto me había de venir mucho bien."

Hallóse á esto presente un hijo de Fungen, que viendo al Emperador indignado contra su padre, le dijo: "Tiene V. A. razón de estar quejoso de estos bonzos de Luzón: mi padre también lo está y muy sentido, porque son de tan poco respeto que, aunque les ha avisado que no prediquen y que V. A. lo tiene mandado, ellos no entienden en otra

cosa; y pasa ya esto tan adelante, que si no se remedia, todos seremos unos en breve.—Pues, ¿cómo (dijo el tirano haciéndose desentendido de lo que él sabía) eso hay, y no me han avisado?—No ha osado mi padre (respondió el desatinado mancebo), porque como V. A. los favorecía tanto, temió que en ello le daría disgusto."

Aquí, cierto, aguardaba yo á ver lo que respondía Taycosama, ó si negaba el haberlos favorecido y dado licencia para predicar y hacer cristianos en su Reino, ó caía en la cuenta de su desatino; porque, verdaderamente, no parece sino que Nuestro Señor tiraba atajarle y cogerle por todos los caminos con que él pretendía palear su malicia, para que por ninguno tuviese evasión ni excusa, diciéndole los mismos que acusaban á los religiosos lo que ellos mismos le podían decir y alegar en su defensa; porque si les negara las capitulaciones echas en razón de paz, trato y comercio con Filipinas, le podían mostrar letras auténticas, selladas y firmadas de su real mano; y si también decía que no les había dado licencia para vivir en su Reino y fundar casas é iglesias, podíanle traer á la memoria lo que diversas veces les había dicho sobre esto, así en público como en secreto; y si esto no bastaba por haberse olvidado, podían presentar testigos, que si ellos decían lo que sabían y habían oído al Emperador, y la verdad valiera, tenían cuanto habían menester para su defensa. Esto es, pues, lo que los religiosos podían alegar en su favor, y con lo que podían satisfacer al enojo del Emperador; y sin pasarles á ellos por el pensamiento, los mismos gentiles, en las mismas acusaciones que hacían contra ellos, proponían casi lo mismo. La razón era, porque como el Emperador se enojaba tanto cuando le decían algo de los religiosos, aunque fuese fingidamente, echaba á unos y á otros la culpa de todo, particularmente á aquellos en quienes se pudiese presumir que había algún fundamento para ello, como eran los que se preciaban de muy celosos en el cumplimiento y observancia de sus inicuas leyes, y los que trataban más de cerca con los religiosos, como que estos solos eran los más culpados; pues los unos, viendo lo que hacían los religiosos, no le habían dado parte, y los otros en que así hubiesen permitido despreciar sus leyes, teniendo obligación á celarlas. Pero no obstante, todos procuraban excusarse, y la excusa común era echar la culpa á Fungen y Faranda, diciendo que éstos eran los que traían engañados á todos, pues decían que su Alteza los favorecía y que les mandaba cuidar de ellos; de suerte que, aunque á cara descubierta ninguno se atrevía á reconvenirle con la licencia que les había dado y favores que les había hecho (á lo menos tácitamente lo hacía) trayéndole á la memoria, y aun presentando testigos como lo pudieran hacer los religiosos, para que si estaba trascordado, cayese en la cuenta

de su injusticia, y que si había alguna culpa, él sólo era el que la tenía ó, por mejor decir, su codicia, que le obligaba á buscar traza para poderla dar algún color, y no fuese su ruindad y vileza tan manifiesta.

Pero como sagaz y astuto, y uno de los mejores hijos de este siglo, á todas estas excusas que, como dicho es, era propiamente reconvenirle y traerle á la memoria lo que era bastante para desengañarse y deponer su mal intento, de ninguna manera se daba por entendido. Así, en lugar de responder al hijo de Fungen (si había de responder lo que tenía obligación): "Tienes razón que yo los he favorecido y dado licencia para que vivan en mi Reino," respondió al contrario: "Luego, según eso, razón tengo yo y causa bastante para mandarlos á todos matar." Y luego inmediatamente se siguió la prisión por estos dos tan infames informes del médico Jacuín y del hijo de Fungen, que fué el que llevó el orden para que los prendiesen, como diremos en el capítulo siguiente.

De allí á dos ó tres días se acabó de concluir ó rematar la persecución de los Santos Mártires con otros muchos y peores informes, que eran de cuantos malos informantes podían tener contra sí: y fué que, estando el Emperador entretenido en unas fábricas que hacía en Fuximi, hallándose allí los gobernadores de Meaco y algunos príncipes y señores del Reino, y con ellos Fungen y su hijo (éste á dar cuenta al Emperador de lo que le había mandado, y Fungen á volver por su persona acerca de lo que contra él había dicho á su hijo), comenzó á reprender á los gobernadores y á los demás que se hallaban presentes de la demasiada libertad con que se había predicado la Ley de los cristianos, y de la blandura con que ellos se habían portado sabiéndolo.

Fungen y su hijo hiciéronse de la parte del Emperador antes que hablase con ellos, particularmente Fungen que no osaba reconvenirle con lo que muchas veces le había dicho, temiendo esta mudanza, de la publicidad con que los religiosos predicaban su ley y hacían cristianos, y no se había dado por entendido, ni menos traerle á la memoria lo que muchas veces le había mandado de que cuidase de ellos y les acudiese con lo necesario, según desde el principio á él y Faranda se lo había encargado, por no parecer que por disculparse á sí, quería echar toda la culpa al mismo Emperador; y previniendo esto, se adelantó á afear lo mismo que afeaba el Emperador, como que en aquello no tenía culpa. Y porque si había alguna, pareciese menos, decía con mucho sentimiento: "Y si S. A. supiera cuán público ha sido esto en Meaco, aun se espantara más". Luego añadió que, así los Franciscos como los Padres de la Compañía, predicaban

y hacían cristianos á banderas desplegadas, y aun más los Padres de la Compañía, que eran los que más habían bautizado; y que, pues aquello era tan público y los gobernadores y señores lo permitían, ¿cómo podía él hablar palabra en orden á estorbarlo?

Los gobernadores y demás señores que se hallaban presentes, por disculparse, y juntamente vengarse de Fungen, pues por lo que le habían oído decir de que el Emperador favorecía á los religiosos no les habían ya desterrado del Reino, dieron todos en echarle la culpa, diciendo que no era aquello verdad en los Padres de la Compañía, pero sí en los Franciscos; y como de cosa que siempre les había parecido muy mal, habían amonestado muchas veces, y ellos se estaban en su porfía con decir que tenían licencia de su Alteza, de la cual sabían Fungen y Faranda; y que así, el cargo de irles á la mano le habían dejado al mismo Fungen que se hallaba presente, y al otro su compañero Faranda, como protectores suyos; que de los de la Compañía, ellos sabían que no habían ido contra el mandato de su Alteza, porque habiendo ellos hecho diligente pesquisa, no habían hallado cosa en contrario; y en prueba de esto sacó uno de ellos una carta de Tarazaba, gobernador de Nangasaqui, que tocaba algunos puntos sobre este caso, la cual, vista por el Emperador, mostró quedar satisfecho de los Padres de la Compañía, creyendo que cuando mucho, sólo el padre Organtino sería el que hubiese ido contra el edicto, según lo que habían referido Fungen y su hijo.

Con esto tuvieron lugar de decir cuanto quisieron contra los pobres frailes Franciscos, de su predicación y vida, ponderando mucho aquellas circunstancias que ellos notaban y censuraban, que era lo mismo que censurarles la verdadera predicación, pues en faltando á ellas, faltaban á la substancia de la predicación evangélica, como ya queda notado en diferentes partes: con que disculpando á los Padres de la Compañía, echaron toda la culpa á los religiosos de San Francisco, así por justificarse así mismos, como por vengarse de los religiosos; que por este ó por otro cualquier camino deseaban echarlos del Reino ó del mundo; y aun se presume, y no sin fundamento, aunque no me detendré en referirle, que aunque lo de la nao no hubiera sucedido, no tardaran mucho en hacerlo, porque ya lo tenían trazado por bien infames medios; aunque no menos honrosos ni de menor crédito para los religiosos, como quiera que hubieran padecido por ellos ó martirio ó destierro.

Tras estos malos informes se siguió el otro peor de Xibunojo ó Yemondono, según otros, que habiendo vuelto del puerto de Urando de apoderarse de la hacienda por orden del Emperador, le traía por embajada lo que á él le parecía que era bastante para dar un buen

color á su codicia y juntamente vengarse de los religiosos, que también era su enemigo capital; y por esto también se holgaron sobremanera los que les eran contrarios, dando por hecho lo que ellos deseaban y su pretensión lograda.

Sucedió, pues, que estando en el puerto este Xibunojo ó Yemondono, y viendo la carta del piloto que había ido en el galeón *San Felipe* le pregunto cómo los reyes de España estando en Europa señoreaban reinos y tierras tan extrañas. Á lo cual respondio el Piloto (pensando que le pondría miedo y sería mejor tratado) que los españoles iban á contratar con todo el mundo, y si eran bien recibidos, les eran fieles amigos; pero si les maltrataban, venían con poderosas armadas y les tomaban la tierra. *Pues para ese efecto, replicó el gentil, deben de venir primero los religiosos á predicar el Evangelio.—Sí, le dijo el inconsiderado piloto* (*). Y como quiera que los gentiles, al fin como bárbaros, no puedan acabar de entender que sean las almas de tanto precio que por salvarlas puedan hombres prudentes y de buenos entendimientos dejar sus propias tierras, patrias y comodidades, sufrir tantos trabajos, gastos, y padecer tantas persecuciones, parecía que debían presumir que esto no podía ser sin tener ojo á algún grande provecho temporal; y que lo que había dicho el piloto, aunque falsamente, no debía de ser otro que, con capa de Religión, entrar en sus reinos, hacer gente, y unirla con los españoles para que los conquistasen. Con todo eso, por entonces, cuantos señores y príncipes tuvieron noticia de ello, como soldados briosos, mostrando valor y esfuerzo, decian: *Si es guerra, vengan enhorabuena, y veremos como les va.* Pero porque les pareció que este era muy buen pretexto para que Taycosama se quedase con la hacienda y ellos se vengasen de los religiosos, que aunque no fuese más que por razón de estado juzgaban debían ser muertos ó desterrados, determinó Yemondono, habiéndolo comunicado con sus camaradas, de pintárselo muy bien á Taycosama; y tan bien lo hizo, que si mal se lo había dicho el piloto, peor lo refirió él al Emperador, representándole eficazmente que la venida de los religiosos no era sino para hacer gente, para que cuando viniesen los capitanes españoles tuviesen en sus tierras quien les ayudase, y saltando en ellas, fácilmente las ganasen. Y para más prueba de esto, le dió á entender que ese parecía el intento de aquella nao perdida, que traía mucha gente, y todos cristianos, y muchos religiosos; y aunque no fuera más que por esta razón, parecía sospechosa, fuera de que lo era tam-

(*) Este piloto no sabía lo que hablaba. La historia nos enseña que jamás intentó España enviar á país alguno misioneros que, so capa de Religión, la preparesen el terreno de las conquistas. Tampoco los misioneros españoles hubieran aceptado el papel de engañadores: no encaja en el carácter español tal modo de proceder. (Nota del Colector).

bién porque traían artillería, muchas armas y otros instrumentos de guerra.

Con lo cual, unidos todos en lo malo contra los Santos Religiosos por su vida apostólica y predicación fervorosa, y estando en su punto la codicia, y por otra parte apretando el empeño y razón de estado, esforzando lo uno con lo otro, encendieron en rabia á Taycosama contra aquellos á quienes él antes favorecía y estimaba por Santos y se encomendaba en sus oraciones; y como para faltar á su palabra y lealtad, no había mucha repugnancia por la natural insconstancia que dijmos al principio, al fin les vino á sentenciar á muerte por lo mismo que él les había permitido y dado licencia que hiciesen, que fué el haber predicado el Evangelio y hecho cristianos en sus reinos; de suerte que, en el despojo y hacienda de la nao, prendió la codicia del tirano, y en ésta el odio mortal que tenían á la predicación de los religiosos todos sus enemigos y émulos. Con este fuego atizaron aquel fuego, como la Herodías, con el odio y mala voluntad que tenía á San Juan, la desordenada que la tenía Herodes, tomando por ocasión aquella mala mujer el juramento hecho, que aunque no fuese más que por razón de estado, se lo había de conceder.

De todo lo dicho, pues, se sigue la solución de la duda al principio puesta: El amor desordenado, que es todo aquel que se deja llevar del vicio, prevaleció en Taycosama y en Herodes al que ámbos tenían á la virtud y santidad de los dos Bautistas; la razón de estado á la verdadera razón y justicia, quitando la vida á los inocentes; y en quien prevalece y pesa más el vicio que la virtud, la sinrazón que la razón, fácil es cualquier mudanza de amar y dejar de amar y aun aborrecer, que como opuestos la virtud y el vicio, el que ama éste, es visto aborrecer aquélla. Así se puede muy bien compadecer el que estos dos tiranos, presupuesta esta desordenada mudanza de efectos, mandasen matar á los que antes tenían por justos y santos; y por lo mismo en que ellos les estimaban, amparaban y favorecían. Paréceme que tengo resuelta la duda, aunque no con todas las circunstancias que ella pedía y yo quisiera; pero por lo que se ha dicho, puede cualquiera mediano inteligente percibir lo demás que sobre esto se puede decir y considerar.

Pero después de la solución de esta duda se ofrece otra que mueve casi en el mismo lugar nuestro hermano y venerable Padre Fr. Juan de Santa María en su segunda parte de la *Crónica de la Provincia de San José* (1) Pondré sus formales palabras, y no más solución que la que él da.

(1) *Crónica de la Provincia de San José* por el P. Fr. Juan de Santa María, part. 2, cap. 14, pag. 90.

"Muchas veces (dice) me he puesto á pensar, qué sea la razón porque habiendo entonces en Japón once religiosos de Nuestra Orden, asieron solamente de seis que estaban en Meaco y Osaca, y no de Fr. Juan Pobre y de otros cuatro que estaban en Nangasaqui. Porque decir que aquellos seis se hallaron alrededor de la Corte: en ella se halló Fr. Juan Pobre y no le prendieron, deseándolo él mismo. Decir que éste vino en el galeón perdido: en él vino el santo Fray Felipe y le mataron. Pues afirman que quiso el Rey hacer no más lo que había dicho, de matar á unos y, cortando las orejas y narices á los demás, desterrarlos del Reino. No fué así, porque los muertos fueron también mutilados, y los otros no más de desterrados; y el castigo no había de ser en los más para escarmentar á los menos. Si les hacía el tirano matar porque eran espías (como le habían dicho), también lo serían los demás que allá estaban, particularmente Fr. Juan Pobre que había idó ya á Japón y volvía de nuevo en el galeón; y más bien que de otro se podía presumir que iba por guía de los soldados; y si esto era así, ¿qué culpa tenían los cristianos naturales de la tierra que hizo juntamente morir con los frailes extranjeros? Si era porque se hacían á una con ellos, no eran diez y siete solos, sino muchos más; y si no eran más, no había que recelarse, mayormente siendo niños algunos de ellos, que ni tenían brío ni fuerzas ni menos malicia para que fuesen culpados en esto. Y si éstos eran culpados con los frailes, ¿cómo dejó á los españoles que tenían mayor culpa; pues según su opinión, venían á quitarle el Reino? Argüirme que los frailes predicaban y bautizaban: también hacían esto los Padres de la Compañía. Replicar que los seis frailes predicaban en público: lo mismo hacían los otros cuatro de Nangasaqui. Diránme que ya los desterraron del Reino, pues ¿qué tenían ellos que ver con la India, habiendo ido de Manila?. Desterrarlos á la India y no desterrar á los que venían de ella, una de dos: ó pretendía Taycosama que allí fuesen castigados y encarcelados, ó que fuesen bien tratados; y si pretendía esto, siendo el fervor y celo de la conversión de las almas tan grande en aquellos religiosos, siempre que pudiesen habían de volver á Japón, y más siendo tan ordinario el venir de allí predicadores del Evangelio; pues ¿para qué los desterraba de adonde con facilidad podían volver? Si pretendía que los encarcelasen y castigasen, ¿qué jurisdicción tenía él sobre la India?; y caso que la tuviera, ¿había de presumir que los cristianos á quien se los entregaba habían de ser tan crueles y tiranos contra los religiosos que vengasen bien el furor y rabia que él tenía contra ellos? Á mi nada me satisface (dice el referido autor, y lo mismo digo yo, no sólo acerca de esta dificul-

tad, sino también de otras muchas que sobre la misma materia se podían levantar) Lo que se puede decir (concluye el mismo autor) que fué la voluntad del Señor, que quiso premiar los trabajos de aquellos sus siervos: á unos con la muerte de cruz, y á otros con el destierro; y con la paciencia de éstos confirmar aquella cristiandad, y con la sangre de aquéllos regarla y fecundarla para que en adelante diese copiosos frutos para las trojes del Cielo."

CAPÍTULO V.

DE CÓMO FUERON PRESOS Y SENTENCIADOS Á MUERTE SAN PEDRO BAUTISTA Y SUS COMPAÑEROS Y TRES HERMANOS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS Y OTROS CRISTIANOS JAPONES.

EN Meaco estaba San Pedro Bautista y los más de sus religiosos bien ignorantes de lo que pasaba en Fuximi, donde residía el Emperador Taycosama, acerca del ruin oficio que contra ellos y todos los cristianos hacía el médico Jacuín y las inicuas acusaciones y falsos testimonios que todos sus émulos los levantaban; pero no sin algún recelo de lo que podía ser, porque siendo declarada la malicia de los gentiles y la pasión que contra ellos tenían, y muy á propósito la ocasión que les había venido á las manos, persuadíanse que no dejarían de decir y hacer contra ellos cuanto pudiesen en su disfavor y en agravio de toda aquella cristiandad. En medio de estos recelos iban y venían algunas confusas nuevas: unos que el Emperador los mandaba desterrar; otros que había dicho que los matasen; y por más diligencias que hacían, nunca se pudieron enterar bien de lo que pasaba, hasta que casi vieron sobre sí los ejecutores de lo que en orden á ellos el Emperador inicuamente mandaba.

Lo mismo sucedía en Osaca donde estaba el Santo Fr. Martín de la Ascensión en su convento de Belén. También oían algo de esto los Padres de la Compañía que á la sazón estaban en la misma ciudad de Osaca, y como la voz decía que la persecución era contra todos los cristianos y Padres, no dejaban de estar con algún cuidado; y platicando un día entre sí acerca de esto, vino un cristiano, paje de Faximandono, gobernador de aquella Ciudad que les avisó de que su amo había dado orden á un minis-

tro para ponerles guardas en la casa (que esta es la prisión ordinaria que allá usan), porque el Rey había dicho que quería matarlos á todos. Alegráronse sumamente los buenos Padres con estas nuevas, deseando derramar su sangre por Cristo, creyendo que era ya venido el día en que habían de recibir esta merced, para ellos muy deseada; pero pudieron tanto las importunas razones y ruegos de ciertos caballeros cristianos, sus devotos, que hubieron de retirarse hasta saber con mayor certeza la intención de Taycosama; porque si los ministros de Faximandono, decían, hallasen juntos cuatro Padres, y viniese á oídos del Rey, sería atizar su ira; porque él no entendía que hubiese en todo aquel Reino de Meaco más que un solo Padre, que era el buen viejo Organtino. Al fin salieron con la suya los caballeros, y convenciendo á los Padres con eficaces razones, les forzaron á salirse de casa: los Padres Pedro Morejón y Francisco Pérez, á la de Sacendono; el Padre Francisco Rodríguez y el Padre Organtino, á la del otro noble cristiano llamado Agustín.

Estando, pues, aquí, acordaron que sería bien saber más de raíz lo que pasaba. Había en casa un paje, pariente de un músico, que por gustar de él Taycosama, andaba de ordinario á su lado, y determinaron de enviarle para que se enterase de todo. Fué y díjole el músico que era verdad todo lo que les habían dicho; y que aunque no sabía si estaba despachado el orden, en caso que no lo estuviese, tenía por sin duda que se despacharía muy presto. Con estas nuevas que el paje supo del músico se volvió á Osaca, y entendida la verdad por el Padre Organtino, hizo llamar á los dos que estaban en la casa de Sacendono para despedirse de ellos y partirse á Meaco, donde tenía su residencia, para ofrecerse á la muerte en compañía de los suyos. Tuvo noticia de esto el Santo Fr. Martín de la Ascensión, y pareciéndole que sería bueno avisar al Santo Comisario por si todavía no lo sabía, le escribió por el Padre Organtino y su compañero el Padre Francisco Rodríguez, que también iba para Meaco.

Fué esta nueva la más cierta que tuvo el Santo Comisario de lo que sus émulos andaban trazando, y por otras cosas que después le dijeron é indicios que había, tuvo por cierto no estar lejos su muerte ó destierro y de todos sus religiosos. Luego corrió la voz por todos los cristianos, y era notable el fervor y espíritu que mostraban para resistir á la fuerza del tirano, deseando padecer martirio á imitación de sus maestros los religiosos, que estaban tan lejos de turbarse con las nuevas, que antes estaban deseando por instantes el que llegase aquella hora tan deseada en que muriesen por la Ley que habían profesado y predicado; y como decían los cristianos, para jamás los habían hallado tan alegres y contentos, ni visto en ellos tales demostraciones

de regocijo cuales vieron entonces, inferiendo de aquí la felicidad y dicha del martirio, pues no más con los indicios que tenían de él los religiosos causaba en ellos tan extraordinaria alegría y contento, y con esto sólo todos se enfervorizaban y deseaban padecer con ellos, por tibios y flojos que fuesen, de que hubo notables ejemplos que se contarán en los dos capítulos siguientes.

Airado, pues, Taycosama contra los santos religiosos por lo que le había dicho de ellos el hijo de Fungen y otros gentiles, vuelto al mismo hijo de Fungen, le dijo: "Esta noche, en apareciendo la Luna sobre el Oriente, irás á Meaco y harás que se ponga en ejecución mi voluntad". Y era que luego prendiesen á los religiosos y á todos los que se hallasen de su ley en todos los reinos del Japón. En cumplimiento de este impío mandato, á ocho de Diciembre, día de la Purísima Concepción de Nuestra Señora, año de mil quinientos noventa y seis, mandó Xibunojo, gobernador de Meaco, poner guardas al convento de Porciúncula, que caía en su jurisdicción. Estaban en él los Santos Fr. Pedro Bautista, comisario y embajador; Fr. Francisco Blanco, Fr. Gonzalo García, Fr. Francisco de San Miguel, que habían trabajado en la conversión de aquellos infieles, y el dichoso Fr. Felipe de Jesús ó de las Casas, que había venido en el galeón y quedádose con aquella pequeñuela grey, á quien el Señor quería dar su Reino, desde que fué con los que llevaron el presente al Emperador; y si esto hubiera dicho entonces, pudiera ser que quedara con vida. No faltó quien se lo aconsejase, pero como Dios le tenía á su Mártir lleno de su divino espíritu, respondió: "No quiera Dios que mis hermanos estén presos y yo me vea suelto; será de mí lo que fuere de ellos". Palabras fueron estas que le valieron el Cielo, y dichas con tal afecto, que fueron preferidas en la paga á las obras de otros que por más tiempo habían trabajado en la viña del Señor.

Estaba allí á la sazón un español de los que habían ido con el presente, y aunque el Santo Fr. Martín había dado aviso desde Osaca, donde había llegado nueva y se tenía por cierta, aunque después salió falsa, que Xibunojo dejaba muertos á todos los españoles de Urando, y que él se pusiese en cobro para que siquiera hubiese quien dijese de vista el desgraciado suceso de la nao, no pudo darse tanta diligencia ni le valieron tanto los disfraces que hizo, que no estuviese más de doce días preso con los religiosos en el convento, y como él mismo dice en su dicho (que dijo ante el Padre Antonio López, Juez conservador en Nangasaqui) milagrosamente escapó de morir con ellos; porque cuando él entendió que en salir del convento escapaba de la muerte, estando ya fuera, se vió en mayor aprieto.

Y fué el caso que, de allí algunos días que fueron puestas las guardas al convento de Porciúncula donde el español estaba, vino un gobernador con algunos ministros de justicia, y después de haber registrado cuanto había en la casa (que ya era segunda vez), sacó á todos los cristianos japones, y entre ellos al español que estaba vestido del mismo traje, para llevarlos á la cárcel pública, entendiendo que todos eran predicadores y dóxicos de los religiosos. Los religiosos ni lo advirtieron, ni sabían á donde les llevaban, y el español que entendía que por aquel camino se libraba, tampoco les dijo palabra; pero encontrándole en el camino el venerable anciano Cosme Joya, padre y protector de los religiosos y de todos los cristianos, le advirtió á donde iba; y al mismo tiempo se llegó á él y le abrazó con mucho amor y ternura, pesándole en el alma que le llevasen preso por las calles públicas y á una cárcel de tanta deshonra. Advirtió en ello un mal ministro de justicia que, sin reparar en las venerables canas y nobleza muy calificada del caballero de Cristo Cosme Joya, sólo porque era cristiano con quien ya no se tenía respeto, fuese el que se fuese, le dió una tan recia bofetada, que casi le derribó en tierra; y más fué por haberse él arrojado á besarla dando gracias á Nuestro Señor por aquella afrenta, que como era uno de los que estaban más aparejados y resueltos á morir por su amor, tenía á gran dicha el que por aquel camino le hubiese ensayado primero.

Levantóse al instante, y con serenidad de ánimo, como si por él no hubiera pasado cosa alguna, dijo al Juez: "Mirad, señor, que en llevar á este Señor castila preso, hacéis contra el orden del Emperador que manda dejar libres á los que vinieron en la nao, y que nadie les pueda estorbar el que se vuelvan á su tierra; y ya que él les quitó la hacienda, no les queráis quitar la vida". Á nada de esto hizo caso por entonces, haciendo como desprecio del santo viejo por saber que era cristiano, á quien él quizás se holgara de servir antes que lo fuera; mas lo que ahora no hizo por buenas razones, lo hizo después movido del temor del tirano de que no fuese que se enojase en haber excedido ó ido contra su orden.

Ya el español desconfiaba de la vida y creía que no había de haber remedio para librarse de la muerte; pero como el ser mártir es obra de Dios y merced que hace á quien Su Majestad es servido, y que sobrepuja á la fortaleza y méritos de los hombres, que por eso, para que se manifieste más la virtud divina, para hechos grandes escoge los más desechados y flacos, si antes le habían echado mano teniéndole por uno de los predicadores japones, que á solos estos buscaban, enterados de quien era, le dejaron ir libre, que fué lo mismo

que quitarle una de las más ilustres coronas que da Dios á sus siervos en esta vida, y que sin él quererla le había venido á las manos.

Casi al mismo tiempo fueron puestas guardas al convento de Belén de Osaca, donde estaba el Santo Fr. Martín, y aunque el mismo día le dijeron que sin duda moriría, y todos los que allí se hallasen de su ley, no por esto se entristeció ni le faltó el ánimo y deseo de padecer por Cristo Nuestro Redentor, como se hechó bien de ver en que aconsejándole algunos cristianos que se huyese por una ventana por donde ellos habían entrado á sacar los ornamentos y vasos sagrados, de ninguna manera lo quiso hacer por más que se lo rogaron, diciendo que no permitiese Dios tal cosa, que con menos le parecería que afrentaba su santa Fe.

En esta disposición y estado quedaron los Santos presos aquel día, y aun no se había pasado, cuando el hijo de Fungen volvió á Fuximi á dar cuenta al Emperador de lo que le había mandado, llevando la lista de todos los cristianos, para que respecto de ella sentenciase lo que quisiese. Encontróse allí con Xibunojo, por cuyo orden se habían puesto las guardas, y sabiendo que sólo á la casa de los frailes de San Francisco las había puesto y no á la de la Compañía, le hizo cargo de ello, mostrándole una infinidad de nombres de cristianos que traía por minuta, como arguyéndole de la parcialidad que había usado, con lo cual se trataron mal de palabra el uno y el otro con grandes muestras de sentimiento: el hijo de Fungen sentíase, pareciéndole que si solamente procedía contra los religiosos de San Francisco, había de parecer mayor la culpa de su padre, y encenderse más el Rey contra él, por haberles al principio favorecido y ser el que más de cerca les comunicaba; el otro, como le tocó en lo vivo de entremetérsele en su jurisdicción y picarle de cohecho, amohinóse con él y propuso por todas vías deshacer lo que había hecho de minuta y lista. Echóle de sí con decirle que él sabía la voluntad del Emperador, que no era que todos los cristianos muriesen, porque esto fuera destruir todo el Reino, de más de ser imposible saber de todos los que lo eran; y que muchos de los que él llevaba por escrito, no era nuevo al Rey que lo fuesen; y que en ninguna manera había él de poner guardas á la casa de la Compañía, porque no era más que aposento del intérprete de su Alteza.

El día siguiente, que fué á diez del dicho mes, pensando Xibunojo con más atención lo que le podía suceder de este negocio y con ir aquel mozo desabrido con él, le pareció que sería bien poner guardas en la casa de la Compañía, más por cumplimiento que por vía de justicia, porque no le tuviesen por sospechoso, y así, envió un sobrino de su lugarteniente que la hiciese; y no hallando en

ella más que un hermano y dos dóxicos ó criados, porque los Padres que allí vivían estaban ya fuera ocupados en santos y piadosos ejercicios, haciendo confianza de los tres, y tomado por escrito sus nombres, mandó á los vecinos que hiciesen guarda á la casa; y como lo mandó fríamente, así también fríamente lo ejecutaron, poniendo uno ó dos hombres con sus lanzones para cumplir solamente con la gente.

De la misma manera se hizo en Osaca después de haberse partido, como ya dijimos, el Padre Organtino y los Padres Pedro Morejón y Francisco Pérez, que se habían ya vuelto con el hermano Michi Paulo, creyendo que ya era llegada la hora de la muerte, que, por causa tan justa, sumamente habían deseado. Se confesaron generalmente, aparejándose para el martirio; luego les vino una nueva, que fué triste para ellos, que la ira del Rey era solamente contra los religiosos de San Francisco; después á la noche se dudó más, porque los ministros de Faximandono, habiendo ido al convento de Belén, donde estaba sólo el Santo Fr. Martín con tres cristianos japones, escribiendo los nombres de todos, y rehaciendo las guardas, pasaron á ponerlas á la casa de los Padres de la Compañía.

Salióles al encuentro un cristiano que se decía Andrés Ongasanata, y otro que les dijo que aquella casa era suya, aunque algunos aposentos de ella tenía prestados al Padre intérprete de su Alteza para aposentar al señor Obispo, que había subido á la Corte; y que al presente no estaban en ella sino tres personas: el hermano Michi Paulo, uno que ayudaba á Misa y otro que tenía cuenta con la casa; y no hizo mención de los dos Padres que allí estaban. Los ministros, sin hacer más pesquisa, mandaron á los vecinos que guardasen esta casa como la de Meaco, y con esto se fueron, llevándose escritos solamente los nombres de los tres. Fueron después la noche siguiente cuatro cristianos y sacaron por ruegos á los dos Padres Pedro Morejón y Francisco Pérez, que á imitación de San Pablo (cuando se dejó descolgar por los muros de Damasco) se dejaron llevar á la ciudad de Sacay, nueve millas de Osaca, acompañándoles aquellos nobles cristianos hasta ponerlos en salvo; y así quedó en Osaca sólo el hermano Michi Paulo con otros dos: Diego Quisay y Juan de Goto, que le hicieron compañía en el martirio.

Puestas las guardas en Meaco y Osaca de la suerte que hemos dicho, llamó el Emperador á Xibunojo, y con una confusa generalidad le mandó que hiciese matar á todos los Padres. Esto mismo había repetido otras veces, no mandándolo, sino dando muestras del intento que tenía, en virtud de lo cual había corrido la voz que ya dijimos, y los cristianos se preparaban para el martirio; pero ahora, como ya

era después de la prisión, todos se persuadieron que, sin remedio se pondría por ejecución lo que mandaba. Oyólo un mancebo japón que se hallaba presente, y parecióle que sería bien avisar á una su abuela cristiana, temiendo no le cayese á cuestas esta justicia. Por aquí lo supo un cristiano llamado Pablo Amacusa, devoto de los Padres de la Compañía y él les dió la nueva; y después se confirmó por otra carta de una Señora, escrita desde Fuximi, en que les decía lo mismo, con lo cual creyeron que, pues el tirano se resolvía en matarlos á todos por más escondidos que fuesen, para ninguno habría lugar seguro.

Y no es dudable que, si el Gobernador quisiera, ninguno se le escapara; y según el impío mandato del tirano, á todos podía matar, así religiosos de la Compañía como de San Francisco, pues el tirano no había hecho distinción de los unos á los otros; pero Dios Nuestro Señor, por sus ocultos juicios, le puso en el corazón un deseo eficaz de librar del todo, ya que había comenzado, á los Padres de la Compañía, que no sé si ahora se lo agradecieran, que al fin fué quitarles una de las grandes felicidades que se puede desear en esta vida, cual es la corona del martirio, que no á todos es concedida por mucho que trabajen en merecerla.

Pues con este intento, otro día, que se contaron doce de Diciembre se fué al Emperador y le dijo: "Ayer me mandó V. A. que hiciese crucificar á todos los Padres. Para acertar, deseo saber de qué Padres entiende V. A., y si aquí se comprenden los de la nave de los portugueses, y si es servido darme el tenor de la culpa y sentencia para publicarla". Á lo cual le respondió el Emperador: que los Padres de Luzón eran los que venían de guerra y habían quebrantado su ley; que los Padres de la Compañía, en diez años que la había puesto, prohibiendo la Ley de los cristianos, la habían guardado, y así, que no había razón para matar á éstos, sino aquéllos, que eran unos embaidores y gente nueva, y que obraban contra su voluntad y le venían alborotar la tierra: todo, en fin, muy conforme á las falsas acusaciones que sus émulos habían presentado contra los santos religiosos, que, como ya hemos dicho, no fueron más que pretextos para dar color al odio mortal que contra ellos tenían y á su apostólica vida; y de los mismos se valió Taycosama para dar color á su ruindad y vileza.

Con esto Xibunojo halló camino abierto para todo lo que quiso; y así, dando cuerda al inclinado ánimo del Emperador, le llenó los oídos de viento en favor de los unos y disfavor de los otros como otras veces lo había hecho, y sucedióle como él pretendía; porque dando muestras Taycosama de estar seguro de los Padres de la Compañía, vino á decir claramente que no hablaba de ellos; que sacase de cuidado al Padre viejo Organtino que estaba en Meaco,

y diese aviso el Padre Juan Rodríguez, su intérprete, y á todos los demás Padres de Nangasaqui; mas no por esto ellos se aseguraron del todo, porque ya conocían lo mudable del tirano.

Con esta resolución hizo Xibunojo quitar las guardas que había mandado poner á la casa de la Compañía de Meaco, sin tratar de la de Osaca, porque era de otro Juez; y haciendo venir á Fuximi, donde él estaba, á su lugarteniente de Meaco, le dió orden que de nuevo tomase por escrito los nombres de los que fuesen allegados y devotos de los Padres de San Francisco y le enviase minuta de todos. Vuelto el teniente á Meaco, pidió por allí á los que tenían más conocimiento de los religiosos una minuta del número de los que eran sus familiares y comunicaban más con ellos. Diéronle lista de como ciento y setenta personas (*), y pareciéndole muchos, replicó que sólo quería aquellos que eran más del convento. Diéronle otra hasta de cincuenta, y pareciéndole todavía grande, y en ella algunos que él no quisiera, mandó que á los mismos que estaban presos con guardas se les tomase su dicho y confesión si eran cristianos y familiares de los frailes; y si respondiesen que sí, lo firmasen, y sino, los borrasen.

El mismo que fué á hacer la diligencia llevó las dos listas, y preguntando uno por uno, de parte del Gobernador, si eran cristianos, creyendo ellos que lo inquirían para martirizarlos, con fervor y espíritu, animosamente respondieron todos que sí, firmándolo según ellos usan: bastante prueba de su Fe, y de que tan buen deseo no perdería su mérito delante de Dios; aunque la merced de la obra no fuese concedida más de aquellos que el Teniente dejó señalados, como se verá en el capítulo siguiente.

(*) El primero que estaba puesto en esta lista era el famoso caballero y gran señor Don Justo. (Nota del Colector).

CAPÍTULO VI.

DEL MUCHO FERVOR Y DEVOCIÓN QUE SE VIÓ EN LOS CRISTIANOS JAPONES AL TIEMPO DE ESTA PERSECUCIÓN, Y DEL DESEO GRANDE QUE TENÍAN AL MARTIRIO.

LO que puede el amor de Dios cuando se apodera de un alma no sé que se pueda explicar con otras palabras más propias y ejemplares ni más adecuadas que las que al tiempo de esta persecución se oyeron y vieron en algunos cristianos japones; porque, ciertamente, la osadía santa y ánimo fervoroso que en palabras y obras mostraron, excede á cuanto podemos nosotros decir, por más que nos valgamos de hipérboles y ponderaciones. Aquí se vió despreciar la vida, no temer la muerte, amar el padecer, desear la afrenta y deshonra, tener por riqueza la pobreza, por regalo, el tormento: efectos todos del divino amor que reinaba en sus corazones y en ninguna ocasión se había mejor manifestado sus quilates que con el fuego de esta persecución.

Y fué de manera que, á la voz de martirio, acudió infinito número de japones, así de la ciudad de Meaco como de otras circunvecinas, diciendo á voces á los gobernadores y ministros de justicia: *yo soy cristiano, yo soy cristiano,* para que también los prendiesen y matasen (*), como decían que habían de hacer con los demás que

(*) "Presos, pues, los dichos Padres en Meaco, mandó el Rey hacer información del modo que vivían aquellos Padres y en que entendían; y juntamente que listasen todos los cristianos que había en la Ciudad, entendiendo atemorizarlos con eso y que no hubiera nien confesase tal ser; mas sucedió muy diferente, porque comenzándo los para el efecto ñalados, y con ellos Ximonoxo, á correr la Ciudad, y preguntar por los cristianos, ego que fué sabido lo que pretendian, fué tan grande el número de los que concurrieron, i mujeres como hombres, grandes y pequeños; cuáles con las cuentas al cuello, y cuáles on imágenes en las manos declarando á voces sus nombres de cristianos, que no se daban nano á escribir los escribanos que á eso iban, y en breve espacio escribieron más de res mil y entre ellos muchos hijos de hombres principales. Lo que visto por Ximonoxo,

eran dóxicos y familiares de los religiosos. Y después de la prisión, cuando no podían entrar en el convento por causa de las guardas, esperaban la noche, y ayudándose de la obscuridad, se arrojaban dentro por las paredes para no ser excluídos del número de los que habían de ser crucificados. Y muchas veces andaban á porfía sobre los que habían de entrar ó quedar, que los religiosos que lo oían y veían, no cabían de placer, viendo tan buenas primicias del fruto de su predicación.

Vino un día al convento el *bunxuyo*, que es el teniente del Gobernador, á visitar y registrar la prisión, y de que vió tanto número de cristianos, los hechó fuera, sin dejar más que á los cinco santos religiosos y á los predicadores é intérpretes de la doctrina, y los demás que servían á las Misas y otros ministros de casa. Entenderse ha mejor lo que pasó por dos cartas del Santo Comisario para el Santo Fr. Martín que estaba preso en Osaca.

"Jesucristo sea en su alma. Hermano carísimo: recibí mucha consolación con la de V. C. por saber de su salud y de que Dios Nuestro Señor le da ánimo para animar á los cristianos á padecer por su amor. También acá nos hace el Señor la misma merced. ¡Bendita sea su Divina Majestad, que estamos muy alegres y consolados en el Señor, aunque dentro y fuera de casa cercados de guardas, teniendo por merced muy grande el padecer por su amor! León no llegó con la carta de V. C. ni sabemos de él. Ayer le despaché una con unos leprosos de Sacay en que le daba noticia de lo que pasaba por acá; y porque por ventura no llegará á manos de V. C., diré brevemente en ésta, porque el portador es seguro, lo que en la otra se contenía.

"El día que V. C. me avisó de las cosas de por ellá nos pusieron guardas, y diciéndonos nuestro hermano Cosme Joya que otro día sin falta nos cortarían las cabezas, aquella noche nos aparejamos, y confesamos todos los cristianos que pudimos, sin dormir en toda la noche ningún sueño. Y una hora antes que amaneciese dije yo Misa, creyendo que ésta sería la última, y comulgué á todos nuestros hermanos y á todos los cristianos que habíamos con-

---

determinó dar cuenta de ello á Tayco Sama, y se la dió diciéndole que por aquel estilo entendía que se despoblaría la Ciudad; que lo que le parecía era que no se prosiguiese lo comenzado más que los Padres y los japones que estaban presos muriesen, si hubiese de morir alguien, porque de otra manera era lastimar todo el Reino; que, muertos los frailes, como no tuviesen quien les enseñase aquella Ley, luego se olvidarían. Parecióle al Rey bien tomar este consejo, y mandó se hiciese la información dicha, y así se hizo; y fué que por ella pareció fué el virtuoso modo de proceder, con que los gentiles mismos se admiraron". Don Bernardino de Ávila, *Historia eclesiástica del Japón*, cap. 17. (Nota del Colector).

festado. Otros muchos la oyeron con mucha devoción y lágrimas de alegría por la merced que Dios les iba prometiendo.

"El hermano Fr. Gonzalo les hizo una plática (*) animándolos á padecer por Cristo, á lo cual ellos muy enteros respondieron que deseaban tener cien vidas para darlas todas por aquel Señor que dió por ellos la suya en la Cruz, y que ellos eran pecadores; que aunque diesen las vidas hacían poco en satisfacción de muchos pecados que contra este Señor tenían cometidos. Acabada la Misa, de ahí á poco vinieron muchos japones y ministros de justicia y anduvieron mirando toda la casa, oficinas y sacristía. Luego oimos decir que traían sogas y cadenas para llevarnos presos y maniatados, y después vino un substituto de Xibunojo, gobernador de Meaco, acompañado de mucha gente. ¿Quién podrá decir la alegría y contento que hubo en todos nosotros, las gracias que dábamos á Dios, pareciéndonos que ya era llegada la hora en que nos hacía participantes de su Reino, y que luego nos quitarían las vidas? Hecharon mano solamente de nuestros predicadores japones León, Pablo, Ventura, Tomé y Gabriel, y los llevaron presos. Fueron predicando á los gentiles por el camino, con grande ánimo, y de la cárcel me escribieron una carta, diciendo que sin duda los matarían por ser cristianos; mas que estaban muy alegres y contentos de padecer tormentos; que ya tenían gran deseo de ir al Cielo á gozar de aquella bienaventuranza para donde fueron criados; que pidiésemos á Dios que les diese firme propósito para padecer por su amor. Yo les respondí que el Señor por quien deseaban padecer, les ayudaría en tan honrosa batalla. Los que quedamos, toda la alegría se nos volvió en tristeza, viendo que el juez se iba sin nosotros, juzgando que por nuestros pecados no éramos dignos de tan grande merced; mas todavía no desconfiamos de que Dios nos la hará de cumplir nuestros deseos, porque aun estamos presos y con guardas, y no dejan entrar cristianos en nuestra iglesia; y por ser mucha la gente, guardas y otros gentiles no podemos enviar fuera una carta. V. C. nos encomiende á Dios, que lo mismo hacemos acá, y tenga mucho ánimo y confianza en su Divina Majestad, que ahora parece que comenzamos el oficio apostólico; y en medio de estas angustias y trabajos envía Dios sus divinas consolaciones y nos da esfuerzo y ánimo para padecer tormentos y afrentas por su divino amor. *Benedictus Deus et Pater Domini Nostri Jesu Christi... qui consolatur nos in omni tribulatione nostra.* (1) Y estamos con mucha alegría, *Quoniam digni habiti sumus*

(*) Mandósela hacer San Pedro Bautista. (Nota del Colector).
(1) 2 Cor. I. 3, 4.

pro nomine Jesu contumeliam pati, (1), y por hacernos esta merced de padecer con alegría por su amor. El Señor le dé su divino espíritu; y á Dios, carísimo hermano, que no hay lugar para más. De esta prisión de Meaco etc."

En otra al mismo y á otros que estaban con él dice así: "Recibí la de V. C. y las de los hermanos Fr. Jerónimo de Jesús y Fr. Juan Pobre. Mucho me he holgado que el Padre Fr. Diego de Guevara y todos esos señores hayan aportado ahí para consuelo suyo espiritual, que yo me tuviera por muy dichoso de haberles tenido por huéspedes esta Pascua para servirles y regalarles con nuestra pobreza y mucho amor y voluntad; que aunque estamos presos, al espíritu no le pueden prender; y por tanto, ¡gloria á la Divina Majestad! Aunque cercados de guardas, habemos celebrado el Santo Nacimiento del Hijo de Dios con mucha alegría espiritual. Entonamos las vísperas, maitines y *Misa del Gallo*, y hubo incienso; acudieron muchos cristianos, y solamente les dieron licencia para estar en el patio de la iglesia, donde los pobres padecieron harto frío. Entonóse también la *Misa del Alba*, porque ellos lo pidieron, y en un altar tuvimos en un pobrecillo portal; y hubo coplas á nuestro modo. El hermano Fr. Jerónimo se puede ir á Nangasaqui, pues lo pido el General. El hermano Fr. Juan Pobre se volverá á Manila á dar cuenta de lo que pasa, que ahora bastan los que acá estamos hasta ver en que para este negocio. Si entendiera que nos había de martirizar á todos, yo los detuviera; mas no creo que recibiremos todos esa merced. Si á nuestros cristianos que allá tienen presos matan, y nosotros tenemos libertad, hemos de ir á predicarles y esforzarles, y de allí podrá ser que den tras nosotros; y si no nos matan, entiendo que nos echarán del Reino. El Señor ordene lo que ha de ser más para gloria suya, que no le suplico otra cosa. Á los pobres de los hospitales no les dejan salir; no sé que han de comer si dura esta prisión; de lo que nos dan les damos, y no me pesa, sino que no tengo buen golpe de arroz que gastar con ellos, aunque ¡bendito Dios! los cristianos acuden con sus limosnas. Esta sea para todos, que no hay lugar para escribir á cada uno. Encomiéndennos á Dios, que acá hacemos lo mismo."

Estas son las cartas, y en ellas se ve el espíritu con que estaban los siervos de Dios cuando fueron los oficiales de justicia al convento, y el contento que tenían de verse presos, así religiosos como seglares, pues ninguna cosa más deseaban que morir por la Ley que profesaban y predicaban. Sobre esto hacían particular devoción, suplicando á Nuestro Señor se cumpliese en ellos su voluntad; pero que si fuese

(1) Act. V. 41.

que ellos con su sangre confirmasen la doctrina que seguían y predicaban, recibirían en ello singular consuelo. Los sacerdotes decían Misa cada día, entendiendo que aquella había de ser la postrera; los que no lo eran comulgaban, porque armados con el escudo de la Fe y esforzados con aquel Pan celestial, estuviesen fuertes para los encuentros que esperaban.

También se colige de estas cartas el valor de este apostólico y cuidadoso Pastor, y el cuidado que tenía de ordenar lo que convenía á aquel su pequeño rebaño que andaba esparcido, de quien se puede decir lo del Santo Pontífice Silverio: *Sustentor pane tribulationis et aqua angustiæ nec tamen dimissi, aut dimitto officium meum (aunque tengo por manjar cuotidiano las tribulaciones y por bebida las angustias, no he dejado ni dejaré mi oficio).* Y como sea mayor tormento á la naturaleza el esperar la muerte que el padecerla, bien se puede entender que, aunque en estos benditos presos el espíritu estuviese pronto, la carne, como flaca, había de estar llena de temores y sobresaltos, haciendo acíbar del manjar corporal con la memoria de lo que el espíritu deseaba y la carne temía; pero todo era atesorar para el Cielo.

Ni por esto faltaban un punto al consuelo de los nuevos cristianos, así de los que estaban dentro como fuera: á éstos por cartas, á aquéllos con fervorosos palabras y consejos muy saludables. El Santo Comisario con grande espíritu los animaba, declarándoles la gloria del martirio, y cuan agradable sacrificio es á Dios morir por la Fe que confesaban y conocían ser verdaderísima; mostrábales con muchos ejemplos cuan gloriosa y honrosa era la muerte de la Cruz, que en el Japón tienen por tan afrentosa, y el premio grande que por ella habían de recibir en el Cielo; y era tan grande el ánimo que les poníia, que todos, hombres y mujeres, mostraron en esta ocasión varonil esfuerzo. Bastaba para prueba de esto lo que acabamos de referir en las dos cartas precedentes del Santo Comisario; pero para que conste por más testimonios, quiero poner otros dos pedazos de cartas: la una del Santo Fr. Francisco Blanco, que desde la prisión escribió á un amigo suyo, y la otra del Padre Organtino, escrita desde Osaca al Padre Viceprovincial de su Compañía, que dice así:

"Aquesta carta que agora escribo á V. R, es de grande y universal contento para toda la Compañía de Jesús. Ayer en la tarde vino de Fugimi ó de Fucimo una carta para mí, en la cual decía una señora cristiana que el mismo día había el Rey mandado á Xibunojo que hiciese morir á todos los Padres; y nuestro hermano Paulo Amacusa, sabiendo la misma nueva, vino con grande alegría, y entrando en casa dijo: *Ea, Padres y hermanos carísimos, llegado es ya el día y punto tan deseado de todos, en que hemos de derramar la sangre por aquel Señor que derra-*

mó la suya por nosotros primero. Y viendo nosotros esto, comenzamos luego con gran consolación á sacar las sotanas, sobrepellices y manteos para salir al espectáculo ó teatro con este hábito como hijos legítimos de la Compañía y como verdaderos siervos de Cristo y predicadores de Su Divina Ley; y fué tanta la alegría que Nuestro Señor nos comunicó, que no la podré declarar con palabras. Y aumentóse nuestro gozo viendo en estos nuevos cristianos un deseo grandísimo (en grandes y pequeños) de seguirnos y de dar la vida por aquel Señor que con la suya nos compró á todos. Y el que llevó la bandera de todos y mostró más ánimo fué el buen soldado de Cristo Justo Ucondono, y con él se mostraron otros generosos caballeros, como los hijos de Guenifoín (uno de los cuatro regentes de la Corte), llamado el menor Constantino, el cual hasta ahora no ha querido apartarse de nosotros. También otros muchos nobles nos escriben muy á menudo, certificándonos que están aparejados á socorrernos como á sus verdaderos padres y maestros. Este tan grande fervor y tan extraordinario de estas nuevas plantas atribuimos al Santo Sacramento de la Confirmación que pocos días antes les había administrado el señor Obispo Don Pedro Martínez, cuando vino por acá. Y no debo callar la demanda y petición que me hicieron de nuevo en esta casa Jacobo Chisay y Juan de Goto que nos ayudan á las Misas diciendo que tuviese por bien de recibir á los votos de la Compañía, pues estaban con determinación de no dejarnos en este peligro y trance de muerte. Á los cuales respondí, que sería su suerte, y lo que pedían, si ordenase Nuestro Señor que muriésemos juntos; y sino, que yo me acordaría de escribir con tiempo á V. R. acerca de su buen deseo."

Hasta aquí son palabras de aquel santo y venerable viejo, que por sèr dichas en el mismo tiempo en que se ejecutaba la prisión de los religiosos y sobre la misma causa, confirman mucho lo que se ha dicho. La del Santo Mártir Fr. Francisco Blanco es como se sigue.

"Cada día (dice) estamos esperando la muerte por amor de Nuestro Señor Jesucristo, y con esto nos hallamos muy consolados, mayormente viendo á los cristianos con un ánimo grande y quejosos de la tardanza de los verdugos. Lo que más nos hace espantar es que de Fuximi y de las montañas muy apartadas vienen con decir que si los cristianos mueren por ser cristianos, siéndolo ellos, deben también morir por amor de Dios. Nosotros no podemos hablar con ellos. Yo tengo vergüenza de mí mismo, viendo que gente tan nueva en la Fe, no se espanten de la muerte por amor de Dios".

Palabras son de este Santo Varón, y de ellas podemos inferir lo

que pasaba, y cuánta confusión sea de todos los que blasonamos de cristianos antiguos, que los que ayer eran gentiles, nos echen el pie adelante en la Fe, que si porque no nos vemos en tan graves conflictos no la perdemos del todo, en cualquiera ocasioncilla la amortiguamos, y aun la matamos, obrando de manera que no hay cosa más contraria á la Fe de que nos preciamos, que las obras que hacemos.

CAPÍTULO VII.

DE ALGUNOS CASOS PARTICULARES DEL FERVOR Y DESEO DEL MARTIRIO DE LOS CRISTIANOS JAPONES.

DE las cartas que hemos referido en el capítulo antecedente se conoce en común y por mayor el ánimo y fortaleza que Nuestro Señor daba, no sólo á los religiosos, para morir por la confesión de su Fe, sino también á los mismos cristianos, á imitación de sus maestros. Y, porque en semejantes casos lo particular que sucedió en ellos suele ser de mayor edificación y consuelo, pondré en este capítulo algunas cosas que se supieron por relación cierta del fervor de estos cristianos, dejando otras muchas que fuera largo el contarlas.

Y comenzando por el valeroso Justo Catayama, llamado vulgarmente Ucondono, que así como el año de ochenta y siete, cuando comenzó la persecución contra los Padres de la Compañía, fué el primero que hizo rostro al tirano y en quien descargó su indignación, de que tratan largo las historias del Japón (*), de la misma suerte, en ésta que comenzó á lo último del año de noventa y seis, quiso ser el primero de los que ofrecían su vida por la honra de Nuestro Señor y confesión de la Fe; y así, en sabiendo lo que Taycosama había mandado, se fué luego á casa de los Padres para morir en su compañía, y con tanta alegría, que no podía disimularla. Y como hombre que tenía aquel negocio por acabado, tomó su caballo y fué á la ciudad de Fuximi á despedirse de Chicugondono, rey de Canga, que le daba la renta con que vivía por haberse alzado el

(*) Véase la de Don Bernardino de Ávila, capítulo 13. (Nota del Colector).

Emperador con todos sus estados; y en reconocimiento de lo que por él había hecho le presentó dos piezas que valían de á cuatro á cinco mil ducados Quedó espantado el Rey del grande valor y constancia de Justo, y procuró divertirle de su propósito y determinación con muchas razones, que no tuvieron efecto alguno; porque en habiendo cumplido con su obligación, se despidió del Rey y se volvió á Meaco para estar en compañía de los Padres hasta ver lo que sucedía de ellos. Después de salido fuera, dijo Chicugondono á muchos caballeros que estaban con él. "Éste que aquí habéis visto es un hombre muy señalado en el valor y esfuerzo de su persona y en saber y prudencia, y creed que si estuviera en la gracia que solía con Taycosama, fuera el primero ó segundo señor del Japón; y, por no querer dejar la Ley de los cristianos, anda de esta manera."

No fué menor el espíritu y fervor del caballero de Cristo Cosme Joya, que también hizo rostro al tirano y á sus ministros diversas veces por defender á los cristianos y Padres y conservar la Fe; y por esta causa fué despojado de su hacienda y mayorazgos, y su mujer presa, que fué uno de los mayores golpes y afrentas que á semejante persona de su calidad y prendas le podían hacer. Este, pues, usó de muchos disfraces para que le metiesen en el número de los que habían de ser crucificados, y, en cuanto podía, no se apartaba de los religiosos, costándole muy buen dinero el soborno de las guardas y ministros de justicia, que á fuerza de dinero le dejaban entrar y salir, y de camino proveía á los religiosos con larga mano de cuanto habían menester, teniendo también ojo á padecer con ellos, pensando que por aquel camino haría el Juez lo que por respetos de su calidad y nobleza no quería hacer.

No se puede decir las diligencias que este venerable viejo hizo por acompañar en el martirio á sus padres y maestros, los religiosos. Y al fin, visto que no podía, atribuyéndolo á su poca fe, fervor y espíritu, se reprendía y juzgaba indigno de tal dicha y felicidad, que la estimaba en más de cuantos tesoros y riquezas hay en esta vida. Con harto sentimiento explica esta pérdida en una relación que hizo de este glorioso martirio: cuenta lo que le sucedió en aquel paso, cuando se despidió de los Religiosos para ya no verlos más, y viendo la alegría con que caminaban al martirio, dice: "Y visto esto por mí, y que me quedaba sin irles acompañando, lleno de dolor y tristeza y bañado en lágrimas, me puse á considerar que esto era como cuando unos suben á un monte á traer tesoros y riquezas y otros se quedaban abajo, comparándome á mí á estos segundos por no haber seguido á los Santos Mártires."

Y ya que hemos dicho aquí del venerable Cosme Joya, digamos

junto del de la noble matrona María, su mujer, y de sus dos hijas Isabel y Magdalena, cuyo fervor y espíritu fué de los más notables que se vieron en esta ocasión. Porque teniendo noticia que sacaban á los Santos Mártires del convento y los llevaban á la cárcel pública, llevadas de un ardiente deseo de padecer con ellos, sin reparar en el recato que pedía su calidad y nobleza, particularmente en las mujeres del Japón que no le hay igual, se fueron á meter entre ellos; y viendo que los verdugos no hacían caso de ellas, se fueron en seguimiento de los Religiosos, en que padecieron grandes afrentas y desprecios, y en particular la madre, que es la que menos podía disimular el sentimiento en que á ella la dejasen con vida muriendo sus padres y maestros.

Cuéntalo su mismo marido el caballero de Cristo Cosme Joya en la relación que hemos dicho por estas palabras: "Lo cual visto por mí y por otros cristianos, conviene á saber, que llevaban á los Padres y á otros cristianos amarrados y con tantas guardas en ringlera y á vista de todos, quedamos todos muy tristes y afligidos. Mas mi mujer, viendo llevar así á los Padres, fuese tras ellos, no pudiendo sufrir el dolor de su corazón; y viéndola las guardas ir así, lamentándose y desconsolada tras los Padres, la trataron mal, dándola de palos y quitándola los vestidos hasta meterla en la cárcel, en lo cual estaba yo muy contento, entendiendo que á ella le cabría en suerte lo que yo no había alcanzado, aunque lo había deseado."

Casi lo mismo hizo esta devota y noble matrona al salir los Santos Mártires de Meaco para ser crucificados en Nangasaqui, como diremos adelante; y así la madre como las hijas lloraban y se lamentaban porque no las dejaban ir tras ellos, y hacían tantas diligencias para morir, como otros que deseaban mucho la vida las pudieran hacer para vivir.

Entre los que mostraron también mucho fervor y deseo de morir en esta ocasión, de la gente principal, fueron dos hijos y un sobrino del gobernador y virrey de Meaco, Guenifoín, muy privado del Emperador. El mayor se decía Don Pablo Sacandono, de veintidos años de edad, y tenía una gruesa renta en el reino de Tamba, que le había dado Taycosama por respecto de su padre. Y estando en el dicho Reino, oyó decir de la prisión de los Padres; y para certificase de la verdad, envió dos criados, uno á Osaca y otro á Meaco, con orden de que cada día le avisasen de lo que pasaba, y certificado de la determinación de Taycosama, pensó cómo podría él sin impedimiento alcanzar la corona del martirio. Para lo cual escogió algunos de sus criados, los más seguros y animosos, á quienes dió parte de su determinación, que era de ir

á Fuximi á verse con su padre; y para asegurarle, decir que iba á Osaca á visitar á sus suegros, y de allí, en sabiendo nueva cierta, secretamente á una pobre casa y esperar el martirio; y como cada día corría más la voz de que la persecución era general, dudando de salir con su intento en su propio hábito, aunque se declarase por cristiano, porque ningún ministro osaría echarle mano por ser hijo de quien era, determinó de raerse la barba y vestirse en hábito de clérigo (que ya eran conocidos en la tierra por predicadores del Evangelio), fiado de que también sus criados harían lo mismo por ser todos cristianos.

Entre los cuales había uno de pocos días bautizado de quien se podía tener alguna duda, y en secreto le dijo: "Tú aun no puedes saber qué cosa es morir por Cristo, y lo que en esta muerte se encierra, y podrías faltar al mejor tiempo. Yo te doy licencia que vayas á tu casa donde podrás escapar de la muerte que amenaza esta tormenta".—Él respondió: "Confieso, señor, que ha poco que soy cristiano; mas, por la gracia de Dios, entiendo cuánto importa la salvación del alma; y por eso, si el camino del martirio es el más corto para ir al Cielo, por él quiero ir, que no estimo la vida en el polvo que piso." Alegróse mucho Sacondono con esta respuesta, y dióle cien ducados para que socorriese á su pobre familia; y recogióse á un retrete donde postrado delante de una imagen, de todo corazón se encomendó á Dios, suplicándole fuese servido de contarle entre sus Mártires. Y estando con la determinación que hemos dicho, escribió dos cartas, una para su padre y otra para su madre, las cuales, trasladadas en nuestra lengua, dicen de esta manera:

Carta de Sacondono Paulo para su padre Guenifoín.

"Por cuanto yo me hize cristiano y los Padres han de ser muertos, determino morir con ellos; y porque no penséis que mi vida se acabó con liviandad, quise dejar esta carta. Pídoos que, en lugar de las exequias que habíades de hacer por mí, os hagáis cristiano, y entonces entenderéis de la causa porqué yo ahora determino ofrecerme á la muerte."

La carta para la madre contiene casi lo mismo en substancia, repitiendo que no quiera llorar por él ni verter muchas lágrimas ni menos hacer exequias, sino que en lugar de ellas, se haga cristiana y bautize, porque ésto y no aquéllo sería para él muy grandes y nobles exequias. Estas dos cartas tuvo escritas este caballero para enviarlas á sus padres cuando llegase el tiempo del martirio; y para estar mejor dispuesto y aparejado, vino secretamente desde Tamba á confesarse generalmente con el Padre Organtino, su confesor y maestro. Pero como luego se supo que la justicia que se hacía era en sólo los

Padres que habían venido de Luzón y sus predicadores, quedó muy desconsolado y se volvió á su fortaleza de Tamba con no pequeño sentimiento en verse defraudado de su buen deseo.

Digamos, pues, de Constantino, que así se llamaba su hermano, y de Miguel su primo, los cuales, llegando juntos á Meaco, que venían de la fortaleza de su hermano, y sabiendo lo que pasaba, dijeron: "¡Oh! á qué buen tiempo llegamos; no podemos ahora dejar de ser del número de los Mártires, aunque indignos de tanto bien". Tomaron una pobre casa en Meaco para de allí dar orden cómo podrían salir con su intento, donde les visitó un hermano de la Compañía y los confirmó en sus buenos propósitos, y de tal manera quedaron inflamados en el amor de Dios, que alzando los ojos al cielo, le daban gracias por haberlos traído á tan buena ocasión.

Y para que se manifieste bien lo mucho que aquí obró la divina gracia y el ejemplo de los religiosos, sus maestros, en la resignación y voluntad grande con que se ofrecían al martirio, diré brevemente cuán otros estaban estos caballeros antes de esta ocasión en razón de temerosos y medrosos, que como razón opuesta totalmente á la fortaleza, fervor y devoción que mostraban ahora, se descubría mucho más lo grande de ella puesta junto á su contrario, y, por consiguiente, la virtud divina de donde les venía la fortaleza que mostraban.

Estaban estos dos cabelleros en servicio de Cabucondono, sobrino del Emperador, á quien frecuentemente visitaban nuestros religiosos, y en especial Fr. Marcelo de Rivadeneira y el Santo Mártir Fr. Gonzalo García, que casi siempre que iban allá eran los compañeros, por haber mostrado á los dos desde el principio particular amor, como ya dijimos; y con hacerles el Cabucondono tan singulares favores, y á imitación de su amo todos los de su servicio, estos dos caballeros se mostraron siempre esquivos y retirados, tanto que, advirtiendo en ello Fr. Marcelo, preguntó la causa á otro que parecía ser camarada de ellos. Respondióle que no lo sabía, pero que al disimulo se lo diría, dándoles á entender que ya su retiro y extrañez era cosa de reparo; y antes de saber si éste se lo había dicho ó no, vinieron los religiosos en conocimiento de la causa, y era por el temor tan notable que tenían de que no fuesen conocidos por cristianos, como lo eran, y se recelaban que si en público comunicaban y mostraban agasajo á los religiosos, los que los viesen habían de venir en conocimiento de lo que ellos tanto ocultaban.

Manifestaron esto (*) en dos ocasiones que acaso se encontraron

(*) Refiérelo el mismo P. Rivadeneira en su Historia (lib. 5, cap. 8) con estas palabras: "Estando en casa de Combaco, el sobrino de Taycosama, se llegó á mí el Miguel, y mirando una imagen que yo tenía en el rosario, conociendo los rostros de Cristo y

con ellos: la una, estando Fr. Marcelo y su compañero paseándose en una antesala, aguardando ocasión de hablar con Cabucondono, y habiendo venido el Don Miguel á traer el recado, reparó en una muy devota medalla del Salvador y su Madre Santísima que traía pendiente en el rosario, y al fin, como cristiano, llevado de devoción ó curiosidad, la tomó en la mano y dijo con afecto, fijos los ojos en la medalla: *Nuestro Señor Jesucristo y la Virgen María*, cuyas efigies eran las que estaba mirando. Díjole Fr. Marcelo: *Señor mancebo, ¿usted es cristiano?* Cayendo entonces el mancebo en su descuido, soltó á toda prisa la medalla de la mano y miró á una y otra parte por si alguno le había oído ó visto; y con no haber un alma en toda la antesala más que él y los dos religiosos, aunque respondió que sí, fué con tan sumisa voz, que se conoció bien cuan apoderado estaba con él el miedo.

El otro caso fué con D. Constantino, su primo, que habiéndole encomendado cierto despacho tocante á los religiosos, ó porque á él le tocaba de oficio, según el que tenía en palacio, ó porque su amo gustaba que pasase por sus manos, él le hizo tan aceleradamente y con tanta prisa, cuanta fué al dar razón á los religiosos de lo que había ordenado su amo, que no se detuvo con ellos espacio de una *Ave María;* y esto mirando también como su primo á una y otra parte; y al fin, se vino á declarar, diciendo que le perdonasen, que aquello lo hacía para que no se sospechase de él que era cristiano: ¡tan grande como este era el temor y recelo de estos nobles mancebos, aun en tiempo de paz y bonanza! ¿Qué, pues, se podía esperar de ellos, según lo poco ó nada que pueden nuestras flacas fuerzas, en tiempo de guerra y tormenta? Pero Dios Nuestro Señor, de cuya mano nos viene todo valor y esfuerzo, se le dió tan grande á estos nobles mancebos al tiempo de la persecución, que si hasta allí discípulos ocultos de Cristo por el miedo de los gentiles, como Nicodemus por el que tenía á los judíos, y después que vió el amor con que el Divino Maestro, Cristo, se había entregado á la muerte, se manifestó sin recelo de exponerse á la muerte, de la misma suerte estos dos mancebos, á imitación de sus maestros los religiosos, venciendo todo temor y cuantos impedimentos podían tener de carne y sangre, se manifestaron y aun desearon padecer martirio con ellos.

Volviendo, pues, á coger el hilo, luego que tomaron casa en Meaco

---

-u Madre Santísima que estaban en ella, me dijo muy pasito: *Jesucristo, María.* Y preguntándole yo si era cristiano, dijo que sí; pero tan pasito y con tanto recelo, que el miedo le tenía transformado en sí. Y teniendo necesidad de hablar á su primo Constantino, jamás le pudimos hacer que aun nos mirase; aunque vía cuan extraordinarios favores nos hacía su amo Combaco al glorioso Fr. Gonzalo y á mí. Y por importunidad de nuestros ruegos salió con gran recato fuera del palacio, y en un lugar secreto nos escuchó dos palabras por espacio de una *Ave María*, mirando á una y á otra parte, porque no se sospechase que era cristiano." (Nota del Colector).

para estar en ella disimulados hasta el tiempo del martirio, pensaron cómo dar cuenta al virrey Guenifoín, padre de Constantino, que todavía no sabía que sus hijos eran cristianos, y después de haber deliberado sobre esto, le pareció á Constantino que lo mejor sería el ir él allá en persona y decírselo á su padre, porque después no se quejase. Tomó, pues, el camino para Fuximi, donde entonces residían sus padres; causóles mucha novedad la venida de su hijo, porque entendían que estaba en Tamba con su hermano; pero recibiéronle con mucho alegría, porque le amaban tiernamente.

Aguardó Don Constantino ocasión en que su padre estuviese solo, y entónces le dijo cómo era cristiano y discípulo de los Padres, y estaba determinado de morir con ellos. No se puede decir la pena y turbación del Virrey cuando oyó que su hijo era cristiano y la determinación con que venía, y con un profundo sentimiento, nacido del amor que le tenía y del dolor presente, le dijo: "¡Oh, hijo cruel é inhumano para mí! Antes que te hicieras cristiano habías de darme cuenta de ello y tener respeto á mi bien; mas ahora, sin reparar en el mal que á mí y á tu madre nos haces y nos puede venir, te publicas por cristiano y te precias de ello". Llegó á este tiempo la afligida madre, que ya sabía lo que pasaba, dando tan dolorosos gemidos y suspiros, que se le partía el corazón de dolor y pena, y derramando tantas lágrimas, que bastara para derribar al hombre más constante, si la poderosa mano del Señor no tuviera con su gracia á Don Constantino para no volver atrás.

Acertó también á llegar á este tiempo Don Miguel que venía en busca de su primo, haciéndosele que tardaba, con lo cual se tornó á renovar el sentimiento y dolor pasado, porque le querían Guenifoín y su mujer como á hijo, y le habían criado en su casa. Pero los discretos y valerosos mozos supieron decir tantas razones á su madre y tía, que la dejaron algo consolada, poniéndole delante cómo muchas madres veían morir á sus hijos por justicia y por delitos, y ellos no morían sino por la salvación de su alma y por alcanzar la vida eterna, lo cual, si les amaba como verdadera madre, había de ser para ella de mucho consuelo. "Así es, dijo la madre, que muy digno es mi hijo de loor y alabanza; porque yo, de tantos años y canas en la cabeza, aun no sé el camino de la salvación, ni le he procurado saber; y él, de tan poca edad, estima tanto la otra vida, que no hace caso de esta, lo cual tengo por cosa maravillosa." Con esto se volvieron á Meaco, donde estuvieron aguardando por instantes la feliz suerte del martirio.

En Osaca hubo tres cristianos que particularmente se señalaron en el mismo deseo. El primero se decía Victor Noda Quesuque.

Era secretario del gobernador de la misma Ciudad, y habiendo entendido que algunos cristianos habían de morir, no se contentaba con ser uno de ellos, sino que procuró que su mujer é hijos entrasen en aquella cuenta. Y diciéndole algunos amigos suyos que se contentase con morir él, sin tirar de los otros, respondió: "Ningún mayor bien puedo yo hacer á mis hijos y mujer que hacerlos del número de los Mártires."

El segundo se llamaba Paulo Siquiondono, natural de Sacay, no menos fervoroso ni menos deseoso del martirio que Victor, con quien se dice tuvo una santa contienda sobre cual de ellos había de ser de aquellos pocos que habían de morir, y Paulo probó con razones que á él le tocaba esta buena ventura; y así, desde el día que se publicó la muerte de los religiosos y el mandato de Taycosama, nunca salía de casa, deseando morir en su compañía.

El tercero se decía Andrés Ongasauara, natural del reino de Bungo, y cuando se dijo que andaban poniendo en lista á los cristianos, insistió mucho en que había de ser el primero de los que pusiesen en ella. Pero no es de pasar en silencio un gracioso diálogo que tuvo Andrés Ongasauara con su padre, que también era cristiano y viejo de ochenta años; pero muy cándido y sincero, y había solos seis meses que se había bautizado.

Habíanse venido Andrés y su padre con toda su familia desde Bungo á vivir en Osaca, y como corría entonces la plática por todas partes que habían de morir los cristianos, deseando Andrés que todos los de su casa gozasen de aquel singular beneficio, quiso disponer á su padre para ello por ser tan nuevo en la Fe; y hablando un día con él, le dijo: "Padre, como ha poco tiempo que os hicisteis cristiano, aun no habréis entendido qué cosa es ser mártir. Pues sabed que entre los cristianos una de las mayores mercedes que Nuestro Señor les hace, es traerles á este punto, que den la vida y mueran por su servicio; y los que han de recibir esta corona, es menester que tengan el debido aparejo de humildad y paciencia, para que cuando vinieren los enemigos, dejadas las armas, y puestas las manos y las rodillas en el suelo, se reciba la muerte por amor de Nuestro Señor, sin defenderse."

Estuvo el viejo oyendo á su hijo con atención, y en llegando á este punto, con un sentimiento conforme á las leyes del mundo en que se había criado toda la vida, le dijo: "Rapaz, mal enseñado, ¿esas niñerías me has de decir tú á mí? ¿Cómo se ha de dejar matar un hombre necia y bestialmente de los malos y perversos?; ¿no ves cuán grande cobardía sería esa? Y, ¿quién podrá sufrir delante de sus ojos, que están matando á los padres y no arremeta y mate pri-

mero siete ú ocho? Y tomando su terciado en la mano, con un brío como si fuera de veinticinco años decía: "Cuando vinieren aquellos perversos á matar á los Padres, he de pelear hasta que se me quiebren los brazos y la espada, y después, si me mataren, seré mártir."

Viendo Andrés cuan poco estaba capaz su padre de lo que le decía, recelándose que si viniesen los ministros de la justicia por ventura daría en ellos, quiso quitarle la ocasión, y tornó á decirle con mucha blandura y respeto: "Bien sabéis, padre, cómo está nuestra familia de Ongasauara es muy nombrada en Japón por el oficio que tiene de enseñar á los mozos nobles de la Corte andar á caballo y jugar el arco y flecha, y, pues ha pocos días que Nuestro Señor me dió un hijo y vuestro nieto, os pido que os salgáis de esta Ciudad á otra parte y le llevéis en vuestro compañía, para que se conserve el nombre de nuestra casa y familia." Tornó el viejo á enojarse mucho más contra su hijo, y díjole: "Rapaz, sin juicio ni seso, y ¿eso me has tú de decir?; ¿será bien que tú que eres mozo mueras primero, y yo viejo de ochenta años quede vivo?; ¿con qué cara tengo de parecer delante de los hombres? Si tú por causa de tu familia te quieres esconder, escóndete en buen hora; porque yo, después de quebrar la cabeza de los enemigos que vinieren, he de morir mártir." No sabía Andrés qué hacer para disponer á su padre como deseaba, viéndole tan lejos de lo que él pretendía; pero Nuestro Señor le dispuso por otra vía, porque estando la mujer de Andrés aderezando ciertos vestidos para estar decentemente cuando la pusiesen en la cruz, y los hijos y gente de la casa aparejando sus rosarios y reliquias para lo mismo, preguntó el viejo que para qué hacían aquello. Díjéronle, y con mucha alegría, que se aparejaban para morir por Cristo. Reparó entonces en lo que su hijo le había dicho, y quitándose el terciado, tomó las cuentas en la mano, diciendo que él quería también morir de la manera que los otros.

Á este mismo tiempo se halló en Meaco un buen cristiano llamado Tomás, que tenía un hijo de diez y seis años en servicio de un señor, tres jornadas de allí; escribióle la resolución que tenía de dar la vida por Cristo en compañía de los religiosos; tenía buena hacienda y cantidad de dineros y otras cosas, y díjole: "Todo te lo dejo en mi testamento para que vivas honradamente." Agradeció mucho el mancebo el buen propósito de su padre, pero no le cuadró perder el Cielo por heredar la tierra, y así respondió que, si los gentiles (conforme á la costumbre del Japón) tenían por gran deshonra rehusar morir el hijo en compañía de su padre, ¿cómo él le había de desamparar en ocasión tan honrosa, y en que aventuraba ganar el Cielo? Por tanto, que perseverase en su intento, que él le iría á buscar muy presto.

Y no fué menos fervoroso en la Fe Juan, primo también de Constantino, de quien se ha dicho arriba, de edad de diez y seis años, mozo de grandes esperanzas, y tan constante como él en la observancia de la Ley; y otros dos caballeros que con toda su familia se resolvieron de ir á Meaco en busca de los religiosos, con ánimo muy determinado de morir con ellos. Lo mismo hizo otro devoto cristiano llamado D. Sancho, hermano del bendito Mártir Paulo Soqui, uno de los compañeros de los religiosos, que sabiendo que su hermano estaba preso por la predicación del Evangelio, se despidió de un caballero gentil, en cuyo servicio estaba, para venir á meterse en la cárcel con su hermano y morir por la misma demanda, sin ser bastantes los ruegos y promesas del caballero gentil para detenerle, ni menos el temor de perder su gracia, que la estimaba en nada en comparación de la del martirio, que es la que toda su vida había deseado.

¿Qué diremos de tres mancebos japones, que habiendo estado antes con los religiosos de Meaco y á esta ocasión se hallaban con los de Nangasaqui, los cuales, sabiendo lo que pasaba en Meaco de la prisión de los que vivían en aquel convento, así religiosos como seculares, se lamentaban tanto de haber salido de allá, que no había remedio de consolarlos? Por una parte se querían volver, y por otra no se atrevían, no sabiendo si en Nangasaqui sucedería lo mismo, y no fuese que por ir á buscar á Meaco el martirio, allí no le hallasen y le perdiesen en Nangasaqui; de donde nacía el recelo de perderle en una y otra parte, que les traía notablemente afligidos y desconsolados, sin haber remedio de quietarse ni consolarse por más que los decían los religiosos, menos que no los asegurasen que en una de las dos partes habían de padecer martirio. Diciendo á uno de ellos Fr. Marcelo: "Vén acá, niño; ¿no te contentarás con que sea de tí lo que fuere de nosotros? Sí, Padre, como á todos nos maten; pero si á unos martirizan y á otros no, yo no quiero ser sino del número de los mártires" Díjolo con tal fervor y espíritu, que como después contaba Fr. Marcelo, le obligó á prorrumpir en lágrimas de ternura y devoción.

Los de la fortaleza de Tacuqui, con ser gente pobre y labradores, cuando oyeron decir que los cristianos habían de morir, se juntaron todos en su iglesia, hombres, mujeres y niños, con determinación de perder antes la vida que faltar en la Fe. Lo mismo hicieron los del reino de Boari, y universalmente en todos los cristianos de las partes de Meaco se veía un extraordinario fervor y deseo del martirio.

No solamente en los hombres y caballeros generosos se echaba de

ver un encendido deseo del martirio y de dar la vida por la confesión de la Fe, sino también en los niños tiernos y en las mujeres flacas, en quien suele reinar más el temor, para que se descubriese mejor la poderosa mano del Señor que los animaba para tan gloriosas empresas. Ya dijimos de la noble matrona María, mujer del caballero de Cristo Cosme Joya, y sus dos hijas Isabel y Magdalena. La que tiene primer lugar después de éstas es la mujer del rey de Tango, Doña Gracia, de cuya virtud y devoción á nuestro santo hábito hemos hecho ya mención en otra parte. Esta señora, en sabiendo el mandato de Taycosama, apercibió á todas las mujeres que tenía en su servicio y algunas familiares y conocidas, y ella misma las animaba para el martirio; y todas mostraban tanto ánimo y deseo de recibirle, que su ordinaria ocupación en aquellos días era aparejar vestidos de propósito para ser crucificadas con honestidad y decencia; y decían que si á media noche les diesen aviso, irían corriendo descalzas por ser cada una la primera.

Otra señora honrada y principal de Meaco, recibiendo una carta de un sobrino suyo que estaba en servicio de Taycosama en que le avisaba de su determinación y mandato contra los Padres y cristianos, no solamente no mostró turbación, sino que dió muchas gracias á Nuestro Señor por aquella ocasión que la ofrecía; y estando presentes algunos cristianos, les dijo: "Yo aparejada estoy para morir por Nuestra Santa Fe; no sé si cuando viere las armas desnudas delante de mí flaquearé como mujer; por lo cual, os pido con mucho encarecimiento, que si esto fuere, me llevéis arrastrando delante de los verdugos para que muera con los demás."

Algunas mujeres cristianas de Meaco se recogieron en casa de otra cristiana principal que se decía María, porque tenía su casa junto al convento de los religiosos, para que las hallasen allí los ministros de justicia; y venían todas apercibidas de los vestidos con que habían de ser crucificadas. Entre éstas vino una señora muy principal, que por ser tan conocida y estimada en la Ciudad le pareció que no se atreverían los verdugos á entrar en su casa, y por eso se pasó á la de María, donde necesariamente habían de acudir por ser conocida de todos por cristiana y haberse recogido otras mujeres en su compañía, y tendría con esto ocasión de encubrirse mejor y recibir el martirio.

Pero no era menos admirable el fervor que comunicaba el mismo Señor á los niños para dar la vida por su servicio. Tenía esta cristiana de quien hemos dicho que se llamaba María una doncellita de diez años, sobrina suya, que la había criada en casa, y se decía Gracia, en quien la gracia divina se mostró tan poderosa,

que diciéndola su tía, para probarla, que la quería enviar en casa de sus padres que vivían en otra ciudad, porque se librase con ellos, comenzó á llorar y decir que de ninguna manera había de salir de allí; porque si habían de matar á los cristianos, ella también lo era y quería morir en compañía de ellos y de su tía, á quien tenía por madre. Y aunque de hecho enviaron sus padres por ella dentro de pocos días, no hubo remedio de que saliese de la casa de su tía.

Otro caso semejante sucedió con otro niño de diez años que se decía Tomé, hijo de una mujer muy virtuosa; la cual, como estuviese determinada de morir, por estar más libre y desembarazada, quiso enviar el niño en casa de un deudo suyo fuera de la Ciudad, y de hecho se lo mandó; pero él nunca quiso ir, diciendo que era huir del martirio, y que él no temía morir, porque tenía una imagen de Santo Tomé, y abrazándose con ella, iría muy alegre á morir con los Padres y con su madre.

Estando platicando dos cristianos, marido y mujer, acerca del martirio que esperaban, oyó la plática un hijo suyo de once años, y preguntó á su padre si había de morir en aquella persecución, y respondiéndole que sí, dijo el niño con mucha alegría: "Pues yo también os tengo de acompañar y morir con vos."

Aventajóse á todos el dichosísimo niño Luis, de edad de diez años, que yendo los ministros de justicia á nuestro convento de Meaco donde vivía y servía á las Misas, viendo que no le querían poner en lista por ser tan pequeño, lloró tanto, que le hubieron de escribir por darle gusto; y fueron tan venturosas sus lágrimas, que le cupo la suerte de ser uno de los veinte y seis que en tan glorioso triunfo ofrecieron sus vidas por la confesión de la Fe.

Con este mismo espíritu y fervoroso deseo se manifestaron otros muchos cristianos antiguos y modernos, hombres, niños y mujeres, doncellas y casadas, que incitados con el ejemplo de los Santos Mártires, daban admirables muestras de la Fe que profesaban; y cual más podía, todos procuraban ser del número de los pocos que habían de ser crucificados. Baste por ahora haber apuntado estos que son los menos, y volvamos á los Santos Mártires, que los dejamos presos con guardas en Meaco y Osaca.

Capítulo VIII.

DE CÓMO SACARON DE SUS CONVENTOS Á LOS SANTOS MÁRTIRES Y LOS LLEVARON PRESOS Á LA CÁRCEL PÚBLICA DE MEACO.

A los veinte de la luna Boluncu, conforme al estilo del Japón que cuentan por lunas, que según nuestra cuenta fué á ocho de Diciembre, como ya dijimos, fueron cercados los Santos Mártires en sus mismos conventos; y lo restante del mes los dejaron en la misma prisión sin haber otro acuerdo ni más novedad que empadronar segunda vez á los cristianos, y tener á los presos muy bien guardados: ¡cómo si hubieran de huir de la muerte los que la estaban llamando!

Los trabajos y necesidades que pasaron en este tiempo, los malos tratamientos y molestias que les daba aquella bárbara canalla que les hacía guarda, ¿quién los podrá contar? No era esto lo que sentían los piadosos presos; no les daba tormento el verse cercados, sino el no poder acudir al consuelo y regalo de sus enfermos los leprosos, ni dar el pasto de la doctrina á los tiernos corderitos de la Iglesia, que andaban balando con muestras de dolor y sentimiento en la ausencia y falta de sus pastores y maestros; porque, aunque todos sabían adonde estaban, no todos se atrevían á ir al convento á recibir su doctrina, ni los religiosos podían darla á los que iban. Pero como echaban de ver el peligro en que quedaban, ayudábanlos desde la prisión en la manera que podían, particularmente encomendándolos al Divino Pastor, Jesucristo, que mirase por aquellos sus hijuelos, reengendrados y recién nacidos en su preciosa sangre. Dábanle gracias porque así permitía Su Majestad que el demonio fuese forcejando para salir con la suya, y por cercenar las

raices que sustentaban aquellas ternezuelas plantas del cristianismo del Japón.

Y pareciéndoles ser conveniente para gloria de Dios y aumento de la Iglesia Católica que algunos permaneciesen en aquel Reino, se movió el Santo Comisario á enviar la obediencia que adelante diremos á Fr. Jerónimo de Jesús, para que se quedase encubierto, pues á él solo de los Franciscos había librado Nuestro Señor de las uñas de los perseguidores, para que no dejando él de su parte de cultivar y beneficiar aquel nuevo plantel, regado con sangre, se aumentasen sus frutos para la mesa de Dios, y el envidioso enemigo no se alabase de lo hecho, sin algún dolor de lo que al presente se hacía.

Cada uno atribuía á sus pecados la persecución, y á la bondad y misericordia de Dios el padecer en ella, teniéndose todos por indignos de tanta merced como les hacía, en que al tiempo que celebraba la Iglesia su venida al mundo en carne mortal para librarle de la prisión de la culpa, entonces estuviesen ellos encarcelados por la exaltación de su Fe: *¡Oh si viniese* (decían) *el día venturoso en que saliésemos de esta prisión, no para gozar de esta vida que mañana se ha de acabar, sino para darla por Cristo y vivir para siempre! ¡Oh, Señor, si al tiempo que Vos nacéis para morir por nosotros muriésemos nosotros para vivir con Vos! ¡Oh si vistiéndoos Vos de nuestra mortalidad nos vistiésedes de vuestra gloria! El mismo sois, Señor, que habéis sido siempre; la misma Fe habemos predicado y confesado que vuestros Mártires: bien vemos que no cabe en nuestros merecimientos el seguirlos; pero también sabemos que de vuestra bondad es hacernos mercedes sin merecerlas ¡Oh si nos hiciérades ésta, que muriesemos por vuestro amor.*

Con estos y otros semejantes clamores estaban esperando cada día los pacientísimos presos el cumplimiento de sus fervorosos deseos. Llegó el penúltimo de Diciembre, habiéndose hasta allí diferido el negocio por andar algunos señores gentiles, y en especial el virrey Guenifoín, que siempre había sido afecto á los religiosos, procurando que fuesen solamente desterrados del Japón y no muertos (*); mas no cabiéndole ya al médico Jacuín en el corazón la ponzoña, ni á los demás que eran de su parecer, se fueron á Taycosama, que se quería partir para Osaca, y con nuevas falsedades y acusaciones le persuadieron que no dilatase más el castigo de los cristianos y Padres. Con esto mandó el Emperador á Xibunojo que acabase con aque-

(*) Quizá no intentara el gentil Guenifoín salvar la vida de nuestros Religiosos por afecto que los tuviera, sino más bien porque no peligraran, como peligraban de hecho, las vidas de sus hijos Constantino y Paulo y la de su sobrino Don Miguel, si el decreto primero de Taiko se llevaba á efecto. Véase lo que acerca de esto escribe el P. San Antonio en su *Cronica de la Provincia de San Gregorio*, part. 3 ª, lib. 2.º, cap. 27. (Nota del Colector).

llos presos, y luego se pronunció en forma la primera sentencia, según que se dirá en el capítulo siguiente de que les cortasen las narices y las orejas, no sé si por más ignominia, ó por ser así costumbre de aquella tierra, en señal de sentenciados á muerte, como entre los romanos el darles más de cuarenta azotes.

Dió luego Xibunojo orden á su Teniente que llevase á la cárcel pública á los cinco religiosos que estaban en el convento de Porciúncula con los japones sus discípulos, que por todos eran doce, y no sin misterio, por lo que diremos presto, para que viniendo los otros que estaban en Osaca, se ejecutase en todos la dicha sentencia. Fueron sin más dilación tres ministros de justicia al convento, y en el ruido y aparato de armas y gente daban bien á entender á lo que iban. Los cristianos japones que los encontraban, conociendo el intento que llevaban, se fueron tras ellos hasta entrar en la iglesia de los religiosos por verlos y despedirse de ellos, como de sus padres y maestros. Llegó el tropel de gente en ocasión que los religiosos estaban en el coro diciendo vísperas, y creyendo ser ya llegada su hora, abrazándose con grande júbilo y alegría espiritual, daban las gracias á Nuestro Señor, y unos á otros la enhorabuena de la merced que les hacía.

El Santo Comisario tomó un Crucifijo que estaba en el coro, y besándole los pies con mucha devoción y ternura, salió como buen pastor delante de su rebaño, y juntos bajaron á la capilla mayor; y abriendo la puerta de la reja, con alegre rostro recibió á los gentiles, que como lobos hambrientos dieron en sus humildes ovejas y en él el primero, maniatándolos á todos cruelmente con sogas y cordeles: andaban á una la paciencia de los Mártires, la furia de los verdugos, el sentimiento y lágrimas de los cristianos y la impiedad de los gentiles. Fueron llamando por sus nombres á todos los sentenciados, según la minuta en que estaban escritos, y como faltase uno que se decía Matías, que á la sazón estaba fuera de casa, por ventura ocupado en su oficio que era limosnero ó proveedor de los pobres, comenzaron los ministros á llamar y dar voces: *Matías, Matías, ¿dónde está Matías?* Y como no respondía, sacóles de cuidado un japón de este nombre que vivía junto al convento, el cual, oyendo las voces, tocado de soberano impulso, rompió por la gente y se puso delante de los ministros, diciendo: "Aquí está Matías, y si no soy el que buscáis, soy por la gracia de Dios cristiano y amigo de estos Padres.—Basta eso (dijeron); no es menester cansarnos más; vamos con ellos". Así llevaron á éste sin hacer caso del otro, que no pareció allí ni fué más buscado. Este es el misterio de aquel misterioso número de doce que apuntamos arriba, para que se pudiese decir: *et cecidit sors super Matt-*

hiam et annumeratus est cum undicim. (1) Cayó la suerte sobre Matías y fué contado con los once, quedando en lugar del otro; cumpliéndose también en esto lo que dice el Señor, que de dos hermanos escogerá á uno y reprobará al otro por sus ocultos juicios.

Bien se ve en este caso el fervor de aquellos nuevos cristianos, y que el martirio de estos Santos no fué negocio que sucedió acaso, sino trocado por mano de Dios para gloria suya y bien de aquella cristiandad; y si como fué uno solo el que faltó de la minuta, fueran mil, hubiera otros tantos y aun sobraran cristianos que entraran en su lugar. Porque fué tal el fuego que se encendió en los corazones de todos, que á la voz de martirio venían muchos con un fervor jamás visto en el Japón, y muy semejante al de los Santos de la primitiva Iglesia, declarándose cristianos y pidiendo cada uno á voces que le pusiesen en la lista de los que habían de ser crucificados. Á los que allí andaban más allegados á los religiosos, que nunca dejaban de ir y venir, los quitaron las ropas y vestidos sin dejarles más que el quimón sencillo, que es una ropa larga como vestido de morisco, y les mandaron confiscar las haciendas y quitar las mujeres é hijos, depositando la hacienda en la iglesia, que sirvió de almacén, y los hijos y mujeres en las casas de japones infieles, donde eran aflijidas con malos tratamientos y amenazas; y lo llevaban con mucha paciencia y resignación, sin hacer caso del demonio que por estos medios las quería espantar y apartar de su buen propósito.

Con el ruido, confusión y bulla que hacían los ministros de justicia, y rabia con que dieron en los Mártires, se atropellaron á sí mismos, de suerte que en gran rato no echaron menos á uno de los religiosos que faltaba, que era el bendito Fr. Gonzalo; aunque le nombraron en la minuta. Y fué el caso, que este Santo Mártir estaba cavando en la huerta cuando los ministros de justicia entraron en el convento, y entendiendo por el tropel y ruido á lo que venían, abrasado en amor divino, dejó la azada y partió de carrera á abrazarse con una Cruz que estaba en la misma huerta; y apenas se hubo abrazado con ella, cuando se quedó suspenso y como fuera de sí; porque el deseo fervoroso que tenía de padecer muerte de Cruz, entendiendo serle ya cumplido, le hizo arrebatar el espíritu y enajenarse de tal manera, que aun después de haberle dado muchos palos los verdugos que andaban desatinados buscándole por toda la casa, no acababa de volver en sí, como él mismo se lo dijo al Santo Comisario, habiéndole preguntado la causa de su tardanza. Trajéronle los verdugos á la iglesia, haciendo mucha fiesta de que el Padre quería escapárseles, y como

(1) Act. App., cap. 1, v. 26.

que no le había valido; y si ellos no fueran tan deslumbrados, podían conocer en el exceso mental que padecía la fuerza del divino amor en que el corazón de Fr. Gonzalo se abrasaba, pues así le hacía salir de sí y arrebatar el alma en pos de aquel Divino Señor á quien servía y amaba. Mientras unos andaban en busca del Santo Fr. Gonzalo, los que quedaron en la iglesa se entretuvieron en descolgar las imágenes de los altares, destrozándoles y echándolas por aquellos suelos, y los ornamentos de la sacristía y vasos sagrados; aunque por estar todo lo que había en el convento registrado, no se atrevieron á hurtar cosa alguna.

Justos ya los religiosos y hecha la justicia que hemos dicho ó, por mejor decir, injusticia en los inocentes japones, entonaron los Santos Mártires, puestos de rodillas delante del Altar Mayor, el *Te Deum laudamus* en hacimiento de gracias de la merced que el Señor les hacía, y en acabando, los sacaron fuera de la iglesia, las manos atadas atrás, uno en pos de otro, en hilera, y al despedirse de aquella santa morada cantaron el himno *O gloriosa Domina* á la Vírgen Santísima, á quien estaba dedicada.

Al salir, tomó un gentil una Cruz de palo que estaba sobre la reja, y por hacer burla del Santo Comisario que llevaba un Crucifijo, iba él delante diciendo que, pues eran amigos de Cruz y adoraban un Crucificado, quería llevar la Cruz delante de ellos, levantada como bandera, que fué para los Santos Mártires de grandísimo consuelo (aunque el bárbaro lo hizo por afrenta), por saber que lo que los gentiles tienen por ignominia y afrenta, es la mayor honra y gloria de los verdaderos discípulos de Cristo. Pasaron por el hospital de la gloriosa Santa Ana, y al emparejar, puestos de rodillas, la hicieron una breve conmemoración.

Si hubiéramos de ponderar lo que sucedió, así al salir de la iglesia como al llegar aquí al hospital, de clamores y alaridos grandes que daban la innumerable multitud de cristianos que habían concurrido y de los que estaban en los hospitales, podría ser que nos alargáramos más de lo necesario, y lo más cierto fuera que nos faltaran palabras, porque con ninguna cosa se pueden explicar ni ponderar mejor semejantes sucesos que con afectos y sentimientos, y más propiamente con lágrimas. Pero diremos solamente lo que los clamores decían: la multitud de los cristianos no sabía decir otra cosa que *martirio, martirio;* los pobres del hospital: *misericordia, misericordia;* explicando cada cual lo que más tenía en el afecto: los unos el mucho bien que habían experimentado de sus caritativas y piadosas entrañas, y juntamente la extrema necesidad en que quedaban con la falta de sus bienhechores y padres; los otros el deseo grande que tenían

del martirio, quedando casi martirizados en no haberles cabido en suerte ser sus compañeros, y juntamente sintiendo también la falta de su doctrina y ejemplo. Esto es lo que según parece explicaban unos y otros con estos clamores y alaridos; y como les salía del corazón, lo decían con tal afecto y ansia, que á no vencer los Santos Mártires el sentimiento con la consideración de que no por su falta había de faltar Dios á aquellos sus hijos, fuera increible el sentimiento, por serlo también el amor que les tenían, y en especial á los pobres, que eran su tesoro y riqueza á donde tenían puesto su corazón.

Iban, pues los Santos presos cantando, y respondían á coros llorando los cristianos, que llevados del dolor y amor que les tenían, no se podían apartar de ellos: unos les besaban los hábitos y se echaban á sus pies; otros que no podían besárselos, besaban la tierra que pisaban, y otros se lamentaban y deshacían en lágrimas; y en especial aquella noble matrona llamada María, de quien hicimos mención en el capítulo antecedente, mujer del caballero de Cristo Cosme Joya, que iba dando voces y diciendo que eran varones justos y santos, y que no tenían culpa; y tanto dijo sobre esto, que los ministros y verdugos se enfadaron, y después de haberla dado de palos y hecho otros agravios, la llevaron presa, como también se dijo en el mismo capítulo.

Túvose por cosa notable el que siendo otras veces estos Santos mofados y escarnecidos de los muchachos gentiles y de otra gente de poca consideración, ahora no hubo quien los injuriase (*); antes los mismos gentiles mostraban sentimiento de verlos con tanta deshonra, no habiendo ellos hecho porqué. Y lo que más admiraba, la libertad con que se manifestaban los cristianos que antes eran ocultos, que salían al medio de la calle y besaban el hábito á los Santos Religiosos, y en las lágrimas que derramaban y palabras fervorosas que les decían, daban á entender no sólo que eran de su misma Ley, sino que se holgaran morir con ellos en defensa de la Fe. Llegados á la cárcel y puestos ya entre los malhechores y facinerosos, estaban muy alegres y contentos, predicando á los que se les llegaban, y mostrando en sus semblantes y palabras que aquella deshonra era gloria y honra para ellos.

El día siguiente, que fué el último de Diciembre, llegó el Emperador á Osaca; y para que en todos los presos juntos se ejecutase la sentencia, mandó que fuesen llevados á Meaco el Santo Fr. Martín

(*) Hubo un gentil, uno solo, que se atrevió á poner sus manos en los Santos, dando un gran golpe á San Pedro Bautista. Mas este bendito Mártir se volvió al agresor, y con santa calma le dijo: *Muy cansado habrá quedado Vd. del golpe que me dió.* (Nota del Colector).

de la Ascensión y sus tres compañeros, que siempre habían estado con guardas en el convento de Belén, y no menos que los de Porciúncula habían, con suspiros y lágrimas, enviado sus peticiones á Dios, suplicándole los hiciese dignos de padecer por Su Santo Nombre. Lo mismo se hizo con el Santo Mártir, el hermano Michi Paulo, que aunque japón de nación y sin letras de acá, lleno de sabiduría del cielo, con celo de la salvación de las almas, y para destrucción de la gentilidad y su maestro el demonio, haciéndole rostro, con osadía y ánimo, predicaba donde la ocasión le llamaba. Habiendo sido preso en la casa de los Padres de la Compañía, de la suerte que dijimos arriba, con los otros dos criados, todos tres padecieron con los Santos Religiosos y, como dice el Señor Obispo del Japón, *á su sombra;* y por yerro de cuenta, acabaron en tan dichosa demanda, si es que merece este nombre lo que fué tan singular beneficio de Nuestro Señor. Mas porque este lenguaje no parezca duro al que esto leyere, y tenga entero conocimiento del hecho, como pasó, quiero poner aquí, aunque me alargue un poco, las palabras formales de la relación del Padre Luis Frois de la Compañía, que se hallaba á la sazón en el Japón, que al fin del capítulo VI dice así:

"Al último de Diciembre, llegado el Rey á Osaca, mandó que el Padre de San Francisco y sus compañeros, que estaban allí presos, fuesen enviados á Meaco. No habían aun quitado las guardas de nuestra casa de Osaca, porque habiendo sido el Gobernador ásperamente reprendido del Rey del descuido que había tenido en consentir tanta libertad entre cristianos, no se atrevía á quitarlas sin su licencia; aunque él hubiese declarado que su intención no era de proceder contra los nuestros; y por esto, el dicho Gobernador se resolvió de enviar también á Meaco al hermano Pablo Michi con Diego y Juan, que eran los dos que fueron tomados juntamente por escrito, como arriba se dijo. No se sabe si el Gobernador hiciese esto por no parecer que hubiese recibido de los nuestros algún presente, ó á instancia de Fascegaba, su grande amigo, que quería que los nuestros también fuesen castigados, pues en 1.º de Enero del 97 fueron todos los dichos llevados á Meaco, y llegados aquella Ciudad, el Padre Organtino envió á tratar con Xibunojo si se podían librar los nuestros en alguna manera, porque le parecía que debía hacer esta diligencia, habiendo quedado presos por yerro del gobernador de Osaca, y sin saberlo el Rey; antes contra su intención. Respondió Xibunojo que le pesaba de esta desgracia, á la cual no veía remedio; porque si hablase sobre ello al Rey, el cual pensaba que ninguno de la Compañía estaba en Osaca, por ventura se enojaría mucho y de nuevo los condenaría á todos á muerte;

que aquellos tres hiciesen cuenta que los perdían. Tentaron por sí mismos algunos cristianos, pareciéndoles que estos tres nuestros morían contra la voluntad del Rey, con oro y plata cohechar un ministro del gobernador de Osaca, que tenía en guarda á Pablo y sus compañeros; mas el Señor que tenía determinado de hacer este beneficio á aquellos que su Sabiduría había escogido, no permitió que saliesen con su designio; y así, el dicho ministro, contra la costumbre de semejantes que fácilmente se rinden con dádivas, siempre se mostró inexorable y duro como un pedernal. El Padre Organtino, sabiendo esto, reprendió á los dichos cristianos, porque no se acostumbrasen á cosas semejantes; aunque quedó edificado de ver su piedad. Paulo también, oyendo lo que había pasado sin saberlo él, dió gracias á Nuestro Señor que el negocio hubiese tenido tal fin; y muy de veras comenzó á prepararse, y después de algunos días escribió á los mismos cristianos, quejándose de la diligencia que habían hecho para librarle, con estas palabras: *¿Este es el amor que me tenéis?; ¿es posible que habiéndoos de regocijar y bendecir la infinita misericordia de Dios por tan gran favor vosotros me queréis privar de él?* Hasta aquí son palabras del Padre Luis Frois, de donde se colige todo lo que queda dicho arriba.

Fueron, pues, todos siete llevados á Meaco donde había de comenzar la justicia, para que padeciendo todos unos tormentos, se dispusiesen á un mismo premio. ¡Oh que júbilo!; ¡oh que consuelo recibieron en sus espíritus cuando se vieron juntos, y que solos ellos eran los escogidos para la corona del martirio entre tantos que la deseaban y pretendían! ¡Qué abrazos tan santos!; ¡qué palabras tan encendidas en caridad!; ¡qué santa envidia de lo que habían padecido unos más que otros!

El Santo Michi Paulo con sus dos compañeros se fué á echar á los pies del Santo Comisario Fr. Pedro Bautista, y con lágrimas de contento le dijo: "Padre mío, debajo del amparo de V. R. y de estos mis Padres me ofrezco y espero alcanzar lo que tanto deseo, que es morir por la predicación de la Fe cristiana, que yo á solas no merezco tan grande bien". El Santo Comisario le correspondió con entrañable y tierno amor, y todos le abrazaron á él y á sus compañeros, y con grande alegría y contento les dieron la enhorabuena; lo cual causó grande admiración en los gentiles y soldados de guarda, y algunos decían, como espantados: *¿Qué gente es esta?; ¿qué Ley guarda ó qué Dios adora?; ¿cuándo se ha visto que los hombres se alegren con la muerte y se den la enhorabuena de las afrentas, deshonras y vituperios? Cierta debe ser la esperanza que tienen de que hay otra vida, y verdad lo que acerca de ella enseñan y predican.*

Estos y semejantes efectos causaba en los idólatras ver la mansedumbre y contento de los caballeros de Cristo en medio de tantas injurias y afrentas. Comunicáronse los dos, Pedro y Paulo, sus pensamientos, y hallándose conformes en los deseos, recibieron gran gozo sus corazones; y unidos con estrecho vínculo de caridad y como de una Fe y un amor, hicieron entre sí alianza y firme propósito de perseverar en el servicio y honra de Cristo hasta dar la vida por él.

Juntos, pues, los presos, más del amor de Dios que de las prisiones (que por todos eran veinte y cuatro), pasaron la prisión aquellos dos ó tres días que se hizo diligencia para libertad del Santo Paulo Michi con grandísimo regocijo y consolación espiritual. Y como la palabra de Dios (según dice San Pablo) no puede estar presa, aunque lo esté el que predica, salía libremente por las redes y puertas de la cárcel y hacía su oficio en los corazones de muchos fieles que se confirmaban en la Fe y en los de algunos gentiles que de nuevo se convertían. Oíanlos todos con grande atención, y eran innumerables los cristianos, así de la Ciudad como de las aldeas y pueblos comarcanos, que acudían á la cárcel como á una feria á feriar la vida eterna á trueque de la temporal; y con deseo de oirlos y morir con ellos, no se apartaban de aquel lugar, ni los Santos cesaban de predicar cada instante con nuevo espíritu y fervor. Admirado de esto uno de los jueces, y más de este tan grande fervor de los cristianos, preguntó al Santo Comisario qué era la causa que tantos y con tanto afecto deseaban morir. "Vienen (respondió) á gozar del barato que Dios hace del cielo y bienaventuranza eterna que tiene prometida á los que padecieren por la verdad de su Santa Ley". Cuadróle esto al gentil y dijo: "Pues yo quiero también oir esta plática y hacerme cristiano".

El Santo Michi Paulo, después de haber intimado á los benditos Mártires la sentencia que diremos en el capítulo siguiente, deseando emplearse más de veras en servicio de Dios aquellas últimas horas, se puso de propósito y con nuevo ánimo á predicar á los gentiles, y no fué en vano, porque dos de ellos se convirtieron y le dieron palabra de recibir el Santo Bautismo. Lo mismo hacía cada uno de los demás por su parte, predicando, ya á los gentiles, ya á los cristianos, consolándolos y confortándolos. Y finalmente, todos se empleaban el tiempo que cesaban de la predicación en ejercicios santos de oración y contemplación, santificando aquel ignominioso lugar con su presencia, y haciendo de aquella sucia cárcel casa de oración muy agradable á Dios.

Capítulo IX.

De cómo á los santos mártires les cortaron las orejas y fueron traídos á la vergüenza por la ciudad de Meaco.

A los dos de Enero, jueves, en la noche, vino la última resolución de Xibunojo á su teniente, que luego otro día ejecutase el orden del Rey contra los Padres Franciscos y sus compañeros, con advertencia que no se entremetiese con los tres de la Compañía, sino que los dejase al ministro del gobernador de Osaca que los había llevado. El orden que tenía Xibunojo del Rey era que les cortasen las narices y las orejas, y que así, con la sentencia delante (*), publicando á voz de pregonero su delito, fuesen llevados á la vergüenza por las calles públicas de las más principales ciudades del Reino Meaco, Fuximi, Osaca y Sacay y otras, hasta que el Rey ordenase otra cosa. Este orden intimó el teniente á los benditos presos aquella misma noche, advirtiéndoles que sin falta se ejecutaría el día siguiente. Ya se ve el gozo y contento que recibirían los benditos Mártires con esta nueva, pues mediante ella, iban haciendo su esperanza cierta, que les servía como de prenda para el seguro de lo que sumamente deseaban, que era dar la vida por Cristo.

Amaneció, pues, el felicísimo día, viernes hubo de ser, en que habían de comenzar su pelea y desafío con el demonio los caballeros

(*) He aquí el tenor de ella: "Mando castigar á éstos, porque vinieron de los Luzones con título de embajadores, y se dejaron quedar mucho tiempo en Japón predicando la ley de los cristianos, que yo tengo prohibida, que no se promulgue, y por levantar Iglesia, y hacer descortesías; y después de esto, mando que sean crucificados en Nangasaqui". (Nota del Colector).

de la Cruz; fueron sacados de la cárcel, las manos atadas atrás, y llevados á pie por las calles públicas de la Ciudad, acompañados de gran multitud de gente, gentiles y cristianos y muchos ministros de justicia: éstos haciendo su oficio, aquélios por ver lo que pasaba, y los devotos japones deseando acompañarles en sus afrentas; y, aunque más diligencias hacían los ministros, no les podían apartar de ellos, mostrando con lágrimas y sollozos el sentimiento que tenían de ver así maltratar y sin culpa á los que tenían por padres y maestros.

Sabiendo una devota mujer que los Santos venían por su calle, con un esfuerzo y valor más que de hombre, salió de su casa, y rompiendo por todas las guardas, llegó hasta ponerse de rodillas á los pies de los Santos Mártires pidiéndoles su bendición, y hasta que se la hubieron dado, no se quiso apartar, no haciendo caso de los golpes y palos que la daban, antes teniéndolo por mucha honra el padecerlos.

Con este acompañamiento llegaron los invencibles Mártires á un lugar público junto á una varela principal de las muchas que hay en aquella Ciudad, y allí públicamente, como en venganza de la injuria hecha á sus dioses y como en sacrificio de expiación para aplacarlos, viernes, 15 de la undécima luna, y 3 de Enero á nuestra cuenta, los desorejaron á todos veinte y cuatro, cortándoles á cada uno un pedazo de la oreja izquierda. Y aunque es verdad que el tirano había mandado que los cortasen las orejas y narices, que es el castigo que se suele dar á los facinerosos, no se ejecutó en ellos, porque dicen que un grande les dijo que no parecía bien, siendo frailes extranjeros y habiendo venido por embajadores, ser así maltratados contra la costumbre del Japón; y por ventura lo mandó hacer Xibunojo con esperanzas de que la última sentencia no sería de muerte; y si lo fuese, convertirla sólo en echarlos del Reino, que era lo que él y otros habían deseado y pretendido.

Con esta salva hicieron los Santos Mártires viva representación á sus almas de la sangre de Cristo, que Niño recién nacido había derramado aquellos días en su Santísima Circuncisión. No por eso desmayaron los valientes soldados de Cristo, antes como animosos elefantes, que con la vista de la sangre cobran nuevas fuerzas y brío, no veían la hora de derramar la que les quedaba por el Dulcísimo Nombre de Jesús que hasta allí habían predicado con palabras, y desde aquel mismo punto comenzaban á predicar con obras, que era al tiempo que la Iglesia Católica estaba solemnizando los altísimos misterios de la imposición y manifestación de ese mismo Nombre á la gentilidad. Era muy grande el contento que los benditos Mártires recibían de mirarse unos en otros la sangre que de las heridas salía, y el amor con que padecían aquel tormento templaba de tal manera

el dolor, que aun en lo exterior no mostraban sentirlo, infiriendo de aquí, los que de fuera los veían, el gusto y consuelo que allá dentro en sus almas tenían; y así, para confusión de los gentiles, aun los más flacos y delicados, se mostraban más fuertes, como se vió en el ánimo varonil del Santo niño Tomé que arrojando su pedazo de oreja en el suelo, la cogió y mostró al verdugo diciendo: *Corta, corta más, si quieres, y hártate bien de sangre de cristianos.*

Y en tanta apretura de gente, no se perdieron aquellas pequeñas reliquias, porque no faltaba quien tenía puestos los ojos en ellas, y sin temor de la muerte y palos que les daban, se arrojaban por entre los sayones y las recogían y guardaban, y mucha parte de la sangre que de las heridas salía. Los pedazos de los tres de la Compañía recogió un noble cristiano japón y se las llevó al Padre Organtino á la casa donde estaba retirado en Osaca; y tomándolas en la mano, vertiendo copiosas lágrimas de devoción dijo á los que estaban con él: "He aquí el fruto que de nuestros trabajos ofrecemos á Dios; he aquí las primicias de la Compañía en Japón; y otras palabras muy devotas y tiernas con que movió á devoción á los circunstantes."

Habiéndoles cortado las orejas, el Santo Fr. Gonzalo que sabía mejor la lengua, por orden del Santo Comisario, hizo una plática á los gentiles, declarando la razón por qué padecían y eran atormentados por mandado del Emperador, y cuán grande gloria y honra era aquello para los cristianos, y mucho más si morían en tan justa demanda; con lo cual se conmovieron muchos á recibir la Fe, y los que ya la habían recibido, se confirmaron más en ella, loando á Nuestro Señor por el esfuerzo que daba á los que padecían por su amor; y antes de acabar la plática, les hicieron subir sobre unos carros, y en cada uno de ellos tres de los Santos Mártires, para llevarlos así á la vergüenza.

Cada carro tiraba un solo büey al estilo del Japón, y en el primero iba el Santo Comisario, llevando por estandarte y bandera, aunque pendiente al cuello, el Crucifijo que sacó del coro, que por llevar las manos atadas atrás como los demás, no le llevaba en ellas; pero iba vuelto el rostro á los que venían, para que todos así le pudiesen ver y adorar y consolarse con él. Los tres hermanos de la Compañía iban en el último carro, como aparte, y alrededor de ellos la gente de guarda, y detrás los tenientes de los gobernadores de Meaco y Osaca en sus caballos.

La multitud de pueblo en las calles y plazas era infinita, el tropel de la gente confuso: cuál rodea por atajar y llegar más presto á verlos; cuál, por darse más priesa, se embaraza con la apretura de la gente. En unas ventanas, por ver tan nuevo espectáculo, no se

cabe; otras se cierran por no ver tan grande injusticia en gente cuya inocencia era á todos manifiesta. De los tejados se descuelgan á verlos. Unos muestran sentimiento, otros complacencia; éstos aplauden el hecho, aquéllos dicen que es sin razón; y en tan diversos pareceres y confuso murmullo de gente, lo que mejor se percibía eran las suaves voces de los triunfantes Santos: unos alabando á Dios, otros predicando, y todos pidiendo misericordia y perdón para los gentiles, y perseverancia en la Fe para los cristianos.

Y lo que á todos en este admirable triunfo más admiración causó, fué el cuidado (sin ser prevenidos) que los gentiles pusieron en aderezar y limpiar las calles por donde los Santos habían de pasar, echando arena y tendiéndola por ellas, ceremonia usada entre ellos solamente una ó dos veces en el año, cuando entra su rey triunfando, acompañado de todos sus grandes. Trazábalo así Dios Nuestro Señor para honra y justificación de sus siervos. Iban todos con tan maravilloso semblante, que mostraban bien el contento interior con que padecían; iban en sus carros como en carros triunfales, al primer encuentro triunfando del enemigo; porque aunque acompañados de alguaciles y ministros de justicia y otra gente de guarda que á palos apartaban la numerosidad de pueblo y abrían calle para que pasasen los carros, como también lo suelen hacer cuando entra triunfando el rey; pero nunca más gloriosos y honrosos, que cuando más afrentados; nunca más vencedores, que cuando más acosados de sus enemigos; ni más libres, que cuando más atados; porque á todo era superior su ánimo y valor constante.

El animoso capitán de aquellos soldados de Cristo, San Pedro Bautista, predicaba á veces en español, á veces en japón, lo mejor que sabía y podía, ayudándose con el afecto y acciones exteriores, así para dar esfuerzo á los suyos, como para consolar á los otros cristianos que habían concurrido á ver esto. Pero lo que grandemente animaba, moviendo por otra parte á compasivas lágrimas, era ver en este espectáculo tres niños que, como tres ángeles, servían á los religiosos de ayudar á las Misas. El mayor podía ser de catorce á quince años, y el menor aun no tenía cumplidos diez, que con grande alegría y gracia iban cantando en voz alta el *Pater noster y Ave María* y otras oraciones.

¿Quién podrá decir el contento que los Santos Mártires llevaban con tales principios? Veían que sin temor de la muerte y sin hacer caso de la hacienda que les quitaban, salían, á pesar del infierno, infinitos cristianos á verlos y condolerse de ellos; á besarles los pies y limpiarles la sangre; y con sus rosarios al cuello, en señal de la Fe que profesaban, decían á voces: *Martirio, martirio; paraíso, paraíso.* Algunos, movidos de un gran deseo de acompañarlos en las deshonras y tor-

mentos, pedían á los soldados que los echasen sobre los carros; otros, así hombres como mujeres, chicos y grandes, se arrojaban de tropel en el suelo para que los carros pasasen por encima; y eran tantos y tal su devota porfía, que, aunque las guardas y ministros de justicia ponían mano á las catanas y les daban muchos golpes y palos, no podían valerse con ellos.

Tal fué siempre el fervor y espíritu de esta gente, que aunque más le ponderemos, nunca le acabaremos de ponderar bastantemente ni como merece, porque cuanto más se acercaba el martirio, con tanto más ánimo se ofrecían á él; y desde el principio lo vimos, que con haber orden y mandato del Emperador para matar á todos los que se manifestasen por cristianos, fué tanto el número, que sólo en la ciudad de Meaco pasaron de cuatro mil, ofreciéndose todos al martirio, y aun haciendo diligencias para alcanzarle. Y se averiguó por cosa muy cierta, que muchos hombres y mujeres, como ya tocamos, se habían prevenido de calzones de lienzo y paños á propósito para morir con la debida honestidad y decencia en las cruces. ¿Quién, viendo estas cosas negará obrar aquí Dios con Su Mano Poderosa? ¡Tan varonil ánimo en la flaqueza mujeril y en la tierna edad, y tal constancia y deseo de morir por Cristo en los que ayer no le conocieran!

Concluído, pues, el paso de los ministros, el triunfo de los Santos Mártires y pompa de los carros por las calles y plazas de la ciudad de Meaco, dieron vuelta con ellos á la cárcel, donde, para bajarlos de los carros, los desataron las manos; y viéndose libres y así marcados con aquella inestimable señal y precioso hierro que por su Dios les habían puesto, comenzaron con entrañables abrazos á darse unos á otros la enhorabuena, manifestando por sus ojos llenos de lágrimas de alegría el júbilo de los corazones; y acariciándose amorosamente, envueltas palabras con lágrimas, pedía cada uno al otro, venerándole ya como á mártir, que le encomendase á Dios, que le alcanzase su espíritu para acabar la carrera que habían comenzado.

"¿De dónde, carísimos hermanos (decía el santo caudillo Fr. Pedro Bautista), de dónde, amigos y compañeros, fuimos nosotros merecedores que Dios nos hiciese tales mercedes? ¿Qué servicios le habemos hecho ó pudiéramos hacer que pudieran merecer la más mínima parte de este tan singular beneficio? Ánimo, hermanos míos, ánimo, que este es el camino real por donde se poblaron las sillas del Cielo, de esperar sino dichosísimo fin. No me olvidéis en vuestras oraciones santas; regalados de Dios, y singularmente queridos de Él, ¡no me olvidéis! Pedidle que á este inútil siervo que os dió en esta vida por Padre, y por caudillo en la muerte, haga merecedor de ser vuestro compañero en la corona."

Llegóse á él el Santo Michi Paulo y todos los demás, y abrazándole tiernamente, le dieron muchas gracias por haber recibido *á su sombra* tan gran merced de la Divina Misericordia. De lo cual los soldados y guardas admirados, se quedaban como atónitos, sin saber á qué atribuir verlos tan contentos y regocijados; pero ¿quién había allí que no llorase ó de placer ó de lástima? Sólo podía no llorar el duro corazón de los bonzos que en aquella ocasión se vengaron de los Santos, por haberles impedido sus ganancias y sacrificios con las conversiones de tantas almas, que quitándoselas al demonio, de quien estaban poseídas por la falsa adoración de los ídolos, se las volvieron á Dios como á su legítimo y verdadero Señor. Algunos bonzos había que casi se enfurecían contra el Rey, diciendo que con aquella traza de ser público el castigo, promulgaba y daba más á conocer la Ley de los cristianos á los que no la conocían ni sabían, mostrando en esto que se holgaran que á todos los mataran en la cárcel ó dieran garrote en secreto, y no con aquella publicidad, que á los que la padecían servía de honra entre los cristianos, y á los gentiles de estímulo para hacerse de su Ley.

Bien se echa de ver que era el demonio el que hablaba por su boca, que ya tiene experiencia cuan mal negocia por aquí. Él es el que solicita los mayores agravios y afrentas en los que son de Dios, y aunque presto se arrepiente por lo mal que le está, nunca se acaba de enmendar, porque su malicia le provoca al mayor mal; pero como lo ha con Dios, cuya sabiduría es infinita, y que de sus diabólicas astucias y maldades saca grandes bienes, como sucedió aquí en esta persecución, que el demonio tiraba con ella á destruir la cristiandad del Japón, y Dios la aumentó por este medio y la hizo ahondar en raíces, quedando desde entonces incontrastable á todo el infierno junto.

Habiéndose abrazado y consolado en el Señor los Santos Mártires, les volvieron á su prisión y calabozo, donde pasaron toda la noche, exhortándose unos á otros, y ofreciendo al Señor el sacrificio que de sus vidas le habían comenzado hacer.

Capítulo X.

DE CÓMO LOS SANTOS MÁRTIRES FUERON TRAÍDOS Á LA VERGÜENZA EN CABALLOS POR LAS CIUDADES DE OSACA Y SACAY, Y SE PRONUNCIÓ LA ÚLTIMA SENTENCIA EN QUE FUESEN CRUCIFICADOS EN EL PUERTO Y CIUDAD DE NANGASAQUI.

ONTENTOS estaban los Santos Mártires con el triunfo pasado y dispuestos para otros mayores, fiando de Su Divina Majestad que les había de ayudar, para que mientras la malicia de los gentiles se desvelase más en ocasionarlos nuevos y mayores agravios, ellos alcanzasen otros tantos lauros; y de hecho así fué, pues sacándoles el día siguiente de la cárcel para llevarlos á la ciudad de Osaca, ocho leguas de Meaco, y de allí á la de Sacay, donde los pusieron á la vergüenza y padecieron grandes ignominias y afrentas, en la nueva alegría y contento que en lo exterior mostraban, daban bien á entender que el sacarlos segunda y tercera vez á la vergüenza, era sacarlos otras tantas veces triunfando; que cuantos agravios y afrentas padecían, era para ellos otras tantas coronas y lauros.

Sacáronlos, pues, de la cárcel de Meaco para llevarlos á la ciudad de Osaca, y luego los pusieron en caballos, atadas las manos atrás, yendo en su guarda mucha gente de armas y los mismos jaconines en persona; porque todo era menester para el tropel de gentiles y cristianos que les iban siguiendo, movidos los unos de una natural compasión en ver cosa tan extraña en gentes tan inocentes y santas, y los otros, como ya hemos repetido, por acompañar á los benditos Mártires en sus afrentas y trabajos, y morir, si pudiesen, con ellos: tanta era la fortaleza de los varones, y el poco temor de las mujeres y niños, que á voz en grito iban bendiciendo á Dios en com-

pañía de sus Santos, y publicando las virtudes particulares de cada uno de ellos.

Y se supo por cosa cierta que hubo muchos que se despidieron de sus padres y deudos y dejaron compuestas todas sus cosas de hacienda, hijos y familia con intento de no desamparar á los Santos hasta saber lo que se determinaba de ellos; y, si los mandaban matar, allí en público confesar el nombre de Cristo y afear la falsa adoración de los dioses y las sectas de los gentiles, creyendo que con esto se iritarían los jueces y los mandarían matar como á los religiosos.

Llegados á la puerta de la Ciudad, los ministros de justicia quisieron detener aquella multitud que no pasase adelante en compañía de los Santos Mártires. Aquí fué el nuevo sentimiento, las voces, clamores y lágrimas de los cristianos que, movidos de dolor y compasión, junto con el amor grande que les tenían, no se podían apartar de ellos ni perder un punto de vista á los que tenían por guía, por padres y maestros. Vencía el tesón de los cristianos á la crueldad de los gentiles, que no se cansaban de dar palos en ellos y hacerles otros malos tratamientos. Este era otro nuevo tormento y no menor para los benditos Mártires, viendo así maltratar á los que tenían en sus entrañas y amaban con amor paternal, como hijos engendrados en Jesucristo. Volvían á porfiar los cristianos y á querer irse tras los Santos, y resistíanse los gentiles con nueva impiedad y fuerza de armas.

Viendo esto el santo caudillo Fr. Pedro Bautista, vuelto á los cristianos, con mucha humildad y muestras de amor, les rogó que se quedasen, y con más devoción les pidió el favor de sus oraciones, para que no les permitiese el Señor desfallecer en el último trance al dar la vida por Él, en que consistía la gloria del vencimiento; dióles la bendición, y ellos con lágrimas le pidieron su intercesión en el Cielo. Al devoto Cosme Joya que siempre los había acompañado, y á su mujer que el día antes la habían maltratado y despojado los verdugos, porque no la podían apartar de los Santos, viendo el Santo Comisario que todavía porfiaban en quererlos acompañar, dejando casa y familia, les dijo: "Señor y hermano Cosme Joya, quédese por amor de Dios y su mujer también; y en lo que pudiesen, ayuden á los pobres de los hospitales y á nuestro buen hermano Fr. Jerónimo de Jesús, á quien he ordenado que se quede escondido para confortar á los cristianos en esta tribulación". Y diciendo esto, en prendas del amor que le tenía y en agradecimiento de lo mucho que les había amparado y á sus pobres, le entregó el Santo Cristo que llevaba al cuello todo ensangrentado de la sangre que había corrido de la oreja

cortada (*). Él le tomó con mucha reverencia, y recibida su bendición y muchos palos y empujones que le dieron los soldados, se apartó muy triste; y al fin, todos llorosos y muy desconsolados por verse privados de sus padres y maestros, se hubieron de quedar, y los Santos pasaron adelante muy alegres y contentos.

El que por aquí pasare, verá lo que obraba Nuestro Señor por la predicación y vida ejemplar de los humildes hijos del glorioso Padre San Francisco; y verlo ha mejor si considerare los trabajos que padecieron los inocentes japones cristianos en esta persecución, y cuan encendidos estaban todos en el amor de Dios, y cuan deseosos de padecer por su nombre; pues ni por amenazas ni injurias huían de seguir á los Santos Predicadores y Mártires, sus maestros, confesando la Ley que les habían enseñado; ni por verse sin hacienda sentían el desconsuelo de su pobreza. Lo que sentían era no hacerles compañía en la muerte, y ya que esto no se les concedía, no poderlos imitar en la vida, sirviendo á los pobres como ellos lo habían hecho; porque ni la avaricia del tirano les había dejado con qué poder acudir á los santos ejercicios de caridad, ni la rabia de aquellos crueles ministros de Satanás les daba lugar, aunque pudieran y quisieran, que aun á las pobres viudas que habían quedado de los Santos Japones Mártires, ni las dejaban vivir en sus casas, ni recojerse en las ajenas.

Pues ¿cuál sería la necesidad que padecerían los pobres leprosos, faltándolos el remedio que les administraba el Señor por aquellos sus siervos, y quedando á la impiedad y bárbara costumbre de aquella tierra? Ya lo advertimos en otra parte, y era para advertir en muchas, porque hasta que se echó menos y experimentó la falta, no se conoció bien el beneficio grande que había hecho Nuestro Señor al Japón con la entrada de San Pedro Bautista y demás religiosos sus compañeros é hijos de N. P. S. Francisco.

Volviendo, pues, á tomar el camino en seguimiento de los Santos Mártires, habiendo pasado por algunos pueblos donde también fueron traídos á la vergüenza, llegaron á la ciudad de Osaca donde estaba el bárbaro Emperador (**) que tenía ya determinado el que los lleva-

(*) Otro Crucifijo que llevaba el Santo Comisario para morir con él en el lugar del martirio, cúpole en suerte en esta ocasión á Fr. Marcelo de Rivadeneira. Así nos lo dice este Padre en su *Historia* (libro 5 cap. 9) con estas palabras. "Yo me fuí á despedir de San Pedro Bautista á una puerta de Meaco llamada Tonge, á donde me dió un Crucifijo ensangrentado de la sangre que le había salido de la oreja que le cortaron, que le llevaba el Santo para morir con él en el lugar del martirio, y me lo dejó á mí, por el mucho amor que me tenía" (Nota del Colector).

(**) Habia entrado el mismo día, momentos antes que nuestros Santos, con gran fausto, acompañado de los grandes del Reino, de más de diez mil hidalgos y rodeado de sus guerreros. En cambio los Santos Mártires aparecieron en Osaca como facinerosos y traidores, montados en viles caballos, y rodeados de sayones, con sogas en la garganta y atadas á las espaldas sus benditas manos. Y sin embargo, estos eran hombres ino-

sen á crucificar á Nangasaqui. En entrando, luego lo supieron el general D. Matías, el Padre Fr. Diego de Guevara, y otros españoles que allí estaban sobre el negocio de su despacho y quisieron ir á verse con ellos; pero el rey de Urando, en cuya casa estaban reclusos, no lo consintió, diciendo, que si los dejaba salir, le costaría la vida á él, á su mujer é hijos (*).

Díjoles que se consolasen, que él entendía que los Padres no habían de morir, porque si el Emperador de hecho quisiera que murieran, no había para que enviarlos á Nangasaqui, según le habían dicho estaba determinado, particularmente estando ellos de asiento en Meaco y Osaca donde habían cometido el crimen que les imputaban; y así, que el enviarlos á Nangasaqui era manifiesta señal de que gustaría Taycosama los rescatasen con plata. Y sin duda se cree que no hubieran muerto, si se la hubieran dado los que podían: ¡tanta como esta era la codicia del bárbaro! ¿Qué dieran entonces los compasivos españoles que tanta tenían poco antes por tenerla en la ocasión, aunque fuera empeñándose á sí mismos? De creer es que lo hicieran según era de grande su piedad y devoción.

Mas el Señor, que con su Divina Providencia ordena las cosas para su mayor gloria y honra, y que tenía determinado de dar á conocer su Santo Nombre en el Japón por medio de la predicación y afrentas de estos sus fieles siervos, levantando el estandarte de la Cruz con el triunfo de veinte y seis crucificados, permitió que aquel Rey, por sus culpas y pecados, traspasando todas las leyes (natural, divina y humana), diese aquella tan injusta sentencia, y no admitiese los embajadores y predicadores que le enviaba, para que adorándole y sirviéndole, gozase en esta vida el reino temporal y asegurase en la otra el eterno; ni que hubiese quien saliese al partido, rescatando los Santos Mártires, porque no quedasen sin corona los que tan bien la iban labrando.

Al fin, ninguno se atrevió á rescatarlos, ni aun lo debieron de poner en práctica; aunque algunos dicen que sí; pero como el Emperador estaba tan enojado, todos temían y se encogían de hombros, y ninguno, por librar la cabeza ajena, quería poner en peligro la suya, dando á entender que les eran amigos. En lo que podían les favorecían. Lo que se veía era que ni la indignación del Emperador se aplacaba, ni la malicia de los gentiles

---

centes y de vida intachable, al paso que Taikosama, después de haber usurpado el trono que ocupaba, daba muestras de ser un gobernante poco escrupuloso, tomando la ajeno, como la hacienda del *San Felipe*, con la mayor sangre fría. (Nota del Colector).

(*) Vieron no obstante la entrada triunfal de Taycosama, que indicamos en la nota anterior, y después la de los Santos. Véase la *Historia* de D. Bernardino, cap. 17. (Nota del Colector).

cesaba; porque por donde quiera que pasaban ó estaban, iban recibiendo nuevas afrentas y vituperios, puestos afrentosamente á los ojos del mundo; aunque agradables á los de Dios.

Por este orden fué el noble escuadrón de los caballeros de la Cruz por todos los caminos que anduvo, yendo siempre como unos mansos corderos, sufriendo injurias y vituperios de los gentiles pasajeros que encontraban, y de los mismos guardas que los acompañaban, que, instigados del demonio, todos se hacían á una para tormento y martirio de los pacientísimos corderos. Apenas habían entrado en Osaca, cuando luego les pusieron en la cárcel pública con grillos y cadenas y en cepos, en compañía de ladrones y malhechores, donde pasaron toda la noche bien afligidos y baldonados; aunque, como todo era á la medida de su deseo, estaban alegres y contentos, como si por ellos no pasara nada.

El día siguiente les sacaron á la vengüenza, en que padecieron ignominias y afrentas, más de las que hasta allí habían padecido; porque como en aquella Ciudad eran poco conocidos de la gente común y baja, y vivían muchos extranjeros en ella, que de diferentes partes acudían al comercio, en oyendo el pregón que decía la causa porque el Rey mandaba hacer aquella justicia, no se apiadaban como los de Meaco; antes hacían mofa y escarnio de ellos, teniéndolos por malhechores; aunque no faltaba quien sin temor publicaba su inocencia. Algunos gentiles, movidos de una natural compasión, no podían detener las lágrimas; y por algunas noticias que debían tener de la santidad y perfección de vida de los religiosos, viendo la sinrazón é injusticia grande que se les hacía, decían lo que los vecinos de Acaya por San Andrés, que su sangre, sin culpa, era condenada.

Acabado este paseo y acompañamiento, volviéronlos á la cárcel donde Nuestro Señor los consoló por medio de un niño cristiano, hijo del gobernador de la Ciudad, y algunos de sus criados, á quien poco antes el Santo Fr. Martín había bautizado, que, como tenían libertad, venciendo el temor con la fe, pudieron entrar en la cárcel sin que los guardas se lo impidiesen, y acariciar á los Santos y gozar de su santa y agradable conversación. Aquí recibieron alguna refección, de que tenían harta necesidad por el trabajo pasado y los grandes fríos, nieves y heladas que hacía.

De Osaca, finalmente, los llevaron maniatados y metidos en argollas de hierro á la ciudad de Sacay, legua y media de Osaca, con el mismo acompañamiento. Íbalos Dios labrando á pico y escoda por todas partes con diferentes golpes de injurias y afrentas para asentarlos en lugar eminente en aquel soberano edificio de la celestial Jerusalén. En esta Ciudad de Sacay, como en las demás

de Meaco y Osaca, pasaron las calles públicas y fueron á parar á un suntuoso templo de ídolos, donde estuvieron gran rato, santificando aquel sucio lugar con oraciones y cánticos espirituales, dando gracias á Dios por las mercedes que les hacía en darles fuerza y espíritu para padecer por su amor aquellas injurias con tan grande alegría y contento, que entonces parecía era mayor, cuando lo eran las injurias, afrentas y tormentos. En esto gastaron el tiempo que allí estuvieron, y en predicar á los gentiles, que allí se allegaban, la verdad de la Ley cristiana y la falsedad de la idolatría, con que daban humo á narices y atormentaban á los demonios.

Hecha allí esta estación, volvieron con ellos á la ciudad de Osaca, donde luego se publicó la última y definitiva sentencia, no como algunos pretendían de destierro, sino como Dios lo tenía ordenado de muerte y martirio, para que muriendo por la predicación de la Fe en el Japón, tomasen la posesión de aquellos reinos, sin que hubiese poder humano que lo pudiese impedir ni echar fuera de ellos, ni borrar su nombre de la memoria de los hombres, por más que lo pretendiesen los que sólo los querían ver fuera del Reino; que aunque gentiles, bien echaban de ver, quizás por lo que les habían dicho, que el matarles era la mayor corona que les podían poner. Á esto parece que se enderezaba la primera sentencia, que por ventura sería por diligencia suya, que solamente decía que, cortadas las orejas y narices, fuesen traídos á la vergüenza por las calles públicas de las ciudades que hemos dicho, como que esto sólo bastaba para quedar ellos vengados y los Santos afrentados, y los cristianos escarmentados; pero de que vieron que en la última y definitiva sentencia mandaba el Emperador que todos veinticuatro fuesen crucificados en Nangasaqui, quedaron todos notablemente admirados (*), aunque de ninguna manera enmendados; antes nuevamente enfurecidos y rabiosos contra los Santos Mártires, como pesarosos que hubiesen conseguido lo que tanto deseaban.

No es creible la alegría y júbilo espiritual que recibieron los San-

(*) "Y causó mucha admiración esta nueva determinación en los gentiles y principales de la Corte, porque todos entendían, que lo que hasta allí se había hecho había sido para escarmiento de los cristianos. Y tenían por cierto que el Rey se había de contentar con lo que habían padecido, y que enviarían los seis religiosos á las Filipinas de á donde habían venido y que perdonaría á los Japones; ó que, vencido del interés, los había de enviar á Nangasaqui, á donde residen los Portugueses para que los rescatasen por plata, ó los comprasen por esclavos. Pero el Señor que gobierna con su divina providencia todas las cosas, ordenándolas para su gloria y honra, tenía determinado de dar á conocer su Santo Nombre en Japón por medio de la predicación y afrentas de sus fieles siervos, levantando el estandarte de la Cruz con el triunfo de veinte y seis crucificados, permitió que el Rey por sus culpas y pecados, traspasando la ley natural que obliga á no tratar mal á los embajadores, y la de razón que dicta no ser dignos de castigos los que viven sin pecado y ocupados en buenas obras, dió la sentencia de muerte." Rivadeneira, *Historia*, lib. 5, cap. 12. (Nota del Colector).

tos Mártires cuando les notificaron esta sentencia de muerte de cruz, para que así imitasen mejor á su Capitán y Maestro Jesucristo; porque aunque desde el principio entendieron que habían de morir, como no estaba especificado en la primera sentencia, y era de ellos muy deseado. no acababan de creer que habían de ser merecedores de tanta dicha. Pero de que vieron logrados sus deseos, fué tanta la alegría, que ninguno sabía como explicarla: abrazábanse unos á otros amigablemente, y sin hablar palabra, se comunicaban el contento; y lo que callaba la lengua, descubría el corazón.

El Santo Comisario, pasado aquel primer ímpetu de júbilo espiritual, que fué grandísimo, vuelto en sí y á los suyos, les dijo. "Ya, hermanos míos carísimos en Jesucristo, es llegada la hora tan deseada en que desatados de las ataduras de la carne y libres de esta cárcel del cuerpo, habemos de ir á gozar de aquellos Santos Ángeles y de todos los Cortesanos celestiales. Bien cierta experiencia tenemos de cuan fiel es Dios en sus promesas, pues aquí, á la medida de los trabajos, da el consuelo, y después cien veces doblado en el Cielo; y pues aquí recibimos ahora lo uno de contado, esperemos de su liberal mano allá lo otro. Supliquémosle con humildad nos dé perseverancia hasta que le demos por su amor las vidas cada uno en su cruz".

Luego escribió algunas cartas de consolación al general del navío y á otros españoles que supo estaban allí en casa del rey de Urando, pidiéndoles á todos que tuviesen paciencia en los trabajos y los encomendasen á Dios, para que pasasen fielmente, y para gloria y honra suya, la carrera del martirio que habían comenzado, prometiéndoles que si Nuestro Señor fuese servido de recibir sus trabajos y muerte de cruz á que iban sentenciados por predicar la Fe cristiana, les serían fieles amigos en la presencia del Señor. Los benditos Mártires también los consolaban en sus desconsuelos, y los esforzaban en la Fe, y la enseñaban á los gentiles que allí se llegaban, exhortándolos que, dejado el camino errado de la idolatría, recibiesen la Ley evangélica mediante el santo Bautismo.

De Osaca mandó Taycosama que fuesen llevados por tierra, con una provisión en que mandaba que de un lugar á otro se fuesen mudando los guardas y soldados, y les diesen lo necesario hasta Nangoya, donde Fezamburo los había de tomar á su cargo y ejecutar la sentencia en Nangasaqui. Quiso Taycosama (pudiendo más fácilmente ir por la mar) que fuesen por tierra, por poner más pavor y espanto á la gente de los pueblos por donde pasasen, para que ninguno de allí adelante recibiese el Bautismo y Ley de los cristianos. Mandó también que delante de todos fuese un ministro de justicia, guiando por las calles y plazas de los pueblos, por las calzadas y

caminos reales, con la sentencia en una asta, levantada en alto que todos la pudiesen leer y ver. Estaba escrita ó grabada en una tabla en la propia lengua japona y con sus propios caracteres, como hoy día se ve en nuestro convento de Manila (*), donde está guardaba como blasón de la gloriosa victoria que alcanzaron en el Japón aquellos que habían sido sus hijos y moradores, y con su doctrina y ejemplo casi santificado.

Fué traducida primero por orden del Señor Obispo del Japón y después por el Señor Arzobispo de Manila, que á instancias de esta Provincia de San Gregorio, madre de estos gloriosos Mártires, hizo diligente información con testigos de vista que juraron á Dios y á la Cruz ser la misma que iba delante de los Santos Mártires cuando los llevaban á crucificar, y que fué puesta en la estacada, como diremos adelante; porque la vieron y leyeron, y conocen que es la misma que fué puesta en el lugar del suplicio á vista de todos; y así lo juraron y declararon en la forma que hemos dicho. Y constando de esta verdad, luego el Señor Arzobispo la hizo traducir en lengua castellana por intérpretes japones, habiendo primero jurado de traducirla fiel y verdaderamente, como lo hicieron, que en nuestra lengua é idioma castellano dice así.

SENTENCIA

"Por cuanto estos Padres venieron de los Luzones con título de embajadores, y se quedaron en Meaco predicando la ley de los cristianos que yo prohibí muy rigurosamente los años pasados, mando que sean ajusticiados juntamente con los japones que se hicieron de su ley; y así, estos veinticuatro serán crucificados en Nangasaqui. Y porque venga á noticia de todos, vuelvo á prohibir de nuevo la dicha ley para adelante, y mando que se ejecute; y si alguno fuere osado á quebrantar este mandato, sea castigado con toda su generación. El primer año de Quercho, á los veinte días de la undécima luna."=Sello real=.

Es aquí mucho de notar, que sin duda fué particular providencia del Altísimo, que siendo estos gloriosos Santos condenados por la voz común de los gentiles y malos consejeros de Taycosama por espías (pretexto que tomaron para dar color al odio mortal que tenían á su predicación evangélica y vida apostólica), y pudiendo el tirano Emperador admitir esta y otras cosas que falsamente contra

(*) Hace muchos años que desapareció. Cuando el P. San Antonio escribió su *Crónica*, en el siglo pasado, no encontró más que una copia de ella. El original no estaba ya en San Francisco. (Nota del Colector).

ellos decían, ó fingir otras de nuevo, como lo hacían cada día los émulos de los religiosos, diciendo que eran groseros, descorteses é indiscretos y otras cosas semejantes, por donde también el mismo Emperador podía mejor paliar su ruindad y vileza de haberse levantado con la hacienda de la nao, ó dar color á su inconstancia ó veleidad en mandar matar á los que antes favorecía, y por lo mismo que él los había dado licencia, nada de esto se puso en la sentencia, sino solamente que por predicar el Evangelio contra la voluntad del Rey (que en el Japón llaman la ley de Nembán) los mandaba crucificar, que es la causa más gloriosa que se podía dar para calificación de los que murieron, y la más injusta é infame que el bárbaro podía tomar para justificarse á sí en mandarlos matar. Pero dispúsolo Dios Nuestro Señor así para declarar por medio de aquel gentil la duda que de su apostólica predicación y dichosa muerte algunos pudieran tener. La causa calificó su muerte de verdadero martirio, y el martirio la causa, mayormente después que le ha declarado la Iglesia por tal; y puesto que la causa fué la predicación del Evangelio, síguese que fué cual debía ser; y si queremos aceptar la práctica de estos apostólicos varones, debemos seguir valiéndonos de ella, como de ejemplar, en las ocasiones que se nos ofrecieren, pues hasta ahora estas y otras semejante ha calificado la Iglesia, y no la práctica del dictamen contrario, que los gentiles tanto aplaudían, y aun les aconsejaban que la observasen; y porque no la guardaron ni hicieron caso, los mataron, ó fueron causa de que los matasen. Pero por medio del Emperador explicó Nuestro Señor que si se hubieran portado conforme al estilo y costumbre de los señores gentiles japones, y hubieran sido prudentes según su prudencia, cuerdos según su cordura y corteses según su política, aunque no les hubieran muerto, según algunos sienten, y es muy probable, pero no hubieran predicado como debían predicar, pues por haber hecho lo contrario los mataron; esto es: *por verdaderos predicadores del Evangelio.* Así lo dice hoy día Nuestra Madre la Iglesia, como que en predicar lo que ellos predicaron y de la manera que lo predicaron, consiste la verdadera predicación.

Por donde podemos también conocer que esto sólo es lo que se debe imitar y practicar, más ó menos, conforme al espíritu y fervor que diere Dios á cada uno, y según también lo que de nuevo le diere á entender, que no en todos es igual el celo. Nuestro Señor, aunque con todos se atempera, no igualmente se comunica á todos; pero dígolo si es que tiene lugar el consejo, que en caso de duda será mejor arrimarnos á los dictámenes que con su práctica califican los Santos y con su autoridad la Iglesia aprueba,

y dejar los dudosos, mayormente cuando se mezclan con algunas cosas que aprueban muy mucho los gentiles, ó están entre ellos en estilo y costumbres, que se deben tener por sospechosos; porque aunque se hagan con buen celo, en el malogro que tienen, da Dios á entender que no son de su gusto.

CAPÍTULO XI.

DE CÓMO FR. JERÓNIMO DE JESÚS SE QUEDÓ ESCONDIDO POR MANDADO DEL SANTO COMISARIO FR. PEDRO BAUTISTA PARA CONFORTAR Y CONSOLAR Á LOS CRISTIANOS, Y DE LO MUCHO QUE PADECIÓ HASTA VOLVER Á MANILA.

AUNQUE quisiéramos divertir la pluma á otra materia, haciendo pausa en la del martirio que hasta aquí hemos continuado, dejando por un rato á San Pedro Bautista en su prisión y calabozo, preparándose y disponiéndose en compañía de los demás Santos Mártires para la felicidad y dichosa suerte del glorioso triunfo que esperaban; pero su infatigable desvelo é incansable celo, que le obligaba á no hacer pausa en el bien que pudiese hacer aquella cristiandad del Japón, nos obliga á nosotros también á no soltarle de la boca, por más que nos queremos divertir; porque por cualquiera parte encontraremos con admirables documentos é instrucciones y otros singulares efectos, todos bien provechosos, de su acertado, discreto y prudente celo, que necesitan de particular advertencia para lo que hubiéremos de decir en adelante.

Entre otras cosas que ordenó y mandó en utilidad de aquella cristiandad, fué el que Fr. Jerónimo de Jesús se quedase escondido para consuelo de los cristianos, que muchos de ellos quedaban bien afligidos por la falta de sus padres y maestros; y que caso de que la persecución pasase adelante, matando á todos los cristianos, según se decía, los asistiese y animase á padecer con valor y constancia, ya con palabras, proponiéndoles la grande gloria del martirio, y la que se les promete á los que le padecen, y ya con obras, ofreciéndose él el primero á padecerle, porque á su imitación y ejemplo ninguno desfalleciese Esto se lo mandó el Santo Comisario por diferentes cartas (*),

(*) Don Bernardino de Ávila dice en su *Historia* (cap. 17) que vió tres billetes

las cuales refiere el mismo Fr. Jerónimo en una pequeña relación (*) que hizo sobre esto, en forma de carta, para un amigo suyo, que por tocar en ella todo lo que podíamos desear para satisfacción del capítulo, me ha parecido ponerla toda á la letra sin añadir otra cosa.

CARTA DE FR. JERÓNIMO DE JESÚS

PARA UN RELIGIOSO AMIGO SUYO.

"Acerca de lo que V. C. me pregunta y desea saber, entiendo que la mejor respuesta será hacer breve y sucinta relación y con palabras llanas de todo lo que me pasó antes y después de la muerte de los Santos Mártires, que por ahí se conocerá la causa de haberme quedado escondido y de haberme vuelto tan presto á Manila, donde al presente estoy.

"Es, pues, que cuando prendieron á mis compañeros y hermanos, así á los gloriosos y bienaventurados Mártires que estaban en Meaco y Osaca para los crucificar, como á los que estaban en Nangasaqui para llevarlos presos á la India (contra toda justicia y razón), estaba yo en el camino que hay desde Nangasaqui á Osaca por haberme enviado á llamar el Santo Comisario, mudándome de Nangasaqui, donde era presidente, á Meaco, yendo en mi lugar nuestro hermano Fr. Agustín Rodríguez, porque tenía necesidad de se curar, y en Meaco, donde estaba, no lo podía hacer; y á esa causa me mudaba á mí, y por eso también, como ya estaba fuera de Nangasaqui y no había llegado á Meaco ni á Osaca, no fuí preso ni en una parte ni otra. Pero sabiendo cuando llegué junto á Osaca la prisión de los de Meaco, me pareció más acertado ir hacia allá, que volverme á donde había salido; y así lo hice, con tanto peligro, como se puede creer de un religioso solo, pobre y necesitado, entre tantos gentiles, y que tenía tan poderosos enemigos, que ponían todo esfuerzo para haberme á las manos.

"Al fin, puestas todas mis esperanzas en Dios, subí á Osaca, donde también estaba preso mi íntimo amigo el Santo Fr. Martín; y enviéle á decir por un cristiano japón, que me dijese lo que hubiese de hacer, que aun todavía no tenía bastantes noticias de lo

---

escritos por San Pedro Bautista á Fr. Jerónimo de Jesús, ordenándole que se ocultase, "porque así convenía al servicio de Dios". (Nota del Colector).

(*) Debió escribir dos: una para un religioso, cuyo nombre no se dice, y otra para el P. Rivadeneira. Estas dos relaciones, aun cuando en substancia dicen lo mismo, se diferencian, no obstante, en algo, siendo más concisa la escrita al dicho P. Rivadeneira. Este Padre la copia en su *Historia* (lib. 5, cap. 32) donde puede leerla el curioso lector. (Nota del Colector).

que pasaba: y respondióme, que de noche me fuese en casa de un cristiano que él me señaló, y á dónde vivía, y que me encubriese el hábito, porque la persecución era tan grande contra nosotros, que por lo menos nos habían de desterrar de Japón, ó para la India, ó para las Filipinas.

"Con esto me fuí luego en casa del cristiano que me dijo, donde hallé á Fr. Juan Pobre; y luego tras él vino el general del galeón *San Felipe*, Don Matías de Landecho, con otro Padre de San Agustín, llamado Fr. Diego de Guevara, y otros seis españoles; los cuales, todos fueron llevados, como en prisión, á casa de un señor principal, que decían ser el rey de Urando; y viéndose sin favor, me pidieron que convenía al servicio del Rey católico, nuestro señor, que yo bajase á Nangasaqui á hacer un requirimiento al capitán de Macán, para que les favoreciese con el rey gentil (el cual da buena acogida en su Reino á los portugueses, y es muy estimado de él su capitán mayor, ó gobernador del mismo Macán.) Y para ello enviaron á pedir licencia al Santo Comisario, que estaba preso en Meaco; el cual me la envió, para que remediase la necesidad en que el General y los demás españoles estaban; pero como luego se supo que se trataba ya de hacer justicia de los religiosos que estaban presos, y temiendo que los matarían, esperé á ver en qué paraba. Y viendo que los cortaron las orejas y que los traían camino de Osaca, pregunté qué había de ser de ellos, y me dijeron que no morirían, sino que los perdonarían, si hubiese quien rogase al Rey por ellos; y como ví que ni yo ni los españoles del galeón teníamos posibles para hacer esta diligencia, con el sentimiento posible me encomendaba á Nuestro Señor para que hiciese de mí lo que fuese servido, y me inspirase lo que debía hacer; y parecía que veía en mi alma una guerra campal; porque por una parte peleaba el deseo de padecer martirio con mis hermanos, y ser siquiera su compañero en las afrentas y agravios que ya habían comenzando á padecer, y por otra mi indignidad, y otras cosas que por algunos justos respetos no digo, me combatían, de manera que no sabía qué hacerme, ni me podía aquietar; porque la batalla era viva y continua, combatido siempre de recelos y temores, que no acababa de distinguir si eran de los tormentos y muerte, ó de no errar en algunas cosas que se me ofrecían.

"Y al fin, creyendo que no me convenía fiar de mí en nada, me dejé en manos de la obediencia de mi Santo Prelado; el cual sabía yo (como de cierto y por la experiencia) que tenía espíritu de Dios, y así le escribí al camino, cuando bajaba de Meaco á Osaca, ya preso y cortadas las orejas, dándole la enhorabuena de su triunfo,

y rogándole me diese licencia para irle á acompañar, ó que me dijese á dónde sería mejor salirle á recibir, si al camino (como el hermano Fr. Juan Pobre me decía), ó irme á la cárcel; porque sino me mandaba otra cosa, esto era á lo que tenía más inclinación. Respondióme el Santo á esta carta, que no me escribía ni respondía por su mano, por llevarlas atadas; pero que de palabra me decía que me estuviese quedo; que en habiendo ocasión, él me diría lo que había y debía hacer; y luego en llegando á la cárcel, le volví á escribir diciendo que, pues no me decía nada, por la mañana me tendría en su compañía y de los demás Mártires. Entonces me respondió por su mano estas palabras:

(CARTA DEL SANTO COMISARIO
Á FR. JERÓNIMO DE JESÚS).

'Hermano Fr. Jerónimo: Nosotros estamos condenados á muerte de Cruz por predicar el Santo Evangelio; hannos cortado parte de las orejas, y dicen que nos han de cortar las narices. Yo le ruego que para consuelo de los cristianos se quede por ahora oculto, y le doy toda mi autoridad y de nuestro hermano Provincial; y no digo más fiado en la pronta obediencia de V. C. Encomiéndenos á Dios, que por gran merced tenemos ésta de padecer por su amor. Reciba V. C. encomiendas de todos estos hermanos y de los japones, que algunos están aquí con un ánimo que es para alabar á Dios'.

"En otra segunda carta que me envió me decía que lo que me había escrito en la primera, era lo que me convenía; y en fin, que me quedase, que Dios aceptaría mi voluntad de querer padecer por su amor. Mas sabiendo que ya salía de la cárcel para ser crucificado, según decían, partiéndoseme de dolor el corazón en quedarme y no ir en su compañía á morir, le envié á decir que pronto y obediente estaba á todo lo que me mandaba; pero que le suplicaba por amor de Dios que, si había lugar, me diese licencia para acompañarles en tan glorioso martirio; y entonces me envió la tercera carta, cuyas palabras son estas:

'Hermano Fr. Jerónimo: Lo que primera y segunda vez le he rogado, se lo ruego por tercera; y porque no dude de mi voluntad y tenga en ello más merecimiento, se lo mando por santa obediencia porque esto es lo que conviene según Dios. Él le guarde y conserve en su santísima gracia. De esta cárcel de Osaca, á cinco de Enero.'

"También mandó al bendito Fr. Francisco Blanco que me escri-

biese en su nombre que me hacía su sucesor y Comisario, faltando nuestro hermano Fr. Agustín Rodríguez, ó por causa de muerte ó destierro; y sabe el Señor si esta vida que me concedía la obediencia me era de gusto ó no; pero entendía que esta era su Santísima Voluntad, á la cual rendía la mía; y cautivando mi entendimiento á sus disposiciones misteriosas é incomprensibles juicios, le ofrecía mi deseo, que era de morir por su amor; aunque de todo me juzgaba indigno. Y como estando en la cárcel el Santo Comisario y yo también casi preso, me dió oficio de prelado y pastor, siempre le he ejercitado las veces que me han encarcelado y puesto guardias; y á Dios gracias, aunque preso por su amor, nunca dejé de ayudar en lo que pude á los cristianos con mis consejos y oraciones, ni tampoco dejé de ladrar, abominando las falsas sectas de los gentiles, cuando me pareció que era necesario.

"Y aunque me quedé en Osaca por virtud de la obediencia de mi Santo Prelado, y por esto, muy confiado en Dios que me había de ayudar y librar, no faltó quien pretendiese atajarme los pasos; porque me quitaron de dos casas de dos hombres principales que me recibían con mucho gusto y de otra de un pobre, y después me echaron de otra. Y viéndome en tal aprieto que ya no tenía parte segura, y que parecía que todos se habían conjurado contra mí, dije al que me traía en estos trances: 'Ahora pues, vesme aquí; haz cuenta que soy como otro Jonás: si por mí es esta tormenta, haz de mí lo que quisieres'.—Á lo cual me respondió que, por esto, el mejor medio sería y la más acertada traza echarme en el mar; y para esto ví ya un barco aparejado. Y estando yo así en la puerta de Osaca, en el mes de Enero, cubierto de nieve por la mucha que caía del cielo, y disimulado el hábito con un vestido de japón, y grandemente atribulado, porque ni sabía si me llevaban á crucificar ó si á echarme al mar, alcé las manos al cielo y con verdadero sentimiento de mi alma y corazón dije: 'Señor mío Jesucristo, Redentor de mi alma, bien sabéis que esta vida que me habéis concedido no la quiero para otra cosa sino para emplearla en vuestro servicio, y que, en cuanto ha sido de mi parte, os la he ofrecido muchos años ha, particularmente después que entré en Japón, y nunca con más voluntad que cuatro días ha, pues sabéis con cuanta alegría deseaba acompañar á mis hermanos en muerte ó en vida. La obediencia fué la que me hizo negar mi voluntad, y no quiero tener otra sino la Vuestra y la de mi Santo Prelado; y pues ésta es de que me quede escondido, mirad Vos, Señor, cómo ha de ser, ó haced lo que quisieres de mí'.

"Aquí experimenté la fuerza de la obediencia y las maravillas

que Dios Nuestro Señor hace mediante ella, porque estando yo en esta aflicción, asomó por una parte el que me venía á meter en el barco (como él decía) y por otra tres japones, que tomándome de la mano, me dijeron: *¿A dónde va, Padre Fr. Jerónimo?* Admirado yo de que me conociesen, así por estar en el traje que estaba, como por haber estado pocas veces en aquella Ciudad, les respondí: 'Yo no lo sé, señores; pero yo estoy resignado en las manos de Dios para ir á donde me quisiere llevar, ó Él permitiere que me lleven.—Padre, véngase con nosotros (me dijeron), porque sepa que aquel hombre le llevaba engañado para echarle en el mar.' Y era así, que además de haberlo él dicho, para esto sólo era la prevención del barco; y dejándome llevar de los tres, el otro daba voces que no fuese, diciendo que también me llevaban engañado, y casi estuve determinado de no ir de mi voluntad con ninguno, sino que me llevase el que más pudiese; pero acordándome de la fidelidad del Señor, parace que sentí en el corazón que no era así como decía el del barco, y que él solo era el que por todos caminos me quería engañar; y al fin, de que vió que yo no quería embarcarme, fué á llamar gente para que me prendiesen; pero los tres anduvieron tan puntuales, que en menos de un cuarto de hora me llevaron cerca de una legua de la Ciudad y me pusieron en casa de un gentil que tenía por allí labranza, y le encomendaron mucho que tuviese cuidado conmigo. Fué en esta ocasión tan grande mi cansancio, fatiga y angustia que entendí que había llegado la hora de salir de esta vida mortal.

"Al fin, vuelto en mí, y confortado con la refección que me dió el infiel, y hecha oración al Señor por la merced que me había hecho de librarme, recostado en una pobre cama, me dormí. Pero apenas me había quedado dormido, cuando desperté asustado, y palpitándome el corazón, que no me podía aquietar, lloré muchas lágrimas, quejándome amorosamente á Nuestro Señor de que me hubiese privado de aquel gozo que yo tenía en morir con mis hermanos, y dejándome entre tantos sustos y temores; aunque bien conocía que mis pecados eran la causa de todo. Sosegado el corazón con el grande cansancio que tenía, me volví á quedar dormido y tuve un sueño que me debió de durar la mayor parte de la noche; porque tantas cosas que me pasaron, ya de placer, ya de tristeza, necesitaban de mucho tiempo.

"Parecíame que veía muchas cruces, y á mis hermanos crucificados en ellas, y otra en la cual me ponían á mí; y que al tiempo que querían levantarme en ella, llegaba Nuestro Padre San Francisco, diciendo: *Este no, que le he menester yo.* Deteníame un poco,

pero veía luego correr la sangre de las heridas de mis hermanos, y que por ellas se asomaban los corazones abrasados en amor de Dios que, á mi parecer, despedían llamas. Yo no sentía nada de esto en el mío, y creyendo que hasta que me crucificasen no había de sentir aquel fuego, volvía otra vez como porfiando que me pusiesen en la cruz, y así me parece que lo hacían, con lo cual me alegraba mucho; pero de que veía que otra vez me volvía á quitar Nuestro Padre San Francisco, me entristecía; y en esto debí de estar mucha parte del tiempo hasta que como con fuerza me quitaron de la presencia de mis hermanos y me llevaban por montes y escondrijos, y que andaba como fugitivo, triste, melancólico y perseguido de gentil en gentil, sin hallar consuelo alguno.

"Con esta aflicción desperté, y luego me puse á considerar en el sueño; y aunque le tenía por tal, no le podía echar de mí; y siendo ya de día, vino un mancebo japón, cristiano, que así que me vió, comenzó á llorar; y como yo estaba dispuesto, no hubo menester más para hacer también lo mismo, aun sin saber porque el mozo lloraba. Luego me dijo cómo venía de con los Santos Mártires, que iban ya camino de Nangasaqui, y no acababa de ponderar la alegría y gozo con que iban, como si fueran á un gran convite, que así lo explicaba el japón, deshaciéndose juntamente en lágrimas; lo cual, aunque todo lo oía yo con gusto, por otra parte parecía que se me partía el corazón, no sé si de envidia santa, ó del amor que les tenía. Dióme entonces una carta del Santo Comisario, y aun antes de saber lo que decía en ella, sentí notable consuelo en mi alma; porque el amor que yo le tenía y concepto grande de su santidad, me obligaba á hacer grande aprecio de todas sus cosas, y sus cartas las guardaba como reliquias. La carta decía:

'Hermano carísimo: Nuestro Señor le consuele y sea en su compañía. Aunque siento mucho la soledad que V. C. padecerá con la ausencia de sus hermanos, todavía espero en Nuestro Señor que como á verdadero obediente le favorecerá y será en su ayuda. Yo y estos hermanos vamos muy edificados de su buen espíritu en querer morir en nuestra compañía, pero mucho más en que haga la obediencia, quedándose para consuelo de los cristianos; porque como la perfección ó el servir á Dios perfectamente no consiste en hacer nuestra voluntad ni en lo que nosotros queremos servirle, sino en lo que su Divina Majestad quiere que le sirvamos, de ahí es que conformándose V. C. con la Divina Voluntad, aunque le parezca que no hace nada andará siempre más acertado y hará mucho, y tanto como dice San Dionisio: *Divinissimum omnium divinorum est Dei cooperatorem fieri.* Y haciendo V. C. todo lo que fuere posible por la sal-

vación de las almas que Él con su sangre redimió, cooperará en alguna manera á la redención, y podrá decir con San Pablo: *Adimpleo quæ desunt passionibus Christi.*

'Y en fin, hermano carísimo, por ahora conviene para el servicio de Dios, provecho y utilidad de las almas, se queden algunos hermanos escondidos para el consuelo de estos cristianos que quedan en gran peligro de cuerpo y alma; y aunque convino que no huyésemos, sino que hiciésemos rostro á la persecución para ejemplo y ánimo de los cristianos, todavía importaría el que del todo no quedasen los hijos defraudados de la presencia del padre espiritual y destituídos de toda doctrina, particularmente en tiempo de persecución. Y si no nos hubieran cogido tan de repente, diera orden de que otro se quedase y escondiese; mas no nos dieron lugar para esto, y aunque he mandado lo mismo á los de Nangasaqui, no sé si mi carta llegará á tiempo que lo puedan hacer, ó si les habrán dado lugar para esto, que también me dicen que están presos.

'Y así, hermano carísimo, Nuestro Señor ordenó que quedará V. C. fuera de registro para que pudiese acudir á esta necesidad tan grande; y esta ha sido la causa de no haber yo correspondido con su buen espíritu y deseo, y entiendo que no le faltará ocasión en que se le cumpla; porque ya sabrá que cuando nos intimaron la sentencia en Osaca, nos dijeron que mandaba también el Emperador que los que hasta aquí se han hecho cristianos mueran, y los que se hicieren en adelante, ellos y toda su generación: con que por lo menos los cristianos que nosotros hemos hecho en Meaco y Osaca morirán. Y así dice la pública voz y fama, porque el Emperador se ha airado mucho contra todos los cristianos, y en especial contra los nuestros, por los malos informes de los gobernadores, y que están ya registrados la mayor parte. Por lo cual, V. C. esté muy advertido en esto, de que si se ejecutare esta sentencia, como sospechamos se ejecutará presto, acuda á Meaco ó á otra cualquiera parte, donde fuere mayor el número, á confesar, animar y exhortar á los cristianos; y allí con mayor cuidado, á donde hubiere mayor necesidad, no desamparándoles en el peligro por huir de él, sino haciendo oficio de buen pastor: *Bonus pastor ponit animam pro ovibus suis, mercenarius autem fugit etc.* Y para esto, todas las diligencias que viere que conviene hacer, las haga; porque importa mucho acudir á la salvación de las almas que Cristo Nuestro Señor redimió con su preciosa sangre.

'Y vuelvo á advertir á V. C., que no deje de hacer todo lo que pareciere que conviene para este efecto, y sobre todo, lo que Dios Nuestro Señor le inspirare; porque mire que es muy buen Maestro, y según es su grande Bondad y Misericordia, mientras más solo y desam-

parado se halle, le ha de favorecer más é inspirarle lo mejor y más conveniente para su alma y las de sus prójimos por cuyo amor ha sacrificado su voluntad. Y porque si se mostrase con el hábito, podría ser que le echasen luego mano y le encarcelasen ó desterrasen, y no pudiese acudir á la necesidad de los cristianos, por tanto, si consideradas bien las circunstancias le pareciere que conviene mudarse el hábito y quitarse la corona, lo podrá hacer con la bendición de Dios y mía; y si también viere que todavía va la sentencia del Rey adelante, y se ejecuta en los cristianos con el rigor que nos tememos, y Vuestra Caridad viere que para animarlos más es conveniente que el Padre vaya delante de sus hijos que engendró en la sangre de Jesucristo Nuestro Redentor, dándoles ejemplo, como lo hizo también el mismo Señor, que muriendo primero por la honra del Padre y por el amor que nos tenía, nos dejó ejemplo de lo que habíamos de hacer por amor de Él y de las almas que redimió, con la bendición de Dios y de N. P. S. Francisco y la mía, manifieste el hábito de Nuestra Sagrada Religión, aunque hasta entonces, porque convenía así, le haya encubierto; porque en tales ocasiones no conviene encubrirse ni dejar diligencia que se juzgue ser conveniente, así para animar y confortar á los fieles como para confundir á los infieles, y justificar en todos la causa de Dios.

'Por lo cual, V. C. esté muy dispuesto y aparejado para lo que sucediere, y se encomiende muy de veras á Nuestro Señor, que Él le enseñará é inspirará lo que conviene, y eso será siempre lo mejor y más provechoso; y no hay que fiarse de su saber, prudencia y experiencia, que no vale todo eso nada en tales casos que no se previene la mitad de lo que es ó ha de suceder, y Dios sí que lo ve todo de muy lejos, y conforme á esto inspira y gobierna á los que se quieren dejar gobernar de Él, y no tienen confianza de sí.

'Acá nos llevan por tierra á Nangasaqui con hartos trabajos de fríos é incomodidades de caminos; pero, aunque padecemos mucho, vamos todos muy consolados y alegres en el Señor á morir por su amor. ¡Él sea nuestro amparo *usque ad ipsius conspectum!* Esa carta que va sin firma me envió el Padre Morejón; V. C. la lea y la envíe á Luzón. Á Dios hermano carísimo, Nuestro Señor le consuele, que á no estar cierto que su quedad ha de ser de mucho servicio de Nuestro Señor y de esta cristiandad, yo hubiera correspondido á su buen espíritu de querer morir por su amor; pero yo le doy palabra de serle muy fiel amigo ante aquel Divino Señor, cuya cara espero ver muy presto, fiado en su infinita Misericordia. De este camino de Nangasaqui, diez de Enero'.

"Recibida esta carta, en la primera ocasión que se ofreció, me partí para Meaco, y sabe Dios con qué trabajo, con qué peligro, con qué

aflicción, y hallélo (á Dios gracias) todo quieto: á las mujeres de los Mártires ya puestas en libertad, y los cristianos muy quietos, y todo como si solamente la persecución de los frailes hubiera sido ruido, hechizo, para echar la Religión de San Francisco de Japón. Visto esto y considerando que por echarme á mí, por ventura se levantaría otro ruido y tormenta peor que la pasada, determiné de bajar en secreto á Nangasaqui por si podía coger las reliquias de mis hermanos y enviarlas á Manila, y pedir compañeros, dando razón del estado en que estaba esta cristiandad.

"Para esto me puse en camino, y sabe Dios que con esperanzas de hallar algún farvor y arrimo en los que antes me perseguían, creyendo que la vida y muerte de mis gloriosos hermanos habría ya dado alguna luz para el desengaño, juzgando ya por digno de alabanza lo que antes miraban con ojos de carne y sangre y como cosa de vituperio; mas ya que por entonces no fué así, algún día conocerán su ignorancia y los gentiles también, ministros de esta persecución, la honra que es padecer por Cristo, viendo á los que tenían por malhechores puestos entre los hijos de Dios en el Cielo, coronados de la corona del martirio y premiada su pobreza, juzgada de los necios por vileza, con la riqueza de los tesoros celestiales; y su humildad y menosprecio de sí mismos, por lo cual eran desestimados de los poderosos del mundo, será ensalzada con incomparable gloria conforme á la palabra infalible de Cristo Nuestro Señor.

Llegado, pues, á Nangasaqui, me fuí en casa de un devoto cristiano con todo secreto, y allí envié una carta al Padre Viceprovincial de la Compañía, rogándole que me hiciese caridad de prestarme un ornamento para decir Misa secretamente sin que nadie me viese. Respondióme que no sería posible encubrirme, y así lo ví muy en breve, porque dieron aviso al Gobernador gentil de la Ciudad, y por su orden me echaron de dos casas de portugueses á donde decía Misa, y me quitaron el recado; y queriéndome ir á ver con el embajador que había venido de Manila al emperador Taycosama, no sólo no me dejaron ir á Firando, á donde decían que estaba, mas me pusieron guardas y estuve sin decir Misa algunos meses, y después me encarcelaron, y últimamente me desterraron de Japón á Filipinas, ya se ve con cuanto sentimiento de mi corazón, viendo que por mis pecados (que estos creo que han sido la causa de todo) no había merecido ser mártir con mis hermanos, ni merecía ser mártir de la obediencia, ejercitando por ella y por la caridad lo que mi Santo Prelado me tenía encomendado; lo cual deseaba yo también sobremanera, porque la manifiesta necesidad en que quedaba aquel paganismo de predicadores y ministros del Santo Evangelio me engendraba tanta compasión, que

quisiera yo no sólo sacrificar mi vida de voluntad y por devoción en aquel ministerio, mas me veía obligado en conciencia.

"Finalmente, salí de aquel Reino, y después de haber padecido algunos trabajos en la navegación, ordenó Nuestro Señor que el navío en que yo venía arribase á Macán, donde hallé á mis hermanos y compañeros que habían ido desterrados; y por algunos favores nos dejaron á todos libres, y nos volvimos á Manila, de donde había salido para Japón más había de tres años á predicar el Santo Evangelio; y con la ayuda del Señor espero volver allá otra vez muy presto."

Hasta aquí la relación de Fr. Jerónimo de Jesús en razón de su quedada en el Japón por orden del Santo Comisario. Adelante se pondrá lo que resultó de ella, y el grande bien que hizo Nuestro Señor á aquella cristiandad mediante este religioso, y por ahí se conocerá que no fué sola disposición humana el haberle mandado San Pedro Bautista quedar escondido, sino particular acuerdo del Cielo, pues tuvo tan admirables efectos como diremos adelante, no esperados ni imaginados en tan breve espacio de tiempo. Y porque aquí hace mención de los demás religiosos que no entraron en el martirio, y por ventura deseará alguno saber qué se hizo de ellos me ha parecido dar breve razón de todo lo que les sucedió hasta volver á Manila, para lo cual es el capítulo siguiente.

Capítulo XII.

De lo que sucedió á los demás religiosos que estaban en el Japón.

NCE eran los religiosos franciscos que se hallaron en el Japón al tiempo de esta persecución y de solos los seis que estaban en Meaco y Osaca hicieron caso y echaron mano para crucificarlos, según hemos dicho, dejando otros cinco que había comprendidos también en la misma sentencia: los tres en el puerto y ciudad de Nangasaqui cuyos nombres son: Fr. Agustín Rodríguez, Fr. Bartolomé Ruiz y Fr. Marcelo de Rivadeneira; y los otros dos en los alrededores de Meaco y Osaca que se decían: Fr. Jerónimo de Jesús y Fr. Juan Pobre; y quien no supiere lo que les sucedió, por ventura dirá que fué la razón, porque, como entendía el Emperador tirano que estaban en Nangasaqui, donde había mucha población de cristianos de fuera del Reino, presumiría que ocupados en predicarles, no tendrían cuidado con sus japones; y cuando quisiesen tenerle, viendo lo que por sus compañeros había pasado, por no verse en otro tanto, les dejarían y se irían del Reino.

Si ello fué así, Dios lo sabe: lo que todos sabemos es que, cuando los Santos Mártires llegaron á Nangasaqui á ser crucificados, no estaban ya en aquella Ciudad ninguno de los cinco religiosos sus compañeros, permitiéndolo así la Divina Clemencia, que por sus ocultos juicios no quiso que por entonces alcanzasen la corona de Mártires; aunque tampoco les faltó su género de martirio, como luego veremos, que, si esto no fuera confiadamente, me atrevo á decir que todos, si les diera

lugar, se ofrecieran de bonísima gana á morir (*) en compañía de aquel santo y bien ordenado escuadrón. Del uno de ellos, que era Fr. Jerónimo de Jesús, ya hemos visto en el capítulo antecedente las diligencias que hizo para morir en compañía de sus hermanos, y por éste quiero juzgar á todos los demás, que no tenían menos deseo de morir en tan justa demanda, como es la predicación y promulgación del Evangelio; y en cuanto á las diligencias para ser participantes de tan gloriosa corona, no sé que ninguno les hiciera ventaja, á no haberles atajado los pasos, como se verá en la relación de lo que les sucedió en esta ocasión y persecución.

Y comenzando por los tres de Nangasaqui, sucedió que, habiendo Taycosama declarado su intento de la manera que habemos dicho, condenando á los Padres franciscos y perdonando á los de la Compañía, envió orden á Fezamburo, gentil, lugarteniente ó acompañado de Tarazava, su hermano, gobernador de Nangasaqui, de todo lo que había de hacer acerca de los cristianos y predicadores del Santo Evangelio, avisándole también que estuviese apercibido, porque dentro de pocos días le haría llevar los frailes de San Francisco á Nangoya, donde él asistía, para que desde allí los llevase á Nangasaqui, donde los habían de crucificar. Con este aviso le llegó también el de los regentes-gobernadores en que le declaraban la voluntad del Rey, y le mandaba que en ninguna manera dejase pasar á Meaco ningún religioso á predicar el Evangelio y Ley de los cristianos, ni menos consintiese que en toda su gobernación se predicase.

Recibido el despacho del Rey y de su consejo, hizo Fezamburo llamar á su sustituto ó alcalde mayor y á otros dos ministros regidores de la misma tierra y al Padre Juan Rodríguez de la Compañía, intérprete que era de Taycosama, y notificando á todos la cédula real, dió al Padre Juan Rodríguez el cargo y cuidado de que los demás Padres de su Religión no anduviesen predicando ni se conmoviesen, porque de lo contrario, podían todos ellos correr mucho peligro. A los dos regidores mandó que rigurosamente prohibiesen y velasen sobre ello, de manera que ningún japón fuese á la iglesia, ni se hiciesen congregaciones de cristianos, ó algún otro acto exterior que pudiese ser notado de los gentiles, porque no fuese á oídos del Emperador y se indignase con todos.

Y finalmente, después de larga consulta, dió orden al sustituto ó alcalde mayor que á los tres religiosos de San Francisco

(*) Ninguno al menos, no obstante de saber estaban todos condenados á muerte, trató de huir, ni de esconderse. (Nota del Colector).

que moraban en su convento de Nangasaqui los hiciese salir fuera y retirarse al navío de los portugueses de la India que estaba allí surto; y cuando no quisiesen de grado, los hiciese por fuerza, compeliendo á unos y á otros: á los religiosos que se embarcasen, y al capitán de la nao que los recibiese; y si por caso que alguno de ellos huyese, le pregonase y mandase buscar y entregar al señor gobernador del pueblo donde fuese hallado, porque no fuese el segundo yerro peor que el primero. Ejecutó con los religiosos el ministro tan puntualmente lo que le fué mandado, que sin aguardar términos de justicia y razón, y bastar ninguna para con él para dejarlos ir siquiera á despedirse al colegio de la Compañía, ni aun dejarles ir buenas á buenas, y sin darles lugar á la menor cosa del mundo, les hizo salir de su convento y llevar por aquellas calles con harta ignominia y afrenta.

Mostraron los cristianos en esta ocasión su acostumbrado fervor y espíritu y deseo del martirio, que no sufriéndoles el corazón ver ultrajar á sus padres y maestros sin entrar á la parte con ellos, publicaban su santidad é inocencia y abominaban la osadía y atrevimiento de los gentiles, y pospuesto todo temor y miedo, se iban á meter, como dicen, á la boca de la muerte para acompañar á sus maestros si ellos muriesen. No había medio de apartarlos de los religiosos, aunque eran muchos los palos que los impíos verdugos les daban, y sobre toda ponderación los escarnios y vituperios que les hacían, teniendo por mejor padecer esto, por no privarse de su compañía: tal era el amor que los tenían.

Movíales á devoción y ternura el esfuerzo, valor y alegría suma con que el santo y venerable viejo Fr. Bartolomé Ruiz padecía aquella ignominia, que siendo ya de más de setenta años, lleno de enfermedades y achaques, con un Cristo en las manos, no cesaba de predicar, sin ser poderosas las muchas fatigas que iba padeciendo, ocasionadas las unas de sus muchos años y enfermedades, y otras de las vejaciones de los verdugos, que los hacían andar más que de paso por aquellas calles, para aprisionar su lengua, cesando de predicar y consolar á aquellos cristianos que tampoco cesaban de llorar, parte de compasión en ver así ultrajados á sus maestros, y parte de devoción por el fervor y alegría grande que mostraban en medio de sus trabajos.

Llegados al navío, fueron entregados al capitán de él, para que los guardase y no dejase salir fuera; y luego se dió público pregón que ningún barco ó salva ni otra cualquiera embarcación los volviese á tierra, so pena de la vida. De allí á poco llegó una carta del Santo Comisario, que venía ya camino de Nangasaqui, en que

les mandaba que, si posible fuese, uno ó dos de ellos se escondiesen para confortar y consolar á los cristianos en la persecución general que se esperaba, encargándoselo con las mismas circunstancias que se lo había mandado á Fr. Jerónimo, según queda ya referido.

Por entonces parecía imposible la ejecución del mandato por ser tan rigurosa la pena que había puesto el Juez al que los sacase del navío; pero tenían de su parte al capitán, que, á fuer de cristiano y devoto de Nuestra Sagrada Religión, sentía notablemente tener presos á los religiosos en su misma nao por orden de un gentil, contra el cual se enfurecía sobremanera, y contra todos los que le habían dado semejante arbitrio y habían dado parte en aquella pasión, renegando por instantes de los respetos humanos é intereses temporales que le ataban las manos para no poder obrar con toda resolución, conforme él echaba de ver que importaba aquella cristiandad, dejando ir libres á los religiosos ó por lo menos alguno de ellos, según decía el Santo Comisario en su carta. Mas al fin, prevaleciendo su cristiandad y celo á cuanto se le proponía en contrario, dió orden cómo Fr. Marcelo de Rivadeneira saliese fuera y se huyese, como lo hizo, andando escondido entre arboledas y cañaverales; el cual, viendo que no podía pasar de aquella manera ni vivir mucho tiempo, se manifestó á un gentil conocido para que le encaminase la tierra adentro y después á algunos cristianos, y todos se excusaron, considerando la dificultad tan grande que había en el caso, ni menos á tenerle en su casa, hasta que, finalmente, se manifestó á dos portugueses, que fué lo mismo que ponerse en manos de la justicia; porque á título de piedad, ellos mismos solicitaron que se volviese á la nao, y al fin lo hizo, no de su voluntad, sino impelido de los ministros de la justicia que luego supieron su huída. De allí á adelante se pusieron guardias dentro del navío, que de día y de noche no los perdían de vista.

Aquí estuvieron sesenta y siete días, á vista del glorioso triunfo que estaban publicando sus hermanos con sus compañeros, que de allí á poco fueron crucificados, renovándoseles siempre que los veían, el dolor de no haberlos acompañado; aunque no por eso dejaban de mirarlos y remirarlos, porque si por una parte les causaba dolor, por otra les consolaba y recreaba; y así, en despertando, su primera diligencia era salir al combés de la nao y tender la vista hacia aquel crucificado escuadrón que estaba en distancia proporcionada, y con un humilde y piadoso sentimiento y envidia santa, daban amorosas quejas á Nuestro Señor porque, habiendo sido sus compañeros en la predicación del Evangelio, no lo eran en su gloriosa muerte. Luego hacían muchos actos de humildad, y con profundo rendi-

miento veneraban los incomprensibles juicios de Dios, considerando que como el martirio es singular merced y favor suyo, le hace á quienes es servido y de la manera que Él quiere; de quien se puede decir lo que de la predestinación dice el Apóstol: *Non volentis, neque currentis, sed miserentis est Dei (Rom. IX. 16.)*.

Con esto se compadecía derramar muchas lágrimas, prorrumpir en afectuosos suspiros y dar grandes sollozos y gemidos que enternecían y quebrantaban el corazón á cuantos los veían. Por otra parte se consolaban con las esperanzas que tenían que, si los habían perdido en la tierra, los tenían ganados y seguros en el Cielo, donde les serían más propicios con su intercesión, que si vivieran y gozaran en esta vida de su agradable trato y conversación. Finalmente, la memoria de los muchos tormentos y penas que habían padecido sus Santos Hermanos hasta dar la vida en aquellas cruces que estaban mirando, les servía de estímulo para llevar con paciencia aquella pequeña cruz que en su prisión padecían; y en ser por la predicación del Santo Evangelio les era de tan gran consuelo, que el no ser mayor, era lo que les causaba mayor pena y dolor. Consoláronse también mucho con la presencia de su buen hermano Fr. Juan Pobre, que, por orden del mismo Gobernador, fué llevado preso en la nao en que los tres estaban, habiéndole asimismo Nuestro Señor, por sus altísimos juicios, librado de la persecución en ocasión que andaba más en medio de ella.

Había estado antes este animoso fraile en el Japón, y el Santo Comisario Fr. Pedro Bautista le había enviado, con el mérito de la santa obediencia, con recaudos de importancia á esta su Provincia de San Gregorio de Filipinas, y de aquí iba con los mismos á España en el galeón *San Felipe* en compañía del Santo Mártir Fr. Felipe de Jesús. Verdaderamente que aquí se pasma, encoge y rinde el juicio más remontado, considerando que, habiendo Nuestro Señor vuelto á este santo Religioso por tan extraños medios al Japón, librándole en el camino de tantos peligros de muerte, que parece que le iba Su Majestad guardando para esta buena ocasión de mártir, no quiere servirse de él, y se sirve de Fr. Felipe, su compañero, que nunca había estado en el Japón, y poco tiempo en la Religión: secretos son del Altísimo que sabe la predestinación de cada uno, y quiere que le gocemos por diferentes caminos.

¡Oh cuantas veces (¡válgame Dios!) y con qué fortaleza y espíritu se andaba el fervoroso Pobre ofreciendo tras cada paso á la muerte, porfiando contra el cuidado que tenían de su vida los españoles del navío! ¡Él, como oveja desvalida, por juntarse con la manada que llevaba escogida para su Padre Eterno el Divino Pastor Cristo, buscando la

muerte, y la muerte huyendo de él! Venía de Osaca para Nangasaqui en compañía de los españoles de la nao por habérselo así mandado el Santo Comisario, y donde quiera que oía decir, *por aquí van los frailes de San Francisco que han de ser crucificados,* cuando más descuidados estaban, se les escabullía de la cuadrilla, y era menester para buscarle ir cada uno por su parte, porque todos le necesitaban para su consuelo y arrimo. Dijera esto muy bien el alférez Pedro Cotelo, su más aficionado, y por tanto debía de tener de él más cuidado, librándole todos de él. Este, pues, fué el que con más solicitud le buscaba siempre que se les escabullía por irse á meter entre los Santos Mártires, y habiéndole vuelto algunas veces á la compañía de los españoles, una le dijo el buen Fr. Juan, derramando muchas lágrimas, que por qué era su verdugo y le quitaba ir á padecer con sus hermanos. Al fin le llevaron hasta Nangasaqui donde ellos iban siempre con temor de que no se les fuese: tal era su deseo y ánimo de morir por Cristo.

En un pueblo pequeño, cosa de una jornada de Nangasaqui, encontraron á Fezamburo, juez, á quien se ha dicho estaba sometida la causa de los Religiosos Mártires, y preguntando por ellos, con harto dolor de todos y más de Fr. Juan Pobre por no haberlos encontrado, le respondieron que no los habían visto. Díjoles que bien se holgara de que el Emperador hubiera cometido aquella ejecución á otro y no á él, porque por sus dioses juraba, que según lo que había oído decir, aquellos hombres eran buenos y morían injustamente. Despidióse diciéndoles que le hablasen en volviendo él á la Ciudad, porque también le estaba encomendado el darles las doscientas fanegas de arroz que mandaba el Emperador por su carta, y que también tenía mandado hacer cincuenta cruces.

No le dió mucho gusto el oir semejantes palabras, porque hechada su cuenta, bien cabían ellos en aquel número, y no imaginaban que pudieran ser para otros; porque para todos los cristianos de Nangasaqui eran pocas, y para los frailes que allá estaban, muchas; y contándose á sí mismos con ellos, venían á hacer la cuenta casi cabal, ó bien poco menos. Y aunque el mandarlos aviar para Manila no se podía compadecer con mandarlos crucificar en Nangasaqui; pero como el recelo estaba más de parte del engaño que de la lealtad y fidelidad, confirmados con lo que habían visto acerca de la hacienda de la nao, creían que todo era añagaza para cogerlos más descuidados.

Con este recelo llegaron á dormir á una venta, tres leguas de la Ciudad, y estando en lo mejor del sueño, que sería como á media noche, comenzó un gran ruido de voces y golpes, que abriesen. Aquí fué su miedo, creyendo que ya les sucedía lo que hasta allí eran recelos,

hasta que oyeron decir, hablando con los venteros, que echasen fuera á la gente que hubiese dentro y desocupasen la posada, porque venían los presos, y era forzoso descansasen un rato, porque habían de llegar á Nangasaqui muy de mañana. Y ya que contra ellos no era el ruido y tropel de gente, quisieron los españoles aguardar á los Santos Mártires, y sobre todo Fr. Juan Pobre, por lo que hemos dicho; pero no hubo remedio, por llevar orden de que no dejasen que alguno del galeón perdido hablase con ellos. Con lo cual, aunque el tiempo era desacomodado y trabajoso y el general enfermo, se hubieron de partir sin saber camino y bien afligidos del frío por ser en el rigor del invierno.

Vista por Fr. Juan Pobre tan buena ocasión, disimuló como pudo hasta la Ciudad, donde llegaron antes de amanecer, y ayudado de la oscuridad, hurtó el cuerpo á los que le llevaban, y se fué á encontrar con los Santos Mártires. Venía delante Fezamburo, á caballo, y como vió á Fr. Juan, le detuvo y preguntó que á dónde iba. "Voy (dijo él) á meterme con mis compañeros y hermanos, y á que sea de mí lo que fuere de ellos.—¿No ves (replicó el Juez) que antes de una hora los he de crucificar?—Pues me has de crucificar á mí también (respondió Fr. Juan Pobre), porque si á ellos los crucificas por predicadores de la Fe, yo también lo soy, y merezco la pena que á ellos les has de dar.—Bien veo (dijo Fezamburo) que eres compañero suyo; pero no te quiero matar á tí, que de ellos me pesa á mí tanto, que, si en mi mano estuviera, no los crucificara".

Como todavía porfiase Fr. Juan por llegar á donde sus hermanos estaban, mandó á cuatro soldados japones que le maniatasen y llevasen á la posada de los españoles. A esta sazón llegó el solícito alférez Pedro Cotelo, que habiéndole echado menos, é imaginando lo que podía ser, le había salido á buscar, y le volvió consigo, acompañándole los cuatro japones, á quien mandó el Juez que no le dejasen, porque no se les huyese. Y así llegaron con él hasta ponerle en seguro con los españoles, que tuvieron buen cuidado de guardarle para llevarle consigo á Manila. Bien que sucedió muy al contrario de lo que ellos querían, porque aquel mismo día, que fué del glorioso martirio, apenas había Fezamburo llegado á la Ciudad, cuando mandó que fuesen por el dicho Fr. Juan, y sin bastar ruegos, le sacaron de casa, á pesar de todos, y le llevaron al navío de la India, donde le pusieron á buen recado en compañía de los confesores de Cristo Fr. Agustín Rodríguez, Fr. Bartolomé Ruiz y Fr. Marcelo de Rivadeneira para dar con todos cuatro en Macán.

No dejaban los piadosos españoles de hacer sus diligencias con

unos y con otros para que les diesen los frailes presos, alegando que más razón era que volviesen á Manila, de donde habían salido, que no llevarlos á la India, particularmente Fr. Juan Pobre que había venido con ellos en el galeón *San Felipe*, y que no hacerlo, era ir contra lo que mandaba el mismo Emperador. Todo fué cansarse en balde y trabajo excusado, porque no habían de quedar, les respondían, raíces ni rastro de fraile francisco en todo el Japón. Esto sólo era lo que pretendían, que de lo demás, aunque se atravesase Dios y la razón, no se hacía caso; y que presto darían con Fr. Jerónimo, aunque más se escondiese; y últimamente, así lo hicieron, según queda advertido en el capítulo antecedente.

Pero Dios Nuestro Señor, que tiene contados hasta los cabellos de sus siervos, claro está que no había de permitir que estas cuatro humildes ovejas de la copiosa grey del Glorioso Padre San Francisco faltasen de la cuenta de su rebaño, ni que anduviesen desterradas y peregrinando por donde la emulación y falsa piedad quería, fuera de los brazos, protección y amparo de su madre la Provincia de San Gregorio de Filipinas, de donde por su orden y como hijos de su espíritu habían salido para utilidad y remedio de aquella cristiandad del Japón. Y así, por los mismos medios que sus émulos pretendían alejarlos, los acercó y metió en ella, donde con nuevo fervor y espíritu se preparaban para salir otra vez á la misma conversión, como lo hicieron, á pesar de todo el infierno.

Ya dijimos en el capítulo antecedente cómo Fr. Jerónimo, yendo de arribada á Macán, que también iba desterrado del Japón, se los llevó consigo para Manila. Y fué el caso que, estando ya los cuatro religiosos para ser llevados á la India como presos, por decir que ellos habían sido causa de las inquietudes del Japón, llegó el barco en que iba Fr. Jerónimo y con él uno ó dos religiosos y algunos españoles del galeón *San Felipe*, y refiriendo los prodigios y maravillas de los Santos crucificados, que eran patentes y manifiestas, así á cristianos como á gentiles, y hoy día están ya las más aprobadas y dadas por tales por Nuestra Santa Madre Iglesia, con el anuncio, abrieron los ojos los de lejos, ya que estaban muy lejos de esto algunos que estaban cerca del teatro de estas maravillas, y discurrieron cuerdamente que, pues Dios Nuestro Señor honraba á los que morían, y acreditaba su muerte por ser por una causa tan justa, no era razón, ni por ningún título cosa lícita y honesta, particularmente á católicos y cristianos, perseguir en la vida á los que la empleaban en la misma demanda, y la habían ofrecido para morir en ella.

Con lo cual los dejaron ir libres, y cuando se habían de ir para la India, se volvieron para Manila, donde llegaron á principios del

año de noventa y ocho, habiendo celebrado en el camino, en una isleta pequeña, la Pascua de Navidad del año antecedente, diciendo cada uno sus tres Misas, con asistencia de todos los seglares que venían en el barco, que por ser tan pequeño y mal acomodado, no habían dicho otra alguna en todo el camino.

El gozo que recibieron los religiosos de esta Provincia viendo á sus hermanos vivos en ocasión que ya los juzgaban por muertos, á la consideración del piadoso lector se deja, que en la realidad fué más de lo que nosotros podemos explicar con la pluma. De la vuelta de estos religiosos al Japón y sus empleos y la utilidad de aquella cristiandad se trata adelante en sus propios lugares, volviendo ahora al discurso de los Santos Mártires que es el principal asunto de este libro.

CAPÍTULO XIII.

DE CÓMO LOS SANTOS MÁRTIRES FUERON LLEVADOS Á NANGASAQUI Y DE LOS TRABAJOS QUE EN EL CAMINO PADECIERON, Y DE CÓMO LES CONSOLÓ NUESTRO SEÑOR CON OTROS DOS COMPAÑEROS QUE FUERON ADMITIDOS AL MARTIRIO.

LEGADA ya la hora de la partida (*), se aprestaron los guardias y ministros de justicia y sacaron á los Santos Mártires de la cárcel de Osaca, donde estaban aguardando por instantes aquel tan dichoso en que se habían de poner en camino para ser crucificados por Cristo; pues este era el camino real y seguro para llegar más presto y sin tropiezo y embarazo al Cielo. Luego se ordenó la procesión, que sería una de las que el Cielo, abriendo sus puertas y ventanas, salió á recibir con más gusto; púsose en orden aquel santo escuadrón de los crucíferos, para que fuesen marchando la vuelta de Nangasaqui (**) donde se había de dar la batalla. y ellos quedar triunfando del demonio y del tirano en el leño de la Cruz, que ya llevaban estampado en sus corazones y almas.

Delante de todos, conforme al orden y mandato del Rey, iba un gentil, guiando por las calles y plazas, calzadas y caminos reales, con la sentencia en una asta, levantada en alto como estandarte y blasón de su gloriosa victoria, publicando al mundo la inocencia de su vida y el fervor de su predicación, que era la causa porque morían. Iban los Santos por su camino con tanto fervor y espíritu, que, aunque cansados y molidos, no se descuidaban de consolar y animar á los cristianos que iban en su seguimiento y á otros que estaban au-

(*) Empezaron su viaje el día 19 de Enero de 1597. (Nota del Colector).

(**) "Conforme á lo determinado en la segunda sentencia, fueron sacados los benditos Mártires de la cárcel y llevados al lugar donde habían de ser embarcados, que estaba cerca, para poder ir por mar en barcos pequeños al puerto de Nangasaqui." Rivadeneira, libro 5.o, cap. 13. (Nota del Colector).

sentes, y de proveer de lo más conveniente para el remedio de aquellas cristiandades. Para lo cual escribieron algunas cartas, y aunque con harta prisa y sobresalto y de cortas razones, muy copiosas de documentos espirituales y de grande consuelo para las almas.

Escribieron en particular el Santo Comisario, el Santo Fr. Martín y el Santo Fr. Francisco Blanco á los tres religiosos que estaban presos en el navío para ser llevados á la India y á otras personas devotas de estas Islas y de otras partes de quien tenían confianza y esperanzas que habían de mirar con buenos ojos aquella cristiandad y solicitar su promoción y aumento. En la que escribió el Santo Comisario á los tres religiosos de la nao, les da cuenta de todo lo sucedido desde el principio de su prisión, hasta llegar cerca de Nangasaqui.

CARTA

"Hermanos carísimos: al hermano Fr. Jerónimo dejo en Osaca escondido para consuelo de los cristianos, porque de otra manera no se conservará dos días sin que le prendan. El hermano Fr. Juan Pobre queda con los españoles, esperando lo que Taycosama hará de ellos. El General quería pedir el estandarte Real del galeón y las armas, mas creo que no le darán nada; las vidas quiera Dios que salven. Fr. Felipe estaba con nosotros en Meaco cuando nos llevaron á la cárcel pública, y aunque se avisó á los jueces, cómo era de los que habían venido en el navío, no le perdonaron. La sentencia que se dió contra nosotros, traen públicamente delante, escrita en una tabla. Dice que porque predicamos la Ley de los cristianos, contra el mandato de Taycosama, nos crucifiquen en Nangasaqui, por lo cual estamos muy alegres y consolados en el Señor, pues por predicar su Ley, perdemos las vidas. Venimos seis frailes en la sentencia y diez y ocho japones por todos: unos por predicadores, y otros por cristianos. De la Compañía de Jesús vino un hermano y un dóxico y otro mozo. Sacáronnos á todos de la cárcel, y á cada uno cortaron un pedazo de la oreja, y puestos en unas carretas, nos llevaron á la vergüenza por las calles de Meaco con mucho aparato de gente y armas. Tornáronnos á llevar á la cárcel, y otro día nos llevaron, las manos atadas atrás, á caballo á Osaca. De allí nos sacaron y nos pasearon en caballos por las calles de la Ciudad. Lleváronnos á Sacay, y allí hicieron lo mismo, con público pregón en cada una de estas ciudades. Entendíamos que luego nos quitarían las vidas; mas á la vuelta supimos en Osaca que nos mandaban venir á Nangasaqui. Vuessas Caridades, por amor

de Nuestro Señor, nos encomienden muy de veras á Dios, para que le agrade este sacrificio de nuestras vidas. Bien quisiera que uno de ellos se quedara con el hermano Fr. Jerónimo para su consuelo y de los cristianos. En las cartas que escribió Taycosama á Tarazava, dicen que le manda que, si algunos frailes vinieren de Luzón, los mate luego; y así, si no es encubiertos en hábito de Japón, no se podrán conservar acá. Si el Señor les diese espíritu de quedarse todos ó alguno, podrán hacerlo como, según Dios, vieren que mejor conviene. He sabido que están en el navío de portugueses ¡Dios les pague la caridad que les harán! El hermano de Tarazava nos tiene prometido de darnos lugar para que comulguemos, que lo estimo en mucho, etc. Por amor de Dios les pedimos á todos que oren por nosotros con mucho fervor, que el viernes que viene, creo, sin falta nos crucificarán: en viernes también nos cortaron las orejas y tenemos por gran merced de Dios todo lo pasado. Ayúdennos, hermanos carísimos, con sus oraciones, para que nuestras muertes sean gratas á la Divina Majestad, que en el Cielo, donde esperamos ir de salto, les seremos gratos, y acá no me olvido de ellos, antes les tengo en mis entrañas. La paz y amor de Nuestro Señor Jesucristo les encomiendo: quédense con Dios, hermanos carísimos, que no hay lugar para más. De este camino, etc".

Otra escribió el Santo Comisario al Conde de Monte-Rey, virrey entonces de la Nueva España, y lo mismo hizo el Santo Fr. Francisco Blanco, cuyo vasallo era; y por la mucha devoción que tenía á Nuestra Sagrada Religión y celo con que la había promovido en los reinos del Japón para bien de aquella cristiandad, le daban cuenta de lo sucedido en los progresos de nuestra predicación, y de los estorbos que habían tenido para ello, para que lo escribiese á su Majestad, y proveyese de remedio, conforme á lo que Dios le inspirase, y le pareciese convenir. Hicieron traslados de estas cartas, y enviáronse allá los originales, para que nadie pusiese duda; porque lo contenido en ellos, pedía este cuidado, y más como se vió por el efecto, que todo fué menester para conseguir lo que se pretendía.

No se refieren por no ser ya necesarias, y por dejar para mayor tribunal la publicación y justificación de esta verdad, que será en aquel justísimo del solemne día del juicio, que es el que ha de descifrar muchos y muy intrincados enigmas que hasta ahora no son entendidos de los hombres. Escribió también el Santo Fr. Martín de la Ascensión para el mismo efecto otras dos cartas á personas de cuenta de esta ciudad de Manila, que podrán tener mano en ello. Pondré sola una escrita al Doctor Antonio de Morga, Teniente del gobernador de Manila que dice así:

"Á Dios, Señor Doctor, á Dios, que Nuestro Señor, por su misericordia, ha sido servido (no mirando á mis pecados) de juntarme en compañía de veinte y cuatro siervos de Dios, que mueren por su amor; de los cuales seis somos frailes de San Francisco y los diez y ocho naturales japones, y con esperanza de que otros muchos irán por el mismo. Vmd. reciba el último vale y los postreros abrazos, que todos reconocemos el favor que ha mostrado á las cosas de esta conversión. Y agora, por la despedida, le rogamos (y yo particularmente) que tome por negocio propio el favorecer esta cristiandad, siendo padre y favoreciendo todas las cosas que se ofrecieren á la misión de los religiosos á esta conversión; así halle Vmd. quien le favorezca é interceda delante de Dios al tiempo de la necesidad. Á Dios, Señor; á la señora doña Juana dará Vmd. el último vale. Nuestro Señor guarde etc. Del camino de la horca y de Enero, veinte y ocho de mil y quinientos y noventa y siete años.—Este Rey queda muy engolosinado de lo que ha robado en *San Felipe*, y dicen que el año que viene ha de ir á Luzón, y que por estar ocupado en los corios (*) este año no va; y que para esto quiere tomar la isla de los Lequios y la Hermosa, para echar la gente de allí en Cagayan, y de allí tomar á Manila, si Dios no le ataja primero los pasos. Vmds. vean lo que les importa y conviene.—Fr. Martín de la Ascensión.—"

Prosiguiendo, pues, su camino los benditos presos con los mismos soldados y gente de guardia, fueron la vía de Nangasaqui (**) y llegaron á un pueblo llamado Tiongco de donde partieron la mañana siguiente á Acaji y de allí á Jimonogoqui de donde quedaba camino de trescientas ochenta y cuatro leguas del Japón, que son por lo menos más de ciento de España.

Las incomodidades y trabajos que pasaron en este camino fueron tales, cuales á pobres, mal vestidos y condenados á muerte, cercados siempre de guardas, gente vil y rasgada de nuestra santa Fe, les podían sobrevenir. Los fríos y nieves eran grandes y en el corazón del invierno; los pobres, desnudos, descalzos y abiertos los pies; ora con las manos atadas, ora con sogas al cuello y por la cinta; fatigados de hambre y malos tratamientos que les hacían, dándolos palos y empellones hasta dar con ellos de ojos, y haciéndoles caminar más que de paso; á veces iban á pie, y á veces á caballo (***), según y como les venía más á cuento á las crueles fieras que los llevaban en guarda, que si algún alivio les daban, era para

(*) Con los naturales de la Corea por haberse empeñado Taikosama en la conquista de este Reino. (Nota del Colector).

(**) La mitad del camino fueron embarcados, y la otra mitad, aunque pudieron ir por mar, fueron llevados por tierra. (Nota del Colector).

(***) "Y lo que más en particular se les aumentaba (el merecimiento) era que, como

su propio interés, y por miedo de que no se les muriese alguno en el camino: tal debía de ser el trato que les daban. Bien que no faltó quien se compadeciese de ellos, que también se halla piedad entre los gentiles; pero la más común era no perdonar por su propia comodidad á ningún riesgo de trabajos y descomodidades que á los pobres afligidos les viniese. Y los que más padecieron y más los mortificaron, fueron los de los fríos, aguas y nieves; porque como era en lo más recio del invierno, según se ha dicho, y los Santos iban tan faltos de ropa, eran sobremanera penosísimos por todo el mes de Enero, que fué el que tardaron en el camino; el cual, por ser también de pantanos y lodazales, iban siempre mojados y llenos de lodo, que no era la más pequeña molestia sobre las inclemencias del tiempo.

Y no era el menor trabajo otra que padecieron acerca de las mudanzas de los guardas, que como pasaban por tierra de diferentes señores, los mudaban en cada pueblo; y para guardarlos y hacer crueldades en ellos, entraban de refresco, y algunos tan crueles, que se preciaban de ejecutar en los Santos su diabólica crueldad, inventando mil modos y maneras cómo más afligirlos y maltratarlos; y cuando con el trato y comunicación de los pacientísimos corderos habían perdido algo de esto, entonces se quedaban, y venían otros de nuevo: conque era menester con ellos otra nueva paciencia, y mucha más, mientras más adelante estaban de su viaje; porque como había sido largo y pesado, ya no podían andar tanto y se cansaban, y para alivio les daban tantas coces y palos, que, por mucha que fuese, había bien en que ejercitarla.

Pero el Señor, como Padre de misericordia y Dios de toda consolación, les iba consolando en medio de sus tribulaciones; porque en algunos pueblos donde hacían noche, predicaban, así á gentiles como á cristianos, y en algunos prendía el consuelo de la palabra divina, en especial en algunas piadosas mujeres, que llegándose á ellos, viéndoles maniatados, y en medio de tantos trabajos y malos tratamientos, tan sufridos, se compadecían y persuadían que era verdad lo que les decían y se convertían, y en la manera que podían los agasajaban. Fueron dos señaladamente, en un pueblo pequeño, que en sólo haber visto la paciencia de los Santos maniatados, se convirtieron al Señor: favor que Él quiso hacer á sus siervos en medio de sus trabajos, que para ellos en esta vida no deseaban

---

trajesen caballos en que fuesen los Santos Frailes, y como observantes del precepto de su regla pretendiesen ir á pie las jornadas que por tierra hacían, cuando se cansaban, hallaban por refrigerio muchos palos que los infieles les daban para ejercitar su paciencia". Rivadeneira, *Historia*, lib. 5, cap. 13. (Nota del Colector).

ni pretendían otro premio como ver logrado el fruto de su predicación evangélica en servicio de Dios y bien de las almas.

No mucho después les consoló también Nuestro Señor con otros dos compañeros que les añadió en el martirio, como el otro Adauto antiguo, llamado así, porque se juntó con otros Mártires, diciendo que también era él cristiano. Con estos dos *adautos* ó añadidos, que fueron Pedro Xuquexico y Francisco Faleñame, cristianos japones, llegaron á veintiseis los Santos Mártires. Había despachado al uno el Padre Organtino, religioso de la Compañía, con algún dinero y socorro para las necesidades que á los religiosos y sus compañeros se les ofreciesen en el camino, movido de compasión y caridad por las noticias que le dieron del mal avío y peor tratamiento con que los llevaban los gentiles.

Pero llevólo tan mal la impía crueldad de los ministros de Satanás, que era toda aquella gente de guarda, que con la licencia ó mandato general de que muriesen los cristianos, le preguntaron si era cristiano, y lo mismo al otro su compañero, que desde el principio del martirio se mostró tan fervoroso de él, que, viendo que no le habían metido en la lista, perseveró en acompañarlos y servirlos diligentísimamente, esperando de Su Divina Majestad que por aquí le había de cumplir sus buenos deseos; y de hecho así fué, que á la pregunta que á los dos hicieron de si eran cristianos, estuvieron tan lejos de negarlo, que antes dijeron que, si aquellos á quien ellos servían y asistían, por serlo, merecían la muerte, no querían otra vida sino morir con ellos.

Vista su resolución, quitándoles lo que llevaban, los pusieron con los demás en la cadena (*) y los dejaron en poder de los guardas del primer pueblo donde los entregaron. Desde allí, de unos en otros de los que se iban sucediendo en la guarda, se fueron entregando de los veintiseis, y no los dejaron hasta que los vieron espirar en las cruces. De lo cual los nuevos soldados de Cristo en ninguna ocasión recibieron pena, ni menos en la de la prisión; antes dieron infinitas gracias á Dios por tan señalada merced como les había hecho, cumpliéndoles los deseos con que habían partido de Meaco de que les tocase suerte tan venturosa. ¡Dichosa la tuya, buen Fr. Juan Pobre, si llegaras en aquella ocasión! Dieron los Santos nuevas alabanzas á Dios por los nuevos luchadores que les había traído á su compañía, y exhortándolos á la perseverancia, prosiguieron todos su camino, con tan admirable alegría, que dejaban atónitos y espantados á cuantos les veían, particularmente á los bonzos, que como ignorantes del verdadero

(*) He aquí á los sayones convertidos en jueces. (Nota del Colector).

Dios, y tanto más, cuanto más satisfechos con sus falsedades y engaños, admirados, decían que no podían creer sino que aquellos sacerdotes de Luzón estaban locos, pues así se dejaban matar por una ley nueva y nada provechosa para la comodidad y regalo. Otros daban voces mofando y diciendo: *¿de dónde ha salido ahora este nuevo Dios?* Otros, más considerados, afirmaban que buena ó mala, aquel era el mejor camino para publicarse y extenderse aquella ley. Así lo dijo un bonzo principal de la ciudad de Facata, que viendo á los Santos Mártires tan alegres y contentos, y con tanto acompañamiento de gente y aparato de armas, y sabiendo lo que en otras ciudades había pasado, y la causa porque los llevaban á crucificar, dijo: *Verdaderamente es necio el Rey y todos los que lo mandan, pues queriendo que no se publique la ley cristiana, ellos mismos la publican, mandando traer con tanta autoridad y publicidad, por las calles y lugares, á los predicadores de ella, para que con este medio se publique más; y así digo, que de ninguna manera aciertan en lo que hacen, y que tengo de oir sin falta esta ley.*

Bien se ve que es traza de Dios, y que la razón del gentil fué tan declaradora de lo que su Majestad pretende cuando sus Mártires son llevados de ciudad en ciudad y de juez en juez, que, visto lo que sucedió aquí, no son necesarias nuevas razones para persuadirlo. Porque cuando el tirano pensaba sepultar con la muerte de los Mártires la Ley de los cristianos, entonces la publicó más y extendió su noticia por todos los reinos del Japón, obrando con más viva y eficaz fuerza que hasta allí había obrado en los corazones de los gentiles; bien así como lo había pronosticado el Santo Comisario á su amigo y compañero Fr. Marcelo de Rivadeneira, hablando con él en una ocasión: "*Hermano, cuando fuéremos crucificados por la Fe de Jesucristo, entonces seremos verdaderos predicadores de su Evangelio; y será más el fruto que hará uno muerto, que muchos vivos.*

Llegaron á la ciudad de Facata (*) á los 1.º de la Luna y último de Enero, y de allí dieron aviso los guardas de su llegada á Fezamburo, que, como dijimos, era el juez á quien venía remitida la ejecución de la sentencia (**), y juntamente una chapa ó cédula real que mandaba que, en llegando á Nangoya, los llevase él en persona á crucificar. Con este orden despachó luego un propio á su Teniente de Nangasaqui, para que pusiese á punto cincuenta cruces. Aquí fué el temor, cuando se supo en la Ciudad; aquí el

(*) Corte del Rey en los tiempos antiguos. (Nota del Colector).

(**) El gobernador de Nangoya era Tarazava, el cual estaba en la guerra de Corea cuando nuestros Mártires iban caminando á su calvario y había dejado por su Teniente á su hermano Fezamburo. Por eso, sin duda, á este encomendó Taikosama la ejecución de la sentencia de muerte que contra nuestros Santos había dado. (Nota del Colector).

hacer discursos, como dijimos, acerca del número; porque era mayor que el de los condenados; aquí el renovarse los deseos de muchos que quisieron morir con ellos.

En las calles y plazas no se oía ni trataba de otra cosa, y fué gracioso el espíritu y fervor de un niño que aquel día que llegó la nueva á la Ciudad, oyendo hablar á sus padres del martirio, se fué á ellos y hablando con su padre, le dijo: "Y vos, Padre, ¿habéis también de morir?—Sí, hijo (le respondió).—¡Oh, cómo me huelgo! (dijo él), porque de esa manera también yo os acompañaré." Luego. mostrando con el dedo á otro su hermanito de diez años y otro menor que él, que estaba durmiendo, dijo. "¿Y que será de éste?—También (le dijo el Padre) morirá con nosotros y será mártir.—Doblado me huelgo ahora (replicó el niño), pues todos en compañía iremos de este mundo al Cielo á gozar de Dios".

CAPÍTULO XIV.

PROSIGUE EL VIAJE DE LOS SANTOS MÁRTIRES, Y DE TODO LO SUCEDIDO HASTA LLEGAR AL PUERTO Y CIUDAD DE NANGASAQUI.

PROSIGUIENDO desde Facata su viaje los dichosísimos Mártires, llegaron el día siguiente, primero de Febrero, á Carazu, tres leguas de Nangoya, donde los estaba ya esperando Fezamburo con sus soldados y gente de guarda. Conocía este Juez al Santo Michi Paulo, y viéndolo, mostró compadecerse de su desgracia; pero el Santo, con un espíritu del Cielo, dijo: "El morir por la Ley de Dios más es motivo para darle gracias, que para mostrar sentimiento; y si verdaderamente te compadeces, ten piedad en esto que por mí y por todos te pido, y es sólo, que en Nangasaqui nos hagas merced de un poco de tiempo para disponernos mejor para morir." Decíalo por los Sacramentos, que todos deseaban recibir, como ya diremos.

Tenía Fezamburo algunas noticias de los benditos frailes desde que vinieron de Manila con la embajada, y aunque naturalmente cruel no lo mostró con ellos; antes creyendo que inocentemente morían, dijo que, en ser él el ejecutor, era mandado, y no podía hacer menos. Mandóles dar lo necesario, compadeciéndose de los fríos y trabajos que habían padecido por el camino, y notando la alegría que llevaban y deseo de morir, preguntó cómo iban tan alegres y sin temor de la muerte. Ya otro había preguntado lo mismo, según se ha dicho, porque todos conocían el deseo que llevaban de morir, y se admiraban. El Santo Comisario le respondió: "Señor, lo que después se espera, causa esto; porque en esta muerte temporal que se padece por Dios, se gana la vida eterna" Y en breves palabras le

dió noticia de la Ley de Dios, de la honra y gloria que se alcanza por el martirio, y concluyendo, le dijo que mayor sin comparación era la honra que ahora el Rey les hacía, que la que les había hecho cuando vinieron por embajadores, estimándolos por entonces, y honrándolos como á tales.

Muy bien entendió esto el Juez por las noticias que tenía de nuestra santa Fe, y aun dicen que en algún tiempo fué muy aficionado de ella y pidió el Bautismo; aunque no lo recibió, arrepintiéndose quizás por algunos respetos particulares, como se vió aquí, que por estar su corazón preso del favor del Rey y honra mundana, no hicieron en él impresión las palabras del Santo Comisario; pero naturalmente se apiadó y le concedió dos cosas que le pidió: la primera, que dilatase el crucificarlos hasta el viernes, que era día consagrado con la sangre de Nuestro Redentor por la salvación del mundo; y la segunda, que diese lugar, para que, viniendo algún Padre de la Compañía, pudiesen oir Misa y confesar. Todo se lo prometió el Juez, y en vista de esto, escribió el Santo Comisario al Padre Rector de la Compañía, rogándole que le enviase uno ó dos Padres, para que antes de morir, les dijesen Misa en que todos comulgasen; porque ninguna cosa deseaban más en este mundo; y que fuese un día antes de llegar á Nangasaqui, porque no sabían si después habría tiempo. Lo mismo escribió el Santo Michi Paulo al Padre Viceprovincial, y para su consuelo y de sus compañeros rogaba que uno de los que hubiesen de venir fuese el Padre Francisco Passio.

Fuéronse luego los ojos al Juez tras aquellos tres Santos Niños que iban delante como unos mansos corderitos, de edad más para andar jugando con otros en cosas de burlas, que para negocio de tantas veras, y llegándose á Luisito, que era el menor, le dijo: "Ahora tu vida está en mi mano; si quieres escapar de la muerte, yo te libraré.—Ninguna cosa (dijo el santo niño) haré yo, sino lo que el Padre Fr. Pedro me ordenare. Y luego preguntó: "Y caso que me libren de la muerte, ¿me han de dejar vivir en la Ley de los cristianos?—Eso no (respondió Fezamburo); luego la has de negar.—Pues excusado es todo eso (respondió el Angelito), que de esa suerte no quiero vivir ni perder por una vida llena de trabajos y miserias otra llena de deleites para siempre". Confuso y maravillado quedaba Fezamburo con las respuestas que los niños y los hombres le daban, y así les dejó, pareciéndole que era tiempo perdido el que gastase en demandas y respuestas con ellos.

De Carazu llegaron á Zucassaqui, del reino de Fungen, de donde partieron otro día por la mañana; y viendo que ya se les acercaba la muerte, para más merecer, fueron á pie hasta Sononqui, una jornada de Nangasaqui. Casi al mismo tiempo llegaron los Padres Francisco

Passio y Juan Rodríguez, de la Compañía de Jesús, que enviaba el Padre Viceprovincial, con recado para que los Santos Frailes pudiesen decir Misa, ó decirla ellos, para consolar aquel valeroso escuadrón con la asistencia y comunión del Capitán, Cristo Sacramentado, á quien sumamente deseaban recibir; y á la verdad: Él es el que esfuerza el alma para pelear y vencer de todos sus enemigos, visibles é invisibles. Y sólo estas esperanzas que traían, les hacía venir con particular regocijo, deseando ya llegar al lugar que les había señalado el Juez, en que habían de comulgar.

Mas, al fin, él obró como gentil; porque llegando ya á punto de querer decir Misa, no sólo negó la licencia que había dado de que dijesen Misa y comulgasen, faltando á la lealtad que debía tener con su palabra, sino que del todo les quitó la esperanza que tenían de morir en viernes, dando por excusa que se recelaba que le acusarían delante del Rey si andaba negligente en ejecutar su orden, que era que los crucificase así que llegasen á Nangasaqui, sin dilación alguna. Y porque de ninguna manera la hubiese, dejando á los dos Padres con los gloriosos Mártires, se vino á gran prisa á Nangasaqui á dar orden que las cruces y todo lo necesario estuviese aparejado cuando ellos llegasen.

Mas ya que no hubo lugar para decir Misa los unos y comulgar los otros, con cariñosas palabras se saludaron; abrazáronse tiernísimamente el Santo Fr. Pedro y el Padre Juan Rodríguez, cada uno en nombre de los suyos y de sus religiosos, con grandes actos de humildad de una y otra parte. Algunas palabras de consolación dijo de paso, acomodándose con el tiempo, que no daba lugar á más, el Padre Juan Rodríguez á los japones acerca del contento con que debían recibir aquella tan venturosa muerte; y el Santo Michi Paulo, llegando á él, le dijo en voz baja que confiaba mucho en la Divina Misericordia que aquella persecución había de ser para mayor aumento de la Religión cristiana en aquel Reino y que tenía de ello muy ciertas señales. Con esto, renovando los abrazos, se volvieron los Padres á Nangasaqui á hacer diligencia con Fezamburo para que les diese siquiera lugar para que se confesasen antes de ponerlos en las cruces, que como él se había ya pasado adelante, y los guardas estaban tan de partida, no les había dado allí lugar, y aun las pocas palabras que habían hablado, habían sido de prisa y como de paso.

Desde Sononqui hicieron su viaje los Santos Mártires á Toquizo que estaba de allí seis leguas y tres de Nangasaqui; y porque habían de ir por mar, puestos en sarta, con sogas á la garganta y las manos atadas atrás, los hicieron entrar en un barco pequeño y mal aliñado, y en él fueron y estuvieron al aire y al frío, que lo hacía muy grande

hasta que á cosa de media noche ó poco después llegaron á una venta donde pararon un poco. De aquí escribió el Santo Fr. Pedro Bautista la última carta á su buen amigo y antiguo compañero Fr. Bartolomé Ruiz, que estaba preso con los demás en la nao de los portugueses, que decía así.

"*Jesus sit semper vobiscum.* ¡Oh, carísimo hermano, y quién tuviera lugar para poder despacio despedirse de todos VV. CC., pues es este el último vale! Mas, pues el Señor es servido se nos haga esta merced de la muerte de cruz con tanta brevedad, reciba, hermano, mi corazón y voluntad. Ya se sabrá por allá nuestra sentencia y todo lo demás, y así, no quiero decir más, sino que con mucho fervor nos encomienden al Señor para este tránsito. Bien creo que nos tendrán mucha envidia, como sea verdad que nuestra muerte es padecida por Cristo; mas, si les dieren lugar, la puerta les queda abierta; aunque yo entendí fuéramos todos compañeros en esta buena jornada. Pero aquí se verifica lo que dice Dios por Isaías: *Cogitationes meæ, non sunt sicut cogitationes vestræ.*

"Si Dios llevare á V. C. á la ciudad de Manila, dará mis encomiendas á todos nuestros frailes de la Provincia de San Gregorio, particularmente á nuestro carísimo hermano Fr. Pablo de Jesús, y mil gracias por haberme enviado á esta tierra cuando era Provincial, y al bendito Fr. Vicente Valero y al hermano Fr. Agustín de Tordesillas y al hermano Oliver y á Fr. Juan Clemente y á mi hijo Fr. Francisco de la Soledad y á todos los demás, que por no haber comodidad y tiempo, no escribo más. Á todos pido humildemente me encomienden á Dios, que en el Cielo, donde tengo esperanza de ir con el favor de mi Dios, les seré grato. Á Dios, carísimo, á Dios, y reciba V. C. y todos sus compañeros mis saludes y la de toda esta compañía. De este camino etc. Con esta carta (dice el buen viejo y venerable Padre Fr. Bartolomé Ruiz) me bañé en lágrimas, viendo lo que alcanzaron y lo que yo perdí, etc".

Ya Fezamburo había dado orden de que se buscase donde poner los veinte y seis presos dentro de Nangasaqui; pero advirtiendo después, y aun temiendo que no se levantase en el pueblo algún motín, por ser los más todos conocidos de los cristianos y Padres, y haber al presente muchos españoles, portugueses y castellanos, mudó de parecer, y se resolvió de hacerlos justiciar sin que entrasen en la Ciudad, previniendo que las cruces y todo lo demás estuviese á punto, para que antes que la gente se alborotase, estuviese hecha la justicia. Venida la mañana, envió al colegio de la Compañía á avisar que le enviasen los Padres que habían de ir á consolar á los suyos, porque ya no podían tardar, advirtiendo que sólo les daba

licencia para que confesasen y no para más, porque el tiempo no daba lugar.

Fueron los dos que habían ido antes, y pasando el un Padre á encontrarse con los presos, el otro se quedó en Uracami, que estaba media legua de Nangasaqui, esperando á que llegasen, que no tardaron mucho. Detuviéronse en aquel puesto los guardas, y el Padre Passio se entró en una ermita ú hospital que allí había á confesar al Santo Michi Paulo, y habiéndole oído, confesó luego á los otros dos dóxicos, Diego y Juan; á los cuales, acabada la confesión, abrazándolos en nombre del Padre Viceprovincial, los recibió á la Compañía, y á su modo. y según su estilo, hicieron allí en sus manos ciertos votos (*) en forma de profesión. Mientras esto se hizo dentro del hospital con los tres, los demás, que ya se habían prevenido con aquel Divino Sacramento, estuvieron aguardando; y unos de rodillas y otros sentados, según podían, se animaban al martirio, á que les ayudaba el Padre Juan Rodríguez, refrescándoles la memoria con devotos acuerdos de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y otras consideraciones acomodadas al breve tiempo que las quedaba,

El Padre Passio, acabado que hubo con sus tres hermanos, se fué á Fezamburo á pedirle licencia para hallarse también á su muerte, y tratar asimismo de librar á los dos, Pedro y Francisco, que habían sido presos en el camino, Á esto respondió Fezamburo que, aunque era verdad que no eran comprendidos en la sentencia, no había ya lugar, porque á él se los habían entregado los ministros del Rey, y hecha la escritura del entrego, ya no se podía deshacer. Bien quisieran aquí otros dos que los pusieran en la cadena con los Santos Mártires para morir con ellos, pareciéndoles que esta era buena ocasión, y lo procuraron harto, y sobre esto les dieron muchos palos; mas como los guardas no los consistiron, fuéles forzoso quedarse en el camino; aunque no quedarían sin merecimiento por su santo deseo y buenas muestras que habían dado de la Fe que profesaban, y la paciencia que tuvieron en la crueldad con que los trataron hasta aprisionarlos, porque no pasasen adelante su camino, ni con los buenos deseos que tenían.

Con esto era grande el consuelo con que los Santos presos caminaban, viendo que no sólo no había faltado alguno del número señalado, sino que había muchos que lo procuraban y no lo podían alcanzar; teniendo por cierto que todos, así como iban de compañía, habían de ser crucificados por su constancia en la Fe. Así lo daban á entender todos en el consuelo y esfuerzo grande que llevaban, que

(*) Los que se acostumbran hacer en la Compañía de Jesús. (Nota del Colector).

no había cosa que se les pusiese por delante para hacerles retroceder un punto.

Al bendito Francisco, médico japón, que iba en cadena con los demás, le salió á recibir un hijo suyo gentil, que viéndole de aquella manera, le dijo que para qué iba á morir como loco, pues en sólo dejar aquella ley que había tomado, escaparía de la muerte, y él lo negociaría con el Juez. El padre le comenzó á predicar y desengañar del engaño en que vivía, pero él no dió lugar á ello por su dureza de corazón.

Pero en quien más se descubría la fortaleza que Dios Nuestro Señor comunicaba á sus Mártires, era en los tres niños Luis, Antonio y Tomé, que iban, no como niños, llorando porque los llevaban á morir, sino cantando como hombres varoniles en el ánimo, triunfando del mundo y del demonio, que sentía mucho que en aquella tierna edad tan de veras y con tanto esfuerzo lo hiciesen é hiciesen burla de él, como la hacían, y de muchos que lloraban por ellos, y de otros que les ofrecían libertad si dejaban la Fe de los cristianos.

Á este camino, un trecho apartado de la Ciudad, salió Francisco Rodríguez Pinto, gran devoto de los religiosos, y llegando al Santo Fr. Pedro que venía rezando maitines, se arrojó á sus pies, derramando muchas lágrimas y le convidó á que tomase un bocado de conserva y un trago de vino para cobrar algún esfuerzo. Levantóle el Santo y le consoló, y agradeciéndole la caridad, le dijo, que ya estaban cerca y se veía el lugar donde en llegando habían de morir; que para tan poca vida como le quedaba, no le faltaban fuerzas.

Instóle el devoto portugués, y por más que hizo, no lo pudo acabar con él; porque tampoco quería hacer pausa con el oficio divino, para tenerle ya acabado cuando llegasen al lugar del suplicio, y no le quedase ninguna deuda que pagar de la obligación de aquel día. ¡Oh glorioso Santo! ¡quién os llegara á decir al oído en aquella ocasión que en aquel día como eso, en cada año, había de rezar de vos toda la Religión Franciscana! Lo cierto es que no cuidaría de esto, pero podíalo presumir, sabiendo que daba la vida por Dios. Dábanles prisa los guardas, porque también Fezamburo la tenía, viendo que se hacía tarde, y se juntaba mucha gente para salir á recibirlos, y que iban á coger los puestos donde se había de representar aquella tan venturosa tragedia.

Fué sin duda orden del Cielo que el Juez hubiese mandado hacer las cruces y argollas y aparejar la posada en la misma Ciudad, y que hubiesen llegado los españoles del galeón *San Felipe* aquella mañana, y dado las nuevas ciertas de cómo venían los Santos Mártires muy cerca, porque con ellos, y con detenerse después á confesar los tres

que dijimos, y haberse echado bando, pena de la vida, que ninguno saliese á verlos crucificar, y puesto para esto guardas en las puertas y caminos, corrió más la voz, y fué avisarse, y despertar á todo el pueblo, así genliles como cristianos, naturales y forasteros, para que no quedase persona que no los viese; porque como si hubieran sido llamados á voz de pregonero, así acudieron todos, sin temor del daño que les podía suceder por el riguroso mandato: unos iban á bulto, llevados del confuso tropel y ruido de gente; otros por la curiosidad; otros de compasión y lástima, y, últimamente, otros de fervor y devoción por ver renovadas las antiguas maravillas de la primitiva Iglesia.

Llevaban lienzos y paños de seda para recoger la sangre cuando los martirizasen, y algún regalo de bebidas y dulces para hacerles tomar algún refresco para confortar aquellos debilitados cuerpos para mejor sufrir la trabajosa muerte que esperaban, lo cual, acordándose de la hiel y vinagre que dieron á Nuestro Señor poco antes de espirar, de ninguna manera, por más que se lo rogaban, querían admitir; bien que por consolación de los que se lo ofrecían lo probaban algunos, y lo demás repartían entre los verdugos y sayones que tiraban de las sogas.

Y era tan general la devoción de los portugueses, que todos iban corriendo á echarse á los pies de los Santos Religiosos y tomar su bendición, sin ser parte para impedirlo los malos tratamientos que los soldados y gente de guarda les hacían; y hubo cristiano que habiendo intentado algunas veces llegar hasta los Santos Mártires para besarlos los pies y tomarlos la bendición, y sido otras tantas impedido de los ministros de justicia, hasta amenazarle que si volvía otra vez con su tema, que le habían de hacer tajadas, llamó á un Padre aparte, de los dos que estaban allí de la Compañía, y se confesó para ir á ofrecerse á la muerte, como le habían amenazado, no temiendo padecerla á trueque de recibir la bendición de los Santos Mártires, y echarse á sus pies: tal era el fervor y devoción de esta gente á vista de aquel santo y fervoroso escuadrón. Pedíanles los rosarios, imágenes y cruces que trían al cuello, y de que no podían conseguir otra cosa, les cogían la mano, y tomaban la palabra de que en el Cielo les encomendarían á Dios.

Llegaron dos portugueses al Santo Comisario, y puestos de rodillas, le tomaron la bendición. Acababa el Santo en aquel punto de rezar todo el oficio divino, y díjoles: "Denme este breviario al Padre Fr. Marcelo, que es en respuesta de una carta que me envió, y no tengo otra cosa que enviarle para su consuelo." Y viendo que se deshacían en lágrimas, hablando más con los ojos que con la lengua, les dijo algunas palabras de mucho consuelo; y no con pequeño de sus almas

las contaban ellos después, vertiendo juntamente de ternura y devoción muchas lágrimas; y habiéndoles dado su bendición con alegre y risueño rostro, y recibiéndola ellos, se despidieron, loando al Señor que así consolaba á los que morían por su amor.

Este sentimiento era general en todos los que le salían á ver, notando el fervor con que todos venían, la alegría que mostraban, la afabilidad con que los recibían y hablaban, y la gracia con que les agradecían el haberlos salido á recibir. De esta manera pasaban entre la apretura de la gente, con tanto contento, que vencían al temor de la muerte.

Fué maravillosa la presteza con que tomaron su camino hacia el puesto de las cruces, á donde les recibió el Juez, y atónito de verlos venir con aquella alegría y presteza, entendiendo que era otra cosa, preguntó qué era aquello. Dijéronle que, entre los cristianos, el padecer más trabajos por su Dios, se tenía por más descanso; las mayores afrentas, por mayor honra; los mayores tormentos, por mayor gloria, y, en fin, la muerte por vida; pues además de ganar con ella la eterna, en medio de las tribulaciones padecidas por Cristo, es tan grande el consuelo interior que recibe el alma, que sale afuera, y se comunica al cuerpo, sin estar en su mano dejar de alegrarse y regocijarse, y así, que esta era la razón porque con tanto ánimo y osadía acometían á la muerte.

Estas y otras semejante razones dijeron al Juez, pero como las cosas del espíritu no son para todos, y menos para los infieles, que son todo carne, respondió: "Las razones buenas son, mas no para mí, que por ahora no quería que ninguna de ellas se verificase en mí, porque yo no soy amigo de alegrarme de esa manera." Con esta prisa llegaron los Santos, muy de mañana, á vista de la Ciudad, y no entraron en ella por la razón que se dijo de que el pueblo no se alborotase, y quisiese librar los presos; y así, de camino, como venían, los llevaron al puerto y palenque donde se había de dar la batalla y ellos vencer y triunfar de todos sus enemigos, y de sí mismos los primeros.

CAPÍTULO XV.

DE CÓMO LOS SANTOS MÁRTIRES FUERON CRUCIFICADOS EN LA CIUDAD Y PUERTO DE NANGASAQUI, Y DE LA FORTALEZA CON QUE PADECIERON TAN GLORIOSO MARTIRIO.

BIEN golpeada ya la virtud y paciencia de los valerosos Mártires en el duro yunque de tantos y tan graves trabajos como se habían juntado para probar su fineza, y siendo ya bien manifiesta en tantos pueblos y ciudades como habían andado, trayéndoles en todas á la vergüenza, con notable ignominia y afrenta, llegaron al puerto y ciudad de Nangasaqui, y las camas regaladas que en ella hallaron para su refugio y descanso, fueron para cada uno una cruz, en que reposasen en el Señor, y se rematase la imperial corona de gloria que hasta allí habían idolabrando.

Eran las cruces de la forma ordinaria, salvo el tener un madero pequeño por travesaño en que estribaban los pies, y en medio otro que salía solamente por la parte anterior y rostro de las cruces, á manera de gancho, en que quedaban los crucificados como á caballo. Quería Fezamburo crucificarlos en el lugar ordinario, donde comúnmente se solían crucificar los malhechores; pero mudó de parecer, mandando poner las cruces al otro lado del camino, á instancia de los portugueses, que hicieron propósito de fabricar allí una iglesia á honra de los Santos Mártires; y era aquel lugar muy acomodado para eso, por ser eminente y á vista de toda la Ciudad, en una punta que cae sobre el mar, no lejos del hospital de San Lázaro donde estuvieron algún tiempo los benditos frailes, en el camino-real de Meaco, junto y enfrente del lugar y matadero común

de los condenados, y, en fin, tal, que á vista de todos parecía un monte Calvario. El modo de ejecutar este tormento de cruz en japones, es de esta manera:

Tienden á cada uno de los que han de ser ajusticiados en su cruz, y con cinco argollas de hierro puestas á la garganta, brazos y piernas, los amarran en ella, atándoles á veces también con sogas por la cinta y brazos, por encima de los codos, dejándolos bien fijos, de manera que no se puedan desprender; y á muchos los amarran de suerte que los quiebran las canillas de los brazos y piernas, y también lo suelen hacer para que mueran con más brevedad y tormento. Amarrados de esta suerte, levantan las cruces en alto, y bien fijas en tierra, le dan luego á cada uno de los crucificados heridas con unas lanzas que usan para este propósito, á modo de cuchillas ó partesanas con que á veces dos verdugos á un mismo tiempo, y á veces uno solo en dos veces, le traspasan el cuerpo, formando una cruz; porque tirando la lanza por el lado derecho, viene á salir por el hombro izquierdo, ó debajo de él; y al contrario, entrando por el costado izquierdo, sale por el derecho, de suerte que el corazón no se escapa; y si con esto no acaban de morir, les dan más lanzadas hasta que mueren.

Llegados, pues, á la estacada y palenque donde habían de ser los últimos encuentros y el venturoso fin de los valientes guerreros y santos predicadores del santo Evangelio, hizo Fezamburo poner guardas de arcabuceros y lanzas, apartados ocho ó diez pasos en contorno de las cruces, para que ninguno pudiese llegar á ellas ni entrar dentro, sino solamente los dos Padres de la Compañía, Juan Rodríguez y Francisco Passio, á quien con dificultad dió licencia; pero todo aprovechó poco para que los devotos cristianos no se la tomasen, llevados de su fervor y devoción, á pesar de las guardas, como adelante se verá.

¿Quién podrá decir la alegría, los júbilos y regocijos de los Santos, viéndose ya en el punto y trance último de su vida? Echóse bien de ver su constancia, fervor y espíritu, y cuan de gana iban á dar su vida por Cristo, en que llegando al Calvario (llamémosle así) donde estaban las cruces, como si entonces comenzaran de nuevo, dieron gracias á Dios con extraña alegría y contento por aquella merced que les hacía, y en viéndolas el Santo Comisario y el bendito Fr. Martín, con fervoroso espíritu, levantando la voz, comenzaron á entonar el cántico *Benedictus Dominus Deus Israel*, y le prosiguieron hasta acabar, dando infinitas gracias, pues así había sido servido de visitarlos con tan particular y señalada merced. Los demás no solamente no se entristecían ni atemorizaban con la vista de aquellos rigurosos instru-

mentos de muerte, sino que en medio de tanto estruendo de armas y alboroto de gente, estaban enteros y quietos, y tan ajenos de flaqueza y temor, cuanto llenos de fervor y devoción, serenos y alegres los semblantes sobremanera.

Despedíanse unos de otros, dándose los últimos abrazos, y convidándose á las vistas perdurables en la presencia de Dios. Señaladamente hacía esto el Santo Comisario y capitán de aquella compañía, Fr. Pedro Bautista, á quien todos llegaron á tomarle la bendición, y él se la dió, como padre amoroso á sus hijos, vertiendo unos y otros tiernísimas lágrimas de alegría y devoción. Recibió también el Santo Comisario, y todos con él, la episcopal del señor Obispo Don Pedro Martínez, que á la sazón se hallaba en Nangasaqui; y por no serle concedido ir en persona á dársela, se la envió con propio, que fué para los Santos de grandísimo consuelo; la cual recibida, deseando cada uno ser el primero, corrieron á tenderse en las cruces, y, como San Andrés, se requebraba cada uno con la suya, saludándola y diciéndola mil ternuras.

Había para cada Mártir señalados seis ú ocho sayones, los cuales, con mucha brevedad, por la buena maña que se daban, los fueron poniendo y amarrando en las cruces; y, bien fijos, casi al mismo tiempo los levantaron en alto á todos veinte y seis, y aseguraron las cruces en los hoyos que tenían hechos. Cuando aparecieron en alto los veintiseis crucificados, fué tan grande y repentino el alarido y voces de la multitud de la gente que se había juntado á ver aquel tan maravilloso espectáculo, que parecía un día de juicio: unos afeaban la crueldad del tirano y le echaban mil maldiciones; otros publicaban la inocencia y santidad de los ajusticiados, y á grandes voces decían: "¡Ay de tí, Japón, que te ha de castigar Dios porque así tratas á los justos y santos!" Y hasta los mismos gentiles, movidos de una natural compasión, se echaban por aquellos suelos, y hacían otros extremos, como que no tenían ojos para ver semejante injusticia, y si la veían, era á costa del corazón, que se les quebraba de dolor y pena. Finalmente, todos daban bien á entender la que tenían en las lágrimas que vertían, sollozos y suspiros que daban, y gritos en que prorrumpían, que, cosa semejante á aquella, no se había visto hasta entonces en el Japón, de que todos quedaban atónitos y admirados sobremanera.

Quedaron los Santos Mártires los ojos levantados al Cielo como crucificados al vivo, y por este orden: los diez venturosos japones á un lado y los diez al otro, computando los tres de la Compañía y los seis frailes franciscos en medio, todos en hilera tendida de Oriente á Poniente, apartados como cuatro pasos el uno del otro, los rostros al

Mediodía, en parte eminente como se ha dicho, de modo que hacían una muy concertada y devota procesión de crucificados. Junto de las cruces, al medio, y enfrente de los Santos, estaba la sentencia que el Emperador había dado, en que declaraba la causa porque morían; la cual solemnizaba mucho este acto, y no consolaba menos á los Santos Mártires el verla delante, pues, mediante ella, sabían cuan gloriosa era la causa porque morían. Y en cada cruz estaba puesto el nombre del crucificado por el orden siguiente, comenzando por la parte del Poniente:

1.º Paulo Suxaqui, el que se había encargado de uno de los hospitales, natural del reino de Boari, predicador para el catecismo de los gentiles.

2.º Gabriel, del reino de Ixe, dóxico, de edad de veinte y seis años.

3.º Juan Quisuya, natural de Meaco y familiar de los religiosos.

4.º Tomé Idanqui, intérprete, natural de Meaco.

5.º Francisco, ciudadano de Meaco, médico é intérprete de los religiosos.

6.º Tomé Coxaqui, dóxico, que ayudaba las Misas, de edad de quince años, hijo de Miguel Coxaqui, Mártir también.

7.º Joachín Saquiye, natural de Osaca, cocinero de los religiosos.

8.º Ventura, natural de Meaco, que había sido bonzo en la gentilidad y después cristiano, familiar y coadjutor de los religiosos.

9.º León Carazuma, á cuyo cargo estaba el otro hospital, natural del reino de Boari, principal intérprete y grande predicador en la conversión de los gentiles, hermano menor de Paulo Ibariqui, Mártir también y tío del dichosísimo niño Luis.

10.º Matías, natural de Meaco, que entró en lugar de otro Matías que se halló ausente cuando llevaron á los Santos Mártires á la cárcel.

11.º Fr. Francisco Blanco, Sacerdote y Predicador, natural de Monte Rey, Obispado de Orense, en Galicia.

12.º Fr. Francisco de San Miguel, laico, natural de la Parrilla del Obispado de Valladolid.

13.º Fr. Gonzalo García, laico, natural de Bazaín, en la India Oriental, hijo de padre portugués y de madre natural de la misma India.

14.º Fr. Felipe de Jesús ó de las Casas, corista, natural de Méjico, hijo de españoles, que iba con Fr. Juan Pobre en el galeón *San Felipe.*

15.º Fr. Martín de la Ascensión, por otro nombre de Aguirre Sacerdote y Predicador, Lector de Teología, natural de la Villa de

Beasaín (*) en la provincia de Guipúzcoa, junto á Villafranca, Obispado de Pamplona.

16.° Fr. Pedro Bautista, Sacerdote, Predicador, Embajador y Comisario de los frailes, natural de San Esteban, Obispado de Ávila.

17.° Antonio, dóxico de los frailes, natural de Nangasaqui, que ayudaba á Misa al Santo Comisario, de edad de once años, hijo de padre chino y madre japona.

18.° Luis, dóxico de los frailes, sobrino de los Mártires León y Paulo Ibariqui, vecino de Meaco y natural de Boari, familiar de los frailes.

19.° Paulo Ibariqui, vecino de Meaco y natural de Boari, familiar de los frailes.

20.° Juan de Goto, dóxico de los Padres de la Compañía de Jesús y su predicador, japón, de edad de diez y nueve años, y recibido en ella el día del martirio.

21.° Paulo Michi, hermano de la Compañía de Jesús y su predicador, japón de nación, que había once años estaba en compañía de los Padres.

22.° Diego Quisay, morador de Osaca, que por emplearse del todo en servicio de Dios, se había retirado á la casa de la Compañía, y en ella servía con grande caridad á los Padres, y fué recibido el mismo día de su dichoso martirio.

23.° Miguel Coxaqui, padre de Tomé, uno de los niños crucificados, natural del reino de Ixe, vecino y muy familiar de los frailes.

24.° Pedro Suquexico, uno de los que yendo acompañando á los Santos, le pusieron los guardas en cadena y fué crucificado con ellos.

25.° Cosme Taquía, natural del reino de Boari, morador en Meaco, y ocupado en servicio de los pobres de los hospitales.

26.° Francisco, carpintero, que saliendo con el dicho Pedro en compañía de los Santos, desde Meaco, con bastimento para el camino, fué puesto en cadena y crucificado con ellos.

Puestos todos veinte y seis en la forma y orden que hemos dicho, comenzaron como de nuevo á mostrar su maravillosa fortaleza y constancia y celo grande que tenían de la conversión de las almas, diciendo unos y otros tales cosas, que se echaba de ver claramente morar el divino espíritu en los animosos pechos de donde salían. Predicaban unos, otros cantaban himnos y salmos, otros pronunciaban sin cesar el dulcísimo Nombre de Jesús, y todos con tal fervor y espíritu, que parecía se abrasaban con el fuego del amor

(*) De Vergara dicen otros historiadores. (Nota del Colector).

divino: cuál pedía perdón á Dios por quien los crucificaba, cuál luz y conocimiento para aquella ciega gentilidad, cuál predicaba contra sus engaños y falsedades, y así ocupados, aguardaban el riguroso golpe de la lanza.

Había pedido el Santo Comisario que le crucificasen el último, porque aunque su deseo era ser el primero en los tormentos, por su mucho espíritu, hízolo para acudir mejor á lo que se ofreciese en beneficio de aquella dichosa compañía, cuyo caudillo era, y para que en cada uno de los que muriesen fuese él crucificado, y con cada lanzada alanceado su corazón, como otra Santa Felícitas, doblando tantas veces la corona del martirio, cuantos hijos viese morir. Y aunque al principio no quería la impía crueldad concederle tanta dicha, al fin lo vinieron hacer, á instancias de los purtugueses y de la mayor parte de aquella multitud de gente que allí se había juntando, que, á voz en grito, pedía que el Santo Comisario fuese el postrero, ora por haber visto que él gustaba de ello, ora porque ellos gustaban de verle más tiempo vivo, recateando los instantes en que les podía consolar con su vista, animar con sus palabras, como que en la pérdida de cada uno de ellos, era mucho lo que ellos perdían, y, por el contrario, mucha más la ganancia é interés, mientras más le gozaban vivo. Pudo ser también por haberlos movido Dios que quería que animase y confortase como animoso capitán á los soldados de su compañía, y de cualquiera manera que fuese, no es dudable que fué particular acuerdo del Cielo, para que se manifestase el celo y caridad de este Santo Prelado y Maestro para con sus súbditos y discípulos, que si en vida los asistió con doctrina y ejemplo entre las delicias de la afectiva contemplación y ocio santo de la oración, no les desamparó en la última hora entre las agonías y acerbísimos tormentos de la muerte de cruz.

Viéndose, pues, el Santo Prelado en la cátedra de la cruz y á cada uno de sus discípulos en igual cátedra, como maestros de la Ley evangélica, fijó los ojos en el Cielo, dando gracias sin duda á Nuestro Redentor por haberle hecho caudillo y maestro de tan buenos discípulos, y diciendo quizá con Él: *Pater, manifestavi Nomen tuum hominibus quos dedisti mihi:* nunc autem *pro eis rogo* (Joan. XVII 6 et 9). *Soberano Padre Eterno, á estos mis súbditos hijos y discípulos que me has dado á cargo, hasta aquí les he instruído y enseñado; ahora os los encomiendo, y ruego por ellos, porque ninguno desfallezca*". Y según testifican los que le vieron, esto dicen que mostraban sus afectos en el punto que fué levantado en la cruz; que habiendo mirado á una parte y á otra, y visto aquel tan lucido escuadrón, absorto en Dios, enmudeció de palabras, supliendo por ellas los excesos mentales que uno tras de otro

padecía, en que se conocía que cuantas veces y en lo mismo que quería hablar, tantas se arrebataba y le cogía Dios para Sí, en quien tenía depositado su corazón y fija la vista, rogando por los suyos.

Absortos estaban todos con este espectáculo, y aun hasta el mismo juez, que de cuanto hasta allí había visto en aquel solemne acto estaba notablemente admirado, como ya diremos, cuando estando en esto, mandó á un maldito sayón de los muchos que allí había que diese principio á la cruel matanza, la cual no se entendió que fuese tan acelerada, porque apenas se habían acabado de poner en pie todas las cruces, que, como se ha dicho, fué poco lo que se llevaron unas á otras, cuando comenzaron á dar las lanzadas; y estaban todos en que los había de tener un gran rato, como suelen hacer con los malhechores, por ventura para que sea más ignominiosa la afrenta con la dilación de la vida ante tanta gente, como sea verdad que es menos la afrenta mientras es más acelerada la muerte. Mas sucedió que al tiempo de poner los verdugos el palo que habían de poner á la cruz del Santo Fr. Felipe de Jesús, para que sobre él cargase el cuerpo, estando enarbolada, sin advertir en ello, lo pusieron más abajo de lo que había de estar, y alzando la cruz, corrió el cuerpo abajo, quedando colgado de las argollas, que le molestaban mucho, y en especial la de la garganta que le ahogaba, lo cual visto por el Juez, mandó que á toda prisa, antes que muriese de aquella manera, se le diesen las lanzadas, como lo hicieron; y sin dilación alguna prosiguieron con los demás, primero un verdugo solo y luego otros tres, que viendo comenzar á su compañero, no se quisieron detener; mas en breve tiempo, discurriendo por todos los Santos Mártires, con increible crueldad, les fueron dando las lanzadas, á cada uno dos ó tres y aun más, conforme acertaban ó á ellos les parecía que era necesario para que no tardasen mucho en morir; y en fin, crucificados todos, y cada uno en dos cruces, entendiendo por segunda la de las lanzas cruzadas, heridos y traspasados sus corazones con aquellos duros hierros, y más del amor divino que como saeta de fuego abrasándoles había traspasado hasta los huesos, ofreciendo al Criador su espíritu y vida, se le entregaron en sus manos, miércoles, á las diez de la mañana, día de la gloriosa y bienaventurada mártir Santa Águeda, á los cinco de Febrero y diez y nueve de la luna Xuninguathx, y según la cuenta del Japón, del año de mil quinientos noventa y siete.

¡Oh bienaventurados Frailes! ¡oh Soldados animosos del estandarte real de Cristo! ¡oh trofeo precioso de su cruz! ¡oh gloria del Seráfico Padre Francisco! ¡oh dichosa honra de la Religión Franciscana! Ellos habían de ser los que, alistados debajo de la bandera

del alférez Francisco, como soldados del capitán Cristo, habían de conquistar y triunfar de la bárbara crueldad de los gentiles, y hacer gente en los extendidos reinos del Japón, de bandera roja, para el reino de los Cielos, llevando en su compañía las premicias y frutos de la tierra que cultivaron con doctrina y ejemplo, y regaron con sangre, que fueron estos venturosos japones, entresacados de la infidelidad como rosas de entre las espinas.

¡Qué fuera ver aquellos encendidos corazones, palpitando, asomados á las puertas que habían abierto las lanzas, que como abrasados en el amor de Dios y del prójimo quisieran desprenderse y salir fuera á comunicarse á cada uno de los que estaban mirando, y aun á los mismos que los habían crucificado! ¡Qué fuera también ver los manantiales de sangre que corriendo por los santos cuerpos regaban los preciosos maderos y bañaban el suelo! ¡Qué á los devotos cristianos, llenos de tiernas lágrimas, de ver así maltratados á sus padres y maestros! ¡Qué los suspiros y sollosos de ver á los inocentes crucificados! Finalmente ¡qué sería ver en aquellos dos Padres de la Compañía, Juan Rodríguez y Francisco Passio y en los demás portugueses y castellanos que allí se hallaban, unos conocidos, otros paisanos, aquella envidia santa, viendo que delante de sus ojos, pasado aquel breve tormento, se iban á gozar de los deleites eternos, y á ser coronados de inmensa gloria merecida por su glorioso martirio!

No hay palabras que lo puedan explicar, porque, aunque el sentimiento era grande en ver padecer tan riguroso martirio á sus padres espirituales, á sus maestros y sacerdotes, templábase con la cierta esperanza de que pasado aquel momentáneo tormento iban á gozar de los bienes perdurables de gloria: consideraban ya en el coro de los Mártires á los que ayer andaban en su compañía, y en la presencia de Dios, á sus amigos y conocidos, con quien habían conversado y á quien comunicado los secretos de sus almas, fiando ya de su intercesión lo más importante para su salvación y el remedio en sus necesidades corporales; porque si cuando los benditos Mártires estaban en carne mortal les ponían confiadamente por intercesores en sus trabajos para con Dios, ¿cuánto con mayor confianza después que creían estar vestidos de inmortalidad? De todo lo cual resulta la envidia santa que hemos dicho, y una tan notable devoción y pía afición con los Santos, que como á singularmente favorecidos de nuestro Señor y cortesanos de su gloria, los veneraban y reverenciaban, que tales aparecían en lo exterior. Porque fué tan admirable la devota postura en que quedaron, y lo agradable de sus cuerpos, que por ello se conocía bien la gloria de que gozaban sus almas. Y lo que es más admirable, que todo el tiempo que estuvieron en las cruces, que fueron

cerca de nueve meses, se conservaron con los mismos indicios de gloria, apareciendo sus rostros muchas veces resplandecientes con extraordinaria claridad y alegría, que parecían reirse, en especial el Santo Comisario Fr. Pedro Bautista, que, como afirman testigos de vista, estaba con grandísima serenidad de rostro, enclavados los ojos en el Cielo, con la misma postura de rapto que cuando le dieron las lanzadas, de que se tratará adelante más ex-profeso. Todos, en fin, quedaron tales, que sobre haberse conservado sus cuerpos sin corrupción alguna todo el tiempo dicho, estaban blancos, hermosos y tratables, que al más tibio y flojo ponía devoción el verlos.

CAPÍTULO XVI.

DE ALGUNAS COSAS NOTABLES QUE SUCEDIERON AL TIEMPO DE ESTE GLORIOSO MARTIRIO.

NO es maravilla que haya sido tan célebre este glorioso martirio, pues además de haberse ejecutado con mucha solemnidad de parte de los gentiles, le honró su Divina Majestad, no sólo con prodigios y maravillas, unas que le precedieron, como ya se ha dicho, y otras que se le siguieron, como veremos en el siguiente capítulo, sino también con otras cosas notables, así de fortaleza y constancia de parte de los Santos Mártires, como de piedad y devoción de parte de los fieles, que por sí solas, bastaban á hacerle célebre.

Tales fueron las que sucedieron al tiempo de este glorioso martirio; y comenzando por aquella que llevó más la atención de todos, dejándolos atónitos y admirados, sin ser señores de poder explicar lo que veían ni con palabras ni con lágrimas, sucedió que, puesto ya y levantado en la cruz el bendito niño Antonio, que, como dejamos dicho, era de edad de once años, y viéndose junto del Santo Comisario Fr. Pedro, y que al tiempo de dar las lanzadas no le decía nada, tomó él la mano y dijo: "*Padre, no se acuerda que nos dijo en el camino, que cuando estuviésemos en las cruces, habíamos de cantar los tres niños el salmo* LAUDATE PUERI DOMINUM? *Padre, comience, que ya es tiempo.*" El Santo Comisario que estaba en su éxtasis arrobado, no hizo movimiento alguno, y visto que no respondía, comenzó él á entonar á solas el salmo, y le ayudó el Santo Niño Luis, que estaban juntos, al lado izquierdo del Santo Comisario, con tanto concierto de devoción y pausa, como si estuvieran en el coro; y sobre todo era la suavidad y melodía, que parecían más

voces de Ángeles que de criaturas humanas; y prosiguiéndole con el espíritu que le habían comenzado, ya que iban al fin, les dieron las lanzadas y pasaron aquellas benditas almas á cantar el *Gloria Patri* con los Ángeles en el Cielo.

No fué menos admirable el fervor y devoción del Santo Mártir Fr. Martín de la Ascensión, en la cual manifestó también su gran fortaleza y constancia; porque habiendo comenzado á cantar el salmo *Laudate Dominun omnes gentes*, al quererle dar las lanzadas, no le dejó de proseguir, aunque con la una de ellas le arrancaron las entrañas. Y fué el caso que, estando ocupado el Santo en su dulce música, llegó el verdugo, y con tanto ímpetu le dió la primera lanzada en el lado derecho, que al arrancar la lanza para asegundarla, se desenastó el hierro, y se quedó fijo en el cuerpo del Santo. Hizo el sayón sus diligencias para sacarle, metiendo y sacando la asta que le quedó en las manos; y viendo que no podía, subió, trepando por la cruz arriba, y por la abertura del costado metió la mano y parte del brazo hasta asir del hierro, y forcejando cruelmente por arrancarle, arrancó hierro y entrañas juntamente, mostrándose inmóvil el Santo y sin sentimiento alguno, y sin dejar de cantar, antes con rostro sereno y alegre, concluyendo con el *Gloria Patri*, esperó la segunda lanzada, y dió el espíritu á su Criador.

Esto y lo que acabamos de decir de los Santos Niños causó tal conmoción, así en cristianos como gentiles, jueces, guardas y verdugos, que lo menos era el quedar atónitos y admirados, que ni acababan de creer lo que veían, ni aun podían llorar ni hablar palabra por el repentino y excesivo dolor, sino pasando aquel primer golpe que con grande fuerza les oprimía el corazón, cerraba los labios, y estancaba las lágrimas, eran tantas las que después vertían, y los extremos que hacían, testigos verdaderos de lo que los corazones sentían, que á no hacerlo así, fuera imposible sufrir el dolor.

El mismo Fezamburo, juez ejecutor de la sentencia, aunque de ánimo feroz y cruel, desde el principio del martirio, con muestras de sentimiento, se comenzó á disculpar con los portugueses y otros cristianos japones principales, diciendo que era mandado, y le era forzoso el obedecer; pero en llegando á este punto de ver la alegría de los Santos Niños y la fortaleza del Santo Fr. Martín, en medio de tan acerba crueldad, y otras cosas particulares que iban sucediendo á los demás Santos Mártires al tiempo de crucificarlos, que se notarán tratando en particular de la vida y muerte de cada uno, no lo pudiendo sufrir, se fué llorando, dejando encomendado lo que restaba de hacer al Juez de Nangasaqui, su teniente, que estaba con él.

Un apóstata sayón, de los muchos que estaban señalados para

amarrar y enargollar á los Santos en las cruces, viendo estas cosas que sucedían, y el amor y caridad con que morían, rogando á Dios por la salvación del Rey y de los que les crucificaban, acordándose de su vida pasada y de la Ley cristiana que había profesado, con grande sentimiento y dolor de su corazón, hecho un mar de lágrimas, y dando grandes sollozos y suspiros, abrazándose con un portugués conocido suyo, dijo en alta voz: ¡Oh, amigo mío! ¿qué me dices? ¿No veis cuan mal hombre soy, que no sólo he apostatado de la Ley de Dios, volviéndome á mis gentilidades, sino que he sido cómplice en la muerte de estos Santos, ayudándoios á crucificar, como cruel verdugo? Rogad, por vida vuestra, al verdadero Dios por mí, que yo no tengo ojos para levantarlos al Cielo pidiendo perdón por tan execrable maldad." Repitió, además de esto, que era el más mal hombre que había nacido de mujer, y sin cesar un punto de llorar, y mesarse el rostro y cabellos, en que daba bien á entender ser verdadera su compunción. No se dice más de este japón; de creer es que tras la compunción se seguiría la mudanza de vida, reconciliándose con la Iglesia, y volviendo al rebaño de Cristo; pues con tan vehemente dolor, no se compadece el quedarse impenitente, y no tener propósito de la enmienda.

No fué menos católica lo resolución piadosa de un japón cristiano, hombre principal, que con gran despecho y sentimiento de ver tal crueldad, arrojó la espada ó catana que traía al lado diciendo: "No se merecen traer espadas en cinta los cristianos que por defender á sus padres y maestros en la Fe no mueren en la demanda, ó son crucificados con ellos."

Y lo que en gran manera solemnizaba este acto, era la innumerable multitud y concurso de gente que se halló presente, así gentiles como cristianos: japones, chinos, portugueses, castellanos, cambojas, siames y otros muchos de diversas naciones de mercaderes y tratantes que se habían juntado en aquel puerto, que sin duda fué particular acuerdo del Cielo, para que cada uno llevase que contar á sus propias tierras y reinos; porque como había escogido Dios Nuestro Señor á estos Santos Mártires para testigos y maestros de su Fe en estos grandes archipiélagos, enseñándola en vida y confirmándola en muerte, quiso que se hallasen presentes muchos de sus naturales, y fuesen portadores de la nueva de este martirio, para que así se extendiese mejor su noticia y más aprisa por toda la redondez de la tierra.

Y por lo mismo, es de notar que, pareciendo más conveniente para el fin que el tirano pretendía, que era para que sirviese de universal escarmiento, así de cristianos como de gentiles, el crucificar á los

Santos Mártires en la ciudad de Meaco, Corte de aquel grande Imperio, pues, como en centro de la monarquía, es adonde estaba el mayor número de gente á quien se podía pretender poner freno para en adelante, y sobre todo habérselo aconsejado al tirano diciendo que, pues allí habían predicado los bonzos de Luzón, allí era razón que fuesen muertos, como que en donde había sido el delito, allí fuese el castigo, con todo eso, no lo permitió Nuestro Señor, disponiendo de manera la resolución del tirano, que en suposición que los hubiese de mandar matar, fuese en el puerto y ciudad de Nangasaqui; porque á ser en otra ciudad de la tierra adentro, ni los cristianos pudieran mostrar con tanta libertad su devoción, y, por consiguiente, ni los cuerpos de los Santos Mártires fueran tan venerados, ni tan estimadas sus reliquias. Y lo fueron tanto en la ciudad de Nangasaqui, que casi podemos decir que ni un pelo de sus cabezas se malogró, ni una gota de sangre de sus venas se perdió.

Porque era tal el fervor de los devotos cristianos, que no había remedio de quitarlos entre las cruces; y apenas había apuntado el verdugo á herir el costado del Mártir, cuando ya la preciosa sangre estaba cogida en paños de lienzo y seda, tafetanes y algodones; y los que no tenían otra cosa, por haberlos cogido desprevenidos, la cogían en los sombreros y faldas de la capa, teniéndose por más rico, el que más cargaba de aquel divino tesoro, sin que fuesen bastantes para estorbárselo los golpes y palos que les daban los gentiles.

Á uno le dieron tantos, que le hicieron muchas heridas en la cabeza; y para que en la de éste escarmentasen todos, le pusieron como á la vergüenza, amarrado á la cruz del Santo Comisario. Pero estaban tan lejos de escarmentar, que el que se había puesto para escarmiento de todos, era el que más les estimulaba; porque de tal manera se aprovechaba de la ocasión de verse arrimado al Santo Comisario, que no haciendo caso de la sangre que á él le corría de la cabeza, ponía mucho cuidado en que no se perdiese ni una gota de la que salía al Santo del costado. Lo cual enfervorizó tanto á los circunstantes, que á cual más podía, sin reparo de los verdugos y sus crueldades, se arrojaban intrépidos á coger aquellas presiosas reliquias, de las cuales ninguno quería quedar defraudado.

Y si, por ventura, alguna sangre, por la demasiada presteza con que salía y hallar ancha la puerta, caía en el suelo, la raían con tierra y todo; y de las mismas cruces quitaban astillas donde había algún rastro de sangre, y los que más no alcanzaban, raspaban las salpicaduras de las piedras, que enternecidas de aquel espectáculo, y olvidadas de su natural dureza, contribuían sangre en lugar de lágrimas.

Á los mismos gloriosos Mártires, de las rodillas abajo, donde podían alcanzar, no les dejaron hilo de ropa, y fué necesario que el proveedor de la cofradía de la Misericordia proveyese de cierta vestidura pobre de petates ó esterillas tejidas para cubrirlos, ordenándolo así la Divina Providencia, para que aun allí no dejasen de ser hijos del glorioso Padre y Patiarca de los pobres, San Francisco, en su humildad y pobreza. Todo lo cual llevaban y guardaban los devotos cristianos como reliquias de inestimable precio.

Y vióse bien en que habiendo quitado un portugués una cruz de reliquias que traía al cuello el Santo Mártir Fr. Francisco de la Parrilla ó de San Miguel, y pidiéndosela después el Señor Obispo, Don Pedro Martínez, le respondió, que antes daría toda su hacienda que soltar semejante pieza; porque además de estimarla sobre sus ojos, por ser de quien era, firmó con juramento que, después que la traía consigo, se veía libre de muchas tentaciones que antes le acosaban mucho.

Los ministros de justicia y sayones tuvieron aquí su feria, porque viendo la ansiosa solicitud con que los cristianos iban buscando y guardando cuanto podían haber á las manos que fuese del uso de los Santos Mártires, fueron recogiendo los mantos de los religiosos, las vesturas exteriores de los japones, y después vendían cada pedazo á peso de plata; y sino se dieran tanta prisa, la podían haber vendido á peso de oro; porque con los milagros que cada día iba obrando Nuestro Señor, mediante las reliquias, creció tanto la devoción de los fieles, que por alcanzar y haber á las manos cualquiera cosa que hubiese sido de los Santos Mártires, no reparaban en dar cuanto les pedían, y á veces más de lo que tenían.

Por este camino vino á nuestro convento de la ciudad de Manila el manto del Santo Comisario, donde hasta hoy se conserva tan entero y sano, como cuando le usaba el Santo; y al juicio de todos, es un milagro continuado, porque siendo esta tierra tan húmeda y cálida, disposiciones muy propias para la corrupción, y á esta causa haber en ella mucha polilla y otras mil diferencias de gusanillos de la misma propiedad que destruyen la ropa, y en especial la que es de lana, como cada día lo estamos experimentando los que usamos de ella, que aun el continuo uso no es bastante para librarla de esta penuria, ya se ve que el haberse conservado este manto cerca de cien años de la manera que se ha conservado (metido en una caja donde están las demás reliquias del Santo, y de donde no ha salido sino muy raras veces), según lo común y lo que de ordinario suele suceder, no se puede atribuir á otra cosa sino á milagro que continuamente está obrando Su Majestad, usando

de su gran Omnipotencia, para crédito y honra de los que derramaron su sangre por la exaltación de su Santo Nombre (*).

Otras demostraciones de piedad y devoción hicieron los católicos, viniendo de diferentes partes y reinos, y algunos bien lejos, á visitar y venerar á los crucificados, como á verdaderos Santos y Mártires del Señor; y no solamente gente vulgar y plebeya, sino religiosos venerables, que fueron algunos Padres de la Compañía que andaban administrando por otros pueblos y ciudades y consolando aquellas cristiandades con su acostumbrado fervor, espíritu y celo; los cuales, luego que tuvieron noticia del martirio, vienieron á venerar los cuerpos de los Santos Mártires, y no sólo ellos, sino otras personas también de religión y cuenta: el Padre Fr. Diego de Guevara, agustiniano, Obispo después de la Nueva Cáceres; el Padre Fr. Martín de León, del Orden de N. P. Santo Domingo, capellán del miserable navío *San Felipe*, y los demás que venían en él; el general Don Matías de Landecho y otros españoles que si los más no estuvieron presentes, porque no lo sufrieran sus ánimos, ni fuera honra de la Nación Española pasar por tan grande injusticia, fueron después á darles la debida veneración, y adorar muertos en las cruces á los que ya vivían y reinaban con Cristo en la Gloria.

Y el mismo Obispo de Japón, el Señor Don Pedro Martínez, religioso de la Compañía, que desde una ventana de su casa había visto levantar en las cruces á los venturosos Mártires, y darles las lanzadas, á la tarde de aquel mismo día, siéndole ya permitido, salío él propio en persona con todos los suyos; y estando aún apartados, se arrodillaron delante de los crucificados y les hicieron humilde reverencia y adoración y les dijeron la conmemoración del *Común de muchos Mártires*, invocando con afectuosos suspiros su intercesión delante de la Majestad de Dios. Luego se llegaron cerca y examinaron con mucha atención las heridas y lanzadas de aquellos valientes guerreros de la milicia de Cristo, que muriendo, habían triunfado de los enemigos de la Fe; y aunque les causó notable pena y dolor la inhumanidad de los verdugos, la certeza que tenían de que por medio del martirio habían subido sus almas á gozar de la vista clara de Dios en el Cielo, puso tasa al sentimiento natural, de suerte que, si se enternecían y lloraban, más era de la alegría y devoción, que de pena y dolor.

(*) Bastante bien conservado todavía, el manto de San Pedro Bautista se guarda ahora en nuestro convento de Sta Clara de Manila, donde las religiosas, con un cuidado sin igual, le defienden de polillas y elementos. Con él á la vista, por habérnoslo remitido la Madre Abadesa para que lo viésemos, escribimos esta nota.

En el mismo monasterio de Sta. Clara se halla, junto con el manto, el bastón que usaba el dicho San Pedro Bautista en sus viajes y largas peregrinaciones por el mundo. (Nota del Colector).

Aquí volvió á decir el Señor Obispo, luego que leyó la sentencia, lo que ya había dicho otra vez, así que supo la causa porque el Emperador les condenaba á muerte: *Tan Mártires son, como San Lorenzo.* Y lo mismo volvió á repetir el primer día de fiesta en la Iglesia de los Padres de la Compañía, predicando á los castellanos y portugueses que se hallaban en aquella Ciudad en alabanza de los gloriosos Mártires; y después de haber probado con muchas y eficaces razones la verdad del martirio, dijo mil elogios de él, concluyendo que ilustraba en gran manera á todo la Iglesia de Dios; y porque nadie dudase de su sentir, hace de oficio una información para enviar á su Santidad y al Rey de España, nuestro señor, en la primera ocasión. Y hay testigo que afirma haber visto en su poder un libro muy erudito en que probaba la verdad del martirio, y que le hizo con intento de darle á la imprenta, como lo hubiera hecho á no haberse anticipado la muerte, que fué no mucho después del dicho tránsito de los gloriosos Mártires, volviéndose para la India. Para que se vean las maravillas de Dios en la facilidad con que trueca las voluntades y dictámenes de los hombres; y conoceráse mejor, cotejado esto y lo que diremos en el capítulo XXII, con lo que queda dicho en el capítulo XXXVIII del segundo libro.

De allí á tres días volvió otra vez el Señor Obispo, y quedó nuevamente maravillado de la hermosa y devota postura de los rostros de los Santos Mártires, y más en particular por haber visto salir sangre viva del cuerpo del Santo Comisario, que volviendo después á su casa y encontrando á un criado suyo de cámara llamado Francisco de Acosta (que es el testigo de arriba, y el que esto también afirma), le dijo: "Id, por vida vuestra, á ver aquellos siervos de Dios y veréis una cosa milagrosa, que parece que aquellos sus cuerpos están vestidos de gloria."

La misma ternura y devoción mostraron muchos Padres de la Compañía, los cuales, como ellos mismos afirmaron á Fr. Marcelo de Rivadeneira, compañero de los Santos Mártires, y uno de los que fueron presos en Nangasaqui y llevados al navío de los portugueses, según dijimos, casi todos los días, por las tardes, iban á visitarlos y venerarlos como á Santos; y algunos rezaban vísperas de la Cruz y otras devociones, puestos de rodillas delante de ellos. Y quien más sobresalió en la veneración de los Santos Mártires, fué el venerable Padre Sebastián González, varón de grande espíritu y muy amador de la pobreza evangélica, y por eso muy amartelado del Santo Comisario sus compañeros, con quien se comunicaba muy familiarmente siempre que sucedía concurrir juntos en algún pueblo ó ciudad; y en ausen-

cia, lo hacía por cartas, consolándoles en sus trabajos y persecuciones, y animándolos á que prosiguiesen adelante con su modo de vida apostólica y libertad evangélica, sin hacer caso de cuantos se los opusiesen, aunque fuese con riesgo de la vida; porque decía que, mientras aquella cristiandad no se cultivase con obras de humildad, desprecio y abatimiento, y regase con sangre, no había de dar cosecha de provecho; porque, aunque en algún tiempo parecía crecer, presto se conocía que no tenía vigor ni fuerza, marchitándose y aun secándose con cualquier leve cierzo, como á quien le faltaba el verdadero riego y cultivo, cual es el desprecio y humildad y la sangre de los Mártires, como sucedió en la primitiva Iglesia, que no cobró fuerzas hasta que estuvo bien regada y cultivada en la manera dicha, y entonces entró bien la ayuda y favor de las potestades seculares; y si fuera antes, podría ser que no fuese de ningún provecho; porque aunque es mucho su poder, nunca es tanto que puedan dar firmeza; aunque de su naturaleza no la tiene, como ni el más diestro artífice al edificio material que no tiene cimiento, que, al fin, fábricas de viento, con el mismo viento se desvanecen.

Por lo cual, deseaba sumamente este Padre que hubiese martirio en el Japón, y, como él decía, este es el deseo con que había andado desde que entró en aquellos reinos, como quien lo deseaba también ser, no en cuanto era en daño de la inocencia y justicia, y efecto de la malicia tirana y cruel, sino por el bien que se podía seguir de ello á aquellas cristiandades, como que quisiera él ver sembrada aquella tierra de aquella fecunda semilla que produce uno por ciento, esto es, que por un cristiano que muere en defensa de la Fe, se producen otros muchos fuertes y robustos.

Y así, cuando vió cumplido su deseo, aunque pesaroso de no haber entrado á la parte con los Santos Mártires, daba muchas gracias á Dios, y como otro Simeón bañado en lágrimas y levantando los ojos al Cielo, decía: "*Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace: quia viderunt oculi mei salutare tuum* (Luc. II. 29). He logrado en mis días ver la salud y remedio total de esta cristiandad de Japón, y así ya no deseo otra cosa sino morir en paz". Y así parece que fué, porque dentro de breve tiempo, acabó en el Señor, de quien era muy siervo, y reputado de todos por varón de mucha santidad.

Según esto, no es mucho que fuese tan cordial el afecto y veneración para con los Santos Mártires como era el que este santo varón les tenía, pues aquello mismo que él aprobaba y calificaba en su vida, y aun les aconsejaba, confirmaron con su muerte, dando testimonio de ello; y así, estaba tan lejos de dudar de su martirio, que antes incitaba á todos que fuesen á venerarlos y reverenciarlos como á Márti-

res del Señor, y que los tomasen por abogados en el Cielo, como él lo hizo mientras vivió, dándoles todos los días conmemoración; lo cual fué causa de que concurriesen cada día más cristianos á venerar aquellos santos cuerpos, y de que el Teniente de gobernador mandase cercar el sitio donde estaban, y ponerle muchos hombres de guarda, repartiéndose para esto los capitanes de la Ciudad, velando cada uno con su compañía veinte y cuatro horas, al cabo de las cuales se mudaban, y todos andaban con grandísimo cuidado porque los muchos cristianos que de dia y de noche allí acudían, no hurtasen las santas reliquias, y lo pagasen ellos con sus cabezas. Y fué sin duda esto ordenación de Dios, para que estas mismas guardas fuesen testigos de vista de los milagros que obró su Divino Poder en aquellos santos cuerpos, como se verá por todo el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XVII.

DE ALGUNOS MILAGROS Y PRODIGIOS QUE OBRÓ DIOS NUESTRO SEÑOR DESPUÉS DE LA MUERTE DE LOS SANTOS MÁRTIRES.

NO sólo quiso la bondad de Dios, para abono de este glorioso martirio, que le precediesen y aun acompañasen tantos prodigios como quedan advertidos, sino que se le siguiesen los que ahora diremos, que fueron tan públicos y notorios en aquella tierra, que nadie pudo dudar ni alegar ignorancia de ellos. Además, constan por vista de ojos y dichos con juramento de muchos testigos de crédito, que dan testimonio de ellos, de que nadie debe tener duda, si no es que nos engañe la fe que se suele dar y es justo que se dé á informaciones jurídicas y públicas escrituras, hechas ante jueces y ministros legales y de autoridad, cuales son: un Arzobispo, un Obispo, un Cabildo y un Gobernador, de las cuales fielmente se ha sacado y recopilado la mayor parte de la historia de este martirio, y por de tales originales las doy, no por sacadas del Evangelio; aunque respecto de aquellas cosas que ya tiene aprobadas Nuestra Madre la Iglesia, es cierto que pasa ya su credulidad de los límites de la fe humana; y entre ellas serán algunas maravillas y prodigios que sucedieron después de este glorioso martirio, que se irán contando por su orden en este capítulo

Demos, pues, el primer lugar á las admirables señales que sobre el cercado de los santos cuerpos aparecían los viernes, que eran unas como antorchas ó luces, á manera de columnas de fuego, que se veían sobre cada una de las cruces de los Mártires; y sobre la del Santo Fr. Pedro, dobladas, significando su doblada corona. Todas salían como en procesión, y de la cuesta bajaban al hospital de San Lázaro,

que era la casa donde el Santo Comisario y algunos de sus compañeros habían morado, y de allí iban á una ermita de Nuestra Señora, no lejos de dicho hospital, donde paraban.

La segunda y notable maravilla es, que un viernes, á catorce de Marzo, en la parte donde los Santos estaban crucificados, que era al Mediodía, apareció de noche una columna de fuego, á la vista muy grande; luego se dividió en tres partes, y habiendo durado en esta forma como dos horas, vino cayendo una de ellas, que al parecer era la de en medio, hacia la casa de los Padres de la Compañía, dejando grandísimo rastro de centellas, á modo de estrellas muy resplandecientes, y allí desapareció, quedando más clara que el día la noche, que poco antes estaba muy tenebrosa y obscura.

Poco después de haber aparecido este prodigio, apareció á la parte del Oriente otra señal de fuego, á manera de rayo, y á la parte del Occidente otra de la misma figura; y de allí á otro rato, á la parte del Norte, sobre la dicha ermita de Nuestra Señora, aparecieron muchas estrellas de diversos colores. De suerte que, tal variedad ni primor de matices, nunca se vieron; y dicen testigos que, echando juicios sobre esto un Padre de la Compañía (como de ordinario suelen hacer los atentos á semejantes sucesos), le oyeron decir, haciendo primero la salva de que para Dios se debe reservar el cierto y verdadero juicio, que, si no se engañaba, aquello pronosticaba que habían de entrar en el Japón muchos religiosos de diferentes institutos, hábitos y religiones, que como resplandecientes estrellas alumbrasen todo aquel hemisferio del Japón en la noche obscura y tenebrosa de su gentilidad. No se dice cómo fué este juicio ó discurso, si por conjeturas naturales, ó revelación; pero de cualquiera manera que fuese, el juicio y pronóstico fué verdadero, verificándose en la entrada de todas las religiones en Filipinas, que ilustraron en gran manera con su doctrina y ejemplo, religiosa vida y dichosa muerte, aquella cristiandad, aumentándola y fortaleciéndola en la Fe.

Duraron estas maravillas más de cuatro horas á vista de cuantos castellanos, portugueses, japones, chinos y demás naciones que había en aquella ciudad de Nangasaqui, y con tan grande espanto de todos, que á voces pedían á Dios misericordia. Y á la verdad: mucho era menester para no tener horror y miedo, porque con las señales, que, por lo de extrañas, eran espantosas, y con la confusión de la grita y clamores del pueblo, parecía que se acababa el mundo.

Sea la tercera, que, acudiendo mucha gente de diversos lugares á la fama del martirio, y deseando llevar alguna reliquia de los Santos, se llegó un hombre á reverenciarlos, como todos hacían, y besando los pies de uno de ellos (dicen testigos que del Santo Comisario),

asiéndole con los dientes un dedo, se le cortó; y habiendo ya tres días que estaba muerto, salió la sangre tan fresca, como si estuviera vivo.

Mucho es por cierto; pero más es (y sea lo cuarto) que pasados más de dos meses después de crucificados, derramó el mismo Santo sangre tan fresca por una de las heridas, como si entonces se la acabaran de hacer; y en tanta abundancia, que regó la tierra de suerte, que se pudo hacer lodo; y que juntamente se estremeció el santo cuerpo por tres veces, una tras de otra, con tanta fuerza, que parecía estar vivo, y querer dar en tierra juntamente con la cruz; lo cual causó notable admiración y espanto á todos los que tuvieron noticia de ello. Y luego corrió la voz por toda la tierra, por lo cual venían de muy lejos á ver aquel prodigio para ellos nunca visto ni oído, y por recoger alguna parte de aquella bendita sangre, la cual estimaban en mucho y guardaban con grande reverencia, como lo dice de sí mismo el ya referido y venerable Padre Fr. Martín de León, de la Orden de Nuestro glorioso Padre Santo Domingo, en su dicho ante el cabildo de la Catedral de esta ciudad de Manila por estas palabras.

"Estando yo una legua de Nangasaqui, me dijeron unos japones y algunos españoles que iban con ellos, cómo el viernes antes, estando rezando al pie de las cruces algunas oraciones devotas, vieron salir cantidad de sangre fresca de una de las lanzadas del Santo Fr. Pedro Bautista, como si en aquel punto se la acabaran de dar. Y por ver aquella tan grande maravilla, partí luego, y fuí al sitio de los benditos Mártires, y ví la sangre en la cruz, que estaba fresca y muy linda, y procuré de la que algunos habían tomado en lienzos, y quité una astilla de la cruz, que estaba teñida, la cual guardé para mi consuelo. Y asimismo, las guardas me dijeron cómo la cruz, con el bendito cuerpo del Santo Fr. Pedro, había temblado dos ó tres veces con grandísima fuerza; y afirmaban que el dicho Padre Fr. Pedro no estaba muerto, por haberle visto temblar en la cruz, y salirle sangre al cabo de sesenta días, y otras cosas de maravilla."

Este es el dicho del Padre León, que concluye refiriendo los otros milagros que ya habemos dicho, en especial el que referimos de aquellas misteriosas letras, *Filiæ Jerusalem* etc., que aparecieron en el retablo de Nuestra Señora, y el de las lenguas del día del Espíritu Santo que se vieron sobre todos los moradores de una casa con ocasión de haber hecho el Santo Fr. Pedro aquel día en ella un milagro señalado, curando á una niña leprosa, hija del devoto caballero de Cristo Cosme Joya, como se dirá adelante en la relación de su vida.

Además de esto, afirman y testifican los japones haber visto muchas

veces al Santo Comisario Fr. Pedro Bautista decir Misa, con grande música, regocijos y lumbres, los viernes y sábados en la iglesia y hospital de San Lázaro, á donde solía celebrar lo más del tiempo que estuvo en Nangasaqui, cuando vino allí á fundar; y que pues le veían revestido en el altar, *no era posible estar muerto* (uso de sus términos para ir con más legalidad, que si les parecía estar muerto era visión que se les ponía delante, con que se engañaba la vista; y oculta no podía ser, porque le veían y oían); y, al tenor de esto, decían otras cosas en que se conocía que se convencían á creerlo con evidencia, y así lo afirmaban y testificaban.

Pondré á la letra lo que testifica haber oído á un japón sobre esto el capitán Hernando García, vecino de esta ciudad de Manila y testigo jurado en las informaciones de los Santos Mártires. El cual, siendo examinado acerca del décimo octavo artículo del interrogatorio, respondió por el orden siguiente: "Oí decir á Sebastián, criado del General Don Matías de Landecho, japón de nación, que como un sábado por la mañana fuese á comprar pescado, supo de muchos pescadores que estaban por la playa que, no habiendo podido coger pescado alguno en mucha parte de la noche, y viendo que la puerta de la iglesia de San Lázaro estaba abierta, se fueron allá y oyeron, estando cerca, cómo había mucha música en dicha iglesia; y entrando, vieron celebrar Misa á dicho Padre Fray Pedro Bautista, la cual oyeron ellos; y que acabada la Misa, se había desaparecido toda aquella visión. Lo cual se lo oí contar muchas veces (repite el dicho capitán Hernando García) al dicho Sebastián, japón, y asimismo á otros muchos japones, hombres y mujeres; y cuando lo contaban, lloraban de devoción."

Y añaden más otros muchos japones (que no es de menor admiración) que el cuerpo del Santo Comisario desapareció por un día entero de la cruz en que estaba amarrado, y que turbadas las guardas por no saber quien lo había tomado, y tener graves penas, si alguno faltase por su descuido, andaban preguntando por él, hasta que vieron que por sí mismo se volvió á poner el santo cuerpo en la cruz, como antes estaba.

Y por ventura habría ido á favorecer á su afligido hijo y hermano Fr. Jerónimo de Jesús á quien él había mandado por obediencia que se quedase escondido, que entrando por una puerta de Meaco, fué conocido de una vieja hechicera, que dijo á los gentiles que aquel era de los que predicaban la Ley de los cristianos; y fué Nuestro Señor servido que, andando actualmente en busca de él para matarle ó desterrarle, no hubo quien le hechase mano; como ni tampoco permitió que aquel falso amigo que referimos le engañase, que, so color de

librarle, quería ahogarle. Ó fué, por ventura, que quiso librar á su devoto Cosme Joya de los embelecos del demonio, que visiblemente andaba espantando á los fieles de aquella casa con un horroroso ruido desde que entró á guarecerse en ella el obediente religioso y confesor de Cristo, Fr. Jerónimo, para que perdiesen la devoción que con él tenían, y aun con la Ley que predicaba, que esto y mucho más se puede presumir de este enemigo común de las almas; mas presto fueron conocidos sus embelecos, y en lugar de salir medrado, salió descalabrado, atribuyéndolo todos á la intercesión del Santo Comisario.

Ó podemos decir que fué á remediar á sus pobres y consolar á las afligidas viudas mujeres de los japones crucificados; y como unos y otros decían, según las maravillas que cada día obraba nuestro Señor con ellos en socorro de sus necesidades, no sólo creían que eran efectos de la intercesión del Santo, sino también de su asistencia, que la experimentaban á cada paso, como si le sintieran al lado, ó les anduviera acompañando.

Lo octavo que Nuestro Señor obró en estos sus Mártires fué que, habiendo en aquella tierra gran cantidad de cuervos notablemente voraces, que los japones llaman *massangues*, los cuales se sustentan de cuerpos muertos, y en especial de los malhechores que ajustician, que están tan cebados en ellos, que apenas han dejado al cuerpo en la cruz, cuando ya le tienen tragado, á estos gloriosos Mártires no sólo no tocaron á las cruces, pero ni aun entraron dentro del cercado donde estaban, que es uno de los milagros que ha causado admiración en todos los que saben y conocen por experiencia la voracidad de estas aves en aquella tierra; porque le juzgan por muy palpable, y por cosa de vista de ojos en que no puede haber duda.

Y porque de ninguna manera hubiese dificultad alguna de la propiedad de estas aves, de ir luego á cebarse de los cuerpos muertos, parece dispuso Nuestro Señor que en aquellos días ajusticiasen á unos malhechores en su lugar señalado, que como dijimos estaría como veinte pasos á la otra banda del camino donde estaban los Santos crucificados, y vieron todos que apenas los habían puesto en las cruces, cuando cargaron sobre ellos infinidad de cuervos; y hasta que los despedazaron y tragaron, no se apartaron de aquel lugar, yendo unos y viniendo otros; y no hubo uno que por descuido siquiera se llegase á los Santos, ó pusiese en las cruces ó palos de la estacada; antes parecía que no se atrevían á pasar por allí cerca, echando siempre el vuelo por la parte contraria, como si de aquella banda estuvieran puestas guardas para defenderlos el paso.

Lo que también en gran manera admira en la incorrupción de los cuerpos de estos Santos Mártires que, habiendo estado algunos de

ellos más de cuatro meses y algunos cerca de nueve, en las cruces, al sol y al agua y á todas las inclemencias del tiempo, al cabo del tiempo dicho, estaban enteros (salvo cual y cual dedo, que por devoción les habían cortado), blancos, frescos, hermosos y tratables, sin corrupción alguna; antes despedían de sí un olor muy agradable, siendo lo natural el oler luego mal, y á poco más de un mes caerse á pedazos de las cruces, por la desunión de las ligaduras y cuerdas del cuerpo, que se deshacen con la corrupción.

Depone un español, vecino de esta ciudad de Manila, llamado Andrés Martínez, que habiendo llegado al Japón en tiempo en que todavía estaban los cuerpos de los Santos enteros, habiendo ya cuatro meses que eran muertos, admirado de aquel prodigio, pensó cómo coger alguna parte de aquellos santos cuerpos, y dando parte á un camarada suyo, también español, que se decía Bartolomé de Béjar, se resolvieron ambos de ir á la estacada; y fuese cohechando á las guardas, ó de grado, ó de fuerza, coger lo que pudiesen de los Santos Mártires. Con esta determinación llegaron á la estacada, muy á deshoras de la noche, y hallaron la puerta abierta y á las más de las guardas dormidas; y las que estaban en vela, eran cristianos, que no dificultaron mucho el dejarlos entrar, porque ellos eran, según dijeron, los que más deseaban que se comenzasen á expender aquellas santas reliquias, por tener parte en ellas. Viendo tan buena ocasión, se fueron para el Santo Comisario, y asiéndole de un pie, tiraron con grande fuerza con intento de que se desgajase un buen pedazo y cargar con él, ya que por el embarazo y temor de que les cogerían en el hurto no se atrevían cargar con todo el cuerpo como estaba en la cruz. Y afirma el susodicho Andrés Martínez que con haber pasado cuatro meses después de su muerte, como se ha dicho, estaba el santo cuerpo tan recio y fuerte, como si estuviera vivo, ó entonces se acabara de morir, de suerte que por más que tiraron los dos, no le pudieron arrancar miembro ninguno, hasta que con una catana, dando unos cuantos golpes, le cortaron el pie derecho y la mayor parte de la pierna, que fué hasta donde pudieron alzar.

Y dice más, que, habiéndose ido los dos á un montecillo que estaba allí cerca con intento de esconder la reliquia en alguna parte secreta del dicho monte hasta que se volviesen á Manila, porque no fuese que luego hiciesen pesquisa los gentiles y los cogiesen con ella, á la mañana mudaron de intento y determinaron descarnarla, como lo hicieron, viendo otro nuevo prodigio, que no les causó menos admiración, y fué que, por algunas partes de las cuchilladas que dieron para descarnarla, salía sangre fresca, como pudiera salir de algún brazo ó pie de un cuerpo vivo.

Y añade, que, habiendo enterrado la carne en aquel lugar, en un hoyo muy profundo, y, para más seguridad de que no la sacase algún perro, puesto una piedra grande encima, de allí á ocho días volvieron á ver cómo estaba, y la hallaron como cuando la enterraron, fresca y buena y sin mal olor. Y pareciéndoles que aun todavía no estaba allí bien segura, la llevaron á la misma playa, la mar adentro, á donde nunca faltaba agua, y allí la enterraron; y al cabo de algunos meses, viniendo á Nangasaqui Fr. Jerónimo de Jesús, y dándole cuenta de la carne que tenían enterrada, les mandó que, como estuviese, se la trajesen, y así lo hicieron, hallándola siempre de la misma manera. Así lo jura y testifica el dicho Andrés Martínez, teniéndolo por un gran prodigio.

Otro prodigio semejante se vió en la sangre del Santo Comisario y de algunos de sus compañeros que también la derramaron por la Fe de Cristo, y fué en esta manera: Un italiano llamado Juan Bautista, que iba y venía al Japón en la nao de los portugueses, hallándose cerca de las cruces al tiempo del martirio, cogió en el sombrero cantidad de sangre del Santo Comisario y de los bienaventurados Mártires Fr. Martín de la Ascensión y del hermano Michi Paulo y de otro Japón, y después la hechó en una ampollita ó redoma de loza de China, y la guardó de manera que nadie lo supo hasta que volvió á Macán; y teniendo noticia de ello el vicario del Obispo de la gran China, mandó que se examinase (habiendo primero tomado juramento al dicho Juan Bautista de que aquella sangre era de los Santos Mártires) para lo cual, hallándose presente el dicho Vicario y dos religiosos de Nuestro Padre Santo Domingo y uno de la Compañía y seis ministros, uno de los cuales era Fr. Marcelo de Rivadeneira, el cual tomando la ampollita en la mano y quebrándola por consejo del médico, que también se hallaba presente, á los nueve meses después del martirio se halló la sangre fresca y líquida como si acabara de salir de los santos cuerpos, de lo cual se tomó testimonio, como de cosa notable y milagrosa.

En la relación manuscrita de Bernardino de Ávila, testigo ocular, fol. 65, se dice que en Macán esta una limeta de sangre fresca, autorizada por el Ordinario, y que es del Santo Fr. Francisco Blanco, uno de los religiosos Mártires compañeros del Santo Fr. Pedro Bautista, de lo cual no se hace mención en los originales de la Provincia. Y puede ser que sea la limeta de la sangre del Santo Comisario y de los demás que hemos dicho, que es fácil trocar los nombres diciendo uno por otro, sino es que sean dos las limetas, como es muy posible, aunque á mí no me consta, ni he hallado persona que me sepa dar razón, sino de la que he dicho y consta

por los originales de la Provincia. Otras muchas maravillas podía contar de la incorrupción de los santos cuerpos, y prodigios que sucedieron mientras estuvieron en las cruces, que por la brevedad se dejan, y por estar ya repetidos en otras historias como singularmentente dignos de memoria (*).

Pero lo que no es razón que se pase en silencio, no digo que sea milagro ni maravilla (aunque para mí lo es) que, habiendo estado

(*) En la página 86 de la Historia de Morga titulada: *Sucesos de las Islas Filipinas*, reimpresa en París el año de 1890, hemos leído una nota del moderno editor ó anotador, á la cual, por relacionarse principalmente con los prodigios que en este capítulo se narran, vamos á contestar, demostrando la falsedad histórica de lo que en ella se afirma y poniendo al mismo tiempo de manifiesto la mala fe con que está escrita. Para lo cual, daremos íntegra la nota, y aduciremos después, prescindiendo de otros argumentos de orden más superior, el testimonio de dos historiadores irrecusables, contemporáneos de los Santos Mártires y testigos oculares de muchos de los sucesos que en sus historias nos refieren. He aquí la nota:

"Lord Stanley trae en su apéndice una interesantísima nota *(con que fuera interesante se podía Vd. contentar)* referente á éstos que han dado en llamar mártires del Japón, de la que vamos á extractar y traducir algunos párrafos.

"El P. Alejandro Valignano, visitador de la Compañía en el Japón, y contemporáneo de los dichos Mártires, parece (¡PARECE *no más? Pero ¿no lo sabe Vd. de cierto? Y si lo sabe de cierto ¿por qué solamente dice que* PARECE?) que dejó un libro manuscrito, destinado á refutar las calumnias y acusaciones de Fr. Martín de la Ascensión contra los Jesuítas *(¿Qué calumnias y qué acusaciones son esas? Vd. si que calumnia al bendito Santo)* en las tristes y enojosas disputas sobre á quien pertenecían las misiones en el Imperio del Sol. Este libro, fechado en Octubre de 1598, *(vean Vds como había libro con su fecha y todo)* se encuentra en la Biblioteca de Evora (CXV, 2-2). Contiene 31 capítulos de los cuales los tres últimos están destinados á refutar las inexactas aserciones de Fr. Jerónimo de Jesús. Dice el manuscrito que el P. Fr Martín de la Ascención había escrito tratados contra los Jesuítas, sometiéndolos á la corrección de un clérigo portugués amigo suyo, llamado el P. Miguel é Roxo quien se escandalizó no poco al leer las calumnias que el libro contenía. El P. Valignano se queja de la ligereza de Fr. Martín por haberse atrevido á escribir tratados sobre el Japón, *(si sabía escribirlos, hacía bien en no dar paz á la pluma)* no habiendo estado en él más de 5 ó 6 meses, habiendo comenzado a escribir á los tres de su llegada á Nangasaqui.

"En el capítulo 27, el P. Valignano dice que los frailes inventaron un plan para ocultar y velar las torpezas cometidas en el Japón, y para difamar á los Jesuitas. El plan consistía en celebrar una gran festividad y hacer procesiones *(vea V. que frailes más picarillos: ¡inventan procesiones para velar torpezas!)* en honor de los frailes crucificados, publicando que eran Mártires, y que los de la Compañía conocían muy bien cómo poner en salvo sus vidas y evitar el martirio.

"Respondiendo á esta acusación hace observar el P. Visitador que los tres Jesuitas, que por equivocación fueron crucificados en compañía de los frailes de Manila, murieron con tanta fe y constancia como los otros; *(¿Quién niega eso?)* uno de aquellos era Aligi (Michi) Paulo, Hermano Jesuita por más de doce años. Que la Compañía no les envidia á los frailes sus mártires, pero piensa que su canonización es un derecho reservado al Papa, y que por consiguiente, hasta que su Santidad no los declarase por mártires, los frailes hacían mal en distribuir sus reliquias. *(Está Vd. equivocado: los cristianos del Japón, naturales ó residentes en él, imitando en esto á los de todos los países y épocas, se llevaban las reliquias de aquellos que habían muerto por la Fe de Jesucristo sin consultar antes á los frailes, ni pedirles la venia para llevárselas. Esto nos dicen las historias y lo indica el mismo Morga, á quien Vd. ha hecho la mayor injuria que podía hacérse'e, poniéndole notas como la que aquí captamos y otras del mismo calibre, que Morga, si por milagro resucitara y leyera, por católico y Español, se avergonzaría de ver en su libro)* Culpa á los que fueron ejecutados, por haber presentado una numerosa lista de cristianos japoneses á Gibunoxo (Xibunojo) quien, por prudencia para no comprometer á muchas importantes personas, no la mostró á Taicosama. El P. Valignano niega además los milagros que los frailes atribuyen á sus mártires.

muchos días los españoles del galeón *San Felipe*, que fueron á Osaca, aguardando que el tirano los despachase, permita Dios que no los despache hasta haberse dado la sentencia y comenzado á padecer los Santos Mártires; y el despacho sea mandarles expresamente que

---

'1.º Aunque se conservaron los cuerpos durante los primeros días gracias al frío, sin embargo se corrompieron después y olieron como los otros; 2.º Se ha hecho constar de que el cuerpo de Fr. Pedro Bautista derramaba sangre muchos días despues de su muerte; eran solo humores corrompidos que juntamente con los intestinos salieron al exterior; 3.º Se ha pretendido de que una cantidad de su sangre se conservó incorrupta y líquida; la verdad es que Juan Bautista Bonacina, Milanés, recogió sangre en una toalla, la llevó á casa y la exprimió dentro de una botella de porcelana, cerrándola y guardándola en una caja con la intención (como me manifestó) de llevarla consigo á Italia para su particular devoción, y para referir lo que había visto con sus propios ojos. Yo acababa de llegar de la India, cuando vino á Macao, y me trajo la botella con el gozo de mostrármela porque la sangre se conservaba líquida, lo que creía maravilloso, y porque la mayor parte de aquella sangre era del Hermano Aligi Paulo. Estaban entonces en Macao los obispos D. Pedro Martín expulsado del Japón, y don Luis que iba allá á sustituirle. Yo les presenté á ellos el Milanés y su botella, la abrieron é introdujeron un pedacito de papel dentro, para reconocer el líquido, que por su color no se parecía en nada á la sangre, aunque sí por su mal olor. Después de considerar bien la materia entre nosotros tres, cerramos el frasco con un pedazo de lienzo tal como estaba antes y se lo devolvimos á Juan Bautista, sin decir lo que pensábamos para no lastimar su devoción; pero opinamos que allí no había nada que se pareciese á un milagro, tanto más cuanto que creimos que *recogida la sangre en un paño y exprimida después, permanecería naturalmente líquida porque la parte coagulable se quedaría adherida al tejido.* Los frailes se apoderaron mas tarde de la botella, y sin mencionar el nombre de Aligi Paulo, se la llevaron al Vicario de Macao, persona poco versada en letras, quien, sin consultar con nuestros Padres ni con los obispos, inducido por los frailes, certificó que la sangre era líquida y que su conservación parecía maravillosa, todo esto, sin mencionar ni su mal color ni su olor repugnante. Cuando lo supo el obispo don Pedro, mandó llamar al Vicario y le amonestó por haber llevado á cabo el negocio tan clandestinamente, habiendo allí dos obispos y varios Padres Jesuítas, entre los cuales cinco ó seis fueron catedráticos de Teología' *(Lo cual prueba que sabrían mucha teología, pero no que entendieran de todo).*

"Sin embargo de todo esto, fueron después canonizados y declarados santos como Mártires del Japón ¿Cuántos mártires y santos habrá en el Calendario que deben su nombre á un desconocimiento de la Fisiología humana?" *(Es lástima que el Papa se olvide del anotador de Morga antes de canonizar á los Santos... Si creerá este señor anotador que á los Santos se les cononiza de golpe y porrazo, no más que porque sí? Lea, lea algún proceso de canonización y no escribirá disparates y algo más).* Hasta aquí la nota. Véanse ahora los testimonios de los historiadores del tiempo de los Santos Mártires.

Don Bernardino de Ávila en el capítulo 18 de su *Historia* dice:

"Aquí sucedió, que un hombre, italiano de nación, por nombre Juan Bautista Bonacina, viendo correr un río de sangre del Santo Fr. Francisco Blanco, aparó el sombrero para la coger, y le cayó en él un buen golpe; el cual, llegado á su posada, la echó en una limeta de China, y en ella la llevó á Macao, cuando se fué en Marzo, á donde queriendo, parece ser, ver si se había corrompido la dicha sangre, tomó la dicha limeta, y vió que la sangre bullía en meneándola, y que estaba olorosa y fresca, como el día en que la había cogido. Admiróse mucho de esto, y mostróla á algunos amigos, y ellos y él lo dijeron á otros, y de mano en mano fué á oídos del Obispo de China que se decía D. Leonardo, el cual envió á llamar al dicho Juan Bautista, y le preguntó por el caso; y como él lo afirmase, le mandó llevar ante sí la dicha limeta con la sangre, que en ella estaba, y haciendo juntar sus clérigos y á otras muchas personas, recibió juramento en forma del dicho Juan Bautista, y le preguntó cúya era aquella sangre que tenía en aquella limeta. Él declaró ser del dicho Mártir Fr. Francisco Blanco, y que la había cogido en cinco días del mes de Febrero, del presente año, en Japón, en la forma arriba dicha. Trajeron una fuente de plata, y el mismo Obispo tomó la limeta y vació la sangre del Mártir (de quien se dice por cosa cierta, que era Virgen) tan fina, como si en aquel momento se derramara de su cuerpo, sin olor malo, antes olía muy bien, por lo que el Obispo y todos dieron muchas gracias á Nuestro Señor; sobre

no vuelvan á Urando, donde estaban los demás compañeros, sino que se vayan á Nangasaqui, donde se había de hacer la justicia; y que habiendo salido de Osaca más de quince días después de los benditos Mártires, lleguen todos en un mismo día, llevándolos

---

lo cual hizo el dicho Obispo hacer un Auto, que autorizó, para perpetua memoria. El año siguiente de noventa y ocho fuí yo á la ciudad de Macao, á donde me informé del dicho caso, y el dicho Juan Bautista vino este dicho año á este Ciudad de Nangasaqui, á donde yo también volví, y estando haciendo unas octavas en loor de los dichos Santos Mártires, para tratar la cosa con más certeza, quise ver la dicha sangre, y, por estar yo preso en mi casa, envié un recado al dicho Juan Bautista, que era mi amigo, y le rogué me la mostrase, lo que él hizo de muy buena voluntad, yendo por la limeta y trayéndola debajo de la capa, porque no la fiaba de nadie; y este fué el dicho año en Septiembre. Toméla en la mano, y meneándola, sentí que bullía: abríla, y metiendo una paja, saqué una gota de sangre viva y colorada, que eché en un lienzo, que después di en la India á un mi amigo. Este año que los crucificaron, en el día de Jueves Santo, tres de Abril, cincuenta y siete días después de crucificados, se vió correr sangre del Santo Fr. Martín de la Ascensión, y fué á verlo mucha gente, ó, por decir mejor, todo el pueblo: japones y portugueses; y uno de ellos llamado Salvador de Figueredo, yendo por dentro de la cerca y estacada, que luego se hizo alrededor, se llegó al Santo Mártir para le besar los pies, y queriéndole arrancar una uña de un pie, que le pareció estaba salida mucho, tiró de ella y no pudo arrancarla sin poner fuerza; y en fin la sacó, y sacada, comenzó á correr gran golpe de sangre viva del dedo, que era el menor de todos: tomó él entonces un lienzo de gasa, que me acuerdo porque él lo dió después al embajador Diego de Sosa, que partió conmigo la mitad, el cual se hinchó todo de sangre de la que corrió del dicho dedo. Esto no ví yo, porque en el dicho tiempo me hallé en Cochinotzu, á donde había ido con el General D. Matías de Landecho, que se fué allí á embarcar para Manila, más halléme presente á lo siguiente: Un viernes, que fué diez y ocho de Abril, á las dos de la tarde, setenta y dos días después del sagrado martirio, sucedió que, estando mucha gente arrodillada rezando delante los Santos Mártires, como lo tenían por devoción, particularmente en tal día, súbitamente comenzó á correr sangre del cuerpo del Santo Comisario Fr. Pedro Bautista de las lanzadas que le habían dado en tanta cantidad, que vino por el cuerpo abajo y por el pie de la cruz de suerte, que la bañó hasta el suelo. Quedaron admirados los japones que presentes estaban, y muchos de ellos vinieron á la Ciudad á dar la nueva; y como fué tal cosa oída, en un momento se alborotó el pueblo de tal suerte, que no hicieran más á decirles que venían muchos enemigos sobre la Ciudad; y hombres y mujeres comenzaron á acudir al santo calvario en tanta muchedumbre, que más de cuatrocientos pasos antes de llegar allá, no se podía romper por el camino, aunque era ancho, como la más ancha calle. Fué avisado el Bunguio, que entonces era Gompé, por algún hijo de Satanás, y mandó poner unos yocomes junto á donde ahora es la Iglesia de San Juan, que entonces se decía de S. Lázaro; y estos hallamos allí Francisco Myn de Aguilar y yo cuando llegamos, los cuales no nos consistieron pasar; pero las devotas mujeres (que entonces no las había tan corruptas en Nangasaqui) viendo que los yocomes les vedaban el paso, subiéronse por el monte arriba, y por detrás de la dicha iglesia que tenía y tiene una grande arboleda, aunque entonces mayor, se subieron y fueron allá un gran número de ellas; y luego, dejado el camino Real, lo hicieron por el monte dicho; lo que visto por los yocomes enviaron aviso al Bunguio que los mandó recoger, porque el ponerla allí fué por cumplimiento. Esta misma tarde volví allá y vi que estaba el Santo Comisario con el rostro muy hermoso, y como si estuviera durmiendo; y tenía el lado derecho y todo el costado descubierto, por haberle cortado el hábito para reliquias, y tenía todo aquello que de sus sagradas carnes se parecía tan blanco y tan hermoso, que daba particular alegría mirarlo. Estaba todo el pie de la Cruz bañado de sangre y de color tan hermoso, que no parecía sino un rosicler, cosa para admirar que á cabo de tantos días se refrescase aquella santa sangre, y sin haber de antes corrido, excepto el día del Martirio, corriese en copiosa vena; y que esto fuese en un día señalado, viernes, día de Pasión, y en que el Santo Comisario había deseado padecer; y que tanta gente había junta, que lo viese.

"Cuando sucedió este santo martirio de estos veinte y seis famosos Mártires, estaba aquí en Japón el Obispo que entonces era, llamado D. Pedro Martínez, primero Obispo

así el Señor no por sucesos de fortuna (aunque padecieron hartos) ni acaso; sino por su divino consejo y acuerdo desde que salieron de Manila (de donde también habían salido los Santos), para que como testigos presentados de mano del mismo Dios pudiesen

---

de Japón, y habitaba en todos los Santos; y habíanle dicho la noche antes que los Santos Mártires habían llegado á Uracami, pero que no habían de padecer hasta el viernes; y estando él bien descuidado en su aposento, entró Francisco Rodríguez Pinto con el cordón del Santo Comisario, que había rescatado de uno de los sayones diciendo: *Ya, Señor, están gozando de Dios los Santos Mártires; ya acabaron su jornada.—¿Qué Mártires?* preguntó el Obispo—*Los Frailes Franciscos*, replicó él, *y he aquí el cordón del Santo Comisario.* No preguntó más el Obispo, ni dijo más que *véngase conmigo, Señor Francisco Rodriguez*, y fué saliendo sólo con un bordón en la mano, que por el camino le vinieron los criados vistiendo el roquete y muceta; llegó al santo y segundo calvario, y al pie de la Cruz del Santo Comisario se puso de rodillas, diciendo: *Beate Petre, ora pro me;* y hecha oración, luego se fué al Santo Fr. Martín, que estaba á su mano derecha, y hizo lo mismo; y sucesivamente á todos los demás, hasta el sexto: y luego se levantó, y fué mirando á todos los Santos Mártires Japones hasta el fin de las cruces; y vuelto, prosiguió hasta esta otra punta; y luego volvió á los Santos Frailes, con los ojos llenos de piadosas lágrimas, y dijo, hablando con el glorioso Fr. Felipe de Jesús *¡Oh bienaventurado Mártir, y muy dichoso! mejores Órdenes son esas que os ha dado el Rey del Cielo, que las que os negué yo su indigno Obispo.* Es de saber, que este Mártir Santo era Corista, y habiendo venido en aquella nao *San Felipe*, que como arriba se dice subió á Meaco, á donde estaba este dicho Obispo, que había ido á visitar á Taycosama, al cual pidió le ordenase de Órdenes mayores, y no lo quiso hacer por no sé que razones que dió; y por esto dijo ahora lo que le dijo. En la Ciudad de Meaco dió este dicho Obispo una certificación muy amplia, y testimonio auténtico á los Padres Franciscos en aprobación del Santo Martirio.

"Y aunque él no la diera, no carecían de justicia los Santos Mártires para dejar de ser tenidos por tales, y basta la prueba de la sentencia; pues si por otra causa (como dicen los que con tal sinrazón los han disfamado, maldicientes) los hubieran muerto, bien pudiera el Rey ponerla, y aun lo que más le pareciera, ¿quién le había de ir á la mano? Pero como no la hubo, permitió Dios, que aun aquel infiel tirano no les hiciese en eso agravio, sino que llana y lisamente dijese la verdad en la sentencia, que los mataban por predicar y enseñar la Ley de los cristianos que él rigurosamente había prohibido, y desterrado de Japón los años precedentes. Los que contradijeron con envidia este Santo Martirio en el principio fueron tres ó cuatro, y ya están en el otro mundo, á donde los habrán desengañado; mas lo demás del Reino todo, por Mártires los tuvo, tiene y terná; y como tales fueron visitados de todos cuantos cristianos había en Japón; y de las más remotas y apartadas ciudades de él vinieron en romería á los venerar; y para esto sin duda los guardó Dios en las cruces tanto tiempo, que fueron siete meses, sin que de ellos faltase miembro. Admirábanse los japones de esto, porque los malhechores que crucifican, á los cuatro días no hay quien soporte el hedor que de ellos sale; y á los ocho ó diez, los lobos y perros monteses los hacen pedazos; mas nótese que en estos Santos Mártires no fué así, pues estuvieron desde cinco de Febrero en las cruces; y en diez de Agosto partí yo de aquí para el puerto de Firando y los dejé todos enteros; aunque de ahí á pocos días faltaron las cabezas del Santo Comisario y el hermano Michi Paulo de la Compañía, las cuales se entiende que se retiraron por orden del P. Vice-Provincial Pedro Gómez, que esté gloria".

El P. Marcelo de Rivadeneira en su *Historia de las Islas del Archipiélago*, lib. 5, cap. 25, escribe:

"Porque quedaron sus cuerpos después de muertos con tan gracioso semblante y también agestados, unos los ojos levantados al cielo, y otros sin fealdad alguna, ladeadas las cabezas, que aun los gentiles que habían visto muchos que cada día se crucifican en Japón, y la fealdad con que quedan después de alanceados, juzgaban ser cosa digna de notar la hermosura con que quedaron estos benditos Mártires. Y confirmóse ser particular cosa esta, porque oliendo mal otros crucificados (como aun en aquellos días se experimentó), dentro de cuatro días, y soler comerles los ojos los muchos cuervos carniceros que hay en aquel lugar, los cuerpos de los Mártires, siendo tantos, nunca olieron mal ni algún cuervo llegó á sus ojos, ni se vió junto á ellos. Y partiéndose los portugue-

dar noticia de sus maravillas y publicar la fortaleza y costancia de sus Mártires, como en efecto lo hicieron aquí en Filipinas, España y Nueva España, y en cuantos reinos y provincias estuvieron y anduvieron.

---

ses para Macán, cuarenta y cuatro días después del martirio, fueron á visitar los santos cuerpos para poder testificar allá todo esto, y el hermoso semblante con que aun entonces estaban (como de la información jurídica que el Vicario general de la China hizo en Macán consta) era cosa digna de admiración. Y algunos de los testigos afirmaron que, á dos días después de muerto el Santo Comisario, cortándole uno el dedo pulgar del pie con los dientes, salió mucha sangre, que goteó por muchas horas. Y como consta de otra informaci ón que con la solemnidad requisita se hizo en Manila de testigos de vista, habiendo sesenta y dos días que el mismo S. Comisario era muerto, tembló tres veces su cuerpo en la cruz, quedando muy blanco, y salió abundancia de sangre de su costado alanceado. Lo cual sabido de los cristianos de Nangasaqui, fueron allá y mojaron algunos paños y papeles en ella. Pero lo que más admira es que un italiano llamado Juan Baptista, que fué y vino con los portugueses cuando crucificaron los Mártires, cogió en un sombrero mucha sangre del Santo Comisario y de los bienaventurados Mártires Fr. Martín y Michi Paulo, japón, hermano de la Compañía, y de otro Japón, y después la echó en una ampollita de porcelana y la guardó; y nueve meses después del martirio, en presencia del Vicario general del Obispado de la gran China, estando presentes dos Padres de la Orden de Santo Domingo y otro de la Com ıañía con un hermano, y seis de San Francisco, de los cuales fuí yo uno, y otros testigos. uno de los cuales era médico *(¿Médico? Pero ¿sabía teología? Porque si la ignoraba, quizá r clamen contra su testimonio el anotador de Morga ó el inglés Lord.....)* quebré yo la vasija a donde estaba la sangre, que era de los Mártires (como juró sobre un misal Juan Baptista que la cogió), y fué hallada líquida y sin ningún mal olor, como consta del testimonio que acerca de esto se tomó". (Nota del Colector).

CAPÍTULO XVIII.

DE LA SEMEJANZA QUE EN SU MODO TUVO ESTE MARTIRIO CON EL DE CRISTO NUESTRO REDENTOR.

UNA de las grandes excelencias que tuvo el martirio de estos gloriosos Mártires y porque fué tan provechoso para el aumento de la cristiandad del Japón fué en ser tan parecido y semejante al de Cristo Nuestro Redentor. En cuanto á lo primero, nadie tendrá duda; porque habiendo Cristo venido al mundo para dejarnos ejemplo á quien debamos seguir como á regla de toda perfección, y siendo el padecer la cosa que más amó en esta vida, ya se ve que el que más se asemejare á Él en sus persecuciones, se acercará más á la perfección, y será más agradable á sus divinos ojos.

Veamos ahora esta semejanza, que en el capítulo siguiente mostraremos lo que resultó de ella en bien y provecho de la cristiandad del Japón. La semejanza es en lo que toca á las muertes, haciendo comparación entre la de Cristo y sus Mártires, que de las vidas basta decir haber llevado muchos años la cruz de la pobreza, y el yugo de veinte y cinco preceptos forzosos que profesaban con mucho consuelo y ejemplo de cuantos los conocieron. (*) Y á imitación del mismo Cristo, que nació y vivió en casa pobre, trató y comunicó con gente pobre, gastando las noches en oración y los días en predicar y enseñar públicamente á todos el camino de la salvación, sanando á cuantos á Él venían de todo género de enfermedades, hasta los leprosos que andaban huídos del trato y conver-

(*) Aquí habla, como puede comprenderse, Sta. Inés de los Santos Religiosos solamente. (Nota del Colector.)

sación de los hombres, sufriendo con soberana paciencia las injurias y afrentas y malas palabras que le decían, las incomodidades del frío y del calor en el desierto y por los caminos, y otras molestias y penalidades que se coligen de los evangelistas, en todo esto, pues, cuánto hayan procurado estos bienaventurados Mártires, verdaderos hijos de Nuestro Padre San Francisco, imitar y seguir á su divino Maestro, Cristo, consta por lo que de ellos hemos dicho: cómo gastaban los días enteros con los pobres enfermos y leprosos, curando sus llagas, lavándoles los pies y besándoselos, considerando en cada uno de ellos al mismo Cristo, y cuán entrañable era el amor que les tenían, y la puntualidad con que les servían; y cómo no hacían caso de las amenazas de los jueces y gobernadores, predicando libremente el santo Evangelio á los gentiles, sufriendo con paciencia las injurias y malas palabras que en presencia y en ausencia les decían condenando su santa libertad.

De la misma suerte las noches gastaban en oración vocal y mental, en disciplinas y penitencias y otras mortificaciones que también eran comunes á día y noche, como era andar cargados de cilicios, los pies por tierra en tiempo de frío y calor, vestidos de un pobre hábito de áspero sayal, y otros rigores y asperezas con que mostraban por obra á los japones lo que les enseñaban y predicaban de la vida y Pasión de Cristo Nuestro Redentor.

Llegándosele ya á Cristo Nuestro Redendor el tiempo de su muerte, dicen las evangelistas que, entrando en Jerusalén, fué recibido con el mayor aplauso y compañamiento que jamás se vió, dándole todos el parabién de su venida y diciendo: *Hosanna filio David: benedictus qui venit.* & (*Matth. XXI.* 9, *Mar. XI.* 9, *Joann. XII.* 13). Y entrando estos gloriosos Mártires en el Japón, en aquella gran Corte de Meaco, fueron recibidos con mucho aparato de gente y apercibimiento de silletas, á manera de andas, para llevarlos en hombros y enjaezados caballos, á su usanza, dándoles todos, chicos y grandes, el parabién de su venida, persuadiéndose que con ella les venía mucho bien; y no admitiendo los Santos esta grandeza y autoridad, entraron mansos, humildes, pobres y descalzos, á imitación y ejemplo de Cristo Nuestro Señor que, en medio de tanta gloria como hubo en su entrada, mostró su grande humildad y desprecio de la gloria mundana, entrando pobre, humilde y descalzo, como solía andar, acompañado de sus discípulos y sobre un jumentillo.

Á Cristo Nuestro Señor acusaron los que gobernaban el pueblo á quien mayores beneficios había hecho, y á los Santos también los gobernadores y los que más obligados estaban á ampararlos y favorecerlos. Á Cristo llamaron embaidor y alborotador del pueblo, y

á los Santos les imputaron lo mismo diciendo de ellos que embaucaban á los hombres, con hacerlos cristianos para alzarse con la tierra. Cristo Nuestro Señor, antes de su muerte hizo un convite á sus discípulos y les lavó los pies, mostrando en esto el amor que les tenía: el Santo Fr. Pedro, estando ya con guardas en el convento, antes que los llevasen á la cárcel, certificado ya de que había de morir por la honra de Dios, para mostrar el amor que tenía á los cristianos que en esta ocasión se habían juntado en la iglesia, les hizo un sermón, animándolos á padecer, y los convidó con bizcocho y vino de arroz, que era el mayor regalo que el Santo tenía; y despidiéndose de los pobres enfermos, los consoló y lavó sus pies y besó sus llagas.

Á Cristo entregó la codicia de Judas en manos de sus enemigos y de la muerte: á los Santos, la codicia de Taycosama y sus ministros. En los doce de Cristo hubo un excluído: en los doce de Meaco otro del mismo oficio. (*) En lugar de aquél entró un Matías; y en lugar de éste otro del mismo nombre. Á Cristo Nuestro Bien los sayones fariseos y gente de armas que le fueron á prender le ataron las manos, y si quisiera, pudiera libremente librarse de ellos, y no lo hizo, antes de su voluntad se les entregó: estos benditos Mártires pudieron sin que nadie se lo estorbara huir de su casa y no quisieron, sino esperar los sayones y gente de armas, y voluntariamente dejarse prender y atarse las manos, y con sogas al cuello ser llevados por las calles públicas de Meaco.

Á Cristo Señor Nuestro le vendió y entregó un su discípulo, un fingido amigo: á estos Santos Mártires no les faltó su Judas y amigos fingidos como Fungen y Faranda á quien ellos habían hecho buenas obras y favarecido en Manila, y los tenían por amigos, y fueron los que más los acusaron y persiguieron. Á Cristo Nuestro Redentor dieron de bofetadas burlando de Él, y porque respondía por la verdad: á estos discípulos suyos los apalearon y dieron muchas cozes y pescozones, porque sin temor humano predicaban la verdad del santo Evangelio. Á Cristo Señor Nuestro levantaron falsos testimonios; Cristo Nuestro Señor fué tenido y escarnecido por loco; y en esta opinión fueron tenidos sus siervos, y como á locos los gritaban y tiraban lodo los muchachos.

Á Cristo Señor Nuestro le llevaron preso de juez en juez, y en estas estaciones los ministros de justicia le hicieron mil malos tratamientos; lo mismo hacían con estos benditos Mártires, entregándolos de un juez

(*) Aquí se ve que habla Santa Inés de los doce Santos Mártires japoneses que cogieron presos en Meaco, y que el Matías, que era limosnero, fué sustituído por otro Matías para completar el número de los doce Santos Mártires que salieron de Meaco además de los Religiosos. (Nota del Colector)

á otro, por tan largos caminos y obscuras cárceles, á donde los metían cada noche, y malos tratamientos que lós gentiles les hacían, viéndoles ir á morir muerte tan infame. A Cristo Nuestro Redentor y maestro representaron á Pilato, y él quisiera librarle de la muerte por conocer su inocencia y no se atrevió por temor del César, y porque decían que vendrían los romanos y los tomarían el Reino: todo esto pasó con los Santos Mártires, que cuando se los presentaron al juez Fezamburo, los quisiera librar de la muerte, confesando que morían sin culpa; pero que era mandado, y no podía hacer menos, so pena de caer en desgracia del Emperador gentil; y porque muchos de los gentiles decían que si estos Santos quedaban en el Japón, vendrían los españoles y les tomarían el Reino.

A Cristo Señor nuestro sentenciaron á muerte de Cruz, que era la más afrentosa en aquel tiempo, por haberles predicado la Ley de gracia y enseñado el camino del Cielo y curado sus enfermos; y á los Santos condenaron también á muerte de Cruz, que era la más infame en aquel reino del Japón, por predicadores del Evangelio y por haberles curado sus leprosos y enfermos. Á Cristo Nuestro Redentor y maestro le sacaron fuera de la Ciudad para darle la muerte, y le llevaron al monte Calvario donde justiciaban los malhechores, y allí le crucificaron á vista del templo donde Su Majestad había predicado; y á los Santós los martirizaron también fuera de la Ciudad en un monte, en el matadero ordinario de los malhechores, á vista del templo y casa de la Compañía de Jesús, y no lejos de la ermita de San Lázaro donde ellos antes habían predicado y enseñado la Ley de Dios.

Á Cristo Señor Nuestro salieron á recibir llorando las hijas de Jerusalén, cuando iba á morir con la Cruz á cuestas, y les dijo que no llorasen sobre Él, sino sobre sus hijos: á estos dichosos Mártires, cuando iban á morir y llegaban ya cerca del matadero, los salieron á recibir los devotos portugueses, derramando lágrimas de sentimiento, á quien dijeron que no llorasen por ellos, pues su muerte era tan preciosa; que llorasen la ceguedad de aquellos gentiles, y rogasen á Dios por ellos. Las personas devotas, como algunos dicen, dieron á Cristo Nuestro Redentor vino mirrado para que tomase esfuerzo para padecer y no sintiese tanto aquel tormento; y como lo gustase, no lo quiso vever: á estos trabajados Mártires les llevaron personas devotas bocados, colación y vino para que tomasen algún aliento; y en gustando lo que con piadosa caridad les ofrecían, no lo quisieron comer, y lo repartieron á los verdugos que los llevaban á crucificar. Á Cristo le despojaron sin piedad de sus sagradas vestiduras para crucificarle; y para este mismo efecto quitaron á estos benditos Mártires los mantos y vestiduras superiores, y los verdugos se entregaron de ellas.

Á Cristo Nuestro Redentor le echaron sobre la Cruz que estaba en tierra, y enclavado en ella, le levantaron en alto con grandísima impiedad: de la misma manera hicieron tender á estos mansos corderos sobre las cruces, y aferrándolos muy bien pies, manos y garganta con argollas de hierro, los levantaron en alto. Á Cristo le pusieron en su Cruz aquel admirable y divino título de Su Santísimo Nombre y la causa de su preciosa muerte; y á estos Santos Mártires les pusieron á cada uno su nombre y otro título común á todos de la gloriosa causa porque morían, dejándole allí junto á las cruces, levantado en alto para que todos le viesen. Á Cristo Nuestro Señor y Redentor, estando ya muerto, le abrieron el costado con una lanza, del cual milagrosamante manó sangre y agua en señal de su infinito amor: á estos sus Mártires, estando aún vivos en las cruces, les atravesaron con dos lanzadas el corazón, que estaba encendido en su divino amor, del que les salió mucha sangre.

Cristo murió pidiendo perdón al Eterno Padre para los que le crucificaban, y encomendando su santísimo espíritu en sus paternales manos, los Santos, de la misma suerte, pidieron perdón para los que les daban la muerte, y encomendando á Dios sus almas, repetían las mismas palabras de Cristo: *In manus tuas, commendo spiritum meum (Luc. XXIII.* 46). Á Cristo pusieron guardas después de muerto, porque sus discípulos no hurtasen su Santísimo Cuerpo; y á los Santos también los pusieron soldados de guarda, porque los cristianos no se llevasen los cuerpos, que los deseaban por reliquias. El Cuerpo de Cristo Nuestro Redentor estuvo libre, después de muerto, de toda corrupción; y en virtud de Éste estuvieron los cuerpos de los Santos Mártires sin corromperse, mostrándose por mucho tiempo sanos, blancos y hermosos.

Finalmente, en la muerte de Cristo Señor Nuestro hubo prodigios, maravillas y señales en el cielo y en la tierra, y en la muerte de los Santos Mártires las hubo también; aunque muy diferentes las unas de las otras; porque, muriendo Nuestro Redentor Cristo, el sol se puso luto de sentimiento, y el cielo se cubrió de obscuridad, y de tiniebias la tierra, haciendo noche del día; y muriendo los Santos Mártires, aparecieron grandes luces y resplandecientes rayos, que vistiendo el cielo de claridad y hermosura, y la tierra de lumbre, hicieron de la noche obscura y tenebrosa día claro y sereno. Y por ventura es el misterio y razón de esta diferencia, que así como en aquellas tinieblas y obscuridad que hubo en la tierra, muriendo Cristo, fueron como figuradas las tinieblas y ceguedad en que había de quedar el pueblo judaico, perseverando en su perfidia, así las luces y claridad que hubo en la muerte de estos Santos Mártires se pueden tener por un claro indicio de la luz y claridad en que ha de verse todo aquel pueblo gentílico

del Japón, recibiendo la Ley de Cristo y doctrina de su Evangelio, perseverando en ella hasta el fin con mucha constancia y fortaleza, que por esto podemos también entender haber parecido estas luces en forma de columnas, que son símbolo de la fortaleza y constancia.

Todo esto, pues, nos da grandes esperanzas de la conversión total de aquel grande Imperio, mayormente con los muchos martirios que ha habido después acá, y cada día hay, según cuentan los que con ansiosa solicitud procuran informarse de las cosas de aquel Reino; que por lo que resultó de este glorioso martirio en bien y provecho de la cristiandad del Japón, se puede conjeturar lo que podrá resultar de los muchos que después le sucedieron.

CAPÍTULO XIX.

DE LOS GRANDES BIENES QUE SE SIGUIERON DEL GLORIOSO MARTIRIO Á LA CRISTIANDAD DEL JAPÓN.

OMÚN sentir es de los Santos que la sangre derramada de los Mártires es como una fértil sementera de la Fe católica, que con gran colmo y cosecha fructifica y aumenta los cristianos. Y, como dice San Gregorio Nacianceno, los Mártires son como aquel árbol fabuloso que imaginaban los antiguos, que cuanto más le podaban y cortaban, tanto más crecía, peleando contra el hierro, y mostrándose más hermoso y pujante con el tajo de la hacha. Y así, vemos que la Iglesia en sus principios, mientras más le cortaban y cercenaban, más crecía y más fruto daba, prevaleciendo á las espadas de los tiranos, y á cuantos con rabia infernal pretendían derrocarla y arrancarla; porque por un ramo que la cortaban, matándole algún mártir hijo suyo, le nacían de nuevo otra multitud de pimpollos y renuevos que grandemente la hermoseaban; y si por ventura le arrancaban alguna raíz, martirizando algún Obispo ó predicador del Evangelio, entonces se arraigaba, y confirmábales en la Fe.

Pero la razón más principal es porque como el Mártir, según San Agustín, no sea otra cosa sino testigo de la Fe, cuanto más calificado fuere el testigo, tanto será de mayor autoridad su testimonio. Y también, porque en ninguno cae mejor el darle para crédito y aumento de la Fe que en el mismo que la enseña y predica, porque ejecuta con obras lo que enseña con palabras. Y aunque á veces son éstas eficaces, no tanto como aquéllas; y cuanto fueren más semejantes con las de Cristo, tanto más copioso es el fruto, porque es mayor el tes-

timonio de aquello que predica, que si crece con la calificación de la persona, mucho más con la calificación y perfección de las obras.

Manifiéstase esto más claramente por lo que sucedió después de la muerte de estos gloriosos Mártires, fervorosos predicadores del Evangelio, diligentes jornaleros de la viña del Señor, fieles y verdaderos obreros de la mies de aquellas almas del Japón, que habiendo derramado la sangre con tanta fortaleza y constancia, y padecido un tan glorioso martirio, como lo fué en haber sido tan parecido al de Nuestro Redentor, testificando y acreditando en gran manera la verdad de la Fe que predicaban, se fertilizó tanto aquella sementera, que en breve comenzó á dar ciento por uno, y aquel tierno árbol de la iglesia del Japón, por aquellos veinte y seis que le cortó la espada cruel del bárbaro Taycosama, brotó infinidad de renuevos y pimpollos que crecieron y extendieron sus ramos, poblando toda la tierra de cristianos y gozando de sus frutos el Cielo.

É individuando algunas cosas en particular, comenzando por lo que se vió en el mismo puerto y ciudad de Nangasaqui, donde los Santos fueron crucificados, todos los testigos que sobre este artículo fueron examinados convienen en que fué tan grande el aumento de los cristianos en aquella Ciudad, que, sobre atribuirlo todos á la sangre derramada de los Santos Mártires, parecía que cada gota se había convertido en ciento, porque á cada Mártir le correspondía á mil y dos mil cristianos. En menos de cuatro años se numeraron treinta y tres mil, siendo así que antes no había la undécima parte; y lo que más admira, es el aumento de la devoción y fervor en tantos cristianos en tan breve tiempo, que no sólo crecían en el número, sino en piedad y cristiandad, ejercitándose en obras muy perfectas de penitencias y frecuentación de Sacramentos. Fué necesario instituir cinco parroquias, porque ya no cabían en las iglesias que había; y testifica un clérigo presbítero llamado Francisco Acosta, que fué párroco de una de ellas, que con ser de las menores, tenía á su cargo más de cinco mil feligreses, atribuyéndolo siempre (como todos lo atribuían) á los méritos de la sangre de los gloriosos Mártires. Y añade que por este mismo tiempo, en un jubileo que tenían en su iglesia los Padres de la Compañía, comulgaron más de doce mil personas; y hubieran comulgado más, si hubiera habido confesores para todas.

Verdad es que al principio, cuando se pronunció la sentencia de los Santos Mártires, padeció algún tanto aquella cristiandad, y en algunas partes parecía haberse marchitado y secado de todo punto por los rigurosos órdenes que el bárbaro Taycosama despachó á sus gobernadores de diferentes provincias y reinos, mandándoles, so graves penas, que no permitiesen Padres en sus distritos, ni ningún Japón se hi-

ciese cristiano, y, con advertencia, que al que manifestase serlo, le quitasen la vida con toda su generación. Pero duró esto tampoco, y fué de tampoco provecho para los intentos del tirano, que apenas el grano de trigo del Evangelio, sembrado en los corazones de los hombres de aquella tierra por estos diligentes obreros, había sido muerto en la Cruz y regado con la sangre que derramaron en ella, cuando comenzó á crecer y á dar frutos de celo y cristiandad, fortaleza y constancia, fecundándole y multiplicándole el Señor con el rocío de su divina gracia, para que varones y mujeres, chicos y grandes, nobles y plebeyos, con intrépido ánimo, se opusiesen á la violencia del tirano, no reparando en dar sus vidas por la Fe.

Conócese bien esto por un pedazo de carta del Padre Gregorio Céspedes, religioso de la Compañía, escrita en el mismo Japón, en las tierras de Arimandono, veinte días después de la muerte de los Santos Mártires, para el Padre Diego López de Mesa, de la misma Compañía, en Méjico, en que le da cuenta de este martirio y de algunas cosas sucedidas en él, que trasladado á la letra, lo último de ella dice así:

"El título y causa que pusieron escrito en el lugar donde los mataron fué que mandaba el tirano hacer aquella justicia á los unos por predicadores de nuestra Ley, y á los otros por haberse hecho cristianos contra su mandato; y que en lo de adelante, todos le obedeciesen, porque hallando comprendido á alguno en la misma culpa, había de pasar por la misma pena. De esta manera piensa el tirano que nos pondrá miedo y espanto para obedecerle; mas como *obedire oportet magis Deo quam hominibus*, está engañado el malaventurado; y así, con el ejemplo de estos Santos, quedamos todos más esforzados y consolados; y los flacos cristianos han tomado nuevas fuerzas para en cualquier encuentro no se mostrar ninguno cobarde, sino dar con entera voluntad sus vidas antes que dejar nuestra Fe verdadera ¡Bendito sea Dios Nuestro Señor, que así se ha dignado en nuestros tiempos de regar esta su viña con la sangre de tantos siervos suyos! Ahora sí que tenemos esperanzas ciertas del copioso fruto venidero, para el cual será necesario venir muchos centenares de obreros, y todos tendrán bien en que entender para cogerlo.

"Dentro de èste año pasado se hallan bautizados de nuevo más de ocho mil almas, y entre ellos muchos señores principales, disimulados, que á su tiempo servirán de columnas fuertes de esta cristiandad. También se habrán confesado en un año más de sesenta mil almas. Muchas cosas particulares había que escribir á V. R. de estos gloriosos Mártires, mas remítome al trato que el Padre Viceprovincial envía á nuestro Padre General del cual también VV. RR. gozarán. Con

esta enviaré á V. R. los nombres de todos los Santos Mártires y el orden con que fueron puestos en la Cruz. Ahora esperamos otro buen encuentro, porque oyendo el tirano que la justicia que él hizo para terror y espanto para los que quedamos vivos, antes nos causó fortaleza, puede ser que se endurezca más en su maldad y nos mande buscar y desenconar. Plegue á Dios que mis pecados no me estorben, sino que el Señor, por su infinita misericordia, me dé gracia para que yo con exquisitísimos tormentos dé la vida en esta demanda por amor de Jesucristo que con infinito amor la dió por todos nosotros; y si V. R. oyere de mí tales nuevas, créame que tendrá un buen amigo en el Cielo, que le esperará para que nos gocemos delante de Dios para siempre." Hasta aquí este santo Religioso en que se conoce bien lo que atrás dejamos dicho del aumento de aquella cristiandad, así en el número como en el celo, fervor, constancia y fortaleza, pues ya consta sobrepujaba á la tiránica crueldad del bárbaro Emperador; y en un año solo se numeraban en aquel partido tantos cristianos y tantos de nuevo bautizados. El Señor Obispo del Japón, Don Pedro Martínez, religioso de la misma Compañía, da también testimonio de este nuevo fervor, celo y osadía santa de los cristianos después de la muerte de los Santos Mártires por una carta que escribió al Provincial de esta Provincia de San Gregorio de Filipinas, dándole el parabién del felicísimo triunfo de sus hermanos y súbditos, la cual es como sigue:

CARTA DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON PEDRO MARTÍNEZ,

OBISPO DEL JAPÓN, AL PADRE PROVINCIAL DE SAN FRANCISCO DE LA PROVINCIA DE LUZÓN.

Muy Reverendo en Cristo Padre Provincial: *Pax Christi.*

No puedo dejar de dar á vuestras Paternidades y á su Santa Religión el parabién de las fidelísimas muertes de seis religiosos de su Orden; conviene á saber: del Padre Fr. Pedro Bautista, Comisario, y del Padre Fr. Martín y del Padre Fr. Francisco Blanco y del hermano Fr. Felipe y Fr. Gonzalo García y Fr. Francisco, que aquí en Nangasaqui mandó crucificar Taycosama, dándoles por culpas que predicaron nuestra Sta. Fe en Japón; mas estas culpas les santifican su muerte, que todos damos á nuestro Señor muchas gracias por ellas, y les tenemos envidia á tan dichosa suerte y tan insigne ejemplo que nos dejaron en esto; que á su sombra entraron en tan dichosa muerte tres hermanos de la Compañía y diez y siete cristianos japones, que

todos estos, por ser cristianos, y todos veinte y seis, día de la gloriosa Santa Águeda, seis de Febréro, píamente creemos que entraron en el paraíso, triunfando del tirano que los mató, y de la muerte que les dió, y honrando á su Religión, y á nosotros dejándonos tan raro ejemplo de caridad y fortaleza, que, animados con la vista de su sangre, estamos para pelear varonilmente con las vidas sacrificadas por causa tan santa y de tanta honra de nuestra santa Fe. Los portugueses quedaron edificadísimos de las palabras santas con que los Padres murieron en las cruces: unos diciendo himnos y salmos; otros pidiendo á Dios perdón para quien los mataba; otros diciendo *in manus tuas* &c; otros abrazándose primero con la cruz, teniéndose por indignos de tamaña merced. El Padre Pedro tuvo una particularidad de grande siervo de Dios, porque cuando le ataban un brazo con una argolla en la cruz dijo él, apuntando con el dedo á la palma de la mano enclavada: *Aquí, hermano.* Las demás particularidades de esto y de la tiranía que este tirano hizo á la nao *San Felipe*, no escribo á V. P. por no escribirle lástimas que hasta al que las escribe le lastiman, ¿qué hará á quién las pasó? Allá van buenos testigos de vista. V. P. esté muy consolado y alegre con estas nuevas de las gloriosas muertes de sus hermanos, y á mí me tenga por muy devoto de su Religión, y ocúpeme en todo lo que fuere servido de ella; y suyo en sus devotas oraciones me encomiende mucho á Nuestro Señor. De Nangasaqui, veinte y siete de Febrero, de noventa y siete. De V. Paternidad siervo en Cristo-Obispo de Japón".

Por lo que pasaba en la ciudad de Nangasaqui y sus partidos, en razón del aumento de la cristiandad, se puede inferir lo que pasaría en los demás donde estuvieron y predicaron los Santos Mártires, y aun en todos los del Japón, puesto que en todos se oyó el sonido de su predicación y la gloria de su martirio, mayormente constando que, á donde quiera que había cristiano, él mismo se hacía predicador del Evangelio y de la felicidad de los que habían muerto por su predicación; y con las esperanzas de que, regada ya aquella tierra con tanta sangre de Mártires, había de dar muy copioso fruto y la había de mirar Su Divina Majestad con benignos ojos, enviándola muchos obreros que la fuesen aumentando y recogiendo para las trojes del cielo. Aunque por entonces se hallaban sin ministros, los mismos japones unos á otros se bautizaban y se instruían y ejercitaban en aquello mismo que habían visto ó tenían noticia ejercitaban los Santos Mártires.

Por algunas partes fueron fundando algunas casas, á modo de congregaciones, en que se juntaban uno ó dos días en cada semana, y el que más noticia tenía de la Ley de Dios, la predicaba á los

demás, animándolos á lo perseverancia con el ejemplo de los Santos Mártires; y de esta suerte se iban llamando unos á otros, y cada día multiplicando, lo que era para loar al Señor.

Donde sucedió esto más en particular fué en Meaco y en todos sus partidos, que pasado aquel primer golpe de la persecución en que padeció harto aquella cristiandad, y en especial los pobres de los hospitales y las mujeres é hijos de los Santos Japones Mártires, que, como dijimos, además de haberles quitado cuanto tenían de alhajas y hacienda, y á los pobres, á sus padres y bienhechores, andaban por las calles sin haber quien les recogiese ni amparase, padeciendo mucho frío y hambre y otras mil penalidades que quebrantaba el corazón el verlos. Pasado, pues, este primer golpe, que verdaderamente fué terrible por la crueldad del tirano en haber dado sentencia general contra todos los cristianos, y asentadas un poco más las cosas, comenzó el devoto y piadoso Cosme Joya, padre y protector de aquella cristiandad, á ir recogiendo poco á poco á los pobres, y acomodándolos parte en su casa, y los demás los fué repartiendo entre los demás cristianos sus conocidos, encargándoles el cuidado y asistencia de ellos, diciendo: "Mirad, hermanos, que estiméis en mucho estos pobres y los guardéis muy bien, que son los tesoros que grangearon y vinieron á buscar á Japón nuestros Santos Padres y maestros y gloriosísimos Mártires".

Luego dió orden que se hiciese una casa para las afligidas viudas, mujeres de los japones que habían sido crucificados, y en ella se recogieron y vivían como en monasterio, sin salir de casa y sin intento de casarse, gastando los días en algunos ejercicios de mano con que se sustentaban, y en lo que no alcanzaban, eran socorridas de los cristianos bautizados por nuestros religiosos, contribuyendo todos cada semana con cierta limosna, más ó menos, conforme á los posibles de cada uno; y todas se depositaban en el devoto Cosme Joya, por cuya cuenta corría el sustento de las pobres viudas y de otros cristianos necesitados, de vergüenza y honra, que no podían salir de su casa y andar mendigando por las de los extraños.

En la misma casa hizo un cuarto muy capaz, á manera de oratorio, en que de noche se juntaban los cristianos, una noche unos y otra otros, para que así hubiese lugar para todos, y en especial á cinco de cada mes, que concurría el mayor número de ellos en memoria de haber padecido los Santos Mártires á cinco de Febrero; y así, en este día, después de haber rezado el rosario y hecho la disciplina y predicado sobre los misterios de nuestra santa Fe el que era más antiguo en ella y tenía mejores noticias, que eran los ejercicios de todos los días, todo se les iba en contar las virtudes de cada uno de los Santos Mártires, regalándose con su memoria, que les era muy suave

y dulce, como lo daban bien á entender los arroyos de lágrimas que en estos piadosos ejercicios y devotas consideraciones cada uno vertía. Después les hacían particular oración, implorando su auxilio é intercesión delante de su Divina Majestad, para que les enviase Padres para su consuelo y remedio, y acabado esto, se volvía cada uno á su casa muy consolado en el Señor que, ya que había permitido que les hubiesen quitado á sus padres y maestros, les daba lugar para aquel rato de consuelo.

Duró esto casi año y medio, y cada día iba en aumento por los muchos que se convertían y bautizaban de nuevo, é infinidad de cristianos que, perdido el miedo del tirano y sus ministros, se juntaban á esta devota congregación, ejercitándose en los mismos ejercicios de piedad y devoción; aunque todos andaban con notable recato y cautela, por lo que pudiese suceder, hasta que Nuestro Señor fué servido que Fr. Jerónimo volviese otra vez al Japón, llamado de toda aquella cristiandad, y hallase gracia con el nuevo emperador Taycosama, como diremos adelante, que comenzaron todos á levantar cabeza y andar con más libertad á pesar del demonio y de todos sus ministros los bonzos, que ya se lisonjeaban victoriosos con la muerte y destierro de los Santos Religiosos.

Los Padres de la Compañía, que hasta allí padecían la misma tormenta, comenzaron á decir Misa públicamente, y la dijeron en Nangasaqui el día de la Natividad del Señor del año de noventa y nueve, dos años después del glorioso martirio, y por el mismo orden todos los demás partidos y residencias en que otros Padres andaban escondidos. Y hubo más: el colegio que tenían en el Japón en que se criaban y enseñaban los mancebos japones, que por causa de la persecución y destierro de la Compañía de los años pasados le traían de isla en isla, y de monte en monte, porque la malicia y crueldad de los gentiles no acabase con él este mismo año le pusieron públicamente en Nangasaqui en su misma casa, donde comenzó á florecer como. de nuevo en virtud y letras con grande gloria de Nuestro Señor.

Á esto se siguió la reedificación de las iglesias que antes habían sido derribadas, y fundación de otras de nuevo; y, tras de esto, la entrada de las demás Religiones, con que crecieron en gran número los fieles, multiplicáronse las iglesias, acrecentáronse congregaciones y casas de misericordia, renováronse las cofradías, añadiéronse otras y fuéronse introduciendo otras muchas cosas de piedad y culto divino, y, en conclusión, la cristiandad del Japón se puso en breve tiempo en gran concierto y policía, tanto, que en alguna manera parecía asemejarse á la de Europa.

En algunos partidos no se veía ni rastro de idolatría, ni se hallaba un solo gentil, como ponderan bien las historias; antes los más de ellos ó casi todos, no muchos años después, eran nietos é hijos de padres cristianos. Ordenábanse algunos de sacerdotes; otros entraban en Religión, y, como eran naturales y más diestros en la lengua, ayudaban mucho á los religiosos europeos; y esparecidos por varios reinos, eran grandes operarios y ministros del Evangelio.

En los reinos de Fingen, Fingo, Bungo y Amaxigo, Yendo y en otros muchos había mucha cristiandad, que á ojos vistas se multiplicaba; y dejando aparte el número que hemos señalado de los cristianos que había en Nangasaqui, que después llegaron á cincuenta mil y últimamente á ser toda la Ciudad de cristianos, y á tener cinco conventos de comunidad, sobre las cinco parroquias que hemos dicho, á los ocho años después del martirio de los Santos Mártires se numeraban ya en todos los demás partidos del Japón trescientos y cincuenta mil cristianos; y cuando llegó la persecución del año de mil seiscientos y trece, eran ya seiscientos mil, como consta de algunas relaciones y memoriales que sobre esto se presentaron al católico Rey Felipe tercero, cuyos traslados, fielmente sacados, están en mi poder. Y por ellos mismo consta, y por las informaciones que se hicieron para la canonización de los Santos Mártires, que era pública voz y fama que este aumento tan excesivo, y el fervor y devoción tan grande que se veía en los cristianos eran todos efectos de la sangre derramada de los Santos Mártires del Japón, Fr. Pedro Bautista y sus compañeros; y así, era común dicho de los japones, que hasta que hubo Mártires, en el Japón, no sabían qué cosa era ser cristianos. Para más legalidad pondré á la letra lo que sobre esto afirman diferentes personas, así eclesiásticas como seculares, que oyeron decir á los mismos japones; que es lo que refiere en su relación impresa N. H. y venerable Padre Fr. Diego de San Francisco, uno de los más excelentes ministros de aquella cristiandad, por estas palabras:

"Dispuso la Divina Providencia, después que nuestros primeros Santos Mártires padecieron y sus Santos Compañeros muriendo crucificados, quedase aquel Reino encendido en deseos del martirio y padecer por Cristo; y así, decían los japones: "Padres, antes que hubiese Mártires, éramos cristianos de cumplimiento, y no teníamos entera Fe ni devoción, y así, de cada casa, por cumplir con el Padre, forzábamos á uno á que fuese á confesar; y no queriendo ir, le amenazábamos que le haríamos ir á hacer carbón para el tono en penitencia sino fuese; y muchos querían más hacer carbón que confesarse; pero ahora que hemos visto á los Santos Mártires derramar su sangre

y dar la vida por la Fe que profesaban, menospreciar el mundo, hacienda, riquezas, mujeres é hijos, y los hijos á los padres, y todos los consuelos humanos hemos hechos concepto y juicio qué es el ser cristiano, y cuánto vale, pues se deja y da en trueque de ello todo lo del mundo; hasta los reyes y tonos han dejado sus reinos. Antes, en retrocediendo un señor y dejando la Fe, le seguían todos sus vasallos; mas después del martirio de los Santos, el padre deja al hijo, el marido á la mujer, el siervo á su amo, y al contrario, y se entregan á la muerte con grande fortaleza. Desde ahora hay ejercicios de piedad, devoción y culto divino, frecuentación de Sacramentos y deseo de recibirlos muchas veces y reformación de vida y costumbres.' Estas y otras cosas semejantes (concluye el dicho N. H. Fr. Diego de San Francisco) decían los cristianos todos en común".

De lo que hasta aquí se ha dicho del aumento de la cristiandad del Japón, no sólo en el número, sino también en el fervor, devoción y celo, como efectos de la predicación apostólica y muerte dichosa de los gloriosos Mártires, se pueden inferir todos los demás bienes que resultaron de él en utilidad y provecho de aquella cristiandad y de sus ministros, y los que se siguieron en crédito de nuestra santa Fe y sus misterios; porque, en la realidad, todos se incluyen en el que hemos referido, ó, por mejor decir, lo suponen necesariamente. Y así, de lo que acabamos de decir se colige que resultó también de este glorioso martirio mucha gloria para Cristo y su Cruz, cuya predicación era antes escandalosa y como cosa de deshonra, no solamente á los gentiles, sino también á los cristianos; y era esto en tanto grado, que se corrían cuando oían decir que su Dios había sido crucificado, no pudiendo ellos entender ni componer este misterio con los demás de su gloriosa Resurrección, Ascensión, Glorificación y otros; porque si estas cosas les parecía que eran cosas de Dios, aquélla de la Cruz, y crucificado, la tenían por cosa de malhechor; y así, los japones que eran predicadores, como conocían bien el genio de sus naturales, no osaban á predicarles este misterio por no desabrirlos y disgustarlos, y porque ellos no alcanzaban los misterios que encerraba, como algunos de los que después fueron crucificados dijeron á nuestros religiosos, que hasta que les vieron en el Japón y notaron con atención su doctrina y ejemplo, que era de varones crucificados al mundo, no entendieron ni penetraron la excelencia de los misterios de la Cruz, muerte y Pasión de Cristo Nuestro Redentor; y lo mismo decían otros muchos; y después, con el conocimiento, cobraron tanto amor á la cruz de Cristo, que, al fin, en ella y por ella murieron veinte; y si para todos hubiera lugar, ó la crueldad no se cansara, no dudo yo que se ofrecieran veinte mil.

No fué menos importante el otro bien que resultó de este glorioso martirio, que fué mostrar el modo de vida y predicación que han de observar los ministros de estas conversiones si quieren que su predicación sea grata á Dios y á los hombres que tienen la razón ilesa, hacer mucho fruto en las almas, y seguir perfectamente las pisadas de los sagrados Apóstoles; lo cual hallará puntualmente el que purgado de pasión y de otro cualquier mal humor pasare los ojos por lo que hasta aquí se ha dicho de estos gloriosos Mártires, que, como se ha visto, todo fué ir por el camino de la humildad perfecta y pobreza evangélica, que es fundamento fijo y fuerte; como, al contrario, la riqueza, autoridad y grandeza, que es flaco y sospechoso á los gentiles, y al que se funda en él, muy penoso y de gran inquietud.

Y si con todo esto alguno, viendo la fuerza de la parte contraria, suspendiere el juicio entre dictamen y dictamen, no quiero más que aconsejarle que en caso de duda siga al que se anticipó en el premio y mejoró en el logro; y si aun todavía no conociere cual es el mejor, consulte cuál ha tenido más y mejores testimonios de abono, y hallará que el de estos gloriosos Mártires, pues lo confirmaron y acreditaron ellos mismos, no con palabras y razones solas, ni aun con obras precisamente, haciendo dictamen de lo que obraban ú obrando según su dictamen, sino con su misma muerte, muriendo por lo mismo que obraban, que es argumento que no era dictamen fundado en el aire ni en comodidad propia.

También hallará para más comprobación el general aplauso y devoción con que ha sido recibido de los fieles, las maravillas con que le tiene canonizado el Cielo y últimamente la Iglesia, despachando Bula para su rezo en que supone la aprobación del martirio y de algunos milagros que en él sucedieron; y quien aprueba y canoniza una muerte por santa y bienaventurada, *respective* de la causa, cual es la del martirio, es visto aprobar y canonizar la misma causa, por aquella máxima general que repiten á cada paso los filósofos, y todos saben: *propter quod etc.* Y siendo la predicación evangélica (sobre que es la cuestión) la causa de la muerte estos gloriosos Mártires, no tiene duda que, canonizando y aprobando la Iglesia su muerte, canoniza y aprueba su predicación.

Y porque hace mucho en semejantes casos cualquier testimonio de abono de los que antes eran del parecer contrario, pondré para conclusión de este capítulo el que dió un religioso de la Compañía llamado el Padre Pedro Morejón, natural de Medina del Campo en Castilla la Vieja; el cual, como paisano que era de algunos de los Santos Mártires, les avisaba y amonestaba, no sintiendo bien de la publi-

cidad de su predicación, que, como ya hemos dicho en otra parte, era lo mismo que condenar su caridad ardiente y apostólico celo, que por ser tal, no podía estar ni dejar de lucir. Mas al fin, el Padre mudó de parecer, según parece por su testimonio, que aunque no es más que una carta sencilla que les escribió cuando ya venían de camino para el martirio, en ella muestra la envidia que les tenía de su muerte, y con humilde reconocimiento y rendimiento les pide perdón de lo que les dió á merecer en la vida.

CARTA DEL P. PEDRO MOREJÓN

Á LOS SANTOS MÁRTIRES CUANDO IBAN AL CAMINO DEL MARTIRIO.

Jesús María: *Pax Christi.*

"Muy amados Padres míos y amantísimos hermanos: el Espíritu Santo vaya en las almas de VV. RR. Él sabe cuán vehementísima envidia tengo á VV. RR. y á esos cristianos que dichosamente del mundo y de sí mismo van triunfando, y cuánto deseo tengo y tuve de acompañarlos; pero no fué en mi mano, ni á Dios merecí tanto bien: llorando espero, si algún día tan dichoso me amanecerá, no de ser mártir (que á esto ni apensarlo me atrevo, ni merezco por mi grande indignidad), sino que esta mi triste vida y malaventurado cuerpo mil veces acabe por esta Sagrada Iglesia de Japón que, pues tan buenos principios y muestras va dando, esperanzas tengo que también me quepa algún día alguna parte.

Al fin, Padres míos y hermanos amantísimos, ruégoles mucho por el Señor por quien padecen, y por el disgusto grande y desedificación que algún día les dí, me perdonen; y cuando por la misericordia divina se vieren en el *conspectu* de su divina presencia, se acuerden de los que en este valle de lágrimas quedamos, particularmente de mí que más que todos tengo necesidad. ¡Oh, qué abrazos que diera de corazón á todos VV. RR, si me fuera lícito! Alcáncenme del Señor que, muriendo yo, viva por el que muriendo hermoseó esta su Iglesia, que al presente ninguna otra cosa deseo sino ésta. ¡A Dios, Padre Comisario, Fr. Pedro Bautista! ¡á Dios, Padre mío Fr. Martín! ¡á Dios. Padre mío Fr. Francisco Blanco! ¡á Dios, hermano Fr. Felipe! ¡á Dios, hermano Fr. Gonzalo! ¡á Dios hermano Fr. Francisco! ¡Dichosa muerte que excede á tan flacos méritos como los míos! Á León, Cosme, Paulo, Tomé, Francisco, y los demás mis encomiendas. No es necesario ad-

vertir á VV. RR. enseñen á esos cristianos á tomar esta muerte con humildad, porque los japones algunas veces mueren por cumplimiento del mundo. Ea, Padres amantísimos, *Usque ad conspectum Dei etc.*—Pedro Morejón."

CAPÍTULO XX.

DE CÓMO LLEGÓ Á MANILA LA NUEVA DEL MARTIRIO CON ALGUNAS RELIQUIAS, Y EMBAJADA QUE HIZO AL EMPERADOR TAYCOSAMA PIDIENDO LO RESTANTE DE LOS CUERPOS DE LOS SANTOS MÁRTIRES.

CERCA de nueve meses se fueron continuando los guardas que desde el principio mandó poner Fezamburo alrededor de la estacada donde estaban los cuerpos de los benditos Mártires, y con tanto rigor, que además de haber encargado la vigilancia á los regidores de la Ciudad en hacerlos guardar, puso grandes penas á los mismos guardas por cualquier leve descuido; y que si, por ventura, faltaba algún cuerpo de los Santos crucificados, lo pagarían ellos con la vida. Temíase Fezamburo (y con razón) que por la devoción que había visto en los japones y españoles el día del martirio, que con tantas ansias andaban cogiendo las gotas de la sangre que en el suelo caían, estimarían en más los cuerpos, y que si no se ponía diligente guarda, luego los quitarían de las cruces.

Con estos recelos mandó que para mayor seguridad se doblasen los guardas y velasen de día y de noche, y el Señor Obispo, que tenía intento de hacer un presente al Emperador por mano del Padre Juan Rodríguez y algunos portugueses pidiéndole los cuerpos de los religiosos para enterrarlos con la decencia y veneración debida, y á vueltas de ellos los japones que habían sido crucificados en su compañía, avivó más el mandato del gobernador gentil, prohibiendo con censuras á los cristianos que ninguno llegase á los cuerpos de los Santos, pareciéndole que aquello bastaría para enfrenar el atrevimiento de los que no enfrenaba el miedo. Pero como era la devoción tan fervorosa ninguna cosa bastó para irlos á la mano, particularmente después que

se volvió á Macán el Señor Obispo, por lo cual no tuvo efecto la embajada que quería hacer al Emperador, que viéndose libres de las censuras, unas veces cohechando á los guardas, otras llevándolo por amistad, no perdían ocasión, como ellos viesen que era á propósito, para coger alguna parte de aquel precioso tesoro.

También hubo algunos cristianos, así españoles como japones, que llevados de su devoción, sin temor de los rigurosos mandatos y peligro en que se ponían, en viendo á los guardas dormidos ó algún tanto descuidados, se abalanzaban al cercado, y hurtaban los que podían. Y así, desde luego fueron faltando algunas reliquias, particularmente de los Religiosos; que aunque todos eran Mártires, su devoción les llevaba á aquellos que más amaban y reverenciaban; y los que no podían alcanzar otra cosa, se contentaban con alguna pequeña parte de hábito ó algún poco de sangre, como ya queda advertido en su propio lugar.

Los españoles del navío perdido que primero se despacharon para Manila pudieron recoger algo de esto, y en especial el manto del Santo Comisario y algunos pedazos de su hábito, dos ó tres dedos de los demás religiosos y algún poco de sangre, que es lo que por entonces podían recoger, por no estar aun encentados los cuerpos de los Santos, que si más hubiera, más trajeran, como ellos mismos testifican, no obstante de hallarse necesitados y faltos de dinero, y ser mucho lo que cada reliquia les costaba. En fin, con esto y un lienzo en que venían retratados los Santos Mártires, recogido todo en un cofrecito bien aderezado, se embarcaron un viernes (*) en la tarde, y á cosa de las ocho de la misma tarde, antes de partir del puerto, estando encomendando á Dios Nuestro Señor su viaje, poniendo por intercesores á los Santos Mártires, vieron sobre las cruces de los veintiseis las columnas de fuego que dijimos, con cuya vista quedaron muy consolados, y con gran confianza se hicieron á la vela la vuelta de Filipinas. Dióles Nuestro Señor tan favorables vientos, que claramente conocieron ser el favor que les hacía por intercesión de los Santos, cuyas reliquias llevaban, y así muy en breve llegaron á Manila.

El general Don Matías de Landecho con algunos de los españoles que venían en su barco se fué luego á las casas reales á dar parte al gobernador de todo lo que había pasado, contándole muy despacio los naufragios y desgracias del galeón *San Felipe*, y cómo Dios milagrosamente los había librado de la muerte y llevado á aquellos reinos

(*) El último de Marzo de 1597 en una ligera embarcación que fletó D. Matías de Landecho. (Nota del Colector.)

para que fuesen testigos de vista de las maravillas que en ellos había obrado con la gloriosa muerte de cruz del Santo Fr. Pedro Bautista y sus compañeros, y cómo el tirano Taycosama, quebrantando todos los conciertos de paz y amistad, se había levantado con toda la hacienda del galeón á título de que se había perdido y dado en la costa de su tierra. Divulgóse por la Ciudad la venida de los del galeón, y, en oyendo las nuevas, casi todos derramaban muchas lágrimas, parte por la pérdida de la hacienda, que era muy grande y quedaban muchos desacomodados, y parte de devoción y ternura, que era mucha la que les causaba la relación del glorioso martirio.

El gobernador que era Don Francisco Tello, como tan devoto de Nuestra Sagrada Religión, envió luego un recado á nuestro convento, dando cuenta del suceso y pidiendo albricias á todas los religiosos, que se las dieron en oraciones y agradecimientos, derramando muchas lágrimas de gozo y contento como tan interesados en la dichosa suerte de sus hermanos. Después de esto, ordenó que se hiciese una junta, para la cual convocó al Gobernador del Arzobispado y á algunos de los Prebendados de la catedral, y á todos los Prelados que se hallaban en Manila de las Órdenes de Nuestro Padre Santo Domingo. N. P. S. Agustín, de la Compañía y de N. P. S. Francisco y otras personas de cuenta de uno y otro estado; y juntos todos en las casas reales, les dijo con afecto y sentimiento, bañados los ojos en lágrimas: "Padres y señores míos: Dios Nuestro Señor ha sido servido de castigar esta República con la perdida y naufragio del galeón *San Felipe* que despachamos el año pasado para la Nueva España, cuyo tesoro y riqueza queda en Japón en poder del tirano Taycosama, que á título de que se perdió en sus puertos, según sus leyes tiránicas, dijo que le pertenecía, y se alzó con todo, dejando libertad á los españoles para que se volviesen á su tierra. Y en la misma ocasión de naufragio, por secretos juicios de Dios, se indignó contra los religiosos de San Francisco que estaban en su Corte por embajadores de esta República; y haciéndolos cargo de que predicaban el Santo Evangelio contra sus mandatos y leyes, los mandó crucificar, que es la muerte más cruel y afrentosa que usan en aquella tierra para ajusticiar á los malhechores, para con esto amedrentar á todos sus vasallos que no reciban el Santo Bautismo.

"La hacienda que nos ha tomado aquel tirano, aunque es en daño de todos los vecinos de estas Islas, pues cada uno enviaba en el geleón el poco ó mucho caudal que tenía; pero, como dicen, son bienes de fortuna que los da Dios y los quita cuándo y cómo es servido; y así, no es razón lo sintamos demasiadamente; antes considerando la calidad de los sucesos y cómo Dios los ha guiado, debemos darle mu

chas gracias, pues vemos cuan colmada es la paga de esta pérdida, honrando estas Islas y toda nuestra Nación con el glorioso martirio de seis religiosos de San Francisco, nuestros padres y aun hermanos, nuestros vecinos y naturales, y otros veinte japones sus allegados; en cuya muerte dichosa se hallaron presentes muchos de nuestros españoles, y los demás llegaron después á donde estaban los Santos crucificados; y ellos y toda la cristiandad del Japón los ha honrado y honra como á verdaderos mártires de Jesucristo Nuestro Señor, de cuyas santas reliquias nos traen un cofrecito pequeño, y nos dan esperanzas que se podrán traer más.

"Soy de parecer, sujetándome á lo que pareciere mejor, que desechando toda tristeza de la perdida hacienda, se haga una procesión general por toda la Ciudad que vaya á parar al convento de los Padres de San Francisco, donde demos gracias á Nuestro Señor y al glorioso Santo por este tan gran beneficio y merced que Dios nos ha hecho y en sus hijos, y creo que será de mucho efecto. Y aunque no sea más para que los gentiles, chinos y japones y de otras naciones que aquí están entiendan la grande estima que hacemos de los que mueren por predicar Nuestra Santa Fe, y que damos por bien empleada la pérdida de tanta hacienda por las pocas reliquias que de ellos nos traen, será de mucho servicio de Nuestro Señor" Á estas razones del Gobernador, respondieron todos que era muy justa y santa su petición, y determinado el día, se despidieron todos, envidiosos de tan glorioso martirio.

El día siguiente se comenzó á aderezar nuestra iglesia, claustro y patio con la mayor curiosidad y aseo que se pudo, á que acudieron los ciudadanos con sus colgaduras de damascos y brocados y otros aderezos ricos, y los indios con sus invenciones piadosas de tejidos de palmas y flores, aderezando calles y convento que parecían una primavera. De allí á tres días, que fué á los diez y ocho de Abril (*) del mismo año de noventa y siete, un lunes por la mañana, se juntaron en la catedral todas las Religiones, Pueblo y Clerecía; el Gobernador con sus capitanes y soldadesca que, habiendo mandado apercibir la artillería de la muralla y fuertes con un bien lucido escuadrón, estaba aguardando á que saliese la procesión. Salió, en fin, cantando la Clerecía el TE DEUM LAUDAMUS con varios instrumentos de música, llevando en medio el lienzo en que iban pintados los Santos Mártires, levantado en alto para que todos le viesen, y detrás el cofre de las reliquias. Y desde que salió de la iglesia, no cesó la artillería y el

(*) Precisamente ese mismo día fué el que tembló en la cruz el cuerpo de nuestro San Pedro Bautista (Nota del Colector).

escuadrón á hacer su oficio, yendo todos, así eclesiásticos como seculares, devotos y compungidos, acordándose de los benditos Mártires y de su tan dichosa suerte.

Llegando á nuestro convento, se cantó una Misa solemne, que ofició el Cabildo, y hubo sermón en que se refirió todo el discurso del glorioso martirio y la causa de él, que hizo tanto efecto en los oyentes, que todos confesaron el sentimiento que había causado en sus almas. y nuevos deseos de morir por la confesión de la Fe. Colocaron las reliquias en su lugar, para que con la decencia y veneración debida se guardasen hasta que el Pontífice Romano declarase y calificase el martirio. Acabóse la solemnidad de la fiesta con dar todos el parabién de tanta honra á los religiosos hermanos de los Santos Mártires. Encendióse un nuevo espíritu y fervor en todos los cristianos, viejos y nuevos, con que los unos se confirmaron en la Fe, y los otros acabaron de entender la estima que los verdaderos católicos hacen del martirio y muerte de cruz por Cristo Nuestro Señor que quiso ser crucificado por nuestro remedio.

Y vióse bien, así aquí en Filipinas como en el Japón, el maravilloso efecto que obró la sangre derramada de estos Santos Mártires por la predicación del Evangelio, pues fué mayor el fruto que hicieron muriendo, que el que habían hecho en vida predicando en una y otra parte del Japón. Ya hemos dicho bastantemente que de Filipinas fueron muchos de este mismo sentir, y aun de otros muchos reinos circunvecinos, diciendo que la ida de estos Santos Religiosos al Japón fué ordenada por Dios, para que por medio de su muerte se renovasen en todos estos archipiélagos los misterios de la Cruz.

Acabada, pues, la procesión, quedaron los de Manila con más devoción á los Santos Mártires y mayor codicia de sus reliquias, y, conferido lo que sobre esto se había de hacer y en lo tocante á la hacienda de la nao, pareció últimamente, para no dejar esta causa de la mano, se enviase embajada á Taycosama, con cartas del Gobernador, representándole el sentimiento que tenía esta República por lo que había hecho; y que proveyese en adelante que los españoles no fuesen así tratados en su Reino, pidiéndole razón de lo pasado y de lo que de nuevo determinaba, que en suma era:

Lo primero, saber cual fué la causa porque había mandado matar á los religiosos sus embajadores, que habían ído de estas Islas, pidiéndole también licencia para traer sus cuerpos.

Lo segundo, por qué habiendo dado palabra de seguro para que sus navíos pudiesen ir á los puertos del Japón, se habían alzado con la hacienda del galeón *San Felipe*.

Lo tercero era pedirle chapa ó provisión, para que, si otra vez diese algún navío en sus costas, no recibiese agravio ni detrimento alguno.

Con estas órdenes, instrucciones y cartas despachó el Gobernador á D. Luis Navarrete Fajardo, llevando un buen presente de algunas preseas de oro y plata, espadas y ropas de valor, y un elefante bien enjaezado y enmantado de seda con sus naires de la misma librea, que era cosa no vista en el Japón (*), para que, conforme al estilo de aquel Reino, diese la embajada á Taycosama; porque sin presente, no se acostumbra darla, ni menos el recibirla.

Llegado al puerto de Firando D. Luis Navarrete (**) y sabido por Taycosama, envió desde la Corte por él, y le recibió con mucho gusto, y con más al presente, especialmente el elefante, que sumamente le deseaba ver por no haberlos en el Japón. Oyó la embajada con mucha ostentación y aparato, y respondió á las tres cosas que principalmente se contenían en ella, en esta manera: Á la primera: Que la causa porque había mandado matar aquellos frailes sus embajadores era porque ellos habían quebrantado sus leyes y mandatos, predicando una ley que él tenía prohibido que no se publicase con pena de muerte. Y luego dió chapa para que el gobernador de Nangasaqui diese todos los cuerpos de los que habían sido crucificados; pero con advertencia que de ninguna manera gustaba para que volviesen más religiosos á sus tierras á predicar la Ley de los cristianos que él tanto aborrecía y tenía vedada á todos sus vasallos.

Y á lo que decían de la hacienda del navío, que la había tomado por ser ley y costumbre en sus reinos que cualquier embarcación extranjera que diese en sus costas fuese del rey ó señor universal de aquella tierra, y que él lo era de todo el Japón; y así, como tal, la había mandado tomar, pues por derecho le pertenecía.

A lo último dijo: Que le placía, porque se holgaba mucho de tener paz y amistad con los luzones y españoles, y que siempre lo procuraría de su parte, y mandaría que los navíos de trato y comercio de Manila fuesen bien recibidos y tratados en sus reinos. Y para mayor claridad y que nadie pueda poner duda en lo que atrás dijimos, tratando de las causas de la muerte de los Mártires, pondré aquí la copia de la carta del tirano en respuesta de la del Gobernador, que es como se sigue:

(*) El Rey de Camboja había enviado poco antes uno para el tono de Bungo; mas fué poca la gente que vió al paquidermo, por haber muerto á poco de llegar al Japón. (Nota del Colector).

(**) Llegó por el mes de Agosto de 1597. (Nota del Colector).

CARTA DEL EMPERADOR TAYCOSAMA

AL GOBERNADOR DE FILIPINAS.

"Enviástesme de lejos vuestro embajador, pasando trabajos, y por él fuí de vos visitado como de cerca; y juntamente enviastes un vuestro retrato en vuestro lugar para visitarme y alegraros conmigo, el cual para mí fué tanto como si os tuviera delante de mis ojos, y como si presencialmente oyera vuestras palabras; aunque en realidad de verdad estamos distantes millares de leguas con tierras, mares, nubes y ondas entre nosotros. Después que el cielo y la tierra se dividieron y tuvo principio este mundo, este reino de Japón veneró por Dios y Señor al Xin, que es el principio de donde proceden todas las cosas; y por virtud de este Xin, hacen su curso el Sol y la Luna, y de este mismo procede la variedad del verano y otoño y cuatro tiempos del año; asimismo el gobernarse y esparcirse los vientos y nubes, el producirse la lluvia y el rocío y rociar la tierra, el volar de las aves y el movimiento de los animales, el crecer de los árboles y plantas, y, finalmente, todas las cosas proceden y participan del admirable ser de este principio. El cual, en cuanto participan los hombres de él, hace que haya diferencia de señores y vasallos; y por la misma causa hay entre los hombres diferencia de viejos y mozos, y hay unión y orden de marido y mujer. De éste toman principio todas las cosas; en él finalmente, acaban y se tornan á resolver. Siendo esto así, ha muchos años que vinieron á estos reinos unos Padres, los cuales, predicando una ley de reinos extraños y diabólica, quisieron pervertir los ritos de la gente baja y vil de estos reinos, así de hombres como de mujeres, introduciendo costumbres de sus tierras que perturbaban los corazones de la gente y destruían el gobierno de estos reinos; por lo cual, prohibí esta ley muy rigurosamente, y mandé que totalmente la impidiesen. Sobre todo esto, los religiosos de ese Reino, tornando acá, discurrían por las calles y lugares predicando su ley extraña á gente baja, á siervos y esclavos. Oyendo yo esto y no lo pudiendo sufrir, los mandé luego matar, porque tengo por información que en esos vuestros reinos la promulgación de la ley es un ardid y engaño con que sujetáis los reinos extraños; y si de este Reino, por ventura, fuesen á esos vuestros reinos hombres japones, ahora fuesen religiosos, ahora seglares, y en ellos predicasen la ley de Xinto y los inquietasen, haciendo andar errado y perturbado el pueblo, Vos, que sois señor del Reino, ¿por ventura holgárades de esto? Por cierto, no. Pues por aquí podréis juzgar lo que tengo hecho. Lo que yo pienso y creo es, que ansí como vos por esta vía, echando fuera al señor antiguo de ese Reino, os hicisteis nuevo Señor de él,

que ansí pretendéis quebrantar mis leyes y destruirlas con la vuestra, y apoderaros de este reino de Japón. Estando, pues, yo, por lo sobredicho, lleno de cólera y airado, en este mismo tiempo apareció una nave destrozada en el mar del reino de Toza, que andaba desgarrada y como perdida sobre las ondas del mar; hize ajuntar las haciendas que venían en ella sin las repartir ni distribuir, y estaba determinado de ós las mandar entregar; mas porque los vuestros de ese Reino quebrantaron mis leyes, retuve en mi poder la dicha hacienda, y no la podréis más cobrar. Y os aconteció lo que dicen, que *el mal que uno hace ó quiere hacer á otro, torna sobre el mismo que lo hace.* Mas con todo, ya que ahora para continuar las amistades me enviastes un embajador de tan lejos, pasando las temprestades y furiosas ondas, si queréis uniros con Japón y confirmar estas amistades, no enviéis acá más á predicar esta ley extreña y falsa; y así, podréis en todo tiempo tener comercio y trato de mercancía con este reino de Japón; y los navíos de tratos y mercancías que de ahí vinieren, trayendo una patente mía con mi sello, ningún mal ni daño recibirán, así en la mar como la tierra. Dejar yo tornar para ahí los navíos del año pasado en que fué la gente de la nave española que se perdió en la isla de Toza, y dejar de matar á todos los marineros y á toda la demás gente que en ella vino, fué por no olvidarme de la antigua amistad que entre nosotros había. &"

Con esta respuesta y despacho despidió Taycosama á Don Luis Navarrete, dándole que llevase al Gobernador un presente de lanzas y cuerpos de armas y catanas de mucha curiosidad y estima entre los japones, con que salió de Meaco y se vino á Nangasaqui para recoger lo que hallase de los cuerpos de los Santos crucificados (*); y de allí avisó al gobernador Don Francisco en el primer navió que salió para Manila de lo que llevaba negociado, que por haberle sobrevenido allí una grave enfermedad, de que murió (**), se hubo de traer después por otra mano á Manila.

(*) Pero como hallase "que muchos cuerpos y aun las cruces faltaban, y que en las que aun existían era la menor parte de las reliquias la que se hallaba, no quiso Don Luis entregarse de ellas hasta que se reintegraran todas, como él había pedido y el decreto *(el del Emperador)* lo mandaba". San Antonio, *Crónica de la Santa Provincia de San Gregorio Magno de Filipinas,* part. 3.ª, lib. 3.º, cap. 7. (Nota del Colector).

(**) El día de San Andrés, Apóstol. En su lugar entró en el cargo de embajador su sustituto Diego de Sosa. (Nota del Colector).

CAPÍTULO XXI.

DE CÓMO Á OCASIÓN DE LA VENIDA DEL EMBAJADOR FUERON QUITADOS DEL TODO LOS CUERPOS Y CRUCES DE LOS SANTOS MÁRTIRES Y LLEVADOS Á DIFERENTES PARTES, Y DE LA SOLEMNIDAD Y DEVOCIÓN CON QUE EN TODAS FUERON RECIBIDAS: DÍCENSE ALGUNOS MILAGROS QUE OBRÓ DIOS NUESTRO SEÑOR MEDIANTE LAS SANTAS RELIQUIAS.

SABIDO por los cristianos que venía embajador de las Filipinas á pedir al Emperador los cuerpos de los Santos Mártires, teniendo por sin duda que se los concedería y llevaría, sin dejarlos cosa alguna, por no quedar privados de tan rico tesoro, con nuevo fervor y más devoción se resolvieron en quitar cada uno lo que pudiese, y mucho mas después que tuvieron noticia de que ya el Rey le había dado licencia para llevarlos (*). De-

(*) "Presto se divulgó por aquella Ciudad la noticia del permiso de Taycosama, para que se entregaran los santos cuerpos á la parte legítima, que los pedía. Con esto se echó á dormir la vigilancia de las guardas, y el fervor de los cristianos se puso muy alerta, y sin reparar en la propiedad de la parte legítima, empezaron á hacer comunes aquellas preciosas alhajas, valiéndose de la negligencia de las guardas y de la ausencia del Señor Obispo: con que sus censuras ya no se temían. Empezaron á descuartizar, y despedazar aquellos santos cuerpos, en menudas piezas (como escribe D. Bernardino de Avila): cuál cogió un brazo; cuál, una pierna; uno quitaba una cabeza, y otro lo que mejor podía, aprovechándose de la obscuridad de la noche para unas osadías tan ciegas, aunque tan devotas. El que recogió mayor parte de reliquias, fué un Pablo Bartolo, de Nación francesa, y las llevó á la India; y entre ellas, dejó la cabeza del Santo Fr. Gonzalo García en la Ciudad de Bazaín, su patria, y la cabeza del Santo Fr. Martín de la Ascensión la dejó en la Ciudad de Goa; y así hizo por toda la India con otras reliquias". San Antonio, *Crónica etc.* part. 3ª, lib. 3.º, cap. 7.

"Después de 9 meses que estaban en las cruces, llegó á Japón un embajador de Filipinas, que iba con determinación de pedir al Rey los cuerpos de los benditos Religiosos, y á tratar otras cosas que llevaba á cargo; y como se supo que le había concedido el Rey que llevase los santos cuerpos, los castellanos de la nao *San Felipe*, que aun estaban en Nangasaqui, incitados de su mucha devoción, atreviéronse á tomar de noche las cabezas y la mayor parte de los cuerpos de los bienaventurados Frailes y de todos los Mártires, cogiendo también lo que pudieron los japones cristianos; y los Padres de la Compa-

suerte que, cuando llegó el Embajador, fué muy poco lo que halló (*), y eso en pedazos muy menudos. No obstantante, recogió lo que pudo (**); y lo demás se repartió por diferentes partes, y en todas fué recibido con mucha solemnidad y devoción.

De algunas cabezas enteras y otros huesos se tiene noticia fueron llevados á la India, Macán, Malaca, y Goa, y se colocaron en relicarios y cruces particulares, haciendo solemnes procesiones con asistencia de las Religiones, Pueblo y Clerecía, sin que lo pudiese estorbar el Arzobispo de Goa y otros Obispos que, á instancia de algunos escrupulosos en esta causa, quisieran, hasta saber la voluntad del Sumo Pontífice, se hubieran con más moderación en su veneración. Pero fué tan grande y universal la conmoción que causó la nueva de este glorioso martirio, que por demás era el querer poner tasa en estas devotas demostraciones; porque además de que apenas se podía hacer sin ocasionar otros mayores daños de inquietudes y alborotos del pueblo, por el empeño con que todos lo habían tomado, ninguno se recelaba de llamarlos á boca llena *Santos Mártires*, así de palabra como por escrito, ni menos lo tenían por atrevimiento, creyendo que, llegando á noticias de la Iglesia, había de ser del mismo sentir: con que si se adelantaban, era en las noticias, no en el juicio, que siempre lo suponían de parte de la verdad del martirio.

Y casi sucedió así, porque el Sumo Pontífice y Cardenales, de que llegó á sus oídos, tuvieron ésta por la más dichosa y de mayor alegría de cuantas podían venir la Iglesia Romana, dando muchas gracias á Dios porque así la hermoseaba con tan valerosos mártires. Y en virtud de esto, ningún Oficial de aquella Santa Inquisición se receló de llamarlos *Mártires*, ni de venerarlos como á tales; antes hubo muchas personas, así eclesiásticas como seculares, que divulgaron el martirio por todas las iglesias y estaciones de aquella santa Ciudad,

---

ñía (según se dijo) mandaron recoger las cabezas de los tres benditos hermanos suyos. Por lo cual, cuando vino el embajador á Nangasaqui, halló muy pocas reliquias que recoger, porque hasta las cruces faltaban. Y algunos castellanos que fueron en el navío que arribó á Macán (como se dijo), llevaron muchas reliquias, de las cuales, por diligencia de nuestros hermanos los frailes, unas quedaron allí en nuestro convento, otras fueron á Malaca y á Goa, que llevaron algunos religiosos nuestros. Á Manila también vinieron otras muchas, y, por diligencia de los religiosos, la mayor parte de ellas se puso en un lugar decente, con mucha veneración, en nuestro convento de San Francisco, y de ellas se envió un hueso del bendito Comisario al Rey nuestro señor, y otras á muchos conventos de España; y de las que no se tuvo noticia en Manila, por mi diligencia vinieron á mis manos para ponerlas en el religiosísimo convento de San Francisco de Salamanca y en otros religiosos lugares". Rivadeneira, *Historia etc.*, lib. 5, cap. 27. (Nota del Colector).

(*) Apenas encontró las cruces. (Nota del Colector).

(**) Después puso las reliquias en una caja y las embarcó para Manila el año de 1598; mas se perdieron en el camino, y ninguna de ellas pareció, según afirma Don Bernardino de Avila en el capítulo 19 de su *Historia*. (Nota del Colector).

pintando toda la historia en lienzos, y á los Santos en sus cruces, lamándoles públicamente *Mártires*.

Lo mismo hicieron otros que, llevados del mismo celo, fervor y devoción, de la manera que podían divulgaban la gloria de este martirio, ya en los púlpitos, ya con la pluma; y fué cosa casi maravillosa que, como volando por el aire, pasó la voz, y en menos de un año sonó por todo el orbe, y casi á un mismo tiempo se supo en todas las Indias, España, Italia y Francia; porque todos los que sabían escribir se hicieron sus cronistas, escribiendo diferentes relaciones de él, procurando cada uno de por sí ganar las albricias de tan gloriosas nuevas. La primera relación que se imprimió fué en Madrid: luego se reimprimió segunda y tercera vez en España y Roma; y poco después otra más copiosa, que, traducida en italiano, leyeron el Sumo Pontífice y Cardenales con particular devoción.

En la insigne ciudad de Sevilla, no mucho después, se representó en sus festivos carros la historia de este glorioso martirio con muchas apariencias muy vistosas y devotas. Y con ser bien grande la solemnidad con que aquella insigne y célebre Ciudad festeja semejantes funciones, en ésta hubo particulares circunstancias que encendieron más el fuego de su devoción, obligando á todos á echar sin reparo el resto de gastos y desvelos: unos en idear jeroglíficos y consultar á las musas; otros en esmerarse en la riqueza, aparato y grandeza de la fiesta para más ostentación de su devoto y cordial afecto.

Fué el caso que, divulgada la fiesta y representación de la historia del glorioso martirio, no faltó quien comenzase á levantar cuestiones sobre él, dificultando de su verdad; y, siguiendo la parte menos piadosa con otros de su parcialidad, puso todos los medios posibles para que la dicha representación se dejase; y tanto instaron en esto, que casi vinieron á aguar la fiesta. Pero la devoción que hervía, no se sabía aquietar, ni se podía satisfacer con todo lo que se alegaba en contrario. Dió en otro arbitrio la piedad maliciosa, y fué con que se echó á perder: trató de desvanecer con pinturas lo que no podía con razones, pintando á los Santos de modo que todos entendiesen que no habían sido muertos por la predicación del Evangelio, sino por su indiscreción é imprudencia, mezclando otras irrisiones é indecencias que no se explican con sus propios términos, porque verdaderamente causan horror y escandalizan. Teniendo noticia de esto la Ciudad, encendida en más devoción, no sólo prosiguió con lo comenzado, sino que añadió nuevas y mayores demostraciones, que entonces y en todos tiempos han sido dignas de mucha loa.

Ni lo uno ni lo otro se le escondió al piadoso y católico rey Fe-

lipe III, y lo que loó en unos, vituperó en otros; y por ventura fué causa de que avivase más la pretensión de la revocación del Breve que impedía la entrada en el Japón, por ser el principio de todos estos disturbios. No favorecía menos la canonización de los Santos Mártires, que desde luego se puso por obra, como veremos en el capítulo siguiente; y agradecida esta Provincia á su católico y real afecto, le presentó una canilla del Santo Fr. Pedro Bautista, que desde luego la veneró como á reliquia de Santo, y siempre al estimó en mucho.

En la ciudad de Macán, tierra de la gran China, y el primer depósito de casi todas las reliquias de los Santos Mártires, por haber ido á parar allí los portugueses y castellanos que se hallaron al martirio, fué tan grande la devoción, que estando nuestros religiosos algo remisos por no excitar alguna contradicción, los mismos ciudadanos los incitaron á que hiciesen alguna fiesta solemne, como que no era razón que un tan glorioso martirio se pasase así á secas. Con lo cual todos se animaron y tomaron esta causa muy á su cargo, como á quien les pertenecía, en especial el M. R. y docto P. Fr. Antonio de la Madre de Dios, lector de teología, y célebre predicador del convento de N. P. S. Francisco de la ciudad de Goa en la India, que había venido á visitar la custodia de China; por cuya orden, con autoridad del Gobernador del Obispado, se hizo una solemne procesión, concurriendo á ella los religiosos de N. P. Sto. Domingo, S. Agustín y de la Compañía de Jesús y todo el pueblo con singulares demostraciones de veneración y devoción. Hiciéronse varios jeroglíficos, adornados de excelente poesía, en honor y alabanza de los gloriosos Mártires; y para dar mejor á entender el martirio á los que no se habían hallado presentes, se pintó en lienzos la historia, á la manera que hemos dicho en Sevilla y Roma.

Halláronse á esta ocasión en Macán los religiosos de esta Provincia que habían sido desterrados del Japón después de la muerte de los Santos Mártires, según ya dijimos (*), y como se informaron de las muchas reliquias que habían ido á parar á aquella Ciudad, unas que estaban en poder de los religiosos, y otras en los portugueses, hicieron diligente pesquisa por saber quiénes eran los que las tenían, y averiguado, concertándose con ellos, sacaron de cada uno lo que pudieron, salvo las cabezas de los religiosos, que todas las ocultaron; y uno en quien se supo que estaba la cabeza del Santo Fr. Martín, yéndosela á pedir, dijo que primero daría la suya que la del Santo, y así, que no se cansasen, que no la había

(*) Cap. 12.

de dar; que después que estaba en su poder, había hecho Dios por ella muchos milagros.

No obstante, recogieron algunas canillas enteras de piernas y brazos, algunos pies y manos (*), unas cuantas cabezas de los Santos japones y otros muchos pedazos, aunque pequeños, y la sentencia original, en su tabla, con que fueron crucificados, la cruz del Santo Fr. Martín (**) y algunos pedazos de otras; todo lo cual vino á esta ciudad de Manila que, junto con lo que trajo poco después el que quedó en lugar del embajador, fué una cantidad muy considerable. Las piezas más menudas se repartieron entre los ciudadanos, que cada cual hacía su relicario con aquel aseo que aquí se suele por la abundancia de sedas, diamantes y filigranas.

Después, el devoto Padre Fr. Marcelo de Rivadeneira, compañero de los Santos, pasando por la India á España y Roma á tratar de la canonización, recogió otras, que, con las que llevaba de Manila, pudo enriquecer muchos conventos de España de tan precioso tesoro, en especial el de N. P. S. Francisco de la célebre universidad de Salamanca, donde había tomado el hábito y leído Teología; y en el religiosísimo del Calvario de los Descalzos de la misma Ciudad, donde, aunque indigno, tomé el hábito, dejó dos cabezas de los Santos Mártires japones, que hoy día se guardan con mucha veneración. Otras reliquias dejó en Madrid, Roma y Nápoles y en otras partes donde estuvo este devoto Padre solicitando la canonización de los gloriosos Mártires, que, aunque no la alcanzó en su tiempo, dejóla en buen estado.

Las reliquias que hoy han quedado en nuestro convento de Manila de estos gloriosos Santos son: dos ó tres canillas, algunos pedazos de la del Santo Comisario con otros huesos pequeños de todo el cuerpo, su manto, como dijimos, engastado ó aforrado en una telilla sutil de lana, y tan entero, como cuando le usaba, la tabla original de la sentencia y algunas astillas de las cruces (***). Lo demás, parte se ha enviado á España á petición de los Reverendísimos Generales, y parte llevaron de vuelta de España Fr. Francisco de Villarejo y Fr. Alonso de Santa María Laurel, habiendo venido á esta Provincia por Comisarios de visita; y lo más sensible que, aunque se valieron de la comisión para llevarlas, no fué por la que los nuestros

(*) Entre estas manos estaba también la de San Pedro Bautista. (Nota del Colector).

(**) Esta cruz la trajo Fr. Jerónimo de Jesús el año de 1600 cuando el emperador Dayfusama le nombró embajador y le envió á estas Islas para ajustar paces y tratados de comercio con el Gobernador de Filipinas. Llevando la cruz sobre sus hombros y en medio de un concurso inmenso, entró Fr. Jerónimo en la ciudad de Manila. (Nota del Colector).

(***) La mayor parte de estas reliquias han desaparecido, y entre las pocas que han quedado, sólo dos huesos del Santo Paulo Michi están con su auténtica. (Nota del Colector).

Reverendísimos les habían dado, sino por la que ellos se tomaron, que lo sintió entonces harto la Provincia, al fin, como á quien la quitaban y despojaban de un tesoro tan considerable.

Honró Nuestro Señor estas santas reliquias con algunos prodigios y maravillas, así en beneficio de los cuerpos como de las almas. Fué bien notable el que sucedió el día del propio martirio que, habiendo quitado un devoto cristiano una astilla pequeña de la cruz del Santo Comisario, estando aún con la sangre reciente que había salido del costado, y aplicándosela á una mujer infiel que, oprimida de un grave accidente era tenida de todos por muerta, porque ni hablaba, ni respiraba, ni se veía en ella indicio alguno de que estuviese viva, al instante que se la aplicaron, que fué en la boca, comenzó á rebullirse, y luego habló con no pequeña admiración de todos que, como se ha dicho, ya la tenían por muerta; y lo que más es, que luego pidió el Santo Bautismo, ilustrada con luz superior; y reconociendo ser por los méritos de San Pedro Bautista, mandó que la llevasen al pie de su cruz para que allí la bautizasen, como lo hicieron, dando todos muchas gracias á Nuestro Señor porque así honraba á sus Santos, y en especial la mujer, como más interesada, mostrándose muy agradecida y devota del Santo por cuya intercesión la había dado Nuestro Señor salud en el cuerpo y en el alma. Lo mismo se dice que sucedió con otro moribundo aplicándole aquella misma reliquia, que luego estuvo bueno; aunque no se dice si era cristiano ó gentil.

De otro suceso no menos admirable deponen diferentes personas con juramento, que fueron testigos oculares, y fué en esta manera: En uno de los barcos en que vinieron á Manila los españoles del galeón *San Felipe* venían algunos japones, hombres, niños y mujeres, y entre ellos una niña de diez años á quien su madre, había puesto al cuello una bolsilla con las reliquias de los Santos Mártires. Viniendo, pues, caminando, ora por el descuido de la madre, ora por travesura de la hija, ora por algún balance del barco, la niña cayó al mar, cuyas olas al primer golpe la sepultaron. Turbáronse todos, y más la madre, que sin saber lo que se hacía, se quería arrojar al agua tras la hija. Los españoles, como traían en la memoria el suceso del martirio, acordáronse de los Santos, y los invocaron, con lo cual dió la mujer en lo que ya tenía olvidado, que su hija tenía al cuello las reliquias que ella la había puesto, y así, muy confiada, invocaba la intercesión de los Santos. En esto andaban los marineros dando orden de echar el batel al agua; pero estaba tan embarazado y todo el barco tan mal aliñado, que primero que le sacaron, se pasó más de una hora. En fin, llegaron á donde la niña estaba, que no se veía sino es de muy cerca, y eso sólo las faldi-

tas de la ropa, que fué como una señal que quiso dejar Nuestro Señor para que la sacasen y fuese más prodigioso el milagro; porque cuando entendieron que ya estaba ahogada, por haberla visto todo el cuerpo dentro del agua, al tirar de la ropa, levantó la niña el rostro tan alegre y risueño, como si hubiera estado en un baño de rosas: nadie dudó del milagro, atribuyéndole á la intercesión de los Santos, cuyas reliquias traía la niña, y como de tal, dieron gracias á Dios, que es maravilloso en sus Santos.

De otros muchos milagros deponen los testigos que sobre esto fueron examinados, y en especial de algunos que en sí mismos experimentaron en haber sido sanos de algunos achaques y enfermedades mediante las santas reliquias que consigo traían ó que las habían aplicado; y así, no dudaban ser milagros, y como de tales juraban y testificaban; los cuales no se refieren en particular por no haber circunstancias notables que pidan particular narración, pero puédese hacer juicio de lo mucho que obraría Nuestro Señor en esta materia por la intercesión de sus Santos y aplicación de sus reliquias por lo que sucedió en el Japón en aquellas cosas que no tenían más de los Santos que el habérselas aplicado la devoción, y con eso sólo hallaba cada uno lo que había menester para su salud.

Fué, pues, que quitados del todo los cuerpos y las cruces del lugar en que los Santos fueron crucificados, la devoción de los japones puso en cada uno de los hoyos de las cruces un árbol de flores, de que hay gran cantidad en el Japón, que no llevan fruto. Crecieron los árboles, y en la primavera, que es cuando florecen, mientras se tuvo noticia de aquella cristiandad, se supo que se poblaban de suerte, que parecían un florido jardín. Entre todos, el del Santo Comisario Fr. Pedro Bautista (fuese naturalmente ó con particular providencia del Cielo) fué el que creció mucho más, y se hizo más copudo y hermoso; y los cristianos, así españoles como japones, sin ningún recelo, decían ser cosa milagrosa, como que había querido Dios que aquel árbol se aventajase más para mostrar la particular gloria del Santo.

En el mismo lugar hicieron un altar de piedra, y sobre él, arrimadas al árbol, pusieron algunas cruces pequeñas, unas de piedra y otras de madera, y alrededor muchas guijas ó pedrezuelas pequeñas, muy limpias; y cuando se sentían enfermos, llevaban las pedrezuelas y raspaduras de las cruces y, según algunos dicen, las hojas y flores también de los mismos árboles; y echándolas en el agua que habían de beber, invocando el favor de los Santos con mucha fe y devoción, alcanzaban la salud deseada. Era este remedio tan cierto en el concepto de los japones y tan general, que con gran-

dísima fe y confianza le aplicaban á todo género de enfermedades; de las cuales sanaban muchos, que manifiestamente se conocía ser por virtud sobrenatural, mediante la devoción de los fieles é intercesión de los Santos Mártires á quien se encomendaban.

CAPÍTULO XXII.

DE LOS TESTIMONIOS QUE HAY DE ESTE GLORIOSO MARTIRIO, Y DEL ÚLTIMO DE LA IGLESIA DE SU APROBACIÓN Ó BEATIFICACIÓN.

CONFORME á la doctrina de los Santos, tres cosas son necesarias y han de concurrir para conseguir la corona del martirio y para que uno sea verdadero mártir: pena causa y voluntad: la pena se entiende la de la muerte; la causa, la defensión de algún artículo de la Fe ó derecho de la Iglesia ó de cualquier virtud en orden á evitar ofensas de Dios; la voluntad no necesita de explicación, que ya se deja entender cual ha de ser. Esto supuesto, fácilmente conocerá cualquiera, por lo que hasta aquí se ha dicho, concurrir cada una de estas tres cosas en este glorioso martirio y con particular excelencia. Porque la causa fué la más justificada de todas, cual es por haber predicado la Fe á los gentiles cuando por edicto público la tenían vedada y entredicha, como expresamente lo dice Taycosama en la sentencia que dió para que los crucificasen. La pena ya vimos que fué muerte de cruz, y las ventajas que hace á otra cualquiera por la similitud que tiene con la de Cristo. La voluntad no pudo ser mayor: con suma alegría, así interior como exterior, cantando salmos, rogando por el tirano que los condenó y por los que los crucificaban, adorando las cruces en que habían de morir y dándolas mil besos y abrazos, como se ha dicho y diremos adelante.

Á esto se junta, para mayor comprobación de este martirio, las maravillas y prodigios con que le tiene acreditado y conocido el Cielo, y el general aplauso y devoción con que le han recibido todos los fieles, según que todo queda ya referido. Lo que en este

capítulo se pretende es mostrar los testimonios de abono que han dado en la tierra personas de mucha autoridad y crédito, y el que tiene dado nuestra Madre la Iglesia.

En cuanto á lo primero, bastaba, para crédito de este martirio, saber que han sido seis los historiadores, así dentro como fuera de la Orden, que con estilo docto y grave han celebrado este martirio, tratando de él *ex profeso*, fuera de otras relaciones sueltas que se han impreso en diferentes partes. Y no es lo menos siete informaciones auténticas, que en diversas tiempos sobre este martirio se han hecho ante Inquisidores, Obispos y Arzobispos, así de Manila como de otras partes, con cincuenta y siete testigos jurados, los más de ellos oculares, que se hallaron presentes al martirio.

Pero entre todos, fué particular el testimonio que dió el señor Obispo del Japón, Don Pedro Martínez, en abono de este glorioso martirio, que es de mucha estima, particularmente en la ocasión y tiempo que le dió tan inmediato al del glorioso martirio, que, respecto de lo que poco antes había sucedido (que fué lo que dijimos en el capítulo XXXVIII del segundo libro), todos lo tuvieron por el mayor prodigio que en honra y gloria de los Santos Mártires había obrado Nuestro Señor. Este testimonio fué dado en la ciudad de Macán, nueve meses después del glorioso martirio, á diez y seis de Noviembre del mismo año de noventa y siete, que, traducido del portugués á nuestro castellano, con juramento y autoridad de Juez, por el licenciado Don Gabriel de la Cruz, maestro de la Catedral de esta ciudad de Manila y Vicario del Arzobispado, es del tenor siguiente:

DON PEDRO MARTÍNEZ,

POR MERCED DE DIOS Y DE LA SANTA IGLESIA DE ROMA, OBISPO DEL JAPÓN Y DEL CONSEJO DE S. M. ETC., ETC.

Á CUANTOS LAS PRESENTES LETRAS TESTIMONIALES VIEREN, SALUD EN JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR.

POR CUANTO el R. P. Fr. Jerónimo de San Lorenzo, Custodio de los religiosos Descalzos de la Orden del Bienaventurado Padre San Francisco en estas partes del Sur, Nos tiene pedido con instancia le pasemos letras testimoniales que hagan fe de la bienaventurada y gloriosa muerte de seis religiosos de su Orden, de la Provincia de San Gregorio de los Luzones, que estaban en Japón, los cuales Taycosama,

rey universal de Japón, mandó crucificar porque predicaban en sus tierras nuestra santa Ley, alegándonos para esto ser gran edificación de los fieles cristianos saber de cierto la santidad y triunfo de su muerte, y también consolación grande para los religiosos de su Orden tener de esto cierta noticia, porque extrañamente se animarán á seguir la perfección de su Religión, teniendo delante de los ojos tan vivos y frescos ejemplos de fortaleza.

Viendo Nos su tan justa petición, y, aliende las razones que alega, moviéndonos á ello el celo de la honra y gloria de Dios Nuestro Señor, la exaltación de nuestra santa Fe católica y la consolación y aumento de la cristiandad de Japón, de la cual con razón podemos tener de aquí adelante muy ciertas esperanzas, pues Nuestro Señor la riega con sangre de sus crucificados por su santa Fe para dar copiosísimos frutos en la conversión de los gentiles, le pasamos las dichas letras testimoniales en forma, como pide; y así, certificamos en estas presentes, y afirmamos: Que mandó Taycosama, señor universal de Japón, crucificar en Nangasaqui, puerto del mismo Japón, á veinte cristianos japones, porque recibieron nuestra santa Fe, que los dichos religiosos predicaron. Mandó también crucificar con ellos seis religiosos de la Orden de San Francisco de la Provincia de San Gregorio de los Luzones, conviene á saber: Fr. Pedro Bautista, Comisario; Fr. Martín de Aguirre, Fr. Francisco Blanco, todos tres de Misa; y Fr. Felipe, corista; Fr. Francisco de San Miguel y Fr. Gonzalo García, entrambos legos, por predicar en sus tierras nuestra santa Ley. Y á los dichos seis religiosos, como á capitanes de tan valerosos caballeros, los crucificaron en medio, quedándoles de la banda derecha diez cristianos japones crucificados, y de la banda izquierda otros diez, en que entraban tres hermanos de la Compañía. Ytem más: certifico, que la causa porque Taycosama mandó crucificar á los dichos seis religiosos fué porque predicaron nuestra santa Ley en sus reinos, porque así lo decía una tabla que estaba levantada en una asta delante de las cruces, la cual yo fuí á ver, y delante de muchos portugueses la mandé leer en lengua de Japón y declarar en la nuestra, y el traslado de ella *de verbo ad verbum*, es como se sigue:

"TENIENDO yo prohibida los años pasados rigurosamente la ley que predicaban los Padres, vinieron estos de los Luzones, diciendo que eran embajadores, y se dejaron estar en Meaco promulgando esta ley; por lo cual, á ellos y aquellos que recibieron la misma ley, mandó justiciar. Son por todos veinticuatro; los cuales se pongan en cruz en Nangasaqui, y se dejen estar en ella. Y así, de aquí á adelante, mucho más quede prohibida esta ley; y hago saber esto para que la prohiban muy rigurosamente. Y si por ventura hubiere alguno que quie-

bre este mandamiento, lo mandaré ajusticiar con toda su familia. Fecha el primer año de la era Quercho."

Afirmo también que los dichos religiosos tomaron esta muerte con mucha constancia y señales de extraña alegría y devoción: porque unos se abrazaron primero con la cruz en que los pusieron; otro, poniéndole una argolla de hierro en un brazo, dijo al ministro de justicia que le clavase la palma de la mano; otros, desde la cruz, pidieron perdón á Dios por los que los crucificaban: y todos dieron su espíritu al Señor con salmos y himnos en la boca, conforme á un instrumento que de esto saqué. Y con mis propios ojos los ví levantar en las cruces, y ví relumbrar las lanzas con que los atravesaron, y ví la multitud de gente, así de cristianos como de gentiles. que concurrió á ver este espectáculo. Puesto que no viese otras particularidades por estar un poco lejos, mas oí una grande grita delante, cuando los acabaron de alancear. Y de allí á dos ó tres horas, yéndolos á ver ya muertos en las cruces, los ví en ellas puestos, con las lanzadas por los pechos y su sangre aun fresca, y á ellos de tan buenos semblantes y con los rostros angélicos, que más parecían hombres que dormían ó elevados en contemplación, que muertos. Y ví á los portugueses y japones cristianos llevarles con mucha devoción los vestidos por reliquias y la sangre y uñas de los pies, y los cristianos de la tierra venían á visitarlos de muy lejos, y esto por espacio de muchos días; lo cual claramente testifica la santidad y bienaventuranza de su muerte; porque no los veneraba el pueblo sino como á hombres que Dios tenía en el paraíso, pues tan santamente padecieron. Y conforme á lo que ví en la tabla, sin duda tengo que fueron muertos por nuestra santa Fe católica como valerosos caballeros de Cristo. Al Señor que con tal espíritu, constancia y fortaleza tan bienaventurada muerte les dió, sean dadas infinitas gracias para siempre por todo. *Data* en Macán á diez y seis (*) de Noviembre de mil quinientos noventa y siete.—EL OBISPO DE JAPÓN.

Certifico yo, el P. Manuel de Aguiar, Provisor y Vicario general en estas partes de China, ser este traslado sacado del original de una certificación de D. Pedro Martínez, Obispo de Japón, el cual se trasladó del dicho original en la verdad, sin acrecentarse ni disminuir cosa alguna. Y por pedírseme justificase el dicho traslado, lo hice, siendo por mí firmado y sellado con el sello que en este juicio sirve. Hoy diez y ocho de Noviembre de noventa y siete años.—EL P. MANUEL DE AGUIAR.

Este testimonio trajo desde Macán á esta ciudad de Manila Fr. Marcelo de Rivadeneira y otras cuatro informaciones juradas de diferen-

(*) El P. Rivadeneira pone fecha 26. (Nota del Colector).

tes testigos en abono de la diligencia, prudencia, solicitud y cuidado con que el Santo Comisario procuró el buen despacho del galeón *San Felipe*; que no faltó quien en esto, como en todo lo demás, quiso calumniarle para malmeterle con los republicanos de Manila y á todos sus compañeros, diciendo que por su causa se había alzado el Rey con la hacienda, como si no lo supieran bien los de la misma nao, que les faltara boca para decir lo que había pasado si ellos hubieran visto el más mínimo resquicio de que por las diligencias ó entrada de los frailes en el Japón, había venido daño de la ciudad de Manila. No por cierto, porque en materias de interés, de nadie se ahorra con nadie.

Pero estaban tan lejos de pensar en lo que se decía, que cuando oyeron que se rugía por la Ciudad se hacían cruces, y decían que era falsedad y engaño, y con tal enojo, que bien se echaba de ver las veras con que lo decían; y aunque ellos no hubieran salido á la defensa y las informaciones dichas no hubieran venido á tan buen tiempo, como los Santos tenían de su parte á la justicia y verdad, que ya se sabe que tiene tanta fuerza que sin ayuda de vecinos ella misma vuelve por sí y se defiende en caso de necesidad, como se vió muchas veces en las ocasiones que fué calumniada su predicación y vida, que con sólo estar constantes y no declinar un punto de ella se desvanecían cuantas nubes y nublados la pretendían obscurecer, de la misma suerte aquí, ella saliera á la defensa, y sin más diligencias, quedara corrida y avergonzada la maliciosa emulación.

Desvanecida esta calumnia, se hizo una información muy copiosa del martirio y milagros de los gloriosos Mártires por orden del Señor Arzobispo Don Fr. Juan de Santibáñez, con la cual y otros papeles y escrituras auténticas y el testimonio referido del Señor Obispo del Japón se embarcó para España Fr. Marcelo de Rivadeneira, enviado de esta Provincia para la causa de esta canonización de los Santos Mártires, que, como testigo de vista y religioso de muy aventajadas prendas de virtud y letras, podía en todas partes, mejor que otro, dar relación del martirio. Hizo su viaje por la India, Malaca y Goa, donde hizo nuevas informaciones, con autoridad de los Ordinarios, y, llegando á España, que fué el de mil quinientos noventa y nueve, habiendo salido el antecedente de Manila, presentó todas sus informaciones y escrituras al católico rey Felipe III. en su Real Consejo de Indias, que, por las noticias que ya tenía, estaba muy deseoso de favorecer la causa de los Mártires. Dió luego en su favor cartas para el Sumo Pontífice, por su embajador, y para muchos Cardenales con otros particulares favores y ayudas de costa. Pasó Fr. Marcelo á Roma donde fué bien recibido y oído del Sumo Pontífice y Cardenales, que, vistos los des-

pachos que llevaba, trataron luego con todas veras de la calificación y aprobación del martirio.

Pero no fué tan á prisa que no se pasasen algunos años, así por haber muerto tres procuradores que para esta causa se señalaron, que fueron el ya referido Fr. Marcelo de Rivadeneira, Fr. Francisco de Montilla y Fr. Juan Pobre, llevándose bien poco el uno al otro, como por algunas contradicciones que se levantaron contra la verdad del martirio. Pero quiso Dios Nuestro Señor que éstas cesasen y el negocio se avivase á diligencias de otro Fr. Pedro Bautista, procurador asimismo é hijo de esta Provincia; el cual por espacio de diez años le continuó sin dejarle de la mano, hasta que felizmente le concluyó, que fué el año de 1627, en el cual nuestro Santísimo Padre Urbano VIII, á instancias del dicho Fr. Pedro Bautista y de los católicos reyes Felipe IV. y Doña Isabel su mujer y de las repúblicas de Manila y Macán y de otros particulares, celebró la beatificación de Nuestros Santos é invictos Mártires, adjudicando los veintitres á Nuestra Sagrada Religión: los seis por profesos en ella, y á los diez y siete restantes por sus familiares y coadjutores en la administración y conversión de las almas. Celebráronse fiestas en toda la Iglesia universal, como se dirá en su propio lugar; echando ahora el sello á este capítulo y á todo lo que pertenece en común á este glorioso martirio con la misma Bula de su beatificación que es como se sigue:

CONCESSIO

S. D. N. URBANI VIII RECITANDI MISSAM, & RECITANDI OFFICIUM PRO VIGINTI TRIBUS MARTYRIBUS EX ORDINE MINORUM SANCTI FRANCISCI DE OBSERVANTIÆ PROVINCIÆ DISCALCEATORUM SANCTI GREGORII PHILIPINARUM ET JAPONIÆ

URBANUS PAPA VIII.

AD PERPETUAM REI MEMORIAM

Salvatoris, et Domini Nostri Jesu Christi, qui milites suos inclitos, quorum mors pretiosa est in conspectu ejus, immortalitatis corona donat in Cœlis, vices quamquam immeriti gerentes in terris, pia Christi fidelium, præsertim Catholicorum Regum vota, per quæ eo-

rumdem Sanctorum militum veneratio promovetur, et laudatur Dominus in Sanctis suis, ad exauditionis gratiam libenter admittimus, favoribusque, et gratiis prosequimur opportunis. Cum itaque sicut dilectus Filius Petrus Baptista Procurator Fratrum Ordinis Minorum Sancti Francisci de Observantia, Discalceatorum nuncupatorum, Provinciæ Sancti Grogorii Philippinarum, et Japoniæ Nobis nuper exponi fecit, venerabiles fratres nostri Sanctæ Romanæ Ecelesiæ Cardinales sacris Ritibus præpositi in causa Canonizationis viginti trium Martyrum, videlicet Petri Baptistæ, et sociorum ejus ex dicto Ordine, quorum nempe sex profesi, ceteri vero laici, famialiares, et coadjutores eorumdem sex professorum erant, quique omnes PRO CHRISTI NOMINE in Oppido Civitate nuncupato Nangasaqui extra muros in regno Japoniæ cruci affixi, et transverberati fuerunt, in sacro Rotæ Auditorio et deinde de mandato nostro ab eisdem Cardinalibus, referente dilecto filio nostro Tiberio tituli Sanctæ Priscæ Presbytero Cardinali Muto nuncupato, discussa, censsuerint constare de Martyrio, et miraculis, ideoque ad actualem illorum canonizationem quandocumque deveniri posse; Superiores vero dicti Ordinis pro eo, quem erga eosdem Martyres gerunt, devotionis affectu, Officium et Missam de illis, donec ad solemnem eorum canonizationem, pro qua non solum dictus Petrus eorumdem Fratrum nomine, verum etiam carissimus in Christo Filius noster Philippus Rex Catholicus, ac carissima in Christo filia nostra Isabella Regina Catholica Hispaniarum, necnon universa Civitas Manilensis, et Chinensis, seu Machanensis, aliique nobis per eorum litteras ad Nos transmissas humiliter supplicarunt, deveniatur, ut infra recitari posse plurimum desiderent. Nos piis eorumdem Superiorum votis hujusmodi quantum cum Domino possumus annuere, illosque specialibus favoribus, et gratiis prosequi volentes, eorumque singulares personas a quibusvis excommunicationis, suspensionis et interdicti, aliisque Ecclesiasticis sententiis, censuris, et pœnis á jure, vel ab homine quavis occasione, vel causa latis, si quibus quomodolibet innodatæ existunt, ad effectum præsentium dumtaxat consequemdum, harum serie absolventes, et absolutas fore censentes, supplicationibus dicti Petri eorumdem Superiorum nomine Nobis humiliter porrectis inclinati: de eorumdem Cardinalium consilio, ut de eisdem Martyribus, tam ab omnibus dicti Ordinis Sancti Francisci religiosis ubique existentibus, quam etiam aliis ecclesiasticis, et secularibus personis Manilensis Diœcesis dumtaxat, ubi præcipui dictorum Martyrium pro Christi fide laborantes valde profecerunt, Officium, et Missa de Communi plurimorum Martyrum die eorum natalis, videlicet die quinta Februarii, recitari, et celebrari respective, libere, et licete possit, et valeat, Apostolica auctoritate tenore præsentium, licentiam et faculta-

tem concedimus, et impartimur. Non obstantibus constitutionibus, et ordinationibus Apostolicis, ceterisque contrariis quibuscumque. Volumus autem quod præsentium transumptis, etiam impressis, manu alicujus Notarii publici subscriptis, et sigillo alicujus personæ in dignitate Ecclesiastica constitutæ munitis, eadem prorsus fides ubique adhibeatur, quæ eisdem præsentibus adhiberetur, si forent exhibitæ, vel ostensæ. Datum Romæ apud Sanctam Mariam Majorem sub Annulo Piscatoris, die 14 Septembris M.DC.XXVII. Pontificatus nostri anno quinto.=*M. Antonius Maraldus.*

CAPÍTULO XXIII.

COMIENZA LA VIDA DEL SANTO MÁRTIR Y CAUDILLO DE MÁRTIRES FR. PEDRO BAUTISTA, PRELADO QUE FUÉ DE ESTA PROVINCIA Y COMISARIO DE LOS RELIGIOSOS DE NUESTRA ORDEN EN LOS REINOS DEL JAPÓN.

PROSIGUIENDO con el orden que llevamos en los libros antecedentes, tienen aquí lugar las vidas y virtudes de los invictos y gloriosos protomártires de Japón; y entre todas, la primera, la del Santo Fr. Pedro Bautista caudillo y cabeza de los demás.

Fué este insigne varón y esclarecido mártir natural de un pueblo del Obispado de Ávila llamado San Esteban, en Castilla la Vieja. Su padre se llamó Pedro Velázquez (*) y del mismo apellido María, su mujer (**), grandes cristianos, y en su pueblo de los de más alta esfera, muy honrados y de buena sangre (***), más ricos de ésta y de virtudes, que de bienes temporales. Como prudentes, trataron desde luego perpetuarle estable herencia, criándole en buenas y santas costumbres, que no tienen comparación con los bienes de fortuna. A los cinco años le pusieron á la escuela para que aprendiese lo que sufre aquella tierna edad; mas presto comenzó á descubrir sus gracias y habilidades, que pedían más alto ascenso que el de la ocupación de la escuela. Ni el natural ni la inclinación le inducían al trato y comunicación con los niños, ni menos á sus divertimientos; porque con ser de despierto y agudo ingenio, era tal su reposo y

(*) Blázquez escribe San Antonio. (Nota del Colector).
(**) Blázquez y Villacastín. (Nota del Colector).
(***) Nuestro San Antonio hace decendiente á San Pedro Bautista de los Condes de Añover y de Don Alfonso el Sabio, y pariente de la noble familia de los Niños de Toledo. (Nota del Colector).

modestia en su tierna edad, que parecía un varón anciano; y así, todos sus divertimientos y ocupaciones eran muy decentes y virtuosas.

Viéndole sus padres tan aplicado á la virtud, instruído bastantemente en leer y escribir, le enviaron á la villa de Oropesa para que diese principio á la latinidad, y de allí pasase al estudio de las divinas letras, que son el adorno y esmalte de las virtudes. Aprendió muy en breve gramática, y pasó á Ávila á estudiar las artes, como lo hizo en el célebre colegio de Santo Tomás que la Orden de Ntro. P. Sto. Domingo tiene en aquella Ciudad; é inclinándose á la música de canto llano y de órgano, logró su buena gracia destreza admirable y grande capacidad. Las mejoras del hijo despertaban en los padres una honesta codicia de verle en más altos empleos, á que ayudaba mucho las buenas nuevas que todos les daban de él; porque nadie le conocía que no concibiese grandes esperanzas de que había de ser un varón perfectísimo en santidad y erudición; y así, aunque pobres, sacando, como dicen, fuerzas de flaqueza, con deseo de las medras de su hijo, le enviaron á la ciudad de Salamanca á oir teología; porque de los buenos maestros que siempre hay en aquella Universidad, aprendiese también buena doctrina.

Dos años había que cursaba en Salamanca, aprovechando siempre en las letras y creciendo en la virtud, cuando, ilustrado el entendimiento con nuevas luces é inflamada más su voluntad en el amor de Dios, conoció el peligro de su edad, que iba ya para entrar en los veintidos años, y mayor el que había en la conversación de otros mozos libres y descuidados que se le llegaban; y temiendo no ensuciarse y corromper las buenas costumbres con las malas pláticas, aunque tiraban por él los estudios, acordó de dejar el trato y compañía del siglo y entrar en Religión.

Escogió para esto la provincia de San José de los Descalzos, y en ella, el convento de San Andrés del Monte de la villa de Arenas (*), cebado de la devoción y soledad de aquel sitio, y atraído con el olor de la vida y ejemplo de los religiosos, de que él tenía bastantes noticias

(*) El convento de Arenas de San Pedro, fundado por San Pedro de Alcántara el año de 1561, pertenece en la actualidad á nuestra provincia de San Gregorio Magno de Filipinas. Está situado como á una media legua al E. de la Villa en un sitio muy ameno, entre altísimos cerros, llenos de árboles, *lugar*, como escribe el cronista de la Provincia de San José, *si le hay en la tierra, muy á propósito para los que toda su conversación la tienen en el cielo*. En una suntuosa Capilla Real que allí hay, y en el altar mayor de ella, está el arca que encierra las reliquias de San Pedro de Alcántara. Dicha Capilla es de sólida arquitectura, revestidas sus paredes por el interior de mármoles de todos los colores, con pinturas de la escuela de Meng y otras mil preciosidades; dió los planos para ella el insigne Don Ventura Rodríguez, y dirigió las obras un lego franciscano, el hermano Estremera. (Nota del Colector).

convento. Pidió el hábito con tanta devoción y lágrimas, que el Guardián y demás religiosos sin dificultad alguna se lo dieron al instante y aun experiencias por haber estado diversas veces en aquel santo (*), y, si posible fuera, no sólo le metieran en el convento, como lo hicieron, sino también en las entrañas; porque en viéndole, conocieron en el semblante y compostura exterior la interior de su alma y el fervor de espíritu con que venía, y otras buenas muestras de lo que después fué.

Hallábase tan contento con el nuevo estado, que le parecía que había nacido de nuevo; y ponderaba él tanto esta dicha, que no sabía con que igualarla; porque decía que los resabios de la carne y sangre que había heredado en el primer nacimiento, parecía que se le habían borrado en este segundo, que él llamaba de la gracia; y así, no cabía de gozo, viéndose tan otro del que antes era; y era tal el nuevo espíritu y osadía santa que en el corazón se le había entrañado, que no pensaba en otra cosa sino en cómo imitar y seguir perfectísimamente los pasos de nuestro glorioso P. San Francisco y sus compañeros, sin que hubiese cosa que se le pusiese por delante.

Prosiguiendo, pues, con su noviciado, el divino espíritu que había dado feliz principio á su ingreso le fué prosperando con especiales favores y gracias, y, entre otras, fué muy singular la de oración y contemplación en que, siendo aun tan nuevo, parecía varón muy consumado. Comenzó asimismo á gustar del saber de la virtud de la obediencia y sujeción á la Ley divina y preceptos Evangélicos, cifrados en nuestra santa Regla, experimentando en sí mismo cómo puede ser yugo suave y carga ligera; porque no había para él mayor dulzura que pensar en aquel día que le había de amanecer tan dichoso en que había de echar sobre su cerviz este suave yugo y ligarse solemnemente á sus preceptos evangélicos. Cumplido, en fin, el año del noviciado con grande aceptación y crédito de los religiosos, por haber visto en él aptitud singular para estado tan arduo y perfecto, y con indecible consuelo suyo, hizo la profesión en el dicho convento de Arenas (**), á los veintidos años de edad.

Hecho ya, pues, de esta manera nuevo hombre, con la nueva gracia y profesión, y muy favorecido de Dios, iba siempre creciendo en las virtudes y aprovechando en esta ciencia sin faltar en la de las divinas letras y sagrada teología. Conocíasele fácilmente el gusto que tenía de letras y erudición en que los ratos que le sobraban del coro,

(*) También el Provincial le había dado, por escrito, licencia para recibirlo, la cual presentó el Santo al P. Guardián, que á la sazón lo era Fr. Gabriel de la Soledad. (Nota del Colector).

(**) Profesó el día 24 de Junio de 1567. (Nota del Colector).

oración y ocupaciones los gastaba con algunos de los doctores, así expositivos como escolásticos, de quien en particular era muy aficionado. Volvió á repasar los cursos de artes y teología en los estudios de la Orden, y ordenado de sacerdote, le mandó la obediencia que leyese un curso de artes como disposición para el de la teología: hízolo con mucho gusto y conocida utilidad de sus discípulos, á quien no sólo enseñaba letras sino virtudes; y más éstas, porque era la facultad que más bien sabía y en que era muy erudito. Ayudaba al estudio de las letras la limpieza de alma, que en quien la ensucia, no entra la sabiduría, ni mora en el cuerpo sujeto á pecados. Encomendóle también la obediencia el oficio de predicador, que fué el que siempre ejerció, como ya diremos, con mucho fervor de espíritu y buena gracia, obrándolo todo el Espíritu Santo, que le quería para que llevase su nombre por todo el mundo.

Concluído el curso de artes (*) en el convento de Peñaranda y dado muy buenas muestras de excelente predicador, deseando la Provincia aprovecharse no sólo de su sabiduría y erudición sino también de su mucha religión y conocido talento y don de gobierno, le trocó la cátedra de las letras por la de la prelacía, para que puesto en ésta, fuese más eficaz su doctrina y ejemplo. Hízole Guardián diversas veces, con ascenso siempre á las de mayor jerarquía, no para descanso, sino para nuevos afanes y desvelos que en él crecían con las obligaciones. Su modo regular en las prelacías fué siempre uno: el más adecuado para el oficio.

Era riguroso en su persona, afable y caritativo para con los otros. Gustaban los súbditos de comunicarle y confesarse con él, y él lo hacía con mayor gusto, porque conocía que se hacía algún provecho; y para él bastaba entender que ellos descansaban y se consolaban con eso. Dábales avisos y documentos muy conformes al sujeto de cada uno; examinaba muy por menudo sus necesidades y tribulaciones; porque verdaderamente que el Prelado que cayese en este descuido, ni sabe compadecerse de ellas, ni hermanar la benignidad con el celo. Ayudaba mucho á esto el haber pasado por todos los grados, desde el ínfimo hasta el superior, de la prelacía; y así, como experto en todos, sabía templar el gobierno, ajustándose á lo que en diferentes estados suele acaecer á los súbditos; lenguaje que le saben pocos en estos tiempos por nuestros pecados, que, por no acordarse de lo pasado, faltan á la instrucción y doctrina que nece-

(*) Nuestro cronista San Antonio, citando á la *Crónica de la Provincia de San José*, dice que hay divergencia acerca del convento en que el Santo explicó artes: unos dicen que fué en el convento de San Bernardino, extramuros de Madrid, y otros en el convento de Peñaranda. Véase la *Crónica de la Provincia de San Gregorio* por el P. S. Antonio, p. 3.ª, l. 3.º, c. 15. (Nota del Colector).

sita cada uno de sus súbditos de presente en sus diferentes ocupaciones y empleos.

De aquí se puede colegir el buen orden y concierto de sus conventos, los ejercicios santos que se usaban, y cual era la vida de los que tenía á su cargo; pues por el buen color y salud que muestra el rostro, se suele conocer lo que hay en todo el cuerpo; y, como dice el sabio, cual es el que gobierna la ciudad, tales son los que viven en ella; y como es el padre de familias, así son los hijos y familiares de casa.

Era muy continuo en el coro este Santo Prelado y oración con Dios, que en medio de las ocupaciones del oficio, dirección de los religiosos y consuelo de la gente del pueblo gozaba suavemente de la divina consolación. Con la continuación de ésta y el calor de la caridad del prójimo que ardía en su pecho encendió el espíritu de Dios en su siervo unos tan ardientes deseos de la salvación de las almas y conversión de los infieles, que no se aquietaba su alma en la quietud y reposo de la celda.

En este tiempo llegó á su convento de la ciudad de Mérida en Extremadura (donde á la sazón era guardián) el siervo de Dios Fr. Antonio de San Gregorio, patriarca y fundádor de esta Provincia, con comisión de los prelados para alistar religiosos para estas partes. Alistóse al instante para la empresa el Santo Prelado, y á su tiempo pasó á Méjico en compañía del dicho Fr. Antonio y de otros religiosos de la misma Provincia, cuya misión, según dijimos, fué la que llamaron del *Pendón*, por haberles dado al salir de Madrid el Señor Nuncio Apostólico un estandarte con las insignias de Cristo crucificado, diciendo: *Accipite vexillum Sanctæ Crucis ut possitis vincere inimicos Fidei.* Y aunque no se lo dijo á San Pedro Bautista, hablando en particular con él, ni le entregó á él el estandarte de la Cruz por no ser él prelado de la misión, mas por lo que se ha dicho de su glorioso triunfo y martirio, podemos entender que lo tomó tan á pechos, como si con él solo hablara, pues á todos les llevó la delantera, ensalzando en su muerte el Estandarte Real de Cristo, y triunfando de todos sus enemigos.

Llegado á Méjico, descubrió sus muchas letras y fervoroso espíritu, predicando con apostólica libertad y discreta prudencia, de manera que era tenido de todos por un apóstol. El fruto que hizo en esta Ciudad ya lo tocamos en otra parte; baste saber haber sido una de las grandes columnas en que se fundó la sublime fábrica de aquella Santa Provincia de San Diego de Méjico; y aunque casi todos los religiosos de la dicha misión fueron los fundadores y promovedores de esta Santa Provincia, con especialidad San Pedro Bautista; porque además de ha-

ber concurrido como todos, trabajando igualmente en la fundación material y espiritual de los conventos, en tres años que estuvo en aquella tierra, los dejó poblados de muchos y muy lucidos sujetos, atraídos de sus predicaciones, de suerte que, cuando vino á Filipinas, pudo traer consigo algunos de ellos que después fueron grandes operarios del Evangelio.

Y esta fué la causa de haberle detenido nuestro hermano y venerable P. Fr. Miguel de Talavera, Prelado y Comisario de aquella misión y el principal fundador de la Provincia de San Diego; porque conociendo el don singularísimo del Santo Fr. Pedro Bautista de atraer almas para Dios, mediante sus predicaciones, le mandó que suspendiese por entonces el viaje de Filipinas y que predicase por las calles y plazas de Méjico, teniendo por sin duda que, en sonando su predicación por aquella Ciudad, tendría religiosos bastantes, de que se hallaba falto, para proseguir con su fundación; y como lo pensó, así le sucedió.

Porque apenas comenzó á abrir los labios este excelente Predicador, vibrando el arco de la divina palabra y despidiendo saetas en vivas y eficaces razones, cuando muchos mancebos, dejando sus designios y esperanzas perecederas, se abalanzaron al camino estrecho de la salvación, poblando el riguroso noviciado que ya tenían fundado en el convento de San Cosme de Méjico. Fueron también con singularidad efectos de su predicación algunas conversiones notables que causaron mucho ejemplo y edificación, y la vocación de algunas personas eclesiásticas y religiosas, haciendo los unos tránsito de la vida común clerical á más perfección, y los otros de una vida menos rígida á otra más estrecha y rigurosa, agregándose todos á los nuevos Descalzos á las voces de este apostólico labrador.

Las voces que sonaban en Méjico hacían eco en toda la tierra, y los que por estar muy lejos no podían venir á oirle, deseaban sumamente el que fuese á sus ciudades y pueblos. Instaron en esto los de Mechoacan, ciudad de nombre en la Nueva España, y para más obligarle y obligar al prelado á que le enviase, le escribieron, ofreciendo fundación de convento, apretando en que de la ida del Padre Predicador Fr. Pedro Bautista, resultaría mucha edificación á aquella Ciudad, y la fundación tendría más cumplido efecto. El Comisario Fr. Miguel de Talavera, que tenía puesta toda su mira en la promoción y aumento de aquella Provincia, no dilató mucho el mandárselo, ni menos el Santo Fr. Pedro en obedecerle: y sin más avío que el pobre hábito que traía vestido, un breviario y su báculo, se puso en camino. Andúvole todo á pie y descalzo, y sobre ser largo y penoso en aquel tiempo, tenía algunos parajes peligrosos por la cercanía de los Chichimecos, gente

bárbara y feroz, enemiga de los hombres y amiguísima de carne humana. Dícese por mayor que se vió en muchos peligros; pero que su grave rostro infundía un temor reverencial en el más bárbaro. Lo cierto es, que su grande confianza en Dios le libraría de todos estos riesgos, que era por quien se arriesgaba.

Llegó, en fin, á Mechoacan, y fué tan bien recibido de aquella ciudad, como deseado; y el principal fruto que hizo en ella fué dejarla muy reformada con su ejemplo y predicación. No halló por entonces oportunidad para que efectuase la fundación, por no estar la Ciudad tan poblada de españoles como él entendía, y sobre todo la distancia y descomodidad del camino y otros inconvenientes; y no era el menor el haber comenzado á hacer punta otros religiosos que allí había, que para quien no tenía mucha gana, eso sólo bastaba. Con esto se volvió á Méjico, y llegado el tiempo de embarcarse para Filipinas, fué señalado por Prelado de los religiosos de aquella barcada y por Comisario de visita de esta Provincia, que entonces era Custodia. Embarcóse el de mil quinientos ochenta y tres, y ese mismo año llegó á estas Islas, con tanta opinión y crédito, que con solas las noticias de que venía, aun antes de entrar en Manila, era ya deseada su vista.

Habían venido en los dos años antecedentes algunos de sus compañeros de los que habían salido juntos de España, y por la comunicación y trato sabían bien cuan avenjado sujeto era, y eso habían traído por nuevas cuando llegaron á Filipinas, dando razón de su quedada y detención en Nueva España. Pero mejores las dieron y más calificadas los que entonces venían por sus súbditos, porque como las prelacías son la piedra de toque en que cada uno se da á conocer, particularmante las que se ejercen en caminos largos y desacomodados, cuales son los de las navegaciones, que es menester particular don del cielo, puesto en ella este Santo Prelado, ni él podría ocultar los talentos, ni sus súbditos dejar de conocerlos; y como los experimentaron tan aventajados, así los publicaron, y sin recelo alguno los calificaron, satisfechos de que la ocasión precedente era la mayor calificación que podían tener. No fué menester mucho examen para conocerlo así está Provincia, pues al capítulo siguiente le dió el mayor cargo que le podía dar, que fué constituirle su prelado, poniéndose en sus manos para que la gobernase, como lo hizo con grande loa y universal aplauso de todos por espacio de cinco años.

La razón de haberse alargado su gobierno dos años más de lo acostumbrado, ya la dimos tratando de su elección, y de paso dijimos cuan acertada fué y cuan cuidadoso se portó en su custodiato, velando de día y de noche en que no se aflojase un punto en la observancia religiosa, y reprendiendo con un rigor suave y celo fervoroso cualquier defecto.

por pequeño que fuese; porque entendía cuanto importa esto en los principios, que son por donde se han de regular los fines y medios, como la agua del río por la de la fuente: si la de ésta es turbia, mal podrá ser cristalina la del río. Y así, era notable su solicitud, no perdonándose á trabajo alguno por achaques y enfermedades que tuviese y padeciese, preferiendo la salud espiritual de sus súbditos á la de su cuerpo, y acudiendo á cada uno con la instrucción y consejo que necesitaba y con el amor que él debía, mostrando siempre tal benignidad, tal mansedumbre y paciencia, que convidaba al más obstinado á ponerse en sus manos para la corrección, no mirándole como á juez, sino como á padre amoroso, que tal se mostraba en obras y en palabras; y así, no había enfermedad que, en llegando á su noticia, no tuviese remedio; porque le aplicaba tan suavemente, que aunque el enfermo sentía el dolor de la cura, reconocía estar allí obrando el deseo de su salud, no el rigor contra su flaqueza, sino la solicitud de la enmienda; y por eso, los que eran moderados y corregidos por este Prelado estaban tan lejos de quedar quejosos, que antes le quedaban agradecidos y aficionados.

Esto mismo se veía en las reprensiones que daba en el púlpito (que fué muy notado en esta ciudad de Manila por espacio de seis años que predicó en ella), que para jamás se le oía palabra que exasperase, ni aun voz ni semblante que indicase enojo. En dos ocasiones se dió por sentido de sus reprensiones el gobernador Gómez Pérez Dasmariñas, como ya advertimos en otra parte; pero nunca se dió por ofendido, como él lo mostró bien una vez que diciéndole uno de los de su lado que era bien moderar los arrojos del P. Fr. Pedro Bautista (que así llamaba este mal consejero á la libertad evangélica), le respondió: *Dejadle, que hace bien su oficio.* Y verdaderamente es así, que lo que se ha de pedir á un predicador para hacer bien su oficio, es que sazone las reprensiones con tan prudente sal, que aunque constriñan y aun escuezan con la eficacia de la razón, pero no que ofendan con su actividad; que curen y preserven de corrupción, pero que no lastimen el sujeto, que será hacer mayor llaga de la que antes había.

Esta gracia de San Pedro Bautista en templar y sazonar lo dulce con lo amargo, junto con otras prendas, parte naturales y parte sobrenaturales de que éra adornado, componían en él un excelente orador evangélico y eficazmente persuasivo para conseguir de sus oyentes lo que quería. Porque además de ser de vivo ingenio, feliz memoria, afluente elocuencia, aplicado sobremanera al estudio é incansable en él, era ilustrado divinamente con el don de sabiduría (de que tenían larga experiencia los que le comunicaron) é inflamado con el fuego

de la caridad; de manera que, como otro San Buenaventura, cuanto percibía con el entendimiento, lo rumiaba y gustaba con el afecto; y cuanto derramaba en luz de doctrina, imprimía con el calor del celo. ¡Qué de veces predicando á los soldados en los cuerpos de guardia y en otros concursos de gente libre y moza, les obligaba á arrojar las galas y aderezos militares y echarse á sus pies, confesando sus pecados con confusión y lágrimas, y pidiéndole nuestro santo hábito! Ya se han tocado algunos casos en el gobierno de este Santo Prelado, y allí remito al lector, que el contarlos todos fuera hacer historia muy larga.

Y si también miramos á la preparación que hacía siempre que predicaba, tampoco nos maravillaremos de la eficacia de su doctrina y predicación. La mayor parte de la noche, antes del sermón, gastaba en oración: luego hacía muy áspera disciplina; y por la mañana decía Misa con mucha devoción y lágrimas, pidiendo á Nuestro Señor le comunicase su espíritu y dispusiese los corazones de sus oyentes; y hecho esto, se iba á poner en el púlpito. Y ya se ve que quien con tan buenas diligencias y medios llevaba encaminado el negocio que allí se pretende, que no podía dejar de tener buen logro, mayormente constando que es poco ó nada lo que pueden las más aventajadas prendas del predicador para con los oyentes, si Dios, como señor y dueño que es de los corazones de todos, no los mueve con su divina gracia, como se vió en San Pablo, que con ser tan excelente predicador, la predicación sola se quedaba para él y la moción para Dios: de donde precisamente se sigue que, para conseguir el efecto que pretende, el predicador debe consultar primero á Dios, y, en el tiempo de ponerse en el púlpito, llevarle ya hablado y aun obligado, como lo hacía San Pedro Bautista, con prevenida oración y lágrimas; y de esa suerte negociaba y hacía grande fruto en las almas, y con tan conocidas ventajas de lo que suele suceder, que aun antes de oirle palabra, sólo con verle en el púlpito, decían algunos que les temblaban las carnes de un temor reverencial que les causaba su venerable aspecto y gravedad religiosa que no habían visto igual.

Pondérase también mucho el fervor tan intenso con que predicaba, que parecía que despedía llamas, y que se quisiera meter en las entrañas de todos, ora por darles á sentir lo que él sentía, ó porque quisiera hacerlos á todos de su genio, que es condición de enamorados convertir en su pasión á cuantos tratan y hablan, y que todos traten de lo que ellos tratan. Este mismo afecto mostraba en las pláticas ordinarias, deseando siempre inducir aquellos con quien hablaba al amor de Dios y detestación de los vicios; para lo cual ayudaba mucho la divina discreción con que penetraba los naturales y condi-

ciones de cada uno, y según esto les hablaba y trataba, atemperándose con todos: á unos, con mucho amor y benignidad; á otros, con entereza y gravedad religiosa; y á otros, con diversos semblantes, que todo es necesario. Porque no es dudable que hay almas fuertes é indómitas que requieren valor y entereza para servirse; otras, blandas y dóciles que quieren ser llevadas con suavidad; otras, que necesitan que las corten los vuelos del entendimiento y que se acostumbren á extender las alas de la voluntad; y á otras abrirles los ojos de la consideración, para que de la luz del conocimiento proceda la llama del amoroso afecto; y para todo es menester conveniente modo y estilo.

El que tuvo San Pedro Bautista para los efectos dichos y otros muchos de consolar á los afligidos, animar á los flacos, despertar á los negligentes, pacificar á los atribulados, asistir con el consejo á los menesterosos, y otras muchas cosas que hacía en beneficio, no sólo de los particulares, sino de todo un común pueblo ó ciudad donde se hallaba, particularmente en Manila, fué tan bien recibido de todos y de tanta autoridad y crédito, que desde el mayor al menor le comunicaban en empeños arduos y graves: á veces políticos, como lo solían hacer los gobernadores y señores Obispos, que no se atrevían á resolver cosa grave sin su consulta; y á veces morales, consultándole, así religiosos como seculares, el estado de sus conciencias y otras necesidades de cuerpo y alma; y en habiéndole oído razonar sobre lo que era consultado, quedaban todos admirados y algunos derramando lágrimas, confesando ser más que humana su sabiduría, y celestial su modo y estilo.

Y á ocasión de esto fué lo que dijo Don Fr. Miguel de Benavides, Obispo de la Nueva Segovia y después Arzobispo de Manila, hablando de él, ocho días antes que se supiese la nueva del martirio en la Nueva España, donde á la sazón estaba de vuelta para estas Islas, que *si en sus manos pusieran la elección del Sumo Pontificado no eligiera otro sino al P. Fr. Pedro Bautista; porque conocía en él prendas bastantes para aquella tan alta dignidad.* Y el Católico Rey D. Felipe II, teniendo noticia de cuan aventajado sujeto era, le estimó en tanto, que le presentó por Obispo de Camarines, dándole esperanzas de que se valdría de él en otros cargos, que si no más honoríficos, por ser tan alta la dignidad Pontificia, pero iguales al desempeño de sus prendas.

Finalmente, ya vimos cómo toda esta república de Manila se puso en sus manos, haciéndole embajador del Japón, para que tratase con el Emperador tirano de la paz y comercio que tanto necesitaba para su aumento y conservación. Y si por entonces fué importante la embajada en sujeto tal y lo por él capitulado, ya hemos dicho largo, y de cuán obligada quedó Manila y toda la tierra; y puede ser que aun no esté olvidada. Fuera hacer proceso largo referir las ocasiones en

que se vió, la mucha estimación que todos hacían de este glorioso Santo, y los varios elogios con que le elogiaron: unos loaban su prudencia; otros el especial don de gobierno y el singular asiento en los negocios que trataba, y todos, en fin, le honraban y reverenciaban como á hombre venido del Cielo, y en quien había hecho especial morada el Espíritu Santo.

CAPÍTULO XXIV.

VIRTUDES DE SAN PEDRO BAUTISTA Y SU DICHOSA MUERTE.

ÍFRASE toda la perfección en la perfecta observancia de los preceptos divinos y evangélicos y demás obligaciones particulares de cada uno: es común modo de hablar de los Santos; y aunque ellos no lo dijeran. la misma razón convence; porque no teniendo otro blanco las leyes que inducir y dirigir á la perfección, ese será perfecto y santo, el que con toda exacción y sin defecto alguno cumpliere con las de su estado y profesión.

Cumplió uno y otro tan exactamente San Pedro Bautista, que desde que nació á la vida espiritual y evangélica en la Religión, en treinta años que vivió en ella, no se le halló haber cometido pecado ni imperfección alguna considerable; antes bien observó con singular pureza los preceptos y consejos divinos, y no menos los de su profesión y Regla en todo su rigor y mayor reforma, como si fuese una viva estampa de N. P. S. Francisco y heredero de su gran espíritu. Testifican de esto los mismos que le comunicaron en diferentes tierras y reinos, y en las varias ocupaciones y oficios que tuvo, y dicen que cuando se confesaba, apenas hallaban materia sobre que cayese la absolución; y lo mismo dice otro que le confesó generalmente para ir al Japón, para cuyo viaje se dispuso como quien iba á morir; y en fin, fué tal la puntual observancia de San Pedro Bautista mientras vivió, acerca de los preceptos divinos y de su Regla y profesión, que todos le tenían por varón perfectísimo y por dechado de todo perfección. Pero como no se conoce bien la médula de ésta sino es por los ejercicios exteriores de virtud, trataremos en particular de los que se tiene noticia

haber ejercitado este insigne varón acerca de diferentes virtudes, que todas son muy ejemplares y de mucha edificación.

Tienen el primer lugar los de su profunda humildad; porque aunque en todos los empleos y ejercicios era un espejo de todas las virtudes, fuélo muy en particular en los de la humildad, como raíz y fundamento que es de todas las demás. Estaba esta fundamental virtud tan apoderada de su corazón, que nunca de él procedía el menor nacimiento de presunción, altivez ni soberbia: jamás presumía de sí cosa buena, ni en cualquier cargo que se hiciese hallaba razón para volver por sí. Y fué tan nimio en esto, que, mezclándose algunas veces la defensa de su crédito con la del estado y profesión, dejaba de acudir á ésta (sino es que se recelase algún daño notable) sólo por lo que tenía de causa propia, dejando todo en manos de Su Divina Majestad en quien aseguraba su defensa. Y si en tales casos era persuadido de otros con pretexto de obligación y debajo de conciencia, era su común respuesta: *¿No es mejor que nos defienda Dios, que defendernos nosotros?* Otras veces decía: *Dejémoslo al tiempo, que es el que califica todo.*

Decía esto por la variedad de dictámenes en que se oponían unos ministros con otros en razón de la predicación y conversión de los gentiles (sobre lo cual pedecían él y sus compañeros algunas contradicciones), aludiendo á aquel célebre dicho del Santo Gamaliel, maestro del Apostol San Pablo, acerca de la predicación y doctrina de los Apóstoles: "Que si era obra de Dios, nadie la podría deshacer; y al contrario, si era dictada por consejo humano, con el tiempo ella misma se desvanecería y dejaría de ser". Otras veces solía explicarse más, hablando con sus súbditos y compañeros: "Lo que hemos de procurar, que no se mezclen en nuestros dictámenes afectos de carne y sangre, ni cosa que de mil leguas huela á pasión ó interés ó comodidad propia; y de esta suerte caminaremos por camino derecho y permaneceremos en verdad y caridad, y será Dios con nosotros y Él nos amparará y defenderá."

Y si alguna vez tomó la pluma para la defensa, que era sólo en aquellos casos en que no hallaba excusa á la conciencia por el descrédito que se podía seguir á nuestra santa Fe y grave perjuicio de las almas, entonces era cuando más manifestaba su humildad y la poca satisfacción que tenía de sí, como se vió en las cartas que escribió al Pontífice Romano y Rey Católico y á los Prelados Generales de la Orden acerca del Japón, proponiendo con sumisión y con algún recelo de no saber si acertaba en lo que proponía, siendo constante á todos que era lo mejor. Y además de esto, pedía siempre que su razón ó justicia fuese públicamente deducida á juicio.

porque sin la aprobación de muchos, le parecía no podía obrar con satisfacción: claro indicio de la poca que tenía de sí. Muchos casos se podían traer sobre esta materia, en prueba de su mucha humildad que, por no renovar llagas viejas, se dejan.

Pero puédese conocer bien por la notable sumisión de ánimo que mostraba en todas ocasiones, teniéndose por inferior de todos, y por la más vil criatura que había en el mundo; estando tan lejos de engreirse con la estimación y aplauso que todos hacían de su persona, que como otros suelen recibir alguna complacencia vana con semejantes honores, él lo sentía de tal suerte, que no quedaba diligencia que no hiciese para huir de ellos y acusarse en cuanto fuese de su parte. Vióse esto todas las veces que le eligieron en prelado, que sino es impelido por la obediencia. no había medio de admitir la prelacía; y después de aceptada, era tal la humildad y benignidad con que se portaba en ella, que en el convento donde era morador, ó en los que visitaba cuando tenía este cargo, no hacía más ruido que si fuese un novicio.

Ya dijimos la repugnancia que mostró al elegirle la república de Manila por embajador del Japón; pero conócese mejor en que después de haberle dicho el Santo Fr. Vicente Valero, varón insigne en santidad, que su embajada había de ser de mucho servicio de Dios Nuestro Señor y de grande utilidad á las almas y otras cosas más á fin de obligarle, y en particular que aquella era la voluntad del Señor y disposición, con todo eso, no obstante la mucha satisfacción que tenía de este siervo de Dios y las repetidas instancias y súplicas del Gobernador y república de Manila para que aceptase el cargo de embajador, fué necesario que el Provincial se lo mandase por santa obediencia; porque de ninguna manera hallaba en sí méritos para cargo de tanto honor, ni menos prendas para ejercerle tan exactamente, que él entendiese de sí que podría hacer algún servicio á Dios y á sus prójimos: tal era la humildad de este glorioso Mártir y tan humilde el concepto que tenía hecho de sí; pues cuando dentro y fuera de la Religión era venerado por uno de los varones más eminentes en santidad y letras que había entrado en esta tierra, y á esta causa valídose de él para los negocios más graves y de mayor importancia que se podían ofrecer, era tan pequeño á sus ojos, que se reputaba inferior á todos, y por la más inútil criatura que había en el mundo.

De aquí le nacía aquella tan extraña docilidad de atemperarse á todos, siguiendo sin dificultad el parecer ajeno, menos que tuviese fuerte inspiración de lo contrario ó revelación ó cosa equivalente, como le sucedía muchas veces acerca de las competencias del Ja-

pón que, queriendo ejecutar lo que le aconsejaban, y estando totalmente resuelto á hacerlo, entonces sentía tan fuerte inspiración de otra cosa, que no lo hacer, fuera ir manifiestamente contra la voluntad de Dios: con que si en algunas ocasiones fué de dictamen contrario al de los hombres, no estuvo en su mano el no lo hacer, si había de obrar conforme al estilo del Apóstol San Pablo, ó de otro cualquiera que se precia de siervo de Dios; porque no se compadece serlo obrando de manera que se agraden los hombres, cuando entre el agrado de Dios y de los hombres hay oposición.

Pero fuera de esto, era tal su docilidad en recibir el consejo, aun en cosas que por experiencia ó ciencia ú otra razón pudiese él darle, que admiraba sobremanera á los que le trataban y comunicaban, particularmente á sus súbditos y compañeros en los reinos del Japón, que, como ellos mismos afirman, notaron con grandísimo cuidado que, confiriendo en algunas ocasiones materias de estudio y las dificultades que se ofrecían sobre ellas, en habiendo opiniones, el Santo Prelado pacífica y humildemente proponía la suya, que, como de varón tan docto y de fecunda y pronta memoria, sería sin duda la más acertada; y no obstante esto, si alguno tenía el parecer contrario, á pocas razones se mostraba como rendido y vencido; y puesto que no era pequeño el interés en excusar porfías y contiendas, para que á él le obligase á hacerlo así, su principal intento era por cautivar su propia razón y dictamen al de otro en obsequio de Cristo Nuestro Redentor.

Bien se deja entender nacerle todo esto de tener sus pasiones muy mortificadas y rendidas, y su carne tan sujeta al espíritu, que aunque era hombre, no lo parecía: y de hecho era así, porque la claridad divina que había merecido su humildad, había introducido en su alma una sabia sencillez despreciadora de la gloria mundana, morigerándole de tal manera todos sus afectos y movimientos, así en lo interior como en lo exterior, que por ello se conocía bien la suma paz y tranquilidad de que gozaba. Aficionaba de manera con esto á los que le trataban, que rara vez dejaba de conseguir de ellos lo que quería, particularmente de los japones, así cristianos como gentiles, que, como ya dijimos tratando de la descripción de aquel Reino, uno de sus principales cuidados es en la moderación de los afectos, compostura y modestia exterior; y mientras más natural y menos afectada, más amable para ellos: y siendo tal la de San Pedro Bautista que á cualquiera morigeraba y prendaba, no es mucho que con ellos hiciese lo mismo.

Vióse en una ocasión que, estando comunicando con Fr. Marcelo de Rivadeneira, uno de sus compañeros y súbditos en aquella con-

versión, le vino á visitar un cristiano principal que nunca le había visto, y así que le vió y hablaron algunas palabras, quedó tan aficionado de su grave persona y modestia religiosa, y tan compungido con sus santas palabras, que, habiendo catorce años que no se confesaba, movido de Dios y de las persuasiones del Santo, se confesó enteramente con él, derramando muchas lágrimas. En los que no le conocían, luego que le veían y comunicaban, era muy ordinario el causar estos efectos; y en los que ya le conocían, otros muchos, que todos paraban en utilidad y provecho de los mismos que le comunicaban. Porque aunque lo primero que causaba en ellos era la afición, estaba tan lejos de convertirla en interés propio, que antes ella le era ocasión de nuevos desvelos y trabajos.

No había hora que se pudiese decir que tenía segura para su quietud y reposo, porque á todas horas, de día y de noche, venían á buscarle para confesarse; y eran tantos, que algunas veces apenas cabían en el convento, particulamente la noche antes de alguna fiesta solemne; y aunque estuviesen aguardando hasta la mañana y hubiese otros confesores con quien confesarse, como ellos tuviesen esperanzas de poderlo hacer con el Santo Comisario, no lo hacían con otro, porque se tenía por muy dichoso el que se confesaba con él. Tal era el cariño y afecto que desde luego le cogieron aquellos nuevos cristianos, que no había que ponerlos tasa en esto; porque decían que, cada vez que se confesaban con él, sentían nuevo fervor y espíritu, que les hacía vencer todo temor, y un tan grande consuelo interior, que no sabían cómo explicarle ni ponderarle. Y llevados de este mismo afecto, venían otros á que les instruyese en los misterios de la Fe, y á darle parte del estado de sus conciencias y almas: con que, ya con unos, ya con otros, siempre tenía que hacer. Consolábalos y animábalos á la constancia y perseverancia en la Fe, y á imitar á Cristo Nuestro Redentor en sus trabajos y perfecciones; llevando con paciencia las que de continuo padecían de los gentiles, sus deudos, parientes y amigos, sin hacer caso de sus persuasiones y ruegos, ni menos de sus amenazas y tiranías. Proponíales juntamente el premio que les esperaba si legítimamente peleaban, y hacíalo con tan vivas y devotas consideraciones, que los dejaba á todos tan fervorosos y constantes, como él lo podía desear.

Con esto los aficionaba cada día más, y él se veía más obligado á corresponder al cariño y amor que todos le tenían; y así lo hacía, sin reparar en el excesivo trabajo, desvelo y solicitud que esto le costaba, y las malas noches que pasaba; porque verdaderamente que, si mucho le querían los japones, mucho más los quería él, pues lo que no hiciera el padre amoroso con sus hijos, lo hacía él

con ellos. Pero, ¿qué mucho, si eran hijos del alma reengendrados en Jesucristo á costa de mucho dolor, sudor y trabajo y de continuas oraciones y lágrimas! Y si vale mucho lo que mucho cuesta, fuerza era que San Pedro Bautista estimase en mucho aquellos cristianos sus hijos y discípulos, y como á cosa de inestimable precio y de mucho valor los amase, pues por experiencia sabía lo mucho que le costaban.

No solamente acudía con la solicitud que hemos dicho al socorro de las necesidades espirituales de sus prójimos, sino que también á las corporales, curándolas y regalándolos con cuanto podía y sus fuerzas alcanzaban. Tenía un corazón tan tierno y compasivo, que, en viendo padecer á sus prójimos, y no estando en su mano el remediarlos, lo sentía y lloraba de manera, como si él fuera el paciente ó padeciera las mismas necesidades que los demás padecían. Larga experiencia tuvieron de esto los religiosos de esta Provincia que le alcanzaron y conocieron, así en España como en Filipinas, particularmente en los cinco años que le gozaron prelado en estas Islas, que como por razón del oficio asistía en muchas partes, eran muchos y muy notables los ejemplos de caridad que en él notaban.

Y según eran, nadie dijera sino que todo su gusto y conato tenía puesto en socorrer á los menesterosos, albergar á los desamparados y regalar á los enfermos; porque no sólo visitaba los hospitales que estaban á cargo de esta Provincia, como prelado que era de ella, sino que su principal asiento era en ellos, ocupándose de día y de noche en el servicio de los pobres enfermos, y disponiendo de tal manera las cosas y casas de su gobierno, que las de los hospitales estuviesen las más proveídas y asistidas de enfermeros, médicos y medicinas y de todo cuanto fuese necesario; y además de esto, acudía él personalmente á cuanto se ofrecía á los pobres como si no tuviera en que entender en otra cosa, ó no hubiera otro que lo hiciera. Esto mismo hacía por los pueblos del distrito, de la Provincia: su primera diligencia era saber los enfermos que había en ellos, y luego iba á consolarlos y animarlos al amor de Dios, á la resignación y paciencia; y si tenían llagas que curar, se las curaba; y de mejor gana, las más podridas y ulcerosas, porque era á donde más bien se desempeñaba su caridad ardiente.

Ninguna ocupación de éstas ni las del oficio le embarazaban para acudir á otras necesidades de pobres, viudas, huérfanas y otros muchos de vergüenza y honra, para los cuales buscaba limosnas, y con lo más que podía, los socorría, siendo el común refugio de todos, y á quien por antonomasia llamaban el Padre de la república; porque

verdaderamente lo era en doctrina y ejemplo, obras y palabras. Con cuántas ventajas ejercitó este oficio, después que pasó al Japón. puédese conocer por lo que en otras partes hemos advertido acerca de los heroicos actos de caridad en que se empleaba, morando en aquellos reinos. Y porque ya allí se ha dicho bastantemente, referiré sólo algunos milagros que obró el Señor en crédito y desempeño de la caridad de su siervo.

Pasando por una calle, encontró un leproso, que tomándole el cordón, le besó y metió en un vaso de agua que llevaba para beber, y pidiendo al Santo que rogase á Dios por él, bebió el agua, y luego mejoró de la enfermedad. Á otra mujer leprosa sanó con decirla los Evangelios. Diciendo Misa el primer día de Pascua del Espíritu Santo en casa del devoto y noble Cosme Joya, sanó Dios, por la devoción é intercesión de su siervo y mártir San Pedro Bautista, á una niña hija del mismo Cosme Joya, que de pies á cabeza estaba llena de lepra. Es esta enfermedad tan perniciosa en aquella tierra, que por maravilla se ha visto sanar con medicinas humanas al que la tiene; y para que el milagro fuese más prodigioso, esta niña sanó de manera (por la intercesión de San Pedro Bautista), que quedó más hermosa y con mejor tez de rostro que antes tenía. Y habiendo asperjado después el Santo á los circunstantes (como acostumbraba después de haber dicho los Evangelios á algún enfermo), se vieron sobre todos los cristianos que allí estaban y habían participado del agua bendita unas señales coloradas, á manera de lenguas, y tan encendidas, que parecían de fuego. Lo que resultó de esto fué: algunos de los que participaron estas gotas de sangre ó lenguas de fuego padecieron después glorioso martirio en compañía de los Santos Religiosos y otras notables afrentas, trabajos y persecuciones por la Fe de Nuestro Señor Jesucristo, queriendo quizás este mismo Señor pronosticar con aquello, lo que ya hemos dicho en otra parte, que aquellos devotos cristianos, asistidos de su divino espíritu, á sangre y fuego habían de triunfar de la bárbara crueldad de los gentiles y de todo el infierno.

De otros semejantes, á quien dió salud este glorioso Mártir haciendo sobre ellos la señal de la Cruz, pudiera hacer memoria; pero escribo las vidas de estos Santos Mártires con la mayor brevedad que puedo, temiendo no exceda la relación de su martirio la tasa limitada de nuestros gustos, que los tenemos á veces tan estragados y los estómagos tan delicados, que cualquiera cosa nos empacha. Pero no es justo pasar en silencio la grande confianza en Dios que tenía este insigne varón, que era de donde le nacía la gracia y virtud de hacer milagros con la señal de la Santa Cruz, ó en el

nombre de Jesucristo Nuestro Redentor, ó con las palabras de su Santo Evangelio.

Y para conocimiento de lo grande de esta su confianza en Dios, baste decir que con ella vencía todo temor, emprendía cosas muy arduas, se abalanzaba á imposibles, y sino todas veces conseguía lo que quería (que no era más que lo que él entendía era de servicio de Dios y del prójimo), conseguía por lo menos una suma resignación y conformidad grande con la Voluntad Divina; no teniendo otro querer más que el suyo, ni queriendo otro fruto de sus trabajos que servirle y amarle. Con esta grande confianza en Dios puso mano á la obra de la conversión del Japón y á la fundación de aquellos dos célebres hospitales que dijimos, sin temor de que le faltase lo necesario para sus pobres, y menos de las necesidades y trabajos que él podía padecer, que no hay duda que serían muchos los que se le propondrían; aunque podemos decir que fueron más los que padeció. Son los trabajos riesgos y peligros de la conversión, y todos sus acaecimientos como los que suceden en el mar, que el Sabio con ser tan sabio los remitió á los navegantes, porque nadie los podrá contar mejor que los mismos que han pasado por ellos.

Y así digo que, aunque serían muchos los que á este glorioso Mártir se le propondrían, fueron más los que padeció y mayores las dificultades que se le ofrecieron en rendir á los gentiles de lo que nosotros podemos entender. Bien que el ejemplo que daba era tan grande y de tanta fuerza, que derribara cualquiera resistencia; porque ver un hombre de su edad que de su voluntad abrazaba una vida tan estrecha, tan áspera y rigurosa, y eso con tanto regocijo, así interior como exterior, claramente colegían ser aquel el camino del desengaño cierto y verdadero para la salvación, y el contrario, todo perdición y camino de condenación. Ya hemos traído de esto algunos ejemplares; diremos ahora algunos de sus mortificaciones y penitencias.

Y si comenzamos por las del gusto, que son las más sensibles y menos gustosas, eran tan frecuentes, que en cuanto le brindaba el apetito, tenía segura la mortificación; porque apetecer el gusto y darle con la privación, era todo uno; y así, cuando le ponían alguna fruta en la mesa (de que era muy aficionado), la repartía al instante con los que tenía al lado, porque aun la vista no tuviese parte en ella; ó quizás porque no se irritase tanto el apetito, ayudado de la afición, que le hiciese faltar al propósito que parecía tenía hecho de no darle en cosa alguna gusto. Lo mismo hacía cuando alguna vez, siendo Prelado, le ponían alguna cosa par-

ticular en la mesa que no habían puesto á los demás, que luego la daba á algún religioso viejo, ó la repartía entre los demás hasta donde alcanzaba; porque más bien le caía en gusto singularizarse en la mortificación, que en el regalo. Pocas veces sucedía esto, ó porque él no daba lugar á semejantes singularidades, ó porque no estaba en uso; pues por cosa notable se cuenta haberlo hecho con este Santo Prelado una ó dos veces.

Pero lo que era muy de ordinario, el privarse aun de lo que precisamente necesitaba para el sustento, como era una moderada ración, como ponían á los demás, la cual dejaba, ¡pasándose con un poco de pan ó cosa equivalente, cual es el arroz de la tierra; y cuando mucho, comía solamente unas yerbas ó legumbres cocidas en agua clara, sin adherente alguno, que lo común era el estar tan desabridas, que no se podían comer sin grandísima mortificación. Mas como el intento era ese, no causaba ya novedad en los que le veían pasar por estas y otras mortificaciones, porque ya sabían el rigoroso filo con que circuncidaba los afectos de la carne: al fin como quien vivía vida de espíritu, no permitiendo que una vez sola tuviesen los apetitos la rienda floja.

Pero lo que comúnmente admiraba era el que los tuviese tan domados, y que á las mayores mortificaciones que parecía excedían á las fuerzas humanas se mostrase casi insensible. Dejo aquello de beberse las porcelanas llenas de podre y materias que sacaba de las llagas de los pobres leprosos, que fuera de ser tan notorio, era tan frecuentemente, que aunque siempre es reparable y digno de nota, ya en él no hacía caso. Así lo afirman muchos testigos que lo vieron; y quien más sus compañeros y súbditos, que todas las veces que podían, le iban á la mano, porque no se apostemase y muriese, que sería para ellos muy sensible. Ya hemos contado algunos lances que pasaron sobre esto, por donde se conoce que el fuego del amor divino que ardía en su pecho le ponía de tan buena digestión, que no había ponzaña ¡ni veneno que no convirtiese en triaca, ni mal que no trocase en bien. Y no es de maravillar: porque siendo el amor divino fuego tan poderoso y dulce, ¡qué mucho que en los hombres trueque los venenos en cosas saludables y los males en bienes!

La mortificación más penosa que padeció, fué un agudo dolor con que algunos años antes de su martirio le regaló Nuestro Señor. Era tan intenso y penetrante y tan continuo, que de día y de noche, como si con espadas de fuego le pasaran de parte á parte por medio del cuerpo, así parece que le atormentaba. Súpose esto de su propia boca, porque de otra manera no podían verse, así por el disimulo tan

notable con que le padecía, que no se veía en él indicio alguno de que tal cosa padeciese, como por ser irregular el dolor, que por ninguno de los que se suelen padecer en las partes más sensibles del cuerpo se podía conocer bastantemente; porque, según parece, con ninguno tenía comparación. Y según se cree, era cosa más que natural, que, como tan perfecto y santo varón y señaladamente querido de Dios, le quiso Su Majestad hacer muy singular en la participación de su cáliz, no sólo dándole á gustar de su cruz, sino también de sus dolores, que no han tenido ni tienen comparación.

Según esto tampoco es de admirar tolerase otros graves rigores, como lo fué el de su penoso y escaso dormir, que era de unas dos ó tres horas cuando más, y eso sentado; y si se recostaba, era sobre un duro leño que tenía por cabecera. Usaba de un pobre y sencillo hábito, andando descalzo de pie y pierna por aguas y nieves, cargado de cilicios: maceraba el cuerpo con rigurosas disciplinas y otras asperezas, con que le afligía sobremanera.

Mal pudiera este glorioso Santo haber alcanzado tantas virtudes, dones y gracias, sin el arrimo de la oración que es el escudo más fuerte para vencer á nuestros enemigos, y la escala más segura para subir á la perfección. Padecía en ella excesos mentales, arrebatado con suave violencia de aquel divino Señor que sabe llevar tras Sí las almas al olor de sus preciosos ungüentos. Lo que le pasaba en estos raptos sólo él y Dios lo saben; pero sin duda que debía ser grande la suavidad y dulzura que el Señor le comunicaba, pues pasando lo más de la noche en vela en estos ejercicios, en llegando el día, se hallaba con tanto vigor para cualquier trabajo corporal, que parecía levantarse de un grande descanso; y lo que es mucho de notar, no obstante el continuo rigor de los ayunos, cilicios y demás mortificaciones, conservó siempre el rostro, aunque modesto y grave, alegre y gracioso, como si ninguna aspereza ni dolor sintiese en su cuerpo, siendo así que, como hemos dicho, lo llevaba continuamente en un prolongado martirio.

Mucha parte debía de tener en esto la suma devoción que tenía al Santísimo Sacramento del Altar y la frecuentación y amor con que le recibía, que como tan saludable sustento para el alma, por la comunicación, daría buen temple y fuerzas al cuerpo para llevar alegre y contento una vida de tanta aspereza y penitencia. Decía Misa todos los días con tanto fervor, que parecía abrasarse en el fuego de aquel divino Señor que tenía delante; y de hecho el rostro se le ponía muy encendido, demostrando que aquel fuego que sentía con las cercanías de Cristo Sacramentado, no era fantástico, sino causado de la amorosa llama en que dentro y fuera estaba inflamado. Otras veces res-

plandecían los ojos como dos rayos de luz, como testigos de la luz de su alma, ó como reverberaciones hermosas que el benigno Sol de justicia hacía en los ojos de su amado siervo, como en dos espejos en quien se miraba y recreaba.

Ardía siempre en su corazón una ansia y deseo fervorosísimo de recibir á Nuestro Señor todos los días. Ya vimos las diligencias que hizo viniendo camino del martirio, para que antes de ponerlos en las cruces los diesen la comunión, pidiéndolo tan encarecidamente al juez que los llevaba á crucificar y con tantos ruegos, que le hubo de dar la palabra, aunque no la cumplió. Pero por ello se conoce cuanto era el deseo de este glorioso Santo de recibir á Nuestro Señor y de imitarle en su muerte y Pasión, pues de un juez de quien tenía granjeada la voluntad, no quiso pretender otra cosa sino que le diese lugar para morir en viernes á imitación de Cristo, y recibirle antes de morir. Y ¿quién duda que todos los días tendría el mismo deseo desde aquel en que dejó de decir Misa? Que el no le haber manifestado, sería por estar cierto que no se le habían de cumplir. Y conócese bien en la ansia que tenía de que todos frecuentasen este Santo Sacramento y de que fuesen muy sus devotos, pues en él se quedó el Señor por sustento del alma. Preparaba la suya para recibirle con la pureza posible, teniendo ejercicios especiales para eso, y uno de ellos el confesarse dos y tres veces antes de ir á decir Misa, no obstante de tener la conciencia muy limpia, que, como dijimos al principio, en treinta años de Religión, no le hallaron los confesores materia de que absolverle sin recurrir á la vida pasada.

En fin, fueron tales y tantas las virtudes de este glorioso mártir, que de todos era llamado absolutamente *el Santo*, como que donde quiera que él estuviese era el único oráculo de santidad, particularmente en los reinos del Japón que no le conocían por otro nombre; aunque después de su muerte le mudaron en el de apóstol; y de la manera que la Iglesia católica llama Apóstol á San Pablo, y se ha quedado con este nombre, de tal manera que por antonomasia y particular excelencia en diciendo el Apóstol, se entiende á San Pablo, así en cierto modo sucedió en la nueva Iglesia del Japón, que el Santo Mártir Fr. Pedro Bautista era nombrado entre los cristianos con este nombre de apóstol; y sin señalar otro, hablando de él, decían: *aquel Apóstol*, y se entendía por él.

Y no por esto es mi intento hacerle igual con aquel sagrado Apóstol de las gentes, ni tal me pasa por el pensamiento, que bien sé que él mismo dice de sí que trabajo más que todos, y en la lista que hace de sus trabajos se ve cuánto excede á los demás Apóstoles y apostólicos varones que le imitaron en la conversión de las gen-

tes. Solamente hago una comparación (y en las comparaciones, nunca llega lo comparado á aquello con quien se compara) para que se vea cuánto se le pareció este apostólico varón en su celo, en su valor, en su grandeza de ánimo y osadía santa, en su prudencia y discreción admirable, en el sufrimiento y tolerancia en los trabajos y persecuciones, en los discursos y viajes, en los naufragios riesgos y peligros de mar y tierra, en el ansia de la salvación d las almas, en el amor de Jesucristo Nuestro Redentor y de su Cruz y Pasión.

De suerte que tienen aquí los ministros evangélicos de la conversión de los gentiles una perfecta imagen de un consumado ministro en que hallarán cómo se han de haber con Dios y con el prójimo y cómo han de vencer las dificultades y hacer rostro á los estorbos que el mundo y el infierno, los hombres y demonios suelen poner para estorbar la gloria de Dios y el provecho de las almas. En esta conversión trabajó no solamente por sí mismo, sino también por medio de otros, pues solicitó con los Prelados de la Orden, con el Rey católico y Romano Pontífice que enviasen ministros del Evangelio, así de nuestra Religión como de las demás, y que se abriese la puerta para todas; pues era mucha la mies y pocos los obreros.

Al cabo, en fin, de tantos trabajos y desvelos en servicio de Dios y de los prójimos fué Su Majestad servido de que se llegase el tiempo del galardón; y porque no fuese cualquiera, sino muy aventajado, le fué disponiendo con las prevenciones que se han dicho para darle la gloriosa corona del martirio. Prendiéronle, pues, en el convento de Nuestra Señora de los Ángeles de la insigne ciudad y Corte de Meaco, y estando ya él y sus compañeros en la cárcel, donde el juez los había mandado juntar para sacarlos á justiciar, el Santo Prelado, como valeroso capitán de aquella milicia de Cristo, les hizo una plática, no estudiada ni pensada, sino repentinamente; pero tal, que á los muy cobardes pudiera poner ánimo y esfuerzo.

"Ya hermanos y hijos míos en Jesucristo (les dijo), es llegada la hora en que somos convidados á salir de este miserable y trabajoso siglo para ir á gozar de los soberanos contentos; si amáis, hermanos carísimos, de veras á Dios y deseáis dar la vida por Él, si tenéis memoria de lo que otras veces os he dicho y me habéis prometido, ahora es tiempo de mostrarlo y de recorrer en vuestra alma aquello que dice Jesucristo Nuestro Redentor y Maestro en su Evangelio: *No temáis, discípulos míos, á los que matan al cuerpo y no pueden matar el alma.* No hagáis caso de la espada que no pasa

de la garganta: Dios os libre de la que toca en el alma; ésa témanla los que por su infidelidad les ha de faltar la divina misericordia y la eficacia de su divina gracia. Atemorícense, pues, que no lo dejarán de hacer si oyen al Santo Job que dice: *Trasiégueos Dios de esta vida á la otra en el infierno, donde eternamente serán atormentados con penas eternas sin tener un punto de descanso, pasándolos del fuego á la nieve, del frío al color, y de unos tormentos y penas á otras penas y tormentos, olvidándose para siempre la Divina Misericordia de los que de ella y de sí mismos se olvidaron* (1). De esto se ha de temer, no del cuchillo del tirano, que en cortando el cuello, no tiene más que hacer.

"Vosotros, hermanos míos, echad el áncora de vuestra esperanza y fijadla en Dios, que, después de pasada esta vida momentánea, os llevará al paradero de la eterna en compañía de los ciudadanos del cielo: no queráis, yo os ruego, en este breve punto aflojar en la pelea con las adulaciones del demonio y palabras blandas que os dirán algunos de los gentiles para trastornar con ellas vuestros ánimos; sufrid, sufrid constante y varonilmente los trabajos y muerte que veis presente y nos está amenazando, por amor de aquel Señor que por nuestro amor padeció tan cruel é ignominiosa muerte, para que siéndole compañeros en la Pasión, lo seamos también á la gloria y gozos eternos."

Prosiguió el Santo con su razonamiento, y apenas había acabado, cuando comenzó su martirio, que fué largo y admirable (como se ha visto), pasando por cárceles y calabozos, coronándose por instantes de nuevas coronas y gloriosos triunfos, hasta que llegó el último de su dichosa muerte, que fué la corona de todos los demás. Apenas había llegado al lugar del martirio, cuando preguntó cuál era su cruz ¡tal era el ansia de verse abrazado con ella! En viéndola, se arrodilló diciendo: *Dios mío y todo mi bien, ¿en cruz como Vos tengo de morir? Bendito seáis, Señor, que tal merced me hacéis.* Después, postrado, la besó y saludó con las palabras de San Andrés: *Dios te salve, Cruz preciosa.*

En siendo hora, levantóse, quitóse el manto, adoró segunda vez la cruz, despidióse de los circunstantes, abrazó á sus hermanos y discípulos con tanta ternura y regalo, que aun en los verdugos y juez hizo mella, confesando todos con lágrimas la inocencia del Santo y sus compañeros. Reclinó, en fin, su bendito cuerpo en aquella tan deseada como dura cama, y extendiendo el brazo derecho para que el verdugo le aferrase con la argolla en la cruz, alargó la mano izquierda, y señalando con ella en la palma de la derecha dijo: *Por aquí, hermano, me has de clavar.—No ha de ser* (dijo el verdugo) *sino como yo*

(1) Job XXIV, 19. 20.

lo hago. Todo nacía del deseo grande que este glorioso Santo tenía de imitar á Cristo Nuestro Señor, no sólo en su Cruz, sino también en sus clavos, tormentos y dolores, en cuya consideración se le hacían muy dulces y suaves cuantos padecía y deseaba padecer.

Puesto en la cruz y levantado en alto, extendió su vista, como ya dijimos, por los santos crucificados, y lleno de incomparable gozo, fijó los ojos en el cielo, dando gracias á Nuestro Señor, y al mismo tiempo les echó su bendición y se quedó arrobado en éxtasis mental. En esta postura angelical, sin pestañear los ojos de donde los tenía clavados, la mano yerta en la forma que echó la bendición, vino el riguroso golpe de la lanza, que le abrió puerta en el corazón. Antes que exhalase el espíritu, se le encomendó al Padre Eterno, pronunciando devotísimamente las mismas palabras que para el mismo fin dijo Cristo en la Cruz: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum* (Luc. XXIII. 46). Repitieron el golpe de la lanza por el otro lado con un recio y espantoso estremecimiento de cuerpo y cruz, aunque sin perder la postura angelical en que antes estaba, y entregó su alma al Criador á los cincuenta y dos años cumplidos de su edad (*).

(*) En San Esteban del Valle, patria de nuestro Santo, se venera su bendita cabeza (Nota del Colector).

CAPÍTULO XXV.

VIDA Y MUERTE DEL SANTO MÁRTIR FR. MARTÍN DE AGUIRRE Ó DE LA ASCENSIÓN

LA patria de este glorioso mártir fué la Villa de Beasaín (*) en Guipúzcoa, junto á Villafranca, obispado de Pamplona. Nació de padres honrados, por los años de mil quinientos sesenta y siete, según consta por los originales de la Provincia; y asimismo consta de éstos que, ajustándose á los tiempos de su edad, aprendió á leer y escribir y lengua latina con perfección. No hay memorias de la ocasión de haber pasado á la Universidad de Alcalá, pero puédese colegir de su notoria inclinación á la virtud que, aunque de tierna edad, la ejercitaba con afectos nobles y con mayor capacidad que edad; y puede ser que, deseando quitar sus dos mayores contrarios, cual es la ignorancia y el ocio, con la aplicación á las Sagradas Letras, pasase á aquella Universidad donde florecen con especialidad. Seis años estudió en esta Universidad artes y teología con aceptación de sus maestros y de cuantos le conocían, por ser de muy agudo y delicado ingenio á que él se ayudaba mucho con la aplicación; huyendo sobremanera de los divertimientos y pasatiempos de mozos sin perder punto en los estudios.

(*) Si opinaba Sta. Inés que San Martín de la Ascensión fué natural de Beasaín, debió apellidarle Loinaz ó Loias ó Loiaz ó Loinez, no de Aguirre, como hace. En efecto: en la larga y empeñada lucha que han sostenido las nobles villas de Vergara y Beasaín acerca de á cual de ellas corresponde la maternidad de San Martín de la Ascensión, la segunda reclama por hijo suyo á nuestro Santo, precisamente porque cree que San Martín de la Ascensión es Martín de Loinaz, hijo de Beasaín. (Nota del Colector).

Estando en esta buena disposición, sin haber aun gustado del dulce veneno del mundo, le llamó el Señor á la Religión, á cuya inspiración divina correspondió con voluntad muy pronta, pidiendo nuestro santo hábito, con devoción y lágrimas, á los religiosos del convento de San Sebastián de Auñón de la Provincia de S. José, que luego se le dieron gustosos, conociendo su virtud y las buenas muestras que daba de su gran talento y capacidad. Viéndose ya vestido del hábito que con tanta humildad y devoción había pedido, y los ejercicios tan ejemplares de la Comunidad en que había entrado, y el camino tan seguro que para la perfección había elegido, bañóse su alma de júbilos interiores, como quien no había tomado aquel estado por liviandad ó necesidad, sino por el verdadero espíritu, con deseo de imitar á Cristo y á sus Santos en la perfección de la vida. Al instante, sin perder tiempo, dió principio á la mortificación y penitencia con las demás virtudes, y más en particular á la de la humildad, que en todos tiempos la estimó por lo que es, creyendo que sin ella eran flacos los cimientos del edificio espiritual.

Por donde comenzó á ejercitarla fué por el desprecio y desestimación de sí mismo, descubriendo imperfecciones y descuidos, y ocultando habilidades y otras prendas, parte adquiridas y parte naturales. Por lo cual, desde que entró en el noviciado, aunque de vivo y agudo ingenio y famoso estudiante, según hemos dicho, parecía que no lo era, haciéndose ignorante en lo que el más rudo alcanzaba, y con tan linda gracia y disimulo, que sin hacer falta en lo que estaba á su cargo, dejaba rastros por donde le notasen de idiota y descuidado. Ocasiones hubo, en que por esto le dieron bastantemente en qué merecer; mas como es hija de la humildad la paciencia y tolerancia, y mayor la de la desestimación que la de otra cualquiera mortificación, fuerza era que quien en su estimación era un jumento y por tal quería que todos le tuviesen, que lo fuese también en el sufrimiento.

Así lo conocieron los religiosos que, admirados de la igualdad de ánimo y paciencia con que llevaba cualquier mortificación, hicieron de él diferente concepto del que antes habían hecho, y al cabo vinieron á conocer que no era tan ignorante el novicio como parecía; más humilde, sí, de lo que ellos entendían; de suerte que, desengañados con la experiencia y satisfechos de su virtud, cumplido el año de la aprobación, le dieron la profesión, más alegres que le habían dado el hábito.

Mudáronle después al convento de San Bernardino de Madrid, donde tuvo pensamientos de emplearse en la conversión de las almas

en estas islas Filipinas y el Japón, á donde veía que de ordinario venían muchos religiosos movidos del mismo celo. Pedíalo continuamente á Su Divina Majestad en todos sus ejercicios y oraciones, tomando por intercesora á María Santísima; para lo cual, la ofrecía muchos ayunos, disciplinas y cilicios, pidiéndola con fervientes lágrimas y amorosas súplicas, que fuese su abogada en esta su pretensión, la cual continuó hasta que en lo interior de su alma oyó una voz que le dijo que así sería.

Creyó que la voz era de Dios por la satisfacción que había dejado en su alma, y asegurado de la promesa, trató de ejercitarse con nueva resolución en todo género de virtud y hacerse en todas muy perfecto, para que cuando Su Majestad tuviese determinado de que se llegase el tiempo de hacerle esta tan señalada merced, no fuese estorbo, ni la retardase su indignidad, ó hiciese que en él estuviese ociosa. Aplicóse juntamente á los estudios de las Sagradas Letras; hízose consumado teólogo, grande escriturario, y, en fin, apenas tenía veinticinco años de edad, cuando ya era tenido de todos por religioso de grandés prendas en virtud y en letras.

Es buena prueba de esto el aprecio que hizo de él nuestro Reverendísimo P. General Fr. Buenaventura Calatagirona, hijo de la Santa Provincia de Sicilia, que hallándose á la sazón en Sevilla, cuando este glorioso Mártir pasaba á Filipinas, con ocasión de haberle ido á tomar la bendición, como tenía obligación, le comunicó, y á pocas palabras conoció lo macizo de su virtud, su grande talento, capacidad y demás prendas; y dándole á entender que se quería servir de él en cosas importantes de la Religión, le rogó que suspendiese el viaje de las Filipinas; y para apartarle de todo punto de esta su pretensión le dió una patente para que fuese á la provincia de Granada (para adonde nuestro Reverendísimo estaba de partida), y otra para el Provincial de aquella Provincia, en que le mandaba que le ocupase en alguna de las cátedras de artes ó teología, mientras él iba.

El comisario de la misión y todos los religiosos de ella sentían mucho el verse privados de tan lucido sujeto, con lo cual se fueron á nuestro Reverendísimo, rogándole encarecidamente que no les quitase aquel religioso, significándole juntamente su desconsuelo en la ejecución del mandato y el de todos sus compañeros. Nuestro Reverendísimo, como tan mirado, no obstante de no haber admitido al principio la excusa del santo Fr. Martín en que le representaba su insuficiencia con humildad y resignación acerca de los honores que le hacía, volvió á consultar su voluntad, mandándole que le dijese con claridad lo que sentía acerca de su mandato. Á ocasión de esto, le dijo parte de su

vocación, y lo que había sentido en su alma cuando comenzó á tener los primeros impulsos de venir á estas Islas; pero que por aquello no era su intento manifestar su voluntad en contrario de lo que se le había mandado, sino proponer lisa y llanamente lo que le había pasado para que su Reverendísima lo examinase, y según lo que le pareciese, determinase, que no podía él haber deseado mayor dicha que haberse ofrecido semejante ocasión, pues con tan calificado examen, de cualquiera manera quedaría muy consolado.

Mientras más le comunicaba su Reverendísima, más se le aficionaba; porque no era este glorioso Santo de los que comunicados son otros de lo que antes eran, ni de los opuestos en las obras á la opinión, antes le hacían ventajas su virtud, santidad y excelentes letras, siendo más en la realidad en cada una de estas cosas, de lo que era en el concepto y estimación de los que más le amaban y estimaban. Muchos religiosos doctos y santos de diferentes Religiones, habiéndole comunicado, fueron de este mismo parecer; y no faltó quien dijo de él lo que la reina Sabá del sapientísimo rey Salomón, de que era más lo que había visto y experimentado de su riqueza, sabiduría y grandeza, de lo que decía la fama, entendiendo por las riquezas de este bendito Mártir, las virtudes que juntó con su gran talento, para semejante elogio. Porque aunque en rigor fuese exageración, no lo tenían por desproporcionado, conocidas las prendas del sujeto; y en cuanto á su ciencia, el que más templadamente hablaba, decía que parecía más infusa y dada de Dios, que adquirida con trabajo. No obstante de haber entendido esto nuestro Reverendísimo General, y ser cuanto podía desear para los empleos y ocupaciones en que se quería valer de él, atento á la relación de su vocación, y no sin particular moción ó inspiración de Dios, le dió su bendición y licencia para pasar á estas partes, lo cual fué de grandísimo consuelo para toda la misión, que había ya perdido las esperanzas de traerle en su compañía.

No es de pasar en silencio el modo con que se portó en el discurso del viaje, y la grande edificación que causaba en todos por donde quiera que pasaba ó estaba algún tiempo de asiento desde que salió de su Provincia hasta llegar á ésta. Notaron con cuidado su pobreza y desnudez, y sobre todo, la puntual observancia de su Regla, en quien por accidente ninguno, ni en la más mínima cosa, para jamás quiso admitir dispensación. Los caminos, con ser tan largos y algunos bien ásperos, los andaba á pie y descalzo de todo punto y sin más abrigo en el cuerpo que de un pobre y sencillo hábito. Observó mientras vivió no tener en los conventos donde era morador celda cierta ni lugar determinado para su reposo y descanso, teniendo por excusada

esta prevención para quien se juzgaba peregrino en la tierra, y no tenía más patria ni morada que en el cielo. Pues ¿qué sería en estos viajes por donde caminaba tan de paso? Y así, después de haber caminado una jornada muy larga, en llegando al pueblo ó convento, su refrigerio era primeramente la oración, en la cual gastaba largo rato, y después el descanso de una escalera, aunque fuese de piedra, en la cual se recostaba y dormía lo restante de la noche. Y si por ventura no la había ó no estaba en parte competente, se aprovechaba de una arca, ó sino, del duro suelo en algún rincón, sin haber remedio de querer admitir más aderezo de cama ni colchón, cosa que espantaba.

Pero para todo le daba Nuestro Señor fuerzas en la frecuente y regalada comunicación que con él tenía, que, como deponen los que en este viaje le acompañaron, ella era la que le había encendido tanto en el amor divino y enfervorizado de manera, que era ya su mayor refrigerio la desnudez, descalcez, pobreza y cuantas mortificaciones inventaba cada día para macerar su cuerpo. Este fuego del amor divino era el que le obligaba á prorrumpir en tan afectuosas palabras, regalándose con su esposo el dulcísimo Jesús y su Santísima Madre, que si por ventura las oía alguno, se enternecía y movía á devoción.

Testigos fueron de esto no sólo los religiosos de aquella misión, sino cuantos venían en la nao en que se embarcaron desde España; porque predicando un día en ella, como se suele hacer, llevando el sermón para otro asunto que parecía pedía la ocasión presente, apenas le había comenzado, cuando se volvió al tema con que siempre andaba del amor divino; en el cual abrasado como un serafín, dijo tan altas ponderaciones y tan afectuosas y devotas, que todos se compungieron y enternecieron, confesando á una voz tener espíritu de Dios. Lo mismo sucedía en las conversaciones ordinarias y aun en todas sus obras, porque como el amor divino era la niña de sus ojos y el blanco de su corazón, sin tener otro impulso ni motivo, con lo encendido de sus rayos, las ilustraba y encendía, levantaba y subía de punto, de manera que en cuanto hacía y decía, obraba siempre con mucha perfección.

Este mismo amor le unía con el Esposo en tan fuerte y suave abrazo, que le ponía en continuos éxtasis y elevaciones. Vióse bien un día que, diciendo Misa en el convento grande de N. P. S. Francisco de la ciudad de Sevilla, absorto en la soberanía de los misterios que celebraba, se detuvo en ella tres horas y media de reloj sin estar en su mano acabar más presto. Y notaron que la media había sido desde el principio de la Misa hasta poco antes de consumir, y las tres horas, en lo restante de la Misa, que fueron desde las ocho hasta las once, habiendo gastado todo este tiempo en afectuosos sus-

piros y lágrimas, derramándolas á pausas con tanto ímpetu, que ni se podía contener ni pasar adelante con la Misa; y cuando la vino acabar, quedó su rostro tan encendido, que mostraba bien cuan encendida estaba la fragua del amor divino que ardía en lo interior de su alma, pues ni tantas lágrimas fueron bastantes para le templar, ni con tantos suspiros se acabó de desfogar.

Y finalmente, el amor divino le hizo tan benigno y blando de condición, tan piadoso, caritativo y amoroso con sus prójimos, que aunque no hubiera otra prueba, era esta bastante de lo mucho que amaba á Nuestro Señor: cualquier necesidad que viese en su prójimo le arrebataba de tal suerte el corazón, que, hasta que le remediaba (como estuviese en su mano), no paraba. Y cuando no podía en otra cosa, le consolaba y animaba á llevar con paciencia su trabajo y necesidad. Á los enfermos y llagados los amaba tan tiernamente, y respetaba con tal veneración, como si en cada uno considerara á Cristo pobre; y de hecho era así, como vieron y notaron muchos en una ocasión que, encontrando en la ciudad de Cádiz con un leproso que estaba muy llagado, llevado de su acostumbrado fervor y del amor de Cristo Nuestro Redentor á quien consideró representando muy al vivo en aquel pobre, se arrojó á sus pies, besándole sus llagas con profunda humildad, ternura y devoción.

Otra cosa notaron sus compañeros en el viaje de Filipinas, como efecto también del divino amor, y era la igualdad de ánimo que siempre conservó, sin turbarse jamás ni mostrar la más mínima inquietud ni alteración en los varios sucesos de la navegación, y algunos bien peligrosos que hicieran temer al más animoso. Pero ¡qué mucho que en este glorioso Santo no hubiese mudanza de afectos temiendo algunos de estos sucesos, si estaba su corazón tan encendido en el amor de Dios! Porque ¿qué puede temer quien á Dios ama? ¿Quién le podía ofender? ¿Qué mano tan superior puede ser sobre aquél que sólo á Dios tiene por objeto? Verdaderamente es así, porque con el perfecto amor de Dios no se compadece el temor de las criaturas, y como dicen los Santos: *el que ama á Dios, exento está de todo lo que no es Dios.* No sólo en la igualdad de ánimo, sino en otras muchas cosas que podíamos traer se mostraba claramente haber hecho asiento en el alma y corazón de este glorioso Santo los poderíos del divino amor. Y no es la menor la suave fuerza con que atraía á cuantos le comunicaban, apoderándose de tal suerte de sus voluntades, que á los discordes ponía luego en paz, á los rebeldes y obstinados enternecía, y ablandaba, y con sólo verle, se edificaban algunos tanto, que, rendidos y postrados á sus pies,

le pedían con humildad que los encomendase á Dios, venerándole ya en vida como Santo.

Llegado á Manila, le mandó la obediencia que acabase de leer un curso de artes (que por ocupación más precisa no pudo proseguir el que le había comenzado), y faltaba sólo el último año (*); el cual acabado, prosiguió con la teología hasta que fué al Japón, como ya apuntamos en otra parte. En este tiempo, fuera del que gastaba en la cátedra, su más ordinaria ocupación era la del confesonario, por ser muchos los que, prendados de su virtud y santidad, le habían elegido por su padre espiritual. Habíale dado Nuestro Señor singular gracia de encaminar almas, como se conocía bien en las mejoras de las que estaban á su cargo, porque aunque fuesen más tibias y flojas, en tomándolas él por su cuenta, con el continuo calor de sus encendidas palabras, luego se enfervorizaban. Ayudaba mucho para esto la especial gracia de discernir espíritus, que, conocida la calidad de cada uno, se atemperaba con gran discreción, compadeciéndose de los flacos, enfervorizando á los fuertes, y á todos instruyéndoles y dirigiéndoles en el camino de la perfección.

En el confesonario siempre fué celosísimo de la salud espiritual de sus prójimos, administrándoles el Sacramento de la Penitencia con gran caridad, discreción y benigno conocimiento de la flaqueza humana; y así, eran muchos los que se confesaban con él, y algunos bien perdidos y rematados con innumerables vicios y pecados, esperando hallar en él el más eficaz remedio para la salud de sus almas. Y no se engañaban, porque en poniéndose en sus manos, con presteza los desenmarañaba las conciencias, declaraba con viveza la gravedad de sus culpas, corregíalos con suavidad, enternecíalos con lágrimas, y dábalos palabras de ayudarlos con oraciones y sacrificios, como lo hacía, y otras mortificaciones bien penosas, aplicándolas como por medicina de las enfermedades de sus prójimos. Con lo cual salían del confesonario consoladísimos, y en adelante mudaban de costumbres y hacían vida muy reformada, como si totalmente se hubieran trocado.

Siendo para sus prójimos tan suave y blando, para consigo era sumamente riguroso y áspero; y si comenzamos por la abstinencia, fué siempre muy perseverante en ella, y tan rígido, que su manjar ordinario eran unas yerbas mal cocidas, pasándose otros muchos días con sólo pan y agua, y esto andando caminos, estudiando, y aun trabajando de día y de noche, como le sucedió lo más del tiempo que

(*) Este curso le comenzó en Méjico como el mismo Sta. Inés dice en el capítulo siguiente en la vida de San Francisco Blanco, discípulo de San Martín (Nota del Colector).

estuvo en el Japón, que por ser mucha la mies y pocos los obreros, se veían obligados trabajar cada uno por ciento. La pobreza y desnudez ya dijimos cuál era: en los caminos, andando siempre el pie descalzo y con un pobre y sencillo hábito y su breviario y báculo, sin más ajuar ni prevención de comida ni bebida, aun en caminos largos y despoblados, y algunos de gente bárbara y gentílica entre quien apenas se halla rastro de caridad.

Pero la divina Providencia, en la cual iba fiado nuestro Santo, le acudía en la mayor necesidad, moviendo á los gentiles, de que ya hemos contado algunos casos tratando de los sucesos del Japón.

De ordinario hacía dos y tres diciplinas cada noche, y la mayor parte gastaba en oración; y porque en ésta se le templaba el padecer, por las muchas consolaciones celestiales que el Señor, usando de su benignidad, le comunicaba, le pedía con humildad y fervientes lágrimas que se sirviese de suspender los consuelos, y que le diese á gustar mucho de las amarguras de la Cruz; y así, como depone un religioso íntimo amigo suyo, repetía muy de ordinario: "Más quisiera verme en la horca ó en palo con vilipendio y afrenta, lleno de dolores y penas por Jesucristo, que vivir regalado de consuelos espirituales." ¡Tal era el deseo de padecer y de imitar á Cristo Nuestro Redentor en sus penas y trabajos!

Entre todas estas virtudes, ¿quién duda que resplandecería con particular hermosura la inestimable joya de la castidad y virginidad? Fué tal la de este glorioso Santo, que como afirmó el confesor que le confesó generalmente para morir, la guardó con muchísima perfección en cuerpo y alma, sin haber hallado en él la más mínina cosa que de mil leguas se opusiese á esta tan excelente virtud. Aun antes de afirmarlo su confesor le tenían todos en este mismo concepto, infiriéndolo de la sinceridad y pureza columbina y honestidad religiosa que mostraba en su exterior, de donde también creían nacía la suave fuerza con que atraía y aficionaba á cuantos le comunicaban.

Finalmente, llegándose el tiempo en que se quería Nuestro Señor servir de él en el Japón, dispuso con los Prelados que le diesen licencia, conforme él lo había pedido, habiéndoles primero representado ser este el deseo con que había salido de España. Llegó á Meaco, Corte del Japón, y habiéndole recibido con singular gusto el Santo Comisario, le llevó consigo á Osaca, y le dejó por Presidente del pobre convento de Belén que en aquella Ciudad tenían ya fundado. Aquí estuvo el Santo Fr. Martín haciendo mucho fruto en las almas de los infieles, que, tocados de Dios, se convertían y bautizaban, hasta que Nuestro Señor fué servido de premiarle sus muchas virtudes y trabajos con la corona del martirio; para lo cual,

maniatado con otros tres (*) que estaban con él, le sacaron de su convento los ministros del Emperador y llevaron á la cárcel pública de Meaco, donde acompañó al Santo Comisario y sus compañeros en todos sus trabajos hasta el lugar del martirio, y muy cerca de él, siendo mandado, el obediente Mártir hizo una plática á sus compañeros (**) con el fervor y espíritu que acostumbraba; y después de haber exhortado á todos á recibir aquella tan dichosa muerte de cruz con alegría, vuelto á los religiosos, dijo:

"¡Oh, hermanos carísimos! demos muchas gracias á Dios por ha-"bernos traído á tan bienaventurada suerte, y consideremos los tra-"bajos que padeció en el mundo y entre infieles nuestro Seráfico "P. S. Francisco sólo por alcanzarla, y no se le fué concedido como "á nosotros, siendo tan pocos nuestros merecimientos y los suyos "tan crecidos. Mucho quiso Nuestro Señor Jesucristo á sus sagrados "Apóstoles, y con todo eso, no concedió la cruz á todos ellos. De "los otros Santos, unos fueron degollados, otros asados, cuáles aserra-"dos, cuáles desmembrados, éstos despeñados, aquéllos hechos pedazos "con diversos géneros de tormentos, y finalmente, unos de esta ma-"nera y otros de aquélla rindieron el espíritu á su Criador. Mas á "nosotros, aunque indignos, ya se nos está aparejando aquel Estan-"darte de la Cruz en que el Hijo de Dios redimió el mundo, en lo "cual se mostró el Señor con nosotros grandemente amoroso y be-"nigno, misericordioso, manso, liberal y favorable, pues es este un "favor tan señalado y grande, que excede todo entendimiento criado. "¡Oh, hermanos carísimos! ¿Qué diera Nuestro Glorioso P. S. Fran-"cisco por morir tan honrosamente como nosotros en una cruz? ¡Oh "cuánto te debemos, Padre santo, pues sin duda has merecido tal "muerte para estos tus hijos! No sea esto parte para que con "nosotros, hermanos míos, entre alguna sombra de vanagloria ¡No "permita Dios que en un punto se pierda ganancia tan colmada! "Consideremos la flaqueza de nuestras personas y la poquedad y "miseria de nuestros merecimientos, y entenderemos que el haber "venido á esta suerte tan dichosa ha sido misericordia del Señor y "merecimientos de nuestro glorioso Padre. Y para que entendamos "cuánto sea esta obra de Dios, mire cada uno el contento con "que muere, el cual era imposible hallarse sin Dios. Infinita es la "misericordia que usa con nosotros, pues mereciendo por un solo pe-"cado mortal penas eternas, se sirve conmutarlas en esta tan breve "que con tanta gloria padecemos. ¡Dichosa cárcel la nuestra, y

(*) San Joaquín Saquier, San Cosme Taquia y el Santo niño Antonio. (Nota del Colector).

(**) Esta plática la hizo en idioma japón, y fué traducida después al latín por el P. Frois, jesuíta, y al castellano por el P. Rivadeneira. (Nota del Colector).

"dichosa la sangre que hasta aquí hemos derramado. Nadie tema "ni desmaye: armémonos con la memoria de la Pasión de Cristo "y humildemente le pidamos nos favorezca en esta hora. Acudamos "á la Virgen Santísima abogada de pecadores y á Nuestro Seráfico "P. S. Francisco, al Ángel de nuestra Guarda, y á todos los Santos "que sean en nuestra ayuda y favor etc."

Poco después de acabada esta plática, comenzó su martirio, el cual, como ya dijimos, fué tan particular, que causó en todos los circunstantes notable sentimiento y quebranto de corazón por la crueldad de los ministros de justicia que con grandísima impiedad le arrancaron las entrañas, á causa de haberse desenastado el hierro al darle la primera lanzada, y quedado escondido en ellas. Porque después de haber hecho diligencias para sacarle con el asta, viendo que no podían, trepó uno por la cruz arriba, y metiendo la mano y parte del brazo por la abertura del costado, hasta asir del hierro, y forcejando cruelmente por arrancarle, le vino á arrancar juntamente hierro y entrañas. Y lo que más admiró fué haberse mostrado el Santo inmóvil á todo esto, y como si no tuviera sentimiento ninguno; antes habiendo comenzado ya á cantar el *Laudate Dominum omnes gentes*, llegando al *Gloria Patri*, esperó las demás lanzadas y dió su espíritu al Eterno Padre, de edad de treinta años. Quedó su rostro levantado al cielo, y tan encendido, hermoso y grave, que no sólo ponía devoción á cuantos le miraban, sino que por él conocían las tres especiales coronas de gloria de que gozaba su alma: en lo encendido, la del martirio; en lo hermoso, la de la virginidad, y en lo grave podemos entender la de doctor, pues lo fué de la nueva iglesia del Japón con obras y con palabras.

CAPÍTULO XXVI.

VIDA Y MUERTE DEL SANTO MÁRTIR FR. FRANCISCO BLANCO.

NACIÓ este ilustre mártir en la villa de Monte Rey (*) del Obispado de Orense en el reino de Galicia. Criáronle sus padres en santas costumbres, aficionándole desde sus tiernos años á las cosas de devoción y piedad, no sólo con documentos de palabra, sino con obras y ejemplo, que es lo que más viva y eficazmente mueve en todas edades. Instruído con tan piadosa enseñanza, le aplicaron á la de las letras de la latinidad, en cuyo estudio gastó algún tiempo en el colegio de los Padres de la Compañía que hay en aquella villa, hasta que, entrando ya más en edad, le enviaron á la Universidad de Salamanca donde comenzó á oir artes.

Y estándolas estudiando, antes que por lo dócil de su natural se dejase ir tras los vanos entretenimientos de la mocedad, le llamó Nuestro Señor á la escuela de la perfección, dándole á entender cuál era con claridad, á que él correspondió prontamente, pidiendo nuestro santo hábito al M. R. P. Fr. Francisco de Alderete, Definidor general de toda la Orden y Provincial entonces de la insigne Provincia de Santiago. No fué menester mucho para admitirlo, porque en su exterior traía el sobrescrito de sus buenas y loables costumbres; y así, dándole letras de abono, le despachó al convento de N. P. S. Francisco de Villalpando, donde tomó el hábito y profesó con grande con-

(*) El cronista de la Provincia de San Pablo afirma que fué natural de Tamerón en el mismo Obispado de Orense; no da razón alguna de su testimonio y contradice á la Llave que conoció al Santo y *como testigo de vista* (escribe el dicho Llave) *podrá dar de él cierto y claro testimonio.* Véanse Llave, *Crónica etc.*, trien. 6, cap. 62, y San Antonio, *Crónica de San Pablo*, t. 1, lib. 5, cap. 1.) (Nota del Colector).

suelo y aceptación de toda aquella Comunidad. Luego le comenzó á estimular la emulación y ejemplo de los religiosos, con el cual se fué perfeccionando tanto, que los más aventajados tenían bien en qué imitarle, y no hacían poco en seguirle.

Por sus humildes ruegos fué mudado al muy recoleto convento de San Antonio de la ciudad de Salamanca, donde subiendo de punto los ejercicios ordinarios de la oración, mortificación y penitencia, por haber hallado la oportunidad que apetecía su espíritu, creció tanto en fervor, que, excediendo ya á sus delicadas y tiernas fuerzas, vino á perder la salud del cuerpo; y en fin, le dió una tan grave enfermedad, que le puso en los huesos. Pero por consejo de su maestro y padre espiritual moderó algún tanto los rigores, con lo cual, y el diligente cuidado con que le curaron, mejoró, aunque no de todo punto, por haberle quedado unas tan penosísimas cuartanas, que podían ser primeras en razón de enfermedad. Ejercitó con ellas grandemente las virtudes de la paciencia y abstinencia, aprovechándose de ésta como de virtud, y aplicándola como medicina, que como otros hacen de la necesidad virtud, él hacía de la virtud necesidad por encubrirla más. La paciencia era tan grande, que fuera de manifestarse bien en la serenidad de ánimo y quietud de corazón que con admiración de todos guardaba, para jamás oyeron que se quejase ni que mostrase tener dolor ni congoja alguna, siendo así que eran tales las calenturas, que á cuantos le veían, movía á compasión.

Y quien más se compadeció el Provincial, que llegando á aquel convento, lastimado de verle tan enfermo, le mudó al de N. P. S. Francisco de Pontevedra, que por ser de buen temple y en el reino de Galicia, su patria, le pareció ser á propósito para que curado y asistido con la caridad que se profesa en Nuestra Sagrada Religión, se pusiese presto bueno. Fué al dicho convento nuestro bendito Mártir y halló en él cuanto pudo desear para su consuelo espiritual y corporal, no sólo en las piadosas entrañas con que los religiosos le recibieron, curaron y le regalaron, sino también en la reciente memoria que allí había de las heroicas virtudes, confirmadas con milagros, del Santo Fr. Juan Navarrete, cuyo cuerpo está enterrado en aquel convento, donde aun hasta hoy es tenido en mucha veneración y frecuentación de pueblo por las muchas maravillas que Nuestro Señor ha obrado y obra cada día por la intercesión de su siervo, premiando juntamente la piedad y devoción que le tienen los fieles.

Las heroicas virtudes, pues, de este tan excelente varón, del Santo Fr. Juan Navarrete, estimularon de manera al Santo Fr. Francisco Blanco, que, aunque enfermo y flaco que apenas se podía tener en pie, hizo propósito de imitarle en cuanto le fuese posible. Para lo cual es-

peraba en Su Divina Majestad que, mediante la intercesión de tan buen abogado, le había de dar salud y fuerzas, no sólo en el cuerpo, sino también en el alma; y en virtud de esto, y como poniendo por obra su buen propósito, comenzó á ejercitarse en todo género de virtud, con grandísima perfección, particularmente en aquellas para cuyo ejercio no le servían de estorbo su enfermedad y flacas fuerzas. Portóse de allí adelante muy modesto y callado, no hablando nunca, sino cosas de edificación. Su humildad y encogimiento era tal, que de ninguna manera tenía ojos para ver en sí cosa buena, lo cual conservó mientras vivió, con grande edificación y admiración de los que le comunicaban, creyendo estar tan arraigado á esta virtud, que les parecía que no podía haber cosa que le hiciese levantar un punto de lo profundo de su nada. Su docilidad y obediencia era de una cera blanda en que los prelados y padres espirituales podían gravar é imprimir cuanto quisiesen, de que fué buen testigo Fr. Juan Álvarez, predicador que era á la sazón de aquel convento y después gran operario del Evangelio en estas partes, como veremos adelante en la relación de su santa y religiosa vida.

Depone, pues, éste que, habiéndole elegido el bendito Fr. Francisco Blanco por su padre espiritual, estaba tan pronto y obediente á lo que le mandaba y ordenaba, que con ser algunas cosas bien arduas (siguiendo el consejo del Evangelista San Juan, de que no se debe creer con facilidad á todo espíritu sin ser primero examinado y probado), para jamás halló rastros de que tuviese alguna repugnancia, antes dice que, apenas le había mandado una cosa, cuando él ya la tenía ejecutada. Al recogimiento interior se seguía el exterior, y así, ponía gran cuidado en la guarda de los sentidos, particularmente en los ojos que apenas los dejaba gozar de esta luz sensible, privándose voluntariamente de la vista exterior, que de ordinario no sirve sino de llenar de obscuridades el alma, para aprovecharse de la interior, que, cuanto más desnuda, abstraída y limpia de otros objetos, está más dispuesta para ser elevada al Divino, donde tiene su centro. Por lo cual procuraba siempre atender á Él este glorioso Santo, sin divertirse á otra cosa, si bien que no todas veces podía como él quisiera; porque si por una parte el fervor de espíritu le daba alas para levantar el vuelo de la contemplación, y, mediante ella, subir á la unión estrecha y transformativa del Criador, por otra la suma flaqueza de cuerpo que padecía y debilitación de potencias le aplacaban y oprimían como piedra para no poder volar, al modo de lo que dijo Alciato hablando del que teniendo gran ingenio vive pobre, que es como si en una mano tuviera alas con las cuales, forcejando, pretendiera volar y subir sobre las altas

nubes, y en la otra una grande piedra cuyo peso le hiciera abatir á la tierra humilde. Y de hecho pinta en esta forma á un brioso mancebo y por letra: *Poteram superas volitare per arces, me nisi paupertas invida deprimeret* (pudiera volar mi ingenio por las altas cumbres, si la pobreza vil no me abatiera el vuelo). De la misma suerte sucedía en nuestro mancebo, entendiendo por su pobreza la de las flacas fuerzas y falta de salud que le oprimía, de tal manera, que cuanto más forcejaba, volando en su consideración por no apartarse del Sumo Bien, tanto más le divertía lo pesado de su mal; y cuando más fervoroso para ejercitarse en alguna mortificación á que parece que le impelía su espíritu, como venciendo ya la flaqueza del cuerpo, entonces era cuando mejor le faltaba éste; que quererle violentar en aquella ocasión, fuera acabar de una vez con él.

Daba parte de todo esto á su padre espiritual el siervo de Dios Fr. Juan Álvarez, el cual, como tan prudente y ejercitado en materias de espíritu, le consolaba y animaba en sus buenos propósitos, advirtiéndole que era común pensión de la vida espiritual andar siempre á pleito con el miserable cuerpo: unas veces porque pudiendo acompañar al espíritu, no quiere; y otras, aunque quiera, no puede. En una ocasión, después de haberle dicho cosas en razón de esto, movido de Dios, á lo que se entiende, le mandó que tuviese una novena ante el sepulcro del cuerpo del santo Fr. Juan Navarrete, y que, postrado, con grande fe le pidiese que le alcanzase de Nuestro Señor salud si había de ser para mejor servirle, pareciéndole que sí sería, pues para poderlo hacer con toda perfección, conocido su espíritu, sólo le faltaba la salud.

Obedeció con puntualidad el Santo Mártir; postróse ante el sepulcro; oró con fervientes lágrimas; pidió salud con grande confianza, y habiendo gastado en esto la mayor parte de aquella primera noche, se quedó allí á dormir lo restante de ella. Continuó después las otras noches siguientes, y al cabo de ellas, fué Nuestro Señor servido que alcanzase la salud deseada, quedando desde entonces tan robusto y fuerte, como si no hubiera tenido mal alguno; lo cual contó él después muchas veces á religiosos de esta Provincia (*), atribuyéndolo á los méritos é intercesión del santo Fr. Juan Navarrete, y juntamente á las oraciones de su padre espiritual, de quien creía que no sólo se lo había mandado, sino también ayudado, por ser mucha la satisfacción que tenía de su virtud y santidad, y si no es con tan buena ayuda, decía, no pudiera él haber alcanzado nada.

Viéndose ya, pues, con salud, no es decible el fervor y ansia

(*) El P. la Llave testifica habérselo oído decir. (Nota del Colector).

con que anhelaba á la perfección, no perdiendo punto en todo lo que fuese caminar á ella, para lo cual aumentó luego las horas de oración, recogimiento y silencio, las mortificaciones y penitencias. Esmeróse con nuevo cuidado en la devoción de María Santísima y de N. P. S. Francisco y de otros Santos sus devotos, á quien afectuosamente se encomendaba y pedía con oraciones y lágrimas que le alcanzasen de Nuestro Señor Jesucristo que le hiciese perfecto religioso y muy á la medida de su gusto. Gastaba largos ratos en estas devotas súplicas, muy agradables sin duda á Nuestro Señor, que movido de ellas y de la intercesión de los Santos á quien tomaba por medianeros, se le comunicaba altísimamente con ilustraciones soberanas, de donde resultaban las rigurosas fuerzas con que se ejercitaba en las asperezas y mortificaciones, vigilias y ayunos, y otros ejercicios penales, que eran aún más de lo que permitían sus tiernos años.

De esta suerte, asistido con la ayuda y favor del cielo y la instrucción de su padre espiritual, caminaba el fervoroso corista, creciendo cada día de virtud en virtud, cuando impensadamente supo cómo habían llegado á aquel convento diez y seis religiosos, los quince de la misma Provincia de Santiago, que venían en compañía de Fr. Pedro Ortiz, Procurador de ésta de San Gregorio y Comisario de los religiosos que se alistaban para ella; é informado de sus intentos, y de cómo, dejando á su patria y padres y las conveniencias y puestos de su Provincia venían deseosísimos de emplear su vida en la conversión de las almas (aunque fuese á costa de tan largos y penosos caminos y otros muchos trabajos que se padecen, de que ya tenía noticia, y si necesario fuese, padecer mil martirios en defensa de la Fe), admirado por una parte de tan gloriosa resolución, y por otra estimulado con su ejemplo, propuso de hacer cuanto estuviese de su parte para venir en su compañía.

Y para no errar en materia de tanta importancia, antes de manifestársela, fué á tratar y comunicar con Dios por medio de la oración, poniendo por intercesora á María Santísima y los demás Santos de su devoción. Oró grande rato, derramó muchas lágrimas y, al fin, lo que sacó de ésta, fué confirmarse más en su resolución. Todavía para más seguridad se fué á su maestro y padre espiritual y hallóle tan de parte de su pretensión, que no sólo se la alabó, sino que también le declaró cómo estaba él también con la misma resolución. Con lo cual trataron luego entre sí qué medio tendrían, de suerte que el uno no fuese estorbo del otro, como se podía temer por ser ya muchos los que venían; y habiéndolo comunicado con el Comisario Fr. Pedro Ortiz, escribieron á su Provincial, que á la

sazón era el P. Fr. Hernando de Ocampo, pidiéndole su bendición y licencia; la cual, aunque por parte del Santo Fr. Francisco Blanco tuvo alguna dilación y aun embarazo, diciendo unos que era muy mozo, otros que era muy necesario en aquel convento, y otros que el número de los que habían de ir estaba ya cumplido, mas, al fin, vino á tiempo que ambos se pudieron embarcar en aquella msión

Llegaron á Méjico, y en breve tiempo se echó de ver la virtud y buena habilidad del Santo Fr. Francisco Blanco, por lo cual le mandó el Comisario General, que á la sazón era, que, mientras estuviese allí, fuese á oir las artes al convento de N. P. S. Francisco de aquella Ciudad; porque aunque fuese por poco tiempo, con los rudimentos que ya tenía de la filosofía se podía hacer medianamente capaz, como en efecto se hizo. Prosiguió después con el mismo estudio por el camino, y aun estando ya en Manila, y con algunas materias de teología, siendo su lector en uno y otro el Santo Mártir Fr. Martín de la Ascensión, en cuya compañía pasó al Japón, como ya diremos. También le fué mandado que se ordenase por no haber entonces Obispo en Filipinas, y así lo hizo, llevado del caritativo impulso de emplearse en estas conversiones y ayudar en todo lo que pudiese á sus prójimos, que era el fin principal con que había salido de su Provincia y alistádose para ésta. Con el nuevo estado y gracia se halló más obligado á anhelar más á la perfección, no siendo parte para detenerle y atrasarle en ella la molestia de los caminos ni la ocupación de los estudios. Estos le ilustraron con nuevas luces, como se vió aquí en Manila, donde habiéndole mandado los Prelados proseguir con ellos por las grandes esperanzas que luego concibieron de cuan provechoso había de ser para el ministerio de la conversión de los gentiles, fué tanto lo que se aventajó en ella, que como depusieron los más de sus condiscípulos, que eran los mejores confesores y examinadores de su virtud, no habían visto ni conocido religioso más fervoroso y devoto, ni más puntual en los actos de Comunidad, ni que hiciese con más perfección las cosas de su estado y profesión.

Individuando algunas cosas, dijeron que, los más de los días, hacía tres disciplinas rigurosísimas, que á ellos les ponía horror; y en cuanto al silencio, que había sido tan estrecho el que había guardado, que, habiéndole notado con curiosidad, nunca le oyeron palabra ociosa ni de chanza, antes bien, las pocas que hablaba, de muy grande edificación; y las más veces de vilipendio y propio desprecio por tenerse por el más inútil é incapaz de los hombres, y como que no había en la Religión cosa tan indigna, siendo así que en el concepto de todos era tenido por religioso de muy buena razón y talento, y desde luego dió esperanzas que había de ser de mucho provecho. Dicen más, que

si por ventura, estando él presente, se deslizaban en alguna murmuración leve ó palabra ociosa, los reprendía con caridad, rogándolos por amor de Dios que dejasen aquello y volviesen á lo que trataban, que de ordinario era en materias de estudio; y si no lo dejaban, se iba de allí y los dejaba, mostrando grande sentimiento en que se dejase lo importante por lo que es ofensivo al espíritu, que por tal tenía él todo lo que no fuese tratar de cosas de virtud.

Esto mismo tenía con cualesquiera conversaciones, que si á las personas con quien hablaba no les podía ir á la mano, se despedía luego de ellas, y tomaba á su cargo hacer penitencia de sus murmuraciones ó palabras inútiles; y lo ordinario era ejecutarla con pena proporcionada y medicinal para sí, para no deslizarse en semejantes palabras, ya poniéndose un palo en la boca que le servía de mordaza, ya condenándose á perpetuo silencio en muchos días y aun semanas; y otras veces hacía disciplinas y varias mortificaciones, más ó menos, conforme á él le parecía que era la gravedad de la culpa.

Fué siempre muy devoto de Nuestra Señora, de cuyo favor, protección y amparo le vinieron tantos dones y gracias, como Madre y medianera que es de todas ellas, y por corresponder en alguna manera, no sólo en afectos, sino también en obras, ayunaba todos los sábados á pan y agua, y algunos otros días que tenía señalados para esto. Y aunque no fuese por esta intención, podemos decir que casi siempre ayunaba, por ser generalmente en su comer muy sobrio, apreciando sobremanera la virtud de la templanza como á compañera fidelísima de la castidad. En la guarda de esta virtud puso tanto cuidado, que, de los que más en particular le trataron y conocieron, fué tenido por virgen; y aun en su mucha honestidad y hermosura exterior se le echaba de ver, haciendo tanta reflexión en el rostro la pureza virginal que tenía hecho asiento en su alma, que, en viendo su aspecto, se componían, así religiosos como seculares, y nadie delante de él osaba hacer ni menos decir cosa que no fuese muy religiosa y decente.

No era menor su cuidado en la pureza de alma, huyendo de la más mínima imperfección como del más grave pecado mortal; y para resguardo de la flaqueza humana, repetía muchas veces el Sacramento de la Penitencia, aunque no hubiese apenas sobre qué cayese la absolución. Por esta limpieza del alma y corazón mereció sin duda el que Nuestro Señor le escogiese para la conversión del Japón, en cuya demanda, habiendo dado testimonio de su Fe, le ofreciese su vida en cruento sacrificio, que por ser de cuerpo y alma

El P. Rivadeneira dice que fué en el Convento de Nuestra Señora de Churubusco (Huitzilopocheo). (Nota del Colector).

tan pura, no hay duda que le sería muy aceptable. Y para que se vea que fué especial favor de Nuestro Señor el haberle señalado los prelados para esta misión del Japón, repetiré aquí lo que más á la larga dejamos dicho.

Estando, pues, oyendo teología en nuestro convento de Manila este bendito Mártir, siendo su lector el Santo Fr. Martín de la Ascensión, determinó el Provincial enviar más religiosos al Japón, para lo cual señaló á dos de ellos: el primero fué el mismo Santo Fr. Martín, y el segundo otro religioso ministro de la conversión, que por estar algo lejos de Manila, le enviaron á llamar á toda priesa. Y habiendo venido dos veces, muy gustoso de que le hubiese señalado para tan grande empresa, en ninguna tuvo efecto: la una fué por no haber embarcación, y la otra, por estar muy de priesa. De esta segunda ocasión se valió el Santo Fr. Francisco Blanco, pidiendo al Provincial que, pues el religioso que estaba señalado no venía, le enviase á él; y aunque no le dió por entonces el sí, viendo que el otro no venía, le hubo de enviar, con no pequeña admiración de ros que le juzgaban por menos idóneo y de menos prendas, como á ellos les parecía era menester para la empresa: quizás sería por verle tan mozo, que apenas tenía veinticinco años cumplidos, ó porque se hubiese preferido á tantos que también lo habían pretendido. Lo que sobre todo les admiró, el que apenas se hubieron dado á la vela, cuando llegó el otro religioso á quien estaban esperando, que si hubiese llegado un poco antes, sin duda le hubiera embalazado el viaje. Pero como el Señor le tenía escogido entre muchos para uno de sus esclarecidos Mártires, y quería servirse de él en aquella ocasión, lo dispuso así, para que no hubiese estorbo, y admirásemos sus disposiciones misteriosas en los impensados medios y caminos que toma, y de la manera que los ordena para engrandecer á sus escogidos.

Habiéndose, pues, dado á la vela para el Japón, yendo muy contentos y unidos en amor y caridad discípulo y maestro, se aplicaron con notable desvelo al estudio de la lengua japona, particularmente el Santo Fr. Francisco Blanco, que cuando llegó al Japón, iba tan aprovechado, que se entendía ya con los japones, y de allí á tres meses los pudo confesar y predicar, como si tuviera muchos años de estudio en ella. Llegado á la deseada presencia del Santo Comisario, le mandó el Santo Prelado que se quedase allí en Meaco para la conversión de los gentiles de aquella comarca; y fuera de ejercitarse en esto con la caridad, solicitud y desvelo que los demás, servía con particular amor en los hospitales á los pobres leprosos, siéndoles en todas sus necesidades padre y discreto médico.

Finalmente, habiendo trabajado en esta viña del Señor cerca de año y medio (*), se le llegó el tiempo deseado de morir en una cruz, con la cual se abrazó con tanta alegría y contento, que quisiera él tener mil vidas para darlas todas por Jesucristo. Y bien se echó de ver en la maravillosa constancia con que padeció su martirio, que cuando vió venir la lanza, comenzó á cantar aquellas dulcísimas palabras que Cristo Nuestro Redentor dijo en la Cruz: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum* (Luc. XXIII, 46). Y porque al darle la primera lanzada que le atravesó el cuerpo, con la furia del golpe y estremecimiento de la cruz sacó la una mano de la argolla, volviendo el rostro hacia aquella parte, con grande entereza de ánimo y valor admirable la volvió á su lugar; y prosiguiendo con su canto, aguardó la segunda lanzada con que el glorioso Mártir Blanco, blanco en el cuerpo y blanco en el alma, puesto los ojos en el Cielo, donde tenía su blanco, dió el espíritu á su Criador á los veintiseis años de su edad.

(*) Cinco meses no más, como prueba nuestro cronista San Antonio, según en otro lugar se ha dicho. (Nota del Colector)

CAPÍTULO XXVII.

VIDA Y MUERTE DEL SANTO MÁRTIR FR. FELIPE DE JESÚS Ó DE LAS CASAS.

POR cartas del año de setenta y cuatro que vinieron de la Nueva España, cuyo patrón es el dichosísimo Mártir Fr. Felipe de Jesús, se supo cómo se estaba componiendo un libro de su vida y martirio á diligencias del maestro D. Juan Arias, clérigo, presbítero, en la ciudad de Méjico. Después acá, no he tenido noticia si se ha dado á la imprenta (*): si se hubiere dado, á él remito al lector, que no puede dejar de tener muchas particularidades, de su niñez y crianza y otras cosas que, como más de cerca, se habrán podido averiguar mejor; pero si no, servirán en el ínterin las noticias que hasta hoy se conservan en esta Provincia, y otras (aunque pocas) que de papeles y memorias antiguas he podido rastrear.

Fué este dichosísimo Mártir de la insigne ciudad de Méjico, cabeza y metrópoli de la mitad de un nuevo mundo, que es toda la Nueva España. Su madre se llamó Antonia Martínez (**). Comienzo por aquí por haber sido tan dichosa mujer y tan singular entre las mujeres de estos nuestros siglos, que por ventura no habrá habido otra como ella, pues mereció ver en sus días á su hijo canonizado

(*) No debió de darse; mas á diligencias de otro presbítero, capellán de la Santa Iglesia Metropolitana de Méjico, llamado Diego del Castillo y Marqués, en 1683 salió á luz en epítome la vida de San Felipe, escrita el año anterior por nuestro Fr. Baltasar de Medina. Imprimióse el libro en Méjico el año 1683 en casa de Juan Rivera. (Nota del Colector).

(**) Era natural de Salamanca y su esposo Alonso de las Casas, de la villa de Illescas. (Nota del Colector).

y tenerle, viviendo en esta vida mortal, por abogado en el cielo (*). Es esto así, como consta por una cláusula de su testamento, cuyo original para en el archivo de la ciudad de Méjico, en la cual se nos dice juntamente todo lo que podíamos desear acerca de la patria y hermanos de este glorioso Mártir, y es como se sigue:

"En la muy noble y leal ciudad de Méjico de la Nueva España, en diez y siete de Febrero de mil seiscientos veintinueve años, ante Francisco de Olarde, escribano real, Antonia Martínez, vecina de esta ciudad y natural de la de Salamanca, de los reinos de Castilla, viuda de Alonso de las Casas, otorgó su testamento, en el cual está una cláusula del tenor siguiente:

Item: declaro que yo fuí casada y velada (**) según orden de Nuestra Santa Madre Iglesia con el dicho Alonso de las Casas, y de nuestro matrimonio hubimos y procreamos por nuestros hijos de legítimo matrimonio, primeramente al gloriosísimo Mártir San Felipe de Jesús y de las Casas, Mártir del Japón, de la Orden del S. P. S. Francisco, criollo, Descalzo, cuya festividad se ha estado celebrando estos días en esta ciudad de Méjico y le han nombrado por patrón de ella; al P. Fr. Francisco de las Casas, del Orden de S. Agustín; á Doña María de las Casas, viuda de Gaspar Duano; á Doña Catalina de las Casas, mujer de Francisco Enríquez Magariño; á Doña María de las Casas, doncella; á Alonso de las Casas y Diego de las Casas; y así, los declaro por mis hijos legítimos y de dicho mi marido (***)". Hasta aquí la cláusula del testamento, que por ser cosa que muchos tendrán por nueva, y que por ventura no habrán oído decir de otra madre, y tocar tan inmediatamente al glorioso Mártir San Felipe de Jesús, cuya vida historiamos ahora, la he puesto toda á la letra. Y porque no quede nada de lo que hace á su mayor apoyo y legalidad, advertiremos los testigos de este testamento, para que también por ellos conste; fueron: D. Gregorio de Castañeda, Juan de Agurto, Francisco de Cuellar, Francisco de la Cruz y Francisco Baládez.

Grande fué sin duda la piedad y cristiandad de los padres de S. Felipe, porque, si por el fruto se conoce el árbol, ¿qué mejor fruto que haber dado al mundo un tan glorioso Santo, á la Iglesia un tan ilustre y esclarecido Mártir, y á toda la Nueva España un tan ilustre y

(*) "También se tiene por cierto, según testimonio grave, que la ayudó á bien morir". San Antonio, *Crónica etc.*, part. 3ª, lib. 3º, cap. 25. (Nota del Colector).

(**) En la ciudad de Sevilla. (Nota del Colector).

(***) El P. Baltasar de Medina les da otros tres hijos más: Juan Matías y Ursula, los cuales murieron antes que la madre; y por eso, sin duda, no se hace mención de ellos en este testamento. (Nota del Colector).

esclarecido Patrón? Fuera de estas conjeturas, tenemos otras noticias en general, de que fueron ricos, honrados y estimados; y tenemos por devotos cristianos y temerosos de Dios, y que como tales criaron á sus hijos; de donde parece que la virtud y santidad en que después floreció el dichosísimo Mártir San Felipe de Jesús (particular esmero de sus padres aun antes de nacer, y después al crecer: en ésto, criándole en santo temor de Dios, y en aquéllo, pidiendo á Su Majestad con oraciones y lágrimas y otros ejercicios de piedad y cristiandad que el parto no saliese á luz, ó después de salido no se lograse, si no había de ser para su santo servicio), no fué solamente adquirida por sí é infusa de la divina gracia, sino heredada como por sucesión, orden y derecho de la naturaleza. Y no sin particular soberano acuerdo del cielo, que le quiso prevenir con la virtud aun antes de nacer, con mira sin duda de lo que había de ser al morir, para que fuesen tan naturales su santas y rectas inclinaciones, que si por ventura se torciesen (como se torcieron), fuese violencia de la naturaleza, y como violenta no durase mucho en el mal, y se volviese á su principio y origen, por el cual, caminando con más cautela, alcanzase un tan dichoso fin

Con esta, pues, tan dichosa prevención nació al mundo el glorioso Mártir San Felipe de Jesús; y así lo dió á entender en su infancia y niñez, mostrándose siempre muy inclinado á las cosas de virtud, la cual ejercitaba conforme á la capacidad y edad, hasta que creciendo en una y otra, y deseando ejercitarla con toda perfección, dispuso retirarse al seguro puerto de la Religión; y pareciéndole muy á propósito la de N. P. S. Francisco, con acuerdo y consejo de sus padres tomó nuestro santo hábito en el convento de los Descalzos de la Puebla de los Ángeles en la Nueva España (*); pero como todavía era de tierna edad y poco experimentado en las sugestiones del demonio, dando lugar á ellas, se persuadió no ser él para la Religión, con lo cual, dejando el camino de su primera vocación, se volvió al siglo, donde con la compañía de otros mozos de su edad empezó á declinar de las santas y nativas inclinaciones y loables costumbres en que le habían criado sus piadosos padres y á deslizarse en liviandades de mozo; en las cuales fué creciendo de manera, que, saboreado con los aparentes deleites, y dejándose llevar de los fingidos halagos, no conociendo, incauto, el veneno en el disfraz, ya no eran bastantes las amonestaciones, correcciones, amenazas y aun castigos de su cuidadoso padre para detener la rápida corriente de sus liviandades y vicios.

Lo cual, visto por el padre, y lastimado del despeño del hijo, re-

(*) Año de 1589, siendo nuestro Santo de poco más de quince años de edad (Nota del Colector).

solvió de enviarle á estas islas Filipinas, ó por quitarle delante de sus ojos, ó porque le pareciese que, ausente del regalo materno y arrimo de parientes, y en tierras apartadas, morigeraría sus costumbres; y de que menos maduraría en edad y seso, para lo cual ayuda mucho el rodar fortuna. Bien conoció el mancebo el despego del padre, pero, como desacordado, no advirtió que en él obraba el deseo de su salud, que si así fuera, podría ser que abriera los ojos, conociera su enfermedad y perdición y tratara de la enmienda sin haber necesidad de que el remedio se pusiese en ejecución.

Llegó á Filipinas (*), y luego cayó en la cuenta de su destierro, aunque no se aprovechó de él como de remedio, sino como de ocasión á su torcida inclinación. Porque luego que se vió sin tener á quien temer ni respetar, y absoluto dueño de su voluntad, y con algunos dineros que le habían dado sus padres para que mediante la mercancía se pudiese bandear, valiéndose de la ocasión, comenzó á gastar y triunfar, á cobrar amigos y seguir sus vicios, ocasionándole por instantes nuevos despeños, que no advirtió hasta que le dejaron sin blanca y se quedó sin amigos.

Pero Dios, cuya piedad es suma, volviendo á él sus misericordiosos ojos, le tocó en el corazón, penetróle el alma, ilustróle el entendimiento, desterró todas sus tenieblas y le rindió la voluntad de tal suerte, que cual otro hijo pródigo, acordándose de las consolaciones y regalos que en la casa del Padre celestial, cuando fué novicio, había tenido, y cuán encenagado estaba en pecados, y las miserias que padecía apacentando el ganado inmundo de sus apatitos, trató de volverse á ella, renunciando de todo punto los vanos deleites del mundo y abrazándose con la cruz de los trabajos, como lo hizo, volviendo á tomar nuestro santo hábito en el convento de Nuestra Señora de los Ángeles de la ciudad de Manila de mano de su Guardián, el santo Fr. Vicente Valero, que á la sazón lo era, y el que también le dió la profesión á 22 de Mayo del año siguiente, habiendo tomado el hábito á veintiuno del mismo mes, año de 1593.

Con el nuevo estado, quedó tan mudado y la divina luz tan impresa en su alma, que comenzó á discurrir por una parte en las soberanas misericordias y piadosas entrañas del Señor desde la primera vez que le llamó á la Religión, y por otra su ruin correspondencia é ingratitud. Consideraba con profundidad los cuidados de Dios en su remedio, los modos que había tomado para volverle á su casa cuando él andaba tan divertido, ya resistiendo rebelde á sus impul-

(*) Unos dicen que vino con plaza de soldado; otros le hacen comerciante. (Nota de Colector).

sos, ya no respondiendo, y siempre pagándolos con ofensas; y así, hallándose grandemente reo, se hizo juez de sí mismo, reprendióse sereno y condenóse hacer una vida muy austera y penitente. Púsolo luego por obra, ayudado de su fervor, que era muy grande, y fiado en el auxilio divino. De esta suerte fué prosiguiendo con igualdad el año de su noviciado, antes creciendo, que descaeciendo, hasta que le dieron la profesión, que, viéndose más obligado, añadió nuevas mortificaciones, multiplicó las disciplinas, aumentó los ayunos y, al fin, le parecían cortos y suaves á su ánimo generoso y fervoroso espíritu los rigores de la Religión.

Y aun con ser obra de tanto peso la vida de corista, no satisfacía la hambre que padecía de la virtud. Porque como consideraba á solas en lo interior de su alma lo que debía á la clemencia de Dios, cuán perezoso había venido á su viña, cuán presto se había cansado retrocediendo de su primera vocación, y cuánto tiempo había estado después ocioso en la plaza del mundo, que á no haberle sacado de ella Su Majestad, usando de su acostumbrada piedad y misericordia, hubiera sido grande su perdición: eran éstas tan vivas meditaciones, que servían de incentivo al espíritu para no sosegar un punto, sino en todo aquello que fuese de mayor rigor y perfección. Atendía á las mortificaciones y virtudes particulares de los religiosos, imitábalas con santa emulación; y porque no le desayudase la Religión, dispuso Nuestro Señor que con particular ayuda le mortificasen, ordenándole algunas penitencias de quebranto en el amor propio, que él ejercitaba con puntualidad; y aunque en ellas manifestaba bien los quilates de su espíritu acrisolado, todavía le parecía que no quedaba bastantemente satisfecho ni desahogado: tales eran sus deseos de padecer y merecer y de satisfacer en alguna manera, como él decía, por sus pecados.

Tuvieron algún desahogo en una piadosa invención que le administró su mismo fervor y espíritu, y fué haber hecho concierto con otro religioso, también muy espiritual y devoto, que tuviese cada día culpas, y se las reprendiese con rigor. Por lo cual, se postraba ante sus pies con corazón humilde y contrito; lloraba sus pecados con lágrimas encendidas y tiernos sentimientos, y como agravado con el peso inmenso de ellos, suspirando y gimiendo, los manifestaba; pedía penitencia, ó ya la reprensión; recibíala con gusto, y con el mismo ejecutaba lo que le ordenaba aquél á quien había constituído por su juez. Y si era advertido de algún defecto leve que él ignoraba, procuraba con toda diligencia poner la debida enmienda, haciendo juntamente penitencia por él; y como era juicio que se repetía todos los días, y donde se examinaban los ápices y

pesaban las acciones más ajustadas, siempre andaba con este cargo, y el fervoroso afecto que tenía á la penitencia bien ocupado.

No porque con mano ajena fuese mortificado en tanta mortificación y humillación, moderaba él las suyas en maltratarse y afearse como á gran pecador. Movíanle para ello impulso de varias virtudes, especialmente el que habemos dicho que tenía á la penitencia y el de su humildad profunda, la cual puso por base de todo el edificio espiritual. Conocíase vilísimo, y como á tal se trataba, confuso de estar en la casa del Señor y de traer el santo hábito. Este menosprecio que de sí tenía le inducía no sólo á reputarse por inferior de todos, sino á emplearse en el servicio de ellos, como si fuese siervo de cada uno; y así, desde luego tomó por su cuenta acudir á los viejos y necesitados y ayudar á los demás en cuanto pudiese, de suerte que, viéndole los Prelados tan servicial y tan caritativo para con los religiosos, le hicieron ayudante de enfermero en el nombre, porque en la realidad él era el principal enfermero.

Hablando acerca de esto el autor de los manuscritos, que fué su compañero así en el noviciado como en el coristado, dice: "En la enfermería trabajaba de día y de noche: servía á los enfermos con tanta humildad y respeto, que los miraba como si fueran Ángeles, ó como si considerara en ellos á Nuestro Señor Jesucristo, enfermo; y con ser tan grande su humildad en estos ejercicios, era mayor su autoridad, pues á donde él estaba, no hacía falta el enfermero mayor; porque era tal su cuidado, que anteponía la asistencia y cura de los enfermos á su propia salud, como muchas veces ví (concluye) y experimenté". (*)

De otras muchas virtudes en general deponen sus compañeros y connovicios, y algunos otros religiosos que le alcanzaron, diciendo que era muy callado y modesto, muy puntual en todos los ejercicios de comunidad, particularmente en el coro, no faltando jamás ni de día ni de noche, con ser así que, por razón de la ocupación de la enfermería, le dieran los Prelados por bien excusado; y lo que más admiraba, la atención y reverencia con que estaba, representando muy al vivo el oficio de Ángel, que hacen todos los religiosos que con la debida atención y reverencia pagan las divinas alabanzas. También dicen, que desde que tomó el hábito, corrió á lo último de la perfección evangélica con grande determinación, y tal, que les admiraba, y

(*) El P. Llave, compañero en Manila de nuestro Santo, dice también: "Trabajaba en la enfermería con mucha humildad y caridad en el servicio de los enfermos (siendo ayudante del enfermero), anteponiendo el cuidado de servirles á su propia salud, como muchas veces ví y experimenté". Llave, *Crónica etc.*, trien. 6. (Nota del Colector).

mucho más á su maestro el siervo de Dios Fr. Francisco de Montilla, que lo fué la mayor parte de su noviciado y coristado; y como varón de tan grande perfección, no sólo veía la que resplandecía en las obras exteriores del discípulo, sino que del testimonio de su pura conciencia infería el tesoro de virtudes que Dios tenía encerrado en su alma; fuera de que no sólo no hallaba en él defectos que corregir, mas antes tal perfección é integridad de virtud, que le tenía confuso.

Tuvieron noticia sus padres del nuevo estado y mudanza del hijo, y llenos de placer, deseando verle, con el favor del Inquisidor mayor de Méjico y de otras personas de cuenta de aquella Ciudad, alcanzaron licencia del Comisario general de la Nueva España, Nuestro Reverendísimo P. Fr. Pedro de Pila, que á la sazón lo era; con la cual se embarcó el bendito Mártir para ir allá en aquel desgraciado galeón *San Felipe*, tan dichoso para él, que por los sucesos ya referidos vino á arribar al Japón, donde se perdió. ¡Misterios son soberanos é incomprensibles juicios de Dios, á quien el más levantado entendimiento no pudo dar alcance ni apear! ¡Que, para que su siervo estuviese en parte donde alcanzase la corona del martirio, se valga del cariño y amor de sus padres, que obligaron al Comisario general á sacarle de esta provincia, y después permita que se pierda el navío para sacar de esta pérdida una tan grande ganancia en crédito de su Fe y en honra y gloria de su Santo Nombre, verdaderamente son trazas del Altísimo, más para veneradas y admiradas, que para ponderadas; porque por más que se canse el entendimiento humano, no las acabará bastantemente de encarecer ni de ponderar!

Iban en este galeón religiosos de diferentes Religiones: uno de nuestro P. Sto. Domingo, dos de N. P. S. Agustín, y, en compañía de San Felipe, Fr. Juan Pobre, de Nuestra Orden. Los cuales, todos, dieron testiminio de la mucha virtud y santidad de nuestro bendito Mártir: unos contando los heroicos actos de caridad que ejercitaba con los pobres y necesitados del galeón, quitándoselo de la boca para socorrerlos en sus necesidades; otros ponderando su modesto recogimiento y compostura, la cual era tal, que componía y morigeraba á cuantos le miraban; y, como todos decían, aunque no hubiera más testimonio de su mucha virtud y santidad, era bastante la de su modestia agradable. Andaba siempre, aun en medio de los mayores trabajos de la navegación de borrascas y tormentas, con el rostro tan alegre y risueño, sin desdecir de su religioso, que por él se asomaba la satisfacción y paz de su alma. Y así por esto como por las muchas virtudes que le veían ejercitar le amaban y querían entrañablemente, no sabiendo nombrarle con otro nombre que con el de Santo; y jugando del vocablo, so-

lían decir: *San Felipe lleva á San Felipe.* Porque el galeón se llamaba así, y lo mismo el bendito Mártir á quien suponían ya todos por Santo.

Quien más se señaló en esto en la ocasión que vamos diciendo, fué el Padre Fr. Diego de Guevara, religioso de N. P. S. Agustín, que después fué Obispo de Camarines, que habiéndole elegido el bendito Mártir para su confesor por no ir allí religioso sacerdote de Nuestra. Orden, pidiéndole algunas veces con humildad y rendimiento que le oyese de confesión, si por ventura el Señor Obispo estaba rezando ó en otra ocupación, le decía *(como á mí me lo dijo muchas veces su Señoría,* advierte aquí el autor de los manuscritos, derramando lágrimas de devoción): *aguarde San Felipe, que en acabando de rezar, le confesaré.* Y lo mismo era aun sin saber lo que quería ó á donde iba, que le decía: *¿Qué quiere San Felipe? ¿Á dónde va San Felipe?* De suerte que le llamaba de santo á boca llena y sin recelo alguno, como si supiera de cierto que dentro de breve tiempo le habían de adorar y venerar como á tal é implorar su intercesión en el cielo; y como quiera que en esto no hay que poner duda, y que con tan prevenidas muestras quiso Dios Nuestro Señor honrar á su siervo; pero podemos discurrir que quizás sería, ó por anticiparle en alguna manera el premio que después había de merecer en la victoria, ó para que entendiésemos que en cuanto á esta parte ya él le tenía merecido, siendo antes Santo, que Mártir, y después Santo Mártir: ésto en muerte, y aquéllo en muerte y en vida.

Habiéndose, pues, perdido el galeón como habemos dicho, y saltado en tierra así religiosos como seculares, se resolvieron el glorioso San Felipe y el siervo de Dios Fr. Juan Pobre de ir á Meaco en compañía de los embajadores que enviaba el general de la náo para dar cuenta al emperador Taycosama de su desgracia y naufragio; y fuera de moverle también la caridad á nuestro Santo por ver si podía ayudar en algo á los castellanos en el buen despacho de su negocio y pretensión, pero el principal intento de subir á Meaco fué por verse con el Santo Comisario y tomarle su bendición, y con ella y su licencia ordenarse de los órdenes que pudiese con el Señor Obispo D. Pedro Martínez, que á la sazón andaba por aquellas partes; que, por no haber Obispo en Filipinas, no había recibido ningún Orden, y, según parece, tenía ya para todas la edad bastante.

Con este deseo llegó á Osaca, donde halló al Santo Comisario, que le recibió á él y á sus compañeros con entrañas benignísimas de padre, holgándose sobremanera con su vista; y después que hubieron descansado, mandó al Santo Fr. Felipe que se quedase allí, aguardando al Señor Obispo; y él se partió luego con Fr. Juan Pobre y

demás castellanos á la ciudad de Fuximi, donde estaba el Emperador, á darle razón de la embajada.

En Osaca se entretuvo algunos días el Santo Fr. Felipe en sus acostumbrados ejercicios de oración, mortificación y penitencia, muy consolado con la compañía del Santo Fr. Martín de la Ascensión, Presidente de aquel convento, dando juntamente muchas gracias á Nuestro Señor por el fervor grande de los nuevos cristianos japones y el deseo y ansias con que buscaban el camino verdadero de la salvación, lo cual le estimulaba de manera, que ninguna otra cosa deseaba ya más que verse ordenado para ayudarles en lo que pudiese y ser uno de los jornaleros de aquella tan florida viña, cuyo fruto creía ser muy agradable á Dios, y, por consiguiente, dichoso el trabajo de los que se empleaban en su cultivo.

Pero como por el negocio del galeón se ofreciesen cada día tantas novedades, y fuese necesario, para dar aviso de algunas de ellas al Santo Comisario, que por todos caminos solicitaba el buen despacho de los castellanos, que alguno de los dos se fuese á ver con él, el Santo Fr. Felipe, pareciéndole que allí no hacía falta, y el Santo Fr. Mártin sí, tomó á su cargo esta diligencia, y así se puso luego en camino, llevando por guía al Santo niño Tomé, después también dichosísimo mártir. En el discurso del camino, pasando por un pueblo de muchos mesones, sucedió que, habiéndole rogado un mesonero que entrase á comer y aceptado el Santo por llevar necesidad y entender que era caridad que le hacía, después, al agradecérsela como era razón, no entendiendo el mesonero aquel lenguaje, al fin como gentil, y viendo que se iba sin darle otra paga, asió de él con mucha furia, diciéndole muchas injurias y oprobios; y aunque el santo niño Tomé le decía que era religioso pobre, que se sustentaba de limosna, no hubo remedio de soltarle, hasta que se hizo pago, desnudándole y quitándole la túnica interior que traía á raíz de las carnes; lo cual sufrió el Santo Mártir con increible paciencia, acordándose de Nuestro Señor, cuando ignominiosamente le desnudaron.

Llegó á Meaco y dió razón de su venida, y habiéndoselo estimado mucho el Santo Comisario, le mandó que se volviese luego á Osaca para que no perdiese la ocasión de las órdenes. Pero Dios Nuestro Señor que tenía dispuesto que estas las tomase en el ara de la cruz, y que en ella celebrase el sacrificio de su misma vida y se la ofreciese en holocausto, lo anduvo trazando de manera, que antes de salir de Meaco el Santo Fr. Felipe, llegó el orden del Emperador de que les pusiesen guardas; las cuales le embarazaron el paso, de suerte que, aunque los castellanos y religiosos pretendieron sacarle de la prisión, no fué posible, no obstante de haberles adver-

tido que aquel religioso no era de los comprendidos, y expresamente contra la intención del Emperador: en que se conoce cuan poco pueden las razones ni las congruencias humanas ni todas sus diligencias contra las disposiciones y determinaciones de Dios. Y así como Él tenía determinado de hacer al glorioso San Felipe uno de sus esclarecidos Mártires, hizo muy poco para estorbarlo el esfuerzo con que los hombres pretendieron sacarle de la prisión, ni menos el no ser de los comprendidos, y expresamente contra la voluntad del Emperador. Y lo que es más,aun el no haber sido compañero en los trabajos de la conversión, no fué parte para que no lo fuese en el premio, porque el querer de Dios es sobre toda razón y poder.

Acerca de una hablilla que entre algunos anda muy válida de que este glorioso Mártir se huyó ó quiso huir de la cárcel, aunque más he revuelto en esta materia y puéstome á discurrir con cuidado en ella, sobre tener bastante comprensión de todos los sucesos de este tan célebre martirio. no he podido adivinar con el fundamento, ni de dónde tuvo origen un tan manifiesto engaño. (*) Porque si entienden por cárcel el convento, todo el tiempo que le tuvieron puestas guardas, estuvo tan lejos de huirse de él, ni menos el pretenderlo, que, habiéndole aconsejado al tiempo que se hizo la lista que dijese que era de los que habían venido en la nao perdida y traído el presente al Emperador, lleno de un espíritu divino, respondió lo que ya hemos referido en otra parte: *No quiera Dios que mis hermanos estén presos y yo me vea suelto.*

Y es de advertir que esto era aun antes de saber el intento de la prisión, llevado solamente de aquel caritativo y fraternal afecto de querer acompañar á sus hermanos en sus prisiones y trabajos, que después que tuvo noticia que trataban de crucificarlos, aun se mostraba más fervoroso; porque no contento con haber cerrado la puerta á las diligencias de los castellanos en haberse dejado poner en lista (pues por esta razón no aprovechaban las dádivas ni los ruegos y súplicas de los que le pretendían librar), les pedía encarecidamente que no se metiesen en esto; que él estaba muy consolado y muy agradecido á Nuestro Señor, pues siendo tan miserable y vil criatura y llena de pecados (que por tal se tenía en su estimación), se había dignado, usando de su acostumbrada piedad, de ponerle en compañía de sus fidelísimos siervos, donde, aunque no les había acompañado en la conversión y demás trabajos, le quería hacer participante de su premio y corona. Este

(*) Dió ocasión á él unas coplas que se imprimieron cuando llegó á Méjico la Bula de la Beatificación de los Santos Mártires del Japón. Véase la *Vida, Martirio* y *Beatificación del Invicto Proto-Mártyr del Japón San Felipe de Jesús* por Fr. Baltasar de Medina, cap. 13. (Nota del Colector).

mismo fervor y celo mostró al salir del convento para la cárcel pública, y después al sacarlos en los carros á la vergüenza, que todavía andaban los castellanos haciendo diligencias para librarle, valiéndose para ello de algunos cristianos japones y otros gentiles principales, de lo cual mostraba harta displicencia el Santo Mártir, cuanto era el deseo que tenía de morir por Cristo; y á donde se conoció mejor fué al tiempo que le cortaron parte de la oreja, que, viendo correr la sangre, y como diciendo á los que trataban de librarle que no se cansasen, con admirable fortaleza, dijo: "Ya estoy marcado por Cristo, y así, aunque el tirano me diera libertad, yo no la admitiera."

Para que se vea cuán fuera de fundamento y verdad es la dicha hablilla, pues con tan fervorosos deseos y palabras de tanta fortaleza y constancia, mal se compadecían intentos de lo contrario. Lo cierto y verdadero es que este dichosísimo Mártir fué fidelísimo compañero de sus hermanos desde el principio hasta el fin del martirio, mostrando en todos los trabajos y aflicciones, que en el discurso de él padecieron, grandísima constancia y una tan grande alegría y consuelo espiritual en padecer por Cristo, que á todos animaba y enfervorizaba. Particularmente llegando al lugar del suplicio que, puesto de rodillas y abrazándose con su cruz, decía: "¡Oh dichoso navío! ¡oh dichoso galeón San Felipe! ¡oh dichosos trabajos! ¡oh dichosos tormentos! ¡oh pérdida, no pérdida para mí, sino la mayor de las ganancias! ¡Oh dichoso yo, pues viniendo á Meaco por órdenes, el Sumo Sacerdote, Cristo, según el orden de Melchisedech, me las da hoy en el altar de la cruz con muchos grados de gloria y con la laureola del martirio!

En esto llegó el verdugo que, amarrándole fuertemente con las argollas, le levantó en alto; pero porque el madero de en medio en que había de cargar el cuerpo no estaba ajustado á la medida del Santo, al enarbolar la cruz corrió abajo, y quedando colgado de la garganta, se ahogaba repitiendo con grandísimo fervor: *Jesús, Jesús.* Lo cual visto por el juez, mandó que antes que se ahogase le diesen las lanzadas; y así lo hicieron en la forma que ya hemos dicho en otra parte, con las cuales dió el alma á su Criador; y á esta causa el primero de todos que recibió la corona, habiendo sido el postrero que había entrado en el Japón. Cumplióse aquí lo que Nuestro Señor dijo por San Mateo (XIX. 30 et Marc. X. 31) *Et erunt primi novissimi, et novissimi primi (Que en la paga de los jornaleros de su viña había de comenzar por los postreros).*

Capítulo XXVIII.

VIDA Y MUERTE DEL SANTO MÁRTIR FR. FRANCISCO DE LA PARRILLA Ó DE SAN MIGUEL, RELIGIOSO LEGO.

TUVO el quinto lugar en este glorioso catálogo de Mártires el Santo Fr. Francisco de la Parrilla, del estado humilde de lego, dotado de singular pureza y simplicidad columbina, y tan humilde, que este fué el principal acto positivo, como ya diremos, por donde vino á alcanzar la corona del martirio. Fué natural de la Parrilla, de donde tomó el apellido, aldea de Valladolid, en Castilla la Vieja, hijo de padres honrados, nobles y ricos, que se decían Francisco de Andrada y Clara de Arco, naturales del mismo pueblo. Desde niño se crió para santo, y en todas sus acciones daba muestras de que lo había de ser, particularmente en su humildad, compostura y recato, que era en él como natural. En cosa ninguna parecía niño, sino hombre de mucho seso; pero sincero y llano, de buen alma y muy sana conciencia, sin deslizarse en la más mínima cosa que fuese contra ella; y tan firme en esto, que si por ventura había alguno que de burlas ó de veras le aconsejaba lo contrario, con grandísima resolución respondía, que no quería, porque era conciencia. Esta palabra era tan ordinaria en su boca que ya por burla le llamaban *conciencia:* ¡tal la tenía él que pudo con buena conciencia ilustrarse con este nombre!

Á los primeros años de su juventud pasó á la ciudad de Valladolid, y de allí á Medina del Campo, Corte en aquel tiempo; pero aunque entró en ella, no en él su malicia, conservando siempre aquella sinceridad y llaneza que heredó de sus padres. Empero los engaños y desengaños que allí veía de continuo le abrieron de tal manera los

ojos, que conoció claramente que el que no se recogía de presto á puerto seguro estaba muy á pique de peligrar y perderse. Consideró á la Corte un mar alterado, donde todo es fluctuar, dar uno y otro vaivén, y donde el bajel más fuerte se rompe con la infinidad de ocasiones y tropiezos; y previniendo cautelas á tantos riesgos, antes de ser sepultado en sus olas, trató de huir de él, como lo hizo, tomando su camino para la ciudad de Calahorra; no se sabe á qué fin, pero sí que tomó en ella nuestro santo hábito (*), en el convento de Nuestra Señora de la Consolación de religiosos recoletos de la Provincia de la Concepción.

Pasó la carrera de su noviciado con grande aceptación y loa de varón espiritual, y, hecha la profesión, le mudaron los Prelados al muy religioso convento de Abrojo, donde moró tres años. Tuvo noticia del grande rigor y aspereza que se profesaba en la provincia de la Rábida, en el reino de Portugal, y llevado de su fervoroso espíritu que le inducía á todo lo que era de mayor rigor y perfección, concertándose con otro religioso sacerdote, pidió licencia para ir allá. Concediéronsela por entonces los prelados, mas luego que llegaron á Lisboa él y su compañero, yendo á tomar la bendición de nuestro Rmo. General, que se hallaba allí á la sazón, por nuevas razones que se ofrecieron, no les permitió quedarse allí; con que les fué forzoso dar la vuelta á Castilla, harto cansados y fatigados de tantas leguas como habían andado á pie y descalzos, particularmente nuestro bendito Mártir que, no aquietándose su espíritu hasta encontrar con lo que buscaba, hizo muchos y nuevos rodeos en busca del Provincial de los Descalzos de la Provincial de San José con intento de incorporarse en ella. Hallóle en la villa de Coca (**), é informado el Prelado de su buen espíritu, y que su mudanza no era por liviandad, sino con celo de mayor perfección y puntual observancia de su Regla, le recibió y dejó allí por morador; donde vivió algunos años con grande ejemplo y perfección de vida, negando de tal manera su propia voluntad, que no la tenía para cosa suya, sino para cumplir la de su Prelado.

Llegó á este tiempo á aquella Provincia un Comisario que iba de ésta á conducir religiosos que pasasen á estas conversiones, y teniendo noticia de ello el bendito Fr. Francisco, encendido en vivos deseos de la salvación de las almas, pidió con mucha humildad que le asentasen

(*) En este punto, nuestros cronistas andan varios: Rivadeneira dice que le tomó en San Francisco de Valladolid; lo mismo opina el P. Deza; el P. La Llave le hace hijo del convento de Ntra. Sra. de la Consolación de Calahorra, y Santa María del de Medina del Campo (Nota del Colector).

(**) Éralo el P. Fr. Pedro de Jeréz, que después se embarcó para Filipinas con los Religiosos de la primera misión, muriendo en el camino. Véase su vida en el tomo primero de esta *Crónica*, lib. 1.º, cap. 11 y 12. (Nota del Colector).

en la lista; que aunque no fuese de otra cosa que de criado y esclavo de los ministros de la conversión, viviría muy contento. Tanto instó en esto, que le hubieron de dar licencia, y el Comisario recibirle, dejando muy apesarados á los religiosos de su convento yá cuantos le conocían en su Provincia, que por su admirable candidez y pureza le amaban y querían entrañablemente. Llegado á Méjico, sirvió de portero en el convento de San Cosme con mucha edificación de religiosos y seglares, y lo mismo tenía en cualquier oficio ó cargo en que le ocupaba la obediencia, y así, siendo preciso enviar un religioso á tierra de Chichimecos (*), gente montaraz y bárbara, á ciertas diligencias de importancia, conociendo los Prelados la pronta obediencia de nuestro bendito Mártir y su grande ejemplo, le señalaron para esta función, á que él obedeció con grandísimo gusto. Púsose al instante en camino, el cual, con ser largo y fragoso, le anduvo todo á pie y descalzo, y con tanto tesón, que tenía escrúpulo de pasar á caballo los ríos que no tenían puente, ó no se podían vadear á pie.

Estuvo entre estos bárbaros algunas semanas, hasta que hubo concluído con lo que llevaba que hacer, que se volvió á Méjico, dando muchas gracias á Nuestro Señor de los muchos riesgos y peligros de la vida de que le había librado, y por los beneficios que le había hecho, así espirituales como corporales, mientras estuvo en aquella inculta soledad. El que él encarecía mucho fué haberle proveído Nuestro Señor de sacerdote, que era un religioso ministro de aquella conversión, con el cual se confesaba y recibía notable consolación por ser también religioso muy espiritual y ejemplar. Hicieron una ermita en que el sacerdote decía Misa y el Santo Fr. Francisco comulgaba; y lo demás del tiempo gastaban en devotos ejercicios de oración y contemplación. El Jueves Santo celebraron los divinos oficios con tanta devoción y solemnidad, como pudieran en poblado, de suerte que, viéndolo los indios, se les aficionaron y les tenían un tan gran respeto y temor reverencial, que de allí adelante andaban entre ellos sin temor ni recelo alguno; y esta fué la ocasión de negociar el santo Fr. Francisco más presto de lo que entendió. Fuera de esto hizo otros muchos viajes por diferentes partes de la Nueva España, siendo mandado por la obediencia, y según pa-

(*) En aquel tiempo los chichimecos ó chichimecas habitaban hacia el estado de Guanajuato, en las orillas del río de Santiago donde fueron combatidos por los españoles. El nombre de chichimeca viene, como dice Torquemada, *del efecto que significa ese mismo nombre, porque chichimecalt quiere decir chupador ó mamador, y estas gentes en sus principios chupaban la sangre de los animales que mataban á manera del que mama.* Véase La Monarquía Indiana del P. Juan de Torquemada donde se dan otras muchas y curiosas noticias de esta interesante nación chichimeca. (Nota del Colector).

rece, todos en orden al aumento y extensión de la nueva custodia de San Diego, que por aquel tiempo se había fundado en la misma Nueva España; y así, á este glorioso Mártir le podemos muy bien poner en el número de los fundadores de aquella Santa Provincia, pues, en orden á su fundación y aumento, trabajó tanto como cualquiera. A ocasión de esto, se detuvo en aquella tierra dos años y medio, hasta el de mil y quinientos ochenta y tres en que pasó á estas Islas en compañía del glorioso Protomártir San Pedro Bautista, que venía por Comisario de aquella barcada.

Luego que llegó á Filipinas, le señalaron los prelados para la conversión de la provincia de Camarines, donde halló muy á la medida de su deseo almas que convertir y religiosos perfectos á quien imitar. Poco tiempo estuvo en ella, pero no por eso dejó de hacer mucho fruto por haberle favorecido Nuestro Señor con tan singulares dones, que eran en él bien notorios el de hacer milagros y el de aprender con mucha facilidad cualquiera lengua. Una vez, día de San José (de quien este bendito Mártir fué muy devoto), habiéndose juntado gran cantidad de indios á oir Misa, rogó al ministro que le dejase predicar, en acabándola, que les quería decir que fuesen muy devotos de San José y de su Esposa la Virgen, María Santísima, á que el ministro respondió: *¿cómo se lo ha de decir, pues no entiende la lengua ni aun sabe en ella pedir de comer?—No importa, hermano* (respondió el Santo), *que podrá ser que sepa.* Y así sucedió, que habiendo él comenzado con dos ó tres palabras que sabía de la lengua bícol (que así llaman á la de Camarines), Nuestro Señor le fué administrando las demás y lo que había de decir, mediante lo cual dijo tan altas cosas del bienaventurado Santo y de María Santísima su Esposa, que así el ministro como los indios se quedaron atónitos y pasmados, creyendo que el Espíritu Santo hablaba por su boca. Y lo que fué más, que de allí adelante hablaba siempre que era menester en la dicha lengua y con la misma expedición, y siempre tan bien y aun mejor que los mismos indios. Por lo cual le llamaban *el enseñador* (*), porque no sólo les enseñaba los misterios de nuestra santa Fe y lo que habían de hacer para bien obrar, sino también de la manera que habían de hablar.

En cuanto á los milagros, también se vieron algunos ejemplos en la misma provincia de Camarines, particularmente de enfermos á quien milagrosamente dió salud, como se vió en una ocasión que, estando muriéndose (á juicio de todos) una india infiel, por haber mucho tiempo que había estado traspuesta y sin habla, y la gente aguardando más

(*) También le llamaban *el padre santo* (Nota del Colector).

de dos horas á que volviese en sí para bautizarla, nunca pudo hablar, aunque se hicieron grandes diligencias, hasta que el Santo Fr. Francisco procuró que la enferma abriese la boca; y haciéndole la señal de la cruz en la lengua, habló luego y pidió el Bautismo y se le dieron, dejándola buena y sana en el cuerpo y en el alma. Otra vez un indio que estaba con grandes congojas de muerte por haberle picado una culebra, de las muchas que hay en esta tierra, y algunas de ellas tan ponzoñosas que sin remedio matan, le sanó con hacer la señal de la cruz sobre la picadura; y de uno y otro dió testimonio un sacerdote, Tesorero de la catedral de esta ciudad de Manila, que fué el que acudió al remedio espiritual de ambos enfermos.

Mudáronle después al convento de Nuestra Señora de los Ángeles de la ciudad de Manila, donde fué portero otro poco de tiempo; y como la caridad no sabe estar ociosa, cuando no tenía que hacer en la portería, asistía á la cura de los pobres enfermos del hospital de los Naturales por estar casi enfrente de ella, arrimado al mismo patio del convento. Era su enfermero mayor el santo Fr. Juan Clemente, y viendo el mucho amor y caridad, aun sin tenerlo de oficio, con que acudía al hospital nuestro bendito Mártir, le pidió á los Prelados por su compañero de asistencia; que luego se le concedieron, y él aceptó el cargo con mucho gusto y no menor de los pobres, que ya tenían experiencia del amor y caridad con que les curaba (*). Estando aquí en este hospital, tuvo los primeros impulsos de pasar al Japón, porque como en él se curaban enfermos de diversas naciones (como ya hemos dicho), experimentó muy de cerca el talento y buen natural de los japones; por lo cual, y por las nuevas que cada año venían de la cristiandad de aquel Reino, y la necesidad que, según escribían los cristianos, había de ministros, se encendió tanto en los deseos de ir allá, que no había remedio de pensar en otra cosa sino es en esto, andando siempre con estos deseos y ansias, que fueron como prendas de la merced que después recibió.

Y así, aunque por entonces no había esperanzas del Japón, por la vía de Filipinas, sólo con aquel afecto que había cobrado aquellos reinos, aprendió muchos vocablos de su lengua; y llevado de este mismo

(*) "Aprendió en Manila el idioma tagalog con tanta brevedad y perfección como el bícol, siendo la maestra la caridad con los enfermos para enseñarlos, al mismo tiempo que era diligente para asistirlos. Los más eran indios tagalos; pero la Misericordia de este Hospital admitía otros de varias naciones y reinos, por ser entonces éste en Manila el hospital único. Por esta razón, se aplicaba también con cuidado á la inteligencia del idioma de cada uno, y así, se entendía bien con todos. En la comprensión y memoria fué felicísimo; pero siempre se tiene por más que natural la inteligencia de tantas lenguas en tan breve tiempo. En el idioma del Japón fué más cuidadoso su estudio, así como á los enfermos de aquella Nación fué más intenso el afecto." San Antonio, *Crónica*, part. 3.a. lib. 3.o, cap 26. (Nota del Colector).

impulso, aunque con todos los enfermos era caritativo y grandemente servicial, con los japones era cosa que admiraba, y, como él decía, parecía que no estaba en su mano; porque en siendo cosa del Japón, no se podía contener. En las pláticas mostraba el mismo afecto, porque si había japón con quien hablar, no le verían con otro; y si hablaba con los religiosos, había de ser de solo el Japón. Cuando venía el viento de aquellas partes, mostraba tan particular alegría, que al instante que le sentía, decía muy gozoso: *viento japón tenemos.* Otras veces, puestos los brazos en cruz, prorrumpiendo en afectuosos suspiros y tiernas lágrimas daba voces diciendo: *¡Oh vientos japónicos! ¡cuándo me llevaréis allá!* De suerte que todos sus pensamientos y palabras eran acerca del Japón, y en ninguna cosa tenía gusto sino cuando oía hablar de las de este Reino, diciéndole ya el corazón la felicidad y dicha que en él le tenía preparada Nuestro Señor. Acompañaba á estos deseos con obras, esto es, haciendo particular oración por aquella conversión, á que juntaba disciplinas, ayunos y otras mortificaciones, y también rezaba todos los días una corona á Nuestra Señora por esta misma intención.

Y al fin, podemos decir que con oraciones, lágrimas y suspiros y muchas obras de virtud vino á alcanzar lo que tanto deseaba; porque habiendo señalado cuatro religiosos para la embajada del Japón, como viese que de él no se hacía mención por parecerles á los Prelados que á los principios bastaba un religioso lego, que era el santo Fr. Gonzalo, famoso en la lengua japona, fueron tantas las lágrimas que derramó aquellos días, bañando su venerable rostro y canas, haciendo por instantes muchos actos de humildad, y teniéndose por indigno de una obra tan grande, y otros actos de virtud admirables, que, ya fuese movidos de Dios, obligado de sus fervorosas ansias, le hubieron de nombrar los Prelados por compañero del Santo Comisario en su embajada,

Como vió la buena suerte que le había cabido y tan conforme á sus deseos y en compañía tal, no cabía de alegría y contento, y así lo mostró al tiempo de despedirse de la Comunidad de Manila, que, llorando los religiosos de su ausencia, dijo: "No lloren, hermanos, sino alégrense, que á mí no me cabe el corazón de alegría". Llegó, en fin, al Japón donde el Santo Comisario le tuvo siempre á su lado por las muchas y heroicas virtudes que veía en él. Hízole portero y cocinero del convento de Meaco, los cuales oficios ejercitó con mucha puntualidad, caridad y amor, particularmente en la portería, que como acudían á ella japones de diversos estados, así cristianos como gentiles, unos por curiosidad y otros por devoción, á todos trataba con caridad y afabilidad, ofreciéndoles de

lo que tenía, y con palabras tan humildes y caritativas, que todos salían muy edificados de su agrado y conversación, y así, era muy amado de ellos; y generalmente todos, chicos y grandes, le llamaban hombre de buen corazón, en que no había doblez ni malicia, sino una santa sinceridad y llaneza. No por la ocupación de estos oficios soltó de la mano la de la conversión, antes trabajaba en ella de día y de noche, con doctrina y ejemplo, y más con éste que con aquél; porque lo que no sabía dar á entender con palabras, lo enseñaba con obras; y así por éstas, como por su admirable humildad, pureza y limpieza del alma mereció alcanzar de Dios Nuestro Señor lo que tanto deseaba, que era la corona del martirio.

Aunque de lo dicho se colige parte de lo mucho que había que decir de este glorioso Mártir, todavía me ha parecido hacer una breve suma de las virtudes y ejercicios de su santa vida; porque verdaderamente fué muy ajustada y perfecta, y no así como quiera, sino que el más perfecto se puede mirar en ella como en un espejo de toda perfección. Póngase ante todas las cosas los ojos en su pureza de alma y limpieza de corazón, que en más de cuarenta años de religioso no le arguía la conciencia, no sólo de cosa grave, sino aun de los descuidos de que otros religiosos medianamente ajustados no hacen caso por tenerlos por ligeros y de cosas leves. Y lo que más se debe ponderar, la vigilancia en la puntualidad y guarda de la Ley divina y Preceptos evangélicos, que para él no había distinción de materia grave ó leve, sino que, aunque se hundiere el mundo, no había de ir contra ellos en cosa ninguna. La Regla de N. P. S. Francisco la guardaba como él manda, á la letra, en todo su rigor y perfección, sin querer admitir jamás dispensación por achacoso y accidentado que estuviese. Viejo era y de más de sesenta años y con bien pocos menos achaques, y andaba descalzo de pie y pierna; y esto por nieves y aguas, y con un sencillo hábito, que causaba confusión á cuantos le miraban. Estando en el Japón, se le hincharon los pies por los rigurosos fríos que hace en aquella tierra la mayor parte del año; mandó el santo Comisario que se pusiese unas sandalias; hízolo por no faltar á la obediencia, pero apenas sintió alguna mejoría, cuando se las volvió á quitar; y con ser la causa tan justificada y con intervención del mandato del Prelado, tuvo mucha materia sobre qué se reprender, como que era un relajado y que llevaba mala traza para mártir, pues trataba su cuerpo con tanto regalo.

Amaba la santa pobreza con entrañable afecto, y mostrábale bien por la obra, especialmente en el comer y vestir: en ésto, porque fuera de no usar más que de un hábito sencillo, como se ha di-

cho, era de los más viejos y remendados que desechaban otros; en aquéllo, no queriendo comer jamás de manjares regalados y de precio, sino que su sustento ordinario eran unas yerbas, y éstas con tanta moderación, que excedía de continuo ayuno. Tenía otros muchos particulares de pan y agua, y en las cuaresmas que ayunaba, que eran todas las de N. P. S. Francisco, nunca hacía colación; y cuando le importunaban á que tomase un bocado, respondía con donaire y gracia: *callen, hermanos, que mañana tañerán á comer.*

Domaba su carne con ásperos cilicios y disciplinas de hierro, y eran de ordinario las que con éstas se daba tan desapiadadas, que bañaba la tierra en sangre. Otras veces iba á la huerta, y, aunque no fuese menester, se estaba cavando hasta que se rendía y molía; y el intento era sujetar la carne al espíritu y desterrar la ociosidad, como enemiga del alma. A este modo inventaba cada día otras asperezas y mortificaciones, mostrando siempre tal afecto á la penitencia, que parece no acertaba á soltarla de la mano. Y baste decir que ni los muchos años ni achaques pudieron mellar los finos aceros de su ferviente espíritu, porque siempre fué tal, que nunca aflojó la mortificación, ni mitigó la abstinencia, ni acortó la vigilancia; antes las más rigurosas penitencias le parecían cada día más suaves y fáciles, ó por haber convertido el hábito en naturaleza, ó por desear cada día con nuevas y más intensas ansias padecer por Cristo Nuestro Redentor, cuyos dolores y penas suavizaban las que él padecía, y le encendían nuevos deseos de padecer cada día más.

Llevó siempre con grande suavidad y gusto el yugo de la santa obediencia, sin que en toda su vida se le oyese la más justificada excusa; antes como tenía tan pronto el ánimo para ejecutar cualquier orden de los Superiores, por ardua y dificultosa que fuese la cosa que le mandaban, muy hacedera y fácil se le hacía; y lo que es más, que hacía gravísimo escrúpulo de cualquiera leve negligencia ó dilación. Y como á ninguna cosa repugnaba el propio querer, en nada le llegaba á turbar la voluntad ajena; y así, gozaba de una grande paz y libertad de espíritu, que no se halla sino en la verdadera negación de sí mismo. En cuán excelente grado alcanzó esta virtud, conócese claramente en la poca ó ninguna satisfacción que tenía de sí, pues apenas se atrevía hacer cosa ninguna sin consulta de otro; y si era en lo tocante al espíritu, con ser el suyo tan ilustrado, estaba siempre como pendiente de la voluntad del confesor ó de los prelados, á quienes reverenciaba con grandísimo rendimiento, como á lugartenientes de Dios en la tierra.

De la castidad fué perfectísimo celador: mostrábalo bien en la modestia de su rostro y en la honestidad de sus palabras y ojos,

en los cuales tenía tal recato, que no se atrevía á mirar el rostro de mujer alguna, escarmentado de una grave tentación que, por mirar á una con descuido, le afligió muchos años. Ponderábalo el mismo Santo, diciendo que fué de los más terribles combates que padeció en su vida; porque siempre que se le renovaba aquella especie serpentina (que así la llamaba él por el fuerte veneno de sensualidad y lascivia que parecía había derramado en sus huesos al tiempo de imprimirse), era tan combatido y lastimado de pensamientos é imaginaciones torpes, que ni de día ni de noche le dejaban sosegar un punto. Y aunque acudía á la oración y á las llagas de Cristo Bien Nuestro para apagar en ellas aquel fuego impuro, no por esto se aplacaba su furia, antes bien llegó á tal extremo, que le obligó á desollarse el cuerpo á azotes y á macerar sus carnes con varios géneros de tormentos, con los cuales y el favor del Cielo, á quien continuamente imploraba, ahuyentó aquel violento deleite y benenosa dulzura, y quedó la victoria por suya.

Su oración fué siempre fervorosa, larga y continua; porque demás de no haber aflojado nunca en este santo ejercicio, no sólo gastaba en él las horas acostumbradas de la Religión, sino otras muchas repartidas entre noche y día. El tiempo que gastaba de noche era ordinariamente después de maitines; porque en yéndose los religiosos á descansar, su descanso era quedarse en el coro, ó bajarse á la capilla por estar más cercano al Santísimo Sacramento, de quien era muy devoto; y cuando le había de recibir, toda la noche se le pasaba en el coro, disponiéndose con ejercicios muy particulares. Lo demás del tiempo velaba con una solicitud y cuidado incansable en el recogimiento interior y exterior, de suerte que, sino á cumplir los oficios que tenía á su cargo y demás obligaciones de caridad, no salía jamás de la celda ó del coro ó iglesia, ocupado siempre en la oración y contemplación, y en todo lugar y en presencia de Dios.

Por los caminos guardaba el mismo recogimiento, como certificaron religiosos que le acompañaron en diferentes ocasiones; porque, ó iba con profundo silencio, como quien llevaba bien ocupado el pensamiento, ó embebecido en Dios, y levantados los ojos al cielo; y si tal vez hablaba, todas las palabras eran de Dios, de sus atributos y perfecciones, y con tal afecto dichas, que movía á devoción. En una ocasión, después de haber tratado acerca de la benignidad del Señor para con sus criaturas, vuelto al compañero, le dijo: "Ve, hermano; aunque esta vida es tan penosa, todavía me holgaría que no me llevase Nuestro Señor tan presto para ocuparme muchos años en la conversión de las almas". Y depone el

mismo religioso, que apenas hubo dicho esto, cuando puestos los brazos en cruz y arrebatado en espíritu, prosiguió su camino con tal ligereza y presteza, que á él le pareció que iba como volando, sin tocar con los pies en tierra. Otra vez que iba con el mismo recogimiento, reparando su compañero que llevaba el rostro tan encendido como una grana fina, le dijo: *¿qué tiene, hermano Fr. Francisco?* La respuesta fué dar un suspiro tan recio y tan afectuoso y devoto, que el religioso quedó notablemente edificado, dando muchas gracias á Nuestro Señor por los favores y beneficios que hace á sus siervos.

También se vieron milagrosos efectos de su oración: yendo navegando sobrevino una tan recía tempestad, que compadecido el siervo de Dios de la gente que iba en su compañía, que ya todos se daban por ahogados, levantó los ojos al cielo, enderezando á él su oración, la cual fué tan bien oída, que luego cesó la tempestad; y lo más admirable, que no sólo fueron libres de la muerte del cuerpo mediante la oración del glorioso Martir, sino también de la del alma, especialmente unos cuantos infieles que iban en el mismo barco que, rogando juntamente á Dios por ellos, porque si se ahogaban no muriesen sin Bautismo, le fué manifestado que, si les catequizaban, se convertirían y bautizarían, como en efecto lo hicieron, mostrándose muy agradecidos al Santo, pues por sus oraciones creían haber recibido tan singulares beneficios.

La devoción y ternura que mostraba, así en la oración mental como vocal, era para loar á Nuestra Señora: con sólo oirle pronunciar *Ave María*, enternecía. y lo mismo otra cualquiera oración vocal; porque era con tal devoción y afecto, que no parecía sino que sus labios destilaban miel y dulzura. Todavía se tiene noticia que por algunos años le faltó esta sensitiva devoción, y, según parece, fué todo el tiempo que le duró aquella gravísima tentación de deshonestidad que dijimos; porque como era tan combatido de pensamientos torpes y sucios, que no le dejaban sosegar un punto, todo era inquietud, dolor y tormento, penar y padecer, andando seco y sin jugo el espíritu y sin rastro de devoción; porque como ésta nace del bien que se posee y goza, no se puede compadecer con el riesgo de perderle. Pero ya que en todo este tiempo le faltaba la devoción sensible, precuraba rezar con la atención y devoción debida, para lo cual solía rezar en alto, pareciéndole que sería medio para espantar los malos pensamientos. Y si veía que todavía no le dejaban, solía decir con grandísimo fervor y espíritu y en voz alta, que le oían los religiosos, "¡Qué os cansáis, malditos, que no tengo de ofender á mi Dios, aunque padeciera mil muertes, ni menos dejar de rezar lo que tengo

obligación y devoción!" De esta suerte pasó muchos años, dicen, aunque no señalan el número, hasta que Nuestro Señor fué servido de enviar su consolación, volviéndole la afectuosa y sensitiva devoción, mediante la cual daba mucho valor á sus obras y particular fuerza á sus palabras para atraer y conquistar voluntades y corazones, como se vió en algunos casos que le sucedieron en la ciudad de Meaco de que ya hemos hecho mención en los sucesos del Japón, donde los puede ver el lector.

Pero puédense inferir otros muchos del ardiente celo de la salvación de las almas que mostraba en todas ocasiones, el cual le traía continuamente desvelado, inventando cada día mil modos ó medios cómo aprovechar más á sus prójimos y que todos se salvasen; porque para él no había mayor dolor ni sentimiento como saber que algún cristiano moría sin confesarse; y era en tanto grado, que diciéndole un religioso que para qué se congojaba tanto, puesto que la culpa no era suya, sino de los mismos gentiles, que pudiendo no querían bautizarse, con grande sentimiento respondió: "¿Qué hace eso al caso para que yo no me congoje, pues aunque la culpa sea suya, podemos negar que son nuestros prójimos y redimidos con la sangre de Nuestro Señor Jesucristo? Y así, hermano, yo no me aflijo porque tenga la culpa, sino por ver malograda en aquella parte la sangre de Nuestro Redentor, y á mis hermanos hechos perpetuos esclavos del demonio en las profundas llamas del infierno, y privados del Sumo Bién, mientras Dios fuere Dios. Y si esto (lo que Dios por su infinita piedad y misericordia no permita), pasando por mí, tenía obligación de llorarlo eternamente, pues ¿por qué no lo he de hacer cuando sucede por alguno de mis prójimos y hermanos, que tengo obligación de amarles y quererlos como á mí mismo?" Dijo esto con tanto fervor y celo, que el religioso quedó en parte confuso y en parte edificado, y así no tornó más á hablarle en la materia, ni á querer irle á la mano en su fervoroso celo, ni con estas ni otras semejantes instancias.

Estaba tan arraigado en su alma este apostólico celo de la conversión y salvación de las almas, que, aunque por ellas fuese necesario andar muchas leguas, padecer muchos trabajos y aun enfadar á unos y á otros, cosa que para él era muy pesada, con todo eso, no sabía ni podía irse á la mano, ni menos había de dejar los medios ó hacer las diligencias que él le dictaba. Y así, en cualquier convento que era morador, porque todos los que se venían á confesar fuesen confesados, andaba rogando á los confesores, y aun importunándoles, si por ventura pereceaban; y aunque con él se enfadasen, lo daba por bien empleado como todos fuesen confesados. Y des-

pués de esto, se lo agradecía y gratificaba en la manera que podía; porque ningún disgusto ó pesadumbre que por ello le diesen contrapesaba al contento que él recibía cuando las almas de sus prójimos eran socorridas con lo que necesitaban, mediante el sacramento de la Penitencia; y por eso juntaba algún beneficio ó grande agradecimiento, por quedar en alguna manera desempeñado de la obligación en que se conocía deudor á los confesores, por ser ellos los instrumentos de la salud espiritual de las almas, de que él tanto se gozaba.

Lo mismo hacía con los catequistas que los estimulaba á que ejerciesen su oficio á todas horas, y si veía que así lo hacían, tenía cuidado de regalarlos; y ordinariamente andaba pidiendo cosillas á los devotos japones para darles, porque casi siempre trabajaban á su gusto; y no le sufría el corazón dejar de agradecer el bien que hacían á sus prójimos, cuando él lo tenía por tan propio, gozándose y mostrándose igualmente agradecido como si á él se lo hicieran. Con quien más se esmeraba en esto era con los tres Santos Niños Mártires, porque gustaba mucho de verlos catequizar, y porque los tenía más á mano para las horas extraordinarias en que venían algunos gentiles, particularmente mujeres, que por respeto de sus maridos no querían que nadie entendiese se hacían cristianas, y así, llegaban de secreto á la portería y hablaban con el Santo Fr. Francisco que era portero. El cual, si no había otro que estuviese desocupado, llamaba á los niños, y allí las catequizaban, ayudándoles el Santo Fr. Francisco; lo cual se continuaba hasta que estuviesen bastantemente instruídas, que luego se daba parte al Santo Comisario, y á la hora que él señalaba se bautizaban con el secreto que ellas pedían y que por entonces convenía. Para estos, pues, y semejantes casos necesitaba este glorioso Mártir de los Santos Niños, por la singular gracia que en la esfera de niños les había dado Nuestro Señor para catequizar, y por ser naturales en la lengua, en que á él le hacían ventaja; y así, tenía siempre particular cuidado de ellos, y en cuanto podía, les regalaba y acariciaba, y aun se hacía niño con ellos, siéndole muy fácil por su mucha humildad, candidez é inocencia.

Lo mismo hacía con los niños de la escuela, y se valía de ellos, particularmente aquí en Filipinas, que les hacía ir todos los días á dar vuelta al pueblo y á las sementeras para que viesen si había enfermos y le avisasen, porque no se muriesen sin Bautismo ó Confesión, por no saber de su enfermedad el ministro, al cual iba á llamar. En caso de necesidad de Bautismo, iba él; catequizaba y bautizaba al enfermo, y hasta que estaba bien instruído, no le dejaba, mostrando grande alegría y contento en todas estas ocasiones. Lo mismo le sucedía siempre que le tomaba Nuestro Señor por instrumento de la conversión

ó salvación de algún alma; y al contrario, sentía grandísima tristeza y dolor si por ventura llegaba tarde, aunque no fuese por negligencia suya, como le sucedió en el Japón que, teniendo noticia que sacaban á degollar á una mujer con dos hijos suyos, todos gentiles, salió á toda prisa del convento á las doce del día, en tiempo de grandísimo calor, en compañía de otro religioso (*), al que hacía andar más que de paso por aquellas calles, que les faltaba poco para ir corriendo por poder llegar á tiempo que bautizasen siquiera á los dos niños; y porque cuando llegaron, estaban ya degollados, viendo nuestro bendito Mártir la perdición de aquellas almás, recibío tan grande sentimiento, que parecía que se le partía el corazón de dolor, como lo mostraba en los lastimosos sollozos y suspiros que daba, causando el mismo efecto en cuantos le miraban.

No porque este glorioso Mártir se desvelase tanto en la salvación espiritual de las almas de sus prójimos faltaba á la piadosa solicitud del remedio de sus cuerpos, antes era este el medio más ordinario por donde les granjeaba; porque cualquiera, por duro y obstinado que fuese, en llegando á experimentar algunos de los efectos de su caridad, en cuanto miraba al socorro de las necesidades del cuerpo, quedaba tan prendado y obligado, que no dudaba de poner por obra lo que el bendito Mártir le aconsejaba: con que á pocos lances, les pescaba el alma. Á los pobres y enfermos que acudían por limosna á la puerta los amaba tiernamente y los regalaba y servía con grande afecto; lavábalos los pies, curaba las llagas, y con lo que los devotos le daban, los vestía; y en todo lo que podía, hacía oficio de padre. En Filipinas y Japón, antes que hubiese hospitales, tenía dentro de la huerta un apartado para los pobres que no tenían donde ser curados, y allí los asistía con medicinas y la comida necesaria, la cual procuraba que fuese bien sazonada, y él propio la administraba con mucho aseo y limpieza; y después de esto les repartía algún dulce ó alguna cosilla de regalo para entretener sus males, y no era el menor de los dulces sus amorosas palabras.

Poco importara que este glorioso Mártir fuese adornado de tantas virtudes como hasta aquí hemos referido si le faltara la de la humildad, pues es cierto que sin esta fundamental virtud no puede tener estabilidad ni firmeza el edificio espiritual. Y para que se conozca cuan aventajado fué en ella, baste decir que, á los ojos de su propio conocimiento, aun los movimientos primeros de soberbia ó de vanagloria no llegaban ni tenían lugar en su imaginación. Y era así, porque cuando más trabajaba y mayores servicios hacía á Nues-

(*) Fr. Marcelo de Rivadeneira. (Nota del Colector).

tro Señor, entonces le parecía que no hacía nada y què no cumplía con las obligaciones de su profesión y estado. Y solía decir que no sabía cómo le sufrían los religiosos, siendo tan grande holgazán, que siempre había comido el pan de valde.

Pero no es de maravillar que fuesen tan aventajadas las virtudes de nuestro glorioso Mártir, siendo tan devoto como fué de María Santísima, pues ella es la escala más segura para alcanzarlas, y la medianera de los favores divinos. Afirman los que le conocieron y trataron que privaba tanto en su corazón este piadoso afecto, que, no obstante sus muchas ocupaciones, así por razón de los oficios que le había encargado la obediencia, como los de la conversión (que como dijimos le traían desvelado de día y de noche), rezaba todos los días el oficio de Nuestra Señora; y no sola una vez, sino cuantas podía al día. Y lo mismo era la corona de la Virgen Santísima, que no se le caían las cuentas de la mano; porque todo su gozo y contento era emplearse en alabanzas de la Reina del cielo. Fué también muy devoto de las ánimas del purgatorio, y las rezaba muchas estaciones; y en cuanto podía, las favorecía, persuadiendo también á otros que hiciesen lo mismo. Sobre todo se esmeró en la devoción del Santísimo Sacramento, y era en tanto grado, que no se le caía de la boca, pronunciándole devotísimamente. Y cuando comulgaba, era con suma reverencia y afecto y con íntimos sentimientos de aquel inefable misterio. Donde él estaba, no había de ayudar otro á Misa, lo cual hacía con notable atención y devoción, respondiendo con gravedad y espacio decente, y administrando lo que le tocaba con aseo y puntualidad. Con el continuo ejercicio de ayudar las Misas estaba tan diestro en todas sus ceremonias, como si las hubiera estudiado muy de propósito; y decía que le lastimaba mucho el corazón cuando veía que alguno no las hacía con la perfección debida. Por lo cual, solía advertirle al sacerdote con prudencia y humildad cualquiera falta que reconociese, porque en tan angélica obra no hubiese ni aun inculpable mácula de imperfección.

En el Japón le mandaron que dejase ayudar las Misas á los Santos Niños Mártires, porque aprendiesen, y porque enternecían mucho á los devotos cristianos. Pero no por eso dejaba de estar al lado de ellos, instruyéndoles en lo que habían de hacer, aunque no lo necesitasen, por el gusto y consuelo espiritual tan grande que tenía en emplearse en alguna manera en tan soberano misterio. Y generalmente él había de oir cuantas Misas pudiese; y si por ventura estaba ocupado en alguna tan precisa ocupación que no la podía dejar para otro tiempo, tenía grande atención á cuando tocaban la campanilla, porque luego se arrodillaba y adoraba en es-

píritu á Nuestro Señor. Y si se hallaba en parte donde aquel día no podía oir Misa, hacía las mismas ceremonias como si la oyera; como le sucedió un día de domingo que, por ir navegando, no había esperanzas de poder oir Misa, y fué visto de su compañero que unas veces se ponía de rodillas, y otras se inclinaba hasta besar las tablas, al modo que acostumbramos los religiosos besar la tierra, mostrando la misma atención, reverencia y devoción como si estuviera delante del Santísimo Sacramento; y como si le viera alzar, así le adoraba, y después se inclinaba haciendo la humillación dicha. Después de haber gastado en esto una hora larga, estando el rostro muy encendido, dijo al compañero: *Gracias á Dios, hermano, que ya he oído Misa en espíritu.* La devoción y fe que tenía con todas las cosas que servían á este soberano é inefable misterio, ó habían tenido algún contacto con el Santísimo Sacramento, se manifiesta bien en este caso:

Estaba una mujer tan á punto de muerte, que ya había perdido el habla; y lastimado el Santo de que muriese sin confesión, porque, según parece, no la había dado lugar el accidente, rogó al religioso sacerdote, por cuyo compañero iba, que hiciese la señal de la cruz en la lengua de la enferma con el dedo que tocaba al Santísimo Sacramento; y fué Nuestro Señor servido que, luego que la hizo, habló y se confesó la enferma, correspondiendo Su Majestad á la fe y devoción de su siervo.

Cargado, pues, de virtudes y días, fué Nuestro Señor servido de honrarle con la corona deseada del martirio; la cual recibió con tanto regalo y consuelo espiritual, que, sin hablar palabra, todo suspenso en Dios, le ofreció su vida y otras mil que tuviera. Y en fin, levantado en la cruz y fijos los ojos en el cielo, recibió sus lanzadas y dió su espíritu al Señor. Antes de esto le sucedió que, llevándole á amarrar á la cruz como á los demás, yendo muy mesurado y atento rezando con su rosario, llegando á pedírsele un portugués su conocido, respondió con mucho sosiego y paz: *En acabando de rezar la corona se la daré* (*); pero antes de acabarla fué coronada su alma con la de Mártir en el cielo.

(*) "Poco antes que fuese crucificado, llegando á hablarle de mi parte un portugués, y queriendo quitarle una cruz que llevaba al cuello de reliquias, de que yo le di noticia, no la quiso dar sino lo mandaba el Santo Comisario. Y sabiendo su voluntad, se la dió al portugués, el cual la tomó con tanta devoción y la traía consigo con tanta fe, que me afirmó muchas veces, que después que la tenía, se vía libre de muchas tentaciones, con que su mocedad era conquistada. Y queriendo tomársela el Obispo, y pidiéndosela, le ofreció toda su hacienda antes que la cruz, no teniendo por mala crianza no darle lo que de tanta importancia le era. Y queriéndole otro portugués quitar las cuentas que llevaba en la mano, díjole que se las dejase, porque iba rezando la corona de Nuestra Señora, de quien era particularísimo devoto". Rivadeneira, *Historia de las Islas*, lib. 6.o, cap. 5. (Nota del Colector).

CAPÍTULO XXIX.

VIDA Y MUERTE DEL SANTO MÁRTIR FR. GONZALO GARCÍA.

NACIÓ este ilustre Mártir en la ciudad de Bazaim, de la India Oriental. Su padre fué de nación portugués y su madre canarina (*), pero cristiana y de padres cristianos, bautizados en la primera conquista y pacificación de aquella tierra (**). Criáronle desde niño en santas y loables costumbres, y por más que se estableciese en ellas, luego que tuvo la edad bastante, le entregaron á los Padres de la Compañía para que en su colegio aprendiese virtud y letras. Con tal escuela y su buen natural, salió muy en breve aprovechadísimo, aunque más en virtud que en letras; pero las bastantes para ejercer dignamente el oficio para que le tenía destinado el Cielo.

Siendo de quince años, tuvo los primeros impulsos de emplearse en la convensión de las almas, y así se le comunicó á los Padres de la Compañía; los cuales, hallando en él prendas competentes, le enviaron en compañía de algunos religiosos que pasaban á la sazón á los reinos del Japón, donde les sirvió y acompañó con agrado y amor. Como era mozo y de buena habilidad, aprendió con facilidad la lengua japona, á y poco tiempo la hablaba con tal perfección, que nadie le distinguiría por el lenguaje; y de hecho, todos los que no le co-

(*) India, natural de Bazaim. (Nota del Colector).

(**) No se verificaron, como puede comprenderse, á un mismo tiempo la primera conquista y la primera pacificación de la India. La primera conquista, después que Vasco de Gama arribó á aquella tierra, se llevó á cabo en tiempo de Pedro Alvarez Cabral, y la primera pacificación no terminó hasta que, años después, Pacheco derrotó al rey de Calicut. (Nota del Colector).

nocían y sabían de donde era, le tenían por natural japón. Desde luego le aplicaron los Padres á catequista. en el cual oficio les ayudaba tanto, que á donde él estaba, les parecía que ninguno hacía falta; y así, discurría él solo diferentes partidos y hacía admirables conversiones, aprovechándose de su buena habilidad y maña, gracia en el decir y eficacia en persuadir. Esto se vió en una ocasión que, sabiendo que había en un pueblo una señora muy principal, gentil y muy amiga de sus ídolos, fingiendo que era él un gran letrado de la misma secta (*), la fué á visitar; y poniendo en plática sus ritos y ceremonias, comenzó como á escrupulear sobre ellos y como á darla á entender que él vivía muy afligido, porque se persuadía que por aquel camino no había salvación; que así, que la rogaba que hiciese venir allí alguno de los ministros de los ídolos para proponerle las dificultades que tenía acerca de aquella secta que él fingía como seguir; porque si le respondía adecuadamente, quedaría muy contento, y si no, como que trataría de seguir otra secta ó de hacerse cristiano, que era lo que más le cuadraba. Tan bien lo supo fingir, que la señora le creyó, y compadecida de sus escrúpulos, hizo llamar no sólo á un bonzo, sino á muchos de ellos, para que todos juntos, y como tan doctos y letrados, con mayor claridad desatasen sus dudas y aquietasen la conciencia.

Venidos los bonzos é informados de la aflicción del fingido gentil. muy satisfechos, le comenzaron á consolar, diciéndole que no hiciese caso de las tentaciones del demonio y otras razones semejantes, como pudiera el más discreto padre espiritual con una alma verdaderamente atribulada para animarla al camino de la perfección. El sagaz y caritativo mancebo que, aunque fingía, no se dejaba llevar de ficciones ni engaños, pidió que se redujese á disputa su aparente escrúpulo ó el fundamento de él. Convinieron todos en ello; propone San Gonzalo sus dudas; responden los bonzos: primero uno, luego dos, y últimamente todos, y ninguno á lo que pregunta; vuelve á proponer, refiere capítulos enteros de los libros de Jaca (que es el escritor principal de los gentiles), refuta sus errores, abomina sus costumbres, y da por condenados á todos los que le siguen. Como le vieron los bonzos tan perito en sus ciencias, les pareció que era arrojo y temeridad pasar más adelante con la disputa; pero dijeron que se difiriese, que por haberlos cogido desprevenidos, no le podían desatar sus dudas. "Sea enhorabuena (dijo San Gonzalo), pero sé que no lo habéis de cumplir. porque no pretendéis más que dar largas por huir de la luz de la verdad; yo que conozco y sé que no se halla ni puede hallar

(*) Lo fingió vistiéndose con las ropas propias de un bonzo principal. (Nota del Colector).

en vuestras sectas, porque son engañosas y falsas, no quiero seguirlas, sino la Ley que predican los cristianos, que es la verdadera y perfecta." Y en prueba de esto, propuso todas las razones del catecismo, con tanto fervor y espíritu, que la señora, que á todo había estado atenta, ilustrada con luz del Cielo, se convirtió á nuestra Santa Fe y toda su familia, y fué medio de la conversión de otros muchos.

A quien más acompañó nuestro bendito Mártir en esta conversión fué al Padre Sebastián González, varón de gran santidad, el cual le instruía con doctrina y ejemplo en todo genero de virtud y le estimulaba á la conversión de las almas, diciéndole que, pues le había dado Nuestro Señor tan buena gracia, le pediría estrecha cuenta de cualquiera leve omisión. Otras veces le decía que procurase corresponder con obras á lo que decía con palabras, porque de otra manera no sería verdadero predicador del Evangelio. Y aconteció muchas veces que, poniéndole los japones cristianos por intercesor para que el Padre les diese alguna medalla ó cuenta bendita, le solía responder que viviese de tal suerte, que en muriendo, todo él sirviese de reliquias: asentólo tan bien el bendito mancebo, que al fin se vino á salir con ello.

Ocho años había que trabajaba en esta conversión en el estado de secular con grande edificación y ejemplo de toda aquella cristiandad, poniendo por obra cuanto le aconsejaba su padre espiritual y maestro, y ejercitándose en obras heroicas de virtud; mas como el alma que empieza á gustar la suavidad de Dios siempre anhela á subir al monte de la perfección, mirando nuestro bendito Mártir la senda que tomaría para su deseado fin, le pareció muy á propósito el instituto de la Compañía de Jesús de que él tenía ya mucha noticia; y así se resolvió de pedir á los Prelados que le admitiesen para hermano de la Compañía, no atreviéndose á pedir más por su humildad. Consultó primero sus intentos con algunos Padres de la misma Religión, y todos se los loaron, y aun le dieron palabra de ser ellos los medianeros en su pretensión. Llegó en fin nuestro bendito Mártir, habló con el Padre Viceprovincial que, recibiéndole con toda benignidad y amor, le dió el sí, y al instante le despachó para el noviciado, distante de allí algunas leguas, con cartas para el Padre Rector en que mandaba que sin dilación alguna le admitiese luego á la Religión. Estando ya para hacer su viaje, llegó al puerto de Firando Fr. Juan Pobre, religioso lego de nuestra Orden, que, siendo rico en el siglo, se hizo pobre en la realidad y en el nombre, y por varios acasos le había traído Nuestro Señor desde Macán al Japón; y entre otros buenos efectos que resultaron de su ida, como ya dijimos, uno de ellos fué la vocación de este Santo Mártir á nuestra sagrada Religión, y fué en esta manera:

Llegado á Firando Fr. Juan Pobre, fué tanta la admiración que gentiles y cristianos recibieron con la vista de este religioso (por la novedad y estrecha pobreza del hábito y menosprecio de su persona y de todas las cosas del mundo), y en especial nuestro bienaventurado Mártir, que á la sazón se hallaba en aquel puerto, que, considerando muy por menudo todas estas cosas y atendiendo á su modo de obrar, humildad profunda y el agradecimiento grande que mostraba á cualquier beneficio que le hacían, deseó sumamente comunicarle é informarse muy despacio del modo de vivir de su Religión, de las cosas de su estado humilde y profesión, como al fin lo hizo, quedando desde entonces tan aficionado, que determinó dejar su primera vocación y entrar en la Religión de Nuestro Padre San Francisco, y, como él contaba después, si entonces hubiera quien le diera el hábito, no hubiera aguardado á más dilación.

Pero luego que supo que en Macán había conventos de religiosos de San Francisco, sin dar parte á Fr. Juan Pobre, se partió para allá con intento de pedir el hábito; pero como llegase en ocasión que todavía duraban los enconos de los portugueses contra los religiosos castellanos que habían ido por la vía de Filipinas, y á esa causa andaban algunos de los nuestros desterrados y perseguidos, como más largamente referimos en su propio lugar, no tuvo por entonces efecto su pretensión, faltándole juntamente la perseverancia, y entibiándose de manera con la dilacion, que se metió á mercader y volvió al Japón uno ó dos viajes, enfracándose cada día más con el trato, hasta que vino á la ciudad de Manila, donde comenzó Nuestro Señor á llamarle de nuevo con tan fuertes y eficaces inspiraciones, que se vió obligado á renunciar el mundo y todos sus haberes y pedir nuestro santo hábito. Diéronselo luego para religioso lego, por haberlo él pedido así, á imitación de Fr. Juan Pobre, que era el primer religioso Descalzo que él había visto en su vida.

Aunque los portugueses sus compañeros notaron el barato que hacía de sus mercaderías y hacienda, y las grandes limosnas que daba, no pudieron entender el misterio hasta que le vieron con el hábito; lo cual sintieron de manera, que llevados del cariño que le tenían, por ver si podían volverle á su compañía, ó saliéndose él, ú obligando á los Prelados que le echasen, comenzaron á publicar que era muy enfermo y de flaca complexión, y que no podría perseverar en la Religión. Y aunque no hicieron mella en los Prelados ni en el constante novicio todos estos clamores, para desvanecerlos de todo punto, fué servido Nuestro Señor de darle fuerzas para los trabajos del noviciado, y un tan fervoroso espíritu, que ni de día ni de noche le dejaba descansar, sino siempre trabajando; y era común voz que hacía él

más que cuatro, y así era muy amado y querido de todos, particularmente de los religiosos legos, porque en él tenían su mayor ayuda y alivio.

Acabado el año del noviciado, le dió la profesión el Santo Mártir Fr. Pedro Bautista, siendo Custodio entonces en el mismo convento de Nuestra Señora de los Ángeles de la ciudad de Manila, año de mil quinientos ochenta y ocho, á los veintinueve de su edad. Luego le encargó la obediencia los oficios de cocina y portería, en los cuales se portó con grandísima caridad y agrado. Hablaba á los religiosos con profunda humildad, y respetábalos como si fueran Ángeles, y como si considerara en cada uno de ellos á su Prelado.

No se quedaba su agrado y caridad en palabras solas, sino que pasaba á obras, acudiendo con ellas á cualquiera que tuviese necesidad, con admirable gusto y fervor. Y aunque era muy piadoso con todos, tenía inclinación singular á socorrer á los pobres de la portería con ánimo muy liberal, buscando siempre con grande anhelo y solicitud con que poder remediarlos. Para lo cual parece que milagrosamente le proveía Nuestro Señor, pues socorría con abundancia á todos, aun en tiempo de mayor necesidad.

También sirvió en el hospital de los Naturales, y les fué de harto provecho así para el cuerpo como para el alma, especialmente á los japones, cuyo intérprete era cuando se querían bautizar ó confesar (*), para lo cual les disponía é instruía con grandísimo fervor y espíritu; y al fin, él fué el medio que tomó Nuestro Señor para la conversión de muchos, así en estas islas Filipinas, como en el Japón. Por ser tan buen lengua, le llevó el Santo Comisario consigo cuando fué señalado por embajador para aquellos reinos, y así por esto como por sus muchas virtudes y santo celo, le tuvo siempre á su lado, y porque Taycosama le tenía particular afición por haberle conocido antes, cuando catequista de los Padres de la Compañía, de quien era muy afecto antes de levantarse con el Imperio; y en las dos veces que fué al Japón, siendo mercader, también le conoció á ocasión de haberle llevado un presente por el buen pasaje que hacía á los mercaderes de la India y Macán; y como le vió ahora pobre y que todo lo había renunciado por amor de Dios, estaba muy edificado de él, y así le concedía cuanto le pedía. Lo mismo le sucedía con los gobernadores y grandes del Reino, que, como sabían ya su estilo y modo, les caía en gracia su conversación, y se holgaban de que les visitase, con lo cual alcanzaba de ellos lo que por entonces necesitaba para la conservación y aumento de aquella cristiandad.

(*) También sirvió de intérprete algunas veces en varios asuntos del Gobernador y otras personas principales con los japones. (Nota del Colector).

Promovióla este glorioso Santo en cuanto pudo, y podemos decir que fué el que más trabajó en ella; porque como al principio no había otro que supiese la lengua, y eran tantas las diligencias que cada día se ofrecían hacer, ya para la solicitación de las limosnas, ya para otras cosas de no menos monta, como se puede presumir de una obra tan grande como era la que se pretendía, todo venía á cargar sobre sus hombros, sin mostrar jamás la más mínima molestia ni cansancio, antes bien con un semblante tan alegre y risueño, que parecía que en el mismo trabajo descansaba. Y con ser tantas y tan graves sus ocupaciones en aquel primer año que entraron en el Japón, no por eso se descuidaba de catequizar é instruir á los japones en los misterios de nuestra santa Fe, y de confortar á los que habían apostatado en las persecuciones antecedentes. Para lo cual procuraba llevar siempre compañero sacerdote, por si alguno se quería confesar, sirviendo él de intérprete; y se lo rogaba encarecidamente, hecho de ordinario un mar de lágrimas por la compasión que le daba el que estuviesen tanto tiempo sin reconciliarse con Dios Nuestro Señor, vencidos de humano temor. Luego les consolaba y animaba con tal ternura y amor, que parecía los quería meter en sus entrañas. Otras veces solía entrar en los templos de los ídolos, y como era tan diestro en la lengua, rara vez dejaba de trabar conversación con los bonzos, proponiéndoles con brevedad el camino del cielo; y aunque no luego se convertían, pero no dejaba de hacer algún efecto en sus almas, obligándoles de que menos á investigar la verdad, mediante la cual, pudieran desterrar sus falsedades y engaños.

No es de menor edificación y aun admiración la puntualidad, caridad y amor con que acudía á los hospitales de los leprosos, que con andar tan ocupado como se ha dicho, que tuvieran bien que hacer cuatro, si hubieran de tener el expediente que él tenía en todo lo que estaba á su cargo, con todo eso, no se quería privar del mérito de este tan piadoso ejercicio: antes andaba continuamente como hurtando el tiempo á las demás ocupaciones en la manera que le era posible y del mejor modo que podía, mirando siempre á cual era lo más importante para ejecutarlo y ponerlo por obra, sin perder tiempo en lo que no fuese tal: al fin como quien siempre andaba á caza de instantes. De aquí le nacía ser tan moderado y, por mejor decir, tan escaso en el sueño, y en todo lo que pertenecía al descanso de su cuerpo, que, con ser varones tan penitentes y espirituales los religiosos en cuya compañía pasó al Japón, se lo pusieron en conciencia, diciendo que tenía obligación de mirar más por su salud, tomando el reposo y sueño necesario para poder conservarla, pues era necesaria

para toda aquella cristiandad; pero no por esto aflojaba un punto porque como era impelido de la caridad, fiado en ella, no temía arriesgar su salud por la de sus prójimos y por salvar sus almas; á que sin duda correspondía casi milagrosamente Nuestro Señor, dándole espíritu y fuerzas, como se veía en lo mucho que emprendía y trabajaba, que causaba notable admiración.

Depone Fr. Marcelo de Rivadeneira, de quien muchas veces habemos hecho mención, que, habiendo llegado los dos á la ciudad de Sacay, en los reinos del Japón, harto necesitados y cansados por lo largo y desacomodado del camino, preguntando por el hospital, se fué á él el bendito Fr. Gonzalo, y la refección y descanso que en él tomó fué lavar los pies á todos los leprosos que había en él, que eran casi cuarenta, consolándoles y animándoles á llevar con paciencia sus enfermedades; y después de esto, salió á buscar limosna para socorrerles de lo que necesitaban; y lo hizo mientras allí estuvieron, con tanta solicitud y desvelo, que, así cristianos como gentiles, quedaron notablemente edificados y admirados.

En medio de estos ejercicios y ocupaciones que, por ser muchas á un mismo tiempo y muy continuas, otros tuvieran por ahogos, para él no lo eran; antes era tal la quietud y serenidad de su espíritu, y tan grande su interior alegría, que siempre llevaba el semblante hermoseado de una risa honesta y de un agrado apacible, que consolaba el verle. Atribuíase esto á la continua presencia que llevaba en Dios, refiriéndole todas sus obras, y no perdiéndole de vista en ellas. Y así, el Señor, que es alivio de trabajos y fuente de inmensa dulzura, comunicaba tanta á su alma en medio de las mayores fatigas y trabajos, que revestía afuera y se asomaba por el rostro. Podemos también atribuir su continua paz é inalterable gozo á la rigurosa mortificación de sus naturales pasiones, cerrándolas la puerta de tal manera á todo género de desorden (de donde procede el buen orden de la república del alma), que para jamás se vió en él el más mínimo resquicio de acción que no fuese muy virtuosa y perfecta.

Fué rellgioso muy pobre de espíritu, no permitiendo en su poder cosa que no fuese inevitable y muy precisa. Su hábito era de los más pobres y desechados que los otros dejaban. Anduvo siempre descalzo, y con tan gran tesón, que ni en tiempo de hielos y escarchas, ni aun estando enfermo, se quiso poner sandalias. En su comer era tan mortificado, que estando sabrosa la comida, la echaba agua fría ú otra salsa de las que usan los verdaderos penitentes, con que las desazonaba y ponía amargas; lo cual hacía con tal disimulo, que igualmente edificaba austero y recatado.

Era verdadero humilde y despreciador de sí mismo, y así estimaba

en mucho ser tenido de todos por una cosa vil y que le reprendiesen y mortificasen, no sólo los superiores, sino aun los inferiores. De esta sumisión y rendimiento de ánimo resultaba su pronta obediencia, no ofreciéndosele jamás razón con que hacer la más leve réplica á cosa que le mandasen, por pesada y dificultosa que fuese; y no se contentaba con sola la ejecución del mandato, sino que al efecto acompañaba con el afecto, y á la diligencia exterior, con el gusto y complacencia interior, no dando lugar al discurso para examinar lo que le mandaban, por tener muy en la memoria aquello que comúnmente dicen los Santos de que *la obediencia ha de ser ciega.* Por lo cual, si, cuando venía de fuera cansado y rendido, le mandaban alguna cosa también de cansancio y fatiga, estaba tan lejos de atribuirlo á falta de caridad ó á inadvertencia, que antes lo recibía como en premio del trabajo que había tenido antes, pues le daban nuevo merecimiento y nuevo vigor para obrar, persuadiéndose que nunca el Prelado manda alguna cosa que no influya secreta virtud y lleve como de la mano al súbdito, para que con facilidad obedezca.

La fuente de adonde estas aguas de tantas virtudes corrían era la fervorosa oración en que fué muy estudioso, devoto y tierno, especialmente el tiempo que le duró la prisión, siendo su materia ordinaria los misterios de la muerte y Pasión de Cristo Nuestro Redentor, en cuya consideración derramaba tantas lágrimas, que movía á todos á devoción. Repetía muchas veces al día este ejercicio, tomándole como por disposición para entrar en el certamen y lucha, donde, muriendo, había de vencer á la muerte y hacerla preciosa y suave, bebiendo el vino de los varones fuertes en el cáliz del glorioso martirio. El de este glorioso Mártir fué de la forma que hemos dicho de los demás en los capítulos precedentes, empero fué muy singular, pues hasta allí dió muestras del grande fervor y celo que tenía de la conversión de los infieles, no cesando de predicarles, y á todos los japones que se hallaban presentes, hasta que le dieron las lanzadas; con las cuales, y con las palabras del Santo Ladrón: *Domine memento mei etc.*, envió su espíritu al cielo (*).

(*) "De sus santas reliquias no hay noticia más constante que la que ya dije (part. 3.ª, lib. 3.º, cap. 7) de su santa cabeza que llevó el francés á la ciudad de Bazaim, su patria, para que la diese mejores esplendores. Pero hoy se dice que en la invasión del bárbaro Marata á esta Ciudad fuerte se trasladó esta santa cabeza á la ciudad de Goa con otras alhajas sagradas por pacto de capitulaciones". San Antonio, *Crónica etc.*, part. 3.ª, lib. 3.º, cap. 29. (Nota del Colector).

CAPÍTULO XXX.

DE LOS BIENAVENTURADOS MÁRTIRES MICHI PAULO, JUAN DE GOTO Y DIEGO QUISAY, HERMANOS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

NO sería meter la hoz en mies ajena hacer aquí especial memoria de estos tres bienaventurados Santos, porque dado caso que como religiosos no nos pertenezcan, como es así, sino á la Sagrada Religión de la Compañía de Jesús, cuyos hijos son, pero en cuanto Mártires, nadie (juzgo) que pondrá duda en ello, ni los tendrá por extraños de esta Historia, así por haber muerto en compañía de los religiosos de Nuestra Sagrada Religión y *á su sombra*, como dice el Señor Obispo del Japón, Don Pedro Martínez (según que ya referimos en el testimonio que dió de este glorioso martirio), como por haber tenido muy honrado lugar en el glorioso catálogo de mártires cuya memoria vamos haciendo; y fuera dejarle muy vacío, faltándonos el lleno de estos tres tan ilustres Mártires.

SAN PAULO MICHI.

El primero de ellos fué el Santo Michi Paulo, japón de nación (*), religioso profeso de la Compañía de Jesús, en la cual estuvo once años, sirviendo á Dios Nuestro Señor en el estado de coadjutor ó hermano (que así llaman en esta Sagrada Religión á los que no son de Misa) con tanto ejemplo y aprobación de vida, que todos le tenían por varón de gran perfección. Entre otras virtudes, gracias y dones de que fué adornado este valeroso Mártir, fué muy singu-

(*) Natural del reino de Ava. Su padre fué capitán de Nobunanga. (Nota del Colector).

lar la de la caridad y celo de la conversión de las almas, por las cuales trabajaba de día y de noche, andándo siempre con un perpetuo anhelo, sin permitir descanso á su cuerpo. Pondéranlo algunos religiosos nuestros que lo conocieron y comunicaron, diciendo que era tan excesivo y ardiente su apostólico celo, que no era otra cosa su pecho que un volcán continuamente encendido, y su boca un respiradero de las llamas de la caridad; la cual, instruída con la sabiduría del Cielo y fundada en verdad y espíritu, tuvo tal fuerza para mover los duros corazones y atraerlos al amor de Dios y camino seguro de la salvación, que fueron innumerables los gentiles que, dejando las supersticiones y engaños de sus falsas sectas, se abrazaron con la Ley evangélica, profesándola en el santo Bautismo. Refieren juntamente efectos tan admirables de su fervorosa predicación, que no pueden atribuirse menos que á gracia sobrenatural y á ilustración divina; porque, siendo como era hombre sin letras de las que en el mundo se estiman, hablaba tan altamente de Dios y ponderaba con tan vivas razones los bienes de la gloria, rigor de las penas del infierno, excelencias del alma, frutos de la penitencia y de la cruz, que no había á quien no convenciese y rindiese á huir del mal y á seguir el bien.

Es buena prueba de esto lo que le sucedió en Osaca, pocos días antes que le pusiesen guardas, y fué que, encontrando con un gentil á quien llevaban á justiciar, rompió con grande ánimo por medio de la gente, y sin temor de la justicia, le fué predicando hasta que, convencido é ilustrado con la luz de la razón y tocado de Dios, se bautizó; y con el dulce nombre de Jesús en la boca, pasó desde el suplicio á la bienaventuranza. También fué efecto de su predicación la conversión de dos gentiles que estaban presos en la cárcel de Meaco, porque, habiendo entrado en ella este bendito Mártir, de donde salió para ser deshonrado y crucificado por Cristo, como ya diremos, les comenzó á predicar con su acostumbrado fervor y espíritu, é hizo tanta fuerza en ellos, que luego se convirtieron bautizaron con grande alegría y consuelo de todos los Santos Mártires que fueron los testigos de estas y otras maravillosas conversiones con que acreditó Dios Nuestro Señor la predicación fervorosa del Santo Paulo Michi.

De haber tenido otras heroicas virtudes, aunque en los papeles é historias que he visto no las especificaban, no se puede dudar; porque afirman, cuantos hablan de él, que era varón muy espiritual, tenido y muy venerado de los cristianos japones, sus naturales, por Santo, en tal extremo, que decían que ninguno había más fervoroso ni celoso que él, como lo mostraba en obras y en palabras. Y aun de

los mismos Padres de la Compañía era tenido en el mismo concepto, y como á tal le estimaban y loaban, diciendo que era singular en las veras con que trataba del aprovechamiento de las almas y de aprovechar también la suya en todo género de virtud. Con el ánimo y ejercicio de éstas, se fué disponiendo para merecer tan ilustre corona como fué la del martirio; el cual padeció con grandísima alegría y contento, como se conoce por una cláusula de una carta del Padre Gregorio de Céspedes de la misma Compañía, escrita á otro religioso de su Orden, en la cual hace mención de todos los Santos Mártires, y en especial del Santo Michi Paulo, y es como se sigue:

"Murieron estos Santos con grandísima fortaleza y alegría, sin verse en ellos ningún sentimiento de dolor, sino entera voluntad de padecer por amor de Dios, tanto, que unos cantaban salmos, y otros predicaban desde la cruz maravillas con grande caridad, en especial uno de nuestros hermanos llamado Michi Paulo, que era de los mejores predicadores que en Japón teníamos; el cual cantó como un cisne al tiempo de la muerte, hablando palabras de grandísima caridad y amor de Dios, que hizo admirar á todos los que allí estaban viendo aquel espectáculo, que dicen serían más de cuatro mil almas". Hasta aquí la cláusula, de la cual se infiere bien el particular fervor y espíritu de este glorioso Mártir, y no menos si individuamos sus palabras, que todas son bien notables; porque viéndose en la cruz como en el más aventajado y glorioso púlpito que jamás se había visto, quiso desengañar á sus naturales y decirles lo que tenía en su corazón, para que si no se convertían, no tuviesen excusa delante de Dios; y así, abrasado en espíritu y despidiendo llamas de amor divino por su boca, dijo: "Bien podéis creer que hallándome ahora en este punto os digo verdad: pues, sabed que no hay en otra ninguna ley salvación, sino en la de Jesucristo á quien adoran los cristianos; y porque Él me manda que perdone á los enemigos y á los que me ofenden, perdono al Rey y á todos aquellos que han tenido parte en mi muerte, y les ruego que se bauticen". De aquí, volviendo el rostro á los compañeros y avivando el espíritu, que ya no le cabía en el pecho, llegaron las lanzadas y abrieron dos puertas ó cuatro por donde pudo salir á espaciarse con los Santos Mártires en la gloria.

SAN JUAN DE GOTO.

El segundo de estos venturosos Mártires, hermanos de la Compañía, fué Juan de Goto (*), hijo de padres cristianos, naturales de

(*) Ó Juan de Soan. (Nota del Colector).

una isla llamada Goto, de donde tomó el nombre nuestro bendito Mártir. Desde su niñez fué ofrecido á los Padres de la Compañía para el servicio del altar, en el cual era tan puntual y diligente, que causaba en todos mucha edificación. También servía de dóxico, y en todo daba nuestras de su buen natural y apacible condición. Por lo cual era muy amado y querido de los Padres, y le habían dado palabra de admitirle en la Compañía por hermano: no lo consiguió hasta poco antes de morir, como ya diremos.

No fué comunicado este bendito Mártir de nuestros religiosos, y así no nos dejaron cosa especial de sus virtudes; aunque notaron, en las veces que le vieron, su compostura y modestia exterior, de donde inferían el buen concierto de su interior y cuán aprovechado estaba en la virtud. Y echóse bien de ver al tiempo que se trataba de la prisión, que, pudiendo huir, no sólo no lo hizo, sino que como cosa que él deseaba mucho, estaba esperando á las guardas con grandes ansias, poniendo juntamente en orden las cosas de la sacristía, que estaba á su cargo, como si supiera de cierto que de aquella vez había de padecer martirio; y no se engañó, pues luego fué preso y llevado con los demás afrentosamente á la ciudad y puerto de Nangasaqui, en cuyo camino fué admitido en la Compañía, profesando su Regla para religioso lego y haciendo sus votos en la forma que estila esta Sagrada Religión (*), como ya también dijimos, tratando de todo lo sucedido en el camino y viaje de Nangasaqui. Con esta merced que le concedió el Señor quedó tan obligado y esforzado para morir por su amor, que no fué parte para entibiarle ni causarle la más mínima tristeza el que él tenía á sus padres naturales que se hallaban presentes, grandemente afligidos por verle morir crucificado; antes, satisfaciendo á la obligación de hijo, les consoló y persuadió con vivas y eficaces razones que se alegrasen, pues se había dignado Nuestro Señor de ponerle en el número de tan ilustres y esclarecidos Mártires.

Dicho esto, se abrazó con la cruz que le estaba señalada, y arbolado en ella, hallándose junto á él un Padre de la Compañía que le animaba á padecer por Cristo, con grande entereza y constancia de ánimo, vuelto á él, le respondió: *Pierda cuidado, Padre, que con la ayuda de Dios no desmayaré.* Y así fué, que con gran fortaleza y ánimo muy alegre recibió las lanzadas; con las cuales, fijos los ojos en el cielo, dió su espíritu al Criador, á los diez y nueve años de su edad (**).

(*) Poco antes de prenderle había sido recibido en la Compañía, vistiendo la sotana en Osaka. (Nota del Colector).

(**) El P. Rivadeneira, que conoció al Santo, dice también en su *Historia* (lib. 6, cap. 8) que tenía solos diez y nueve años de edad cuando murió. Mas en el *Año Cristiano* (edi-

Quedó su rostro muy resplandeciente y hermoso, asomándose por él la hermosura de su alma y la gloria de que gozaba.

SAN DIEGO QUISAY.

El tercero y último de estos tres dichosísimos Mártires, hermanos de la Compañía de Jesús, fué Diego Quisay, cuya piedad, cristiandad y celo probó Nuestro Señor con un prolongado martirio, hasta que entró en servicio de los Padres de la Compañía, que se consideraba como en un cielo. Fué casado casi treinta años, y aunque, cuando se casó, era la mujer cristiana, luego apostató y se volvió á la antigua idolatría; y como este vicio es raíz de muchos males, en todos iba creciendo cada día más su mujer, sin tener ya respeto á las leyes del matrimonio, ni á la que debía tener á su marido; el cual, aunque como hombre sentía, como buen cristiano disimulaba y sufría, buscando siempre oportunidad para corregirla, de suerte que quedase enmendada y no ofendida. Lastimábale el corazón verla tan rematada; lloraba amargamente su desgracia en haberle tocado tal compañera; no sabía cómo amar á quien tanto aborrecía á Dios, ni qué medio se tomar para reducirla y convertirla á la Fe, mayormente viendo que ni la corrección aprovechaba, ni los ruegos, súplicas y lágrimas la rendían, ni aun el castigo hacía mella en ella, mostrándose siempre obstinada y rebelde, cosa que atormentaba en gran manera al Santo Mártir. Llegaba á los religiosos y les rogaba que la encomendasen á Dios, para que, la alumbrase y redujese á Sí; y viendo que, cuando la persuadían los Padres que fuese á oir los sermones, se mostraba más dura y obstinada, trató de dejarla, como lo hizo; aunque nada de esto bastó para obligarla.

En fin, ella se quedó y murió (á lo que parece) en su idolatría, y nuestro bendito Mártir, por asegurar su alma, se entró en la Compañía, de edad de cincuenta años, para servir en lo que le mandasen, con otro hijo suyo que le había dado Nuestro Señor para alivio de sus trabajos; porque de sus tiernos años había dado muestras de muy buen cristiano. Con la ayuda de éste asistía á lo que le mandaban los Padres, y ambos se ejercitaban en obras de piedad y devoción, orando y haciendo sus disciplinas. Leían también vidas de Santos, y, en cuanto podían, las imitaban, especialmente nuestro Santo Mártir. que solía traer escrito y notado lo que le había causado más devoción; lo cual le ser-

---

ción de Barcelona de 1882), día 13 de Febrero, vida de los veinte y seis Mártires del Japón, se afirma que este Santo Mártir nació el año de 1518. Si nació ese año, cuando murió, tenía 79 de edad, cincuenta más que los que nuestro Sta. Inés y Rivadeneira le dan. No es pequeña la diferencia. (Nota del Colector).

vía de despertador para ejecutarlo, como se lo comunicó á un religioso nuestro, dándole parte de sus ejercicios y devociones.

Entre otras, era muy particular la que tenía á la Pasión de Cristo Nuestro Redentor; rezábala todos los días, y era con tal ternura y afecto y tantas lágrimas, que á veces no podía acabarla; y como estaba inflamado su espíritu en devoción, inflamaba en ella á los que le oían y movíalos también á derramar abundantes lágrimas. Teníala muy impresa en la memoria, y así le era fácil el rezarla y el referirla á los que se habían de bautizar; pero porque no se le olvidase, la traía escrita y traducida en lengua japona, en un libro pequeño que llevaba siempre consigo, el cual le servía de despertador ó, por mejor decir, de espejo en que se miraba, considerando á un Dios Humanado, perseguido, injuriado y muerto de amores en una Cruz. De este libro sacaba la verdadera sabiduría de conocer la malicia del hombre y bondad de Dios, la humildad, la paciencia, la mansedumbre, desnudez, obediencia y pobreza y todas las demás virtudes, trasladando en su alma y corazón, por afecto y sentimiento, cuanto en aquel libro traía escrito.

No sólo se contentaba con traer los misterios de la Pasión de Cristo impresos en su alma, sino que quería trasladarlos é imprimirlos en los corazones de todos para que, agradecidos á tantos beneficios, se convirtiesen al Sumo Bien. Á esto se enderezaba el rogar á todos el que leyesen en aquel su libro, y que considerasen con atención cuanto se contenía en él; y pocos días antes de morir, envió á los cristianos de Firando una carta escrita con su misma sangre, en que les explicaba algunas cosas tocantes á los misterios de la Pasión de Cristo Nuestro Redentor, diciéndoles juntamente que su santísima Fe era la verdadera, y que en sólo ella había salvación. Y si ahora firmó esto con sangre, que vívamente habla, no tardó mucho en dar testimonio de ello muriendo en una cruz, habiendo hecho poco antes profesión de hermano de la Compañía, juntamente con el Santo Juan de Goto, como se dijo. Esto es lo que ha llegado á mi noticia de estos gloriosos Santos, con que damos fin á las dichosas vidas de todos los religiosos que entraron en este venturoso catálogo de Mártires. Pasemos ahora á hacer memoria de los demás Santos seglares que los acompañaron; y porque los Santos Niños eran los que más sobresalían, comenzaremos por ellos, prosiguiendo con el mismo estilo y orden.

CAPÍTULO XXXI.

DE LOS SANTOS NIÑOS TOMÉ, ANTONIO Y LUIS, MÁRTIRES, Y DE OTRO NIÑO LLAMADO MÁXIMO, COMPAÑERO SUYO, QUE MURIÓ (AUNQUE NO CRUCIFICADO) AL MISMO TIEMPO Y POR LA MISMA CAUSA.

DE las bocas de los que apenas saben hablar y andan todavía mamando en los brazos de sus madres, se suelen dar á Dios tan perfectos loores y alabanzas, que muchos que ha años dejaron el pecho les podían tener por maestros. Apenas llenaban cincuenta años todos los cuatro niños arriba nombrados, y no había tres que se habían bautizado, cuando ya cada uno de ellos había dado fruto de ciento; y ¡que haya cristiano y aun religioso cargado de años y canas que se contente con el fruto de treinta ó de sesenta! Verdaderamente que es confusión nuestra y en que se conoce bien cuán grande es nuestra flojedad y tibieza, pues aun viendo á los niños recién bautizados que nos echan el pie adelante, no es bastante para animarnos y darnos por entendidos.

SANTO NIÑO TOMÉ.

Pudiera suplir por todos el Santo Niño Tomé, de edad de catorce años, en quien se mostró tan liberal la divina gracia, que su vida puede ser ejemplo de religiosos por las cosas tan particulares que se hallan en ella, muy superiores á los años. Fué hijo del Santo Mártir Miguel (cuya vida pondremos adelante), el cual, desde que conoció á los religiosos, se mostró muy devoto de ellos y se ofreció á trabajar en la fábrica de la iglesia y convento de Meaco, por ser carpintero; y á ocasión de esto, conocieron los religiosos al Santo

Niño, que iba y venía con su padre, siendo entonces de once años poco más, y recién bautizado; pero tan morigerado y compuesto, que habiéndole visto poco después los religiosos que fueron desterrados en la misma persecución, afirman que, pasados algunos años, de sólo acordarse de aquel aspecto y compostura angélica del Santo Niño Tomé, interiormente se recogían y elevaban su espíritu en Dios.

Mostraba tal juicio y asiento, que traía notablemente admirados á los religiosos, particularmente cuando se confesaba, que no lo pudiera hacer mejor el más docto y ajustado. Era su confesor Fr. Marcelo de Rivadeneira, que, teniendo experiencia de ésto, hizo que fuese admitido por dóxico de nuestra iglesia, tomando él á su cargo enseñarle á ayudar á Misa, leer y escribir, y á que aprendiese el catecismo para instruir á los cristianos y gentiles en la Ley evangélica. Logró muy en breve el devoto y venerable P. Fr. Marcelo su buena enseñanza y ejemplo, pues luego comenzó el Niño á leer y escribir; y dejando de todo punto los ejercicios de niño, se ocupaba en leer las vidas de los Santos, y con mucha cordura las refería á los cristianos que venían al convento, y asimismo á los gentiles, con los cuales se mostraba muy libre en decirles la falsedad de la idolatría, de manera que algunos, viéndose confundidos de un niño, salían avergonzados y corridos.

Ayunaba los viernes y se azotaba todos los días como los religiosos, y á todos servía con mucha humildad y reverencia. En las Misas estaba con tanta compostura y devoción, que la ponía en cuantos estaban presentes. Fué muy devoto de Nuestra Señora, rezábala todos los días su corona y la llamaba su Madre, y como á tal la invocaba y ponía por intercesora con su Unigénito Hijo, para perseverar hasta la muerte en su santo servicio. Tenía también singular reverencia á todas las cosas sagradas, y así andaba besando siempre las manos de los sacerdotes y los ornamentos sagrados todas las veces que los cogía. En los pobres enfermos y leprosos veneraba á Cristo llagado, y por esto, siempre que les veía, se arrodillaba á sus pies y se los besaba; y si le daban lugar, se los lavaba á imitación de los religiosos sus maestros. Así lo hizo un poco de tiempo que estuvo en Osaca por acólito del ya referido Fr. Marcelo, que, cuando no tenía que hacer en el convento, se iba al hospital y se empleaba en todos los ejercicios de caridad y piedad que se ofrecían. Después se quedó con el Santo Fr. Martín de la Ascensión hasta que se ofreció el ir acompañando al Santo Fr. Felipe de Jesús en el viaje que hizo á la ciudad de Meaco, donde los dos fueron presos y puestas guardas en compañía de los demás religiosos.

Ya dijimos la grande constancia que mostró este Santo Niño cuando

le cortaron la oreja, diciendo al verdugo: *hártate bien de sangre de cristianos, y si quieres más, corta, que no temo tus cuchillos ni navajas.* Pues con la misma anduvo todas aquellas tan largas estaciones hasta llegar al calvario, donde se vió con su padre Miguel, que iba también en cadena con los demás, y muy contento de ver á su hijo con tanto esfuerzo; y abrazándose los dos con gran ternura y convidándose para las eternas moradas, fueron desprendidos de los crueles sayones, que luego los llevaron á donde estaba la cruz de cada uno; y puesto en ella el Santo niño Tomé, nombraba muchas veces el Dulcísimo Nombre de Jesús y de María Santísima su Madre, con las cuales palabras, habiéndole atravesado de parte á parte con las dos lanzadas, acabó esta vida mortal y perecedera y subió glorioso mártir á gozar de la eterna.

Al salir de Osaca para ser crucificado en Nangasaqui en compañía de los demás, escribió una carta á su madre, que por ser mucho de notar en un niño de tan tierna edad, traducida de la lengua japona en nuestra castellana, la pondré toda á la letra, la cual es como sigue:

CARTA DEL SANTO NIÑO TOMÉ

Á SU MADRE, POCOS DÍAS ANTES DE SU DICHOSO MARTIRIO.

"Con la gracia del Señor escribo esta carta ¡Quiera el Señor, madre mía, consolaros y daros su santísima gracia! En la sentencia está escrito que seamos crucificados en Nangasaqui juntamente con los Padres, que por todos somos veinte y cuatro. De mí y de Miguel, mi padre, no tengáis pena ninguna, porque allá os esperamos en la gloria. Y mirad que aunque en la hora de vuestra muerte no tengáis padre con quien os confesar, tened arrepentimiento de vuestros pecados, llorándolos con mucha devoción, y considerad los muchos beneficios que recibísteis de Jesucristo Nuestro Señor. Y porque las cosas de este mundo luego se acaban, procurad (aunque vengáis á ser pobre y mendigar) no perder la gloria del paraíso, y sufrid con paciencia cualesquier cosas y trabajos que los hombres os hiciesen; y mirad que es muy necesario que Mancio y Felipe, mis hermanos, no vayan á las manos de los gentiles, aunque mueran de hambre; porque no les perviertan, que el Señor los socorrerá. Yo os encomiendo muy de veras á Dios, y lo mismo que hagáis conmigo y con todos los que vamos al martirio. Vuelvo muy mucho á encomendaros que es cosa muy necesaria que tengáis siempre arrepentimiento de vuestros pecados, porque Adán, según oí decir á los Padres, se salvó por la contrición; y si así lo hacéis, aunque no tengáis padre con

quien confesaros, seréis justificada. Á Dios, madre mía: Nuestro Señor os consuele y conserve en su gracia."

¡Favor grande y liberalidad inmensa de Dios, que hace que un niño enseñe lo que muchos ancianos no saben! Pero ¿qué mucho, si le asistió con tan soberana gracia, que le hizo apetecer lo que es tan repugnante á la naturaleza, cuales son los tormentos y martirios; y con tanto fervor y espíritu, que le pudiera poner, si les faltara, á los demás Santos Mártires que murieron en su compañía! ¡Tan grande como éste fué el que en todas ocasiones mostró este santo niño!

SANTO NIÑO ANTONIO.

No fué inferior á éste el del Santo niño Antonio, de edad de doce años, natural de Nangasaqui, hijo de padre chino y madre japona, y aunque recién bautizados, ya todos habían dado excelentes muestras de buenos y fervorosos cristianos, especialmente el hijo que, desde el primer día que fué bautizado, comenzó á acudir á todos los ejercicios en que se ocupaban los religiosos, así de día como de noche, con mucha puntualidad y devoción, más de la que permitían sus años; lo cual, visto por Fr. Jerónimo de Jesús, Presidente que era de Nangasaqui, aficionado de las buenas muestras que daba de virtud el niño, le pidió á sus padres para tenerle de asiento dentro del convento y servirse de él los religiosos en el ministerio del altar, con esperanzas de que, creciendo en edad é instruído en los misterios de nuestra Fe, había de ser de mucho provecho para aquella cristiandad. Y aunque al principio le rehusaron los padres, por ser pobres y necesitarle, al fin se le dieron, deseosos de que con la instrucción y ejemplo de los religiosos aprovechase en la virtud y fuese muy buen cristiano. Tenía tan buena habilidad, que aprendía cuanto le enseñaban: en menos de un año aprendió á leer y á escribir con perfección.

Iba ya aprendiendo el catecismo, y habiendo llegado á Nangasaqui el Santo Fr. Martín de la Ascensión y el Santo Fr. Francisco Blanco, que iban de Manila y pasaban á la ciudad y corte de Meaco, se le llevaron consigo, á instancias de Fr. Jerónimo de Jesús, que se le enviaba á Fr. Marcelo de Rivadeneira, que deseaba tener algunos virtuosos niños á quien enseñar, hasta que supieran catequizar á los gentiles, por la mucha necesidad que había de ministros y de dóxicos que los enseñasen. Puestos en camino para Meaco, sucedió el que mudasen á Fr. Marcelo al mismo puerto y ciudad de Nangasaqui de donde ellos salían, y por ir por diferentes caminos, no se encon-

traron: con que el Santo niño Antonio se estuvo siempre con el Santo Fr. Martín, y lo más del tiempo en Osaca donde le vieron y comunicaron los castellanos del galeón *San Felipe*. Y como ellos mismos deponen, no acababan de loar y dar muchas gracias á Nuestro Señor, viendo su rara modestia y compostura y la devoción con que ayudaba á Misa, y la humildad y rendimiento con que obedecía á cuanto le mandaban, y la gracia y cortesía con que á todos hablaba, y sobre todo la alegría espiritual que mostraba viéndose cercado de guardas y ministros de justicia (como ya lo estaban), creyendo que padecería presto martirio: para que se vea cuánto era el valor de estos niños, que mientras más se acercaban á la muerte, tanto estaban más alegres y contentos. Así lo mostró el Santo niño Antonio, y cuán asistido fué de la mano poderosa del Señor, que le hizo vencer con su gracia cuantos estorbos le pudieron poner los afectos de carne y sangre. Porque acercándose ya al lugar del martirio, viéndole sus padres (que, como dijimos, eran de Nangasaqui), aunque no les pesaba que su hijo tuviese tan dichosa suerte, pero llevados del sentimiento y amor natural, se llegaron á él persuadiéndole con razones y lágrimas que no se quisiese morir en tan tiernos años; que tiempo se ofrecía adelante en que, siendo mayor, sufriese y venciese con mayor constancia los tormentos y crueldades del tirano No faltaron otros parientes, pretendiendo todos apartar al Santo Niño de su propósito; pero él, que no era ya niño en el seso y discreción, sino varón perfecto, asistido y favorecido singularmente de Dios, conociendo la zancadilla que el demonio le armaba, con una boca de risa satisfizo á sus padres, confundiendo en ellos la malicia del enemigo de su bien. Díjoles lo mucho que aguardaba de Dios en aquella empresa, que no porfiasen en aquello, que era trabajar en vano y dar ocasión á que los infieles mofasen de la santa Ley.

A esta sazón llegó el juez á ver lo que los padres decían á su hijo, y movido de sus lágrimas, le tomó de la mano, diciendo que él lo llevaría á su casa y le tendría por hijo y favorecería con Taycosama para que fuese hombre de reputación y crédito en sus tierras. Á lo cual respondió el Niño con animoso denuedo: "Locura sería muy grande dejar las promesas eternas por las temporales, y más, cuando éstas tan presto se acaban, que es todo uno el gozarlas y el perderlas. Pero veamos (dice el Niño), ¿eso que me prometes ha de ser también con el Padre Fr. Pedro mi maestro y sus compañeros?"—El Juez dijo que no podía ser, que solamente hablaba con él—" Pues en breve veréis (volvió á decir el Niño) cuán poco estimo estas promesas y aun mi propia vida; porque no me asombra la cruz ni me espanta el martirio, como vosotros debéis de pensar; antes pluguiera á Dios me viera ya

en él, que lo deseo sumamente como lo sabe bien aquel Señor que por nuestro amor murió en una Cruz."

Y diciendo y haciendo, volvió las espaldas al Juez y á los demás con quien hablaba y comenzó á desnudarse el quimoncillo (que es una vestidura á modo de gabardina que llega hasta el tobillo), y dándosela á su madre, la dijo: "Tomad y consolaos, que en el paraíso rogaré por vosotros. No me lloréis á mí más, pero llorad á estos pobres y miserables gentiles, que yo al paraíso me voy, así como ellos se van al infierno, si se quedan en su infidelidad. Y mirad que no echen de ver los gentiles que os pesa de mi muerte; porque si es cosa fea que os pese el que yo muera por amor de Dios, que primero murió por nosotros, mucho más el que lo deis á entender. Quedaos, pues, con Dios, que allá nos veremos en el paraíso". Esta palabra *paraíso* traía muy de ordinario en su boca el bendito Niño, repitiéndola tras cada palabra, porque sin duda debía de recibir en ella el consuelo que el santo Fr. Gil. Y finalmente, diciendo *paraíso*, se extendió en la cruz.

Enarbolado en ella el bendito Niño, y viendo junto de sí al Santo comisario Fr. Pedro Bautista y que no le decía nada, tomó él la mano y dijo lo que ya referimos en otra parte (que por ser de tanta edificación lo volveremos á referir ahora con las mismas y formales palabras): "*Padre Comisario, ¿no se acuerda que nos dijo en el camino que, cuando estuviésemos en las cruces, habíamos cantar los niños el salmo* LAUDATE PUERI DOMINUM? *Padre, comience que ya es tiempo.* El Santo Comisario que estaba en su éxtasis arrobado, no hizo movimiento alguno; y visto que no le respondía, comenzó él á solas á entonar el salmo, á que luego le ayudó el Santo niño Luis, que estaban juntos, al lado izquierdo del Santo Comisario. Respondíanse á versos con tanto concierto y pausa, como si estuvieran en el coro, y con tanta suavidad y melodía, que parecían más voces de Ángeles que de criaturas humanas; y prosiguiéndole el Santo niño Antonio con el espíritu, fervor y devoción que le había comenzado, ya que llegaba al fin, le dieron las lanzadas, y pasó aquella bendita alma á cantar el *Gloria Patri* con los Ángeles del cielo.

SANTO NIÑO LUIS.

Del Santo niño Luis ya dijimos lo que sucedió al tiempo de la prisión de los religiosos, esto es, la abundancia de lágrimas que derramó hasta que los jueces le pusieron en la lista, que por ser tan pequeño, no le querían asentar en ella. Y asimismo lo que le pasó con el juez Fezamburo y con el otro gentil en la cárcel, y que á todo lo que hicieron á fin de librarle de la muerte, aquel Santo Niño se mostró siempre inexorable con maravillosa constancia. Era de diez años y

escogióle Dios Nuestro Señor de año y medio de bautizado para ejemplo de varones, porque no solamente venció varonilmente al demonio, no admitiendo los vanos consejos de los gentiles, pero aun hacía burla de ellos y los mofaba. Era el más niño, y el más hermoso de rostro, que aficionaba á cuantos le miraban, y así tuvo más encuentros que todos.

El mercader de que arriba hicimos mención, entre otras cosas que le dijo fué, que si quería estar con él, que le rescataría. A lo cual respondió el Niño con donaire y gracia: *pues ¿cómo á mí solo queréis rescatar? ¿Por qué, si tienes tanta plata, no los rescatas á todos?* Y sin oir más palabra se fue huyendo confuso á Fezamburo que también deseaba mucho tenerle consigo. Habiéndole dicho éste: *yo te daré la vida y te haré mucho bien si dejas esa ley de los cristianos,* respondió el cuerdo y discreto Niño: *¡Oh, cómo estás engañado! ¿Qué otra vida ni mayor bien quiero yo que morir por mi Dios y en compañía de estos mis Padres, y no vivir en tu ley falsa en que los hombres se van al infierno? Yo al cielo quiero ir á gozar de mi Dios, y sería muy necio en trocar mi ley por la tuya.*

En llegando al lugar del martirio, viendo las cruces, con un fervoroso espíritu corrió á ellas y preguntó: *¿cuál de estas es para mí?* Y habiéndosela mostrado, se abrazó con ella con gran regocijo y contento, mostrándole más extraordinario después de amarrado y levantado en alto; porque diciéndole otro cristiano que presto se hallaría en el paraíso, él, como mejor le daban lugar las ataduras, haciendo ademanes de placer y alegría, mostró en el rostro la que no le cabía en el corazón, y con ella recibió las lanzadas, estando cantando el *Laudate pueri Dominum,* como se ha dicho, dejando notablemente admirados así á gentiles como á cristianos, viendo que un niño de diez años, muriendo, triunfaba de la muerte y de todos sus enemigos, y entraba victorioso en el Cielo; especialmente sus dos venturosos tios, los Santos Mártires León y Paulo, que eran los que le habían sacado del poder de su padre, que era gentil, y entregado al Santo Comisario debajo de su doctrina y enseñanza, y estaban á la mira, por ver si la lograba como ellos deseaban, muriendo con gran valor por el nombre de Cristo, y vieron que había sido tal su muerte, que á su vista no había razón de temer ellos la suya; y así, murieron muy consolados, dando muchas gracias y Nuestro Señor por ver tan bien logradas sus diligencias y la instrucción y doctrina del Santo Comisario.

NIÑO MÁXIMO.

Aunque en esta ocasión del martirio y mucho tiempo después fué notoria la caridad, fervor y celo del niño Máximo, su fortaleza

y constancia, y aun sus venturosos trabajos y dichosa muerte, con todo eso, ha sido de pocos celebrada, y no sé por qué razón, pues aun cuando no hubiera otras, era bastante para no sepultar su memoria con el olvido saber haber sido compañero en vida de los tres Santos Niños Mártires, arriba nombrados, y haber muerto por la misma causa.

Fué este santo Niño natural de Meaco, hijo del Santo Mártir Cosme Taquia (de quien adelante haremos mención), el cual, como tan ejemplar, luego que se fundaron los hospitales, se dedicó al servicio de los frailes. Era casi de la misma edad que el Santo niño Luis y muy parecidos ambos en la apacibilidad de condición, hermosura y gracia exterior, más que si fueran hermanos. Y por eso les habían mandado los religiosos que ellos dos se vistiesen siempre de acólitos para la Misa mayor, porque era notable la devoción que causaba verlos, que parecían unos Ángeles. Ellos también decían de parte de noche en voz alta la doctrina y catecismo á los pobres, y juntos les hacían las camas y otras cosas semejantes, andando siempre acompañados.

Pues, sucedió que, al tiempo de poner las guardas al convento, cayó este niño Máximo enfermo de unas calenturas tan maliciosas, que luego entendieron que muriera, con lo cual pidió el Santo Comisario á las guardas que dejasen llevar aquel Niño en casa de su madre para que le curara y regalara, pues veían que ya ellos no lo podían hacer, según que el Niño necesitaba. Salió, pues, el Niño y fuésele continuando la enfermedad por espacio de tres semanas, hasta que Nuestro Señor fué servido de mejorarle para que diese un tan notable ejemplo al mundo de su ferviente caridad, como fué el que dió confundiendo la humana flaqueza, y ostentándose en él los poderíos de la divina gracia.

Y fué el caso que, andando ya convaleciente el Niño (aunque todavía no salía de casa por no tener aun fuerzas para ello), sucedió el sacar á los Santos Mártires de la cárcel pública para llevarlos á la vergüenza por las ciudades que ya dijimos, y sabiendo él, á ocasión de haber preguntando por su madre y por toda la gente de casa, que le habían dejado solo, sin darle parte cómo iban á ver á los Santos Mártires, deseoso de hallarse él también presente y ver quien eran los Mártires, dándole Nuestro Señor fuerzas para poder andar, se fue á encontrar con ellos; y lo primero que vió fué á los tres Santo Niños, sus compañeros, que iban delante guiando aquel santo escuadron, llevados del espíritu de Dios, atadas sus manecitas atrás, con sogas á las gargantas, sus inocentes orejas cortadas, y cantando las oraciones del *Pater Noster* y *Ave María*, de lo cual admirado y grandemente enternecido, deseando acompañarles en su dichoso triunfo, les comenzó á dar voces diciendo: *Luis, Tomé, Antonio: yo quiero ir con vosotros; no me queráis dejar solo*; y otras palabras y razones se-

mejantes, al modo de lo que se dice de San Lorenzo, cuando vió al Santo Pontífice Sixto á quien llevaban al martirio.

Estuvo instando en esto un rato el fervoroso Niño, forcejando con sus pocas fuerzas por subir en el carro donde iban triunfando sus compañeros, hasta que uno de los verdugos le cogió de la mano y le echó de allí, de lo cual no se dió él por entendido; antes volvió con nuevo fervor y espíritu, particularmente después que vió que su padre, el Santo Cosme Taquia, iba también en cadena, que, llegándose á él, levantó más la voz pidiéndole que dijese al juez que él quería también morir en su compañía por amor de Dios, pues era cristiano y criado de los Padres; lo cual repetía muchas veces deseando que le echasen mano, y con tal denuedo, que amoinado un cruel verdugo, le dió con el asta de lanza un tan desatinado golpe, que le derribó en tierra, cayendo el Niño sin sentido, y estuvo así gran espacio de tiempo, que ya le juzgaban todos por muerto.

Recogióle su madre con varonil constancia, y con el hijo medio muerto, se fué tras su marido, deseando acompañarle en su martirio como las demás mujeres é hijos de los Santos Mártires hacían, hasta que á todos los prendieron, encerrándoles en la iglesia de los religiosos, donde padecieron grandes penalidades y fatigas de hambre, sed y frío, como ya dijimos; todo lo cual se juntó para mayor martirio de este santo Niño, y así vino á morir, parte del golpe que le dieron, y parte por las miserias que en la prisión padecieron. Y siendo así que cada día parecía que se moría, quiso Nuestro Señor conservarle la vida hasta casi el mismo tiempo en que los demás niños padecieron martirio; porque así como habían sido compañeros en las penalidades y trabajos de la vida, padecidos por su amor, lo fuesen también en la muerte para ser coronados juntos de la corona de gloria que dignamente habían merecido y su Majestad les tenía prevenida.

CAPÍTULO XXXII.

DE LOS SANTOS MÁRTIRES LEÓN CARAZUMA Y PAULO SUNAQUI.

DE lo que breve y sucintamente dejamos dicho acerca de la fundación de los hospitales del Japón y de los excelentes ejercicios de caridad que se ejercitaban en ellos, consta gran parte de lo que hay que escribir de estos dos Santos Mártires, pues ellos fueron sus principales superintendentes y los que grandemente sobresalieron entre todos en el ejercicio de su caridad y hospitalidad.

SAN LEÓN CARAZUMA.

Y quien más de los dos fué sin duda el Santo León que, reducido á manso cordero del rebaño de Cristo, rindió copioso esquilmo para abrigo, remedio y salud de muchos pobres y enfermos. Fué natural del reino de Boari, hijo de padres nobles gentiles, que, mirando á las medras temporales del hijo y no curando de las eternas, le dedicaron luego á un templo de ídolos, donde fué bonzo muchos años, manteniendo con engaños y embustes grande ostentación y aparato entre los gentiles, como acostumbran todos los bonzos. Era notablemente pertinaz en su secta y grandemente honrador de sus ídolos, de donde le nacía tan entrañable ojeriza á la Religión cristiana, que ni hablar de ella, verla, ni aun oir su nombre, estando él presente, permitía. Pero como estaba en el divino acuerdo predestinado para un insigne grado de santidad, cual fué al que le levantó el Señor después que le llamó mediante el santo

Bautismo, y para que, como esclarecido mártir, diese testimonio de su Fe, fué poco á poco obrando la batería de la divina gracia con repetidas mociones é inspiraciones, de suerte que ya se mostraba menos esquivo con los cristianos, y tal vez comunicaba con ellos.

Teniendo noticia de esto un hermano de la Compañía, de nación japón, sintió en su alma un vivo deseo de conquistarle para Cristo, conjeturando de la constancia en su superstición, cuán copiosos frutos daría si, arrancadas aquellas malezas de la infedelidad, admitiese la preciosa semilla de la Fe y el fértil trigo de los auxilios divinos. No dejó medio que no intentase, ya por sí, ya por otros cristianos, y en particular por el caballero de Cristo Cosme Joya que se mostró siempre muy celoso en la conversión de las almas; y aunque se resistió por algún tiempo, al fin, con la continua batería que le daban, se rindió, y hecho catecúmeno, era cosa cosa maravillosa con cuanta facilidad y aplicación entendía los misterios de nuestra santa Fe. Instruído bien en ellos, fué bautizado de edad de treinta años, habiendo hecho primero renunciación de cuanto tenía, por ser hacienda mal ganada en el estado de bonzo; y agregándose á otros devotos cristianos, con su ejemplo y la frecuente comunicación de los Padres de la Compañía, iba creciendo en cristiandad y virtud. Á persuasión de unos y otros, se casó conforme á su calidad y aun cristiandad; porque no sólo era la mujer noble, sino cristiana, de varonil ánimo y muy temerosa de Dios.

De allí algunos años sucedió la entrada en el Japón de nuestros religiosos, cuya pobreza y menosprecio de las cosas de este siglo causó tanta novedad en aquellos reinos, como ya dijimos; de lo cual, teniendo noticia el Santo Mártir León, deseó comunicar con los religiosos para informarse más de cerca de su vida apostólica y ver si era tal cual parecía. No le movía á ello curiosidad maliciosa, sino prudente acuerdo, para que si la hallaba uniforme, hacer todas las diligencias posibles para profesar una vida tan perfecta. Informóse con cuidado, examinó con toda individualidad cuanto había oído decir de los religiosos, y al fin, vió por sus propios ojos lo que él nunca tal creyera; pues vió hombres que, si vivían en la tierra, no tenían nada de ella, como si ya fueran moradores del Cielo. Desde el mismo instante propuso de tomar nuestro santo hábito, siempre que los religiosos fuesen servidos dársele, y porque por parte del matrimonio no hubiese estorbo, comunicándolo con su mujer y conviniendo los dos en ello, hicieron voto de continencia.

Hecho esto, dió parte al Santo Comisario, el cual, aunque loó su determinación, no le dió lugar por entonces para que totalmente la pusiese por obra, diciéndole que necesitaban de más asiento las cosas para ad-

mitir novicios á la Religión; pero que no por eso dejaría Nuestro Señor de aceptar sus buenos deseos, y así, que perseverase, y, que si quería. que él le ocuparía en el ínterin en cosas en que pudiese hacer muchos y grandes servicios á Dios Nuestro Señor. Significóle entonces el Santo Comisario cómo, si de parte del Emperador no hubiese embarazo, se holgaría sobremanera hacer uno ó dos hospitales en que recoger y curar á los pobres enfermos, porque esta era la principal determinación con que habían ido á aquellos reinos, por tener siempre entendido que la cura de los cuerpos era uno de los medios más convenientes para la salud y conversión de las almas, que es lo que él grandemente deseaba y buscaba.

Apenas hubo oído esto el Santo León, cuando luego ofreció diferentes medios para que las fundaciones de los hospitales se pusiesen por obra sin ser necesario dar parte al Emperador, ofreciéndose él, juntamente con su persona y hacienda, en la manera que lo tenía prometido á Dios Nuestro Señor; y en conclusión dijo, que descuidase el Padre Comisario, que él tomaba por su cuenta uno de los hospitales. Este fué el principio que tuvo tan excelente obra y por donde comenzó á someterse que, como ya dijimos, fué medio de la conversión de innumerables almas; lo cual he propuesto para que se vea cuánta parte tuvo en ello y lo que se debe á este venturoso Mártir. Esto es en cuanto á lo material, que si hubiéramos de decir todo lo que trabajó en la promoción espiritual, fuera hacer proceso muy largo.

Porque no sólo se contentó con dar cuanto tenía para este ministerio, sino que él mismo en persona, con su mujer y familia, se dedicó al servicio de los pobres enfermos, acudiendo con notable solicitud y desvelo á todo lo que necesitaban para la salud de sus cuerpos y almas, como lo pudiera hacer con sus hijos la más piadosa madre. Él los limpiaba la lepra y se la curaba; él les lavaba, la ropa, y después, enjuta, se la sahumaba; y habiendo falta de arroz, con un costal al hombro, salía á pedir limosna por todas aquellas calles de Meaco, yendo de puerta en puerta, padeciendo hartos ultrajes y afrentas de los gentiles, que le tenían por loco; aunque de los cristianos era muy venerado, viendo su humildad y devoción, que no tenía por menos valer emplearse en ejercicios tan bajos, siendo persona tan calificada.

Otras veces andaba recogiendo estiércol para estercolar la huerta en que tenía variedad de hortalizas y legumbres para el sustento de sus pobres. Y estaba tan lejos de tener empacho de todas estas cosas, que á cuantos le querían ir á la mano, diciéndole, por ventura, que sería ocasión de escandalizar á los gentiles, le respondía y

satisfacía con tal denuedo, que á todos los dejaba confusos. Y solía decir: *¿Por qué me he de dedignar andar de esta suerte por las calles, si no deseo otra cosa que ser arrastrado por ellas y públicamente afrentado por la Ley de Cristo? Desde que la profesé, tengo entendido que no hay otra mayor honra como padecer deshonras por ella, ni otra mejor nobleza que la de los que mueren y padecen afrentas y escarnios por su defensa.* Tal era el espíritu y fervor de este glorioso Mártir, que pudiera estimular á los más fervorosos y perfectos.

Arrimada al mismo hospital, hizo una casa en que vivía su mujer y una hija doncella que tenía y la demás familia, la cual tenía por ejercicio todos los días pilar y cocer el arroz que habían de comer los pobres, guisar la olla, remendar la ropa, y tal vez acompañaban al Santo Mártir á lavarla, particularmente cuando era mucha y estaba muy sucia, que necesitaba de largo tiempo, ó en caso que estuviese muy ocupado (como de ordinario lo andaba) en predicar y catequizar, como ya diremos. Pero en otra ocasión, no lo permitía, porque decía, que lo que él supiese y pudiese hacer, no había de permitir que lo hiciese otro. Hizo asimismo dentro de la dicha casa un cuarto apartado y bien aderezado, en el cual se juntaban de parte de noche, á las horas señaladas, los cristianos que vivían alrededor del convento: allí tenían oración, hacían las disciplinas, rezaban el rosario, oían el sermón que el Santo León les predicaba, y hacían otros ejercicios de mucha piedad y devoción que era para loar á Nuestro Señor. Allí recogían también los cristianos que venían de otros pueblos y ciudades á confesar y comulgar que, por estar lejos, no podían volver á comer ó dormir á sus casas; y á todos los hospedaba y regalaba el Santo León como si cada uno de ellos fuera su hermano ó pariente muy cercano; y en fin, eran tales y tantas las obras de caridad, que así dentro como fuera de casa hacía este Santo Mártir, que con razón le llamaban padre de pobres y el consuelo universal de los cristianos.

Pues ¿qué diremos de su caridad y celo en cuanto miraba al bien y utilidad de las almas? Era tal, que como quiera que tuviese noticia que algún cristiano andaba vacilando á causa de los tormentos y amenazas de los gentiles, sus padres, parientes, hermanos, ó sus amos (como muchas veces sucedía), iba al instante, y, si podía, le sacaba del poder de ellos y le llevaba á su casa, y allí le sustentaba y animaba á la perseverancia. Y si le parecía medio conveniente, hacía que se pasase á otra ciudad ó reino en que hubiese Padres y cristianos, haciéndole el gasto de todo lo que necesitase para el camino. Y de esta suerte libró muchas almas que estaban en peligro manifiesto de faltar en la Fe y volverse á la antigua idolatría, que es lo que él sobremanera abominaba.

Los pobres y niños que por su medio se bautizaron y salvaron (según piadosamente podemos creer) fueron innumerables; porque siempre que tenía algún rato desocupado, salía al campo y discurría de una parte á otra, y por los arrabales de la ciudad y lugares retirados en que ya él sabía que solían arrojar á los pobres y moribundos y á los niños recién nacidos para que los comiesen los perros (impiedad muy usada en el Japón) ó los acabase de matar el que quisiese, y rara vez dejaba de encontrar con alguno; y si era niño, le recogía para bautizarle, y le llevaba al hospital, donde también tenía quien los criase; y si no, los encargaba y repartía entre los cristianos devotos, para que con su ejemplo y doctrina saliesen bien instruídos en la Ley católica y fuesen buenos cristianos. Y si el que hallaba arrojado era adulto, cargaba con él á cuestas, como otro San Juan de Dios, hasta su hospital de Santa Ana (que así se llamaba el que estaba á cargo de este Santo Mártir), y le catequizaba y enseñaba los misterios de nuestra santa Fe; y hasta que se bautizaba, no se sosegaba un punto, porque no se le perdiese aquel alma.

Y si por ventura había alguno tan obstinado que tan incomparable caridad, como era el haberle librado de voraces perros y traídole en sus hombros al hospital donde fuese curado y regalado, no era bastante para rendirle al yugo suave de la Ley de Cristo, ni menos sus eficaces razones y persuasiones, aunque grandemente aflijido por la perdición de aquel alma, no por eso dejaba de continuar con la medicina y regalo que con los demás pobres acostumbraba; antes bien solía esmerarse en particular con aquel, asistiéndole hasta el último término de la vida, cada instante con mayor cuidado, vertiendo juntamente gran copia de lágrimas por ver si con aquellas diligencias le podía ganar, ya que no valían razones ni palabras.

Fuera de estos ejercicios en que se ejercitaba movido de la caridad y celo de la conversión de las almas, tenía otros, como de oficio, que le habían encargado desde el principio los religiosos, cuales eran predicar y catequizar á los gentiles, en que también mostraba notable fervor y espíritu. Y si regulamos estos ejercicios por las santas y discretas prevenciones con que llegaba á ejercitarlos, hallaremos ser muy aventajado en los afectos. No se atrevía (y aun parece que no sabía) ponerse á catequizar á un gentil ó predicar á los cristianos sin prevenida oración y lágrimas, con las cuales pedía á Nuestro Señor fervor y espíritu para prestarle á sus palabras y razones, luz y fuego divino para sus oyentes, con que ilustrados y encendidos, se rindiesen al yugo suave de su Ley y humildes y contritos le conociesen, adorasen y reverenciasen. Gastaba en estas y

semejantes súplicas largos ratos, poniendo siempre por intercesora á María Santísima; y con este intento la rezaba todos los días dos y tres veces su corona, y otras devociones que tenía con particulares Santos, para que también en esta su pretensión fuesen abogados; y si el tiempo daba lugar, hacía una disciplina; y si no, ceñíase un fuerte cilicio, más de los acostumbrados; y de esta suerte armado, exhalando fuego de amor divino y rugiendo como un león, comenzaba y acababa su predicación, dejando á los gentiles, ya que no convertidos, notablemente confusos y admirados. Antes de comenzar la primera vez á predicar y catequizar se estuvo preparando y disponiendo con ejercicios espirituales de oración y ayuno y disciplinas cerca de dos meses, estando encerrado lo más del tiempo en una celda del convento que él escogió para eso.

De aquí, pues, se puede inferir qué tal y cuán grande sería el fruto de su predicación, pues á grandes disposiciones, son muy consiguientes grandes efectos. No tenemos necesidad de individuarlos, sabiendo cuán excesivo fué el número de almas que se convirtieron y bautizaron en los pocos años que los religiosos sus maestros estuvieron en el Japón, según que ya dejamos notado en otra parte. Y pues este glorioso Mártir fué tan aventajado predicador, justo será reconocerle también aventajado en el logro y fruto de su trabajo. Lo que no se puede negar que fué celosísimo en este oficio, cumpliéndole con toda exacción; y así lo aconsejaba á sus compañeros, y les rogaba que de ninguna manera desistiesen de obra tan santa, proponiéndoles para ello el interés de las almas y la gloria que daban á Dios y el bien que para sí granjeaban.

Y si por ventura había alguno menos fervoroso de lo que él quisiera, le amonestaba blandamente y en caridad, y le estimulaba con el ejemplo de otros más fervorosos; pero si en el catequista reconocía algún género de liviandad, ó que tenía más satisfacción de la que debiera en sus razones y palabras, le reprendía ásperamente, como sucedió en una ocasión que vió á uno estar catequizando con palabras afectadas, poco devotas y muy retóricas, como preciándose de gran letrado, que no lo pudiendo sufrir, le dijo: "Hermano, hermano: la Ley de Dios no necesita de curiosidades ni del adorno de vuestras palabras. Mirad que deshacéis con ellas lo mismo que en ellas enseñáis. Lo que nos dice Cristo, que seamos humildes y llanos, sin doblez ninguna, y de esta suerte habemos de predicar y enseñar; y si no, hacemos mucho agravio al Evangelio y aun á los religiosos, en cuyo lugar predicamos; pues su trato es llano y afable, correspondiendo en todo á su hábito y profesión, que, como ves, andan vestidos de sayal y profesan humildad". Tanto le dijo

sobre esto, que él quedó bastantemente corregido y aun enmendado, pues no hubo necesidad de advertírselo más.

Bien se deja entender que tan fervoroso celo no se podía compadecer menos que con un grado de virtud muy superior á la que comúnmente se halla en hombres, y que obtuvo las virtudes que se incluyen en estos actos en todo el rigor de heroicas. Y pues éstas andan todas enlazadas, y el obrar heroicamente es cosa natural engendrar hábitos semejantes, de lo dicho se podrá inferir cuan heroico seguidor de la virtud y perfecto ejemplar de la perfección evangélica fué este Santo Mártir.

Su comida era de lo más común y pobre de los de su Nación, y esto con rara escasez; porque desde que conoció á nuestros religiosos y comenzó á comunicar con ellos, no bebió vino, ni comió carne ni pescado, sino unas simples yerbas, así como ellos lo hacían, ayunando asimismo las cuaresmas que ellos ayunaban y demás ayunos de entre año. Las asperezas corporales, como del varón más penitente y austero; vestía á raíz de las carnes una túnica de sayal grosero y áspero que le habían dado los religiosos, dejando desde el mismo instante los quimones de seda y de otras materias preciosas y delicadas que los japones principales usan. El que comúnmente traía era de algodón humilde y llano, sin las labores ó pinturas que ordinariamente traen todas estas naciones en sus vestidos; usaba también de cilicios, disciplinas y otros ejercicios penales con que continuamente andaba macerando su cuerpo.

La reverencia y veneración á los templos y sacerdotes y demás cosas sagradas fué como se requería en un perfecto católico, á cuyo ejemplo habían de ser confundidos los gentiles y sus falsas adoraciones. No permitía, en cuanto le era posible, que nadie escupiese en la iglesia, ni que hiciese acción que no fuese muy digna de lugar tan sagrado. A los religiosos, donde quiera que los encontraba, besaba la mano, y el no lo hacer de rodillas era por excusar exterioridades, en que se ponía mucho cuidado por no dar que decir á los gentiles; pero si era necesario para confundirlos y condenar su vana presunción, no había cosa que se le pusiese por delante, aunque más lo repugnasen los religiosos. Así sucedió en Osaca, que, estando con uno de ellos este bendito Mártir solicitando la fundación del convento de Belén, viniendo por una calle, vió que por la otra parte venía el religioso y tras de él muchos muchachos y algunos hombres, todos gentiles, tirando lodo y gritándole como á loco; y dándose prisa, condolido de que así le tratasen, llegó á sus pies, y, postrándose, le besó la mano; y aunque el religioso lo quiso rehusar, porque también á él no le hiciesen mal, no dió lugar á ello,

antes añadió nuevas demostraciones de veneración y reverencia: con que los gentiles dejaron de ofender al religioso, quedando ellos corridos y avergonzados de haber ofendido á quien tanto veneraba un hombre tan principal.

Su oración era larga y prolija; vertía en ella copiosas lágrimas; prorrumpía en muy afectuosos suspiros, y eran tantos y tan grandes los regalos que le comunicaba el Señor, que decía él que no era posible declararlos. Y bien se deja entender, pues para tan continuos trabajos no eran bastantes las fuerzas naturales, sino fueran ayudadas con continuos favores celestiales.

A una vida tan santa y perfecta como ésta, claro está que había de corresponder muerte preciosísima; y no como quiera, sino una que fuese como corona lustrosísima, cual es la que se alcanza mediante el martirio. Padecióle este Santo con notable fervor y espíritu, como lo daba á entender lo encendido del rostro que parecía despedía de sí llamas de fuego de amor divino. Y lo que más admira, que aun después de cuarenta y cuatro días muerto, conservó este mismo encendimiento: indicio claro de cuán entrañado estaba en sus huesos, aun más que la propia vida, pues ésta pudo desprenderse y salir por las puertas que la abrieron las lanzas, y aquél no, conservándose por tantos días como muchos testigos depusieron.

SAN PAULO SUXAQUI.

El santo mártir Paulo Suxaqui (*), natural del reino de Boari, fué de tan excelente ingenio y capacidad, que, habiendo sido criado en los ritos gentílicos y adoración de sus falsos dioses, por razón natural, vino á concluir que la salvación no podía estar en semejantes sectas; y así, deseó oir las pláticas de la Ley de Dios, mediante las cuales, se persuadió que sólo en ella se hallaba el camino seguro de la bienaventuranza. Bautizado, quedó como nuevo hombre, aun en el natural; porque siendo antes arrogante, valentón y temerario, de que daban buen testimonio las señales que se reconocían en su cuerpo de cuchilladas y heridas, que otros, y aun él mismo se había dado para mostrar más su valor y ánimo, después era tan manso y apacible y tan temeroso de Dios, que de una palabra desentonada ó que pareciese ociosa hacía escrúpulo de conciencia y la lloraba muy en forma, como si el defecto hubiera sido en materia notablemente grave. Lo mismo era acerca de otro cualquier defecto, que

(*) Otros escriben Suzuqui, y algunos, Zuzuqui y también Susuqui. Con los apellidos de los demás Santos Mártires japones, sucede otro tanto: no hay uniformidad en los historiadores acerca del modo como se escriben. (Nota del Colector).

huía de él como de un basilisco; lo cual conservó mientras vivió, como afirmaron sus confesores, diciendo que rara vez hallaban materia de que absolverle, porque era tal el cuidado que ponía en la pureza de conciencia y alma, que ni por pensamiento se deslizaba en cosa que fuese contra ella. Esto mismo aconsejaba á su mujer, y con ser (aunque moza) muy virtuosa y devota, lo celaba tanto en ella, como otros en sus mujeres la honra. Porque una vez la oyó hablar no sé que palabras indiferentes, rogó al Santo Comisario que la quitase la comunión en la primera ocasión que se ofreciese, diciendo que no era digna de ella; pues en lugar de loar á Nuestro Señor, le ofendía, gastando el tiempo en palabras ociosas.

Las que él hablaba eran las precisas, y aun cuando catequizaba, era muy moderado, porque naturalmente era hombre de pocas razones; pero siempre graves y de mucho peso. Y no por esto era desechado de los gentiles cuando los catequizaba, ni menos de los cristianos cuando los predicaba; antes loaban su buen modo, que no se cifraba en palabras, sino en sentencias y verdades macizas. Junto con esto, era muy jovial y apacibilísimo con todos, hallándole alegre y risueño á todas horas.

Fué muy continuo en la oración mental y vocal, añadiendo á las horas que tenía en compañía de los religiosos otras repartidas entre día y noche. Antes de oir Misa gastaba en este ejercicio un grande rato por disposición y preparación para oirla con la atención debida, y solía decir que era tanto el provecho que sentía en esto, que no sabía con que ponderarlo; porque aunque no fuese más que hallarse con los sentidos recogidos al tiempo de ponerse el sacerdote en el altar, lo tenía por gran ganancia, pues estando de aquella suerte, le era fácil ir atendiendo á los inefables misterios del santo sacrificio de la Misa en que grandemente se regalaba y recreaba su alma. Para la Comunión se preparaba con diferentes ejercicios de oración y pureza de alma: ésto, confesándose muchas veces al día con compunción y lágrimas, y aquéllo, gastando la noche antes en oración, entrepuestas algunas disciplinas hasta bañar la tierra en sangre.

Ardía en su corazón una caridad grande para con Dios y con los prójimos, y así, cuando se ponía á considerar las abominaciones de los gentiles, sus naturales, y oía contar los pecados que se hacen en el mundo, se iba á la iglesia en un lugar apartado, ó se entraba en su oratorio, donde pedía á Dios Nuestro Señor con tiernas lágrimas y afectuosos suspiros que atajase tantos males. De haber tenido otras muchas virtudes, dícenlo expresamente los originales y manuscritos de la Provincia; aunque de ninguna nos dicen cosa especial, contentándose sólo con decir que fué varón humildísimo y de rara abstinencia, y tan

adecuado en todo género de virtud, que en vida le llamaban *el Santo*.

Fuera de esto, ponderan de cuánta utilidad fué para los religiosos y aun para toda aquella cristiandad. Porque lo primero de que sirvió, después de haberse agregado á los religiosos, fué de escribiente para los negocios que se habían de tratar por escrito con los gobernadores del Reino, tocantes á la embajada que los segundos religiosos llevaron, como ya dijimos. Era muy primoroso en la composición de sus notas ó caracteres, y así por esto, como por tener alguna curia en las cosas de la Corte, por haber estado algunos años por oficial en una secretaría de gobierno, hacía las peticiones y memoriales de los religiosos y andaba siempre á su lado para cuanto se les ofrecía. Hizo asimismo varios traslados del catecismo traducido en lengua japona y del arte, vocabulario, para que los religiosos pudiesen aprender con facilidad la lengua. Enseñaba también á los niños á leer y escribir, y aun á los religiosos, que algunos deseaban mucho saber los caracteres japones. Fuera de esto, sirvió de catequista y predicador del Evangelio; y no contento con esto, tomó á su cargo el segundo hospital que fundaron los religiosos dedicado al glorioso San José; en el cual trabajaba de día y de noche, ocupándose en los mismos actos de caridad y hospitalidad que el Santo Mártir León, su compañero, según que ya habemos dicho arriba.

Vió logrados antes de su muerte unos grandes deseos con que siempre había andado después que se hizo cristiano, y eran, la conversión de su madre y hermanos, á los cuales catequizó él mismo é instruyó en los misterios de Nuestra Santa Fe; y para mayor consuelo suyo, dispuso Nuestro Señor que saliesen tan buenos cristianos, que, dejando sus comodidades temporales, se ofrecieron, á imitación suya, al servicio de los pobres con sus personas y haciendas, con grande edificación y ejemplo de los fieles y aprovechamiento espiritual de sus almas; y así lo dieron á entender al tiempo de la persecución, que fueron de los que más se señalaron en el deseo y fervor al martirio. Para todos hizo casa junto al hospital, y fuera de reconocerse obligados á cuanto se ofrecía en él, los encargaba el Santo algunos niños de los que hallaba arrojados para que los criasen; y á su mujer, en lugar de dos hijos pequeñitos que se le habían muerto, la encargó otros dos niños de éstos, los cuales ella criaba como si verdaderamente fueran sus hijos tales eran las cosas de estos cristianos que toscamente referidas y de paso, como aquí van, mueven á devoción el leerlas.

Fn esta ocupación estaba este bienaventurado japón, cuando Nuestro Señor fué servido de llevarle á descansar en el eterno descanso de su gloria por medio de su dichosísima muerte y martirio. Antes del cual, hizo un breve y discreto razonamiento á los japones que

se hallaron presentes, condenando la vana presunción de los gentiles, que tenían por locura semejante muerte, y dando á entender á los cristianos con cuánta razón se había de ofrecer la vida por la verdad de la Fe, y por la que Jesucristo Nuestro Redentor había ofrecido en la Cruz por nuestros pecados. Y pidiendo perdón de los suyos, recibió las dos lanzadas, con los cuales entregó su espíritu en manos de su Criador.

CAPÍTULO XXXIII.

DE LOS SANTOS MÁRTIRES FRANCISCO, MÉDICO, COSME TAQUIA Y TOMÉ IDANQUI.

UNQUE el bienaventurado mártir Francisco era de humilde sangre, la disciplina de médico le dió humos para levantar cabeza, y aun prendas para que dignamente pudiese ser alabado en medio de los príncipes y grandes de la tierra; y fué así, pues por ellas fué estimado del rey de Bungo (*), á cuya sombra adquirió tanto crédito, que todo lo más granado del Reino se curaba con él. No dejaba de favorecerle la fortuna, que en un médico importa más que la ciencia, porque con ésta yerra muchas veces, y con aquélla casi siempre acierta. Y como decía Hipócrates, no se podía errar la cura donde el enfermo es bien gobernado y el médico bien afortunado. Con la fortuna le acompañaba á este famoso médico un buen natural, dócil é inclinado á buenas costumbres, y así, aunque no fuera por razón del oficio, era naturalmente amable y tenía mucha cabida en las voluntades y corazones de todos. Con esto crecía cada día más en honra, estimación y hacienda, de la cual hacía algunas limosnas á pobres y necesitados y otras obras pías, no porque todavía tuviese conocimiento del verdadero Dios por cuyo amor las hiciese, pues era aun gentil, sino que las hacía como obras loables y como pertenecientes á su salvación, ó porque le salían de su natural, que era piadoso é inclinado á hacer bien.

De esta suerte fué pasando algunos años, hasta que compadecido Nuestro Señor, se dignó de sacarle de las densas tenieblas de la gentilidad, tomando primeramente por medio causar en él un desa-

(*) Este Rey era cristiano, y su nombre, D. Francisco. Fué bautizado por el P. Francisco Cabral, primer Viceprovincial de los Padres Jesuítas del Japón (Nota del Colector).

sosiego de corazón muy penoso y un disgusto y desconsuelo muy sensible acerca de sus sectas y errores, y aun acerca de las obras virtuosas que hacía, cavando de día y de noche en esto sin poderse aquietar ni sosegar un punto y viviendo una vida muy triste con continuos temores y remordimientos de conciencia de si iba por buen camino de salvación. Y aunque los bonzos procuraban aplicarle los quitapesares que ellos acostumbraban para que los gentiles, viendo, no vean, y entendiendo, no entiendan, esto es, haciéndoles insensibles á los estímulos de la conciencia, ó que se hagan sordos á las voces que los da en esta vida, y aun da á todos para que no tengamos excusa cuando nos acusare en la otra, con todo eso, nuestro discreto Médico no se satisfacía; antes como era de agudo y excelente ingenio, y tan versado en la medicina, en la desproporción y poca virtud de las que le aplicaban para el achaque que él padecía les convencía de malos médicos del alma, pues con tantos embustes y engaños parecía no podían pretender otra cosa que echarla al infierno; sobre lo cual añadía varios discursos, condenando todas sus supersticiones y errores y la multiplicidad de sus dioses: "Todas las cosas (decía) así visibles como invisibles tienen su principio de quien fueron hechas, pues no se pudieron ellas criar á sí mismas; ni la armonía admirable de este universo puede ser hecha acaso sin causa omnipotente que la dispuso tan admirablemente y la conserva con tanto orden; y así, ha de haber una primera causa de todo el mundo, que así como lo crió y conserva, tenga providencia de todas sus criaturas; y á él solo pertenece, sin duda, ser adorado y reverenciado de ellas, y el dar premio á los buenos y el castigo á los malos."

Andando, pues, batallando con estos discursos, sucedió la guerra que el bárbaro Taycosama hizo contra los coreanos. Fué á ella nuestro Médico en compañía de un hijo de su amo, á quien también servía de médico y á otros muchos señores y soldados que andaban en la guerra. Aquí comunicó con algunos Padres de la Compañía que, entre el estruendo militar que formaban los hombres para ofenderse unos á otros, andaban ellos, como evangelizadores de la paz, predicando á los gentiles el reino de Dios. Entre los cuales fué dichosísimo este bendito Mártir, pues oyendo razonar á un Padre que estaba platicando á los catecúmenos los misterios de Nuestra Fe, quedó tan ilustrado con las razones que allí iba oyendo, que luego determinó de hacerse cristiano. Pero porque al mismo tiempo padeció el ejército de los japones una grande derrota en que todos ó la mayor parte quedaron derrotados, viendo cuan mala era la ocasión para poner por obra sus intentos, se salió de secreto del ejército

y se fué á Meaco, donde ya tenía noticia que había muchos cristianos. Informado de algunas cosas, supo cómo los Padres de la Compañía tenían allí en Meaco un hermano japón llamado Vicente, muy perito en las ciencias y letras de los japones; y deseando comunicarle, preguntó por la casa de los Padres que predicaban la Ley de los cristianos. Ya á este tiempo tenían fundada iglesia y convento nuestros religiosos, y como él no sabía dónde vivían unos ni otros, y por las señas que él daba, todos eran iguales, en lugar de encaminarle para la casa de la Compañía, le encaminaron á nuestro convento. Llegó en ocasión que estaba Fr. Marcelo platicando con unos cristianos al umbral de la portería algunas cosas tocantes á la santidad y pureza de Nuestra Santa Fe; púsose á oir al descuido (como dicen), y fué Nuestro Señor servido de mover de tal manera la lengua del religioso, que como si estuviera leyendo el corazón de este bendito Santo, le iba satisfaciendo á algunas dudas que más le fatigaban, de suerte que, como les iba declarando, se iba aquietando el entendimiento de Nuestro Santo Mártir y aficionando su voluntad á abrazar con toda resolución tan santa Ley; y así, oía lo que el religioso decía como si con él sólo hablara, y esto con tanta certeza de su entendimiento y pía afición de su voluntad, que luego, sin aguardar más, con sólo haber oído aquella plática, se ofreció por catecúmeno del mismo religioso; el cual, como informado de cómo venía á buscar al dicho hermano de la Compañía, le rogó que se viese primero con él, á que él respondió que ya no tenía necesidad, pues con los hijos de San Francisco le había deparado Nuestro Señor cuanto había menester. Y así fué, porque prosiguiendo después por algunos días en oir los demás misterios de Nuestra Santa Fe, según el orden del catecismo, se bautizó é hizo cristiano, llamándose Francisco á devoción de N. S. P. S. Francisco cuya vida había ya leído y traía escrita consigo, habiéndola sacado de un *Flos Sanctorum* que tenían los religiosos traducido en lengua japona.

Después de bautizado, aprendió muy bien toda la doctrina cristiana, á leer y escribir en nuestros caracteres, y los formaba tan bien como el mejor escribano de nosotros. Luego se supo cómo tenía en aquella Ciudad y Corte una hija casada y otros parientes que, con su arrimo y el del señor a quien servía de médico (que deseaba favorecerle en todo y ennoblecer á su familia), se habían acomodado muy bien. Pero como ciegos gentiles no sabían cómo corresponderle, sino haciéndole volver á la falsa adoración de sus dioses, y así, le reñían y afeaban su resolución, que ellos llamaban loca é inconsiderada y fuera de toda razón. No daba lugar nuestro bendito Mártir á sus insidiosas asechanzas; pero satisfacíalos con cuerdas y dis-

cretas razones, y, á vueltas de ellas, les predicaba y proponía el camino de la salvación y cuán engañados vivían, pues no había otra ley verdadera sino la de los cristianos.

De allí á algunos días pidió licencia á Fr. Marcelo para ir por su mujer y dos hijos que tenía en el reino de Bungo, rogándole juntamente que le encomendase á Dios, porque su intento era convertirlos y pedirlos que se hiciesen cristianos. Dióse él tan buena maña, que antes de llegar á Meaco, viniendo ya de vuelta, traía á la mujer desengañada de la falsa adoración de sus dioses, instruída y catequizada bastantemente, con que, en llegando, fué bautizada, y salió de las aguas del Bautismo tan favorecida de Dios Nuestro Señor, que desde el mismo instante se aplicó con grande fervor á la virtud, ejercitándola con igualdad y perfección. Era moza y de buen parecer, y en su gentilidad tenida y reputada por una de las mujeres más hermosas que había en el reino de Bungo, á cuya causa y por la larga ausencia de su marido había sido grandemente combatida, aunque nunca vencida, no por otro fin que por celar la honra y lealtad que debía á su marido, como ella misma contó después á un religioso nuestro con quien se confesaba, dándole cuenta de todo el discurso de su vida, y juntamente muchas gracias á Nuestro Señor por haberla librado, que aun entonces era gentil; pero después de cristiana, no podía menos de alegrarse el no haber caído en tan fea maldad. Son las japonas muy miradas en esto, y por las que acá se han visto de las muchas que en diferentes tiempos han aportado á estas Islas, es muy fácil de creer, pues todas ó casi todas han dado muy buena cuenta de sí y de su honestidad.

Lo que de lo dicho se puede inferir que, si ésta de quien ahora vamos hablando era tan honesta y recogida, siendo gentil, ¿qué sería después de cristiana á vista de un marido tan santo y ejemplar, que su vida era un perpetuo estímulo para la perfección? Sábese que á pocos meses de bautizada, para entregarse del todo y más perfectamente á Dios, tratándolo con su marido, de común acuerdo hicieron los dos perpetuo voto de continencia. A esto se siguió la frecuencia de los Sacramentos y otros ejercicios de piedad y cristiandad, que era para loar á Nuestro Señor ver alma tan agraciada, así en la exterior hermosura del cuerpo como en la interior del alma. Bien que presto puso todo su cuidado en ésta, en tanto grado, que, en su trato, porte y traje, se olvidó tan *in totum* de la hermosura exterior y demás prendas y gracias naturales, como si en el mundo nunca tal hubiera.

Desde que fué bautizada, quedó tan agradecida á Nuestro Señor de haberla reengendrado en el santo Bautismo, que, queriendo corresponder á las obligaciones de un empeño tan grande, se ofreció á servir

por su amor en el hospital de los pobres leprosos, así como lo hacía su santo marido, como ya dirémos; y con este intento se fué al Santo Comisario, rogándole encarecidamente que la admitiese en compañía de los demás sirvientes que se habían ofrecido para eso. Edificóse mucho el Santo Comisario de su devoción y fervor, y que una mujer naturalmente aseada y de su complexión. delicada, no tuviese asco de querer servir en lugar y ministerio tan asqueroso, especialmente para la nación japona; pero desengañóla de que no podía darle gusto en todo lo que ella pedía, por no ser necesario el servicio de las mujeres de puertas adentro, cuando había hombres que lo hiciesen; y que en abriendo la puerta para una, sería abrirla para todas, de donde podía resultar algún escándalo en descrédito de la Ley que predicaban. Pero que podía desde su casa, como otras piadosas mujeres lo hacían, acudir á lo que se ofreciese en beneficio de los pobres, de que todos se edificarían. Hízolo así en la forma que le fué ordenado, y con la puntualidad y aseo que en todas sus cosas acostumbraba.

Y en premio de este acto tan heroico, aceptando Nuestro Señor por entero su buena y eficaz voluntad, la dió tanto fervor y espíritu, así para estas obras de caridad como para otras de piedad, cristiandad y devoción, que traía notablemente admirados á los religiosos. Mostrólo en particular cuando, andando la procesión por la iglesia y patio el Domingo de Ramos, con sólo lo que había oído de la representación misteriosa en las ceremonias de aquel día, al salir el Santo Comisario por la iglesia, que era el que hacía el preste, venerando en él á Cristo Nuesto Redentor como si le viera triunfando en Jerusalén, bañada en lágrimas de devoción y ternura y revestida del espíritu de Dios, se desnudó de ¡su manto y le echó á los pies del Santo Comisario para que pisase en él, así como hicieron los de Jerusalén con Cristo Nuestro Redentor, causando en todos tan impensado acto notable espanto y admiración, y fué ocasión de que con el mismo espíritu y fervor hiciesen otro tanto todas las demás mujeres y algunos hombres de los muchos que iban en la procesión.

Heme detenido en hacer alguna memoria de esta devota y fervorosa cristiana, porque como su conversión de la vida común de cristiana á la de la virtud y perfección fueron efectos de la instrucción, doctrina y ejemplo de su santo marido el bienaventurado Mártir Francisco, cuya vida historiamos ahora, cede todo grandemente en crédito de su santidad y virtud. Y pues ésta fué tal que pudo tener tan admirables efectos, fácil es de conjeturar lo heroico y excelente de sus ejercicios.

En el de la oración mental y vocal fué continuo y devoto. En

amaneciendo Dios, se iba á la iglesia de nuestro convento, en la cual perseveraba de rodillas hasta que se acababan las Misas, rezando en el espacio de una á otra, ó antes de comenzarse, sus devociones, y después proseguía con la oración mental por largo rato, derramando copiosísimas lágrimas que movía á devoción el verle. Contemplaba en la Misa tan vivamente la Pasión y muerte del Salvador, que no podía contener los suspiros y afectuosos sentimientos. Era muy notado de todos el cordial afecto que tenía al Santísimo Sacramento, y cuán bien se le había entrañado la Fe viva que debía tener de los misterios que encierra, que no se hartaba de contemplar en ellos; y fuera de esto, visitaba á Nuestro Señor muchas veces al día, no siendo parte para impedírselo las ocupaciones de su oficio; porque esta era la que más tiraba de su corazón, trayéndole la amorosa sed á beber las dulzuras de aquella soberana fuente. Parecíanle breves las horas y muy corto el tiempo para estarse adorando la divina presencia, las rodillas por tierra; y cuando comulgaba y sentía al Señor en su pecho, rebosando el fuego que en lo interior de él ardía, se le encendía el rostro y bañaba en una luz y claridad admirable, que era para dar muchas gracias á Nuestro Señor ver tan singulares efectos de su inmensa bondad y piedad en un cristiano tan nuevo.

De esta fragua del amor divino en que se encendía su espíritn salía como impelido á los ejercicios de caridad para con sus prójimos, así dentro como fuera de los hospitales. Hizo en su casa botica de cuantas medicinas pudo haber, y á todos los cristianos las daba de valde y les visitaba las veces que podía con notable amor y caridad. Después dejó de curar á los gentiles por algunos lances que se le ofrecían de inquietud, porque, como él decía, le irritaban sobremanera sus conversaciones y pláticas; pero si tenía esperanza de la conversión de alguno, acudía con mucha puntualidad por ver si, curándole el cuerpo, le podía sanar el alma, como sucedió algunas veces. Su principal asistencia era en los hospitales, donde servía no solamente como médico, sino como el más humilde esclavo, lavando los pies á los pobres leprosos y haciéndoles las camas y lo demás que veía hacer á los religiosos.

Resplandeció asimismo en otras muchas virtudes, particularmente en la mortificación y penitencia, domando su cuerpo con disciplinas, cilicios y ayunos; todo con tanto rigor, que fué necesario irle á la mano, poniéndole límite y tasa en cada una de éstas. Fué también curiosísimo en escribir sus caracteres y notas, en las cuales traducía cuanto hallaba escrito en japón de las cosas de la Religión cristiana; y hacía unos cuadernillos muy aseados y los repartía entre los cris-

tianos con obligación que diesen alguna cosa de limosna para los hospitales. Lo primero que se contenía en ellos era la doctrina cristiana; luego iban por su orden algunos tratadillos espirituales que habían compuesto los religiosos con particular cuidado; junto con esto, variedad de razones y sentencias vivísimas en que se explicaba la pureza y santidad de nuestra Santa Ley y la falsedad de las sectas gentílicas, la fealdad del pecado, el rigor de las penas eternas, la dicha y felicidad de la bienaventuranza y otras cosas semejantes con que los cristianos á veces confundían á los gentiles y ellos se enfervorizaban; porque leídas con atención, cada una de aquellas palabras era tan eficaz y persuasiva, que, como si fuera una aguda saeta los traspasaba el alma. Con estas saetas ó sentencias adornó todo á fin de encender en más devoción á los cristianos y dar á conocer á los gentiles el nombre de Cristo.

Otra cosa intentó no menos piadosa y devota y en que se conoce bien su celo admirable acerca de la conversión de las almas, y fué, enseñar á los hijos de los gentiles nobles las ciencias y facultades que entre ellos son más válidas y en que él era muy perito; pero cristianizadas y limpias de los erorres con que comúnmente las enseñan los bonzos para irles aficionando de esta suerte á las cosas de la Religión cristiana é ilustrando sus potencias antes que fuesen ocupadas de las densas tinieblas de la gentilidad; y de hecho lo comenzó á poner por obra pero como se levantó luego la persecución, cesó todo; aunque no por eso dejaría de alcanzar el premio que merecían tan gloriosos intentos, como si hubieran llegado á tener muy cumplido efecto; pues es cosa sin duda que, para con Dios, tanto monta un buen deseo y voluntad eficaz, como la misma obra á que se endereza.

Su piedad y devoción con los Santos fué tan grande, que, porque todos les diesen especial culto y honra, tenía por costumbre, siempre que se ofrecía hablar con algunos cristianos, referir las virtudes y milagros más particulares del Santo ó Santos que aquel día se celebraban. Con N. P. San Francisco y otros Santos de la Orden tuvo cordialísima devoción, y en sus festividades daba de comer á los religiosos y á los pobres del hospital con el regalo posible. Fué asimismo muy devoto de la Virgen Santísima, y, por no serlo solamente de palabra, hacía cada día alguna obra en su honor, hasta el último, que poco antes de morir se previno para cumplir con este piadoso afecto; y, quien con tan buena prevención moría, ya se ve, cuál sería su muerte, mayormente siendo en defensa de la Fe y por la predicación del Evangelio, como lo fué la que padeció este glorioso Santo, y por tanto, declarado ya de Nuestra Madre Iglesia por verdadero Mártir.

Pero no es justo pasar en silencio la ocasión de su prisión, la cual fué en esta manera: Era muy su amigo el juez gentil, por lo cual deseó sumamente de que no muriese; y al tiempo de poner las guardas al convento y poner en lista á los religiosos y sus familiares, aunque nuestro bendito Mártir era conocido de todos por tal, mandó que no le pusiesen en ella, dando por excusa que estaba ausente de Meaco, como era verdad que había ido á cierto negocio de importancia que se le había ofrecido algunas leguas de la Ciudad; pero luego que supo lo que pasaba, se vino á toda prisa á Meaco, y yendo á la presencia del juez, le comenzó á reprender asperísimamente porque perseguía á los religiosos y cristianos, siendo así que la ley que seguían era la verdadera y perfecta, y en cuya guarda había salvación; como al contrario en la de los gentiles, en quien no se hallaba sino perdición y condenación eterna; y que pues él era enemigo de los cristianos, que de allí adelante ya no quería ser su amigo, ni tenía él que tenerle por tal, pues, como sabía, era cristiano y amigo de los cristianos y estaba dispuesto á morir en su defensa y por la Ley que profesaban; y dijo esto con tanto fervor y espíritu, que amohinado el juez contra él, le mandó poner en lista; y luego se ofreció él mismo á los verdugos para que le llevasen á la cárcel, donde padeció algunas persecuciones y afrentas con increible constancia y fortaleza hasta que fué coronada su alma de la corona del martirio en compañía de sus padres y maestros los religiosos; los cuales, viendo el valor con que moría, dieron muchas gracias á Nuestro Señor por haber sacado de su escuela tan aventajado discípulo.

SAN COSME TAQUIA.

No lo fué menos el Santo Mártir Cosme Taquia (*), natural del reino de Boari y, según se entendió después, de ilustre sangre, el cual, haciéndose pobre por amor de Dios, se dedicó al servicio de los pobres, mediante lo cual fué Nuestro Señor servido de enriquecerle de virtudes y de ilustrarle con la corona de mártir. En una de las persecuciones antecedentes á ésta, salió huyendo de su tierra por conservarse en la Fe que había recibido, y después de varios acasos y sucesos de fortuna, vino á parar á Meaco, donde casó con mujer cristiana, de quien tuvo el santo niño Máximo de quien ya hicimos mención.

(*) San Cosme Taquia era espadero, oficio que en el Japón publica, según nuestro San Antonio, la mayor hidalguía. (Nota del Colector).

Llegados nuestros religiosos á aquella Ciudad, á persuasión del Santo Mártir León, se agregó á ellos por su familiar y coadjutor, en el cual oficio trabajó más que todos, por ser de natural rudo, que no podía estudiar ni aprender con la facilidad que los demás lo que era necesario para instruir y catequizar á los recién convertidos; pero con el continuo desvelo y trabajo de leer y trasladar, vino á salir con ello; á que él daba particular fuerza con su vida ejemplar, porque lo que no podía explicar con palabras, lo decía con obras, mediante las cuales, hizo admirables conversiones.

Yendo por un camino, encontró con dos viejos gentiles, marido y mujer, de más de ochenta años cada uno, y preguntándoles, supo cómo venían de una romería; y siendo pobres y necesitados, habían buscado prestado cierta cantidad de dinero para comprar una nómina ó vestido de papel que venden los bonzos (como ya dijimos) con ciertos caracteres por dentro y fuera, en que se dicen está el seguro de la salvación. Compadecido de esto el Santo Mártir, les comenzó á persuadir el engaño en que vivían, y cómo los bonzos eran unos embusteros que, quitándoles el dinero, les echaban al infierno. De aquí tomó ocasión de darles á entender la pureza de nuestra Santa Ley y el desinterés de sus ministros, lo cual fué él confirmando con obras y ejemplo, de tal manera, que los viejos comenzaron á gustar de su compañía, y le rogaron que no se apartase de ellos; y así lo hizo, predicándoles siempre con doctrina y ejemplo, hasta que, desengañados de la falsedad de los dioses, le pidieron que los bautizase. Díjoles que se fuesen á Meaco, que los religiosos les bautizarían, y él les daría casa en que viviesen; porque quedando entre gentiles, como allí lo estaban, quedaban en mucho peligro de pervertirse, y era lo mismo que si no se bautizaran. Hiciéronlo así los buenos viejos, y luego que llegaron á Meaco, se pusieron en manos de los religiosos, los cuales les recibieron con mucho amor y, instruídos bastantemente, los bautizaron con grande alegría y consuelo suyo y del Santo Mártir Cosme Taquia que vertía muchas lágrimas de devoción, dando muchas gracias á Nuestro Señor porque le había tomado por instrumento de la conversión de aquellas almas.

No miraba menos por la suya que por las demás. Confesaba muy á menudo y comulgaba de que menos cada ocho días, con asistencia cuotidiana en la iglesia por muchas horas, donde oía todas las Misas con singular devoción, gastando lo demás del tiempo en la lección de libros espirituales, y teniendo con ellos su entretenimiento, menos que no le mandasen otra cosa ó tuviese que hacer en lo tocante á su familia y casa. Después fué enviado á la ciudad de Osaca á cierta diligencia de importancia, y llegó á tan buen

tiempo, que entrar él en el convento y ponerle guardas, todo fué uno. Estuvo siempre muy constante en padecer por Cristo, como lo mostró al tiempo de dar las lanzadas, que lleno de incomparable gozo, se volvió para el verdugo y le dió las gracias por el beneficio que pretendía hacerle, que no era menos que trasladarle de esta vida mortal á la eterna. Y así fué, pues mediante las heridas del cuerpo, fué á gozar su alma en compañía de los Santos Mártires de la corona de gloria que le estaba aparejada en el Cielo.

SANTO TOMÉ IDANQUI.

Siguióse á este glorioso Santo y á los demás compañeros el Santo Mártir Tomé Idanqui, mercader (*) y natural de Meaco. Convirtióse por las persuasiones y pláticas de los Padres de la Compañía, y con las de los nuestros, echó tan profundas raíces en su alma la Fe y amor de Jesucristo, que sin ponérsele por delante el menoscabo de su hacienda y mercancías, se vino á vivir á nuestro convento para darse de veras á la virtud y entregarse todo al servicio de Nuestro Señor. Causó en todos grande alegría esta fervorosa resolución, y más cuando supieron que había convertido á su mujer y familia, y mudádose de tal manera toda su casa, que, de cueva de ladrones, se había hecho hospicio de pobres y escuela de oración. Restituyó lo mal ganado; hizo algunas limosnas á los pobres, y aunque esto y la mudanza de sitio fué en mucha mengua del caudal, pero presto se lo aumentó Nuestro Señor por otros caminos, dándole, aun en esta vida, ciento por uno.

Pero aun mayor fué el colmo del alma, pues de las continuas ganancias espirituales, con la frecuentación y asistencia cuotidiana en la iglesia donde oía todas las Misas y tenía algunos ratos de oración, quedó tan enriquecida su alma de virtudes, que era venerado de todos por varón muy ejemplar. Guardó con mucho cuidado la pureza del alma desde que fué llamado de Nuestro Señor á mayor perfección, pues como afirman sus confesores, no hallaban materia de que absolverle sin recurrir á la vida pasada; y aunque no hubiera otro testimonio que la que aparecía en su exterior, era fácil de la conjeturar, pues por ella se conocía la pureza de su alma. Pero adonde lo mostró mejor fué después de muerto en la cruz, que no había quien no envidiase la felicidad de su alma, viendo la hermosura de su rostro, que deleitaba verle, infiriendo de lo particular de ésta, la singular excelencia de aquélla.

(*) Boticario según muchos, porque, como dice el P. S. Antonio, "en cosas de medicamentos era su trato especial". (Nota del Colector).

CAPÍTULO XXXIV.

DE LOS SANTOS MÁRTIRES BUENAVENTURA Y GABRIEL, DÓXICOS, Y JUAN QUIZUYA, VECINO Y FAMILIAR DE LOS RELIGIOSOS.

DMIRABLE es Dios en sus obras, inmenso en sus misericordias; pero adonde con especialidad, en las de la conversión, vocación y glorioso martirio de estos tres Santos Mártires. Y comenzando por el bienaventurado San Buenaventura, que, después de haber estado más de veinte años en un templo de ídolos dedicado al servicio del demonio, habiendo antes apostatado de la Fe, la cual había recibido desde sus tiernos años, tuvo tal ventura, que, cuando más descuidado estaba, le abrió Nuestro Señor los ojos y le trajo á su santo conocimiento, y le dió valor y constancia para padecer por su amor glorioso martirio, mediante el cual, fué á gozar su alma de la compañía de los bienaventurados en el Cielo.

Era natural de Meaco, hijo de padre cristiano y madre gentil (*); los cuales, obrando conforme á la ley que seguían, cada uno hizo con el hijo su deber: el padre, como cristiano, puso mucho cuidado en que el niño se bautizase antes que comenzase á gustar de los fingidos halagos de los bonzos; la madre, por el contrario, no había cosa que más desease que ver á su hijo tratar con ellos, y que se inclinase á las cosas de su religión. Mas, al fin, aunque el padre consiguió que se bautizase el hijo, no que perseverase en la ley que había recibido, porque como esto, en la edad adulta, dependía ya de su voluntad, y las instancias de la madre eran muchas y muy frecuentes, á que no la ayudaba poco lo torcido de nuestra naturaleza, tirándole por otra parte la vida licenciosa de la gentilidad, no hubo menester más para

(*) Cristiana apóstata escribe el P. Rivadeneira. (Nota del Colector).

dejar el camino de la salvación y seguir el de la perdición en el estado de bonzo, hasta que nuestros religiosos fueron á aquella Ciudad; de cuya comunicación comenzó desde luego á gustar, mostrándoseles afecto y devoto, y haciéndoles algunas limosnas, mediante las cuales obligó sin duda á N. P. S. Francisco para que intercediese por él (como lo suele hacer el Santo por los que son devotos de su Religión) para que Nuestro Señor le trajese entre sus hijos, en cuya compañía, doctrina y ejemplo fuese tan grande Santo como después fué.

Desengañado, pues, por la fuerza de la luz del Cielo, se fué al Santo Comisario, hecho sus ojos dos fuentes de lágrimas vivas, pidiéndole que se dignase de admitirle en su compañía con palabra de hacer penitencia pública en la manera que él fuese servido para el seguro de su conciencia y edificación de los fieles. Como lo prometió, así lo cumplió; porque un domingo, á hora de Misa mayor, habiendo sido absuelto públicamente de la apostasía y abominado de la falsa adoración de los gentiles, pidió perdón á todos los cristianos que se hallaban presentes del mal ejemplo, haciendo otras demostraciones de verdadero penitente y contrito. Luego fué admitido á la compañía de los religiosos, de lo cual daba él muchas gracias á Dios Nuestro Señor diciendo que, pues había servido tanto tiempo al demonio, justo era que sirviese á Su Majestad con sus siervos lo restante de la vida.

Fué cosa admirable cuan bien le asentaron no sólo las cosas de la Religión cristiana que son comunes á todos los fieles en cuanto á su observancia y creencia, sino también aun las de la más perfecta y religiosa vida, cual era la que allí se practicaba en aquella santa Comunidad; pues no contento con cumplir con las obligaciones de cristiano, pretendía imitar cuanto veía en los religiosos, sin hallar repugnancia en el ayuno, disciplina, cilicio, ni en los ejercicios de humildad y negación de sí mismo, como pudiera el más perfecto religioso. No había remedio de hablar con persona de afuera, sino es que fuese con licencia del Santo Comisario; ni menos responder á su padre cuando le escribía, ni aun salirle á ver cuando le venía á visitar; porque aunque para todo esto tenían libertad los dóxicos, él no se quería aprovechar de ella, portándose en todo como un novicio.

En la observancia fué grandemente pronto; no le habían de mandar dos veces la cosa ni aun ninguna, porque luego la ponía por obra, no más que á él le pareciese que era del gusto de los religiosos. En los ejercicios de humildad andaba con particular gusto y alegría, y con mayor, cuando los ejercicios eran más humildes y bajos, estando cierto que entonces imitaba mejor á los Santos, cu-

yas vidas leía muy de ordinario, y tenía en pronto para imitarlas y hacerse á ellos muy semejante. Aprendió muy en breve los sermones y pláticas del catecismo, y aunque no luego le dieron licencia para que pudiese catequizar á todos, pero en las veces que catequizaba, daba muestras de cuan aventajadas eran sus prendas para el ministerio.

Fué de los primeros que fueron llevados á la cárcel pública, donde padeció grandes trabajos y penalidades con lo largo y penoso de la prisión, y sobre todo terribles afrentas y baldones con que le injuriaban continuamente sus deudos y parientes, y quien más, los bonzos sus camaradas y amigos antiguos que no dejaban de perseguirle de día ni de noche á fin de que retrocediese, teniendo ellos por gran deshonra que un bonzo hubiese dado en un tan gran desatino, como ellos ciegos é ignorantes decían; y como á tales, convencía al Santo, mostrándose siempre como una roca de firme, mediante lo cual fué puesto en el número de los esclarecidos Mártires, en cuya compañía se gozará eternamente y su memoria será eterna.

SANTO GABRIEL DUISCO.

Mostróse el Señor igualmente admirable en la conversión del Santo Mártir Gabriel, natural del reino de Yxe, pues siendo mozo y de buena sangre, de rara hermosura y garbo y de otras singulares gracias y habilidades, y estando enfrascado en negocios de Corte, le sacó su Majestad con su mano poderosa para predicar el Evangelio y para que fuese fiel testigo de su santa Ley. Era paje del teniente del gobernador de Meaco, á quien de ordinario visitaban los religiosos, dándole parte de los negocios de su embajada y de lo demás que se ofrecía, y desde el primer día notaron en el mancebo Gabriel su buena gracia, docilidad y viveza, particularmente el Santo Fr. Gonzalo con quien él mostraba particular amistad, que, deseando conquistarle para Cristo, le solía decir algunas cosas de la Ley de Dios y le aconsejaba que fuese muy casto, diciéndole que, aun en su ley, sería cosa muy fea manchar con el vicio contrario la hermosura y gracia natural de que le había dotado el Autor de la naturaleza. Decía esto viendo ya muestras de que había de ser cristiano, y no quisiera que antes ensuciase su cuerpo y alma con el pecado nefando en que corren mucho riesgo en aquella gentilidad los mancebos agraciados, por ser este el vicio muy ordinario de los bonzos, que, por cohonestarle ellos en sí, dicen que es en todos permitido, y que aun es cosa muy justa y santa: no

puede llegar á más la malicia de estos, pues hasta sus pecados publican por virtudes.

Aunque el Santo Mártir oía con gusto los consejos que le daba el Santo Fr. Gonzalo, todavía las esperanzas mundanas no le daban lugar para que totalmente se resolviese á abrazar la Ley de los cristianos, hasta que Nuestro Señor, usando de su acostumbrada piedad, con continuas y repetidas inspiraciones, le fué disponiendo de manera, que encontrando un día impensadamente con el Santo Fr. Gonzalo, que luego le comenzó á predicar como solía, al instante hizo fruto en su alma la divina palabra, como en tierra bien dispuesta, y pidió el Santo Bautismo; el cual se le dieron, estando bastante instruìdo, con universal alegría y contento de todos los cristianos. Fuése habituando á los ejercicios de piedad y cristiandad, frecuentando la iglesia y oyendo todos los días Misa, y los sermones y pláticas que se hacían á los catecúmenos y cristianos, con cuya comunicación y ejemplo iba cada día enfervorizándose más y gustando de las cosas de la Religión cristiana, de manera que no se hartaba de dar gracias á Nuestro Señor por el singular beneficio que le había hecho de haberle traído á su santo conocimiento.

Y finalmente, habiendo echado en su alma hondas raíces la Fe y amor de Cristo Nuestro Redentor, á dos meses poco más de su conversión, determinó dejar padres, amigos y parientes, y cuanto le prometía el mundo, y dedicarse al servicio de Su Majestad en compañía de los religiosos, sus padres y maestros; los cuales, aunque loaron su determinación, le aconsejaron que lo mirase muy despacio, porque, como criado en regalo, podría ser que no pudiese llevar la vida común de los demás dóxicos ni asistir á sus ejercicios, y que después se arrepintiese, y, de corrido, no quisiese aparecer delante de cristianos y se volviese á la antigua idolatría. Pero nada de esto fué bastante para hacerle retroceder, antes se mostraba cada día más fervoroso; y con grande espíritu, fiado en el favor del Cielo que le había de dar fuerzas para todo, decía: "*Aunque padezca mil penalidades y trabajos, no tengo de volver atrás..... ¡Qué bueno fuera eso! Cuando Nuestro Señor padeció tanto por nosotros, ¿no hemos de padecer algo por* Él?" Con estas y semejantes respuestas satisfacía á todos; y en fin, dispuestas las cosas que estaban á su cargo y ajustadas algunas dependencias con su amo, como quien totalmente se resuelve á dejar el mundo, sin dar parte á sus padres, deudos, amigos, ni menos á su amo, se salió una mañana de casa y se vino á nuestro convento,

Pero no pudo ser tan secreto que no lo entendiesen dos amigos suyos, los cuales, sintiendo perder su amistad y conversación, le salieron al camino, instándole y persuadiéndole con razones que desistiese

de sus intentos. Respondióles que no tenían que cansarse, que, pues Nuestro Señor le llamaba á su casa para que se emplease en su servicio en compañía de sus siervos, no ero justo faltar al llamamiento divino por cosa ninguna de la tierra; y así, que le dejasen, que no había de volver atrás; y que lo mismo fuera aunque vinieran sus padres y cuantos había en el mundo, porque ninguno le había de hacer faltar á su buen propósito. Viendo que todavía porfiaban, sin responderles más palabra, lleno de un furor admirable, sacó un cuchillo pequeño que suelen traer los japones en la misma vaina de la catana, y para que viesen cuán lejos estaba de mudar de propósito, se cortó la madeja de cabellos que usan los de aquella Nación traer enroscada en la corona de la cabeza, y es la mayor gala que entre ellos hay, y el cortarla es señal de que del todo renuncian el mundo, aun entre gentiles; y porque no halló otra cosa con que más al vivo pudiese representar la determinación con que estaba, y ella les desengañase de su vana pretensión, hizo semejante demostración, que, conocida la estima que los japones hacen del adorno del cabello, es muy digna de loa y aun admiración.

Como el Santo Comisario vió el buen pie con que había entrado en la casa de Dios, no hubo menester más para entender ser Su Majestad el que le traía, y que pues Él era el que le había llamado, Él le daría gracia para perseverar hasta el fin. Así fué, porque, aunque el demonio (corrido quizás de que un mancebo recién bautizado le venciese) le puso grandes estorbos para pasar adelante, con la gracia del Señor, perseveró siempre firme, hollando al mismo demonio y á los demás enemigos del alma, y olvidándose de todo punto de los afectos de carne y sangre, como si hubiera muchos años que se hubiera ejercitado en materias de espíritu y en la negación de sí mismo. Porque luego que supieron los padres (que eran gentiles) la determinación del hijo, con grande acompañamiento de parientes y criados se fueron al convento y pidieron que querían verle, yendo resueltos de sacarle, aunque fuese por fuerza. El fervoroso mancebo rehusó al principo el salir por no dar que sospechar de su constancia; mas, al fin, hubo de hacer lo que el Santo Comisario le mandaba; y de que vió las lágrimas de la madre y los reniegos del padre, en lugar de temer la ira de éste y de enternecerse con la blandura de aquella, revestido del espíritu de Dios, les comenzó á predicar la Ley cristiana, rogándoles que se bautizasen; porque les hacía saber, que en ninguna otra Ley había salvación.

En esto tomó la mano un deudo suyo, y, como lastimándose de él, le dijo: "*Mirad, hijo, que vivís engañado, que no es como vos pensáis; y sino, decidme: ¿qué podéis vos esperar en seguir á unos extranjeros pobres y*

menospreciados, que no tienen que comer sino lo piden de puerta en puerta?— Yo sigo á estos Padres (dijo el fervoroso mancebo), *porque siguen á Cristo que es el Rey de cielo y tierra, y el que ha de premiar á los buenos y castigar á los malos; y si son pobres, sonlo por su amor y por darnos á nosotros ejemplo; porque este es el medio para alcanzar el Cielo, cuyo camino han venido á enseñarnos. Y porque yo deseo caminar por él, he venido á su compañía, de donde ninguno será poderoso para sacarme, si no es que me hagan pedazos.*" Dijo esto con tanto fervor y espíritu, que todos quedaron espantados; y diciendo y haciendo, les volvió las espaldas sin haber ninguno que se le atreviese á echar mano. Volviéronse los padres muy llorosos, y el valeroso mancebo y los religiosos y aun todos los cristianos quedaron grandemente gozosos, dando gracias á Nuestro Señor por el valor que había dado á su siervo, mediante su divina gracia, para vencer las tentaciones y lazos que el demonio le había puesto para hacerle retroceder en lo comenzado.

Libre ya de los embarazos del mundo y de las tentaciones del enemigo común de las almas, no se puede decir el fervor y devoción con que este Santo Mancebo se dió á todo género de virtud, especialmente á la oración mental y vocal, con tan grande perseverancia, que á todas horas le habían de hallar, ó rezando, ú orando. Con la continuación de este ejercicio fué tan ilustrado su entendimiento é inflamada su voluntad, que vino á alcanzar altísimo conocimiento de las cosas celestiales y á encenderse tanto con su consideración, que algunas veces le enajenaban y otras prorrumpía en tan impetuosos suspiros, que en cada uno parecía ir envuelta el alma, como quien no tenía otro objeto que aquel por quien suspiraba.

De aquí le nacía el desear que todos se convirtiesen á Dios Nuestro Señor, llorando amargamente la perdición de tantos gentiles que por su obstinación y dureza no eran dignos de gozar del Sumo Bien; y así se lo decía con igual afecto y sentimiento, que rara vez podía contener las lágrimas, haciendo otros extremos y demostraciones significativas del entrañable amor que tenía á sus prójimos, y con cuantas ansias deseaba darlos á entender lo que él alcanzaba y el Señor le había comunicado. Trabajó mucho acerca de la conversión de sus padres, no sólo por sí, sino por otros, á quien rogaba encarecidamente que los encomendasen á Dios. Hacíalo él continuamente, á que juntaba frecuencia de Sacramentos, ayunos, disciplinas y otros ejercicios de mortificación y penitencia, mediante los cuales vió logrados en parte sus buenos deseos; porque desengañado su padre con las persuasiones y eficaces razones del hijo, se convirtió al Señor; y, á imitación suya, se entró en el convento, donde murió con muy buena opinión. El rigor de la penitencia, discipli-

nas, cilicio cotidiano y abstinencia ordinaria era continuado, no comiendo más que yerbas, y tal vez un poco de pescado, mostrando en todo singular gusto, y mayor, en lo más penoso, y sobre todo en los ejercicios de humildad y menosprecio de sí mismo, que en un natural altivo, como lo es ordinariamente el de los japones, es de mayor edificación y aun ponderación.

Este ejercicio de virtudes continuado uniformemente desde que entró en el convento en compañía de los religiosos hasta que fué sacado de él para ser crucificado por Cristo afianza la buena opinión que todos tenían de él en vida, que le veneraban por Santo, confirmó, la después en muerte con su ilustre martirio, el cual padeció con tanta alegría, así interior como exterior, que aficionaba á cuantos le miraban. Y á uno que le rogó con importunación, poco antes de ser enarbolado en la cruz, que le diese alguna cosa como en señal de que le había de encomendar á Dios en el cielo, á donde presto iría, le dió una imagen de papel que traía en el pecho, con que quedó muy contento el que se la había pedido; y más el bienaventurado Mártir, viendo ya aparejado al verdugo que le había de dar las lanzadas, con las cuales entregó el alma en manos de su Criador, á los veintidos años de su edad.

SAN JUAN QUIZUYA.

Lo admirable del Santo Mártir Juan Quizuya, natural de Meaco y familiar de los religiosos, no está tanto en su conversión y vocación, como en su glorioso martirio, que parece que fué de valde. Era de natural sincerísimo y candidísimo, que apenas se pudo percibir, después que se hizo cristiano, que hubiese tenido error formal mientras fué gentil.

Tres años había y más que estaban nuestros religiosos en la ciudad de Meaco, y con haber sido tan sonada su ejemplar vida y predicación, que no había otra cosa que hablar en la Ciudad, todavía nuestro apacibilísimo Juan pasaba adelante con su inocencia ó simplicidad, sin preguntar qué ley era aquella de los religiosos, si era buena ó mala, hasta que Nuestro Señor fué servido de ilustrarle sus potencias por medio de un cristiano que, con ocasión de haber ido á su casa á que le tejiese un poco de seda, cuyo oficio tenía, viendo su bondad y apacibilidad, le dijo que por qué no se hacía cristiano. Y entonces le dió razón cómo unos bonzos de lejas tierras habían venido al Japón á predicar la verdadera Ley de Dios del cielo y de la tierra (á quien debían adorar todas las criaturas), y á enseñar el camino cierto de la salvación de las almas; y éstos eran los Padres

de San Francisco, que no sólo en aquella imperial Ciudad tenían fundada iglesia y convento, sino también en Osaca y en Nangasaqui, donde predicaban con grande fruto y bautizaban muchos millares de personas, y entre ellas, algunas principales.

Apenas oyó esto nuestro sincerísimo Juan, cuando, como despertando de un profundo sueño, le comenzó á hacer al cristiano estas preguntas: ¿qué bonzos eran aquéllos?; ¿dónde vivían?; ¿cuál era el camino de salvación que enseñaban? y ¿si había más vida que esta? Hízole también otras á este modo, en que daba á entender cuan ignorante estaba de todo lo que le importaba para la salvación de su alma. Ilustrado algún tanto con las respuestas del cristiano, se fué á ver con los religiosos, que, viendo en él su buen natural y apacibilidad grande, le persuadieron que se viniese á vivir cerca del monasterio, teniendo por cierto que, con el buen ejemplo y conversación de los cristianos, sería uno de los más aventajados. Y no se engañaron, pues luego que mudó de casa y fué bautizado, como en materia blanda, se le fueron imprimiendo las cosas de la Religión cristiana sin hallar en ninguna la más mínima repugnancia. Convirtióse también su mujer y un hijo pequeño, á quien llevaba todos los días á la iglesia para que allí aprendiese á rezar y ayudar á Misa y otras cosas en que se ejercitaban los niños.

Nuestro bendito Mártir estaba á la mira de cuanto hacían los religiosos de mortificaciones para ponerlo por obra, y así, si ellos ayunaban, él ayunaba también; si se disciplinaban, él también se disciplinaba; y lo mismo era en cuanto veía hacer á los demás cristianos, de suerte que á todos parecía que andaba remedando. Y porque no los dejase de remedar muriendo, dispuso Nuestro Señor que también fuese preso con los religiosos, á medio año poco más de su conversión, para que, dando su vida en compañía de ellos en defensa de la Fe, fuese coronado de ilustre Mártir. Murió con grande constancia y fortaleza, dando muchas gracias á Nuestro Señor porque le hacía digno de morir por su amor y por la gloria y honra que debía dar á su Eterno Padre, en quien creía y en quien esperaba, y á quien con todo su corazón amaba.

CAPÍTULO XXXV.

DE LOS SANTOS MÁRTIRES JOAQUÍN SAQUIYE, PAULO IBARIQUI Y MIGUEL COXAQUI, FAMILIARES DE LOS RELIGIOSOS.

PARA que los gloriosísimos Mártires San Pedro Bautista y sus compañeros los religiosos fuesen muy semejantes á aquel Señor á quien predicaban y por cuyo amor padecían tantos trabajos y afrentas, permitió Su Majestad que hubiese en el Japón quien, imitando á los escribas y fariseos, murmurase de sus fieles siervos lo que del mismo Señor murmuraron, diciendo que comunicaban con pobres y hacían cristianos á gente baja, y que su humildad y pobreza evangélica no era conveniente para la conversión de aquel Reino y atraerle al conocimiento de la Fe por ser los japones principales muy apreciadores de la nobleza y riqueza, é igualmente despreciadores de la pobreza y bajeza, á cuya causa es muy abatida entre ellos la gente común y ordinaria: calumnia, en fin, farisaica é hija de la mundana sabiduría, que, para confundirla Cristo, le pareció importantísimo medio obrar lo contrario, esto es, escoger por predicadores de su Ley unos pobres pescadores, á los cuales envió por todo el mundo, descalzos y sin báculo y sin bolsa y con sola una túnica, para que todas las naciones (que no estiman en menos la riqueza y nobleza que la Nación japona) viesen que el desinterés, pobreza y humildad eran caminos para ir al cielo. Y, porque en esto no pusiesen duda, dispuso Nuestro Señor que los mismos predicadores fuesen coronados de mártires: lo uno, porque predicaban, y lo otro, para ennoblecerlos con un tan dichoso fin, dando á entender cuánto estimaba la pobreza y humildad.

SAN JOAQUÍN SAQUIYE.

Uno de los que principalmente pudieron dar ocasión á esta calumnia fué el Santo Mártir Joaquín por ser el más humilde y abatido de cuantos había, y por eso singularmente amado de los religiosos, pretendiendo confundir con esto la arrogancia y soberbia mundana, y preciarse en todo de verdaderos amadores de la probreza y humildad, á imitación de Cristo; el cual se lo pagó tan bien, que, como en premio, les dió la corona del martirio, y también al dichosísimo Joaquín, para dar á entender cuánto apreciaba y estimaba á los despreciados y abatidos del mundo. Era este Santo Mártir natural de la ciudad de Osaca, de humilde sangre y baja suerte, tenido y reputado de los gentiles por hombre abatido, parte por su pobreza, que era mucha, y parte por los oficios en que se empleaba de aguador, leñador y otros que aunque en nuestra Europa se tienen también por ordinarios, pero con especialidad en el Japón, que se tienen por los más viles y bajos.

La primera vez que estuvo Fr. Marcelo en Osaca bautizó á una mujer pobre, la cual le dió parte cómo su marido (que era el Santo Joaquín) andaha tras bautizarse, aunque todavía le parecía que no estaba de todo punto resuelto; pero que le rogaba que le fuese á ver, que estaba enfermo, y podría ser que, en predicándole el Padre, se bautizase é hiciese cristiano. Fué allá Fr. Marcelo, y todavía le pareció que no estaba bien dispuesto; propúsole brevemente algunas cosas de la Religión cristiana, rogándole que las considerase muy bien, que ellas mismas le ilustrarían para que se desengañase de los errores de la gentilidad; y despidiéndose amigablemente, le dijo, que cada y cuando que quisiese, que le avisase, que estaba pronto para bautizarle. Pero como sucediese luego el ausentarse de aquella Ciudad, por haberle enviado á llamar el Santo Comisario, no pudo saber de la determinación de Joaquín, que fué el pedir ser luego bautizado por lo que le había dicho el mismo Fr. Marcelo; y sabiendo que ya no estaba en la Ciudad, no atreviéndose aguardar á que él volviese, por ir cada día la enfermedad en aumento, llamó á un cristiano que se decía Paulo, que luego le catequizó y bautizó como había echo con otros muchos gentiles.

Después, volviendo Fr. Marcelo á la fundación del convento, y andando ya en la obra, reparó que, entre otros cristianos que se habían ofrecido á trabajar, andaba uno muy modesto y callado, que trabajaba más que todos; y sabido que era Joaquín, se lo agradeció sobremanera y le mandó dar cierta limosna; la cual él no quiso

recibir, diciendo que, *ultra* ser él todavía deudor, de allí adelante no había de trabajar sino por amor de Dios. Díjole entonces cómo á él le debía la salud del cuerpo y del alma, porque, desde que le habló, había quedado muy aficionado á la Ley de los cristianos, y por esto se había bautizado luego, siendo tan dichoso, que con las aguas del Santo Bautismo había recibido juntamente salud corporal y espiritual: con que ya no necesitaba de más paga por su trabajo, antes se reconocía tan deudor, que no sabía con qué satisfacer tan singular beneficio.

Acabada la casa, teniendo necesidad Fr. Marcelo de un cocinero y no hallando quien lo quisiese ser, se ofreció el buen Joaquín con grandísima voluntad, teniendo á grande dicha que se hubiese ofrecido ocasión en que poder servir á los religiosos. No faltó quien dijese á Fr. Marcelo que era muy colérico, y que no le podría sufrir; y aunque en parte parece que había fundamento para ello, con el favor de la divina gracia, supo enmendar tanto su condición, que se hizo muy manso y caritativo. Tomó por medio varios géneros de mortificaciones y humillaciones, y fueron: ir al hospital que había en Osaca y servir á los pobres y enfermos leprosos, lavándoles los pies, limpiándoles las llagas, besándoselas, y dándoles de comer; y algunas veces dejaba su comida, y se la llevaba desde el convento con lo demás que podía y Fr. Marcelo le daba. Junto con esto, acudía á cuanto se ofrecía en el convento de humildad y mortificación, como era cavar en la huerta, fregar y barrer, sin mostrar en cosa ninguna el más mínimo indicio de displicencia; antes era en todo el primero, y siempre muy callado, sin desplegar sus labios, puesto todo su cuidado en lo que estaba haciendo, como si no tuviera otra cosa en el pensamiento más que aquella.

Después vino allí el Santo Fr. Martín de la Ascensión, á cuyo ejemplo creció mucho en la virtud, teniendo sus ratos de oración y confesándose muy á menudo, y cuidando tanto de la pureza de su alma, que huía de toda palabra ociosa y de cualquier leve imperfección, como lo pudiera hacer el más perfecto y ajustado religioso. Ocupado en estos ejercicios, le pusieron guardas con los demás en el pobre convento de Belén; y aunque pudo huirse, como algunos se lo aconsejaron, no le pasó por el pensamiento, antes daba muchas gracias á Nuestro Señor de haberle hecho digno de que padeciese prisiones y cárceles por su amor; y finalmente, aunque pobre, humilde y abatido á los ojos de los hombres, el Señor, que sabe ensalzar á los humildes, le dió fortaleza y constancia para padecer glorioso martirio, mediante el cual fué ensalzada su alma y coronada de gloria en compañía de los cortesanos celestiales.

SAN PAULO IBARIQUI.

El Santo Mártir Paulo Ibariqui, natural del reino de Boari, fué hermano del Santo León, por cuyos ruegos se convirtió al Señor y fué bautizado de nuestros religiosos. A poco tiempo de su conversión sucedió no sé que disensión entre dos cristianos, estando él presente, de lo cual escandalizado, comenzó á vacilar y decir entre sí: *¿qué Ley es esta que yo he recibido que permite tales cosas en los que la profesan?* Y aunque creía firmemente que la Ley de los cristianos era la mejor, pero estaba en un error notable, y era, que desde el mismo instante que uno era bautizado, quedaba libre de las pasiones de hombres, y tan perfecto en todas sus cosas, como si estuviera confirmado en gracia; y así, no podía entender cómo siendo la Ley de Cristo la mejor y más perfecta, no eran los cristianos los mejores hombres del mundo, lo cual le parecía que no era así, por haber visto en aquellos dos lo que quizás no viera entre los gentiles. Esto sólo bastaba para ponernos freno á los que estamos á la mira de tanto gentilismo, que quizás nuestras costumbres los servirá de rémora para no acabar de se resolver á entrar en la Iglesia. Y pues nos compadecemos tanto de sus errores y engaños, socorrámoslos con el mejor remedio, que es el buen ejemplo, el cual predica callando, y persuade con disimulo; como al contrario, es un oculto embarazo el del relajado y vicioso, que sirve de estorbo al ciego gentil para que no pueda conocer á Dios ni la pureza y santidad de nuestra Ley; antes lo que de ordinario suele suceder es hacer mal concepto de ella, gobernándose solamente por lo que ve.

Algo de esto debió de suceder á nuestro Santo Mártir, ó por lo menos fué la ocasión de que, visto su error ó celo menos discreto, tomó el demonio para afligirle y atormentarle con una tan terrible tentación contra la Fe en que se vió grandemente atribulado y en puntos de dejarla; aunque nunca la dejó, ni se resolvió á eso, acudiendo antes el Señor con su acostumbrada piedad y misericordia mediante las amonestaciones del Santo Fr. Gonzalo que le desengañaron y consolaron. Y como es muy ordinario en Dios sacar grandes bienes de los males de sus criaturas y de las tentaciones con que son afligidas, así sucedió aquí, pues no tardó muchos días en que se mostró claramente que no había sido desamparo suyo, sino particular providencia, el haber permitido que este Santo Mártir fuese así tentado á los principios, para que la Fe que había recibido echase profundas raíces en su alma y corazón, y para que campease más

la constancia y fortaleza que después mostró, y se conociese que era especialísimo don de Dios y singular gracia suya, sin que se pudiese atribuir á las fuerzas naturales de este nuestro Santo Mártir.

Y así, con ocasión de haber padecido esta tentación, y como escarmentado de lo que es estar lejos de la doctrina y ejemplo de los Padres, labró una casa junto al convento y se fué á vivir á ella, estando antes tan apartado, que apenas podía venir á oir Misa; aunque nunca faltaba los días de obligación, madrugando para esto, y previniéndose como para una jornada muy larga. Después, con la mudanza y oportunidad del sitio, él y su mujer é hijos no se descuidaban un punto del aprovechamiento de sus almas, confesando y comulgando muy á menudo, oyendo todas las Misas y sirviendo á los pobres con sus personas y haciendas. Deseó mucho que sus hijos entrasen en el convento para el ministerio de dóxicos y servicio de los religiosos, para lo cual les instruía él en su casa en la doctrina cristiana y demás ejercicios y oraciones devotas, y que fuesen callados y modestos y muy observantes de la Ley de Dios; la cual, aunque él no predicaba de propósito, pero, á cuantos podía, daba noticia de ella, particularmente á sus amigos y conocidos los gentiles, y por su medio se convirtieron muchos, premiándole Nuestro Señor su buen celo.

Estaba muy pronto para cuanto se ofrecía á los religiosos, á imitación de su bienaventurado hermano el Santo Mártir León, y aun para acompañarles en todos sus trabajos, como se vió en la ocasión, pues, sabiendo que estaban presos, pidió que le pusiesen en la lista con ellos. Así lo hicieron con grande alegría y consuelo de su alma, y más, cuando se vió á punto de darle las lanzadas, que, dando gracias al Padre Eterno, le entregó su espíritu en sus manos.

SAN MIGUEL COXAQUI.

Entre todos los Mártires de este bienaventurado catálogo que aquí vamos haciendo fué singularmente dichoso el Santo Mártir Miguel Coxaqui, pues casi á un mismo tiempo y en este solemne acto del martirio alcanzó dos ilustres coronas ó, por mejor decir, dos glorias: la una, con su muerte, alcanzando la corona ilustre de Mártir, y la otra, con la de su hijo, el Santo niño Tomé. de quien ya hicimos mención; porque la gloria del hijo es también del padre. Fué natural del reino de Yxe, su oficio armero, esto es: hacer arcos, flechas, lanzas y otros instrumentos y armas que usan los japones en sus guerras. Después que se convirtió al Señor mudó de oficio, y fué todo trabajar en aquellas cosas que habían de servir de instrumento para hacer cruda guerra al demonio.

Lo primero en que puso mano fué en la obra del convento de Meaco, juntamente con su hijo Tomé, y después en la de los hospitales, y últimamente en la del convento de Osaca, adonde fué desde Meaco, no sufriéndole el corazón faltar á tan santa obra. Acabadas estas obras, hizo casa junto al convento de Meaco para poder cada día oir Misa, frecuentar los Santos Sacramentos y servir á los religiosos y pobres en lo que alcanzase. Fué muy caritativo, piadoso y tierno con sus prójimos, compadeciéndose grandemente de cualquiera necesidad que veía en ellos; y con lo que podía, les socorría; y, con la presteza posible, recogía en su casa á los cristianos forasteros que de otros pueblos venían á oir Misa ó confesar, volviendo todos muy edificados de su piedad y caridad. A su mujer é hijos estimulaba grandemente á la virtud, no sólo con palabras, sino también con obras; y salieron tan bien aprovechados, que eran el ejemplo de todos los cristianos: y al tiempo de la persecución, se ofrecieron á la muerte él y toda su familia; aunque no todos merecieron alcanzar la corona del martirio, sino el Santo Niño Tomé, como ya se dijo. Nuestro bienaventurado Mártir, el Santo Miguel Coxaqui, murió con gran fervor y constancia, ofreciéndose á padecer mil martirios y á dar mil vidas que tuviera con el mismo amor que ofrecía la una sola que tenía.

CAPÍTULO XXXVI.

DE DOS SANTOS MÁRTIRES MATÍAS, NATURAL DE MEACO, FRANCISCO FALEÑAME Y PEDRO NUQUENICO, ADAUETOS.

TIENEN algunos á estos tres bienaventurados Santos por más verdaderos Mártires que á los demás, por haberse ellos ofrecido al martirio, presos antes del amor de Nuestro Señor Jesucristo que de los verdugos y ministros de justicia, y con más voluntad que los verdugos les prendieron. Ya hicimos mención de la prisión del Santo Mártir Matías y de su bienaventurada suerte, pues como otro San Matías apóstol, que, por haberle caído tan buena, fué anumerado con los once del apostolado, supliendo y llenando el número de doce en lugar del otro discípulo que había faltado, así nuestro Matías entró supliendo por otro Matías y llenando el número de los doce que estaban puestos en lista en el convento de Meaco, y desde aquel día fué contado con los once que allí estaban, hasta que se juntaron los demás compañeros, que por todos eran veintiseis, como se ha visto. Fué este Santo Mártir natural de la misma ciudad de Meaco, cristiano ya antiguo; aunque solo y único en su barrio, porque los demás eran gentiles, viviendo entre ellos como un Job en tierra de Hus.

Después que fueron á aquella ciudad nuestros religiosos, creció tanto en celo y devoción con la frecuencia de los sermones, Misas y Sacramentos, que por su persuasión se hicieron cristianos no sólo los de su familia, sino otros muchos del mismo barrio, y tomó á su cargo hacerles ir á vivir junto al convento de los religiosos, con cuya doctrina y ejemplo fueron casi todos muy fervorosos cristianos. Promovióles él también en cuanto pudo por su parte, dándoles bue-

nos consejos y socorriéndoles con lo que necesitaban; y las pláticas que con ellos tenía, era instruyéndoles en la divina Ley y exhortándoles á la guarda de ella, mirando cada cual á las obligaciones especiales de su estado y profesión: ya que se reconociesen obligados á los singulares beneficios que habían recibido de Nuestro Señor, ya que le diesen gracias por ellos si no querían incurrir en el vicio de la ingratitud; todo lo cual decía con tanto fervor y celo, que no había á quien no moviese y edificase. Por esto, pues, y sus muchas virtudes fué Nuestro Señor servido de que fuese contado en el número de los Santos Mártires, en cuya compañía fué coronado de gloria como en premio, no sólo de su fortaleza y constancia, sino también de su ejemplar vida.

SAN FRANCISCO FALEÑAME.

Lo que puede el amor de Dios Nuestro Señor cuando llega á echar hondas raíces en el corazón de un cristiano se manifiesta bien en el que tuvo á Su Majestad este venturoso Mártir (*). Llamóse en el santo Bautismo Gayo, el cual nombre mudó después de la Confirmación en el de Francisco por la gran devoción que tenía á Nuestro Padre y amor á sus hijos los religiosos, á quien servía y acompañaba en la predicación y conversión de las almas; y por ser también participante de su corona y martirio, al instante que supo que venían á prenderlos, salió al camino á los ministros de justicia, publicándose por cristiano y familiar de los Padres, para que también le prendiesen y echasen mano. Y ya que aquí no quisieron, después, puestos los religiosos en la cárcel pública, los visitaba y los llevaba de comer y les hacía otras obras de caridad, siempre con mira de si hallaba ocasión de quedarse preso en su compañía. Con este mismo intento anduvo tras de ellos las ciudades en que los sacaron á la vergüenza, subiendo á los carros con ellos y padeciendo los mismos ultrajes y afrentas, sin haber remedio de apartarle por más palos que le dieron y malos tratamientos que le hicieron.

Perseverando en su buen propósito, los fué siguiendo, hasta que, cansados y enfadados los verdugos de su perseverancia, le echaron mano y le pusieron con los demás en cadena ¡Para que se vea cuán hondas raíces había echado el amor de Nuestro Señor Jesucristo en el corazón de este Santo Mártir y el valor y fervor que, mediante él, le infundió el Señor, pues no solamente venció padeciendo y triunfando de las afrentas, trabajos y tormentos y aun de la misma

(*) Su oficio era de carpintero. (Nota del Colector).

muerte, sino que venció conquistando y rindiendo las voluntades de los verdugos y ministros de justicia hasta conseguir de ellos lo que á ellos no les pasaba por el pensamiento por no tener orden para hacerlo, y fué, el que le crucificasen en compañía de los demás Santos Mártires, como lo hicieron, mediante lo cual, fué á recibir el premio que le tenía preparado Nuestro Señor en el Cielo!

SAN PEDRO XUQUEXICO.

El bienaventurado Mártir Pedro Xuquexico fué el último de los que fueron admitidos á la compañía de los Santos Religiosos, y por eso es el último de quien hacemos mención, para que así como él fué él lleno y complemento de aquel lucido escuadrón, lo sea también del venturoso catálogo que hasta aquí hemos ido refiriendo. Había instado (como otros muchos) en que le admitiesen en compañía de los Religiosos para ser crucificado con ellos, y desconfiado ya de poderlo conseguir, le ofreció Nuestro Señor una tan buena ocasión á las manos, que, mediante ella, no sólo consiguió lo que pretendía, sino que se podía hacer digno, aunque antes no lo fuera.

Fué el caso que, previniendo el Padre Organtino León, de la Compañía de Jesús y Superior de la casa de Meaco, las descomodidades y trabajos que podían padecer por el camino los Santos Mártires, ordenó á nuestro bienaventurado Santo que fuese en seguimiento de ellos, con cierta cantidad de plata que el dicho Padre le dió para que les ofreciese con toda caridad y amor. Hízolo así el bendito Mártir, yendo siempre á la mira de lo que cada uno necesitaba hasta cerca de Nangasaqui que, agradecido Nuestro Señor de su excelente piedad y misericordia, dispuso de premiarle, metiéndole en el número de los demás Santos Mártires. Porque reparando los verdugos y ministros de justicia en que traía plata, vencidos de la codicia, se la quitaron y á él le prendieron, que si bien fué á instancias suyas, ellos lo hicieron con color de que era cristiano y que contra la voluntad del Rey venía sirviendo á los que él mandaba crucificar como á malhechores: con lo cual fué llevado y entregado al juez de Nangasaqui, donde fué crucificado con extraño contento y júbilo de su alma y de todos los demás Santos Mártires, que daban muchas gracias á Dios Nuestro Señor por ver así ensalzada y acreditada su santa Fe con el nuevo testimonio de este Santo Mártir y el del precedente, que fueron los dos añadidos ó *adauctos*.

Y que esto fuese así, consta por lo que se tiene haber dicho

Taycosama, luego que le informaron que los dos se habían ofrecido voluntariamente á la muerte, y fué, que verdaderamente tienen estos cristianos verdadera fortaleza y gran unidad entre sí. Otros dijeron que, como adoraban á un Dios crucificado, tenían por gran honra el serlo, de suerte que, sin querer, los gentiles decían lo que cede grandemente en crédito de Nuestra Santa Fe, como lo es el ser de tal calidad, que haga á los hombres firmes y constantes, y de un corazón y voluntad, que aun en buena razón natural es cosa digna de loa; y el ser semejantes á su Dios en la muerte de Cruz que por ellos mismos padeció, no sólo es digno de loa, así como quiera, sino de particularísima excelencia y de incomparable gloria y honra. Aquí se ve el fruto de la semilla de la palabra de Dios y de la fértil cosecha del grano del Evangelio que aquellos pocos jornaleros hijos del glorioso P. S. Francisco sembraron muy á los principios en los reinos del Japón; y aunque la mayor parte de tan precioso grano cayó entre las espinas y duras piedras de los obstinados gentiles, no fué pequeña la que acertó en buena tierra, pues produjo el fruto que habemos visto; y fuera mayor, si hicieran cosecha de toda la mies que se ofrecía á la hoz de la muerte; pero no debía de estar de sazón para segarse, pues el Señor no quiso ¡Querrá Su Divina Majestad que se haga pacíficamente y sin borrascas de persecuciones, y que arrancada toda cizaña, el enemigo que la sobresembró quede burlado, y las trojes de la Iglesia de Dios con frutos en abundancia!

Pero demos ya fin á la historia de este célebre martirio, dando el parabién á los que tan gloriosamente le padecieron, y sea casi con las mismas palabras latinas, *mutatis mutandis* (*), con que se le da San Juan Crisóstomo á los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo, que por ser muy claras, no hay necesidad de traducirlas en nuestro idioma: Quasnam vobis ó Beati *Martyres*, referemus gratias, qui tantum pro nobis laborastis? Memini tui, *Petre*, et obstupesco: recordor *vestri*, *ceterique Sancti Martyres*, et excedens mente, opprimor lacrymis. Quid enim dicam, aut quid loquar vestras contemplans afflictiones, nescio. Quot carceres santificastis? quot catenas decorastis? quot tormenta sustinuistis? quot maledicta tolerastis? quomodo Christum portastis? quomodo predicatione Ecclesias lætificastis? Sunt benedicta vestræ linguæ instrumenta: sanguine conspersa sunt membra vestra propter Ecclesiam. Vos Christum imitati estis in omnibus. In omnem terram exiit vester sonus, et verba vestra in fines orbis terræ. Gaudeas, Petre, cui datum est, ut ligno Crucis Christi fruereris.....

(*) Las que el P. Sta. Inés muda van en letra cursiva. (Nota del Colector).

Tu cum omni fiducia in manus Domini animam tradidisti, qui assidue ei, et ejus sponsæ Ecclesiæ servisti, qui ferventi spiritu Dominum dilexisti, *ceterorum omnium Martyrum tui sociorum fidelissimus. Gaudeatis et vos, ceteri Sancti Martyres, qui ad Magistri quidem similitudinem voluistis crucifigi. Beati vestri annulli ferrei et lanceæ quæ sancta illa membra penetrarunt. Sint* mihi pro corona, et *ictus vestri* pro gemmis infixis in diademate (1). Y concluyendo con toda esta primera parte, noto de paso cuán á manos llenas ha ilustrado y enriquecido el Señor á esta su Provincia de San Gregorio de Filipinas, la más remota y pobre de las Indias, pues es la única entre todas las provincias que hay en ellas de Nuestra Sagrada Religión en tener seis hijos suyos Santos canonizados, protomártires del Japón, con los cuales se han podido ilustrar y enriquecer muchos reinos y provincias de las principales partes del mundo: Con San Pedro Bautista y Fr. Francisco de San Miguel, las dos Castillas; en Fr. Martín de la Ascensión y Fr. Francisco Blanco, Vizcaya y Galicia: con Fr. Felipe de Jesús y Fr. Gonzalo García, todas las Indias Orientales como Occidentales; y de hecho los reconoce por sus abogados y patrones.

(1) Serm. apud Metaphrat.

Fin de la primera parte.

APÉNDICES
Á LA PRIMERA PARTE DE ESTA CRÓNICA.

APÉNDICE I.°

ORIGEN DE LOS INDIOS.

(Véase la pág. 23 del tomo 1.° de esta *Crónica*.)

§ II. *Donde el P. Acosta declara más su parecer.* (Acosta, lib. 1, *Histor. Ind.*, cap. 20). Concluyo, pues, con decir, que es bien probable pensar que los primeros aportaron á Indias por naufragios y tempestad de mar. Mas ofrécese aquí una dificultad que me da mucho en que entender, y es, que ya que demos que hayan venido hombres por mar á tierras tan remotas, y que de ellos se han multiplicado las naciones que vemos; pero de bestias y alimañas que cría el Nuevo Orbe, muchas y muy grandes, no sé cómo nos demos maña á embarcarlas y llevarlas por mar á las Indias. La razón porque nos hallamos forzados á decir que los hombres de las Indias fueron de Europa ó de Asia, es por no contradecir á la *Escritura Sagrada*, que claramente enseña que todos los hombres descienden de Adán (*Genes.* 7 et 8), y así, no podemos dar otro origen á los hombres de Indias. Pues la misma *Divina Escritura* también nos dice que todas las bestias y animales de la tierra perecieron, sino las que se reservaron para propagación de su género en el Arca de Noé. Así también es fuerza reducir la propagación de todos los animales dichos á los que salieron del Arca en los montes de Ararat, donde ella hizo pie. De manera que, como para los hombres, así también para las bestias, nos es necesidad buscar camino por donde hayan pasado del viejo mundo al nuevo. San Agustín (lib. 16 de *civitate Dei*, cap. 7), tratando esta cuestión, cómo se hallan en algunas Islas lobos y tigres y otras fieras que no son de provecho para los hombres; porque de los elefantes, caballos, bueyes, perros y otros animales de que se sirven

los hombres no tiene embarazo pensar que por industria de hombres se llevaron por mar, con naos, como los vemos hoy día que se llevan desde Oriente á Europa, y desde Europa al Perú, con navegación tan larga; pero de los animales que para nada son de provecho, y antes son de mucho daño, como son lobos, en qué forma hayan pasado á las Islas, si es verdad como lo es, que el Diluvio bañó toda la tierra, tratándolo el sobredicho Santo y doctísimo varón, procura librarse de estas angustias con decir que tales bestias pasaron á nado á las Islas, ó alguno por codicia de cazar las llevó, ó fué ordenación de Dios que se produjesen de la tierra, al modo de que en la primera creación dijo Dios: *Produzca la tierra ánima viviente en su género, jumentos y animales rateros y fieras del campo, según sus especies* (Genes. 1.). Mas, cierto que, si queremos aplicar esta solución á nuestro propósito, más enmarañado se nos queda el negocio; porque, comenzando de lo postrero, no es conforme al orden de naturaleza, ni conforme al orden del gobierno que Dios tiene puesto, que animales perfectos, como leones y tigres, se engendren de la tierra sin generación; de ese modo se producen ranas, ratones, abispas y otros animales imperfectos. Mas ¿á qué propósito la *Escritura* tan por menudo dice: *Tomarás de todos los animales y de las aves del cielo siete y siete, machos y hembras, para que se salve su generación sobre la tierra* (Genes. 7), si había de tener el mundo tales animales después del Diluvio por nuevo modo de producción, sin junta de macho y hembra? Y aun queda luego otra cuestión: ¿por qué naciendo de la tierra, según aquesta opinión, tales animales, no los tienen todas las tierras y islas?; pues ya no se mira el orden natural de multiplicarse, sino sola la liberalidad del Criador. Que hayan pasado algunos animales de aquellos por pretensión de tener caza (que era otra respuesta), no lo tengo por cosa increible; pues vemos mil veces que para sola grandeza suelen Príncipes y señores tener en sus jaulas leones, osos y otras fieras, mayormente cuando se han traído de tierras muy lejas. Pero esto creerlo de lobos y de zorras y de otros tales animales bajos y sin provecho, que no tienen cosa notable, sino sólo hacer mal á los ganados; y decir que para caza se trajeron por mar, por cierto es cosa muy sin razón. ¿Quién se podrá persuadir, que con navegación tan infinita, hubo hombres que pusieron diligencia en llevar al Perú zorras, mayormente las que llaman añas, que es un linaje el más sucio y hediondo de cuantos he visto? ¿Quién dirá que trajeron leones y tigres? Harto es y aun demasiado que pudiesen escapar los hombres con las vidas en tan prolijo viaje, viniendo con tormenta, como hemos dicho, cuanto más tratar de llevar zorras y lobos y mantenerlas por mar. Cierto es cosa de burla aun imaginarlo. Pues si vinie-

ron por mar estos animales, sólo resta que hayan pasado á nado. Esto es cosa posible y hacedera cuanto á algunas islas que distan poco de otras ó de la tierra firme; no se puede negar la experiencia cierta con que vemos que por alguna grave necesidad á veces nadan estas alimañas días y noches enteras, y al cabo escapan nadando; pero esto se entiende en golfillos pequeños, porque nuestro Océano haría burla de semejantes nadadores; pues aun á las aves de gran vuelo les faltan las alas para pasar tan gran abismo. Bien se hallan pájaros que vuelen más de cien leguas, como los hemos visto, navegando diversas veces; pero pasar todo el mar Océano volando, es imposible, ó á lo menos muy difícil. Siendo así todo lo dicho, ¿por do abriremos camino para pasar fieras y pájaros á las Indias? ¿De qué manera pudieron ir de el un mundo al otro?..... ...Así, que ni hay razón en contrario, ni experiencia que deshaga mi imaginación ó opinión de que toda la tierra se junta y continúa en alguna parte, á lo menos se allega mucho. Si esto es verdad, como en efecto me lo parece, fácil respuesta tiene la duda tan difícil que habíamos propuesto, cómo pasaron á las Indias los primeros pobladores de ellas? porque se ha de decir que pasaron, no tanto navegando por mar, como caminando por tierra; y ese camino lo hicieron muy sin pensar, mudando sitios y tierras, poco á poco; y unos poblando las ya halladas, otros buscando otras de nuevo, vinieron por discurso de tiempo á hinchir las tierras de Indias de tantas naciones, gentes y lenguas. (Fr. Gregorio García, *Origen de los Indios de el Nuevo Mundo*, lib. 1.°, cap. 4.)

APÉNDICE 2.°

INVENCIÓN DEL SANTO NIÑO DE CEBÚ.

(Véase la pág. 87 del tomo 1.°)

En la isla de Cebú de las Filipinas, del poder de su Majestad á diez y seis días del mes de Mayo de mil y quinientos y sesenta y cinco años: El muy Iltre. Señor Miguel López de Legaspe, Gobernador y Capitán General, por su Majestad, de la gente y armada del descubrimiento de las Islas del poder, por ante mí, Fernando Riquel, escribano de gobernación de las dichas Islas, dijo: Que por cuanto el día que los Españoles entraron en esta dicha Isla y pueblo de Cebú, que fué el sábado, veinte y ocho de Abril de este presente

año, después de haber desbaratado los naturales de este pueblo, y que lo dejaron desmamparado y que fueron huyendo la tierra adentro, en una de las casas de las más pobres moradas y humildes y pequeña y de poco aparato, donde entró Juan de Camuz, natural de Bermeo, marinero de la nao Capitana, y halló en ella una Imagen del Niño Jesús en su cajeta de madera de pino, con su gorrón de flueco, velludo de lana colorada de los que se hacen en Flandes, y su camisita de volante; y los dos dedos de la mano derecha alzados como quien bendice. y en la otra izquierda su bola redonda, sin cruz, y su collarico de estaño dorado al cuello, la cual dicha cajuela é Imagen del Niño Jesús estaba metida en otra caja de madera de esta tierra y liada con un cordel por encima. Y luego que lo hubo hallado, llevándola en las manos, con su cajeta, para enseñarla, topó con el Maestre de Campo Mateo del Sanz, é se la quitó, é llevó á mostrar al dicho Sr. General, el cual, con gran veneración y solemne procesión, la mandó traer y meter en la Iglesia que ahora se tiene de prestado, é hizo voto y promesa él y los Religiosos de la Orden del Señor San Agustín y los Capitanes y otros Oficiales del Campo, que todos los años, tal día como fué hallada la dicha Imagen, se hiciese y celebrase una fiesta á invocación del Nombre de Jesús; é allende de esto se ha fecho y constituído una cofradía del benditísimo Nombre de Jesús, de la manera que está instituída la del monasterio de San Agustín de Méjico y con los mismos estatutos de ella. Y para que perpetuamente quede memoria de lo susodicho, y de cómo la dicha Imagen fué hallada en esta tierra de infieles el dicho día, el dicho Sr. Gobernador, por ante mí el dicho escribano, mandando hacer la información de testigos siguientes y firmólo de su nombre, Miguel López. Pasó ante mí Fernando Riquel, escribano de gobernación. =

—E luego incontinente en este dicho día, mes y año susodicho, el dicho Sr. Gobernador, para la dicha información, mandó parecer ante sí á Juan de Camuz, natural de la villa de Bermeo, en el Señorío de Vizcaya, marinero de la nao Capitana, el cual juró por Dios y por Santa María y por las palabras de los cuatro Evangelios, y por la señal de la ✠ En forma de derecho hizo cargo del dicho juramento, prometió de decir verdad; y siendo preguntado que qué pasa cerca de ello, dijo: Que lo que pasa es que el dicho día, sábado, que se contaron veinte y ocho de Abril de este presente año, que fué cuando el dicho Sr. Gobernador mandó saltar la gente en tierra en este pueblo de Cebú, éste que declara salió de la nao Capitana en un batel, juntamente con los marineros y soldados que de ella salieron para el dicho efecto; é yendo á la

parte donde estaban los paños y canoas de los indios con gente, como los naturales desampararon las canoas y comenzaron á huir, éste que declara, halló desmamparada una canoa, que los naturales habían dejado, y la traía al batel para llavalla á la nao Capitana, y viniendo con ella, vido cómo la gente de los bateles saltaba en tierra, porque los naturales habían huido y desmamparado las casas y dejada la canoa. Pedro de Aloica, artillero de la nao Capitana, y éste que declara saltaron en tierra, y fueron por entre las casas, y el dicho Pedro de Aloica subió en una casa, y dijo á éste que declara que subiese en otra á ver lo que había; y éste que declara fué á tres ó cuatro casas más adelante, porque en ellas había gente de los soldados, y llegado á una casa pequeña, porque les pareció que no había entrado nadie, se subió á ella, y en subiendo, halló dos cajuelas de los indios, liadas, y abrió la una, y no tenía más que una escudilla y un diente de jabalí, y la otra porque le pareció liviana y que no tenía nada, se metió por la casa adentro; y estando más adentro, halló otra cajuela, liada con hilo de vela de Castilla y con una cuerda de cáñamo de Castilla, á lo que este testigo le pareció; y por parecerle que pesaba y tenía dentro algo, le cortó la soga, y la abrió. Abierta, halló dentro de ésta otra cajuela de pino, y en ella un Niño Jesús de los que traen de Flandes, con su camisita de volante y collarito de estaño dorado, y en la cabeza un sombrerito de lana colorada de los de Flandes, velludo; y como conoció ser Imagen del Niño Jesús, la tomó, y puso una cruz de caña encima de la dicha casa, para conocerla. Y viniendo con la Imagen en las manos, topó un soldado de la compañía del Capitán Martín del Goste y díjole cómo había hallado aquella Imagen del Niño Jesús y se la mostró; é yendo más adelante, topó con el Maestre de Campo Mateo del Sanz, al cual dió la dicha Imagen; y el dicho Maestre de Campo la tomó, y trujo á las naos para mostralla al dicho Sr. Gobernador y á los religiosos. Y que esta es la verdad de lo que pasó por el juramento que tiene hecho, y que no halló dentro de la dicha casa otra persona alguna, porque estaba sola. Y éste, que dicho tiene, se afirmó y retificó; y no firmó, porque dijo no sabe escribir. Firmólo el dicho Sr. Gobernador Miguel Lopez. Pasó ante mí Fernando Riquel, escribano de Gobernación.=

—E luego incontinente en este mismo día, mes y año susodicho, el dicho Sr. Gobernador, para la dicha información, mandó tomar juramento en forma de derecho del Maestro de Campo Mateo del Sanz, y lo hizo por Dios y por Sta. María, según dicho es; y siendo preguntado lo que sabe cerca de lo susodicho, dijo: Que el dicho día, sábado, veinte y ocho de Abril, cuando la gente saltó en tierra

en el pueblo de Cebú, con la cual gente este declarante salió después de haber desbaratado los naturales, y que habían dejado el pueblo desembarazado, mandó recoger la gente; y andándola recogiendo, topó con Juan de Camuz, marinero de la nao Capitana, el cual llevaba una cajuela en las manos, y le dijo á este declarante: 'Señor, esta Imagen he topado aquí en una casa, que era un Niño Jesús de los que se hacen en Flandes, que iba dentro en la dicha cajuela.' El cual lo tomó en las manos, que venía en una cajuela de pino de las que se hacen en Flandes, y su camisita de volante, y su gorroncico velludo colorado como se acostumbra hacer en Flandes, y la Imagen entera y limpia, y sus dos dedos de la mano derecha alzados para bendecir, y en la otra mano una bola dorada, sin la cruz que encima suele tener; y la Imagen entera y bien tratada, excepto que tenía quitado el barniz del rostro, en parte un poquito, y otro poquito en la manzana, que aunque parecía de mucho tiempo, y estaba, como dicho tiene, bien tratado; y este testigo tomó la dicha Imagen, y después de haber recogido la gente, la llevó al dicho Sr. Gobernador y religiosos para que la viesen, y se la entregó. Y después mandó el dicho Sr. Gobernador inquirir dónde era la casa que se había hallado, y por una cruz que dejó el marinero, se halló; y de ella á la Iglesia donde al presente está, que de prestado tienen, se llevó la dicha Imagen con procesión solemne y con gran regocijo y alegría de todo el campo; y la adoraron todos, y se puso en el Altar mayor de la dicha Iglesia para que perpetuamente esté en ella; y el dicho Sr. Gobernador y este testigo, y los demás Capitanes, y otros oficiales del campo votaron y prometieron de celebrar cada un año, semejante día, una fiesta de la intención de la Imagen del Niño Jesús, y se instituyó una cofradía del Nombre de Jesús; y esto es lo que pasa en este caso para el juramento que tiene fecho. En lo cual se afirmó y retificó, y lo firmó en su nombre, y el dicho Sr. Gobernador lo firmó—Miguel López—Mateo del Sanz.—Pasó ante mí Fernando Riquel, escribano de Gobernación.=

—E luego incontinente en este mismo día, mes y año susodicho, el dicho Sr. Gobernador, para la dicha información, mandó parecer á éste un soldado de la Compañía del Capitán Martín del Goste, del cual su Señoría tomó y recibió juramento, y él lo hizo por Dios y por Santa María. En forma de derecho hizo cargo de él, prometió de decir verdad de lo que supiere, y él fuese preguntado; y siendo examinado lo que sabe acerca de lo susodicho, dijo: Que lo que pasa, y este testigo sabe, que el dicho día, sábado, veinte y ocho de Abril de este dicho año, que fué día primero que los Españoles entraron en esta Isla y pueblo de Cebú, habiendo hechado de ella los indios, que habían dejado las casas y retrayéndose la tierra adentro, andando los capita-

nes recogiendo la gente, este testigo se venía recogiendo á la marina; y dentro del pueblo topó este testigo á Juan de Camuz Bermeo, marinero de la nao *Capitana;* y á este testigo llamó el dicho Juan de Camuz, y le mostró una Imagen del Niño Jesús, metida en una cajita de pino, con su gorroncico peludo de lana colorada de Flandes, y su bola dorada, y los dos dedos de la mano derecha alzados arriba, bien tratado; aunque parecía muy antiguo, excepto que le faltaba la Cruz, que suele tener encima de la bola que tiene en la mano izquierda; y que tenía menos en algunas partes del rostro y de la bola el matiz, porque estaba algo comido. Y el dicho Juan de Camuz Bermeo preguntó á este testigo qué era aquello, porque no lo conocía; y este testigo, como lo tomó en la mano, luego lo conoció y él dijo que era el Niño Jesús. Como le dijo estas palabras, el dicho Juan de Camuz, marinero, tomó el Niño Jesús en las manos y echó á correr con Él así á la marina para enseñarle á los capitanes. Y que después acá que se halló el Niño Jesús de la casa donde se halló, que es pequeña y al parecer debía de ser de algún hombre pobrecillo, se llevó en procesión con mucha solemnidad y fiesta de todo el campo á la Iglesia, que ahora se tiene de prestado, donde, siendo por toda la gente adorado, se puso encima del Altar y se instituyó una cofradía del Nombre de Jesús; y el dicho Sr. Gobernador y los capitanes y oficiales del campo votaron y prometieron de celebrar cada un año la fiesta de la invocación de la Imagen del Niño Jesús. Y que esto es lo que sabe y pasa de este caso para el juramento que tiene fecho; y en ello se afirmó y retificó, y lo firmó de su nombre y el dicho Sr. Gobernador Miguel López. Pasó ante mí Fernando Riquel, escribano de gobernación=.

—Yo el dicho Fernando Riquel, escribano mayor de gobernación susodicho, esta información saqué y traslado de la original, según que ante mí pasó. Y en fe de ello, fice aquí mi firma y rúbricas acostumbradas, que es á tal. En testimonio de verdad.—Fernando Riquel, escribano mayor de la gobernación.=

Este traslado se sacó bien y fielmente de una escritura que parece estar firmada al fin de ella de un nombre que dice: Fernando Riquel, escribano mayor de gobernación en que fué corregido y concertado de que va verdadero, en diez y siete de Noviembre de mil quinientos y sesenta y cinco años, siendo testigos Pedro Valgentes, Cristóbal Espinosa. Escribano mayor yo Diego Tistom, lo firmé de su nombre, fuí presente con los testigos, é firmo.—Signo en testimonio de verdad, y cierto.—Diego Tistom, Escribano Mayor.=

—Volviose el original á SS.ª Legaspe. (Copia antigua del archivo de San Francisco de Manila, cajón núm. 25 dra.), legajo 1.º)

APÉNDICE 3.º

FR. JUAN DE PLASENCIA, ESCRITOR, POR EL P. PABLO ROJO.

(Véase la pág. 512 del tomo 1.º de esta *Crónica*).

Fr. Juan de Plasencia. Uno de los primeros y más ilustres apóstoles de Filipinas, fundador, legislador, escritor y en todo eminente. Tomó el apellido de su patria; llegó á las Islas el año de 1577, siendo de los fundadores de la misión franciscana en ellas; trabajó mucho en la conversión de los indios y su reducción á poblado; estableció escuelas de primeras letras y fué el alma de cuanto en su tiempo se hizo para bien de la naciente colonia. Murió en Lilio (Laguna) el año de 1590. Escribió:

1.º *Arte de la lengua tagala.*

2.º *Diccionario tagalog.*

Siendo estas obras las primeras que se escribieron, resultaron incompletas, como no podía menos de suceder, sin que por eso deje de ser admirable el trabajo del P. Plasencia y prodigiosos los frutos de sus sudores. Perfeccionadas por otros misioneros, han sido la base de cuantas gramáticas y diccionarios tagalos se han escrito; pero tal como salieron de las manos de su autor, no han llegado hasta nosotros.

3.º *Colección de frases tagalas*, perdida también.

4.º *Catecismo de la doctrina cristiana;* le dió el título de *Tocsohan* palabra que indica el método de preguntas y respuestas en que estaba escrito. En el Sínodo celebrado en Manila el año de 1581 fué aprobado este *Catecismo*, y se mandó que todos los misioneros se acomodaran á él en sus enseñanzas; y, en sustancia, es el que hasta hoy aprenden los indios en los pueblos tagalos administrados por la Orden franciscana, si bien el lenguaje ha sido modernizado por un hermano de hábito del autor, *no porque entonces le faltase algo, sino por la alteración y mudanza de los tiempos, á quienes de ordinario siguen los idiomas*, como dice un escritor contemporáneo de la Reforma. En las ediciones modernas, el librito lleva el título siguiente: *Libreng pinagpapalamman nang manga panalangin at Tocsohan aral nang Dios* (libro que contiene oraciones y la doctrina cristiana *enseñanza de Dios*, literalmente) en preguntas y respuestas.

Se creía completamente perdido este trabajo como los demás, pero

hemos tenido la fortuna de hallar parte de él, lo suficiente para apreciar el gran mérito de los escritos del P. Plasencia. Ofrecemos para muestra la versión del Padre nuestro: *Ama namin na sa langit ca. Sambahin ang ngalan mo. Mapa sa amin ang caharian mo. Sundin ang loob mo dito sa lupa para nang sa langit. Bigyan mo cami ngayon nang aming cacanin nang sa arao arao. At cami patauarin mo nang aming casalanan para nang pagpapatauad namin nang casalanan nang nagcacasala sa amin, at houag mo caming ipatalo sa tucso, at iadya mo cami sa dilang casaman. Amen, Jesús.*

5.º *La Santina*, libro espiritual que desapareció muy pronto, pues no se hallaba ya por el año 1624, como atestigua el P. Llave.

6.º Un tomo de *Sermones varios*, en tagalog.

7.º Tradujo varias obritas, cuyos títulos nos son completamente desconocidos, pues el P. Puga, que escribía á fines del siglo 17, uno después de la muerte del autor, sólo dice: *y diferentes traducciones*. Á estos indudablemente se refiere el P. Llave, casi contemporáneo del P. Plasencia, al decir: *hizo otros catecismos, necesarios para la administración.*

8.º *Relación de las cosas memorables de Filipinas*, firmada en Manila á diez y nueve de Junio de 1585. Se hallaba en San Gil de Madrid y encabezaba el libro undécimo, letra A del archivo de la Provincia de San José. Alcalá 6 Prov. de San José. part. 2.ª pág. 268, número 203.

9.º *Las costumbres de los indios tagalos de Filipinas*; distinta de la anterior, como aparecen por las fechas. D. Santiago de Vera, Gobernador general de Filipinas, deseando que los Alcaldes mayores tuviesen alguna norma segura para administrar justicia á los indios, según el derecho entre ellos admitido y sancionado por la costumbre, encargó á San Pedro Bautista, prelado entonces de los franciscanos, que mandase al P. Plasencia redactar la pretendida norma, como lo hizo, siendo resultado de estas diligencias el siguiente escrito que, aprobado por las personas inteligentes, se remitió á los Alcaldes mayores, con orden de atenerse á su doctrina al sentenciar los pleitos de los indios. Duró bastante tiempo este *Código* en su fuerza hasta que el nuevo estado de cosas modificó las condiciones y modo de ser de la sociedad filipina. Á mediados del siglo pasado, aunque no como obligatorio, al menos como muy conveniente le tenían presente las personas ilustradas llamadas á intervenir en las cuestiones de los indios. Creyóse perdido este importantísimo documento histórico, hasta que, habiéndole encontrado nosotros en la *Crónica* del P. Llave, le dimos á conocer en un artículo publicado en la Oceanía Española, correspondiente al día 6 de Junio de 1885 *(suplemento)*: desde entonces se han sacado varias copias. He aquí el documento:

COSTUMBRES DE LOS INDIOS DE FILIPINAS ENVIADAS POR EL PADRE FR. JUAN DE PLASENCIA AL GOBERNADOR DE CÓMO SE GOBERNABAN EN SU ANTIGUEDAD.

Vista la de V. S.ª, quisiera luego responder á ella por ser cosa que tanto importa; más hase dilatado, por poderme informar primero bien de lo que se me pregunta y no hablar por cuentos que suelen los indios traer á su propósito; y así, para este efecto, he juntado indios de diferentes partes, hombres viejos y los de más capacidad que yo conocía, y he sacado la verdad en limpio, dejadas muchas impertinencias, acerca de su gobierno y justicia y herencias y esclavos y dotes, que es lo siguiente:

COSTUMBRES DE LOS TAGALOS DEL P. FR. JUAN DE PLASENCIA.

Esta gente tuvo siempre principales á quien llamaban *datos*, que les gobernaban y eran capitanes en sus guerras, á los cuales obedecían y reverenciaban; y el súbdito que contra ellos cometía algún delito, ó decía alguna palabra á su mujer ó hijo, era gravemente castigado.

Eran estos principales de poca gente, hasta cien casas, y aun de treinta abajo, y esto llaman en tagalo un *barangay;* y del llamarse así colijo fué que, como éstos en su lengua se ve ser de nación malayos, cuando vinieron á esta tierra, la cabeza de barangay, que es una embarcación así llamada (como largamente se ha tratado en el capítulo 1.º de los primeros diez capítulos), se quedó por dato; y así, aun el día de hoy se averigua que esto de barangay, en su origen, era una familia de padres é hijos y siervos y parientes. De estos barangayes había en cada pueblo muchos, á lo menos no se alejaban mucho unos de otros por causa de las guerras; mas no eran sujetos unos á otros, sino por vía de amistad y parentesco: se ayudaban los principales unos á otros con sus barangayes en las guerras que tenían.

Fuera de los principales, que eran como caballeros, había tres estados: hidalgos, pecheros y esclavos. Los hidalgos son los libres que llaman *maharlica.* Estos no pagaban pecho ni tributo al dato y estaban obligados á ir con él á la guerra, á su costa; sólo un convite les hacía primero el principal, y después partían los despojos. También, cuando el dato iba fuera, iban bogando los que él llamaba; y si hacía casa, ayudábanle, y habíaseles de dar de comer; lo mismo

cuando todo el barangay iba un día á rozarle una sementera. Las tierras donde poblaron las repartieron entre todo el barangay, y así conocía cada uno las suyas, en particular lo que es de regadío; y ninguno de otro barangay labraba en ellas, si no se las compraba, ó heredándolas. En los *tingues* ó serranías no las tienen partidas sino sólo por barangayes; y así, como sea de aquel barangay, aunque haya venido de otro pueblo cualquiera, como haya cogido el arroz, quien comienza á rozar una tierra, la siembra, y no se la pueden quitar. Otros pueblos hay, como Pila de la Laguna, en que pagaban estos *maharlicas* al dato cada uno cien gantas de arroz; mas esto era porque, cuando vinieron allí á poblar, tenía ya las tierras otro principal ocupadas, y compróselas el que de nuevo vino con su oro, y así, los de su barangay le pagaban este terrazgo y repartía las tierras á quienes quería. Agora, después que hay españoles, no se lo dan.

Tenían también los principales en algunos pueblos acotadas pesquerías y pasos de ríos para mercados, en las cuales, si no eran de su barangay ó pueblo, nadie pescaba ni contrataba en el mercado, si no lo pagaba.

Los pecheros son los que llaman *aliping namamahay*. Son casados y sirven á su amo (ya sea dato ó no) con la mitad de su sementera, como al principio se concertaron, y iban con él, cuando alguna vez iba fuera, remando. Estos viven en sus propias casas y son señores de su hacienda y de su oro, y lo heredan sus hijos, y gozan de su hacienda y tierras; y los hijos gozan de este estado, y no los podían hacer esclavos *sa guiguilir*, ni á ellos ni á sus hijos venderlos; y si cabían por herencia á algún hijo de su amo que se iba á morar á otro pueblo, no los podían sacar de su pueblo y llevarlos consigo, sino en su natural se quedaban, y allí les servían, y hacían sementera.

Los esclavos son los que llaman *aliping sa guiguilir*. Éstos son los que sirven á su amo en su casa y sementera, y á éstos podían vender. Dales el amo algo de la sementera que hacen, lo que quiere, porque trabajen bien, y si granjeaba algo por su industria; y así, á estos criados, nacidos en casa, nunca, por maravilla, los vendían, sino á los habidos en guerra ó criados en sementera.

Los que tenían deuda traspasaban la deuda en otro, ganando siempre, y se quedaban los miserables esclavos (por la deuda), no lo siendo. Si de estos esclavos *sa guiguilir*, alguno en las guerras, ó siendo platero, ó de otra manera, venía á tener oro, fuera de lo que le había de dar al amo, se rescataba y hacía esclavo *namamahay*, que son los que llamamos pecheros. No costaba tan poco que no valía de cinco taeles de oro arriba; y si daba diez ó más, según se concertaban, quedaba libre del todo. Y para esto hacían una ceremonia graciosa que,

después de haber repartido las alhajas que el esclavo tenía, si estaba en casa de por sí, hasta las ollas y cántaros partían; y si una había de más, la quebraban; y si era manta, la partían por medio.

Adviértase la diferencia que hay entre *aliping namamahay* y el *aliping sa guiguilir*, que, por no advertirse esto, se han dado y dan muchos por esclavos, y no lo son; porque como ven los indios que los Alcaldes mayores no entienden esto, han dado en tomar á los *aliping namamahay* los hijos, y servirse de ellos, como de *aliping sa guiguilir*, en sus casas, no lo pudiendo hacer; y si iban á la justicia, prueban que es *alipin* y su padre y su madre, sin declarar la cautela si es alipin *namamahay*, ó si es *alipin sa guiguilir*, y danle por *alipin* sin más declaración; y así, le hacen *sa guiguilir*, y aun le venden. Y así, se advierta á los Alcaldes mayores que, en pidiendo algunos su *alipin*, se averigue de cuales es; y en el escrito que le dieren, se ponga.

También, de estos tres estados, los que son de padre y madre *maharlica*, siempre son *maharlicas*; y si vienen á ser esclavos, es por casamientos, como luego diré.

Si estos *maharlicas* tienen hijos en sus esclavos, los hijos y su madre quedan libres; y si empreñaban esclava de otro, estando preñada, había de dar al amo medio tael de oro, por el peligro que había de su muerte, y por lo que dejaba de trabajar con la preñez; y con esto quedaba la mitad del hijo libre, que era la parte del padre, y alimentaba al hijo. Y si no hacía esto, era no conocerlo por suyo, y era todo esclavo.

Si alguna mujer libre tenía hijos de algún esclavo, como no fuese su marido, eran todos libres.

Si se casaban dos, uno *maharlica* y otro esclavo, ora fuese *namamahay*, ora *sa guiguilir*, partían los hijos: el primero, ora fuese varón, ora mujer, era del padre, y el tercero y quinto; y el segundo, cuarto y sexto eran de la madre, y así de los demás. De manera que, si el padre era libre, todos los que le cabían eran libres; y si era esclavo, todos los que le cabían eran esclavos; y lo mismo de la madre. Si no tenían más de uno, la mitad era libre y la mitad esclavo; y en esto, ahora fuesen varones, ahora mujeres, no había más de como les cabía. Y los que quedaban esclavos eran en aquella esclavonía que lo era el padre ó la madre, *namamahay* ó *sa guiguilir*. Si eran nones, que sobraba uno, la mitad era libre y la mitad era esclavo. El cuándo partían estos hijos, ó de qué edad, no he podido averiguar cosa cierta; porque cada uno hacía lo que quería.

De estas dos maneras de esclavos, á los *sa guiguilir* podían vender, mas no á los *namamahay* ni á sus hijos, ni enajenarlos; aunque sí del barangay, por herencia, como quedase en el mismo pueblo.

Los *maharlicas* no podían pasar de un pueblo á otro, ni de un barangay á otro, después de casados, sin pagar cierta pena de oro que entre ellos estaba puesta: era más ó menos, según los pueblos que corría; de un tael hasta tres y un convite á todo el barangay, si no, era ocasión de poder hacer guerra del barangay donde salía á aquél donde se pasaba. Esto era así en hombres como en mujeres, salvo que, si casaba uno con mujer de otro pueblo, los hijos se repartían después igualmente en los dos barangayes. Y esto les hacía estar obedientes al dato, lo cual ahora no están, que si el dato es brioso y sabe mandar lo que á él le mandan los españoles ó padres religiosos, luego lo dejan y se van á otros pueblos y á otros datos, que les sufren los amparen, y no les manden, que éstos son los que ellos tienen ahora por buénos, y no al que tiene brío para mandar; lo cual tiene necesidad de remedio, que por esto andan los principales abatidos.

El averiguar y juzgar sus competencias, el dato lo hacía entre los de su barangay; y si alguna de las partes se sentía agraviada, de conformidad de todos, nombraban un juez árbitro de otro barangay ó pueblo, fuese dato ó no, que para esto había algunos conocidos por hombres desapasionados y que decían que juzgaban la verdad, según sus costumbres; y si era el pleito entre dos principales, cuando querían excusar guerras, convocaban también jueces árbitros; y si era entre dos de diversos barangayes, asimismo: y siempre para esto habían de beber, convidando el que apelaba á los demás.

Tenían leyes por las cuales condenaban á muerte, como al hombre bajo que deshonraba á hija de principal ó á su mujer, y asimismo á los hechiceros, y á otros de esta suerte. Á ninguno condenaban por esclavo, sino á los que merecían pena de muerte, como á los hechiceros, que los mataban; y á sus hijos y coadjutores en el oficio hacían esclavos del principal, dando él algo á la parte agraviada. Todos los demás delitos sentenciaban en oro, y en no le pagando luego, hasta en tanto que le pagaba, servíase al agraviado á quien se había de dar el oro, de esta manera: que la mitad de la sementera y todo lo que granjease fuese del amo, y el amo le diese de comer y de vestir, y así se servían de ellos y de sus hijos; y como no acaudalaban para pagar la condenación, quedaban esclavos y los hijos. Y, si acaso el padre pagaba su deuda, alegaba el amo que á sus hijos había dado de comer, que se lo pagase; y así, se les quedaba en casa, si no había con que pagar. Y esto era lo ordinario, y se quedaban esclavos.

Si el condenado tenía algún deudo ó amigo que pagase por él, ni más ni menos en la mitad del servicio le servía hasta que le pagaba; mas no en casa como *aliping sa guiguilir*, sino viviendo de

por sí como *alipin namamahay*; y si no le servía de esta suerte, que hacía crédito de él, había de volver al doble de lo que le prestó. De esta suerte venían á hacer esclavos por aquella deuda: ó *sa guiguilir*, si servía al amo á quien se aplicó la condenación; ó *alipin namamahay*, si servía á quien le prestó con que pagar.

En lo de préstamos todo era y es el día de hoy usura, y el mayor estorbo así para bautizarlos, como para confesarlos; porque ha de ser por la misma manera que tengo dicho del que debía la condenación, que sirve con dar la mitad de la sementera y ganancias hasta que paga la deuda, y siempre está en pie, y, así, vienen á ser esclavos y pagan la deuda, muertos los padres, en los hijos, y si no, ha de volver el doble. Esto tiene necesidad de remedio, y puédese dar muy bien.

De las herencias, los hermanos legítimos de padre y madre heredaban igualmente, salvo si el padre ó madre mejoraban en algo poco, como dos taeles ó tres de oro, ó una joya también.

Cuando los padres daban el dote á algún hijo, y por casarlo con alguna persona principal excedía en el dote más de lo que se daba á los demás hijos, aquella demasía no se contaba en el montón de la partición; mas cualquiera otra cosa que hubiesen dado á algún hijo, aunque fuese por alguna necesidad, como no declarasen los padres le daban aquello fuera de la herencia, se le contaba al tiempo de partir la hacienda con los otros hijos.

Si uno tenía hijos de dos mujeres legítimas, ó más, cada hijo llevaba la herencia y dote de su madre, con el multiplicado que le cabía; y lo que era del padre, se repartía entre todos.

Si juntamente con hijos legítimos había algún hijo de esclava suya, no entraba en la herencia, y habíanle de dar á su madre por libre, y á los hijos alguna cosa: si era principal, un tael ó un esclavo; y si, al fin, daba algo más, era lo que ellos querían.

Si con los hijos legítimos había también algún hijo de soltera libre á quien daban dote mas no le tenían por verdadera mujer, estos todos eran como hijos naturales, aunque el hijo de soltera hubiese sido habido siendo casado. Estos todos no heredaban igualmente con los hijos legítimos, sino la tercera parte; que si eran dos, llevaba dos partes el legítimo y una el de *inaasaua*.

Cuando no hay hijos de mujer legítima, sino hijos de soltera ó *inaasaua*, estos heredaban todo. Y si había algún hijo de esclava, dábanle lo que arriba dije. Si no hay hijo legítimo ni natural ni de *inaasaua*, aunque haya hijo de esclava, no heredaba sino el padre ó abuelos ó hermanos ó parientes más cercanos del difunto, y éstos daban al hijo de esclava lo que dijimos arriba.

Si tienen hijo de mujer libre y casada, y que le hubo siendo ella

casada, si el marido penó al adultero, es como dote, y el tal hijo entra en la herencia con los otros, aunque sean legítimos; iguala la parte del padre no más; y si no hay otros hijos, sino aquél, heredan los hijos ó parientes más cercanos y aquel hijo igualmente con ellos. Mas si el adúltero no fué penado del marido de aquella de quien tuvo el hijo, no es tenido por hijo, ni hereda cosa alguna. Y adviértase cómo con la pena que se da al agraviado, ni él queda deshonrado, ni se aparta de la mujer, y el hijo queda legitimado del padre; y así conviene se penen.

Los hijos adoptivos, que entre éstos se usa mucho, heredan el doble de lo que dieron cuando les prohijaron; de manera que si dió un tael de oro porque le prohijasen, muriendo el padre primero, le dan dos taeles; mas si este hijo muere antes, no heredan á éste sus hijos, que allí se acabó el concierto; y este es el peligro á que arriesga su dinero, y también por ser amparado como hijo, y por esto es lícito este trato de adopción que éstos usan.

Los dotes dan los hombres á los padres de las mujeres. Si son vivos los padres, ellos lo gozan; y muertos los padres, aunque aquel dote no se haya deshecho, se reparte igualmente entre los hijos como la demás hacienda, si no es que quieran los padres mejorar á la hija en algo. Si la mujer, cuando se casa, no tiene padre, ni madre, ni abuelos, ella goza su dote, que no es de otro pariente alguno, ni hijo. Adviértase que las mujeres, cuando son solteras, ninguna cosa tienen, ni sementeras, ni dote, que todo es de los padres, cuanto trabajan.

Si descasaban antes de tener hijos, si la mujer era la que dejaba al marido por se casar con otro, todo el dote y otro tanto más volvía al marido; mas si le dejaba no para casarse con otro, volvía el dote.

Si el varón era el que se apartaba, ó fuese para casarse con otra, ó no, perdía la mitad del dote, y volvíanle la otra mitad. Si tenía ya hijos cuando se apartaban, todo el dote y la pena era para los hijos, y se la guardaban los abuelos, si los tenía, ú otro deudo de crédito.

Una cosa he visto hacer en dos pueblos, que, habiéndose casado dos poco había, murió el uno sin tener hijos antes de un año, y los padres volviéronle la mitad del dote al marido, cuya mujer murió, y del otro, á los deudos del marido, que fué el que murió. Entiendo que esto no es general, porque lo he procurado averiguar y dicen que aquellos que lo hacen es de piedad; mas que no lo hacían todos.

En dotes de casamientos que hacían los padres de casar á sus hijos, y les dan luego la mitad, aunque son niños, en esto hay más enredo; porque tienen pena puesta cuando se conciertan pague tanto el que saliere afuera, y esta es según el uso de cada pueblo y estado de cada uno; y esta pena llegaba lo más, si, muertos los padres, el hijo

ó hija no quería casarse porque sus padres la concertaron; y volvía el dote que los padres habían recibido, y no más. Pero si los padres eran vivos, pagaban la pena, porque se presumía que ellos los hacían apartar.

Esto es lo que he podido sacar en limpio de lo que entre estos naturales se guardaba en toda esta Laguna y *tingues*, y en toda la lengua tagala; y dicen los viejos, que el dato que otra cosa hacía, no le tenían por bueno; y contando tiranías que hacían, algunos las afean, y tienen por malas.

Otros darán otra relación por ventura más larga; mas la suma de toda la verdad (dejadas cosas impertinentes de cómo gobernaban y juzgaban) es esta; y envíola tan sucintamente, por no se me haber mandado más. Lo que se determinare, conviene darlo á los Alcaldes mayores con una instrucción, porque es lástima los disparates que en sus sentencias hacen.

Nuestro Señor dé á V. S.ª su espíritu y gracia para que en todo acierte, y en todo lo que se ofreciese, V. S.ª me mande, que será el mayor contento y merced que puedo recibir. De Nagcarlán, 21 de Octubre de 1589 años.—Fr. Juan de Plasencia.

10—RELACIÓN DEL CULTO QUE LOS INDIOS TAGALOS TENÍAN Y DIOSES QUE ADORABAN, Y DE SUS ENTIERROS Y SUPERSTICIONES.

La conservó también el P. Llave, y es como sigue:

"En estas Islas Filipinas y en todos sus pueblos no tenían iglesias dedicadas para los sacrificios y adoración de sus ídolos, y ejercitar sus idolatrías; y aunque es verdad que tenían nombre de *simbahan*, que es lo mismo que iglesia ó lugar de adoración, era porque antiguamente, cuando querían hacer fiesta, que llamaban *pandot* ó *culto*, era una casa grande de un principal. Para que cupiese la gente en ella, hacían un colgadizo á cada costado de la casa, con cubierta, porque, si lloviese, no se mojase la gente, que llamaban *sibi*. Hacían capaz la casa de caber en ella mucha gente, dejándola en tres repartimientos á modo de naves; y en los postes de la casa ponían luces de lamparilla, que llamaban *sorihile*; y en medio de la casa ponían una lámpara grande, adornada con hojas de palmas blancas y de labores que con ella hacían; y juntaban muchos atambores, grandes y pequeños, los cuales tañían por su orden mientras duraba la fiesta, que serían cuatro días, donde todo el barangay ó familia se hallaba congregado, y asistía á la adoración que llamaban *nagaanitos*. Durante este tiempo, llamaban iglesia á esta casa.

"Á quien principalmente adoraban, entre otros muchos ídolos, era uno

que llamaban *Badhala*; conviene á saber: *poderoso, hacedor de todas las cosas*. También adoraban al Sol, que universalmente casi toda la gentilidad le respeta y honra por su hermosura. También daban culto á la Luna; y particularmente cuando era nueva, que salía, se regocijaban mucho, adorándola y dándola la bienvenida. Algunos adoraban también las estrellas; empero no las conocían por sus nombres, como los españoles y otras naciones conocen los planetas, sino eran el Lucero del alba que ellos llamaban *Tala;* y también conocían las Siete cabrillas (que nosotros llamamos), y por ellas la mudanza de los tiempos que llamaban *Mapolon*, y *Balatic*, que es el carro. También tenían muchos ídolos que llaman *lic-ha*, que eran imágenes de diferentes figuras; y á veces adoraban cualquier cosilla, en las cuales adoraban, como los romanos, á hombres difuntos particulares, por haber sido valientes en las guerras y de particular ingenio, á los cuales se encomendaban les valiesen en sus trabajos. Tenían otro ídolo que llamaban *Dian masalanta*, que era abogado de los enamorados y de la generación. Tenían otros llamados *Lacapati*, *Idianale*, abogados de las sementeras y labranza. También reverenciaban los lagartos del agua que llamaban *buaya* ó caimanes, porque no les hiciesen mal, y aun le solían ofrecer de lo que llevaban en sus embarcaciones, echándoselo en el agua, ó poniéndolo á la orilla de ella.

"Eran, otro sí, muy agoreros en cosas que veían; porque si salían de casa y encontraban en el camino una culebra ó ratón, ó un pájaro que llamaban *Tigmamanuquín* y cantaba en el árbol; ó si encontraban alguna persona que estornudaba, se volvían á sus casas teniendo por agüero que les había de suceder algún daño ó mal si proseguían su viaje, particularmente cuando el pájaro susodicho cantaba. Este canto tenía dos diferencias: á la una tenían por mala, y á la otra por buena, que era con la que proseguían su camino. También adivinaban si las armas, como puñal ó cuchillo, habían de ser cortadores, y venturoso con él el que lo tenía en las ocasiones que se le ofreciesen.

"No tenían estos naturales años, ni meses, ni días determinados; pero entendíanse para las labranzas de sus sementeras contando las lunas, y los efectos de los árboles en dar flor, fruta y hojas: esto les servía de año. El invierno y verano diferenciaban con decir: *tiempo de sol, ó tiempo de aguas*, que les servía de invierno, por no hacer en estas partes frío, ni nevar, ni helar; aunque, después que son cristianos, parece que se han mudado los tiempos, como refrescar algo por Navidad. Los años, después que hay españoles, se gobiernan por ellos, conservando sus mismos nombres, y haciendo semanas.

"El modo de sacrificar era haciendo convite, y ofreciendo primero al demonio de lo que habían de comer. Esto era delante del ídolo, al

cual le sahumaban con perfumes odoríferos, como era almizcle, menjuí, algalia y estoraque, y otros palos de olor, y con cánticos poéticos que cantaba el ministro de esto, que era sacerdote ó sacerdotisa, que que llamaban *Catolonan;* al cual canto respondían los circunstantes; y pidiendo al ídolo que les favoreciese en aquellas cosas que tenían necesidad, y de ordinario brindando á menudo, se venían todos á embriagar. Solían en algunas de estas idolatrías poner una ropa buena, doblada, y encima una cadena ó argolla de oro, y en este lugar donde las ponían, adoraban al demonio sin verlo. Y acaecía entrarse en el cuerpo de la *Catolonan,* y revestido en ella, la causaba tanta soberbia (como autor de ella), que parecía que echaba fuego por los ojos; y los cabellos se le espeluzaban, que causaba horror, hablando con palabras de arrogancia y superioridad. Y en algunas partes, como en los montes, idolatrando y revistiéndose el demonio en su ministro, era forzoso ser éste atado de sus compañeros á un árbol, porque no lo despeñase con su infernal furia: no era general esto, sino raras veces. Lo que sacrificaban eran cabras, gallinas, puercos, los cuales eran desollados, y cortaban las cabezas y ponían las delante del ídolo. Hacían otra ceremonia que era cocer una olla de arroz hasta que se consumía el agua, y quebrando la olla, quedaba entero, hecho un terrón, y ponían lo ante el ídolo, y á la redonda, á trechos, algunos *buyos* (que es cierta frutilla envuelta en una hoja con poca cal, que es muy usado comer por estas partes) y otras cosas de frutas de sartén, y frutas de árboles. Todas estas cosas comían los convidados á esta fiesta; y las cabezas, después de ofrecidas (como se dijo), las cocían y comían también.

"Las causas por qué hacían este sacrificio y adoración era *ultra* de cosas particulares: por la salud de algún enfermo; por el buen viaje de los que se embarcaban; por la buena cosecha de sus sementeras; por el buen suceso de las guerras; por el buen parto de las preñadas, y por las que se habían de casar: y si era gente principal, duraba la fiesta y convite treinta días; y también, cuando á las doncellas les bajaba la regla, las tapaban los ojos cuatro días con sus noches, y entre tanto venían y comían los congregados á esta fiesta; y pasado este término, llevaba la *Catolonan* á la moza al agua y la bañaba y lavaba la cabeza, descubiertos los ojos. Decían los antiguos que hacían esto, porque fuese paridera y tuviese ventura en hallar marido á su gusto, y que no enviudase en su mocedad.

"Las diferencias que había de ministros del demonio eran: la primera, *Catolonan* que (como se ha dicho) es sacerdote ó sacerdotisa. Este oficio era honroso entre los naturales, y de ordinario estaba entre gente principal: es general en todas las Islas.

"El segundo llamaban *Mangagauay*, que eran hechizeros, que engañaban fingiendo dar salud á los enfermos. También causaban enfermedades con sus hechizos, hasta venir á morir, según la fuerza y cantidad del hechizo; porque si querían matar, luego mataban; y si querían prolongarlo por un año, también; y, para hacer esto, se ceñían á la cintura una culebra viva, que se presume que era el demonio, ó por lo menos revestido en ella. Este oficio es general en toda la tierra.

"El tercero que es *Manyisalat*, que es lo mismo que *Magagauay*, á los enamorados hacían remedio para que no se pudiesen apartar y aborrecer sus propias mujeres, y impidirlos para no tratar con ellas. Y si se apartaba de la que era impedida con esta obra, la causaría enfermedad, destilando sangre y materia porque la dejaba. También es oficio general por toda la tierra.

"El cuarto que es *Mancocolam*, que era su oficio echar fuego de sí de noche, una vez ó más cada mes; y aquel fuego no se podía apagar, ni echar de sí, sino era revolcándose en el estiércol y suciedad que cae de las casas; y el que vivía en la casa donde se revolcaba para echar de sí el fuego, enfermaba, de que venía á morir. Es general este oficio.

"El quinto llamaban *Hocloban*, que es otro género de hechiceros de más eficacia que *Mangagauay*, el cual, sin hacer ninguna medicina, solamente con quererle saludar ó levantar la mano, mataba á quien quería. Empero, queriéndole dar salud al que había enfermado de sus hechizos, se la daba con otros. También, si quería derribar la casa de algún indio su enemigo, lo hacía sin instrumentos. Esto es en Catanduanes, isla que está á la cabecera de Luzón.

"El sexto se llamaba *Silagan*, que su oficio era que, si veía alguna persona vestida de blanco, le sacaba los hígados y se los comía, dándole esta muerte (esto y lo antecedente es en la isla de Catanduanes). Y no parezca esto patraña, porque en Calauan á un escribano español le sacaron de esta suerte por el sieso todas las tripas, al cual enterró en Calilaya el Padre Fr. Juan de Mérida.

"El séptimo se llamaba *Magtatangal*, y lo que obraba era, ver á esta persona muchos de noche sin cabeza y sin tripas, y de esta suerte andaba; y la cabeza traía ó fingía el demonio llevar por diversas partes, y volvía á la mañana á su cuerpo, quedando como antes, vivo. Esto me parece que es patraña (aunque los naturales lo afirman haberle visto), porque el demonio les hacía lo creyesen ser así. Es esto en Catanduanes.

"El octavo llamaban *Osuang*, que es lo mismo que brujo, dicen que le veían volar, y que mataba y comía carne humana. Esto es en Visayas, que en lo tagalo no lo usan.

"El noveno es otro género de hechizeros que llaman *Mangagayoma* que con yerbas, piedras y palos hacían remedios para los enamorados, para que se quisiesen, engañando con esto á la gente; aunque algunas veces, interviniendo el demonio, lo conseguían.

"El décimo era *Sonat*, que es lo mismo que *predicador*, que ayudaba á morir, y decía, adivinando, si se había de condenar ó salvar. Y este oficio no le ejercitaban ni era lícito, sino á gente muy principal, por ser de mucha estima. Era general en las Islas.

"El undécimo *Pangatahojan*, que era *adivino*, diciendo las cosas por venir. Era general este oficio en todas las Islas.

"El duodécimo era *Bayoguin*, que es *hombre maricón*, inclinado á ser mujer.

"Los entierros de los difuntos hacían de esta suerte: á un lado de la casa lo enterraban, y si era principal, debajo de un camarín ó portal que para esto hacían; y antes de sepultarlo, le lloraban cuatro días, y después le ponían en una embarcación que servía de ataúd ó andas, y le ponían debajo del portal, y allí le hacían guardar de un esclavo; y en lugar de remeros, ponían dentro de la esquipazón diferencia de animales, en correspondencia todos, con sus remos, como dos cabras, dos venados, dos gallinas, macho y hembra, de cada especie; y aquel esclavo tenía cuidado de darlos de comer; y si había sido el difunto guerrero, un esclavo vivo ponían debajo del difunto, atado, hasta que así miserablemente moría. Y todos se venían por tiempo á consumir; y por muchos días sus parientes lloraban al difunto, cantándole endechas y alabanzas de la gracia que solía tener, hasta que se venían á cansar. Y también acompañaban á este llanto con comer y beber. Los tagalos usaban esto.

"También los *aetas* ó negrillos naturales de esta Isla tenían diferente entierro, que era: hacían un hoyo derecho y hondo y metían al difunto en él, dejándole en pie, y la cabeza ó coronilla por enterrar, y encima le ponían medio coco, que será como una escudilla; y iban en busca de algún indio, que mataban en lugar del negrillo que se les había muerto. Para esto se conjuraban atándose cierta señal al cuello hasta que cualquiera de ellos consiguiese la muerte del inocente.

"Decían y conocían los infieles que había otra vida después de descanso, que llamaban *maca* como si dijéramos: *paraíso*, ó por otro nombre: *pueblo de descanso*. Los que dicen que van á este lugar son los justos, los valientes y los que vivían sin hacer agravio y que tenían otras virtudes morales.

"También decían que había en la otra vida y mortalidad un lugar de pena, dolor y aflicción, que llamaban *casanaan*, que era *lugar de angustias*; y

que al Cielo no irá nadie, ni había más en él que *Bathala*, que era *el hacedor de todas las cosas*, y que de allí gobernaba.

"También había otros gentiles de estos que confesaban más claro haber infierno, que llamaban *casanaan* (como se dijo) á donde iban los malos, y donde estaban los demonios, que llamaban *sitan*.

"De suerte que todas las diferencias que (como se dijo) había de ministros infernales eran: *Catolonan*, *Sonat*, que era como Obispo que ordenaba sacerdotisas, y reverenciaban á éste, hincándose de rodillas ante él, como quien perdonaba pecados, y esperaban por su remedio salvarse; *Mangagauay*, *Manyisalat*, *Mancocolam*, *Hocloban*, *Silagan*, *Magtatangal*, *Osuan*, *Mangagayoma*, *Pangatahoan*.

"También había duendes, que llamaban *vibit* y fantasmas, que llamaban *Tigbalaang*. Tenían otro engaño que decían, que si alguna mujer moría de parto, que ella y la criatura andaban en pena, y que la oían quejar de noche, que llamaban *patianac*. Y la honra y gloria á Dios nuestro Señor, que en todo lo tagalo ya no queda nada de esto; y las que aun se van casando, no saben qué sea, por haberlo desterrado la predicación del Santo Evangelio."

Informe al Gobernador general de Filipinas sobre las relaciones entre los Doctrineros y *Alcaldes mayores de las provincias del Archipiélago*. Se conservaba en el archivo de San Francisco de donde desapareció hace poco tiempo; creemos que no se haya perdido. Resuelve en él que no es conveniente la paz entre los curas y los jefes de provincia. Los experimentados conocen fácilmente el profundo motivo de esta resolución, que pudiera parecer extraña, y cuan profundo conocimiento del corazón humano y resortes que en Indias le mueven demostró el insigne apóstol del tagalog, Fr. Juan de Plasencia.

APÉNDICE 4.°

TRASLADO DE UNA MERCED DEL DOCTOR SANTIAGO DE VERA POR LA CUAL SE CONCEDE UNA ESTANCIA DE TIERRA AL CONVENTO DE SAN FRANCISCO DEL MONTE.

(Véase la pág. 532 del tomo 1.° de esta *Crónica*.)

Fr. Blas de Almagro, Procurador general de la provincia de San Gregorio, de Religiosos Descalzos de mi Padre San Francisco, dice: Que: al derecho de su Provincia conviene se le dé uno, dos ó más tras-

lados de la merced que el Señor Doctor Santiago de Vera hizo á mi Religión de un sitio para monasterio de Recolección, junto á la estancia del capitán Juan de Morón, el río arriba de Sapa, por lo cual, á V. S. pide y suplica se sirva de mandar se me den dichos traslados, que en ello recibiré merced etc.=Fr. Blas de Almagro.

Decreto.—Manila y Octubre, veinte y cuatro de mil seiscientos noventa y cinco.=El presente escribano dará al suplicante los traslados que pide de la merced que refiere para los efectos que hubiere lugar de derecho.=Rubricado de su Señoría.=Sotomayor.

Merced. --El Doctor Santiago de Vera etc.=Por cuanto los Padres Descalzos de la Orden de los Menores del Señor San Francisco quieren hacer un monasterio de frailes Recoletos de la dicha Orden para que en él con más devoción se den á la oración, y aunque en estas Islas han buscado sitio y lugar cómodo para ello, no lo han hallado, sino es un pedazo de tierra que está junto á una estancia que pide se le haga merced de ella el capitán Juan de Morón, que está dos leguas de esta Ciudad, el río arriba de Sapa, por tanto, en nombre del Rey Nuestro Señor, hago merced y limosna á los dichos frailes Menores, de la dicha Orden, de un pedazo de tierra que está desde el río que llaman de los Paos, hasta un ojo de agua grande que está delante de otros seis ó siete ojos de agua pequeños, que en el dicho término están; el cual dicho ojo de agua está junto al arroyo que va á dar á la estancia de dicho capitán Juan de Morón; por manera, que los dichos Religiosos han de estar y tener para la dicha casa é iglesia y huerta toda la tierra que hay desde el dicho río de los Paos, y está el dicho ojo de agua, cortando derecho, á dar á él. Y en sí mismo, han de gozar de toda el agua que hubieren menester para el servicio del dicho convento y huerta. Fecha en Manila, á diez y siete días del mes de Febrero de mil y quinientos y noventa.....=El Doctor Santiago de Vera.=Por mandado de su Señoría.=Gaspar de Acebo.=

Concuerda con el memorial y decreto original y el asiento de la merced que está á foxas trescientas y ochenta y uno del libro sexto del gobierno del Sr. D. Santiago de Vera, que para en el archivo de la gobernación y guerra de estas Islas, á que me remito. Y en virtud del pedimento y mandato al principio testimoniado, hice sacar y saqué el presente, que es fecho en esta Ciudad de Manila, en veinte y cinco de Octubre de mil seiscientos noventa y cinco años, siendo testigos José de Vargas, Ignacio de la Cruz y Felipe de Santiago.= Hago mi signo.=En testimonio de verdad—Licdo. Lorenzo de Sotomayor Escribano público.=Sin derechos.=(Archivo de San Francisco de Manila, cajón número 34 (izq.ª), legajo 1.º)

Apéndice 5.°

CONCESIÓN DE UNA ESTANCIA DE TIERRAS AL CAPITÁN JUAN DE MORÓN.

El Dr. Santiago de Vera etc.=Por la presente, en nombre del Rey Nuestro Señor, hago merced al capitán Juan de Morón de un sitio de estancia para ganado mayor y dos caballerías de tierra para servicio de ella en términos del pueblo de Sapa, el río arriba, en un brazo que entra en él, junto á un cerro donde al presente el dicho capitán tiene una estancia poblada; el cual dicho sitio de estancia está asimismo en términos del pueblo de Tondo, junto á un río que se dice Cauayan, que va á dar á el río de Sapa; lo cual, por mi mandado y comisión, fué á ver y vido Clemente Urtado de Monreal, Alcalde mayor de esta Costa, y Martín de Ayala, subteniente; el cual, habiendo fecho las diligencias y averiguaciones como se le mandó, declaró y dió por su parecer estar sin perjuicio de podérsele hacer la dicha merced; la cual le hago sin perjuicio del derecho de su Majestad y de otro cualquier tercero, con cargo y condición que dentro de un año pueble el dicho sitio de estancia con treinta cabezas de ganado, y dentro de cuatro años no pueda vender, trocar ni enajenar á persona alguna ni en ningún tiempo; ni los que en ella sucedieren, no la puedan tener despoblada ni con menos cantidad de ganado tiempo de cuatro años continuos; y con que vos el dicho capitán Juan de Morón, ni vuestros criados ni estancieros, ni los que sucedieren en la dicha estancia y tierras no impidan casar en ellas á los naturales y vecinos de Tondo y Sapa, sino que libremente lo puedan hacer, según ó de la manera que hasta aquí lo han hecho sin les tomar parte alguna de la casa que hicieren, so pena que, si se lo impidieren, pierdan el derecho que á la dicha estancia tuvieren. Y con estas condiciones y pena le hago la dicha merced de la dicha estancia y dos caballerías de tierra de las ordinarias, en las cuales de la misma manera puedan casar los dichos naturales; y con que los que en ella sucedieren la hayan é tengan con las mismas condiciones con que se concede al dicho capitán Juan de Morón, y con que el asiento que de la dicha estancia se hiciere sea á medida de otras estancias, si hubiere á su linde, sin que quede tierra en medio, y cumpliendo lo susodicho, y guardando las ordenanzas de la distancia que ha de haber de una estancia á otra, que es á la de ganado

mayor tres mil pasos de marca á la más antigua, la dicha estancia y caballerías de tierra sean vuestras y de vuestros herederos y sucesores, y de aquel ó aquellos que de vos ó de ellas tuvieren título ó causa. Y como de cosa vuestra propia, adquirida con justo título, pasado el dicho tiempo, podáis disponer de ella, á quien por bien tuviéredes, con tanto que no sea á Iglesia ni á monasterio ni á otra persona eclesiástica. E de la posesión que tomare, desmando que no seáis despojado sin ser primeramente oído, é por fuero de derecho vencido ante quien con derecho deba. Y es fecho en Manila á tres días del mes de Abril de mil y quinientos y noventa años.=El Dr. Santiago de Vera.=Por mandado de su Señoría.=Gaspar de Acevo.—(Archivo de San Francisco de Manila, cajón n.º 34 (izq.ª), legajo 1.º).

APÉNDICE 6.º

REAL CÉDULA Á LA AUDIENCIA DE MANILA PARA QUE PROTEJA Á LOS RELIGIOSOS FRANCISCANOS.

EL REY.—Presidente é Oidores de la nuestra Audiencia Real que habemos mandado fundar en la isla de Luzón de las islas Filipinas: á esas Islas han ido últimamente Religiosos Descalzos de la Orden de S. Francisco á predicar el Santo Evangelio y entender en la doctrina y conversión de los naturales de ellas, y de ordinario irán más, así de estos Reinos como de la Nueva España; y porque esperamos que con su doctrina y ejemplo harán mucho fruto entre esos naturales, y, así, deseamos, y conviene al servicio de Dios Nuestro Señor que sean ayudados y estimados para que con más ánimo y fervor prosigan su buen propósito, os mandamos: Que de vuestra parte ayudéis á esto con mucho calor, y que los favorezcáis, en cuanto fuere posible, en todo lo que se les ofreciere, como su ejemplar vida merece. De San Lorenzo, á veinte y uno de Junio de mil y quinientos y ochenta y tres años.—Yo EL REY—Refrendada de Antonio de Eraso y señalada de los del Consejo.—(Archivo de San Francisco de Manila, cajón n.º 2 (dra.), legajo 1.º)

APÉNDICE 7.°

REAL CÉDULA AL GOBERNADOR GÓMEZ PÉREZ DASMARIÑAS ANUNCIÁNDOLE LA REMISIÓN DE MISIONEROS, Y MANDÁNDOLE DIVIDA LAS PROVINCIAS ENTRE LOS RELIGIOSOS.

EL REY.—Gómez Pérez Dasmariñas, Caballero de la Orden de Santiago, mi Gobernador y Capitán General de las Islas Filipinas: habiendo visto lo que últimamente me escribistes cerca de la necesidad que en esas Islas había de religiosos para cumplir con la obligación de la conversión y doctrina de los naturales, he mandado dar el despacho necesario para que vayan al presente ciento: los cuarenta Agustinos, veinte y cuatro Dominicos, diez y ocho Descalzos de la Orden de S. Francisco, diez y ocho de la Compañía; y adelante se irán proveyendo más, hasta que se satisfaga la necesidad: y porque se tiene entendido que harán más fruto estando divididos cada Orden de por sí, procurando aventajarse los unos de los otros, sin que los embarace ni encubra estar mezclados y entretejidos, os mando: Que juntamente con el Obispo de esas Islas devidáis las Provincias, para la dicha doctrina y conversión, entre los religiosos de las Órdenes en tal manera, que donde había Agustinos, no haya Franciscos; ni religiosos de la Compañía, donde hubiera Dominicos; y así respectivamente, en cada Provincia, su Orden, teniendo entendido, que la de la Compañía se ha de encargar como las demás de Doctrinas, porque con esta obligación han de estar allá como las demás, y no de otra manera. Fecha en Aranjuez, á veinte y siete de Abril de mil y quinientos y noventa y cuatro años.—Yo EL REY.—Refrendada de Don Luis de Salazar y señalada del Consejo.—(Archivo de San Francisco de Manila, cajón n.° 2 (dra.), legajo. 1.°)

APÉNDICE 8.°

DON JUSTO HUCONDONO Y SU DESTIERRO POR TAIKOSAMA.

(DE DON BERNARDINO DE ÁVILA.)

(Véase la pág. 101 del tomo 2.° de esta *Crónica*.)

Pocas leguas de Meaco está el reino que llaman Cavachi, y en él estaba una fortaleza de grande importancia y muy fuerte que era

llave del dicho Reino y tenía muchas tierras y poblaciones. El señor que á la sazón era de este Reino se llamaba Hucondono Minamynobo, y era cristiano, y llamábase Justo, el cual se entró en una famosa fortaleza que se llamaba Taca Yama, que significa *monte alto,* y así la llamaban también Taca Yamandono. Fué Nobunanga en persona sobre este Reino, y como había de pasar por allí con mucha brevedad y gente, cercó la fortaleza y requirió á Justo que se la entregase, á lo que él respondió con gran valor: que no haría tal, en cuanto le durase la vida; que á él no le conocía. Hizo Nobunanga muchas diligencias, dió muchos asaltos y correrías; pero, por el valor de Justo, todos se defendían de modo, que antes perdía Nobunanga, que ganase. Lo que visto por él, le envió á rogar y á hacer muchas promesas, si le entregase la fortaleza, ó se pasaba de su parte, haciéndose su amigo; pero á nada respondió á propósito. Tenía en sus tierras el Justo algunos Padres de la Compañía, y entre ellos estaba el Padre Organtino y el Padre Sebastián González, los cuales, ó que no se pudiesen recoger á la fortaleza, ó que saliesen después á algunas confesiones, no lo sé; pero él tuvo noticia de ellos, y los hizo traer á su presencia, y les dijo: que pues Justo era cristiano y tan sujeto á ellos, que le rogasen le entregase aquella fortaleza. Respondió el Padre Organtino, que era el Rector, que no podían hacer aquello, porque no era negocio que les competía; y que si Justo les tenía respeto, como él decía, que sería en lo que tocaba á su alma, de la cual los Padres tenían cuidado, mas no de las cosas temporales; y que también, aunque ellos se lo dijesen, que no lo había él de hacer. Calló Nobunanga y envióle á decir á Justo que le entregase la fortaleza, porque si no, que los Padres se lo habían de pagar. Respondióle que mirase que los Padres no tenían que ver con eso, pues eran religiosos y extranjeros, con quien no convenía usar de sinrazones, y así, que le pedía que no les hiciese mal. Pero Nobunanga, muy bravo, mostró querer matar á los Padres; y finalmente, envió á decir á Justo, que se determinase en le entregar la fortaleza, porque si no se la entregaba, que delante de sus ojos le había de matar los Padres; y que le daba de término para pensar en su negocio aquel día y noche; y que por la mañana le enviase la resolución de lo que determinaba hacer. De tal modo se lo envió á decir, que Justo se congojó grandemente, y sintió la determinación de Nabunanga; y como le tenía por determinado, y al fin era gentil y vencedor, que no tenía á quien dar cuenta, no pudo dejar de entender que los mataría, lo que para él era una cosa terrible; y así, con gran sentimiento, se fué á donde su padre y madre estaban y les dijo lo que pasaba,

y que sería una cosa de mucha deshonra y abatimiento para él suceder semejante caso, y grande lástima morir sin culpa aquellos Padres que tanto valían y de quien Dios le había de pedir cuenta; y así, que él quería ir á se poner en poder de Nobunanga; y que no le sufría el corazón que fuese otro día, sino luego, esa noche, que no sólo quería que no muriesen, pero que aun de estar un momento por su causa con pena y trabajo, lo tenía por grande culpa suya. El padre le respondió, que tenía mucha razón y obligación de sentir aquel caso y procurar no sólo que los Padres no muriesen, pero de no dar lugar á que pasasen algún trabajo; y así, que antes se perdiesen todos, que perder á los Padres, que tanta falta harían. Luego Hucundono Justo escribió una carta al Padre Organtino en que le daba el pésame de su prisión y prometía libertar á costa de su vida y honra; y así, que otro día determinaba ponerse en manos de Nobunanga. Envió esta carta con los criados suyos, respondiendo con el uno á Nobunanga, y pidiéndole libertad para los dichos Padres. Holgó tanto Nobunanga con este recado, que luego envió á se lo agradecer y prometer grandes mercedes. Amaneció otro día, y dejando Justo su fortaleza, se vino al campo de Nobunanga, que le recibió con mucha honra y le prometió grandes mercedes, como se las hizo después; y entregándole los Padres, le dió el sacantzuqui, y le dijo se volviese á su fortaleza, á donde él iría luego; y tanto se confió Nobunanga de este valeroso cristiano, porque lo era y por su valor, que, con poca gente, fué luego á la fortaleza á donde Justo le pudiera matar si quisiera. Luego que se supo que Hucondono era de la parte de Nobunanga, no hubo quien le resistiera, y así sujetó otros reinos con mucha facilidad. Y porque el invierno venía entrando á gran priesa, se recogió á Meaco, victorioso y ufano. Acompañóle Hucondono, y después, con su licencia, se volvió á sus tierras, lleno de muchas honras y riquezas que Nobunanga le dió, muy satisfecho de su valor y fidelidad.....

Comenzó (el destierro) por Hucondono (Justo) que, por ser tan gran señor, le pareció á Tayco Sama que ponía espanto á los demás con ello; díjole que lo mucho en que le estimaba le hacía desear no le perder, lo cual recelaba por ser como era cristiano y él gentil, lo cual era gran inconveniente para haberle de servir; y así, que si holgaba de estar en su servicio, como lo había estado en el de Nobunanga, su señor, que había de ser dejando la ley de los cristianos, y tornándose gentil; y que no se determinando en lo hacer así, que desde luego se tuviese por desterrado y fuera de su gracia. Respondióle Justo con mucho ánimo, con tanto valor y celo, que dió un notable ejemplo á toda la cristiandad, diciendo: que cuando él se había hecho cristiano,

no había sido acaso ni por novedad ni por interés ni por causa humana, más de que, habiendo oído alabar la ley de los cristianos, reparó en lo que decían, y quiso informarse de raíz de todas las circunstancias de ella; y que habiendo hecho sobre esto la diligencia posible, había echado de ver, y alcanzado, que había otro mundo donde habían de ir á gozar de Dios todos los que se salvasen; y que no había otra ley alguna en que los hombres se pudiesen salvar, si no la de los cristianos; porque las sectas de los Bonzos todo era burlería, mentira y falsedad; y que habiendo hecho este discurso, se hizo cristiano había muchos años, en cuya ley había vivido y vivía muy contento, y en ella se esperaba salvar; y así, que sería muy gran liviandad dejar la ley que le prometía vida perdurable, con gloria eterna, por tornar á una secta que le había de llevar á infierno perpetuo; por donde determinaba, aunque se viese desterrar y perseguir, y finalmente deshonrar y matar, no dejar de ser cristiano; y que, para prueba de aquello, ofrecía su catana para que con ella le cortasen la cabeza. Mucho sintió Tayco la libertad con que Justo le respondió, y luego lo hiciera matar, si no mirara lo mucho en que había sido estimado de Nobunanga, y lo bien que le había servido á él; mas templando la ira, con mucho rigor le dijo: que se fuese de su presencia; y así, desde entonces anduvo desterrado y peregrinando este valeroso cristiano, padeciendo muchos trabajos hasta hoy.

APÉNDICE 9.°

PATRIA DE SAN MARTÍN DE LA ASCENSIÓN, SEGÚN EL PADRE SAN ANTONIO.

(Véase la pág. 474 del tomo 2.° de esta *Crónica*.)

Si la emulación que hallamos sobre la propiedad ó posesión de los Santos se practicara sobre la adquisición de sus heroicos méritos, se excusaran reñidos apólogos y todos fuéramos santos. Yo no me admiro de que cada uno apetezca pasa sí lo que es bueno, pero no será justo quitarlo á quien lo posee en paz y con justo título; porque aunque sea lícito (en reglas del derecho) el apropiarse el primer ocupante lo que á ninguno está apropiado, no empero lo que por siglos tiene su dueño propio, salvo que, aun después de tanta antigüedad, aparezcan contra esta propiedad instrumentos legítimos.

Si San Martín de la Ascensión no fuera tan bueno, no fuera tan

apetecido: no vitupero tan buen gusto; pero extraño que, para quitar á la antigüedad su posesión, se recurra á desfigurar este objeto, mudándole la patria y el apellido; llamándole *Fr. Martín de Loynaz, natural de Beasaín*, al que siempre se llamó *Fr. Martín de Aguirre, natural de Vergara*, en pacífica posesión por más de siglo y medio. Esta novedad imprimió en su *Crónica* N. C. H. cronista de la Santa Provincia de San Pablo. Y suponiendo (sobre lo que deja dicho el número 14) que este Santo Mártir de ningún modo es propio (como ni otro alguno de sus Santos Compañeros) de la Santa Provincia de San Pablo, y que sólo son hijos propios de la de San Gregorio (sobre que se deberá repasar lo que en mi primer tomo tengo escrito en el capítulo 29 del libro tercero), ahora, acerca del presente asunto de nuestro Mártir glorioso, no trato de formar argumentos sobre los que el nuevo cronista de la Provincia de San José, en su segunda parte, tiene bien formados, sino escribir llanamente lo que en esta Provincia de San Gregorio ha sido constante por sus instrumentos; pues en estas partes tan remotas se padece por ahora la inopia de otros, que ya se andan voceando. Dícese que en Europa se imprimen fuertes disputas sobre este asunto, que aun no han llegado á mis ojos. Remito á ellas al lector justo, para que dé la sentencia á favor de lo más cierto.

Nuestro Ilustrísimo Santa María que conoció y trató en la Santa Provincia de San José á este Mártir glorioso, y que entre nuestros domésticos fué el primero que escribió, y en el año de 1599 imprimió relación de este glorioso martirio que, después, Fr. Marcelo de Rivadeneira, como testigo de vista, dió por verdadera en el último parágrafo de su prólogo, tiene el primer lugar para el crédito, por ser sujeto tan venerado, por haber tenido de nuestro Santo Mártir tan especial conocimiento, y por haber escrito su relación con muchos instrumentos los más verídicos. En el capítulo cuarto de ella, escribe de este modo: *Fr. Martín de la Ascensión, por otro nombre de Aguirre, lector de teología etc.*

En el capítulo trece escribió así más extenso: *Fr. Martín de la Ascensión, por otro nombre de Aguirre, lector de teología, sacerdote y predicador, natural de Vergara, en la provincia de Guipúzcoa.*

El mismo escritor illustrísimo, en el segundo tomo de sus *Crónicas*, ratificó lo que en la relación dejó escrito; pues haciendo de todos los Santos Mártires de Japón puntual catálogo, escribe á nuestro Santo Mártir de este modo: *Fr. Martín de la Ascensión, por otro nombre de Aguirre, sacerdote y predicador, lector de teología, natural de Vergara en la provincia de Guipúzcoa.*

En el mismo tomo segundo, hablando de nuestro santo Fr. Sebastián de San José, nuestro mártir del Maluco, vuelve á nombrar

á nuestro Mártir del Japón con estos términos: *Harto lo sintió, y el despedirse de su entrañable amigo, el Santo Fr. Martín de Aguirre que después fué Mártir en Japón: eran ambos coristas y de un mismo espíritu.*

Después, como testigo de vista de comunicación y trato, historió este glorioso martirio el venerable Fr. Marcelo de Rivadeneira, en su *Historia del Archipiélago,* con el dolor justo de no haber logrado la gloriosa palma de estos Mártires Santos, habiendo vivido en Japón como su compañero. Hace memoria del Santo Fr. Martín en este modo: *Fué este glorioso Mártir natural de Vizcaya, de la villa de Vergara, como decían los que le conocieron. Porque yo sólo le conocí de trato y particular conversación, cuando fuimos juntos de España á Filipinas:::::: también me informé de algunos Religiosos que le conocieron desde novicio, mandándoles el Prelado, por santa obediencia, me dijesen la verdad, como en el prólogo dije. Llamábase Mártin de Aguirre cuando tomó este siervo del Señor el hábito en la santa Provincia de San José, siendo estudiante teólogo en la insigne Universidad de Alcalá de Henares, de á donde fué á ser novicio en el santo convento de los Descalzos de Auñón.*

En el original de N. H. Llave, que fué en esta Provincia su cronista primero y más antiguo, y de nuestros Santos Mártires contemporáneo, se empieza el capítulo veinticuatro del trienio sexto con este título: *De cómo fueron á Japón los dichosísimos mártires Fr. Martín de la Ascensión ó de Aguirre y Fr. Francisco Blanco.*

En el cuerpo de este capítulo escribe la elección para Japón de este Mártir invicto de este modo: *El Padre Fr. Juan de Garrovillas, que era Provincial, y los Definidores, señalaron á los Padres Fr. Mártin de la Ascensión ó Aguirre, lector actual que era de santa teología en San Francisco de Manila* etc.

En el mismo original se halla trasuntada la carta que escribió este Santo Mártir al Doctor Morga, con este título: *Carta que escribió, antes de ser puesto en la cruz, el Santo Fr. Martín de Aguirre ó de la Ascensión.*

En el mismo original, en el trienio ya citado, al capítulo sesenta y uno, comienza la vida de este Mártir glorioso. Y aunque en su título se halla su apellido equivocado diciendo: *De la vida del glorioso Mártir Fr. Martín de Loyola ó de Aguirre, y en la Orden, de la Ascensión,* en la historia de este capítulo quita la equivocación de este modo: *Fué este glorioso Mártir natural de la villa de Vergara, como decían los que le conocieron; y tiénese noticia de algunos religiosos que le conocieron desde novicio, mandándoles el Prelado por obediencia dijesen la verdad. Llamábase Martín de Aguirre, cuando tomó este siervo del Señor el hábito en el convento de Auñón, de la Santa Provincia de San José.*

En el mismo original de Nuestro Hermano Llave, al fin de la tabla de los difuntos, se halla un catálogo de los Mártires que á esta

Provincia de San Gregorio han ilustrado, en que está escrito el nuestro de este modo: *San Martín de Aguirre, lector de teología.* Y al margen: *crucificado en Japón.*

El venerable Fr. Francisco Montilla, de quien en estas Crónicas se hacen repetidos y reverentes recuerdos, escribió un libro en cuarto, con el título de *Relación de la propagación de la Fe en las Islas Filipinas,* que guarda el real convento de San Gil de Madrid en su archivo. En el capítulo setenta y cinco dice: *Fueron nombrados y electos para esta tercera misión Fr. Martín de Aguirre, que actualmente estaba leyendo teología en el convento de Manila, y Fr. Francisco Blanco, predicador* etc. Á la vuelta de la hoja repite el nombre mismo diciendo: *Se fué allá* (á Osaca) *el Padre Fr. Pedro* (Bautista) *y llevó consigo al Padre* Fr. *Martín de Aguirre.*

El mismo autor, en el capítulo setenta y nueve, dice: *Llegaron solamente los dos* (á Japón) *Fr. Martín de Aguirre, lector de teología, y Fr. Francisco Blanco su estudiante.* En el capítulo ochenta y cuatro dice así: *Llegaron los ministros de la justicia á la pobre casa y convento de Belén donde maniataron al Padre Fr. Martín de Aguirre y á los tres japones que estaban con él.*

En el capítulo ochenta y siete escribe con términos más expresivos: *Fr. Martín de la Ascensión ó de Aguirre, sacerdote y predicador, lector de teología, natural de Vergara, provincia de Guipúzcoa ó Vizcaya.*

Del mismo sentir estaba San Pedro Bautista en Japón, siendo prelado de este Mártir glorioso, pues en una de las cartas misivas que escribió al mismo venerable Montilla de su propia mano, se hallan estos términos: *Tres casas tenemos: la de Meaco y otra en Osaca, muy gran ciudad, ocho leguas de Meaco, donde yo ahora resido, con el hermano Fr. Martín de Aguirre etc.* Consta de la relación del venerable Montilla ya citado, cuyos testimonios son de especial peso por haber sido religioso en Filipinas, contemporáneo del Santo Fr. Martín y procurador electo para Roma para la calificación de este glorioso martirio, y para abrir para el Japón el paso.

El venerable Fr. Juan Pobre de Zamora, aquel fervoroso lego que, compañero inseparable de los Santos Mártires en Japón, solicitó (como queda dicho) con tantas veras el acompañarlos en el martirio, escribió después la *Historia Eclesiástica de las Filipinas y reinos de Japón* de orden de nuestro católico Monarca Felipe III, á cuya obra le acompañó el venerable Fr. Marcelo, ya citado, y la que el ya dicho real convento de San Gil guarda en su archivo. En esta tan legal Historia se hallan estos términos escritos: *El santo Fr. Martín de la Ascensión, sacerdote, natural de Vergara, en la provincia de Guipúzcoa, junto á Vizcaya.*

El Illmo. Señor Doctor Don Pedro Martínez, jesuíta, que era digno

Obispo de Japón al tiempo del martirio, aunque llamó Fr. Martín de Loyola á nuestro Mártir glorioso, en la carta que dejo copiada en este tomo, en que escribe los parabienes de este insigne triunfo al Provincial de esta Provincia de San Gregorio, deshizo después la equivocación en Macao en el testimonio que, *Pro dignitate Mytræ*, dió de este Martirio, cuando estaba mejor informado, y en él le nombra *Fr. Martín de Aguirre*, como se puede ver en este tomo, en el lugar que cito, donde dejo este testimonio copiado; y su equivocación se puede ver en este libro, en el capítulo séptimo.

N. H. Fr. Francisco de San Nicolás Serrate, de la Santa Provincia de San Diego, en Andalucía, de nuestros Descalzos, en su *Compendio histórico*, escribe así con el mismo asenso: *Fr. Martín de la Ascensión y Aguirre, natural de Vergara en Guipúzcoa.*

La misma pátria y apellidos escribió el Maestro Sicardo, agustiniano, y N. C. H. Medina, cronista antiguo de la Santa Provincia de San Diego de México; y Fr. Martín de Aguirre se halla en los tablones de nuestros difuntos en el trienio que empieza en el año de 1594.

Sobre tan irrefragables testimonios y tantos, se añade uno, que, por el sitio y por la antigüedad, es digno del mayor crédito. Venérase en la iglesia de nuestro convento de San Sebastián de la villa de Auñón, donde este Santo Mártir fué novicio, una pintura suya de cuerpo entero, embutida más de una tercia en la pared de la capilla Mayor, al lado del Evangelio, sobre la cual se lee en letras muy anticuadas este título: *San Martín Protomártir de Japón, natural de la villa de Vergara, profesó en este convento, año de mil quinientos ochenta y seis, á diez y siete de Mayo.*

En un relicario que hay en nuestro convento de la villa de Arenas se veneran las reliquias de quince Protomártires de Japón, y en la del ínclito San Martín se lee un rótulo que dice así: *Carne de un dedo pulgar del Santo Mártir Fr. Martín, natural de Vergara.*

De tantos testimonios que ha guardado esta Provincia y tengo entre manos sale en limpio que el nombre de nuestro Mártir glorioso fué el de *Fr. Martín de Aguirre*, sin que se hallen los nombres de sus padres en autor alguno; su pátria, la villa de Vergara en la provincia de Guipúzcoa, según se manifiesta en todos los testimonios dados.

Estos, para la verdad de una historia, tienen todos los requisitos que piden todos los mejores críticos de estos tiempos; porque todos los testigos, sobre ser de mayor excepción y predicamento, fueron los más coetáneos de este Mártir glorioso, que, en Europa, en el viaje de Filipinas, en ellas, en el Japón, y en su martirio, le conocieron, no sólo de vista, sino de especial conversación y trato; y algunos, desde el

tiempo de novicio; y muchos que declararon esta verdad instados de un formal precepto; á que se añaden otros monumentos antiguos, que en la misma antigüedad afianzan su crédito; y más el que se halla en su imagen, en la iglesia de su noviciado. En esta ciencia ha estado esta Santa Provincia de San Gregorio, y lo está hasta la hora que ésto escribo; pues, en más de un siglo y medio, no se ha oído ni visto instrumento en contrario que pudiese fundar la menor duda sobre la patria y apellido que esta Provincia ha tenido siempre por tan ciertos. No es posible que el deseo de poseer tan rico tesoro haya cavado en el campo dilatado de los tiempos y desenterrado instrumentos competentes de lo profundo de los archivos para destruir nuestros yerros, y que el oro de la verdad, por tantos años escondido, logre su triunfo en su feliz hallazgo; que en las historias no es nuevo el liquidarse la verdad, después de la antigüedad de siglos, por la rigurosa crítica de historiadores cuidadosos. Pero esta Provincia se queda ahora en su antiguo asenso, hasta ver si con verdadera crítica, y no con metafísicas de empeño, se destruyen tantos documentos, que para su antigua fe le sirven de escudos.

El apellido de Loynaz y la patria Beasaín, que en estos tiempos ha descubierto N. C. H. San Antonio, no se han visto ni oído en más de siglo y medio; y dice que todos hemos estado equivocados con tales y tantos instrumentos, no teniendo N. C. Hermano más que uno en su abono, y éste que se presume apasionado, sobre ser muy moderno, que es el autor de la *Recopilación de los fueros de Guipúzcoa*, que tiene de antigüedad solos cuarenta y seis años, y acaso está en las generales de la ley comprendido; por cuyas razones no puedo prevalecer contra tantos, tan antiguos y tan desapasionados, uno solo que pudo dejarse llevar del amor á la patria ó al apellido.

El P. Luis Piñeyro, de la Compañía de Jesús, escribió *Fr. Martín Luynés*, y no tiene de *Loynaz* sino el poco de alusión; pero, aunque lo hubiera dicho claro, es uno solo; y para averiguar su verdad, no pone fundamentos, sino que escribe solamente los nombres de nuestros seis Mártires gloriosos en el modo que pudo, sin formar en ellos particular asenso.

Sólo pudiera hacer fuerza, ó su verdadera fe de bautismo, ó las informaciones que se le hicieron para religioso. que uno y otro es inaccesible á todo mi cuidado, por la suma distancia de este hemisferio en que escribo. Pero puede suplir este defecto el consentimiento continuo de nuestro Mártir glorioso en todo el tiempo que tuvo nuestro santo hábito; porque no se hallará en autor alguno que, tratándole por el nombre de Fr. Martín de Aguirre, natural de Vergara, en Europa, en Filipinas y en Japón, así prelados como súbditos, hiciese alguna opo-

sición á tal patria y tal apellido, y declarase los que ahora se asignan de nuevo, cuando no le quitaban el ser santo la confesión llana de los padres y patria que Dios le hubiese concedido.

Escribe N. C. H. San Antonio su fe de bautismo, gozoso de tan feliz hallazgo, que confiesa logró en el real convento de San Gil de Madrid en su archivo. En esta de fe de bautismo, certifica en el año de 1615 Don Juan Zubicoeta, que en la villa de Beasaín era cura propio, que nuestro Martín salió á las luces del mundo, y por las puertas del Santo Bautismo entró en el gremio de la Iglesia haciendo número, en el año de mil quinientos y setenta y seis, siendo sus padres dichosos Juan García Loynaz y María Martín de Amunabarro, y que este cristiano nacimiento fué á los diez y seis de Julio. Fuera en mí un presuntuoso atrevimiento el querer enmendar (y más en libros originales ó impresos) las erratas que sus autores no han corregido, sin más autoridad que mi concepto solo. Y aunque presumo, dudoso, siendo tan fácil en una sola letra un descuido, nunca me atreviera á enmendarlo, aun viendo las inconsecuencias que se siguen de ello, por no quitar la debida fe á los escritos.

Con que, mientras no lo enmendare su dueño, se debe inferir que esta fe de bautismo no es de nuestro Mártir glorioso. Porque si, en sentir del mismo N. H. San Antonio, dió su nombre á la Descalcez Seráfica nuestro Mártir ínclito en el año de 1584, desde el año de setenta y seis sólo podía contar su edad ocho, y no los diez y ocho años de su florida edad que le cuenta N. H. San Antonio; y es cierto que repugna que profesase la regla seráfica de edad de ocho años. Esta y otras muchas inconsecuencias que conocerá el lector atento en el contexto de N. C. H. San Antonio sobre los estudios de nuestro Santo, su sacerdocio, su viaje á Filipinas y su martirio (que para todo esto, sólo sale su vida con veinte y un año), declaran que aquella fe de Bautismo no es testimonio verdadero, que pruebe la patria, padres y apellido de Nuestro Santo Mártir ínclito. Así nos quedamos hasta ahora, sin instrumento auténtico de peso que destruya la verdad de los que dejo citados, y se queda esta Provincia firme en su asenso antiguo, mientras no hay más luces para discernir lo verdadero.

Siendo, pues, cierto, en nuestro Llave que nuestro Santo Mártir padeció su glorioso martirio en la edad de treinta años, corresponde al año mil quinientos y sesenta y siete su dichosísimo nacimiento; por donde se ve la no conformidad de la referida fe de bautismo; y se verá ahora más claro en la distribución de los años. No tenemos constancia de los nombres de los padres dichosos, ni de su crianza y educación desde niño hasta que vistió nuestro seráfico hábito; pero

como los árboles se conocen por los frutos, es preciso inferir que sus padres fueron muy buenos cristianos; y como tales, en la crianza de su hijo pusieron todo su anhelo, pues cuando era mancebo de diez y ocho años, ya se admiraba, aunque de genio dócil, humilde y sincero; con ingenio clarísimo, adelantado en los estudios, celebrado en la Universidad de Alcalá por buen artista y teólogo, y esmaltado y sobrepuesto el oro de su sabiduría con la práctica de sus virtudes y fervores de su espíritu; porque de esta edad pretendió, y tomó nuestro Santo hábito. Acompañaba á la candidez de su espíritu, la gallarda presencia de su cuerpo y su natural agrado; pero estuvieron siempre sus exteriores lucimientos preocupados, porque la humildad lograse los suyos en sus naturales y sobrenaturales encogimientos. Dícese que, cuando niño, labró una cruz para sus devotos divertimientos, y que se han visto en ella y por ella singulares prodigios. Con tales principios, bien pueden afianzar sus virtudes el crédito de sus aumentos, y asegurarse el pronóstico de su trofeo último. No aparecen por acá más noticias de sus juveniles progresos. Pero ¿cómo se han de saber en Filipinas, sino las sacan á luz sus mismos paisanos? (*).

APÉNDICE 10.°

PATRIA DE SAN MARTÍN DE LA ASCENSIÓN, SEGÚN EL LICENCIADO D. MIGUEL DORRONSORO.

De los hechos y consideraciones precedentes y de otras que naturalmente ocurren y que yo excuso esplanar, por no extender más este escrito que excede ya los límites que me había propuesto darle, nace para mí (y creo que lo mismo sucederá á toda persona imparcial) el convencimiento de ciertas verdades capitales y decisivas en la cuestión controvertida.

Es la primera: que el diez y seis de Julio de mil quinientos sesenta y seis nació y fué bautizado en la Parroquia de Beasaín Martín de Loinez, hijo de Juan García y María Martín de Amunabarro: que se dedicó á la carrera Eclesiástica, estudió en la Universidad de Alcalá, gastó en sus estudios lo que, á juicio de sus padres, hubiera podido corresponderle por legítimas, tomó el hábito de religioso franciscano en el convento de Auñón y profesó en él con el nombre de Fr. Martín de la Ascensión; que del convento de Alcalá salió

(*) En la Bula de la canonización de los 23 Mártires franciscanos del Japón también se dice que la patria de nuestro San Martín es Vergara. (Nota del Colector.)

para Filipinas y que fué martirizado en el Japón; por lo cual la Iglesia le beatificó en mil seiscientos veinte y siete y le ha canonizado en el presente de mil ochocientos sesenta y dos.

Muchos y fehacientes documentos públicos otorgados por sus padres, por otros y por él mismo en tiempo en que no podía saberse la gloria que después mereció y comunicó á su patria, ponen fuera de duda su casa, su nacimiento, sus padres, su bautismo, sus inclinaciones, sus estudios y su profesión religiosa: cuando ocurrió el martirio, se tuvo noticia de él, se comprobó debidamente y la Iglesia le beatificó: vivían sus parientes, amigos y compañeros, todos se llenaron de júbilo y celebraron las relaciones que les habían unido al glorioso Mártir: su familia, su pueblo y la Provincia toda dieron repetidos testimonios de su gozo y de su veneración. El clero del Obispado se unió á estas piadosas demostraciones. La misma villa de Vergara y el Clero y pueblos de otro Obispado pertenecientes á esta Provincia participaron de las mismas creencias sobre hechos coetáneos que entonces mal podían ignorarse, ni ser desfigurados en perjuicio de tercero. Todos reconocen la identidad del Santo con Martín de Loinaz; todos contribuyen con sus dádivas para el culto del bienaventurado Mártir; todos publican sus milagros, promueven la devoción al mismo y la autoridad Eclesiástica regulariza y dirige estos tan espontáneos como unánimes desahogos de la piedad ansiosa de honrar la memoria de San Martín de Loinaz. Sus hermanos, sus tíos, parientes y amigos se distinguen entre todos: los compañeros con quienes estudió, á quienes comunicó su resolución de abandonar el mundo, que le vieron salir de Alcalá y le acompañaron á Auñón, ó le trataron después de haber profesado, todos están contestes sin que la diferencia de apellidos, (cuya autentidad está probada) ni los errores que algunos pudieron cometer en estos y su ortografía, ni otra causa alguna de las que después se han citado en contra, produjeran desacuerdo en el reconocimiento general, uniforme y constante de San Martín de Loinaz, por su familia, por su pueblo, por toda la Provincia y por el M. I. Clero de las dos Diócesis á que correspondían los pueblos de la misma, durando más de un siglo este estado de cosas.

Es la segunda: que cuando la verdad debía ser conocida de todos, y el depurarla, comprobarla y confirmarla facilísimo, no se conocía, ni nadie sostuvo que en Vergara hubiese nacido Martín Aguirre, que éste estudiara ó no, que profesase en la orden Seráfica, que fuera al Japón y que allí padeciera el martirio. En más de un siglo no se ve que el llamado San Martín de Aguirre hijo de Vergara tuviera tal nombre ni tal patria; no se le conocieron parientes, amigos ni compañeros de estudios, siendo Vergara de las primeras y

más significativamente honradoras de San Martín de Loinaz hijo de Beasaín. Cuando en el libro de profesos del convento de Auñón existía la profesión de Fr. Martín de la Ascención, sin que se hubiese arrancado de él para ponerla en un relicario, era facilísimo averiguar la verdad y entonces precisamente, aunque con motivo de la existencia de un Fr. Martín, no de Aguirre sino de Vergara, se da comisión á personas muy capaces, interesadas en las glorias de Vergara, y en posibilidad de enterarse de lo que aparecía en los libros del convento de Auñón, y después Vergara calla, digo mal, no calla, sino que publica con sus hechos que el bienaventurado Mártir es San Martín de Loinaz hijo de Beasaín. Que Vergara intentó revindicar la gloria de ser madre del Mártir, después que del libro de profesos del convento de Auñón fué arrancada la hoja de profesión; después que desapareció el relicario (á pesar del cuidado con que se guardan y deben guardarse los relicarios) en que se dice fué puesta para mayor veneración la hoja arrancada, después que fueron arrancadas del libro las hojas que contenían el tanto de la profesión de Fr. Martín de la Ascensión y después que en un letrero se escribió en el Convento de Auñón = "natural de Vergara"; entonces y no antes desplegó Vergara un ardor indecible y un celo digno de mejor causa para probar una maternidad que no le correspondía, ardor y celo cuya milésima parte le era más que suficiente para reivindicar su derecho si alguno hubiese tenido, cuando todo estaba íntegro en el convento de Auñón. Y con todo ¿qué logró? Nada, acerca de los puntos capitales: no probó los estudios de Martín de Aguirre, no su profesión en el Convento de Auñón, no su misión á Filipinas y ni aun la existencia de una criatura que pudiese haber sido fraile Franciscano. Que contra Beasaín y á favor de Vergara fué falsificada á juicio de inteligentes una partida bautismal; desapareció del Convento de Auñón la hoja de profesión y cuanto podía conducir al esclarecimiento de la verdad, fué destrozado un protocolo y guardada parte de él en un convento mediando para esto convenio entre el Guardián y un apoderado de Vergara y se intentó desfigurar ó falsificar el testamento y la firma de San Martín de Loinez, ¡qué medios para hacer á un pueblo madre de un Santo!

Ataun 15 de Octubre de 1862. —MIGUEL DORRONSORO.

Los Cavildos Eclesiástico y Secular de Beasaín han acordado publicar el precedente escrito. Beasaín y Octubre 15 de 1862.—El Alcalde, JOSÉ MARTÍN DE LASA.—El Rector, JOSÉ DE BENGOECHEA. (*)

(*) Dorronsoro, *Breve reseña de los hechos y razones principales que prueban la identidad del glorioso mártir San Martín de la Ascensión con Martín de Loinaz y Amunabarro hijo de Beasaín*, pag. 157. (Nota del Colector).

APÉNDICE II.°

ÚLTIMA RESOLUCIÓN ACERCA DE LA PÁTRIA DE SAN MARTÍN.

En el archivo del convento de San Francisco de Manila (cajón número 43, legajo, 1.°) se guarda un certificado del Párroco de Beasaín del tenor siguiente:

"D. José de Bengoechea, presbítero, Rector y Cura propio de la Iglesia parroquial matriz de Santa María de la Asunción de esta villa de Beasaín, provincia de Guipúzcoa, Obispado de Vitoria y partido judicial de Tolosa.

"Certifico: Que en veinte y cinco de Setiembre de mil ochocientos sesenta y nueve recibí de la secretaría de la Congregación de Sagrados Ritos, en Roma, un documento, cuyo contexto textual es el siguiente:=

'Hispana: Proposita in Sacrorum Rituum Congregatione ordinaria diei 13 "Aprilis 1867" ad Vaticanum habita causa hispana appellationis et patriae Sancti Martini ab Ascensione in eaque discusso dubio, an Sanctus Martinus ab Ascensione sit de familia de Loinaz, vel Loias vel Loinez vel Loies et ortum duxerit in vico Beasain olim Pampilonensis, nunc Victoriensis dioeceseos; seu potius sit de familia de Aguirre, et ortum habuerit in Virgaria, dioeceseos olim Calagurritanae, nunc Victoriensis—Emi. et Rmi. Patres Sacris tuendis Ritibus praepositi utraque parte voce et scripto audita, libratisque juribus hinc et inde adductis, proposito dubio rescribendum censuerunt *afirmative ad primam partem, nagative ad secundam.*=Petita autem et obtenta á parte adversa nova audientia praedicta causa iterum proposita fuit in eadem Sacrorum Rituum Congregatione ordinaria ad Vaticanum habita die 2c,, Martii 1869,, et in ea proposito dubio, an sit standum, vel recedendum á decisis in causa etc. iidem Emi. el Rmi. Patres, utraque parte voce et scripto iterum audita, rescripserunt indeciss. Verum cum pars adversa intra legitimum tempus ab hac resolutione appellaset novam obtinuit audientiam:::: Ita reperitur in actis et regestis Secretariae Sacrorum Rituum Congregationis. In fidem etc.:: Ex eadem Secretaria hac die 28 Augusti 1869. Pro R. P. D. Dominico Bartolini Secrio.=Josephus Cicolini Substus.=Tiene un sello en que se lee: Constantinus Mis. Div. Portuen. et S. Ruf. Patrizi S. R. C, Praef..="

"El precedente documento está trasuntado de su original, á el que que en caso necesario me remito. Y para los efectos oportunos doy

la presente, firmada de mi mano, y signada con el escudo de esta parroquia matriz en Beasaín á los catorce días de Diciembre de mil ochocientos setenta y uno.=Don José Bengoechea Rector Párroco" *Hay un sello que dice: Villa de Beasaín Parroquia Matriz de Santa María de la Asunción.*

APÉNDICE 12.°

BULLA CANONIZATIONIS SANCTORUM XXIII MARTYRUM JAPONENSIUM, EX ORDINE SERAPHICO SANCTI FRANCISCI ASISINATIS.

PIUS EPISCOPUS SERVUS SERVORUM DEI AD PERPETUAM REI MEMORIAM.

§. 1. Infinitus ac pene incredibilis martyrum numerus, qui proprio sanguine Christi doctrinam quam professi fuerant, confirmarunt, splendidum pulcherrimumque est divinae revelationis argumentum. Homines enim cujuscumque gradus, sexus, aetatis, nationis bonorum rapinam, exilium, vincula, cruciatus mortemque ipsam passi sunt, neque ulla in orbe terrarum regio est tam dissita atque a nobis disjuncta, quae evangelii luce illustrata de martyrum suorum agmine non optime laetetur. Habent, quis inficiabitur? haeretici suos martyres, habent quoque ethnici atque increduli; sed neque virtute cum nostris conferendi sunt. Sanguinem suum fundebant non pro Christo, sed contra Christum, uti pallio hoc dealbati, Augustino auctore alios commodius diciperent, animasque eorum caelo inferendas Christo praeriperent. Non hoc, sed vero atque pio martyrii, desiderio ardentissime flagrans pauper ille Franciscus, quem labentem ecclesiam lateranensem suis humeris Innocentius III Praedecessor noster sustinere conspexit, non modo ipse Syriam nudis pedibus peragravit, Aegyptique Soldani benevolentiam summo animarum emolumento sibi comparavit, sed fortissimos etiam atque impavidos ordinis sui alumnos ad evangelium disseminandum ubique terrarum misit. Quanto alacri animo provinciam hanc seraphici patris filii susceperint ecclesiasticae historiae monumenta testantur, ex quibus acce- Proemium

pimus nullam repiriri posse regionem, quae primum detecta hos evangelicae praedicationis ministros non exceperit.

Japoniae descriptio

§. 2. Japonia, ultima Orientis regio extremae adjacet Asiae; tota insulis constat, modicis fretis euripisque discreta. De ejus magnitudine, sive ob perpetuos et intestinos bellorum tumultus, sive ob circumjacentium scopulorum ac syrtium terrores, nihil dum satis comperti habemus. In longitudinem millia passuum amplius DC, in latitudinem, ubi plurirum XC, ubi minimum XXX patere perhibetur. Spectat a septentrione Scytas quos Tartaros vocamus, ab occidente vergit ad Sinas, ab oriente novae Hispaniae obversa est. Continet regna sex et quinquaginta, et quod plurimum est, una tantum lingua universa gens utitur. Japonia omnis, quoniam tres sumit magnitudine insulae praecipuae, in partes dividitur tres, quae ab insulis majoribus nominatae, complures attributas habent, Meacus urbs olim Japoniae omnis, nunc plurimorum regnorum caput; secundum Japonem magnitudine atque opibus praestat Ximus Sinis proxima, tertia insula inter has interjecta Xigus vocatur. Regio antiquis omnino ignota, casu Lusitanis anno MDXLII eo tempestate abreptis inventa, commercio coepit. Quae et quanta felicitate ac prospere pro christiana religione in Japonia gesserit Franciscus Xaverius, merito Indiarum Apostolus appellatus, cognitum ac perspectum cuique est. Multa centena hominum millia ad Christum convertit, non vulgares solum sed principes viros regesque baptismate abluit, Bonziis, religiosis illius nationis viris, perpetuisque christiani nominis hostibus, frementibus ac dira in apostolicum virum minantibus.

Sanctus Franciscus Xaverius.

Taicosama precipuis Japoniae regnis potitur.

§. 3. Cum per annos fere quadraginta multitudo Christifidelium in Japonia crevisset, inimicus homo superseminavit zizania. Imperio potitus est Faxiba, qui postea Quabacondoni nomen in illud Taicosamae, quippe quod majoris honoris ac potestatis indicium esset, commutavit. A Bonziisex citatus amorem, quo christianos prosequebatur, in odium convertit, annoque MDLXXVIIX suis omnibus Christi fidem interdixit. Patres societatis Jesu depulit, qui tamen immutato habitu et latenti permansere. Cum vero navis oneraria a Phili-

ppinis seu Luzoniis insulis Firandi portum attigisset veritus tyrannus ne, si christianis infensus videretur, mercandi sibi prohiberetur ocasio, odium non extinxit sed iniquo consilio compressit.

Legatio Beati Petri Baptistae et sociorum a Maniliae praeside ad Taicosamam.

§. 4. Dum res ita se haberent Gometius Peretius des Marinas, qui hispaniarum regis jussu Philippinis insulis praeerat, opportunum arbitratus est, aliquot nationis suae viros regio legatorum nomine ad Taicosamam mittere, quo hispanorum negotiis faciliorem redderet: minitatus enim erat victoria et superbia elatus, se in suum imperium insulas quoque illas esse brevi redacturum. Ad tantum opus perficiendum delecti fuere pater Petrus Baptista seraphici ordinis fratrum minorum Commissarius, Bartolomaeus Ruitz, Franciscus de Sancto Michaele cui additus fuit Gundisalvus Garzía laicus, qui utrumque sermonem apprime callens interpretis munere fungebatur. Legationem susceperunt christianae religionis provehendae et amplificandae studio. Sixtus enim V pontifex maximus Praedecessor nóster apostolicis litteris VII kal. decembris anno MDLXXXVI omnibus minoribus fratribus in insulis praesertim Philippinis degentibus facultatem præbuerat Indis et Sinensibus regionibus novas aedificandi domos et coenobia ad catholicam fidem propagandam, ne venia quidem romani pontificis implorata.

Navis onereria prima persecutionis causa.

§. 5. Hispaniarum regis jussu navis VII kal. Junii anno MDLXXXXIII solvens Manilia felici cursu Japoniam appulit, ad Taicosamam missa Nancojae degentem, illique Peretii munera obtutit. Pater Petrus Baptista ejusque socii comiter ab imperatore excepti sunt, qui humilem pauperemque eorum habitum admirans, sed superbe admodum de se suaque potentia loquens, clare aperteque illis significat se quam citissime, uti ceteras Japoniae partes, Philippinas quoque insulas subacturum, ni praeses ad meacenses cives tributum sibi ultro citoque persolvant. Tum legationis princeps respondit, hispaniarum regem nulli unquam parere nisi terrae coelique, potenti Deo, ab ineundo tamen cum imperatore foedere non abhorrere. Haec item prorsus non alia traditae deinde litterae aperiebant. Annuit imperator, legatisque permisit ut Meacum se conferrent, praecipuasque Japoniae urbes inviserent. Prae-

cepit autem rerum suarum curatori, ut veteri servato more publice alerentur.

Fratres Franciscales Taicosamae sibi animum devinciunt.

§. 6. Sex fere mensibus domi cujusdam viri ethnici fratres morati sunt, deinde Taicosama Fuximum petens fatribus minoribus, qui paulatim ejus sibi animum promeruerant, permisit ut Meaci sibi domicilia conderent ea tamen lege ne Japonenses christiana religione imbuerent; satis superque esse hispanos advenasque excolere. Tunc Petrus Baptista parvis limitibus parvum coenobium construit, proximum huic in honorem beate Mariae Virginis Angelorum de Portiuncula templum addit, et IV. nonas octobris divi Francisci festum magno civium meacensium concursu et stupore celebrat, ibique sacras conciones tanta populi frequentia deinde peragit, ut in dies fidelium numerus augeretur. Ut vero non modo animarum sed corporum quoque utilitati prospicere posset veletudinaria duo brevi aedificat, iis omnibus quae necessaria essent referta.

Bonziorum in christianos persecutio.

§. 7. Deo juvante omnia prospere se habebant, cum Bonzii iis acerrimum bellum intulere. Meaci praesidem aedunt, demisse queruntur se divitiis idolorum honori deditis orbari, religionem suam deprimi, se etiam a Japonensibus contemni, ex quo viri isti sacco obtecti, ac nudis pedibus incedentes inaudita virtutum praecepta, novasque vivendi leges palam docere aggressi sunt. Meaci praeses, qui quamvis ethnicus franciscalibus tamen favebat, eos de imminente illis periculo admonet, seque imperatoris edictum in christianos jam antea latum exequuturum esse significat. At ii, Deum magis quam homines metuentes, martyriique desiderio flragrantes non modo ab incoepto non destiterunt, sed laborum socios fratrem Franciscum Blanco el fratrem Martinum ab Ascencione e Philippinis vocaverunt, alteram Ozacae domum Bethlehem appellatam aperuerunt, tertiamque lusitanorum atque hispanorum impensis extra Nangasachium ad sancti Lazari sacellum aedificarunt.

Litteris praesidis Tosani excitatur imperatoris animus contra franciscales.

§. 8. Epistolium praesidis Tosani ad imperatorem, quo illud certiorem reddebat, navim superius memoratam missam fuisse ad bellum Taicosamae inferendum; aedes a franciscalibus excitatae, Bonziorum consilia et praesertim Jacuini medici, infensissimi christianae fidei hostis, acriter tyranni animum qui haec

omnia pene ignorabat, excitarunt, jussitque decretum a se jamdiu latum renovari, acerbe dolens se a franciscalibus tam benigne comiterque exceptis inique admodum tractari. Ira percitus omnes sive concionatores sive baptizatos Japonensium more capite mulctari jubet. Nec mora imperii satellites Meaci domum ac templum circumveniunt, comprehendunt, quotquot sive religiosos viros, sive seraphici patris ordine adscriptos, qui vespertinis precibus concionibusque audiendis convenerant; templum domumque destruunt ac reos in vincula conjiciunt. Nec satis, Ozacam se conferunt, dolo praesidis ejus civitatis ad tres quoque societatis Jesu viros crudele jussum extendunt, Meacumque deducti sunt Paulus Michi, Joannes Joan seu de Goto, et Jacobus seu Didacus Chisai, quamvis ne verbum quidem de iis capiendis ab imperatore factum fuisset.

Satellites Meaci domum et ecclesiam franciscalium circumveniunt, omnes comprehendunt.

Ad tres patres Societatis Jesu Ozacae commorantes impia lex dolo ostenditur

§. 9. Antequam de felici tot martyrum exitu verba faciamus pauca de singulis brevi disserere juvat. Frater Petrus Baptista, missioni legationique praepositus, ortus est anno MDXLV in castro sancti Stephani dioecesis Abulensis in Hispania piis nobilibusque parentibus Petro et Maria Antonia Blasquez. Vix alterum et vicesimum aetatis annum attigit, mundi deliciis divitiisque, quibus affluebat, spretis majoris perfectionis studio incensus fratrum franciscalium discalceatorum ordinem amplexus est. Tyrocinio peracto totum se theologicis disciplinis concionandique muneri dedit summo animarum quaestu. Nonnullis coenobiis in Hispania praefuit. Hoc officio Emeridae in Extremadura fungebatur, cum anno MDLXXX sequutus est fratrem Antonium a sancto Gregorio, qui in Philippinis insulis sacram missionem instituebat. Ubi Mexici oras attigit consistere jussus disjunctissimas imperii illius fere omnes regiones peragravit, fratrumque suorum provinciam a sancto Didaco fundavit. Magno virtutum omnium sapientiaeque laude commendatus anno MDLXXXIII ad Philippinas tandem appulit, illas pene omnes nudis pedibus, ut animas Christo lucraretur, lustravit. Philippus II hispaniarum rex episcopum illum in Philippinis designaverat, sed a Deo ad majora vocatus Meacum venerat.

Sanctus Petrus Baptista.

§. 10. Virgaria in Guipuzcoa, Hispaniae regio, fra- Sanctus

trem Martinum ab Ascensione genuit anno MDLVII. Litteris sacraeque theologiae in celebri Complutensi universitate operam dedit. Anno aetatis suae undevigisimo severius sancti Francisci institutum sequutus, posteriori anno solemnibus votis se Deo obstrinxit. Sacerdos effectus vitae asperitate, assiduo orandi et concionandi usu omnes ad virtutem alliciebat. In sacris missionibus totam fere incredibili animarum fructu vitam peregit: ethnicas barbarasque oras lustrare in votis habebat. Compos effectus Petro Ortiz ex eadem franciscali familia comitem se dedit, qui cum quinquaginta aliis sodalibus Philippinas petebat. In Mexico commorari coactus philosophicas theologicasque disciplinas maximo sodalium emolumento tradidit, qui illum virtutum omnium exemplar suasoremque habebant. Tandem ad Philippinas ipse quoque missus alter a legatione erat: annos triginta numerabat. **Martinus ab Ascensione.**

§. 11. Frater Franciscus Blanco sacerdos et concionator, trigesimum circiter aetatis annum agebat. Ortus Montreis quod est Hispaniae oppidum dioecaesis Oretensis in Galecia. In Salmanticensi academia litteris philosophicisque disciplinis sedulo intentus; inter franciscales provinciae a sancto Jacobo adlectus. Austerioris vitae cupidus discalceatis fratribus sancti Jacobi nomen dedit. Plurima in coenobiis austeritatis ac virtutis monumenta reliquit. Vitae suae pro Christo prodigus, et indicam missionem exoptans cum suis primum in Mexico constitit, tandem e Philippinis Japoniam venit. Regionis illius sermonem apprime doctus, incredibile dictu est quot quantasque animas Deo adjunxerit. **Sanctus Franciscus Blanco.**

Sanctus Philippus a Jesu. §. 12. Philippus a Jesu de las Casas Mexici natus est. Parentes habuit Mariam Antoniam Martinez et Alphonsum de las Casas hispanos, genere ac divitiis ilustres. Adolescens plus aequo voluptatibus indulsit; sed quinto ac decimo aetatis anno sodalibus sancti Francisci severioris observantiae se junxit. Haud multo post suscepti consilii pertaesus, et pristinam vivendi consuetudinem animo repetens, seraphici patris vestigia reliquit. Juvenis instabilitas tanto parentum animos dolore affecit, ut ne ipsum ad se amplius admittere, neque adspicere voluerint. Quae poena ado-

lescentem non fregit sed erexit. Triennio exacto lacrymans precesque fundens a moderatoribus seraphicae disciplinae restitutus est. Adnumeratus inter discalceatos fratres in coenobio sanctae Mariae Angelorum Maniliae, tyrocinio peracto solemnia vota emisit. Anno MDLXXXXVI Cabite Acapulcrum petebat, ut parentes inviseret qui filium iterum sacris vestibus indutum amplecti cupiebant. Tempestatis vi abrepta navis non in Mexicanum sed in Urandum Tozzani Japoniae portum ingressa est. Humanissime exceptus a patre Martino ab Ascensione cui comes datus fuerat, virtute et sanctimonia ilustris Meaci cum suis commorabatur.

Sanctus Franciscus a sancto Michaele

§. 13. Frater Franciscus a sancto Michaele natione hispanus usus est parentibus Francisco De Andrat et Clara ab Arcu genere et virtute praestantissimis. Pariliae prope Vallem Oleti in lucem editus est. Sortitus animam bonam magnaque industria a puero institutus, omnium sibi animos conciliaverat. Vix ephebis excessit, inter seraphici ordinis alumnos provinciae ab Immaculata Conceptione adnumeratus est. Ea animi demissione fuit, ut quamvis debiliori esset corpore ac litteris satis eruditus, laicis tamen adjungi imploraverit. Austeritatis seraphicae amantissimus triennio in Abroji sanctuario omnibus admirationi fuit. Asperioris vitae cupidus in provinciam a sancto Joseph commigravit. Ad Philippinas profectus calamitates, incomoda, injurias contumeliasque pertulit. Multis effulsit prodigiis. Regionis illius licet sermonis nescius, homines tamen maxima religionis utilitate atque incremento Deo juvante alloquebatur. Constitit etiam in Camaricensi regione quam miraculis ilustravit.

Sanctus Gundisalvus Garcia.

§. 14. Gundisalvus Garcia patrem habuit Lusitanum, matrem vero Canariensem, Bazani in Indiis orientalibus natus est. Traditus a puero patribus societatis Jesu erudiendus valde in litteris profecit. Adolescens mercaturae causa Japoniam cum nonnullis apostolicis viris se contulit. Quibus ut auxilio in sacris esset missionibus Deoque magis inserviret, negotiis relictis curisque solutus cathechistae munus suscepit. Multa omnipotentis Dei honore atque animarum emolumento gessit. Bonziorum audaciam fregit quoties cum iis in certamen venit. Nonnullis elapsis annis Maniliam se

contulit, ac divitias suas omnes pauperibus largitus, anno MDLXXXVII seraphici patris familiam in coenobio sanctae Mariae Angelorum ingressus est. Totum in nosocomiis corporibus curandis ac virtutibus hominum animis imbuendis se dedit. Solemnia ejus vota susceperat pater Petrus Baptista, a quo legationis suae interpres et comes designatus fuerat.

Sanctus Paulu-Suzuqui.

§. 15. Paulus Suzuqui ex Oari oriundus ingenium valde perspicax sortitus, adolescens Bonziorum sectam reliquit. Juges in eo lacrymae assiduumque orandi studium. Ejus domus pauperum et peregrinantium domicilium appellabatur. Incredibile dictu est quo dolore afficeretur, cum alicujus ethnici interitum audiret. Cathechistae munus obivit, plures ad neophitos erudiendos libros exaravit, in aegrotorum hospitiis fratrum minorum operam praestitit, tertiarius, ut reliqui omnes, Interpretis munere fungebatur.

Sanctus Gabriel a Duisco.

§. 16. Gabriel a Duisco ex regno de Ize in insula Niphon sextum et decimum agebat annum cum fratres minores Meacum petiere. Christianam fidem occulte amplexus, parentibus, propinquis, amicis eum frustra cohortantibus ut domum rediret, opibus relictis tertii ordinis sancti Francisci regulam professus est. Enixis precibus vigiliis, jejuniis parentis sui a falsorum deorum cultu ad veri numinis sequelam conversionem impetravit. Christianae religionis propagationi vacans Meaci vias assiduis concionibus lustrabat.

Sanctus Joannes Quizuya.

§. 17. Joannes Quizuya Japonensis Meaci ortus est, victumque sibi manuum suarum labore comparabat, de superstitionis suae veritate haud dubitans. Ubi a concive suo audivit, franciscales nova bene vivendi praecepta docere bonis imbutus moribus in christianae fidei mysteriis initiatus est, adeoque profecit, ut seraphico tertii ordinis habitu indutus omnes suo exemplo ad virtutem excitaret. Non modo in nosocomiis aegris opem ferebat, sed quem genuerat filium ad hoc caritatis opus inflammavit.

Sanctus Thomas Danchi.

§. 18. Thomas Danchi De Ize et ipse de Meacensi urbe mereator, aetate provectus baptisma a patribus societatis Jesu suscepit. Moribus haud immutatis franciscales Thomae domum non christianorum domicilium sed latronum speluncam appellabant. Uxor ejus filii-

que idolis serviebant flagitiis omnibus dediti. Supernae gratiae lumine ac divinae injuriae dolore correptum anteactae vitae poenituit: conjugem liberosque ad sanam frugem revocavit, divitias suas pauperibus largitus est. In aegris curandis assiduus cathechistae munere fungebatur. Cum fratribus minoribus vastam Nyphon insulam lustravit tertioque ordini sancti Francisci nomen dederat.

Sanctus Franciscus Meacensis.

§. 19. Franciscus Meacensis hyppocraticae artis doctor, tantum sibi nomen comparavit in morbis sanandis, ut in universo Japoniae regno splendide celebraretur, medicique agnomine appellaretur. Adolescens Bonziorum sectam coluerat, assidueque animo volutabat, an vera essent religionis suae dogmata. Una cum filio proregis Bungii aliisque viris comitatus est classem ab imperatore Taicosama adversus Coreae regem comparatam. Bello composito de religionis suae veritate sermocinatus est cum ethnico, qui nuper errorem abjuraverat. Placet consilium ab eo traditum christianum cathechistam adeundi. Cum illo colloquitur, dat manus victas, baptismate abluitur. Ejus rei fama per Japoniam universam perlata uxor et ipsa christiana efficitur. Franciscus acri ingenio praeditus, non modo libros medicos conscripsit, sed quibus etiam religionis christianae veritatem tueretur, Bonziorum argumentis refutatis. Toto vitae suae spatio animis corporibusque juvandis se dedit. Fratres minores eo interprete utebantur; eique tertii ordinis seraphici patris habitum largiti fuerant. Sextum et quadragesimum aetatis annum agebat.

Sanctus Thomas Cosaqui.

§. 20. Thomas Cosaqui quinto ac decimo aetatis anno martyrii gloriam assequutus est. Aquis lustralibus una cum patre suo regeneratus fuerat, atque undecimo vitae anno traditus beato Petro Baptistae, qui illum sancti Francisci tertii ordinis habitu ornavit. Accepto cathechistae munere adolescens non modo rudes sed doctissimos quoque ad fidei dogmata amplectenda falsis sophismatibus detectis impellebat. Vigiliis aliisque afflictationibus corpus in servitutem redigebat. Seraphici patris vestigiis insistens, proximorum ministerio mancipatus, mirum est qua alacritate nullis fractus laboribus nullisque periculis deterritus ad su-

premum usque spiritum franciscalibus sacra peragentibus inservierit.

§. 21. Joachim Saquijor Usacae in Japonia natus nosocomiis fratrum minorum escis parandis inserviebat. Christiana uxor virum gravi morbo laborantem accitos franciscales rogabat, ut baptismate abluerent. Hi vero cum renuissent, aberat enim imminens mortis periculum, Cathechistae tradiderunt fidei praeceptis erudiendum. In mortis agone iterum versatus et baptismate ablutus magno exarsit christianae perfectionis amore. Cum convaluisset conjuge relicta tertio sancti Francisci ordini adscriptus est. **Sanctus Joachim Saquijor.**

§. 22. Bonaventura aut Ventura Japonensis matrem ethnicam, patrem vero christianum sortitus est, qui puerum sacris undis regenerare voluit. Mox patre orbatus, impiae matris consilio Bonziorum sectae se addixit. Viginti annorum spatio, licet conscientiae stimulis exagitatus, flagitiosam vitam degere haud puduit. Ubi vero a fratribus minoribus officia audivit, quibus se subjecerat cum sacro baptismate ablutus fuerat, uberrimo lacrymarum imbre perfusus novum induere hominem illico statuit, veniamque ab iis exorare, quos antea pravis moribus offenderat. Die festo magna populi frequentia sacco et cilicio indutus templum beatae Mariae Virginis Angelorum reginae ingressus anteactae vitae crimina detestans, multis precibus a Patre Petro Baptista poenitenti veste seraphici patris indui imploravit. Ecclesiae comunioni restitutus nunquam se a fratrum minorum latere devidi passus est. Postremum se omnium reputans admirabilis patientiae, invictae fortitudinis et maximae caritatis exempla ubique praebuit. **Sanctus Bonaventura Japonensis.**

§. 23. In vasta atque patenti Asiae regione, quae Corea appellatur, quaeque Japoniam prospectat, clarissimis parentibus natus est Leo Carazuma. Adolescens idolorum servitio parentum jussu se mancipavit. Trigesimum agebat aetatis annum, cum menti ihius christianae veritatis lux effulsit. Tanto perfectionis ardore flagravit, ut annuente nobili piaque foemina, quam sibi in matrimonio junxerat, non modo celibem deinde vitam duxerit, sed etiam sancti Francisci institutum ingredi postulaverit, sacrisque votis Deo se **Sanctus Leo Carazuma.**

magis adstringere. A patre Petro Baptista tertio ordini Meaci adscriptus, non modo verbo et exemplo poenitentium ordinem ipsum propagavit, sed reliquo vitae suae spatio franciscales uti comes et interpres sequutus est.

Sanctus Mathias Japonensis.

§. 24. Mathias Japonensis ex Meacensi urbe apatribus societatis Jesu baptizatus, pie sancteque vivebat. Ubi primum fratres minores conspexit, asperum habitum, nudos pedes, virtutemque eorum admiratus illis se comitem dedit. Mundum seque ipsum contemnens paupertatis ac poenitentiae ardore aestuabat: omnibus tertii ordinis sancti Francisci incitamento ad virtutem erat. Neque illum sine mercede reliquit Deus: captus enim a satellitibus, qui minorum coenobium obsederant, locum alterius Mathiae absentis subiit martyrii palma exornatus.

Sanctus Antonius Nangarachius.

§. 25. Antonius Nangasachii natalem diem habuit, matrem Japonensem, patrem vero ab India. Puer abhorruit a ludis: flagellis corpusculum suum affligebat. Singularis in eo fuit castitatis amor, quam inter pericula illibatam servavit. Eo in Christum incendebatur amore, ut nihil supra. Patrem Hieronymum a Jesu, quo spiritualis vitae magistro utebatur, sequutus, tertio sancti Francisci ordini adnumeratus est. Puer tredecim annorum instituti sui praesidi in missae sacrificio ministrabat.

Sanctus Paulus Iuaniqui.

§. 26. Paulus Yuaniqui Ibarchi Japonensis ex Oari, a beato Leone ejus fratre Meaci christianam religionem doctus est. In primis fratri restitit, qui eum ab idolatria revocare cupiebat; deinde cessit, baptismate a fratribus minoribus regeneratus. Cum uxore et liberis commoratus est prope coenobium, quo facilius illud adire posset. A patre Petro Baptista tandem inter tertiarios adlectus, vitae sanctimonia omnium in se oculos convertit, fratrum interpres Japonensium commodo fuit.

Sanctus Ludovicus Ibarchi.

§. 27. Ludovicus Ibarchi Japonensis, Pauli et beati Leonis superius nominati nepos, Oari a parentibus idolorum cultu deditis genitus est. Novennis Meacum petiit, traditusque est beato Petro Baptistae, a quo fidei rudimenta accepit. Adolescens bonis moribus praeditus maxima in Deum et proximum caritate exar-

sit. Quo melius illis inserviret in tertium sancti Francisci ordinem cooptari maluit. Nunquam a beati Petri Baptistae latere discedens interpres fratrum et ipse erat.

Sanctus Michael Cozaqui.

§. 28. Michael Cozaqui oriundus ex regno Ize, Japonensis armorum faber. Nomen sibi in balistis conficiendis, quibus Japones tum prae ceteris utebantur comparavit. Christi assecla in ea jam urbe morabatur, cum seraphici patres Nangoja Meacum se contulerunt. Leonem Carazumam sodalem suum imitatus corpus inedia, ferreisque catenulis castigabat. In Dei sacraeque eucharistiae contemplatione defixus nocturnis fratrum minorum diurnisque precibus in choro adstabat. Domi suae pauperes aegrosque excipiens illis uti Christo serviebat. Urbes cum minoribus magno animarum quaestu lustravit, filiumque suum nomine Thomam, superius memoratum, habuit virtutis ac passionis socium.

Sanctus Petrus Sequexior.

§. 29. Petrus Sequeixein Meaci civis in Japonia, mature abjecta superstitione Christi assecla factus est. Sanctimonia et poenitentia illustris tertio sancti Francisci ordine adscriptus est. Fratres minores diligens ab eorum latere nunquam discessit. Cum ipsis in vincula conjectis ministrasset, captus et ipse martyrii lauream adeptus est.

Sanctus Cosmas Raquisa.

§. 30. Cosmas Raquisa ex regno Oari clarissimo generi natus opibusque refertus, fortunae coversione balistis conficiendis totum se dedit. Meaci vitam degebat, cum eo patres franciscales devenere. Ipsis in coenobio aedificando adjumento fuit. In catechizandis pueris emicuit: tertio sancti Francisci ordini adscriptus, seraphico patri decennem filium suum obtulit, ut ipse quoque catechistae munere fungeretur. Pauperibus in nosocomiis inserviebat assidue, fratresque eo interprete utebantur.

Sanctus Franciscus Fahelante.

§. 31. Franciscus Fahelante Campiutensis sutor virtutum omnium laude commendatus. Fratrum minorum coenobio Meaci aedificando operam suam praestitit, ab iisque tertio seraphici patris ordini adnumeratus est. Caji in Francisci nomen immutavit. Anno MDLXXXXVI a patre Martinez Societatis Jesu primo Japoniae episcopo confirmationis sacramentum suscepit. Ubi fratrum minorum in carcerem conjectionem audivit, se ad sanctae Mariae coenobium contulit, eo-

rum vinculis costringi cupiens. Bis atque iterum, sed frustra se christianum professus est. Questus se non posse pro Christo mori lacrymis obruebatur. Adeunti Petro Sequeixein qui ad martyres solandos missus fuerat a patre Organtino Societatis Jesu, se adjunxit. Voti compos fidem suam proprio sanguine confirmavit.

Sanctis Martyribus in publica Meaci platea pars auriculae abscinditur, deinde in carcerem conjiciuntur.

§. 32. Hi omnes, exceptis Petro Sequixein et Francisco Fahelante qui se deinde illis in itinere addiderunt, manibus post terga revinctis ad majorem Meaci plateam deducti sunt: singulisque abscissa est pars auris sinistrae, deinde terni plaustris impositi totam urbem circumiere antequam carcerem iterum ingrederentur. Haec sententiae forma erat, quae ad ignominiam augendam, et ad alios perterrendos martyres praecedebat "Quia isti huc e Philippinis nomine legatorum profecti, legem christianam a nobis prohibitam praedicarunt, ac templa aedificarunt nostris beneficiis abusi, supplicio illos affici jubemus cum Japonibus, qui sacra ipsorum suscepere. Itaque in crucem tollantur Nangasachii. Iterum eamdem legem severe prohibeo, idque omnibus testatum volo. Qui secus faxit, cum tota familia plectatur. Die XX lunae XI I anni aetatis appellatae Eviocho."

Thaicosanae sententia.

Longo itinere inter ludibria atque cachinnos Ozacam deducuntur.

§. 33. Postera luce, III nonas januarii, martyrum cohors jumentis alligata Ozacam deducta est terrostri itinere inter furentis plebis ludibria atque cachinnos. Sacajum petit, Nangojae sistit, ubi Fazamburus morabatur, qui Nangasachium usque cum satellitibus comitari illos debebat. Sacaio V. idus ejusdem mensis egrediuntur; Facata pridie Kal. februar: discedentes perveniunt ad locum Carazu appellatum tribus e Nangoja leucis dissitum, ubi Fazamburum inveniunt illos praestolantem. Longo itenere regnum Figen ingrediuntur, adveniunt Zancajachium, unde postridie summo mane discesserunt. Quanto magis fortissimi Christi atletae ad supplicii locum appropinquabant, eo major caritatis flamma in iis erat, et quamvis vehementi frigore obrigerent pedites tamen iter conficere maluerunt. Sinoncum usque qui octo vel novem leucis Nangasachio distat, effervescente meridie pervenerunt. Sub vesperam ejusdem diei antequam navim, qua Tonchizu septem leucis maritimo itinere distans eun-

dum erat, conscenderent satellites omnium manus, fratribus minoribus exceptis, post humeros revinxere funibus circa collum alligatis. Tonchizanum portum brevi tenuere; totaque nocte algenti brumac expositi sunt.

Supplicii locus.

§. 34. Paraverat quidem pro omnibus Fazamburus in consueta Nangasachii platea cruces, sed rogatus a lusitanis statutae sunt in summa collis area quae urbi imminebat. Silentio autem praetereundum non est quod adolescenti Antonio in itinere accidit. Cum illi parentes occurrissent, et blanditiis lacrymisque hortarentur ut a fide deficeret, ille, quas mihi, inquit, promittitis divitias et opes terrenae sunt, citoque avolant: at caelestia et aeterna mihi Christus largitur. Erepta deinde qua operiebatur tunica parentibusque reddita, properans laetusque crucem amplexatus est.

Antonii pueri ad parentem responsio.

Descriptio crucis, qua Japonenses plectuntur.

Id sibi peculiare habent Japonum cruces quod in infima stipitis parte appositum est transversum lignum, cui paullulum divaricati pedes incumbunt: rursus in mediam crucem inditum prominet tigillum, quod inter crucifixi summa crura insertum velut equitantem sustinet. Clavis manus pedesque non configunt; sed funibus, vel manicis pedicisque ferreis alligant et collum circulo ferreo ac medium saepe corpus cruci adstringunt. Ubi reos hunc in modum applicuerunt funestae trabi et in paratam scrobem crux immissa stetit, lictor unus lanceam praelongam adigit a dextero latere in sinistrum: interdum lictor alter a sinistro latere in dexterum sacram cuspidem obliquat. Porro nuda in crucem corpora non figunt: fas unicuique suam retinere vestem, imo quam lautissimam et ornatissimam afferre. Eodem prorsus modo minores propriis, ceteri saecularibus vestibus diem obiere supremum crucibus XXVI ordine directo suffixi tribus aut quatuor passibus inter se disjuncti.

Multitudo populi, quae ad martyres visendos convenit.

§. 35. Quamvis ingens esset militum copia, quae impediebat quominus quisquam martyribus se appropinquaret, tamen maxima multitudo convenerat tum ethnicorum, tum christianorum. Qui postremi summo afficiebantur gaudio, audientes verba ab illis prolata, quomodo suis singuli crucifixoribus parcerent, ipsoque iu mortis agone novos Christo filios suis verbis parerent. Mox Martynez Episcopus ad collem venit, po-

sitis humi genibus martyres est veneratus atque illico coepit locus esse omnibus sacer. Miraculis et prodigiis clare Deus ipse ostendit quam pergrata sibi fuerit tot martyrum copia.

Miracula et prodigia. dum martyres supplicio afficerentur.

§. 36. Aliquorum sanguis post menses novem liquidus ac tabis expers apparuit; vehemens imhris vis Meaci vias invasit; magno terraemotu urbs Meacensis convulsa, ingens cometes crinibus redimita ab insulis Philippinis Nangasachium usque apparuit, imago Divi Francisci sanguinem fudit, visae sub noctem coelitus accensae faces locum obire supplicii, martyrum vultus post duos et amplius menses vividi et spirantes adhuc erant, summaque adspectantium admiratione a vulturibus aliisque rapacibus belluis minime dilaniabantur corpora, multaque alia ejus generis prodigia martyrum venerationem auxerunt. Illud etiam memoria dignum est, tot martyrum sanguinem semen fuisse christianorum, qui deinde vel pietate et clarissimis virtutum exemplis, vel sanguine suo fidem confirmarunt.

Processus ordinaria, et apostolica auctoritate susceptí.

§. 37. Paulo post martyrum interitum ad seraphici ordinis in Philippinis provincialem missa est autentica sententia imperatoris Taicosamae, atque epistola episcopi Japonensis, qua fortissimi Christi atletae maximis laudibus extollebantur. Archiepiscopus autem Maniliensis ad Sanctam Sedem literas misit, quae tamquam processus ordinaria auctoritate instructi habitae sunt. Tunc remissoriales literae ab episcopo Hixealensi datae sunt, ut acta de more conficerentur iis in locis, in quibus martyres passi fuerant. Quae maxima celeritate confefecta Paulus V Praedecessor noster, uti mos tunc erat, expendenda tradidit tribus Romanae Rotae auditoribus, nempe Joanni Baptistae Coccino, Alphonso Mangonado et Philippo Pirosano. Qui omnibus bene perpensis causae fulcrum columenque reponentes in legitimis testium probationibus, adfirmarunt majorem haberi testium numerum, quam juris praescriptio ferret. Duo enim supra viginti contendebant, non politicis rationibus, neque ex simultate, neque alia ulla peculiari causa Taicosamae animum fuisse incensum; sed odio quo afficiebatur ipse in catholicam fidem cruce eos damnasse. Quod quiden prodigiis ac mira-

Tres Romanae Rotae auditores acta martyrum prependunt.

culis pluribus confirmabatur. His accedebat haud exiguus ex auditu testium numerus idem jurejurando affirmantium. Quapropter uno ore asserebant causam in tali statu esse constitutam, ut juxta sanctae romanae Ecclesiae et sacrorum canonum normam Pontifex Maximus Urbanus VIII Praedecessor noster ad istorum Servorum Dei canonizationem in forma Ecclesiae consueta procedere posset, si ipsi placuisset. Quam quidem sententiam omnibus rite perpensis venerabiles Fratres Nostri Cardinales sacrae congregationis ritibus tuendis confirmarunt, asserentes de martyrio et miraculis eorum plene aperteque constare.

Declaratur posse procedi ad ipsorum martyrum canonizationem.

§. 38. Tunc praeses totius ordinis minorum sancti Francisci ab eodem Summo Pontifice Urbano VIII apostolicis literis XVIII Kal: octobris anno MDCXXVII impetravit, tum pro omnibus ejusdem ordinis sancti Francisci fratribus ubique commorantibus, tum pro ecclesiasticis et saecularibus viris Maniliensis dioecesis dumtaxat officium et missam de comuni plurimorum martyrum die eorum natali, nempe nonis februarii quo passi fuerant, donec ad solemnem eorum canonizationem deveniretur. Quam quidem gratiam insequenti die idem Summus Pontifex ad tres martyres Societatis Jesu extendit, benigne excipiens petitiones praepositi generalis aliorumque presbyterorum ejusdem Societatis.

Festum martyrum Japonensium et officium fratribus minoribus santi Francisci concessa ab Urbano VIII.

§. 39. Ut solemnis haec canonizatio perageretur nihil aliud supererat, nisi ut Summus Pontifex expresse latam sententiam gravissimo suo judicio confirmaret, atque declararet, ad ipsorum martyrum canonizationem tuto posse procedi. Post tria fere silentii saecula causa aetate nostra reassumpta, fauste feliciterque juxta vetustiorem disciplinam ad exitum a Nobis perducta est. Pronas enim aures exhibentes postulationibus praesidis totius ordinis minorum sancti Francisci sacram rituum congregationem in Vaticanis nostris Aedibus convocavimus III nonas septembris superioris anni, in qua a dilecto fratre nostro Constantino Patrizi sanctae romanae ecclesiae cardinali episcopo portuensi et sanctae Rufinae, sacrae rituum congregationis praefecto causaeque relatore, dilectisque filiis Andrea Maria Frattini fidei promotore, et Do-

Latam sententiam Pius IX gravissimo suo judicio confirmat

minico Bartolini ejusdem sacrae congregationis a secretis proposito dubio an tuto procedi posset ad ipsorum martyrum canonizationem, omnes uno ore assenserunt.

§. 40. Cum vero anno MDCCCLXI solemnis commemoratio ageretur diei, quo patris Francisci corpori sacra stygmata divinitus impressa sunt ad sanctae Mariae ad Aracoeli venimus, atque in ejus sacrario adstantibus superius memorato cardinali Patrizi ceterisque sacrae rituum congregationis, nec non supremo praeside aliisque franciscalis familiae observantium alumnis, ediximus tuto procedi posse ad ipsorum martyrum canonizationem: quod quidem decretum VIII kal: aprilis volventis anni ad tres quoque Japonenses martyres Societatis Jesu libenti animo rogati extendimus. Declaratur tuto procedi posse ad beatorum martyrum Japonensium canonizationem.

§. 41. Absolutis omnibus quae ex catholicae ecclesiae disciplina et novissimis praedecessorum nostrorum decretis explenda erant quod unum reliquum extiterat, jejunia et publicas preces indiximus unaque cum dilecta plebe nos ipsi humillima vota in patriarchalibus Lateranensi, Vaticana et Liberiana basilicis nostris obtulimus Deo, ut lumen suae voluntatis nobis in tam gravi arduoque negotio ostendere dignaretur. Preces et jejunia et supplicationes.

§. 42. Non multo post, idibus nempe maji volventis anni, consistorium publicum convocavimus, in quo dilectus filius noster Franciscus Morsilli sacrae consistorialis aulae advocatus, impetrata a Nobis venia de martyrio et miraculis XXIII ex ordine fratrum franciscalium et III martyrum Japonensium Societatis Jesu ad hanc cononizationem peragendam sacer ille dies, quo Spiritus Sanctus apostolis omnium linguarum scientiam dedit, quo miraculo Sancta designabatur Ecclesia eodem spiritu repleta omnium gentium voce locutura. Publicum consistorium.

§. 43. Ut vero ea pompa, quae par erat, solemnis iste honor martyribus in Vaticana basilica redderetur, omnes universi orbis episcopos apostolicis nostris literis hortati sumus, ut in re tam gravi consilio precibusque ad Deum essent nobis auxilio. Qui cum ingenti numero in consistorio semipublico habito IX Kal: jun: volventis anni adstitissent, actorumque seriem Semipublica consistoria maxima episcoporum frequentia habita in Vaticano.

ex autenticis sacrae congregationis rituum superius memoratae documentis, quorum exemplar dari ipsis jusseramus atque a Nobis causae statum cognovissent, exultavit anima nostra, atque in domino laetati sumus, ubi audivimus venerabiles fratres nostros Cardinales, patriarchas, primates, archiepiscopus et epispiscopos uno ore asserentes posse caelitum honores viginti sex martyribus Japonensibus tribui. Quorum suffragia propria cujusque manu signata in Sanctae Romanae Ecclesiae tabulario ad perpetuam rei memoriam custodiri mandavimus.

Solemnis ad Vatinum supplicatio.

§. 44. Ipso denique Pentecostes die generalis supplicationis ritu praeeuntibus utriusque cleri ordinibus, congregationis sacrorum rituum consultoribus, Nos Ipsi cum dilectis filiis aulae nostrae officialibus, et familiaribus, cum schola cantorum, cunctisque romanae curiae antistitum collegiis presbyteris quoque poenitentiariis sacerdotali veste indutis, denique cum venerabilibus fratribus episcopis, archiepiscopis, primatibus ac patriarchis universoque venerabilium fratrum nostrorum sanctae romanae ecclesiae Cardinalium senatu, frequenti procerum et magistratuum numero stipati ex Nostris aedibus prodeuntes, et subsequentibus apostolicae sedis notariis ac regularium ordinum supremis moderatoribus ad vaticanam Principis Apostolorum basilicam regia majestate fulgentem processimus, ibique antequam sacra misteria perageremus, dilectus filius noster Nicolaus tituli Sancti Petri ad Vincula presbyter cardinalis Clarelli Paracciani Canonizationi procurandae praepositus per dilectum filium nostrum Andream Frattini consistorialis nostrae aulae advocatum ter enixe a nobis postulabit pro solemni Canonizatione ipsorum martyrum Japonensium, quemadmodum etiam pro beato Michaele a Sanctis confessore non pontifice. Tunc caelestium spirituum sanctorumque omnium intercessione petita, invocatoque Paracliti Spiritus auxilio ad honorem sanctae et individuae Trinitatis, ad exaltationem catholicae fidei, et christianae religionis augmentum, auctoritate Domini Nostri Jesu-Christi, et beatorum Apostolorum Petri et Pauli ac nostra beatum Petrum Baptistam, Martinum de Ascensione, Franciscum Blanco, Philippum

Canonicum decretum.

Preces instauratae.

a Jesu, Gondisalvum Garzia seraphici ordinis sancti Francisci fratres professos, Paulum Suzuqui, Gabrielem a Duisco, Joannem Quizuja, Thomam Danchi, Franciscum Meacensem, Thomam Cosaqui, Joachim Sequjior, Bonaventuram aut Venturam Japonensem, Leonem Carazuma, Mathiam Japonensem, Antonium Japonensem, Ludovicum Ibarchi, Paulum Zuaniqui Ibarchi, Michaelem Cozoqui, Petrum Sequeixein, Cosmatem Raquija, Franciscum Fahelante eidem seraphico ordini adscriptos, una cum beatis martyribus Paulo Michi, Joanne Soan seu de Goto, Didaco seu Jacobo Chisai e Societate Jesu atque beato Michaele a Sanctis confessore non pontifice, sanctos esse decrevimus atque definivimus et in sanctorum album retulimus, eorumque memoriam, quam in subsecuta missae celebratione Nos Ipsi solemniter venerati sumus, ab universa ecclesia quotannis nonis februarii coli mandavimus. Ommibus quoque Christi fidelibus, qui frequentissimi aderant, plenariam, iis vero qui singulis annis praedicta die ad eorum martyrum exuvias venerandas accesserint, septem annorum et totidem quadragenarum indulgentiam in forma ecclesiae consueta peramanter largiti sumus.

Plenarie et partiales indulgentiae.

§. 45. Debitis inde gratiis Deo peractis hymnoque laudis et confessionis decantato, inter missarum solemnia gaudio superabundantes clerum populumque confertissimum allocuti, omnes in Domino cohortati sumus ad novensilium caelitum vestigia sectanda, ut hostiae acceptabiles Deo facti eorum meritis ac precibus adjuti, aeternam et ipsi beatitatem tandem aliquando mundanis omnibus spretis consequantur.

§. 46. Quibus omnibus peractis cum idem dilectus filius noster Cardinalis Clarelli Paracciani humillime a nobis postulasset, ut ad universalis ecclesiae notitiam praemissa omnia deducerentur, litterasque apostolicas ad perpetuam rei memoriam edere dignaremur, justissimae huic petitioni annuentes has praesentes perpetuo valituras mandari jussimus, quibus omnia et singula praemissa confirmamus atque iterum, si opus sit, sancimus, jubentes earumdem praesentium transumptis sive exemplis etiam impressis, manu alicujus notarii publici subscriptissi, gilloque viri in eccle-

Expeditio litterarum apostolicarum.

siastica dignitate munitis eamdem prorsus fidem ab omnibus habere, quae ipsis praesentibus adhiberetur si exhibita vel ostensa forent.

§. 47. O! vere beata mater Ecclesia, quae assueta inter mundi persecutiones Deique consolationes peregrinando percurrere, habet in servorum Dei gloria, unde soletur se in iis diebus afflictionis suae. Dum inimici ejus convenientes in unum inania meditantur dicentes, quando morietur et peribit nomen ejus, dum omnia ejus firmissima et legitima jura spernuntur atque contemnuntur, ipsa novis coronata triumphis militum suorum, quos jam caelo inseruit permanet gloriosa, brachium Dei praedicans generationi venturae. O vere mirabilis Deus, qui in omni tribulatione solatur humilitatem nostram, neque timidos nos reddit a facie inimicorum suorum, quia nobiscum est, ut universa quaecumque ipse mandaverit clare aperteque loquamur. Hortationes.

Sanctio penalis. §. 48. Nulli liceat paginam hanc nostrae definitionis, decreti, mandati ac voluntatis infrangere; si quis autem voluerit temerario ausu contraire, vel attentare praesumpserit indignationem omnipotentis Dei et sanctorum Petri et Pauli Apostolorum ejus se noverit incursurum.

Datum Romae apud Sanctum Petrum Anno Incarnationis Dominicae MDCCCLXII VI Idus Julias Pontificatus Nostri Anno XVII.

✠ EGO PIUS CATHOLICAE ECCLESIAE EPISCOPUS.

(Sigillum.)

✠ Ego Marius episcopus Hostiensis et Veliternus, card. decanus Mattei, Pro Datarius.

✠ Ego Constantinus episcopus Portuensis et S. Rufinae card. Patrizi.

✠ Ego Aloisius episcopus Praenestinus card. Amat, Vicecancellarius.

✠ Ego Antonius Maria episcopus Tusculanus card. Cagiano de Azevedo, Major Poenitentiarius.

✠ Ego Hieronymus card. De Andrea episcopus Sabinensis abbas Sublacensis.

✠ Ego Ludovicus episcopus Albanensis card. de Alteriis, S. R. E. Camerarius.

✠ Ego Benedictus tituli sancti Laurentii in Lucina prior presbyter card. Barberini, Brevium a Secretis.

✠ Ego Antonius tituli sancti Petri in Monte Aureo presbyter card. Tosti, S. R. E. Biblioth.

✠ Philippus tituli sancti Bernardi ad Thermas presbyter card. De Angelis, archiepiscopus Firmanus, absens.

✠ Engelbertus tituli sancti Bartholomaei in insula presbyter card. Sterchx, archiepiscopus Meclinensis, praesens.

✠ Aloisius tituli santae Praxedis presbyter card. Vannicelli Casoni archiepiscopus Ferrariensis, absens.

✠ Ludovicus Jacobus Mauritius tituli SSimæ Trinitatis in Monte Pincio presbyter card. De Bonald, archiepiscopus Lugdunensis, praesens.

✠ Ego Fridericus Joan Jos. tituli sancti Augustini presbyter card. Schwarzenberg, archiepiscopus Pragensis.

✠ Cosmas tituli sanctorum Joannis et Pauli presbyter card. Corsi, archiepiscopus Pisanus, absens.

✠ Ego Fabius Maria tituli sancti Stephani in Monte Caelio, presbyter card. Asquini.

✠ Ego Nicolaus tituli sancti Petri ad Vincula, presbyter card. Clarelli Paracciani.

✠ Ego Dominicus tituli sanctae Mariae Angelorum ad thermas presbyter card. Carafa de Traetto, archiepiscopus Beneventanus.

✠ Ego Sixtus tituli sanctae Sabinae presbyter card. Riario-Sforza, archiepiscopus Neapolitanus.

✠ Cajetanus tituli sanctorum Marcellini et Petri presbyter card. Baluffi, archiepiscopus episcopus Foro-Corneliensis, absens.

✠ Jacobus Maria Hadr. Caesar. tituli sancti Silvestri in capite presbyter card. Mathieu, archiepiscopus Bisuntinus, praesens.

✠ Thomas tituli sancti Calixti presbyter card. Gousset, archiepiscopus Rhemensis, praesens.

✠ Joannes tituli sancti Laurentii in Pane et Perna presbyter card. Geissel, archiepiscopus Coloniensis, absens.

✠ Nicolaus tituli sanctae Pudentianae presbyter card. Wiseman archiepiscopus Westmonasteriensis, praesens.

✠ Joseph tituli sanctae Mariae trans pontem Aelium presbyter card. Cosenza, archiepiscopus Capuanus, absens.

✠ Dominicus tituli sancti Clementis presbyter card. Lucciardi, patriarcha episcopus Senogalliensis, absens.

✠ Franciscus Augustus tituli sanctae Mariae in Via presbyter card. Donnet, archiepiscopus Burdigalensis, praesens.

✠ Carolus Aloisius tituli sancti Onuphrii presbyter card. Morichini, archiep. episcopus Aesinus, absens.

✠ Joannes tituli sanctae Crucis in Hierusalem presbyter card. Scitowcki, archiepiscopus Strigoniensis, praesens.

✠ Franciscus, Nicolaus, Magdalena tituli sanctorum Nerei et Achillaei presbyter card. Morlot, archiepiscopus Parisiensis, praesens.

✠ Ego Camillus tituli sancti Joannis ante portam latinam presbyter cardinalis De Petro.

✠ Joachim tituli sancti Chrysogoni presbyter card. Pecci, archiep. episcopus Perusinus, absens.

✠ Joseph Othmarus tituli sanctae Mariae de Victoria presbyter card. Rauscher, archiepiscopus Vindobonensis, absens.

✠ Ego Carolus Augustus tituli sanctae Caeciliae Trans Tiberim presbyter card. De Reissach.

✠ Ego Clemens tituli sancti Pancratii extra moenia presbyter card. Villecourt.

✠ Georgius tituli sactorum Quirici et Julittae presbyter card. Haulik, archiepiscopus Zagabriensis, absens.

✠ Ego Alexeander tituli sanctae Susannae, presbyter card. Barnabo.

✠ Fr. Cirillus presbyter card. De Alameda y Brea, archiepiscopus Toletanus, absens.

✠ Antonius Benedictus tituli sanctorum Silvestri et Martini presbyter card. archiep. episcopus Anconitanus et Humanus, absens.

✠ Emmanuel Joachim presbyter card Tarancon, archiepiscopus Hispalensis, absens.

✠ Henricus tituli sanctae Balbinae presbyter card. Orfei, archiepiscopus Ravennatensis, absens.

✠ Ego Joseph tituli sanctae Mariae in Aracoeli, presbyter card. Milesi-Peroni-Ferretti, abbas sanctorum Vincentii et Anastasii ad Aquas Salvias.

✠ Ego Petrus tituli sancti Marci, presbyter card. De Silvestri.

✠ Emmanuel Benedictus presbyter card. Rodriquez, patriarcha Ulissiponensis, absens.

✠ Alexius presbyter card. Billiet, archiepiscopus Camberiensis, absens.

✠ Ego Carolus tituli sanctae Mariae de populo, presbyter card. Sacconi.

✠ Michael tituli sanctae Priscae presbyter card. Garzia Cuesta, archiepiscopus Compostellanus, praesens.

✠ Ego Cajetanus tituli sanctae Mariae Supra Minervam presbyter card. Bedini, archiep. episcopus Viterbiensis et Tuscaniensis.

✠ Ferdinandus tituli santae Mariae de Pace presbyter card. De la Puente, archiepiscopus Burgensis, praesens.

✠ Ego Angelus tituli sanctorum Andreae et Gregorii in Monte Coelio presbyter card. Quaglia.

✠ Ego Fr. Antonius Maria tituli sanctorum XII Apostolorum presbyter card. Panebianco,

✠ Ego Aloisius sancti Angeli in Foro Pisciuni card. Prior Diaconorum Ciacchi.

✠ Ego Joseph sanctae Mariae in Via Lata card. Diaconus Ugolini.

✠ Ego Petrus sancti Nicolai in Carcere Tulliano card. Diaconus Marini.

✠ Ego Joseph sancti Caesarei card. Diaconus Bofondi.

✠ Ego Jacobus sanctae Agathae ad Suburram card. Diaconus Antonelli.

✠ Ego Robertus sanctae Mariae in Domnica card. Diaconus Roberti.

✠ Ego Dominicus sanctae Mariae in Aquiro card. Diaconus Savelli.

✠ Ego Prosper sanctae Mariae de Scala card. Diaconus Caterini.

✠ Ego Gaspar sanctorum Viti et Modesti card. Diaconus Grassellini.

✠ Ego Theodulphus sancti Eustachii card. Diaconus Mertel.

✠ Reservatus in pectore.

✠ Vacat.

✠ Vacat.

✠ Vacat.

✠ Vacat.

✠ Vacat.

✠ Vacat.

✠ Vacat.

✠ Vacat.

✠ Vacat.

M. card. Mettei Pro Datarius.—B. card. Barberini.—Loco ✠ Plumbi.—Visa de Curia.—D. Bruti.—I. Cugnoni.—Reg. in Secret. Brevium.

Fin del Tomo Segundo.

INDICE.

LIBRO SEGUNDO.

(CONTINUACIÓN.)

Páginas

Capítulo XVIII.—De cómo fueron más religiosos al Japón, y se colocó el Santísimo Sacramento en la nueva iglesia de Meaco, y de algunos milagros y favores que hizo Nuestro Señor con su Real Presencia así á los nuevos cristianos japones, como á los religiosos moradores de aquel convento 1

Cap. XIX.—De la mucha perfección y concierto de vida con que vivían el Santo Fr. Pedro Bautista y sus compañeros dentro del convento de Meaco, y de los ejercicios en que se ocupaban algunos devotos cristianos antiguos y otros de los recién convertidos. 11

Cap. XX.—De algunos ejemplos notables que sucedieron por este tiempo en que se muestra bien la constancia y fortaleza grande que tenían en la Fe algunos cristianos japones de los recién convertidos, y de la perfección con que guardaban la Ley de Dios. 22

Cap. XXI.—De cómo los religiosos de N. S. P. S. Francisco fundaron dos hospitales en el Japón, junto de su iglesia y convento de la ciudad de Meaco, y de las obras de caridad en que se ejercitaban y ejemplo que daban. 31

Cap. XXII.—De cómo por medio de las obras y ejercicios de los religiosos en los hospitales se convertían muchos gentiles, y de los muchos que morían con indicios muy vehementes de su salvación. 39

Cap. XXIII.—De cómo los religiosos de N. S. P. S. Francisco fundaron convento en el puerto y ciudad de Nangasaqui, y de las muchas contradicciones que padecieron ... 51

Cap. XXIV.—De la fundación del convento de Belén en la ciudad de Osaca y de las contradicciones que hubo para haber de fundarle, y de dos notables maravillas con que acreditó Nuestro Señor la fundación de aquella santa casa y la santidad de los fundadores. 65

Cap. XXV.—De cómo fueron al Japón los dichosísimos Mártires Fr. Martín de la Ascensión ó de Aguirre y Fr. Francisco Blanco, y de cómo el Santo Comisario repartió

á todos los religiosos en los tres conventos que ya tenían edificados, y de la mucha perfección con que vivían en ellos. 74
Cap. XXVI.—De lo que sentía el rey y los grandes del reino y algunos bonzos de la vida penitente del Santo Fr. Pedro Bautista y sus compañeros, y de algunos efectos particulares que causaba en ellos. 82
Cap. XXVII.—De la mucha devoción que tenían los japones con Nuestro Padre San Francisco y su Religión. 97
Cap. XXVIII.—De algunos particulares beneficios que Nuestro Señor hizo á algunos devotos japones por los méritos de N. S. P. S. Francisco. 107
Cap. XXIX.—De los siervos de Dios Fr. Pedro Ferrer y Fr. Esteban Solís. 113
Cap. XXX.—Vidas de los siervos de Dios Fr. Francisco Ramos y Fr. Jerónimo de Burgos. 130
Cap. XXXI.—Vida del Siervo de Dios Fr. Pedro de Esperanza, definidor actual. 139
Cap. XXXII.—Vidas de los siervos de Dios Fr. Francisco de la Trinidad, confesor, y de Fr. Juan Lorenzo, religioso lego 155
Cap. XXXIII.—Elección del segundo provincial Fr. Juan de Garrovillas y de algunas cosas tocantes á su gobierno, y muerte de Fr. Francisco de la Concepción, definidor actual, en la mar del Sur. 167
Cap. XXXIV.—De cómo se extirpó de las provincias tagalas la idolatría y ministros de ella por Fr. Diego del Villar, religioso de nuestra Orden, y contradicciones que tuvo. 177
Cap. XXXV.—Del viaje y sucesos de Fr. Juan de Contreras religioso de nuestra Orden en compañía de los que fueron á la pacificación y población de las islas de Salomón: trata de su llegada á Filipinas, incorporación y ocupaciones en esta Provincia y su dichosa muerte .. 186
Relación del viaje del Adelantado Alvaro de Mendaña de Neyra al descubrimiento de las islas de Salomón 187
Cap. XXXVI.—De la fundación de la hermandad de la Santa Misericordia de la ciudad de Manila, y vida ejemplar y dichosa muerte de Padre Juan Fernández de León, clérigo presbítero, su primero y principal fundador ... 200
Cap. XXXVII.—De algunas contradicciones que padecieron el Santo Comisario Fr. Pedro Bautista y sus compañeros en los reinos del Japón, y de cómo el rey y algunos de sus gobernadores les defendían 216
Cap. XXXVIII.—De otras contradicciones que se les recrecieron á nuestros religiosos con la nueva llegada al Japón y mandatos del Señor Obispo D. Pedro Martinez. 262

LIBRO TERCERO

DE LA ÚLTIMA PERSECUCIÓN Y DICHOSO MARTIRIO DE MUERTE DE CRUZ QUE PADECIERON EN EL IMPERIO DEL JAPÓN SAN PEDRO BAUTISTA Y CINCO DE SUS COMPAÑEROS RELIGIOSOS CON OTROS TRES HERMANOS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS Y DIEZ Y SIETE CRISTIANOS JAPONES, LOS MÁS COADJUTORES Y FAMILIARES SUYOS EN LA PREDICACIÓN Y PROMULGACIÓN DEL EVANGELIO, POR CUYA CAUSA FUERON TODOS CRUCIFICADOS Y MARTIRIZADOS.

Capítulo I.—De algunas señales que precedieron á esta persecución y martirio 241
Cap. II.—Viaje y arribada al Japón del galeón San Felipe que iba á la carrera de Nueva España 253
Cap. III.—De lo sucedido en Japón á los del galeón San Felipe. 261
Cap. IV.—De las causas que hubo para esta persecución y martirio. 273
Cap. V.—De cómo fueron presos y sentenciados á muerte San Pedro Bautista y sus compañeros y tres hermanos de la Compañía de Jesús y otros cristianos japones. 289
Cap. VI.—Del mucho fervor y devoción que se vió en los cristianos japones al tiempo de esta persecución, y del deseo grande que tenían al martirio 297
Cap. VII.—De algunos casos particulares del fervor y deseo del martirio de los cristianos japones... 304
Cap. VIII.—De cómo sacaron de sus conventos á los Santos Mártires y los llevaron presos á la cárcel pública de Meaco 316
Cap. IX.—De cómo á los Santos Mártires les cortaron las orejas y fueron traídos á la vergüenza por la ciudad de Meaco 325
Cap. X.—De cómo los Santos Mártires fueron traídos á la vergüenza en caballos por las ciudades de Osaca y Sacay, y se pronunció la última sentencia en que fuesen crucificados en el puerto y ciudad de Nangasaqui. 331
Sentencia 338
Cap. XI.—De cómo Fr. Jerónimo de Jesús se quedó escondido por mandado del Santo comisario Fr. Pedro Bautista para confortar y consolar á los cristianos, y de lo mucho que padeció hasta llegar á Manila... 341
Carta de Fr. Jerónimo de Jesús para un religioso amigo suyo... 342

Carta del Santo Comisario á Fr. Jerónimo de Jesús. 344
Cap. XII.—De lo que sucedió á los demás religiosos que estaban en el Japón... 352
Cap. XIII.—De cómo los Santos Mártires fueron llevados á Nangasaqui y de los trabajos que en el camino padecieron, y de cómo les consoló Nuestro Señor con otros dos compañeros que fueron admitidos al martirio ... 361
Cap. XIV.—Prosigue el viaje de los Santos Mártires, y de todo lo sucedido hasta llegar al puerto y ciudad de Nangasaqui 369
Cap. XV.—De cómo los Santos Mártires fueron crucificados en la ciudad y puerto de Nangasaqui, y de la fortaleza con que padecieron tan glorioso martirio... 377
Cap. XVI.—De algunas cosas notables que sucedieron al tiempo de este glorioso martirio.... 386
Cap. XVII.—De algunos milagros y prodigios que obró Dios Nuestro Señor después de la muerte de los Santos Mártires. 395
Cap. XVIII.—De la semejanza que en su modo tuvo este martirio con el de Cristo Nuestro Redentor.. 407
Cap. XIX.—De los grandes bienes que se siguieron del glorioso martirio á la cristiandad del Japón. 413
Carta del Ilustrísimo Señor Don Pedro Martínez Obispo de Japón, al Padre Provincial de San Francisco de la Provincia de Luzón... 416
Carta del Padre Pedro Morejón á los Santos Mártires cuando iban al camino del martirio... 423
Cap. XX.—De cómo llegó á Manila la nueva del martirio con algunas reliquias, y embajada que hizo al emperador Taycosama pidiendo lo restante de los cuerpos de los Santos Mártires 425
Carta del emperador Taycosama al Gobernador de Filipinas. 431
Cap. XXI.—De cómo á ocasión de la venida del embajador fueron quitados del todo los cuerpos y cruces de los Santos Mártires y llevados á diferentes partes, y de la solemnidad y devoción con que en todas fueron recibidas: dícense algunos milagros que obró Dios Nuestro Señor mediante las santas reliquias 433
Cap. XXII.—De los testimonios que hay de este glorioso martirio, y del último de la Iglesia de su aprobación ó beatificación 441
Don Pedro Martínez, por merced de Dios y de la Santa Iglesia de Roma Obispo del Japón y del Consejo de S. M. etc. etc. 442
Concessio S. D. N. Urbani VIII recitandi Missam, et recitandi officium pro viginti tribus Martyribus ex ordine minorum Sancti Francisci de Observantiæ Pro-

vincia Discalceatorum sancti Gregorii Philippinarum et Japoniæ. 446
Cap. XXIII.—Comienza la vida del Santo Mártir y caudillo de Mártires Fr. Pedro Bautista, prelado que fué de esta Provincia y comisario de los religiosos de Nuestra Orden en los reinos del Japón 449
Cap. XXIV.—Virtudes de San Pedro Bautista y su dichosa muerte. 460
Cap. XXV.—Vida y muerte del Santo Mártir Fr. Martín de Aguirre ó de la Ascensión. 474
Cap. XXVI.—Vida y muerte del Santo Mártir Fr. Francisco Blanco. 484
Cap. XXVII.—Vida y muerte del Santo Mártir Fr. Felipe de Jesús. ó de las Casas. 498
Cap. XXVIII.—Vida y muerte del Santo Mártir Fr. Francisco de la Parrilla, ó de San Miguel, religioso lego. 504
Cap. XXIX.—Vida y muerte del Santo Mártir Fr. Gonzalo García. 519
Cap. XXX.—De los Bienaventurados Mártires Michi Paulo, Juan de Goto y Diego Quisay, hermanos de la Compañía de Jesús.. 527
Cap. XXXI.—De los Santos niños Tomé, Antonio y Luis Mártires y de otro niño llamado Máximo compañero suyo, que murió (aunque no crucificado) al mismo tiempo y por la misma causa 533
Carta del Santo Niño Tomé á su madre, pocos días antes de su dichoso martirio... 535
Cap. XXXII.—De los Santos Mártires León Carazuma y Paulo Suxaqui. 542
Cap. XXXIII.—De los Santos Mártires Francisco, Médico, Cosme Taquia y Tomé Idanqui.. 553
Cap. XXXIV.—De los Santos Mártires Buenaventura y Gabriel, Dóxicos, y Juan Quizuya, vecino y familiar de los religiosos 563
Cap. XXXV.—De los Santos Mártires Joaquín Saquiye, Paulo Ibariqui, y Miguel Coxaqui, familiares de los religiosos. 571
Cap. XXXVI.—De los Santos Mártires Matías, natural de Meaco, Francisco Faleñame y Pedro Xuquexico, Adauctos.. ... 577

APÉNDICES

Á LA PRIMERA PARTE DE ESTA CRÓNICA.

APÉNDICE 1.º Origen de los Indios. 583
2.º Invención del Santo Niño de Cebú. 585
3.º Fr. Juan de Plasencia, escritor, por el P. Pablo Rojo. 590
Costumbres de los Indios de Filipinas enviadas por el P. Fr. Juan de Plasencia al Gobernador de cómo se gobernaban en su antigüedad 592
Relación del culto que los indios tagalos tenían y dioses que adoraban, y de sus entierros y supersticiones 598
4.º Traslado de una merced del doctor Santiago de Vera por la cual se concede una estancia de tierras al convento de San Francisco del Monte 603
5.º Concesión de una estancia de tierras al capitán Juan de Morón 605
6.º Real cédula á la Audiencia de Manila para que proteja á los Religiosos Franciscanos 606
7.º Real cédula al Gobernador Gómez Pérez Dasmariñas anunciándole la remisión de misioneros, y mandándole divida las Provincias entre los religiosos. ... 607
8.º Don Justo Hucondono y su destierro por Taikosama. 607
9.º Patria de San Martín de la Ascensión según el Padre San Antonio.. 610
10.º Patria de San Martín de la Ascensión según el licenciado Don Miguel Dorronsoro 617
11.º Ultima resolución acerca de la patria de San Martín. 620
12.º Bulla Canonizationis Sanctorum XXIII martyrum japonensium ex ordine seraphico sancti Francisci Asisinatis... 621

Fin del índice.

BIBLIOTECA HISTÓRICA FILIPINA

LISTA DE SUSCRIPTORES

Excmo. Sr. D. VALERIANO WEYLER, Marqués de Tenerife, ex-Gobernador general de las Islas Filipinas.

Excmo. Sr. D. EULOGIO DESPUJOL Y DUSAY, conde de Caspe, actual Gobernador general de las Islas Filipinas.

Excmo. é Ilmo. Sr. D. Fr. BERNARDINO NOZALEDA, Arzobispo de Manila.

Excmo. Sr. D. GABRIEL PITA DA-VEIGA, ex-Comandante general de Marina.

Excmo. Sr. D. IGNACIO GARCIA DE TUDELA Y PRIETO, Comandante general de Marina.

Excmo. Sr. MARQUÉS DE AHUMADA, ex-General 2.° Cabo.

Excmo. Sr. D. FEDERICO OCHANDO, General 2.° Cabo.

Ilmo. Sr. D. EDUARDO DE ORDUÑA, presidente interino de la Real Audiencia.

Excmo. é Ilmo. Sr. D. JOAQUÍN DE FUENTES Y BUSTILLOS, actual presidente de la Real Audiencia.

Excmo. é Ilmo. Sr. D. JOSÉ JIMENO AGIUS, Intendente general de Hacienda.

Excmo. é Ilmo. Sr. D. JOSÉ GUTIÉRREZ DE LA VEGA, Director general de Administración civil.

Ilmo. Sr. D. AGUSTÍN ISERN Y SACRISTAN, Fiscal de S. M.

ISLA DE LUZÓN Y SUS ADYACENTES

Manila.

Excmo. Sr. D. Manuel Clemente, chantre de la Santa Iglesia Catedral.
Sr. D. Otto Scherer y compañía.
„ „ Bonifacio Bustamante.
„ „ José Díaz Aguilar.
„ „ Eugenio Díaz Aguilar.
„ „ Tomás Earustraw.
„ „ Eduardo Gardiner.
„ „ Rafael Gil.
„ „ José Luis de Castro.
„ „ Camilo Millán.
„ „ Emilio Martínez.
„ „ Antonio Martínez.
„ „ Antonio Martínez Pedreira.
„ „ Carlos Nalda.
„ „ José Olaguer Feliu.
„ „ Agustín de la Rosa.
Sr. D. Severino R. Alberto.
„ „ Federico Saavedra.
„ „ Joaquín Torrejón.
„ „ Pablo Zamora, Cura Rector del Sagrario.
El Eco de Filipinas, (periódico).
M. R. P. Fr. Matías Gómez, Rector de la Universidad de Santo Tomás, por 4 ejemplares.
Sres. Díaz Puertas y Compañía.
Sres Fochs y compañía.
Sres. Findlay, Richardson y Compañía. (por 3 ejemplares).
Sr. D. Ramón Aenlle.
El Director del Seminario.
El Director del Ateneo Municipal, por 2 ejemplares.

El Procurador del Ateneo Municipal, por 2 ejemplares.
La Comandancia de Ingenieros de Manila, por 2 ejemplares.
Sr. D. Manuel de los Reyes.
M. R. P. Provincial de Agustinos descalzos.
M. R. P. Prior del Convento de Agustinos descalzos.
El Regimiento de línea, Magallanes n. 70.
Convento de Santo Domingo, por 6 ejemplares.
Convento de San Agustín, por 15 ejemplares.
La Comandancia general de Marina.
Casa-Misión de la Compañía de Jesús, por 50 ejemplares.
Sr. D. Jorge Higgin.
La Congregación de Externos del Ateneo Municipal de la Compañía de Jesús.
M. R. P. Fr. Nicolás Ortega.
Sr. D. José de la Helguera.
" " Pío Caimo.
" " Simeón Trillo.
" " Vicente Elío.
" " Inocencio Cortés.
Excmo. Sr. D. Anibal Alvarez Ossorio.
" " José de Antelo.
" " Arturo Bandragen.
" " Pablo Bautista Ibáñez.
" " Carlos E. de Bertodano.
" " Melecio de la Cruz.
La Orden religiosa de San Francisco, por 200 ejemplares.
Sr. D. Santiago Calixto.
" " Gregorio Cauda.
" " Antonio Esmerado.
" " Eduardo Fuentes.
" " Francisco Gómez.
" " Horacio Higgins.
" " Francisco Llamas.
" " José María Memije.
" " José Martínez Rivas.
" " José Martínez Arribas.
Sr. D. Paulino Pomar.
" " Juan Reyes.
" " Luis Ruiz de Valdivia.
El Real Colegio de San José.
Sr. D. Gregorio Sánchez Giner.
" " Ramón Taberner.
" " José de Vera y Gómez.
" " Juan Vargas.
La Biblioteca Museo Balaguer; Villanueva Geltrú.
R. P. F. Demetrio Navascues.
" " " Celestino Ballesteros.
Iltmo. Sr. D. Cárlos Peñaranda.
Sr. D. Manuel Lahora.
" " Rosendo Rufasta.
" " José Trillo.
" " Luis Rafael Yangco.
" " Manuel Castro.
" " Florencio Justiniano.
" " Mariano Jacinto.
" " Ildefonso Tambungting.
" " Sabas del Rosario.
" " Ramón Valenzuela.
" " Ceferino Jóven.
" " Juan Mapua.
" " Estanislao Legaspi.
" " Murciano Teotico.
" " Agapito Zialcita.
" " Vicente Samosa.
" " Pedro Javier Rodriguez.
" " José Tobias
" " Telesforo Chuidian.
" " Mariano Lopez.
" " Vicente Santos.
" " Enrique Mendiola.
" " Eugenio Delgado.
" " Joaquin Arévalo.
" " Vicente Fernandez.
" " Manuel del Rosario.
" " Eduardo Litongjua.
" " Ricardo Gonzalez.
" " Francisco Gelano.
" " Santiago Martinez.

Dirección general de Administración Civil de las Islas Filipinas

La Dirección general.

Sección de Gobierno

Sr. D. José Pereyra y Pereyra, jefe de la misma.
" " José Bueren.
" " Francisco Aguilar.
Sr. D. Enrique Brías.
" " Casimiro Vizmanos.
" " Félix de Roxas.

Sección de Fomento

Sr. D. Manuel de Isasa, jefe de la misma
„ „ Arturo Malibrán.
„ „ Fernando Morphy.
„ „ Valentín Moreno.
„ „ Pascasio Peñamaría.
Sr. D. Marcial Pérez.
„ „ Severino Fabregat.
„ „ Mariano Melgar.
„ „ Juan Garcés.

Ordenación general de Pagos

Sr. D. Pío Suárez Llanos.
„ „ José B. A. de Mendieta.
„ „ Pedro Groizard.
„ „ Daniel Grifol.
Sr. D. A. José Cabrera.
„ „ Ramón Verzosa.
„ „ Guillermo Gardiner.
La Ordenación general de Pagos.

Contaduría

Sr. D. Juan Bautista Pacheco, Contador.
„ „ Mariano López Delgado.
„ „ Manuel María Rincón.
Sr. D. Joaquín García.
„ „ Gavino Pérez.
El archivo de la Contaduría.

Inspección general de Beneficencia y Sanidad

Sr. D. Benito Francia y Ponce de León, Inspector general.
La Inspección general.

Inspección general de Obras públicas

Ilmo. Sr. D. Casto Olano, Inspector general.

Inspección general de Minas

Sr. D. Enrique Abella, Inspector general.

Secretaría del Gobierno General

Sr. D. Luis de la Torre y Villanueva, Secretario.
„ „ Luis Sein Echaluce.
„ „ Antonio Santisteban.
„ „ José Martos O. Neale.
Sr. D. Emilio F. Quesada.
„ „ Francisco Santisteban.
„ „ Mariano Sigler.
„ „ Benito Perdiguero.
„ „ Ignacio Majó.

Gobierno Civil

Excmo. Sr. Marqués de Palmerola, Gobernador Civil.
Sr. D. Francisco Gómez Erruz, Srio.
„ „ Domingo Ochagavía.
„ „ José de Aldana
Sr. D. Francisco Sotelo.
„ „ Clodualdo Berlanga.
„ „ Lucas Romero.
„ „ Pedro Rubido.

Corregimiento

Sr. D. Bernardino Marzano, Secretario.
„ „ Gerardo Moreno.
„ „ Emilio Borrero.
„ „ Justo Guevara.
Sr. D. Manuel Sarlabús.
„ „ Adriano de Gorostiza.
„ „ Juan J. Hervás, Arquitecto.
El archivo.

Fiscalía de S. M.

Sr. D. Indalecio Villaverde.
„ „ Francisco Summers de la Cavada.
„ „ Aurelio Peláez.
„ „ Raimundo Melliza.
„ „ Angel Sanz Borra.
„ „ Juan Lobo Jimenez.
„ „ Emilio de la Sierra.
Sr. D. Gonzalo Marzano.
„ „ Rafael Del-pan.
„ „ Calixto Tiangco.
„ „ Francisco Polanco.
„ „ Manuel Rodríguez.
„ „ Rafael de Ortega y Díaz.

Real Sociedad Económica de Amigos del País

Ilmo. Sr. D. José Zaragoza.
Sr. D. Emilio de la Guardia.
„ „ Tomás Torres y Perona.
„ „ Francisco de Paula Rodoreda.
La Real Sociedad Económica de Amigos del País, (por 2 ejemplares).
Sr. D. Manuel de Walls.

ARRABALES DE MANILA

Binondo

Sr. D. Manuel Gil Salvador.
„ „ Dionisio Ferraz.
„ „ Zoilo Ibáñez de Aldecoa.
„ „ Angel Ortiz.
„ „ Luis Perez.
„ „ Anacleto del Rosario y Sales.
„ „ Eduardo Brioso.
„ „ Pedro Serrano, (por 2 ejemplares).
„ „ Guillermo Macleod.
„ „ Enrique Spitz.
„ „ D. M. Forbes.
„ „ A. S. Harper.
Sr. D. R. Jurner.
„ „ Bautista Lim.
„ „ Roberto Carder Smith.
„ „ John T. Macleod.
Sr. Dr. Jefferson.
Sr. D. Willian S. Roberto.
„ „ Alejandro Macleod, por 2 ejemplares.
„ „ J. H. Warner.
„ „ Joseph Cogan.
„ „ Jorge Armstrong.

Sta. Cruz

Sr. D. Vicente Sandoval.
La Compañía general de tabacos. (por 2 ejemplares).
Sr. D. Eduardo M. de la Cámara.
„ „ Cárlos Lahora.
Sr. D. Florencio González.
„ „ Rogelio García.
„ „ Gonzalo Tuason.
„ „ Pederico Calero.
„ „ Joaquin Alcazar y Saleta.

Quiapo

M. R. P. Prior del convento de S. Sebastián.
Sr. D. Elias Martínez Nubla.
R. P. Fr. Cipriano Acha.
Sr. D. Francisco Román Velázquez.
R. P. Fr. Gregorio Sesma.

Sampaloc

Sr. D. Gabriel Beato Francisco.
Sr. D. Iñigo Regalado y Corcuera.

San Miguel

Sr. D. Antonio Trelles.
„ „ José Donelan.
Sr. D. Jocobo Zobel.
„ „ José Moreno Lacalle.

Ermita

Sr. D. León M.ª Guerrero.
„ „ Lorenzo Guerrero.
Sr. D. Emilio Ramírez de Arellano.
„ „ Gregorio Baza.

Malate

R. P. Fr. Domingo Candenas.
Sr. D. Joaquin Inchausti.
Sr. D. Maximiano Rosales.

Paco

Sr. D. Miguel Medina.
Sr. D. Antonio M.ª Pabalan.

Tondo

Sr. D. Eulalio Legaspi.

PUEBLOS DE LA PROVINCIA DE MANILA

Parañaque

R. P. Fr. Emilio Bullé.

Pineda

R. P. Fr. Joaquín García.

Tambobong

R. P. Fr. Francisco Girón.
Sr. D. Faustino Pascual.

Pásig

Sr. D. Cristino Santa Ana.

Pandacan.

Sr. D. Eduardo Hernandez Crame.

Taguig.

R. P. Fr. Guillermo Diaz.

Pateros.

R. P. Fr. Nicanor González.

PROVINCIA DE ALBAY

Albay

Sr. D. Tomás Perez del Pulgar, Gobernador Civil.
„ „ José Robles.
„ „ Alejandro Mata.
„ „ Luis Calvo.
„ „ Angel Zanz.
Sr. D. Pedro M. Freire.
„ „ Alfredo Enriquez.
„ „ Tiburcio Brasanta.
„ „ Alfredo de Miguel.
„ „ José Pérez de Lara.

Sr. D. Manuel Martínez Ascoitia.
„ „ Luis Bertrán de Lis.
„ „ Joaquín Gómez.
„ „ Juan José Teyssandièr.
„ „ José Isabelo Mallari.
„ „ Manuel Ramos.
„ „ Antonio Muñoz.
„ „ Felipe Díaz.
„ „ Francisco H. de Mendía.
„ „ Francisco Villamil.
„ „ Maximino Imperial.
„ „ Paciano Imperial.
„ „ Victorino Peña.
„ „ Leoncio Aréjola.
„ „ Juan Cerdón.
„ „ Mariano Serrano.
Sr. D. Federico Muñoz.
„ „ Vicente Muñoz.
„ „ José M. Caballos.
„ „ Ceferino Aramburu.
„ „ Mateo Villanueva.
„ „ Simeón Albaña.
„ „ Gregorio Rico.
„ „ Francisco Napal.
„ „ José Rodríguez Hinojosa.
„ „ Luis Castro.
„ „ Bonifacio Villareal.
„ „ José Macaraig.
„ „ Simón Bleena.
„ „ Toribio Loreña.
„ „ Sebastián González.
„ „ Edmundo Fischer.

Cagsaua

Sr. D. Getulio Loccín.

Daraga

Sr. D. Balbino Jancian.

PROVINCIA DE BATANGAS

Batangas

Sr. D. Manuel Moriano, Gobernador Civil, (por 2 ejemplares).
„ „ Abdón V. González.
„ „ Damián Ramón.
„ „ Potenciano Hilario.
„ „ Agapito Hilario.
„ „ Vicente Olmos.
„ „ José Gisbert.
„ „ Antonio de Tomaseti.
„ „ Rafael Mosteyrin.
„ „ Enrique Jubindo.
„ „ Gaspar Ortega.
R. P. F. Bruno Laredo.
Sr. D. Ramón Montero.
„ „ Angel Goicouria.
Sr. D. Florencio Corral.
„ „ Anastasio C. Cruz.
„ „ José Ramírez.
„ „ Florencio Caudo.
„ „ José Gernández y Nespal.
„ „ Enrique P. de León.
„ „ Isidro Amurao.
„ „ Paulino Berba.
„ „ Eliseo Claudio.
„ „ José de León.
„ „ Mariano Omali.
„ „ León Apacible.
„ „ Florentino de Jesús.
„ „ Mariano Claudio.
„ „ Ramón Quirico.

San Juan

Sr. D. Juan Arellano.
„ „ Benedicto de Villa.
„ „ Tomás Mercado.
„ „ Esteban de Villa.
„ „ Juan Ilao.
„ „ Angel Maralit.
„ „ Nicolás de Chaves.
Sr. D. Timoteo Querubín.
„ „ José Beredo.
„ „ José Goyena.
„ „ Antonio Goyena.
„ „ Julio Reyes.
„ „ Telesforo Lara.

Santo Tomás

R. P. Fr. Felix Garcés.

Talisay

R· P. Fr. Nicolás Dulanto.

PROVINCIA DE BULACAN

Bulacán

Sr. D. José de la Guardia y de la Vega, Gobernador civil.
„ „ Juan Rodríguez, Castas.
„ „ Agustín Lasquetty.
„ „ Joaquín Abril.
R. P. Fr. Domingo La-Prieta.
Sr. D. Félix S. Varona.
„ „ Ignacio Diaz-Argüelles.
„ „ Ricardo Tuesta.
„ „ Fernando García Leanis.
„ „ Andrés Cruz.
„ „ Manuel García.
„ „ Wenceslao Caballero.
„ „ Joaquín Martínez.
„ „ Arcadio Paguía.
„ „ Víctor Enrile.
Sr. D. Perfecto Limpoco.
„ „ Francisco Icasiano.
„ „ Andrés Alvarez.
„ „ Antonio Constantino.
„ „ Jacinto Icasiano.
„ „ Domingo Pacheco
„ „ Aguedo Velarde.
„ „ Ambrosio Delgado.
„ „ Antonio Rojas.
„ „ Simplicio del Rosario.
„ „ Venancio Gatmaitan.
„ „ Pedro Merelos.
„ „ Juan Fernando.
„ „ Pascual Catindig
„ „ Eugenio de Belén.

Bocaue

R. P. Fr. Cipriano Bac.
Sr. D. Hilario de Guzmán.
„ „ Tomás Villanueva.
Sr. D. Mariano Reyes.
„ „ Benito García.

San José

Sr. D. Lorenzo Bautista.

Santa María

R. P. Fr. Vicente Carreño.
Sr. D. Ladislao Margajero.
„ „ Domingo Díaz.
Sr. D. Pascual Mateo.
„ „ José Juan.
„ „ Eugenio Alberto.

Marilao

R. P. Fr. Leonardo Eraso.
Sr. D. Eustaquio Roxas.
„ „ Leoncio del Carmen.
Sr. D. Melecio Roxas.
„ „ Anastasio F. Aquino.

Meycauayan

R. P. Fr. Dianisio Casanova.
Sr. D. Esteban Raes.
Sr. D. Eustaquio Pilares.

Polo

R. P. Fr. Pedro Flores.
Sr. D. Isidro Chico.
„ „ Irineo de Castro.
Sr. D. Pedro Guía Serrano.
„ „ Leopoldo Areopajita.

Obando

R. P. Fr. José Linares.
Sr. D. Santos de los Reyes.
„ „ Vicente Mendoza.
Sr. D. Doroteo Capistrano.
„ „ Nicolás Cruz.
„ „ Telesforo Capira.

Guiguinto

R. P. Fr. Felipe Landuburu.
Sr. D. Clemente García.
„ „ Manuel Gatchalián.
Sr. D. Pedro Figueros.
„ „ Cayetano Bernardo.
„ „ Enrique Manalo.

Quingua

Sr. D. Victorino López.
„ „ Catalino Márquez.
„ „ Severo Alba.
„ „ Dámaso Enrile.
„ „ Antonio Galves.
Sr. D. Apolonio Santa Cruz.
„ „ Antonio Alba.
„ „ Julián Lipono.
„ „ Evaristo Alejandrino.

Pulilan

R. P. Fr. Miguel Rubin.
Sr. D. Vicente Pingol.
„ „ Mariano Salvador.
Sra. D.a Luisa Paulino.
Sr. D. Domingo de los Santos.
„ „ Lucas Dison.

Baliuag

R. P. Fr. Isidoro Prada.
Sr. D. Dámaso Dimaano.
„ „ Pedro Dionisio.
Sr. D. Alejandro Carlos.
„ „ Antonio Almazar.
„ „ Mariano Joyongco.

Bustos

R. P. Fr. Gabriel Alvarez.
Sr. D. Hermenegildo H. Prado.
„ „ Eulalio R Paulino.
„ „ Pedro Otayco.
„ „ Francisco V. de Dios.
„ „ Calixto Ramos.
Sr. D. Raymundo Visco.
„ „ Andrés de León.
„ „ José Raes.
„ „ Eulalio Agustín.
„ „ Cándido S. Miguel.

Norzagaray

R. P. Fr. Leocadio Sánchez.
Sr. D. Agustín Enríquez.
„ „ Laureano Rivera.
„ „ Isabelo de la Merced.
Sr. D. Santos Ramos.
„ „ Mariano Asunción.
„ „ Simón Ramos.
„ „ Rufino de la Merced.

Sau Rafael

R. P. Fr. Pedro Quirós.
Sr. D. Bonifacio Icasiano.
„ „ Antonio González.
„ „ Fernando Vergel.
„ „ Eugenio Vergel.
Sr. D. Andrés de la Fuente.
„ „ José de la Fuente.
„ „ Ambrosio de los Santos.
„ „ Emilio de los Reyes.
„ „ Vicente de la Fuene.

San Ildefonso

Sr. D. Juan de la Rosa.
„ „ Baldomero Sta. Elena.
Sr. D. Anacleto Sagal.

San Miguel

Sr. D. Pedro Martínez.
„ „ José de León.
„ „ Ciriaco Libunao.
„ „ Pedro Esguerra.
Sr. D. Antonio Salcedo.
„ „ Juan Limpio.
„ „ Alejo Libunao.

Malolos

R. P. Fr. Agustín Fernández.
Sr. D. José Vera Santos.
„ „ Antonio Calirong.
„ „ Félix Bautista.
„ „ Rosendo Hernández.
„ „ Lucio Adriano.
„ „ Manuel Crisóstomo.
Sr. D. Vicente Gatmaitan.
„ „ Paulino Santos.
„ „ Graciano Reyes.
„ „ Andrés Jacinto,
„ „ Casimiro Buendio.
„ „ Florencio Dalus.
„ „ Isaac Buendio.

Barasoain

R. P. Fr. Agustín Alconada.
Sr. D. Lorenzo Calpa.
„ „ Francisco Bernardo.
Sr. D. Crispino Reyes.
„ „ Proceso Reyes,
„ „ Mariano Iñiguez.

Paombong

R. P. Fr. José Alonso.
Sr. D. Juan Gatmaitan.
Sr. D. Albino Borlongan.

Hagonoy

Rr. P. Fr. José Martín.
Sr. D. Catalino Angelo.
„ „ Petronilo Monte Virgen.
„ „ Baltasar Obén.
„ „ Prudencio Tanjuteo.
„ „ Marcelo Estrella.
Sr. D. Eleuterio Arévalo.
„ „ Benigno Cabral.
„ „ Santiago Trillana.
„ „ Juan Flores.
„ „ Isidro Tiongson.
„ „ Francisco Nabong.

Calumpit

R. P. Fr. Felipe Lazcano.
Sr. D. Pablo de Ocampo.
„ „ Telesforo José.
„ „ Florentino N. Santos.
„ „ Pedro Flores.
„ „ Roman Isip.
„ „ Teodoro Salazar.
„ „ Antonio Aduna.
„ „ Antonio Ramos.
„ „ Pascual Agustines.
Sr. D. Juan Molina.
„ „ Isidro Velazquez.
„ „ Severo Yatco.
„ „ Antonio Velazquez.
„ „ Sabino Manio.
„ „ Joaquin Roxas.
„ „ Simón de Torres.
„ „ Antonio Velazquez.
Sra. D.ª Justa Yoson.

PROVINCIA DE PANGASINAN

Lingayén

Illmo. Sr. D. Manuel Luengo y Prieto, Gobernador civil.
El Gobierno civil.
R. P. Fr. Juan T. Núñez.
Sr. D. Rafael Estrada, coadjutor.
" " Manuel Corrales, coadjutor.
" " Florencio García Goyena.
" " Joaquín de la Matta.
" " Pedro Zamora.
" " Mariano de la Cortina.
" " Antonio Chápuli.
" " Ricardo Pardo.
" " Joaquín Chinchilla.
" " Eusebio García Gómez.
" " Rafael Monserrat, por 2 ejemplares.
" " José Corral.
" " Eduardo Amor.
" " Antonio Majarreis,
" " Agustín Malías.
" " Pedro Lurbe.
" " Francisco Orozco, por 2 ejemplares.
" " Antonio E. Cason.
" " Eduardo Muna.
" " Gregorio Mariño.
" " Gavino Mamalanta, Telegrafista.
" " Potenciano Andrada, Telegrafista
" " Gil Sevidal, Telegrafista.
Sr. D. Mariano Camagay, Gobernadorcillo de Naturales.
El Tribunal del Gremio de Naturales.
Sr. D. Francisco Estrada.
" " Hermenegildo Brabo.
" " Vicente Nájera.
" " Enrique Queriza.
" " Francisco Castro.
" " Cayetano Abalos.
" " Ignacio Escaño.
" " Antonio Fernández.
" " Vicente Flor Mata.
" " Pioquinto Mártir.
" " Joaquín Sayson, Gobernadorcillo de Mestizos.
El Tribunal del gremio de Mestizos, por 2 ejemplares.
Sr. D. Antonio Ferrer.
" " Wenceslao Puson.
" " Ricardo Sison.
" " Lucas Macasieb.
" " Vicente Puson.
" " Josá Sayson.
" " Pablo Aldome, Agrimensor.
" " José López.
" " Hospicio Aquino.
" " Santiago Guevara.
" " Pastor S. Santos.
" " Román Bernabé, Juez de Paz.

Binmaley

Sr. D. Fr. Ulpiano Sanz.
" " Hermenegildo Bautista, Gobernadorcillo.
El Tribunal.
Sr. D. Críspulo Vinluan.
" " Saturnino Zárate.
Sr. D. Leocadio de Guzmán.
" " Juan Castro Surí.
" " Mariano Mamaril.
" " José Urbano.
" " Mariano García.
" " Jorge Manadis.

Aguilar

R. P. Fr. Víctor Herrero.
S. D. Lucas Sagles, Gobernadorcillo.
El Tribunal.
Sr. D. Juan Quimson.
" " Apolinario M. Cruz.
Sr. D. Raymundo Madrid.
" " Antonio de Guzmán.
" " Domingo Mayo.
" " Paulo Salve.

Salasa

Sr. D. Ramón Bogayo, Gobernadorcillo.
El Tribunal.
Sr. D. Tomás Castro.
" " Santiago Calugay.
Sr. D. Joaquín Castro.
" " Domingo Valenzuela.
" " Aristón Valensernia.
" " Leonardo Castro.

Dagupan

Sr. D. Ernesto Heald.
„ „ Genaro Náñez.
„ „ Pedro Errasquin.
„ „ Matías Fuster.
„ „ Hermenegildo Ferraz.
„ „ Mariano Nable José.
„ „ Gregorio Flor Mata.
„ „ Eulalio Reyes, Gobernadorcillo.
„ „ Domingo Siapno.
El Tribunal.
Sr. D. Isidro Calimlim.
„ „ Julián Morales.
„ „ Modesto Coquia.
„ „ Dionisio Fernández.
„ „ Quirino Untalan.
„ „ Jacinto Morellán.
„ „ Antonio Velázques.
El chino Yap-Chinlian.
Sr. D. Antonio Rivera.
„ „ Juan Saston.
„ „ Paulino Quesada.
El chino Ca-Yapco.
El chino Cayetano.
Sr. D. Agustín Ubeda.
„ „ Juan Vinteres.
„ „ José Galván.
„ „ Clemente Arboleda.
„ „ Andrés Uson
„ „ Benito Sison.
Sra. D.ª María Callanta.
Sr. D. Paulino Reino.
„ „ José Castro.
„ „ Pío Acosta.
„ „ Sinforoso Zárate.
„ „ Tomás Morales.
„ „ Macario Jabila.
„ „ Francisco Llamas.
„ „ Rufino Llamas.
„ „ Fabián Villamil.
„ „ Antonio Mendiente.
„ „ Agapito López.
„ „ Vicente L. Cañiza.
„ „ Urbano Morales.
„ „ Escolástico Manadis.
„ „ Alejo Rodriguez.
„ „ Marcelo Pintado.
„ „ Leoncio Coquia.
„ „ Feliciano Urbistondo.
„ „ Federico Vidal.
„ „ Andrés Llamas.
„ „ Marcelino Castillo.
„ „ Mariano Nevado.
„ „ Juan Jovellano.
„ „ Juan Jave.
„ „ Florentino Manadis.
„ „ Francisco Escocio.
„ „ Francisco Calderón.
„ „ Félix Fernández.
„ „ Inocencio Cuison.
„ „ Lorenzo Rodríguez.

Calasiao

R. P. Fr. Bonifacio Probanza.
Sr. D. Leoncio Evangelista, coadjutor.
„ „ Pío Miranda Miranda, Gobernadorcillo.
„ „ Juan N. Puson.
„ „ Rafael Sison.
„ „ Andrés Domagas.
El Tribunal.
Sr. D. Baltasar Epíscope.
„ „ Cristóbal Paraino.
„ „ Vicente Salindong.
„ „ Vicente Gutiérrez.
„ „ Luis C. Feliciano.
„ „ Jorge M. Velazco.
„ „ Mariano Fernández.

San Jacinto

Sr. D. José Sánchez, Gobernadorcillo.
„ „ Juan Sangalang.
„ „ Ciriaco de la Peña.
El Tribunal.
Sr. D. Jacinto Reyes de la Peña.
„ „ Mariano Fernández.
„ „ Pascual Bambalan.
„ „ Antonio Camagay.
R. P. Fr. Mariano Revilla.

San Manuel

R. P. Fr. José M. Puente.
Sr. D. Facundo Sanchez.
„ „ Juan Abalos, Gobernadorcillo.
„ „ José Sábado.
El Tribunal.
Sr. D. Dionisio Ramos.
„ „ Benito Sábado.
„ „ Vicente Banson.

San Carlos

Sr. D. Luciano Bermúdez.
„ „ Toribio Dución.
R. P. Fr. Leocadio Revuelta.
Sr. D. Domingo Magalí, Gobernadorcillo.
„ „ Fabián de Padlan.
„ „ Agustín Claudio.
El Tribunal.
Sr. D. Vicente Castro.
„ „ Fausto García.
„ „ Domingo Claudio.
„ „ Juan Frías.
„ „ Gregorio Frías.

San Isidro

R. P. Fr. Rufino Irazábal.
Sr. D. Joaquin Soriano, Gobernadorcillo.
„ „ Inocencio F. Gaces.
„ „ Eustaquio Soriano.
El Tribunal.
Sr. D. Antonio Parras.
„ „ Tito García.
„ „ Froilán Sarmiento.
„ „ Domingo Mislang.
„ „ José Mendoza, Juez de Paz.
„ „ José Mendoza.

Sual

Sr. D. Hilario Sabido, Gobernadorcillo.
„ „ Venancio Padilla.
„ „ Rafael Jacinto.
El Tribunal.
Sr. D. Felipe Osana
„ „ Braulio Tactaquin.
„ „ Beniguo Padilla.
„ „ Juan Mendoza.

Tayug

R. P. Fr. Eduardo García, por 4 ejemplares.
Sr. D. Juan R. Fernández, Gobernadorcillo.
„ „ Antonio Paroní.
El Tribunal.
Sr. D. Leonardo Ramírez.
„ „ Pedro Villar.
„ „ Paterno Fontanilla.
„ „ Mariano Cagadaan.
„ „ Flaviano U. Díaz.
„ „ Victoriano Fontanilla.

Santa Bárbara

Sr. D. Victoriano Bautista, Gobernadorcillo.
„ „ Isidro Tenorio.
„ „ Juan Dacasin.
El Tribunal.
Sr. D. Mácario Cruz
„ „ Zacarías Gomavid.
„ „ Tomás S. Bautista.
„ „ Miguel Maramba.
R. P. Fr. Exequiel Rodriguez.

Binalonan.

Sr. D. Ruperto Cortés Gobernadorcillo.
„ „ Feliciano Guico.
„ „ Santiago Cervantes.
„ „ Silvestre Malong.
El Tribunal.
Sr. D. Domingo Fajardo.
Sr. D. Adriano Pérez.
„ „ Justo Disamito.
„ „ Leandro Sandoval.
R. P. Fr. Silvestre Fernandez.
Sr. D. Fructuoso Tolentino.

Malasiqui

Sr. D. Fabián Montemayor, Gobernadorcillo.
„ „ Emeterio Bulatao.
„ „ Baltasar Mamaril.
El Tribunal.
Sr. D. Francisco Papilla.
„ „ Juan Armas.
„ „ Fancisco Macasieb.
„ „ Vicente Domangtay.
„ „ Camilo Mejía.

Urdaneta

Sr. D. Benito Belmonte, Gobernadorcillo
,, ,, Laureano del Castillo, Juez de Paz.
,, ,, Severino Lapeña.
,, ,, Domingo Angut.
El Tribunal.

Sr. D. Camilo Flor Bago,
,, ,, Gregorio Macasieb.
,, ,, Silvestre Viloria.
,, ,, Telesforo Nidoy.
,, ,, Antonio Sanchez.

Asingan

Sr. D. Cirilo Salcedo, Gobernadorcillo.
,, ,, Bonifacio Asonio.
,, ,, Anselmo Palma.
R. P. Fr. Blás Pastor.
El Tribunal.

Sr. D. Gelasio de Dios.
,, ,, Leonardo Victorio.
,, ,, Valeriano Velazco.
,, ,, Pablo Muesca.
,, ,, José Noriega.

Urbistondo

Sr. D. Domingo Montero, Gobernadorcillo.
,, ,, Domingo Ulanday.
,, ,, Domingo de Vera.
El Tribunal.

Sr. D. Alejandro Montero.
,, ,, Vicente Ulanday.
,, ,, Fructuoso Vistro.
,, ,, Isidro Estrada.
,, ,, Pioquinto Valdés.

Mangatarem

Sr. D. Feliciano Velázquez, Gobernadorcillo.
,, ,, Raymundo Velázquez.
,, ,, Bernabé Oligario.
El Tribunal.

Sr. D. Fernando Abad.
,, ,, Vicente Caguioa.
,, ,, José Soriano.
,, ,, Domingo Cabungan.

San Nicolás

Sr. D. Nicolás Mejía, Gobernadorcillo.
,, ,, Marcelo Tamayo.
,, ,, Tomás Basco.
,, ,, Bartolomé Seraquiña.
El Tribunal.

Sr. D. Fruto Paas.
,, ,, Sotero de la Vega.
,, ,, Mariano Ortiguero.
,, ,, Gregorio Mejía.

Alava

Sr. D. Agustin Lumagui, Gobernadorcillo
,, ,, Elías Guerrero.
,, ,, Rufino Bandonel.
,, ,, Calixto Baterina.
El Tribunal.

Sr. D. Antonio M.ª Padilla.
,, ,, Mariano Marcel.
,, ,, Roberto Basco.
,, ,, Marcelino Torres.
,, ,, Ciriaco Lagmay.

Bayangbang

R. P. Fr. Juán B. Tenza.
Sr. D. Julio Caragan Gloria, Gobernadorcillo.
,, ,, Pedro Vinluan.
El Tribunal.

Sr. D. Julián Mananzon.
,, ,, Gabriel Ferrer.
,, ,, Juan Fajardo.
,, ,, Teodorico de Guzmán.
,, ,, Pablo Bató.

Manaoag

Sr. D. Vicente Peralta, Gobernadorcillo.
,, ,, Silverio Sambaoan.
,, ,, Pedro Bautista Padilla.
,, ,, Isidro Velazquez.
El Tribunal.

Sr. D. Juan Jesús Cariño.
,, ,, Juan Vinuya.
,, ,, Domingo Barroso.
,, ,, Leocadio Zarabe.

Villasis

Sr. D. Nicolás Carbonell, Gobernadorcillo.
,, ,, Catalino Lázaro
,, ,, Tranquilino Basco.
El Tribunal.

Sr. D. Anacleto Basco.
,, ,, Alejo Callanta.
,, ,, Juan Macaso.
,, ,, Carlos Abrenica.
,, ,, Mariano Ordoña.

Malgaldan

Sr. D. Francisco Orellana.
,, ,, Hilario de Aquino Gobernadorcillo
,, ,, Alberto L. Cendaña.
,, ,, Vicente Ferrer.
,, ,, José López.
El Tribunal.

Sr. D. Pedro Ferrer,
,, ,, Basilio Cerapia.
,, ,, Victoriano Y. Cortés.
,, ,, Macario Legaspi. Juez de Paz.
,, ,, Pio Mabutas.

Santa María

Sr. D. Laureano Bautista, Gobernadorcilio.
,, ,, Sergio Trasfiguración.
,, ,, Manuel Tambalo.
El Tribunal.

Sr. D. Eusebio Montero.
,, ,, Domingo Apiado.
,, ,, Eugenio Monar.
,, ,, Patricio Lamagua.
,, ,, José Félix.

Alcalá

Sr. D. Justo Bacolor, Gobernadorcillo.
,, ,, Gabriel Cayaban.
,, ,, Santiago Cabangbang.
,, ,, Vicente Rico.
El Tribunal.

Sr. D. Pedro Espíritu.
,, ,, León Bautista.
,, ,, Cesareo Sánchez.
,, ,, Mariano Bagayong.

San Fabián

Sr. D. Teodorico Zárate Gobernadorcillo
,, ,, Domingo Baltazar.
,, ,, Basilio Zamudio, Juez de Paz sustituto.
,, ,, Feliciano Esfe.
El Tribunal.

Sr. D. Simplicio Roca.
,, ,, Marcelino Esfe y Mejía.
,, ,, Macario Mejía.
,, ,, Domingo Romero.
R. P. Fr. Juan Torres.

Pozorrubio

Sr. D. Victorio Daragas, Gobernadorcillo
,, ,, Juan Magno.
,, ,, Teodoro Olarte.
,, ,, Pedro Amansec.
,, ,, Ignacio Aldana.
El Tribunal.

Sr. D. Protasio Venezuela.
,, ,, Manuel Paletsitero.
,, ,, Eustaquio Magno Juez de Paz.
,, ,, José Arellana.
,, ,, Antonio Garces.

PROVINCIA DE LA PAMPANGA

Bacolor

Sr. D. Joaquin Oliver, Gobernador civil.
El R. Cura Párroco.
Sr. D. Florentino Torres.
,, ,, Manuel Cojo.
,, ,, Juan A. Enríquez.
,, ,, Dámaso Rodríguez.
,, ,, Antero Tronqued.
,, ,, Mateo Gutiérrez.
,, ,, Román Valdez Angeles.
,, ,, Francisco T. de Andrade.
,, ,, Bernardino Romeo.
,, ,, Julián Mata.
,, ,, Federico Durán.
,, ,, Balbino V. Hocorma.
,, ,, Gregorio Macapinlac.
,, ,, Domingo Maglaya.
,, ,, Eduardo Feitos Gallegos.
,, ,, Francisco Layug.
Sr. D. Epifanio Uyengco.
,, ,, Gabino Pouopio.
,, ,, Anacleto Manabat.
,, ,, Juan García Lampa.
,, ,, Eduardo del Río.
,, ,, Catalino Sugay.
,, ,, Máximo Viron.
,, ,, Fulgencio Santos Joven.
,, ,, José S. Tambungui.
,, ,, Domingo Panlilio.
,, ,, Francisco Joven.
,, ,, Francisco Canda.
,, ,, Segundo Angeles.
,, ,, Florencio Macapinlac.
,, ,, Juan Soto.
,, ,, Mariano Alimurong.
,, ,, Pedro de Jesús.

Guagua

Sr. D. Rafael Carreón.

Arayat

R. P. Fr. Juan Terrero.
Sr. D Mateo Alcalá.
,, ,, Catalino Reyes
,, ,, Flaviano Evangelista.
,, ,, Ramón A. Henzon.
,, ,, Lino C. Reyes.
,, ,, Juan M. Cabigting.
Sr. D. Juan Venson.
,, ,, Potenciano Macapagal.
,, ,, José E. Villegas.
,, ,, Francisco Resurección.
,, ,, Castor Borja.
,, ,, León Abriol Cantos.
,, ,, Lorenzo de la Cruz.

Minatin

R. P. Fr. Galo de la Calle.
Sr. D. Juan Flores.
Sr. D. Macario Panlilio.

San Fernando

Sr. D. Antonio Consunji.
,, ,, Francisco Sarmiento.
,, ,, Anacleto Hison.
,, ,, Juan Iturralde.
,, ,, Teodoro Linjuco.
,, ,, Pedro Buenaventura.
Sr. D. Benito Raymundo.
,, ,, Mariano Dayrit.
,, ,, Regino Briones.
,, ,, Vicente A. Santos.
,, ,, Isidro T. Santos.
,, ,, Francisco Hizon.

Betis

R. P. Fr. Manuel Camáñes.
Sr. D. Guillermo Timbol.
,, ,, Mariano Pangilinan.
Sr. D. Bartolomé Coronel.
,, ,, Lorenzo Pecson.

Lubao

R. P. Fr. Antonio Mor. dillo.
Sr. D. Leandro Ibarra.

San Simón

R. P. Fr. Rufino Santos.
Sr. D. Manuel Ibañez.

Sexmoan

R. P. Fr. Luciano Morros.
,, ,, Fernando Vázquez.
Sr. D. Santiago Sibug.
Sr. D. Rómulo Mercado.
,, ,, Segundo Mercado.
,, ,, Faustino Vicente.

Magalang

R. P. Fr. Toribio Zanjul.

Santa Rita

R. P. Fr. Fernando Vazquez.

PROVINCIA DE LA LAGUNA

Santa Cruz

Ilmo. Sr. D. Francisco Javier Betegón, Gobernador civil.
Sr. D. Mariano Izquierdo.
,, ,, Lorenzo Dehesa.
,, ,, Ramón de Vargas.
,, ,, Antonio Motos.
,, ,, Eduardo Carcía.
,, ,, Eugenio G. Danglada.
,, ,, Manuel Navas.
,, ,, Bonifacio Roselló.
,, ,, Ricardo Alvarez.
,, ,, Vicente Reyes.
,, ,, Celestino Dimayuga.
,, ,, Pedro Ramirez.
,, ,, José Arquiza.
,, ,, Gertrudo Reyes.
,, ,, Silvestre Bautista.
,, ,, Julián Piñón.
,, ,, Fausto Balantacbo.
,, ,, Marco Lara.
,, ,, Isaac del Rosario.
,, ,, Pedro Natividad.
,, ,, Elías Velez.
,, ,, Miguel Vélez.
,, ,, Julián Catindig.
,, ,, Paulino Macapugay.
,, ,, Melecio Zabala.
Sr. D. Macario Tée.
,, ,, Pablo Monserrat.
,, ,, Quintín Leonardo.
,, ,, Eleuterio Palillo.
,, ,, José Vizmanos.
,, ,, Macario Francisco.
,, ,, Hugo Ilagan.
,, ,, Aurelio Ruzca.
,, ,, Domingo Ricafort.
,, ,, Germán Magpili.
,, ,, Juan Cuadra.
,, ,, Castor Alvarez.
,, ,, Esteban Consolación.
,, ,, Mamerto Camatoy.
,, ,, Juan Ordoveza.
,, ,, Pedro Cioco.
,, ,, Doroteo Galit Quinto.
,, ,, Daniel Lalota.
,, ,, Manuel Elvo.
,, ,, Juan Calupitan.
,, ,, Valeriano Bonifacio.
,, ,, Mariano Martínez.
,, ,, Alejandro Teodoro.
,, ,, Quirino Ramos.
,, ,, Mariano Resurección.
,, ,, José de León.

Pila

R. P. Fr. Lope Toledo.
Sr. D. José Gonzaga.
„ „ Juan Bartolomé.
„ „ Feliciano Relova.
Sr. D. Lorenzo Rivera.
„ „ Juan Madrigal.
El Tribunal.

Calauan

Sr. D. Mariano G. Olive.
„ „ Isaac Medel.
„ „ Simeón Marfori.
Sr. D. Mariano Marfori.
El Tribunal.

Bay

Sr. D. Faustino Bautista.
„ „ Pascual Estrada.
El Tribunal.

Los Baños (Aguas Santas)

Sr. D. Valeriano Tamisin.
„ „ Zacarias Reyes.
El Tribunal.

Calamba

Sr. D. Pantaleón Quintero.
„ „ Eusebio Elefaño.
„ „ Juan Córdova.
Sr. D. Vicente Laureola.
El Tribunal.

San Pedro Tunasan

Sr. D. Pablo Feliciano.
El Tribunal.

Magdalena

Sr. D. Salvador Zaide.
El Tribunal.

Majayjay

Sr. D. Martín Aribe.
El Tribunal.

Lusiana

Sr. D. Píoquinto Fabricante.
El Tribunal.

Cavinti

Sr. D. Jacinto Ramos.
El Tribunal.

Lilio

Sr. D. Lorenzo Pisueña.
„ „ Victoriano Borlosa.
El Tribunal.

Nagcarlan

R. P. Fr. Dámaso Bolaños.
Sr D. Marcos Mendiola.
El Tribunal.

San Pablo

Sr. D. José Sto. Niño.
„ „ Manuel Arquiza.
„ „ Segundo Zamonte.
Sr. D. Mariano González.
„ „ Pedro Gorostiza.
El Tribunal.

Alaminos

El Tribunal.

Lumban

Sr. D. José Rabaca.
„ „ Mariano Abella.
Sr. D. Juan Paraiso.
El Tribunal.

Longos

Sr. D. Pedro Sabio.
El Tribunal.

Paete

El Tribunal.

San Antonio

El Tribunal.

Paquil

Sr. D. Cipriano Isorina.
El Tribunal.

Pangil

Sr. D. Anacleto Ranoa.
El Tribunal.

Siniloan

El Tribunal.

Mavitac

Sr. D. Elías Poblete.
„ „ Mariano Aguilar.
El Tribunal.

Santa María

Sr. D. Victoriano Sequera.
El Tribunal.

Pagsanjan

R. P. Fr. Marcelino Tapetado.
Sra. D.ª Elena Abrera.
Sr. D. Santiago Hocson.
„ „ Vicente Hocson.
„ „ Prudencio Francia.
„ „ Gervasio Unson.
„ „ Graciano Cordero.
„ „ Severo Cabrera.
„ „ Tomás Daan.
„ „ Alvaro Fernández.
„ „ Juan Fabella.
„ „ Lorenzo San Luis.
„ „ Cayetano Argüelles.
Sr. D. Juan de Dios Rivera.
„ „ Ramón Lanuza.
„ „ Gregorio Evangelista.
„ „ Pedro Unson.
„ „ José Rivera.
„ „ Félix Fernández.
„ „ Petronio Gómez.
„ „ José Mena Cosme.
„ „ Toribio Cabrera.
„ „ Egmidio Umali.
„ „ Benito Guevara.
El Tribunal de Naturales.
El Tribunal de Mestizos.

PROVINCIA DE CAVITE

Cavite

Sr. D. Francisco Rodriguez, Gobernador P. M.
La Biblioteca del Cuerpo de Infantería de Marina.
El Prior del Convento de Recoletos.
El Vicario de S. Telmo.
Sr. D. Gonzalo Vargas.
„ „ José Pérez Sigüenza.
„ „ Antonio Fernandez.
„ „ Juan Dilag.
Sr. D. Cristobal Muñoz y Fernández.
„ „ Vicente Mármol Alvarez.
„ „ Fortunato Clemeña.
„ „ Vicente Ramirez.
„ „ Esteban José.
„ „ Ciriaco Mañalac.
„ „ Juan Nicolás.
„ „ Pablo de los Reyes.
„ „ Miguel de Liñan y Eguizabal.
„ „ Francisco Montoro Padilla.

Cavite Viejo

R. P. Fr. Angel Abete.
Sr. D. Justo Fernández.
„ „ Claudio Tirona.
Sr. D. Eusebio de Castro.
„ „ Benigno Santi.
„ „ Pedro Arigo.

Bailén

Sr. D. Juan Narváez.

Pérez Dasmariñas

R. P. Fr. Cándido Puerta.
Sr. D. León Mangubat.
Sr. D. Antero Abunguin.

Méndez Núñez

Sr. D. Benito Mójica.
„ „ Francisco Ruíz.
Sr. D. Andrés Parez.
„ „ Ruperto de la Cruz.

Indang

Sr. D. Manuel Marco.
„ „ Rosauro Trinidad.
„ „ Agustín de las Alas.
Sr. D. Domingo del Rosario.
„ „ Marcelo Basa.

Magallanes

R. P. Fr. Antonio Ronquillo.
Sr. D. Victorino Villafranca.
,, ,, Modesto Cuajunco.
Sr. D. Marcelo Villafranca.
,, ,, Francisco Espineli.

San Francisco

Sr. D. Francisco Ferrer.
,, ,, Balbino Trías.
Sr. D. Diego Mójica.
,, ,, Manuel Trías.

Santa Cruz de Malabón

R. P. Cura Párroco.

San Roque

Sr. D. Antonio González.
,, ,, Wenceslao Cruz.
,, ,, Apolonio Lugay.
,, ,, Raymundo Samonte.
, ,, Pablo Hernández.
Sr. D. Mariano Diua.
,, ,, Eugenio Gálvez.
,, ,, Angel Salamanca.
,, ,, José del Castillo.
,, ,, Evaristo Lafuente.

Bacoor

R. P. Fr. Juan Gómez.
Sr. D. Epifanio Gómez.
Sr. D. Félix de Cuenca.

Imus

R. P. Fr. José María Learte
,, ,, Vicente Bautista.
Sr. D. Félix Mondin.

Silan

R. P. Fr. Mariano Peña.
Sr. D. Ignacio Ambalada.
Sr. D. Lázaro Quianzon.
,, ,, Marcelo Madlansacay.

Alfonso

Sr. D. Victorio Rubio.
,, ,, Teodoro de la Cruz.
,, ,, Gregorio Aviñante.
Sr. D. Clemente Mariano.
,, ,, José Escober.
,, ,, Hipólito Prínt.

Maragondon

R. P. Fr. Simeón Marin.
Sr. D. Fruto Latorre.
,, ,, Eduardo Reyes.
,, ,, Sisenando M. Angeles.
Sr. D. Salvador R. de Dios.
,, ,, Sulpicio P. Antoni.
,, ,, Primitivo Cuajunco.

PROVINCIA DE ILOCOS SUR

Vigan

Sr. D. Manuel Espinosa Bustos, Gobernador civil.
Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo de Nueva Segovia.
Sr. D. Ladislao Donato.
,, ,, Primitivo Formosa.
,, ,, Mena Crisólogo.
,, ,, José Rivero.

R. P. Fr. Bonifacio Corujedo.
R. P. Fr. Alfredo Colinar.
Sr. D. Ricardo Solier y Vilches.
,, ,, Mariano Vallejo.
,, ,, Manuel Rico Pimentel.
,, ,, Ramón Puyot.
,, ,, Francisco Alcaraz.
,, ,, Emilio Marino.
,, ,, Francisco Rivero.
,, ,, Antonio Martel.
,, ,, Evaristo Abaya.
,, ,, Antonio Conrado.
,, ,, Federico Moreno.
,, ,, Manuel Infera.
,, ,, Emilio Maffei.
,, ,, Vicente Zaragoza.
,, ,, Raymundo Querol.
Sr. D. José Angco.
,, ,, Valentín Ramirez
,, ,, José Florendo.
,, ,, Paulino Alvares.
,, ,, Melecio de León.
,, ,, Juan N. Filamor.
,, ,, Petronilo Castro.
,, ,, Gregorio R. Sy-Quia.
,, ,, Jerónimo Pichay.
,, ,, Quintín Paredes.
,, ,, Román Ver.
,, ,, Victoriano Aguilar.
,, ,, Eulalio Dario.
,, ,, Andrés Villanueva.
,, ,, Vicente Bonoan.
,, ,, Timoteo Tapia.

Sta. María

R. P. Fr. Juan Zallo.
Sr. D. Anastasio Bigornia.
Sr. D. Nicomedes Bandairel.

Tagudin

R. P. Fr. Mariano Ortiz.
Sr. D. Vicente Rosario.
Sr. D. Raymundo Quilup.

Candon

R. P. Fr. Gaspar Cano.
Sr. D. Dionisio Madarang.
,, ,, Lino Abaya.
,, ,, Victorino Abaya.
,, ,, Santiago Abaya.
,, ,, Pastor Abaya.
,, ,, Pío Madarang.
Sr. D. Basilio Madarang.
,, ,, Miguel Cariño.
,, ,, Zenón Cadena.
,, ,, Gregorio Gallardo.
,, ,, Eulogio Gloria.
,, ,, Antero Abaya.
,, ,, León Martinez.

Santo Domingo

Sr. D. Rufino Piñon.
Sr. D. Fernando Ferrer.

Santa Lucía

R. P. Fr. Manuel Argüelles.
S D. Juan de Velasco.
Sr. D. Baltasar García.
,, ,, Juan Resurección.

San Esteban

Sr. D. Esteban de Vergara.

Caoayan

Sr. D. Isidro Lopez.
,, ,, Januario Llanes.
Sr. D. Lázaro Benigno.
,, ,, Enrique Rosario.

Santiago

El Directorcillo del Tribunal.

Santa

R. P. Fr. José Prada.
El Gobernadorcillo.
Sr. D. Estanislao de los Reyes.

San Vicente

Sr. D. Román Lazo.
,, ,, Macario Lazo.
Sr. D. Alejandro Lazo.
,, ,, Juan Lazo.

Narvacan

R. P. Fr. Angel Corujedo.
Sr. D. Rufino Banes.
,, ,, Proceso Sanidad.
Sr. D. Alipio Funtanilla.
,, ,, Dámaso Tolentino.
,, ,, Ciriaco Arranz.

Santa Cruz

Sr. D. Cosme Abaya.

PROVINCIA DE NUEVA ECIJA.

Sr. D. José Garcia de la Fos, Secretario

Cabanatuan

R. P. Fr. Cirilo Vergara.

PROVINCIA DE ILOCOS NORTE

Laoag

Sr. D. Aurelio Ferrer y Dragas. Gobernador civil.
R. P. Fr. Saturnino Franco.
Sr. D. Desiderio Montoro.
,, ,, Eurique García Hidalgo.
Sr. D. Eulogio Raquel.
,, ,, Manuel García Ibiricu.
,, ,, Mariano Acosta
,, ,, Silvino Sebastían.
El Tribunal, por 3 ejemplares.

Batac

R. P. Fr. Cipriano Marcilla por 2 ejemplares.
El Tribunal por 2 ejemplares.

Paoay

R. P. Fr. Baldomero Real.
El Tribunal, por 2 ejemplares.

Badoc

El Tribunal, por 2 ejemplares.
R. P. Fr. Ricardo Alonzo.

San Nicolás

El Tribunal, por 2 ejemplares. R. P. Fr. Vitoriano Garcia.

Barraca

El Tribunal, por 2 ejemplares. R. P. Fr. Clemente Hidalgo

Sorrat

R. P. Fr. Leandro Collado.

Nagpartian

El Tribunal.

Pasuquin

R. P. Fr. Gerardo Blanco. El Tribunal.
" " " Juan Péiez.

Bangui

El Tribunal por 2 ejemplares.

Vintar

El Tribunal. R. P. Fr. Juan Vallejo.

San Miguel

El Tribunal, por 2 ejemplares.

Dingras

El Tribunal, por 2 ejemplares.

Banno

El Tribunal.

Solsona

El Tribunal.

Piddig

El Tribunal, por 2 ejemplares. R. P. Fr. Ricardo Deza.

PROVINCIA DE TAYABAS

Tayabas

Excmo. Sr. D. Enrique de Borbón y Castellvi, Duque de Sevilla, Gobernador civil.
R. P. Fr. Paulino Camba.
Sr. D. Agustín Enciso.
" " Manuel Alvarez.
" " Eduardo Ruiz.
" " Benigno Gonzalez Santelices.

Sr. D. Ramón Pimentel.
,, ,, Gregorio Abas.
,, ,, Valentin Pagcaliuanan.
,, ,, Esteban Mendicta.
,, ,, Ligorio Capistrano.
,, ,, Buenaventura Reyes.
,, ,, Procopio Nadera.
Sr. D. Gregorio Romero.
,, ,, Escolástico San Agustin.
,, ,, Emilio Florencio Fernández.
,, ,, José Montalban.
,, ,, Angelo Paulino.
,, ,, Valeriano Llenares.
,, ,, Gabriel Cord.

Lucena

R. P. Fr. Teodoro Fernández.
Sr. D. Joaquin García Lopez.
,, ,, Zenón Sampayo.
Sr. D. José F. Arias.
,, ,, Juan Zamora.
,, ,, Anastasio Barcelona.

Atimonan

R. P. Fr. Braulio Pelaz.
Sr. D. Marciano Bamba.
,, ,, Mamerto Concepción.
,, ,, Práxedes Urgino.
,, ,, Florentino Otánez.
Sr. D. Felipe Ledona.
,, ,, Mariano Campomanes.
,, ,, Rufino Villaseñor.
,, ,, Mariano Mañalac.
,, ,, Bernardino Enriquez.

Mauban

R. P. Fr. Nicolás Santos.
Sr. D. Antonio Lacson.
,, ,, Gregorio Alma.
Sr. D. Benito Pascasio.
,, ,, Ildefonso de la Calzada.
,, ,, Juan Camposano.

Sariaya

R. P. Fr. Juan de Dios Villajos.

Lucban

R. P. Fr. Francisco García Clemente.
Sr. D. Florentino Tuason.
,, ,, Catalino Pimentel.
,, ,, Julián Nañagas.
,, ,, Juan Maderal.
,, ,, Victor Alcázar.
,, ,, Quirino Alcázar.
,, ,, Feliciano Raceles.
,, ,, Norberto Abines.
Sr. D. Francisco Villaseñor.
,, ,, Pablo Nepomuceno.
,, ,, Marciano Villa.
,, ,, Atanasio Morales.
,, ,, Valentin Romero.
,, ,, Silverio Alcazar.
,, ,, Demetrio Salvación de Luna.
,, ,, Celerino Alcazar.

Candelaria

Sr. D. Apolinario González.
R. P. Fr. Telesforo del Rio.

Gatanauan

Sr. D. Quirico Abadilla.

PROVINCIA DE CAGAYAN

Tuguegarao

Sr. D. José Ignacio Chacon, Gobernador civil.
R. P. Fr. Nicomedes Delgado.
Sr. D. José González.
,, ,, Graciano Gonzaga.

Amutung

R. P. F. Dionisio Casas.
Sr. D. Fernando Baculi.
Sr. D. Fernando Veracruz.

Alcalá

R. P. Fr. Casimiro Gonzalez.
Sr. D. Santiago Siason.
,, ,, Macario Ponce.
Sr. D. Pedro Liggayu.
,, ,, Eustaquio Salamero.
,, ,, Jacobo Danao.

Santo Niño

R. P. Fr. Juan Bautista González.

Piat

R. P. Fr. Isidoro Rodríguez.

Malaneg

R. P. Fr. Marciano García.

Solana

R. P. Fr. Domingo Campo.

Enrile

R. P. Fr. Francisco Bueno.

Aparri

R. P. Fr. José Brugués.

Buguey

R. P. Fr. Juan Gómez.

Abulug

R. P. Fr. Valentín Rodríguez.

Tuao

R. P. Fr. Ildefonso Barba.
Sr. D. Sisenando Alvendia.
,, ,, Juan Guzman.
Sr. D. Jacinto Baluyan.
,, ,, Fernando Daquial.

Pamplona

R. P. Fr. Crecencio Alonso.

Camalaniuga

R. P. Fr. Hilario Estévez.

Gattaran

R. P. Fr. Braulio Prieto.

PROVINCIA DE TARLAC

Tarlac

R. P. Fr. Fermín Sardou.

Paniqui

R. P. Fr. Domingo Andrés.

Camiling

El R. Cura Párroco.

Sr. D. Gregorio Niñez.

Gerona

R. P. Fr. Telesforo Galarreta.

Pura

R. P. Fr. Tomás Rodriguez.

Moncada

R. P. Fr. Manuel Geraldos.

PROVINCIA DE LA UNIÓN

San Fernando

Sr. D. Antonio del Rio y Castro, Gobernador civil.
,, ,, Manuel F. Basadre.
,, ,, Francisco Romero.
,, ,, Lucino Almayda.
,, ,, Justo Claudio Rojas.
,, ,, Juan Edralin.
,, ,, Ramón de la Rosa.
,, ,, Benito Reynaldo.
,, ,, Enrique Lete.
,, ,, Eduardo Montilla.
,, ,, Luis Castilla.
,, ,, Froilán Sabugo.
,, ,, Tomás Alba.
,, ,, Víctor Navarro.

Sr. D. Eugenio Zafra.
,, ,, Anacleto Salvatera.
,, ,, Félix Aguilar.
,, ,, Cirilo Hidalgo.
,, ,, Agustín Tavora.
,, ,, Mariano Gaerlán.
,, ,, Gaspar Flores.
,, ,, Juan Casison.
,, ,, Blas Tadiar.
,, ,, Agapito Flores.
,, ,, Antonio Pimentel.
,, ,, Felipe Salanga.
,, ,, Lorenzo Gálvez.
,, ,, Lauro Zafra.

Bangar

Sr. D. Santiago Alba.
,, ,, Mariano Vergara.
,, ,, Silvino Vergara.
,, ,, Gregorio Dacio.
,, ,, Francisco Bautista.
,, ,, Evaristo G. Clemente.
,, ,, Lucas Mangibín.

Sr. D. Anacleto Bautista.
,, ,, Pedro Roque.
,, ,, Apolonio Ramírez.
,, ,, Salvador Gavina.
,, ,, Francisco López.
El chino Casimiro Lim-Tiecco.

Namacpacan

R. P. Fr. Marcelino Ceballos.
Sr. D. Luis Vázquez.
,, ,, Luis Portich.
,, ,, Salvador Santarroma.
,, ,, Juan Borromeo.
,, ,, Julio Nubal.
Sr. D. Laureano Nerida.
,, ,, Agustín Rosauro.
,, ,, Lucas Ancheta.
,, ,, Teodoro Nisee.
,, ,, Dionisio Ancheta.
,, ,, Modesto López.

Bacnotan

Sr. D. Angel López.
,, ,, Domingo Cargauilla.
Sr. D. Victorino Soriano.

San Juan

Sr. D. Antonio de la Cuesta.
,, ,, Aquilino Illera.
,, ,, Gregorio Collado.
Sr. D. Pedro de Padua.
,, ,, Gregorio Ballesteros.

Bauang

R. P. Fr. Francisco Ornia.
Sr. D. Antonio Ortega.
,, ,, Cesario Leones.
,, ,, Manuel Ronquillo.
Sr. D. Isidoro Dumoc.
,, ,, Bonifacio Dumapit.
,, ,, Vicente Dumapit.

Naguilian

R. P. Fr. José Foj.
Sr. D. Victor Illeras.
,, ,, Manuel Argul.
Sr. D. Juan Rillera.
,, ,, Maximino Floresca.
,, ,, Luis Cortés.

Cavá

Sr. D. Gregorio Gacad.

Aringay

Sr. D. Pablo del Moral.
,, ,, José Bernal.
Sr. D. Juan Baltazar.
,, ,, Hipólito Acosta.

San Isidro de Tuvao

Sr. D. Felipe González.
,, ,, Buenaventura Dacanay.
,, ,, Carlos González.
Sr. D. Francisco Albán.
,, ,, Anselmo García.

Agóo

R. P. Fr. Casimiro Melgosa.
Sr. D. Eliodoro Garde.
,, ,, Joaquin Luna.
Sr. D. Gabriel Tavira.
,, ,, Fidel Mabutas y Verseles.
,, ,, Posidio Fontanilla.

Rosario

Sr. D. Eusebio Bernal.
,, ,, Mariano Posadas.
Sr. D. Gabino Ordoña.

Balaoang

R. P. Fr. Inocencio de Vega.
Sr. D. Clemente Olivar.
Sr. D. Benigno de Lara.
,, ,, Pedro Pardo.

Santo Tomás

Sr. D. Jerónimo Estasio.
,, ,, Sixto Zandueta.
Sr. D. Marcos Orencía.
,, ,, El Tribunal por 2 ejemplares.

PROVINCIA DE LA ISABELA DE LUZÓN

Ilagan

R. P. Fr. Isidoro Martitrena.

Santa María

R. P. Fr. Lucio Urroz.

Cabagan Nuevo

Sr. D. Deogracias García.

Cabagan Viejo

Sr. D. Segundo Rodríguez.

Tumauini

Sr. D. Romualdo Aguado.

Echagüe

R. P. Vicario.

Ganu

Sr. D. Venancio Peña.

Cauayan

Sr. D. Manuel Bonet.

Angadanan

Sr. D. Manuel Blanco.

Carig

Sr. D. Manuel Candela.

PROVINCIA DE ZAMBALES

Iba

Sr. D. Blás Gratal, Gobernador civil.
R. P. Fr. Alejandro Laborda.
Sr. D. Cándido Sanz.
,, ,, Federico Trujillo.
,, ,, Antonio Hidalgo.
,, ,, Juan Rábago.
Sr. D. Emeterio Díez.
,, ,, Francisco F. González.
,, ,, José Crisóstomo.
,, ,, Sixto Barrón.
,, ,, Nicasio Acayan.
,, ,, Benedicto Esguerra.

Botolan

R. P. Fr. José Orea.
Sr. D. Luis Lesaca.

Masinloc

R. P. Fr. Vicente Pascual.

Subic

Sr. D. Cresencio Rebudilla Zans.

Bani

Sr. D. Lope Navaira Cruz.
R. P. Fr. Epifanio Vergara.

Alaminos

Sr. D. Gregorio Montemayor.
R. P. Fr. Victoriano Vereciano.

San Isidro

R. P. Fr. Mariano Torrente.

Santa Cruz

R. P. Fr. Vicente Beaumont.

Dasol

R. P. Fr. Juan Navas.

Agno

R. P. Fr. Zacarias Biurrum.

Bolinao

R. P. Fr. Manuel Azagra.

Balincaguin

R. P. Fr. Silverio de León.

PROVINCIA DE CAMARINES DE NORTE

Dáet

Sr. D. José Murciano, Gobernador civil.
R. P. Fr. Eusebio Gómez Platero, por 6 ejemplares.
Sr. D. Fernando Usera y Guzmán.
,, ,, Antonio Roura.
,, ,, Manuel Méndez.
,, ,, Antonio Moreno.
,, ,, Rafael Domínguez.
,, ,, Narciso San Agustín.
,, ,, Felipe Montalvo.
,, ,, Francisco Rodríguez.
Sr. D. Estanislao Moreno.
,, ,, Florencio Arana.
,, ,, Nicolás Caranceja.
,, ,, Vicente Atienza.
,, ,, Severo Salgado.
,, ,, Valeriauo Cuaño.
,, ,, Miguel Orín.
,, ,, Lucio Laborte.
,, ,, Apolinario Saavedra.
,, ,, Enrique García de Lara.

PROVINCIA DE MINDORO

Calapan

Sr. D. Joaquin Arespacochaga, Gobernador civil.
" " José de Jesús.
" " Calixto Tiangco.
" " Guillermo Luis.
" " Manuel Morlins.
" " José Diaz Varela.
" " Adolfo Cao Cardia.
" " Ramon Valencia.
" " Venancio Conde.
R. P. Fr. Benito Ojeda.
Sr. D. Eusebio Canals.
" " Andrés Lagmay.
" " Fernando S. Agustin.
" " Antonio Arce.
" " Juan Vega Alberto.
" " Pedro Luces Luna.
" " Cirilo Ariaz.
" " Benigno Puras.

PROVINCIA DE ABRA

Bangued

R. P. Fr. Angel Párez.
Sr. D. Segundo Teaño.
Sr. D. Mariano Bacánay.
" " Domingo Gutierrez.

Pidigan

R. P. Fr. Policarpo Ornia.

Tayum

Sr. D. Santiago Mercado.

Dolores

Sr. D. Apolinario Concepción.

La Paz

R. P. Fr. Apolinario Fernandez.

Bucay

R. P. Fr. Juan López.

Pilar

R. P. Fr. Miguel Fonturvel.

PROVINCIA DE NUEVA VIZCAYA

Bagabag

R. P. Fr. Manuel Tarazona.

PROVINCIA DE CALAMIANES

Cuyo

Sr. D. Basilio López Laplana, Gobernador P. M.
" " Mariano Felizardo.
" " Patricio Rodriguez Gila.
" " José María Rey.
" " José Manuel Fernández.
" " Manuel Abensa.
" " Mariano Abid.
Sr. D. Marcelo S. Juan.
" " Ildefonso Rodríguez.
" " José Gonzalez.
" " Pedro Ponce de León.
" " Clemente Fernández.
" " Hermógenes Villagracia.
" " Antonio Ponce de León.

Culión

Sr. D. Mariano Arsaga.

Agutaya

Sr. D. Evaristo Manlabi.

DISTRITO DE MASBATE Y TICAO

Masbate

Sr. D. Manuel Torres, Gobernador P. M. Sr. D. Bibiano Nolasco.

Uson

Sr. D. Mariano Miranda.

Milagros

Sr. D. Marcelo Velasco.

Baleno

Sr. D. Isaac Villareal.

San Fernando

Sr. D. Sixto Prado.

San Jacinto

Sr. D. Mónico Perfecto.

Palanas

Sr. D. Praxidio Peñoso.

ISLAS BATANES

Santo Domingo de Basco

Sr. D. Francisco Paulino Picó, Gobernador P. M.
R. P. Fr. Félix Serrano.
" " " Manuel Blasco.
" " " Mariano Gómez.
R. P. Fr. Enrique Platero.
" " " Anastasio Idígoras.
" " " Joaquin Camblor.
Sr. D. Wenceslao Lafuente.

DISTRITO DE MORONG

Morong

Sr. D. Francisco Iboloón Súnico, Comandante P. M.
Sr. D. Angel Puey y Pino.

Pililla

R. P. Fr. Jesús Lillo.

Cainta

Sr. D. Ambrosio Bautista.
„ „ José Monzón
Sr. D. Esteban Albiano.

DISTRITO DE LEPANTO

Cervantes

Sr. D. Clemente Dominguez, Comandante P. M.
„ „ José Naude López.
R. P. Fr. Cirilo Ayala.
Sr. D. Angel Montes Damas.
Sr. D. José Pino Fernández.
„ „ Ismael Alzate.
„ „ Florentino Buenafé.
„ „ Sinforoso Bondad.

Mancayau

Sr. D. José Mill.
Sr. D. Pedro Alario.

DISTRITO DE BURIAS

San Pascual

Sr. D. Segundo Pardo y Pardo Comandante P. M.
Sr. D. Pedro Barrameda.

DISTRITO DE ITAVES

Magagao

Sr. D. José Jorge y Suerin.

DISTRITO DE AMBURAYAN

Alilem

Sr. D. Luis Salazar del Valle Comandante P. M.
Sr. D. Salvador Rivero y Ruiz.

DISTRITO DE QUIANGAN

Sr. D. Francisco Lopez Arteaga, Comandante P. M.
„ „ Fernando Gomez Zalazar.
„ „ Elias Marco.
„ „ Francisco Cuervas.
Sr. D. Luis Herrera.
„ „ Juan Calalag.
„ „ Pedro Nadal.
„ „ Juan Gimenes.
„ „ Jaime Masferre.

DISTRITO DE BENGUET

La Trinidad

R. P. Fr. Juan García.
R. P. Fr. Ramón Rivera.

DISTRITO DE BONTOC

Sr. D. Ventura Barajas.

DISTRITO DE LA INFANTA

Binangonan

Sr. D. Salvador Cayuela Días, Comandante P. M.
R. P. Fr. Román Pérez.
Sr. D. Victorino Martín.
„ „ Juan Villanueva.
„ „ Rufino Ortíz y Pineda.

Polillo

R. P. Fr. Anacleto Baquero.

DISTRITO DEL PRÍNCIPE

Baler

Sr. D. Enrique Mayorga, Comandante P. M.
R. P. Fr. Saturio Camuñas
„ „ „ Martín Rubio.

DISTRITO DE TIAGAN

San Emilio

Sr. D. Rafael Yanguas Comandante P. M.

ISLAS VISAYAS Y SUS ADYASENTES

PROVINCIA DE ILOILO

Iloilo

Excmo. Sr. D. Francisco de Castilla, Gobernador P. M.
Sr. D. José F. Sans.
„ „ Cárlos Delgado.
„ „ Francisco C. Portas.
La Estación Agronómica.
El Ayuntamiento.
La Dirección de Sanidad Marítima.
Sr. D. Lorenzo Romero.
„ „ Juan Juille.
„ „ Victoriano Mapa.
„ „ Salvador Arnaldo.
„ „ José Figueras.
„ „ Sabino Ordás.
„ „ José Gómez.
„ „ Diego Jimenez, por 4 ejemplares.
„ „ Ricardo Pastor.
„ „ D. M. Fléming.
Sr. D. Juan Grun.
„ „ Emilio Zeller.
„ „ Andrés Pastor.
„ „ Ramón Sotelo.
„ „ Jaime Macleod.
„ „ Arch Buchanan.
„ „ Severino C. Durán.
„ „ Pedro Pineda.
„ „ Enrique del Castillo.
„ „ Francisco Cacho.
„ „ Ramón Lopez.
„ „ Pedro Dondéjar.
„ „ Ernesto Oppen.
„ „ Samuel Bischoff.
„ „ Vicente Gay.
„ „ Venancio Concepción.
„ „ José Tur.
„ „ Anastasio Dumalan.

Sr. D. Manuel Palau.
" " F. Stuart Jones.
" " Mr. W. Fyfe.
" " Juan Mancab.
" " Federico Escribano.
" " Florencio Fable.
" " Francisco Gómez.
Sr. D. C. Chiene.
" " Mariano Nava.
" " Fabián Arias.
" " Numeriano Alejo.
" " Román Solís.
" " Alfonso Rodríguez.
" " Francisco Gutiérrez.

Jaro

Excmo. Sr. D. Fr. Leandro Arrúe.
El Ayuntamiento.
Sr. D. José María Climent.
" " Juan Miranda.
" " Teodoro Benedicto.
" " Wenceslao Tarrosa.
" " Cecilio Gamboa.
" " Tranquilino González.
" " Juan Zamora.
Sr. D. Cornelio Salas.
" " Cipriano Pedrosa.
" " Lorenzo Alvarez.
" " Vicente Tupas.
" " Amando Escalada.
" " Simón Ledesma.
" " Félix Ledesma.
" " Domingo Viera.
" " Crispino Hinolan.

Molo

Sr. D. Amadeo Valdés.
" " Domingo Lacson.
" " Julián Aguilar.
" " Leonardo Lázaro.
" " Manuel Jocsing.
" " Mariano Jocsing.
" " Francisco Irureta Goyena.
Sr. D. Vicente Jocson.
" " Pablo Araneta.
" " Perfecto Salaz.
" " Estanislao Insay.
" " Plácido Insay.
" " Marcelo Certeza.

Dumangas

Sr. D. Antonio Rodriguez.

Alimodian

R. P. Fr. José Leviana.
El Tribunal.

Miagao

R. P. Fr. Angel Abásolo.
El Tribunal.

Bacolod

Sr. D. Domingo Ureta.

Magabu

Sr. D. Luis Jalandoni.
" " Diego Espinosa.
Sr. D. Juan Janina.
" " Críspulo Martinez.

Janiuay

R. P. Fr. José Lobo.
Sr. D. Nicolás Galán.
Sr. D. Marcelo Espinosa.

Barotac Viejo

R. P. Fr. Joaquin Fernández.

Concepcion

Sr. D. Narciso de Fons de Viela.
R. P. Fr. Pedro Bartolomé.
Sr. D. Andrés Cabanjal.

Sara

R. P. Fr. Paulino Días.
Sr. D. José Alemani.

Ajuy

R. P. Fr. Luis Perez.
Sr. D. Antonio Menchaca.
„ „ Alejandro Perea.
„ „ Manuel Alvarez.
Sr. D. Gabino Olegua.
„ „ Fulgencio Aldeguer.
„ „ Joaquin Ortíz.
„ „ Mateo Aldeguer.

Mandurriao

Sr. D. Sotero Alameda.
„ „ Hilario Mirasol.
„ „ Sinforoso Mesa.
„ „ Apolinario Que-Layco.
„ „ Zoilo Marañon.
„ „ Estéfano Segovia.
„ „ Agustín Mesa.
„ „ Cecilio Medesuelo.
„ „ Plácido Mapa.
Sr. D. Domingo. Mapa.
„ „ Estanislao Pison.
„ „ Ignacio Abrigo.
„ „ Pedro Mejorado.
„ „ Valentín Morin.
„ „ Cornelio Mapa.
„ „ Luciano Aguirre.
„ „ Roque Robucia.

Buenavista

Sr. D. Francisco Consing.
Sr. D. Práxedes Magalona.

La Paz

R. P. Fr. Mariano Isar.

Leganés

R. P. Fr. Manuel Díez.

Cabanatuan

R. P. Fr. Manuel Gutierrez.
El Tribunal.

San Miguel

R. P. Fr. Cándido González.
El Tribunal.

Mina

R. P. Fr. Joaquín Díaz.

Lambúnao

R. P. Fr. Manuel Castandiello.
Sr. D. Luis Rivera.
Sr. D. Cayetano López.

Sta. Barbara

R. P. Fr. Serapio González.

Tubungan

R. P. Fr. Dionisio Martin.

Guîmbal

R. P. Fr. José L. Ojanguren.

PROVINCIA DE CEBÚ

Cebú

Excmo. Sr. D. Enrique Zappino, Gobernador P. M.
Ilmo. Sr. Obispo. por 12 ejemplares.
M. R. P. Prior del Convento de Recoletos.
El Ayuntamiento.
El Gobierno P. M.
El Tribunal de Naturales.
El ,, de Mestizos.
Sr. D. Toribio López Padilla, Cura de la Catedral.
" " Miguel Logarta.
" " Gonzalo Espinosa.
" " Angel Zaspe.
" " Florencio Rallos.
" " Félix Abatis.
" " Felipe Redondo.
" " Benito Ramirez, Presbitero.
" " Mauricio Esmero, Presbitero.

Asturias

Sr. D. Vicente Rallos.
Sr. D. Eugenio Alonso.

Carmen

Sr. D. Filomeno Rallos.

Danao

Sr. D. Isabelo Duterte.

Tuburan

Sr. D. Fausto Tabotabo.

Bogó

Sr. D. Catalino Mendoza.

Dumanjug

Sr. D. Salvador Pan.
" " Angel Osores.
" " Juan Melgar.
Sr. D. Salvador Tereso de Jesús Reyes.
" " Fabio Beltran.

Argao

El Tribunal.

Dalaguete

El Tribunal.

Barili

El Tribunal.

Carcar

El Tribunal.

Sibonga

El Tribunal.

San Nicolás

El Tribunal.

Balanban

El Tribunal.

Bantayan

El Tribunal.

Pilar

El Tribunal.

Tabobong

El Tribunal.

PROVINCIA DE LEYTE.

Tacloban

R. P. Fr. Manuel Corcuera.
Sr. D. José Sarthou.
„ „ Juan de Prat Agasino.
„ „ Francisco Martínez Troncoso.
„ „ Regino Jariña.
„ „ Juan Soto.
„ „ José García Muñoz.
„ „ Espiridión Brillo Ginés.
„ „ Andrés Reyes.
„ „ Lodovico Salazar.
„ „ Martino Abella.
„ „ Victoriano Montizon.
„ „ Félix Valois de Veyra.
„ „ Catalino Tarcela.
„ „ Sabino Esplanada.
„ „ Canuto Gómez.
„ „ Abdón Marchádez.
„ „ Severino Comanhao.
„ „ Vicente Castro.
„ „ Estanislao de los Reyes.
„ „ Eduardo Quintero.
„ „ Ponciano Gabriel.
„ „ Agatón Aquino.
„ „ Pascual Modlonito.
Sr. D. Ludovico Basilio.
„ „ Martín Enage.
„ „ Agustín Báñez.
„ „ Julio Villagracia y Enano.
„ „ Dionisio Esperas.
„ „ Eugenio Brillo y Bello.
„ „ Mateo Triencera.
„ „ Ciriaco Lucente.
„ „ Natalio de los Angeles.
„ „ Vicente Días.
„ „ Segundo Félix.

Sr. D. Ambrosio Francisco.
„ „ Roberto Villaflor.
„ „ Manuel Pastor.
„ „ Ricardo de Irastoras.
„ „ Antonio Rodríguez.
„ „ Ramón Garcés.
„ „ Isidoro Cayanong.
„ „ Andrés Bernadas.
„ „ Ariston Vivera.
„ „ Manuel Tereso Veloso.
„ „ Flaviano Aguilar.
„ „ Escolástico Mercado.

Palo

R. P. Fr. Pantaleón de la Fuente.
Sr. D. Alejandro Flores.
Sr. D. Miguel Durán.
„ „ Pedro Veira.

Tanauan

R. P. Fr. Lucio Pérez.
Sr. D. Apolonio Magno.
Sr. D. Juan Pacule.

Barugo

Sr. D. Julián Evangelista.
„ „ Estefanio Holasca.
„ „ José Cortázar.
Sr. D. Samuel Ponfernada.
R. P. Fr. Arsenio Figueroa.

Hinunangan

R. P. Fr. Pablo Pardo.
Sr. D. Buenaventura Alas.
Sr. D. Ricardo Fernández.

Carigara

R. P. Fr. Bernardino Rebolledo.
Sr. D. Julio Machuca.
„ „ Quintin Bautista.
„ „ Gerardo Frani.
Sr. D. Justiciano Llorén.
„ „ Mariano Enriquez.
„ „ León Cillas.
„ „ Mariano Trani.

Capoocan

Sr. D. Ildefonso Pilande.

Ormoc

Sr. D. Lino Codilla.
„ „ Fernando Bañes.
„ „ Ramón Súnico.
Sr. D. Ramón Gernández.
„ „ Nicolás Larrasabal.
„ „ Basilio Con-uy.

Mérida

Sr. D. Rufino Santiago.
„ „ Teodoro Laurel.
Sr. D. Romualdo Bohol.

Dagami

Sr. D. Manuel Parcasio.
, „ Cornelio Bayona.
Sr. D. José Gonzalo del Río.

Pastrana

Sr. D. Andrés Pasague.

Tabontabon

Sr. D. Eusebio Corbera.

Tolosa

Sr. D. Daniel Romuáldez.

Dulay

Sr. D. Mariano Aguillón.

Abuyog

Sr. D. Felipe Costín.

Burauen

Sr. D. Francisco Conde.

Alangalang

Sr. D. Bernardino Caldoza.

Jaro

Sr. D. Lino Añover.

Baybay

Sr. D. Gregorio Loreto.

Cabalian

Sr. D. Vicente Martinez.
„ „ Enrique Castillo.
Sr. D. Policarpo Onano.

Malitbog

Sr. D. Antonio Tropo.
Sr. D. Andrés Conson.

Sogod

Sr. D. Ramón Abarca.
„ „ Luis Espina.
Sr. D. Ladislao Desenteseo.

Macerehon

Sr. D. Gerardo Cuison.

Maasin

Sr. D. Alejo Alcántara.
Sr. D. Lucas Soto.

Matalom

Sr. D. Domingo Paes.
Sr. D. Pantaleón de Veyra.

Inopacan

Sr. D. Francisco Amparo.
Sr. D. Ceferino Berdos.

Albuera

Sr. D. Raymundo Bioc.
Sr. D. Leoncio Faelnar.

Hilongos

Sr. D. Francisco Flor de Lis.

Bato

Sr. D. Angel Cabantingan.
Sr. D. Antonio Julia.

Hinundayan

Sr. D. Juan Mate.
„ „ Juan Sagumbay.
Sr. D. Nemesio Almario.

Palompon

Sr. D. Natalio Esmero.
Sr. D. Licerio Enríquez.

Naval

Sr. D. Patricio Casas.

Almeria

Sr. D. Catalino Edicto.

Bobatnĝon

Sr. D. Justinfano Urmeneta.

Villaba

Sr. D. Genaro Cañada.
Sr. D. Fortunato Cabilar.

San Isidro del Campo

Sr. D. Esteban Peñaranda.

Naval

Sr. D. Máximo Congson.
Sr. D. Ramón Ortiz.

Maripipi

Sr. D. Tárcelo Gabiola.

Hindang

Sr. D. Servando Servane.
„ „ Miguel Vallener.
Sr. D. Pedro Verdadero.

Quiot

Sr. D. Germán Ruíz.
Sr. D. Fruto Conciliado.

PROVINCIA DE ISLA DE NEGROS (OCCIDENTAL.)

Bacolod

Sr. D. Camilo Lasala, Gobernador P. M.
R. P. Fr. Mauricio Ferrero.
Sr. D. Narciso Hijalda.
„ „ Antonio Jaime.
„ „ Robustiano Herreros.
„ „ Manuel Crame.
„ „ Manuel Giner.
„ „ Manuel Jimeno.
„ „ Ramón Alejos.
Sr. D. Salvador Caminos.
„ „ Antonio Pasquin.
„ „ José R. Luzuriaga.
„ „ Luis R. Luzuriaga.
„ „ Basilio Villanueva.
„ „ Agripino de la Rama.
„ „ Baldomero de la Rama.
„ „ Emilio Escay.

Jimamaylán

R. P. Fr. Miguel Galan.

PROVINCIA DE BOHOL

Tagbilaran

Sr. D. Francisco Ortís Aguado, Gobernador P. M.
El Gobierno P. M.
R. P. Fr. Escolástico Enciso.
Sr. D. Francisco Bascon.
„ „ Eduardo Calceta.
„ „ Juan Reyes.
„ „ Tomás Reyes.
„ „ Jaime Vañó.
„ „ Flaviano Ramírez.
„ „ Jacinto Borja.
„ „ Felipe Rocha.
„ „ Pedro Matiga.
Sr. D. Francisco Maslog.
„ „ Santiago Plaza.
„ „ Claudio Gallares.
„ „ Julián Lumagbas.
„ „ Mateo Rocha.
„ „ Anacleto Tindoy.
„ „ Antonio Borja.
„ „ Nicolás Butalid.
„ „ Miguel Tongco.
„ „ Benedicto Butalid.
„ „ Luis Barril.
„ „ Francisco Parras.
„ „ Manuel Miñosa.

Tubigon

R. P. Fr. Félix Guillén.

Dimiao

R. P. Fr. Bernardo Muro.

PROVINCIA DE SAMAR

Catbalogan

Sr. D. Ricardo Nouvilas, Gobernador P. M.
R. P. Fr. Victoriano Pardo.
Sr. D. Jesús González.
„ „ Federico Soler.
„ „ Arsenio de Hevia.
„ „ Gregorio Rosel Graciano.
„ „ Alejo Maga.
Sr. D. Emilio Asensi Biao.
„ „ Doroteo Tapia.
„ „ Blas Lucero.
„ „ Antonio Villanueva.
„ „ Estanislao Iboa.
„ „ Juan Mendiola.
„ „ José Arpal.
„ „ León Arteche.

Sr. D. Pablo Guí.
„ „ Juan Rodríguez Navas.
„ „ Saturnino Fez de Ortega.
„ „ Victoriano Pérez Calvo
„ „ Fernando Paculi.
„ „ Francisco Conge.
„ „ Nemesio Balbuena.
„ „ Juan Díaz.
„ „ José Enríquez.
„ „ Pablo Jazmines.
„ „ Leocadio Cinco.
„ „ Leandro Infante.

Sr. D. Antonio Baesa.
„ „ Juan Mesa.
„ „ Luis Sulsi.
„ „ Antonio Muñoz.
„ „ Vicente Jazmines.
„ „ Victor Celis.
„ „ Pascual Eufrasio.
„ „ Lázaro Cinco.
„ „ Hilarión Raymundo
„ „ Gervasio Tuason.
„ „ Eduardo Fuentes.

Paranas

Sr. D. Nepomuceno Paculí.

Sr. D. Ponciano Bobarano.

Jiabong

Sr. D. Felipe Zúñiga.

Sr. D. Inocente Jabolí.

Gándara

Sr. D. Dionisio Mendiola.

Sr. D. Anacleto Abella.

Calbayog

Sr. D. Honorio Rosales.

Sr. D. Catalino Jarapojap.

Calbiga

Sr. D. Juan Alcázar.

Sr. D. Doroteo Singson.

Taranguan

Sr. D. Marcelino Lamborre.

Sr. D. Felipe Apes.

Besey

Sr. D. Mateo Jongol.

Sr. D. Fernando Macasaet.

Zumarraga

Sr. D. Nemesio Arteche.

Sr. D. Antonio Baza.

Oquendo

Sr. D. Apolinario Enríquez.

Sr. D. Ventura Duroja.

Catarman

r. D. Ramón Peña.

Sr. D. Regino Nagalacon.

Capul

Sr. D. Buenaventura Pelito.

Sr. D. Catalino Manang.

Sulat

Sr. D. Lamberto Orias.

Villa-Real

Sr. D. Bonifacio Latorre. Sr. D. Martino Latorre.

Pambujan

Sr. D. Eugenio Ciervo. Sr. D. Basilio de la Cruz.

Guivan

R. P. Manuel Inson. Sr. D. Hipólito Arceño.

Tubig

Sr. D. Evangelista Baldonido. Sr. D. Luis Chicano.

Orás

Sr. D. Mariano Singzon. Sr. D. Juan Moscare.

Salcedo

Sr. D. Venancio Ogania. Sr. D. Salustiano García.

Borongan

Sr. D. Feliciano Titong. Sr. D. Magno Amines.

Lavezares

Sr. D. Lucio Flores. Sr. D. Feliciano Adriatico.

Balangigan

Sr. D. Antonio Abuyan. Sr. D. Benito Canillas.

Lamang

Sr. D. Cosme Escats. Sr. D. Andrés Alde.

San Sebastián

Sr. D. Eugenio Mabansag.

Pinabacdao

Sr. D. Ventura Cabrales.

Santa Rita

Sr. D. Alfonso Sabusap.

Mercedes

Sr. D. Pedro Abong.

Hernam

Sr. D. Ciriaco Dace.

San Julián

Sr. D. Pedro Nicar.

Paric

Sr. D. Pedro Hecido.

Catubig

Sr. D. Timoteo Iroma.

Palápag

Sr. D. Fernando Opinión.

Laouang

Sr. D. Juan Pinca.

Mondragón

Sr. D. Teruel Huavas.

Quinapindan

Sr. D. Bartolomé Amande.

Bobon

Sr. D. Ruperto Balite.

La Granja

Sr. D. Bernardino Amor.

PROVINCIA DE CÁPIZ

Cápiz

Sr. D. Francisco Rosales Badino, Gobernador P. M.
" " Leopoldo Araujo.
" " Eduardo Fernández.
" " Pedro Fuentes.
Sr. D. Marcos Asenas.
" " Alejandro Pardo.
" " José M. de Laredo.
" " Adriano Cué.
" " Vicente Penado.

Sr. D. Pedro Gil.
„ „ José Conejos.
„ „ Pío Pita.
„ „ José Frías.
„ „ Francisco Galatas.
„ „ Mariano Aznar.
Sr. D. Ignacio Billosillo.
„ „ Toribio Villar.
„ „ Juan Ballesteros.
„ „ José de los Santos.
„ „ Vivencio Villarruz.
„ „ Mariano Mermejo.

Panay

R. P. Fr. Miguel Roscales
Sr. D. José de los Reyes.

Tapas

R. P. Fr. Pablo Sorcano.

Dao

R. P. Fr. Agustín Alvarez.

Carles

R. P. Fr. Gregorio Rivate.

Pilar

R. P. Fr. José Gamundia.

Dumalac

R. P. Fr. Pedro Prat.

Dumaras

R. P. Fr. Elias Rivate.

Cuartero

R. P. Fr. Juan Hernandez.

Panitan

R. P. Fr. José Marin.

Loctugan

R. P. Fr. Bernardino Hernando.

Ibisan

R. P. Fr. Elviro J. Perez.

PROVINCIA DE ANTIQUE

Antique

R. P. Fr. Manuel Monjas.
„ „ „ Felipe Carranza.
R. P. Fr. Julian Banocal.
„ „ „ Valentín Suarez.

San José de Buenavista

R. P. Fr. Casto Bringas.

Patnongon

R. P. Fr. Matías Urteaga.

San Pedro

R. P. Fr. Ceferino Urteaga.

Sibalom

R. P. Fr. Lorenzo Diaz.

Dao

R. P. Fr. Juan Calvo.

Anini-y

R. P. Fr. Gerónimo Vaquerin.

Pandan

R. P. Fr. Ricardo Villanueva.

Culasi

R. P. Fr. Romualdo Crespo.

Barbaza

R. P. Fr. Ceferino Miyar.

Valderrama

R. P. Fr. Eustaquio Noria.

DISTRITO DE ROMBLÓN

Romblón

Sr. D. Luis Beltran de Lis, Comandante P. M.
„ „ Eulogio Sáez.
„ „ León Inchausti.
„ „ Francisco Maqueda.
„ „ José de Arrieta.
„ „ Sebastian Felices.
„ „ Eustaquio Torres.
„ „ José Mayor.
„ „ Gregorio Molino.
Sr. D. Eduardo Montiel.
„ „ Cirilo Gómez Yap.
„ „ Ignacio Molina.
„ „ Cornelio Madrigal.
„ „ Bonifacio Madrilejos.
„ „ Silverio Maaba.
„ „ Pablo Reyes.
„ „ Jacinto Mayor.
„ „ Bonifacio Marrón.
„ „ Eulogio Gutiérrez.

Idiofigan

Sr. D. Alfonso Fabella.

Looc

Sr. D. Cosme Gaytano.

Cajidiocan

R. P. Fr. Lorenzo Zapater.
Sr. D. Aquilino Río.
Sr. D. Emeterio Riva.
„ „ Anselmo Concepción.

Corcuera

Sr. D. Matías Fondevilla.

Pontevedra

R. P. Fr. Andrés Ferrero.

Santa Fé

Sr. D. Macario Solano.

Ferrol

Sr. D. Enrique Quimes.

Bantoón

Sr. D. Pedro Fabella.

ISLA DE MINDANAO Y SUS ADYACENTES

DISTRITO DE MISAMIS

Cagayán

Sr. D. José Togores, Gobernador P. M.
„ „ César Augusto Velón.
R. P. Fr. Gerardo Díez.
Sr. D. José Blanco.
Sr. D. Leoncio Roa.
„ „ Antonio Sanz.
„ „ Isabelo González.
„ „ Francisco García.

Oroquieta

R. P. Fr. Tomás Casado.
Sr. D. Julián Castaños.
Sr. D. Epifanio Acordagoicoechea.

Mambajao

R. P. Fr. Eugenio Sola.
Sr. D. Cárlos Corrales.

Iponan

R. P. Fr. Benito Tutor Jiménez.
R. P. Fr. Constancio Asencio.

DISTRITO DE SURIGAO

Surigao

Sr. D. Máximo Lillo, Ex-Gobernador P. M.
R. P. Fr. Gregorio Parache.
Sr. D. Pedro Aznar.
" " Hilarión Rivera.
" " Macario Reyes.
" " Federico Cappa.
Sr. D. Eusebio Aguilar.
" " Juan González.
" " Hermenegildo Narciso.
" " Francisco Collado.
" " Agapito Ravelo.
" " Leoncio Clamor.

Agusan

R. P. Saturnino Urios.

Butúan

Sr. D. José Montes.
" " Mariano Ursua.
Sr. D. Valentín Calo.

Anao-aon

Sr. D. Hilarión Orillo.
Sr. D. Crisanto Jara.

Taganaán

Sr. D. Laureano Catulay.

Placer

Sr. D. Andrés Ojeda.
Sr. D. Gregorio Fernández.

Bacuag

Sr. D. Fernando Gloria.

Gigáquit

Sr. D. Valeriano Delmoso.
Sr. D. Rafael Elíot.

Carrascal

Sr. D. Liborio de Castro.
Sr. D. Francisco Colito.

Cantilan

Sr. D. Simón Arresa Falcón.
Sr. D. Simeón Pedro.

Lanuza

Sr. D. Alejandro Somesa.
Sr. D. Guillermo Asarcon.

Honoc

Sr. D. Santiago Lirio.

Dinágat

Sr. D. Patricio García.

Numancia

Sr. D. Gregorio González.

Sapao

Sr. D. Mariano Concha.

Dapá

Sr. D. Miguel Tesado.

Cabúntog

Sr. D. Maximiano Ravelo.

Maynit

Sr. D. Lino Mosar.

Jabonga

Sr. D. Juan Mongaya.

Tubay

Sr. D. Alberto Luison.

Talacogon

Sr. D. Mauricio Galoran. Sr. D. Gregorio Quijada.

Veruela

Sr. D. Anacleto Raza.

Tándag

Sr. D. Felipe Díaz.

Tago

Sr. D. Dalmacio Montero.

Oteiza

Sr. D. Francisco Ronquillo.

Lianga

Sr. D. Juan Layno.

San Juan

Sr. D. Melchor de la Cruz.

Hinatuán

Sr. D. Tomás Luna.

Bislíg

Sr. D. Apradecio Alba.

Loreto

Sr. D. Adriano Maquinamo.

Claver

Sr. D. Mariano Pagaran.

Tolosa

Sr. D. Hilario Doldol.

DISTRITO DE DAVAO

Davao

El Gobernador P. M.
El Subdelegado de H. P.
El Cura Párroco.
Sr. D. Antolín Bangoy.
Sr. D. Tomás Monteverde.
„ „ Victor Regino.
„ „ Tomás Tajo.

DISTRITO DE ISABELA DE BASILAN

Basilan

Sr. D. Francisco A. Vasques Perez de Vargas.

DISTRITO DE MATTI

Matti

Sr. D. Joaquín Aguilera Gutiérrez, Comandante P. M.
R. P. Fr. Juan Bautista Llopart.
Sr. D. Manuel García Neila.
„ „ Carlos Serrano.
Sr. D. Luis Huertas.
„ „ Gregorio Moralizón.
„ „ Francisco Salgado.
„ „ Mariano Anuncio Generoso.

Baganga

Sr. D. Prudencio García.
„ „ Estanislao Alvar.
„ „ Simplicio González.
„ „ Santiago Morales.
„ „ Cleofás Veray.
„ „ Mauricio Nazareno.
Sr. D. Simplicio Vallejo.
„ „ Bibiano de la Salde.
„ „ Tirso Aquilón.
„ „ Gregorio Morales.
„ „ Felipe Chaves.
„ „ Nicomedes Apóstol.
„ „ Máximo Guevara.

Caraga

Sr. D. Teodorico Pichón.
„ „ Policarpo Balante.
El Chino Ong-Soco.

Dapnan

Sr. D. Juan García.
Sr. D. Juan Munday.

Quinablangán

Sr. D. Protasio Mandave.
Sr. D. Bartolomé Aguilon.

Cateel

Sr. D. León Moncayo.
„ „ Rufo Cabrera.
Sr. D. Esteban Silvosa.

DISTRITO DE DAPITAN

Dapitan

Sr. D. Ricardo Carnicero, Comandante P. M.
Sr. D. Sixto Hamoy.

ARCHIPIÉLAGO DE JOLÓ

Joló

Excmo. Sr. D. Juan Arolas, Gobernador P. M.
El Gobierno P. M.
El Cuarto de Banderas del núm. 68.
Sr. D. Benigno Toda.
„ „ Manuel S. Torrejón.
„ „ Manuel Gil Roxas.
„ „ Petronilo de los Reyes.

DISTRITO DE SIASSI

Siassi

Sr. D. Pedro Serrano, Comandante P. M.

DISTRITO DE TATAÁN

Tataán

Sr. D. Felipe Pérez-Serrano, Comandante P. M.
Sr. D. Mónico Laquidain.

DISTRITO DE BONGAO

Bongao

Sr. D. Alejandro Delgras, Comandante P. M.

ISLAS MARIANAS

Agaña

El Gobieruo P. M.

ESPAÑA

Madrid

Sr. D. Mariano Murillo, Librería, por 4 ejemplares.

Excmo. é Ilmo. Sr. D. Enrique de Cisneros, Consejero de Estado.

CIUDAD-REAL

Moral de Calatrara

Excmo. Sr. D. Patricio Clemente.

JAPÓN

Yedo

Mr. Chamberlain, Profesor Honorario de la Universidad.

Fin de la lista de suscríptores.

BIBLIOTECA HISTÓRICA FILIPINA

OBRAS PUBLICADAS.

HISTORIA GENERAL SACRO-PROFANA, POLÍTICA NATURAL DE LAS ISLAS DEL PONIENTE LLAMADAS FILIPINAS, *por el Padre Juan J. Delgado, de la Compañía de Jesús.*—Un tomo en 4.° de más de 1000 páginas. *(Obra inédita hasta ahora).*

CRÓNICA DE LA PROVINCIA DE SAN GREGORIO MAGNO, DE RELIGIOSOS DESCALZOS DE N. S. P. SAN FRANCISCO EN LAS ISLAS FILIPINAS, CHINA, JAPÓN, ETC. *escrita por el Padre Fray Francisco de Santa Inés, lector de Sagrada Teología, y Cronista de la misma provincia en 1676.*—Se han publicado el tomo I y el II.—El III se publicará muy pronto. *(Obra inédita hasta ahora).*

Entre tanto se publicará otro volumen de varios autores que contendrá diversas obritas, todas inéditas también, como la *Historia de los sucesos de la orden de N. Gran Padre San Agustín de estas Islas Filipinas, por Fray Juan de Medina;* la *Relación de los alzamientos de la ciudad de Vigan, por el Padre Pedro del Vivar;* el *Alzamiento de Ilocos en 1816,* y otras hasta formar un grueso volumen.

BASES DE LA PUBLICACIÓN

Se publica por tomos en 4.° español, como el presente, de unas 500 páginas cada uno, al precio de *doce reales fuertes* (30 reales de vellón) en todas las Islas Filipinas, y de *diez y seis reales fuertes* (40 reales de vellón) fuera de este Archipiélago.

Se pueden hacer las suscripciones en todas las librerías y en las Administraciones de todos los periódicos de estas Islas.

En España se harán las suscripciones en la librería de D. Mariano Murillo, calle de Alcalá, núm. 7, Madrid.

ADVERTENCIA

La Junta Directiva y Administradora de la *Biblioteca Histórica Filipina,* la componen los Reverendos Padres siguientes, á los cuales han de dirigirse las comunicaciones:

R. P. Fr. Fernando Mayandia, de la Orden de Recoletos.
R. P. Fr. Miguel Coco, de la Orden de Agustinos.
R. P. Francisco Javier Simó, de la Compañía de Jesús.

Los pedidos de suscripciones y reclamaciones pueden venir con este sobre: "A la Administración de la *Biblioteca Histórica Filipina,* calle de San Juan de Letrán, núm. 15, en Manila."

BIBLIOTECA HISTÓRICA FILIPINA

OBRAS PUBLICADAS.

HISTORIA GENERAL SACRO-PROFANA, POLÍTICA NATURAL DE LAS ISLAS DEL PONIENTE LLAMADAS FILIPINAS, *por el Padre Juan J. Delgado, de la Compañía de Jesús.*—Un tomo en 4.° de más de 1000 páginas. *(Obra inédita hasta ahora).*

CRÓNICA DE LA PROVINCIA DE SAN GREGORIO MAGNO, DE RELIGIOSOS DESCALZOS DE N. S. P. SAN FRANCISCO EN LAS ISLAS FILIPINAS, CHINA, JAPÓN, ETC. *escrita por el Padre Fray Francisco de Santa Inés, lector de Sagrada Teología, y Cronista de la misma provincia en* 1676.—Se han publicado el tomo I y el II.—El III se publicará muy pronto. *(Obra inédita hasta ahora).*

Entre tanto se publicará otro volumen de varios autores que contendrá diversas obritas, todas inéditas también, como la *Historia de los sucesos de la orden de N. Gran Padre San Agustín de estas Islas Filipinas, por Fray Juan de Medina;* la *Relación de los alzamientos de la ciudad de Vigan, por el Padre Pedro del Vivar;* el *Alzamiento de Ilocos en* 1816, y otras hasta formar un grueso volumen.

BASES DE LA PUBLICACIÓN

Se publica por tomos en 4.° español, como el presente, de unas 500 páginas cada uno, al precio de *doce reales fuertes* (30 reales de vellón) en todas las Islas Filipinas, y de *diez y seis reales fuertes* (40 reales de vellón) fuera de este Archipiélago.

Se pueden hacer las suscripciones en todas las librerías y en las Administraciones de todos los periódicos de estas Islas.

En España se harán las suscripciones en la librería de D. Mariano Murillo, calle de Alcalá, núm. 7, Madrid.

ADVERTENCIA

La Junta Directiva y Administradora de la *Biblioteca Histórica Filipina* la componen los Reverendos Padres siguientes, á los cuales han de dirigirse las comunicaciones:

R. P. Fr. Fernando Mayandia, de la Orden de Recoletos.
R. P. Fr. Miguel Coco, de la Orden de Agustinos.
R. P. Francisco Javier Simó, de la Compañía de Jesús.

Los pedidos de suscripciones y reclamaciones pueden venir con este sobre: "A la Administración de la *Biblioteca Histórica Filipina*, calle de San Juan de Letrán, núm. 15, en Manila."

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS
WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN
THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY
WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH
DAY AND TO $1.00 ON THE SEVENTH DAY
OVERDUE.

DEC 13 1946

RECEIVED
FEB 4 '70 -8 PM
LOAN DEPT.

OCT 7 1947

3 Oct 58 PC

OCT 1 1958

25Apr 59 VF

APR 14 1959

FEB 17 1970 13

LD 21-100m-12,'43 (8796s)

BIBLIOTECA DE JUAN M. SANCHEZ
N.º PTAS. 55.

U.C. BERKELEY LIBRARIES
C039830386

500986

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY